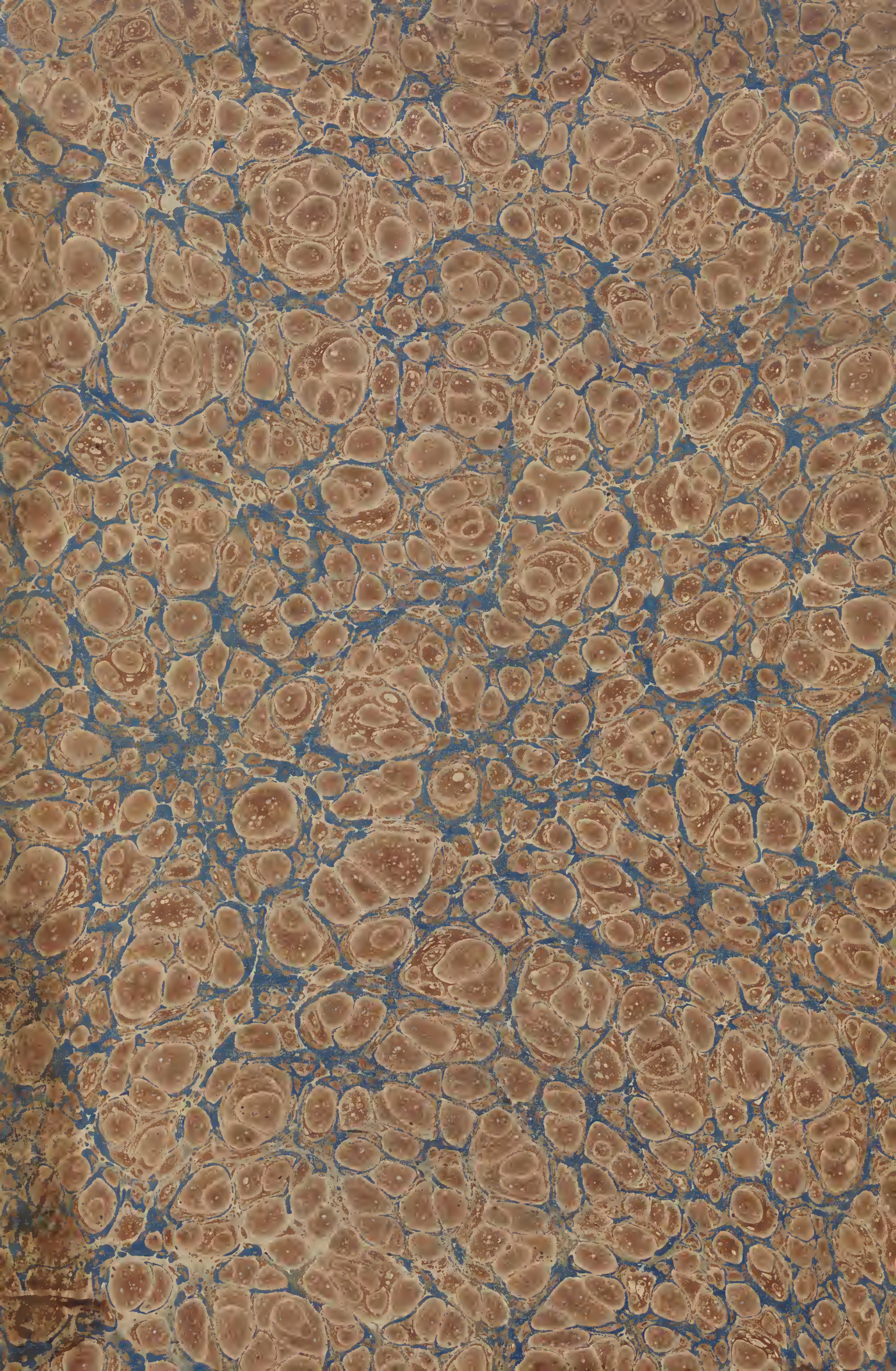
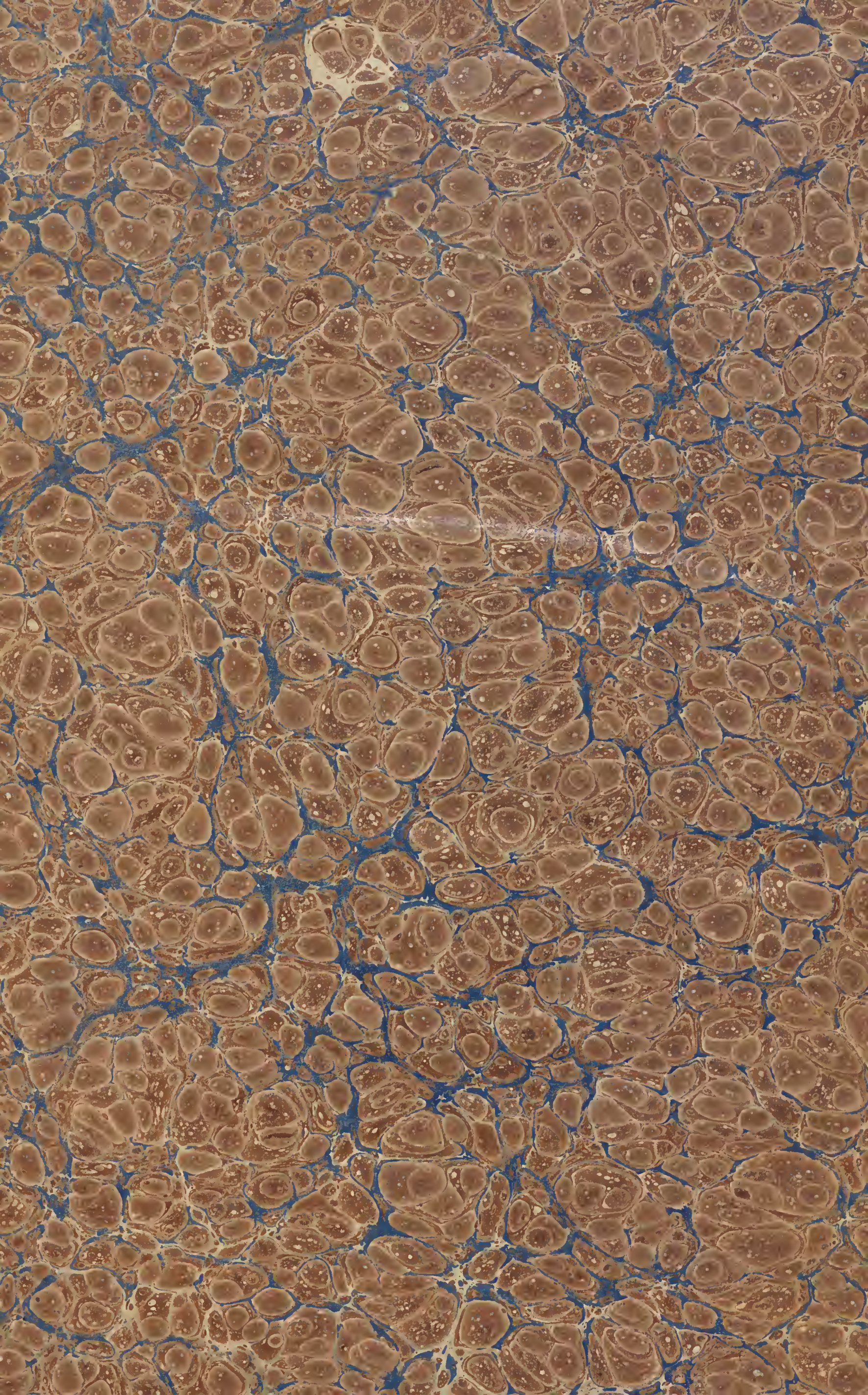


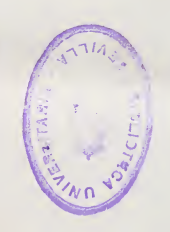




HISTORIA

DE

LA MARINA REAL ESPAÑOLA.





Urrabieta invº y litº

Lit de J.J. Martinez Madrid

Señor:

No es la alta posicion de V. M., sino el ilustrado criterio y mas aun el noble patriotismo que á V. M. distinguen, lo que hemos tenido en cuenta al elevar á las Reales manos de tan escelsa persona un patriótico pensamiento, que necesita para su mas rápido desarrollo y su mas completa realizacion la sombra protectora de un personaje ilustre. Cuando un Rey está, como V. M., dotado de una inteligencia elevada, y funda su mayor gloria en la mayor gloria del Estado, su mision tiene algo de providencial para las letras, y la historia de estas es un episodio de su propia historia. La impresion benéfica de la mano de los príncipes se nota siempre en todas las grandes épocas literarias.

La historia de la Marina Real Española es un monumento de gloria nacional que nosotros solos nos atreveríamos á levantar, si bastasen al efecto sentimientos patrióticos y una voluntad decidida. Pero como desgraciadamente no bastan, hemos buscado quien nos ayudase en tan árdua empresa; hemos recorrido con la imaginacion el alto círculo de la sociedad española, fijándonos principalmente en los personajes, á quienes por sus hechos hará tomar la historia una actitud característica, para pedirles que pusiesen en el monumento alguna piedra; pero apenas recordamos la poderosa proteccion que dispensa V. M. á todo lo que es realmente grande y glorioso, calculamos que solo á la sombra de V. M. nuestro proyecto podria llevarse á cabo felizmente.

No nos engañaron, no podian engañarnos nuestros cálculos, estando fundados, como hemos dicho, en el ilustrado criterio y noble patriotismo que á V. M. distinguen. V. M. se dignó permitirnos que nos acercásemos á su Real persona y tuvimos la honra de vernos alentados en nuestro propósito por los propios labios de V. M., cuyo augusto nombre consignamos al frente de esta obra, como homenage tributado á su sabiduría y sencilla muestra de gratitud á la proteccion que nos dispensa.

Satisfechos con tan elevada honra, parécenos justamente que no lo estará menos el ilustre cuerpo cuya historia publicamos, al contemplar el relato de sus heróicos hechos presidido por el augusto nombre de V. M.

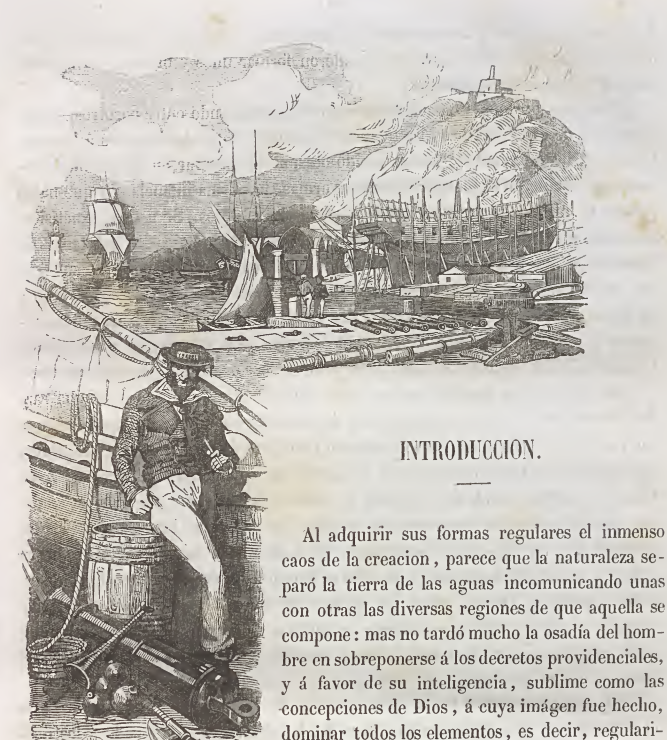
Madrid 11 de octubre de 1849.

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.

Los Editores.

Domingo Cárlos de Vila — *Juan Mañini.*



INTRODUCCION.

Al adquirir sus formas regulares el inmenso caos de la creacion, parece que la naturaleza separó la tierra de las aguas incomunicando unas con otras las diversas regiones de que aquella se compone: mas no tardó mucho la osadía del hombre en sobreponerse á los decretos providenciales, y á favor de su inteligencia, sublime como las concepciones de Dios, á cuya imágen fue hecho, dominar todos los elementos, es decir, regularizar el fuego, comprimir los vientos, domar las aguas y reinar sobre la creacion entera.

El arte de la navegacion, entre otras, fue naturalmente una de las primeras concepciones del hombre, y esto se concibe contemplando el mágico efecto que produciria á su vista un tronco de un árbol arrebatado por la tempestad, flotando tranquilo sobre las ya pacíficas ondas del ancho piélago.

Es muy difícil conceder absolutamente el derecho de invencion, en el rigor de la palabra, á cualquiera de los pueblos que habitaron en la antigüedad las márgenes de un rio caudaloso, ó las riberas del mar; porque la razon natural y los procederes regulares de la inteligencia del hombre, han sido iguales en todas las regiones donde la Providencia ha ejercido su divino influjo. Para convencernos de esta verdad basta echar una rápida ojeada sobre los diversos pueblos marítimos de la antigüedad, y aunque faltos de comunicacion entre sí, los veremos á todos en posesion de informes y distintas naves, que despues de encontrarse en los trámites

de su rudo comercio ó de sus atrevidas invasiones, llegaron á regularizarse por medio de las ideas mas exactas que pudieron formar unos y otros en el impulso natural de sus investigaciones.

A proporcion que la ciencia de navegar fue adelantando entre nosotros, y que el espíritu de conquista nos hizo traspasar los límites naturales trazados á la constitucion física del hombre, hemos tenido ocasion de observar en los pueblos bárbaros que rindieron homenage á nuestras armas, la misma infancia por que habia pasado la marina de nuestras costas muchos siglos antes. Si á esta exactísima observacion se agrega la industriosa idea que ponen en práctica los habitantes de tierra firme que poseen las aguas de un rio para facilitar el trasporte de sus frutos, no dejarán de sorprendernos sus balsas informes que en nada se parecen á las demas embarcaciones de las costas marítimas, y que nos convencen suficientemente de cuanto fue comun y espontáneo el arte de la navegacion á un mismo tiempo en los diversos parages donde la naturaleza se prestaba á sus esplotaciones.

Los chinos, por ejemplo, que se creen con bastante razon la mas antigua raza de los hombres, y cuya cronología pasa de cuarenta mil años, han tenido siempre sus naves, y si bien jamás han adelantado en el arte de la navegacion, sus *juncos* han cruzado de tiempo inmemorial las costas que se estienden al Este del Asia. Hasta los pueblos donde no es posible la construccion regular por falta de maderas, poseen medios de trasporte que suplen á los vasos mas ligeros, y asi los esquimales que habitan entre los témpanos del Septentrion forman sus *piraguas* de cueros y huesos de animales, y en ellas se lanzan á un mar proceloso lleno de escollos y peligros. Otros, como los antiguos salvages del continente americano, construian con frecuencia sus *canoas* de cortezas de árboles para hacerlas mas ligeras, empleando para las embarcaciones mayores, corpulentos troncos que ahuecaban y pulian por medio del fuego.

Sin embargo; entre las diversas naciones de la antigüedad que se disputan el privilegio de una invencion tan atrevida, la historia ha adjudicado á los fenicios la mejor parte de la demanda, y aunque nosotros no estemos conformes con los autores que nos han precedido en tan aventurada hipótesis, concedemos á aquellos la gloria de haber dado los primeros á las naves una perfeccion capaz de hacerlas seguras y regulares, asi para el comercio en que se distinguieron como para la guerra. Ellos fueron los que partiendo de las playas estériles que habitaban allí donde brillaron por su comercio las magníficas ciudades de Tiro y de Sidon, condujeron las escuadras de Salomon por el mar Rojo hasta Ofir, llamada hoy península de Malaca, y por el Mediterráneo hasta Tarsis, que algunos creen estuvo asentada sobre las márgenes donde el Guadalquivir llega á confundirse con el Océano.

Pero no datan de esta época los portentosos armamentos que abrumaron las costas del Àsia, puesto que el reinado de Salomon no cuenta mas antigüedad que la de siete siglos escasos antes de Jesucristo. La célebre Semíramis reina de Babilonia, cuya época se remonta al año 1582 de la creacion, es decir, 2152 antes de

Jesucristo, fue tan considerable en fuerzas marítimas, que á favor de sus naves resolvió la proyectada conquista de la India, dando al mundo el sorprendente espectáculo de haber pasado el Indo la primera al frente de sus ejércitos, no sin haber combatido antes con tan buena suerte contra los enemigos que le disputaban el paso, que les tomó 100,000 prisioneros y el considerable número de 1000 bajeles. Semejante hazaña, que coronó las de la inmortal Semíramis, solo se atrevieron á imitarla en los famosos tiempos de la antigüedad el invencible Dário y el célebre Alejandro.

Tambien Sesostris, el mas celebrado rey de Egipto, presentó en el mar Rojo una armada de 406 velas, con la cual se apoderó de todos sus puertos. Tuvo lugar esta brillante y rápida espedicion quince siglos antes de Jesucristo, cuando el mismo rey al frente de 600,000 infantes, 24,000 caballos y 7000 carros subyugó la Etiopia, imponiéndola un tributo anual de ébano, marfil y oro; y conquistó completamente la Arabia y una parte considerable de la Libia. Por los detalles de esta espedicion que refiere Herodoto, podemos venir en conocimiento de la potencia naval y de los grados de su perfeccion en aquellos remotos tiempos. Con efecto; no podian ser informes ni poco capaces aquellas 400 naves que habiéndose apoderado rápidamente, como se ha dicho, de todos los puertos del mar Rojo, protegieron asimismo las conquistas sucesivas de Sesostris, el cual despues de someter toda el Asia al dominio de sus armas, penetró en la India, mas allá de donde llegaron Hércules y Baco; pasó el Ganges y llegó hasta el mar Oriental: revolvió al Norte y Occidente; sujetó la Escítia, la Armenia y la Capadocia, y dejó por último en la Colquide una colonia que por muchos siglos conservó en aquel pais las costumbres egipcias.

La espedicion de los argonautas, que las galas de la poesía griega han llegado á hacer inverosimil, es tambien uno de los acontecimientos notables del arte, tanto que el nombre de Jason, su jefe, ha pasado á la posteridad bautizando á muchos buques de distintas naciones. Los troyanos, los pelasgios, los rodios, los frigios y tantos otros pueblos de la antigüedad que la mano del tiempo ha arrebatado de la superficie del globo, han ostentado á la vez sus numerosas armadas impulsando su aumento con leyes protectoras, entre las que se hacen notar por su bondad las de los rodios sacadas del libro de derecho de Docimio.

¿Y cuál sorpresa no debe causarnos el gigante espectáculo que ofrece á nuestra consideracion la famosísima escuadra de Jerjes, cuando combatió con infeliz suceso sobre las aguas de Salamina? Compuesta de 1200 naves de guerra y 3000 que podremos llamar de trasporte, contenia cada una de las primeras 230 soldados sobre su ordinaria tripulacion, y 80 las segundas: de suerte que con tan precioso dato que convienen con Herodoto, Plutarco, Isócrates y Justino, no podemos limitar nuestro juicio acerca de aquellas naves considerando sus dimensiones tan escasas como suponen algunos autores, siquiera no ocupase cada soldado mas que el lugar necesario para la pelea, cuyo cálculo no dejaria de ser mas que razonable, absurdo.

Tambien en la batalla naval de Accio, donde Octavio y Marco Antonio se disputaron el imperio de Oriente por los años 35 antes de Jesucristo, la escuadra del segundo, que en su mayor parte pertenecia á la famosa Cleopatra, se componia de 500 velas y tripulaba mas de 100,000 infantes y 12,000 caballos.

En vista de las consideraciones anteriores, y no olvidando la primacía que reclaman los fenicios, ya que no en el invento al menos en la perfectibilidad de la navegacion en las costas del antiguo continente, justo será tomar para nosotros la gloria que nos corresponde en el arte náutica, puesto que siendo aquellos los fundadores de Gades, hoy Cádiz, y considerándose aquella colonia asentada en la península Ibérica el emporio del comercio que entonces se hacia, á los españoles están enlazados los adelantos de la navegacion cuando de nuestras plazas se la daba el impulso mas celebrado.

Volviendo, pues, á las fuentes originarias de la marina española, debemos consignar aquí que el establecimiento de los fenicios en las costas de la Bética debió verificarse en el siglo VII que se cuenta de la creacion, segun el testo de autores respetables. Hay quien supone, entre otros el P. Mariana, que los de Zacinto, pueblo de la Grecia europea, fundaron á Sagunto doscientos años antes de la guerra de Troya, pero semejante suposicion, que los griegos no celebraron en sus escritos, ni consta absolutamente en ningun documento de la antigüedad, no puede ser mas que una invencion fabulosa, cuyo objeto tendiera á desvirtuar el verdadero mérito de los fundadores de Cádiz.

En la firme creencia de que estos y no otros comenzaron á dar á la marina de nuestras costas todo el impulso que recibió hasta la decadencia del imperio romano, se comprende muy bien cómo sucedió que las naves españolas conducian en sus primeros tiempos á la célebre Tiro, sus mercancías de cobre y no pequeño número de esclavos.

No es esto decir que desde un principio los fenicios hubieran perfeccionado sus naves en tanto grado como el tiempo y la esperiencia les indicaron en adelante. En su infancia lo mismo que las demas naciones hicieron ensayos groseros cuyos resultados ofrecieron ancho campo á su imaginacion creadora, y no tardaron mucho en comprender la necesidad de buscar otros agentes mas eficaces que las largas varas con punta de hierro de que se servian para calar la profundidad del mar, y dar conocida direccion á sus naves sin apartarse de las costas. (1)

De aqui provino la invencion de los remos, despues de conocer la suficiente fuerza que tenia el agua para encontrar en sus olas el punto de apoyo que antes no se hallaba mas que en el fondo, y el empuje de los vientos no tardó mucho en dar á conocer á aquellos célebres marinos el partido que podian sacar de ellos siempre que llegaran á lograr la neutralizacion de su rápida carrera, oponiéndole obstáculos que comunicáran á las naves una parte de su impulso.

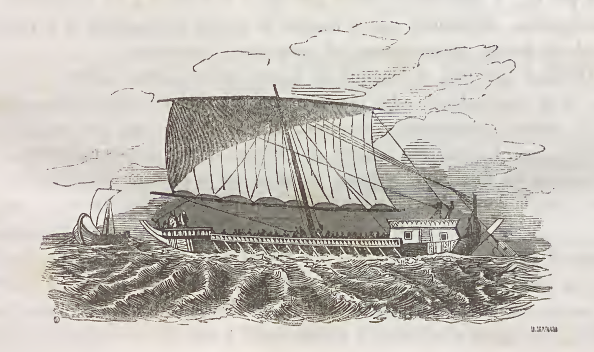
(1) Asi esplica el gramático Festus el procedimiento de las naves en su infancia, dando al mencionado instrumento el nombre de *conto navigare*.

De aqui la invencion de las velas, que se construyeron al principio de distintas formas y materias, conforme á la longitud del vaso para que habian de servir, y aun á los mares en que debian emplearse. Desde las columnas de Hércules, por ejemplo, siguiendo las aguas del Mediterráneo, hasta las costas del Asia, servian las velas de lienzo ó lona con escasa diferencia de las mismas telas que hoy se emplean; pero en el grande Océano las pieles se preferian á aquellas materias, suponiéndolas mas á propósito para resistir al doble rigor de los elementos combinados. En uno y otro caso la mano del hombre ostentaba los adelantos de su ingenio ó del pueblo á que pertenecia, dando á las velas un carácter menos monótono del que tendrian si en sus caras vestidas de colores no hubieran inscrito una porcion de geroglíficos, ya con alegorías de su orígen, ó bien consignando las glorias de su religion ó de sus espediciones y triunfos. Se cree con bastante fundamento, que los colores nacionales de cada pais tuvieron orígen en aquellos que en la antigüedad se daban á las velas de las naves.

Los fenicios, adelantando siempre en el arte de la construccion, esplotaban con sus cambios comerciales todos los demas paises que consideraban útiles á su objeto. Los cedros del Líbano fueron por mucho tiempo los que facilitaron maderas abundantes á sus embarcaciones, asi como en el Egipto se proveian de velámen y jarcias.

No entra en nuestro proposito dar minuciosos detalles acerca de todas y cada una de las partes que servian para la completa construccion de una nave en las edades á que nos estamos refiriendo; pero no dejaremos por eso de ofrecer ideas generales que faciliten la comprension de tan importante objeto.

En tiempo de Sesostris ya habian adquirido las naves una perfeccion admirable con respecto á la facilidad de su movimiento. Sobre un obelisco de Tebas fue esculpido uno de los mas célebres combates que dieron las escuadras de aquel poderoso rey en las costas del mar Rojo, y de allí está copiado el diseño que ofrecemos á la contemplacion de nuestros lectores.



Jason, el celebrado jefe de los argonautas, fue el que inventó la *nave longa*, que puede considerarse igual á la anterior, si hemos de dar fé á las noticias que la antigüedad nos ha dejado. Es verdad que en un principio ni los castillos que se advierten en la popa y en la proa, ni los tablones que se elevan por ambos costados sobre puestos al apoyo de los remos, fueron absolutos adherentes de la construccion inventada; pero la necesidad de reservar un tanto en los combates el cuerpo de los remeros, y de facilitar á los combatientes algunas ventajas sobre sus enemigos, aconsejaron ambos medios de defensa, que bien pronto se generalizaron, con particularidad en las naves de los fenicios y de los egipcios. No tardó mucho Thaso de Jonia en cubrir los bancos de los remeros, inventando un segundo piso en las naves, y hé aquí esplicado el origen de sus *puentes*: de manera, que si bien se repara en la copia que hemos presentado, veremos la marina de aquella época en posesion de sus *remos*, sus *velas cuadradas*, sus *vergas*, sus *escotas*, sus *puentes* y otras varias partes útiles de las que hoy se usan en nuestras principales embarcaciones. Para el trasporte de la caballería hubo necesidad de construir otros vasos especiales de distinta forma, los cuales tomaron el nombre de *Hipogones*.

Asi continuó la marina largos años siempre introduciendo alguna invencion útil, pero sin salir de la forma trazada á las *naves longa*, hasta que flotaron por primera vez las *biremes* sobre las aguas del mar Negro. Los habitantes de sus costas creyeron necesaria esta alteracion para alcanzar la perfectibilidad del arte, y bien pronto á su imitacion surgieron de Corhinto las *triremes*, las *cuadriremes* de Cartago, y otras naves de semejante construccion cuyos nombres, como los anteriores, se arreglaban en un todo á sus particulares circunstancias. Son varias las opiniones de los autores que han querido trasmitir á nosotros el conocimiemto de estas naves; pero todos convienen en que llevaban desde dos hasta diez ó mas órdenes de remos, suponiendo unos que estos correspondian al número de sus puentes, otros al de los hombres que manejaban cada remo, y otros por fin, y estos son los mas y que mejor se adaptan á las condiciones de la navegacion, asegurando que el nombre de la nave correspondia á la colocacion de los bancos de sus remeros tal como vamos á esplicarla.

Dividíase ante todo la longitud de la nave en tres partes iguales, de cuyos pisos el de proa habia de estar mucho mas bajo que el del centro, y este guardar las mismas proporciones con respecto al mas elevado, que por consiguiente era el de popa. Los remeros tambien se dividian á la vez en tres categorías, de manera que los destinados á ejercer su oficio en la primera subdivision de la nave, ó sea la de proa, se llamaban *Thalamites*, *Zigites* los del centro, y los de mejor condicion, que remaban en la popa, tomaban el nombre de *Thramites*. Siguiendo este sistema, que hasta aqui era igual en todos los vasos, se colocaba en cada piso el número de remos por banda que daba nombre á la nave: de manera que la bireme llevaba dos remos por banda en cada piso, ó sean doce en todas sus partes y costados: la trireme tres, ó sean diez y ocho en su totali-

dad: la cuadrireme cuatro, ó veinticuatro, y últimamente, la decemreme, que por lo regular era la de mayores dimensiones, contaba diez remos por banda en cada piso, los cuales equivalen á treinta remos en la estension de un costado, ó bien á sesenta en toda la nave.

Las exageradas pretensiones de los poderosos, inventaron colosales dimensiones para ostentar en los mares los quilates de su pujanza: asi se vió á Ptholomeo *soter* ó salvador, el grande Alejandro, á Ptholomeo Filadelfo, á Demétrio, hijo de Antogone, y á otros varios que las historias mencionan entre los conquistadores del mundo, presentarse al frente de sus escuadras sobre naves tales que algunas llegaron á ocupar cuarenta remos en el costado de cada piso, ó sean ciento veinte por banda. Pero tan ridículas concepciones, que únicamente un orgullo sin límites podia llevar á cabo, ni ofrecian el éxito apetecido en los combates, ni eran á propósito para hacer frente con ventajas al mas ligero temporal de los que con frecuencia diezman las escuadras. Sin embargo, semejante costumbre prevaleció tanto, que en España, en Francia, en Inglaterra y en Venecia se han botado al agua hace menos de dos siglos tales navíos, que con los materiales empleados en ellos, sin mas objeto que el de una competencia sin fundamento, podian haberse construido por cada uno tres ó cuatro navíos regulares de alto bordo.

La idea en que se apoyan algunos autores para inventar un método de nomenclatura y forma distinto del que hemos esplicado con respecto á las biremes, triremes, etc., y la cual se apoya en el número de hombres que manejaba cada remo, carece absolutamente de razon, no solo por los modelos que hemos visto, sino tambien porque ningun obstáculo se opone á la exactitud de nuestro relato: antes al contrario: la razon natural y los ejemplos repetidos nos enseñan infinitos casos en que en una misma nave manejaba sus remos distinto número de hombres, y esto se concibe muy bien, considerando que los de proa, como mas inmediatos en su colocacion á la superficie del mar, habian de ser mas cortos que los del centro y popa, y por lo tanto serian suficientes menos brazos para darles el impulso necesario.

Con la invencion de la bireme y de todos los otros vasos que á su construccion especial se ciñeron, asomó el pensamiento de comunicar á su casco algun agente ofensivo para corresponder á los instintos destructores que constantemente han caracterizado al hombre. Y á fin de llevar adelante semejante idea con toda la fiereza que se propusieron comunicarla sus autores, acomodaron en la proa de cada nave un camafeo que representando la efijie de un animal horrible, llevaba por lengua uno ó mas espolones de hierro para chocar con ímpetu y horadar rasando con la superficie del agua, los cascos de las embarcaciones contrarias (1).

(1) Era tal la importancia que se daba á los espolones de las naves, que cuando Scipion venció á Anibal en Africa y los cartagineses le pidieron la paz, les impuso el vencedor, entre otras, la condicion de no tener naves con espolones fuera de galeras.

Cubierta aquella necesidad de la época se pensó tambien en inventar algo con que dar direccion á las naves sin suspender la velocidad que recibian por el impulso igual de todos los remos; pero esta vez el ingenio no llegó á comprender bien los medios que buscaba, y la invencion del timon se aplazó para algunos siglos mas tarde. En cambio se dió salida por el casco en ambos costados de la popa á otra especie de remos mucho mas anchos que los otros, y á favor de ellos con gran facilidad se ejecutaron en la mar los cambios de direccion que anteriormente se hacian no mas que á fuerza de trabajo.

El velámen tambien continuó usándose en las embarcaciones á que aludimos, bien que su efecto se emplease mas particularmente para el comercio, por las ideas incompletas que se tenian de las maniobras, y á fin de que nada faltase en las armadas navales cuando tanto se habia progresado, se hizo plaza dentro de los vasos á las máquinas de guerra que entonces se usaban, tales como *catapultas, balistas* y *onagros*, y finalmente se colocó en la popa un mástil ó asta de bandera sobre la cual estendia sus alas triunfantes el águila del imperio.

Los romanos, que al cabo se hicieron señores de nuestro territorio, ya que tuvieron sus embarcaciones en el estado que hemos dicho, no trataron de averiguar si el arte de la construccion era susceptible de algunas mejoras. Ellos vieron cubiertas sus necesidades con lo hasta allí inventado para hacerse dueños de los mares como lo eran de la tierra, y solo pensaron en mejorar la condicion de los marinos que en su principio habia sido infame.

Con efecto; en los famosos tiempos del imperio, y en los no menos célebres de la república, la gente de mar, si no era forzada en su totalidad, contenia en su número aquella porcion de hombres que todas las sociedades rechazan por su vagancia ó por sus vicios, de manera que aun para aumentar con la guerra el esplendor de la república sobre el líquido elemento, únicamente, y á fuerza de penas se lograba guarnecer las embarcaciones con los *velites*, especie de tropa que en las famosas legiones combatia fuera de toda formacion, y que se componia de los desperdicios del ejército.

Para combatir esta repugnancia cuando ya la marina estaba regularizada, se concedieron premios y franquicias á los que voluntariamente se prestaran á servir en ella; pero era tanta la preocupacion con que hubo que luchar para conseguir el objeto apetecido, que hasta fue forzoso conceder sobre las gracias ya dichas, otras por las cuales los marinos podian aspirar, por serlo únicamente, á las primeras consideraciones y empleos.

Tal era el estado de nuestra marina despues de la segunda guerra púnica, y es de suponer que con semejantes vasos sujetó el cónsul Quinto Cecilio Metello á los corsarios mallorquines que trabajaban las costas españolas por los años de Roma 631, que equivalen á 121 antes de Jesucristo. Y para confirmar la parte que damos á la marina española en las prácticas y adelantos de la romana, ya que no se considerase bastante la completa posesion que tenian los romanos en nuestra patria, conviene saber que cuando Quinto Sertorio se reveló contra la

república, eligiendo por campo de sus hazañas las provincias y descontentos de nuestro suelo, fue una de sus primeras victorias la naval que consiguió á la entrada del estrecho de Gibraltar por los años 79 antes de Jesucristo, y es de suponer que las naves victoriosas habian de igualar cuando menos en bondad á las naves vencidas.

Pero si alguna duda quedase acerca de los adelantos que en la parte náutica se habian hecho en las épocas que vamos refiriendo, la destruirian completamente las noticias que nos han dejado por lo general los antiguos autores, entre ellos Dion y Plinio, acerca de la toma del puerto Brigantino, hoy la Coruña, al terminarse el último siglo anterior á la era cristiana. Refieren ambos autores, y con ellos el P. Mariana, aquel acontecimiento, y en sus correspondientes relatos todos conforman en que los naturales se rindieron sin dilacion espantados de la grandeza de las naves romanas, las velas hinchadas con el viento, la altura de los *mástiles* y de las *gabias*, cosa de grande maravilla para aquella gente, por estar acostumbrados á navegar con barcas pequeñas, cuya parte inferior armaban de madera ligera, lo mas alto tegido de mimbres y cubierto de cueros para que no les pasase el agua.

Es de suponer, que despues de aquel acontecimiento los habitantes de la costa de Cantabria no tendrian nueva ocasion de admirarse de aquellos portentos del arte, porque como los de la Lusitania, la Bética y del Mediterráneo entrarian bien pronto á formar parte en la marina de los romanos.

Ni de menores proporciones y consistencia podemos considerar las armadas con que por primera vez se tuvo en España conocimiento del continente americano, cuando Himilcon y Hannon, gobernadores que vinieron á nuestra península bajo las armas de Cartago, emprendieron los largos viajes que les han dejado fama eterna. Cuentan varios autores ambas espediciones, con particularidad Rufo Avieno, y Plinio; pero todos bebieron las noticias en las fuentes que abrieron á la investigacion aquellos navegantes, dejando consignadas sus memorias. Conforme á ellas, salió el primero de Cartago y el segundo de las columnas de Hércules, que es como si dijéramos del puerto de Cádiz. Dirigióse aquella al Norte de Europa, y esta con rumbo al Sur de Africa: y como la segunda fue sin duda la mas importante en sus descubrimientos, no me parece estraño al conocimiento del arte náutica, el relato compendioso de aquel viaje, que facilitó cerca de veinte siglos despues tan famosos productos al comercio del mundo.

Empezaremos por manifestar que aquellos intrépidos navegantes se lanzaron á la inmensidad del ancho Océano sin tener noticia alguna de la piedra iman ni de la brújula, y por lo tanto sin conocer absolutamente el uso del cuadrante. En cambio debieron contar sin duda con la bondad de sus embarcaciones, las cuales hubieron de ser tan capaces, que en sesenta de que constaba la flota de Hannon iban de trasporte hasta treinta mil personas entre hombres y mujeres, porque pensaban colonizarse en las tierras que fuesen descubriendo.

Dos dias de navegacion despues de pasar las columnas de Hércules, costearon

el cabo de Espartel, que entonces llamaban promontorio Ampelusio, y en cuya jurisdiccion, un tanto mas adelante se estendia el terreno de los Lixios, tan célebre en la fábula por la lucha de Hércules con el gigante Anteo, y por el jardin de las Hespérides. Reconocidos aquellos lugares continuó la armada con rumbo al famoso Atlante hasta el cabo Bojador, al Poniente del cual se destaca la isla de la Palma, y sin dar reposo á su atrevida investigacion, continuaron impávidos aquellos navegantes hasta las islas de Cabo Verde. Pasaron las islas Gorgónides y Sierra Leona que se eleva á ocho grados de la Equinoccial, y no tardaron mucho en salvar esta distancia para arribar á la isla de Santo Tomé, que tambien se conoce hoy con el nombre de Lope Gonzalez.

Si hubiéramos de admitir la opinion de Arriano, convendria terminar aquí el relato de la espedicion, porque aquel es de opinion que no pasó de la mencionada isla; pero Plinio afirma que llegó hasta el mar Rojo doblando el cabo de Buena-Esperanza; y como Platon en su *Timeo* dice que enfrente de las costas de Africa habia una isla cuadrilonga de tres mil estadios de longitud, que equivalen á trescientas setenta millas, y dos mil estadios ó sean doscientas cincuenta millas de latitud, cuando aun en nuestros dias la distancia de mar que separa la punta de Guinea de la del Brasil está salpicada de islas, escollos y bancos de arena, pudiéramos muy bien suponer sin equivocacion notable, que en estos lugares se hallaba la isla de Platon, estrechando la distancia que hoy separa ambos continentes, y así dar por sentado que nuestros navegantes hicieron escala en ella para llegar hasta el Brasil, cuyo conocimiento se perdió con la revolucion esperimentada en el globo, al sumergirse la mencionada isla.

Lo mas cierto es que el regreso de Hannon y sus compañeros no tuvo lugar hasta cinco años despues de su partida, y que al verificarlo contaron todos cosas tan estrañas de las que habian visto, y tan semejantes á las que hoy se conocen del Nuevo Mundo, que apenas debe quedar alguna duda acerca de la opinion que hemos sentado.

Por lo demas, la marina antigua llegó á su apogeo con la perfeccion de sus triremes, que fueron los vasos mas generalizados entre los romanos; y como la fama de estos se estendia por todo el mundo hasta entonces conocido, tambien sus investigaciones eran aceptadas y puestas en uso por las demas naciones. Algunas, sin embargo, prefirieron la colocacion de los remeros en un solo piso ya sobre cubierta, ó bien entre los puentes que tambien se inventaron para reservar lo que en las embarcaciones se llevaba antes á la intemperie.

En general, cuantos autores se han ocupado de la marina afirman que la destruccion del imperio romano fue causa de perderse completamente en nuestras costas el conocimiento de la navegacion, tal como se hacia antes que los bárbaros se derramáran por el continente. Nosotros diferimos en esta parte de cuanto hasta aquí se ha dicho; no porque pretendamos oscurecer el verdadero conocimiento de las cosas, sino porque fuera un error admitir tan absolutamente la hipótesis á que hacemos referencia.

En España, por ejemplo, tuvo lugar la invasion por los años de 411 de Jesucristo, y no hay duda que Walia, tercer rey de los godos, juntó una gruesa armada y en ella se embarcó con poderoso ejército para pasar á la Mauritania, cuando ya se contaba el de 417. Es verdad que los elementos no favorecieron su empresa, y que tuvo que volver á tomar tierra en nuestras playas sin conseguir el objeto apetecido; pero esto en nada disminuye la certeza de la espedicion, y el uso que los godos hicieron de las naves en el principio de su dominio.

Bajo el reinado de Teodoredo que sucedió á Walia, y comenzó con el año 421, los vándalos asimismo cruzaron el Mediterráneo hasta las islas de Mallorca y Menorca, y volvieron despues á Cartagena; y es cierto tambien que su rey Genserico, con propósito de ayudar en Africa á Bonifacio, gobernador puesto allí por los romanos, que pretendia alzarse con el señorío de lo que estaba confiado á su custodia, desamparó la Bética y atravesó el mar con un ejército de ochenta mil combatientes, cuyo trasporte ya se deja conocer el crecido número de vasos que ocuparia. Sucedió esta espedicion cuando ya se contaba el año 428, y por ella los vándalos asentaron y tuvieron en Africa su imperio hasta que la arrancó de su poder el famoso Belisario un siglo mas tarde.

Por lo demás, si los autores á quienes hemos aludido hubiesen fijado su opinion esclusivamente en los godos, nosotros nos conformariamos con ellos en gran manera, pues no hay duda que las guerras de estos con las legiones de Atila y sucesivamente con los francos y ostrogodos en los términos de la Galia Gótica, influyeron mucho para que la raza que al fin se hizo dueña esclusiva de nuestro territorio, abandonase las costas del mar, á la vez que los romanos se retiraron con sus naves á Italia y los vándalos llevaron al Africa las últimas reliquias que de la antigua construccion pudieran haber quedado.

Tambien pudo muy bien influir en el ánimo de aquella gente inculta para despreciar las ventajas de nuestras dilatadas costas, el contratiempo padecido por Walia en lo mas recogido del Estrecho, cuando pretendió pasar á la Mauritania. Lo que hay de positivo es: que los godos, despues de estar en completa posesion de España, no aventuraron ninguna otra espedicion naval hasta el año de 548 bajo el reinado de Teudis, quien despues de derrotar á los francos en las hoces y estrechuras de los Pirineos, con ánimo encendido y ambicion de gloria llevó sus huestes contra la plaza de Ceuta en una armada apenas considerable que por ventura pudo reunir con notable trabajo. Lo escaso de sus fuerzas en aquella malograda espedicion fue causa de que los sitiados hicieran una salida con gran provecho de sus armas y desdoro de las agresoras, pues matando á muchos godos y oprimiendo á los mas, permitieron apenas que pudieran los restantes con su rey buscar en las naves la salvacion que la tierra les negaba.

Respetando los acontecimientos, ó tal vez por los contínuos cuidados que constantemente distraian las atenciones hácia las fronteras de las Galias, los godos no volvieron á aventurar en mucho tiempo nuevas empresas por los mares, á no ser que como tal quisiera contarse la toma de ciertas naves francesas que cruza-

ban por las costas de Galicia, destinadas esclusivamente á lícitas contrataciones. Por cierto que esta ocurrencia, acaecida por los años de 586, paralizó los tratos de paz que habia propuesto el rey godo Leovigildo á los franceses que pretendian satisfacer la muerte violenta del Santo Hermenegildo.

Asi corrieron los tiempos hasta el siglo VII de la era Cristiana, en cuyos primeros años floreció el reinado de Sisebuto, tan querido por sus virtudes como respetado por su fuerza. Este rey, despues de haber consolidado en la península el dominio de los godos, apenas disputado ya por algunos gobernadores romanos que todavía llevaban voz y autoridad en la Bética y la Lusitania en nombre del imperio, dió órden que el poder de su reino se estendiese á los mares, mandando al efecto la organizacion de las respectivas escuadras. Cuáles hayan sido las bases de la organizacion y de sus ordenanzas, si es que las hubo, no consta ni es posible atendida la incuria de los tiempos: nosotros nos inclinamos á creer que se reducirian á armar y mantener las naves de mayor porte que haber se pudieran por cuenta del Estado, sin cuidarse de nuevas construcciones como punto general, porque esto hubiera retrasado el pensamiento: y si hemos de dar crédito á respetadas opiniones de escritores ilustrados, entraba en las intenciones del rey Sisebuto estender su dominio al Africa ansioso de poder y avaro de gloria, y semejante pensamiento no admitia dilaciones.

Conviene advertir aquí que la construccion de los vasos no era ni podia ser igual á la que habia alcanzado la perfectibilidad de las triremes, pues al cabo doscientos años de olvido, y una raza enteramente ignorante de la mayor parte de las artes mecánicas que los romanos poseian, alguna diferencia habian de producir forzosamente en ambas épocas.

Las noticias que sobre esta materia nos han quedado de los godos son escasas. Sus leyes consignadas en el código tan conocido con el nombre de *Fuero Juzgo*, nos ponen al corriente en las circunstancias mas minuciosas de su organizacion civil, y no menos de la militar, que para ellos era casi la misma, pero no asi con respecto á la naval, porque apenas echados los cimientos á este, parà los godos, nuevo arte, cuando se promulgó aquel respetable código, los jurisconsultos que lo formaron en nombre del rey, ni conocian la ciencia naval, ni podian sobre ella aventurar leyes que, por consiguiente, resultarian defectuosas en su orígen.

Sin embargo no legaremos al olvido las circunstancias que caracterizaron en la mar aquella época, puesto que, sobre documentos inéditos que se custodian y hemos examinado en el archivo de la corona de Aragon, poseemos algunos diseños que las toscas manos de aquellas gentes han dejado á la posteridad en los pergaminos, en las piedras monumentales, y hasta en el cobre y en el hierro.

Al decretar Sisebuto el armamento de las primeras escuadras de guerra que conocieron los godos en su organizacion, las groseras naves que servian al comercio y á la comunicacion de las costas apenas se parecian en nada á las de los romanos, puesto que, sobre haber perdido mucho en su figura y construccion,

no usaban mas que un órden de remos ni mas puentes que el piso natural y primitivo de la nave. Las pieles volvieron á ejercer su antigua influencia para reservar de la intemperie los efectos y las personas que en las embarcaciones se conducian, y hasta el velámen habia retrocedido á la infancia del arte, como si una generacion estraña á todo lo pasado se hubiera comprometido á inventar por sí sola el modo de cruzar y dominar los mares.

Poco á poco las necesidades para el tránsito y la defensa se fueron perfeccionando, de manera que algunos años despues de aquella ley marítima, y no muchos antes de la pérdida de España, esto es, en el reinado del virtuoso y entendido Wamba, ya volvieron á conocerse bien que toscos é incompletos los puentes, y en los árboles ó mástiles aparecieron otra vez las velas de lienzo en forma cuadrada.

En un códice gótico que tenemos á la vista, y que forma parte de los escritos de San Julian, hay groseramente dibujadas tres naves, de las cuales una no tiene árbol, y sí únicamente remeros; otra carece de estos, pero en cambio navega con una vela de la forma ya dicha pendiente de su entena; la tercera es de la propia condicion que la segunda, bien que tiene recogida la vela como si estuviese anclada, y la construccion de las dos últimas difiere de la primera en algunas notables circunstancias que apuntaremos. Es la primera un vaso largo, como si dijéramos, una nave longa de los antiguos, larga, estrecha y medianamente aparejada; sobre la popa se eleva un castillejo con sus adarves; la punta de la proa es bastante recogida hácia el interior de la nave; en su estension nada de particular se nota. Vense en ella ocho remos que vogan por el costado que presenta, y es de suponer que igual número trabajen por la opuesta banda. Sobre el castillo de popa asoma un hombre, que debemos suponer sea el piloto ó timonel, por mas que timon no lleve el barco, pues los otros dos lo tienen, y pudiera muy bien considerarse omision del dibujante esta notable falta. Tanto la figura que se eleva en la popa como las que representan los remeros, son de muy tosco dibujo: sus cabezas están rapadas, y esto coincide perfectamente con la humilde condicion del vulgo de aquellos tiempos.

Dejando por innecesaria la descripcion de la nave que parece anclada, vamos á ocuparnos de reseñar las partes y circunstancias de la otra, puesto que ambas pertenecen al propio género. Mas curva y menos prolongada en proporcion que la ya dicha, tiene sobre la proa otro castillo poco menor que el de la popa: tambien están sus bandas defendidas ni mas ni menos que si contuviese una batería moderna. A la tercera parte de la nave, midiendo desde popa á proa, se eleva un mástil tan largo como el casco, el cual tiene á su mitad suspendida la entena de donde parte la vela: esta es cuadrada y va completamente tendida: en toda ella no se advierte cabo ni señal que pueda indicar la práctica de tomar rizos, de suerte que en un viento largo, no sabemos cómo acudirian á la indispensable necesidad de moderarle. Las puntas inferiores de la vela se confunden con el casco de la nave sin dejar ver escota ni cuerda alguna que se le parezca, por lo que, y por



la rudeza de los tiempos estamos dispuestos á creer si acaso irian dichas puntas sujetas por sí mismas al casco, privando así á la vela de acortarse ó alargarse conforme á las circunstancias de los elementos. Se desprenden de la entena numerosas cuerdas que van á descansar en los bordes del casco, y ellas servirian sin duda para subordinar la direccion de la vela á la del rumbo que la nave llevase ó á la que marcase el viento: tambien se advierte una escalera de cuerda que sube hasta lo que hoy llamamos *tope*, coronado en la nave á que nos referimos por un castillejo que en el siglo XVI se llamaba *gata*, y servia para vigilar ó combatir, conforme las circunstancias lo exigiesen: esta parte ofensiva de la nave se usaba tambien en la antigüedad, y se cree que fue inventada por Temístocles. En la antigüedad ya llegó á conocerse el palo trinquete, y no faltan autores para afirmar que Cimon lo armó de su correspondiente vela: en la nave que vamos detallando únicamente se destaca del castillo de proa una punta de cortas dimensiones que mas parece el espolon de una trireme que no el trinquete mencionado, puesto que sobre no ser por su longitud suficiente para el objeto á que hoy se destina, no se liga á las demas partes de la nave con jarcia alguna que le pueda hacer servible á aquel objeto: la insuficiencia del dibujo no nos permite tampoco sentar definitivamente una opinion decidida acerca del objeto de aquella punta que se destaca de la nave. En la popa se ve por debajo del castillo un timon bastante perfecto.

Todos sabemos que san Julian vivió en tiempo del rey Wamba, de cuyo monarca escribió la historia; y por lo tanto debemos creer en la semejanza de las naves dibujadas en su códice con las que realmente se usaban. Ni podian ser de peor condicion si se tiene en cuenta que, despues de las leyes navales espedidas por Sisebuto para conservar sin duda las posesiones que en Africa se ganaron á moros y romanos, hubo necesidad de mejorar la marina sucesivamente hasta ponerla en estado de acudir en poderosa escuadra á la guerra narbonense que hizo Wamba contra el rebelde Paulo: pues ¿qué formas si no habian de tener las naves peores que las ya esplicadas? ¿Ni cómo era posible que alcanzasen victoria como la alcanzaron poco tiempo despues contra una armada sarracena que intentó aportar á nuestras costas por los años de 677?

Es verdad que preocupados con la tradicion de sus primeros contratiempos, nunca los godos fijaron constantes su atencion en las cosas navales, principio funesto de su destruccion completa, y sin el cual tal vez hubieran escarmentado mas poderosamente á los enemigos de la fe cristiana, que en varias ocasiones habian intentado echar en el suelo español sus numerosas huestes. En comprobacion de aquel descuido bastará decir que el servicio de la marina no se ensayaba por personas dedicadas á él esclusivamente: los soldados, y con frecuencia los mismos náuticos, se improvisaban de las tropas de tierra y de los naturales de las costas, aunque jamás hubiesen navegado una milla lejos de sus playas.

La irrupcion de los moros en España trastornó todos los usos y leyes existentes, al menos en la gran parte de la península que inmediatamente dominaron;



pero si se atiende al estado insignificante de la marina gótica, este arte no hay duda que recibió un nuevo y vigoroso impulso con la venida de los árabes. Sus vasos, poco diferentes de los entonces españoles, se fueron perfeccionando, bien que á lo que se puede colegir de cuantos monumentos se conservan, partiendo siempre de lo existente como base de sus adelantos. Quizás no debiéramos ocuparnos del período en que los moros dominaron absolutamente las costas españolas, puesto que no son las nuestras ni sus costumbres, ni sus invenciones, ni su historia. Pero algo hay que conceder á una raza que holló con varia fortuna, pero sin interrupcion nuestro territorio por mas de siete siglos, y que á no dudar ha legado á la actualidad muy provechosos conocimientos y adelantos.

En sus primeros tiempos ya sabemos que ellos esclusivamente se hicieron dueños de nuestras costas; pero no es menos cierto que el ánimo de aquellos pocos que se salvaron en la famosa cuanto infeliz batalla de Guadalete, conquistando palmo á palmo el terreno de sus mayores, dió bien pronto á la marina puramente española límites propios en que estenderse y vasto hemisferio de sus hazañas.

Se distinguen los primeros en el arte náutica los catalanes, despues de la invasion á que aludimos, por consecuencia de ser ellos de los primeros que en toda la península alcanzaron pais á propósito para cultivar en él su particular ingenio. Cuando los castellanos y demas gente lejana de la Galia Gótica tuvieron por mas pronto consuelo á su desgracia las asperezas de Asturias, los catalanes, lo mismo que los aragoneses, traspasaron las cumbres de los montes Pirineos para reponerse detras de ellas, y acometer en sus dominios respectivos la misma difícil empresa de Pelayo. En ella ayudó á los catalanes muy particularmente Carlo-Magno, y tras de su muerte no fue menos generoso su hijo Ludovico, que le sucedió en la corona de Francia. Este monarca, atendiendo á la seguridad y acrecentamiento de sus dominios, entró en Cataluña con poderoso ejército, y no tardó en ganar á Barcelona primero en 791 y despues en 798; pero como le demostrase la esperiencia que no le seria fácil conservar sus conquistas únicamente con las falsas palabras de los mahometanos vencidos, se resolvió por fin á encomendar el dominio de Cataluña á los que existian de sus antiguos moradores, bajo el gobierno de Bernardo, primer conde de Barcelona.

No hay duda que apoderados de la costa oriental de España los cristianos, procurarian ejercitarse en el arte de navegar, bien que siempre con los recelos de la antigua tradicion que aun alcanzaba á aquellas gentes; pero nada consta en las historias ni manuscritos que hemos visto sobre este asunto, hasta despues que perdida otra vez Barcelona con todos los lugares de la marina, por los años de 986 de Jesucristo, se volvió á recobrar por el conde Borelo, el mismo que la habia perdido.

Las primeras noticias que pudieron darse acerca de espediciones navales en esta nueva época, serian forzosamente las correspondientes á la conquista de la Tierra Santa, puesto que á pesar de tener bien ocupadas las armas en sus propias tierras los cristianos españoles, no quisieron negar su contingente á aquella em-

presa. Pero nada digno de mencion pudiéramos referir que á nuestro propósito conviniese, concretándonos á tan memorable acontecimiento, porque si bien es cierto que á Jerusalem acudieron caballeros españoles, no lo es menos que para conducirlos no se aprestaron en nuestras costas escuadras que pudieran considerarse en son de guerra.

Perfeccionaban sin embargo el arte náutica los catalanes por aquel tiempo, bien que únicamente empleados en el comercio con las costas del continente que á los moros no estaban sujetas, y sus adelantos fueron de tal guisa, que pronto se vieron dispuestos á aparejar una gruesa armada con que servir al conde Remon Arnaldo Berenguer en la primera conquista de Mallorca. Pero conviene advertir, para que la exageracion no usurpe su lugar á lo mas cierto, que en la indicada empresa, acometida por los años de 1114, fueron pisanas y genovesas la mayor parte de las naves que trasportaron á la isla Balear las armas del conde cristiano, si bien esta circunstancia no obstó para que la emulacion diese en adelante, y aun entonces mismo, grande impulso al arte de navegar entre los catalanes. Por esto fue que al emprenderse la misma conquista por el rey don Jaime, año de 1229, cuentan las crónicas de comun acuerdo, que el rey conquistador conducia sus gentes en 150 navíos de alto bordo, que en aquella época se llamaban *caudales*, sin contar, por supuesto, las muchas barcas de chusma y gente allegadiza, ni las naves de genoveses y provenzales que acudieron á la empresa.

Habíalas entre todas de muy distintas formas, portes y tamaños; y como tales se distinguian entre sí por sus respectivos nombres. Historiadores hay que á todas en general llaman galeras, esto por la poca aficion que tenian á apropiar su verdadera nomenclatura á las cosas y á las épocas: descuido lamentable que nos ha privado de muy necesarios conocimientos en las artes y ciencias. Otros mas allegados y tambien mas curiosos calificaron distintamente los vasos de la armada; y asi dicen, por ejemplo, que se componia de 25 naves gruesas, 18 *toridas*, que eran navíos muy cómodos para pasar caballos, y 12 galeras; y entre otros navíos que llamaban *trabuces y galeotas* llegaban á 100, que componen justamente los 155 *caudales* de que hemos hecho mencion mas arriba. El que mas llamó la atencion entre todos, fue un barco de Narbona, de tales dimensiones y capacidad, que contenia tres cubiertas ó puentes, el cual se contempló por todos como grande maravilla.

En abono de la ventajosa idea que debemos formar de la marina puramente española, correspondiente á aquellos tiempos, conviene tener presente, que toda la armada se dió á la vela del puerto de Salon, en el cual se habian reunido tanto número de vasos cual entonces no se acostumbraba, porque la incuria y menosprecio de los godos á las cosas de mar fueron causas bastantes para que aquel puerto se inutilizara durante siglos enteros.

Si cumpliera al plan de nuestra obra entrar en minuciosos detalles de las cosas de aquella espedicion, sin duda aclararíamos mas la parte descriptiva, no sin deleitar á nuestros lectores con el interés novelesco que ofrecen el tránsito, borras-

cas, arribo y combates de los conquistadores, antes de alcanzar completa posesion de la isla. Pero nos contentaremos con bosquejar ligeramente el órden de la navegacion, conforme se emprendió al hacerse á la vela la armada desde el mencionado puerto.

Llevaba la vanguardia la nave capitana, montada por En Guillen de Moncada (1), vizconde de Bearne, que era la mas ligera entre todas las que concurrieron á la empresa; y como participaba tambien del carácter de guiadora, acomodó en su mástil una linterna por faro. Inmediatamente seguian las naves gruesas, como si dijéramos los navíos de línea, en pos de las cuales azotaban sus remos las toridas conductoras de los caballos: á estas servian de escolta sucesivamente los trabuces y galeotas, cerrando la marcha otra nave preferente, que en la armada se llamaba de En Carroz, porque tal era el nombre del *cómitre* que la montaba, y en cuyo mástil lucía como en la primera otra linterna. Para dar calor á la espedicion y asegurar el viaje, repartiéronse las doce galeras fuera del órden principal, por los costados de la armada, porque en ella su instituto ó mision era reconocer y facilitar la navegacion, teniendo cuenta de uniformar en lo posible el órden, y remolcar en las ocasiones los navíos de mayor porte. El rey, para proveer el embarque de la muchedumbre que pretendia acompañarle en su arriesgada empresa, permaneció algunas horas sobre la costa, despues que la flota caminaba, contemplando á la vez cómo la mar llegaba á parecer blanca por la multitud de velas que do quier se descubria; pero no tardó en ponerse á la cabeza de aquella, montado sobre la galera de Mompeller, despues de haber recogido mas de mil hombres en barcas y otros vasos menores con que se aumentó la comitiva.

Tampoco podemos resistir al justo deseo de citar aquí algunos de los pasages mas arriesgados de la travesía, porque ellos revelan el estado de la náutica en aquellos tiempos. Dice en su propia historia el rey don Jaime, que la armada principió á moverse impelida *por la ventolina de terral* (2); pero que apenas habria caminado veinte millas de mar cuando el viento mudó en *leveche*, por cuya razon los cómitres y pilotos le suplicaron que volviese de arribada á las recien abandonadas costas. El rey no consintió, porque su corazon, lleno del fuego de la juventud, como que contaba no mas veinte y un años, se dilataba en los arrebatos de su ya próxima gloria, y la flota continuó su derrotero, por mas que el viento arreciaba obligando á las naves á seguirlo á toda orza, bien que continuasen durante la noche *de la misma bordada*.

Asi que la isla se divisó claramente cuando ya el temporal habia calmado, túvose por conveniente *arriar las velas á plano* (3), para que la armada no fuese

(1) *En*, es como si dijéramos *Don*, pues tal era en Cataluña por aquellos tiempos el término corriente para significar la nobleza de la persona á cuyo nombre se acomodaba.

(2) Viento flojo ó inconstante de la parte de tierra: es mas comun en las madrugadas, y se considera el primero de los *altanos*.

(3) Palabras del propio rey en su crónica.

descubierta antes de tiempo: con este motivo se navegaba á fuerza de remo; pero como en la segunda noche se dejase percibir la *ventolina del Oeste*, todas las naves *largaron velas*, y se pusieron á rumbo con direccion al puerto de Poblenza. Favorecida la flota por la mas suave bonanza, marchaba gozando de un tiempo tanto mas delicioso, cuanto mas se recordaban los afanes de la pasada tormenta; pero de pronto se dejó ver una nube, al mismo tiempo que se percibió el viento contrario de la parte de Provenza ó Nor-Oeste, por cuya razon el cómitre de la galera real se preparó contra el nuevo peligro, colocando los marineros en sus correspondientes lugares, *unos á las drisas, otros en las escotas, y los necesarios en las muras.* Así ordenadas las cosas llegó el viento mas recio *tomando la galera por la lua,* á cuya novedad fué general en la armada la voz de *arria*, bien que la maniobra no se pudo ejecutar sin grandes peligros y trabajos hasta que todas las naves quedaron *á palo seco*. Hubo un momento de confusion general, como que los barcos llegaron á arremolinarse; pero el rey, tan esperto como el mas esperimentado almirante, preguntó á los cómitres si no habria algun puerto capaz de contener la armada, aunque no fuese el antes designado, con tal que el viento reinante favoreciese su derrota, y como entre aquellos se contaban algunos que habian aportado á Mallorca en otras ocasiones, no faltó quien indicase la facilidad de arribar al de la Palomera, con lo cual la galera del rey dió el nuevo rumbo *izando vela*. Todas las demas embarcaciones comprendieron la determinacion adoptada, é inmediatamente secundaron la maniobra con éxito tan feliz, que bien pronto pudieron *virar* con gran facilidad, *hasta las que mas se habian sotaventado;* de suerte que al dia siguiente habia aportado á la Palomera toda la armada, sin que de ella se perdiese un solo barco (1).

Despues de tan famosa conquista nada bastó á contener los progresos de la marina catalana, con tanto mas motivo cuanto que la incorporacion primero de Ibiza, y despues del reino de Valencia á la corona de Aragon, estendió los límites naturales de sus costas, puertos, astilleros, y todo otro género de recursos navales.

Lástima debe causarnos que el proyectado viaje de don Jaime á la Tierra Santa por los años de 1269, con una escuadra de treinta naves gruesas y gran número de galeras, se haya malogrado por los temporales, cuando tanto debian prometerse las armas cristianas, de los talentos y buenos sucesos con que siempre habia combatido por la estension de la fé aquel poderoso é intrépido monarca. Pero este contratiempo no obstó para que la marina continuase sus pro-

(1) No hemos olvidado las empresas y hazañas marítimas que acometieron los catalanes antes de la tan famosa conquista de Mallorca, por mas que no las citemos con particularidad en nuestra obra, ó las atribuyamos escasa y aun estraña importancia. Nuestra reserva ó aparente descuido cuando tanto nos honran los viajes á la Palestina, la espedicion de catalanes contra Almería y la conquista de Tortosa, proviene del recto é imparcial juicio que hemos hecho de tan memorables acontecimientos, en los cuales, si nos corresponde la gloria de guerreros, no debemos aspirar á la de marinos, porque eran de estranjeros qne los tripulaban, casi todos los buques que concurrieron á tales empresas. Tanto es cierto esto que, rendida Tortosa al conde de Barcelona, como á caudillo de la espedicion, hubo de repartirse el territorio de la ciudad, para satisfacer todos los derechos adquiridos, dando una tercera parte á los genoveses, otra al senescal de Cataluña Guillermo de Moncada, una quinta á los caballeros templarios, y lo restante á la corona.

gresos hasta ponerse al nivel de la mas brillante que entonces se conocia; y por esto fué que el gran rey don Pedro, hijo y sucesor digno del famoso don Jaime, no contentándose con las victorias de sus armas en las fronteras naturales de su territorio, aprestó una poderosa flota por los años de 1282, y la condujo en persona contra las costas de Africa.

Por fortuna sin duda de los sarracenos, acontecieron por entonces las alteraciones en Sicilia, que prepararon al famoso Roger de Lauria aquella série de triunfos que le colocaron en el mas alto lugar, como valiente y afortunado, entre todos los almirantes de las armadas de España (1). El rey don Pedro, comprometido en la empresa contra Cárlos de Nápoles, volvió sus flotas á los mares de Italia, inaugurando la série de sus no interrumpidas victorias con la que le facilitó en las aguas de Calabria su hijo natural don Jaime Perez, el cual presentó por despojos de su triunfo veintidos galeras francesas y cuatro mil prisioneros. El ardor juvenil de este almirante le aconsejó en mal hora que acometiese la plaza de Reggio, contra las instrucciones espresas que de su padre tenia; y esto, y el haber perdido sin fruto parte de la reputacion ganada y algunos soldados, fueron causas bastantes para que el rey le separase del honroso cargo que ejercia; mas como este no pudiera estar vaco mucho tiempo, lo proveyó inmediatamente en el afortunado cuanto entendido Lauria.

De aquí parte la época de sus hazañas, debidas no menos á las concepciones atrevidas de su valor, que á la fama sucesiva de su nombre. Era hombre de escasa estatura, pero bien fornido y de fisonomía no repugnante: lo que le faltaba de cuerpo le sobraba de ánimo, y tenia desarrolladas sus fuerzas físicas como el que mas de su época. Su condicion era áspera: su trato no correspondia gran cosa á la educacion cortesana que habia recibido; pero en cambio se acomodaba perfectamente con las costumbres guerreras de su tiempo: era ágil, activo y muy capaz de ejecutar como simple marinero lo que mandaba como almirante: en los combates duro é impasible, y feroz en las victorias, por lo cual la sola idea de su nombre era muy bastante para desanimar á sus mas poderosos contrarios. Su orgullo rayaba tan alto que, despues de muerto don Pedro, ni siquiera pudo soportar la voluntad del nuevo rey, siempre que no estuviese conforme con la suya, y esto le hizo mudar de partido en diversas ocasiones. A haber nacido en mas humilde cuna dentro de nuestro territorio, su condicion indómita, su voluntad absoluta, sus instintos feroces y la independencia de su carácter, sin duda le hubieran hecho señalado lugar entre las bandas informes de los famosos Almogávares.

Tal era el hombre á cuyo cargo puso el rey don Pedro III de Aragon sus fuerzas navales para asegurar en sus sienes la corona de Sicilia, y no hay duda que correspondió dignamente á la confianza que en él se habia depositado, pues-

(1) Roger de Lauria era calabrés de nacimiento; pero conducido en su niñez á la corte de don Pedro de Aragon, española fué su educacion, y española tambien toda su gloria.

to que el poder coaligado de las mas poderosas naciones, no fué bastante para amenguar ni un solo momento la fama conquistada por las fuerzas navales de aquel monarca.

Las aguas de Malta atestiguaron de Roger la primera hazaña. Allí fué el impávido almirante á encontrar, con diez y ocho que tenia á sus órdenes, veinte galeras francesas; y si bien por el descuido en que estas se hallaban, y á favor de la noche, pudiera apoderarse de ellas sin ser sentido, quiso batirse como general mas bien que vencer como corsario. Al efecto envió una barca á la armada enemiga previniéndola que, si no queria rendirse á discrecion, se apercibiese á la batalla cuando hubiesen pasado algunas horas despues del mensage; y no hay duda que semejante confiada osadía debió influir necesariamente en el éxito de la pelea. Roger midió sus fuerzas personales con las del almirante enemigo, el cual, valiente como á su puesto cumplia, no hizo menos que entrar al abordaje por la proa en la nave de Lauria. Por mal de su osadía en ella encontró la muerte á manos de tan terrible adversario; y siendo esta la señal de victoria para la armada agresora, no tardó en coronarse con la presa de diez galeras y la rendicion de Gozo, Lipari y Malta.



En el año siguiente, que se contaba de 1284, fué mas considerable el triunfo que alcanzaron las armas del rey don Pedro, bajo la direccion de su ya acreditado almirante, sobre las costas de Nápoles. Allí habia concurrido el animoso Roger con cuarenta galeras á retar el poder mas considerable de sus enemigos, los cuales no se dejaron esperar mucho tiempo, saliendo á la mar acaudillados por el hijo heredero del rey Cárlos. Para aumentar la resistencia en el combate, y sostener

mas compactas las fuerzas, ambas armadas aferraron por las proas sus galeras respectivas, buscándose una y otra banda para chocar por ellas á favor de la destreza de sus maniobras, que acreditaron aquel dia mas particularmente en nuestra armada los marineros catalanes. De poco sirvió á los enemigos la superioridad de sus fuerzas, ni el valor desesperado de los caballeros que acudieron con su príncipe á aquella naval campaña. La destreza no les ayudaba en un elemento por ellos no frecuentado, y los que en tierra hubieran vencido tal vez con la desesperacion y el honor, en la mar no pudieron hacer mas que pelear y morir como buenos. Para rendir al príncipe y á los pocos que ya á su lado quedaban, Roger tuvo necesidad de barrenar, á favor de sus barcas, la galera real, con ánimo de echarla á pique; entonces aquellos desventurados no tuvieron otra salvacion que la de ponerse en las manos de sus vencedores, para ser conducidos con los demas despojos de la victoria.

Tras de este nuevo triunfo Roger reforzó su armada, y con ella dobló hácia las costas de Africa, con ánimo de trabajar las armas enemigas de la fé, en desagravio de las cristianas por él vencidas en tan señalados encuentros. El fuerte de los Gerves y un régulo berberisco fueron el fruto de esta espedicion, en pos de la cual volvió á Mecina, con ánimo de prepararse á ceñir nuevos laureles.

La proyectada conquista de Aragon por el rey de Francia Felipe el Atrevido, que tanto ruido hizo en aquellos tiempos, fué causa de que el rey don Pedro hiciese conducir sus recursos navales á las costas ya invadidas de sus naturales estados. No tardó Lauria mucho tiempo en anunciar su presencia con señalados hechos, siendo el primero entre todos, la completa rendicion de la mas poderosa flota enemiga, de la cual con gran trabajo pudieron salvarse únicamente doce naves. Todas las demas, con su almirante y mas de 5000 hombres entre muertos y prisioneros, sirvieron de timbre á la fama de aquella accion, la mayor y mas difícil que hasta entonces habia Lauria alcanzado. Lástima fué por cierto, que tanta gloria se empañase con el fiero porte que este tuvo con los prisioneros vencidos, á los cuales, esceptuándose el almirante y otros cincuenta de los caballeros, dió bárbaro castigo arrojándolos al mar ensartados en maromas, ó enviándolos al campo francés sacados los ojos y cortadas las manos (1).

Tanto orgullo alcanzó Roger con tan marcado triunfo, cual no pudiera esplicarse de otra manera que con la anécdota siguiente. Fué comisionado á su armada el conde de Fox para proponerle treguas, y como se negase á pactarlas, y el conde le acusase de soberbio, amenazándole con una flota de 300 velas, tal como el rey de Aragon no podria armarla, *sabed*, le dijo el terrible almirante, *que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á andar por la mar flota ni nave:* y añadió: *¿qué digo nave? los mismos peces, si quieren levantar la cabeza sobre*

(1) Zurita en sus Anales de Aragon, al ocuparse de esta victoria se esplica en estos términos: *Y fué grande el estrago que hizo en los franceses la ballestería catalana que llamaban de Tablas, que era la mejor que hubo en aquellos tiempos; y estos eran los que vencieron muy grandes batallas por mar, en las cuales se señalaron los catalanes sobre todas las otras naciones.*

las aguas, han de mostrar las armas de Aragon en un escudo, ó los castigaré como rebeldes á mi señor y amo.

Es verdad que los sucesos acreditaban el valor de sus promesas, pues en todas partes se veian triunfantes las enseñas que daban sombra á los navíos de su armada. Los franceses y napolitanos, así como las armas del Pontífice, tuvieron ocasion de esperimentarlo juntos entre las aguas de Sorrento y Castelamar de Stabia cuando ya corria el año de 1287. Allí les fué á buscar Roger con cuarenta entre galeras, navíos, taridas y leños, sin reparar que subian á 84 las naves que tenian sus contrarios, y allí tuvo la buena dicha de apresar mayor número que las suyas, con no menos de cinco mil entre marineros y soldados. Despues volvió á correr las costas de Africa, revolvió á las de Calabria, trabajó las de Nápoles y Francia, y aunque un solo contratiempo en su carrera pudo muy bien destruir la preponderancia de su nombre en la plaza de Catanzaro, donde fué roto su ejército y herido su rostro, no hay duda que en la mar no conoció rival en su época, á favor de los marineros y soldados aragoneses y catalanes.

Si hubiéramos de penetrar en los mas famosos hechos de la historia general para ensalzar las heroicidades de nuestros predecesores, ¡cuánto podríamos decir en honra y pro de aquellos pocos que llevaron sus armas al Oriente contra turcos y griegos, con tan varia pero gloriosa fortuna! Allí les viéramos primero contener los progresos de los enemigos de la Grecia, vana sombra de su nombre: despues convertir sus armas contra aquellos mismos á quienes habian favorecido, y últimamente hacerse dueños y señores de un nuevo estado. Tendríamos ocasion de observar la valentía de su espíritu para acometer empresas superiores á sus fuerzas, y la facilidad de sus manos para acabarlas venciendo: viéramos, en fin, en los llanos de Macedonia, sobre las costas de Tracia y en las provincias de Tesalia y de Beocia atropellado el poder de príncipes y reyes por aquel corto número de aventureros. Es verdad que, servidores del rey don Fadrique, la mayor parte se habia amaestrado en la famosa escuela de Roger de Lauria, y no pocos habian sido los conquistadores de su gloria y los instrumentos de sus triunfos.

Sus espediciones navales no fueron tan venturosas como cumplia á la fama de su empresa, porque tampoco eran tales sus recursos que pudieran hacer frente á las necesidades de semejante guerra: pero si no fueron capaces de castigar en el agua á sus poderosos enemigos, bien supieron defenderse de superior armada entre Paccia y el cabo de Gano, donde solamente por la fingida amistad de traidores genoveses pudo ser rendido Berenguer de Entenza, y destruida su pequeña escuadra. Por lo demas, los soldados hicieron su deber: galera hubo que barada la proa en tierra para mejor defenderse, resistió desde el castillo de popa á diez y ocho naves enemigas, hasta que no le quedó con vida un solo hombre de los que en ella combatieron; y no faltaron en diverso parage soldados animosos que, al entender la triste nueva de sus compañeros, adelantaron la hazaña de Hernan Cortés para imitar la de Agatocles, dando barreno en la rada de Galipoli

á las pocas naves que les ofrecian fácil retirada, por no perder el fruto de sus trabajosas conquistas.

La de Menorca por el rey don Alfonso III en 1288: la toma de Ceuta cuando las fuerzas marítimas de nuestras provincias orientales acudieron en auxilio de las castellanas para el sitio de Gibraltar en 1309. La interpresa de los Gerves, que hizo tributario de la corona de Aragon al rey de Tunez en 1315: la batalla naval del golfo de Caller acaecida en 1323, por la cual tambien fué obligada la república de Pisa á rendir párias á la misma corona: en 1252 la no menos célebre victoria de Alguer, donde los genoveses vieron destruida una de sus mejores flotas, y en poder de los españoles 39 galeras y 3200 hombres, además de 8000 que habian perecido en el combate; y por último, las frecuentes espediciones que se hicieron por las armas de Aragon para conservar en Italia las posesiones adquiridas en fuerza de sacrificios inmensos y hazañas fabulosas, hasta la época del rey Católico, son en la historia testigos elocuentes é imperecederos de los laureles que alcanzó la marina española del Mediterráneo hasta la reunion de ambas coronas en la corte magnífica y potente de Fernando V é Isabel I.

Si hubiéramos de continuar detallando tan curiosa narracion, sin duda despertaríamos agravios difíciles de satisfacer respecto á la navegacion de las otras provincias españolas: porque si bien hasta el siglo XIII nada hay de notable en los hechos de las flotas pertenecientes á la corona de Castilla, tambien es cierto que desde aquella época compitió muy ventajosamente con sus émulos y rivales.

Dió calor á la organizacion de la marina de guerra en Castilla la comercial que siempre sostuvieron los vizcainos y cántabros, primeros pescadores de la ballena, como que en el siglo X ya eran considerados grandemente en las naciones marítimas de Europa, asi como la de Cataluña, que á la vez se entretenia en sus contrataciones y cambios en los mares de Levante y en los puertos de Andalucía.

Los monarcas de la edad media no se desdeñaron de promover los adelantos del arte, á pesar de los instintos guerreros que naturalmente les distraian de todas las ciencias útiles: y si es admirable la creacion de la *Orden militar de Santa María de España* por inspiracion del sabio don Alfonso, en el año de 1273, esclusivamente *para premiar los fechos de mar*, no debe sorprendernos menos la acumulacion de honras y fueros que hizo don Sancho IV á favor de la marina mercante de Guipúzcoa, inventando restricciones para las naves estrañas que venian á cargar en nuestros puertos, á la par que las españolas gozaban de muy considerables franquicias y libertades.

Ya en los primeros años del siglo XI se habia ordenado el fuero de Leon, y en él consignádose varios derechos á favor de los mareantes del reino de Galicia que por los maestres de las naos fuesen armados. Por ellos se concedia á cualquier marinero condenado á muerte la distincion de morir como los hijosdalgo, libre de afrenta, y en su industria se les autorizaba para estraer su quintalada de toda mercadería que trajesen por la mar; si fuere sardina, cinco millares; si otro pescado, cuatro quintales; si vino, el cuarto de un tonel; si pan, cuatro fanegas, y

si fuere sal medio moyo, sin pagar por esto diezmo ni derecho alguno. Por los mismos años don Raimundo III, conde de Barcelona, concedió el propio derecho de la libertad del quinto á sus súbditos, y no hay duda que ambos privilegios se tendrian presentes por los prohombres de la ribera de Barcelona para fundar su código marítimo con el título de *Ordinationes Ripariæ*, en 1258.

Echadas las raices á tan consoladora justa proteccion, no fueron escasos los frutos que de ella se recogieron, tanto mas abundantes cuanto mas se reprodujeron las confirmaciones de sucesivos reyes. Don Fernando IV no solo sancionó cuantas ventajas habia dictado su padre en pro de la marina y puertos de sus dominios, sino que aumentó su catálogo con otras nuevas, llegando á establecer juzgado privativo y peculiar para la gente que navegaba, de donde resultó el sistema de matrículas que aun hoy se conserva.

Mas pródigo el rey don Alfonso XI quiso asegurar la pujanza de su marina por medio de sueldos fijos que señaló á cuantos patrones y tripulantes venian con sus naves al servicio de la corona, y al efecto se apropió las rentas y obvenciones de todas las escribanías del reino, con las cuales no hay duda que habrá podido asistir con profusion á tan importante objeto.

El justiciero don Pedro, con su aficion constante á las cosas de marina, multiplicó los privilegios á la mercante de sus reinos, conservando ademas los que de sus predecesores tenia. Ni otra cosa podia esperarse del monarca que, sobre ser el primero de los de Castilla que se embarcó para mandar personalmente sus flotas, gustaba de presenciar en los puertos las mas groseras maniobras de sus bajeles, y no se desdeñaba de asistir á la pesca de los atunes, confundido entre los mas pobres de sus vasallos. Esta circunstancia sin duda le aconsejó la abolicion del servicio de fonsadera en favor de los marinos de su reino (1).

Existian, sin embargo, ciertos impuestos sobre la industria marítima, á los que los reyes de Castilla no habian podido renunciar por las cuantiosas sumas que necesitaban para asistir poderosamente á la guerra contra infieles. Pero como la coronacion de don Enrique II, despues de la trájica muerte de su hermano, amortiguó las turbulencias propias, y puso en circulacion los inmensos tesoros del rey difunto, le fué fácil al nuevo monarca ceder agradecido en pro de sus súbditos una parte de los pechos que constituian las rentas reales; y del beneficio fueron partícipes los mareantes de las costas pertenecientes á la corona de Castilla, los cuales quedaron libres de cuantos derechos pudieran entorpecer su co-

(1) Para dar á conocer la aficion del rey don Pedro á las cosas de marinería, creemos oportuno manifestar que entre sus alhajas eran muy consideradas y de gran valor una *nao* de oro y una *galea* de plata que habia mandado construir en Sevilla con riquísimas guarniciones de aljofar y piedras preciosas. Las riquezas de aquel célebre monarca eran inmensas, tal vez las mayores que tuvo reunidas rey alguno en Castilla. Lo sabemos por su testamento que original hemos visto en un convento de monjas de Toledo, del que fué priora una hermana de don Pedro, poseyendo además una copia de dicho testamento por la bondad con que nos ha favorecido su actual mayordomo. Solo en mandas para limosnas, fábricas y misas, ordenó que se distribuyesen 10,700 doblas de oro castellanas y 100,000 marroquíes, pudiendo inferir de tan considerable cantidad cuál seria la que dejaso á sus hijas legítimas y á su hijo natural, sobre las 260,000 que en el testamento se consignan para distribuir entre aquellas y este. No decimos nada de las alhajas, porque su valor aun en nuestros dias seria inapreciable.

mercio. Don Juan I continuó con aprovechamiento el sistema de sus predecesores, y don Enrique III, ansioso de fomentar y promover la construccion de vasos mayores en sus astilleros, promulgó una ley en Talavera á 12 de marzo de 1397, por la cual, escluyendo de todo cargamento en sus puertos á los buques estranjeros siempre que los hubiera propios, mandaba que fuesen preferidos en igualdad de circunstancias los de mas á los de menos toneladas, imitando en esto al rey don Jaime I de Aragon, que habia mandado una cosa parecida por los años de 1227.

El mismo don Enrique ordenó á la vez que los buques estranjeros no pudiesen cambiar sus mercancías por oro ni plata, y sí únicamente por otros géneros del reino, dando así fácil salida á nuestras producciones, y aprovechándose de las estrañas con retencion de la moneda en nuestros reinos. Esta ley se repitió por don Juan II y se confirmó por los reyes Católicos en 1480.

Las Córtes se ocuparon tambien en diversas épocas en promover los adelantos de la marina, ya acordando la construccion de vasos mayores, ó bien concediendo nuevas franquicias y privilegios á favor del comercio y de las tripulaciones. En 1422 creyeron oportuno suplicar al rey que se organizasen fuertemente las armadas de Castilla para persecucion de los piratas y defensa de las costas: en 1436 hicieron notar á la corona la falta de navíos grandes que tan necesarios se juzgaban para escoltar las mercaderías que se llevaban á Flandes, Francia y Bretaña, y en Madrigal insistieron sobre la propia peticion, cuando ya el rey habia tomado respecto á ella algunas providencias. En 1482 se concedió á los cómitres mercantes de Sevilla el derecho de usar en sus armamentos las armas que mejor estimasen en propia defensa: y en 1479, cuando tan frecuente se habia hecho la navegacion á las costas de Africa, espidieron los reyes Católicos una cédula en Trujillo á 17 de febrero, mandando hacer armamentos marítimos *para que los naturales destos reinos anden y estén pujantes por la mar, los unos para ir á facer dichos resgates* (el comercio con las costas de Guinea en el rio del Oro) *y los otros para los defender y segurar*. Entretanto los catalanes avanzaron tambien en su legislacion marítima y comercial, hasta consignar lo mas esquisito de ella en su célebre código ó libro del Consulado del Mar, que se imprimió por primera vez en Barcelona, cuando ya el siglo XVI se habia empezado.

No hay duda que el sistema protector, adoptado por los monarcas en las diversas épocas de que hemos hecho mérito, robusteció progresivamente el poder marítimo de España, hasta que el invariable destino de las naciones marcó á la nuestra el período de postracion del que trata de salir, aunque paulatinamente, en los borrascosos tiempos que vamos atravesando.

No menos afortunada que la de nuestras provincias orientales, la marina castellana tuvo ocasiones varias en que acreditar las inmensas ventajas que reportaba á la nacion dicho sistema, presentando armadas y alcanzando triunfos de tal magnitud, que la hicieron un lugar muy distinguido entre todas las naciones del continente.

La conquista de Sevilla por el santo rey don Fernando III es uno de los acontecimientos mas notables en los anales de aquella, por la parte activa que desplegó en la mas pronta rendicion de la ciudad, burlando los ardides que con frecuencia empleaban los sarracenos para incendiar las naves cristianas que concurrieron á la empresa, y rompiendo, por último, el puente de Triana. Este acontecimiento, que en vano quisieron estorbar á todo trance los moros de Sevilla, no solo incomunicó los dos brazos principales de la ciudad, sino que dejó harto flaco para defenderla el ánimo de los sitiados.

No deja de ser curioso el modo de proceder que en aquella operacion se tuvo. Escogidas entre todas las dos naves mas gruesas y fuertes de la flota, enderezaron sus proas rio arriba y á toda vela contra el puente, que era de barcas, muy bien fabricado. En las gavias (1), por orden del rey, se pusieron sendas cruces para exaltacion del nombre cristiano, con tanto mas mérito cuanto que esto fué el dia de la Santa Cruz de Mayo. En tal disposicion embistió primero la nave mas avanzada; pero su empuje fué de escaso efecto, y el puente se conservára impenetrable á no sobrevenir la otra nave, cuyo choque fué tan recio que dividió por mitad el puente de barcas, atravesándolo con marcial denuedo y aplauso universal de los espectadores cristianos.

La flota que pudo aprestar el santo rey inmediatamente de conquistada Sevilla, para marchar contra la plaza de Cartagena; sus buenos deseos de llevar la guerra al Africa con gran confianza en su poder naval; y sobre todo, el portentoso armamento de ochenta galeras, veinte y cuatro naves y muchas galeotas, leños y bajeles de menor porte, que se destinaron al sitio de Algeciras, fueron naturales consecuencias del estímulo que promovieron los reyes para la construccion y comercio en nuestros puertos y atarazanas. Ejemplos tenemos vigentes de poderosas naciones que á semejantes causas son deudoras de la preponderancia que hoy disfrutan entre todas las marítimas del mundo, y bien será fijar la atencion en esta página de nuestra historia, para indagar los efectos que pudieran producir en el dia semejantes aplicables disposiciones.

Continuaríamos el catálogo de las importantes victorias que alcanzó la marina de nuestros reinos, si hubiera de entretenernos su historia anterior á la época que para esta hemos fijado; mas ya que asi no cumpla por consecuencia de combinados límites, nos concretaremos á mencionar de paso aquellas acciones de mas bulto, que tanto influyeron sucesivamente en nuestra, á la sazon, naciente preponderancia.

Las naciones que tuvieron la mala estrella de hacerse enemigas de España en aquellos tiempos, y mas particularmente los árabes, alcanzaron repetidas ocasiones de arrepentirse al ver invadidos sus puertos y destruidas sus mas pujantes armadas. Testigos fueron de esta verdad las fuerzas marítimas de Aben-

(1) Las gavias no significaban entonces lo que hoy significan: segun Covarrubias, eran unas jaulas de mimbres que se fabricaban en la parte superior de los mástiles, de donde se infiere con escasa duda que fueron las que en el siglo XVI se llamaban gatas, y servian mas particularmente de atalayas en las embarcaciones.

Juceph, rey de Marruccos, cuando en su tránsito de Algeciras á las costas de Africa fueron incendiadas por las españolas que las acometieron, esceptuándose de tan doloroso resultado únicamente trece navíos, que cargados de gente, víveres y pertrechos, quedaron en poder de los vencedores: las aguas de Tanger, donde fué derrotada ocho años despues la mas potente armada de los sarracenos, facilitándose á nuestras armas la conquista de Tarifa: la plaza de Gibraltar, desde cuyos adarves contemplaron desconsolados los defensores la parte activa que en su mas pronta rendicion tomaron las naves de los cristianos, estorbando todo género de socorros, y no menos la de Algeciras en tiempo de don Alfonso XI, aun cuando habia tenido antes la buena dicha de rechazar el poder de don Fernando IV.

Los portugueses tuvieron, asimismo, ocasiones repetidas en que probar con grave riesgo y notables pérdidas la preponderancia de las nuestras sobre sus armadas, durante los reinados sucesivos del citado don Alfonso XI y siguientes hasta los reyes Católicos; pero sobre nacion alguna tremoló mas potente el pendon de Castilla que sobre la inglesa, cuando tuvo esta la desgracia de librar batalla naval á nuestra flota sobre las aguas de la Rochela en el año de 1371, mientras don Enrique de Castilla se entretenia en el sitio de Carmona.



Mandaba nuestras galeras, que no pasaban de doce en aquella gloriosa jornada, el almirante Micer Antonio Bocanegra, el cual las conducia en ayuda del rey de Francia: pero antes de llegar á su destino avistaron á treinta y seis naos inglesas de las mejores y mas bien dotadas entre cuantas aquella nacion tenia. Por fortuna de nuestra armada, se habian provisto las naves españolas de algunas piezas de

artillería de fuego para la guerra, siendo aquella vez la primera que, segun autores respetables, tuvieron uso en las embarcaciones tan destructores agentes, y el efecto irresistible de los disparos, no menos moral que material, facilitó la completa destruccion de la armada enemiga, cuyos buques fueron todos prisioneros, incendiados ó echados á pique (1).

El almirante de la flota castellana no se adormeció entre los laureles de tan singular victoria; antes por el contrario dió calor á la guerra castigando con talas, presas é incendios las costas británicas. Tambien los célebres almirantes don Diego de Mendoza y don Pedro Niño repitieron los triunfos de nuestras flotas en ambos mares, por las aguas del Guadalquivir y sobre las marinas de Inglaterra, de suerte que no habiendo poder bastante capaz de competir con el nuestro, apenas hubo nacion de las enemigas que no se apresurase á capitular paces, que por lo regular siempre nos fueron en estremo ventajosas mucho mas

(1) Son varias las opiniones que han luchado sobre el orígen de la pólvora y su inmediata aplicacion á la guerra desde que el espíritu investigador ha tratado de fijar á todas las cosas su verdadera época. Nosotros antes de ahora nos hemos apartado de la comun opinion, apoyados en razones de tanto peso que no pueden ser cuestionables para asegurar que no fué en Alemania ni en Inglaterra donde primero se conoció la pólvora entre todas las naciones de Europa: y sobre haber atribuido á su invencion un orígen harto mas remoto y bien distinto del que generalmente se reconoce, hemos probado tambien que fué en España, sobre nuestro continente, donde primero se esperimentaron sus efectos. (Véase el *Album del ejército*, tomo 1.°, pág. 121 y siguientes.) Prescindiendo, pues, en este lugar de todo aquello que relacion no tenga con el principal objeto de esta obra, haremos las observaciones oportunas para destruir el escaso fundamento en que está apoyada la opinion, sin embargo respetable, de los autores que han marcado en la batalla naval de la Rochela la circunstancia que origina esta nota. Poco minuciosos nuestros escritores de los siglos postreros de la edad media, y menos aficionados á profundizar los hechos que inmediatamente estaban fuera del alcance de sus conocimientos, no se cuidaron de consignar con especial atencion y aparato de novedad aquellas circunstancias que, como el uso de la pólvora, serian mas ó menos tarde de un efecto considerable para los progresos del arte de la guerra. Asi fué que solamente á la ventura se encuentran dispersas en sus libros algunas citas de tan cuestionado agente; y como en competencia con este descuido concurrieron hábiles estranjeros haciendo alarde de inventores, fuéles fácil ofuscar la razon de los descuidados, y dominar completamente la de la ignorante muchedumbre. Por esto se dió á la pólvora un orígen muy posterior al uso que de ella habian hecho en nuestro territorio y en nuestras marinas los españoles y los árabes; y dominadas asi las inteligencias, no se pensó mas en rebatir la fabulosa invencion, que si se tratara de una cosa de poco momento. Mas tarde ya fué menos difícil el conocimiento de la verdad por el estudio que se hizo de las lenguas estrañas que, por su intimidad con la historia nacional, se conceptuaron de indispensable uso entre los sábios y eruditos: y por la de los árabes hemos venido en conocimiento de muchas artes y ciencias útiles que no conociamos ó las apropiábamos falsas procedencias. Fué, entre los descubrimientos hechos por este medio, el de la pólvora el que mas completamente ha facilitado recursos para reprobar su mal aplicado orígen, porque en muchas y muy doctas historias de la edad media que de las cosas de España escribieron los árabes, se encuentra citado el uso de ella en nuestras guerras, tanto terrestres como marítimas. Concretándonos á estas, nos haremos cargo en primer lugar de la crónica de don Alfonso VI de Castilla, parte de la cual refiere Pedro Megía en su *Silva de varia Leccion*, y advertiremos que en ella se habla de una batalla naval habida entre los moros de Túnez y *los de Sevilla*, cuyos navíos traian ciertos tiros de hierro con que tiraban muchos truenos de fuego. Corresponde el reinado de dicho don Alfonso al último tercio del siglo XI; pero el hecho referido tuvo lugar en el primer año del siguiente. El poeta granadino Abu-Hasan ben Bia que escribió en el siglo XIII, al describir las armas é instrumentos bélicos que usaban los españoles, da á conocer lo mucho que se servian de la pólvora: y aunque nos apartemos de las cosas de España, puesto que el objeto es ilustrar la opinion acerca del primer uso de la artillería en las naves, que no fué, como se cree, en la batalla de la Rochela, concluiremos haciendo particular mencion de lo que dice don José Antonio Conde en su historia de los árabes en España, cuando refiere el sitio y toma de Maedia por el rey de los almohades Addelmumen en el año de 1160, sobre el continente africano. Dice aquel sabio escritor que por el teson de los defensores de la plaza, que eran cristianos de Sicilia, los sitiadores la batieron con truenos, *asi por mar* como por la parte de Mediodia. Finalmente: en las memorias que de su reinado escribió don Pedro IV de Aragon, dice el monarca refiriéndose al año de 1359, doce antes del combate naval de la Rochela, que una de sus naos defendió la entrada del puerto de Barcelona, con los tiros de una lombarda, destrozando los castillos de otra nao castellana y llevándole un pedazo del palo mayor, con que se retiró desarbolada.

para el comercio de nuestros puertos y buques de flete, que obtuvieron grandes rebajas en los derechos de bandera. Ya en el primer año del gobierno de don Pedro, el rey de Inglaterra Eduardo III habia concebido muy serios temores por causa de nuestra pujanza marítima; como que se dejó decir en ocasiones varias, que los españoles intentaban alzarse con el dominio de los mares, pues no de otra suerte se debia juzgar en vista de las presas é insultos que frecuentemente hacian á los navegantes súbditos de su corona; y de aquellos temores resultó un convenio ajustado en Lóndres el año 1351, y firmado por comisionados de las villas marítimas de Castilla y Vizcaya con el mencionado monarca, dirimiendo cuantas diferencias hasta entonces se habian suscitado en el comercio de ambas naciones. Tambien se verificó otro semejante dos años despues entre los habitantes de Bayona y los mismos comisionados. El primero lo cita con frecuencia en sus obras de marina el señor Navarrete, y ambos los hemos compulsado en el cuerpo universal diplomático, asi como tambien nos hemos hecho cargo del célebre código del consulado de Barcelona que puede considerarse de la moderna jurisprudencia mercantil, el verdadero fundamento. Pero lo que mas debe halagar el orgullo nacional respecto á nuestra marina militar de aquellos tiempos, es ver consignada en estranjeras crónicas la circunstancia de que á ella estaba encomendada la defensa de otros reinos y la importancia de sus armas. Asi lo dice el P. Daniel en su historia de la Milicia Francesa, refiriéndose á su propia nacion, cuyos monarcas tenian en gran estima nuestra alianza, por las ventajas que alcanzaban con nuestra marina siempre que á su servicio podian lograrla: y esto es tanto mas elocuente en pro de los adelantos que hemos indicado antes de ahora, cuanto mas humildes fueron los principios de que nacieron tan portentosas causas.

Puédese decir que en el primer tercio del siglo xv las naciones europeas conocedoras de nuestra pujanza supieron respetarla; y á favor de una paz, que sin embargo no llevaban á bien, la marina castellana tomó nuevo impulso y sirvió grandemente para facilitar la conquista de las Canarias, que desde el segundo año de aquel siglo se estaba verificando. Pero al llegar los últimos años de don Juan II, que murió en 1454, repitieron nuestras armadas sus anteriores triunfos, primero sobre la costa de Gibraltar contra las fuerzas coaligadas de Tunez y Tremecen, y despues ayudando á los franceses en el sitio y rendicion de Bayona.

En esto sorprendió á los reinos de Castilla la época infeliz de don Enrique IV con sus ambiciones, su corrupcion de costumbres, sus privanzas y sus trastornos, causas fatales de una decadencia perpétua, á no habernos concedido mejor estrella en la reina Isabel la inmediata sucesora, el único y mas eficaz antídoto capaz de remediar tantos desastres.

Corramos un velo sobre aquellas miserias para que no exista un libro mas que las cuente, ya que tanto cegaron las fuentes de la pública prosperidad, aunque tengamos que indicar de paso la decadencia que por ellas esperimentó la marina castellana. Afortunadamente la reunion de las coronas respectivas de Isabel I

y Fernando V facilitó en este, como en los otros ramos de nuestra organizacion, muy inmediatos reparos, y aquella época desastrosa la vió pasar nuestra marina rápida como una nube que apenas empaña el horizonte.

En 1481 ya pudieron los reyes Católicos desprenderse de treinta navíos que se armaron en Vizcaya para arrojar á los turcos de la importante plaza de Otranto, que habian ganado á los italianos; y cinco años despues asistieron asimismo con poderosa armada en sus guerras marítimas al rey de Nápoles. El ilustrado Clemencin en su elogio de la reina doña Isabel, nos dice que fué personalmente aquella señora á los puertos de Vizcaya para disponer el armamento naval que habia de proteger su gigante empresa; y todo cuanto de aquella época se ha escrito nos afirma la honrosa parte que cupo á la marina española en la inolvidable conquista de Granada, desde cuyo punto tomará cuerpo detallado la proyectada narracion de esta historia.

No fué menos notable la marina castellana en organizacion, que lo era entonces en poder y fuerza, porque el santo rey, queriendo regularizarla subordinando las clases para mejor ser dirigidas en las ocasiones, creó el título de *almirante de Castilla*, espresamente para el mando de las flotas navales, por mas que el tiempo, la desidia y otras causas lo destinasen despues á muy diversos empleos. Fué la creacion de tan alto cargo por los años 1245, y para que podamos conocer detenidamente sus atributos, no será agena de este lugar la esplicacion de sus particulares circunstancias. Almirante equivale á capitan general de la armada, con tan alto poder cuando va en ella como el mismo rey tendría. Habia de ser entonces de muy distinguido linage, con el objeto de que su buen porte en el desempeño de tan especial cargo no oscureciese la reputacion de sus mayores; y aquí se ve claramente de dónde parte la exigencia usual de nobleza á toda prueba, que hasta nuestros dias fué precisa condicion que acreditasen los que pretendieron seguir la carrera de la armada. Como se necesitaba en todas las otras suertes de milicia, el almirante habia de ser hombre de gran esfuerzo, y valiente, y entendido en las cosas de su cargo, y muy justo para disponer ó intervenir con equidad en el repartimiento de las presas.

Es muy curiosa la narracion del acto en que recibia la investidura ó posesion de su cargo el almirante, desde la época de su creacion hasta que por la primera vez se perdió su uso en nuestras armadas. A la manera de los caballeros de la edad media, habia de velar sus armas en la iglesia por toda una noche, despues de la cual, puesto en presencia del rey, vestido con ricos paños de seda, recibia de este una sortija en el dedo índice de la mano derecha como insignia de su cargo. En la propia mano le colocaba inmediatamente el monarca una espada, como símbolo del poder que recibia; y en la izquierda el estandarte real en señal de acaudillamiento. En tal estado el almirante pronunciaba con toda solemnidad formal juramento de no escusar la muerte por amparar la fé, por acrecentar la honra y el derecho de su rey, y por el pró y bien comun de la patria, prometiendo guardar y ejecutar lealmente cuanto á su cargo se encomendaba.



Urrabieta invº y litº

Litª de J. J. Martinez. Madrid.

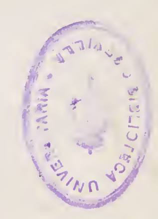
ISABEL LA CATOLICA

Inspecciona personalmente en 1481 la armada naval que en los puertos de Vizcaya se aprestaba para ir a socorrer al Rey de Napoles.



Lit. de Ayğuals.

Dª. ISABEL LA CATÓLICA.





A los almirantes seguian en autoridad los *cómitres*, cada uno en su respectiva nave. Estos eran los capitanes de los navíos, galeras, etc.; y tal poder tenian sobre las gentes de su jurisdiccion como el almirante en toda la flota ó armada. Su calidad tambien era de cuenta y nadie mas que el rey podia nombrarlos, haciendo antes muy científicas pruebas de su oficio en presencia de doce hombres esperimentados y *muy sabidores de las cosas navales*. Asi examinado cada cómitre, con juramento que de su idoneidad se recibia á los examinadores, se le daba la investidura de su oficio, vistiéndole de paños bermejos, y poniéndole en la mano derecha un pendon con las armas reales: de este modo tomaba posesion del navío de su cargo con especial acompañamiento, al son de trompas y añafiles, que componian la música militar de aquellos tiempos. El rey don Alfonso el Sábio en sus leyes de partida dice: *E porque ellos son jueces de los pleitos, é cabdillos de las campañas que en los navíos traen, deben ser fechos é escogidos de manera que hayan aquellas cosas que dijimos del almirante*; es decir, acreditado esfuerzo, estricta legalidad y juicio esperimentado. Este oficio degeneró tanto andando los tiempos, que en el siglo XVI ya no tenia mas incumbencia el cómitre que atender al buen órden y castigo de los remeros: pero en

cambio se crearon los empleos de capitan y patron; el primero para sustituir al cómitre en su cargo respectivo, y el segundo para tener cuenta y responder al materialismo de la nave.

El *naocher* era entonces ni mas ni menos que el piloto de nuestros tiempos. Tambien habia de ser examinado sobre los cuatro puntos capitales de su oficio, á saber: el conocimiento práctico de los mares, el valor para acometer empresas de grande esfuerzo, el buen entendimiento para aconsejar al almirante ó al cómitre en los casos dudosos, y la lealtad para bien servir por el acrecentamiento de su patria y por la honra de sus reyes. *E si despues desto*, dice el rey don Alfonso, *por su engaño, ó por culpa de su mal guiamiento se perdiesse el navío ó rescibiessen grand daño los que en él fuessen, deve morir por ello.* El nombre de naocher se convirtió en piloto antes de terminarse el siglo XV.

Entendíanse por *proeles* los hombres de guerra que se ponian en la proa de cada vaso para acometer y herir los primeros en los combates, de donde se infiere la costumbre que entonces era usual de acometerse las naves por la proa. Al comenzarse el siglo XVI, ya los proeles no eran hombres de guerra y sí únicamente marineros preferentes. Cerca de los proeles iban por las bandas otros llamados *alieres*, del nombre *alas* que se daba á los costados de los buques, y ellos tenian el propio encargo que aquellos, bien que en puesto diferente. Habia además de la propia condicion los *sobresalientes*, tales como ballesteros y otros hombres de armas, cuya mision era defender á los que iban en las naves disparando ó lidiando con los enemigos, segun las ocasiones lo exigiesen. Al comenzarse la época de nuestra historia, esto es, cuando el intrépido Colon descubrió el Nuevo Mundo, ya las naves no tenian dotacion fija de soldados; y asi continuaron hasta que se organizó la armada de la Santa Liga, cuyo caudillo fué don Juan de Austria.

Para que clase alguna no se olvide en la esplicacion que vamos haciendo, conviene advertir que ademas de las ya dichas habia en las naves otros oficiales (1) ó *marineros* para entender en el servicio de la vela, *é facer* segun las leyes ya citadas, *otras cosas que les mandaren los naocheres, asi como echar las áncoras é tirarlas, é atar el navío en el puerto;* y tambien aquellos que tenian á su cargo las provisiones de boca y guerra, lo mismo que el repuesto de jarcia y demas indispensables circunstancias de las naves. Se infiere ademas, por algunas palabras oscuras de las propias leyes, que estos hombres tenian ciertos cabos á los cuales honraban y obedecian por superiores. Pero donde mas se aclara esta circunstancia con otras no menos notables para la mejor inteligencia de este punto, es en el estudio detenido de las *Ordinacions de tot veixell qui s'armará per anar en cors, é de tota armada que s'faca per mar*, las cuales ordenanzas se pro-

(1) Esta palabra no tenia en los tiempos antiguos la significacion que hoy se la acomoda, con particularidad en los ejércitos y armada. Derivada de *oficio*, se acomodaba á todas las clases bajas que eran especiales, de suerte que en aquellos se decian oficiales los cabos de escuadra, tambores, y hasta el verdugo, cuando cada tercio llevaba el suyo, y en las armadas dábase igual nombre aun á los simples marineros.



D. FERNANDO EL CATÓLICO.

mulgaron en Cataluña por aquellos tiempos. Segun ellas, toda la gente de guerra, como eran ballesteros y hombres de armas, tenia su comandante inmediato llamado *condestable:* en cada embarcacion armada habia un maestre de raciones con el nombre de *senescal*, y se llamaba *cominal* al contramaestre. Como en Castilla, cada nave de las de Cataluña tenia su cómitre, y un *nochero mayor* que era el piloto (1).

Además del almirante habia en las naves un capitan que le sustituia en las ocasiones, y aun tenia cuenta de arbitrar entre aquel y los súbditos cuando la justicia ó el derecho de cada uno se torcia; así se infiere, al menos, de sus obligaciones, como que en ellas se dice: *Debe manifestar y espresar todo lo que el almirante debe dar á cualquiera hombre de la nave, y si el almirante no se lo cumple, él con la tripulacion de la nave se lo debe mostrar y pagar hasta que se cumpla.* Y mas adelante: *Debe guardar la parte en la nave así de los mayores como de los menores, de modo que cada uno tenga su derecho.* Semejante intervencion en los actos de la cabeza principal de la armada no debe estrañarse, por cuanto el mismo capitan que estaba obligado á ajustar sus cuentas á todos y á cada uno de los individuos de la nave, no podia verificarlo sin la asociacion á sus trabajos de tres popeles, tres clavarios (2), tres proeles, tres ballesteros y tres hombres de armas.

Y ¿qué juicio deberíamos formar de la indispensable obligacion que el almirante tenia de dar anticipada cuenta á la tripulacion de todos sus actos? En el capítulo primero, párrafo nueve de las *Ordenanzas de los armamentos marítimos para la guerra del corso* (3) se dice: *El almirante debe pedir parecer á toda la tripulacion cuando quiera partir de un parage; cuando quiera pedir prestado ó apoderarse de algo de sus amigos en la navegacion, cuando quiera acometer, cuando quiera trocar la nave ó la jarcia ú otro aparejo y quiera dar tornas por ello.* Esta rara condescendencia de las leyes no podia menos de estar basada en la inteligencia y madura condicion de los subordinados. ¿Cuáles, si no, serian los efectos? El cabo principal de la armada no podria jamás llevar á su cumplimiento las mejores concepciones de su esperiencia, si una ciega confianza por parte de los súbditos no le asegurase de sus voluntades para secundarla. Por otra parte, las leyes tenian previstos con severas penas los casos de insubordinacion que tales derechos pudieran traer consigo; y asi hay un párrafo en el propio capítulo que dice: *El almirante puede hacer justicia hasta cortar orejas y dar baquetas en la nave.... Puede tambien ajusticiar á todo hombre que*

(1) Aqui debemos hacernos cargo espresamente del articulo que trata de los nocheros en las ordenanzas de que nos estamos ocupando, por cuanto en él se establece que toda nave de 100 marineros de tripulacion, debia llevar 24 *proeros ó popeles* y 16 *nocheros menores.* Estos hombres eran oficiales prácticos espresamente para las maniobras, y sin duda corresponden á los que en las armadas de Castilla se conocian con los respectivos nombres de *alieres, proeles*, etc., los cuales ademas de su cargo en la navegacion, estaban obligados á pelear en las ocasiones de la manera que hemos dicho.

(2) El *clavario* era una especie de tesorero á cuyo cargo se hallaban los intereses de la nave.

(3) Tenemos á la vista el testo lemosin, pero hacemos uso por mas inteligible de la traduccion castellana.

rompa arca, bala ó fardo de géneros, y á todos los que no obedezcan el mandato de los superiores que anden en la nave. El rigor de esta ley, cuando las voluntades y afecciones podian dividirse por mitad, y la circunstancia de no estar atestadas las crónicas coetáneas de desafueros y rebeliones en los armamentos navales, prueban suficientemente que no eran concesiones ridículas las que daban á la tripulacion una intervencion tan directa en los acuerdos mas graves del almirante.

Todos los armadores, capitanes ó cómitres, tenian obligacion de embarcar un escribano en sus naves respectivas para dar fé de cuantos acontecimientos notables tuviesen lugar en travesías, encuentros, batallas, defunciones, naufragios y pérdidas. Autorizaban las cuentas de cada individuo en particular y las generales de la nave, y actuaban por último en las causas que se suscitasen en cualquier concepto. Los capellanes, médicos y cirujanos tambien se conocieron en las armadas por aquel tiempo. Sin embargo; hemos advertido la falta de capellan en la dotacion de dos galeras que se armaron en Barcelona y se revistaron en Portvendres el año 1366, para marchar al servicio del rey de Castilla; y esto prueba que aquella dignidad no era reputada aun por indispensable en el servicio de las armadas. Nos confirma en esta opinion la falta que de ellos se advierte en cuantas relaciones y estados marítimos hemos visto posteriores á las leyes que nos sirven de pauta, y mas particularmente algunos capítulos de los que en su libro de los *Inventos de marear* escribió, en tiempo del emperador, el célebre arzobispo de Mondoñedo y coronista de S. M. don Antonio de Guevara.

Las guarniciones de gente de guerra consistian mas particularmente en *ballesteros y hombres de armas:* estos tenian por absoluta obligacion la de morir antes que permitir en los combates que fuese atropellada la persona del almirante, de la cual eran esclusiva y constante guardia (1): aquellos habian de usar cada uno dos ballestas de dos pies y otra de estribo, con trescientas saetas, y unos y otros tenian por armas ordinarias, cota de malla, coraza ó coselete, muslera, capacete de hierro, sable y dos garfios.

Esta ley está en armonía con la 9.ª del título 24, partida segunda, que tratando asimismo *de como los navios han de ser bastecidos de omes ó de armas*, dice: *E por ende ha menester que hayan para defenderse lorigas, é lorigones, é pespuntes, é corazas, é escudos, é yelmos.... é deben aver cuchillos, é puñales; é serraniles, é espadas é porras é lanzas.... é han de aver ballestas con estribos, etc.*, lo mismo que en las leyes catalanas. Tambien hemos compulsado un inventario de galeras que se halla en la biblioteca del Escorial escrito en lemosin y que pertenece al siglo XIV: en él se hace mencion en el capítulo correspondiente á las armas, *de corazas con gorgueras y capeletes, paveses*,

(1) No eran únicamente los hombres de armas á quienes estaba encomendada la salvacion del almirante, por mas que así se infiera de las leyes marcadas mas particularmente á sus obligaciones. En el capítulo 2.º de las citadas ordenanzas se dice tambien que *todos los hombres de la nave están obligados, por la lealtad que deben al almirante, á salvarle y defenderle á muerte y á vida, en ley de homenage.*

lanzas, tragacetes, dardos, viratones, lanzas romañolas, dagas y alabardas, garfios, etc.

El número de gente de guerra variaba segun las condiciones del buque, y las circunstancias á que iba destinado. Algunas veces pasaban de cien los que llevaba cada galera ademas de su tripulacion práctica, entre ballesteros y hombres de armas, habiendo autores que remontan el número de estos hasta 300, bien que en muy especiales casos, pues en general no solian ir en cada buque mas de 200 hombres de guerra.

Ocasiones hubo en que, creciendo exageradamente las dimensiones de los bastimentos que se destinaban á operaciones militares, se les tripuló hasta con 700 hombres de guerra en cada uno, esto á mediados del siglo XIV. Es verdad que habia entonces para el comercio algunas naves de porte de 400 toneladas, y en tal concepto no debe estrañarnos que tal fuera la proporcion de las que estaban destinadas á la guerra. La crónica del rey don Pedro de Castilla nos dice: que cuando aquel monarca se determinó á cruzar las aguas de Ibiza en busca de la armada aragonesa, escogió para su persona una de las mayores galeras que consigo llevaba, tripulándola con 120 ballesteros y 160 hombres de armas, ademas de los caballeros, guardas y demas gente de la régia comitiva.

Haciéndonos cargo de lo que dice Montauer en su *Crónica dels reys d' Aragó é comtes de Barcelona*, venimos en conocimiento de que las tripulaciones eran por mitad, en las naves de aquel reino, catalanas y latinas: bien que en algunas preferentes no hubiese mas que naturales de las provincias de aquella corona. Antes de partir á Sicilia el rey don Pedro III de Aragon dijo á Lauria que armase 25 galeras, de manera que cada una llevase un cómitre catalan y otro latino, y asimismo la mitad de los nocheros y proeros catalanes y la otra mitad latinos; pero los remeros habian de ser todos latinos, y los ballesteros todos catalanes. *De esta forma queremos*, dijo el rey, *que para en adelante se apresten todas cuantas flotas se armaren, sin que por motivo alguno se haga la menor mudanza.* Tambien dijo reservadamente al almirante, que entre aquellas galeras armase cuatro, todas de escogida gente catalana, en las cuales no habia de haber un solo latino, ni hombre alguno de otra lengua. *En ellas*, añadió, *queremos embarcarnos, y partir con el favor del cielo.*

La disciplina de aquellas gentes era estremada. Don Pedro IV promulgó unas ordenanzas penales ó *Capitols del rey En Pere sobre los fets y actes marítims*, por los años de 1340: y en uno de sus artículos se impone pena de la vida al cómitre que con una galera se estuviese en tierra por huir de dos enemigas. Ya hemos indicado en las facultades del almirante de qué manera podia hacer justicia en sus inferiores por los actos de insubordinacion, y no hemos olvidado tampoco hasta donde alcanzaba el rigor de la ley á los casos de robo ó menoscabo de efectos confiados á la responsabilidad del almirante, capitanes, cómitres ó armadores.

En la manera de pelear habia sus reglas particulares y la táctica naval no era

menos conocida. El órden mas regular de combate era en semicírculo, adelantando las alas, hasta que trabándose aquel con mas generalidad, todas las naves tomaban parte en la pelea. A veces las reservas hacian muy buenos efectos en los momentos críticos de decidirse la victoria. En el Mediterráneo eran la fuerza principal, para el corso y las batallas de todas las naciones, los bastimentos de remos. Antes de conocerse la artillería de fuego, las máquinas militares de la antigüedad servian para comenzar la accion arrojando piedras, grandes dardos y otros efectos del momento, pero esto no ocupaba mucho tiempo el ánimo de aquellos hombres, puesto que inmediatamente aconsejaba la costumbre decidirse por el abordaje, el cual se verificaba aferrándose por la proa las naves contendientes, valiéndose de grandes trancas con cadenas que llevaban á prevencion para evitar á la vez que las fugitivas pudieran alcanzar tierra. Era muy frecuente en el acto de la pelea el uso de la cal para cegar á los enemigos, y del jabon en polvo para hacerles resbalar cuando entraban al abordaje. Las leyes autorizaban y aun prescribian tan desleales recursos, así como tambien la acumulacion y uso del alquitran para incendiar los vasos contrarios.

En el reparto de las presas se advertia una regularidad estraordinaria. Las clases superiores tomaban proporcionalmente las partes del botin que á cada categoría estaban asignadas, y aun entre las inferiores habia algunas mejoradas por las leyes. Los hombres de armas, por ejemplo, tenian cuatro tantos de lo que era la parte ordinaria, y ademas todo lo que el almirante les prometia en el acto de entrar al abordaje; pero la principal presa que á tales gentes se adjudicaba por reconocido derecho, era la armadura de la cabeza de los hombres de armas enemigos, siempre que se rindieran en los momentos críticos de la pelea á aquellos de quienes vamos tratando, porque si lo hacian pasada esta accion, ó sin que el abordaje tuviese lugar, la tal presa habia de repartirse entre todas las clases. Los oficios especiales tenian esclusivo derecho sobre cuanto se apresaba de lo correspondiente al arte de cada uno. Asi, los carpinteros se apropiaban los instrumentos de carpintería, los contramaestres la jarcia, los curulleres las anclas, los escribanos los libros de caja y todos los documentos públicos y particulares, por los cuales solian obtener muy buenos rescates, y lo mismo las demas clases de las embarcaciones.

Para los que conozcan el gusto que en Cataluña se habia desarrollado por la popularidad de los acontecimientos gloriosos en cántigas y trovas del mejor gusto, no será estraño que en las embarcaciones fuesen tambien de vez en cuando algunos dulcísimos trovadores cuya mision era consignar los hechos de armas en sus melodiosas rimas para que los juglares las esparciesen por el viento. Asi conseguian realzar el entusiasmo de aquellos valientes que en la gloria popular fundaban su mejor recompensa, y no hay duda que el efecto de las trovas de recientes hechos seria maravilloso, en los momentos de disponerse al combate.

No es una vana suposicion la que nos obliga á consignar como un hecho positivo la concurrencia de trovadores y juglares en las naves de guerra, por mas



que semejante circunstancia no la hayamos visto citada en ningun autor de reconocido crédito, puesto que en el inventario de galeras que hemos visto original, del siglo XIV, se lee el siguiente párrafo: (1) *En caso que el almirante ó capitan lleve juglares se les darán paños de cendales etc.*, y respecto á los trovadores, como entonces los reyes solian embarcarse en las armadas, con particularidad don Pedro IV, á cuya época pertenece el inventario, parece que no debe objetarse duda alguna, cuando tan conocida es la asistencia constante á su córte del dulcísimo Jaime March, del galante Mallol y del belicoso Jorge de San Jorge.

Es verdad que con el tiempo se fué perdiendo semejante costumbre, con otras no menos notables, en especial cuando los instrumentos músicos se multiplicaron y su uso fué comun en los ejércitos de mar y tierra. Tampoco fué la misma hasta los últimos años del siglo XV la táctica de las armadas, porque sus recursos bélicos variaron á proporcion que el uso de la pólvora fué cambiando todas las fases de la guerra.

Las armas ofensivas, concretándonos á las individuales, continuaron con escasas variaciones, y no se desecharon tampoco por completo ni la cal, ni el jabon, ni el alquitran, para destruir al enemigo aventajándose en los combates; pero á las máquinas que arrojaban dardos y piedras sustituyeron los cañones con sus denominaciones especiales, y desde entonces ya no fué considerado de absoluta necesidad el abordaje para completar una victoria. Las armas defensivas tambien sufrieron una alteracion notable mas visible en los hombres de armas, los cuales al llegar á la época de Colon ya iban cubiertos de hierro por medio de bien tem-

(1) Está en lemosin, pero nosotros, para su mejor comprension, lo hemos puesto en castellano.

pladas y compactas piezas. Las costumbres ya no eran las mismas; al menos habian perdido una parte considerable de su pureza, efecto desgraciado, pero indispensable de las épocas desastrosas, particularmente en los reinos de Castilla: y tambien los almirantes y demas cabos superiores de las armadas habian rehusado la participacion á sus subordinados en las disposiciones reservadas de la guerra.

Hasta aquí la organizacion personal, cuyas condiciones creemos haber manifestado suficientemente; pero como no es menos curiosa la general de las naves que servian militarmente, nos ocuparemos de ella en la forma que conviene al mejor conocimiento de aquellos tiempos. Eran dos las clases en que por la mar estaba subdividido el arte de la guerra; la primera en *flota*, que era como si dijésemos por tierra en grande ejército, puesto que se componia de muchas *galeas* y *naves* con gran poder de gente: la segunda en *armada*, que equivalia á las cabalgadas ó guerrillas de las fuerzas terrestres, y se formaba de algunos leños corrientes, pocas galeas y menos naves *armadas en curso*, es decir, á la ligera. Ya entrado el siglo XVI sufrió alguna alteracion esta nomenclatura, á la cual se añadió la palabra *escuadra*, de donde se deriva la que actualmente se usa, bien que con muy distinto significado, porque entonces escuadra no era mas que una cuarta ó menor parte de la flota, y hoy vale tanto como el conjunto de todas las naves que concurren á una empresa.

Pasando ahora á las circunstancias propias de los bastimentos, y las clases en que estaban divididos en las armadas militares, para completar la fisonomía de la marina española en la época precisa de donde partirá esta historia, comenzaremos por consignar los nombres de los vasos reconocidos como de órden, conforme á la categoría que cada uno representaba.

La *nave* era la embarcacion de mayor bordo: algunos autores apropian este nombre asi como el de *nao* que es igual, y el de *bajel*, á todo género de bastimentos. Nosotros hemos confrontado las diversas definiciones que se han hecho sobre este punto; y tanto por ellas cuanto por lo que arrojan de sí las crónicas y los manuscritos que hemos visto, estamos autorizados lo bastante para asegurar que el nombre de nao ó nave no tenia nada de comun con los de las demas embarcaciones. Conforme avancemos en el curso de nuestros trabajos lo probaremos mas completamente: ahora solo nos resta dar á conocer las circunstancias que caracterizaban á las naves en las flotas de guerra.

Las dimensiones de la nave eran las mayores que se conocian en la marina de todas las naciones; asi era que de semejantes bastimentos se servian escasamente en las grandes operaciones, y casi nunca en las armadas sutiles. Movíanse únicamente á fuerza de vela, y por esto solian llevar algunas tres árboles, y ademas una vela latina en la popa pendiente de su entena, en una vara delgada que mas parecia un asta de bandera. De la proa de cada nave salian por lo regular tres espolones, y en esta y en la popa tenia sus respectivos castillos. Las gavias ó gatas eran completamente redondas, y sobre ellas nada se elevaba en los mástiles porque cada uno de estos no llevaba mas que una entena.

El ilustre señor primer marqués de la Victoria, ha dejado, entre otros, un libro manuscrito de mérito especial, en el que ha delineado, con pasmosa erudicion y vastos conocimientos de arquitectura naval, cuantos modelos de bastimentos se han conocido desde los tiempos mas remotos hasta el año de 1756, en el cual dió fin á su obra. De ella tenemos á la vista una nave arreglada en un todo á la esplicacion que hemos hecho, y sentimos infinito que aquel famoso marino se haya olvidado de indicar siquiera en sus trabajos las fuentes originarias de su ciencia para la delineacion exacta de sus modelos. El de la nave que tenemos delante nos parece demasiado perfecto si ha de corresponder á la inscripcion que al pié de ella se lee en los siguientes términos: *Navis Mediterranei antequam tormentum bellicum inventum fuisset*; confortando nuestra opinion otra copia de nave que tenemos presente sacada del libro de las Cántigas de la Iglesia Compostelana del siglo XIII, cuyo original se conserva en Toledo, y un traslado exactísimo en nuestra Academia de la Historia.

Esta segunda nave mas curva en su casco que la otra, y mas acomodada por consiguiente á la arquitectura naval de la época, no tiene mas que dos mástiles, el trinquete y el mayor, este perpendicular, y aquel un poco inclinado hácia la proa. Se advierte que en ambos hay atados algunos barriles, no solo en las estremidades, como hoy se acostumbra para la conservacion de las maderas cuando los bajeles están desarbolados, sino tambien en el centro; y ni uno ni otro tienen las ya conocidas gavias. La nave delineada por el marqués de la Victoria tiene tres puentes, y la de las Cántigas solamente dos; pero ambas construcciones estaban en uso, bien que fuese mas comun la segunda antes y despues de la artillería de fuego hasta la conquista del Nuevo Mundo. En el año de 1304 comenzaron á flotar sobre el Mediterráneo ciertas naves menores que se denominaron *cocas*, y por mas ligeras y seguras y menos dispendiosas que las ya conocidas, llegaron á adquirir mayor importancia durante algunos años; pero con el tiempo las naves gruesas recuperaron la suya, bien que las cosas continuasen formando una parte muy importante de los armamentos.

El *leño*, que ya se contaba entre los bastimentos sutiles, seguia en importancia y condiciones propias á la nave. Su arquitectura variaba escasamente de la que hemos esplicado, pero sus dimensiones eran menores, y su movimiento se practicaba á vela ó á remo, indistintamente, segun las circunstancias de la navegacion ó las condiciones de los vientos. Los habia de dos y tres mástiles, pero nunca tuvieron mas de dos puentes. Hay autores que suponen el leño semejante á la galeota, proposicion absurda que se aparta del testo mas conforme de cuantas obras hemos consultado, puesto que aquella era mucho menor, y este mayor que la galera.

Era esta clase de bastimentos tan comun en todas las flotas y su importancia fué tal en todos tiempos, que incurriríamos en una falta gravísima si de ella nos ocupáramos tan ligeramente como lo hemos hecho hasta aquí del porte y condiciones de los demas buques de guerra. Apoya tanto mas nuestra resolucion la

circunstancia de haber sido en posteriores tiempos las galeras los únicos navíos ó buques que en la guerra se emplearon; de suerte, que detallándolas muy especialmente en sus distintas épocas, puédese muy bien por inducciones razonadas tener un conocimiento muy exacto de los otros bastimentos, cuya mayor parte de sus condiciones era relativa á las de las galeras.

Tambien á las *carabelas* reservamos un lugar preferente en las páginas de nuestra historia marítima, enlazando sus circunstancias con las que tuvieron lugar en el gran descubrimiento del Nuevo-Mundo: que justo y conveniente parece hacer un detenido exámen de los vasos en que se lanzó á desconocidas regiones el mas famoso esperimento de la ciencia, secundado por el incomparable valor de los marineros y soldados castellanos.

Siguiendo el órden establecido en los códigos marítimos de los tiempos que vamos tratando, nos haremos cargo de las *taridas*, bastimentos puramente conductores, casi redondas y manejables como las galeras, á vela y á remo. Ya hemos visto el uso que de ellas hizo el rey don Jaime I de Aragon en su espedicion y conquista de Mallorca.

Aunque en el Mediterráneo apenas se encuentran otros bastimentos de órden que los ya nombrados, no hay duda que en nuestras costas de poniente se conocian algunos mas, con distintas denominaciones. Las *zabras*, cuyo buque no pasaba de 170 toneladas, y hacia el oficio en la costa de Cantábria de los modernos bergantines: las *charruas* que mas tarde se llamaron *urcas*, y sirvieron como las taridas, para cargamentos, pues tenian muchos llenos y bastante eslora. Las *carracas*, que en su orígen fueron vasos incendiarios, y despues tuvieron el mismo destino que las charruas; y algunos otros que por semejantes ó de menos importancia dejamos olvidados, se advierten con frecuencia mencionados en nuestras crónicas é historias.

A medida que los tiempos adelantaron, la construccion se fué robusteciendo, y no hay duda que á esta circunstancia contribuirian poderosamente, primero, el espíritu de investigacion que se desarrolló con el descubrimiento de la brújula; y segundo, la introduccion en las embarcaciones militares de la artillería de fuego.

Varios fueron los ensayos que hubieron de hacerse antes de que el primero de ambos descubrimientos se acomodase á la práctica en la disposicion que hoy existe. Como hemos dicho ya, en los primeros tiempos la navegacion se hacia únicamente de cabotaje, y esto con la luz del dia, porque los conocimientos del hombre no se habian estendido por otra esfera que la de su natural elemento. Pero no tardaron los fenicios en acomodar al arte de la navegacion las nociones elementales de astronomía que los caldeos les enseñáran, observando por ellas las estrellas circumpolares para conocer el Norte del mundo. La Ursa menor fué desde luego el primer faro que les guió en sus arriesgadas espediciones, por mas que autores conocidos y respetables pretendan hacer á aquellos famosos marineros poseedores del conocimiento práctico de la brújula, que no se introdujo hasta muchos siglos mas tarde.


UNIVERSITARIA • SEVILLA



ANTONIO DE GAZTAÑETA.

Los griegos, que en un principio respetaron con exagerada veneracion ó sobrado temor sus naturales y primitivas costumbres, fueron despues los que con mas empeño se aplicaron al estudio de la astronomía: y desvaneciendo los errores que se habian ido introduciendo en la ciencia, por consecuencia natural de su infancia, fijaron la verdadera situacion de la estrella polar y de sus satélites, conocieron la constelacion de la Ursa, observaron la ocultacion periódica de Sirio, y deduciendo por todas las señales precisas la latitud del Polo, llegaron á producir un Hiparco, que fué el primero á situar los lugares de la tierra por sus longitudes y latitudes, para hermanar con la astronomía el estudio de los conocimientos geográficos. No hay duda que la ignorancia que entonces se tenia de una parte considerable del globo produjo un sistema defectuoso é incompleto: como que para asegurarse del conocimiento mas perfecto de la longitud, contándola por las partes del Ecuador interceptadas entre dos meridianos, se fijó la primera, á que todas las demas habian de referirse, en las islas Fortunadas, que hoy se llaman Canarias; pero no es menos cierto que este fué un paso jigante dado hácia la perfectibilidad que á su influencia debe hoy el arte náutica.

Que la tierra era esférica y habitable en toda su redondez, tambien fué un axioma proclamado por la mayor parte de los filósofos que se aplicaban entonces al estudio natural de las ciencias exactas; y aunque con esta opinion concurrian varios errores, parecidos al de no reconocer de las regiones polares otras, mas allá de los 58º de latitud, que las llamadas entonces *hiperbóreas* ó fabulosas, bien se puede creer que la geografía hubiera tenido muy poco que andar hasta su perfeccion si la opinion de Lactancio, apoyada por la mas respetable de San Agustin, no hubiese oscurecido la verdad por algunos siglos, vertiendo una ciencia enteramente contraria.

Nuestros habitantes de las costas meridionales se apoderaron inmediatamente de todos aquellos conocimientos por el frecuente trato que en su comercio tenian con las naciones del Asia, y no les faltó ocasion de acomodarlos á la práctica, con harto fruto hasta de sus mismos opresores, á quienes enseñaron no solamente la navegacion de nuestras costas hácia Poniente y Septentrion, sino tambien la que practicaban por las de Etiopia hasta el golfo arábigo, doblando el cabo meridional de Africa. En particular los de Cartago se sirvieron constantemente de los de Cádiz para tripular sus embarcaciones, y á favor de ellos y de sus vastos conocimientos, aventuraron las famosas espediciones de Himilcon y Hannon, que tanta luz dieron á los descubrimientos posteriores. Tanto en estas como en todas las que se hicieron en la antigüedad de alguna importancia, se sirvieron aquellos navegantes de algunas aves que soltaban cuando el sol se ocultaba y el cielo se oscurecia, para conocer por la direccion de su vuelo la proximidad de la tierra y el rumbo que convenia seguir para no perderse en la inmensidad de los mares.

Respecto á la medicion de distancias, no comprendian en la mar otro sistema que el de las *singladuras*, cuya palabra apropiaban al camino que hacia una embarcacion cada veinte y cuatro horas, contadas desde un medio dia al siguiente.



Aqui habian llegado los adelantos en los primeros siglos respecto al arte de navegar, refiriéndonos al conocimiento y práctica de los rumbos ó derroteros fuera de cabotaje, cuando aconteció en los paises meridionales la irrupcion de los Scitas. Ayudábanse como era natural aquellas imperfectas nociones con la teoría de los vientos, la cual comenzó con tan cortos fundamentos como la astronomía. Los griegos, por ejemplo, estaban persuadidos de que el viento Norte no nacia mas allá de la Tracia, hasta que aconteció el viaje de Jasson, y tampoco distinguian mas que los cuatro vientos fundamentales de la rosa náutica. Con las nociones astronómicas que los fenicios les habian comunicado, abandonando las costas conocieron la necesidad de subdividir el horizonte en mayor número de rumbos, y no tardaron mucho tiempo en marcar ocho en su círculo, y así sucesivamente multiplicaron hasta veinticuatro, bien que sin la aguja les sirviesen de escaso provecho. Algunos siglos mas tarde los romanos no señalaban mas que doce vientos en su rosa náutica, correspondiendo, segun el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, al Norte; Sud; Este; Oeste; Nor-Nor-Este; Este-Nor-Este; Este-Sud-Este; Sud-Sud-Este; Nor-Nor-Oeste; Oeste-Nor-Oeste; Oeste-Sud-Oeste y Sud-Sud-Oeste con los nombres de *Septentrion, Auster, Susolanus, Favonius, Aquilo, Cetias mese vulturnus, Africus euro, Africus libis vulturnus, Trarias eurus, Euro auster, Africus: y Libonotus.*

Entre los que eran mas familiares á los navegantes de la antigüedad, se conocian los *Monzones*, vientos periódicos á cuyo influjo los pilotos griegos y los egipcios se aventuraban á abandonar el sistema de cabotaje para ser llevados con el del Oeste desde el golfo arábigo hasta las costas de Malabar, que entonces se conocian con el nombre de Musisis, y vueltos cuando por consecuencia natural y á su tiempo fijo soplaba el monzon contrario. A pesar de las luces que tan estraño sistema debiera haber consignado, no hay duda que el siglo IX de nuestra era semejante conocimiento, ó se habia perdido, ó no se usaba por peligroso, segun debe inferirse por la relacion del viaje que hizo y escribió un traficante árabe desde el golfo pérsico á los continentes de la India, por los años 851. Pero en el último tercio del siglo XIII, que fué la época en que floreció el esquisito ingenio del célebre mallorquin Raimundo Lulio, á cuyas prácticas observaciones y profundos estudios debió el arte de navegar muy considerables adelantos, examinó dicho autor con particular cuidado las calidades de los vientos, dividiendo en otros cuatro los cuatro principales, y subdividiendo los ocho que resultan en otro igual número, con los cuales legó á la posteridad la rosa náutica de que trata, con esclusion de otras por innecesarias é inexactas, segun las disposiciones del Sol, en su libro titulado *Felix de las Maravillas.*

El flujo y reflujo de los mares, particularmente notable en el Océano, no dejó de orientar en gran manera á los mas sábios observadores en la infancia del arte. Pitheas, de Marsella, fué el primero que se apercibió de sus relaciones con los cambiantes de la luna, y este fué un nuevo estímulo para la perfeccion á que en los conocimientos de la navegacion se aspiraba. De sus resultas fué sin duda que



se inventó la sonda, llamada entonces *bolide*, á fin de no esponerse á quedar varados en una menguante, bien fuese al tomar puerto tras un viaje dado, ó ya en una travesía de cabotaje por una costa poco frecuentada. A favor de los conocimientos indicados, que fueron los mayores que se tuvieron en la antigüedad sobre esta materia, los profesores de la ciencia trazaron sus cartas de marear tan exactas como les fué posible, marcando en ellas el curso de las corrientes en los estrechos, el boxeo ó círculo de las islas, y los cabos, ensenadas, bajos, escollos, poblaciones y puertos. Lulio adelantó muy considerablemente estos conocimientos, fijando el sistema de las mareas y las causas del flujo y reflujo en la esfericidad de la tierra y en la influencia de los astros, por una teoría enteramente nueva. Suponia que en el Océano se formaba, por consecuencia de la figura del globo, un arco de agua muy dilatado que producia aquellas alteraciones, respecto á estribar uno de sus estremos en las costas occidentales de Europa y Africa, y el otro en un continente que suponia haber en las regiones opuestas. Para esto era necesario, como el propio autor reconoce, que las aguas pesasen sobre la tierra, espuestas siempre al calor del sol, principal agente del flujo, ó á la humedad de la luna, á la que asimismo atribuye el reflujo.

La postracion de los últimos tiempos del imperio de Roma fué causa del completo abandono en que cayó el estudio práctico de las matemáticas, en cuantos paises le estaban subordinados; como que la geometría no tuvo entonces mas aplicacion que á la medicion de las tierras y al arte de fijar los límites. Esta circunstancia, y el desprecio con que siempre miraron el oficio de la navegacion aquellos célebres conquistadores, precipitaron la decadencia de sus descubrimientos científicos, no menos que la irrupcion de los bárbaros en el siglo IV de la era cristiana.

Por fortuna los árabes se encargaron de facilitar á la civilizacion los medios de beneficiar un agente tan poderoso, recogiendo de la antigua Grecia sus mas famosos escritos para verterlos á su idioma y enseñarlos en sus academias. A ellas acudieron todos los sábios conocidos de Europa, bajo la inmediata proteccion de Almanzor, llamado el Augusto, que tomaba parte en sus conferencias, y de ellas salieron la traduccion árabe y la española del Almagesto, asi como su compendio por Averroes, los elementos de astronomía del Alfergan, las observaciones de Thebith comparadas con las antiguas para determinar la longitud del año, las tablas de Albagtenio fundadas sobre las de Tolomeo, las cuales, corregidas mas tarde por Arzachel, se llamaron tablas toledanas: el tratado de óptica é investigaciones sobre la refraccion astronómica de Alhacen, y finalmente, el que compuso Albohacen sobre el movimiento y lugar de las estrellas fijas, el cual, traducido al español, sirvió con el tiempo para corregir las tablas alfonsinas.

Hiciéronse estas por inspiracion del rey sábio, el cual desvelándose por el pro comun de aquellos reinos que la Providencia habia confiado á su gobierno, no solo veló por el sosiego de sus súbditos y la propagacion de la fé, sino que fomentó con marcado entusiasmo el estudio de las ciencias. Desde Almanzor el

Augusto hasta su tiempo, la astronomía y las matemáticas aplicadas á la náutica habian recibido maravilloso impulso con la acumulacion de escritos y observaciones que habian producido las escuelas asi árabes como judáicas y cristianas, porque ya las universidades de Palencia y Salamanca, á la par que las cátedras de Sevilla y de Toledo habian despedido de su seno muy sábios doctores. Pero esta misma acumulacion de notas y adiciones produjo en las famosas tablas de Tolomeo tamaña confusion, que con sábio instinto el rey don Alfonso juzgó necesarias otras nuevas. Para confeccionarlas con toda la exactitud que su importancia requeria convocó á todos los sábios conocidos de su tiempo, sin distincion de sectas ni religiones, y sin variar el sistema del famoso griego acerca de la teoría del mundo, fundó las nuevas tablas sobre las mismas hipótesis en que aquellas estaban apoyadas, con la sola diferencia de haber fijado con mayor exactitud el lugar del apojeo del sol y el movimiento medio de los planetas, no por tan casuales procedimientos como suponen algunos autores.

Lástima es, por cierto, que no fuese entonces conocida la verdadera teoría del globo terráqueo, ó mas bien, que la supersticion de la época no permitiese el desenvolvimiento de las ciencias naturales con toda la verdad de sus constantes sistemas. Quizás entonces el famoso rey, que tan resueltamente fomentaba el esclarecimiento de las teorías astronómicas á favor de sábios congresos que en su córte reunia, hubiera adelantado el sistema copernicaco que trastornó tres siglos despues todos los conocimientos existentes. Inspíranos tan aventurada proposicion la conocida frecuencia con que don Alfonso apostrofaba de incompleto el sistema del mundo, diciendo, en los arrebatos de su ciencia, que si Dios le hubiese consultado sobre la creacion, sin duda hubiera sido la obra divina mucho mas perfecta. Pero cuando mas seguro, al parecer, se hallaba en sus cálculos, un aconteci-



miento mal comentado por casi todos los autores que lo refieren, vino en ayuda de las tinieblas para oscurecer mas y mas el secreto misterio de la ciencia.

Hallábase el rey en su alcázar de Segovia, por los años de 1262, si hemos de admitir la opinion del P. Colmenares en su historia de aquella ciudad, cuando el escándalo por los dichos que proferia acerca de la creacion se hallaba en su mayor apogeo. Con tal motivo concurrió á su presencia un religioso franciscano, para suplicarle que abjurase cuantos errores profesaba en oposicion con los libros sagrados; pero el rey, que con singular instinto fundaba su opinion especial en las ciencias exactas por él tan frecuentadas, le despidió de su presencia con prohibicion absoluta de volverle á amonestar en semejantes materias. Por una rara coincidencia, en la noche inmediata descargó una furiosa tempestad que lanzó un rayo en la cámara real, y este suceso, mas natural aun que cuanto el rey sábio adivinaba con su esquisita ciencia, le amedrentó de tal manera que al siguiente dia hizo pública abjuracion, segun el fraile le habia aconsejado.

Los judíos que vivian en Andalucía, á la par que los árabes, tambien adelantaron mucho la perfeccion de los conocimientos astronómicos y matemáticos: como que á ellos se atribuye la division de la esfera celeste por medio del Ecuador en dos partes iguales, y no es de poca consideracion y utilidad su particular doctrina sobre la figura de la tierra, situacion de los orbes celestes, movimiento de las estrellas, teoría de los ángulos esféricos, de los polos ártico y antártico y de los signos del Zodiaco.

En ayuda de todos los conocimientos indicados concurrió el descubrimiento de las propiedades magnéticas de la piedra iman aplicadas á la náutica. Difícil es fijar la verdadera época en que tuvo lugar tan portentosa observacion, cuando tantos autores de conocida nota se han perdido en el inmenso caos de sus mal orientadas investigaciones, sentando axiomas en su primer concepto que despues se apresuraron á negar para proceder con mayor madurez por otras sendas no menos falsas. Buffon, por ejemplo, que en un principio juzgaba exageradas las relaciones de algunos misioneros que habian penetrado en las regiones orientales, creyó despues que los chinos habian inventado la aguja magnética muchos siglos antes de que se conociera en Europa; proposicion nada repugnante si se tiene en cuenta que de allí nos vinieron tambien el conocimiento de la pólvora y las primeras nociones de la imprenta. Mr. Dutens, por el contrario, creyó primero que la aguja era conocida de los antiguos, y despues se adhirió á los que apenas la conceden seis siglos de existencia. Montucla, en su historia de las matemáticas, despues de haberse confundido entre las diversas y bien cimentadas opiniones de ambas parcialidades, no consigna la suya definitivamente, y se contenta con respetarlas todas diciendo que diversas naciones perfeccionaron sucesivamente tan maravilloso instrumento; y nuestro sabio Navarrete, que tan delicadamente ha tratado las cuestiones mas árduas de la ciencia náutica, tampoco se decide en esta con toda la seguridad que su importancia exige.

En virtud de lo dicho parecerá estremada osadía nuestra opinion definitiva

si argumentos irrecusables no la apoyan suficientemente, al consignar con bastante seguridad que los antiguos orientales conocieron é inventaron la aguja magnética. Resalta mas la opinion que favorece su existencia en la antigüedad, por la circunstancia de que los hombres mas doctos de los que no se adhieren á ella, tampoco la niegan definitivamente; y esto prueba, cuando menos, que son de mucho peso, ó mas bien indestructibles las razones que existen para creer que los chinos hicieron uso de la aguja desde tiempos muy remotos, á cuya opinion nos adherimos con toda la fé de nuestras investigaciones.

Valíanse del iman adherido á la figura de un hombre que giraba sobre un punto dado, de tal suerte, que su brazo derecho señalaba constante el mediodia sirviéndose de tal agente, mas que en las navales, en sus espediciones terrestres. Respecto á su importacion á Europa no se puede determinar época alguna, si bien no hay duda en que se conoció su uso primeramente en el siglo XII, y estamos por asegurar, no sin acreditado caudal de justificacion, que nos vino su conocimiento á los españoles antes que á otra nacion de Europa, por conducto de los árabes, lo mismo que el uso de la pólvora.

En la aplicacion se usaron los buenos efectos del iman de distintas formas, ya figurando una rana ó bien una flor de lis que flotaba sobre un corcho ó una tabla dentro de una vasija; pero como este sistema habia de producir sensibles alteraciones por la sucesion alterada de las olas, el italiano Flavio Gioya, natural de Amalfi en el reino de Nápoles, se aproximó á su actual perfeccion, inventando el modo de suspender la aguja magnética dentro del buque en un eje perpendicular sobre el cual pudiera permanecer siempre horizontal girando libremente, y encerrando el aparato en una caja de madera que pudiera conservarlo insensible á las alteraciones del mar y á los balances del buque. El todo de esta invencion, que tuvo lugar al comenzarse el siglo XIV, tomó el nombre de *bossola*, propio de la caja dispuesta para contener la aguja, y con ligera alteracion se aplicó á nuestra lengua por medio de la palabra *brújula* que desde entonces se conserva.

Con tales conocimientos y el uso de la *ballestilla*, el de las *cartas planas* y el del *astrolabio*, se aventuraron los famosos descubrimientos intentados en las costas de Africa para fijar por el Océano una senda menos peligrosa al comercio de la especería que entonces hacian con las Indias orientales las naciones de Europa.

La *ballestilla* fué inventada en la antigüedad por los caldeos: llamóse primero *baston de Jacob*, y se aplicó á la observacion de los astros y á medir las distancias medias entre el Ecuador y el punto de la nave. Las *cartas planas* ó marítimas tuvieron su orígen natural en las dificultades que se ofrecian para conocer el verdadero rumbo que habia de seguirse en un viaje dado, respecto á no resultar iguales en las cartas esféricas las circunstancias de todos los ángulos que debia formar el rumbo del buque con los meridianos. Atribúyese al infante don Enrique de Portugal la invencion de las cartas planas, por los años de 1415 ó siguientes; pero está suficientemente probado que á sus famosas academias llamó

á varios navegantes españoles que ya las poseian y usaban; y además hace muy pocos años que se conservaba en el archivo de la Real Cartuja de Val de Cristo una, cuya inscripcion dice así: *Mecia de Viladestes me fecit anno* MCCCCXIII, esto es, dos años antes que la convocatoria de los sabios españoles y portugueses á la corte del infante don Enrique. Respecto al *astrolabio* no hay duda que se inventó en la mencionada corte para aplicarlo á los descubrimientos de la náutica. Su objeto fué mas particularmente para sustituir con ventajas á la ballestilla, estableciendo el punto y situacion del buque en alta mar, á cualquier hora del dia y de la noche, por la observacion de los astros. Para perfeccionar esta cual correspondia á su importancia, se arreglaron al uso del astrolabio las correspondientes tablas de declinaciones, y así pudieron desde entonces determinarse con mas propiedad las latitudes, y dar al nuevo instrumento toda la seguridad que en la mar necesitaba para su uso.

Es indudable que fueron españoles los primeros que se arriesgaron á aquellas difíciles investigaciones, perfeccionadas mas tarde por los portugueses, los cuales dieron con ellas sobrado motivo para enlazar á las marítimas del siglo XV el mayor destello de sus glorias literarias. El insigne Camoens erigió á sus ascendientes en las famosas *Lusiadas* un monumento digno de la gloria que le circunda en el templo de la inmortalidad, no menos que de la grandeza de sus hazañas.

Quizás la idea emitida de haber sido españoles los primeros que costearon el Africa en el siglo XIV, no dejará de hallar impugnadores que pretendan dorar con los argumentos de la pasion los quilates de su envidia. Bastará en nuestro abono un documento ya citado en recientes líneas, á saber, la carta hidrográfica del archivo de la Cartuja Real de Val de Cristo, cuya copia está consignada en un atlas catalan del siglo XV publicado por Mr. Bouchon en París poco tiempo hace. Ocupa dicha carta el tercer lugar entre todas las del atlas, y en ella se nota un bajel cuya figura corresponde á la construccion de aquella época, con un letrero inmediato que dice: *Partich l'uxer dñ Jac Ferer per nar al riu de l'Or al jorn de Sen Lorens qui es á* X *de agost, y fo en l'an* MCCCXLVI, cuya letra, que traducida al castellano quiere decir: *Partió el bajel de Jaime Ferrer para ir al rio del Oro, el dia de San Lorenzo que es á* 10 *de agosto, y fué en el año de* 1346, no deja duda alguna respecto de nuestro aserto, cuando ya hemos consignado la época en que de la corte del infante don Enrique de Portugal se dió calor á los tan celebrados descubrimientos.

Por lo demas, no hay que ponderar la importancia que habia adquirido el arte de la navegacion, ni el estado ventajoso en que se hallaba por aquellos tiempos, cuando tanto la recomiendan por una parte los adelantos geográficos que se hicieron durante los siglos XIV y XV á favor de sus investigaciones, y por otra el ensanche que recibieron las monarquías portuguesa y española por la misma causa; aquella en las costas de Guinea, que sus soldados iban hollando con varia fortuna, y esta alcanzando completa posesion de las islas Canarias, despues de algunos cuidados que la sinrazon quiso anteponer á la justicia.

Pero cuando todo lo dicho no bastara para completar la verdadera importancia que merecen tan inmensos resultados, volvamos la consideracion al descubrimiento del Nuevo-Mundo, verificado igual é inmediatamente con asombro universal y sin otros recursos de la ciencia náutica, para rodear de gloria inmarcesible al intrépido Colon, proporcionando á la vez vasto hemisferio á la corona de Castilla, noble emulacion á los marinos europeos, incalculables adelantos á la civilizacion, y constante argumento á la epopeya.





HISTORIA DE LA MARINA REAL ESPAÑOLA.

LIBRO PRIMERO.

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

CAPITULO PRIMERO.

Estado particular de España en el último tercio del siglo XV.—Cristóbal Colon: noticias oscuras de su origen: causas que precedieron á la concepcion de su famoso viaje: combate y naufragio: sálvase en las playas portuguesas: su arribo á Lisboa: su casamiento é indicaciones acerca de la influencia que este acontecimiento tuvo en su próxima gloria.

Habíanse unido para jamás separarse, por los años de 1474, las coronas de Castilla y Aragon en las sienes de Isabel I y de Fernando V: no estaba muy distante la época en que habia de robustecerse la unidad de la Península con la incorporacion del reino de Navarra, y el mismo Portugal, que tantos esfuerzos ha hecho para conservar y reconquistar una independencia, no menos funesta á sus propios intereses que á los intereses españoles, acababa de reconocer en frecuentes derrotas la superioridad de nuestra nacion, cuyo dominio, por medio de una princesa bastarda, habia soñado. Faltaba, para llevar á cabo la idea primitiva y constante de nuestros ascendientes desde Pelayo, la conquista del reino de Granada, en cuyas plazas mas fuertes aun tremolaba orgulloso el pendon de la Me-

dia luna; mas la propagacion de la fé estaba encomendada á muy hábiles príncipes, y no era de suponer por lo tanto que tardára mucho tiempo en desmoronarse hasta los cimientos el monumento alzado por los africanos en España para recordarnos el baldon de Guadalete.

Comenzado se habia ya la guerra entre moros y cristianos despues de largas treguas, quebrantadas con pretestos frívolos; y aunque en algunos encuentros la fortuna se mostrára enojada con los que conducian el signo de la redencion, desde luego pudiera adivinarse el éxito de la empresa, considerando la desigualdad que existia entre ambas partes. La reina Isabel, empeñada en arrojar de sus naturales dominios á aquellas gentes estrañas, por mas que en nuestro suelo hubiesen visto la primera luz, no se descuidó en amontonar cuantos recursos le sugirió su imaginacion pensadora. Acudió á nuestras marinas septentrionales para la fabricacion de buques que impidieran de Africa los refuerzos contrarios: solicitó de la Suiza su invencible infantería, de Italia trajo ingenieros, y no faltaron á la empresa muy adiestrados franceses, alemanes y flamencos en el arte de la nueva artillería.

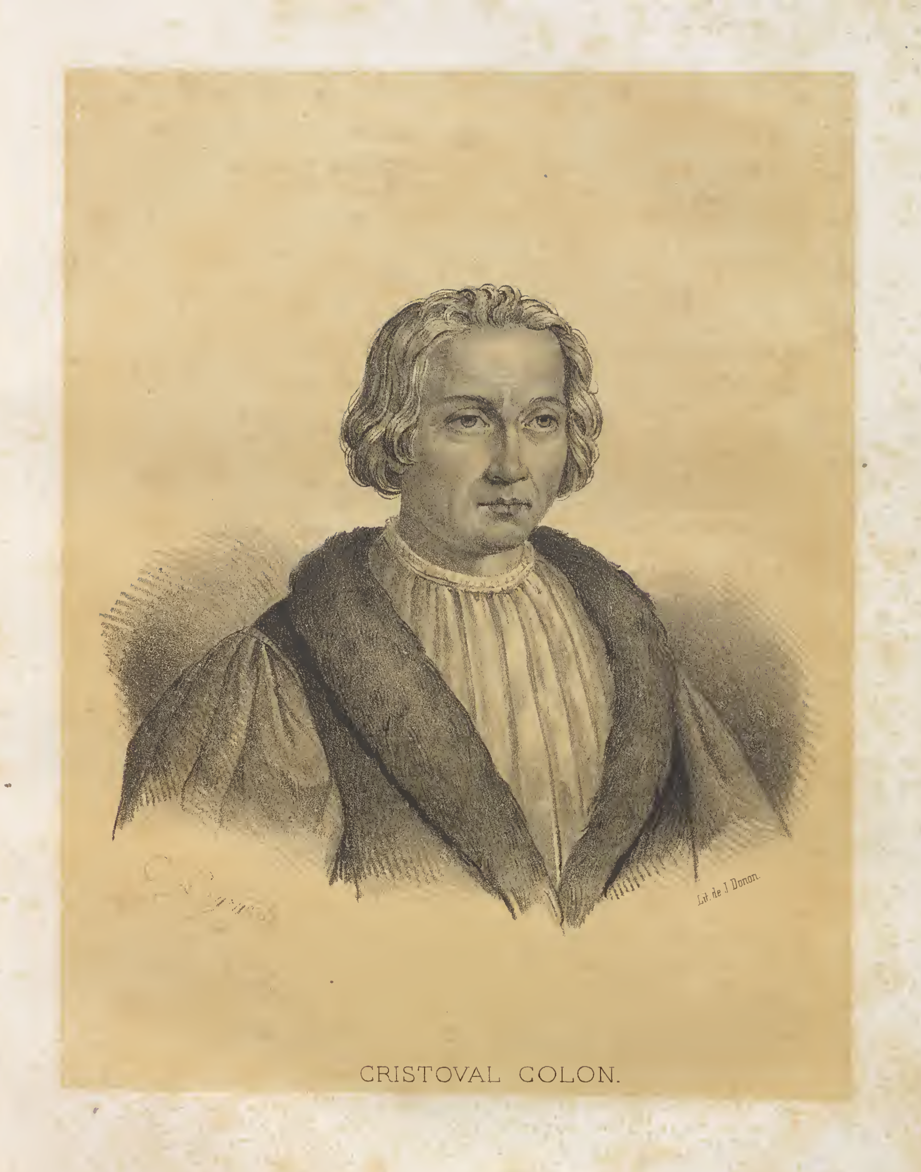
En tal estado se hallaban las cosas de España cuando penetró en ella el hombre eminente, que tan famoso hizo el reinado de la primera Isabel por su mas famoso descubrimiento.

Como si no conviniese limitar al genio propio, porque el mundo y el genio se pertenecen mútuamente, aun se ignora hoy el verdadero lugar en que nació Cristóbal Colon, así como se ignora tambien quiénes fueron sus padres (1).

(1) La verdadera patria de Colon, aun hoy ignorada, ha sido orígen de tales controversias, de tantas opiniones discordes, tantas pruebas al parecer convincentes, y tales argucias, que si hoy se encontráran los mas auténticos é innegables testimonios para dar á la cuestion un corte definitivo y terminante, aun habia de costar trabajo destruir los argumentos, no ya de tal ó cual historiador ó comentador oscuro ó mal dirigido en sus fundamentos, sino de muchos y muy reconocidos sabios que á esta materia dedicaron inútilmente tantas y tan apreciables disertaciones. En el presente caso parecia regular que nosotros, orillando las dificultades, en fuerza de lo muy útil que sobre el asunto se ha escrito, cuando menos, consignaremos una opinion terminante, apoyada en testimonios verídicos que la hicieran, mas que segura, respetable. Veamos, pues, si es posible que tal empresa echemos sobre nuestra conciencia crítica, teniendo en cuenta que, mas que noveles ergotistas, aspiramos á la gloria de concienzudos historiadores.

Naturalmente debiéramos empezar en tal caso por dar entero crédito al mismo Colon, cuando dice en su testamento que es *natural de Génova;* y por lo mismo dar concluida la cuestion antes de comenzarla. ¿Pero, será suficiente prueba la ya indicada para despreciar los argumentos y testimonios de cuantos manejaron la cuestion aun en su propia época? Nosotros creemos que no, porque el héroe de que nos ocupamos, poseido de las rancias preocupaciones de su siglo, no ha querido nunca declarar franca y terminantemente la edad que tenia, ni la patria que le dió el ser, ni el oficio ú ocupacion de sus venerables padres. Dice en el testamento que es natural de Genova; pero no dice que sea natural *de la ciudad de Génova;* y en tal caso, como con el nombre de la capital se designaba todo el distrito de la república, tambien puede muy bien haber querido decir con tan ambigua frase, aquello en que la mayor parte han convenido; es decir: que era natural *de la república de Génova.* No pretendemos negar que sea de la propia ciudad, porque no fundamos opinion terminante; pero sí queremos hacer notar que hasta la propía declaracion de Colon es muy controvertible.

Haciéndonos cargo de cómo rehuye la cuestion su hijo D. Fernando, cuya historia de su padre debemos á una traduccion italiana, de la que se hubo de tomar la castellana que hoy se ve en la coleccion de Barcia, siendo harto raro que tan absolutamente hayan desaparecido todos los ejemplares de la historia original, no podemos menos de confortar nuestra opinion respecto al interés que manifestó el Almirante en ocultar las particularidades de su familia: interés que no puede fundarse mas que en las preocupaciones humanas, que á veces rebajan por si solas el concepto del hombre mas eminente. Don Fernando rechaza como injuriosas las pruebas que autores italianos presentan para manifestar que los padres de Colon se habian ocupado en oficios mecánicos; pero en cambio no pudo ó no quiso justificarse con una limpieza de sangre ó una carta ejecutoria, no dignándose tampoco declarar en qué pila habia recibido su padre el primero de los sacramentos. En el capitulo 28 de su *Historia del Almirante* dice estas notables palabras: *creo que menos dignidad recibiria yo de ninguna nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre*: verdad innega-



CRISTOVAL COLON.

Sábese nada mas que nació en territorio de Génova por los años de 1436: que estudió en Pavía escaso tiempo para iniciarse con fortuna en las primeras nociones de las ciencias exactas: que empezó á navegar á la edad de 14 años: que hizo muchos y muy aprovechados viajes por los mares orientales y por los de Occidente, introduciéndose en el círculo polar algunos grados: que durante aquellos perfeccionó sus conocimientos respecto á la geografía y *astrología*, como se llamaba entonces á la ciencia de los astrónomos: que comunicó grandemente con diversas razas y lenguas que le fueron familiares, y que hácia el año de 1470 cruzaba las costas meridionales de Europa en compañía del famoso corsario Colombo el mozo, el cual le era deudo, al parecer, muy cercano.

ble que bien pudiera haber ilustrado su entendimiento para declarar, si lo sabia, lo que ahora tratamos de averiguar tan en vano; porque reconocido está por todo el mundo el mayor mérito de las grandes cosas, cuanto mas débiles fueron sus fundamentos. Tambien el Almirante habia dicho antes, en una carta que escribió al ama del príncipe don Juan, despues del descubrimiento: *no soy el primer Almirante de mi familia* (refeririase tal vez á Colombo el mozo)*; pónganme el nombre que quisieren, que al fin David, rey muy sabio, guardó ovejas y despues fué hecho rey de Jerusalem, y yo soy siervo del mismo Señor que puso á David en este estado.* Sin embargo de esta y aquella honrosas conformidades, el padre y el hijo nos ocultaron cuidadosamente su linaje.

Respecto á las contiendas mantenidas entre los historiadores de las Indias, desde el cura de los Palacios hasta el mismo Prescot de nuestros dias, no alargaremos nuestras reflexiones; porque amigos unos del Almirante, otros parciales en pro ó en contra, y no pocos mal orientados, si se cuidaron de averiguar la verdad, ó no la publicaron, ó no la comprendieron, ó trataron de oscurecerla para dar pábulo y calor á las hablillas de los émulos. Dicen unos que era hijo de un mercader de libros: otros acomodan á su padre el oficio de cardador de lana, en Génova: varios le hacen descender de una ilustre familia de Plasencia que llevaba el propio apellido, y todos se pierden en conjeturas y probabilidades que no llevan el sello de lo mas positivo.

Entretanto aparecen en la contienda, con razones mas copiosas, varios sabios de nuestro continente, ya desenterrando pleitos y declaraciones de testigos presenciales, ya prestando á la luz de la razon cartas concluyentes en el concepto de los que las publicaron ó bien haciendo referencia á partidas bautismales. Fué el primero el Sr. Galeani Napione, intendente de hacienda del Piamonte, el cual en el año de 1805 publicó una disertacion en las Memorias de la Academia de Turin, merced á varias piezas que alcanzó del pleito que en el siglo XVI siguieron los pretendientes al mayorazgo del Almirante. Declara á Colon natural de Cuccaro, hijo de *Domenico* ó Domingo Colombo, fabricante de paños, que residia en aquel lugar seis años despues de haber nacido Cristóbal: cinco testigos deponen en el espediente asegurando que el Almirante habia salido del lugar, *piccolo*, esto es, pequeño.

En 1838 el Sr. Isnardi, arqueólogo piamontés, publicó en la *Revista de Bruselas* una carta escrita por el gobierno de la república de Genova á su embajador en nuestra corte, Doria, cuya fecha es de 7 de noviembre de 1586. Uno de los párrafos de aquella carta dice: "Cristóbal Colombo, de *Cologneto*, hombre ilustre como ya debeis saber, puesto que os hallais en España, ha ordenado en su testamento, segun tenemos entendido, que se edificara en Génova una casa que llevara su nombre, y que se impusiese una renta para la conservacion del edificio.»

La *Gaceta de Madrid*, núm. 2496, correspondiente al 17 de agosto de 1841, refiriéndose á la *Revista de Paris*, dice: que un antiguo prefecto de Córcega, Mr. Guibega, encontró en los registros del pueblo de Calvi, con gran sorpresa, la partida de bautismo de Cristóbal Colon. *Este hecho,* dice el comunicante, *es cierto, aun cuando no se haya publicado hasta ahora, y por consiguiente Cristóbal Colon es paisano de Napoleon. Las pruebas existen y yo las denuncio, como que paran en poder de Guibega, que tarda ya demasiado en publicar su descubrimiento. No dudo que pronto las verá la luz pública, y entonces podrá la Francia levantar un monumento al mas ilustre navegante del mundo, en el pueblo donde tuvo su cuna, que es hoy la cabeza de un partido de uno de los departamentos franceses.* Sin embargo de la oficiosidad con que la *Revista de Paris* anunció tan portentoso descubrimiento, aun hoy no se ha dignado Mr. Guibega dar á luz los comprobantes de su hallazgo.

En las memorias inéditas de nuestra *Academia de la Historia*, tomo 2.°, tambien se lee una, firmada por don Francisco Fernandez de Rávago, en la cual se pretende probar que el Almirante fué natural de Pradelo, pueblo del valle de Nura, en territorio de Plasencia. La buena crítica de la historia, manejada por el señor don José Miguel de Flores, secretario que era de la Academia cuando el Sr. Rávago presentó su escrito, ha desechado con refutaciones de grande erudicion y sano juicio las suposiciones del contrincante, cuyas citas no siempre contienen aquel caudal de verdad que es necesario en las cuestiones cuyos cimientos hayan de estar fundados en irrecusables pruebas. En virtud de todas las que hasta el dia se han presentado, no hay duda que obtienen mejor derecho aquellas que se refieren al lugar de Cuccaro como probable, mas que cierta, patria del Almirante. Sin embargo; nosotros no afirmamos que tal haya sido, porque si bien reconocemos cuán conveniente seria encontrar la antorcha mas brillante para alumbrar el camino de nuestras investigaciones, tampoco nos parece mal, por lo que de sobrenatural pudiera advertirse en la vida y hechos de Colon, que permanezca abierto el certámen de competencia, como aquel famoso en que se disputaban siete ciudades de la Grecia la gloria de haber producido al cantor inmortal de los gentiles.

Consignado hemos ya el espíritu de hostilidad que alimentaban entre sí las repúblicas de Génova y Venecia desde el principio de su importancia marítima, despues que las razas del Norte se habian derramado por las naciones meridionales. A través de algunos períodos de falsa conciliacion, ambas repúblicas se habian mirado siempre, y se miraban á la sazon, con rencorosa ojeriza, y sus armas se esgrimian en recíproco daño, siempre que se encontraban sus fuerzas.

Sucedió, pues, que por el frecuente trato de recíprocos cambios con que se comunicaban en el siglo XV los pueblos litorales del Mediterráneo con los del Océano, regresaban á Venecia desde Flandes cuatro galeras de las mas portadas y mejor guarnecidas que tenia aquella república. Se encontraba á la sazon el famoso corsario con los buques que le obedecian, costeando sobre el cabo de San Vicente y las marinas de Lisboa; y tan pronto como avistó el pabellon de sus constantes rivales no vaciló en acometerlas. Despues de cambiarse algunos cañonazos, y por el rencor con que se buscaban, no tardaron en llegar al abordaje unos y otros bastimentos, aferrándose con ganchos y cadenas por las proas respectivas, como entonces se practicaba. Trasmitida á las manos la intencion de los corazones, fácil es comprender el ahinco con que procurarian destruirse mútuamente aquellos hombres que por su propia fama, mas que por sus intereses peleaban: el combate habíase empezado poco despues que la luz del dia, y ya era la hora en que el sol trasponia el Océano para alumbrar otras regiones cuando todavía duraban el encarnizamiento y la pelea.

En la nave que montaba Cristóbal Colon, mas particularmente, se habia concentrado la lucha, como si de ella sola dependiese la disputada victoria. El hierro habia hecho y seguia haciendo su oficio de una manera espantosa: multitud de cadáveres formaban una doble cubierta en cada bastimento de los dos que así reñian: los efectos resbaladizos se prodigaban de ambas partes para comunicar á los pies los cuidados de las manos, y el alquitran y demas combustibles fueron, por último, el recurso á que se apeló cuando nada era bastante para llevar á cabo aquella desastrosa contienda.

El mar acariciado por muy ligeras brisas, mecia apenas los bajeles, como si tuviera en poco el éxito de una lucha en que su dominio, nada mas, se disputaba.

Comunicado el fuego con pasmosa velocidad á todas las partes de ambos navíos, cesó el combate, pero no la lucha, por cuanto los cuidados se aumentaron. Por un instinto de propia conservacion cayéronse á un tiempo las armas de las manos que aun podian sostenerlas, y venecianos y genoveses se ayudaron á la vez contra el terrible enemigo que á todos amenazaba con mas espantosa fiereza.

Nada es mas horroroso que un combate naval, cuando á todos los elementos destructores que el hombre ha inventado se agregan la tempestad ó el incendio; entonces el ánimo requiere múltiples fuerzas, y los últimos arranques de la desesperacion son harto débiles para luchar contra la misma Providencia. Tal sucedió en el caso que vamos refiriendo, de suerte que, cuando todos los afanes





Urrabieta invº y litº

Lit de J J Martinez. Madrid.

CRISTOVAL COLON

se arroja al mar para librarse del incendio de la nave que le conducia, propia del corsario Colombo, salvandose asi el grande hombre á quien estaba reservado el descubrimiento de un nuevo mundo.

se estrellaban contra los progresos del fuego; cuando á las víctimas de la primera lucha se añadian ya algunas otras, consumidas por las llamas: cuando de un instante á otro se temia la esplosion, que al fin tuvo efecto algunos minutos despues, Cristóbal Colon se arrojó al mar, huyendo del fuego, para encomendar su muerte á mejores agonías.

Reservábale, sin embargo, la fortuna mayor gloria que la efímera de una muerte honrosa en un combate ignorado; y así como cayó al agua estenuado con la fatiga de tantas horas, se adelantaron á su vista dos objetos salvadores, de los cuales se aprovechó sucesivamente. El primero fué un remo que flotaba entre los despojos de la pelea: el segundo era la costa lusitana, dos leguas distante de las olas que le sustentaban.

Los últimos crepúsculos de aquella tarde terrible alumbraban apenas el derrotero de Colon cuando tras de inmensas fatigas pudo sentar el pié vacilante en las playas portuguesas. El cansancio y el frio permitíanle apenas moverse; pero sobrábale de ánimo lo que le faltaba de fuerzas, y á merced de aquel, pudo llegar hasta la primera casa hospitalaria donde los cuidados de estrañas gentes habian de terminar sus angustiosos padecimientos (1).

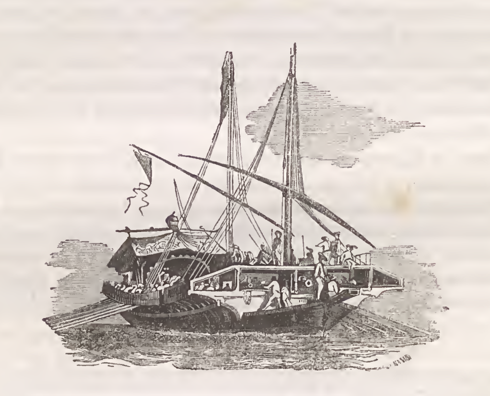
Nada hubiera sido mas fácil al náufrago, ya repuesto de aquel malhadado percance, que volver á su pais en cualquiera de las muchas naves que entonces hacian escala en Lisboa. Pero ¿qué habia de hacer, ni qué buscar donde reveses de la fortuna habian agotado la de sus pobres padres, y cuando juzgaba infalible la muerte de su deudo y protector Colombo el corsario, en el combate fatal ya referido? Además, que en Portugal se procuraba entonces con estraordinario afan el descubrimiento de las Indias Orientales, navegando al Sur, hasta doblar el cabo de Buena Esperanza; y para sus afecciones marítimas ninguna empresa hubiera sido mas satisfactoria que la de contribuir á ilustrar la práctica de los portugueses con los destellos de su ciencia.

Fuése, pues, á Lisboa, con ánimo de observar los adelantos que se hicieran en las investigaciones, y tal vez con intencion de aprovecharlos en favor de su patria. Allí encontró muchas inesperadas relaciones por la concurrencia de genoveses á aquella capital, que tanta fama adquiria á la sazon entre las naciones marítimas, y ellos le ofrecieron muy buenos partidos para que en su compañía se quedase. Pusiéronle casa con decente acomodo por lo que de su ciencia esperaban, y como era mozo y apuesto, nada vulgar en pensamientos, y dado á la ga-

(1) La fecha que algunos historiadores italianos acomodan á un combate muy semejante pudiera hacer dudosa toda la narracion anterior, respecto á ser aquella la de 1485, muy posterior á la llegada de Colon á Portugal y á su avecindamiento en Lisboa. Nosotros hemos aceptado, sin embargo, como verídico lo que nos refiere su hijo D. Fernando, y con él la mayor parte de los escritores mejor orientados en las circunstancias del Almirante, dando por sentado que puede haber equivocacion en la data de los italianos, puesto que algunos, como Sabellico, la ignoran, y otros, como Justiniano, no hacen mencion ninguna de semejante encucntro, tan glorioso para las armas de la república de Génova. Tambien pudo ser que dos acontecimientos parecidos diesen lugar á la confusion que se advierte en los comentadores favorables y adversos de los sucesos del Almirante, y en tal caso bien se puede tolerar la data del segundo, sin rebajar ni un quilate de la verdad del primero.

lantería, no tardó mucho en hallarse prisionero de amorosos lazos que tendiera con castos intentos á la señora doña Felipa Muñiz, dama noble y caballera en el convento de los Santos, é hija del célebre descubridor portugués Bartolomé de Perestrello. La antorcha de himeneo alumbró los primeros pasos que dió Colon con aquel feliz enlace en la carrera de su próxima gloria, y con esto quedó afecta á la Península ibérica toda la que habian de reportarle algunos años despues la osadía é ilustracion de aquel hombre eminente.

Es verdad que no de otra suerte se hubiera verificado el mas famoso acontecimiento de los siglos; porque diseminadas las circunstancias que para él concurrieron, no hubiera sido fácil siquiera concebir tamaña empresa. El genio de Colon no podia tener igual en su época y condiciones; pero Colon con su genio tampoco hubiera podido adivinar la empresa acometida, á no coincidir su enlace con la hija del célebre Perestrello. Un temporal nada mas, ó la necesidad de refrescar las provisiones, no hubieran sido bastantes causas para detenerle en Lisboa el tiempo necesario á sus amores; el naufragio, pues, era indispensable despues del combate. De cualquier otro modo, Colon se hubiera quedado con su ciencia: la hija de Perestrello hubiera dado en vano á otro que no fuera Colon algunos medios de esplotarla, y las regiones de América hubieran permanecido ignoradas de nosotros quizá hasta el fin de los siglos.





FR FRANCISCO XIMENEZ DE CISNEROS.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA · SEVILLA

CAPITULO II.

Vuélvese á embarcar Cristóbal Colon, y rectifica varias observaciones astronómicas y geográficas.—Recibe de la viuda de Perestrello cartas, observaciones y diarios que le ilustran grandemente acerca de los viajes que practicaban á la sazon los portugueses.—Primeras ideas que concibió sobre la posibilidad de encontrar un nuevo derrotero para la India.—Su traslacion y permanencia en Puerto-Santo.—Noticias que le dan varios isleños para confortarle en su estraordinario propósito.—Dedicase con especial atencion al estudio de las ciencias naturales, y saca consecuencias favorables para insistir en la empresa: razones y citas en que se apoya.—Regresa á Lisboa; se comunica con los mas acreditados cosmógrafos de su tiempo, y resuélvese por último á indagar prácticamente cuanto de su ciencia juzgaba posible.

Pasados de la felicidad conyugal los primeros goces, no tardó Colon mucho tiempo en volverse á embarcar, con ánimo resuelto de esplotar en pro de su fortuna los reconocimientos meridionales que desde Portugal se practicaban. Su habilidad en la traza de cartas marítimas era tan especial, que contribuyó poderosamente á ponerle en decente posicion para fletar un bastimento: poseia muchos conocimientos geográficos: era muy práctico en la geometría, con estensas nociones de cosmógrafo, y sobre todo, tenia en la habilidad de sus manos cuanto bastaba de seguro para el mas exacto desempeño. *Escribia*, dice su hijo, *con tan buena letra, que para ganar de comer bastára* (1).

Entregóse, pues, al mar, como quien en él se habia criado, siendo parte muy activa en facilitar el paso de la Zona tórrida, quitando á la realidad lo que de recelos la ocultaba; de suerte que, cuando apenas entre el vulgo de los navegantes se juzgaba posible la existencia bajo la equinoccial, porque suponian abrasadas las regiones que tal situacion ocupaban, Colon autorizó las escasas nociones que sobre aquel paso circulaban con alguna exactitud desde que se comenzára el segundo

(1) Lo mismo asegura Fr. Bartolomé de las Casas en su historia manuscrita de la India; y añade que aprendió Colon la aritmética, el dibujo y la pintura con destreza suficiente para ganar con tales artes la vida. Posteriores circunstancias acreditaron la exactitud de tales suposiciones.

tercio del siglo XV. Intrépido como el mas aventajado entre los de su peligrosa carrera, visitó con su bajel las regiones temidas: y volviendo á Portugal con irrecusables pruebas de sus indagaciones, publicó en 1478 una memoria, probando la existencia de habitantes en el Ecuador, para ilustrar á los hombres científicos, dar calor á los recelosos y confundir á los ignorantes. Es decir, que no satisfecho el hábil marino con arriesgarse en difíciles empresas, facilitaba con especial desinterés á la navegacion cuantos progresos en ella alcanzaba.

Con tan ventajosas disposiciones y mejores procederes, andaba en lenguas la fama de Colon, admirado de todos, querido de los mas y envidiado de pocos, por la bondad de su carácter. La viuda de Perestrello, si en un principio le habia admitido en el seno de su familia con la desconfianza natural que inspira la calidad de estranjero, ya se congratulaba con la naciente gloria de su yerno. Cierto es que á la sazon miraba en él al futuro padre de su querido nieto don Diego, que con el tiempo ejerció el alto poder de almirante y virey de las Indias, y por lo tanto se resolvió á hacerle dueño de cierto depósito que guardaba con respetuosa veneracion, porque era el fruto de las constantes observaciones que en una larga série de viajes curiosos habia hecho el famoso descubridor de la Madera y Puerto-Santo.

De aquí parte, pues, la historia de Colon, por mas que en los años anteriores hubieran bastado sus hechos para sacar de la esfera vulgar el nombre mas ignorado; porque ni su valor personal, (1) ni la seguridad de sus viajes á las regiones mas peligrosas de los límites desconocidos, podian considerarse en adelante mas que como sucesos de escaso mérito, que no llegaron á traspasar los límites naturales de la ciencia.

Avido se manifestó Colon en el exámen de las cartas y observaciones que Perestrello habia legado en preciosa dote al heredero de su fama; tanto mas, cuanto que ellas revelaban al parecer la existencia de algunas islas no visitadas aun, mas al Oeste de las ya descubiertas.

En vista de tan preciosas indicaciones, que tanto armonizaban con la idea estraordinaria que en su imaginacion comenzaba á agitarse, el hábil marino se lanzó de nuevo al mar con rumbo al Sud-Oeste para cruzar la distancia que hay desde Lisboa á la Madera; y así en esta isla como en la de Puerto-Santo, procuró in-

(1) Entre los hechos famosos que ilustran de Cristóbal Colon los años anteriores al acontecimiento de donde esta historia toma su orígen, hay uno que por sí solo basta para dar á conocer el carácter valeroso, resuelto y ejecutivo que le distinguia entre los mas acreditados navegantes. Hallábase sirviendo á los duques de Calabria cuando trataban de reconquistar el reino de Nápoles, por los años de 1459 y siguientes; y como ocurriese la necesidad de apresar una galera enemiga que se hallaba en el puerto de Tunez, se encomendó esta empresa á Colon para que la llevase á cabo con el navío que mandaba. En Cerdeña hubo de enterarse la tripulacion de que la tal galera estaba acompañada de dos naves y una *carraca* (especie de galera menor, de inconvenientes proporciones, y apenas usada entonces en las armadas españolas), y por no arriesgarse á una empresa de tanto peligro juzgó mas prudente amotinarse contra Colon, porque á todo trance pretendia llevar á término lo que se le habia mandado. Poco suficiente el atrevido capitan para calmar los ánimos de su recelosa gente, no vaciló en ofrecerse á sus exigencias de volver á Marsella en busca de refuerzos; pero lejos de cumplir una promesa que á su reputacion juzgaba indecorosa, mudó hácia el Sur la punta de la brújula, y dando al viento las velas en la propia tarde que tal le acontecia, se encontró al dia siguiente dentro del cabo de Cartagena. Los comentarios que escribiéramos sobre este hecho no podrian menos de desvirtuarlo.

formarse, con estremada minuciosidad, de la situacion y condiciones que, por señales mas ó menos autorizadas, pudieran apropiarse á las islas que se indicaban como de posible existencia mas engolfadas en el Océano.

Cierta herencia que por su nuevo parentesco habia adquirido en Puerto-Santo facilitó á sus estudios gran parte del éxito brillante que con el tiempo alcanzaron, puesto que por ella se vió, si no obligado, al menos en posicion decorosa para habitar en aquella isla, cuyo reciente descubrimiento y especial situacion tanto se prestaban al curso de sus reiterados consecuentes trabajos. Allí vió nacer á su primogénito don Diego, y si antes de este suceso agradable habitaba nada mas que por recreo ó por consideraciones materiales aquella parte del archipiélago Atlántico, no hay duda que desde entonces mayores afecciones á semejante residencia le sujetaban.

Correspondiendo á sus investigaciones los mas aventajados pilotos que aquellos mares frecuentaban, le confirmaron sucesivamente en la existencia de tierras desconocidas, bien que ninguno le confirmase de una manera inconcusa cuanto de probable se le denunciaba. Fundábanse nada mas sus indicaciones que en maderos de estrañas labores, colosales pinos y cañas corpulentas, como no se conocian en las tierras frecuentadas, cuyos objetos habian depositado en las playas de aquellas islas los vientos de Occidente.

Sobre todo, en las Azores le aseguraron haber visto en la playa de la isla de las Flores, dos hombres muertos, cuyas caras y demas proporciones físicas tenian poco de comun con los de las tierras conocidas; y los moradores del cabo de la Verga fueron tan adelante en sus informes, que aseguraron á Colon haber visto flotantes en el Océano, por la parte de Poniente, algunas almadías cubiertas, con cierta especie de gente como jamás se habia conocido. Aunque parece hoy harto probable, por la distancia y por las condiciones de dichas almadías, que semejante relacion tuviera mas fundamento en acaloradas fantasías que en positivos sucesos, no hay duda que influyó grandemente en el ánimo ya agitado del futuro Almirante.

Desde entonces multiplicó su estremada aplicacion al estudio de la geografía, de la historia natural y de la astronomía, no obstante la familiaridad con que ya trataba todas las ciencias naturales, produciendo sus nuevas observaciones la mas completa conviccion que en materia alguna puede tenerse. Comparó, con la mayor exactitud, las condiciones del globo terráqueo: y partiendo del sistema exacto de su redondez, juzgó seguro que tomando rumbo hácia Occidente desde las costas lusitanas, necesariamente se habia de encontrar, á una distancia moderada, la India Oriental que se buscaba por un derrotero exactamente opuesto.

Si las ciencias físicas, no desarrolladas ó apenas conocidas aun, no podian facilitar siquiera aquellas nociones indispensables para concebir la posibilidad de semejante viaje, porque siendo ignoradas, no podian apreciarse las leyes de la gravedad específica y de la gravitacion central, tan necesarias para viajar por toda la superficie del globo, suponiéndola esférica, la luz de la razon le hacia ver

mas claro que todos los sábios habian visto hasta su época, despejando ciertas tinieblas cuya causa el mismo Colon no comprendia, por mas que la atropellaba. Y si con frecuencia seguia á Plinio, á Estrabon y á Ptolomeo en el curso de sus noticias geográficas y astronómicas, no por esto encontraba grandes reparos para desviarse algun tanto de las teorías de aquellos sábios, cuando no se acomodaban á la idea que en su mente se estaba desarrollando con proporciones colosales.

Buscando siempre razones superiores que justificasen su concepcion atrevida, leia á Séneca y se familiarizaba con la idea de considerarse el elegido para dar otra vez al mundo el vaticinado espectáculo de Tiphys (1). Si repasaba los libros sagrados, á los cuales destinaba algunas horas de su estudiosa vida, tambien se reconocia de superior orígen, suponiendo que Dios le habia inspirado para realizar los decretos consignados en los cánticos de la Iglesia. *Se juntarán los estremos de la tierra, y todas las naciones y las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor.* Si trataba de reflejar sus luces naturales en autoridades conocidas, comparaba las corpulentas cañas de Ptolomeo con los arbustos arrojados por las olas del Océano en las islas de las Azores (2): la figura del globo le indicaba la posibilidad de frecuentar toda su circunferencia: y si alguna vez desechaba por imaginarias las islas de que se creia salpicado el mar, respecto á la que suponia mayor cantidad de tierra, segun las leyes naturales como su penetracion las subordinaba, acudian á robustecer su vasto plan las teorías de aquellos mismos autores que en otras páginas solian desvirtuarlo. Platon le situaba la Atlántide de su Timeo: Aristóteles le confortaba tratando aquel viaje de los mercaderes cartagineses á la grande Antilla: Séneca, refiriéndose á Tucídides, tambien corroboraba la antigua existencia de la Atlántica: y Plinio, Seboso, Solino y Estacio, le marcaban con atrevida exactitud la situacion de las fabulosas Hespérides (3).

La division del mundo que hiciera Ptolomeo, tal como se conocia en sus tiempos, en veinte y cuatro horas de á quince grados, facilitaba á Colon un punto de partida tan conveniente en sus cálculos cual pudiera desearlo; porque siendo ya conocidos prácticamente todos los lugares comprendidos en quince de dichas horas, aun antes de que Marco Polo y Juan Mendeville estendiesen los límites de Asia mas allá del Ganges, y los portugueses hasta el Occidente de las Azores, fácil era comprender que la distancia ignorada no podia ser mayor que la tercera parte del Globo, antes bien mucho menor, aceptando, no solamente las rela-

(1) *Vennient annis*
Sœcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphys que novos
Detegat Orbes, nec sic terris
Ultima Thyle (Séneca, in cor Medea).

(2) Cosmografía: lib. II, cap. XVII.

(3) *Platon* in Timeo: *Aristóteles*, Libro de las cosas naturales. *Séneca*, id. lib. VI. *Plinio*, Historia Natural, libro II, cap. III, etc.

ciones de aquellos célebres viajeros, sino tambien las opiniones conformes de Estrabon, Ctesias, Onesicrito, Nearco, Plinio, Séneca, Aristóteles y otros (1).

La duracion del dia podia muy bien facilitar algunas nociones respecto á las distancias en nuestro globo; y á la penetracion del Almirante no se ocultarian las observaciones consiguientes para subordinar la rotacion del mundo ó la carrera del sol, á lo que exigian sus deseos. Por esto, desentendiéndose con frecuencia de todo aquello que pudiera retraerle de llevarlos á cabo, arrojaba los testos antiguos y se empapaba en la nueva ciencia de Alfergan, acortando algunos grados á cada una de las veinte y cuatro horas de Ptolomeo: de Raimundo Lulio aceptaba el sistéma de las mareas, dando por supuesto que el desconocido continente, en que se apoyaba del arco de mar el estremo opuesto al ya conocido, no podia ser otro que el de la India. Y para que sus cálculos no se apartasen de lo justo, y girasen constantes en el círculo de lo posible, acogia con religiosa veneracion el relato contenido en el pergamino del P. Fray Juan Bosco, denunciando la *Isla de San Brandano:* creia en la de *las Siete Ciudades* edificadas por los siete obispos fugitivos de nuestro continente, como creian todos los marineros de su tiempo, sin embargo de que ninguno la habia siquiera divisado; y por no disentir de cuanto en aquella época se rectificaba respecto á la geografía, acababan por satisfacer su voluntad la curiosa relacion que hace Marco Polo de las islas de *Cipango* y *Antilla,* y los treinta años que empleó Mendeville en su espedicion á lo mas Oriental del mundo conocido (2).

Si materializando la cuestion tanto como es conveniente á la verdad de los hechos, la juzgamos matemáticamente, ¿hallaremos algo de estraño en que el Almirante, cuando hablaba de ella, lo hiciese con toda la seguridad de que pudiera hallarse convencido quien ya la hubiese prácticamente demostrado? Seguramente que no; pero tampoco debemos admirar que á los hombres mas eminentes pareciesen delirios de una imaginacion fogosa y estraviada aquellos que en realidad no eran sino el compendio de todas las ciencias físico-matemáticas, adicionadas con el talento especial del hombre que las manejaba con un atrevimiento estraño á todos los cálculos de la mas esquisita esperiencia.

Fortificado Colon con tan indestructibles razones, trató inmediatamente de

(1) *Estrabon* afirma que ninguno ha llegado con ejército hasta el fin de las Indias: *Ctesias* supone lo desconocido por aquella parte tan grande como el resto de Asia: *Onesicrito* cree que es la tercera parte de la esfera: *Nearco* supone indispensables cuatro meses de camino para atravesar aquella gran distancia: *Plinio*, menos exagerado que Onesicrito, cree que es toda la India la tercera parte del globo: *Aristóteles* sienta que es muy corta la distancia positiva desde las columnas de Hércules hasta las costas de la India, y *Séneca* afirma que, con viento favorable, puede hacerse en pocos dias semejante viaje.

(2) No podian menos de ser acogidas aquellas relaciones como positivas, puesto que existian otras anteriores: era una del rabí Benjamin ben Jonah, de Tudela, el cual habiendo salido de Zaragoza en 1173 para visitar los restos dispersos de las tribus hebreas por toda la faz de la tierra, penetró en la China y llegó hasta las islas del Sur de Asia. Tambien constaban, por relaciones propias, los viajes sucesivamente hechos de órden de Inocencio IV por los PP. Carpini y Ascellin, como embajadores apostólicos, para convertir al Gran Kham de Tartaria; y no era menos digno de fijar la atencion de los estudiosos el diario de Guillelmo Ruysbrook, que con una semejante comision habia atravesado gran parte de las regiones de Asia á mediados del siglo XIII, por órden de Luis IX de Francia. Véanse á Bergeron: *Voyages en Asie*, tomo I, y al abate Andrès en su *Historia de la Literatura*, cap. VI.

llevar á cabo el gigante pensamiento que revolvia en su mente, con admiracion de cuantos le escuchaban; pero sus recursos eran escasos para empresa tan superior; tanto mas, cuanto que contaba por necesidad absoluta la de llevar alguna fuerza para el caso probable de que en las nuevas tierras que pensaba descubrir tuviese que defender con las armas su bastimento y su persona. En tal conflicto adivinó necesaria la ayuda de algun príncipe ó potentado capaz de empeñarse en una lucha de nacion á nacion, cual pudiera temerse, para dar completa autoridad á su tránsito, estender la fé de Jesucristo, y tomar posesion de cuantos paises se encontraran fuera de la comunion social que reinaba en las naciones de Europa como lo habian practicado hasta entonces españoles y portugueses en el archipiélago Atlántico y en las dilatadas costas de Africa.

Abandonó, pues, su morada de Puerto-Santo, y regresó á Portugal con intento firme de estender los límites de su patria adoptiva, por las que se suponian mas ricas entre todas las regiones del mundo; y como sus pensamientos giraban nada mas que en la esfera de los hombres científicos, de suponer es que sus relaciones habian de cultivarse única, ó mas particularmente con los sábios que á la sazon frecuentaban aquel reino. Uno de sus amigos, Lorenzo Giraldo, natural de Florencia, le informó de como al rey don Alfonso de Portugal le habia escrito cierto maestro de grande erudicion, llamado Paulo Físico, dándole muy importantes noticias sobre la navegacion que debiera hacerse á la India, las cuales acompañaba con una carta de marear ó hidrográfica, sumamente curiosa. De suponer es que tan importante noticia no pasaria despreciada del Almirante; así fué que, sin perder tiempo, se puso en comunicacion con el citado maestro, que tambien era de Florencia, donde residia, al cual envió una esfera ejecutada por el mismo Colon para desenvolver las teorías de su plan con mayor y mas conveniente copia de argumentos. No se hizo esperar mucho tiempo la respuesta del sábio florentino, quien agradeciendo con muy corteses palabras consulta de tanto peso, repitió á Colon las propias noticias que al rey de Portugal habia comunicado, enviándole un traslado fiel de sus anteriores cartas (1).

(1) El interés de aquella comunicacion nos obliga á insertarla en esta página, como una muestra exacta del estado de la geografia é hidrografia en aquella famosa época de descubrimientos. Dice así la carta de Paulo Físico dirigida al rey de Portugal por conducto de cierto canónigo de Lisboa:

«A Francisco Martinez, canónigo de Lisboa.--Paulo Físico, salud.--Mucho me agrada saber la familiaridad que teneis con el serenísimo y magnificentísimo rey, y aunque yo he tratado muchas veces del brevísimo camino que hay de aquí á las Indias donde nacen las especerías por la via del mar, el que tengo por mas corto que el que haceis á Guinea. Ahora me decis que S. A. quisiera alguna 'eclaracion ó demostracion, para que entienda y se pueda tomar este camino; por lo cual, sabiendo yo mostrársele con la esfera en la mano, haciéndole ver cómo está el mundo, sin embargo he determinado, para mas facilidad y mayor inteligencia, mostrar el referido camino en una carta semejante á las de marear, y así se la envio á S. A. hecha y pintada de mi mano; en la cual vá pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlandia al Austro hasta el fin de Guinea, con todas las islas que están situadas en este viaje, á cuyo frente está pintada en derechura por Poniente el principio de las Indias, con los sitios y lugares por donde podreis andar y cuanto os podriais apartar del Polo Artico por la linea equinoccial y por cuánto espacio, esto es, con cuántas leguas podriais llegar á aquellos lugares fertilisimos de especeria y piedras preciosas. Y no os admireis de que llame Poniente al pais donde nace la especeria que comunmente se dice nacer en Levante, porque los que navegaren á Poniente siempre hallarán en Poniente los referidos lugares, y los que fueren por tierra á Levante, siempre los hallarán

Cuando la resolucion del Almirante no hubiese estado bastante formada, para lanzarse á la ventura caprichosa de un inmenso piélago, sin duda el contenido de aquella preciosa carta hubiera sido mas que suficiente para disponer su ánimo á mas atrevidas empresas, si mas atrevidas fuera posible imaginarlas; porque la fama del maestro Paulo Físico estaba reconocida como joya de grandes quilates por todo el mundo de las ciencias, y su opinion no podia ajustarse mas á los deseos del grande hombre que la habia consultado.

En tal concepto se disiparon los recelos, como las dudas se habian ya desvanecido; y Cristóbal Colon acometió de frente la empresa, entrando inmediata y sucesivamente en proposiciones con los príncipes á quienes supuso dignos de ella. Los que rechazaron de su lado como visionario al proyectista que les ofreciera tan copioso caudal de ciencia para aumentar el poderío de sus reinos, algunos años despues hubieran cedido la mayor parte de cuanto hasta entonces habian poseido, por la menos porcion de la gloria que conquistaron con estremada generosidad nuestros ascendientes, al secundar prácticamente las inspiraciodes del genio.

Pero la Providencia dispuso que fueran los Reyes Católicos de España los que, despues de asegurar su poderío y la independencia de Castilla contra las pretensiones de don Alonso de Portugal; despues de reunir en un solo trono las brillantes diademas que distribuian su luz á todos los ámbitos de la península Ibérica; despues, en fin, de haber peleado con heróica constancia por las escabrosidades del reino de Granada, ya venciendo en campales batallas las tostadas huestes de Mahoma, ya abatiendo en las plazas fuertes sus estrellados pendones,

en Levante. Las lineas derechas que están á lo largo en dicha carta, muestran la distancia que hay de Poniente á Levante: las oblicuas la que hay desde el Norte al Mediodia. Tambien le pintaba en dicha carta muchos lugares en las partes de las Indias donde se podrá ir sucediendo algun caso fortuito, como vientos contrarios ú otro cualquiera que no se esperase, y despues, porque quedeis plenamente informado de todo, diré lo que he averiguado. Las islas de que hemos hablado están habitadas por mercaderes que trafican en muchas naciones. Se vé en los puertos mayor número de bajeles estranjeros que en otra parte del mundo. De solo el puerto de Zañon, uno de los mas hermosos y famosos de Levante, parten todos los años mas de ciento cargados de pimienta sin contar otros que vuelven cargados de toda clase do especcria. Es grande y poblado el pais: tiene muchas provincias y muchos reinos del dominio de un príncipe solo llamado *El Gram Kam*, que es lo mismo que *rey de los reyes*: ordinariamente tiene su residencia en el Catay: sus predecesores deseaban tener comercio con los cristianos, y há doscientos años que enviaron embajadores al Papa pidiéndole maestros que los instruyesen en nuestra fé, pero no pudieron llegar à Roma, y se vieron precisados à volverse por los embarazos que hallaron en el camino. En tiempo del papa Eugenio IV vino un embajador que le aseguró el afecto que tenian á los católicos los príncipes y pueblos de su pais; estuve con él largo tiempo; me habló de la magnificencia de su rey, de los grandes rios que habia en su tierra, y que se veian doscientas ciudades con puentes de mármol, fabricadas sobre las riberas de un rio solo. El pais es bello, y nosotros debiamos haberlo descubierto por las riquezas que contiene y la cantidad de oro, plata y pedrería que podia sacarse del. Escogen para gobernadores los mas sábios, sin consideracion á la hacienda. Hallareis en un mapa que hay desde Lisboa á la famosa ciudad de Quisai, tomando el camino derecho á Poniente, veinte y seis espacios cada uno de ciento y cincuenta millas. Quisai tiene treinta y cinco leguas de ámbito; su nombre quiere decir *Ciudad del Cielo*: vénse alli diez grandes puentes de marmol sobre gruesas columnas de una estraña magnificencia; está situada en la provincia de Mango, cerca de Catay. De la isla Antilla hasta la de Cipango se cuentan diez espacios que hacen doscientos veinte y cinco. Es tan abundante en pedreria y oro que cubren los templos y los palacios reales con planchas de ello. Aun pudiera añadir muchas cosas; pero como os las he dicho, y sois prudente y de buen juicio, no creo debo repetirlas aqui. Deseo que mi carta satisfaga á S. A., á quien os ruego digais, que estoy pronto y puntual en obedecerle cuando me mande cualquiera cosa. Florencia á 25 de junio de 1474.» Esta carta fué escrita en latin asi al rey de Portugal como á Cristóbal Colon, pero nosotros hacemos uso de la traduccion castellana que estampó D. Fernando en la *Historia del Almirante*.

hasta arrojarlos á todos mas allá de las columnas de Hércules, distribuyeran tambien con desinteresado y religioso celo la luz de la razon á ignoradas regiones, donde la cultura y la civilizacion no habian logrado disipar aun las densas tinieblas del estado primitivo da la naturaleza.



CAPITULO III.

Conjeturas respecto á los primeros pasos que dió Colon para poner en práctica su pensamiento.—Proposiciones á la corte de Portugal.—Examínase el proyecto en Lisboa por una junta de hombres científicos.—Diversos pareceres.—Estraña conducta del rey don Juan II para averiguar lo mas cierto.—Venida de Colon á España.—Llega al convento de la Rábida.—Primera entrevista con el guardian Fr. Juan Perez de Marchena.—Envíase á la corte de los Reyes Católicos el proyecto de Colon.—Consúltase y resuélvese que pase á la corte el proyectista.—Preparativos y recomendaciones para el viaje de Colon á Córdoba.

En todos, ó en la mayor parte de los autores que escribieron de las cosas de Colon se advierten algunos claros de fecha á fecha, que la oficiosidad de muchos ha pretendido llenar con hechos que no sucedieron, ó no fueron conocidos, ó tal vez se equivocaron. De aquellos hay uno cuyos límites no traspasan mas que el curso de un año, á saber; desde que Colon resolvió definitivamente la realizacion de su proyecto, viniéndose de Puerto-Santo á Portugal, hasta las proposiciones que hizo á la corte de Lisboa; y este intervalo, que bien pudo ser motivado por los estudios ó trabajos preparatorios para desenvolver sus teorías ante los doctores que habrian de examinarlas, sirvió de fundamento bastante para sentar en varios libros, como hecho innegable, que Colon lo empleó en hacer un viaje á Génova, con el objeto de que fuera su patria, y no otra alguna, la que de su ciencia se aprovechase.

Es verdad que son de acreditada nota los autores que semejante opinion sostienen, por mas que en la fecha no acomoden: y aunque las modernas conjeturas hayan declarado, por conducto del sábio Washington Irving, insuficientes las pruebas que á tal aserto corresponden, bien merecen alguna consideracion las opiniones contestes de Ramusio, Pedro Mártir de Angleria, Muñoz y otros, cuyos escritos siempre han merecido entera fé en la república de las letras.

De todos modos nosotros no podemos menos de hacer notar las dificultades que se ofrecerian naturalmente á Colon para emprender tan largo viaje; porque ademas de los recursos indispensables para atravesar decorosamente la distancia

que separa ambas penínsulas, el estraordinario proyectista se hallaria embarazado para abandonar á estraños cuidados el fruto aun bastante tierno de su enlace, cuando los negros crespones de la viudez habian robado su privilegiado lugar á los puros encantos del matrimonio.

Por otra parte, no hay duda que la rectitud de Colon en todos los actos de su vida, y su buena moral necesariamente habian de conservar intacto en su ánimo el amor á la patria que el sér le diera: y nada estraño debe parecernos que en holocausto á tan sagrado objeto sacrificára una parte de sus mas tiernas afecciones, y el todo de la fortuna que hubo adquirido en el corto período de su bonanza. Lo cierto es que nada irrecusable se ha averiguado en este asunto, aun cuando mucho se pretenda probar con la ignorada existencia de Colon en el primer año despues de su vuelta al continente, y con la absoluta pobreza que le acompañaba cuando salvó la primera vez la frontera portuguesa para internarse en nuestro territorio.

Volviendo, pues, á lo mas cierto, propuso Colon con toda solemnidad su proyecto al rey de Portugal, sobradamente confiado en la proteccion que solicitaba para llevarlo á cabo desde un pais que estaba siendo, hacia muchos años, el punto de partida de todos los célebres descubrimientos. No era la córte de Lisboa lo que habia sido el palacio del infante don Enrique. El rey don Alonso habia reconcentrado todas sus miras sobre la corona de Castilla cuando tuvo lugar la guerra de sucesion que ya hemos indicado; y aunque don Juan II dió nuevo calor á la navegacion para seguir esplorando las costas del Sur, ni su amor á lo maravilloso, ni su aficion á las ciencias podian inspirarle por el proyecto de Colon el entusiasmo que sin duda el célebre infante hubiera inmediatamente concebido.

Oyólo, pues, con muestras de agrado, si bien no dejaron de asomar á la vez en su semblante algunos síntomas de tibieza que parecia desconfianza, y por cumplir con las obligaciones de monarca prudente, mas que para acometer con asiduidad la averiguacion de una cuestion tan importante, la encomendó á una junta de su consejo para que sobre ella le informase. Hubo allí diversos pareceres, como no podia menos de suceder en una época en que las ciencias seguian una senda muy distinta de la que hoy las conduce á la perfeccion rápidamente, y cada cual las interpretaba segun su conviccion, conforme á sus conocimientos, y mas que todo en armonía con los autores que habia estudiado en aquella anarquía de sistemas que se disputaban el imperio de la verdad sin adivinarla ninguno. Y aquí conviene desvanecer la severidad de la moderna censura cuando se ha ocupado de los opositores al proyecto de Colon, teniendo en cuenta no solo el estado de las ciencias naturales, sino tambien el espíritu dominante de la época: que nada tiene de estraño que los geógrafos se arrimasen á las teorías de Colon tanto como los teólogos se apartaban, por las distintas fuentes en que cada uno habia bebido sus conocimientos para figurar casi todos en el catálogo de los hombres que ilustraron grandemente los últimos años del siglo XV: y es mas sorprendente la concepcion y demostracion práctica del genio, cuanto mas sábios aparecen los incrédulos que en su orígen la impugnaron.

Para orillar las dificultades suscitadas por la libre discusion en la junta de examinandos, asistió Cristóbal Colon á la presencia de los jueces de su proyecto; tan grave en su apostura y tan elocuente en sus palabras, que al fin, aunque sin anunciar nada definitivo, se convencieron interiormennte hasta los mas incrédulos. Dióse cuenta al rey por último, despues de algunos ligeros debates, mas dirigidos á los medios de la realizacion, que á la verdad de las teorías, y don Juan II no tuvo reparo en esplotar el proyecto por los que torpes consejeros se atrevieron á indicarle.

La gigante empresa de Colon, si se comprendia tenia émulos; si se rechazaba tenia detractores: esto era lo regular porque siempre ha sucedido; pero ¿está en los límites de lo posible que un monarca, justo y digno de elogio por mas de un concepto, se asociara á la perfidia para despojar de su gloria al hombre eminente que habia dedicado toda su ciencia, todos sus intereses, todas sus afecciones á la realizacion de una empresa gigante? Esto no estaba previsto en ningun acontecimiento regular, porque á falta de conciencia religiosa, de que tanto alarde se hacia entonces, debia garantizar á Colon su propiedad científica, sino el escaso respeto que un pobre estranjero inspira, al menos la inviolabilidad de la real palabra; que de gran rey deben ser consecuentes costumbres lo infalible de monarca; lo justo y legal de legislador; y de hombre lo caballero.

Acudieron al rey los individuos de la junta, para manifestarle la posibilidad de encontrar la India por el derrotero que Colon trazaba; pero al hacerlo tuvieron gran cuidado de mezclar algunas desconfianzas, con objeto de sazonar el pensamiento que habia nacido en el ánimo de alguno de los jueces, por un esceso de patriotismo que la historia condenará siempre como inmoral y torpe. Dijeron al rey que bien pudiera suceder lo que Colon anunciaba, aun cuando sus razones no bastaran para desvirtuar los acontecimientos y nociones de tantos siglos pasados; y que si por acaso la ventura deparaba á sus vasallos el alto concepto de modificar las ciencias, por las que atesoraba un oscuro estranjero, mas justo seria que la fama de tan importante suceso recayese íntegra en lo que esclusivamente perteneciese á su corona. El rey escuchó el consejo, y lo que es mas punible, dió órden para que asi se practicase, armando al efecto una carabela que con la mayor reserva y provista de víveres en abundancia, se hizo á la vela sin que su tripulacion, escepto el capitan, supiese qué rumbo iba á tomar por la inmensidad del Océano.

Entre tanto se procuró entretener á Colon con lisonjeras esperanzas, para que de ningun modo sospechase el mal proceder que con él se estaba usando; pero el destino, que siempre se cumple en sus propias condiciones, se encargó de poner de manifiesto tanta iniquidad, apenas creible en tan elevadas personas. La carabela navegó rápidamente con rumbo á donde el sol se pone; pero siempre con la desconfianza de una tripulacion que temia engolfarse por donde la ciencia no habia penetrado. Sin embargo, el capitan era atrevido, aunque no tanto como la empresa requeria, y ¡quién sabe si la gloria de Colon se hubiera

ocultado para siempre con el descubrimiento de la Tierra-Vírgen, á no sobrevenir la tormenta que puso en confusion á los nuevos argonautas!

Arreciaron los vientos, las olas se embravecieron, y la débil carabela estuvo muy próxima á sepultarse para siempre con su secreta comision en las profundidades del ancho piélago, lo cual sin duda hubiera dejado en mejor lugar al rey D. Juan y á los que en semejante proceder le habian comprometido; pero quiso el destino que la espedicion pudiese alcanzar otra vez las playas portuguesas, y con esto se apostrofó visionario al famoso proyectista, que por su parte no pudo menos de admirar tanta falsía en personas tan respetables como debieran ser las que dirigian el consejo del monarca lusitano (1).

Desde entonces ya no volvió á pensar Colon en secundar sus proposiciones á la corte de Don Juan II: antes por el contrario, se quejó amargamente al rey del engaño que con él se habia usado, y en vano fueron las disculpas y satisfacciones que le prodigaron los reales labios. Quizá el rey Don Juan no habia quedado satisfecho del malogrado ensayo, y pretendia cautivar el ánimo de Colon desenojándole para acometer otra vez la prueba del descubrimiento con sus naturales condiciones; pero el célebre proyectista no apartó un solo instante de su agraviada mente el justo resentimiento de tan miserable accion, y á salir de Portugal se dirigieron desde aquel momento todos sus cuidados.

Hallábase á la sazon en compañia del célebre almirante, un su hermano llamado Bartolomé, hombre de vasta instruccion en el arte de navegar, y no menos resuelto para cualquiera dificil empresa. Las contínuas tareas de Cristóbal le habian persuadido de la verdad que su ciencia adivinaba, de suerte que lo que su claro entendimiento admitia sin réplica, su voz lo afirmaba con entera confianza, y su valor personal, de que estaba bien dotado, le disponia en todos tiempos á demostrarlo prácticamente lanzándose á los mares. De semejante temple necesitaba Colon hombres que apoyasen sus proposiciones; y como no era ya tiempo de permitir que los años trascurriesen sin resultados positivos, tuvo por conveniente encargar á su hermano en la corte de Inglaterra de la mision que á él iba á trasladarle al territorio de España.

(1) No fuera justo hacer pesar toda la maldad de semejante accion sobre uno de los mejores reyes que Portugal ha tenido, y por lo tanto bien será consignar aquí el nombre del obispo de Ceuta, *Cazadilla*, que fue el débil consejero á quien la historia atribuyó en su propia época la determinacion del monarca. Ni de menor cuantía habian de ser las influencias que torcieran la rectitud del rey Don Juan, cuya historia no es otra cosa que un admirable tegido de virtudes y nobleza. Por ellas mereció los renombres de *Perfecto* y *Magno* que la posteridad no puede considerar mas que como insuficiente recompensa tributada á la grata memoria del monarca que en Portugal supo centralizar el poder en sus manos, aboliendo los abusos del feudalismo: que administró recta justicia entre todas las clases y condiciones de su reino; que no vaciló jamás en dar nobles satisfacciones á aquellos de sus súbditos que se consideraban injustamente agraviados por la majestad: que premiaba á los jueces que en legal sentencia fallaban contra su persona: que jamás tuvo privado, porque lo consideraba el peor de todos los vicios que un monarca tener pudiera: que consultaba indirectamente la opinion general antes de nombrar sus ministros: que regularizó el sistema monetario en sus reinos de tal suerte, que aun hoy rige con imperceptibles variaciones: que puso coto al lujo y destruyó la avaricia: que fundó hospitales y casas de beneficencia como en el Mediodia de Europa no se habian visto, y por último, que renovando el impulso dado á la navegacion en tiempo del infante Don Enrique, descubrieron sus marineros el reino de Congo, y llegaron los primeros al Cabo de Buena-Esperanza.

Partió Bartolomé con desgraciada estrella á la gran ciudad del Támesis, porque cuentan algunos autores que en la travesía fue cautivado por unos piratas, de cuyo poder logró, con trabajo y pasado algun tiempo, emanciparse y arribar á su destino. A la vez Cristóbal, que en algunos años ninguna noticia pudo haber de su hermano, se dispuso á atravesar la frontera lusitana con el mayor sigilo, bien para evitar los estorbos que á su marcha tratara de oponer el mal aconsejado rey Don Juan, que insistia en detenerle, ó tal vez para desentenderse hasta mejores tiempos de algunas deudas que se habia visto obligado á contraer durante su última permanencia en Lisboa.

¡Cuánto padeceria en semejante caso el hombre eminente que tantas riquezas atesoraba en su imaginacion, tantas privaciones sufria en su cuerpo, y tantas desgracias contemplaba en su azarosa vida! Hallábase abandonado, escarnecido y ultrajado en un pais estranjero, sin recursos, sin amigos y sin deudos; solo en medio de la pobreza. Pero no: no estaba solo: tenia para consuelo de sus afanes aquel pedazo de su corazon que le recordaba los goces de su pasada felicidad, asi como le ponia tambien de manifiesto todo el peso de su desdicha. Don Diego era muy niño aun: no podria resistir las fatigas de un viaje en la estacion de un invierno riguroso, y sin embargo Colon no podia ni queria dejar prenda de tan subidos quilates en poder de sus detractores y enemigos. Estaba tan pobre que rayaba en miserable: ni podia evitar que las plantas de sus pies marcasen hasta su término la ruta que necesitaba emprender, ni le era posible tampoco impedir que sobre sus mal tapadas carnes llegasen á deshacerse algunos copos de la nieve que las nubes habian congelado para mejor determinar sus pasos.

Apesar de esto: el que despues habia de ser *Grande Almirante de todo el mar Océano:* el que habia de dar á la corona de Castilla un dia eterno, y al viejo continente otro nuevo donde se reprodugese todo el pasado de los tiempos primitivos: aquel genio superior, á cuya voz se habian de levantar imperios de la inmensidad de mares procelosos, y riquezas inmensas y vasto poderío para los grandes de la tierra: que habia de dar nueva vida á la navegacion, y al comercio una trascendencia incalculable, acomodó sobre sus hombros al heredero de tanta gloria, y á pié y mendigando el necesario sustento, atravesó la distancia que separa la hermosa Bética de la antigua Lusitania.

Entre los 36° 45' 38° 9' latitud y los 2° 20' 5° 18' longitud occidental del Meridiano de Madrid, al S. SO. de nuestra Península, está situada la provincia de Huelva, que compone una considerable porcion del antiguo reino de Sevilla. Formando un triángulo truncado por el N., de cuyos ángulos el del O. marca la frontera de Portugal con dicha provincia, tiene por base el Océano, en cuya costa se halla enclavado el famoso convento de la Rábida, media legua distante del mas famoso puerto de Palos.

En uno de los dias mas rigurosos que tuvo el invierno de 1484 á 85, cuando los vientos del N. O., que son los mas frecuentes en aquella parte, azotaban las toscanas paredes del convento y silbaban airados en las góticas torres de su

iglesia, preludiando la tempestad de la próxima noche, Cristóbal Colon atravesaba el nevado sendero que le conducia al convento, agobiado no menos que por el cansancio natural del camino, por el llanto desconsolador de su pobre criatura, que tenia hambre, sed y frio. A los golpes que dió á la puerta del piadoso edificio el desventurado caminante acudió el portero del convento, á quien Cristóbal Colon demandaba caridad para aquel *niñico,* en el momento en que otro religioso de mas venerable aspecto se apresuraba á ofrecérsela tan completa como en aquellas casas era costumbre.

El mas caracterizado entre ambos religiosos hubo de notar en el estranjero algunas señales características de esas que revelan el genio donde quiera que se esconde, y al contemplar el miserable porte y estraña condicion que tanto contrastaban con su augurio, no pudo menos de dar á su curiosa investigacion el giro que convenia para satisfacerla. Así, pues, vaciló poco en preguntar quién era y á dónde caminaba el hombre que tenia delante, seguro de que algun misterio encubria aquella peregrinacion tan penosa: «Soy, contestó Colon, un miserable que no tiene pan con que satisfacer el hambre de su hijo, ni agua para apagar su sed, ni vestiduras con que resguardarle del frio, y que sin embargo anda errante de reino en reino y de corte en corte, ofreciendo inmensos tesoros al monarca que quiera aceptarlos.»



La respuesta original de Colon afectó de varias maneras al guardian de la Rábida, pues otro no era el que le interrogaba; no dejó el buen guardian de creer un instante que estaba demente aquel hombre; pero los ojos de Colon brillaban con todo el entusiasmo de la verdad; su acento era firme, sus palabras moderadas y de sonora coordinacion, y sus ademanes nobles y modestos como

de quien ni se enaltece con sus pensamientos ni se abate con su desgracia. Escasos fueron los momentos que el fraile luchó con la duda, puesto que brindó inmediatamente el hospedaje que ofrecia el convento á cuantos con tan escasos recursos materiales caminaban. El viajero aceptó con el alma aquella hospitalidad que tanta falta le hacia, y la Providencia marcó con el sello de lo maravilloso el diálogo casual que acababa de tener lugar entre Cristóbal Colon y el guardian del convento de franciscanos de la Rábida, Fr. Juan Perez de Marchena.

Cuando las fuerzas perdidas en el camino se hubieron recobrado, merced á la comunidad, que se apresuró á tributar á Colon todo género de atenciones, el prior quiso escuchar de su huésped algunas esplicaciones que aclarasen sus primeras misteriosas palabras. Afortunadamente para el acontecimiento que se preparaba, el P. Marchena habia cursado las ciencias naturales, y no le fue difícil comprender las teorías de Colon, de las cuales se declaró sin vacilar ardiente partidario. Además, en el vecino puerto de Palos existia á la vez un médico, hombre de vasta erudicion y de claro entendimiento, que desvaneció en sus frecuentes entrevistas las escasas dudas que pudieran quedar en el convento respecto á la proposicion del estranjero: y como el lugar era á propósito para discusiones que á la navegacion afectasen, y dados á novedades los habitantes de aquella costa, con mas particularidad en época de tantos descubrimientos, bien pronto cundió la fama del nuevo proyecto con singular aceptacion y entera fe por toda la comarca, despertando la curiosidad de todos y dando calor á mas de una novela marítima, que el fuego de las imaginaciones meridionales hubo de purificar para que fuesen aceptadas entre el vulgo como verdaderas historias.

Entre tanto se ocupaban los Reyes Católicos en estender su señorío por el territorio que aun poseian los árabes: durante aquel año habian llevado á cabo su famosa espedicion á la vega de Granada mandada en persona por el rey Fernando, que dió al hierro y al fuego cuanto pisaron sus aguerridas huestes y alcanzaron sus victoriosas armas. Coronóse en el estío aquella brillante espedicion de cincuenta dias con la toma sucesiva de las plazas de Alora, Septenil, y otras menos considerables; pero no fueron tan dichosas las armas de los cristianos delante de Ronda, contra cuyos adarves se estrelló su pujanza aquella vez: y dejando su conquista para mejor sazon, se dispersaron las tropas á cuarteles de invierno.

Semejante contratiempo, comentado de diversas maneras en todo el reino, no causó muy buena sensacion al guardian de la Rábida, que habiéndose declarado ardiente protector de Colon, deseaba á todo trance que sus proposiciones fuesen escuchadas y admitidas por los monarcas, y creia con razon que no podrian cumplirse sus deseos bajo la influencia de un desaire tan reciente. Con todo: era íntimo amigo del reverendo P. Fr. Hernando de Talavera, prior en Valladolid del famoso convento del Prado, y recien nombrado obispo de Avila, el cual se hallaba y seguia á la sazon la corte con gran valimento entre los reyes, como que era confesor de Isabel I; y aprovechando el de la Rábida la oportunidad

de la superior dignidad á que habia sido elevado su amigo Fr. Hernando, le escribió el pláceme, intercalando en la carta las pretensiones de su huésped.

Cruzáronse como era natural algunas contestaciones dirigidas, mas que á la inmediata aplicacion del descubrimiento, á la certeza de las teorías; y para salvar las inmensas dificultades que necesariamente se ocurrieran, opinaron á la vez Fr. Juan Perez y Colon enviar un tanto desenvuelto el plan con cartas y demostraciones científicas que lo hicieran mas perceptible á los ojos de los que en él hubieran de interesarse. Con todo, era demasiado grande el pensamiento para que otro que no fuera su autor supiera esplicarlo; por lo tanto se acordó que Colon se trasladase á la corte, por haber significado semejantes deseos los reyes mismos: y á fin de que pudiera atender mas desembarazado al objeto constante de sus tareas, el guardian de la Rábida se encargó de la asistencia y educacion del niño en el propio convento.

Con esto Colon se proveyó de las necesarias recomendaciones para no tener que mendigar la atencion de sus favorecedores, y tan modesto, aunque menos miserable que á Andalucía llegara, se puso en camino para Córdoba, en donde los preparativos de la próxima campaña, correspondiente al año de 1486, habian hecho necesaria la presencia de los Reyes Católicos.



CAPITULO IV.

Llegada de Colon á Córdoba y contrarios efectos de sus primeros pasos.—Estado natural de la corte española.—Inconvenientes y viajes.—Primera audiencia: retratos de Cristóbal Colon y de los Reyes Católicos.—Conferencias en Salamanca: sus resultados.—Operaciones militares que impiden otra vez la determinacion de los reyes.—Vuelta de Colon desesperanzado al convento de la Rábida.

Llegado que hubo á Córdoba Cristóbal Colon, fue su primera diligencia buscar al recien alzado á la mitra de Avila, para cuyo prelado mas particularmente eran las recomendaciones que á la corte llevaba. No era grande la importancia que á tan superior negocio el P. Talavera habia dado por las comunicaciones hasta entonces cambiadas entre el guardian de la Rábida y su persona: sin embargo queria enterarse de viva voz para desvanecer sus escrúpulos; pero la presencia de Colon y sus argumentos, quizá por lo gigantes, causaron en su ánimo todo el efecto contrario. Era sin duda en estremo afecto á las teorías mas admitidas, y semejante innovacion en las ciencias, si no la comprendió, le pareceria imposible. A pesar de esto no desahució las pretensiones del estranjero, bien que en su pró nada procurase, y mas por atencion á la amistad que debia al P. Marchena, que por deseos de tomar parte en la cuestion propuesta, ofreció á Colon que prevendria favorablemente el ánimo de los reyes.

En esto avanzaba la época mas favorable á las operaciones de la guerra; y sea que ellas no permitieran al obispo de Avila entretener el tiempo en una causa que reprobaba su mente, ó bien porque la voluntad le inclinase á despreciarla, fue lo cierto que se levantaron de Córdoba los reales, y que ningun resultado vió posible Colon para sus negocios, en tanto que de la nueva campaña no llegase el término.

Inauguróla el rey Don Fernando con el cerco é interpresa de la ciudad de Loja; gran baluarte de moros en aquella sazon, pero que defendió mal y rindió con harta mengua el famoso Boabdil, como queriendo ensayar la mas grande humillacion que seis años adelante habia de sufrir en la rendicion de Granada. Marchando de una en otra victoria los cristianos pusieron á su devocion otros pueblos y castillos durante la campaña, en especial á Zagra, Baños, Moclin é Illora, cuyo último punto dió el rey en guarda al célebre Gonzalo de Córdova por las buenas trazas que en su ganancia se diera.

Notable circunstancia es por cierto que en el propio año en que Colon se presentó á brillar por primera vez en la corte de Castilla, ante sus reyes se distinguiera tambien por primera vez el famoso capitan de aquella época, cuyo nombre habia de resonar tan alto en las campiñas de Italia. Parece como que España á fuer de tan fecunda pretendió devolver genio por genio; pero escasa vista alcanzara quien en semejante parangon desconociese las ventajas que en ambas producciones llevó la patria de Colon á la patria nuestra: que al fin el genio italiano era el genio de las ciencias humanas, el genio de la luz, el genio de los bienes, que venia á proporcionar múltiple importancia á nuestro territorio, en tanto que el famoso Gonzalo solo el llanto, la muerte y la desolacion pudo sembrar sobre las márgenes del Garellano. Asi se cumple sin duda el destino de las naciones, como el destino de los hombres cumplirse suele: tambien la opulenta Roma en los tiempos que mas gloria alcanzaba nos enviaba sus césares y sus cónsules para arrasar nuestras campiñas y esclavizar á nuestros ascendientes, mientras estos les enseñaban en cambio el arte de navegar, y les servian de pilotos para trasladar sus gentes á las regiones de Africa, y para asegurar con ellas el nuevo imperio que al furor de los vándalos abandonó Bonifacio en el año 428 de nuestra era, y recobró Belisario un siglo mas tarde.

Alentaban las esperanzas de Colon los buenos resultados de la guerra; pero quiso su desgracia que el conde de Lemos se alzara entonces con la villa de Ponferrada, echando de su recinto á la escasa guarnicion que alli tenian los reyes, y estos para apagar aquel incendio peligroso que tanta fuerza podia quitar á sus propósitos de robustecer el poder real contra el feudalismo, tuvieron por conveniente apersonarse en el lugar de la revuelta, con lo que volvieron las cosas á su conveniente estado; y despues de rendir gracias por tantas mercedes en su gran casa compostelana al apóstol Santiago, volviéronse á reposar de tantas fatigas á la insigne Salamanca.

No desperdició Colon la favorable coincidencia que se presentaba para visi-

tar aquel famoso recinto de la sabiduría de la época, y poniéndose en camino llegó en breve á las frondosas márgenes del Tórmes. Alli tuvo ocasion de ver las ciencias en su renacimiento, desarrollándose con pasmosas proporciones para estender la luz por todas las partes del globo, sin que ninguna estuviera desatendida de cuantas, en la entonces celebrada universidad de Pavia, se enseñaban.

Corrian ya los primeros dias del año 87, de suerte que uno completo era pasado desde que Colon se procuraba en vano una audiencia de los reyes; pero esta vez no fundó sus esperanzas únicamente en el obispo de Avila, y asi fueron mas ciertos sus resultados. Andaba en la corte el Gran Cardenal de España, arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza, con tanto poder en ella por su influencia, que era apellidado vulgarmente el tercer rey de España; y como las simpatías que el estranjero inspiraba le habian proporcionado ya algunos amigos y protectores, fácil fue que el cardenal le otorgara una audiencia para escuchar su plan y esponerlo á los monarcas.

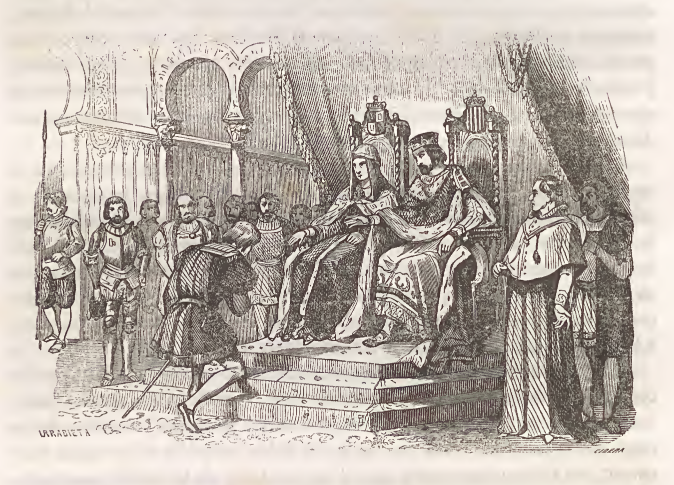
Elocuente é inspirado en sus razonamientos estuvo Colon al tratar con el arzobispo, como quien penetra la fácil comprension del que le escucha; y aunque algunas dudas tocantes á la religion se ocurrieron al cardenal durante la conferencia, no hubo dificultad en desvanecerlas incontinenti. Desde entonces comenzaron á endulzarse los sinsabores que Colon habia esperimentado en nuestra patria, bien que otros muchos le reservara aun la suerte, puesto que le fue otorgada la apetecida audiencia de los Reyes Católicos, que era á lo que todos sus afanes se habian dedicado hasta entonces.

Grande interés ofreceria á los cortesanos presentes aquella entrevista por los distintos caracteres que en ella podian observarse. Cristóbal Colon por una parte, hombre de venerable aspecto, que rayaba en los cincuenta y un años de su edad, con el pelo cano desde que los treinta habia cumplido: de agradable fisonomía, con brillantes animados ojos, á los que la luz de la verdad comunicaba simpáticos fulgores: de mas que mediana estatura y no descarnado; vestido sencillamente, pero con el decoro conveniente á quien en presencia de monarcas se pone: de noble apostura y magestuoso aspecto, propio de superior inteligencia, que si no fascinaba la atencion con la vista, cautivaba con la razon el entendimiento: elocuente en sus palabras, pero moderado en los arranques de su inspiracion, como quien desea no cerrar la puerta á la réplica de los dudosos.

Bajo régios doseles, con soberana magestad y dignamente cercados de consejeros, cortesanos y guardas, dignábanse oir al oscuro estranjero los reyes de Aragon y de Castilla, cuyas almas unidas sin duda por el amor, no lo estaban igualmente por sus tendencias y naturales afecciones gubernamentales, bien que en un solo punto concordasen; el de hacer sin tregua ni descanso la guerra á los infieles.

La reina Isabel se ostentaba señora de hermosa presencia en lo que de su rostro mostraba, que era bien poco, por lo que de honesta tenia: de estatura mediana, pero gentilmente contorneada: de amable semblante, blanca de cútis

y espresiva dulce mirada, como de natural bondadoso: de ingenio agudo y grandeza de ánimo, y por lo tanto de fácil comprension y liberal franqueza: tan dispuesta para los simples quehaceres de una dama particular, como para los negocios mas árduos de la política ó de la guerra. Resuelta en las ocasiones, y de varonil continente en las empresas. Estraña á las ambiciones mundanas, y bien contenta con lo que el amor de los castellanos le habia dado, únicamente hacia la guerra á los moros por afirmar la fé en toda la Península, sin otra ambicion que el agradecimiento de Dios y las alabanzas de sus gentes.



Bien distinta por cierto era la condicion del rey Don Fernando. Las proporciones de su cuerpo estaban en consecuente relacion con las de su alma, porque ambas eran medianas: la dureza de sus robustos miembros y su constitucion recia tambien se parecian notablemente á lo empedernido de su carácter, que si era mirado en las resoluciones, tambien era inflexible en su cumplimiento. Su aspecto era magestuoso por lo animado y penetrante de los ojos, y por lo despejado de la frente, señal segura de su vasta comprension y de su natural talento. Poseia, con efecto, la ciencia de gobernar, tal como él la entendia, de manera que ningun hombre de su época le igualaba. Pero todas sus determinaciones estaban fundadas, mas que en la gloria y rectitud de la justicia, en la ambicion del dominio y en el apego que á sus acuerdos profesaba. Algunas veces tuvo que sustentar con las armas lo que reprobaba el verdadero interés de sus pueblos, de lo cual nos enseña la historia algunos ejemplos en el establecimiento de la inquisicion, que al esceso de su piedad religiosa fue debido. Era sagaz y receloso, apegado á las rancias teorías, y como tal poco dado á las innovaciones,

aunque en las ciencias exactas estuviesen fundadas. En suma, ambos reyes simbolizaron anticipadamente los caracteres de sus dos mas notables sucesores: Isabel inaugurando la política abierta, generosa, activa y caballeresca del emperador Cárlos V: Fernando estableciendo el sistema desconfiado, violento, opaco y misterioso del rey Felipe II.

Los síntomas que asomaron en la conferencia fueron desde luego favorables á las proposiciones, por mas que el rey tratara de ocultar la satisfaccion que á sus tendencias de ilimitado dominio aquellas estaban causando; pero su desconfianza natural, alimentada por Fr. Hernando de Talavera, volvió á reconcentrar en su ánimo las antiguas máximas que respecto á la geografía imperaban entonces, y si no fue en adelante acérrimo opositor del descubrimiento, estuvo sin embargo muy próximo á destruir los incalculables bienes que á España hubo reportado. La reina por su parte oyó con placer é interés al proyectista, animándose su semblante á la par que la voz de Colon desarrollaba con mas calor el sistema de sus teorías: y aquella primera impresion se arraigó tanto mas en el ánimo de la augusta señora, cuanto mas procuró fortificarla con los claros favorables argumentos que en el asunto escuchaba frecuentemente al eminentísimo Cardenal Mendoza. Por lo demas, en los consejos de la corte fueron varias las parcialidades, y en virtud de ellas, y para dar á la cuestion todo el caracter de gravedad que en efecto merecia, se encomendó su exámen á una junta de sabios doctores en las diversas ciencias que entonces en Salamanca se cursaban.

Verificóse la reunion en una casa de campo inmediata á la ciudad, denominada de Valcuevo, propia del prior del convento de San Estéban, á cuya comunidad se habia encomendado la presidencia de aquella respetable junta. Fuéronse á ella los jueces con su espositor, para que el bullicio de la ciudad no pudiera ser fácil estorbo á la atencion que tan considerable asunto reclamaba. Allí desarrolló de nuevo Colon sus teorías, y allí hubo de sufrir con mas paciencia las réplicas de los circunstantes, siendo estas por lo regular tanto mas empeñadas cuanto mas crasa resaltaba la ignorancia de los que tan gran proyecto juzgaban quimérico. Los mas sabios entre todos los doctores allí reunidos, si no aprobaban desde luego la complicacion y novedad del espuesto proyecto, tampoco se mostraban sistemáticos opositores, contentándose con observar aquellos puntos mas dudosos ó controvertibles, y oir con religiosa atencion las fundadas respuestas en que Colon afirmaba el maravilloso resultado de sus consecuentes vigilias: que tal ha sido siempre en semejantes casos la verdadera condicion del verdadero talento. Entre los que con mas calor se manifestaron en la junta partidarios del Almirante, merece especial mencion el P. Fr. Diego de Deza, doctor religioso del órden de Santo Domingo, que á la sazon desempeñaba en la famosa universidad una cátedra de teología. Los servicios que posteriormente prestó en la corte á la causa de Colon fueron muy considerables, y á su buen juicio y bien cimentada reputacion se debió en la primera conferencia el apego que al estranjero tomaron algunos de los jueces.

Continuaba discutiéndose en repetidas juntas de aquel respetable congreso el proyecto, antes de ilustrar sobre él á los monarcas, cuando la continuacion de la guerra obligó á la corte á trasladarse al teatro de las operaciones: y como una parte considerable de los doctores, entre otros el antiguo prior del convento del Prado, hubiesen de seguirla, se interrumpieron las conferencias, y Colon tuvo de nuevo que continuar sus pretensiones á la ambulante sombra de los campamentos. Oficioso seria ocuparnos de cuántos afanes y sinsabores tuvo que padecer, que fueron muchos, durante aquellas célebres jornadas: baste decir que en ellas abandonó repetidas veces el compas de las ciencias, para embrazar la lanza del guerrero, porque no creia decoroso disfrutar ayuda de costa sin ganarla en el ejercicio á que todos se dedicaban en aquella corte belicosa: y que sus exigencias, respecto á una contestacion categórica, se perdieron mas de una vez entre el rumor de la pelea, ó en el bullicio de los festejos con que se celebraba una victoria.

Al fin, cuando por primera vez pudo escuchar el fallo de los doctores reunidos en la ciudad de las ciencias, fuele comunicado por el P. Hernando con toda la acritud que de semejantes casi enemigos labios esperaba, correspondiendo las palabras á los recelos del sabio y á las tendencias del fanático. Díjole, con efecto, el obispo de Avila que la junta habia desaprobado las proposiciones; pero que en virtud de las apariencias de verdad que envolvian algunos de los argumentos espuestos, y porque no convenia á poderosos príncipes dejar de examinar con toda madurez y quietud empresas tamañas en honra y acrecentamiento de la fé, era bien que esperase, si le placia, á la conclusion de la guerra, y entonces se tomaria en cuenta su proyecto.

El despego con que hablaba el fraile á Colon, no era ciertamente grande atractivo para que este continuara tan consecuente en la corte de los Reyes Católicos, pues era ya entrado el año de 1491, y ya hemos dicho que desde el 86 comenzára á tratar su proyecto sin interrupcion, viéndose espuesto por él á todo género de privaciones y fatigas. Sin embargo, gran conocedor como la esperiencia habia hecho á Colon de los hombres, supo hacer diferencia entre las palabras de Fr. Hernando y el verdadero mensaje de los monarcas, bien que del rey escasas bondades esperaba; y en semejante caso trató de mitigar el contrario resultado, procurándose una nueva audiencia real que despejase su especial situacion, y sirviera de norma á sus consiguientes resoluciones. Obtúvola facilmente, porque ya abogaban por su causa cerca de los monarcas, ademas del gran cardenal, el P. Deza que desempeñaba á la sazon en la corte la tutoría del príncipe D. Juan, Alonso de Quintanilla, contador mayor del reino, y otras varias personas que á la bondad de su carácter y á la elevacion de sus pensamientos se habian apegado con natural y simpático entusiasmo.

Por mas prevenidos que hubieran estado en contra del famoso proyecto los Reyes Católicos, merced á la oficiosa desconfianza del confesor de la reina, que cada vez mas lo rechazaba, no hay duda que en algo habian de tener las altas

prendas del estranjero para no despedirle descontento, siquiera en obsequio á la perseverancia que cerca de sus magestades habia demostrado. Además, que en el sitio de Málaga, en la interpresa de Baza, y en otras memorables funciones que en aquellos años tan grandemente realzaron el concepto de las armas cristianas, Colon habia aconsejado como prudente, y como hombre de valor peleado; y semejante desinteresado proceder que de lengua en lengua corria, no podia ni debia ser indiferente á tan hábiles monarcas. La reina, particularmente, por mas que la oposicion de su mal aconsejado esposo sirviera de obstáculo á sus naturales tendencias, se sentia secretamente impulsada hácia la negociacion del descubrimiento; de suerte que al dar su respuesta á Colon, tan desfavorable como el obispo Talavera se la habia ya comunicado, procuró disculparse con estremado empeño, asegurando que solo las superiores atenciones del próximo cerco de Granada, podian retardar la definitiva resolucion de sus pretensiones; pero que terminada tan perentoria empresa, con la buena fortuna que hasta entonces el cielo habia deparado á sus armas, se entablaria de nuevo el negocio, para el que aseguró se encontraba muy favorablemente dispuesta.

La nueva próroga no satisfizo á Colon tan completamente que dejara de sospechar en ella cierta embozada reprobacion que todas sus esperanzas destruia. Con todo, la aceptó resignadamente en la apariencia, como recurso de irremediable percance, y sin abandonar sus negociaciones en la corte, procuró entablarlas á la vez con alguno de los grandes potentados españoles que servian á los reyes con pompa y recursos de principales soberanos.

Entre los mas distinguidos de tales señores descollaban los duques de Medinasidonia y Medinaceli, cuyas pingües rentas y estados numerosos bien podian permitirles acometer empresas, aunque de mayor empeño que la indicada fueran (1). A ellos acudió, con efecto, el proyectista; pero el primero no era fácil á la comprension de tan altos pensamientos, y el segundo, mas feliz en lo tocante á las ciencias, no quiso esponerse al enojo de sus reyes y señores naturales. El sentimiento de Colon en semejante caso no tuvo límites: habia recibido del rey don Juan de Portugal una carta en que le invitaba á volver á Lisboa para entablar el negocio de la navegacion al O,; pero ademas de la pasada mala accion, habia otra circunstancia que ligaba al Almirante á nuestro pais, del cual no quisiera salir para realizar en otra parte sus planes; porque sobre el agradecimiento debido á los buenos oficios de sus respetables amigos en la régia comitiva, habia contraido tan íntima amistad con una muy principal señora de la ciudad de Córdoba, que de ella tenia ya á don Fernando su segundo hijo, que fue el primero y mas fiel narrador de las glorias de su padre. Sin embargo: ¿qué otro recurso mas que el de marchar á naciones no aun por él frecuentadas, le que-

(1) En el sitio de Málaga, donde Colon se distinguió repetidas veces entre los combatientes, tuvo ocasion de observar la escuadra de cien velas con que asistió el duque de Medinaceli á los Reyes Católicos en tan famosa empresa: y esto sin duda le sugeriria la idea de llevar sus pretensiones á los súbditos, cuando tan escasas esperanzas le quedaban cerca de los monarcas.

daba á un hombre que, poseido con íntima conviccion de una idea grandiosa, lucha durante seis años con todo género de entorpecimientos para realizarlos, y en el postrer dia de aquel largo período se encuentra con menos esperanza que tenia en el primero?

Dícese que á la sazon recibió tambien mensajes de los reyes de Francia y de Inglaterra; pero por mas que el propio Almirante lo haya consignado en sus cartas, permitido nos será guardar una modesta compostura respecto á la admision de tales asertos, que mas bien parecen dirigidos á robustecer las entabladas pretensiones, que á desperdiciar las nuevas halagüeñas ofertas. Lo cierto es que mustio y desconsolado, sin muestras siquiera de remota esperanza que le animase á continuar su demanda, regresó Colon al convento de la Rábida, pobre de recursos y rico de desengaños, con ánimo, segun nos refiere su hijo, de llevar sus proposiciones y su ciencia á la corte del Sena, cuya corona ceñia á la sazon las sienes de Cárlos VIII.



CAPITULO V.

Conferencias en la Rábida sobre el éxito de la negociacion.—Va á la corte el guardian Fr. Juan Perez y obtiene de la reina favorable acogida.—Nueva presentacion de Colon ante los reyes.—Rendicion de Granada.—Entáblanse las proposiciones.—Nuevas dificultades por las que Colon se resuelve á romper definitivamente con la corte de Castilla.—Buenos oficios de los amigos del proyecto y rasgos de notable desprendimiento en la corte.—Colon suspende su marcha á Francia, y se asientan las bases para el descubrimiento.—Estado marítimo y político de las naciones que mas directamente habian entendido en las proposiciones del Almirante.—Vuélvese Colon al convento de la Rábida para llevar á cabo la empresa.

La inesperada vuelta de Colon al convento causó en aquel contorno una sensacion difícil de esplicar, por la favorable acogida que en él habian tenido los cálculos del estranjero. El guardian de la Rábida, mas particularmente se afectó de una manera dolorosa, no tanto por el desaire que á sus recomendaciones se habia hecho, cuanto por la irreparable pérdida que iba á seguirse á estos reinos, en el caso de que Colon pusiese por obra su propósito de abandonarlos. Como si estuviese mal seguro de cuanto hasta allí habian penetrado en el fondo de su conviccion los razonamientos del proyectista, convocó á su sagrada casa al médico de Palos, de cuyos conocimientos tanto aprecio hacia; y para afirmar con toda seguridad la nueva determinacion que proyectaba, hizo de modo que asistiese á la conferencia el celebrado entre todos los navegantes de aquella costa, Martin Alonso Pinzon, gefe á la sazon de su ilustre familia, residente asimismo en el pueblo de Palos.

Espuestas de nuevo las teorías que tantos disgustos habian causado al que las concibiera, todos concordaron otra vez en la importancia y veracidad del negocio, llegando á tal estremo el convencimiento de Pinzon, que se ofreció á ayudarlo con toda su hacienda y su persona.

Nada mas necesitaba el P. Marchena para determinarse á pasar á la corte: estaba seguro, y en esto conformaban todos los que hasta allí habian tratado tan

singular asunto, que la reina no lo abandonaba de grado; y que á poco interés que alguno por él se tomase, sin duda lograría persuadirla á que lo admitiese y llevase á cabo por cuenta de su corona. No se engañaban por cierto los que tal conviccion tenian, y la conformidad de pensamientos favorables á las bellas disposiciones de la primera Isabel hacen, mas que argumentos notables, el elogio de sus bondades y el panegírico de sus grandes pensamientos.

Solicitado el oportuno permiso de la reina para presentarse en la corte, que inmediatamente le fue otorgado, púsose en camino el bondadoso guardian para los reales de Santa Fé, donde á la sazon estrechaban los monarcas el cerco de Granada; y tanto por su sagrado religioso carácter, tan respetado entonces en nuestra patria, cuanto por haber sido, antes que el P. Talavera, confesor de la reina, ya se deja conocer cuán fácilmente de S. M. conseguiria una particular audiencia.

No hay para qué referir con estraños colores, que nunca alcanzarian á la brillantez de los naturales, el interés con que el guardian de la Rábida habló á la augusta princesa, ponderando las inmensas magníficas consecuencias del viaje á Occidente, asi como las irreparables pérdidas que á España se seguirian si otra nacion lo practicaba. Baste decir que la reina, iluminada otra vez por los argumentos de su antiguo director, acogió el proyecto bajo su irrevocable proteccion, despidiendo al P. Marchena con la órden de que volviese Colon á la corte para arreglar definitivamente sus proposiciones; y como tanto constaba á S. M. la pobreza del estranjero y los escasos recursos con que podria de nuevo acudir á su presencia, mandó que se entregaran al guardian veinte mil maravedís en florines, que hoy valdrian tanto como dos mil y trescientos reales, para que aquel se equipase y comprase una *bestiezuela* para el viaje.

Lleno el corazon de nuevas y mas bien fundadas esperanzas, se presentó Colon en la ciudad de Santa Fé cuando espiraba el año de 1491: los reyes le recibieron de una manera tan agasajadora como hasta entonces no habia sucedido, y los inmediatos acontecimientos de la guerra tambien se presentaron favorables en estremo para que sus percances no dificultaran la realizacion de su proyecto. Con efecto, Colon se hallaba en el campo de los Reyes Católicos cuando en la ciudad de la Alhambra se sustituia el emblema de Mahoma con los castillos y leones de Isabel I y las barras de Fernando V; pero los regocijos y el entusiasmo con que por toda la monarquía se celebró tan glorioso acontecimiento, no pudieron menos de causar una pálida indiferencia al hombre cuyas conquistas no estaban limitadas nada menos que á las ricas posesiones de un vasto y desconocido hemisferio.

En tal situacion se comenzaron á discutir la reciprocidad de derechos entre la corona, por medio de sus comisionados, uno de ellos el reverendo obispo de Avila, y Cristóbal Colon, que era procurador y abogado en su propia causa. Pero no tardó mucho en interrumpirse otra vez la buena armonía que al parecer reinaba en el asunto, porque sin acordarse de la magnitud del pensamiento si á cabo se llevaba, creyeron asaz levantadas las exigencias del aventurero, que entre otras

no pretendia menos que el título de grande almirante y virey de cuantos mares y tierras descubriese, mas una décima parte de las ganancias que por su arrojo é ilustracion proporcionase á estos reinos. Entre los diputados de la corona hubo alguno que tuvo la audacia de preguntar á Colon cuál hacienda arriesgaba para exigir en su trato tan onerosas condiciones, á lo que replicó este: «Si no es bastante la ciencia que cedo y la vida que pongo, tambien ofrezco suplir la octava parte de cuantos gastos para disponer la espedicion se hagan, siempre que otra igual de las ganancias me corresponda de derecho.» Sin duda, atreviéndose á prometer caudales que no tenia, contaba con el ofrecimiento que Martin Alonso Pinzon le habia hecho en la última entrevista de la Rábida, de cuya circunstancia puede empezarse á considerar la parte de gloria que cupo á los generosos españoles en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

La desconfianza, mas que la envidia que autores suponen, hizo que de nuevo la negociacion se interrumpiese. El obispo de Avila se apresuró á manifestar á la reina cuánto era el orgullo del estranjero, que no queria ceder lo mas mínimo de lo que en el contrato reclamaba por una empresa sobrado incierta, y á sus oficios se unieron algunas palabras ambiguas del rey Fernando, siempre incrédulo y celoso de la autoridad que habia de ceder la corona, las cuales acabaron por decidir á Isabel, contra todas sus creencias, á romper la negociacion con tan siniestros auspicios entablada.

Entonces Colon, mas que nunca desesperanzado, torció las riendas á la cabalgadura que por la munificencia de la reina montaba, resuelto á salir de España con sus ilusiones perdidas, para comenzar de nuevo en otras cortes lo que tantos años y sinsabores en las de la Península Ibérica le habia costado. Pero aun le quedaban amigos cerca de Isabel, que tan pronto como se apercibieron de la partida del proyectista, se apresuraron á impetrar de S. M. toda la gracia necesaria para que tan admirable empresa no se abandonase por los mas afortunados y mas políticos monarcas que la cristiandad tenia; y á pesar de la oposicion que entonces con mayor empeño hizo el rey á la altivez del estranjero, fueron tales los argumentos empleados por Luis de Santangel, receptor que era de las rentas eclesiásticas de Aragon, por Alonso de Quintanilla, y por la ilustre marquesa de Moya, íntima amiga de la reina, que al fin la decision de Isabel se hizo irrevocable.

Cuando Fernando se apercibió del resultado positivo sobre que aquella cuestion comenzaba á girar, torció el discurso hácia la pobreza en que el tesoro se hallaba, y para mejor aniquilar la favorable acogida de la empresa, declaró solemnemente que se apartaba de ella por quimérica y onerosa á los intereses de su corona. *La de Castilla*, contestó Isabel, *la toma por su cuenta; y si las cajas del tesoro están vacías, por la bondad de Dios que en tan santas empresas nos permitió consumir nuestras rentas, ahí van mis joyas y mis galas para*

que sobre ellas tomedes aquello que darvos quieran y lo bastante con que la ida de Colon pueda facerse (1).

La mejor accion de la primera Isabel durante su tan glorioso reinado fué acogida en el concurso con todo el entusiasmo que merecia; todos se apresuraron á ofrecer cuanto poseian para rescatar lo que S. M. de empeñar trataba, y hasta el rey, que tan opuesto se mostró al pensamiento de Colon por la escasa seguridad que ofrecia, no tuvo reparo en permitir que Santangel adelantase de las reales arcas de Aragon diez y siete mil florines, con que se comenzó á proveer lo necesario para la realizacion del proyecto.

Dos leguas apenas se habia apartado Colon de la corte cuando le alcanzó el correo portador de su triunfo. Al recibir la órden de su vuelta aun llegó á pensar si nuevas dilaciones interrumpirian la realizacion de sus planes, y estuvo en poco que no se negase á comparecer otra vez ante los monarcas españoles; pero al cabo las afecciones que en nuestro suelo tenia, y las mayores dificultades que en otras naciones imaginaba, le decidieron á regresar á Santa Fé, donde la reina y sus amigos le aguardaban impacientes.

Puesta de nuevo la mano en las condiciones, Isabel no vaciló un momento en conceder á Colon cuanto en remuneracion de su gigantesco proyecto reclamaba, de suerte que, tras de escasos debates, se ajustaron y ratificaron aquellas en los términos que literales transcribimos, por lo interesante que de ellas se desprende, al considerar su atrevido objeto y sus maravillosos resultados.

CAPITULACIONES

ENTRE LOS SEÑORES REYES CATÓLICOS Y CRISTOBAL COLON. (2)

«Las cosas suplicadas é que vuestras Altezas dan é otorgan á don Cristóval Colon en alguna satisfaccion de lo que ha de descubrir en las mares océanas y del viaje que agora con el ayuda de Dios ha de hacer por ellas en servicio de vuestras Altezas, son las que siguen:

«Primeramente: que vuestras Altezas como señores que son de las dichas mares océanas, fagan desde agora al dicho don Cristóval Colon su almirante en todas aquellas islas é tierras firmes que por su mano ó industria se descubrieren ó ganaren en las dichas mares océanas para durante su vida, y despues dél muerto á sus herederos é sucesores de uno en otro perpétuamente con todas aquellas preeminencias é prerogativas pertenecientes al tal oficio é segun que don Alonso Henriquez vuestro almirante mayor de Castilla é los otros predecesores en el dicho oficio lo tenian en sus distritos.=Place á sus Altezas.=Juan de Coloma.»

(1) Cuantos autores de la reina Isabel han escrito se han estendido en justos elogios, cuando á este brillante rasgo de su vida han llegado. Nosotros manifestaríamos tambien cuánto de gratitud nos inspira, si trasmitirse pudieran al papel el silencio elocuente de la veneracion y las lágrimas del entusiasmo.

(2) Archivo general de Simancas. *Registro del Sello.*

»Otrosí: Que vuestras Altezas facen al dicho don Cristóval Colon su visorey y gobernador general en todas las dichas islas é tierras firmes que como dicho es él descubriere ó ganare en las dichas mares, é que para el regimiento de cada una y cualquier dellas faga él eleccion de tres personas para cada oficio, é que vuestras Altezas tomen y escojan uno, el que mas fuere su servicio, é así serán mejor regidas las tierras que nuestro Señor le dejara fallar é ganar á servicio de vuestras Altezas.=Place á sus Altezas.=Juan de Coloma.»

»Item: Que todas é cualquier mercadurías si quier sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especiería é otras cualquier cosas é mercadurías de cualquier especie, nombre é manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren é hobieren dentro de los límites del dicho almirantazgo, que dende agora vuestras Altezas fasen merced al dicho don Cristóval, y quieren que haya y lleve para sí la decena parte de todo ello, quitadas las costas todas que se ficieren en ello. Por manera que de lo que quedare limpio é libre haya é tome la decena parte para sí mismo é faga dello á su voluntad, quedando las otras nueve partes para vuestras Altezas.=Place á sus Altezas.=Juan de Coloma.»

»Otrosí: Que si á causa de las mercadurías que él traerá de las dichas islas y tierras que asi como dicho es se ganaren ó descubrieren ó de las que en trueque de aquellas se tomaran acá de otros mercaderes naciere pleito alguno en el logar en donde el dicho comercio é trato se terná y fará; que si por la preeminencia de su oficio de almirante le pertenecerá cognoscer de tal pleito, plega á vuestras Altezas que él ó su teniente y no otro juez cognosca de tal pleito, é así lo provean dende agora.=Place á sus altezas si pertenece al dicho oficio de almirante, segund que lo tenia el dicho almirante don Alonso Henriquez, y los otros sus antecesores en sus distritos, y siendo justo.=Juan de Coloma.» (1)

»Item: Que en todos los navíos que se armaren para el dicho trato é negociacion, cada y cuando é cuantas veces se armaren que pueda el dicho don Cris-

(1) No hay duda que en toda la baja edad al oficio de Almirante, desde su creacion, se concedieron tales prerogativas que seguramente alcanzarian en casos especiales á resolver las cuestiones correspondientes al género de que se trata en el anterior capítulo. Con todo, en las instrucciones adjuntas al título de don Alonso Henriquez que hemos visto en nuestro Depósito Hidrográfico (Coleccion diplomática) nada se dice referente al asunto en cuestion, sin duda por la escasa ó ninguna contratacion á que dedicarse pudieran las armadas reales de Castilla. Respecto á las do Aragon, cuyas comisiones altas se rozaban mas con el comercio esterior por causa del que se hacia en todo el continente con las costas orientales del Mediterráneo, sabido es que el *Consulado de Mar de Barcelona* y sus dependencias en los otros puertos de la corona, tenia á su cargo semejantes cuestiones enteramente agenas al carácter especial de Almirante. En Castilla, á donde no alcanzaba la legislacion mercantil de Aragon por los años á que nos referimos, no hay duda que serian mas ámplias las facultades, y de mayor peso, por consiguiente, el fallo del Almirante en los litigios civiles: con todo, la ley 14, título 8.º de la segunda partida nos manifiesta que, *en los puertos é en los otros logares que son ribera de la mar suelen ser puestos juzgadores ante quien vienen los de los navíos en pleito sobre el pecio dellos é sobre las cosas que echan en la mar ó sobre otra cosa cualquier..... E quando eso todo oviere catado (el judgador) en la manera que es sobre dicho, debe librar las contiendas é dar su juicio en la manera que entendiere que lo debe facer*. Con esto queda sentado que tambien para los puertos de Castilla y para los litigios mercantiles que en ellos ocurrieran habia su tribunal especial fuera de la jurisdicion del Almirante. Por lo dicho, y porque en ninguna parte volvió á esclarecerse el derecho solicitado por Colon en el párrafo cuarto de sus condiciones, es difícil saber si quedó autorizado para resolver *por sí ó por su teniente* aquellas cuestiones mercantiles que por la índole de sus descubrimientos pudieran suscitarse.

tóval Colon, si quisiere, contribuir é pagar la ochena parte de todo lo que se gastare en el armazon, é que tambien haya é lleve del provecho la ochena parte de lo que resultare de la tal armada.=Place á sus Altezas.=Juan de Coloma.»

»Son otorgados é despachados con las respuestas de vuestras Altezas en fin de cada un capítulo en la villa de Sancta Fé de la Vega de Granada á diez y siete de abril del año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y dos años.=Yo el rey.=Yo la reina.=Por mandado del Rey é de la Reina.=Juan de Coloma.=Registrada.=Calcena.»

Cuando llegamos al punto de la aceptacion definitiva de un proyecto cuya menor dificultad era la discordancia general en que se encontraba con todas las teorías hasta entonces aceptables, no podemos menos de fijar nuestra atencion en el estado marítimo y civil de cada una de las naciones que mas ó menos directamente recibieron proposiciones del coloso argonauta.

Empezando por el vecino reino de Portugal, cuya índole particular en la época de Colon no podia ser mas á propósito para la empresa, nos causa repugnancia familiarizarnos con la verdad de lo que allí sucedió, teniendo en cuenta el carácter bondadoso, justo y emprendedor de don Juan II, y la tranquilidad que disfrutaban sus estados. Sin duda que, con tan felices disposiciones, y cuando se ocupaba la marina nacional en averiguar por dónde se haria paso libre hasta la India Oriental, á los portugueses mas que á otros investigadores debiera acomodar el pensamiento de nuestro almirante; pero faltando la fé en las teorías y sobrando la doblez en los tratos, no podia menos de acontecer el hecho punible que separó á Colon del suelo portugués, hasta que lucieron los dias mas felices de sus realizadas ilusiones.

La señoría de Génova, que blasonaba de potencia marítima con visos de positivas pretensiones, tampoco aceptó las proposiciones del mas ilustre de sus hijos, á ser cierto que á ella las llevó Colon antes ó despues que en Portugal se hubieran conocido. Es verdad que su estado político no era á la sazon muy floreciente, porque hallándose, como potencia católica, en lucha abierta con los turcos, y en rivalidad agresiva con Venecia, acababa de perder algunas plazas importantes de las que poseia en la Crimea, entre ellas Caffa, que era el gran depósito de su tráfico con las naciones mas orientales de las que hasta entonces eran conocidas; y poco hay de notable en que no entrara en gigantescas estrañas empresas, nacion que para conservar lo propio se veia precisada á poner en juego todo el caudal de sus recursos.

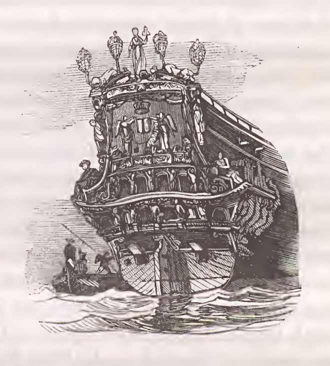
La famosa república de San Marcos, la reina del Adriático, la poética Venecia merece mayor censura si, como autores afirman, alcanzó á los oidos de su dux la voz de la ciencia marítima, y no recibió otra respuesta que la negativa de la incredulidad ó el silencio del desprecio. Con efecto: sus guerras con los turcos acababan de proporcionarla algunos triunfos que dieron por resultado una paz honrosa y bastante prolongada, y respecto al estado de su marina puede afir-

marse que era entonces tan brillante como nacion alguna lo habia alcanzado. Sus naves de guerra se paseaban, señoras, por todos los mares conocidos, y en el comercio con las demas naciones sostenia á la vez el portentoso número de tres mil trescientas cuarenta y cinco embarcaciones de todos portes, con una tripulacion de treinta y ocho mil marineros. Sus espediciones se estendian por el Océano hasta el círculo polar del Norte, y no pocas veces tocaban con sus mercancías en las posesiones mas avanzadas de las que al Sur habian ya descubierto los portugueses. En tan largos y peligrosos viajes ya se supone que serian considerables los riesgos y las pérdidas naturales que esperimentarian, de suerte que únicamente á la falta de creencia puede atribuirse que aquella potencia marítima tan floreciente y tan especuladora, rechazara las proposiciones del mas famoso marino y mejor orientado calculista del mundo.

En nada se parecia á la de nuestros dias la Inglaterra del siglo xv mas que en sus condiciones locales y topográficas. Sus costumbres estaban estragadas por los desórdenes que desde la corte se habian promovido durante largos tiempos: su espíritu era mas guerrero que mercantil por semejantes causas á las que habian destruido su moralidad, y su poder no estaba, como en el dia, basado en la importancia de sus escuadras, porque á escepcion de las discordias tenidas con Francia, á cuyo dominio habian aspirado sus reyes, todas sus guerras habian sido puramente civiles. Con todo, la muerte de Ricardo III en la batalla de Bosworfh y el advenimiento de Enrique VII á aquel trono tan ensangrentado, fueron las bases de una era bien distinta, que comenzó por asegurar á la Inglaterra en las condiciones naturales que hoy la colocan en la primera línea de las mas poderosas naciones. El nuevo monarca dió pruebas de que comprendía en alguna manera los verdaderos intereses de aquel pais, que el éxito de una batalla habia puesto á sus órdenes, porque de su reinado puede asegurarse que data el espíritu mercantil que hoy hace de la Gran Bretaña su mayor riqueza. A Enrique VII se debió la conclusion del *Gran tratado de Comercio* con los Paises Bajos, y otras medidas de gobierno tan hábiles como aquella, bastaron para dar de sus cualidades una ventajosa idea. Pero si hemos de juzgar por el tiempo y los resultados, tampoco fueron satisfactorios los que obtuvieron las proposiciones que Colon hizo á aquella corte por conducto de su hermano; de manera que, siendo España la nacion entonces menos dispuesta á las empresas marítimas, por mas que la osadía y el arrojo fueran las señales características de sus marineros, fué la única que se decidió por un proyecto que las mas prácticas en la navegacion habian rechazado; y esta observacion la aceptamos con tanto mas mérito, cuanto que ella es por sí sola bastante para acallar las murmuraciones de aquellos que nuestra cultura de entonces motejan, por los escasos opositores que el proyecto de Colon tuvo en España.

Rebosando por el semblante todo el gozo que en el corazon no cabia, dió el famoso proyectista la vuelta al convento de la Rábida, ansioso de participar á sus amigos y protectores el entusiasmo que le animaba por el éxito anhelado de sus

afanes y de su constancia. El P. Marchena, cuya fé en el proyecto habia sido el mas poderoso antemural contra la incredulidad de la corte, se deshizo en parabienes al hombre privilegiado que la Providencia habia conducido á su santa casa, no sin rendir á Dios el tributo de su reconocimiento por la parte que en el ingenioso plan le habia confiado: el médico de Palos acudió tambien á felicitar al estranjero, y los Pinzones concurrieron á ratificar sus ofrecimientos, comenzando por disponer la opinion pública en favor de un proyecto que hasta entonces habia corrido por el vulgo como el parto exagerado de una imaginacion calenturienta y trastornada.



CAPITULO VI.

Comiénzanse las disposiciones para el viaje.—Nuevas dificultades.—Toman parte personal los Pinzones y por su influjo se resuelven aquellas.—Mercedes concedidas por los Reyes Católicos á los individuos de la espedicion.—Prodigalidad con el Almirante.—Condiciones propias de las carabelas.—Su origen, usos é historia en las armadas de guerra.—Tripulacion de las que fueron al descubrimiento de América.—Dispónese el equipaje y queda embarcado y pronto á darse á la vela.

Corrian los dias intermedios de mayo cuando Colon acababa de acercarse al convento de la Rábida, lleno de alegría y rico de esperanzas. La reina le habia dado una provision firmada de su mano para que tomara en el puerto de Palos dos carabelas de las que mas seguridades para el viaje ofreciesen, y el dia 23 se leyó solemnemente la providencia real por el escribano público en la iglesia parroquial, autorizándose el acto por el alcalde y regidores, con presencia de todo el pueblo.

Las dificultades que en el acto se ofrecieron á la espedicion en nada se podian comparar con las ya vencidas; porque si estas consistian en la materialidad de los recursos pecuniarios para disponer lo indispensable á una larga navegacion, aquellas afectaban á la conviccion moral de los que á hacerla habian de arrojarse. No hay duda que el carácter aventurero de una época algo mas avanzada hubiera facilitado grandemente la resolucion de semejantes dificultades: pero entonces no era aquella circunstancia la que mas caracterizaba á los españoles, y únicamente la serenidad de Colon y el valor proverbial de nuestros ascendientes

pudieron facilitar, no sin dificultad, lo que sin tales circunstancias jamás hubiera podido realizarse.

Dícese que la villa de Palos estaba condenada á servir con dos carabelas á S. M. por término de un año, á consecuencia de cierta falta cometida por sus vecinos en el servicio público; pero ni aun asi fuera dable la ejecucion del armamento, á no repetirse las reales provisiones y á no hacerse uso de los mas rigurosos apremios contra los obligados que se manifestaban morosos. Por fortuna los Pinzones (Martin Alonso, Martin Francisco y Vicente Yañez) se decidieron á concurrir á la empresa con sus personas y una carabela de su propiedad: y por el crédito de buenos marinos que gozaban, y las relaciones de amistad y parentesco que tenian en aquella costa, no faltaron aventureros que se alistaron voluntarios para arrostrar las consecuencias de una espedicion tan peligrosa. Los reyes acordaron mercedes y franquezas á los que se inscribieron: mandáronles satisfacer el sueldo ordinario de la marina de guerra, segun las respectivas categorías, adelantando á cada uno cuatro mensualidades, y llegó tan adelante su liberalidad, que hasta mandaron suspender todos los procesos criminales que se estuviesen siguiendo contra las personas y propiedades de los individuos de la espedicion, sin que pudieran continuarse hasta dos meses despues de su tan dudosa vuelta (1). Con tales disposiciones, y al cabo de dos meses, pudiéronse tripular las tres carabelas con ciento y veinte hombres, de los cuales se contaban noventa marineros, algunos soldados, varios criados y tal cual aventurero.

Puestos en el camino de la munificencia los Reyes Católicos, no vacilaron en acrecentar las honras que el Almirante habia reclamado; de suerte que, sobre las ya estipuladas, le concedieron la merced de llamarse *Don*, como los mas principales de nuestros ricos hombres: le autorizaron con ámplios poderes en todas las jurisdiciones, como otro de su clase no habia ejercido, y finalmente, nombraron á su hijo don Diego page del príncipe don Juan, cuyo honor estaba reservado únicamente á los hijos de los mas grandes señores. Diéronle cartas y credenciales para el Gran Kan, á cuyo imperio pensaba llegar la espedicion, y otras para todos los reyes de la cristiandad á cuyos estados pudiera casualmente la fortuna conducir aquellas miserables carabelas.

Morosos fuéramos en demasía si por mas tiempo esquiváramos el dar una esplicacion exacta de aquellos bastimentos que el antiguo continente destinó desconfiado, para comunicarse por la primera vez con las ignoradas posesiones de otro tan vasto y no menos abundante en todo género de riquezas; y nuestra definicion se hace tanto mas indispensable, cuanto que el olvido de las cosas pasadas, y las pretensiones de la ignorancia presente, pueden causar distintas opiniones de las verdaderas que deben acomodarse á los recursos con que se verificó un acontecimiento tan importante.

(1) Navarrete, *Coleccion de viajes*, tomo 2.°, documentos 8 y 9.

Varias son las condiciones que autores distintos acomodan á las carabelas, bien que por ser estos muy posteriores al uso de aquellas, no pueden hacer entera fé siempre que de lo mas natural en sus definiciones se apartan. Covarrubias, que es el mas antiguo entre todos cuantos hemos consultado, no facilita á nuestras investigaciones grande luz, puesto que se concreta á decir que es un *género de navío pequeño que navega á vela*; y como la voz navío la acomoda á todo bastimento, resulta que por sus palabras no se puede inferir ni siquiera la capacidad aproximada de la carabela. El P. Terreros la define asi: *Embarcacion redonda en forma de galera, con la popa cuadrada y fácil para el manejo*, sin que mayor luz nos faciliten, respecto á la construccion, tan moderadas esplicaciones. Mas esplícito el diccionario de nuestra Academia se aproxima en mayor escala á nuestras investigaciones, puesto que á él ciñéndonos, se aprende que la carabela es una *embarcacion larga y angosta, de una cubierta, con un espolon á la proa; tiene tres mástiles casi iguales con tres vergas muy largas, en cada una de las cuales se pone una vela latina* (1). Y terminando el exámen de los diccionarios, nos haremos cargo de lo que dice el *Marítimo Español* en lo correspondiente al bastimento de que nos ocupamos: su testo es el producto de profundas investigaciones, y por lo tanto á su letra habremos de apegarnos en gran manera. *Carabela, dice: embarcacion larga y angosta con tres palos sin cofas, una sola cubierta*; *espolon ó proa, popa llana y velas latinas. Segun alguno de los diccionarios que se han tenido á la vista, es una barca pescadora de la costa de Normandía.* Tambien hay conocimientos positivos del navío á que los africanos asi llamaban, el cual era cierto bastimento de guerra turco, muy *alteroso* y mal construido; y por lo que hace á las *carabelas de Tunez* que en los siglos anteriores eran muy conocidas de nuestros marinos, se sabe que eran de porte de trescientas toneladas, que llevaban aparejo redondo, y que solian montar hasta cuarenta piezas de artillería (2).

Apartándonos, despues de lo dicho, de lo que en tal cuestion los diccionarios nos enseñan, tomaremos de los documentos inéditos y libros impresos que tenemos á la vista cuanto cumpla, á fin de ilustrar todo lo posible el exámen que vamos haciendo. Servirémonos en primer lugar de una carta de D. García de Toledo, fecha en Génova á 23 de diciembre de 1572, y dirigida á don Juan de Austria como capitan general de las fuerzas navales, en la que se estienden sus consideraciones respecto al mejor sistema de hacer la guerra á las escuadras de Turquía. En ella combate como peligrosa é inconducente la compañía de las *naves* en las armadas de galeras, por sus condiciones de construccion y por la dificultad de sus movimientos. «Yo querria, dice, navíos que en una necesidad los pudiera remolcar fácilmente y llegarse con ellos al enemigo, y estos no veo yo ningunos mas aptos que *carabelas de Portugal*, porque demas de ser ligeras son

(1) En este caso serian entenas mejor que vergas.
(2) Veitia, *Norte de la Contratacion*

grandes veleras y muy aparejadas para meneallas de una parte á otra sin confusion ni embarazo; y llevándolas por popa despues de embestir, pueden servir para tres cosas: la una que con sus propias barcas haciéndose remolcar dellas se pueden poner ellas mismas en medio de los enemigos: la segunda guardan la popa que los turcos no osen ni puedan venir á embestir por ella, porque hallarán quien los castigue: la tercera, cuando para estas dos cosas no aprovecharen pueden meter siempre jente de refresco y socorrer á las galeras que las tuviesen de popa. Son navíos muy bien artillados, mas provechosos á mi juicio y mucho mas baratos...»

Despréndese de esta carta con hartas pruebas la condicion que alcanzaron las carabelas en el siglo xvi, que fué la época en que mas se usaron en todas las marinas de nuestro continente; pero no por ella hemos de juzgar tan ventajosas aquellas en que Colon se lanzó al Océano, cuando otros comprobantes mas exactos destruyen en estas la bondad de las de Túnez y de Portugal á que hasta ahora nos hemos referido. Las que sirvieron para descubrir el Nuevo Mundo no eran tan largas y angostas como el *Diccionario Marítimo Español* pretende, ni tan redondas como el P. Terreros equivocadamente dice: su buque era de muy escasas dimensiones, como que mas conexion tenian con las barcas pescadoras de Normandía que con las carabelas africanas, y su porte no ascendia en la mayor de sesenta toneladas, siendo las otras de cuarenta (1). El célebre Pedro Mártir dice que únicamente una de aquellas carabelas tenia cubierta (2) y el ilustrado Washington Irving refiriéndose á varias estampas y pinturas de la época que pudo examinar, asegura que eran unas ligeras barcas, no superiores á los buques de rio y costas de nuestro tiempo: que eran abiertas y sin cubierta, altas de proa y popa, lo cual equivale á lo *alteroso* del bastimento de guerra turco que igual nombre llevaba, con castillos y cámara en dichos estremos para que la tripulacion se resguardara de las inclemencias del tiempo (3).

En el Museo Naval se custodia únicamente un cuadro donde se pudieran estudiar las condiciones de las carabelas, si la exactitud de la investigacion hubiera correspondido á las bellezas de la pintura; pero en nada pueden tenerse ni las proporciones del buque, ni las circunstancias del aparejo, cuando se oponen en un todo á lo que hemos visto consignado, con mas ó menos estension, en verídicos ya citados autores. Con efecto: las carabelas pintadas en el cuadro del Museo Naval que representa la flotilla de Cristobal Colon en el acto de descubrir el Nuevo Mundo, sobre ser de mayor buque y no menos exageradas en lo *alteroso* que las de Turquía, enseñan hasta tres baterías por banda, lo cual equivale á suponer que tenian tres puentes; y tiene cada una cuatro mástiles ademas del baupres, circunstancia que muy pocas veces caracterizó aun á las naves de mas

(1) Navarrete, *Viajes de Colon*, tomo 1.º
(2) Decada 1, lib. 2.
(3) Vida y viajes de Colon, t. 1.º

alto bordo: ni dichos mástiles eran tampoco de las condiciones con que allí están pintados, puesto que los de las verdaderas carabelas no tenian ningun género de masteleros. Es cierto que para destruir toda la verdad histórica que pudiera acomodarse á las carabelas pintadas en el Museo Naval, bastaria observar que ostentan el pabellon nacional con los colores que hoy se usan, cuando tan sabido es que el orígen de estos en nuestras banderas no es anterior á los últimos años del siglo XVIII; y que entre el pendon morado de Castilla que entonces se usaba, y la bandera actual, dieron sombra á nuestros ejércitos y armadas, en fondo blanco las cruces de Borgoña. Con esto, y con advertir de paso que el generoso pintor á cuyo desprendimiento debe el Museo Naval el cuadro en cuestion, se sirvió, para el testo esplicativo, de la traduccion de la Historia de América de Robertson, cuando tantos autores nacionales pudo consultar que mejor le ilustrasen, fácil será comprender que en la composicion de su obra tuvo mas parte que el estudio, la fantasía.

Cuando no fueran suficientes las pruebas amontonadas para destruir lo nocivo á la verdad histórica que en esta cuestion se requiere, bastaria en nuestro concepto la última y mas autorizada entre todas por las circunstancias especiales que la caracterizan. Consiste esta en un plano que de las costas descubiertas por el almirante hizo el piloto Juan de la Cosa, que le acompañó en su segundo viaje, cuyo plano parece que existe original en París, y de él hay una copia en nuestra secretaría de Estado. Como principales agentes del descubrimiento, no se descuidó el diestro piloto en consignar en su dibujo la figura de las carabelas, cuyas condiciones pueden contemplarse en la viñeta que se advierte al frente del libro primero de esta obra, puesto que las alli dibujadas son exactamente iguales á las que nosotros hemos copiado, y coinciden perfectamente con la definicion que de ellas hacen los mas bien orientados autores. Tambien estan en armonía su porte y dimensiones, asi como su construccion y aparejo, con lo que hemos compulsado en una contrata que tenemos á la vista correspondiente al archivo de Mallorca, y que tiene la fecha del año 1397.

Despues de todo lo dicho respecto á la condicion de tales bastimentos, bueno será ocuparnos de su orígen, usos y estincion en las armadas de nuestra marina. La etimología de la palabra carabela es griega, significando como eran en efecto navíos pequeños que navegaban únicamente con vela. Comenzóse su uso en los primeros años del siglo XIV, y fueron muy comunes, primero en el Archipiélago y estendiéndose por el Mediterráneo, hasta que en el propio siglo se hicieron generales para el comercio de las costas de Andalucía y portuguesas. Al sitio de Algeciras, año 1342, concurrieron algunas en las flotas que los moros aproximaron á España conduciendo cada una hasta cincuenta caballos, lo cual supone que sus dimensiones se desarrollaron entre los moros mas que en nacion alguna (1). En el descubrimiento, conquista y comercio de las islas Canarias tambien representaron un papel muy activo, así como en las investigaciones que hácia el Sur ve-

(1) Crónica de don Alfonso XI, cap. 323.

rificaban los portugueses en el siglo XV. En España puede decirse que jamás se aceptaron como de órden en la marina de guerra, á pesar de las indicaciones mas ó menos acertadas de don García de Toledo á don Juan de Austria, y que volvieron á servir escasamente en la travesía del Nuevo Mundo, á proporcion que se fueron considerando con mas detencion las dificultades y peligros del viaje. Por lo demas, su uso en general se perdió á últimos del siglo XVI, por mas que en algunas naciones de las mas meridionales de Africa todavía se usen, aunque muy distintas en todos conceptos de las primitivas carabelas.

Tripuláronse las que fueron al descubrimiento de América con los ciento veinte aventureros que á tan famosa espedicion quisieron arriesgarse: entre los hombres de guerra se tuvo cuidado de repartir el número mayor de armas de fuego, y ademas se montaron algunas piezas de artillería. De víveres se proveyeron todas para un año, y no se olvidaron las jarcias, velas y aparejos de respeto, bien que en tan escasa proporcion como lo escaso de cada buque permitia. El Almirante montó la mayor de las tres carabelas, sirviéndola en rigor de capitan y piloto aun cuando acomodó á su lado las personas correspondientes de ambas categorías: púsola por nombre *Santa María*, y en ella izó el pabellon nacional como distintivo de su elevada clase. Bautizó á la segunda con el nombre de *La Pinta* y la dió en mando á Martin Alonso Pinzon, que eligió para piloto á su hermano Martin Francisco; y finalmente en la tercera, que llamó *La Niña*, puso por capitan á Vicente Yañez, tambien con su respectivo piloto que se llamaba Per Alonso Niño; y aunque esta no estuviese como las otras dos aparejada con velas cuadradas, porque en la travesía á las islas Canarias hubo ocasion de observar los inconvenientes que del contraste resultaban, tuvo gran cuidado el Almirante de igualarla con las otras dos, antes de engolfarse por los mares desconocidos. Asi en *La Niña* como en *La Pinta* se enarboló una bandera blanca con una cruz verde, debajo de cuyos brazos se distinguian, verdes tambien y coronadas, las letras F. Y. como lema ó distintivo de la empresa. Ademas de los dichos se embarcaron otros dos pilotos, Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan, y fueron asimismo por veedor general de la armada Rodrigo Sanchez de Segovia, por alguacil mayor Diego de Arana, y Rodrigo de Escobedo por escribano: un médico llamado Maestre Alonso, y un cirujano, Maestre Juan, sin que nos pueda constar ninguno de los correspondientes apellidos.

Distribuidas las atribuciones, señaladas las órdenes y repartidas las fuerzas cuando ya nada faltaba á la espedicion mas que darse á la vela, el Almirante con fervoroso recogimiento y contrita intencion se postró ante el prior de la Rábida, su mas celoso protector, para descargar su conciencia con la confesion y arrepentimiento de sus pecados. A su ejemplo hizo lo mismo todo el equipage, y los PP. del convento gustaron la satisfaccion de ver penitentes á sus pies á los hombres mas animosos que jamás se hayan imaginado, disponiendo sus almas para acometer tranquilos una empresa superior á los conocimientos de la ciencia.

Terminado aquel acto de religiosa piedad, otro mas tierno aun esperaba á los

animosos argonautas, cuya abnegacion rayaba en lo sublime. Los ancianos padres bañaban con lágrimas de dolor el rostro de sus queridos hijos, cuya determinacion apenas acertaban: las tiernas esposas renunciaban para siempre con lúgubre desmayo los puros encantos de su acendrado amor, y los hijos menos sensibles á tan aventurada fatalidad, tambien soltaban al aire sus débiles lamentos; pero nada fué capaz de contener el arrojo de los satélites de Colon, aun cuando muy pocos adivinaban la secreta ciencia del hombre prodigioso; y tan serenos como se alzaron de los pies del confesor se desprendieron de los amantes brazos de sus mas caros objetos. Si tanta abnegacion, en hombres que á la espedicion marchaban voluntarios, no es digna de los mayores elogios que accion alguna merezca, dígannos con la voz de la razon desnuda de ruines pasiones los que mas pretendan, en qué consiste el verdadero heroismo.





CAPITULO VII.

Hácese á la vela la espedicion el dia 3 de agosto de 1492.—Acuerdos y señales.—Consideraciones sobre los motivos del viaje é influencia del descubrimiento.—Avería de la Pinta.—Arribo de esta carabela á la Gran Canaria y continuacion del Almirante con las otras dos á la Gomera.—Inútiles pretensiones de adquirir un nuevo buque para reemplazar La Niña.—Mejóranse las condiciones de esta, y con la almiranta vuélvese á la Gran Canaria.—Sale de nuevo al mar la flotilla completa y hace escala en la Gomera para tomar provisiones.—Siniestras noticias que se reciben en esta isla y efectos probables que causaron á la tripulacion de las carabelas.—Rectificacion de varios errores que circulan como verdades históricas.

Viernes á 3 de agosto de 1492, media hora antes de que el sol esparciera sus rayos sobre las costas meridionales de nuestra Península, despidiéronse de la barra de Saltes las tres carabelas, ofreciendo todo su trapo á merced de un viento favorable que las impelia suavemente con rumbo á las islas Canarias. En estas se habia propuesto Colon completar sus provisiones de leña y agua, mas bien con el objeto de facilitar algun reposo á los restos de escasa timidez que aun pudiera abrigar el atrevido equipage de las carabelas, que por la necesidad de una renovacion de víveres en tan corta travesía. Los habitantes de Palos saludaron con sus palabras y acciones á la tripulacion hasta que en un dilatado horizonte se ocultaron á la vista los bastimentos y conductores; despues algunas lágrimas, impelidas por las corrientes del rio Odiel que la barra de Saltes forma á manera de isla en frente de Huelva, pudieron recordar á los intrépidos marinos cuánto de sus corazones dejaban en la tierra que, antes de soltarlos, como á inconsolables náufragos perdidos los lloraba.

Por demas fuera querer manifestar la satisfaccion del Almirante al verse ya surcando las olas del ancho piélago que á su investigacion comenzaba á subordinarse, despues de tantos años de afanes y zozobras: baste decir que inmediatamente de fijar el rumbo de la navegacion y acordar las señales respectivas, segun las que entonces usaba la marina de Castilla en los diferentes casos de su insti-

tuto (1), comenzó á escribir un diario razonado y en estremo minucioso de todo cuanto habia de sucederle en aquel famoso viaje, que á juzgar por el calor de su fantasía, habia de ser mucho mas de lo que en realidad aconteció, no obstante de ser mucho menos lo que hipotéticamente en el terreno de la ciencia geográfica el mismo Colon esperaba.

Contaba, con efecto, alcanzar en su espedicion lo mas remoto de los mares orientales, aportando á las costas de Asia, despues de hacer escala en la famosa isla de Cipango (el Japon), cuya situacion avanzaba en sus cálculos algunas mil leguas demasiado hácia el Oriente, colocándole en las condiciones cosmográficas

(1) En las instrucciones adjuntas al título de almirante que hemos citado en otra nota anterior, hay copia de ciertas ordenanzas hechas para el buen régimen de su armada por el muy generoso señor don Fadrique, almirante mayor de Castilla por los años de 1430; y de ellas tomamos para consignar aquí los capítulos quo hacen referencia á las señales con que se entendian las embarcaciones de guerra para comunicarse. *Capítulo III: Que fabla por qué señales conoscerán que quiere mudar las velas la galea del almirante.*--Otrosí: Yendo las galeas de noche á remos é vieren en la galea del almirante dos lanternas entiendan que quiere faser vela del *artimon* (palo de mesana) é si vieren una entiendan que quiere faser vela del *bastardo* (palo mayor), é yendo de noche con el artimon é vieren en la galea del almirante dos lanternas, é tirarse la una, é la otra estoviere firme, entiendan que quiere tirar el artimon é poner el bastardo; é si fuere con el bastardo é alzare una lanterna é despues otra, é las toviere firmes ambas entiendan que quiere tirar el bastardo é poner el artimon. E yendo las galeas á velas é vieren en la galea del almirante dos lanternas juntas la una alta é la otra baja entiendan que quiere mudar, é cada una galea responda con una lanterna é tengala firme fasta que haya mudado, porque aguarden de empadejarso las unas con las otras.--*Capítulo IIII: Que fabla por qué señales conoscerán que llama el señor almirante á consejo.*--Otrosí: cuando en la galea del almirante vieren una lanterna á media galea así á remos como á velas entiendan que llama á consejo é vengan todas las galeas una á una en tal manera que no se empachen con la galea del almirante ni las unas con las otras; é despues que hobieren fablado tírense afuera para dar lugar á las otras; é estando las galeas al ancla é viendo una bandera á media galea como dicho es entiendan que llama á consejo, é venga cada patron con su cómitre en su *copano* (bote) á la galea del almirante; é esto mesmo fagan todos los maestres de las naos que estovieren é podieren venir al dicho consejo.--*Capítulo V: Que fabla de las señas que verán en la galea del almirante en tiempo forzoso.*--Otrosí: acaesciendo á las galeas un tiempo forzoso do noche é vieren en la galea del almirante una lanterna cerca del *faraon* (faro ó fanal) todas las otras galeas pongan cada una la suya é ténganla firmes toda la noche porque se guarden las unas de las otras.--*Capítulo VI: Que fabla de la señal que verán en la galea del almirante cuando corriere á árbol seco.*--Otrosí: siendo el tiempo tan forzoso porque non pudieren mantener velas ó por non poder aver puerto é vieren en la galea del almirante tres lanternas al pié de la vara del pendon real la una sobre la otra, entiendan que non levan vela ninguna é corren árbol seco.--*Capítulo VII: Que fabla de las señales que deben faser en la galea que fallecieren los aparejos é le vinier alguna ocasion.*--Otrosí: falleseiendo algunos aparejos á cualquier galea ó otra ocasion. alze dos lanternas, la una alzada é la otra abajada, é las dos galeas mas cercanas tornen sobre ella é que la acorran é todas las otras galeas que amainen é tornen sobre ella. E si esto acaesciere do dia que alcen el pendon real é téngalo firme fasta que aya acorro.--*Capítulo VIII: Que fabla de la señal que farán en la galea del almirante cuando quisiere posar.*--Otrosí: si por aventura acaesciero que el almirante quisiere posar de noche en algun puerto é lugar cualquier quo fuese, con cualquier tiempo veniendo de velas ó á remos, é vieren dos lanternas en la galea del almirante, la una á popa é la otra á proa, entiendan las otras galeas que quiere posar. E estando posado el ancla el almirante é queriéndose levantar é fuere tal tiempo quo non podieren oir la tormenta, é vieren dos lanternas en la galea del almirante en popa juntas, entiendan que se quiere levantar.--*Capítulo IX: Que fabla de las señales que farán las galeas cuando fisiere niebla*--Otrosí: si por abentura se levantase niebla de noche ó de dia quo non se vean las unas galeas á las otras, si en la galea del almiranto tocaren la trompeta, que todas las otras galeas que tovieren trompetas tangan las suyas porque se guarden las unas á las otras.--*Capítulo XV: Que fabla qué señas debe faser la galea que viere flota de enemigos.*--Otrosí: cualquier galea que estoviere á la guarda é viere flota de enemigos, é si fuere tanta que se non pudiere contar, vengase para el almirante con el pendon real alto; é non sea osado de decir las nuevas á ninguno fasta que las diga al señor almirante. E si fueren dos galeas á la guarda é vieren pocos navíos de naos é barchas, la una galea siga los navíos é la otra galea véngase para el almirante con una bandera en proa etc.» Todas las demas señales de quo tratan dichas instrucciones se refieren á los casos de combate, y por lo tanto aqui se omiten, ya que ningun hecho de armas caracterizó la espedicion del famoso primer almiranto de las Indias Occidentales.

conque se halla situada la Florida. Se contemplaba ya dichoso posesor de aquellos inmensos tesoros, que fantásticos viajeros habian inventado al describir jaspeados puentes, montañas de perlas y palacios de oro, y remontando el vuelo hasta la morada de eterna salud, veia la mano de Dios como por su conducto tocaba en los corazones de razas enteras para destruir los errores de la falsa idolatría. Pero en su arrebato no adivinaba pura y exacta la verdad, que por mas que declinase un tanto en la brillantez de las pretendidas riquezas, alcanzaba sin duda mayores quilates en la balanza de la humanidad y en las especulaciones del comercio (1).

La India, como entonces se llamaban las partes de Asia á que Colon se dirigia, no pasaba de ser un pais mas ó menos abierto al escrutinio de las ciencias naturales que ya lo conocian, y sus producciones se estendian por todo el viejo continente, sin duda por las que hoy podemos llamar mas fáciles vias de comercio, merced á los adelantos que en los recursos de la comunicacion se han hecho desde entonces. De suerte que, si al descubrimiento de un nuevo camino á las costas mas orientales de Asia hubiesen quedado reducidas las investigaciones del nuevo argonauta, sin duda que la fama de Colon seria tan efímera como su descubrimiento, por mas que durante algunos siglos hubiese reportado considerables ventajas á las especulaciones materiales de los hombres. Pero ¿seria bien, haciendo exactas comparaciones, graduar en igual escala el éxito calculado de la espedicion, con el que verdaderamente llegó á verificarse? Sin duda que injustos fuéramos si tal hipótesis afirmáramos, no solo con los adelantos que al influjo

(1) Tenemos á la vista el prólogo que Colon escribió al frente de su minucioso diario, y con solo estampar aquí algunas de sus cláusulas robusteceremos completamente la idea innegable de quo aquel famoso marino ni siquiera preveia que un nuevo mundo pudiera existir enclavado en la distancia que separa los límites opuestos del ya entonces conocido: es verdad que en tal ignorancia permaneció hasta el último de sus dias, puesto que ni Colon ni hombre alguno de sus contemporáneos sospecharon que dejasen do ser las islas avanzadas de las costas de Asia aquellas descubiertas, hasta despues que el Almirante habia pasado á mejor vida. Las cláusulas notables del prólogo á que aludimos son las siguientes: *Y luego en aquel propio mes* (el de enero do 1492) *por la informacion que yo habia dado á vuestras Altezas de las tierras de Indias, y de un príncipe llamado Gran Can, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes, como muchas veces él y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir doctores en nuestra Sante Fé, y que le enseñasen en ella porque nunca el Santo Padre le habia proveido, y se perdian tantos pueblos creyendo en idolatrías, é rescibiendo en sí sectas de perdicion, vuestras Altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la Santa Fé cristiana y acrecentadores della, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y heregías, pensaron de enviarme á mí Cristóval Colon á las dichas partidas de India, para ver los dichos príncipes, y los pueblos y tierras, y la disposicion dellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversion dellas á nuestra Santa Fé: y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fé que haya pasado nadie...... y partí del dicho puerto* (de Palos) *muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, á tres dias del mes de agosto de dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de vuestras Altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase á las Indias, y dar la embajada de vuestras Altezas á aquellos príncipes, y cumplir lo que asi me habian mandado..... etc.* (Navarrete, Coleccion de viajes, tomo 1.°, p. 1.) Si se tiene en cuenta la carta que á Colon remitió el maestro Paulo Físico cuando comenzaba á germinar en la imaginacion de aquel su gigante empresa, veremos con cuán ciega confianza admitió Colon los errores del sabio florentino, al consignarlos compendiados tan exactamente en el prólogo de su diario.

de tan famoso acontecimiento se debe en el terreno de las ciencias, sino por lo que de rico y nuevo ofreció al comercio del viejo continente un mundo desconocido. Colon se propuso estender las relaciones de la corona de Castilla, dándola una influencia que no tenia en apartadas pero ya conocidas regiones, y la Providencia parece que quiso recompensar la generosidad de Isabel y el arrojo de sus súbditos, regalando á España un nuevo, rico y vastísimo hemisferio. ¡Lástima es, por cierto, que de aquel don celestial hayan hecho tan detestable uso la general codicia y las particulares ambiciones! (1)

Con las proas al Sud-Oeste caminó viento en popa la flotilla sin que ningun acontecimiento notable pudiese turbar el contento de su tripulacion durante los tres primeros dias; pero al cuarto, que se contaba 6 de agosto, por la mañana hizo la Pinta la correspondiente señal de avería, y aunque las otras dos carabelas pretendieron acercarse para socorrerla, un viento duro que en el momento las empujaba, y alguna inquietud peligrosa en que la mar se iba poniendo, no las permitieron mas que acortar algo las velas, á fin de no apartarse mucho del bastimento averiado. Por fortuna era notablemente diestro el capitan de la Pinta, de los Pinzones, Martin Alonso, y á sus prácticos oficios se debió el nuevo empalme del timon cuyos goznes un golpe de mar habia roto y desenclavado. Es verdad que tomando mayores proporciones el temporal obró de nuevo sobre tan frágil

(1) Sin que pretendamos envolver en tan amarga censura los mismos injustos cargos con que autores estranjeros se entretienen constantes en infamar la memoria siempre gloriosa de los primeros descubridores, no podemos, sin embargo, dejar de lamentar los escesos de algunos corazones depravados que siempre se alimentan donde quiera que hombres habiten, como si la justicia sobrenatural los hubiera sembrado en el mundo para castigo y azote del género humano. No hay duda que á las miras humanitarias y benéficos procederes de Cristóbal Colon con los indígenas del Nuevo-Mundo, correspondieron muy pocos de los soldados que á la toma de posesion asistieron en lo pacífico, y á la conquista en lo que trató de conservarse independiente; antes por el contrario, provocaron en ocasiones resistencias no imaginadas por los naturales, que por su índole sencilla y por la superioridad celestial que á sus huéspedes atribuian, jamás se hubieran atrevido de motu propio y sin causa agravante á provocar desiguales combates. De aquí resultaron con frecuencia sangrientas escenas en que la inculta sencillez de la naturaleza hubo de luchar con los adelantos de muchos siglos cursados por los invasores en la escuela de porfiadas guerras, dando siempre un éxito tan contrario á la razon como favorable á los adelantos de la civilizacion general del mundo; bien que sin los escesos de nuestros soldados se hubieran obtenido iguales resultados, particularmente en las Antillas, sin la efusion de sangre que en tanta abundancia llegó á derramarse. En el curso de nuestra obra tendremos, por desgracia, repetidas ocasiones de condenar imprudentes atropellos con que el deleite ó la codicia quisieron cebarse, facilitándose con la desolacion de pueblos enteros, el odio de los indígenas y la execracion del mundo civilizado. La causa de la justicia y de la humanidad no han de tener precision de acudir á estraños autores para motejar la conducta de groseras soldadescas, ni tan indispensables se han de hacer los cargos de nuestros émulos cuando en causa propia condenamos la ley del mas fuerte; no como primeros apóstoles de la razon en el terreno de españoles procederes, sino como justos continuadores de otros publicistas, españoles tambien, que al sustentar el controvertible principio de adquiridos derechos, no se olvidaron como buenos de condenar los crímenes en nombre de esos mismos derechos consumados. Si como estranjero quisiéramos repudiar, que tal no haremos, al mismo Colon, que empezó á condenar los escesos de nuestras gentes por lo que su política torcian, no podremos decir lo mismo de su hijo don Diego, de Las Casas, de Bernal Diaz del Castillo, de Gonzalo de Oviedo, y otros muchos que habiendo nacido en España, no tuvieron reparo en censurar el proceder de españoles hermanos suyos tanto como pudiera haberse motejado en Inglaterra ó en Francia, por ejemplo, bien que sin la acrimonia y siniestra intencion de britanos ó franceses. El último de los autores citados, á propósito dice en su *Historia Natural de Indias*, capitulo X de tierra firme, quejándose de tropelías cometidas alli por soldados españoles: *y los que han seido causa de aqueste daño llaman pacificado á lo despoblado*, *y yo mas que pacífico lo llamo destruido*. Estas palabras dicen por sí solas mas que cuanto decir pueden en mengua de nuestros soldados los autores estranjeros; pero como están desnudas de amargas declamaciones, sin duda no las juzgaron aquellos bastante duras, y con afan se apresuraron á sustituirlas con severos cargos, cual si nosotros no supiéramos comprender y condenar los propios defectos. Desgraciadamente nuestra vindicacion, fundada en la perversidad inherente al hombre civilizado, podemos encontrarla sin gran trabajo en las posesiones que nuestros émulos han hecho propias por medio de la fuerza bruta en las distintas regiones de Africa, Asia y América.

obra, destruyéndola al siguiente dia sin gran trabajo, por cuyo segundo percance navegaron las otras dos carabelas mas precavidas é inmediatas á la Pinta, hasta que el dia 9 pudo esta aportar á la Gran Canaria, donde habia de reparar sus averías, en tanto que el Almirante con las otras dos continuó su rumbo á la isla de la Gomera.

Tampoco la Niña ofrecia grandes seguridades para el viaje comenzado, respecto á su escasa capacidad, débil construccion y costanero aparejo, que como se ha dicho era latino; y por consecuencia fué uno de los principales cuidados de Colon en la Gomera proporcionarse otro buque para reemplazarla; pero esta vez no alcanzó la realizacion de su proyecto; ni pudiera ser otra cosa en virtud del objeto á que el nuevo bastimento habia de destinarse, cuando tantos recelos demostraran al resolverse hasta los hombres mas familiarizados con las circunstancias teóricas del viaje. Para llenar en parte las condiciones de la espedicion respecto á dicha carabela, ordenó el Almirante que se le cambiara el aparejo, y habiéndose procedido á vestir los palos de la Niña con velas cuadradas, conforme las llevaban las otras, ya no le quedó cuidado mas inmediato que el completo reparo de la Pinta, el cual deseaba con ahinco para lanzarse de una vez en la profundidad de sus teorías.

El dia 23 de agosto las dos carabelas que el Almirante consigo tenia abandonaron la Gomera para trasladarse á la Gran Canaria, donde la Pinta se estaba reparando; porque la impaciencia de Colon mal podia avenirse con la pérdida de un mes entero que iba corriendo desde que la avería y sus prudentes cálculos le habian hecho aportar en aquellas islas. Pinzon se presentó al Almirante el dia de su arribo á darle cuenta de su aptitud y la de su bastimento para continuar el viaje, y con esto la flotilla completa se dirigió otra vez á la Gomera, por la escasa seguridad que contra los vientos reinantes ofrecia el puerto de la Gran Canaria, en tanto que se proveyesen de agua y leña suficiente para toda la espedicion las tres carabelas.

Desde el dia 1.° hasta el 5 de setiembre se entretuvo la flota en refrescar sus provisiones en el puerto elegido para el caso por el Almirante; y durante aquellos dias anunciaron repetidos avisos de la isla del Hierro la existencia en las aguas inmediatas de un crucero portugués, compuesto de tres buques de respetables condiciones. No se ocultó á Colon el injusto resentimiento que los consejeros del rey don Juan debian tener por la negativa que se habia dado á sus posteriores proposiciones; de suerte que, no sin ceder al temor una parte de los cuidados científicos, procuró hacerse á la mar sin pérdida de tiempo, para ver si conseguia engolfarse antes que los declarados rivales de la espedicion consiguieran darle caza en los mares conocidos.

Por reservadas que pretendieran tenerse noticias de tan mal agüero, no hay duda que la tripulacion se habia de apoderar de ellas y comentarlas á su modo, siempre revistiéndolas con cierto siniestro carácter que en circunstancias menos especiales no hubieran jamás tenido. La avería de la Pinta, la desconfianza na-

CAPITULO VIII.

Abandona la espedicion las Islas Canarias y se engolfa en alta mar con rumbo constante al O.—Diario de Colon y libro de estima: nuevas instrucciones para el viaje.—Felices auspicios con que lo comienza.—Desconcierto general por la variacion de la aguja magnética, y argucia inventada por el Almirante para esplicar como naturales sus causas.—Primeras ilusiones concebidas acerca de próxima tierra: temores y esperanzas.—Variacion del rumbo seguido.—Recelos y descontento por la influencia de los vientos constantes.—Rumores de sublevacion calmados con nuevas infundadas alegrías.—Continuacion del viaje entre varias alternativas.—Hace señales la *Pinta* de ver tierra, y por tercera vez se reconoce el engaño.—Prevenciones del Almirante para que no se reprodujese la alarma sin innegables pruebas.—Disgusto general de las tripulaciones y grave motin contra la persona del Almirante.—Cálmanse los ánimos y nuevas señales auguran un éxito completo á la espedicion.—Primeros síntomas positivos del descubrimiento.—Verificase al cabo en medio de la general satisfaccion y el mas estremado entusiasmo.

El dia 6 de setiembre de aquel año prodigioso que se habia inaugurado con las capitulaciones de Granada, se hizo al mar la espedicion tan segura en su propósito como feliz en sus resultados; y tres dias despues, el 8, antes de ponerse el sol, se desprendieron los atrevidos nautas del antiguo mundo, al perderlo de vista, ansiosos de realizar las profecías sobrenaturales que en remotas edades habian consignado los hijos mas sabios de los hombres.

Pusieron las tres carabelas la proa al Oeste conforme al rumbo que la almiranta habia marcado, porque tal era el constante que Colon pensaba seguir hasta dar cima á su empresa: y asi que perdieron de vista las islas Canarias, el viento mas favorable comenzó á refrescar, como si pretendieran los elementos no contrariar por mas tiempo el descubrimiento de la verdad, próxima á entronizarse en el terreno de las ciencias exactas.

Muchas y muy oportunas fueron las disposiciones preparadas por Colon con objeto de contrariar cualquier percance fácil por la novedad, é irremediable por la situacion en que insensiblemente se iba introduciendo; pero despojando nuestro relato de cuanto á él no interese, nos concretaremos á manifestar que abrió dos libros de estima, uno para escribir la distancia verdadera que avanzaba en cada singladura, y este lo reservaba á su observacion especial, y era aquel en que á manera de diario anotaba cuanto acontecia, y otro para su primer objeto, bien que de la verdad suprimiese algunas leguas, á fin de que la tripulacion no desesperase de alcanzar tierra al Occidente, si la distancia se hacia en estremo dilatada. A los capitanes de las otras dos carabelas previno que despues de haber navegado sobre setecientas leguas al Oeste de las Canarias (1) se mantuviesen al pairo ó á la capa de media noche en adelante, porque á tal altura pensaba encontrar la isla de Zipango; y finalmente rectificó y aumentó algunas señales de las ya convenidas para la comunicacion recíproca de los bastimentos, segun comprendia que pudieran variar ó multiplicarse los casos especiales de la navegacion por la especialidad que caracterizaba aquel viaje.

El dia 11 algunos marineros vieron flotante en aquella mar desconocida, porque ya eran sobre ciento y cincuenta leguas las que atrás dejaban, un mástil cuyas dimensiones convenian á un buque de ciento y veinte toneladas. No faltaron individuos en el equipaje que pretendieron adivinar una celestial amenaza; pero los mas se mostraron indiferentes á tan despreciable observacion, que nada maravilloso caracterizaba, y sostuvieron su ánimo tranquilo hasta que otra mas alarmante viniera á alterarlo no sin grave fundamento. Con efecto: en la noche del 13 de setiembre, despues de haber observado durante todo el dia que las corrientes de la mar eran contrarias al rumbo que la flota seguia, advirtió el Almirante que la aguja náutica se apartaba de la estrella polar de cinco á seis grados al N. O., sin que pudiera consistir tan fatal suceso en ninguna descomposicion física del iman, por lo que proporcionalmente se iba aumentando la separacion de la aguja á manera que la espedicion avanzaba al Occidente. Tan estraño suceso, desconcertando los atrevidos planes de Colon si el equilibrio directivo llegaba del todo á perderse, cuando la flota no tuviera en sus observaciones mas punto fijo que los astros, cuya situacion se iba tambien haciendo distinta conforme á la que los buques ocupaban mas al Oeste, contristó notablemente al Almirante, no solo por el estravío á que en desconocidos mares se veia espuesto, sino por las consecuencias inmediatas que semejante peligro habia de causar en las tripulaciones. Bien quisiera haber escondido los motivos de su zozobra, que supo contener en la cabeza sin que tocasen al corazon, ni al semblante asomasen; pero acompañábanle diestros pilotos que, si en él confiaban respecto á la espedicion, no por eso dejaban de hacer sus observaciones para estudiar con detenimiento y exactitud la índole

(1) De á cuatro millas italianas cada legua, ó de las de veinte al grado; de cuya clase fué la que adoptó Colon para unidad en su memorable empresa.

característica del viaje. Asi fué que en breve se apercibieron de la novedad que contemplaron con asombro, y toda la sangre fria de Colon, unida á la autoridad de sus palabras, fué con trabajo suficiente para calmar la confusion y restablecer la confianza, esplicando de la mejor manera que inventar pudo en aquel azaroso momento la naturalidad, supuesta entonces y aun hoy desconocida, de tan singular fenómeno. Díjoles que la aguja magnética no se dirijia exactamente á la estrella polar, sino á un punto invisible que en aquella direccion giraba constante; y que tanto por el movimiento de rotacion en que entonces se hallaba, como los demas astros, cuanto por la situacion geográfica que ocupaban las carabelas, ya contaba él con que habia de tener lugar aquella alteracion natural que sin motivo justo les inquietaba.

Cualquiera que hubiera sido la repugnancia que entonces manifestaran los navegantes á continuar la espedicion, tendria una disculpa que nadie se atreveria á calificar mas que de sana prudencia: sin embargo, los marineros españoles, aquellos á quienes la vulgaridad supuso de escaso corazon, cuando tan gigante empresa acometian, se conformaron con las vagas é inciertas palabras de su caudillo, y en sus manos entregaron de nuevo y con doble abnegacion cuanto mas caro poseian y adivinaban, á saber: la conservacion de la vida y el fácil regreso á su querida patria, despues que tan gigante mision se hubiese cumplido. Respecto á la esplicacion del Almirante á tan inesperado fenómeno, no podemos menos de notar la exactitud aproximada de un sistema planetario supuesto en el momento, comparándolo con el sistema solar que tal vez en el mismo instante ocupaba toda la atencion del célebre y aun entonces desconocido Copérnico. Ambos génios eran contemporáneos, bien que ninguna noticia uno de otro tuviesen: sin embargo, impulsados hácia la verdad, podemos advertir entre los dos cierta armonía comunicativa, que si no la atribuimos á sobrenaturales causas, necesariamente habremos de encontrarla en la propia atraccion magnética que dirige el iman hácia el invisible punto del Norte, la cuál hace comunes simultáneamente las simpáticas inspiraciones del génio.

Para disipar completamente los temores que la variacion de la aguja habia hecho concebir, lo mismo que á la tripulacion al propio Almirante, se dejó ver al siguiente dia 14 de setiembre un *rabo de junco*, pájaro asi llamado por las condiciones de su cola al junco parecida, y que siempre duerme en tierra. El Almirante bien gustó de la novedad por la tranquilidad que en el equipage aseguraba; pero harto conoció que á doscientas leguas de distancia no podia encontrarse la costa oriental de la India, y por lo tanto hizo escaso aprecio de tan vagas é inconducentes señales. A otro dia por la noche una manga de fuego que se desprendió en la atmósfera á cierta distancia de las carabelas bajo la influencia de los trópicos, atemorizó un tanto á la tripulacion; pero nuevas señales de tierra, que se ofrecieron en campos de flotante yerba y bandadas de pájaros, suavizaron el mal efecto de los fenómenos naturales.

Asi continuó la flotilla alternando entre el temor y la esperanza, en conse-

cuente armonía con las condiciones de tan singular viaje, hasta que entrando bajo la influencia de los vientos generales ó constantes que en ciertas corrientes de entre los trópicos soplan sin variacion de Oriente á Occidente, los marineros se afectaron ante la consideracion de si les seria imposible el regreso á la patria querida que tan imprudentes habian abandonado. Por fortuna el mayor de los Pinzones creyó distinguir en la direccion del Norte algunas islas, que por mas que no existiesen sirvieron para desviar de las imaginaciones los mas positivos cuidados. Suplicaron algunos al Almirante que variase el rumbo para visitar las imaginadas islas; pero Colon que fundaba toda su reputacion en la exacta observancia de sus teorías, no consintió en la súplica é hizo continuar el rumbo á Oeste, conforme al salir de las Canarias lo habia marcado. Afortunadamente las brisas se encargaron de deshacer las ilusiones ópticas de los mas impacientes, y la flota siguió engolfándose cada vez mas impávida en la inmensidad del Océano. Sin embargo, navegaba á la sazon sobre unas rompientes á las cuales eran sin duda debidas todas aquellas señales aparentes de tierras, que tal vez en realidad habian existido.

Las mismas circunstancias que en otras ocasiones apuradas habian contribuido á restablecer la calma en la dudosa tripulacion, sirvieron una vez para sofocar toda la impavidez que por regla general la habia hasta entonces caracterizado. Referímonos á los campos flotantes de verde yerba que á la vista se ofrecian como arrojados de próximas tierras que al Oeste debian hallarse, cuando fué tal su abundancia que á veces impedia el curso de la navegacion, como si pretendiese encallar las carabelas. El equipage hubo de alarmarse con tan siniestra espesura durante algunas horas, al cabo de las cuales, y cuando ya eran bien entradas las del 22 de setiembre, comenzó á disminuirse á favor de un viento largo del Sud-Oeste que se levantó tambien oportuno para desechar los temores que existian acerca de la imposibilidad del regreso. Pero este consuelo no habia de durar gran cosa, pues á proporcion que las observaciones de los pilotos se multiplicaban, los resultados confortaban la idea primitiva y hasta cierto punto exacta de los vientos constantes, y en fuerza de tamaña contrariedad que los inespertos nautas consideraron invencible, hubo de notarse alguna alteracion en los ánimos, que atropellando los límites de la razon, pudieron penetrar en el campo siempre vedado de la violencia. El dia 24 de setiembre comenzó Colon á gustar los sinsabores de la rebeldía que en sus gentes se estaba desarrollando; y á pesar de la suave persuasion de sus razones y del grave respeto á su carácter debido, y mas dignamente por él reclamado, no hay duda que atravesó conflictos capaces de apocar en semejantes condiciones el ánimo mas altanero.

La continuacion precipitada de señales opuestas que tuvo lugar en aquella espedicion, no hay duda que sirvió de poderoso agente para que el intrépido Almirante pudiera dar cima á su comenzado propósito, porque sin duda era tal variacion indispensable, cuando lo mismo servian para despertar graves temores aquellos mismos efectos que hoy apeteceriamos como mas favorables á semejante

viaje: y en mas de una ocasion los efectos contrarios sirvieron de calmante eficaz á las irritadas pasiones, como si en semejantes destempladas alternativas quisiera consignar la esperiencia cuánto es necesario su auxilio aun en el terreno de la verdad mas innegable. En tal situacion es evidente la conveniencia de una notable equivocacion que padeció toda la flotilla al siguiente dia 25. Surcaban las carabelas con viento fresco del Este aquel inmenso piélago cuando algunos gritos descompasados que de la Pinta salian, vinieron á interrumpir en su cámara al reflexivo Almirante. Juzgólos en el primer ímpetu como si fueran la continuacion de aun no bien pasados alborotos, y fué su primer cuidado subir al castillo de popa con el fin de hacerse oir de los sublevados y conjurar la conspiracion con todas sus fuerzas; pero sus recelos cambiaron en satisfacciones cuando la voz de su amigo Martin Alonso penetró en sus oidos clara y potente que decia: *¡Tierra! ¡Tierra! Señor: yo reclamo el premio señalado*; y dirigía á la vez su brazo mostrando un objeto oscuro que se apercibia confuso como á unas veinte y cinco leguas al S.-O. Las apariencias con efecto existian, como que el Almirante creyó en la realidad de la tierra en la parte que se le anunciaba, tanto mas, cuanto que su reservado libro de estima señalaba ya sobre seiscientas leguas de distancia á las Islas Canarias: y por un arranque de su entusiasmo cayó de rodillas, la gorra en la mano, y los ojos arrasados para dar gracias al Altísimo *por las infinitas bondades que derramaba sobre sus escasos merecimientos*. Todo el equipaje de las tres carabelas le imitó con religiosa veneracion, entonándose en voz alta el *Gloria in excelsis*.

Todavia por lo que sus cálculos le indicaban y por lo que las relaciones y cartas de los viajeros orientales de manifiesto le ponian, hubiera querido seguir el Almirante su navegacion con el propio rumbo al O. que hasta entonces habia traido; pero fueron tantos los ruegos de sus gentes y las súplicas de sus amigos los Pinzones, que al fin se vió obligado á cambiar algunas cuartas las proas de sus bajeles, para dirigirse á la tierra deseada. En la direccion del S.-O. navegaron pues, las tres carabelas durante el poco dia que del 25 les quedaba y la noche siguiente; pero al amanecer del 26 todas las ilusiones volvieron á disiparse, como disipado se habia la vespertina nube que las sirviera de fundamento.

Vuelta, pues, la tripulacion á su natural estado de satisfacciones y recelos, conforme á las señales características que de próximas tierras se encontraban, y puestas de nuevo las proas al O., de cuyo rumbo el Almirante jamás por su voluntad se hubiera apartado, continuó la flota sin otra novedad considerable hasta el dia 7 de octubre, á no ser que como tal consideremos la distancia positiva de setecientas y siete leguas á que de la isla del Hierro se encontraba la espedicion el dia primero del mes que comenzaba. En dicho dia 7, á la vez que el sol comenzó á levantarse sobre el horizonte, como desprendiéndose de la líquida inmensidad que atrás dejaban las carabelas, izóse tambien en el palo mayor de la Niña la bandera de Castilla y se disparó un cañonazo, que eran las señales acordadas para anunciar la próxima tierra. No andubo acertado, sin embargo,

el capitan que semejantes señales permitió, cuando á pocos momentos quedaron desacreditadas por la realidad, que en medio de la luz escasamente debiera haberse equivocado: asi fué que Colon, con el objeto de evitar desfavorables impresiones que semejante sistema de avisos infundados habia de producir en la tripulacion, ordenó que en adelante nadie anunciase la tierra, sin estar bien seguro de haberla visto; y que si alguno por malicia ó falsa comprension lo hacia, quedase para siempre escluido del premio ofrecido por los Reyes Católicos al primer descubridor, aunque mas tarde él mismo la descubriese.

Con todo, si el anuncio material de aquel dia no habia tenido mas fundamento que los anteriores, se presentaron no obstante mejores pruebas en el terreno de las observaciones, que hicieron por segunda vez al Almirante cambiar su rumbo, conteniendo á la par con su estudiada condescendencia el sordo rumor que entre los descontentos se oia á modo de lejana tormenta. Multitud de pájaros pequeños como hasta entonces no se habian visto, cruzaban en bandas cantando sobre las carabelas, y por mas que mediasen no pocos minutos, y á veces algunas horas de unos á otros, todos volaban en la direccion del O.-S.-O. Ya se sabe cuánta influencia se concedia en el antiguo sistema de la navegacion al vuelo de las aves, subordinando el rumbo de la nave á su direccion en ocasiones los mas famosos marineros; y en tal caso, y por la continuacion de tal costumbre que la brújula no habia podido aun estinguir en la época á que nos referimos, fácil es conocer cuánto influiria aquel crucero constante de pájaros que á un mismo punto iban, en el ánimo naturalmente agitado de aquellos marineros que con tan varia fortuna navegaban por un mar de ellos desconocido, y no surcado, al parecer, hasta entonces. Colon accedió al deseo general, como se ha dicho, bien que protestando en su interior de la medida, y ofreciendo en público enderezar otra vez el rumbo á Occidente, si dentro de tercero dia no se columbraba la tierra apetecida en la nueva derrota.

El miércoles que se contaba 10 de octubre, y era el tercero y último de los dias concedidos por el Almirante para navegar en la direccion del O.-S.-O., conforme la tripulacion le habia suplicado, desfallecieron completamente los ánimos del equipage, y por lo que de españoles tenian, quisieron pasar del desconsuelo de la postracion, al desenvuelto lenguaje de la ira. Como es natural, cuando la prudencia no tiene diques bastantes que oponer al desenfreno de una turba insolente, á las murmuraciones siguieron las amenazas, dejaron estas plaza á los insultos, y no tardaron por consecuencia en asomar con pretensiones de tomar parte en la cuestion las vias de hecho. Exigian los amotinados, que eran de la tripulacion la mayor parte, que pues ya hacia dos meses que se habian entregado al mar y uno largo que no veian tierra alguna, sin que al presente mejores apariencias debieran conservarles en su loco propósito de encontrar la India por la direccion que llevaban, se volviese la flota á España antes de aumentar con la distancia los inmensos peligros de que ya se conceptuaban bastante rodeados. En vano pretendió Colon con buenas palabras serenar



Urrabieta invº y litº

Litª de J. J. Martinez Madrid.

INDICIOS DE TIERRA PROXIMA

colmar de jubilo y esperanzas a la gente del inmortal Colon cuando ya desesperaba del buen exito de su asombrosa

á los amotinados, que á gritos pedian el regreso á nuestra península, porque la sedicion crecia por momentos y su vida se hallaba ya en gravísimo riesgo. Entonces, cuando otro recurso no le quedaba que su autoridad para hacerse obedecer de los amotinados, desdobló las instrucciones y preeminencias que de los reyes llevaba; y con el tono amenazador del general á quien numerosas huestes obedecen, amenazó con terribles castigos á los mas tumultuosos, reprendió los que menos culpa tenian en la sublevacion, y siempre dominante por sus mejores condiciones, consiguió anonadar aquella, y tranquilizar á todos.

Aquí vuelve la emulacion á manosear el concepto de nuestros marineros para acriminar con terribles cargos un hecho que en realidad no tiene buena disculpa, por mas que tan grave no parezca á la filosofía de la sana razon, como á las tendencias naturales de la envidia. Nosotros mas afectos á la verdad de la historia que á las fábulas de las parciales pasiones, podemos asegurar que fué mucha parte, bien que la mas ignorante del equipaje, la que se estravió por la áspera senda del escandaloso motin; pero á la par habremos de hacer justicia á los buenos que se pusieron de parte del Almirante, y eliminar del tumulto á los que indiferentes aguardaban tranquilos cualquier resultado. Si, como autores afirman, toda la tripulacion estuviera de acuerdo en sublevarse, dificilmente se hubiera convenido tan pronto en continuar en la misma direccion hasta entonces seguida: debiendo tener presente, para mejor orientar el juicio de los dudosos, que Colon no capituló con los amotinados, como injustamente algunos han dicho. Algunas bandas de menudos y pintados pajarillos que cruzaron por encima de la flota en direccion al S. O. antes de concluirse aquel aciago dia, saludaron con arpadas lenguas y risueños trinos el triunfo de Colon, y prestaron nuevo valor á los que toda su fe habian perdido.

Al fin amaneció el dia 11 de octubre como el mas feliz entre todos los que de tan azarosa navegacion se contaban. Desde luego un oculto favorable presentimiento se apoderó de los ánimos, que no sabian por qué á su desfallecimiento el nuevo sol comunicaba tales fuerzas como en todo el viaje no habian esperimentado. Las tres carabelas continuaban en la direccion del Sud-Oeste por dar crédito al vuelo de las aves, y tan unidas que de unas á otras sin grande esfuerzo con la voz se comunicaba el equipaje. Cierta fragancia en el ambiente, las condiciones de las nubes que se aparecian de vez en cuando al Oeste, manojos flotantes de verde yerba de la que en los campos se cria, y sobre todo, aquella misteriosa alegría que sin anunciarse nos embarga cuando nuestros pesares alcanzan sin verlo el término apetecido, hicieron aquel dia de la tripulacion la mas alegre compañía que jamás se haya visto.

Por la tarde, los que sobre la cubierta de la capitana tendian con avidez la vista para indagar el misterio de su favorable reaccion, vieron sobrenadar cerca de su carabela un recien cortado junco, y poco mas adelante acercarse al bastimento un verde pececillo de los que dificilmente de las rocas se apartan. A su vez los de la Pinta, mas afortunados, dieron cuenta de una caña que asimismo flotaba,

luego vieron un palo y mas adelante recogieron un baston ingeniosamente labrado, pero que en sus labores no se parecia á los del viejo continente; y finalmente, la buena ventura de los marineros de la Niña les deparó con otras semejantes señales un ramo de espino, con sus majuelas coloradas.

Con tan favorables auspicios, cuando se puso el sol torciéronse las proas de la flota otra vez hácia el Oeste, en cuya direccion el Almirante pretendia encontrar sin duda alguna la primera tierra. El viento era fresco, y por lo tanto impelia las carabelas lo bastante para hacerlas avanzar hasta doce millas por hora. Á las oraciones todas las tripulaciones cantaron sobre cubierta la *salve* de costumbre, y en pos de esta religiosa ceremonia Colon se hizo oir de sus gentes hablando sobre la proximidad de la tierra, con tanta seguridad que hasta los mas dudosos creian ya haberla tocado. Encargó el mas esquisito cuidado durante la noche asi á los de su buque como á los de las otras carabelas, y terminó finalmente ofreciendo, sobre las mercedes reales, un jubon de terciopelo al que mas afortunado anunciase el término de la navegacion con pruebas irrecusables. Asi despertaba la codicia para que no se apoderase el sueño de los ojos; pero sus advertencias eran escusadas, pues por las señales vistas no habia uno solo en toda la tripulacion que no se creyese próximo á la suspirada isla de Cipango.

Asi que cerró la noche subióse el Almirante al castillo de popa, y fija la vista en el Occidente pretendió añadir los propios á los cuidados del equipaje, como el prudente caudillo que juzga escasa al frente del peligro la mas esquisita vigilancia. A cosa de las diez creyó percibir una luz movible en la direccion que las carabelas continuaban; pero sin dar bastante crédito á sus ojos hizo fijar la atencion de Pero Gutierrez, repostero del rey, que por allí cerca andaba, y este le certificó lo que su mente no acababa de creer, en fuerza de lo mucho que su voluntad lo apetecia. En tal situacion, la mas crítica sin duda de las que Colon habia atravesado, un tercero testigo acudió á fijar las apariencias de verdad que á semejante efecto óptico debia atribuirse; pero cuando llegó al castillo Rodrigo Sanchez de Segovia, que era veedor de la armada, ya la luz habia desaparecido, bien que, á dar crédito á los ojos del Almirante, otras dos veces volvió á parecer oscilante como si fluctuara en alguna embarcacion, presentándose y escondiéndose al influjo natural de las olas (1).

Con semejantes multiplicadas apariencias se multiplicaron tambien los cuidados, y la vigilancia creció en proporciones, tanto como se agitaban los deseos.

(1) No falta quien supone que haya sido una ilusion propia de las circunstancias la vista de la luz que el Almirante hizo creer á los que con él estaban, fundándose en la distancia de catorce leguas, que segun aproximados cálculos debia mediar á las diez de la noche entre la flotilla y la tierra. Los que tal opinan se olvidaron sin duda al hacer semejante observacion que era costumbre, segun anteriores prevenciones del Almirante, acortar las velas desde media noche en adelante, con particularidad desde que la distancia al viejo mundo se habia hecho considerable, y que semejante prevencion tendria mas cumplimiento en la noche del descubrimiento por las señales indicadas. A pesar de esta observacion nosotros no insistiremos en probar que efectivamente se debió al Almirante el premio ofrecido al primer descubridor, porque no consideramos semejante cuestion de gran fundamento, despues de haberla espuesto en sus verdaderas condiciones.

La Pinta, que era la mas velera de las tres carabelas, llevaba algunas ventajas, las que permitía el órden establecido de la navegacion, á las que tan buenas condiciones no tenian, y por lo tanto, tuvo la buena dicha de ser la primera á confirmar el descubrimiento que Colon habia imaginado. La noche estaba tranquila, bien que algunas nubes de escasa consistencia empañaban el suave resplandor de su misterioso faro; pero una ráfaga azotó de pronto aquellos pardos crespones, y brillando la luna con todo su esplendor, permitió que los afortunados ojos del marinero Rodrigo de Triana (1), descubriesen al Occidente, como dos leguas distante, la verdadera tierra, anunciándola á toda la flota por conducto de un cañonazo.

Las sensaciones que en aquel momento debió esperimentar él Almirante no es posible que haya mente humana que las conciba ni esquisita pluma que las comente; porque en la esfera de los acontecimientos humanos, aquel tan maravilloso pudo verificarse nada mas que una vez, y por lo mismo solo en el acto de la realizacion pudiera comprenderse, y únicamente por el mismo Colon esplicarse. El contento infinito de las tripulaciones tampoco alcanzaba ni con mucho á la estremada satisfaccion del génio de la empresa, porque si aquellas lloraban de gozo al tocar el ansiado término de sus peligros y el colmo probable de su codicia, este, mas sublimado y lejos de la esfera comun, veia resuelto por su voluntad el grande sistema de la esfericidad del globo, aun dudada por algunos, y la constante armonía y correspondencia de todas sus partes, si como sus cálculos le afirmaban eran aquellas tierras pertenecientes á las costas orientales del mundo. Alguna ráfaga hubo de cruzar por su mente preñada de dudas acerca de las condiciones naturales y geográficas de la tierra que tenia delante; pero esto no destruia la existencia de aquellas regiones desconocidas, antes abria la puerta del entendimiento á mejores cálculos, porque todo lo que fuera apartar la suposicion de las costas de la India, concurria á revelar la maravillosa y eterna verdad de un nuevo continente.

Encargáronse de mitigar el calor de las consideraciones mundanas los cuidados religiosos que en semejantes casos estaban, mas que previstos, incrustados en el fondo del pueblo católico á que los venturosos nautas pertenecian: todos cayeron de rodillas para alabar al Señor con los mas sublimes cantos de la Iglesia. Y luego, como si un rayo de luz hubiese iluminado los corazones de aquellos incrédulos que contra el Almirante habian atentado, para alcanzar completa la dicha

(1) Por regla general todos los autores coetáneos han atribuido la gloria del verdadero descubrimiento á un Rodrigo de Triana, apoyados en la fehaciente autoridad del Almirante; pero en nuestros tiempos, dada la buena crítica á la investigacion, ha desenterrado algunos antecedentes que pueden, cuando menos, motivar una justa competencia acerca de la persona verdadera á quien tanta satisfaccion fue debida. En el pleito que mas tarde se siguió por demanda de don Diego Colon entre este y la Corona, existe la declaracion de un Francisco Garcia Vallejo, el cual, contestando á la pregunta diez y ocho del interrogatorio fiscal, dice lo siguiente: *Y en esto aquel jueves en la noche aclaró la luna, é un marinero del dicho navío de Martin Alonso Pinzon, que se decia Juan Rodriguez Bermejo vecino de Molinos, de tierra de Sevilla, como la luna aclaró vido una cabeza blanca de arena é alzó los ojos é vido la tierra é luego arremetió con una lombarda é dió un trueno, tierra, tierra, é se tubieron á los navíos hasta que vino el dia viernes 12 de octubre, y que esto lo sabe porque lo vido.*

que su ciencia les ofrecia, se arrastraron á sus pies llorando como niños hasta obtener el perdon por los pasados desmanes.



El hombre eminente que en los momentos de prueba habia sabido contrarestar con no vista entereza todos los peligros de tan grave motin, no pudo menos de enternecerse á la vista de semejante espectáculo, y satisfecho con el castigo que la luz de la verdad habia impuesto á las tinieblas del fanatismo, tendió una mano amiga á aquellos infelices y les devolvió su confianza, con los derechos á que se habian hecho acreedores por su abnegacion é intrepidez al emprender un viaje tan peligroso é incierto, como felizmente llevado á cabo. La generosidad del Almirante con unos hombres cuya impaciencia hubo de frustrar el mas famoso acontecimiento de los siglos, no pudo menos de interrumpir su alegría y despertar su vergüenza, probándoles á la vez cuánto deben ser mirados los incrédulos en oponerse al curso natural de la razon contra el consejo de la ciencia.

Terminadas aquellas escenas de general contento y recíprocas satisfacciones, se ocupó inmediatamente el dichoso Almirante en prevenir los azares de aquella novedad y preparar el inmediato desembarque: al efecto mandó que las tres carabelas se mantuviesen á la capa hasta que el nuevo sol orientase á sus tripulaciones acerca del ansiado objeto que tenian delante: hizo que la artillería estuviese pronta á cualquier evento contrario, ó bien para saludar la feliz nueva conquista de los Reyes Católicos, y acariciando las armas arengó á sus gentes para que con ánimo entendido y prudente consejo procediesen en la toma de posesion que al amanecer el 12 de octubre habia de verificarse.

Al examinar detenidamente la magnitud de un proyecto, como la mas esquisita sabiduría no era bastante á confirmar en sus proposiciones teóricas, y teniendo en cuenta á la vez el inmenso catálogo de in convenientes que hasta el momento mismo de su práctica realizacion se fué aumentando, no sabemos si admirar mas la sublime concepcion nada propia del estado en que las ciencias á la sazon se encontraban, ó la fuerza de voluntad que á través de los mas terribles sinsabores y desconsuelos, jamás abandonó al héroe incomparable de la empresa. Sin embargo; el mundo no ha dado aun á Colon toda la importancia que entre los hombres le toca; pues aunque alguna vez en el terreno de las ciencias, y no pocas en la balanza de especuladores argumentos, se pesen los quilates de su feliz empresa, sacando de ellos consecuencias incomparables, no nos parece bastante tan mezquina recompensa, si se ha de armonizar con los bienes que su concepcion produjo á la civilizacion comunicativa de todos los pueblos del mundo.

Por lo demas, el resultado que obtuvieron en aquel momento de inesplicable gozo las teorías de Colon, hoy clarísimas para nuestra inteligencia, pero entonces tan difíciles de aceptar como el mas oscuro problema de los tres que al presente conturban á los hombres científicos, es una severa leccion en que deben aprender los poderosos y los sabios; cuánta proteccion y respeto es conveniente prestar á la mas estraña investigacion y al menos comprensible de los ingenios.



CAPITULO IX.

Descripcion aparente de la tierra descubierta.—Primeros habitantes en ella vistos—Desembarque de los españoles mandados por el Almirante, y toma formal de posesion en nombre de los reyes de España.—Admiracion natural de los isleños: bondad de su carácter y suavidad de sus costumbres.—Orígen probable de los indios de Occidente. Comunicacion natural entre el antiguo y el nuevo continente.—Historia anticolombiana del Nuevo-Mundo.—Teocallis ó pirámides.—Identidad de leyes, idiomas, religion, organizacion y costumbres.—Términos de comparacion entre los hombres de las islas y los que habitaban la tierra firme.—Diferencia de castas.—Posibilidad de que ninguna analogía existiese entre ambas.

Otro viernes, el segundo notable en esta famosa espedicion, á 12 de octubre de año tan memorable, amaneció al intrépido equipage de aquella flotilla un eden encantado: que tal debió parecer á los ojos escrutadores de nuestros marineros aquella isla que delante tenian, verde como la primavera, fresca como el rocío, y cubierta de árboles tan frondosos como en Europa no habian visto nunca.

A manera que la luz del crepúsculo se levantaba perezosa del ancho mar que la espedicion habia cruzado, la isla iba ofreciendo á la vista mas grandes

atractivos, y despertando mayores deseos de poseerla á los cansados navegantes. Con efecto: vieron primero que su circuito no era de escasas dimensiones, y esto les ofrecia la seguridad apetecida en el desembarque: advirtieron á la vez que era llana y que tenia dilatadas florestas, y á tan bella idea no pudieron menos de fortificar sus creencias respecto á la nueva tierra de promision que iban buscando; y finalmente: cuando el torcedor de la duda comenzaba á exagerar con el temor las cualidades de los habitantes de aquella region desconocida, empezaron á distinguirse sobre la playa algunos hombres, que por la sencillez de su trage no podian ocultar á la razon la inculta sencillez de sus costumbres, puesto que desnudos completamente se presentaron como los primeros habitantes del Paraiso.

Nada, pues, habia que recelar en presencia de tan suave espectáculo: la isla era habitable, ofrecia mas que cómodo delicioso albergue, y el aspecto inofensivo de los naturales convidaba á no perder momento en tocar con la planta la tierra que tantas veces habia fingido la vista, y que en la ocasion en realidad gozaba. En tal estado mandó anclar el Almirante á las tres carabelas, y disponer los botes para ir á tierra en son de conquista, con las armas bien aderezadas y el ánimo dispuesto á las eventualidades de tan grandioso acontecimiento; pero bien pronto hubieron de cambiarse las disposiciones hostiles, puesto que apenas se dirigieron á la playa aquellas lanchas mas relucientes que la luz del Sol, cuyos nacientes rayos herian las ferradas armaduras para enseñar á los indios en cada huesped un ente sobrenatural, aquellos dieron en huir para ocultarse en la grata espesura de sus deliciosísimos bosques, y los españoles tomaron tierra sin oposicion ni contratiempo.

El pendon de Castilla y las banderas especiales de la empresa se humillaron ante el Dios de la creacion, á cuya infinita bondad de tantas mercedes eran deudores los espedicionarios en aquel instante sublime, y era de ver cómo tan osados aventureros regaban con lágrimas de agradecimiento la tierra vírgen que pisaban, elevando á la mansion celestial improvisados himnos de sublime reconocimiento (1). Asi que los consuelos de la religion hicieron lugar á las especulaciones mundanas, Colon y sus compañeros levantaron del suelo las rodillas, y á la par el pensamiento mas alto que al objeto primitivo de la espedicion cumplia. Con el estandarte real en la mano el famoso Almirante, vestido ricamente de escarlata, desenvainó su espada, y haciendo concurrir á su alrededor á los Pinzones, y á los hombres de guerra que habian desembarcado, tomó posesion

(1) En las *Tablas cronológicas de los descubrimientos*, década primera, del P. Claudio Clemente, hay una oracion que se dice haberla hecho Colon entonces, y que por órden de los reyes la usaron despues Balboa, Cortés y Pizarro en sus descubrimientos. La tal oracion dice así: *Domine Deus œterne et omnipotens sacro tuo verbo cœlum et terram et mare creasti benedicatur et glorificetur nomemtuum, laudetur tua majestas, quæ dignata est per humilem servum tuum, et ejus sacrum nomem agnoscatur et pradicetur in hac altera mundi parte.* Irving, *Viages de Colon*: libro IV, capítulo primero.

de la isla por la corona de Isabel I, ante el escribano de la flota Rodrigo de Escobedo, que autorizó el acto suficientemente para darle una validez tan grande como cumplia á los sucesivos pacíficos derechos que á aquellas regiones pudo alegar en adelante la nacion española.

Los isleños, que en un principio no habian podido menos de aterrorizarse á la vista de unas naves tan grandes como ellos no habian jamás ideado, y que se movian con especial armonía y facilidad á merced de inmensas alas, que tales se figuraron las velas, aumentándose su pánico al ver los seres que de ellas salian para acometerlos sin duda, cuando observaron que los españoles lejos de perseguirlos se entretenian sobre la playa en ceremonias que ellos no podian comprender, fueron poco á poco desechando sus recelos; y al cabo, venciendo al miedo la curiosidad, se acercaron tanto á sus huéspedes que hasta llegaron á manosearlos, tocándoles las barbas, y admirando la blancura de sus rostros y manos, y la brillantez de sus armaduras. Tomábanles las espadas desnudas por las ojas con tan simple naturalidad que algunos se cortaron las manos: y como á la vez resonase en sus oidos el estampido de los cañones que disparaban las carabelas en accion de gracias al Todopoderoso por la dicha que gozaban, llegaron á creer tan rústicas gentes que los españoles eran aquellos hijos de la bóveda celeste, ó del mundo de cristal que cerraba los horizontes, á cuya voz se agitaban los elementos, retumbaban los truenos y los rayos se lanzaban. Muchos caian de rodillas y alzaban las manos en señal de adoracion á los recien llegados, é infiriendo Colon por semejantes señales que habia en ellos algunas ideas oscuras acerca de la divinidad, dió nuevas gracias á Dios por las mercedes que le otorgaba, proporcionándole la dicha de mostrar las verdades del Evangelio y afiliar bajo las banderas de Jesucristo nuevos pueblos y razas enteras.

Quiénes fueran ó á qué raza pertenecian aquellos indígenas que asi se apartaban de las leyes sagradas, segun la distribucion de los descendientes de Adan consignada en el Génesis, objeto ha sido de larga investigacion y encontrados pareceres. Nosotros no habremos de resolver completamente el problema, porque tal vez al hacerlo dentro de las condiciones naturales tendríamos que atropellar en cierto modo profundas creencias de santos varones, y no nos apartaríamos menos de lo que á las ciencias exactas se debe, si concretándonos á la luz de la religion despreciáramos los profanos resplandores. En cambio estractaremos en lo posible cuanto acerca de la cuestion por doctos escritores se ha dicho, no sin opinar á la vez aquello que, en virtud de encontrados pareceres y mediano criterio, á nuestra razon mejor se adapte.

Partiendo de los sagrados libros, no hay medio posible de acomodar un orígen especial á los habitantes de un nuevo mundo, no interpretado en el reparto de la creacion al tiempo de verificarse la dispersion de los hombres; y sin embargo, eran bien desemejantes las circunstancias características de la nueva raza, comparada con los habitantes del mundo conocido. Segun los autores que á la conquista de América asistieron, eran los indios de regular estatura y no desagrada-

ble fisonomía, salvo que el color era cobrizo y la cabeza un tanto aplanada con el pelo cerdoso, pero no rizado, la frente ancha, los ojos vivos y hermosos y la nariz abultada. (1) Pero tales diferencias bien podremos atribuirlas á la influencia del clima, siempre que en el curso de nuestra investigacion hallemos probables argumentos con que afirmar la homogeneidad de aquellas dos razas que mútuamente se admiraban.

Hay quien supone, sin copia de argumentos, que en la antigüedad se poblaron las Indias de Occidente á favor de algunas flotas que partieron allá desde el viejo mundo (2); pero no hay mas fundamento en los que tal dicen que el deseo de acertar la verdad sin profundizarla, á fin de no hallarse tal vez en desacuerdo con los libros que la religion ha canonizado. ¿Con qué elementos, si no, contaban los supuestos nautas para engolfarse por el Océano antes de que el iman tuviese en la navegacion el uso á que hoy se acomoda? Mas fácil seria en tal caso suponer que la comunicacion habia tenido efecto por el estrecho de Bering desde los tiempos mas remotos, porque en tal caso no podria amenguarse la razon con los altos quilates de la duda. Es verdad que al acaso pudieran atribuirse, como se atribuyeron, tradiciones hasta hoy conservadas de peligrosísimos viajes llevados á cabo mas por la inclemencia de los vientos que por la intencion de los navegantes; pero tales aventuras, aun cuando se conocieran en Europa á favor de regresos milagrosos, no era fácil repetirlas por los escasos medios con que contaba la ciencia de navegar fuera de cabotage; que una sola cuarta en que el rumbo pudiera variarse sin el uso de la brújula, seria mas que suficiente para engolfar en un mar sin límites el bastimento mejor preparado.

En fabulosos acontecimientos cimentan otros las pruebas que como irrecusables aducen para llegar al conocimiento práctico de las regiones occidentales, antes que las teorías de Colon proporcionaran á las ciencias naturales el mas brillante de sus descubrimientos. Pero, ¿qué fe habremos de dar á las espediciones de las naves Salomónicas respecto al continente americano, donde algunos colocan la célebre Ofir (3), á no ser que aprobemos con toda seguridad la existencia innegable de la famosa Atlántida de Platon, despues de repasar sus particulares circunstancias? Las armadas de los cartagineses Himilcon y Hannon no dejan de ofrecer á la consideracion alguna puerta por donde pudieran introducirse aquellas creencias, tanto mas teniendo en cuenta lo que Platon nos afirma respecto á la isla cuadrilonga situada en frente de las costas de Africa, como sirviendo de escala á un vasto continente que á la parte mas occidental se dilataba. (4) Tampoco

(1) Navarrete, *Coleccion de Viajes*, tomo I, Irving. *Vida y viajes de Colon*. P. Acosta, *Historia Natural*. Herrera, *Décadas de Indias*. Colon (don Fernando), *Historia del Almirante*, etc.

(2) Solorzan. *De Jur. Indiar*, lib. I. Hornius, *De Orig Americ*. lib. I. Garcilaso, lib. I., capítulo segundo. Torquemada, *Monarq Indian*. lib. I., capitulo octavo.

(3) Batzolo in *Scolis* sup. Arias Montano, *lib. Phaleg*. capítulo noveno. Bozius *De Signis Ecles*, lib. II, capitulo tercero. Marino, *Arca de Noé*. Pomario, *Lexicon*. Posevino, *Biblioteca*, capítulo quinto, etc.

(4) Platon, in *Timeo* et in *Critias*.

dejan de ser notables ciertas especies vertidas por Festo Rufo Avieno, que ha trasmitido á la posteridad algunos fragmentos relativos á aquellos viajes, y en tal caso bien pudieran desvanecerse las dudas que se amontonan en la investigacion improbable de los primeros pobladores, por mas que á semejantes travesías, mas fáciles de practicar á la vista de tierras que ya no existen, no concedamos tampoco en sentido absoluto la época fija en que debió poblarse el nuevo continente.

Con efecto: todas las probabilidades respecto á la comunicacion mas frecuente de ambos mundos están inclinadas hácia la parte de los antiguos orientales, no solo considerando la mayor facilidad del tránsito, sino tambien en virtud de lo que las leyes naturales y recientes descubrimientos nos enseñan. Apenas tiene doce leguas de estension el estrecho de Bering que separa el Cabo Oriental del territorio americano: y como el mar intermedio está helado frecuentemente, y ademas en los dias serenos no es bastante la distancia para impedir que la vista alcance la tierra de una parte á otra, ya se deja conocer cuán posible es que arrojados aventureros hayan pasado de uno á otro continente sus naturales investigaciones. Luego, en virtud de las frecuentes alteraciones del globo terráqueo ¿pudiera absolutamente dudarse que en tiempos mas remotos semejante estrecho no existiera, cuando las leyes físicas de la naturaleza se adaptan perfectamente á la ligazon de los cuerpos homogéneos, y por lo tanto que todas las partes de la tierra hoy separadas hayan formado en los primeros siglos de la creacion un solo continente? Nosotros, lejos de apartar nuestra intencion de semejante hipótesis, queremos robustecerla con la mas completa adhesion que á su sencilla y natural verdad concedemos, porque si asi no fuera nos perderíamos en ese mar de congeturas, en que tantos autores han fracasado, con imperdonable ignorancia, cuando no faltan ya copiosos datos con que robustecer nuestras creencias.

Empezando por los que la naturaleza suministra, harto sabido es que de veinte siglos á esta parte, y aun de treinta, tienen muy escasa importancia las alteraciones acaecidas en el globo terráqueo, si se comparan con las revoluciones que debieron verificarse en los primeros tiempos del mundo; y esta diferencia se funda en la facilidad con que se puede demostrar, segun las leyes físicas, que no habiendo adquirido su solidez todas las materias terrestres, sino por la accion contínua de la gravedad y demas funciones naturales que identifican, reuniendo en un solo cuerpo las partículas de la materia, la solidez de la superficie del globo no debió ser tan considerable entonces como despues se ha hecho; y de aquí resulta el corolario de que las mismas causas que en el discurso de muchos siglos no producen ahora sino alteraciones casi imperceptibles, en la antigüedad debieron causar mayores trastornos en muy pocos años. Antes que el estrecho de Bering se hubiese reconocido en el primer tercio del siglo XVIII, creíase generalmente que la América Septentrional distaba nada mas que cuatrocientas ó quinientas leguas de las costas mas orientales de Tartaria; y á pesar de tan larga travesía, que á la sazon se reputaba harto escasa comparada con los conocimientos anteriores, no faltaron algunos jesuitas y otros misioneros que aventuraron

la especie de que ambos continentes se unian por el Norte. Quizá les inspiraba semejante aserto la circunstancia patente é irrecusable de la direccion que toman ambos mundos para concurrir en un punto dado, puesto que vemos cómo la estension septentrional del antiguo se inclina al Oriente, del propio modo que la América Rusa va á rematar en el mencionado estrecho de Bering, á 95.° de latitud mas al Occidente que la punta meridional en que está situada la isla del Fuego. Y si por ventura habian observado en uno y otro continente como se debe á muy pequeñas porciones de tierra el que cada cual no esté divido en otros dos, completamente separados, el antiguo por el Istmo de Suez, y el recien descubierto por el de Panamá, no hay duda que sus opiniones estaban perfectamente cimentadas, y quizá tengan un fondo de verdad que podrá acreditarse con futuros descubrimientos.

Si apartándonos ahora de razonables congeturas buscamos la verdad en sus propias condiciones, habremos de fijar muy particularmente la atencion en innegables fragmentos que sucesivamente se han encontrado en el suelo americano, para acreditar una cultura muy superior á la que hoy conocemos en la mayor parte de aquellas regiones, y larguísimamente separada del estado semisalvaje en que las encontraron nuestros descubridores. Harémonos cargo en primer lugar de las grandes *teocallis* ó suntuosas pirámides, de tan prodigiosa elevacion alguna de ellas y no desemejante en construccíon y materia á las mas famosas del Egipto. Entre todas las que en el territorio de Méjico tuvieron ocasion de admirar los conquistadores, no seria fácil que otras que las de Teotihuacan pudieran mejor servirnos para las comparaciones que habremos de establecer, relativas á la antigua cultura de Oriente, bien que no sean menos conducentes en sus relaciones principales las de Papantla, Cholula y otras que se encuentran derramadas por el Nuevo-Mundo.

Formando un conjunto tan sorprendente como simétrico, se elevan las de Teotihuacan sobre el valle de Méjico, á ocho leguas N. E. de la capital, descollando entre algunas calles de pequeñas pirámides de escasas dimensiones las dos de *Tonatiuh* y *Meztli*, como si dijéramos del Sol y de la Luna. La primera, que es la mas austral, está cimentada sobre una base de ciento cuarenta y cinco pies de largo, con ciento setenta y uno de elevacion perpendicular: la segunda tiene treinta pies menos de elevacion que aquella, y tampoco su base es tan considerable. Las caras de ambos monumentos están, con 52.' de diferencia, exactamente orientadas de Norte á Sur y de Este á Oeste. Cada pirámide tenia cuatro altos ó cuerpos sucesivos, bien que hoy la mano del tiempo y la incuria de los hombres las tenga desposeidas del que formaba la cúspide de cada una de aquellas montañas artificiales, á las que se subia por escaleras de grandes piedras labradas. Segun las relaciones que han quedado de autores que han visto completos aquellos soberbios templos del Sol y de la Luna, parece que sobre la cúspide de ambos se hallaban colosales estátuas de falsos ídolos cubiertas con láminas de oro: esto por lo que respecta á las de Teotihuacan, pues en la de Te-

nochtitlan, en la de Cholula, cuya descripcion omitimos por la semejanza de todas, y en la de Papantla, se sabe positivamente que descollaban modestos templos como el de Júpiter Belo, que refiere Estrabon en Babilonia, y aborrecidos altares destinados al sacrificio de los hombres (1).



Si en todo lo dicho hasta aquí no hubiéramos alcanzado á probar la grande armonía que existe entre los monumentos americanos y los egipcios, sin duda que la circunstancia del uso igual á que se dedicaban unos y otros, respecto á la sepultura de los hombres distinguidos, acabaria por borrar todo género de recelo. Con efecto: pocos ignoran como en las pirámides de Djyzen y de Sakharah se conservaban algunos restos de régias dinastías que habian ilustrado su nombre, llevando con la guerra la civilizacion de los egipcios á las regiones mas orientales; ni tan desconocido es al presente el célebre mausoleo cónico de Calisto en la Arcadia, que siendo un verdadero túmulo funerario, servia á la par de base á un templo dedicado á Diana: robusteciendo la relacion que guardan con tan características señales, los célebres monumentos á que el valle de Méjico da paso por el *Camino de los muertos*.

Es verdad que la inmensa distancia que separa ambos pueblos, el egipcio y el mejicano, aun suponiendo que en los primeros tiempos fuese un axioma la

(1) Hernan Cortés, *Sus Cartas*. Bernal Diaz del Castillo, *Conquista de Méjico*. César Cantú, *Historia Universal*. Buffon, *Historia Natural*. Prescot, *Conquista de Méjico*. Humboldt, *Ensayo crítico de Nueva España*. Idem, *Vue des cordillères et monumens de l' Amérique*, etc.

sentada hipótesis de un solo continente, fomenta muy graves dudas respecto á la comunicacion que pudiera trasladar y hacer comun la misma cultura; pero enseñándonos la historia cuánto avanzó hasta las costas mas orientales y por el septentrion el invicto Sesostris, mas de catorce siglos antes de Jesucristo, se desvanecen aquellos con las probabilidades de que atravesando algunas gentes el que entonces no existiría estrecho de Bering, se asentasen sobre el territorio que sirvió de fundamento á la americana nacion de los Aztecas.

Eran estos unos hombres del Norte á quienes se atribuyen las luces que se derramaron por el suelo mejicano al parecer en los siglos IX y X de nuestra era, y respecto á los cuales se asegura la construccion de las teocallis ó pirámides de que hemos hablado. Nosotros respetando las opiniones de muchos sabios que en semejante investigacion nos han precedido, no podemos menos de estrañar cómo al bajar del septentrion en tan recientes tiempos no dejaron tras sí parecidas señales de su cultura en los pueblos que antes habitaran durante largas épocas, cuando es una verdad innegable el atraso que en las artes mecánicas, que tan bien poseian aquellos, ostentan los pueblos esquimales aun en nuestros dias. Por otra parte, la razon se resiste á creer que pudieran haber asentado su morada en un clima tan distinto del suyo como era el de los esquimales, los habitantes de Egipto, ó aunque fueran de algunos centenares de leguas mas avanzados por el Asia, y no muchas; pues de otro modo habriamos de prescindir de las comparaciones hasta aqui sentadas y tan fuertemente robustecidas, por mas que en su apoyo no hayamos hecho mencion todavia de otras mil pruebas que corroboran la mútua relacion que existia entre ambos pueblos. Es verdad que las relaciones cronológicas de los sabios comentadores, arqueólogos y naturalistas, estan fundadas esclusivamente en geroglíficos y pinturas mal esplicadas por los indígenas al tiempo de la conquista, y tal vez trastornadas despues por malos intérpretes: y nada habria de estraño en que por cualquier accidente se hubieran equivocado algunas fechas.

Por lo demas, la comunicacion habida por el Oriente es un axioma que no pudiera destruirse absolutamente ni aun con los argumentos de la mas refinada lógica; pero no una comunicacion efímera y casual, sino constante y por largos tiempos sostenida, como al parecer lo indican ciertas mezclas que en su lengua, costumbres y organizacion civil y religiosa conservaban los mejicanos al verificarse la invasion de los españoles. La palabra *Perú*, por ejemplo, es hebrea y significa *tierra fértil*, segun afirman autores de conciencia (1), y no falta quien pretende encontrar en el mismo idioma la etimología del nombre propio *Mexico* (2) con no desproporcionada alegoría. Por otra parte el mismo obispo de'Avila, conocido vulgarmente por el Tostado, y con él varios autores de reconocido mérito, encuentran y señalan en muchos casos de la construccion

(1) Tostado. *Super Genesis*, cap. 10. Garcilaso. *Comm. Reg.* lib. I.
(2) Fr. Estéban de Salazar, discurs. 16.

gramatical grande afinidad de la lengua peruana con la hebrea, asi como identifican á la vez no pocos vocablos con la Asiria (1); y ciertamente no pudiera haberse trasmitido semejante correspondencia por otra parte que próxima al estrecho de Bering no estuviese.

Fuera de la afinidad en ciertos vocablos de ambos idiomas, habíala igualmente en trages y costumbres relativas á los pueblos de Asia. Acosta, Garcilaso y Torquemada, se entretienen en probar como en ciertas partes de las Indias se usaban por los naturales la túnica y las sandalias del pueblo egipcio, y á esta nacion atribuye Herodoto el orígen de la circuncision, que tambien se practicaba con los niños de la Nueva España algunos dias despues de su nacimiento (2). Los ritos y ceremonias religiosas tambien participaban del carácter que distingue las primeras edades conocidas de nuestro continente: la adoracion á los ídolos, el culto á los falsos dioses y los sacrificios en los altares, asi como el recato de las vírgenes y hasta el fuego sagrado de Vesta, todo existia en las regiones conocidas despues con el nombre de Nueva España, antes que Hernan Cortés y los demas conquistadores las hollasen con su triunfadora planta.

La organizacion civil de los pueblos del nuevo continente, tan armónicamente igual á la que sustentaron en el viejo mundo las diversas naciones que lo dominaron, republicana ó imperial; ya concediendo á la ancianidad el don de la sabiduría como en los tiempos patriarcales, ó bien cediendo el cuidado directivo de los negocios á la eleccion ó á la herencia, lo mismo que en nuestra edad se acostumbra, no deja duda de que ambos mundos conservaban las propias leyes orgánicas, no por tendencia natural de difícil esplicacion, sino por una idea constante de largas relaciones, imposible de rechazar con los argumentos mas bien cimentados.

Ni en los restos de una ciencia mas bien cultivada al parecer en tiempos anteriores, ni en el uso que de la pintura y los geroglíficos hacian los mejicanos, dejaban de asimilarse á las naciones occidentales de nuestro continente. Ellos tenian su almanaque perfectamente comprendido, con sus divisiones lunares y sus signos tan semejantes al de los egipcios, al de los griegos y á los de otras naciones cultas de la antigüedad, que por ellos se deja conocer cuánto fue constante la correspondencia de ambos mundos, y cómo se introdujo la desavenencia en las costumbres del mas moderno, segun imperaron en el viejo continente las de aquellos pueblos que sucesivamente lo dominaron; observándose esta suposicion tan probable, que hasta se entreveen con ella algunas reminiscencias del cristianismo en antiguas ruinas del Nuevo Mundo, y en la aplicacion científica de sus observaciones astronómicas (3).

(1) Tostado, in loc. dict. cap. II. Bustorf. *Gramat. Hebr.* Fonseca. *De vita Christ.* Torquemada, lib. VI.

(2) Herodoto. lib II Garcil. ut supra.

(3) Humbolt, en su *Atlas general*, y en su obra mas reciente titulada *Vista de las cordilleras y monumentos célebres de América*, particularmente al hablar de las ruinas de Palenque y del calendario de los mejicanos.

No por lo dicho hasta aquí pretendemos destruir las relaciones que una erudicion mas moderna atribuye á los pueblos de la América Septentrional con los europeos de la Escandinavia en los siglos IX y X de nuestra era; porque si bien á estos no pudieran en buena razon atribuirse en todo ni en parte los monumentos y las ciencias de los mejicanos, porque su cultura estaba muy distante de la que en Nueva España ya entonces habia, tampoco hay para qué despojar á nuestros normandos de la verdad de unos viajes que ni sus glorias aumentan ni multiplican su fama, sin embargo de la importancia que tratan de atribuirles sus modernos comentadores. Referímonos al voluminoso libro que en diversos idiomas ha publicado muy recientemente en Copenhague, con el título de *Antiquitates Americanæ*, una *Sociedad de Anticuarios del Norte*, tratando de probar, y sin duda consiguiéndolo, como en la época aludida algunos aventureros, impelidos por la tempestad, aportaron á las regiones mas septentrionales de América, haciendo escala en Islandia y Groenlandia. Semejantes viajes tuvieron tan pocos resultados en el mundo de las ciencias geográficas y naturales, que llegaron á perderse por completo, hasta que la mas esquisita investigacion, en el siglo estudioso que atravesamos, desenterró los escasos recuerdos que de ellos quedaron; no para arrebatar á mas recientes hechos una gloria imperecedera, como al parecer en la citada obra se pretende, sino para convencernos mas y mas de la facilidad con que por las regiones introducidas dentro del círculo polar era fácil al acaso la comunicacion de ambos continentes. A esto y nada mas pudieran llegar nuestras concesiones respecto á un acontecimiento tan inesperado, y no despues repetido mas que vagamente, segun las memorias de los *Anticuarios*; pero clamando siempre contra las pretensiones de aquellos que por un suceso tan somero y trivial atentan á la inmensa fama de Colon, tratando de que se desvanezca la novedad de su descubrimiento.

Pues qué, ¿tienen igual importancia en la esfera de la sana razon los acontecimientos debidos al acaso y los que se verifican por medio de la mas brillante combinacion de todas las ciencias exactas? Luego si hemos de apreciar al sabio y juicioso Malte-Brun (1), que se hizo cargo especialmente de algunas memorias de las publicadas, los antiguos dinamarqueses ó escandinavos aportados á América no descendieron por la costa oriental de las tierras septentrionales mas que hasta el estrecho de Belle-Isle, al menos en sus averiguados viajes, por mas que los *Anticuarios*, sus comentadores, pretendan sin datos comprobantes hacerlos llegar hasta la altura de la Florida, es decir, hasta los 30.° de latitud N.

Si como parece del resúmen de los trabajos compendiados en una ingeniosa memoria escrita por Cárlos Cristiano Rafn, secretario de la *Sociedad de Anticuarios*, los viajes de los escandinavos fijaron la atencion de los coetáneos, y se reprodujeron hasta colonizar alguna parte de la América septentrional, todavía

(1) *Geografía Universal.*

concederemos alguna influencia á sus costumbres, respecto á las que en ciertos usos militares tenian los mejicanos cuando la época de la conquista: que bien fácil es la comunicacion insensible de distintas razas cuando en un mismo continente se juntan al acaso; mas no por eso concedemos que ellos fueran los Aztecas del siglo IX, que, como se supone por algunos, descendieron del Septentrion á civilizar por entonces la mayor parte del Nuevo-Mundo.

Nosotros no nos obstinamos, á pesar de lo dicho, en negar la hipótesis de los *Anticuarios* del Norte respecto á la estension que desean dar en las citadas memorias á los viajes de sus nautas de la edad media; porque si bien se mira, la historia anti-colombiana del Nuevo-Mundo, no será estraño que sin ser los escandinavos los Aztecas á que la tradicion geroglífica de Méjico se refiere, hubiesen descendido á la par mezcladas las razas; ó mejor: que tuviese otro nombre y fuese mas antigua, como es de creer, la que con su aparicion en lo mas meridional de la América del Norte, sembró aquellos campos de suntuosos monumentos, é ilustró aquellos pueblos con la cultura de mas remotas edades. Ni de otra manera pudiera victoriosamente esplicarse la mezcla que en la historia aprendemos de tan diferentes costumbres, tan apartadas épocas y tan opuestas religiones como en el nuevo continente á la par se sustentaban: no siendo fácil suponer que de otra parte que del Nor-Oeste de Europa, se trasmitiese allí la cruz latina que se ostentaba en las recien descubiertas ruinas de Palenque, ni mucho menos la ciencia del blason, que teniendo su orígen en los tiempos primitivos de la edad media, se adivinaba al parecer en el escudo de armas que, segun los historiadores de las cosas de América, habia sobre la puerta principal del palacio de Motezuma. (1)

Aun despues de lo dicho respecto al orígen posible de aquellas gentes que en las Indias occidentales habitaban cuando á ellas aportaron nuestros atrevidos nautas, nos consume la duda que tenemos respecto á si serian de la propia familia los que en las islas Lucayas tanta estrañeza estaban manifestando del aspecto, traje, armas, naves y ceremonias de los espedicionarios en el acto de tomar posesion de las primeras tierras que del Nuevo-Mundo pisaron. Y semejante duda, que debiera desvanecerse á la sola idea de la proximidad de aquellas islas á la tierra firme, se acrecienta tanto mas, cuanto menor es la relacion que en sus costumbres guardaban los isleños encontrados en un estado de originaria sencillez, respecto á los indígenas que en el continente habitaban. Es verdad que fuera muy fácil suponer una catástrofe ocurrida en las condiciones materiales del globo por aquella parte, para creer que habiéndose aislado todas las porciones de tierra que forman las Lucayas, las Antillas etc., la cultura degenerase en esta, y el estado de la naturaleza llegara por fin á sustituir, en toda su rusticidad, á otras edades y á otras gentes mas ilustradas. Pero ¿se encuentran por ventura en las islas

(1) Bernal Diaz del Castillo, *Conquista de Méjico*. Solís, idem. etc.

iguales restos de pasada civilizacion á los que se hallaron en el continente? Seguramente que no; y por lo tanto, la razon natural aparta el pensamiento de toda idea que tienda á identificar aquellas distintas fracciones de la especie humana.

Mas que difícil, encontramos peligrosa la aclaracion de este problema, que en otras condiciones pudiera resolverse con una verdad natural y harto convincente por lo que se aparta de inveteradas preocupaciones; robusteciéndose mas y mas la idea que omitimos en el momento en que para apoyarla hubiéramos de citar el ejemplo indestructible de las islas habitadas que mas recientemente se han descubierto enclavadas en el centro del grande Océano, á muy considerables distancias de toda tierra firme, por la que pudiera atribuirse la propagacion de nuestra especie.



CAPITULO X.

Inmediata familiaridad de los indios.—Investigaciones de Colon respecto á la tierra en que se hallaba y equivocadas noticias que produjo el lenguaje mudo mal interpretado por ambas partes.—Ilusiones y desengaños respecto á la abundancia de oro y piedras preciosas.—Bautiza el Almirante la isla descubierta y comercia con sus naturales.—Sorprendente efecto que en los indios causan los insignificantes objetos de los espedicionarios.—Sistema de navegacion del Nuevo Mundo.—Repetidas equivocaciones que sustenta el Almirante en su acalorada fantasía sobre la problemática proximidad de las costas asiáticas.—Cuestion geográfica.— Cuál ha sido la verdadera isla de San Salvador primeramente descubierta. Continúa la flota sus descubrimientos.—Toca en la isla á que llamó el Almirante *Santa María de la Concepcion*.--Fuga de un intérprete y prudente sistema de Colon para destruir el mal efecto de este percance.--Descubrimiento de la isla *Fernandina*.--Idem de *Samoet ó Isabela*.--Arribo y desembarque en la isla de *Cuba*: su reconocimiento y costeo.--Embajadores que envia Colon en busca de la residencia del Gran Kan, suponiendo haber ya llegado á la tierra firme.--Descubrimiento del tabaco.--Hácese de nuevo al mar la espedicion en busca de la isla de *Babeque*.--Desercion de la Pinta.--Descubrimiento y toma de posesion de la isla *Española*.

Familiarizados con la aparente bondad de sus estraños huéspedes los rústicos habitantes de aquella isla deliciosa, comunicaron la confianza á los que mas tímidos no se habian atrevido aun á descender á la playa, y asi no fue difícil que esta se viera bien pronto llena de una porcion considerable de indígenas, entre los cuales se veia únicamente una muger de agradable presencia y muy felices contornos (1).

Como es de suponer, las investigaciones de Colon se dirigieron inmediatamente á comprender de los naturales cuál era aquella tierra á que sus contínuos

(1) Diario del Almirante. *M. S. de la casa de Veraguas.*

afanes le habian conducido, suponiendo siempre que á no ser la isla de Zipango la que hollaba en son de conquista, cuando menos no podria evadirse de pertenecer á ella como un ramal de tierra destacado, segun sus cálculos, al Nor-Este; y esta opinion, que en su principio sin duda fuera vaga, llegó á tomar proporciones colosales asi que, dando á gestos incomprensibles una interpretacion cual á los deseos convenía, creyó el Almirante que la confirmaban los indios cuando al preguntarles por señales tambien, mas ó menos claras, de donde adquirian ciertos aretes de oro que pendientes de la nariz llevaban, hacian gestos y ademanes mirando al Sud-Oeste. (1)

Con todo, antes de apartarse de aquel asilo misterioso que la Providencia habia inventado en el tránsito contra la impaciencia de las tripulaciones, pretendió el Almirante examinar las condiciones locales de la isla, por si conviniese colonizarla, procurando ante todo asegurar la buena voluntad de los naturales. Al efecto repartió entre ellos algunos gorros colorados como los que usaban nuestros marineros, muchas cuentas de vidrio y cantidad de cascabeles, cuya tosca armonía les llenaba de gozo, asi como de entusiasmo el simple adorno de relucientes y ensartadas piedras ordinarias que los españoles les echaban al cuello, devolviendo en cambio á sus galantes huéspedes grandes ovillos de algodon perfectamente hilado, y algunas tortas de cazaba ó pan de maiz, que era el alimento natural de aquellos rústicos isleños. Respecto al oro que en escasa cantidad presentaron á los españoles los pobres indígenas de San Salvador, que tal fue el nombre puesto por Colon á aquella isla, hasta entonces llamada Guanahani en la tosca lengua de sus habitantes, impidió el Almirante su libre tráfico por entonces, para hacerlo propiedad de la corona, interviniéndolo al efecto el comisionado régio que en la flota iba, asi como despues se hizo con el algodon, siempre que de abundantes porciones se tratase.

Dióse al mas completo descanso aquel primer dia del desembarque, con tanta mayor confianza en la seguridad individual de los españoles, cuanto que los indios, sobre su caracter bondadoso, tampoco poseian mas armas que ciertos bastones toscamente labrados, con piedras sin duda, pues el hierro ó al menos su uso no lo conocian, y terminados en punta con dientes de pescados ó pedernales á ella adheridos. Por la noche todo el equipage se recogió á las carabelas, y era de ver cómo á la aurora del siguiente dia mayor multitud de indígenas se lanzaba al mar, nadando hasta ellas algunos sin mas buque que su cuerpo flotante sobre las ondas, y los mas en canoas de troncos de árboles tan capaces que dentro de algunas iban hasta cuarenta personas. Su proceder marinero respecto al movimiento de aquellos barcos era tan sencillo como todas sus costumbres: impelíanlas á merced de algunas palas cortas y anchas por el estremo que en la mar se introducia, y si alguna vez volcaban se les veia nadar al rededor

(1) Diario de Navarrete. *Coleccion de Viajes*. Colon. *Historia del Almirante*. Irving. *Viajes y vida de Colon*.

haciendo esfuerzos para volverlas á su natural postura hasta conseguirlo, y del agua que en el restablecimiento quedase, las achicaban ó vaciaban con calabazas.

Asi en estas que hacian frecuentes visitas, como en el trato contínuo de los españoles, en tanto que en aquella isla permanecieron, que fueron escasos tres dias, todos sus habitantes manifestaron vehementes deseos de adquirir en abundancia de aquellas bagatelas que en los momentos del desembarque les habian nuestras gentes regalado; porque las suponian descendidas del cielo, y por lo tanto objetos divinos cuantos por tal conducto recibiesen. Los españoles, que nada en sus cambios perdian, tampoco se hacian de rogar gran cosa, tanto menos cuanto que, para satisfacer los deseos de los indios y sustentar la propia codicia, les bastaban fragmentos de vidrio ó cachos de rota vajilla que los indios recibian con muestras inequívocas de maravilloso entusiasmo.

Pasados los cambios, y repetidas en grande abundancia las muestras recíprocas de mutua confianza y cariño, embarcóse Colon en el bote de su nave con la dotacion conveniente de marineros para reconocer el circuito de la isla, y averiguar las condiciones de su conveniencia si por acaso la tuviese. Pusiéronse, pues, las proas de los tres bateles al N-E., y á fuerza de remo caminaron en derredor de la isla lo suficiente para convencerse de que su posesion ó colonizacion no podia mejorar las pretensiones aun no alcanzadas del famoso viaje. El Almirante en su investigacion tuvo lugar de advertir iguales muestras de pacífica hospitalidad en todos los habitantes de la isla, puesto que los de dos ó tres pueblecillos que en la costa vieron, no solo manifestaron el mayor respeto desde la orilla á los dichosos nautas, sino que corriendo paralelamente á los botes, se lanzaron muchos de ellos dentro del mar hasta alcanzarlos, con lo cual fueron bien recibidos y mejor agasajados con regalos de escasa valía, que si no pudieran satisfacer la codicia de avaros comerciantes, al menos cautivaban por completo el ánimo de aquellas gentes incultas.

Continuando el rumbo marcado conforme á las condiciones de la isla, llegaron los bateles á una pequeña península de amenísima frescura y fragante ambiente, llena de vegetacion y de verdura, con muy bellos jardines, y seis chozas indianas que al mas lisongero descanso convidaban: la lengua de tierra que al resto de la isla la unia era tan escasa, que en dos ó tres dias hubiera sido fácil romperla; por lo que no dejó de pensar el Almirante cuánta conveniencia tenia para levantar alli una fortaleza; pero harto convencido por otra parte del escaso partido que en colonizar aquella isla sacaria, dándola ya por suficientemente reconocida, se volvió á las carabelas, habiendo observado en todo el circuito de San Salvador una verdura constante, dando vida á la mas galana vegetacion que por muchas corrientes de agua y un hermoso lago en el centro estaba sin duda sostenida.

Todas las noticias que por señas discordes habia inventado la acalorada fantasía de Colon para dar pasto á sus deseos, le hicieron precipitar su partida de

aquella isla hospitalaria. Por ellas se ratificaba en las cercanías de la costa oriental de Asia, y si bien por las condiciones locales y materiales de San Salvador ya estaba convencido de que aun no habia alcanzado la tierra de Cipango, no dudaba que estaría de la que hollaba bien cerca. Con efecto: segun él pudo comprender del mudo lenguaje de los isleños, habia tierras poderosas con gente de guerra hácia la parte del Nord-Este, y otras muy riquísimas al Sud-Oeste, en que el oro y las piedras preciosas se criaban en grandísima abundancia. Varios indios de San Salvador le mostraron heridas cicatrizadas de combates tenidos con los de la parte del Nord-Este, los cuales bajaban al Sur, haciendo escala en aquella isla y otras inmediatas, para cautivar á los naturales; y por unas y otras señales creia firmemente Colon que los hombres de guerra eran los súbditos del Gran Kan, y las tierras del Sud-Oeste la riquísima y famosa isla de Cipango, cuyas fabulosas maravillas habian encantado al Almirante en las brillantes relaciones del veneciano Marco Polo.

Semejante idea, que á tan larga distancia estaba de la verdad, fue acariciada tanto mas por el Almirante, cuanto que al cruzar por entre una infinidad de islas que en su nueva derrota encontró al emprenderla en la noche del propio dia 14 con rumbo al Sud-Oeste, creia que ellas formaban el archipiélago estendido por la costa de Asia, conforme el viajero veneciano las describe, en número de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho.

Pero antes de fijarnos en su situacion y circunstancias, y á la par que seguimos la historia del descubrimiento, prescindiendo en gran manera de especialidades que para la ilustracion del viaje importan desde ahora bien poco, habremos de abordar la cuestion geográfica promovida por el ilustre señor Navarrete en la Coleccion de viajes, y consignar nuestra opinion á favor de la verdad constantemente admitida, y solo por momentos dudada, respecto á la positiva isla del Nuevo-Mundo en que Colon y sus compañeros sentaron primero la planta. Cuestion es esta en que llenos de sentimiento habremos de contrariar las creencias de nuestro sabio publicista: y por cierto que tal no haríamos si no robusteciesen la antigua opinion mejores datos y mas bien cimentados, los cuales trasladaremos á nuestras páginas con escasas variaciones, que apenas merecen, en la propia forma que consignado los ha en un interesante artículo geográfico de aquellas partes, cierto oficial inteligente de la armada de los Estados-Unidos, cuyo nombre no ha permitido dar á la estampa.

Se ha supuesto, pues, hasta ahora, que una de las islas Bahamas, que aun hoy lleva el nombre de San Salvador, y que los ingleses conocen por *isla del Gato*, fue el primer punto en que se puso Colon en contacto con el Nuevo-Mundo; pero dicho señor Navarrete ha querido probar que fuese la isla del Turco, una del mismo grupo, la cual dista nada menos de aquella que unas cien leguas de 20 al grado, en la direccion del Sud-Este. Para desenlazar esta cuestion con el aplomo debido, se ha consultado detenidamente el diario del Almirante, comparándolo con las alteraciones introducidas por el señor Navarrete y con los

conocimientos prácticos del citado marino á quien debemos la mas completa solucion que pudiera apetecerse.

Colon describe á Guanahaní, en que desembarcó y á que puso por nombre San Salvador, como una bella isla muy grande, llana y cubierta de florestas y árboles frutales, con abundancia de agua dulce, un grande lago en el centro, y habitada por numerosa gente; dice que la costeó con sus botes por considerable distancia; que tendia hacia el N-N-E., y que al pasar le visitaron los habitantes de varios lugares por la costa sembrados. La isla del Turco á que el señor Navarrete alude, lejos de corresponder á esta descripcion no puede estar mas opuesta, como que es un cayo bajo compuesto de arena y rocas que yace al N. y S.; tiene menos de dos leguas de estension, está completamente destituido de bosques y florestas, y no tiene un solo árbol indígeno: carece asimismo de agua dulce, y dependen sus habitantes para surtirse de la que vierten las lluvias y ellos conservan en cascos y cisternas: tampoco hay lagos, sino pozas de sal, que es la única produccion de la isla. No pueden aproximarse á las del Turco los buques por el lado del Oriente ó del Nord-Este por impedirlo las rocas que la rodean, ni tampoco tiene puerto, sino una entrada hácia el lado de Occidente, de la cual los buques que estan al ancla tienen que salir al mar cuando quiera que hace otro viento que el acostumbrado Nord-Este que sopla sobre la isla; porque es tan rápida la costa que no hay anclage sino pegado á ella; y cuando deja de soplar el viento de tierra, un bajel que estuviese al ancla seria precipitado contra las rocas, y arrojado á tierra por la terrible resaca que entonces ruge: la poco frecuentada caleta del *Nido del Halcon (Hawnk's Nest)*, al S. de la isla, es aun mas peligrosa.

La del Turco, que no es susceptible del menor cultivo, da muy corta subsistencia á pocos caballos y carneros, y sus habitantes reciben de fuera todos los artículos de consumo, á escepcion del pescado y la tortuga, que por ser abundantes allí constituyen el principal alimento de los esclavos que en la esplotacion de las salinas se ocupan. Toda la riqueza de la isla consiste en el producto de dichas salinas y en el provecho que, por medios no siempre lícitos, adquieren de los naufragios que inmediatos suceden. La isla del Turco no podria, pues, estar habitada en un estado primitivo de sociedad, donde sin el comercio de los pueblos cultos tiene el hombre que sacar la subsistencia de la vegetacion, mas ó menos abundante, del propio punto que puebla.

Por otra parte, cuando iba Colon á salir de Guanahaní dudaba cuál isla visitaria primero entre la multitud de ellas que á su vista se presentaba, y bien notorio es que desde la isla del Turco no hay tierra visible mas que los dos cayos de sal que yacen al Sur de ella, y que forman el grupo á que la misma da nombre.

El diario del Almirante no especifica el rumbo que llevó para ir desde Guanahaní á la Concepcion; pero las sitúa á distancia una de otra de cinco leguas, siéndole en la navegacion de aquella á esta las corrientes contrarias: á la vez que

es doble la distancia del Turco al Gran Caico, supuesto por Navarrete la Concepcion, del Almirante, y la corriente marcha constante al O-N-O. entre estas islas, lo cual seria favorable yendo desde la del Turco á la de Caicos.

De la Concepcion pasó la flota á una isla que se divisó al Occidente á nueve leguas de distancia, á la cual puso Colon Fernandina en honor al rey don Fernando: esta cree Navarrete que sea la pequeña Iguana, la cual dista no menos de veintidos leguas al Gran Caico: luego que al ir á la pequeña Iguana es necesario pasar por junto á tres islas, cada una mayor que la del Turco, y de ninguna, como era natural, habla Colon en su diario. Describe el Almirante á Fernandina como dilatándose veinte y ocho leguas S-E. y N-E., mientras la pequeña Iguana tiene su mayor longitud de cuatro leguas en la direccion del S-O., de donde resulta que la descripcion de Fernandina nada tiene de comun con la pequeña Iguana. De Fernandina salió la flota al S-E. para Isabela, que supone Navarrete fuese la grande Iguana, cuando esta isla está al S-O. de la pequeña del propio nombre, y su rumbo difiere en 90.º del que siguió el Almirante. Ademas, que refiriendo los sucesos del dia 20 de noviembre, dice Colon que Guanahaní distaba ocho leguas de Isabela, y ya se sabe que de la isla del Turco á la grande Iguana hay nada menos de treinta y cinco.

Saliendo de Isabela púsose el rumbo al O-S-O. para la isla de Cuba, y con él llegó la flota á las Aunas: semejante derrotero tomado desde la grande Iguana vendria á salir á la citada isla de Cuba cerca del puerto Nipe, y Navarrete supone que Colon llegó inmediatamente despues á los Cayos S. de los Jumentos que están al O-N-O. de Iguana, rumbo que difiere en 45.º del que llevaron los buques. Despues de navegar por algun tiempo en las cercanías de Cuba se halló Colon el 14 de noviembre en el mar de Nuestra Señora, rodeado de tantas islas que era imposible contarlas, y el propio dia le pone el señor Navarrete en el cabo Moa, donde solo hay una pequeña isla distante mas de cincuenta leguas de todo grupo que pueda de modo alguno convenir á la descripcion del diario. Tambien dice Colon que San Salvador distaba del puerto del Príncipe cuarenta y cinco leguas, y la isla del Turco dista ochenta del punto en que el señor Navarrete sitúa dicho puerto. Al dejar á Cuba observa Colon que habia seguido su costa por una estension de ciento veinte leguas, y deduciendo veinte por haber seguido sus sinuosidades, quedan todavía ciento, mientras el autor de la *Coleccion de Viajes* supone que solo costeó setenta.

Hasta aquí las mas importantes dificultades que la teoría del señor Navarrete presenta (1) y que parecerian insuperables, á no tocar diferentes resultados considerando el rumbo segun Colon lo recuerda en su diario, y con las mejores cartas á la vista. Vamos á examinar ahora como conviene con las opiniones mas

(1) *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º, párrafos 64 y 65 de la introduccion.

admitidas la innegable de que fué en la isla actual de San Salvador donde primero tocó tierra la flota que salió del puerto de Palos el dia 3 de agosto.

Nos dice el diario de Colon que el 11 de octubre de 1492 continuó navegando al O-S-O. hasta el sol puesto, cuando volvió á su antiguo rumbo de Occidente, y que hacian los bajeles tres leguas por hora, cuando á las diez de la noche él y varios individuos de su tripulacion vieron una luz parecida á una antorcha que en tierra se movia. Continuó navegando en tal estado cuatro horas mas y habia navegado al parecer otras doce leguas al Occidente (1), cuando á las dos de la mañana se descubrió tierra por la proa, á la nueva distancia de dos leguas; las cuales unidas á las doce que debieron hacer las carabelas desde las diez hasta las dos de la noche, forman un total que corresponde exacta y esencialmente con la distancia de la isla de Watling, que está al Oriente de la de San Salvador; y de aquí se presume que la luz en cuestion, por la que se adjudicó el premio al Almirante, estaba en dicha isla de Watling, por frente de la cual á las diez horas de la noche del 11 de octubre debia estar pasando la flota.

Al ver tierra pusiéronse los buques á la capa hasta la mañana del mismo 12 de octubre, amanecida la cual anclaron en una isla de grande hermosura, cubierta de florestas y en estremo populosa: la llamaban Guanahaní los naturales; pero Colon creyó oportuno cambiarla el nombre por el de San Salvador que inmediatamente la puso, aludiendo al término y solucion feliz de sus peligrosos afanes. Esplorando su costa por donde corre al Nor-Nord-Este, halló un puerto capaz de abrigar muchos bajeles, cuya descripcion corresponde circunstanciadamente con la parte del Sud-Este de la isla conocida como San Salvador, ó *isla del Gato* que yace Oriente y Occidente, doblándose por su estremidad oriental al Nor-Nord-Este, y tiene la misma verde fértil apariencia. Los bajeles llegaron probablemente á la bahía del Sud-Este de San Salvador en la mañana del 12 mientras esperaban la aurora, y Colon no alcanzó á ver mientras permaneció en la isla ni cuando salió de ella, que la que habia creido su entera longitud era nada mas que una vuelta de sus estremos; quedando la parte principal de la isla encubierta á su incompleto exámen, prolongándose al Nor-Oeste.

Desde Guanahaní vió Colon tantas islas que dudó cuál visitaria antes, significándole los indios que eran innumerables, y acomodando nombres propios á mas de un ciento de ellas. En tal situacion determinó pasar á la mayor de las que tenia á la vista, que le pareció estar á cinco leguas de distancia, sin que por esto fuera la mas próxima, creyéndose al presente, segun los principios del buen juicio, que fuese aquella la que hoy se llama de la Concepcion, y las innumerables á que alude en su diario, aquella porcion singular de isletas conocidas con el nombre de La Cadena, dilatándose hasta mas allá de San Salvador en las direcciones de Sud-Este y Nor-Oeste.

(1) Esto en el caso improbable de que los buques no hubiesen acortado velas, como era regular, segun las precauciones con que se debia navegar despues de una novedad tan notable.

Dejando á San Salvador en la tarde del 14 por la isla asi elegida, no sin haber hecho antes provision de agua y leña, y de embarcar en las carabelas siete indígenas para en lo posible tomar lenguas respecto á las novedades que se fueran ocurriendo, se mantuvieron los buques á la capa por la noche y no llegaron á ella hasta ya bien entrado el otro dia, por causa de muy contrarias corrientes que se oponian al rumbo de la flota. No marca Colon en su diario el que siguió en aquella travesía, ni tampoco la situacion que respecto á la de San Salvador ocupaba la nueva isla; solo sí sabemos por sus apuntaciones que la bautizó con el nombre de *Santa María de la Concepcion*, y que en ella desembarcó como en la primera, en busca del oro que los indígenas le habian indicado se usaba alli por adornos en grande abundancia. Durante esta travesía uno de los indios se echó al mar, y entrando en una almadia ó canoa que á la carabela iba atada, comenzó á huir con tal velocidad que ninguno de los botes pudo darle caza; seme-



jante percance bien pudiera haber enagenado las voluntades de los nuevos isleños, por el miedo que el fugitivo comunicaria, si á la ventura algunos marineros de la Almiranta no hubiesen aprisionado otro que cerca de la costa en distinta canoa caminaba, y puesto en presencia de Colon obtuvo con su libertad tantos obsequios, que inmediatamente sus compañeros gustaron de ponerse en contacto con tan generosos navegantes.

Volviendo á la aclaracion de los lugares que la flota iba visitando, sabemos que en todas aquellas cercanias hay una constante y poderosa corriente hácia

el O-N-O. : y pues Colon las advirtió contrarias en su derrotero, claro está que debia navegar en la direccion opuesta, esto es, al E-S-E. Ademas, cuando estaba cerca de la Concepcion vió otra isla al Occidente, la mayor que hasta entonces habia visto, y no se dirigió á ella por no poder navegar en su rumbo: de todo lo cual se infiere con evidencia que la flota no navegó hácia el Occidente al ir desde San Salvador á la Concepcion, pues por la contrariedad del viento, no pudiendo haber otra causa, le fue imposible tomar aquel rumbo. Ahora, pues, refiriéndonos á la carta hallamos la isla conocida hoy como la Concepcion al E-S-E. de San Salvador, y á la correspondiente distancia de cinco leguas.

Salieron de la Concepcion nuestros navegantes el 16 de octubre dirigiéndose á una isla muy grande que hácia Occidente se veia á nueve leguas de distancia, la cual se estendia hasta veinte y ocho en las direcciones S-E. y N-O.; pero como todo el dia hubiese calma, no llegaron á ella hasta la siguiente mañana del 17. En la descripcion que de cada una de dichas islas hace en su diario el Almirante, resalta el entusiasmo de que se hallaba poseido conforme á los colores de su maravillosa pintura. La tercera en que sentó el triunfante pie, le pareció doblemente hermosa que las ya vistas, y por crerla tal, quiso obsequiar á los monarcas españoles perpetuando en ella uno de sus augustos nombres. Llamóla, pues, Fernandina, y algunas horas despues de bautizarla, agradecido trató de reconocerla curioso, con ánimo á la vez de arribar á Samoet, que era otra isla inmediata donde los indígenas le significaban hallarse grandes criaderos de oro; pero el viento soplaba por el rumbo que él pretendia tomar, que era el de S-E. por S., y habiéndole advertido los indígenas la mayor facilidad de rodear la Fernandina con próspero viento en la direccion del N-O., enderezó á ella las proas de sus buques, y á las dos leguas andadas halló un puerto maravilloso de estrecha entrada, ó mas bien de dos entradas, porque una isla cerraba casi toda su abertura, formando dentro una grandísima concha, muy capaz de contener cien navíos de los de entonces. Saliendo de este puerto por la opuesta entrada al N-O. descubrió aquellas partes de la isla que se dilatan al Oriente y Occidente; pero como los naturales le indicaran que ella era sin embargo mas pequeña que la de Samoet, á la cual seria mejor volverse, y á la par el viento hubiese cambiado soplando del O-N-O. segun convenia para desandar lo andado, el Almirante admitió el consejo haciendo enderezar las proas al E-S-E. para salir á la mar, con ánimo á la vez de correr una tormenta que amenazaba, pero que al fin se disipó en lluvia. Al otro dia, 18 de octubre, anclaron los bageles enfrente de la estremidad de Fernandina.

El todo de esta descripcion corresponde exactísimamente á la isla de Exuma, que está al S. de San Salvador, y S-O. por S. de la Concepcion. La sola inconsecuencia que se advierte en el relato del Almirante, es la de decir este que Fernandina estaba al Occidente de la Concepcion, y que tenia veinte y ocho leguas de largo, cuyo error puede haberse originado por considerar los Cayos de la cadena como parte de Exuma, segun la apariencia de continuidad que toman

naturalmente vistos desde la Concepcion por estenderse tambien al S-E. y N-O.: su situacion respectiva, vistos desde el mismo punto, es igualmente Oriental y Sur-Occidental. Como prueba de que asi era se debe tener en cuenta que despues de haberse acercado á estas islas, en vez de aumentarse á su vista la estension de Fernandina, dice el Almirante que tenia mas de veinte leguas de largo, cuando antes la habia estimado en veinte y ocho; descubrió ademas que en vez de una isla habia muchas, y alteró su curso para llegar á la mas visible y que de mayores dimensiones se ostentaba.

La identidad de Exuma con la isla aqui descrita se imprime irresistiblemente en el ánimo: la distancia de la Concepcion, el notable puerto con una isla á su entrada y la vuelta de sus costas mas allá hácia el Occidente, están con tanta precision delineadas que parece que la carta se ha dibujado por las descripciones del Almirante.

El 19 de octubre salieron los buques de Fernandina, y tomando al S-E. con viento Norte, navegaron por tres horas con este rumbo; pero descubriendo entonces la isla de Samoet al Oriente, pusieron las proas en su direccion, y llegaron á la estremidad Norte de ella antes de medio dia. Alli hallaron una pequeña isla rodeada de rocas con otra banda de rocas entre ella y Somoet: dió el Almirante á la de Samoet el nombre de *Isabela*, y á su punta opuesta á la pequeña isla el de *cabo del Isleo*: al cabo S-O. de Samoet llamó *cabo de la Laguna*, por varias que en sus cercanías tenia la isla, y enfrente de él anclaron los buques. Yace la citada isla pequeña en la direccion de Fernandina é Isabela Oriente y Occidente, y su costa se dilata doce leguas al O. hasta una punta, que por su belleza apellidó Colon *Fermosa*: el Almirante creia que esta fuese una isla aparte de Isabela, con otra entre ambas. Desde cabo Laguna, donde permaneció hasta el 20 de octubre, salió la flota al N-E. hácia cabo del Isleo; pero encontrando bancos en la isla pequeña no ancló hasta el dia siguiente: cerca de esta estremidad de Isabela hallaron un lago del cual los buques hicieron aguada. Toda la descripcion de la isla Isabela ó de Samoet conviene tan exactamente con la que hoy llamamos isla Larga, al oriente de Exuma, que solo se necesita leerla con la carta abierta para que de su identidad nos convenzamos.

Las señales esplicativas con que los indios sustituian para la inteligencia de nuestros navegantes su incomprensible lenguaje, hicieron creer á Colon que en aquella isla habia un rey poderoso que vestia de oro todo su cuerpo: semejante nueva y la hermosa vegetacion de la isla que acrece en gran manera á todas las otras ya visitadas, le hicieron ser mas minucioso en su reconocimiento, con mayor motivo cuanto mas despertaban sus deseos de especular en ella odoríferos árboles de que estaba llena, y que el Almirante juzgaba de especería, bien que á la par manifestase gran pesar por no conocerlos. Al cabo se convenció de que no podia completar el logro de sus esperanzas, puesto que despues de cuatro dias de costeo é investigaciones no alcanzó las preciosidades que buscaba, y como á la par le informasen de otra isla mas abundante en oro y preciosos objetos, lla-

mada Cuba, en la cual se proveian de aquellos adornos todas las inmediatas, resolvió abandonar la Isabela y pasar á Cipango, que tal creyó que debia ser la isla de Cuba.

Salió, pues, la flota de Cabo de Isleo en la noche del 23 para amanecer el 24, y dirigió su rumbo al O-S-O. El viento continuó ligero con lluvia hasta el medio dia, que refrescó mas, y al anochecer, Cabo Verde, ó sea la punta del S-O. de Fernandina, esta por el N-O. á siete leguas de distancia: y porque la noche amenazaba tempestad se mantuvieron los buques á la capa hasta el amanecer siguiente, navegando nada mas que dos leguas, segun la estima del Almirante.

En la mañana del 25 hizo vela otra vez al O-S-O. hasta las nueve, á cuya hora habia navegado cinco leguas, y virando entonces al Occidente avanzó once leguas mas, hasta las tres de la tarde que descubrió tierra. Componíase esta de unas isletas en número de siete ú ocho en la direccion de Norte á Sur, como á cinco leguas del punto en que los buques flotaban, y porque ya sus cuidados crecieran lo bastante para no dejar de hacer reconocimiento alguno que útil pudiera serle, dirigióse al Sur de ellas y alli ancló hasta el otro dia. Cuando las hubo reconocido, porque eran bajas y arenosas, con cinco ó seis leguas nada mas de estension entre todas, las llamó en conjunto *islas de Arena.*

La distancia navegada por Colon, añadiéndola á la de su partida de Fernandina, y á la que habia en el momento de descubrirla hasta las islas de Arena, dan un total de treinta leguas, que son tres menos que la distancia positiva desde el punto S-O. de Fernandina ó Exuma, de donde partió Colon, al grupo de Mucaras, situado al Oriente de Cabo Lobo en el gran banco de Bahama, el cual corresponde á la descripcion del Almirante. Si fuese necesario responder por esta diferencia en un cálculo en que tanto se saca de conjeturas, fácilmente ocurriria á un marinero que el descuento de dos leguas de navegacion durante una larga noche de tiempo borrascoso es demasiado pequeño. Aunque el curso de Exuma á las Mucaras es S-O. por O., y el que siguió Colon difiere de este algun tanto, como era su intencion al salir de la Isabela tomar el rumbo de O-S-O, y despues lo alteró al Occidente, podemos creer que lo haria asi en consecuencia de haber sido impelido fuera de su curso por el Sur, mientras estuvo á la capa la noche antes.

Al amanecer el 27 de octubre se dió al mar otra vez la flota aventurera desde las islas de Arena y Mucaras con rumbo al S-S-O. para buscar la de Cuba, segun los informes de los indígenas; y como al anochecer, despues de navegadas diez y siete leguas en aquella direccion, se viese tierra, hubieron de mantenerse á la capa los buques hasta amanecer el dia siguiente. Vueltos á la vela con rumbo al S-S-O. en la mañana del 28, entraron en un hermoso rio con un buen puerto, á que puso el nombre de San Salvador el Almirante, repitiendo el de la primera isla descubierta. Supónese, contra la opinion de Navarrete, que sea esta parte de la isla la que hoy se conoce con la denominacion de *Carabelas grandes,* situada

á ocho leguas Occidente de Nuevitas del Príncipe, puesto que su posicion y distancia de las Mucaras coincide exactamente con el derrotero de Colon, lo mismo que su descripcion, en cuanto puede verificarse por medio de las cartas con la del puerto referido (1).

El 29, sin que sepamos por el Almirante á qué hora, alzó la flota sus anclas para navegar á Occidente, y á las seis leguas llegó á una punta de la isla que se dilataba hácia el N-O., dándole el nombre de *Punta Gorda*, y á las diez leguas otra dilatándose al E., á que llamó *Punta Curiana.* Una legua mas allá descubrió un pequeño rio que denominó de *La Luna*, y despues, á mayor distancia, que no especifica, otro muy mayor que los anteriores, á que puso nombre de *Rio de mares.* Desembocaba este en cierta especie de lago con una atrevida entrada, y tenia por seña particular de tierra dos montañas redondas al S-O. y un elevado promontorio al O-N-O. propio para una fortificacion, y que proyectaba mucho mas adentro. Creemos que sea este el hermoso puerto y rio que está al Oriente de Punta Curiana, porque su distancia, segun las horas andadas, corresponde con la que navegó el Almirante desde Carabelas grandes, suponiendo, como parece cierto, que ellas sean el puerto á que Colon repitió el nombre puesto á la primera isla del descubrimiento.

Saliendo del rio de Mares el dia 30 de octubre, siguió Colon el rumbo del N-O. por quince leguas, cuando vió un cabo á que dió el nombre de *Cabo de Palmas*, y este se cree que sea el que forma la entrada oriental de Laguna de Moron: mas allá de él, y á cuatro jornadas distante de la ciudad de Cuba, segun las confusas señales de los indios, habia otro rio considerable que Colon determinó visitar con su flota. Pasó pues la noche á la capa, y cuando ya era entrado el dia 31 llegó al desagüe del indicado rio, cuya investigacion hubo de abandonar porque la escasez de su caudal no permitia que las carabelas flotasen en sus aguas. Despues de este rio habia un cabo rodeado de bancos y otro proyectaba todavia mas lejos, conteniéndose entre los dos una bahía capaz únicamente de recibir buques pequeños.

La identidad que existe entre la anterior descripcion y la costa inmediata á la Laguna de Moron parece muy clara: el cabo al Oriente de dicha laguna coincide con el cabo de las Palmas, la propia laguna con el somero rio que el Almirante describe, y en la punta occidental de la entrada, con la isla de Cabrion enfrente, reconocemos los dos estendidos cabos de que habla, con lo que parece una bahía entre ellos; siendo toda esta una combinacion muy notable, y bien difícil de hallar en otra parte que la aceptada por nosotros no sea. Mas lejos, la costa desde el puerto de San Salvador se torcia al Occidente hasta el rio de Mares por

(1) ...Y entró en un rio muy hermoso y muy sin peligro de bajas ni otros inconvenientes, y toda la costa que andaba por alli era muy hondo y muy limpio hasta tierra: tenia la boca del rio doce brazas, y es bien ancho para barloventear; surgió dentro diz que á tiro de lombarda. Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el rio fermosos y verdes, y diversos de los nuestros... la tierra muy llana... *Coleccion de viajes*, tomo I, pág. 40.

una estension de diez y siete leguas, y desde aqui volvia por N-O. en la direccion del Cabo de Palmas; todo lo cual corresponde en la propia forma con lo que se ha supuesto. Habiéndose cambiado el viento al N., y siendo por lo tanto contrario al rumbo hasta entonces seguido, se volvió la espedicion al rio de Mares, donde permaneció anclada hasta el dia 12 de noviembre.

Las noticias adquiridas anteriormente al descubrimiento y costeo de Cuba, obligaron á Colon, siguiendo el vuelo de su fantasía, á saltar en tierra para enviar su embajada al rey ó señor principal de la isla. Dejó, pues, las carabelas sin mas tripulacion que la conveniente guardia, y tuvo gran cuidado de indagar lo primero si por señales positivas era aquella isla tan abundante de oro como sus deseos apetecian, y aunque en los primeros indígenas que á su presencia vinieron no halló vestigio alguno del metal que buscaba, hubo de sostener su esperanza una lámina de plata que cierto indio pendiente de la nariz tenia. Para rectificar con apariencias de juiciosa la resolucion que tomó bien pronto, volvió á su sistema de mudas interrogaciones, las cuales mal interpretadas regularmente por los indios, y no mejor entendidas por los nuestros sus contestaciones, dieron el conveniente resultado de engaños, que esta vez hicieron creer al Almirante que se hallaba en la tierra firme del viejo continente por sus costas mas orientales.

En tal equivocado concepto escogió entre sus soldados los dos mas hábiles, uno Rodrigo de Jerez, natural de Ayamonte, y otro cierto judío converso llamado Luis de Torres, que poseia los idiomas hebreo, caldeo y árabe, los cuales acompañados de un judío de los de Guanahaní, y otro de la costa en que se hallaban para que de intérpretes les sirvieran, partieron la tierra adentro en busca del Gran Kan ó de otro parecido señor, siendo portadores de las cartas credenciales que á Colon habian entregado en propia mano los monarcas de España, y llevando, para mas cómodamente hacer su viaje, porcion de cuentecillas y otras vagatelas que pudieran cambiar por el sustento necesario, y demas necesidades que al objeto de la espedicion debian ser cumplideras.

Entre tanto, y porque el rio hace en la boca un gran lago con singular puerto y magnífica playa para varar las carabelas, dispuso el Almirante que se echaran en tierra para recorrerlas una despues de otra en los seis dias de término que para volver de su comision habia dado á los soldados embajadores; y por lo que habia sucedido en todas las islas hasta alli frecuentadas, establecióse en la de Cuba el sistema de rescates ó cambios de algodon y hamacas ó redes de la propia materia en que los indios dormian (y que despues fueron de constante uso en la marina de todas las naciones), por nuestras cuentas y cascabeles, etc.; bien que esta vez no se hiciera semejante comercio en tanta abundancia, por haber prohibido Colon todo cambio que por oro no fuese; pero como este no abundase, antes su escasez parecia mayor que en las otras islas, y los indios interrogados al mostrárselo, respondieron contestes señalando al S-E., aborreció, al fin, el Almirante sus ilusiones concebidas respecto á la tierra en que se hallaba, y únicamente esperó la vuelta de los enviados al interior para obrar alli segun sus

noticias, ó darse á la mar en busca de *Babeque*, isla que los indios le indicaban en la citada direccion como muy abundante de perlas y preciosos metales.

Por fin, en la noche del 5 de noviembre volvieron los enviados bien contentos del recibimiento que les habian hecho en un pueblo de cincuenta casas, el mayor al parecer que entonces habia en la isla, doce leguas distante del rio de Mares; pero harto pesarosos por no haber hallado las riquezas y el lujo que se habian imaginado. Sin embargo, no fue del todo indiferente su viaje á las condiciones del comercio ni al acrecentamiento de las rentas nacionales, puesto que habiendo observado los embajadores cómo tomaban sahumerios por la boca los indios del tránsito á favor de ciertos *mosquetillos* de hojas secas envueltos y encendidos que llamaban tabacos, probaron de la costumbre y se aficionaron tanto á ella que ya no pudieron dejarla, trasmitiéndola á sus compañeros y despues á todo el mundo en la forma sorprendente que hoy se conoce, con maravilloso provecho de especuladores y traficantes.

Bien hubiera querido el Almirante hacerse á la mar el dia 8 de noviembre, segun en su diario decia, no sin tomar antes algunas muestras de almáciga que en la isla habia encontrado; pero se lo impidieron los vientos y hubo de diferir su partida hasta la mañana del 12. Salió, pues, en dicho dia para ir en busca de Babeque, isla que se creia abundante en oro, y que estaba al Este por Sur del puerto que abandonaba; y despues de ocho leguas navegadas con buen viento llegó á un rio en que puede reconocerse el que fluye al Occidente de *Punta Gorda*: cuatro leguas mas allá vió otro, á que puso por nombre *Rio del Sol*, el cual parecia muy grande; pero no se paró á examinarlo porque el viento favorable convidaba á seguir la derrota emprendida: se cree, sin embargo, que fuese el conocido por *Sábana*. Colon iba retrocediendo en su derrota y habia navegado doce leguas desde el rio de Mares; pero al ir al Occidente desde el puerto de San Salvador al mencionado rio, habia navegado diez y siete leguas, por lo cual San Salvador quedaba cinco leguas al Oriente del rio del Sol, y segun esto, refiriéndonos á la carta, hallamos las Carabelas Grandes situadas á la distancia correspondiente de Sábana.

Habiendo navegado seis leguas desde el rio del Sol, que hacen con las ya dichas diez y ocho desde el rio de Mares, vino Colon á un cabo que llamó de Cuba, probablemente por suponer que fuese la estremidad de aquella isla, el cual corresponde con precision en distancia desde Punta Curiana con la isla menor Guajaba, situada cerca de Cuba, y entre la que, y la Grande Guajaba, al ir al puerto de San Salvador, debió pasar el Almirante. Regularmente no lo advertiria por ocupar toda su atencion la magnífica isla que tenia delante, ó, lo que es tambien muy posible, flotaron sus bajeles por el pasage que tiene dos leguas de ancho, mientras estuvieron á la capa la noche antes que á San Salvador llegasen.

El 13 de noviembre, habiendo estado los bajeles toda la noche al pairo, pasaron por la mañana una punta de dos leguas de estension, y entraron despues

en un golfo que se inclinaba hácia el S-S-O., creyendo Colon que separaba á Cuba de Bohio ó Babeque, y en cuyo interior habia un grande lago entre dos montañas. No se pudo averiguar por entonces si era aquel un brazo de mar; porque no hallándose abrigo contra el viento N., tuvo que darse otra vez mar adentro. Aparece de aqui que debió Colon navegar en parte alrededor de la pequeña Guajaba, la cual pensó que fuese la estremidad de Cuba, sin saber que algunas horas de navegacion le hubieran llevado por aquel canal al puerto de San Salvador, su primer descubrimiento en esta isla, y del mismo modo al rio del Sol que habia pasado el dia antes. De las dos montañas vistas en ambos lados de esta entrada, la principal corresponde con el pico llamado *Alto de Juan Daune*, á siete leguas Occidente de Punta de Maternillos. Continuando el viento al N. tomó al Oriente catorce leguas del Cabo de Cuba, que hemos supuesto fuese la pequeña Guajaba; y aqui se hace evidente que la punta de la pequeña Guajaba la creia Colon la estremidad de Cuba, porque habla de la dicha tierra situada al Sotavento del golfo espresado como de la isla de Bohio, y dice que descubrió veinte leguas de ella navegando al E-S-E. y O-N-O.

El dia 14, habiendo pasado á la capa toda la noche con viento N-E., determinó buscar un puerto, y si no lo hallaba, volver á los que habia visitado en la isla de Cuba; porque debe recordarse que él suponia fuese Bohio todo el Oriente de Guajaba: al efecto navegó seis leguas al Este por Sur, y luego se dirigió á tierra. Vió muchos puertos é islas; pero como hiciese viento fresco y estuviese la mar muy alta, no se atrevió á entrar, sino que siguió la costa N-E. por O. hasta diez y ocho leguas, al cabo de las cuales tuvo ocasion de reparar en un puerto de espaciosa entrada para el que se dirigió S-S-O., y despues S-E.,



siendo toda la navegacion clara y abierta. Alli vió Colon tantas islas que era imposible contarlas, altas y cubiertas de árboles, poniendo al mar vecino *Mar de Nuestra Señora*, y al puerto que cerca de la entrada de estas islas habia, llamó *Puerto del Príncipe*, sin entrar en él hasta el domingo siguiente, que fue despues de cuatro dias pasados. Alli levantó una cruz el Almirante sobre una colina que se elevaba no lejos del puerto, con la doble tendencia de consignar la toma de posesion de aquella parte, y de familiarizar á los isleños con el sagrado signo en que fue redimido el género humano.

Al llegar á este lugar se advierte cierta oscuridad en el testo correspondiente al diario del Almirante, con varias anticipaciones que pudieran atribuirse al estravagante gusto de mezclar al copiarlo otras cosas inconexas. Sin embargo, parece evidente que mientras se mantuvo á la capa la noche anterior con viento N-E. habian flotado los bastimentos hácia el N-O., llevándolos la corriente poderosa del canal de Bahama en la propia direccion á muy larga distancia. Asi cuando quisieron volver á los puertos que habian dejado en la isla de Cuba se los encontraron á sotavento; pero en cambio descubrieron el numeroso grupo de islas, cuya principal se conoce al presente con el nombre de *Cayo Romano*. Ahora bien; la corriente del mencionado canal bastaria por sí sola para haber impelido los buques á veinte leguas de distancia al Occidente, que es cabal la que habian navegado hácia Oriente desde que dejaron el cabo de Cuba ó Guajaba, porque habia obrado en la flota durante un período de treinta horas: ademas, no puede dudarse la identidad de aquellos cayos, puesto que los que rodean el principal, *Cayo Romano*, son los únicos de las cercanías de Cuba que no son bajos y húmedos, sino grandes y elevados, circuyendo una navegacion libre y abierta con abundancia de muy capaces puertos, en los cuales se refugiaban poco há porciones de piratas, que hallaban seguridad y secreto para ellos y sus presas en los recesos de tan levantados cayos.

Segun la descripcion de Colon, debieron haber entrado los bajeles por entre las islas de Baril y Pacedon, y navegando por junto á Cayo Romano con rumbo al S-E., alcanzaron al dia siguiente su antiguo crucero en las cercanías de la menor Guajaba. Tampoco nos dice aquí el Almirante á dónde surgió entre aquellos cayos, ni menos habla de haber por entonces dado fondo hasta volver de la primera inefectiva busca de Babeque; por lo cual parece evidente que no anclaron los bajeles esta vez en el Puerto del Príncipe; pero no es menos cierto de que su distancia seria muy moderada, respecto á que Colon fue desde su carabela en un bote á colocar una cruz á la entrada, como queda dicho, el dia 18 de noviembre. Por otra parte, la descripcion que de dicha entrada hace el Almirante, inclina fuertemente á creer que el puerto á que se refiere el relato, y el que hoy se conoce con el nombre de *Nuevitas del Príncipe*, son seguramente uno mismo.

El 19 de noviembre se dieron otra vez á la mar las carabelas en busca de Babeque, advirtiendo que al sol puesto se hallaba el Puerto del Príncipe á siete



leguas de distancia en la direccion del S-S-O.: y habiendo navegado toda la noche al N-E. por N. hasta las diez de la mañana siguiente, estimaron una distancia andada de quince leguas en aquel rumbo. Bien hubiera deseado continuarlo el Almirante; pero de pronto comenzó á soplar con no escasa fuerza el viento de la misma parte donde Babeque se suponia, y porque á la vez se cerró mucho el tiempo, determinó Colon volver á tomar puerto en el del Príncipe, distante ya sobre veinte y cinco leguas. Sin duda que con mayor facilidad hubiera podido arribar á la Isabela; pero su escasa distancia de ocho leguas á la isla de San Salvador, y el deseo que manifestaban de volver á sus hogares los indios de esta parte que Colon llevaba para intérpretes, le aconsejaron navegar doble distancia para encontrar contra la tempestad seguro puerto. Ademas que hubo de observar no muy lejos hácia el Sur dos isletas y quiso tentar á visitarlas, por mas que luego varió de pensamiento.

Se ve por lo dicho, que al salir al N-E. por N. desde cerca del Puerto del Príncipe, se habia aproximado la flota á una corta distancia de Isabela, cuya isla estaba entonces, segun los cálculos de Colon, á treinta y siete leguas de dicho Puerto del Príncipe, y San Salvador á cuarenta y cinco. La primera suposicion difiere ocho leguas, y la segunda nueve de la verdad, ó sea de la distancia positiva que hay de Nuevitas del Príncipe á San Salvador y á Isla larga. Ademas de esto recordemos el rumbo seguido por Colon al ir de Isabela á Cuba, primero O-S-O.; luego O., y despues S-S-O.; y considerando las diferentes distancias que navegó en cada uno, se sacará un derrotero medio que apenas difiere del S-O.: navegando despues por este rumbo desde Isabela, llegó á alcanzar el puerto de San Salvador en la costa de Cuba; y saliendo luego al N-E. por N. desde cerca del Puerto del Príncipe, ya se vió cómo iba en la direccion de Isabela. De aqui se deduce que el puerto de San Salvador en la costa de Cuba yace Occidente del Puerto del Príncipe, enlazándose y estableciéndose toda la combinacion por semejante forma. Las dos islas que se vieron por la flota á las diez de la mañana del mismo dia 20 de noviembre, cuando el temporal la obligó á variar el rumbo emprendido en busca de Babeque, debieron haber sido algunos de los cayos que están al Occidente de los Jumentos. Volviendo al Puerto del Príncipe, llegaron á él por la noche las carabelas, y Colon pudo observar entonces que las corrientes le habian impelido hácia el O., probándose con esto la fuerza impulsiva de la de Bahama, porque deberá recordarse que el viento para ir á Cuba le habia sido favorable.

Antes de pasar adelante en la cuestion geográfica que vamos ventilando, conviene hacer mencion de un suceso punible que tuvo lugar en la espedicion al cerrarse la noche del dia 21. En todo él, por los deseos que el Almirante alimentaba de encontrar á Babeque, se mantuvieron los bastimentos bordeando enfrente de la costa de Cuba, sin querer tomar tierra; pero al cabo fue tanto lo que los vientos arreciaron al ponerse el sol, que Colon varió de pensamiento, é hizo las convenientes señales para acogerse á puerto. Como era consiguiente por lo que á

las leyes de la obediencia se debia, no tardó la Niña en poner la proa hácia la costa, navegando á par de la Almiranta; pero la Pinta, lejos de imitar las maniobras que se la indicaran, continuó un largo separándose de la flota sin causa legal, puesto que el viento favorecia las órdenes del Almirante. En vano se continuaron repetidas las señales aun durante algunas horas de la noche por medio de los faroles, como en las ordenanzas estaba prescrito, puesto que el capitan de la Pinta, hasta entonces muy apreciable Martin Alonso Pinzon, dió suelta rienda á su propósito torciéndose, malaventurado, de las vias de la justicia.



Achacóse á envidiosas tendencias semejante porte, que no otro orígen pudiera alimentar tan bastardos procederes; porque Pinzon, harto celoso de la gloria que circundaba la espaciosa frente de Colon, pensó en mal hora amenguarla, bien descubriendo con anticipacion los criaderos del oro que se buscaban, segun entendió por señales de los indios que en su carabela llevaba, ó mejor anticipando su regreso á la Península Ibérica, para gozar por sí solo el triunfo debido únicamente al coloso de aquel brillante suceso.

Por tan siniestra aventura se mantuvieron á la capa toda la noche ambas carabelas; siempre con alguna esperanza de que la Pinta se reuniese; pero como la luz del sol alumbrase desierto el mar que la vista alcanzaba, verificóse el arribo ordenado con muestras visibles de pesar en todos los rostros leales de las tripulaciones. La mermada flota dió esta vez fondo en un puerto hasta entonces no

frecuentado por ella, pero que no distaba gran cosa del de el Príncipe, y al cual bautizó Colon con el nombre de Santa Catalina, para hacerse otra vez al mar el dia 23 con rumbo al S-S-O., sin apartarse de la costa de Cuba. En fin, despues de luchar cuatro dias, del 19 al 24, con vientos ligeros, contra la fuerza de contrarias corrientes, llegó enfrente de la isla Llana, de donde habia partido la semana anterior en busca de la tan deseada Babeque.

Asi sabemos por accidente que el punto de donde salió Colon para ir á Babeque fue la misma isla de Guajaba la chica, que yace al occidente de Nuevita del Príncipe; mas al principio no se determinó á entrar por la abertura de las dos montañas, porque parecia que la mar se quebraba sobre ellas; pero habiendo enviado un bote por la proa á manera de práctico, le siguieron las carabelas al S-O. y luego al O., y entraron en un hermoso puerto. La isla Llana estaba al N., y con otra inmediata formaban todas un seguro tazon capaz de dar asilo, como dice el propio Almirante, á toda la armada española: por consiguiente, esta isla Llana se resuelve en nuestro antiguo cabo de Cuba, que se ha supuesto ser la pequeña Guajaba, y su entrada oriental se identifica con el golfo arriba dicho, que yace entre dos montañas, una de las cuales hemos supuesto sea el alto de Juan Daune, y cuyo golfo parece como que divide á Cuba de Bohio.

Desde aquí el derrotero comparativo para aclarar la cuestion geográfica se hace mucho mas inteligible. El 26 de noviembre al amanecer salió Colon de Santa Catalina y se dirigió al cabo de S-E., al cual puso por nombre *Cabo del Pico*, siendo fácil reconocer en este promontorio el ya mencionado alto de Juan Daune: desde cerca de este vió otro cabo distante como unas quince leguas, y cinco leguas aun mas allá otro, á que nombró *Cabo de Campanas*; de los cuales debe ser el primero el que se conoce hoy como *Punta del Padre*, y el segundo que lleva la denominacion de *Punta de Mulas*. Sus distancias desde el alto de Juan Daune son mayores de lo que estimó el Almirante; pero no es poca la esperiencia que se necesita para estimar con exactitud las distancias de los osados promontorios de Cuba, vistos á través de la pura atmósfera que rodea aquella isla, en la cual tuvo á la vez ocasion de admirar, como resultado de su soberbia vegetacion, algunas canoas de una sola pieza, cuya capacidad se estendia á contener en sí sobre ciento y cincuenta personas.

Habiendo pasado la Punta de Mulas por la noche, observó el Almirante la profunda bahía que hay al S-E. de ella; y viendo el promontorio que se interna en el mar entre puerto Nipe y puerto Danes con las anchurosas bahías de ambos lados, supuso fuese un brazo de mar que dividia unas tierras de otras con una isla entre ambas. Desembarcó en Faco por un corto tiempo y llegó en la noche del 27 á Baracoa, habiendo antes proyectado su desembarco sobre la costa, por haber observado gran número de indios que en son de guerra y armados de azagayas acudian á las orillas del mar como queriendo evitar la aproximacion de nuestras carabelas. Es verdad que tan pronto como algunos pocos soldados se aproximaron en un bote con ánimo de sosegarlos, mas bien que de batirlos,

aquellos medrosos indígenas se apartaron á todo correr, dando feroces alaridos, hasta perderse en la espesura de sus bosques (1).

Conviene advertir, antes de continuar la navegacion de las carabelas para llevarlas á la isla de Babeque, tan buscada por sus tripulaciones, que desde el Cabo del Pico, hasta *Puerto Santo* ó Baracoa, distancia de sesenta leguas, segun relacion del Almirante, no pasó menos de nueve puertos buenos y cinco caudalosos rios hasta Cabo de Campanas, y de aquí á Puerto Santo ocho rios mas, cada uno con su puerto (2), coincidiendo esta descripcion con la que en la carta puede advertirse entre el alto de Juan Daune y Baracoa.

Desde el 27 de noviembre hasta el 4 de diciembre entretuviéronse los espedicionarios en la investigacion de las tierras inmediatas, con muy escasa comunicacion de los naturales; porque menos sencillos y por lo tanto mas recelosos que los de las otras islas hasta entonces visitadas, si alguna vez se presentaron á la vista de los españoles en grande número pero en ademan nada pacífico, se alejaron tambien presurosos y tímidos cuando el brillo de nuestras armaduras iba á herir sus pupilas, no acostumbradas á tan siniestros resplandores. Con todo; como los vientos se mostraban contrarios al rumbo que el Almirante trataba de seguir, y ademas el tiempo estaba desabrido con fuertes aguaceros y síntomas de recios temporales, hubieron de permanecer allí malgastando aquellos dias respecto al objeto de la espedicion, mas no para el recreo de los sentidos, puesto que de aquellas tierras hace Colon tan gratísimas descripciones, que no parece sino que habia llegado á penetrar los términos del Paraiso (3). Allí encontraron algunos marineros ciertas piedras al parecer minerales en el fondo de un rio, con vetas y granos de oro, y no muy lejos del puerto, en una casa abandonada un panal de cera, todo lo cual se trajo como muestra á España cuando Colon llegó á dar cuenta de su viaje ante los Reyes Católicos.

Saliendo de Puerto Santo ó Baracoa la espedicion el 4 de diciembre, hubo de montar el cabo oriental de Cuba al siguiente dia, y entonces no dejó de embarazarse la imaginacion del Almirante con la duda natural que sobre el rumbo mas conforme á sus deseos le convendria; porque si de una parte le halagaba la ilusion de encontrar por la vuelta del S-E. las regiones mas abundantes y civi-

(1) M. S. de la casa de Veraguas. Navarrete: *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º Irving, *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.º, y en las *Ilustraciones*, tomo 4.º

(2) Y vido luego al pié de aquel cabo de Campana un puerto maravilloso y un gran rio, y de allí á un cuarto de legua otro rio, y de allí á media legua otro rio, y dende á otra media legua otro rio, y dende á una legua otro rio, y dende á otra rio, y dende á otro cuarto otro rio, y dende á otra legua otro rio grande, desde el cual hasta el cabo de Campana habria veinte millas y le quedan al Sueste: y los mas destos rios tenian grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandísimas, sin bancos de arena ni de peñas ni restingas. Navarrete, *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º

(3) Y certifico á Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las pueda haber mejores en fertilidad, en temperancia de frio y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los rios de Guinea que son todos pestilencia; porque, loado Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estaba toda su vida apasionado, y luego sanó al cabo de dos dias. *Diario de Colon, M. S. de la casa de Veraguas.*

lizadas de la India Oriental, podia mucho en la balanza de su interesada curiosidad el descubrimiento de la ponderada Babeque, que al parecer le indicaban los indios en la direccion del N-E. En semejante perplejidad acudió á ayudar su resolucion la vista de ciertas tierras muy altas hácia el S-E., para donde hizo poner en seguida las proas de sus carabelas, ansioso de alcanzarlas por la magnífica perspectiva de valles y montañas que al parecer ostentaban, merced á la atmósfera transparente de los trópicos que á muy largas distancias hace visibles distintamente los objetos. Parece que los indígenas que Colon llevaba consigo no pudieron menos de aterrorizarse al descubrir dichas tierras; y viendo que la espedicion á ellas se encaminaba, no faltaron algunos que trataron de arrojarse al agua para volverse á Cuba, repitiendo con pánico terror la palabra *Bohio.* Colon creyó que tal era el nombre de las tierras del S-E., y hubo de comprender por señales de los indios que sus naturales eran de feroz condicion y rudos procederes, que no tenian mas que un ojo en medio de la frente, y que se alimentaban con carne de los isleños que alcanzaban á cautivar en sus piraterías. Sin duda toda esta fábula forjó la acalorada fantasía de los navegantes, puesto que en nada se parecian las verdaderas condiciones de los haytianos á las que entonces se supusieron por gestos y señales en realidad mal comprendidas. El Almirante, á pesar de las muestras de terror manifestadas por los indios, y ansioso de recibir nuevas impresiones, continuó el rumdo á la supuesta Bohio, bien que acortando velas por la noche, como en aquellos mares acostumbraba por no conocerlos, y en la tarde del 6 tomó puerto en uno á que llamó de *San Nicolás,* sobre el estremo occidental de la isla que por largo tiempo llevó el nombre de *Santo Domingo.*

Al separarse de Cuba, dice Colon en su diario que habia costeado en dicha isla una distancia de ciento y veinte leguas, de las cuales, si rebajamos por ejemplo veinte que podemos atribuir á las ondulaciones de la costa, las ciento restantes medidas desde la punta Maysi caen exactamente sobre el cayo Cabrion que hemos supuesto límite occidental de sus descubrimientos.

Las observaciones astronómicas del Almirante no pueden servir de contrariedad á la doctrina sentada, porque él mismo dice que el instrumento que usaba para medir la altura meridional de los cuerpos celestes estaba descompuesto y no merecia crédito (1). Asi vemos que sitúa su primer descubrimiento, esto es, la isla de Guanahaní, á que dió nombre de San Salvador, en la latitud de la isla del Hierro que viene á ser de unos 27.° 30' Norte: la que hoy conserva dicho nombre de San Salvador está sobre los 24.° 30' de la propia latitud septentrional, y la del Turco, que quiere el señor Navarrete sea la primeramente pisada por los españoles, está á los 21.° 30'. En ambas se advierte una considerable diferencia respecto á la situacion que señaló el Almirante; pero al menos inteligente se le

(1) *Diario del Almirante,* M. S. de la casa de Veraguas. Navarrete, *Coleccion de Viajes,* tomo 1.°

alcanza la mayor facilidad que hay en comprender y enmendar un error de tres que otro de seis grados, cuando ambos se refieren á un mismo objeto.

Prescindiendo ya de las demostraciones geográficas, bien será torcer el discurso á los recuerdos históricos para ver si convienen con la sentada opinion, de que la actual isla de San Salvador y no otra alguna fue el primer punto á donde se puso Colon en contacto con el Nuevo-Mundo.

Herrera, cuyo crédito de historiador verídico es uno de los mas robustos pilares en que se apoya la sólida reputacion de sus escritos, dió á la estampa su *Historia de las Indias* por primera vez en el año que despedia el gran siglo de nuestras glorias; y al describir el viaje de Juan Ponce de Leon á la Florida en 1512 hace la observacion siguiente: *Dejando aguado en Puerto-Rico viraron al Nor-Oeste por Norte, y en cinco dias llegaron á una isla llamada el Viejo, en latitud* 22.° 30' *Norte. Al otro dia llegaron á una pequeña isla de los lucayos llamada Caicos. Al octavo dia surgieron en otra isla llamada Yaguna en* 24.° *al octavo dia desde Puerto-Rico. De allí pasaron á la isla de Mamega en* 24.° 30', *y al undécimo dia llegaron á Guanahaní que está á* 25.° 40' *Norte. Esta isla de Guanahaní fue la primera descubierta por Colon en su primer viaje, y á la cual le puso San Salvador* (1).

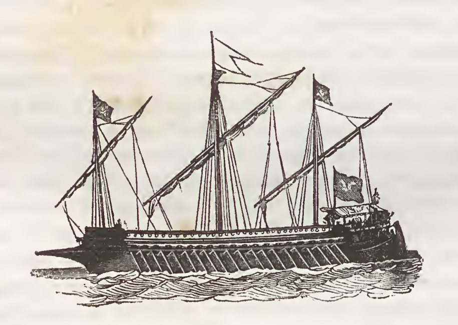
Tal es la sustancia de las observaciones de Herrera, concluyentes sin duda alguna por lo que concierne á la situacion de la primera isla por Colon descubierta: es verdad que las latitudes están todas mas altas de lo que debieran para concordar con lo positivo, siendo tal la de San Salvador que no corresponde con la de ninguna otra tierra que no sea con las conocidas hoy por Islas de Berry, que distan setenta leguas de la costa mas próxima de Cuba, en tanto que el Almirante en su diario dejó consignado que solo distaba Guanahaní cuarenta y cinco del Puerto del Príncipe. Pero téngase en cuenta que en aquellos primeros dias de la verdadera navegacion, los instrumentos para medir las alturas de los cuerpos celestes y las tablas de declinaciones para deducir su latitud, debian ser tan imperfectos que pusieran al navegante mas científico de entonces bajo el mas mecánico de los que hoy surcan los mares.

La segunda isla á que llegó Ponce de Leon por su rumbo al N-O. fue una de los Caicos; y aquí podríamos ya hacer punto en la cuestion, solamente considerando que están estos harto mas septentrionales por Occidente que la isla del Turco: pero como no podemos variar el derrotero de Ponce, habremos de admitir que la primera isla en que tocó desde Puerto-Rico fué la del Turco, á que el señor Navarrete hace muy gratuitamente la Guanahaní primera del descubrimiento: y en tal caso sirvió de tercera escala al navegante que nos ocupa la Mariguana; de cuarta la isla de Cooked y de quinta la isla Larga, todas salpicaban en el rumbo mas

(1) Herrera, *Historia de Indias*. Dec. 1, lib. 9, cap. X, y el mismo, en el primer capítulo de la descripcion de las Indias, que sirve como de apéndice á su obra, refiere otra escala de las islas Bahamas que está en completa armonía con la precedente, bien que empiece al lado opuesto, es decir, al N-O. para bajar al S-E.

racional de San Salvador, partiendo de Puerto-Rico. De otro modo, admitiendo la resolucion geográfica del señor Navarrete, ¿dónde hallaríamos las islas que Herrera nombra, con sus respectivas latitudes tan aproximadas á las que segun los cálculos de entonces tanto se parecian á las que nosotros suponemos? No es de creer que como tales acepte el señor Navarrete los bancos que en la carta se marcan enfrente del cabo francés y de Guarico, por el N. de la isla de Hayti ó sea de Santo Domingo.

Sobre todo lo dicho, acude á robustecer nuestra opinion, conforme con las antiguas creencias, la consecuencia que hasta el dia han guardado y guardan los nombres de *San Salvador*, *Concepcion* y *Puerto Príncipe*, acomodados por el famoso nauta á los parages que nosotros creemos sean los mismos que hoy los conservan; sin que pueda influir en nuestra mente contra pruebas tan palpables y concienzudas la no existencia de la laguna que en la isla de San Salvador tanto fijó la atencion de nuestros navegantes: que al cabo han pasado hasta el presente tres siglos y medio, y á nosotros no nos consta cuáles circunstancias pudieron haber cambiado la faz inculta de aquella isla, desde entonces habitada por gentes mas emprendedoras y acostumbradas á trastornar las leyes de la naturaleza. Dígannos si no los que asi aislada no admiten esta especie, si corresponde exactamente á la que hizo Hernan Cortés, la descripcion topográfica que hoy se hace de la célebre Méjico, especialmente en lo que á sus lagunas concierne: y si por invisibles no admitieran de pronto las teorías por las cuales se esplican semejantes cambios en las condiciones locales de un terreno cualquiera, tampoco nos seria difícil hacerlas completamente aceptables por medio de una disertacion físico natural, que fuera un tanto agena del capítulo que aquí terminamos, fijando la situacion geográfica de la verdadera isla de Guanahaní, hoy poseida por los ingleses con el nombre de San Salvador que Colon le acomodara, á 24.° 30' latitud N. y 70 de longitud al Occidente.



CAPITULO XI.

Señales positivas de mayor cultura que se comienzan á advertir en los bastimentos de la Isla Española.—Dificultades que se ofrecen para establecer la comunicacion necesaria con los naturales —Sale del puerto de *San Nicolás* la flotilla y costea la isla en la direccion de Oriente.—Soberbia vegetacion de aquella tierra deliciosa, y maravillosos efectos que ciertos términos de comparacion causan en los ánimos españoles.—Descubrimiento y arribo al *Puerto de la Concepcion.*—Causas que inspiraron á Colon para la que visitaba el nombre de *Isla Española.*—Espedicion al interior y primera comunicacion con los naturales de la isla; agasajos mútuos y muestras singulares que dan los indios de amor y de respeto.—Descubrimiento de las patatas: uso que de ellas se hacia en el Nuevo-Mundo.-Continuacion del viaje en busca de Babeque.--Descubrimiento y visita á la *Isla de las Tortugas.*—Encuentro en alta mar con un indio, buen trato que le hace el Almirante y felices resultados.-Primeras ideas de autoridad y sumision que se advierten en el Nuevo-Mundo: superioridad de los caciques.-Visitas y embajadas.-Vuélvese á la mar la espedicion: arribo al *Puerto de Santo Tomás* y mensage especial del Gran cacique Guacanagarí, superior entre todos los de la comarca.—Nuevos y raros presentes.—Salida de Santo Tomás y naufragio de la carabela Almiranta: buenos oficios de los indios y salvacion completa de la tripulacion y efectos.

Entre las muchas y variadas impresiones que hubieron de sentir nuestros marineros al tocar la nueva isla que se ofrecia á sus descubrimientos, como la mas galana en topografía y vegetacion de cuantas hasta allí habian examinado, chocóles favorablemente el prodigioso número y la exagerada capacidad de ciertas almadías, como dice el Almirante, canoas segun los indios, que á lo largo de la playa dentro del puerto de San Nicolás habia varadas. Al examinar con detenimiento algunas de ellas observaron ciertas labores de puro lujo en toda su estension como no tenian las de otras islas, de donde llegaron á colegir que su arribo en aquella ocasion lo habian hecho á un pais mas culto que todos los otros ya abandonados; y aunque ningun hombre pudieron distinguir por toda la estension que alcanzaba la vista, observaron á trechos, y por la tierra adentro grandes fogatas como si de señales comunicativas sirvieran á los hombres del pais que á rechazar la invasion se apercibian, lo cual si á gentes menos animosas pudiera muy bien infundir recelos, á los atrevidos nautas que á Colon seguian les facilitaba la mayor espansion en sus deseos de gloria y aventuras.

Bien hubo de acariciar el Almirante en su imaginacion la idea natural de hacer un desembarque y tomar lenguas por la tierra adentro, aun cuando para ello hubiera de detenerse algunos dias, porque siempre creyó desde el primer momento de aportar en aquella isla, que en ella habia de encontrar bastantes objetos para colmar los deseos con que su viaje se alimentaba; pero como el puerto en que habia fondeado estaba á un estremo occidental de la isla, y esta le pareciese muy estensa, no menos de doscientas leguas, juzgó mas oportuno orillar, costeándola, alguna parte de las dificultades que comenzaban á presentarse por la ausencia de los naturales, suponiendo que al fin por cualquier accidente le seria fácil apoderarse de alguno en su escursion, y sembrar la confianza en todos por los medios que hasta entonces habia empleado.

Levó, pues, las anclas y se hizo á la mar desde el puerto de San Nicolás, cuando apenas el sol comenzaba á alumbrar la mañana del 7 de diciembre, poniendo las proas al N-E. con el objeto de aprovechar todo el viento que del S-O. soplaba. Pero asi que por tal rumbo habia navegado sobre dos leguas torció paralelamente en la propia direccion que seguia la isla, esto es, de Occidente á Oriente para reconocerla con detenimiento, segun lo practicó, teniendo oportunidad de observar en toda su estension magníficos valles de lozana verdura con campos como de cebadas, bordando las faldas de arrogantes colinas y jigantescas montañas, muy semejantes á las que caracterizan el aspecto de nuestro territorio.

A vista de aquel delicioso pais rayó en locura el entusiasmo de las tripulaciones por lo que de su patria les recordaba, que siempre es grato al viajero hallar en apartadas tierras algunos términos de comparacion con el pais en que abrió los ojos á la luz primera, y ya se deja conocer cuánto semejante ilusion acreceria los recuerdos tras de un viaje de tan especiales y dudosas condiciones.

A la una del dia, cuando ya se habian apartado las carabelas muy largo trecho del cabo occidental en que primero fondearan, se hallaron á la altura de un puerto de espaciosa embocadura y cómodo surgidero, bien resguardado de los vientos por el abrigo que le presta desde quince millas enfrente por el N. la isla de la Tortuga. Avaro de novedades mas bien que por el deseo de suspender su navegacion, dió el Almirante las órdenes oportunas para que ambas carabelas entrasen, y asi que lo verificaron, antes de recoger las velas, hubieron de entretenerse algunos marineros en echar al mar las redes, para aumentar las ilusiones con que su fantasía ya se habia refrescado, puesto que en aquellas hubieron de sacar algunos peces como hasta entonces no habian visto por aquellos mares, en un todo semejantes á las *lisas*, á los *lenguados*, *salmones*, *albures* y á otros de los mas sabrosos que en nuestras costas se alimentan.

Visto el puerto y sus condiciones lo bastante para formar de él su capacidad y conveniencia, el concepto marinero que Colon necesitaba para consignarlo en su diario, tratara de volver á la mar con el objeto de seguir el propio rumbo que hasta allí habia traido; pero el cielo comenzó á cerrarse con mal caris y grandes

señales de fuertes aguaceros, y por la esposicion que pudiera tener en medio de la tempestad el exámen de una costa desconocida, se determinó á echar las anclas y esperar en el *Puerto de la Concepcion*, que así puso al que á la sazon le daba abrigo, á que los horizontes se despejaran. Entonces se aparejaron los botes respectivos para ir á tierra sobre las márgenes de un manso rio que alimentaba con sus linfas la mas hermosa vegetacion del mundo, al decir del Almirante (1), y lo que en aquellos climas no habia sucedido, oyeron por primera vez sobre las copas de frondosos árboles, tambien á los nuestros parecidos, el gorgeo de pintadas aves que daban al viento sus arpadas voces con la propia deliciosa armonía de nuestros ruiseñores. ¡Cuántas impresiones agradables, cuántos recuerdos nacionales, cuántos suspiros y cuántas lágrimas refrescarian la mente de nuestros nautas! á la consideracion se deja de todos aquellos que siquiera una vez hayan llorado la ausencia de su querida patria, impelidos en un largo viaje por las lonas de amigo ó contrario bastimento. Y como el sabio Almirante que asi manejaba los afectos de sus compañeros, no podia ser estraño á tales muestras de natural ternura, completó el entusiasmo dando á tan preciosa tierra el querido nombre de *Isla Española.* Los naturales la llamaban *Hayti*, que en su rudo é incompleto lenguaje significa *tierra alta*, y con efecto, la aplicacion de semejante frase no podia ser mas oportuna, por las señales características que marcan de dicha isla sus condiciones topográficas. El *Bohio* ó *Babeque* continuaron los indios de San Salvador señalándolo en la direccion del Sud-Este, y jamás hubo ocasion de encontrar semejantes tierras, á no ser que se admita la suposicion de que en su estado primitivo así se llamase la Jamáica, segun quiso indicar en su *Historia de las Indias* el P. fray Bartolomé de Las Casas.

Durante la primera permanencia de las carabelas en el puerto de la Concepcion, que fué nada menos que de siete dias, por lo que los tiempos se encrudecieron, costó gran trabajo á los españoles hablar con persona viviente de la isla, puesto que de gran cantidad de indios que en la mañana del 12 divisaron, por dar todos á huir, apercibiéndose con gran ligereza, no fué posible dar caza mas que á una mujer jóven y hermosa como la que mas de aquella tierra; la cual fué llevada al Almirante, y regalada y agasajada por este, y luego puesta en libertad, para que fuese á dar cuenta á sus parientes y connaturales de la liberalidad y buen porte que usaban los espedicionarios.

Acompañáronla tres marineros bien provistos de armas, con órden espresa de llegar hasta la poblacion que ella por señas manifestaba no estar lejos de la playa; pero aquellos regresaron á la carabela sobre las tres horas de la madrugada del 13 sin haber cumplido su encargo de comunicar con los indios del cercano pueblo, bien fuese por el temor natural que pudiera inspirarles el viaje nocturno entre gentes fugitivas y recelosas, ó bien por la confianza de que bastarian los presentes de cuentas, cascabeles y sortijas, hechos á la mujer para que se apre-

(1) En su diario M. S. de la Casa de Veraguas. Las Casas. *Historia de Indias* Navarrete. *Coleccion de Viajes* etc.

suraran los demas indios como en las otras tierras á llegarse á las carabelas para ofrecer sus rescates. Asi lo manifestaron, pues, al Almirante, que únicamente se tranquilizó por los resultados que obtuvo despues de rayar la nueva aurora. La impaciencia por comunicar con gentes de aquella isla no le permitió esperar á que sus naturales viniesen, y en este como en todos sus acuerdos harto acertado anduvo, puesto que aquellos no solo no se daban trazas de venir á la playa, pero ni aun quisieron esperar en la poblacion á nueve soldados españoles que á visitarlos iban con presentes del Almirante. Por fortuna habia tenido este la precaucion de enviar tambien un indio de los de San Salvador para intérprete, y sus oficios cerca de los de la española fueron tales que bien pronto acudieron, no sin recelos, alrededor de los nueve soldados españoles, hasta dos mil de aquellos, con tardo paso y llevando las manos sobre las cabezas en señal de adoracion y respeto, porque el intérprete les habia comunicado ya su error de que eran bondadosos huéspedes bajados del cielo.

Cuando los recelosos habitantes del pueblo inmediato al puerto de la Concepcion (1) se tranquilizaron respecto á las tendencias pacíficas de los españoles, dieron rienda suelta á su alegría, y no escasearon las manifestaciones en todos



(1) Segun los geógrafos mas autorizados, parece que este lugar era el que en tiempos mas recientes se conocia con el nombre de *Gros Morne*, situado en las márgenes del rio, á que pusieron los franceses de *Trois Rivieres*, que desemboca á media milla del *Puerto de Paz* por Occidente. La poblacion constaba entonces de unas mil casas de regular construccion y estremada limpieza, y parece como que en ellas moraban sobre tres mil hombres sin contar mujeres y niños.

conceptos: en particular el que al parecer era marido ó mas interesado pariente de la mujer cautiva y obsequiada el dia anterior, se manifestaba tan reconocido á la honra de los españoles, como no podia menos de hacer el hombre que habia alcanzado por semejante medio para su mujer las mayores distinciones, como que los demas indios la paseaban en triunfo con grandes voces de amor y de alegría. Así acudieron unos y otros á la presencia del Almirante, que nunca mas completo resultado pudiera apetecer en semejante propósito, llegando á solazarse un tanto su pensamiento con la vista de algunos sarcillos y planchas de oro que hubo de observar pendientes de las narices y de los labios de los indios. Estos, que al parecer nada poseian que comun no fuese, guardábanse poco de dar lo que tenian sin retribucion de ninguna especie, bien qué tomasen con muestras de singular aprecio las bagatelas con que los espedicionarios les obsequiaban (1). En particular se mostraron muy pródigos de sus alimentos, habiendo presentado á nuestros soldados y marineros gran cantidad de pescado y pan de *mames*, que eran unas raices, como dice Colon, parecidas á los rábanos grandes que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, segundo descubrimiento importante que la espedicion produjo, pues no siendo otra cosa que las batatas, de las cuales hacian su pan mas sabroso los indígenas de Hayti, harto se sabe cuántos bienes produjo á la humanidad ese antídoto del hambre, manantial de fecundos resultados aun en los paises mas favorecidos de la naturaleza. Tambien porque el Almirante y varios individuos de la tripulacion manifestaron vivos deseos de poseer algunos loros de que los naturales de la isla Española tenian abundancia domesticados, acudieron á semejantes deseos con la propia generosidad que en todos los demas artículos habian mostrado.

(1) Describiendo Colon la bondad de aquella isla, y mas particularmente de sus naturales, en una carta que escribió á Santangel, de quien ya hemos hecho especial mencion en este libro, se esplica en los términos siguientes: *Es verdad que despues que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tan sin engaño y tan liberales de lo que tienen que no lo creerán sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan pidiéndosela jamás dicen de no; antes convidan á la persona con ello y muestran tanto amor que darian los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosa de cualquier manera que sea que se les dé por ello son contentos.* Llegando á tal estremo esta verdad, que Colon se vió forzado por su conciencia en ocasiones á poner coto entre sus gentes á los cambios desiguales que se hacian de cachos de escudillas rotas y hasta pedazos de arcos de pipas etc., por considerables porciones de oro. (Véase á Navarrete en la *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º, páginas 169 y 170.) Pero aun es mas agradable la descripcion que de los habitantes de la Española hace el célebre Pedro Mártir de Angleria en su Decada 1.ª, libro III, tomada, segun su palabra, de las conversaciones que tuvo con el Almirante. *Es cierto, dice, que es la tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol y las aguas; y que* el mio y el tuyo, *semillas de tantos males, no tienen lugar con ellas. Se contentan con tan poco, que en aquel estenso pais mas bien tienen superfluidad que escasez; asi están en el mundo dorado sin trabajo, y viviendo en abiertos jardines, no atrincherados con diques, ni divididos con valladares ni con muros defendidos. Comercian justamente unos con otros sin leyes, sin libros y sin jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que se complace en hacer daño á otro; y aunque no gustan de cosas supérfluas, hacen sin embargo provision para el incremento de aquellas raices de donde sacan el pan, contentos con esta simple comida, con la cual se conserva la salud y se evitan las enfermedades.* (Véase á Washington Irving en la *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.º) Si como tenemos obligacion de creer, la pintura precedente es exacta, ¡qué graves cargos no resultan de ella contra las leyes de la civilizacion que establece el derecho de propiedad, la diferencia de condiciones, la ostentacion del lujo, la aglomeracion de necesidades, y con todas estas circunstancias sociales, las pasiones mas desordenadas y los crímenes mas inauditos, concluyendo por hacer completamente imposible la rehabilitacion del principio de la fraternidad entre los propios hijos del primer hombre!

:

Con tan recíprocas muestras de cordial afecto, obligados naturales y estranjeros hubieron de despedirse porque el Almirante no torcia sus afanes del suspirado arribo á la isla de Babeque, donde por dar crédito á los informes esperaba seguro encontrar la region privilegiada del oro y de las riquezas. Asi, pues, en la mañana del 14 de diciembre se hizo á la vela, no sin haber levantado en el puerto de la Concepcion una soberbia cruz formada con dos grandes troncos en señal de posesion por la corona de Castilla; pero aunque su intento se dirigia á navegar en la direccion del Oriente, los vientos se lo impidieron, y se vió en tal caso precisado á visitar la isla que enfrente del puerto de la Concepcion hemos ya situado.

Las impresiones en aquel maravilloso viaje se sucedian siempre en progresion ascendente, y Colon las recibió tan fuertes esta vez, que hubo de bautizar á uno de los valles de aquella isla con el poético y atrevido nombre de *valle del Paraiso*; pues no de otra suerte pudiera haberse comprendido la hermosura de sus condiciones naturales. Tambien puso á uno de los rios que por alli alimentaban la vegetacion, el nombre privilegiado de *Guadalquivir*, en vista de lo que al de nuestra Península se parecia en lo frondoso y abundante, y porque en todo lo que visitó de la isla vió gran cantidad de tortugas, no quiso privar al territorio de aquel carácter especial, y con el nombre de estos animalitos quedó marcado en sus apuntaciones.

Por la noche regresó al puerto de la Concepcion, y al dia siguiente hubo de ir otra vez á la Tortuga, de cuya isla salió el 16 con rumbo al N-E. para continuar su reconocimiento por la costa de Hayti; pero como en el tránsito hubiese encontrado á un indio solo en una canoa que difícilmente podia manejar contra la impetuosidad de los vientos y de las corrientes, hizo que se le recogiese con su bastimento en la carabela y se le fue á desembarcar en un cómodo surgidero sobre la playa, á unas diez y seis millas mas al Oriente de la tierra que hasta entonces habia visitado, y cerca de la cual se advertía un pueblo cuyas casas eran todas al parecer recien construidas. La curiosidad natural de los espedicionarios les obligó á estender en aquel parage sus investigaciones, y al efecto no vaciló el Almirante en tirar las anclas al mar, tan cerca de la playa las carabelas, que con facilidad se podria entrar en ellas sin ayuda de botes ni canoas.

Las nuevas que el indio agradecido hubo de esparcir entre sus compatriotas causaron tan maravilloso efecto en aquella parte de la isla, que bien pronto se vió la playa cubierta de ellos, ansiosos de examinar por sí mismos tan raro y sorprendente suceso; pero esta vez caracterizó la concurrencia de los indígenas una circunstancia, como hasta entonces no se habia echado de ver en la continuacion de aquellos descubrimientos. Observaron con efecto los españoles cómo aquellos indígenas rodeaban con muestras de singular respeto á un indio jóven de veinte años ó poco mas, de agradable aspecto y escasamente mas adornado que los otros, pero sin duda de mayor autoridad, por la que en el acto con sus palabras ejercia: llamábanle *cacique* asi los isleños de Hayti como los que á Colon desde San

Salvador acompañaban; de donde se hubo de inferir, que semejante palabra era nombre sustantivo de cargo ó superioridad, llevándola tan al estremo que la igualaron á la que de rey se da en nuestro continente de cada nacion al primer magistrado.

Por lo que á tan alta autoridad se debia, envióle Colon solemne embajada con esmerados presentes y entendidos intérpretes, los cuales por mas que trasladaban á su idioma las palabras de los enviados españoles, ni podian creer ni eran creidos que de otra parte que del cielo hubiesen bajado tan sobrenaturales viajeros. De todos modos, el cacique los recibió grave y benignamente en presencia de dos ancianos que al parecer interpretaban sus gestos con el mayor acatamiento, y se ofreció con todo su poder á servir gustoso á los espedicionarios; y por si acaso las protestas de su amistad no hubieran sido bastante poderosas por embajada, se trasladó á la carabela del Almirante en la tarde del propio dia, y alli con soberano respeto fue recibido como el mas poderoso de los monarcas.

Ya en aquel paraje de la isla fueron mas abundantes las porciones de oro que en granos, aretes y planchillas se recogieron por nuestros navegantes, y á la par mas ciertas las noticias que pudieron adquirir respecto á los criaderos de aquel metal precioso, sin salir de la propia isla, por cuya razon sin duda no volvió á gestionar el Almirante el hallazgo de la tan suspirada Babeque.

Hasta el dia 19 permanecieron las carabelas fondeadas en aquella playa, siempre visitadas y agasajadas sus tripulaciones por multitud de indígenas que tan alto favor se disputaban; pero como al cabo se persuadiese Colon de que era necesario navegar mas al Oriente, para encontrar la tierra de promision que buscaba, levó anclas en la mañana de dicho dia 19, y se dió á la mar con ánimo de continuar aquel rumbo hasta encontrar las regiones del oro. No favorecieron, sin embargo, los vientos su derrota, y por lo tanto se vió precisado la tarde del 20 á tomar de nuevo puerto, haciéndolo esta vez en uno tan capaz y cómodo como el mejor de cuantos hasta allí habia frecuentado. Púsole nombre *Santo Tomás*, por la festividad del siguiente dia, que hoy se conoce por bahía de Acul, é inmediatamente desde aquella noche comenzaron las visitas y los obsequios de la gente de tierra.

En especial recibió mensage el Almirante de varios caciques, y el dia 22 abordaron á la carabela Santa María muchos indios en una muy larga canoa con embajada del principal cacique y señor de todos aquellos contornos, el gran Guacanagarí, con pretensiones de que la flota se acercase algunas leguas mas al Oriente para llegar cerca de su residencia. Obligaba el cumplimiento de su solicitud con algunos presentes, entre los cuales sobresalia un cinto ó tahalí preciosamente labrado, que en lugar de bolsa tenia una careta, cuyas orejas y lengua eran de finísimo oro; pero como los vientos siguieran oponiéndose pertinaces á semejante navegacion, hubo de contentarse el Almirante por entonces con recompensar sus obsequios al gran cacique por medio del escribano Escobedo, el cual, bien acompañado de gente de guerra, como á la escelsitud de su mision correspondia, ofreció

solemnemente á Guacanagarí, en nombre del Almirante, que las carabelas irian cerca de su residencia asi que Dios lo permitiese. Estaba aquella asentada en un pueblo mayor y mas bien edificado de cuantos hasta alli se habian visto, sobre las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces *Punta Santa* y al presente es *Punta Honorata.*

Recibió el cacique la embajada española en una espaciosa y bien dispuesta plaza, acompañado de multitud de indígenas que á la par de guardarle honraban su persona; y cuando á esta llegaron nuestros mensageros, no hubo obsequio posible que no recibieran, ni afecto que gustaran. Esmerábanse los naturales en su agasajo, y despues que Guacanagarí comenzó por regalar á cada huesped un mando de algodon, continuaron aquellos dándoles cuanto creian bastante, que no fué poco, para satisfacer sus deseos. Allí gustaron de frutas esquisitas y variados refrescos con la mas cordial franqueza; y finalmente, al despedirse del cacique recibieron considerables presentes para el Almirante, compuestos en su mayor parte de pintados papagayos y finísimas planchas de oro.

Entre tanto no se interrumpieron un solo instante las visitas de los indios á las carabelas: todos por lo regular acompañaban su concurrencia con gratos presentes del metal codiciado, y todos á la vez concordaban en que no lejos de la costa, hácia el interior sobre la parte de Levante, habia una region á que ellos llamaban *Cibao*, cuya abundancia era tal, que hasta el cacique tenia banderas de oro labrado. La fantasía torció en semejante interpretacion la inteligencia de los espedicionarios, puesto que tales banderas no existian, así como torció igualmente la exactitud de los cálculos del Almirante, el cual llegó á suponer que Cibao no era mas que una palabra corrompida ó degenerada de Zipango, y por lo tanto se creyó muy próximo á la magnífica region descrita por el viajero Veneciano.

Al fin, porque los vientos calmaron, y por los deseos que se despertaron en el ánimo del Almirante, en virtud de tan gratas cual quiméricas noticias, salió de Santo Tomás el dia 24 de diciembre antes que el sol saliera en aquellas regiones, á comunicar la luz con que al propio tiempo estaba desde su cenit alumbrando las nuestras. El rumbo que tomaron las carabelas fué como en busca del dia, esto es, hácia Oriente, y el viento que soplaba era de tierra, pero tan escaso, que apenas alcanzaba á llenar la mas pequeña lona, cuando todas iban desplegadas en ambos bastimentos. Fué por consiguiente bien escasa la distancia que pudieron avanzar hasta las once de aquella noche, en que se celebra el Nacimiento del hijo de Dios por todo el orbe cristiano, y en la cual aconteció á la espedicion el mas siniestro percance que pudiera conmover el ánimo de nuestros marineros.

Era costumbre invariable del Almirante no apartarse un momento del castillo de popa cuando de noche navegaba, para llenar la mas exacta vigilancia que en desconocidos mares convenia; pero en aquella, por los informes recibidos de los indios prácticos, que aseguraron no haber por allí inconvenientes marineros, y por lo que las calmas le abonaban, se retiró á descansar un momento, no sin

encargar al timonel la mas completa sustitucion de sus cuidados. Pero como la confianza de un esperimentado caudillo no puede menos de comunicarse hasta el mas ínfimo soldado, el timonel encomendó el gobernalle á un grumete, y echándose á dormir dió fácil ejemplo á los marineros de guardia, que otra cosa no deseaban para entregarse al mas abandonado descanso.

Mientras el descuido caracterizaba, contra toda costumbre, la fisonomía particular de la carabela Almiranta, las corrientes que fluyen con velocidad en las aguas de *Santo Domingo*, la impelieron á un banco de arena, sin que el pobre grumete se apercibiera hasta que la carabela habia encallado. Entonces, cuando la concusion del gobernalle y el tumulto de las olas ya no dejaban dudar el peligro, comenzó á gritar pidiendo socorro, y como el sueño de Colon no era natural, conforme á la costumbre seguida hasta allí, fué su persona la primera que descolló sobre cubierta para comenzar el ya imposible remedio. Ordenó inmediatamente echar al agua el bote y con él llevar una ancla fuera por el lado de la popa para contrariar el empuje de las corrientes; pero los marineros y el mismo patron iban confusos con el estupor natural que embarga nuestros sentidos cuando en medio del peligro despertamos, y en vez de hacer lo que el Almirante mandado habia, bogaron con fuerza para dar cuenta y refugiarse en la otra carabela, que estaba distante sobre media legua á barlovento.

No hubo queja del buen porte que en momentos de tal apuro mereció el Almirante al honrado capitan de la *Niña* y á la gente que la tripulaba, puesto que todos á la vez reprocharon el cobarde proceder de los fugitivos, obligándoles á volver al escollo donde encallara su carabela, y la mayor parte se echó al bote propio para acudir igualmente al lugar del naufragio. Ya entre tanto Colon, porque habia observado el escandaloso porte de sus gentes, no disculpable con la nobleza de corazon que hasta allí las habia distinguido en tan aventuradas correrías, se entretuvo en picar los mástiles de su bastimento y aligerarlo todo lo posible para hacer mas fácil su vuelta á la mar; pero esta se hubo de retirar un tanto del banco cuando la carabela estaba ya caida de costado y con los vacíos de las costillas abiertos, y por lo tanto no quedó mas recurso que trasbordar á la *Niña* ambas tripulaciones, y sin apartarse mucho del mar del peligro, temporejar á la capa hasta la venida del dia siguiente.

Cuando el alba alumbró la catástrofe, fué el primer cuidado del Almirante enviar cuenta de lo sucedido al gran cacique de la próxima tierra, el cual tuvo tanto sentimiento como no fuera posible esperimentar entre la mas afectuosa hospitalidad de nuestros dias: de suerte que mientras los españoles se estaban ocupando en los preparativos indispensables para salvar los efectos de la encallada carabela, el indígena Guacanagarí, con lágrimas de hondo pesar en los ojos, amonestaba y ordenaba con precipitacion y acierto á los suyos lo bastante para hacerles acudir al lugar del naufragio en multitud de canoas, en tanto que sobre la playa y en el lugar de su residencia se disponia cuanto era cumplidero al depósito y custodia de los efectos y á la comodidad de los nautas.

Todos los indios se esmeraron á porfia en contribuir con todo el caudal de sus fuerzas á la salvacion de cuanto á sus venerados huéspedes pertenecia, en cuya operacion se empleó la mayor parte del dia de Pascua; y hubo de advertirse esta vez, para mayor escarnio de las gentes cultas, que entre los salvajes de la isla Española ni siquiera habia el mas lejano síntoma de esa pasion infernal que hace á los hombres mortales enemigos por la posesion de una cosa misma. Con efecto: incomparable era el aprecio que los indígenas hacian del objeto mas insignificante de los que á los españoles pudieran haber pertenecido, porque juzgando á estos como seres sobrenaturales, sin duda adivinaban muy portentosas virtudes en las insignificantes vagatelas con que se concertaban los rescates del oro: ni otro valor que moral no fuese podia tener cosa alguna en un pais donde el comercio era ignorado por la comunidad absoluta de bienes que alli existia. Pues á pesar de todo, se custodió con tal religiosidad por los indios cuanto de la carabela hubo de salvarse, que ni un solo clavo se permitieron tomar, que los españoles espontáneamente no les diesen.

Asi, reparado el percance cuanto era posible, y mitigada la pena de los náufragos con los asíduos consuelos que los isleños se esmeraban en prodigarles, ya con modales de amantísima fraternidad, bien con regalos de valía donde el oro abundaba, se dió al reposo la gente española, asegurando en el nuevo puerto el único bastimento de que podia disponer para regresar un dia á su patria querida, y aprovechándose los soldados y marineros que en la Niña no tenian acomodo, del franco albergue que en distinguidas casas les ofrecieron los súbditos del gran cacique.

Por lo demas, no fue del todo perdido para la historia de la navegacion aquel desgraciado suceso; del cual aprendió la hidrografía las necesarias precauciones para navegar por aquellos mares en sucesivas espediciones, porque Colon tuvo gran cuidado de anotar en su diario las observaciones respectivas, y la ciencia del mando pudo hacerse cargo de cuánto es peligrosa la estremada confianza aun en los tiempos, parajes y acontecimientos mas inocentes.

CAPITULO XII.

Muestras de continuado afecto con que el cacique Guacanagarí procura desechar de la mente del Almirante la idea de la desgracia que venia de acontecerle.—Recibense por los espedicionarios muy prósperas noticias sobre los cercanos abundantes criaderos que en la isla se encontraban.—Efectos que semejantes noticias producen en el ánimo de los españoles.—Alojamiento del Almirante y demas españoles en la inmediata poblacion del gran cacique.—Alardes recíprocos de cordialidad.—Danza de los indios.—Ejercicios militares de los españoles.—Primeras noticias de los caribes.—Invencion, traza y obra de nuestra fortaleza en las inmediaciones del puerto de la Trinidad.—Soldados voluntarios para quedarse.-Recibense algunas noticias de la Pinta.-Vanas investigaciones para encontrarla.-Dispónese Colon para regresar á España.-Prevenciones á los españoles que en la Española se quedaban.-Amonestaciones á los indios para la continuacion de la amistad mútua que hasta entonces se habia observado.

Dirigieronse los mas asíduos cuidados del gran cacique á tranquilizar el espíritu sumamente agitado de Colon por la inmensa pérdida que de sufrir venia, esmerándose al efecto aquel en sus visitas y regalos, tanto que alguna vez el Almirante hubo de dar gracias á la Providencia, suponiendo que tan adverso acontecimiento no era mas que el lazo celestial con que en su comercio recíproco se habian de unir los estremos del mundo. Afirmábase tanto mas en su mente la sobrenatural idea, cuanto mejores informes recibia por los cambios recíprocos de la abundancia de oro que habia en aquellas partes de la isla, los cuales llegaron á su apogeo en la tarde del 26 de diciembre, con ocasion de venir á la amiga playa una canoa muy provista de láminas de oro para cambiar por cascabeles. Y como el semblante de Colon se animase por la noticia en presencia de Guacanagarí, que á la sazon se hallaba dentro de la carabela, fueron tales los informes que hubo de dar respecto á los abundantes criaderos de aquel metal en la inmediata region de Cibao, siempre supuesta Cipango por el Almirante, que algunos gestos hicieron creer en la existencia de montañas enteras con que satisfacer los deseos de tan intrépidos esplotadores.

Con esto hubo de disiparse grandemente la motivada melancolía del Almirante, el cual no adivinaba sin embargo cuánta cantidad de interés que no de gloria pudiera suponerse habia de mermar el percance en sus futuros descubrimientos,

puesto que al nombre de otros aventureros harto menos merecedores hubieron de adherirse los mas importantes del Nuevo-Mundo.

Para que en el hospedaje ninguna comodidad ni distraccion echara de menos nuestro gran caudillo, dispúsole Guacanagarí un alojamiento en la mejor casa de la poblacion, provista de todos los manjares que al apetito brindaban sus tierras, asi como pescados, *utias* ó conejos, algunas raices, pan de patatas y cantidad de diversas frutas, y adornada con varias máscaras de madera toscamente labradas, en cuyas facciones habia entallados pedazos de oro, y por sillas ciertos escaños de ébano y por alfombras gran cantidad de hojas de palma, sin olvidar la correspondiente hamaca para su descanso: es verdad que de todo se aprovechaba muy poco el Almirante, porque haciendo justo alarde de buen caudillo, jamás pasaba la noche que no fuese en la cámara de su carabela, mecido por las olas y arrullado por la voz potente de los mares. En cambio los dias eran deliciosos, cuando á la recreacion de los sentidos cedia su lugar la solitaria pasion de los cuidados. Unas veces, acompañado del gran cacique y rodeado por una multitud que como á Dios le tenia, se ensanchaba su espíritu en la frondosidad de aquellas arboledas, ya respirando el embalsamado ambiente de los jardines mas caprichosos que la cultura hubiese inventado, ya escuchando la armonía del conjunto de la creacion en la morada celestial del Paraiso. Y cuando el afan de los naturales llegaba á su colmo, avaro de proporcionar á sus huéspedes mas agradables sensaciones, entrelazábanse por sus manos formando una especie de círculo, que al compás de toscas armonías por medio de la voz espresadas, y de rudos



tambores formados de huecos troncos sin otro parche que su natural corteza, giraban danzando en derredor, en la propia forma que debieron hacerlo aquellos primeros hombres que inventaron la imitacion para remedar el canto de las aves y los caprichosos remolinos del viento, dando espansion á los sentidos y fácil distraccion á los graves cuidados de la vida.

Bien distinto por cierto fue el espectáculo que ofrecieron los españoles á tan inocentes pasatiempos, aunque la intencion no pasase entonces de devolver obsequio por obsequio. Hízoles con efecto el Almirante saltar en tierra provistos y aderezados de todas armas, desembarcando á la vez algunas *lombardas* (1), y por hacer alarde tambien de la destreza de sus soldados, mandóles evolucionar sobre la playa al compás de algunos atabales y clarines, cuya armonía llenaba de gozo á los pobres isleños, los cuales en su natural simplicidad hubieron de figurarse que los bélicos ejercicios de sus huéspedes no eran otra cosa que las danzas que se usaban en el cielo. Despues continuó el manejo de las armas, y al dispararse algunas flechas advirtieron los indígenas á Colon que de semejantes instrumentos hacian uso ciertos *caníbales* ó *caribes* que en ocasiones solian venir á la isla á cautivar para comerlos á sus habitantes, en prueba de lo cual algunos hombres enseñaban crueles heridas ya cicatrizadas: y finalmente, para desarrollar todo el prestigio que su poder militar le comunicaba en aquellas pacíficas regiones, mandó el Almirante disparar varios arcabuces y tambien dirigir contra algun objeto sensible las *pelotas* ó balas de piedra de las lombardas, que desgajando las ramas y tronchando el tronco del árbol mas robusto dió con su ruido y naturales efectos tal espanto á los indios, que todos cayeron en tierra espantados de la tempestad de rayos y truenos que en medio de la diafanidad del mas brillante sol de los trópicos habian inventado aquellos entes sobrehumanos contra todas las condiciones de la naturaleza.

¡Qué diferencia en los alardes! De una parte los indios enseñando en el estado salvaje de la creacion la espansion del alma y los afectos mas tiernos de la vida, y por la suya los hijos de la civilizacion manifestando los instrumentos del dominio y los destructores agentes de la muerte!...

Para moderar los efectos de terror que tantas sensaciones bélicas habian causado en los indígenas, Colon les aseguró que nunca contra ellos servirian aquellas armas, antes por el contrario los españoles las emplearian constantes en su servicio contra los caribes que en lo sucesivo fueran osados de acercarse á la isla que él con sus gentes pisaba; de suerte que si hasta entonces el afecto de los indígenas no era otra cosa que una consecuencia natural de su carácter hospitalario, desde aquel momento hubo de alimentarse con el deseo de la propia conservacion y las leyes morales del agradecimiento.

Con tal motivo la armonía entre ambas razas llegó al mayor apogeo que imaginarse pudiera, puesto que á cierto tiempo echó raices á par de otras pasiones

(1) Llamábanse así ciertos cañones de artillería muy comunes en los últimos años del siglo XV.

hasta el gérmen del amor; y por la pureza de los afectos en su estado primitivo y la comodidad de la vida donde la sentencia de Dios contra los hijos de Adan no habia alcanzado (1), no faltaron españoles en abundancia que prefirieron connaturalizarse allí mas bien que regresar á la querida patria que tantos suspiros les habia costado. Acercáronse, pues, al Almirante los náufragos de la *Santa María* ponderando las dificultades con que habria que luchar para volver en tan largo regreso dentro de una sola carabela el equipaje que á dos bien provistas pertenecia, y aquel por su parte no se hizo rogar mucho, puesto que en su mente ya habia acariciado semejante pensamiento.

Para llevarlo á cabo en sus mejores condiciones juzgó necesaria la traza de alguna fortaleza en que los españoles quedasen recogidos, no tanto por el temor que los naturales pudiesen inspirar respecto á intentona de ningun género contra sus huéspedes, cuanto por dejar á estos en buena disciplina recogidos y siempre sujetos á la vista y voz de un superior, mas bien que por el pais derramados y en libre ejercicio de todas sus inclinaciones. Al efecto hubo de disponerse toda la madera que de la *Niña* se habia recogido, asi como su jarcia, clavazon, pertrechos de guerra y provisiones, con cuyos elementos y con el trabajo de los indios mezclados con los españoles, bastaron muy pocos dias para que la obra quedase en toda forma terminada, sin olvidar el foso correspondiente ni las piezas de artillería que se juzgaron bastantes para una formal y vigorosa defensa. De provisiones de boca se almacenaron suficientes para un año; y respecto á la fuerza en hombres escogió el Almirante treinta y nueve de los mas honrados y prudentes, para que bajo las órdenes de un Diego de Arana sirvieran en la isla de Hayti de fundamento á la dominacion española, de avanzada á la esplotacion y al comercio, y de amantísimos y celosos protectores á los pacíficos y bondadosos isleños.

Asi terminada la fortaleza fué bautizada por el Almirante, como igualmente la comarca, puerto y poblacion adjuntas, con el nombre de la *Navidad*, conmemorando el dia en que fué forzada la gente de la *Niña* á saltar en tierra, ya desprovista de bastimento en que pudiese continuar con alguna comodidad el misterioso viaje que hasta allí se habia hecho.

Mientras aquella se levantaba á favor de los restos del naufragio hubieron de aportar á la playa en que estaban los españoles algunas canoas, cuyos tripulantes, indios por consiguiente, afirmaban por señales harto inteligibles la existencia de otro buque parecido á la *Niña*, con hombres de la propia condicion que los españoles, que ellos habian visto algunas leguas mas al Oriente. Ya se deja suponer la alegría que semejante nueva causaria en el ánimo de Colon, apesadumbrado doblemente por la desercion de la *Pinta*, que no otro buque podia ser el que los indígenas decian, y por el naufragio de la *Almiranta*, como que entregado por sí solo á las eventualidades de un largo regreso, no se le escondia la muy fácil posibilidad de un contratiempo que podia sepultar para siempre la glo-

(1) ....*Y el pan que comas será amasado con el sudor de tu frente.* (Vide Génesis.)

ria de su espedicion en las revueltas ondas del Océano. Asi, pues, reservando los agravios con el envío de sinceras saludes, obtuvo de Guacanagarí una canoa tripulada por indios, y con un marinero español la hizo partir en la direccion indicada, remitiendo á Pinzon una carta, en que lejos de reprochar su pasada conducta se felicitaba únicamente de las buenas nuevas que de él tenia, y le ordenaba que se le reuniese; pero la canoa anduvo vagando durante tres dias por todos los puertos inmediatos, y porque mas luces no pudo adquirir respecto á la existencia de la *Pinta*, regresó al de la *Navidad* para volver la pesadumbre al ánimo de Colon en doble cantidad que hasta allí lo habia trabajado, que tal sucede siempre que columbramos para que se desvanezca otra vez el término de nuestros sinsabores.

Al fin se resolvió definitivamente el regreso de la *Niña* á las costas españolas; pero antes de abandonar aquellas playas hospitalarias, quiso Colon rendir un tributo de justo reconocimiento á sus naturales, dando lecciones teóricas de buena moral á las gentes que alli dejaba. Primeramente reunió en torno de sí á los soldados de la fortaleza, para hacerles la mas razonada manifestacion que de prudencia humana pudiera esperarse, ya ponderándoles cuánto es conveniente la armonía y recíproca amistad entre los que han de mancomunar los respectivos intereses, ya presentando la ingratitud con los mas horribles colores, ya, en fin, haciéndoles ver cuán peligrosa seria su situacion especial, si por consecuencia de escesos punibles se enagenasen la voluntad de los indígenas. Para que el buen porte cerrara la entrada á semejantes contratiempos, recordó á todos el respeto que se debia á la persona que en su lugar quedase representando la regia autoridad de que se hallaba revestido en tan apartadas tierras, cuya persona ya se ha dicho ser la de Diego de Arana, natural de Córdoba, que iba por escribano y alguacil de la escuadra; y á fin de atajar asimismo las discordias que pudieran surjir de cualquier evento natural que atajase la carrera del nuevo caudillo, nombróle por sustitutos sucesivos á Pero Gutierrez, repostero de estrado del rey, y á Rodrigo de Escobedo, asi como tuvo cuidado de dejar entre la guarnicion del fuerte, para los trabajos y asistencia que pudieran ocurrir durante su regreso, á un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero, todos hábiles maestros en sus profesiones respectivas. Tambien para que tuviesen ocasion de aprovecharse de la pesca como artículo de primera necesidad en aquellas partes incultas, les dejó el Almirante el bote de su carabela: ya de que por falta de objetos no pudiera interrumpirse el comercio del oro, entregó igualmente al nuevo caudillo todos cuantos le sobraban de los rescates que hasta allí se habian hecho. Con todo lo dicho, y con recomendar muy especialmente á Diego de Arana y á sus otros lugar-tenientes que con las precauciones debidas se procurasen los mas exactos conocimientos respecto á los criaderos del oro, y á la par el reconocimiento de la costa inmediata por si hubiese otro puerto menos peligroso por su entrada de bancos y rocas que el que á la sazon ocupaban, creyó el Almirante cumplidos los deberes que estaban impuestos á su dignidad respecto á los espa-

ñoles. Despues, torciendo el discurso á los naturales, abrazó repetidas veces al gran cacique, confundiéndose las lágrimas de ambos personajes, y suplicó á todos que continuasen por la buena senda de la fraternidad que hasta allí habian seguido, como único medio de asentar entre ambas naciones un comercio recíproco de iguales ventajas y una paz deliciosa y duradera.

Respecto á la despedida que medió entre los españoles que allí se quedaban y los que á las costas de su pais natal volvian, considérela el espíritu que imágenes bellas sepa inventar; si pueden serlo tanto que retraten la verdad de tan tierno espectáculo, donde á los afectos de la codicia que á algunos aconsejara su permanencia en tan delicioso clima, sustituian en aquel momento sublime los inefables goces de la familia y los santos recuerdos de la patria. A nosotros únicamente nos falta decir que en la noche del 3 de enero del año 1593 se apartaron unos y otros con lágrimas en los ojos para no volverse á encontrar jamás sobre la superficie de la tierra.



CAPITULO XIII.

Sale á la mar con rumbo al Este la carabela *Niña*.-*Puerto de Guarico*, su reconocimiento y el de *Cabo Santo*.-Promontorio y bahía de *Monte-Cristi*; surge en aquella y se detiene dos dias.-Vuelve á la mar con el propio rumbo -Hallazgo de la *Pinta* y prudente disimulo del Almirante.-Tránsito de dicha carabela desde su desercion.-Reparacion de algunas averías y descubrimiento del *Rio del Oro*.-*Cabo del Cabron*; su reconocimiento y el del *golfo de Samaná*.-Estancia que en este último hacen ambas carabelas.-Comunicacion con los indios de Samaná; noticias características de esta raza.-Primer combate entre indios y españoles.-Paces asentadas entre ambas partes por medio de mútuos obsequios.-Nuevas noticias de la isla de los caribes y de la de Mantinino, solamente habitada por mujeres.-Salida de la espedicion del golfo de Samaná, llamado por Colon *de las Flechas*.-Indecisiones; mal aspecto de los españoles.-Decidido rumbo á España.

Dejando el puerto de la Navidad á los 20° de latitud septentrional sobre los 66° de longitud al Oeste, se hizo á la mar la *Niña* remolcada por su bote en la mañana del dia 4, no impulsada á tal sistema de navegacion por calmas ó contrarios vientos, sino para mejor evitar los peligros que por algunas millas de estension ofrecen la entrada é inmediata costa de aquel paraje. De suponer es que asi como sus velas de desplegaron se puso la proa en la direccion del Oriente, bien que sin abandonar la costa, pues á favor de su continuacion por dicho rumbo queria el Almirante practicar algunos reconocimientos antes de apartarse de ella definitivamente.

En tal concepto vió el puerto del *Guarico*, á cuyo cabo llamó *Santo*, y algunas millas separado mas al Este el famoso promontorio á que puso y conserva el nombre de *Monte-Cristi*; y porque el viento arreció por la proa, de suerte que la navegacion era difícil, juzgó conveniente el Almirante recogerse al puerto que del lado occidental de dicho promontorio existe, en el cual hubo de entretenerse hasta cuarenta y ocho horas.

Hízose al mar otra vez la carabela cuando el sol comenzaba á dorar los topes en la mañana del 6 de enero, habiendo ordenado Colon que un marinero subiese á la gata ó cofa del palo mayor como constante vigía para avisar de los peligros que la costa ofreciese. De pronto el viento, que por el tránsito de algunas millas ha-

bia soplado favorable, volvió á cambiarse por la proa ; pero cuando iban á comenzarse los sinsabores de semejante desventaja , otro acontecimiento regocijó los ánimos de la tripulacion, anunciado por el marinero que vigilaba los escollos, el cual gritó entusiasmado que por la proa se acercaba á todo trapo una carabela, que no podia ser otra que la *Pinta.* Cuánta espansion recibió con semejante nueva el comprimido espíritu del Almirante no hay para qué decirlo: baste saber que reprimió cuanto cabe en humano disimulo su bien fundado enojo, y que recibió á Martin Alonso con las muestras mas simpáticas de verdadero afecto, sin desechar ni siquiera en la apariencia las estudiadas palabras con que el marino español trató de disculpar sus bastardos procederes. Es verdad que no de otro modo pudiera obrar el Almirante, cuando por mas que su autoridad se respetase no hubiera sido fácil borrar las naturales afecciones que tan apartados lugares ligaban á los hijos de una misma patria, la cual no era la suya ; y por lo tanto el inmediato castigo tras de inoportuno hubiera sido peligroso, y al comprenderlo asi el Almirante y al aparentar en su semblante muy distintos afectos de los que en su alma devoraba, dió una prueba mas del tino especial que le caracterizaba en todas las circunstancias difíciles de su azarosa vida.

Porque el viento continuaba soplando del Este con bastante fuerza, siguiendo la propia condicion de los constantes que por allí reinan con mas frecuencia en las estaciones de otoño é invierno, órdenó el Almirante la vuelta á la bahía de Monte-Cristi, donde reproducidas y aceptadas de una parte á otra las disculpas necesarias sobre el apartamiento de la *Pinta*, solo trató de oir Colon cuáles habian sido los resultados de sus esploraciones. Estos no adelantaron nada á los del Almirante, puesto que la carabela de Pinzon al separarse no habia hecho otra cosa que vagar por aquellos mares en busca de la supuesta Babeque, hasta que los indios que llevaba consigo le condujeron á la costa mas oriental de la isla Española: allí hubo de adquirir ciertas cantidades de oro, que repartió el capitan por mitad, adjudicándose á sí una parte, y la otra divisible entre todos sus súbditos, y tomando ademas en otro puerto cercano, sobre quince leguas de la Trinidad, á varios indígenas y dos muchachas á que el Almirante tuvo por conveniente dar libre suelta, bien vestidas y agasajadas para que á su morada se volviesen.

En los dias que ambas carabelas permanecieron dentro de la bahía de Monte-Cristi, que fueron desde el 6 al 9 de enero, ni se distrageron los cuidados ni las manos se dieron al descanso ; puesto que habiéndose advertido algunas averías en el casco de la *Niña,* ordenó el Almirante que se calafatease cuanto permitian los utensilios existentes, y las seguridades desear pudieran. A la par tambien dispuso que se hiciese doble provision de agua y leña, y como al efecto subiesen los botes por el rio que los naturales llamaban Yaque, y observase el Almirante en sus arenas muchas partículas del metal codiciado, lo bautizó con el nombre de *Rio de Oro*, de la propia manera que se habia hecho con otro muchos años antes en las costas occidentales de Africa. Al presente aquel caudal no se llamaba sino *Rio*

de Santiago. Tambien consignó en su diario la cándida credulidad del Almirante, que en aquella estancia habia visto sobre las ondas tres sirenas, no tan bellas como la antigua fábula las describe; pero el P. Las Casas juiciosamente opina que semejantes animales no serian otros que los *Manaties* ó *vacas marinas* (1) descritas por el naturalista é historiador Gonzalo de Oviedo.

Al fin, en la tarde del 9 se hicieron de nuevo al mar ambas carabelas, y despues de haber costeado y hecho escala en algunos puntos donde Pinzon se habia detenido á comerciar, montaron el *cabo del Enamorado*, que hoy se llama *del Cabron*, no sabemos por qué analogía, y surgieron un tanto mas allá en una dilatada bahía á manera de golfo de mas de tres leguas de ancho, y muy estendida tierra adentro, con una isleta en el centro.

Bien hubiera querido volverse al mar el Almirante en la mañana del 13, sin mas que haber anclado allí la noche antes, porque no contemplaba en tan abierta bahía, que no era otra cosa que el *golfo de Samaná*, suficiente seguranza contra los percances de una tormenta; pero el viento de tierra le faltaba, y en tal caso hubo de echar los botes á la playa para tomar lenguas, si fuese posible, respecto á las condiciones locales del pais que á la vista se presentaba.

Saltaron en tierra con efecto algunos marineros y soldados españoles, é inmediatamente se presentaron á su vista varios hombres de la isla, de bien distintas condiciones que todos los que hasta allí habian tratado. Eran, en primer lugar, de desabrido continente y fiero ademan, que hacian mas imponente por el sucio adorno con que se desfiguraban, puesto que todo el rostro y mucha parte del cuerpo pintado de carbon tenian, con los cabellos largos y ásperos mal recogidos sobre las espaldas, y ciertos prendidos de plumages brillantes á manera de penachos. Su siniestro aspecto se aumentaba con la circunstancia de venir armados, cosa no vista aun en aquellas partes por los nautas españoles; y sus armas consistian en arcos y flechas de delgados juncos, tan sutiles como duras y ofensivas, y de ciertas espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro, no afiladas sino anchas, con dos pulgadas de espesor y capaces de enterrar con un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos (2).

Escaso temor hubo de comunicar semejante espectáculo á los soldados españoles, y no era estraño que tal sucediese á los hijos de la guerra que habian medido sus armas, siempre triunfantes, con el bélico poder de los moros de Andalucía: asi fué, que sin otras precauciones ni mas alimento que la codicia, dirigieron sus primitivos cuidados á la pregunta consabida respecto á la existencia del oro; y porque los informes hubieron de halagar sus tendencias, pasaron á suplicar á uno de los indios que se trasladase á la carabela *Niña* para comunicar sus buenas noticias al Almirante. Hízolo con efecto el mas apuesto de aquellos salvages, el

(1) Las Casas, *Historia de Indias*.-Oviedo, *Historia Natural de las Indias*, cap. 85.

(2) Id. id. cap. 77 del libro I. Irving. *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.° En la *Coleccion de Viajes* del señor Navarrete no se dicen las condiciones de dichas espadas, por causa de un claro que se advierte en el original que le sirvió de pauta. Vide, tomo 1.°, página 135.

cual, en presencia de Colon, con gran desenvoltura esplicó á su manera que seria fácil coger en su pais pedazos de *Auob* (asi nombraba el oro) tan grandes como toda la popa de la carabela. Con esto el Almirante le dió algunos manjares y bebidas que el indio tomó de buen grado: le colgó al cuello algunas cuentecillas, y bien agasajado y mejor servido se le volvió á la playa, sin que en su rostro se advirtiesen otras señales por semejantes demostraciones que las de la mas inalterable indiferencia. Con todo, al saltar en tierra previno á sus amigos que dejasen sus armas en señal de paz, asegurándoles de la bondadosa intencion de sus huéspedes.

No dejó el Almirante de recelar algun percance entre tan estrañas gentes, que desde luego supuso pertenecian á los caribes, y por lo tanto hizo prevenciones muy repetidas á los que á tierra iban de los soldados en número de siete, y dióles por guia ó caudillo á uno de sus pilotos, hombre de gran prudencia y no descorazonado en los casos de la guerra. Llevaban por especial encargo los españoles apoderarse, por via de cambios, de todas cuantas armas pudiesen de las que usaban aquellos indios, los cuales de buena voluntad vinieron en ceder hasta dos arcos y no mas: antes por el contrario, asi que nuestros soldados hubieron de manifestar deseos de adquirir otros, se retiraron recelosos los indios al parage donde las habian depositado, y tomándolas apresurados volvieron en son de acometida contra los españoles, profiriendo en su idioma terribles amenazas.



A tan brusca insinuacion nuestros hombres de guerra contestaron con la espada desnuda, y otros disparando alguna ballesta, que de las armas de fuego no

hicieron uso en aquella jornada, con lo cual los indios, no obstante ser allí en séstuple número, dieron á huir porque vieron herido en los pechos á uno de los suyos por una saetada: siguiéronlos en el alcance los españoles é hirieron á otro de una cuchillada en las nalgas; y mataran sin duda muchos de ellos á no oponerse el piloto que por caudillo iba interpretando dignamente las órdenes del Almirante, el cual, si por una parte hubo de sentir semejante rompimiento, no le pesaba del todo por las seguridades de respeto que tan suave victoria ofrecia á los que en el fuerte de la Trinidad habian quedado.

Al amanecer del siguiente dia se vió sobre la playa inmensa multitud de indígenas todos armados, como al parecer era su ordinaria costumbre, y al apercibirse Colon envió á tierra la barca con gran golpe de gente bien dispuesta á la pelea; pero esta vez los indios se acercaron con señales amistosas y comunicaron sin odio ni temor con los españoles, en especial el que antes habia estado en la carabela, que á la sazon venia como práctico en la comitiva de cierto poderoso señor, que era el cacique de aquellas gentes (1). Manifestó este deseos de visitar al Almirante, que mejor resultado de aquella jornada no pudiera apetecer, y asi fué conducido á la carabela con todo respeto, y allí obsequiado como era costumbre con personas de su rango. Ofreciéronse mútuas satisfacciones de una y otra parte, cambiáronse objetos, tomáronse informes repetidos que dieron por resultado algunas equivocadas noticias, y asi llegó el momento de la despedida que tuvo lugar entre las mayores muestras de afecto.

Bien quisiera el Almirante salir inmediatamente de aquel malhadado golfo, siquiera considerando que en sus playas se habia derramado la primera sangre de los indígenas al impulso de las armas europeas, precisamente en el propio dia 13 que se cumplia un mes en que se habian echado con harto mejores auspicios los fundamentos de la comunicacion apacible entre isleños y españoles; que asi la Providencia sella con un propio signo prósperos y adversos sucesos, como si quisiera advertirnos por semejante medio la volubilidad y escasa consistencia de cuanto física y materialmente se ofrece á la contemplacion de nuestro cálculo. Pero los vientos contrarios le entretuvieron hasta el dia 16, en cuya mañana las brisas de tierra le favorecieron un tanto, dándose por consiguiente á la vela para abandonar el golfo de Cumaná, á que por la reyerta allí habida bautizó con el nombre de *Golfo de las Flechas*.

No obstante que era el ánimo irrevocable de Colon el de continuar la vuelta de España, cuyas playas deseaba pisar para asegurar eternamente el fruto de tantos años de afanes y disgustos, todavia quiso visitar la isla de los caribes que los naturales de Cumaná le habian indicado hácia el Sud-Este, como tambien la isla de *Mantinino*, que por la mala inteligencia de los indios que la esplicaban

(1) Créese que era el que algunos años despues aparece en la historia de la Isla Española con el nombre de *Mayonabex*, conduciendo en los trances de la guerra, como principal y mas animoso caudillo, á los indios *ciguayanos*. Irving. *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.°

y de los intérpretes que la repetian, se supuso poblada únicamente de mujeres (1). Pero aunque algunas veces torció las proas de sus buques dispuesto á buscar ambas originales moradas, con ánimo de presentar á los Reyes Católicos habitantes de una y otra; como quiera que los vientos se negaran en ocasiones á facilitar su navegacion, y ademas la intranquilidad de espíritu cundiese entre las tripulaciones ya dominadas por la idea constante de resucitar en el antiguo mundo, abandonó aquellos propósitos, que en todo caso no hubieran hecho mas que adelantar el descubrimiento de la isla de Puerto-Rico.

Por lo demas, las dos carabelas hacian agua en abundancia, de suerte que el peligro crecia á medida que el regreso se dilataba, y la *Pinta* se resentia tambien de tener roto el palo mayor, con lo cual habian declinado grandemente sus mejores condiciones marineras: de suerte que echando Colon en la balanza de sus encontrados deseos tan considerables circunstancias, viró decididamente con rumbo á nuestra península en el mes de enero, con lo cual renació la confianza en los semblantes y se conjuró la tempestad que comenzaba á anunciarse en los celajes de la duda, que empañaban el adusto semblante de marineros y soldados.

(1) Para esplicar semejante fenómeno dicen los historiadores que admitian entre ellas á los caribes una vez cada año, y si el fruto que de su comunicacion resultaba era varon, luego se lo llevaban á la isla en que sus padres vivian, pero si era hembra quedaba con las mujeres.

CAPITULO XIV.

Espansion de afectos sentidos por las tripulaciones al poner las proas al Oriente.—Calmas y vientos contrarios en la region de los fijos.-Diversos resultados en los cálculos de los pilotos y exactitud en los del Almirante.-Terribles tempestades.-Desaparicion de la Pinta entre la tormenta mas espantosa.-Promesas y clamores.-Destino de Colon en los sorteos de romerías religiosas.-Repónese la aguada de la Niña con agua salada, y efectos de esta medida.-Continúa la tempestad infundiendo graves temores de un próximo naufragio.-Precauciones del Almirante para hacer llegar á noticia de los Reyes Católicos los resultados inmensos de su viaje.-Descúbrese tierra por la proa; grandes dificultades de alcanzarla.-Arribo á la isla de Santa María.-Siniestro proceder de sus habitantes.-Esplicaciones y amenazas.-Continúa la tempestad y se da al mar la carabela con solo la mitad de su equipaje.-Segunda recalada en Santa María.-Diverso proceder de los isleños; recupérase la gente detenida.-Vuelve al mar la carabela en medio de un temporal deshecho.-Nuevos cuidados al avistarse la costa portuguesa.-Feliz arribo al puerto de Rastello en las aguas del Tajo.

Desde que comenzó á declinar el dia 16 de enero puede decirse que emprendió el Almirante su derrota á España con ambas carabelas, pues hasta entonces todavía sus inclinaciones se dirigian mas ó menos á la curiosidad, segun se le despertaban los indios con su mudo y casi siempre equivocado lenguaje. Al poner definitivamente las proas en la direccion de Oriente, fué inesplicable el gozo de los equipajes: marineros y soldados manifestaron su entusiasmo con lágrimas de gozo, y unos levantando el corazon á Dios, y otros poniendo en los objetos mas queridos de la vida el agitado pensamiento, dieron gracias simultáneamente al Supremo espíritu que dirige las intenciones, y al bondadoso Almirante que secundaba sus deseos.

Continuóse pues la deseada navegacion bajo la influencia de los vientos constantes, cuya direccion tan favorable habia sido á la flota cuando al descubrimiento navegaba, pero que al presente no podia menos de retrasar por algunos dias el ansiado arribo á las costas españolas. Al fin, sin ocurrencia notable en el tránsito, y despues de haber subido hasta los 38° de latitud N., venciendo el considerable trecho en que dichos vientos fijos imperan, las brisas comenzaron á mostrarse mas prósperas á la navegacion, y pudo marcarse el rumbo á España mas directo y desembarazado. Fué esto cuando los primeros dias de febrero estaban pa-

sando, de suerte que en la mañana del 4 las proas marcaban con toda exactitud el rumbo de Occidente á Oriente, y en todo aquel dia no avanzó la espedicion menos de diez y nueve leguas desde sol levantado á sol puesto, no obstante las calmas con que hubieron de sustituirse los vientos constantes de los trópicos.

Mientras que mayores cuidados no cautivaron los ánimos de pilotos y marineros, fué el objeto constante de la travesía comparar el resultado que arrojaban de sí las observaciones astronómicas y los cálculos de estima, para inferir el punto que los bajeles ocupaban en la estension del Océano. Y por los cambios frecuentes de rumbo que se habian operado hasta fijarlo directamente á las costas españolas, advirtióse tal desconcierto en los resultados distintos de las respectivas observaciones, que apenas hubiera sido posible á ninguno de los mas espertos navegantes de la flotilla volver con seguridad al punto de donde habian salido. Unicamente Colon, siempre atento al curso de los astros, á las señales características de las aguas, á la direccion de los vientos y á cuantos objetos en semejantes observaciones ofrecen punto de partida al esperto marinero, que no al alcance de la gente vulgar pudieran ofrecerse, apuntó con tanta exactitud las distancias y las situaciones, que bien pudiera con su libro de estima haberse trazado la mas verdadera carta que en aquellos tiempos se hubiera conocido.

Con semejantes auspicios continuaron su navegacion sin otra novedad hasta el dia 12 de febrero, en que la mar comenzó á levantarse y los vientos hubieron de soplar con estremada violencia. No podia convenir gran cosa á las dos carabelas semejante percance por el mal estado de su respectivo buque y aparejos harto averiados despues de tan largas y constantes travesías; pero sin duda habia de cumplirse el destino en todas sus condiciones, como si pretendiera amenazar á los atrevidos nautas por haber quebrantado el secreto constante de tantos siglos con inconveniencia de la humanidad, bien que á los progresos de la civilizacion hubiesen comunicado maravilloso impulso. En todo el dia 12 se acrecentaron las zozobras, bien que por no chocarse, opuestos los arranques del mar ni la impetuosidad del viento, continuáran sin perder el rumbo ni otros cuidados que los de acortar velas tanto como el temporal aconsejaba; pero al declinar la tarde fueron ya mas características las señales de próxima tempestad, anunciadas por el N-N-E. con tres relámpagos, al parecer mensajeros de próxima muerte, en pro de los cuales se amontonaron sobre tan frágiles bastimentos inmensas quebradas montañas de agua que amenazaban sepultarlos para siempre en los abismos del Océano. Y como los vientos se agitasen furiosos y encontrados, de suerte que todo rumbo era imposible, dejáronse correr las carabelas á palo seco en aquella terrible noche á merced de la tempestad, que las trabajó implacable en alas de su infernal desenfreno.

Por fin al amanecer del dia 13 dejaron los abismos de agitarse para ascender á la superficie, y las carabelas hubieron de reposar un tanto de los fuertes temores; pero cuando apenas la mente comenzaba á calcular los peligros pasados, se reprodujeron mayores, por lo que fueron mas pertinaces, pues duraron hasta la

mañana del 18, sin permitir á los tripulantes de aquellos frágiles bastimentos el mas ligero descanso.

Cuantos sustos y contratiempos, ofertas é invocaciones tuvieron lugar en ambas carabelas en tantas horas de zozobra, fuera difícil esplicar por lo difícil que es á la vez recoger tantas y tan variadas sensaciones: bastará decir, que toda esperanza humana se perdió entre el grito de muerte que las encrespadas olas proferian á coro con los encontrados vientos, y que si se levantó á Dios la consideracion del precito, sin duda fué para obtener preferente lugar en la mansion de los justos cuando el espíritu se desprendiese audaz del cuerpo en el crítico trance de la muerte, que como infalible se esperaba.

Sin embargo; en las tempestades y en los naufragios siempre hay una esperanza sublime que mitiga la tribulacion de las víctimas: el consuelo de la religion, que como el flotante mástil sirve de ayuda para alcanzar una playa salvadora. Dirigiéronse, pues, los ánimos á la suprema Providencia, que de justa blasonaria dando seguro puerto á los afligidos equipajes, siquiera por lo que de nuevo tenian las circunstancias de aquella espedicion, y apenas hubo desde entonces un solo marinero que no creyese infalible la próxima apetecida bonanza y el arribo seguro al inspirado puerto. En tal estado propuso el Almirante *sortear un romero* (1) entre los que su carabela tripulaban, para ir en santo tributo á ofrecer un cirio de cinco libras á la vírgen de Guadalupe; y como todos se conviniesen, luego se pusieron dentro de un gorro tantos garbanzos como hombres habia embarcados en la Niña, marcando en uno de aquellos la señal de la cruz, para que el que lo sacase cumpliese la penitenciaria oferta. Por mas autorizado hubo de ser primero el Almirante, quien metió la mano en el gorro con tal destino, que á él cupo el garbanzo cruzado, como si por la osadía de su atrevida concepcion impusiera el cielo á su propia persona el desagravio de las culpas que mas tarde habian de cometerse en la tierra vírgen.

Siguiéronse otras varias ofertas, que en el peligro se prodigan siempre, y finalmente, toda la tripulacion se comprometió ante Dios solemnemente á ir en pública procesion descalzos y desnudos á dar gracias á la Santísima Vírgen donde quiera que tomasen tierra, á la primera iglesia en que se venerase la imágen de aquella inmaculada señora. Ya se deja conocer, por la abundancia de ofrecimientos piadosos, cuánto acrecerian los peligros en aquellos dias de prueba, como que el mar se levantaba de su natural asiento en gigantescas montañas como en las tierras mas altas no se conocian, rompiéndose con estrepitoso rugido alrededor de aquellos frágiles maderos, y los vientos, soplando encontrados con una violencia infernal, los arrancaban de su líquido elemento algunas veces para precipitarlos despues con mayor furia contra las sañudas ondas.

En la noche del 13 se pronunciaron mas frecuentes las rachas del Sur, con tanta fuerza, que ningun trapo era posible conservar en los trabajados mástiles:

(1) Asi dice el original de la relacion del obispo Fr. Bartolomé de las Casas, que existe manuscrita en el archivo de los duques del Infantado. Por el testo ya se deja conocer su actual significado.

con todo, la carabela del Almirante trató de conservarse cuanto pudo manteniendo el rumbo N-E. á fin de aproximarse á las costas españolas, y lo mismo hubo de ordenar por medio de faroles á la Pinta; pero esta por la debilidad de su palo de trinquete no pudo mantener el viento, y tuvo que correr con el temporal hácia el N., perdiéndose sus luces bien pronto en la espantosa oscuridad de aquella larguísima noche. En vano tendió la vista el Almirante por aquella larga estension del Atlántico tan pronto como la luz del dia se dejó sentir en los cansados ojos: el mar estaba desierto sin mas compañía que la tempestad, y todos los marineros de la frágil carabela enjugaron una lágrima de pesar por el supuesto naufragio de la Pinta.

Cuando sobre las elevadas cumbres de aquellas líquidas montañas comenzó á levantarse el sol en la mañana del 14 de febrero, arreciaron los huracanes tanto como puede comprenderse despues de la mas exagerada violencia, de manera que los ánimos declinaron suponiendo que la constancia del temporal duraria todo el tiempo necesario para que la carabela al fin se sumergiese. En tal estado, y para esforzar en lo posible la humana resistencia, ordenó Colon que se repusiese la aguada del buque llenando las pipas vacías de agua salada; y en verdad que semejante recurso, llevado á cabo con imponderables trabajos, mejoró grandemente las condiciones del bastimento, cuya falta de lastre se habia dejado sentir de una manera harto peligrosa. Terminada esta operacion se subió el Almirante al castillo de popa, y tomando la resignacion necesaria en tan apurado trance, quiso escribir compendiada la historia de su descubrimiento para hacerla sobrevivir al ya esperado naufragio. Dirigíala en una carta escrita á los Reyes Católicos con tan confusa aglomeracion de pensamientos como suele tener el reo á quien se conceden apenas algunos instantes para despedirse de todos sus mejores afectos. Allí se acordó de la gloria que circundaba su nombre, de la orfandad de sus hijos, del sarcasmo de sus detractores y del fruto perdido de tantos trabajos: pensaba en la tierra vírgen, arrancada á los secretos de la naturaleza en un momento de feliz inspiracion para adornar como su perla mejor la diadema que brillaba en las sienes de Isabel I, y perdida para siempre en el entonces proceloso mar de sus mejores esperanzas. En fin; terminada la carta y con ella una súplica muy reverente para que el que la encontrase se sirviera, sin abrir el sellado pergamino, presentarla á los Reyes Católicos de España, no sin ofrecer por semejante servicio un premio considerable en nombre de la corona de Castilla; lo envolvió primero en un pedazo de hule, despues en una torta de cera, y finalmente en un barril vacío y perfectamente calafateado, el cual arrojó al mar con la seguridad de que algun dia una mano bondadosa llegaria á recogerlo. Pero por si acaso tal memoria no tuviese la dicha de alcanzar feliz destino, la repitió incontinente con las propias condiciones, y colocó el segundo barril sobre el castillo de popa, para que en el caso esperado de zozobrar el buque quedara flotante el segundo mensaje, con cuyas precauciones descargó grandemente su pensamiento el Almirante, y volvió con serenidad á los cuidados de la tormenta.



Cuando empezó á rayar el crepúsculo matutino del dia 15, Ruiz García, marinero de la tripulacion, gritó *tierra por la proa*, en ocasion en que la carabela seguia el rumbo de E-N-E. Y ¿cómo podríamos interpretar el entusiasmo que semejante nueva comunicó á aquellas gentes atribuladas?... Baste decir que casi abandonando las maniobras todos alzaron con el pensamiento las manos á Dios en accion de gracias por el beneficio que les dispensaba, mostrándoles en tan apurado trance los estremos del viejo mundo que con singular osadía habian abandonado.

Mientras asi manifestaban su gozo los simples marineros y soldados, se agitaban hácia la popa del buque los cálculos mas discordes respecto á la tierra que delante se tenia, como que entre los pilotos se dividió la opinion, creyendo unos que estaban delante de la isla de la Madera, y otros enfrente de la roca de Cintra cerca de Lisboa. Mas exacto el Almirante supuso bien que sobre los 38° de latitud occidental á que habia ascendido en su derrota, la tierra en cuestion no podia ser otra que una de las islas Azores; y con efecto su cálculo se justificó cuando á fuerza de trabajos pudo surgir el dia 18 dentro de una cala que ofrecia contra la consecuente tempestad harto inseguro puerto: como que al enviar el bote á tierra se averiguó que estaba la combatida y tan mermada espedicion en la isla de Santa María.

Allí fueron los escesos de admiracion que sus habitantes manifestaron, primero al considerar la maravillosa salvacion de un buque tan débil en medio de un

huracan tan espantoso, y despues cuando supieron la índole de tan singular viaje; trastornaron con efecto á preguntas á los marineros que en el bote acertaron á ir á tierra, y despues se ofrecieron gustosos con sus provisiones para refrescar las ya bien escasas de la carabela. Por la tarde tres isleños acudieron á ella con mensage del gobernador de la isla, Juan de Castañeda, portugués de siniestra intencion, que en las protestas de su amistad no enviaba otra cosa al Almirante que la seguridad de su infamia, ofrecia trasladarse en persona á dar el parabien al famoso nauta cuando la mañana del 19 se levantase, y entre tanto le brindaba con todo lo que en la isla se poseia. A fuer de agradecido hospedó y obsequió el Almirante por toda aquella noche á los tres mensageros, y al amanecer del dia siguiente los despidió satisfechos con sinceras muestras de reconocido afecto. La cordialidad que debian esperar los españoles en aquella isla hospitalaria bien pronto hubo lugar de averiguarla, para mengua del gobernador que tan siniestramente procedia, y no gran crédito de los civilizados hijos del viejo continente. Singular contraste ofrece á la consideracion filosófica la despedida fraternal y no mentido sentimiento que aconteció al separarse Colon de la Isla Española entre sus indígenas y nuestras gentes, y el franco recibimiento que se hacia á los hijos de una madre comun, en las dependencias de su propia tierra.

Prestó la ocasion aquel voto que en el rigor de la tormenta habian hecho los tripulantes de la Niña, de ir descalzos y desnudos á dar gracias á la Vírgen en la primera tierra que pisasen, cuya promesa quiso Colon que se cumpliese inmediatamente, como buen cristiano y reconocido marino. Al efecto salió á tierra en la forma susodicha mitad de la tripulacion, dirigiéndose á un santuario que no muy lejos de la playa habia, al cual ya de antemano habia acudido un sacerdote para decir misa á los espedicionarios; pero cuando estos estaban con todo recogimiento en lo mejor de sus oraciones, se vieron cercados y rendidos por algunas gentes de la isla, á quienes el mencionado gobernador acaudillaba. Entre tanto aguardaba impaciente el Almirante que la mitad de sus súbditos regresase á la carabela para dar él con la otra mitad completo término á la religiosa promesa; pero como ya hubiesen pasado algunas horas y su gente no volviese, temió con fundamento alguna mala accion, por la enemiga que los portugueses de la córte le habian cobrado en sus primeras negociaciones.

El crédito de su cálculo no tardó mucho en apoyarse sobre sólidos fundamentos, como que varios hombres armados se acercaron luego en el bote de la carabela, y Colon dió las oportunas órdenes para recibirlos dispuesto á los percances de un choque sangriento. Entre los tripulantes del bote venia el gobernador Castañeda que á muy larga distancia tuvo la osadía de exigir seguridades personales para él y para los que le acompañaban: ofreciólas el Almirante con tal doblez como con él se usaba; pero el gobernador no quiso por entonces desmentir su natural portugués, todo receloso, y á las amistosas demostraciones se siguieron las esplicaciones primero de poder á poder, y luego, por la estravagante arrogancia de Castañeda, los insultos y las amenazas. Con esto el bote se volvió

á la playa: y el Almirante, falto de brazos para hacer frente á los cuidados de la tormenta, que otra vez volvió á arreciar en la mañana del 20, tuvo que darse á la mar con direccion á las islas mas septentrionales de aquel grupo, por si en ellas podia alcanzar mejor surgidero.

Al fin, despues de tres dias contínuos de zozobras tornó la carabela al anclage de Santa María en la tarde del 22 de febrero, y no bien fué vista por los de la isla, cuando el bote se le aproximó trayendo á bordo dos sacerdotes y un escribano. Despues de las formalidades que las circunstancias exigian, subieron á la carabela, y con modo harto mas compuesto que en la anterior entrevista, suplicaron á Colon que les mostrase las patentes y órdenes de los reyes de España; porque si ellas fueran tales que bastasen á borrar ciertas sospechas que por allí se tenian de siniestras gentes, el gobernador estaba dispuesto á devolver, con las mayores satisfacciones y agasajos, los prisioneros que en su poder tenian. No se ocultó á Colon cuanto aquel mensage envolvia de arrepentimiento; y asi, reprimiendo su indignacion, vaciló poco en satisfacer la curiosidad de los isleños, con lo cual recobró inmediatamente sus marineros y su bote, mas algunas provisiones de que ya tenia muy sensible falta.

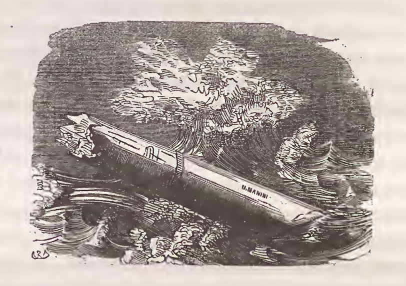
Con esto y porque el temporal continuaba soplando del Sur sin permitir segura estancia á la carabela en la playa de Santa María, antes bien, que pudiera favorecer un tanto su rumbo á las costas de España, volvio á darse á la mar aquel frágil bastimento el dia 24, con próspera navegacion hasta el 27; pero como si aun no estuviera bien purgada la osadía de los nautas, ó mejor porque la Providencia quisiera castigar su regreso por los resultados que de producir habia, comenzó de nuevo la mar á levantarse estrepitosa, y los vientos volvieron á soplar con furia adversos ó encontrados. Torcióse el ánimo otra vez á las plegarias, y otra vez se sortearon romerías en que el Almirante salió penitenciado, mientras la tormenta continuaba con tal ímpetu, que en la noche del 2 de marzouna ráfaga hirió súbitamente el buque rasgándole todas sus velas, de suerte que durante muchas horas tuvo que correr aquel mar proceloso á palo seco, en medio de otro mar que del cielo se desprendia, formando siniestro concierto con prolongados truenos y continuadas exhalaciones.

Al fin, en medio de tanto desconsuelo, y cuando la noche del 3 comenzaba á cerrarse, algunos marineros á la par gritaron *tierra;* pero esta novedad que en otra ocasion hubiera calmado todos los cuidados, en la presente no sirvió mas que de doble peligro por los que debian temerse de ser estrellados contra alguna roca de la costa. Así fué que el Almirante mandó recoger la poca vela con que el buque navegaba, y hacerse á la mar cuando fuera posible; hasta que en la mañana del dia 4 se reconocieron enfrente de la roca de Cintra, á la entrada del Tajo. Todavia en tan favorable situacion fueron infinitos los trabajos con que toda la tripulacion hubo de conseguir el arribo en frente de Rastello, el cual tuvo lugar á las tres de la tarde en medio de las mas vivas aclamaciones de los habitantes de aquella playa, muchos de los cuales, habiendo observado desde

:

primera hora los peligros de la carabela, no quisieron apartar la vista del bastimento ni de Dios el corazon, hasta que la vieron completamente en salvo.

Asi volvió á sentar la planta en el viejo mundo, el hombre eminente que mas ilustró el reinado de la primera Isabel, á los siete meses cabales de haberlo abandonado, sufriendo en su viaje de ida á la tierra vírgen todos los disgustos de la duda y de la insubordinacion, como si un poder sobrenatural se opusiera al descubrimiento; y en el de regreso los sinsabores y peligros de los mas turbulentos huracanes, que semejaban á celestiales amenazas. Con todo: el destino habia marcado la hora de la universal comunicacion, y por el arribo de la Niña á las costas de Portugal, no tardó en derramarse la gran novedad de la época por todos los ámbitos del mundo.



CAPITULO XV.

Sorprendente efecto que causa en Portugal el arribo de Colon y las noticias de su descubrimiento.—Envia este embajadas á los reyes Católicos y á Don Juan II.—Repetidas visitas que recibe la carabela.--Honores dispensados al Almirante por los dignatarios portugueses.--Envia el rey Don Juan mensage á Colon, y este se resuelve á pasar á la corte lusitana.--Honores y distinciones reales que se le prodigan.--Vuelve á su carabela el Almirante.--Siniestros é innobles consejos que el rey Don Juan escucha á los émulos de las glorias españolas.--Preparativos de una espedicion portuguesa contra las tierras descubiertas.--Sale de Portugal la carabela con rumbo al S., y con próspera travesía monta el cabo de San Vicente y da fondo en la barra de Saltes.--Arribo de la Pinta al mismo puerto de Palos.--Noticias relativas á Martin Alonso Pinzon.--Regocijo y manifestaciones públicas.

Todos los cuidados del tránsito tornáronse satisfacciones tan luego como cundió la voz de arribo de la carabela, de las condiciones del viaje y de la calidad de su jefe. No obstante los muchos años que habian transcurrido desde que Colon abandonara fugitivo los estados del rey don Juan II, apenas habia un portugués entre los navegantes que no tuviera noticias mas ó menos exactas de aquel famoso proyecto, cuya estravagancia era proverbial desde que el bastimento enviado secretamente á esplorar el Atlántico habia vuelto escaso de nuevas sensaciones y abundante de averías. En tal concepto ya se deja suponer cuánta curiosidad provocarian las nuevas y efectos del descubierto territorio, y cuánto necesitarian los incrédulos tocar por sí mismos la realidad para no persistir en su añeja desconfianza. Visitaron con efecto al Almirante tantas y tan variadas gentes como no podia contener la carabela sin grave riesgo de zozobrar en el mismo puerto que á su salvacion se habia ofrecido. Pero entre tantas satisfacciones hubo de llamar á la puerta de sus cuidados un mensaje que nada de particular tenia, y que sin embargo se ofreció ofensivo á su dignidad y á su rango. Existia en la bahía de Rastello un gran navío de guerra perteneciente á la corona de Portugal, y su capitan don Alonso de Acuña hubo de requerir á Colon para que se trasbordase á él con ánimo de interrogarle. La contestacion del Almirante, tan digna como decorosa, torció

inmediatamente el rumbo de la cuestion á muy satisfactorios resultados, pues no bien se hubo enterado el capitan portugués de la calidad de Colon como Almirante de SS. MM. los reyes de España, empavesó su navío, y guarneciendo su bote de escogida honorífica escolta, tuvo por muy justo trasladarse á la humilde carabela para ofrecer sus respetos al mas esperto marino que en el mundo se hubiera imaginado. El Almirante se esmeró á la vez en recibir con las mayores atenciones al digno huésped que á su bastimento venia, y los acordes de algunos clarines, pífanos y atabales que consigo llevaba el capitan portugués, prestaron doble armonía á los que se cruzaron, finos saludos y obsequiosos ofrecimientos.

Entre tanto, y como primer cuidado del famoso nauta, marchaban ganando horas dos mensajes que habia dirigido, uno á sus reyes y señores adoptivos los monarcas de España, dando cuenta de su milagrosa llegada, y otro al rey de Portugal suplicándole el competente permiso para trasladarse con su buque al puerto de Lisboa.

El rey don Juan no pudo menos de admirar el acontecimiento con singular entusiasmo, bien que á la par acometiese á su alma gran caudal de remordimientos, por haberse despojado tan incautamente de la parte de gloria que en él debiera haberle cabido, pues no hay duda que todos los descubrimientos hasta entonces verificados por sus súbditos quedaban eclipsados ante la inmensa trascendencia del que Colon habia ofrecido antes á él que á ningun monarca de la Península. La grandeza de espíritu que le caracterizaba apartó sin embargo de su sorprendido ánimo toda pasion que noble no fuese, y con muestras de muy especial afecto, en una su carta real consignadas, contestó al Almirante suplicándole que fuese á verle á la corte de Valparaiso, donde á la sazon residia, á unas nueve leguas de Lisboa. Al propio tiempo el célebre monarca portugués espidió las órdenes convenientes para que en el tránsito se prodigaran las mayores deferencias y cuidados á su ilustre huésped, el cual, acompañado del portador del pliego, caballero D. Martin de Noroña, salió para la córte lusitana en la tarde del 8 de marzo.

Su entrada en Valparaiso al siguiente dia fué régia, como que la flor y nata de los caballeros portugueses salió á recibirle, y entre sus filas fué conducido al palacio real, no sin obtener en el tránsito las mayores muestras de veneracion y respeto. Por lo que hace á la entrevista con D. Juan, no pudo ser mas decorosa: el rey salió á recibirle á la puerta de su cámara, y no permitió escuchar la narracion de su viaje sin que antes el Almirante hubiese tomado asiento á su lado. De cuando en cuando, y para no perder ninguna circunstancia especial de las que caracterizaban aquel feliz descubrimiento, interrumpia el monarca la narracion con preguntas oportunas que justificaban el buen concepto de entendido que entre los sabios de su época gozaba; pero en una de ellas hubo de revelar algo mas que una mera curiosidad, puesto que provocando la cuestion de límites, respecto al dominio que recientemente le estaba concedido por una bula pontificia, hubo de dar á conocer el deseo que le acosaba de adjudicar á su co-

rona alguna parte considerable de aquel feliz descubrimiento (1). Asi fué que sus preguntas se encaminaron muy directamente al conocimiento de la situacion geográfica de los nuevos paises, y por mas que Colon se esmeró en afirmarle con claros argumentos cuánto se apartaban de los concedidos á Portugal por la bula de Martino V, no se tranquilizó el ánimo real en semejante cuestion por todo el resto de su vida, no obstante haber dicho graciosamente á Colon que no habria menester de terceros para resolverla en buena armonía.

Con todo: habia en la córte del rey D. Juan, como en todas las córtes, embozados enemigos de la grandeza real, que mas la humillan cuanto mas fingen ensalzarla por medio de siniestros consejos al monarca dirigidos, y estos que en gran número eran de los antiguos opositores al proyecto, se esmeraron al presente en ponderar la arrogancia insultante de Colon, á la par que fomentaban la seguridad de los derechos á la nacion portuguesa adheridos. El rey, por su parte, mal curado del pesar que los celos de semejante grandeza le causaban, daba oidos favorables á cuantos proyectos se inventaban para hacerse dueño y señor de las tierras descubiertas, bien que rechazase como inícuo el asesinato de Colon, que hubo de proponerle con villanas palabras alguno de sus torpes consejeros. Por lo pronto se adhirió al de enviar inmediatamente una poderosa escuadra bien provista de armas y pertrechos, por si acaso, como era probable, tenia que afrontar los percances de una guerra con los soldados de España; y en tanto que el Almirante caminaba satisfecho de regreso á su carabela, y visitaba de paso á la reina de Portugal en el monasterio de San Antonio de Villafranca, se cruzaban las disposiciones mas terminantes del armamento, se daban patentes de pension y se nombraban capitanes para concurrir á la mas injusta agresion que en palaciegos conciliábulos pudiera concebirse: esto con el secreto que en las torpes negociaciones suele guardarse, para que ni aun remotamente pudieran apercibirse los españoles hasta que el golpe estuviese asegurado.

Volviendo la atencion al objeto principal de nuestro relato, que no en siniestros manejos debemos parar la mente como no sea para condenarlos, conviene saber que el Almirante se dió á la mar el dia 13 de marzo á las ocho de su mañana, el propio dia precisamente en que se cumplia un mes que se habia perdido *La Pinta*; dos que se verificara el primer combate entre indios y españoles; tres

(1) A instancia y solicitud que el célebre infante D. Enrique de Portugal habia hecho á Roma pocos años antes de su muerte, ocurrida en el año de 1460, el papa Martino V concedió que todo lo descubierto y que se descubriese desde el Cabo de Bojador hácia el Mediodia, hasta las Indias Orientales, fuese de la corona de Portugal, cuyo breve confirmaron despues otros sumos pontífices. (Véase á Barros *Da Asia*, década I, lib. I.—Martinez de la Puente, *Comp. de las hist. de la India*, lib II, cap. II.—Freire, *Vida del Infante*, lib. III y IV, etc.) Despues, en 1479, cuando se concertaron paces entre las coronas de Castilla y Portugal, para dirimir las diferencias que se habian suscitado respecto á la posesion de las islas Canarias, se acordó que el trato y la navegacion de la Guinea y de la Mina del Oro y la conquista de Fez, quedasen esclusivamente para Portugal, y todas las islas Canarias conquistadas y por conquistar para la corona real de Castilla. (Zurita, *Anales de Aragon*, part. I, lib. X.—Viera, *Historia de Canarias*, lib. VII —Montero, *Historia militar de las islas Canarias*, tomo I). Como se sigue de lo dicho, en nada se rozaba el descubrimiento de las Indias Occidentales con las concesiones pontificias hechas á los portugueses: sin embargo, objeto fué aquel de largos litigios, que en ocasiones hubo necesidad de resolver con la fuerza de las armas.

que se trató con la primera gente de la isla de Haiti, y medio año que se habia observado con asombro la variacion de la aguja magnética. La mar estaba muy levantada; pero como el viento soplase del N-N-O., desde luego se aseguró un próspero y feliz viaje á la barra de Saltes, y con efecto, á las dos y media singladuras ancló en ella el 15 de marzo despues de medio dia, con singular contento de la tripulacion, que al cabo de tantos afanes y desvelos se vió por fin acariciada en el propio lugar de donde habia partido.

Con el arribo de *La Niña* á la barra de Saltes sin duda se hubieran promovido desconsoladoras escenas que trastornaran todo el goce reservado en aquellos momentos á los entusiastas vecinos de la villa de Palos, si una coincidencia sorprendente no hubiera concurrido oportuna á conjurar las lágrimas y volver á todos los interesados personales de la espedicion la mas completa alegria. Con efecto: algunas horas despues de haber fondeado la carabela de Colon en el puerto, se vió adelantar por la barra á toda vela aquella que perdida se consideraba, la cual en el furor de la tormenta habia aportado en Bayona sobre la costa de Cantabria. Dícese que su capitan Martin Alonso Pinzon hubiera querido adjudicarse toda la gloria del descubrimiento, contando como perdido el bastimento en que Colon navegaba la noche del 13 de febrero; y que su abatimiento se hizo público cuando al entrar en el puerto de Palos, ansioso de demostraciones esclusivas, vió que el Almirante con su carabela y sus gentes se habia salvado: tanto mas cuanto que desde Bayona habia enviado mensage á los Reyes Católicos con brillantes exageradas narraciones de sus servicios. Si tales sentimientos abrigaba con efecto el distinguido marino español que tan activa y generosamente habia contribuido á aquella empresa, no hay duda que inmenso baldon sobre su fama pesaria, á no haberlo disipado inmediatamente con las irrecusables muestras de su arrepentimiento y su vergüenza; porque los mismos autores que en abultar sus delitos se entretienen, confiesan á la par que algunos dias despues entregó el espíritu á Dios en medio de los mas crueles remordimientos. Corramos, pues, un velo sobre pasados desmanes, que á emulacion nacional, mas bien que de personas, pudieran atribuirse por lo que de estranjero tenia el Almirante, y no olvidemos, para mancillar la memoria del malaventurado Pinzon, cuántos servicios prestó con su persona, influencia é intereses en el descubrimiento del Nuevo Mundo. De todos modos el ilustre Pinzon, con su natural franqueza, con su arrojado porte, y con su marcial denuedo, caracterizó grandemente la parte marítima de su época, como que por semejantes circunstancias gozaba de muy alta reputacion en toda la Península y aun fuera de ella; de suerte que valorando todos los hechos de su especial historia, pudieran servirnos de modelo para imitar admirándole sus buenas acciones, y por el terrible efecto de un desliz á su condicion estraño, para moderar los instintos de la mala ambicion, y continuar siempre rectos por la grata senda de las virtudes.

Por fin, el recibimiento que á los intrépidos nautas se hizo en toda la comarca donde habian nacido, fué tal como cumplia á personas de su esfera, harto

separada de la vulgar por lo que se apartaran en sus recientes hechos de las condiciones naturales: las campanas sonando á vuelo en la pequeña villa de Palos, dieron la señal á las inmediatas poblaciones, de donde acudieron en monton los habitantes avaros de tocar con sus manos la novedad que sus oidos sentian; y no hay duda que si algun momento de felices visibles sensaciones tuvo Colon en el transcurso de su afanosa vida, fué sin duda aquel en que pueblos enteros, considerándole como á Semi-Dios, se prosternaron á sus plantas embriagados de gozo, y vertiendo por los ojos raudales de entusiasmo.





CAPITULO XVI.

Preliminares de otra espedicion á las Indias.—Nuevos honores que se prodigan al Almirante.—Su viaje á Barcelona y recibimiento que allí le hicieron los Reyes Católicos.—Felicitaciones y obsequios en medio del aplauso universal.—Concédensele atribuciones que únicamente á la corona tocaban.—Efecto que la nueva del descubrimiento produce en las naciones cultas de nuestro continente.—Bula pontificia.—Litigio diplomático: famosa bula divisoria de límites.-Preparativos para el segundo viaje.-Orígen y progresos de la casa de la Contratacion y Tribunal Supremo de Indias.-Fuerzas de la segunda espedicion.-Primeras noticias de Alonso de Ojeda.-Recelo respecto á siniestros procederes de la corte portuguesa.-Esplicaciones poco satisfactorias.-Apresúrase el armamento, y queda pronta la espedicion para darse á la vela.

Habia corrido la feliz nueva del descubrimiento con suma rapidez á la corte española en tanto que Colon verificaba su travesía desde Portugal á la bahía de Palos, renunciando cortesmente los ofrecimientos del rey Don Juan, que le brindára todo género de recursos para marchar por tierra: de suerte que, algunos dias despues de haber saltado en brazos de los andaluces, pues ninguna propiedad usaríamos al decir que en tierra saltara, le sorprendió graciosamente un pliego sellado con las reales armas cuyo sobre así decia: *A Don Cristóbal Colon nuestro Almirante del mar Océano, Virey y Gobernador de las islas descubiertas en las Indias.*

Como se deja ver, sin duda que no se mostraria indiferente á tan señaladas pruebas de favor el Almirante, bien que sus merecimientos mayores fuesen; pero su entusiasmo creció de punto cuando rotos los lacres que la comunicacion real guardaban, leyó en esta, con las mayores alabanzas y promesas, la órden de disponer sobre la marcha en Sevilla un fuerte armamento que habia de conducir á las Indias (no sin enviar entre tanto á los monarcas una memoria de cuanto necesitase) y el beneplácito que habia suplicado para ir á dar cuenta personal de su viaje en la corte, que á la sazon residia en Barcelona. De semejante proceder que halagaba en gran manera los deseos de Colon, y los planes que habia formado cuando resolvió su vuelta al antiguo continente, se entrevé como una gran lec-

cion de alta política la oportunidad con que los monarcas españoles precipitaban el envío de nuevas fuerzas á las tierras descubiertas, para prevenir y contrarestar los procederes de cualquiera nacion rival que quisiera anticiparse, renunciando á las inmediatas brillantes narraciones que en otra cualquiera corte hubieran cautivado esclusivamente la atencion, ligando los brazos á los mas urgentes procederes.

Al fin, Colon cumplió en Sevilla los primeros mandatos de los Reyes Católicos en medio del concierto universal manifestado mas particularmente en el entusiasmo conque todo el mundo concurria á la facilitacion del armamento; y cuando juzgó que su presencia no era indispensable á los trabajos, se puso en camino para la capital de los antiguos ponderados condes, acompañado de una muchedumbre de caballeros y sirvientes, con seis de los indios en las carabelas traidos, y todos los objetos raros importados del Nuevo Mundo.

Las manifestaciones que recibió en el tránsito el Almirante fueron tales cual personaje alguno pudiera obtenerlas: y no de otro modo nos seria lícito espresarlas á la inteligencia, que trasladando á nuestras páginas la elocuente narracion que de aquel viaje nos hace un autor muy ilustrado y frecuentemente verídico. «Habia resonado, dice, por toda la nacion la fama de aquel suceso; y como el célebre nauta pasaba su camino por algunas de las mas bellas y pobladas provincias de España, parecia su viaje el de un soberano. Por donde quiera que iba llenaban los habitantes de los paises circunvecinos los campos y los pueblos, y en las grandes ciudades las calles, las ventanas y los balcones estaban cubiertos de espectadores entusiasmados que herian los aires con sus aclamaciones. Impedian de contínuo la prosecucion de su viaje las multitudes que le rodeaban, deseosas de ver á él y á los indios, escitando la apariencia de estos tanta admiracion como si fuesen naturales de otro planeta. No podia satisfacer la viva curiosidad que por todas partes le asediaba con innumerables preguntas, porque el rumor popular habia, como suele, exagerado la verdad, llenando el recien hallado mundo de toda especie de maravillas." (1)

Al fin, entró Colon en Barcelona el dia 3 de abril, cuando ya pasaba de un mes que en aquella residencia provisional de los monarcas se estaban haciendo régios preparativos para recibirle con pompa de soberano, á la que concurrió con sus encantos un dia brillante de la mas suave primavera. Precedian los indios la comitiva con los adornos salvajes de toscas pinturas que solian ostentar en su cuerpo, y algunas láminas de oro; despues varios pajes y escuderos eran conductores de los pájaros mas raros de las Indias descubiertas: de diademas, brazaletes, caretas de oro y demas objetos de lujo que los caciques de la Española habian regalado al Almirante, y de varias plantas que por esquisitas se habian tomado: y por último, cercado de una brillante comitiva que de todas partes se apresurara á felicitarle, cerraba la marcha Colon con grave apostura y aunque digno, modesto continente, prodigando sa-

(1) Irving, *Vida y viajes de Colon*. Tomo I, traduccion española de García de Villalta p. 360.



Urrabieta invº y litº Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

TRANSITO DE CRISTOVAL COLON

por España, victoreado por el pueblo, cuando vuelve de descubrir el Nuevo-mundo.



ludos con natural bondad á cuantos en su inmensa gloria se interesaban con públicos obsequios en calles, plazas, balcones y tejados; que parte alguna pudiera estar vacía, donde el campo dilatado ofrecia estrechos límites á la inmensa multitud que se derramaba ansiosa por todas las veredas que conducen á la capital del principado. (1)

(1) Hace algunos años que entre varias personas ilustradas de la culta Barcelona se levanta, cual sordo rumor de lejana tormenta, la equivocada opinion de que jamás en aquella capital hubo de sentar la planta el gran descubridor del Nuevo Mundo desde que su fama era pregonada por ambos hemisferios. Apóyanse, los que tal especie acarician como verídica, en el silencio absoluto que guardan sobre la entrada regia de Colon en Barcelona cuantos diarios allí se llevaban, que no eran pocos, públicos y privados. Bien conozco que en nada, semejante alteracion de los hechos, pudiera amenguar la escelsa reputacion del intrépido marino; como que estando asentada sobre la realizacion verídica de un pensamiento sobrenatural entonces, do poco sirve el lugar en quo apareció á dar cuenta de su inmortal descubrimiento ante los reyes do España. Con todo; para desvanecer en lo posible semejante rumor, siquiera en pro de la verdad histórica, me hube de entretener durante algunas semanas en la investigacion escrupulosa y detenido reconocimiento de cuantos diarios coetáneos en Barcelona se sabe que existen, y por ellos no he aprendido de la cuestion inaugurada mas que una verdad lastimosa, á saber: que el orgullo marítimo de los célebres catalanes aconsejó malamente á los hombres cultos en quienes consistia la fama de los sucesos, un silencio tan absoluto en el que al triunfo de Colon se referia, que bien se puede asegurar hasta la circulacion verbal de las necesarias órdenes para que tan feliz acontecimiento no pasase á sucesivas generaciones en ninguna clase de escritura. Estaba tan reciente la union de las coronas aragonesa y castellana, y tan viva la emulacion de ambas naciones, que el proceder se comprende tanto como merece condenarse. Calló el suceso la dipotacion; lo calló la municipalidad, y calláronlo tambien los magnates que particular diario de públicos actos llevaban; pero con tan marcada intencion que en algunos se pasan en claro varios meses, sin duda con propósito de dar cumplimiento á la prohibicion y disculpa justificable á sus procederes. Tal se advierte por ejemplo en el COMES: *De sucesos notables*, manuscrito del siglo XVI que en la casa de la Ciudad se custodia, y aun en los mismos *Dietariis* de la propia casa. En los de la diputacion se lee en el dia 5 do abril de 1493 la vuelta de un oidor, *Mosen Luis de Voira*, á Barcelona, con lo cual se prueba la parcialidad estudiada ó prevenida, puesto que quitando el lugar al acontecimiento mas grande de los siglos, lo adjudican á novedad tan insignificante. Mi respetable amigo el señor don Manuel de Bofarull, actual archivero de la corona do Aragon, tambien me asoguró la consecuencia del silencio que sobre la cuestion se guarda en un dietario particular que en su casa conserva, é iguales noticias tengo respecto al de la casa que allí posee el señor duque de Medinaceli. El archivo de la catedral, donde fueron bautizados los indios de San Salvador, no tuve ocasion de verlo; pero un amigo, el señor don Juan Vivó, que tuvo la bondad de ayudarme en la investigacion, me aseguró, con referencia al venerable eclesiástico que lo custodia, que tampoco allí podria aclararse la verdad, puesto que no existe el libro do bautizados de aquel año.

No hay duda que hasta aquí parece como que llevan la mejor parte en la cuestion los que tan lastimosamente desperdician la verdad de los libros por tributar á los documentos inéditos un culto exagerado, sin hacerse cargo que así la parcialidad puede existir en la pública biblioteca, como en el recóndito empolvado archivo. Para desvanecer aquella naciente opinion que en cuenta no tendria si de baja procedencia se levantase, habré de insistir en la marcada intencion de los encargados de los diarios en la fecha del suceso: en la parcial manera que los mismos usaban en sus apuntaciones, segun el negocio ó persona de que trataban, y finalmente en las verdades que facilitan contra la emulacion local los mas acreditados autores. Parcial manera digo en lo de apuntar los sucesos, porque autorizado me considero: que no de otra suerte me fuera lícito atentar á la buena fama de respetables corporaciones. En el dietario de la Diputacion que corresponde al trienio de 1491 á 1493, al folio 44 tercero, donde está apuntado el dia 7 de diciembre del 1492, que fué cuando al rey don Fernando hirió un catalan al salir de la audiencia, nada se dice en la foja del libro; y únicamente hay á ella mal pegada una tira de papel que dice: *divendres á VII de decembre, vigilia de la Concepcio de nostra Dona Sancta María se segui lo cas en la persona de la Magestat del S. Rey al qual nostre Senyor Deu done longua vida*, con cuyo papel parece que se llena la obligacion, pues se apunta el suceso, y se salva la honra no diciendo qué caso haya sido. No me esforzaré en amontonar otras pruebas de parcial intencion, que bastante es la consignada, y así haremc cargo en seguida de los autores coetáneos de mas autoridad que la entrada de Colon en Barcelona aseguran. En primer término aparece Pedro Mártir, cuya fama le releva de pruebas respecto á su veracidad: era amigo del Almirante y se halló presente á su triunfo, segun él mismo afirma en sus *Decadas*. El cura de los Palacios en el cap. 131 de su *Historia de los Reyes Católicos* dice: *Los que de aquellos indios que trajo vinieron presentó con las cosas de oro que trajo al rey é la reina, de los cuales él fué muy bien recibido..... É ESTUVO DESTA VEZ EL ALMIRANTE EN LA CORTE.....* y como la corte permaneció en Barcelona desde el 24 de octubre de 1492, en que todavía Colon andaba descubriendo islas, hasta el 4 de octubre de 1493, en cuya fecha ya habia emprendido su segundo viaje, no hay duda que en Barcelona habia de ser donde el Almirante estuviese *en la*

Para que la felicitacion fuera tan solemne como el acontecimiento merecia, quisieron los Reyes Católicos que la ceremonia participase de la mayor publicidad posible, y al efecto colocóse el trono real bajo rico dosel de brocado de oro, en un espléndido salon preparado en público paraje, y ambos monarcas, vestidos de gala con el príncipe Don Juan á su lado, y una inmensa comitiva de la mas florida nobleza de ambas coronas, descendieron de su alto lugar para recibir en sus brazos al hombre que á la sazon estaba causando en las ideas y en los hechos la mas grande revolucion que los siglos habian contemplado.

Para llegar hasta las Majestades descendió Colon de su caballo, y lo mismo hicieron cuantos su comitiva formaban; y despues, tomada la venia para besar las reales plantas, atravesó con majestuoso porte bajo el rico pabellon de banderas y estandartes, emblemas de todas las provincias españolas, que los Reyes Católicos habian mandado preparar en manos de elevados personajes, á fin de comunicar á aquel acto una grandeza tal cual mayor no se hubiera ostentado en la opulenta Roma allá en los famosos tiempos de sus mejores triunfos. Cuando el Almirante quiso postrar en tierra la reverente rodilla no pudieron los monarcas tolerar tal muestra de humildad en súbdito que tanto valía, y levantándose presurosos le tomaron de la mano para impedir el acto, y le sentaron gozosos á su lado en tanto duró el relato de su viaje, con todos aquellos episodios que mas caracterizan la fisonomía especial de tan famosa cuanto singular empresa.

corte, segun afirma el cura de los Palacios, y donde presentara los indios á los monarcas. Gonzalo Fernandez de Oviedo, á quien si no adornasen otras dotes literarias ninguno pudiera apostrofar de inverídico, dice: *y en aquel mismo año descubrió Colon estas Indias, y llegó á Barcelona en el siguiente de 1493 años en el mes de abril, y falló al rey assaz flaco pero sin peligro de su herida. Aquestos notables se han traido á la memoria* PARA SEÑALAR EL TIEMPO EN QUE COLON LLEGÓ Á LA CORTE; EN LO CUAL YO HABLO COMO TESTIGO DE VISTA..... Don Hernando Colon, en la historia de su padre, tambien refiere la entrada en Barcelona, en ocasion que él se hallaba en la corte en calidad de paje, y sucesivamente afirman el suceso cuantos de las cosas de Indias trataron, y en tales fuentes bebieron, facilitando algun escritor catalan notables pruebas á nuestro axioma de nacional parcialidad, tales como se desprenden de los *Anales de Cataluña* que Feliu ha escrito, en los cuales, ya que no se atreve á negar la entrada de Colon en Barcelona, pretende sustentar, con ridícula é incierta erudicion, que fueron catalanes cuantos á Colon en su primer viaje acompañaron: suposicion absurda y harto desacreditada con las relaciones nominales de aquella tripulacion, que en nuestro archivo de Indias se conservan, por las que resulta que catalan ninguno asistió al descubrimiento: y hé aqui mejor esplicado el motivo de tanto silencio en los dietarios y demas comprobantes de Barcelona: En nuestros dias un escritor novel y poco autorizado ha publicado un libro que se titula *Guia Cicerone de Barcelona*. en él, á la página 113, se habla de haber estado en el palacio de aquella ciudad un genovés, llamado Cristóbal Colon, que iba á ofrecer al rey un nuevo mundo, y dice tambien que este genovés *iba acompañado de varios ciudadanos* en ocasion en que se acercaban á la majestad tres embajadores del rey moro de Granada, cuyos nombres dice: pero como cita este acontecimiento en el año de 1492, precisamente cuando ya en Granada tremolaba el signo de la redencion con los pendones castellanos, y cuando Cristóbal Colon andaba gozando el placer de su descubrimiento por los mares de las Antillas, ningun crédito merece la noticia, que ademas no está apoyada en autoridad respetable; bien que el autor á que aludo se haya valido de muchos datos inéditos que por su destino maneja, y haya trastornado, con intencion ó sin ella, las fechas de ambos sucesos: en cuyo caso bien podria creerse en la existencia recóndita de algun documento que bastara á imponer silencio á los que, por fanático apego á la historia inédita en esparcidos antecedentes, se atreven á poner en discusion sus mas conocidas verdades. Si de todo lo dicho no se siguiera con tanta claridad la prohibicion de consignar el suceso en escritura alguna que á la posteridad llegase, habrá de autorizarla tambien la circunstancia que he advertido de que tampoco en los dietarios se dice cosa alguna respecto á los embajadores estranjeros que á la corte de España acudieron en albricias del descubrimiento; y negar tambien estas verdades seria atentar á los irrecusables testimonios ya indicados, y á la veracidad que ha caracterizado á Allegretti en su *Diari Senesi*: á Muratori, en *Ital. Escript;* á Foglieta, en su *Istoria di Génova;* á Hackluyt, en la *Collection de Voyages*, y á otros varios que de dichas embajadas y acontecimientos se ocupan.

Cuando la relacion del viaje se hubo concluido no hay que dudar á cuáles influencias se atribuiria el suceso en la córte de España eminentemente católica, como que todos los sucesos prósperos se consideraban alli especiales favores que la Divina Providencia derramaba sobre nuestros monarcas por la terminacion feliz de la conquista de Granada y estincion en toda la península del aborrecido culto de Mahoma. En tal concepto, y por un objeto de general simpatía, cayeron de rodillas á par de los Reyes Católicos, cuantos circunstantes el acto presenciaban: y al compas de la música de la real capilla, entonaron millares de voces el mas solemne *Te-Deum* que al cielo se dirigió en ocasiones de entusiasmo. Terminada la ceremonia y no sin besar las manos á los reyes y al príncipe, se retiró Colon á su posada en medio de la multitud y de todos los magnates de la córte, que por mandato real le acompañaron para mayor lucimiento de su persona; y fuera oficioso manifestar cuánto fué objeto de la curiosidad y del entusiasmo público el famoso Almirante, en tanto que permaneció en Barcelona, donde mas particularmente si á la vista ansiosa de los curiosos y admiradores se ofrecia, era en compañía de los Reyes Católicos ó de sus mas privilegiados caballeros, que honrándole y sirviéndole al presente tanto como sus fuerzas permitian, se esforzaban en borrar de su memoria la mala impresion de los pasados sarcasmos, cuando por un loco era tenido el que á la sazon como Semi-Dios estaba considerado (1).

Los reyes entre tanto, no escasearon todo género de favores y mercedes en pró del súbdito que tan inmensos los tributaba á su corona; y á la par que confirmaban en todos sus estremos el tratado de Santa Fé, privilegiaban al Almirante con el uso de un escudo de armas en que las reales se acuartelaban alternando con un grupo de islas en campo de gules rodeado de olas, al que se añadió mas tarde el siguiente mote:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon:

le pensionaron con los treinta escudos prometidos al que primero viese la tierra, y despues, tratándose de los armamentos sucesivos, no solo hubo de conservar

(1) Entre los grandes que mas agasajaron á Colon por el resultado de su brillante empresa, hubo de distinguirse el gran cardenal Mendoza, que antes habia sido uno de los que mas se apartaran de sus creencias. Dícese que por via de satisfaccion le dió un banquete á que asistió lo mas florido de la nobleza de las dos coronas, y que en él tuvo lugar la tan popularizada anécdota del huevo. La reproduccion de su relato bien podria ser agena de este lugar, entre otras causas, siquiera por la escasa autoridad que alcanza entre sabios y eruditos; pero como ella, á ser cierta, tanto caracteriza el espíritu sereno de Colon, y su fácil solucion á las cuestiones mas difíciles, y por otra parte envuelve en sus tendencias de trivialidad, un ejemplo de elocuente reprension contra los que aun trataban de amenguar sus talentos, queremos hacer mencion de ella para entretenimiento de curiosos y correctivo de arrogantes. Un ligero cortesano, mal avenido con los honores que á Colon se tributaban, por la envidia de tanta gloria, hubo de preguntarles, sin oportuno motivo, si creia que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, faltarian otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió el Almirante respuesta inmediata; pero en cambio tomó un huevo, y exigió de los circunstantes que lo hicieran mantener derecho sobre una de sus puntas. En vano hicieron todos las mas cuidadosas pruebas, hasta que Colon dió fuertemente con él sobre la mesa, y rompiendo aquella que habia de servir de base, lo dejó perfectamente derecho con la facilidad que es consiguiente, indicando por tan sencillo proceder, que despues de haber descubierto el Nuevo Mundo nada habia mas fácil que aprender su camino

los títulos de Almirante y Virey de los lejanos paises descubiertos, sino que se añadió á sus dignidades la de Capitan general de todas las fuerzas que al Nuevo Mundo fuesen, con ámplias facultades de proveer todas aquellas plazas cuyo nombramiento era especial atributo de la corona.

A tan marcadas muestras del favor real que, por las sucesivas negociaciones y rescates, tan abundantes riquezas le ofrecian, no pudo mostrarse insensible aquel ser privilegiado; y ageno á toda ambicion que de gloria no fuese, renovó solemnemente el voto ya hecho de emplear todas sus ganancias en el rescate del Santo Sepulcro, por medio de una cruzada mantenida á sus espensas, que constaria dentro de siete años, á contar desde entonces, no menos que de cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos, comprometiéndose á duplicar aquella cantidad cuando otros cuatro años mas hubiesen pasado. Este quimérico proyecto, que por las desgracias sucesivas de Colon no llegó á verificarse nunca, es el mas irrecusable descargo que pudiera exigirse para limpiar la fama del Almirante de aquellas torpes calumnias que con el tiempo se levantaron atrevidas para amargar sus últimos años, y que le precipitaron al sepulcro, sin duda alguna, antes de que la hora solemne debiera haberle llegado.

Por fin, en los momentos que alcanzamos en la presente historia, fué tan grande su descubrimiento como inmensa su fama, de cuyas ambas circunstancias se hacian lenguas en todas las naciones cultas del antiguo continente, con un entusiasmo tal como es difícil comprender, no habiendo vivido en los críticos momentos de la novedad que se celebraba. En París se tuvo conocimiento por relaciones de comercio, y la sorpresa fué semejante á la alegria que doradas esperanzas derramaron por los ánimos especuladores. En Londres se creyó sobrenatural el suceso, achacándolo á inspiracion divina, segun palabras salidas de la real boca de Enrique VII. Génova celebró la noticia con fiestas públicas, consignándola con gran solemnidad en sus anales, por lo que á su fama tocaba la fama del mas privilegiado de sus hijos. En Roma se pobló el aire de himnos al Ser Supremo en accion de gracias: y finalmente en todos los estados de la cristiandad tuvo espansion el entusiasmo que causaba la novedad, no sin torcer el ánimo de los poderosos que habian desechado el proyecto á los mas duros epítetos contra su escesiva incredulidad ó su imprevision impolítica (1).

Para organizar las consecuencias del descubrimiento con todas las condiciones necesarias al grave carácter que los monarcas deseaban imprimir en sus legítimas nuevas posesiones, segun la jurisprudencia por donde en aquellos tiempos se regia la política de los potentados, (2) enviaron los Reyes Católicos solemne embajada al Sumo Pontífice recien elevado, Alejandro VI, súbdito como hombre

(1) Véanse los autores citados al final de la penúltima nota.

(2) Desde los famosos tiempos de las cruzadas los príncipes cristianos se habian abrogado el derecho de propiedad en todas las posesiones que hollaran sus armas, no pertenecientes á la comunidad de la Iglesia Católica Romana; pero segun las ocasiones, era requisito indispensable la sancion del Papa, si se habian de alegar en derecho justos é inviolables títulos á la posesion tranquila de semejantes usurpaciones.

de Fernando V por ser natural de Valencia, pero harto superior en lo espiritual á su señor y soberano, no obstante los vicios y flaquezas de que su natural adolecia. Por dicha embajada se daba cuenta minuciosa de las tierras descubiertas, y se solicitaba la correspondiente bula para continuar con los descubrimientos en la pacífica posesion de lo ya adquirido por el Nuevo Mundo y de lo que en adelante se fuese adquiriendo: no sin protestar, por lo que convenia ganar la accion en el régio litigio que ante el Papa se inauguraba, que nada tenian de comun las tierras halladas por Colon, con las que estaban investigando al Sur los súbditos portugueses. Por escasas nociones que de geografía tuviese el tribunal que en semejante competencia actuase, sin duda que hubiera comprendido la verdad de cuanto el monarca español esponia, no obstante las complicaciones que mas tarde pudieran aglomerarse respecto á la esfericidad y posible circumbalacion del globo terráqueo; de suerte que el Pontífice no tuvo reparo en felicitar á los Reyes Católicos por su feliz hallazgo, y darles á la par la autorizacion solicitada; y á fin de que en adelante no tuvieran eco las pretensiones exageradas de los monarcas desde entonces rivales en la cuestion de descubrimientos, se trazó sobre el *mapa-mundi* una línea divisoria de polo á polo cien leguas al Occidente de las Azores y del Cabo de Islas Verdes, para con ella manifestar cuáles habian de ser los rumbos en que cada nacion de las española y portuguesa habrian de dirigir la proa de sus bajeles. Con semejante ocurrencia se advierte demasiado pronto cuánto quedó la cuestion mas complicada, por la facilidad con que portugueses y españoles podrian aportar en unas mismas tierras, por mas que al Oriente navegaran los primeros y los últimos al Occidente. No obstante, el resultado cerca del Papa, de la mocion agente perpetuo de sucesivas guerras, se tuvo por bastante para acallar las pretensiones del rey don Juan, que no tardó en enviar sus representantes al Santo Padre; y por ellos se convenció fácilmente de la inutilidad de sus gestiones, como que no obtuvo contestacion mas favorable que un traslado de la remitida con la division imaginaria á los Reyes Católicos. Pero como quiera que inmediatamente se tocasen las inmensas dificultades que la línea establecida amontonaba en perjuicio de la navegacion portuguesa, por los estrechos límites que la quedaba para aventurar sus espediciones al Sur sin traspasarlos, siquiera no fuese mas que por las contingencias del mar, hubieron de darse á mejores razones ambos monarcas, entrando en el camino de la sinceridad que hasta entonces habian despreciado; y juntos los comisionados de las dos coronas en la villa de Tordesillas, concluyeron en 7 de junio de 1494 un arreglo amistoso, por el cual se convinieron los españoles en avanzar la línea divisoria hasta las trescientas y setenta leguas al Occidente del Cabo de las Islas Verdes, en vez de las cien que el Pontífice habia señalado; pero á condicion de que nuestros buques, no tomando posesion de hallazgo alguno, pudiesen navegar sin dificultad por dentro de los límites concedidos á los portugueses, sin adjudicar á estos semejantes derechos.

Volviendo á los preparativos que inmediatamente hubieron de hacerse para

la segunda espedicion al Nuevo Mundo, no se descuidaron los Reyes Católicos en ordenar todo lo cumplidero á tan privilegiado negocio, tanto mas cuanto que faltando aun el convenio de los límites conforme á las condiciones que mas tarde se asentaron como queda dicho, toda dilacion pudiera fácilmente complicar aquella causa hasta el estremo de llegar á las manos españoles y portugueses: que tal se llegó á temer en los preliminares de las negociaciones. Por consecuencia, y para con mayor desembarazo é independencia trabajar en cuanto á los negocios de Indias concerniese, hubieron los monarcas de encomendar la superintendencia al arcediano de Sevilla, D. Juan Rodriguez de Fonseca, que mas tarde alcanzó las dignidades episcopales de Badajoz, Palencia y Burgos y el patriarcado de las Indias, hombre entendido en los bélicos armamentos, de activo proceder y muy dado á las cosas políticas que anteponia con frecuencia á las que mas correspondian á su sagrado carácter: ambicioso en las inclinaciones y vengativo en los procederes: grande amigo de la gracia real y lleno de sagacidad para conservarla por mas de treinta años: enemigo implacable de Colon, á quien hizo gustar en distintas ocasiones todo el veneno de su rencor, amargando completamente los que debiera prometerse mas felices dias de su afanosa vida.

Adjuntos á Fonseca nombraron los monarcas á Francisco Pinelo como tesorero de las contrataciones, y por contador á Juan de Soria, fijándoles para residencia ordinaria la ciudad de Sevilla, bien que su especial vigilancia hubiera de estenderse al inmediato puerto de Cádiz. En este se estableció una aduana para intervenir las nuevas importaciones con que tan rápido vuelo iba á tomar el comercio de Europa, y con tales fundamentos quedó establecido el *Supremo Tribunal de Indias*, que mas tarde alcanzó tan alta importancia. En el año de 1503 se le acomodó el nombre de *Casa de la Contratacion* y el de *jueces oficiales* de la misma á los tres individuos que en ella funcionaban. Por real cédula de 7 de octubre de 1557 se dió á aquellos un *presidente*, y en 25 de setiembre de 1683 se erigió ya en *Tribunal Supremo* con su respectiva sala de justicia compuesta de tres *oidores*. Tuvo y gozó esta institucion muy grandes facultades, privilegios y prerogativas, estando admitida y declarada por *Audiencia Real* igual á las chancillerías de Valladolid y Granada, y ejerciendo omnímodamente su jurisdicion en todo lo perteneciente á las Indias (1).

(1) Mucho holgariamos de ahorrar aquí el espacio que ocupen las reales instrucciones que dieron al Almirante los Reyes Católicos, con ocasion de su segunda empresa; pero ellas aclaran tanto los diversos asuntos de que se trata en el presente capítulo, que no podemos menos de copiarlas íntegras como se custodian testimoniadas en el archivo del señor duque de Veragua. Omitiendo el proemio dicen asi las tales instrucciones:

«Primeramente, pues á Dios Nuestro Señor plugo por su alta misericordia descubrir las dichas islas é tierra firme al Rey é á la Reina nuestros Señores, por industria del dicho D. Cristóbal Colon, su Almirante, Visorey é Gobernador dellas, el cual ha fecho relacion á sus Altezas, que las gentes que en ellas falló pobladas, conosció dellas ser gentes muy aparejadas para se convertir á nuestra Santa Fé Católica, porque no tienen ninguna ley ni seta, de lo cual ha placido y place mucho á sus Altezas, porque en todo es razon que se tenga principalmente respeto al servicio de Dios nuestro Señor, é ensalzamiento de nuestra Santa Fé Católica: por ende sus Altezas deseando que nuestra Santa Fé Católica sea aumentada é acrescentada, mandan é encargan al dicho Almirante, Visorey é Gobernador, que por todas las vias é maneras que pudiere, procure é trabaje atraer á los moradores de las dichas islas é tierra firme, á que se con-

Con esto se partió de nuevo Colon camino de Sevilla, en cuya plaza entró á los primeros de junio para dar calor á la espedicion que bajo su conducta habia de hollar la tierra vírgen del nuevo continente, y desde luego comenzó á dictar órdenes tan amplias y terminantes como el caso requeria, y segun se hallaba auto-

viertan á nuestra Santa Fé Católica; y para ayuda á ello, sus Altezas envian allá al docto P. Fr. Buil, juntamente con otros religiosos quel dicho Almirante consigo ha de llevar, los cuales por mano é industria de los indios que acá venieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra Santa Fé, pues ellos sabrán é entenderán ya mucho de nuestra lengua, é procurando de los instruir en ella lo mejor que ser pueda; y porque esto mejor se pueda poner en obra, despues que en buenhora sea llegada allá el armada, *procure é haga el dicho Almirante que todos los que en ella van, é los que mas fueren de aqui adelante, traten muy bien é amorosamente á los dichos indios, sin que les fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversacion é familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda; é asi mismo el dicho Almirante les dé algunas dádivas graciosamente de las cosas de mercaderias de sus Altezas que lleva para el rescate, é los honre mucho: é si caso fuere que alguna ó algunas personas trataren mal á los dichos indios en cualquier manera que sea, el dicho Almirante, como Visorey é Gobernador de sus Altezas, lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas que para ello lleva:* y porque las cosas espirituales sin las temporales no pueden luengamente durar, terná el dicho Almirante é Gobernador en las otras cosas la órden siguiente:"

»Primeramente para su camino debe buscar las mejores carabelas que hallare en el Andalucía, é los marineros é pilotos dellas sean los que mas saben del oficio y mas fiables: *y pues que en el poder que sus Altezas dieron al Almirante y á D. Juan de Fonseca para facer esta armada, se contiene que puedan tomar los navios que quisieren para ella, escójanlos á su voluntad los que mas viere el Almirante que conviene.*

»Toda la gente que fuere en los navios, si ser pudiere, sean personas conocidas é fiables, é todos se han de presentar ante el dicho Almirante de las islas, *como Capitan General de la dicha armada,* é ante el dicho D. Juan de Fonseca, é por ante Juan de Soria quo los contadores mayores envian allá por su lugarteniente para esta armada *ante el cual se ha de facer la dicha presentacion, como ante lugarteniente de los contadores mayores, y ha la de sentar en su libro, é el pagador ha de pagarles el sueldo que hobieren de haber por las nóminas é librumientos firmados de los dichos Almirante, é D. Juan de Fonseca, é del dicho Juan de Soria, é non en otra manera.*"

»Todos los asientos que se hicieren con cualesquier capitanes, é marineros, é oficiales, é otras personas que fueren en la dicha armada; é otrosi, todas las compras que so hobieren de facer asi de navios como de mantenimientos, é de pertrechos, é armas, é mercaderias, é otras cualesquier cosas para la dicha armada, é los navios que se fletaren se haga por los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca, ó por las personas que para ello nombraren, é en presencia del dicho Juan de Soria como lugarteniente de los dichos contadores mayores, para que faga libro dello: é otrosi, en presencia de otro escribano, si quisiere poner por sí el dicho Almirante: esto para las compras que se ficieren en los lugares donde ellos estovieren; y las que se hobieren de facer en otros lugares se fagan por las personas que los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca enviaren para ello, é por ante escribano público; é el que toviere cargo de hacer la paga para esta armada, pague los maravedís que en todo lo susodicho montare por nóminas é libramientos firmados de los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca, é del dicho Juan de Soria, como contador."

»Las cuales dichas armas, é mantenimientos, é pertrechos, é mercadurias, é otras cosas que se compraren, se entreguen á las personas que el dicho Almirante nombrare, y á aquellos haga cargo dellas el dicho Juan de Soria *é faga libro é cuenta dello: uno para traer á sus Altezas, é otro para enviar al contador que ha de estar en las islas con poder de los dichos contadores mayores.*"

»Al tiempo que la dicha armada haya de partir en buen hora, todos los capitanes, é pilotos, é marineros, é gente de caballo é de pie, é oficiales, é otras personas que fueren en ella, hayan de registrar todo lo quo llevaren por ante el dicho Almirante é D. Juan de Fonseca, ó ante las personas que ellos nombraren, é por ante el dicho Juan de Soria como lugarteniente de contador, porque so sepa las personas que van, é de que calidad é oficio son cada una dellas; *é todos hayan de facer é fagan juramento é pleito homenaje al Rey é á la Reina nuestros señores, para los servir en este viaje fielmente,* é que asi en el camino á la ida, como despues do llegados á las islas ó tierra firme, é á la vuelta, en todo lo que se ofresciere en dicho, ó en fecho, ó en consejo, guardarán el servicio de sus Altezas é pro de su hacienda como fieles é verdaderos vasallos é súbditos de sus Altezas, é donde vieren su servicio lo allegarán, é si el contrario vieren, lo arredrarán á todo su poder, ó lo harán saber á sus Altezas, si vieren que cumple á su servicio, ó lo harán saber al dicho Almirante é Capitan General para que lo remedie; *é asimismo, que en todo y por todo estarán á obediencia del dicho Almirante, como Almirante de sus Altezas en la mar, y en la tierra como Visorey é Gobernador de sus Altezas; de manera que todos estén conformes con él para lo susodicho, é ninguno pueda facer lo contrario;* lo cual todo sus Altezas les mandan por esta presente instruccion que fagan é cumplan asi, só las penas en que caen los que quebrantan los semejantes pleitos homenajes."

»Otrosi; sus Altezas mandan que ninguna, ni algunas personas, de las que fueren en la dicha armada, de cualquier

rizado para proceder con cédulas reales. Entre estas poseia una por la cual era dueño de embargar para el servicio de la espedicion cuantos buques estuviesen anclados á la sazon ó anclasen en los puertos de Andalucía durante los preparativos, medida cuyo uso no tuvo aplicacion forzosa por la abundancia de bastimen-

estado ó condicion que sean, non lleven, ni puedan llevar en la dicha armada, ni en otros navios, mercadurias algunas para facer rescate alguno en las dichas islas ó tierra firme, porque ninguno lo ha de hacer, salvo para sus Altezas, como adelante será contenido."

"Al tiempo que en buen hora llegaren á las islas é tierra firme, dondo han de desembarcar, ol Almirante, como Visorey é Gobernador de sus Altezas de las dichas islas é tierra firme, ha do mandar que todos los capitanes, é gente, é navios, hagan alarde é presentacion, asi de las personas, como de los navios, é armas, é pertrechos, ó manteuimientos, é otras cosas que llevaren; é porque ninguna, ni algunas personas, non han de llevar mercadurias algunas para facer rescate alguno de oro, ni de otras cosas en todas las dichas islas é tierra firme, sin mandamiento de sus Altezas, como dicho es, *si acaesciere llevaren mas de lo que manifestaron al tiempo que de Castilla partieron segun fuere asentado en el libro que ha de llevar el que fuere por teniente de los dichos contadores mayores, que ha de residir en las dichas islas que lo pierdan, é ge lo faga tomar el dicho Almirante é Visorey, ó quien su poder hobiere, é lo entregue á la persona que por sus Altezas ha de tener allá la mercaderia que sus Altezas envian, en presencia del dicho teniente de los contadores, porque él le faga cargo dello*."

»Item: *Que cualquier rescate que se ficiere lo haga el Almirante ó la persona que por sí nombrare, y el Tesorero de sus Altezas que allá ha de estar, é no otra persona alguna* ó que lo faga en presencia del dicho teniente de los dichos contadores ó ante el oficial que para ello el pusiere, por quel les faga cargo de ello, é lo asiente en el libro que ha de tener de los dichos rescates; y porque podria ser que el rescato se haya de facer en diversas partes, é adonde no pudiere ir el tesorero, envie otro en su lugar, juntamente con la persona que el dicho Almirante nombrare, é en presencia del dicho teniente do los contadores ó de su oficial, é non de otra manera."

«Despues que llegare el dicho Almirante, Visorey é Gobernador, por virtud de los poderes de sus Altezas quo para ello lleva, *ha de poner Alcaldes, é alguaciles en las islas é tierra donde él estoviere, y la gente que lleva é otras cualesquier gentes de las que van con el dicho Almirante, é en su Armada*, para que oigan los pleitos que hobiere, asi ceviles y criminales, como los acostumbran poner los otros Visoreyes é Gobernadores donde quiera que sus Altezas los tienen; é el dicho Visorey é Gobernador, oiga y conozca de las apelaciones, ó de primera instancia, como entendiere que mas conviene, é segun lo acostumbran hacer los otros Visoreyes ó Gobernadores de sus Altezas."

"Item: Que si fuero menester nombrar regidores é jurados, é otros oficiales para la administracion de la génte, ó de cualquiera poblacion que se hobiere de facer, *que el dicho Almirante, Visorey, é Gobernador, nombre tres personas para cada oficio, como está sentado con sus Altezas, é que dellas tomen sus Altezas una para cada oficio é asi por provision de sus Altezas sean proveidos*; pero porque por este camino no se puede proveer los dichos oficiales de esta manera, que por esta vez los nombre el dicho Almirante ó Visorey é Gobernador en nombre de sus Altezas."

»Item: Que cualquier justicia que se hobiere de facer diga el pregon: *Esta es la justicia que mandan facer el Rey é la Reina nuestros Señores*."

»Item: *Que todas las provisiones é mandamientos, patentes que el dicho Almirante, Visorey é Gobernador, hobiere de dar vayan escritas por Don Fernando é Doña Isabel Rey é Reina, etc.* é firmadas del dicho Don Cristobal Colon, como Visorey é sobreescritas é firmadas del escribano que tobiere, en la forma que lo acostumbran los otros escribanos que firman cartas de los otros Visoreyes, *é selladas en las espaldas con el sello de sus Altezas*, como lo acostumbran facer los Visoreyes que ponen sus Altezas en sus Reinos."

»Item: Quo luego en llegando, Dios queriendo, *mande el dicho Almirante é Visorey, que se faga una casa de Aduana, donde se pongan todas las mercaderías de sus Altezas*, asi las que de aca fueren como las que allá se hobieren para enviar acá, é al tiempo que descargaren las dichas mercadurías, se pongan en la dicha casa, en presencia de las personas que el dicho Almirante ó Visorey para ello nombrare, é ante el dicho oficial de los contadores mayores que allá ha de estar ó ante otro oficial que ponga por sí el dicho Almirante *para que se fagan dos libros en que todo se escriba, y por ellos se cargue al tesorero que sus Altezas allá envian para que se hagan los rescates*, segun de suso se dice, é si algo faltare de lo que acá les fuere entregado que lo fagan luego pagar.»

»Item: *Que cada quel dicho Almirante, é Visorey viere que cumple que hagan alarde todas las gentes que allá estovieren, sean tenidos de lo facer*, y se presenten ante él, ó ante las personas que para ello él nombrare, é ante el lugar teniente de los dichos contadores mayores que allá ha de estar; *é que cuando se hobiere de pagar el sueldo á la dicha gente, se pague por el dicho alarde*, é por nóminas ó libramientos del dicho Almirante ó Visorey, é del dicho contador, é no en otra manera."

"Item: Que si el dicho Almirante despues que fuere llegado á las islas viere que cumple enviar cualesquiera navios con cualesquier gentes, á cualesquier partes para descubrir lo que fasta aqui no se ha descubierto, ó para rescatar, ó para enviarlos acá ó á otras cualesquier partes, que sean tenudos de lo facer é cumplir todos los capitanes é

tos que se ofrecieron voluntarios, pero que autores estranjeros y nacionales han condenado como harto despótica y disolvente para el comercio, sin tener en cuenta las infinitas ventajas que á este habia de reportar, en el sensible caso de que la espontaneidad de los patrones y armadores no se apresurase á evitar su cumplimiento.

Cubiertas las necesidades materiales de vasos en que navegar por segunda vez al Nuevo Muñdo, hubiérase echado pregon, como entonces era costumbre, para el reclutamiento de marinería, hombres de guerra y oficiales de todas las artes mecánicas; pero abonaba la época con su espíritu aventurero la índole de la espedicion, y mas prudente hubiera sido negociarla envuelta en la capa del mas profundo secreto; porque no haciéndose el primer estremo ni cumpliendo tampoco el segundo, resultó sin embargo un sobrante de consideracion que hizo apreciable la fortuna de ser elegido, y no pocos descontentos: como que no siendo el ánimo real admitir mayor número que el de mil personas para la dotacion militar y marinera de los bastimentos, sucedió que en breve plazo pasaban de mil y quinientos los voluntarios que se brindaron á partir sin paga ni otro emolumento de la corona, antes sostenidos y sustentados á costa propia. Tal fué el entusiasmo con que se dispuso aquella espedicion, donde los desengaños se sucedieron rápidamente con mayor sentimiento, cuanto mas brillantes habian sido las imágenes de eterna ventura que la exaltada fantasía de los primeros espedicionarios habia comunicado en narraciones fabulosas.

Ya completo el número de bastimentos hasta diez y siete, y las tripulaciones convenientes, mas bastante porcion de menestrales, labradores, mineros, carpinteros y otros, se proveyó asimismo el embarque de caballos y yeguas para el servicio militar, y para la procreacion de ellos en las partes descubiertas: llevóse

marineros á quien lo mandare, so las penas quel les pusiere, las cuales por la presente sus Altezas dan poder al dicho Almirante é Visorey é Gobernador para las ejecutar en las personas ó bienes de los que en ellas cayeren."

"Otrosí: *Porque en Caliz ha de haber una casa de Aduana donde se han de cargar é descargar todas las mercadurías, é armas, é pertrechos, é mantenimientos é otras cosas que se hobieren de llevar*, asi para ir en la dicha Armada, como para quedar en las dichas islas é tierra firme, como para lo que de allá se trajere, *lo cual todo se ha de cargar é descargar en la dicha casa, é non en otra parte alguna*, la cual ha de tener la persona que sus Altezas mandaren, é ol dicho Juan do Soria como teniente de los dichos contadores mayores, ha de escrebir todo lo que alli se cargare é descargare para que por su libro se faga cargo é descargo dello: *que si el dicho Almirante quisiere poner alli otro oficial alguno para que asimismo lo escriba que lo pueda hacer é faga.*"

"Otrosí: *A sus Altezas place que haya el dicho Almirante la ochava parte de lo que se ganare en lo que se hobiere de oro é otras cosas en las dichas islas é tierrafirme, pagando el dicho Almirante la ochava parte del costo de la mercaduría porque se hiciere el dicho rescate, sacando primeramente la décima parte que dello ha de haber el dicho Almirante*, segun é por la forma que se contiene en la capitulacion que sus Altezas tienen mandada asentar con el dicho Almirante."

"Nos el Rey é la Reina por la presente mandamos á vos Don Cristóbal Colon, nuestro Almirante é Visorey é Gobernador de las islas é tierra firme, que por nuestro mandado se han descubierto en la mar Océana en la parto de las Indias, é nuestro Capitan Goneral do la nuestra Armada que para allá mandamos hacer, que veades esta instruccion suso escripta, é la guardedes é cumplades segun que en ella se contiene, é contra el tenor é forma della non vayades ni pasedes, ni consintades ir, ni pasar en manera alguna. Fecha en la ciudad de Barcelona veinte é nueve dias del mes de mayo, año del Nascimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil é cuatrocientos noventa y tres años.—YO EL REY.—YO LA REINA.—Por mandado del Rey é de la Reina.—*Fernad Alvares.*"

ademas todo género de ganado lanar, vacuno y de cerda, que allá no habia, y diversidad de animales domésticos; hízose tambien grande acopio de granos y semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, ingertos y renuevos; se acopiaron para los rescates inmensas porciones de diges y bagatelas, cuentas, cascabeles y espejos; y finalmente se trasladaron en grande abundancia á los buques provisiones de boca y guerra, medicinas y refrescos.

Para el acopio y entrega de todo lo concerniente á la dotacion de los buques ya hubieron de intervenir, como era consiguiente, los tres oficiales de la Casa contratacion de Sevilla recien nombrados, á saber: el arcediano Fonseca, el tesorero Pinelo y el contador Soria; y como fuesen tan altos los pensamientos del Almirante respecto á la empresa que toda provision le pareciese escasa, sin duda por lo que mejor comprendia la índole del viaje, y al propio tiempo creyese que mas que nada convenia á su reputacion y nuevos cargos rodearse de un séquito numeroso de *continos* y guardas propias, segun era costumbre de los otros capitanes generales, hubieron de acontecer algunas diferencias entre aquel tribunal y este caudillo, las cuales resolvieron los Reyes Católicos tan á favor de Colon, que hasta fueron apercibidos con severidad los oficiales de la Casa para que en adelante ningun estorbo se creara á la empresa, ni se pusieran trabas á las mas altas pretensiones del Almirante: bien que en lo de los continos parece como que SS. MM. pretendieron minorar el rigor usado en todo lo otro con sus encelados administradores, puesto que en carta dirigida con tal motivo á D. Juan de Fonseca, fecha á 4 de agosto del año consabido, aprueba su proceder respecto á no autorizar el nombramiento de guardia especial del Almirante, permitiendo á este no obstante que tomase para sí diez escuderos de los cincuenta que habian de ir en la armada, mas otras veinte personas particulares para su servicio (1). De tan débiles principios tomó cuerpo la constante enemiga del arcediano contra Colon, que minó los cimientos de su felicidad, y aun en cierto modo hubo de amenguar los quilates de su gloria, para manifestar que nunca se han de reputar escasos los fundamentos de nuestra desdicha, siempre que inícuos manejos puedan aumentar sus proporciones, como regularmente sucede.

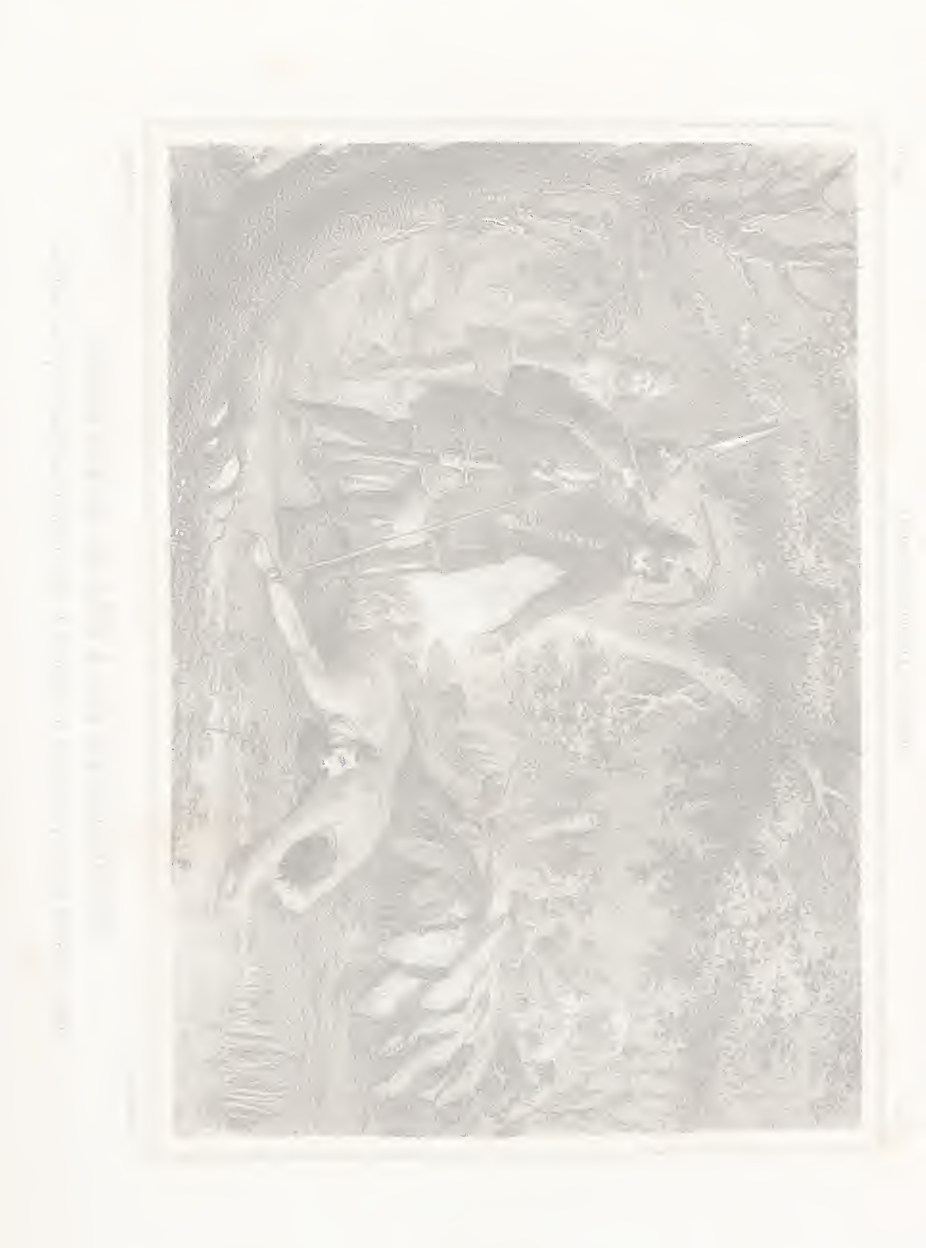
Cuando nada faltaba mas que las órdenes reales para que la nueva armada se diese al mar, hubo de hacerse alarde de la gente de guerra que á la brillante empresa concurria, y en verdad que si no por el número, al menos por la calidad, hubiera sido sobrante para conquistar y subyugar á la corona de España todo el Nuevo Mundo. Precisamente acababa de cerrarse con la rendicion de Granada aquella série de aventuras peligrosas, de lances caballerescos, de combates parciales y hechos heróicos en que tanto habian sobresalido los mas famosos campeones del cristianismo, eclipsando la fama de los antiguos cruzados, y no de otra suerte pudiera calmarse la fiebre de gloria que devoraba el ánimo de nuestros guerreros mas que abriendo un nuevo palenque donde ejercitar sus armas y

(1) Navarrete, *Coleccion diplomática*, tomo II, cédula registrada en el archivo general de Indias, en Sevilla.

dilatar su marcial espíritu. Las relaciones apasionadas de los primeros nautas, bien que pintasen llenos de bondad y mansedumbre á los pobres isleños de las tierras descubiertas, no dejaban tampoco de acariciar los afectos dominantes de los hombres de guerra, puesto que á la par de la dulzura de unos, manifestaban la ferocidad de los caribes que se alimentaban de carne humana, indicaban sus piratescas correrías para cautivar las gentes comarcanas, hablaban de sus armas tan toscas como terribles, y finalmente, daban ideas de su feroz aspecto, que por no haberlo visto, iban animando con siniestros colores tales como mejor se adaptaban á los deseos de nuestros soldados, nacidos en los campamentos, acariciados por las marciales armonías, mecidos por el empuje de contrarios escuadrones, sahumados con el humo de las lombardas, y finalmente, criados por la guerra y para la guerra, que tal era la juventud española en los últimos años del siglo XV.

Allí descollaban con apuesta arrogancia hidalgos y caballeros de los primeros solares de Andalucía, oficiales de la real casa y apasionados aventureros que soñaban una série de acontecimientos gloriosos en lances sucesivos de amores y de guerra; pero quien mas notable se ostentaba por sus antecedentes, era el esforzado jóven Alonso de Ojeda, cuya reputacion sellada con sangre en heróicas hazañas vertida, hubiera bastado para llenar de autoridad militar la mas ruin empresa. Era de noble linage, y como tal habíase educado entre las huestes del duque de Medinaceli, con harta reputacion de sus banderas; pequeño de cuerpo en estatura, pero bastante para competir en buena lid con los mas levantados por lo bien proporcionado y vigoroso: su rostro moreno, simpático y lleno de vida, que revelaba la agilidad de su alma siempre en movimiento para encontrar ocasiones distinguidas: en los bélicos ejercicios tan diestro, que igualmente servia con aprovechamiento ya de hombre de armas, ya á la gineta: de osado corazon, bien que leal y generoso, tan fiero en el combate como pronto en las querellas, y clemente en la victoria. Sus hazañas en las lides, el natural abierto y generoso que le caracterizaba, y su nombre lleno de reputacion, sirvieron de estímulo para que otros no menos esforzados y tan nobles caballeros se alistaran en la espedicion, y los posteriores hechos justificaron cuánto eran justos el entusiasmo y los ánimos que su ida comunicó á los que por su nombre le siguieron (1).

(1) Los autores coetáneos que de las cosas de Indias escribieron, hacen de Alonso de Ojeda una figura tan brillante como escasamente puede encontrarse en historias que de sobrenaturales cosas no traten. Con todo: aun nos parece que no han sido exagerados cuando nos fijamos en alguno de los hechos que caracterizaron á aquel célebre español, de los cuales no podemos resistir al deseo de consignar aqui uno cuya consumacion positiva se aparta tanto de lo natural, que mas que de historia verdadera, parece propio de romancescos libros de andante caballería. Refiere el obispo Las Casas, que hallándose la reina Isabel en lo mas alto de la Giralda de Sevilla, quiso Ojeda entretenerla con muestras de su agilidad y del valor que su pecho alimentaba, y al efecto se echó á pasear por una viga que proyectaba fuera de la torre hasta veinte pies de distancia, pero á tan considerable altura, que las gentes que iban por la calle no parecian mas que enanos. Andando gallardamente por la viga, el animoso Ojeda llegó hasta su estremidad con asombro de cuantos le miraban; y como si de tanto arrojo no considerara satisfecha á la reina, levantó una pierna en el aire, y girando sobre la otra con tanta ligereza como pudiera hacerlo en tierra firme, se volvió á la torre tan sereno como de ella habia salido, bien que no entrando alli antes de haber arrojado á grande elevacion una naranja, sin otro apoyo al despe-





Urrabieta inv.º y lit.º Lit. de J. J. Martinez Madrid.

DESEMBARCAN EN LA ISLA DE MONTE CRISTI

algunos compañeros de Colon y encuentran los cadaveres de varios españoles asesinados allí por los indígenas

Por mas que el Almirante se hallase persuadido de que tan bélico aparato no era preciso para asegurar la comenzada conquista, no hay duda que su espíritu hubo de gozar en presencia de tan gallardo escuadron muy gratas sensaciones, que al cabo su corazon de hombre no era insensible á los afectos naturales del poder, y quizá en aquellos momentos cruzó por su mente la posibilidad de estender el dominio español por las vastas y riquísimas posesiones de los mas altos y poderosos, en armas y riquezas, príncipes del Oriente.



De este modo se hallaba entretenido el Almirante cuando vino á sorprenderle en sus vastos proyectos la importante nueva de haberse dado al mar una carabela portuguesa desde la isla de la Madera con rumbo al Occidente; de modo que sin esperar órdenes terminantes de la corte, por la distancia que de ella le separaba, mandó aprontar algunos buques para perseguirla en tanto que participaba la noticia á los monarcas españoles. No dejó semejante ocurrencia de causar alguna sorpresa en el ánimo de nuestros reyes, que por las negociaciones que á la sazon se seguian entre ambos paises con repetidas protestas de amistad, escasamente pudieran recelar tan estraña infraccion de todos los derechos: asi fué que aprobaron los procedimientos de Colon, autorizándole para que destaca-

dirla con el impulso del cuerpo, que el de tener un pie en la famosa viga, y otro afirmado contra la pared de la torre. Despues de leer semejante anécdota, se concibe perfectamente como afirman dichos autores *que cortejaba el peligro como si lo amase, y que parecia que peleaba mas por el placer del combate, que por el honor que de la lid esperase.* (Véase á las Casas: lib. I, ms.—Pizarro, *Varones ilustres del Nuevo Mundo.* — Herrera, *Historia de Indias*, década I, etc.)

se de la espedicion algunos buques sutiles que dieran caza á la carabela esploradora, y escribieron al rey Don Juan quejándose ágriamente de semejante porte. Apresurado andubo en las satisfacciones el monarca lusitano, enviando á los Reyes Católicos repetidas disculpas y afirmándoles en la sinceridad de sus procederes; y para que mas aina se convenciesen sus Majestades, decia, de la buena fé que le guiaba en los tratos, venia de ordenar que otras tres carabelas navegasen por el propio derrotero, con órdenes de apresar el bastimento que sin su conocimiento introducia en los tratos tan siniestros precedentes (1).

La respuesta lejos de tranquilizar alarmó doblemente á los Reyes Católicos, pues supusieron por ella que los cuatro bastimentos se juntarian con las propias órdenes de tomar posesion por la corona de Portugal de las islas descubiertas; y por consiguiente ordenaron á Colon que suspendiese cualquiera desmembracion de sus fuerzas: que con todas reunidas saliese á la mar sin pérdida de tiempo: que aportase al Nuevo-Mundo tan pronto como los elementos se lo permitiesen, y que si en las aguas del Atlántico, mas allá de la línea divisoria hasta entonces convenida, se encontrase algun buque de otra nacion, lo tomase como buena presa, é hiciese en la tripulacion el saludable castigo que convenia para la mejor conservacion de los intereses de España.

Al mismo tiempo se comunicaron al naciente tribunal de las Indias, órdenes muy apremiantes para que en el caso de salir armada de Portugal hácia el O., se despidiese de nuestros puertos en la propia direccion mayor número de velas, y con esto quedó recogida la impaciencia y entusiasta espedicion para marchar á su destino, cuando ya del mes de setiembre habian pasado veinticuatro dias.



(3). Vasconcelos, *Vida de D. Juan II.*

CAPITULO XVII.

Segunda espedicion al Nuevo-Mundo.--Arribo á las Canarias.--Engólfase y corre fortuna.--San Telmo.--Descubrimiento de la Dominica: de la Marigalante: de la Guadalupe.--Horribles condiciones del canibalismo.--Continúase la investigacion por la costa septentrional de las Antillas y se descubren sucesivamente las islas de Monserrate, Santa María la Redonda, Santa María la Antigua y San Martin.--Dia 13 de noviembre, primera escaramuza naval con los indios.--Descubrimiento de Santa Cruz, de Santa Ursula y las Once mil vírgenes, y de San Juan de Puerto-Rice. Costeo de la isla Española: Descrcion de un indio.--Descanso en Monte-Cristi, y siniestras señales de una gran catástrofe.--Arribo al puerto de la Navidad: señales á los españoles que habian allí quedado, y absoluto silencio en la isla.—Noticias positivas de la muerte de todos los dichos españoles.--Recelos y desconfianzas.--Noticias de Caonabó.--Visita de Guacanagarí á la armada española.--Fúganse diez indias rescatadas de los caribes: desaparecen todos los indios de las inmediaciones de Navidad, incluso el cacique.—Retroceso de la flota hácia Oriente.—Puerto y fundacion de la Isabela.

Con viento favorable y no contrarios auspicios se dió al mar la segunda armada que atravesó el Océano para arrancar un Nuevo Mundo á los secretos de la naturaleza. Era el dia 25 de setiembre, casi á la propia hora en que habian partido de la barra de Saltes las tres carabelas un año antes, llevando la duda en sus equipages y dejando la mas honda pena en los interesados que partir las vieran. Pero ¡cuán diferentes sensaciones eran las que esta vez se esperimentaban! Entonces las tripulaciones, por mas que se entregasen conformes y animadas á los percances de una aventura famosa, no podian menos de estremecerse alguna vez al contemplar el misterio de tantos siglos que penetrar querian contra muy doctas opiniones; y las lágrimas de los que en la playa despedian á tan osados nautas rodaban impulsadas por el mismo dolor que causa en el último estremo la idea de la muerte. Ahora por el contrario, el misterio habia desaparecido, y la bri-

llante realidad que se ofrecia á los espedicionarios, comunicaba á los semblantes la alegria de los corazones, por la que causaba á cada individuo la buena dicha de verse elegido para una empresa en que era nada comun el número de los sobrantes: y volviendo la vista á los deudos y amigos que partir los veian, tan solo animacion y gloria y dobladas esperanzas pudieran observarse, por mas que la envidia ó el sentimiento de quedar en tierra arrugase los semblantes de algunos pocos. Sin embargo, los resultados de ambas espediciones no podian presentarse mas diferentes en la imaginacion filosófica de quien ambos cuadros estudiase; y no deja de hablar con maravillosa elocuencia la inmensa gloria que circundó las sienes de los primeros aventureros que llorados quedaban por el vulgo de sus deudos, comparada con la escasa admiracion que pudiera causar la muchedumbre que ahora se entregaba á las ondas con envidia de los que no podian seguir sus huellas.

Segun hemos dicho, eran diez y siete los bastimentos, de los cuales se contaban tres naos de cien toneladas y las restantes carabelas harto mayores y mejor acondicionadas que las conductoras de la primera empresa (1). Navegaron unidas con rumbo al S-O. de las Canarias, á las que arribaron el dia 1.° de octubre, no sin haber esperimentado algunas calmas que prolongaron la natural duracion de la travesía. En la Gran Canaria se carenó ligeramente una de las naos, que hacia bastante agua; en la Gomera se refrescaron los mantenimientos y provisiones, y en la del Hierro tambien se entretuvo la armada, como si pretendiera no abandonar el antiguo mundo sino partiendo de su término mas avanzado.

Al fin el dia 13 de octubre se dieron al mar los bastimentos con pliegos cerrados del Almirante, que solo podian abrir los capitanes respectivos en el siniestro caso de que la tempestad los separase; y como los cálculos siempre exactos del célebre marino le hubiesen dado hartas seguridades respecto á la verdadera situacion de las que pretendian encontrar islas de los Caribes, mandó poner las proas al S-O., en vez de seguir la direccion de O. que en su primer viaje habia marcado, con harto contrariado empeño, siendo tan singular la exactitud de su derrotero, que al amanecer el dia 3 de noviembre, el piloto de la nao almiranta anunció á la armada, con especial contento, la vista de tierra por la proa,

(1) Habíase contratado y aparejado, ademas de las ya dichas, mayor número de velas para la espedicion que nos ocupa, á saber: una carraca de porte de mil doscientos y cincuenta toneles: cuatro naos de ciento cincuenta á cnatro cientos y cincuenta idem, y una carabela: esto en la villa de Bermeo, y todos los dichos bastimentos bajo la conducta de Iñigo de Artieta, general de la mar nombrado para aquella jornada; pero sin duda por los gastos superiores y escaso fruto que buques de tal calidad habian de reportar á la corona, prescindióse al fin de aquella fuerza, la cual se ocupó en conducir á las costas de Africa al rey moro Muley Boabdil, con todos los súbditos y familiares que le siguieron en su lastimosa espatriacion despues de la pérdida de Granada. Tambien se croyó necesaria la permanencia de esta armada en las inmediaciones de Espana por si, como so temia, los portugueses aventurasen el injustificable, bien que premeditado quebrantamiento de los pactos ya habidos en la cuestion de límites. Conviene aclarar, sin pasar adelante, que asi como en las partes marítimas de Andalucía se contaba el porte de los buques por *toneladas*, en las de Vizcaya contaban por *toneles*, equivaliendo diez de estos á doce de aquellas; de suerte que la mayor de las embarcaciones contratadas y provistas en Bermeo no bajaba de mil y quinientas toneladas.

despues de veinte dias de navegacion, que sin duda hubieran sido menos á no haber tenido que acortar velas todos los bastimentos durante la travesía, para ceñirse á las condiciones menos marineras del que montaba el Almirante.

El contento de las tripulaciones en aquel momento de buena dicha no hay para qué decirlo, puesto que tan próspero y breve fué el viaje, como dichoso el descubrimiento: bien que en aquel no hubiesen faltado algunas señales de visible y justa zozobra por causa de una furiosa tempestad que se anunció durante cuatro horas en la noche del 27 de octubre, la cual, no obstante, se corrió con favorable suceso, puesto que ningun bastimento se apartó del rumbo marcado por lo que el temporal se agitaba por la popa. La aparicion repentina del fuego marino á que los navegantes dan el supersticioso nombre de *San Telmo*, tranquilizó los ánimos durante el peligro, y les hizo no mirar aquel percance mas que como una señal afirmativa de la celeste proteccion que en su empresa les asistia (1); por lo que sobre las cubiertas de los buques, con mística armonía, se rindieron gracias al Todopoderoso.

Sucedió la aparicion de las nuevas tierras sobre los 55° de longitud occidental y 15° 30' de latitud N.; y porque era domingo el dia que tan venturoso acontecimiento habia de conmemorarse, llamó Colon *Dominica* á la primera isla que se descubrió por la proa, que era aproximadamente la situada en aquellas condiciones, y formaba con la no interrumpida cadena de otras islas que sobre el N. fué reconociendo mas adelante, hasta llegar á la Española, parte de esa barrera semicircular que se estiende desde la costa septentrional de la América del Sur hasta la punta oriental de Puerto-Rico, la cual separa en cierto modo del Océano el denominado *mar de las Antillas*.

Como era natural, para dar solaz á la mente y aumento á la corona cuyos intereses servía, tratóse por la armada de tomar tierra en la Dominica; pero como

(1) San Telmo llaman los navegantes á cierto meteoro que á veces se deja ver en los palos y bergas del buque en forma de bolas de fuego, de las cuales eran siete las que se mostraron á la espedicion en la citada tormenta. Antiguamente decian que semejante fenómeno eran los mitológicos hermanos *Castor* y *Polux* hoy comprendidos en las constelaciones, y otros lo designaban tambien con el nombre de *Helena*, de la propia familia. El doctor Chanca, que iba por médico de la armada, escribió una carta de este segundo viaje de Colon á los señores del Cabildo de Sevilla, y al referir en ella la tormenta lo hace de esto modo. «En todo este tiempo tuvimos mucha bonanza, que en él ni en todo el camino *no hobimos fortuna*, salvo la víspera de San Simon *que nos vino una que por cuatro horas nos puso en harto estrecho.*» Duranto toda la baja edad asi llamaron los navegantes á la tormenta, como lo he comprobado muy recientemente en cuantos documentos he visto al efecto en el Archivo de la Corona de Aragon, conservado en Barcelona, y asi tambien esplican la frase de *correr fortuna* todos los *Diccionarios Marítimos* que he consultado. De todo lo dicho me ha ocurrido si el nombre de *Afortunadas* que se dá á las islas Canarias, estará bastante ajustado á la etimologia que se le atribuye por el vulgo de los autores, tomando la espresion de Plinio, (*lib.* 6, *cap.* 32) Philostrato (*in Apollonio*) Plutarco (*in Sertorio*) y otros. Yo veo que las condiciones de dichas islas no son tales que aventajen á otros paises de los conocidos entonces, antes por el contrario, no habiendo la moderna cultura modificado algunas de aquellas, el estado natural de las islas distaba grandemente de la especial condicion de *afortunadas*. Siendo en gran parte árido el terreno, y frecuente el azote del viento *Sum*, que desde el gran desierto de Zahara se deja caer en dichas islas con toda su fuerza, los temporales en aquellos mares no escasean y siempre habrán sido frecuentes las *fortunas* que alli se *corrieran* por los navegantes: de manera que, sin aventurar grandemente la exactitud, bien se puede creer mi opinion ó rechazarla.

no apareciese á la vista seguro puerto, y á la par se presentase otra isla no menos frondosa y de mayor espacio hácia el septentrion, torciéronse para ella las proas, y se tomó formal posesion del nuevo archipiélago por los reyes de España en la tierra de la cercana isla, á que llamó Colon *Marigalante*, del nombre de su nave, en tanto que otra rodeaba la Dominica para buscar el que al fin llegó á encontrar seguro puerto; bien que sin anclar en él, solamente lo reconoció para continuar su carrera hasta reunirse en el propio dia y dar cuenta al Almirante. En la isla que sirvió de espansivo desembarco á los espedicionarios, procuráronse en vano siquiera ligeras muestras de que fuese habitable, puesto que ni hombres, ni chozas, ni otros vestigios en ella se vieron, razon bastante para que en la madrugada del dia 4 se tendieran al viento las velas con ánimo de continuar el reconocimiento de aquel archipiélago hácia la parte del N.

Muy pocas mas de veinte millas habria navegado la armada cuando se ofreció á su desembarco otra isla mas dilatada y frondosa que las ya vistas, y con mejores probabilidades de noticias, puesto que por algunas casas que cerca de la costa se advertian, daba evidentes señales de estar habitada. Echáronse, pues, al agua los botes despues de anclar los buques, y no tardaron las investigaciones en acreditar los ajustados cálculos del pensamiento. ¡ Pero cuál fué la horrorosa verdad que allí aprendieron los europeos, al penetrar en las rústicas viviendas de los fugitivos isleños ! El espíritu se amilana al describir lo que resiste la pluma, y el pensamiento se eleva á la divinidad para dar infinitas gracias por la realizada inspiracion del descubrimiento. Si la gloria de Colon no hubiera sido tan inmensa, siquiera por lo que á sus cálculos debieron las ciencias, la comunicable cultura, el comercio y todos los intereses materiales del globo, bastaria sin duda para que superase su fama á todas las famas adquiridas, la estincion del canibalismo, horrible proceder del estado salvaje, que estremece los miembros y hiela la sangre, cuando en sus feroces condiciones se para la mente.

Penetraron los españoles en las rústicas chozas, y si alguno tuvo sed, se ofrecieron á su vista para satisfacerla en los multiplicados manantiales de la isla, vasos humanos de cráneos curtidos; y si tuvo hambre, no le faltaron tampoco pedazos de carne de semejantes suyos, ya secándose para sabrosa cecina, ó bien asándose en animadas fogatas. El doctor Chanca, al hablar de estos horrores, dice: *Los hombres que pueden haber, los que son vivos llévanselos á sus casas para hacer carnicería dellos, y los que han muertos luego se los comen. Dicen que la carne del hombre es tan buena, que no hay tal cosa en el mundo; y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer, todo lo tenian roido: que no habia en ellos sino lo que por su dureza no se podia comer. Allí se halló en una casa cociendo en una olla un pescuezo de un hombre* (1)... *Los cuentos de los Lestrigones y Polífemos*, dice Pedro Mártir

(1) *Carta del doctor Chanca al cabildo de Sevilla.* Navarrete, *Coleccion de viajes*, tomo I.





J. Llopiz litº

Lit de Martinez. Madrid

CRISTOVAL COLON

en el acto de rescatar las mujeres y los niños indios que se hallaban cautivos por los Caribes, en la isla de Guadalupe que acababa de descubrir.

de Angleria, *que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos. ¡Leed, pero tened cuenta no se os ericen de horror los cabellos* (1)!... Hombres de la moderna cultura que todavia mancillais la fama de los primeros descubridores: si sois humanos: si la civilizacion de que haceis constante alarde en vuestros calculados argumentos, es una verdad sagrada que todas las preocupaciones fanáticas de pasados tiempos no pueden destruir, retroceded en el camino de las acriminaciones, y tributad un recuerdo de agradecimiento á los que con su presencia destruyeron la mas horrible entre todas las costumbres. Cuando envenenеis vuestra pluma en el moho de las cadenas europeas con que se aherrojaron los sencillos habitantes de la isla española, purificádola antes de escribir en la sangre inocente que desde entonces cesó de manar en las islas de los caribes, y para desviar la mente de las tropelías, que asi se declaman para condenarlas como se desprecian para cometerlas por aquellos mismos que mas las acriminan, tened presente que ya no se verifican en las regiones occidentales, merced á los españoles cuyos procederes acusais de bárbaros é incultos, aquellos feroces banquetes en que los hombres bebian de su propia sangre, y se alimentaban con la carne de sus hijos (2).

Las primeras investigaciones practicadas en la nueva isla dieron por resultado la prision de algunos muchachos y varias mujeres que cautivas estaban; y porque de sus esplicaciones no se aprendieron bastante las condiciones del terreno, ordenó el Almirante que algunos pelotones bien armados se internaran por diferentes vias para satisfacer sus curiosas observaciones. Hiciéronlo con efecto varios capitanes, de los cuales todos, menos un Diego Márquez, que era veedor de la armada á la vez que capitan de un navio, regresaron de su espedicion en la propia noche con tan indiferentes nuevas, que bien quisiera el Almirante haber continuado su navegacion con la aurora del dia siguiente; pero Márquez se habia estraviado con ocho hombres mas que le acompañaban, y como su abandono hubiera sido tambien el orígen de una muerte segura en pais de costumbres tan feroces, no zarpó la armada de la isla de *Guadalupe*, que asi la bautizara el Almirante, hasta que los estraviados esploradores pudieron, no sin trabajo infinito, volver á encontrar la costa, á traves de una vejetacion tan frondosa que ocultaba las luces del cielo.

Al fin, otro domingo, á 10 de noviembre, se volvieron á la mar todos los buques, torciendo el rumbo al N-O. en la propia forma que las islas lo torcian, y al medio dia del 11 descubrieron otra á que se puso el nombre de *Monserrate*, por la influencia del P. Buil, que pertenecia al célebre monasterio de este nombre. Dejándola por inhabitada, alcanzaron en la propia tarde la de *Santa María*

(1) Pedro Mártir. *Carta á Pomponio Laetus.* Irving. *Vida y viajes de Colon*, tomo II.

(2) Los caribes en sus correrías, así cautivaban hombres para comer, como mujeres jóvenes y hermosas para usar de ellas; y á los hijos varones que de este comercio resultaban, privábanles en su infancia de la virilidad para criarlos mas robustos, y los sacrificaban, cuando ya eran mozos, par a comérselos.

la Redonda, y en la siguiente mañana la que llamaron desde entonces *Santa María la Antigua*, y asi continuando adelante por el archipiélago, llegaron á la de *San Martin*, en cuyo reconocimiento trataron de entretenerse. Para verificarlo descendieron en uno de los botes hasta veinte y cinco soldados bien provistos de armas, con que fueron á tierra á tomar lenguas, mientras la armada permanecia anclada en un puerto harto cómodo; pero como sucediera que al volverse la barca, ya desempeñada la comision que á tierra la habia conducido, hubiese aparecido ante la armada una canoa conductora de cuatro indios y dos mujeres, y á su presencia, como gente que tal no habia visto nunca, quedaron paralizados en todas sus acciones, los de la barca pudieron acercarse á la canoa tanto, que cuando aquellos pretendieron huir ya tenian cortado el paso de la fuga. Furiosos entonces hombres y mujeres pusieron mano á las armas que en flechas consistian, de la condicion que en otro lugar hemos ya manifestado, y aunque los españoles de una furiosa arremetida lograron echar á pique la canoa, la ferocidad de los indios sostuvo el combate desde las ondas, durante algunos minutos, los bastantes para que en tan nueva y desigual pelea quedaran heridos dos soldados españoles, de los cuales murió uno pocos dias mas adelante.



Tomáronse al fin los indios y las mujeres de la canoa, y admirando tanto como su valor la estraña fealdad de sus rostros, aumentada artificialmente para mayor espanto de sus enemigos, al siguiente dia 14 se dió otra vez á la vela toda la armada para divisar y poner nombre sucesivamente á las islas de *Santa Cruz*, *Santa Ursula y las Once mil Vírgenes*, hasta que en el dia 15 descubrió y tomó posesion de la que se denominó entonces *San Juan* y mas adelante *Puerto-Rico*,

y á la cual sus naturales llamaban *Boricon* ó *Burenquen*. La especial fisonomía de aquella hermosa isla convidó á Colon á pisar su tierra, mas hermosa por el concierto de su vejetacion que todas las islas descubiertas hasta entonces en aquel archipiélago. Ademas, que por sus dimensiones merecia mas que otra alguna los honores de un reconocimiento escrupuloso, del cual resultó á los españoles la idea de una cultura superior á todo lo visto en aquellas partes, asi por lo respectivo á la construccion de las rústicas poblaciones que se examinaron cerca de la playa, como por el órden y feliz distribucion de sus labores campestres y de sus jardines. Por lo demas, en esta como en las otras islas visitadas, todos los indios huyeron á la aproximacion de la armada, y al cabo de dos dias de infructuosas pesquisas, levó anclas de nuevo para no detenerse hasta la punta oriental de la isla Española llamada *Cabo del engaño*, á la cual se acercó la espedicion el dia 22 de noviembre.

Grande fué el gozo de Colon cuando reconoció que se hallaba ya en los confines de su tierra privilegiada, siquiera no fuese mas que por los consuelos que esperaba prodigar á los antiguos compañeros de su mas arriesgada empresa; ¡pero cuánto se engañaba el famoso nauta en sus cálculos de humanidad y agradecido compañerismo! Cerca estaba, es verdad, de sentar la planta en el propio lugar donde habia erigido el primer fundamento de la superioridad europea en las regiones incultas de un mundo ignorado; pero mas cerca estaba aun de aprender una terrible verdad que jamás se debiera olvidar por los que aspiran al dominio de sus semejantes, á saber: que el esclavo es débil en tanto que no ve una favorable ocasion para quebrantar y pulverizar las cadenas que le oprimen, en cuyo caso, desbordados los diques de su razon, no hay venganza que no medite, ni crímen que por obra no ponga.

Costeando la Española continuó la armada hasta el *golfo de las Flechas*, no sin haber recibido antes amistosa invitacion de cierto cacique que en los confines orientales de la isla moraba, con ocasion de haberse detenido y tomado tierra algunos españoles para dar formal sepultura á uno de los heridos en la escaramuza del dia 13, sobre las aguas de San Martin; pero el Almirante rehusó la invitacion por los deseos que de llegar al puerto de la Navidad le consumian, y únicamente en dicho golfo de las Flechas se entretuvo para enviar á tierra, gallardamente ataviado, á uno de los indios que habia llevado á España, natural de aquella isla, por cuya circunstancia sin duda no volvió á dar cuenta de sí ni de las cosas que el Almirante le habia encomendado al desprenderse de su persona, que nunca mas que entonces le habia sido necesaria.

Al fin, el dia 25 de noviembre saltaron en tierra algunos individuos de la espedicion en el puerto de *Monte Cristi*, como si pretendieran preparar los ánimos aventureros para las brillantes sensaciones que esperaban; pero cuando mas afanosos registraban para admirar los parages deliciosos de la isla, nubló la sonrisa de aquellos semblantes la presencia de dos cadáveres que cerca de un rio estaban tendidos sobre una alfombra de yerba, con un lazo al pescuezo uno de ellos,

y otro en una pierna. Al dia siguiente practicando iguales pesquisas, volvió á presentarse mas adelante igual espectáculo, bien que aumentando con el horror los siniestros temores, por lo que uno de ellos manifestaba en varias señales ser español, mas particularmente en las barbas largas que los isleños no tenian. Con esto, y con el profundo silencio que se advirtió en toda la costa cuando al anochecer del siguiente dia 27 se dispararon algunas lombardas enfrente del puerto de la Navidad, para avisar á los de la fortaleza el arribo de la armada, hubieron de confirmarse los temores de una gran catástrofe, que efectivamente habia sucedido.

Las primeras noticias que sobre el acontecimiento alcanzaron los espedicionarios fueron tan vagas y contradictorias, que hasta llegaron á suponer la posible existencia aun de algunos españoles tal vez internados por la isla; pero las esperanzas se desvanecieron en la mañana del 28 por voz é informacion de cierto indio venido á la nao del Almirante, el cual dijo terminantemente que todos los españoles eran muertos, que la fortaleza habia sido destruida y la poblacion de los indios incendiada por la fuerza y poder de un cacique llamado *Caonabó*, y de otro *Mayrení*, los cuales habian peleado y vencido fácilmente á nuestros compatricios dentro de su propia fortaleza ó en las casas de los indios, aprovechándose de las disensiones que entre ellos sucedieran, y del descuido y molicie en que habian caido.

Parece con efecto que entre los principales caudillos Rodrigo de Escobedo y Diego de Arana, con sus respectivas parcialidades, habian nacido diferencias sobre la superioridad del mando, y que por consecuencia de semejantes parcialidades, y de la posesion de ciertas conveniencias de la isla, unos con otros los soldados españoles habian llegado á las manos, con muerte de varios. Súpose tambien que una parte considerable de los mismos no volvió á cuidarse de la fortaleza, morando en las chozas indianas para dar rienda suelta á liviandades y placeres de los que gastan las fuerzas y apocan los ánimos, y tambien llegó á averiguarse que el mismo Escobedo, con otros diez de sus parciales, se habia internado en la isla en busca de las minas de Cibao, cuya ponderacion habia despertado sus tendencias ambiciosas, soñando gozoso en la mas abundante riqueza: pero que al penetrar en los dominios del cacique Caonabó, caribe de raza, que se habia conquistado en la isla Española una ventajosa posicion por lo que sus hechos valian, salióles al encuentro con multitud de indios, y logrando apoderarse de los once aventureros á todos dió muerte, para facilitar con ella la estincion de la raza española en toda la isla, conforme habia proyectado repetidas veces. Asi, pues, con la disminucion del número, harto flaco de suyo cuando de guerrear se tratase en tan apartadas tierras, y la division que reinaba entre los demas españoles, nada pudo serle mas practicable que la sorpresa verificada en la fortaleza á favor de las tinieblas, y la muerte sucesiva de todos los que en las chozas indianas sin ninguna precaucion estaban entregados al mas completo descanso. Supúsose que Guacanagarí hubo de tomar parte en la lucha á favor de sus

huéspedes, y aun el mismo caudillo se entretuvo algunos dias en su *hamaca* lastimándose de cierta herida que no tenia, segun resultó del reconocimiento que en presencia de Colon practicó el doctor Chanca; pero lo mas cierto es que se violaron al cabo las leyes de la hospitalidad, si no conocidas, al menos practicadas hasta allí por los indios, y que todas las ilusiones de confraternidad y armonía con que se habian alimentado los nuevos aventureros al pensar en las regiones tras-atlánticas, se nublaron entonces con el espíritu guerrero de su pais natal, que dió súbito calor á los feroces y naturales instintos de la venganza.

Tal fué el orígen de los escesos que por algunos se cometieron desde entonces en las posesiones que se iban conquistando, por mas que autores celosos del colosal poder español en aquellos y posteriores tiempos lo achaquen á muy diversas causas. Es verdad que algunas tendencias de general codicia, y funestos resultados de propias desavenencias, guiaron el consejo de los incautos españoles que á la provincia de Cibao se dirigieron; pero tambien es verdad que no fué el defender intereses inapreciados lo que guió la fuerza de Caonabó para dar muerte á los aventureros que penetraron en sus dominios, y sí únicamente el deseo de estinguir la raza estranjera que á su autoridad causaba tan sangrientos celos. Por lo demas, las consideraciones filosóficas que desprenderse pudieran de la incuria y postracion á que condujo á los españoles el uso inmoderado de las pasiones naturales, y la confianza á que se abandonaron por la amistosa armonía que conservaban con los indios en los dominios de Guacanagarí, no pudieran ser mas que repeticiones enojosas de casos y consideraciones semejantes en mayor escala sucedidos é inspirados, sin otro resultado que el convencimiento doloroso del desprecio en que se tienen los ejemplos de la historia, mal entendida por los que la estudian distraidos ó presuntuosos de sus propios recursos en los casos difíciles, ó mas bien abandonada con frecuencia al polvo de los estantes, por lo que suele carecer de narraciones fabulosas ó de situaciones sobrenaturales.

Cuando una dolorosa resignacion puso término al sentimiento de los españoles, hubo de pasar bien acompañado el cacique amigo á la nao del Almirante, estratégica exigencia que inventó Colon para deslumbrar su espíritu, por si tenian fundamento las sospechas que algunos alimentaban contra el caudillo de la isla en la muerte de los españoles. Asistió con efecto Guacanagarí al bastimento de Colon, no sin admirarse grandemente al aspecto que ofrecia el conjunto de la armada; pero sus gestos se multiplicaron á medida que el Almirante le mostró, despues de las mayores piezas de artillería y otra multitud de armas que hasta entonces no habia visto, los animales de diversas especies que para poblar la isla se llevaban; y su pasmo creció de punto cuando tuvo ocasion de contemplar los caballos: natural consecuencia de la inculta sencillez que en el género de los cuadrúpedos no conocia mayores razas que la de los perros mudos y la mas menuda de las útias ó conejos.

No obstó la admiracion, sin embargo, para que el buen cacique reparase con encendida intencion en algunas mugeres indias de las que se habian rescatado en

las islas de los caribes; en especial se enamoró al parecer de una, la mas gallarda y hermosa, á que los españoles llamaban Catalina, con la cual se entendió en términos de disponerla á la fuga. Verificóse esta, con efecto, en la noche posterior al siguiente dia, confirmada en su propósito por un hermano de Guacanagarí que en la tarde mas próxima fué á reanimar el proyecto, el cual se llevó á efecto por todas las cautivas cuando las altas horas de la noche daban natural abrigo á sus desagradecidos procederes. Para ello se echaron al agua cautelosamente, aunque no tanto que el centinela del castillo de popa no se apercibiese: con lo cual se tocó alarma y se tripularon los botes para perseguirlas, dando tiempo sobrado para que al comenzar á bogar hácia la tierra, que estaba media legua distante, hubiesen nadado las fugitivas mas de una tercera parte: con todo, tomáronse cuatro en el momento de alcanzar la orilla, y cuando al dia siguiente se fué á reclamar las otras á Guacanagarí, en cuyas posesiones se habian refugiado, ni el cacique ni alguno de sus súbditos parecieron en todo aquel terreno, como que su lugar no semejaba otra cosa que un tosco cementerio, por la soledad que en él reinaba. Semejante conducta acrecentó las sospechas en los dudosos y los cuidados en el Almirante, que se veia de nuevo espuesto á los percances de la conquista sin amigos ni aliados en el vasto territorio de que pretendia enseñorear á los monarcas de España; y no hay duda que las imaginaciones ligeras que al participar de la empresa no habian soñado mas que escenas de eterna ventura, aprendieron en el suceso una leccion de cuánto es necesario sacrificar á la realidad natural de las leyes del mundo, las narraciones exageradas y las mas gratas ilusiones.

En tan crítica situacion, y porque ya iba siendo enojosa á racionales y brutos la residencia en los buques, se trató formalmente de erigir una poblacion en la isla, al modo de las europeas, para cuyo efecto se llevaban las herramientas y materiales necesarios, faltando únicamente la eleccion del sitio. Por mas próximo á Cibao, donde se suponia la mayor abundancia de oro, y mejor calidad del terreno asi para la fortaleza militar como para la salud de las personas, se designó aquel por último, á unas diez leguas mas al Oriente del puerto de Monte-Cristo, en la propia costa de la isla, con espacioso y seguro puerto, en que dos rios desembocaban no distantes, para facilitar mayores comodidades sobre el propio terreno á los nuevos pobladores: y por lo que urgia la pronta construccion de la ciudad, salieron á tierra todos cuantos á la ordinaria tripulacion de los buques no pertenecian, asi como los animales y demas cosas estrañas al servicio marinero.

Alrededor de un lago inmediato al terreno marcado para la ciudad se estableció un provisional, pero muy bien ordenado campamento, desde el cual partian diariamente los trabajos; y era de ver cómo el destino, humillando las soberbias pretensiones del hombre, se gozaba en la fatiga y cansancio de aquellos aventureros que habian soñado montañas de oro, cuya estraccion y posesion, segun ellos, no debia costarles mas que la molestia de un largo, pero seguro viaje.



Todavía por lo que tienen de inexcrutables los secretos de la Providencia, se acumularon sobre la espedicion mayores desdichas; como que influyendo con los trabajos del cuerpo las diferencias del clima, y los efectos alimenticios, desarrolláronse en el campo tales enfermedades, que en breve tiempo mermaron el número de los españoles, poniendo tambien en lastimoso estado la robusta constitucion del Almirante, bien que á escepcion de muy escasos dias, siempre asistió personalmente á la direccion de los trabajos. Edificáronse casas en abundancia para mayor número de la gente que allí habia, dando á la construccion un órden simétrico por lo respectivo á plazas, calles y travesías: levantóse á Dios el templo consiguiente, que no sin él pudieran pasar gentes á la cristiana religion tan devotamente apegadas: se inventaron fuentes y jardines para la comodidad y el recreo, no olvidándose de aceptar las condiciones locales en beneficio de los molinos, y otras necesidades absolutas de una poblacion improvisada, y finalmente el alguacil real Bernal Diaz de Pisa, que á la empresa asistia como lugarteniente de los contadores mayores de Sevilla para el órden de la contratacion, obtuvo el correspondiente ventajoso terreno para levantar una especie de aduana con todas las condiciones indispensables al mejor desempeño de las instrucciones que de los Reyes Católicos llevaba (1). Al todo de la poblacion bautizó el Almirante con el

(1) Las instrucciones que dieron á Bernal Diaz de Pisa los Reyes Católicos, como contador de la armada por encargo do los contadores mayores de la contratacion naciente entre España é Indias, no podemos menos de consignar aqui por el enlace que guardan con las dadas al Almirante, y por lo que unas y otras han de ilustrar la historia del *Cuerpo administrativo de Marina*, que á su tiempo se ha de escribir en esta obra. Por lo dicho, pues, las copiamos en esta página tales como se hallan registradas en el Archivo de Indias de Sevilla, segun Navarreto, *Colèccion diplomática*, tomo II.

«El Rey é la Reina: Lo que vos Bernal Diaz de Pisa, Contino de nuestra casa habeis de facer, Dios queriendo, en las Islas é Tierra firme por nuestro maudado descubiertas é por descubrir en el mar Oceano á la parte de las Indias, donde

nombre querido de *Isabela,* por rendir merecido tributo á la mas visible proteccion de los descubrimientos hechos hasta hoy en todos los confines del globo terráqueo.

Tales fueron los síntomas que por una estraña combinacion de alternados su-

vais, tocante al cargo de la Contaduría dellas, por virtud del poder de nuestros Contadores mayores que llevais, es lo siguiente:

»Primeramente habeis de tomar relacion del Contador Juan de Soria, de las carabelas é navíos que van en el armada, é piezas, é lombardas, é ballestas, é lanzas, é otras armas todo por menudo lo que va en cada navío é carabela: é asimismo de los Capitanes, é gentes de marineros, é Oficiales é gentes de guerra, é otra cualquiera que va á sueldo en cada carabela é navío, é el nombre de cada persona é de donde es vecino, é el dia que se presentaren é por el tiempo que van pagados; é asimismo de todos los mantenimientos que van cargados á cada Capitan, é asimismo de la mercaduría que llevare la persona que Nos mandaremos; é de todas las otras cosas que el dicho Contador Juan de Soria ficiere para proveimiento de la dicha armada, porque vos tengais cuenta é razon desto.»

»Otrosí: el Almirante ha de hacer que se haga alarde de toda la gente que fuere en los navíos por ante él é ante vos, por la copia que el dicho Juan de Soria diere ó enviare al tiempo que se desembarcaren en las islas cada navío sobre sí, para ver si faltare alguna de la dicha gente, é facer el dicho alarde de la gente de caballo como de pié, é asimismo facer alarde de la gente que allá quedare en las islas cada mes una vez, e habeis de enviar relacion ante el dicho Contador Juan de Soria, firmada del dicho Almirante é de vos, de la gente que allá quedare é que personas son é la gente que acá tornare en los dichos navíos nombre por nombre, por dondo acá se fenezca la cuenta de cada navío sobre sí, é si algunas personas faltaren de las que hobieren ido en los dichos navíos escriba en qué tiempo faltaron.»

»Otrosí: habeis de tener libro ó cuenta de toda la razon que el dicho Juan de Soria vos dicre, é de la mercaduria que de los dichos navíos fueren, é habeis de tener cuenta é razon de todo el oro é otras mercadurías que se ficieren allá y se trugieren, de lo cual todo habeis de facer libro aparte, é al tiempo que so cargare sea en presencia del Almirante ó de la persona quel nombrare, é en presencia de vos el dicho Bernal de Pisa; é habeis de escrebir por menudo todas las cosas que cargaren, las cosas que requieren venir por peso se pesen é las escribais, é las otras cosas que no requieren peso vengan por escrito é por cuenta, é de todo ello enviad la relacion firmada del nombre del dicho Almirante, ó de la persona que él nombráre que esté presente á lo susodicho, é de vos el dicho Bernal de Pisa, al dicho Contador Juan de Soria, para que acá se reciba por la dicha relacion, é las asiente en su libro, é las carguen á las personas que lo han de recibir en la dicha casa.»

»Otrosí: habeis de enviar cada vez que acá vinieren navíos relacion firmada del nombre del dicho Almirante, ó de la dicha persona que él nombrare pára ello, de lo que cada uno trae, asi en oro como en especería, como en otra cualquier cosa, al dicho Juan de Soria, para que al tiempo que los dichos navíos acá llegaren, el dicho Juan de Soria tome la cuenta por la dicha relacion que asi le enviaredes por la forma susodicha; é enviad la dicha relacion con la persona que trugiere las dichas mercadurías, é otra con el Contador que viene en cada navío, é si no viniere contador con otra persona fiable: despues desto, enviad con el primero viage otra relacion de lo que asi hobieredes dado á las susodichas, con el Contador ó con otra persona de recabdo, por manera que vengan tres relaciones, y en todas se ponga todo buen recabdo.»

»Ha de haber una casa en las dichas islas, en la parte que mas conveniente fuere, donde acordare el dicho Almirante, para que alli se descargue cualquier mercaduria de los dichos navios que de acá fueren, é donde se faga é traiga el oro é otras mercadurias que so hobieren de cargar, para que las asenteis é pongais relacion de todo en vuestros libros; é fuera de la dicha casa ninguno no sea osado de cargar ni descargar mercadurias algunas: la cual dicha casa mande facer el dicho Almirante á los carpinteros é albañiles, é gente que allá estoviere.»

»Otrosí: que los mantenimientos que fueren á las dichas islas para toda la gente que allá fuere, se hayan de repartir como el Almirante mandare, en vuestra presencia é de vuestro escribano.»

»En las cuales dichas cosas vos el dicho Bernal de Pisa habeis de entender, segun dicho es, y en todas las otras que allá sucedieren tocantes á la hacienda, por manera que el tesorero ó receptor que allá estoviere no pueda hacer cosa ninguna sin vos, el dicho contador Bernal de Pisa, para que tengais razon é cuenta dello.»

»Otrosi: que si demas de lo que provea el dicho Juan de Soria, contador que ha de estar acá, se hallare en algun navio alguna cosa encubierta, demas de lo que estoviere en la copia del dicho Juan de Soria, ó mas navios de los que van, que el dicho Almirante tome, é lo embargue é ejecute en vuestra prosencia, segun é por la forma é manera que en la cédula que Nos para ello mandaremos dar se contieno, é lo que de lo tal á Nos perteneciere, fagais cargo dello al receptor.

»Por ende Nos vos mandamos que veades la dicha instruccion suso-escripta, é la guardeis, é cumplais, é usedes de los poderes que de los dichos nuestros contadores mayores teneis, segun que en esta dicha instruccion se contiene, é contra el tenor é forma della non vayades ni pasedes en manera alguna. Fecha en Barcelona á siete del mes de junio de mil cuatrocientos noventa y tres años.—Yo el rey.—Yo la reina.»

cesos prepararon los ánimos de nuestros aventureros á la conquista y dominio de la isla Española, bien distintos por cierto de los que en sus cálculos se habian presentado como mas naturales al partir de la Península. Pero si ellos perjudicaron en gran manera destruyéndolas, todas las ilusiones de pacífica ambicion que sobre la playa gaditana habian nacido, tambien contribuyeron en gran manera á desarrollar la magnífica fama con que llenaron los anales del siguiente siglo aquellos intrépidos aventureros, cuyos nombres resuenan tan altos en los sucesos de la guerra.



CAPITULO XVIII.

Reconocimiento interior de la Isla Española.—Regreso de los buques á España con muestras propicias do la bondad mineral de la isla.—Conjuracion de Bernal Diaz de Pisa; descúbrela y destrúyela el Almirante.—Espedicion general á las montañas de Cibao: brillantes sensaciones que en ella se esperimentan: ereccion del fuerte de *Santo Tomás* y regreso do la espedicion á Isabela.—Hostilidades del cacique Caonabó: enfermedades en Isabela, y disposiciones del Almirante para contrariar las primeras y atajar las segundas.—Espedicion de Colon por la costa moridional de la isla de Cuba: hace escala en los puertos de *Guantanamo y Santiago de Cuba*, y desde la altura do *Puerto Tarquino* vira al S. y descubre la *Jamayca*.—Anclage en la nueva isla para carenar la carabela del Almirante, y combate con los naturales.—Vuélvese la espedicion á la costa meridional de Cuba: sufre una espantosa tormenta sobre el *cabo de Cruz*; atraviesa por entre las islas que llamó el almirante *Jardines de la Reina*: pasa el golfo de *Xagua*, toca en el mar blanco y avanzando hasta la entrada occidental de la gran bahía de Batavanó sobre los 76.° y 49' de longitud al Occidente de Cadiz, vira al Sur haciéndoso antes una declaracion genoral por todas las tripulaciones de que la isla de Cuba era Tierra firme.—Descubrimiento de la *isla de Pinos*: vuelta á la costa de Cuba y descanso en la de Ornofay, por la bondad de sus naturales.-Danse de nuevo al mar los bastimentos: tocan en Jamayca, la costean por el S., y tras de inmensos peligros y reconociendo todo el mediodia de la Isla Española vuelve la espedicion á Isabela doblando el cabo dol Engaño, y depositando al Almirante, casi cadáver por sus graves padecimientos, en brazos de su hermano don Bartolomé, recien llegado á la Colonia.

ENTRE los primeros cuidados del Almirante, despues de elegido convenientemente el lugar donde se habian de plantar los cimientos de la cultura europea, tenia privilegiada atencion el regreso de algunos buques á España, no solo para satisfacer la curiosidad de los que interesados esperaban las primeras noticias de sus parientes y amigos, sino tambien por dar cuenta á los Reyes Católicos de cuanto en el tránsito hasta el desdichado establecimiento de la Navidad habia pasado. No dejaba tambien de preocuparle el mal efecto que la muerte de los treinta y nueve españoles habia de causar en la Península, y para cohonestarlo creyó de grande utilidad el envío, cuando menos, de grandes esperanzas, ya que por no perder sobrado tiempo, aquellas no pudiera enviarlas convertidas en

las mas lisonjeras realidades. Al afecto destacó desde la Isabela hácia el interior de la isla sobre el Sur, dos partidas escasas en el número, bien que fuertes en los aprestos y autorizadas por lo que sus caudillos valian, como que uno de ellos era Alonso de Ojeda, y el otro cierto caballero jóven llamado Gorvalan, que en nada cedia á los mas apuestos y animados. Llevaban instrucciones de atravesar por distintas vias el territorio intermedio hasta las montañas de Cibao, que eran las supuestas regiones del oro, ya facilitando la espedicion con amorosos procederes, ó bien poniendo en juego los recursos bélicos de que iban provistos convenientemente, por si, como era de temer, el intrépido Caonabó les saliese al encuentro. Por fortuna de nuestros primeros pasos en el establecimiento y toma de posesion de las Antillas, no hubo necesidad de otra cosa que de corresponder graciosamente á la hospitalidad de los indígenas, y de admirar en sus campiñas al Supremo Creador por la mas deliciosa de sus obras. Pocos dias pasados desde la salida de la Isabela de ambas partidas, regresaron una y otra tan llenas de sensaciones como abundantes en pruebas de la riqueza mineral de la isla, como que ademas de los pedazos de oro que recogieron en los arroyos ó rescataron de los indios, trajeron evidentes señales de preciosas canteras de jaspe, y algunos pedazos de lapiz-lázuli.

Harto menos hubiera bastado para tranquilizar con el envío la acalorada fantasía del Almirante, de suerte que el regreso de la armada se dispuso á cargo de Antonio de Torres, alcalde que era de la ciudad de Isabela y capitan de la nao *Marigalante*, no sin dejar para las urgencias de la isla cinco buques bien acondicionados (1), dando á dicho oficial bastante comision para certificar los sucesos que la pluma hubiera grabado escasamente. Tambien llevaba un memorial de Colon ajustado á las mas urgentes necesidades de la isla, para que SS. MM. proveyesen su inmediato envío (2), y á la par iban en los buques todos los hombres, mujeres y niños que de los caribes se habian tomado, con propósito, segun Colon, de que en España se instruyesen en las cosas de la Fé Católica y moderasen sus feroces instintos (3).

(1) Eran estos buques dos naos, á saber: la *Gallega* y la *Capitana*, y tres carabelas que escogió Colon como mas á propósito para el reconocimiento y costeo cercano de aquellas tierras.

(2) Llevaba Antonio de Torres la órden de apresurar el envío de dos carabelas fletadas por cuenta y riesgo de la corona, para que la deliberacion y pausados acuerdos no estorbaran la urgente satisfaccion de perentorias necesidades: y en el capítulo correspondiente del memorial á los Reyes Católicos, recomendaba que asi dichas carabelas como todos los buques que en adelante hubieran de fletarse, entraran en el ajuste por toneladas y no de otra manera, de lo que resultarian conveniencias á la hacienda, segun por esperiencia en la segunda empresa habia tocado. SS. MM. se ciñeron con efecto á la proposicion, mandando que asi se concertaran en adelante los fletes, abandonando toda otra forma: debiendo advertir que ya la práctica se habia anticipado al concertar con Iñigo de Articta por semejante medio el armamento que para la segunda espedicion se habia hecho en la villa y puerto de Bermeo.

(3) Hubo de proponer Colon á los Reyes Católicos, respecto á los caribes, la esclavitud en los propios términos que entonces se acostumbraba en las naciones de Europa con los negros de las costas de Africa, fundado en la indomable condicion y perniciosas costumbres de aquellos, y en la conveniencia de suavizarlos con el mas frecuente trato de españoles. Al efecto creia conveniente que se verificase semejante comercio por medio de cambios consistentes en animales llevados allá, de los necesarios para el trabajo; pero SS. MM. suspendieron los efectos de la peticion hasta consultar sus escrúpulos al mismo Almirante, de donde resultó la benéfica circunstancia de no haber tomado cuerpo la

Sucedió la partida de la armada el dia 2 de febrero de 1494; y como las enfermedades crecian, no obstante la abundancia de cuidados que desplegaron con el doctor Chanca todos los que en las cosas de medicina entendian, y por otra parte se hubiesen maleado bastantes provisiones de las llevadas allá de nuestro territorio, con lo que las raciones se acortaron, decayó grandemente el valor de algunos aventureros, y á la vista y consideracion de una vida trabajosa, comenzó á levantarse un sordo rumor semejante al que de lejos se escucha cuando la tempestad se espereza en la inmensidad de los mares.

Todavia Colon estaba privado por su enfermedad de recibir las impresiones atmosféricas, cuando le dieron cuenta del peligro que amenazaba el éxito de sus tareas, y su sagaz política no tardó en descubrir la mas inconveniente sedicion que pudiera levantarse. Estaba al frente de ella el lugarteniente de los contadores Bernal Diaz de Pisa, representante fiel de la rencorosa ojeriza que sus principales tenian al Almirante, y se estendian sus propósitos hasta el delito de quererse desertar con los cinco buques que en la Española habian quedado, volviéndose á España seguros de la impunidad por lo que el tal cabecilla esperaba de las bondades de los Reyes Católicos, en cuyo servicio especial se habia entretenido algunos años. Para que el proyecto alcanzase toda la autoridad que requeria, no hay duda que debia ser poderoso, como en efecto era el número y la calidad de los conjurados; ambiciosos que no creian en la existencia abundante del oro que apetecian, porque la tierra, y los árboles, y las montañas, y los rios, no lo despedian á montones sin la concurrencia del trabajo: caballeros de ilustre cuna que por la condicion de la empresa se habian rebajado de órden superior á poner las manos en la construccion de la ciudad que á la conveniencia de todos se levantaba: regalados cortesanos que en la abstinencia decretada para la conservacion general de la colonia, tenian que moderar los instintos materiales de su gula, y aventureros de fantástica imaginacion que inmediatamente no chocaron con ejércitos poderosos de espléndidos reyes, cuyas posesiones ofrecieran brillantes los mas seductores estímulos de la conquista; todos, desconcertados en sus sueños quiméricos de fáciles venturas, se apresuraron á entrar en la sedicion con la seguridad de que tan crecido testimonio no podria menos de ser admitido en España por descargo bastante de su delito.

Afortunadamente salió Colon al paso de los tratos, y antes de que por obra pudieran ponerse robusteció con el descubrimiento del delito la autoridad de su persona, aprendió el proyecto de los comprometidos en un memorial de cargos é injurias contra su persona que sorprendió al caudillo: aseguró á este y le envió á España con los comprobantes de su delito, y desarmó todos los buques escepto

esclavitud de los indios en el territorio de España. A pesar de la cualidad de estranjero que en la Península distinguia á Colon, y de la repugnancia con que fué leida y desechada en nuestra córte la propuesta, todavia el espíritu torcido de autores estraños nos hace gravísimos cargos tan solo por una idea inhumana en que otra parte no pudiera justamente atribuirsenos que la do haberla rechazado por voz y mandamiento de nuestros mas célebres monarcas. Véase el Memorial que trajo á la córte Antonio de Torres, impreso en el tomo I de viajes, correspondiente á la coleccion del señor Navarrete.

la nao de mas porte, en la cual puso con los efectos indispensables de aquellos, una respetable guarnicion compuesta de las personas que mas confianza le inspiraban.

Deshecho el motin, y apegados otra vez á su voluntad aquellos que de su clemencia participaran, torció el Almirante los procederes á la inmediata realizacion de sus creencias, con lo cual no solo aquietaría los amagos del disgusto sofocado, sino que daria manifiesta satisfaccion á los monarcas del objeto que á la empresa le conducia. Asi pues, rodeado de cuantos oficiales y operarios en lo de esplotar minas entendian, y seguido de una hueste numerosa en hombres de armas, peones é hijos-dalgo, que no bajaba de cuatrocientos y cincuenta guerreros, dirigióse por el interior de la isla á las montañas de Cibao, guiado por los informes que del tránsito y otras condiciones locales habia recibido de los que en la esploracion le precedieran. En la continuacion y gobierno de la ciudad dejó por su lugarteniente con ajustados poderes á Don Diego su hermano, meritorio capitan y bondadoso sugeto, cuya pacífica y suave condicion le debiera haber conservado siempre en el amor de todos sus gobernados.

Con semejantes prevenciones se dió al camino la comitiva, y no hay duda que su viaje fué de lo mas brillante que hasta entonces se habia ideado. Internáronse, no sin trabajo, los aventureros españoles por el centro de un pais inculto, pero tan abundante y rico en espontánea vegetacion, tan regado por crecidas vertientes, tan poblado de chozas indianas y tan vario en ideales sensaciones, que un solo individuo en la espedicion no hubo que no diera por bien empleados los trabajos padecidos por gozar tan agradable y sorprendente conjunto. Los mas osados en el motin de la Isabela, se afanaron alli por borrar el surco de sus desmanes, tomando mano de los trabajos mas toscos para satisfaccion de su conciencia, y en la construccion del primer camino que se abrió en el Nuevo Mundo para ascender á una colina de encantadora perspectiva, se emplearon tan acreditadas personas, que perpetuando el Almirante su memoria quiso que en adelante se llamase aquel tránsito el *Puerto de los Hidalgos*, lo mismo que denominó *Vega real* á la hermosa y dilatada llanura que por la falda de aquella montaña se dilataba, segun Las Casas, mas de sesenta leguas de Oriente á Occidente (1), en la cual se entretuvo el ejército algunos dias á su regreso para estudiar las costumbres de los naturales, disponerlos al trato de nuestros soldados, y acrecentar con los alardes la idea de superior procedencia que de los españoles habian concebido.

Llegados que fueron á las montañas de Cibao no tuvieron dificultad en admitir como verdadera la abundancia de oro que en sus entrañas se encerraba, asi por las señales características que por toda su estension se advertian, cuanto por los crecidos granos con que los indios brindaban el cambio de bagatelas, siendo algunos como naranjas, y no faltando quien asegurase que se habian ofre-

(1) Las Casas, *Historia Ind.*, lib I.



cido allí como cabezas de muchachos. Bien hubiera querido el Almirante organizar inmediatamente sus trabajos, para la estraccion del metal apetecido; pero las provisiones escaseaban en el campo por la difícil comunicacion con el puerto, y así, contento con lo aprendido, y seguro de la posesion hizo levantar en conveniente lugar una fortaleza de madera que dejó guarnecida con cincuenta y seis hombres á cargo de un Pedro Margarite, y en seguida torció el camino en contrario para dirigirse con su ejército á la Isabela, donde entró el dia 27 de marzo despues de diez y siete dias que de la improvisada ciudad se habia ausentado.

El viaje al interior del pais que hicieran Ojeda y Gorbalan habia despojado á los indios del tránsito de los temores naturales á aquellas gentes, y el practicado en seguida por el Almirante acrecentó la mútua confianza, y confirmó el inmenso poder de los españoles, por el aspecto singular que la espedicion ostentaba. En particular cautivaron con los ánimos la atencion de los indios el uso de nuestros caballos, que con el ginete juzgaban al principio un solo viviente, y la armonía de trompetas, clarines y demás instrumentos bélicos tambien influyó grandemente para infundir hácia los españoles ciertas ideas de religiosa veneracion que no eran agenas, como se hubo de suponer, á los indígenas de aquellas islas. Pero si la sencillez y bello carácter de los naturales hubieran alejado para siempre la desconfianza en el trato sucesivo con sus admirados huéspedes, no pudieran esperarse los mismos resultados, teniendo en cuenta la existencia y poderío de Caonabó, cuyos celos ahora aumentados con el mayor número y mejor condicion de sus ribales, debian producir alarmas y disgustos. Por esto, apenas el grueso de las tropas llegó á la Isabela con el Almirante, recibió este formal aviso

del fuerte de *Santo Tomás*, que asi se llamaba el recien construido cerca de los criaderos del oro, por el que Pedro Margarite manifestaba las hostilidades que comenzaban á advertirse contra el fuerte por los indios de la comarca; aviso que si no pudo alarmar considerablemente la razon por lo que valían los recursos bélicos de los españoles, se sintió no obstante por ser el preludio de sangrientas sucesivas escenas. Contentóse el Almirante con enviar algun refuerzo á la fortaleza, y en seguida torció sus atenciones á mayores cuidados con que la naturaleza comenzaba á agobiarle.

Era ya entrado el mes de abril y el sofocante calor de los trópicos comenzaba á desarrollarse con todo el destructor influjo que suele ejercer sobre los europeos: desconocidas enfermedades agravaron el aspecto lastimoso de la colonia, y algunas defunciones inesperadas acabaron por sembrar la consternacion donde algunos meses antes no se pensaba menos que en todos los regalos de la existencia. Grande fué la eficacia con que los médicos se apresuraron á neutralizar los efectos destructores de la epidemia; pero era mas grande el desarrollo de esta, y asi por evitar en lo posible el contajio, cuanto por no perder un tiempo precioso, en tanto que volvian de España los bastimentos allá enviados, se dispuso á reconocer la costa de Cuba que él suponia ser la isla de Cipango, ya que no insistiese constante en la famosa idea de haber hallado los límites mas orientales de nuestro antiguo continente.

Armadas para el caso las tres carabelas, con los necesarios aprestos y oportuna tripulacion, se entretuvo en seguida el Almirante en disponer el mejor régimen de la colonia mientras durase su ausencia; y tanto porque no holgaran con los cuerpos los ánimos, cuanto por seguir el propósito de apartar de la Isabela el mayor número por causa de los males que alli crecian, ordenó que todos los hombres de guerra se distribuyesen en bandas militares para cruzar por el interior de la isla, asi con objeto de reconocer detenidamente las proporciones locales, como para mantener constante entre los indios la idea del poder inmenso con que los españoles podrian desconcertar todas sus hostiles tendencias.

Arregladas y distribuidas las facciones conforme á las necesidades de la empresa, halláronse todavia en disposicion de asistir al reconocimiento de la provincia de Cibao hasta doscientos y cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuceros, diez y seis hombres de armas y veinte oficiales, cuyo ejército habia de conducir Ojeda á la fortaleza de Santo Tomás para entregarlo á Mosen Pedro Margarite, que nombró el Almirante para gefe superior de la espedicion, con tales instrucciones de política y buen gobierno, como pluma de la mas culta civilizacion no pudiera mejor escribirlas (1). Los sucesos posteriores no acreditaron ventajosa-

(1) En la *Coleccion diplomática* de Navarrete están incluidas dichas instrucciones á la página 110 del tomo II, con una muy notable equivocacion en el índice ó estracto que sirve de epígrafe al documento, puesto que dice *Instruccion..... para reconocer las provincias de la isla de Cuba*, y con solo advertir que entre otras cosas le mandaba el Almirante á Margarite darse buena traza para prender á Caonabó y poner á devocion de los españoles los indios de su distrito, se viene en fácil y cierto conocimiento de que no era *la isla de Cuba* aquella cuyas provincias habia de reconocer Margarite, y si positivamente la *isla Española*.

mente el cumplimiento de dichas instrucciones; pero bien será decir, en honor de la verdad, que á los primeros procederes y constantes hostilidades de los indios se debió sin duda alguna aquella série de disturbios, desórdenes y guerras con que mas adelante se ensangrentó el suelo feraz de la isla Española.

Al fin, el dia 24 de abril se dió á la mar la nueva flotilla de descubrimientos conducida por las ráfagas del Este en buen rumbo hácia el Occidente. Al pasar por el puerto de la Navidad quiso el Almirante detenerse para reconciliar la amistad de Guacanagarí por lo que pudiera ser útil á la colonia que en la isla quedaba; pero el receloso cacique evitó la vista de Colon, y este caudillo, con una ilusion menos de las que alimentaba, continuó su navegacion, á veces interrumpida por contrarios vientos, hasta el puerto de San Nicolas ó cabo occidental de la Española, desde el que descubrió la opuesta estremidad de la isla de Cuba. Atravesado el canal que separa ambas islas, tocaron los buques en Punta Maysi, que conocian entonces los españoles por Alfa y Omega, y siguiendo el propio rumbo de Occidente, bien que costeando el Sur de la isla, anclaron el dia 1.° de mayo en un espacioso puerto, que por serlo tanto se llamó entonces *Puerto Grande* y hoy se conoce por *Guantanamo*, á unas veinte leguas de la susodicha punta. Detuviéronse en tierra con el Almirante algunos individuos de la flota comunicando con varios isleños, que si al principio recelaron del trato de aquellas gentes tan superiores, á pocos momentos no habia obsequio que no hicieran, ni cariño que no inventasen para satisfacer á sus huéspedes. Refrescáronse alli los ánimos con preparados alimentos á la ventura aparecidos, y dándose al mar los tres buques alcanzaron al siguiente dia otro puerto no muy diferente del anterior en sus condiciones locales, y muy superior en concurrencia de habitantes, puesto que toda la costa estaba sembrada de chozas indianas que aseguraban á la investigacion la seguridad de alcanzar cuantas noticias pretendiese. Tomaron tierra, pues, los españoles en dicho puerto, que suponemos sea el que hoy se llama *Santiago de Cuba*, y como al preguntar por los criaderos del oro que algunos indios llevaban se les indicase que al Sur habia una isla abundante y rica, Colon se acordó de la nunca hallada Babeque, y comparando á la vez las noticias que recibia con la posibilidad de encontrar al fin la famosa Cipango, se apresuró á continuar la navegacion hasta mas allá del *puerto Tarquino*, virando en seguida las proas exactamente al Sur, con lo que tardó poco en avistar *la Jamayca*.

Dos dias con sus noches respectivas tardó la flota en tocar en la nueva isla, cuyos naturales en vez de ocultarse temerosos ó brindarse diligentes, acudieron marciales en multitud de canoas, blandiendo y arrojando sendas lanzas contra las carabelas, sus rostros y cuerpos pintados de negro, y en las cabezas grandes penachos de brillantes plumas. A semejante osadía faltó poco para que los españoles contestaran con la elocuencia de sus armas; pero todavia por lo que convenia encomendar al pacífico trato las consecuencias de la conquista, se encargó el intérprete indio de Haiti de moderar los ímpetus de aquellas gentes, y nuestros buques anclaron pacíficos en la bahía que entonces se llamó de *Santa Gloria*, y



hoy es de *Santa Ana.* La nave del Almirante hacia agua en abundancia, y para calafatearla no era el puerto elegido bastante cómodo, por lo que, en busca de otro superior, se hicieron á la vela todos tres buques con las proas á Occidente, tardando poco tiempo en descubrir el que necesitaban; pero otra vez aqui se presentaron los isleños en son de guerra, y siendo al fin necesario despejar la costa con alguna manifestacion de superiores recursos bélicos, dispararon los españoles algunas saetas que hirieron en la multitud despavorida, y al perseguir á esta en su retirada, se soltó por aquellos, con inhumano proceder, un furioso perro que acabó por desconcertar y destruir todas las ideas de propia defensa con que hasta alli habian alimentado su espíritu marcial los pobres isleños de la Jamayca.

Facilitado asi el desembarco y reparo de la nave, Colon tomó formal posesion de la isla, se enteró de sus condiciones, bautizó con el nombre de *Puerto-Bueno* aquel en que halló fácil acomodo para su propósito, y dándose al mar otra vez ya refrescadas sus provisiones en lo que la isla permitiera, siguió costeándola hasta su occidental estremo, desde el cual viró al Septentrion con firme propósito de seguir sin mas interrupciones toda la costa de la isla de Cuba, para convencerse de si era ó no tierra firme la que tan inmensas dimensiones ostentaba.

Vuelto á alcanzar los límites de dicha isla de Cuba enfrente del promontorio á que puso y hoy conserva el nombre de *Cabo de Cruz*, continuó el rumbo de su navegacion á Occidente, esperimentando al doblar aquel cabo tan recia tempestad, que á gran dicha pudo tener el que sus buques no se estrellaran en alguno

de los cayos y bancos que tan abundantes son en el golfo que sobre el N-E. forman allí las sinuosidades de la costa.

Calmada la tormenta, continuóse la navegacion con nuevos peligros, por la multitud de islas que á la vista se presentaron, tan ricas y variadas en vejetacion, como escasas de gente: al fin, el dia 22, despues de infinitas dificultades, aportaron en una que llamó el Almirante *Santa María*, sobre los 73°-13' de longitud Occidental, y 21°-2' latitud Norte, dando al conjunto de las otras el gracioso dictado de *Jardines de la Reina*.

Bien deseaba Colon continuar sus esploraciones con menos peligro apartándose de la costa sin perderla de vista; pero esto, sobre privarle de la exactitud con que gustaba hacer el reconocimiento, estaba en contraposicion de sus creencias, por la atenta credulidad con que habia leido las relaciones de Mendeville y Marco Polo, los cuales afirman la existencia de numerosas islas que sirven como de avanzada á las costas mas orientales del Asia. En tal concepto, y por lo que se consideraba cercano á las ricas posesiones del Gran Khan, puso de nuevo las velas al viento, siempre apegado á la costa y atravesando entre sensaciones mil de variado contraste el ancho golfo de *Xagua*; pero donde los cuidados hubieron de sustituir á los meros afectos de la curiosidad, fué en aquella parte de la costa en que la mar se emblanquece por el movimiento de las partículas calizas que en su fondo se contienen, como que llenos de supersticioso temor los mas osados de la flota propusieron el total abandono de la esploracion por peligrosa é inconveniente.

Ni la calidad de aquel mar misterioso para todos, ni las contínuas dificultades con que luchaban los buques al cruzar por entre la multitud de islas y bajos en que á veces encallaban, teniendo que sacarlos por la fuerza de los cables, fueron partes bastantes para que Colon dejara su propósito de reconocer aquella costa: antes bien, sobre la altura de la gran bahía de *Batavanó*, hizo poner hácia el N. las proas, bautizando con el nombre de *Serafin* la que hoy se llama punta de *Matahambre*, y ansioso de averiguar á qué tierras pertenecian las grandes montañas que en el interior se percibian, mandó desembarcar esploradores que llenos de supersticion y temor volvieron á dar cuenta del estado salvaje del terreno. Con todo, en mas cómodo sitio hubo de adquirir noticias el Almirante que en su imaginacion se volvieron gratas al objeto del viaje, y aunque por ellas hubiera pretendido continuar la empresa con el mismo teson que la habia comenzado, todavia sus gentes insistieron en la idea de volverse á la isla Española, siquiera no fuese mas que por el mal estado de sus buques, que efectivamente se habia hecho harto peligroso; y el Almirante, mas que nadie interesado en la conservacion de los vasos y en el aprovechamiento de las noticias adquiridas, no tuvo reparo en complacer á sus gentes para mejorar á la vez las condiciones de su obstinado propósito. Con todo, para que lo averiguado hasta allí no padeciese menoscabo en lenguas ociosas, y se diera crédito al hallazgo que él suponia de la tierra firme, interrogó indistintamente sobre esta

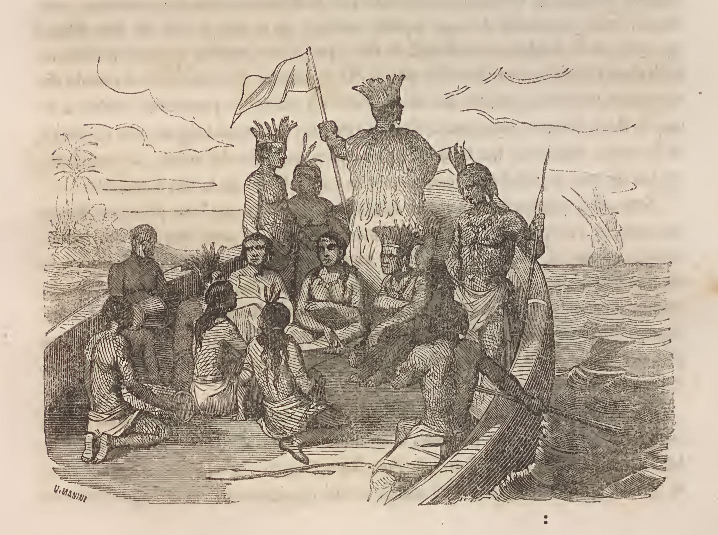
opinion á cuantos individuos tripulaban la flota, los cuales de todo corazon afirmaron bajo testimonio de público escribano, que con efecto la reconocida era la costa de un continente, respecto á que no de otra manera se podia juzgar por la distancia de trescientas treinta y cinco leguas que arrojaban de sí los diarios y observaciones de aquel viaje: siendo de notar que en semejante exagerado cálculo no era de los muy inteligentes tan solo el Almirante quien el error difundia, pues en las tres carabelas iban á la sazon diestros pilotos y *maestros de hacer cartas*, entre ellos el célebre Juan de la Cosa, que del viaje tercero de Colon nos dejó un derrotero harto apreciable. Sin duda contribuyó á la general equivocacion, tanto como los recelos que siempre infunde un viaje desconocido, la condicion de la costa que vira desde la bahía de Batavano hácia el S-S-O., con lo cual todos hubieron de persuadirse que iba entrando la parte oriental del viejo continente en sus condiciones naturales; y no llegaron á suponer que muy pocos dias de navegacion hubieran bastado para dar á la cuestion de descubrimientos un giro muy distinto, y á Colon mejores luces de las que hasta la tumba le ofuscaron; pues vivió y murió en la inteligencia de que formaba parte de un vasto continente la que en realidad no era otra cosa que una dilatada isla.

Por fin, el dia 13 de junio de 1494, abandonó la flota definitivamente el reconocimiento de la isla por lo que de costa faltaba, y virando al S-E. no tardó en descubrir otra de harta mas consideracion que la multitud de aquellas que tanto habian embarazado el viaje. El Almirante, siempre avaro de novedades, y por lo que de agua y leña necesitaba proveerse, ancló en ella dándola por nombre *Evangelista*, convertido mas tarde en *isla de Pinos*; y aunque despues procuró rodearla para hallar mas fácil travesía á la Española, hubo de equivocar el paso del S. internándose en el seno de *Siguanca*, y por lo tanto volvió á torcer el rumbo al N. para virar al E. tan pronto como se vió en franquía de la Evangelista.

Al pasar otra vez por aquel trecho de mar blanca que tanto habia afectado á las tripulaciones, se llenó de ella una vasija con objeto de enviarla á los monarcas españoles; y siguiendo por los mismos rumbos y con muy semejantes inconvenientes á los que en la primera travesía se habian esperimentado, tomaron al fin puerto las tres carabelas, para reposo de sus tripulaciones, el dia 7 de julio, sobre la costa deliciosa de Ornofay, á los 71° de longitud al Occidente, no muy lejos de donde el rio Buey deposita en el mar sus abundantes aguas. Pacífica y numerosa fué la concurrencia de indios que alli suministró á los españoles todo género de refrescos y provisiones de cuanto el pais ofrecia, y grande tambien el agradecimiento por ellos manifestado, con lo cual, cimentado el trato, se hizo fraternalmente amoroso, y puede asegurarse que fueron los dias mas felices de la espedicion aquellos que se destinaron en dicho puerto á tan halagüeño descanso.

Cambiados los afectos con marcada ventaja de los españoles, por lo que los indios sintieron su despedida, salió de nuevo al mar la flota el dia 16 de julio, y al bajar con las proas al S. para montar el que hoy se llama Cabo de Cruz, fué

tan recio el temporal que la asaltó, que en poco estuvo la pérdida de aquellos trabajados bajeles: afortunadamente el 18 pudieron tomar tierra ya montado el cabo, y dos dias despues volvieron á darse á la mar con rumbo á la Jamáica. Asi que alcanzaron esta isla, montaron su cabo occidental para costearla por el Mediodia, y en el trabajoso reconocimiento que de su costa hicieron por los vientos contrarios, lejos de presentarse como la pasada vez, con bélico aparato sus naturales, siempre dieron á las carabelas numerosa escolta de canoas, para regalo de los españoles, provistas de cuanto mas bello y sabroso producia la isla en metales, piedras y frutos. Para aumentar las varias sensaciones, aconteció esta vez la venida de un poderoso cacique á la carabela del Almirante, rodeado de honorífica comitiva lucidamente ataviada, y acompañado de sus mas caras afecciones, como que venian con él su mujer, cinco hermanos, dos hijos y dos hijas, en una canoa de muy grandes dimensiones, pintada y entallada con muy esquisito gusto. En la proa se ostentaba un indio vestido con una especie de manto hecho de vistosas plumas, un penacho semejante en la cabeza, y una especie de banderola blanca en la diestra mano, señal de la paz que á la flota le conducia: otros dos indios, con semejante atavío y las caras pintadas de colores, tocaban en la canoa dos tamboriles, y aun supone el cura de los Palacios, que otros dos llevaban trompetas de madera negra muy bien entalladas: algunos sirvientes ó deudos del cacique tripulaban tambien la canoa con sus penachos respectivos: las hijas del cacique no llevaban otros adornos ni mas trage que un cinturon de piedras pequeñas á manera de esmeraldas, del que pendia una bayeta parecida á una hoja



de yedra, que semejaba al cendal de la madre comun cuando por primera vez asomó á su rostro la vergüenza en el Paraiso; pero en cambio el cacique brillaba con una banda de piedras ceñida por la frente, atada ó sujeta por medio de una faja de oro: pendientes de las orejas caian unas láminas del propio metal: un collar de piedras blancas pesaba sobre el pecho, con otro adorno de oro en el centro á manera de flor de lis, y por complemento de su régia ostentacion, tambien llevaba de diversas piedras un cinturon correspondiente: la mujer del cacique vestia muy parecidos adornos, mas un delantal de algodon y algunas bandas de lo mismo en los brazos y en las piernas.

El aspecto de aquella comitiva, la mas brillante y ataviada que hasta allí habian los españoles contemplado, llenó á estos de curiosidad y especial contento; y respecto al objeto que la guiaba, que era un deseo vehemente de venir á las regiones de sus huéspedes, no lo tuvo por conveniente el Almirante, suponiendo que tan poderoso señor podria servirle grandemente en sus futuras esploraciones. Asi fué que las canoas se volvieron á la bahía de donde salieran, y la flota continuó su viaje siempre en el mismo rumbo, hasta doblar la *punta Morante* ó estremidad oriental de la Jamáica el dia 19 de agosto del propio año que hemos indicado. El 20 se avistó la punta occidental de la península española que comienza por aquella parte en *Cabo Tiburon* y va á terminar sus condiciones por el S. en el puerto de *Jacomel*, y por el N. en *Puerto Príncipe*; y aunque ni el Almirante ni otro alguno de los nautas suponian que aquello perteneciese á la isla colonizada, continuóse la navegacion por toda la costa del S., hasta que por algunos amagos de temporal se apartaron de la Niña las otras dos carabelas, con lo cual hubo necesidad de que aquella anclase en la isla ó roca de *Alto Velo*, que está en la longitud occidental de 65°, por si era fácil la reunion de dichos estraviados bastimentos. Sucedió esto el 30 de agosto, y como fuese el cálculo de la reunion tan bien ajustado que bien pronto las carabelas parecieron, volvió á la mar la flota siempre navegando hácia el Oriente, y tocando alguna vez en tierra de la costa, donde les fué fácil aprender, para descanso del ánimo, la suspirada verdad de que se hallaban reconociendo la parte del S. de la isla Española.

Siniestras señales de furiosa tormenta anunciaron la que bien pronto se desató con toda la violencia que en aquellos mares acontece; pero esta vez dió lugar, aunque escaso, á la precaucion, y el Almirante pudo abrigar su carabela en la isla que llamó *Saona*, no ya lejos del cabo del Engaño; bien que con el sentimiento de que las otras dos hubieran quedado por falta de tiempo espuestas á los rigores de la tempestad, de que se salvaron como por milagro, reuniéndose ocho dias despues cuando el Almirante, por haberse mejorado el tiempo, se echó fuera del canal de Saona.

El dia 24 de setiembre, despues de tan larga navegacion, tan cansadas esploraciones y tan peligrosos sucesos, montaron las tres carabelas reunidas el cabo del Engaño, á que Colon llamó de *San Rafael* segun era su piadosa costumbre. Ni el estado de sus bajeles, ni el ánimo de sus tripulaciones, ni la importancia de

la empresa, podian alimentar otros deseos en vulgares pensamientos que de descansar no fuesen; pero aquel génio inmenso de la investigacion, con su espíritu inflamado y avaro de nuevas y mayores sensaciones, todavía no se contemplaba bastante satisfecho de cuanto en su última navegacion habia aprendido, sino que ya engolfado en un mar conocido, se propuso visitar otra vez, para reconocerlas detenidamente, las islas de los caribes. Puso al efecto las proas al E., y no tardó en aportar en la Mona, que antes habia dejado á sotavento; pero asi que dió á la vela sus bajeles hubo de dar á la naturaleza su espíritu tan rendido, que ya no le fué posible la voz ni siquiera para comunicar sus órdenes. Verdad es que otra cosa hubiera sido sobrenatural, puesto que á las fatigas comunes del viaje, se hubieron de añadir, contra su salud habitual, los cálculos de la imaginacion, la impaciencia del espíritu, siempre agitado y pendiente de nuevas sensaciones, la vigilancia perpétua del capitan en que la salud de sus gentes consiste, y sobre todo, la idea maravillosa de cumplir con el mundo la realizacion del proyecto que tan inmensa fama habia adquirido.

En estado tan lastimoso, los capitanes y pilotos de las tres carabelas acordaron lo mas conveniente, que era volverse al puerto de Isabela, en el cual anclaron el dia 4 de octubre, y la colonia española que tanto ansiaba, por contrarios sucesos, la vuelta del grande hombre á cuya voz todas las dificultades cedian, recibió en su seno poco menos que un cadáver, pues no de otra suerte pudiera considerarse á Colon, cuando falto de todo conocimiento y en una insensibilidad absoluta fué depositado en los brazos de su hermano D. Bartolomé, que tras de una larguísima ausencia tenia al cabo la dicha de verlo y asistirlo en sú mas peligrosa dolencia.

CAPITULO XIX.

Estado lastimoso de la isla Española al regreso del Almirante.—Enfermedades y defunciones.—Mal gobierno de Margarite en las fuerzas militares que se pusieron á sus órdenes, y falta de cumplimiento á las que le habia dado Colon antes de su viaje.—Motin de varios españoles y su regreso á España.—Sublevacion de los indios de la isla, y lealtad de Guacanagarí para con los españoles.—Ataques al fuerte de Santo Tomás, y brillantes acciones de Ojeda.—Prision de Caonabó por industria de este capitan y mandado de D. Bartolomé Colon, en quien el Almirante declina su autoridad por causa de sus padeceres.—Llega á la isla Antonio de Torres con provisiones de España.—Vuelta de sus buques á la península, y regresa en ellos D. Diego Colon para intervenir por su hermano en la cuestion de límites.—Restablecida la salud del Almirante vuelve á hacerse cargo de los negocios, y aliado con Guacanagarí se pone en campaña con todas sus fuerzas.--Sangrienta batalla de la Vega Real, é imposicion del tributo á todos los indios.--Nuevos cuidados pesan sobre Colon por algunos de sus derechos que se quebrantan en la córte.- Residencia de su gobierno por Juan de Aguado.--Preparativos para el regreso de Colon á la península.--Temporal y naufragio de cuatro buques antes de hacerse á la vela.--Manda el Almirante que se fabrique una carabela, y entre tanto se descubren las ricas minas de *Haina*.--Esplótanse estas y con abundantes muestras de su riqueza.--Sale Colon para España en la nueva carabela, con otra que el temporal habia perdonado.--Nuevo reconocimiento de las islas de los caribes.--Porfian los vientos constantes contra el rumbo de los buques: motivan una larga y penosa navegacion en la que muere el cacique Caonabó, y arriba por fin la espedicion al puerto de Cádiz.

Cuando tras de muy solícitos cuidados volvió al uso de sus sentidos el Almirante, esperimentó de nuevo contrarias sensaciones muy capaces de dar otra vez en tierra con el ánimo mas levantado. Pero estas ¡cuán distintas eran de las que hasta allí habian ocupado su pensamiento! Saliéndose de la esfera de la investigacion á que tanto se habia dado, las de la vuelta de su letargo giraban únicamente en el círculo de las afecciones personales, y allí hubo de gozar Colon la inesperada presencia de su querido hermano D. Bartolomé, á quien por contrarios sucesos no habia visto desde que le despidiera con sus primitivas proposiciones á la córte de Inglaterra. Habia llegado á la isla Española en cierta flota de

carabelas, en que por órden de los Reyes Católicos se enviaban á la colonia armas, provisiones y mantenimientos, en tanto que el Almirante reconocia con peligros y trabajos las partes de Occidente que hemos nombrado. Pero á la vez sucedieron trastornos que, por afectar al gobierno interior y seguridad en la posesion de los paises descubiertos, difícilmente pudieran compensarse con la buena dicha de volver á la razon entre los brazos de un hermano cuya existencia era ignorada; de suerte que venciendo al placer la amargura, acabó por enterarse de la série de males que en la isla habian sucedido, sin que otro poder que el suyo hubiera bastado á contrariarlos.

En primer lugar, las enfermedades naturales que por la influencia del clima se generalizaron en la isla, tanto mas peligrosas cuanto con mayor fuerza por la estacion se aumentaba la violencia del sol sobre aquellas regiones, apresuraron con el decaimiento de muy poderosos ánimos, la muerte de muchas y notables personas cuya robusta constitucion no era bastante, sin embargo, contra los efectos de los astros; y semejante contrariedad, cotidianamente repetida, hubo de afectar á la muchedumbre, sembrando hasta cierto punto terroríficas ideas que con el tiempo dieron abundante cosecha de misteriosas tradiciones y pavorosas consejas.

Gran parte fueron sin duda las repetidas defunciones, para que á la vez los osados y descontentos, que nunca faltan á cierto tiempo en toda humana empresa, se animaran con la esperanza de la impunidad fundada en lo que acontecia, para llevar á cabo su propósito de volverse á Europa, de donde nunca debieran haber salido, ya que á sus malos procederes fueron debidos en gran manera los trabajos y contratiempos padecidos en la isla Española en tanto que duró la ausencia del Almirante.

De recordarse ha que al entregar á Mosen Pedro Margarite toda la fuerza útil para reconocer el distrito de Cibao, se le dieron tales instrucciones como mejores ni mas humanas pudieran inventarse, en armonía con el estado singular de aquellas tierras; y tambien será bien advertir que era tanta la distincion y confianza con que á este caudillo consideraba el Almirante, que no solo le dió una prueba superior con el mando de las fuerzas y las facultades ilimitadas en el uso de su categoría, sino que en el memorial antes enviado por conducto de Antonio de Torres á los Reyes Católicos, suplicaba que al dicho Mosen Pedro, por lo bien que habia servido y serviria en adelante, le proveyesen de alguna encomienda en la órden de Santiago, de la que tenia el hábito, y por esta recomendacion SS. AA. le mandaron asentar en los libros del sueldo, sobre el que gozaba, una renta de 30,000 maravedís cada año. Pues bien: colocado que se hubo á la cabeza de las fuerzas el mencionado Margarite, dejando encomendada la fortaleza de Santo Tomás al bravo Alonso de Ojeda, en lugar de dirigirse á las montañas de Cibao y al corazon del distrito de Caonabó, segun le estaba prevenido, se entretuvo en la hermosa y dilatada campiña que riega el *Yaqui* ó *Rio del Oro*, aquella á que en la primera incursion habian llamado *Vega Real* los españoles. En vano el consejo de gobierno que Colon dejara en la Isabela le

amonestó repetidas veces para que continuara el objeto primordial de su viaje; que el deleite y el regalo apocaron los ánimos, y con los goces se acrecentó la licencia, tras la licencia hubo desmanes, y en pos de estos no tardó en asomar el desconcierto rompiendo los lazos de la disciplina, con lo cual soldados y capitanes igualaron los procederes, desacreditando la empresa, y provocando contra sus desmanes la escondida venganza de los indios.

Con efecto: acechaba Caonabó el momento oportuno de reproducir las escenas sangrientas que en los términos de la Navidad habia ensayado; y cuando vió retoñar el propio mal que habia perdido á los primeros descubridores, no se descuidó en proponer una alianza á todos los caciques de la isla para acometer y destruir á los descuidados estranjeros. Todos entraron de buena gana en la liga, menos Guacanagarí que en ocasiones dió favor á nuestros soldados, y por este medio, y á favor de la dispersion natural de aquel ejército dado á los placeres, perecieron simultáneamente destacamentos enteros al furor de los indios, y al cabo las fuerzas sobrantes tuvieron que replegarse á la Isabela, sin haber dado un solo paso de cuantos el Almirante habia encargado.

Nada hay que menos pueda resistir el criminal que la presencia del juez ofendido, y en conciencia poco estraño parece que Margarite quisiera evitar á todo trance la del Almirante, cuya vuelta á la colonia podia suceder de un momento á otro. Asi fué, que tras del primer crímen no vaciló en proyectar el segundo, pues nada es mas fácil de andar que el ya trillado camino, y poniéndose de acuerdo con ambiciosos desengañados y con ánimos turbulentos, convino el plan de tomar algunos buques de los recien llegados de España, y en ellos volverse para desacreditar, justificando su porte, todas las condiciones y esperanzas del descubrimiento; pero como esto no podia suceder sin malquistar en el ánimo real las cualidades del Almirante, se añadió á la traicion la ingratitud, y el propio Margarite se encargó de hablar mal en la córte de la misma persona que tan buenos oficios por sus adelantos habia hecho; y como hasta el P. Buil se adhirió á los conjurados embarcándose con ellos, fácil es comprender cuán acreditada iba la insurreccion para presentarse ante los Reyes Católicos.

Entre tanto, y para que cuidados no faltasen de cuantos eran posibles en aquellas regiones, los caciques multiplicaban sus agresiones y la fortaleza de Santo Tomás habia sufrido mas de un ataque, pudiéndose decir que su bloqueo era constante; bien que por las brillantes dotes de Ojeda se volvieran los efectos del asedio en contra de los agresores. Con todo, el desconcierto era general, la policía se habia corrompido, las fuerzas eran débiles, el espíritu estaba flaco por los perniciosos ejemplos de autorizadas personas, y sobre todo, la superioridad moral, á que los españoles debian aspirar sobre los indios, apenas existia cuando estos osaban acometerlos, no calculando su valor mas que en razon del número. Véase, pues, si la atencion que tantos males requerian para reformarse, podia ser conveniente estímulo para una pronta y radical convalecencia, por mas que afecciones placenteras apartaran la consideracion del mal y concurrieran activas á tener mano de los acontecimientos.

En semejante caso fué necesario que el Almirante declinase en su hermano D. Bartolomé toda la autoridad que de los Reyes habia recibido, como harto mas á propósito para sustituirle que el otro D. Diego, por lo que en inteligencia, valor y resolucion le aventajaba. Los autores que de este personaje se ocupan, píntanlo de muy felices disposiciones, casi mejores, salvo la prudencia, que las que en el estado violento de la isla pudiera desarrollar el Almirante; dicen que era su presencia respetuosa por la gravedad del semblante y por la elevacion del cuerpo: sus modales resueltos, sus órdenes irrevocables, su espíritu mucho y su teson invencible: la penetracion esquisita y poco el disimulo: grande en los propósitos y oportuno en los cálculos: tambien suponen que él por sí solo jamás hubiera concebido el proyecto de su hermano D. Cristóbal; pero á la vez afirman que realizado, hubiera sacado de él mas brillante partido.

Ya en posesion del mando D. Bartolomé con título de *Adelantado* ó gobernador político y militar de las islas, se dirigieron sus primeros cuidados al restablecimiento de la disciplina, empresa harto fácil despues que los mas revoltosos se habian ausentado; y luego, torciendo la atencion á los mas árduos inconvenientes, quiso restablecer el prestigio de los españoles respecto á los indios, para dar á la posesion y colonizacion de la isla todo el carácter de seguridad que semejantes empresas necesitan. Concurrió con su pensamiento la inesperada visita que al Almirante llegó á hacer el cacique Guacanagarí tan pronto como supo su regreso de la isla de Cuba, el cual con lágrimas abundantes manifestó el sentimiento que le causaba el estado miserable de la colonia, los padecimientos del Almirante, y sobre todo los ataques de sus compatriotas, ofreciendo su persona y súbditos para arriesgarlas en los mayores peligros en defensa de los españoles. Con semejantes protestas, aceptadas inmediatamente como buenas por el Adelantado, quedaron desvanecidas para siempre las anteriores sospechas respecto á los primeros asesinatos de la isla, y se dió el primer paso á la restitucion de la buena armonía que tan precisa era entre colonos y naturales. En seguida se enviaron refuerzos á Ojeda, con que le fué fácil ahuyentar las bandas de salvajes armados que le guerreaban, matando algunos y aprisionando á muchos, y luego por evitar la violencia de los procederes militares, se propusieron embajadas á los mas poderosos caciques, con que se aseguró su amistad, erigiendo fortalezas en sus propios territorios, y se dió conveniente descanso á las atenciones de la guerra. Quedaba, no obstante, en pié la indeclinable enemiga de Caonabó, el mas poderoso y obstinado de los caudillos contrarios, que manchado con el delito de las primeras agresiones, miraba su tranquilidad cimentada únicamente en la completa estincion de la nueva raza que se habia introducido en la isla; y aunque por la buena industria de Ojeda pronto fué presentado en triunfo á los pies del Almirante, bien que no vencido en marcial encuentro, todavia de sus parientes y adictos quedaron armados los suficientes para que los combates se repitieran y los cuidados no cesaran.

Era ya llegado con el tiempo el restablecimiento del Almirante, que al fin

habian trascurrido algunos meses desde su arribo á la Isabela, hasta que las cosas se hallaban en el estado referido. Concurriera para mejorar en cierto modo el espíritu de la colonia la vuelta de Antonio de Torres, aquel por quien el Almirante habia enviado cuenta de su segundo viaje á los Reyes Católicos, el cual habia llegado de nuevo á la Isabela con cuatro carabelas llenas de provisiones y animales domésticos, armas, municiones y algunos artículos de comodidad personal de los que se habian olvidado en un principio por la brillantez de la empresa. Acompañábanle molineros, labradores, diestros pescadores y otros oficiales mecánicos de utilidad reconocida, mas un boticario con muy considerable porcion de medicinas, un facultativo de grande habilidad y un esplorador de minas harto mas autorizado en su profesion que el que hasta entonces alli habia residido. Trajo dicho capitan para el Almirante muy satisfactorias letras de los monarcas, como que aun á su salida de España no habian dado tiempo para otra cosa las rivalidades y procederes subsiguientes, y entre otros encargos le pedian con su asistencia el consejo para intervenir en la cuestion de límites, respecto á la línea divisoria que á la sazon habia de tirarse entre españoles y portugueses, como que le suponian y era efectivamente el mas diestro piloto de su tiempo.

Bien hubiera cumplido á Colon satisfacer la voluntad indicada por los monarcas españoles regresando al continente, siquiera para desvanecer con su presencia los malvados informes de aquellos díscolos que sucesivamente se habian alzado en la Española contra todos los vínculos del respeto; pero su salud aun quebrantada cuando el arribo de Antonio de Torres, y el desconcierto de la isla, hubieron de aconsejar alli su permanencia y la de su hermano el Adelantado, bien que apresurando el regreso de los buques con la relacion del costeo de Cuba ó supuesta tierra firme; y con todos los productos que pudo amontonar de los codiciados en España, mas quinientos indios hechos prisioneros en los marciales encuentros, despachó á D. Diego Colon á la córte con el encargo de hacer sus veces en la cuestion de límites, y de justificarle contra la poderosa enemiga que tanto daño habia de hacerle con el tiempo.

Cubierta ya aquella obligacion, impuesta absolutamente á los cuidados sucesivos, vióse recobrar la salud al Almirante á par que la necesidad la hacia urgente, por mas que la persona de D. Bartolomé hubiese alcanzado bastante prestigio en el gobierno de la isla: que al cabo en los estremados sucesos persona alguna que la mas interesada no sea puede apenas quedar airosa en el necesario y conveniente desenlace. Agitábanse, con efecto, los indios turbulentos, mal aconsejados por un hermano de Caonabó llamado Maricaotex, tambien de la raza de los caribes, y tan osado é inquieto que no tardó en atraer á su devocion un ejército muy numeroso para acometer á los españoles; como que todos los caciques antes dados á los tratos amistosos, y en cuya buena fé descansaba la colonia, se portaron entonces como rústicos salvajes, sin honra ni conciencia. Unicamente Guacanagarí permaneció fiel á sus amistosos afectos, y por él se supo en la Isabela cuán poderosa era la liga que se formaba contra los españoles, y cuán con-

veniente era oponer el remedio antes que el mal tomara mas enormes proporciones; se comprometió asimismo á levantar sus gentes para defensa de la colonia, conducta elogiada en demasía por unos, y motejada severamente por otros con notable trastorno de todos, que en sus incultas condiciones no pararon la mente para disponer los argumentos, y continuó asistiendo con todos los recursos de su poder en obsequio del Almirante.

Sin duda que harto impolítico hubiera sido el consejo que se decidiera á esperar la agresion en los propios límites, que la guerra siempre es conveniente llevarla á casa de quien la provoca; y como el Almirante no era lego en semejantes casos, dispuso sus fuerzas de modo que pudieran concurrir á una batalla decisiva, hallando, si el número limitado, porque no escedia de doscientos infantes y veinte caballos, el ánimo bastante para obtener en la lucha la mas completa victoria.

El dia 27 de marzo de 1495, salió el pequeño ejército de la Isabela dirigiéndose á montar el puerto de los Hidalgos para descender á la Vega Real, donde se hallaban los enemigos ya preparados en abundantísimo número, y distribuidos en frágiles por mas que concurridas divisiones. En tal caso, y por lo que convenia no dejarse acometer súbitamente por la espalda cuando la pelea se hubiese empeñado, el Almirante, por consejo de D. Bartolomé, dividió tambien su infantería en cinco porciones, conservando entero el peloton de caballería bajo la conducta de Alonso de Ojeda, y asi verificado el plan de batalla tal como mejor convenia á las condiciones características de aquella guerra tan especial, dió la señal de acometida, la cual se comenzó por una descarga general de espingarderos, que bastó para consternar definitivamente á todo el campo enemigo.

Desde que los españoles habian puesto la planta en aquellas regiones, escasamente habian tenido ocasion de hacer uso de sus armas de fuego; cuando mas algun mosquete disparado á la ventura y sin objeto de guerra, pudiera haber dado á los indios muy escasas nociones de su verdadera potencia. En tal caso fácil es comprender el efecto pavoroso que causaria el ruido de la tempestad lanzada sobre un ejército de incultos y desnudos guerreros, que no conocian mas armas que los palos y las varas endurecidas al fuego, y sin otros rudimentos del arte militar que su pacífico natural instinto. Las heridas causadas por las balas que en la descarga se aprovecharon, que fueron casi todas por la numerosa concurrencia de indios, el brillo deslumbrador de las aceradas armaduras cegando la vista de aquellos, el aspecto de los caballos y caballeros, que suponian ser cada bulto un solo cuerpo, moviéndose rápidamente por todo el campo de batalla, y distribuyendo mortales lanzadas con toda la pujanza que basta para derribar de cada golpe un enemigo; el ruido atronador de tambores y trompetas, y sobre todo la furiosa acometida de veinte perros de presa que los españoles soltaron azuzándolos contra los pobres indígenas, fueron causas sobradas para que al primer choque de la batalla se declarase en derrota aquella miserable multitud huyendo por las florestas, mordiendo el polvo de la vega ó sucumbiendo en las cor-

rientes del rio, que á semejante aliado encomendaron su salvacion los que veian desatados en su contra los mas furiosos elementos.



Por lo que se creyó que convenia atajar la repeticion de semejantes agresiones por parte de los indios, se siguió á estos en su derrota algunos minutos, derribando al paso de nuestros ginetes cuanto alcanzaban las lanzas ó atropellaban los caballos; pero al cabo el furor se calmó con la victoria, los clamores de los fugitivos se oyeron, y la jornada se dió por concluida, viniendo á prestar obediencia á Colon todos los caciques, á quienes se impuso un tributo en frutos y metales que dió abundantes cuidados y no poca exasperacion á los indígenas de toda la isla, cuya indolencia habitual no podia ceñirse ni se ciñó en largo tiempo á las condiciones del trabajo.

Recorriendo andaba Colon con su ejército las diversas provincias de la isla Española para asegurar con la autoridad el dominio de nuestros monarcas, ya consolidando la naciente amistad de los subyugados caciques, ó bien levantando fortalezas en los mas convenientes lugares, cuando le asaltó una indigesta noticia que le puso en marcha para la ciudad de Isabela.

Los malos oficios de los Pisas, Margarites, Builes y otros, surtieron al cabo en la córte todo el mal efecto que siempre causan las quejas cuando son continuadas y mas por personas de carácter; y aunque en cierto modo los Reyes Católicos hubieron de suavizar con sus procederes los cargos que contra Colon se amontonaban, todavía dieron á ellos sobrado crédito para amenguar las prerogativas y consideraciones del súbdito que mas valia. Espidieron en primer lugar una cédula permitiendo el libre tráfico de descubrimientos á cuantos armadores quisieran

aventurar empresas de tal género por las regiones de las Indias del mar Océano, sin mas traba que la de un escaso tributo adjudicado á la corona, el quinto de cuanto se beneficiase: concesion que trastornaba la disciplina en gran manera, y agravaba con la libertad de los procederes, por las distintas condiciones de los aventureros, el mal trato que ya comenzaban á sufrir los indios en sus propias viviendas. Es verdad que por dicha concesion se apresuraban los descubrimientos, y se fijaban mas pronto, con harta ventaja del tráfico universal y de las ciencias naturales, las verdaderas condiciones geográficas del globo; pero no hay duda que la resolucion debió considerarse atentatoria á los derechos del Almirante, el cual por repetidas capitulaciones tenia obcion á la décima y octava parte de cuantos productos rindiesen aquellas tierras, que solamente por su industria se habian descubierto.

Dado ya el primer paso en el camino de las sinuosidades que ocultaban las verdaderas tendencias de los quejosos, no fué difícil á los monarcas concertar otro acuerdo harto mas significativo, á saber; la residencia mas escrupulosa en todos los actos habidos y por haber del Almirante, por lo respectivo á su administracion política y económica en la isla: pero en esto, lo que mas dificultades ofrecia era la eleccion de la persona que se habia de comisionar para tan delicado asunto; porque si con efecto los Reyes Católicos se plegaban á las siniestras inspiraciones de ambiciosos y amotinados, tambien es verdad que para no desairar á Colon quisieron nombrar, y al cabo nombraron, persona que no le fuese sospechosa, que tal se consideró á Juan Aguado, como recomendado que habia sido igualmente que Margarite á SS. AA. por el propio Almirante.

Llegado que hubo á la isla Española el levantado inquiridor de los procederes de Colon, rebajó los suyos con apocado espíritu, de esos que tanto mas mezquinos son cuanto sobre mas altos objetos pretenden ostentarse; y como si la comunicacion reservada de sus credenciales no fuera bastante para que se acatasen en su persona y comision las voluntades régias, se hizo anunciar á voz de pregonero en calles y plazas, como autorizado para proceder con las mas ámplias facultades. Tal fué la nueva que sorprendió á Colon en su paseo militar, y por ella volvió presuroso á la Isabela, tan sumiso á la inspeccion del altivo Aguado como el hombre mas delincuente no hubiera podido mostrarse. Grandeza de ánimo fué que rara vez consigue ostentar la prudencia, aunque esté ligada á las mas bellas seguridades de una clarísima conciencia.

Cuando recorremos esta página de la vida de Colon, no podemos menos de lamentar las, incorregibles por naturales, flaquezas de la condicion humana: que no otros sentimientos pudieran inspirar las mezquinas pasiones que alli se despertaron para mancillar el concepto del hombre puro cuya conducta se aclaraba. Algunos autores han juzgado con rigorosa severidad á los Reyes Católicos porque tal consentian, y por la frialdad con que alguna vez recibieron mas tarde al Almirante, y en verdad que gran caudal de justicia no abona sus argumentos, teniendo en cuenta que fueron muchas las declaraciones prestadas contra Colon en

las investigaciones hechas por Aguado, corroborándose entonces, como otras veces, la sensible realidad de que nadie levanta al caido si una vez fué poderoso. Tambien conviene destruir por su base la mala opinion que el suceso pueda inspirar respecto del Almirante, cuyos procederes ajustados con frecuencia á las leyes de la justicia, fueron sin duda las armas mejor templadas de que se valieron sus contrarios para combatir su administracion civil en la Española. Con efecto: en los diversos trabajos porque pasaron los descubridores mientras hubo que echar mano de las fuerzas corporales para formalizar el aspecto de la colonia, el Almirante jamás hizo distinciones perjudiciales á la rigurosa igualdad que aquella empresa especial requeria, y plebeyos é hijosdalgo trabajaron confundidos en la abertura de las vias comunicativas, lo mismo que en el levantamiento y construccion de la ciudad de Isabela. Tambien en las ocasiones que se verificaron de escasos mantenimientos, el Almirante, comenzando por sí mismo, observó una estricta igualdad en el reparto de las raciones, sin distincion de categorías, con lo cual aquellas personas de autoridad que en España estaban acostumbradas muy justamente, segun el estado y organizacion civil de la época, á obtener en la córte como en los ejércitos todo género de distinciones, se dieron por ofendidas, y en la ocasion se aprovecharon para esprimir todo el caudal de sus venenosos sentimientos, por cuanto es difícil que la razon se acostumbre sin repugnancia contra las leyes inveteradas de la costumbre.

Por fin: el Almirante, segun hemos dicho, se sometió con harta humildad al crisol en que debian purificarse sus procederes; y como su hermano D. Diego, que con Aguado habia vuelto á la isla, le informase á la vez del menoscabo que su popularidad comenzaba á padecer en la córte, dispuso su regreso á Castilla en los propios buques que habian de volver con su fiscal y su proceso. Prontas estaban las cosas del viaje por los últimos dias de aquel año para darse al mar los cuatro bastimentos que con Aguado habian fondeado en la Española, cargados de géneros y provisiones; pero el azote de los trópicos quiso mostrar á los europeos toda la fuerza de la voluntad superior que rige las cosas del mundo, y el mas violento huracan que españoles y naturales habian conocido, se desató sobre la isla. A su furor, que escasamente la imaginacion pudiera describir, ni siquiera agitada en los momentos de verificarse, sucumbieron cuatro de cinco carabelas que en el puerto habia, razon bastante para que el viaje se suspendiese hasta fabricar, con los despojos de las perdidas, una nueva carabela.

Difícilmente, en las circunstancias críticas del Almirante pudiera acontecer mas favorable suceso que la pérdida de aquellos buques en que se concertaba su regreso á Europa; puesto que girando la mayor parte de las acusaciones sustentadas en España contra la inconveniencia del descubrimiento, por la pobreza supuesta del territorio, eran muy escasas las pruebas que podia conducir, aun entonces, para destruir tan siniestras creencias. Pero quiso la justicia sobrehumana, que raras veces abandona la verdad, ostentarla con sus mas positivos colores para confusion de intrigas y vergüenza de ingratos, y mientras se fabricaba

la carabela necesaria para el proyectado regreso, llegaron á Isabela seguras nuevas de unas abundantísimas minas de oro (las de Haina), que en la costa meridional de la isla un soldado español habia descubierto. Hiciéronse sin perder tiempo las pruebas mas escrupulosas para convencerse de la verdad, se tomaron abundantes muestras, se calcularon sus productos, y cambiado ya el concepto desfavorable que el resentimiento, mas que la razon, habia sustentado, se hicieron á la mar los dos bastimentos el dia 10 de marzo de 1496, con el Almirante, el comisionado régio y todas las personas que por innecesarias ó gravosas no debian permanecer en la isla.

Antes de arribar á las costas de España quiso el Almirante reconocer con mayor detenimiento las islas de los caribes, que en su ida segunda á la Española apenas habia situado, y á través de algunos inconvenientes de escaso poder, volvieron sus gentes á tocar en Marigalante y Guadalupe, siendo gran parte para que tal sucediera, la consecuencia de los vientos fijos, no conocidos aun como tales por los navegantes de la época, y por lo tanto muy porfiados contrarios de la mas recta navegacion á las partes meridionales de Europa. Por ellos, y por la escasa esperiencia que el Almirante podia tener de circunstancia que hasta alli no habia observado, fué la navegacion larga y penosa, como que habiéndose dejado las Antillas por ambas carabelas el dia 20 de abril, no arribaron á Cádiz hasta el 11 de junio, bien que en el tránsito no hubiesen tropezado con las islas avanzadas de nuestro continente.

Muchos autores que de este viaje escribieron, afirman que en él se padecieron hartas fatigas y miserias, llegando la falta de víveres á inspirar á los españoles la horrible idea del canibalismo, poniendo la estraviada razon en la muerte de algunos indios que se conducian á España. Repugnante es la especie tanto como sensibles los angustiosos padeceres del hambre; pero de todos modos la mente se resiste á aceptarla como verdadera, por mas que en muy modernos tiempos la hayamos visto practicada para mengua y horror de las gentes civilizadas. Dicen tambien aquellos que tal aventuran, que el Almirante se portó en semejante caso con toda la dignidad y justicia que su carácter representaba, evitando dos crímenes á la vez, cuya gravedad no se puede clasificar debidamente por lo que ambos tienen de infamantes.

Por fin, el ya citado 11 de junio, las dos carabelas entraron en el puerto gaditano con harto consuelo de sus tripulaciones y admiracion de los circunstantes, por lo que de escuálido y miserable se advertia en los semblantes de todos, asi indios como europeos. Colon dió gracias á Dios por la dicha del arribo que relevaba su autoridad de poner mano en repugnantes motines, y con las pruebas de la bondad de su empresa se dispuso inmediatamente á partir á la córte, no sin lamentar la falta del grande y terrible cacique Caonabó, que habiendo fallecido de desesperacion durante la travesía, tuvo ignorada sepultura entre las ondas del Océano.

CAPITULO XX.

Efectos diversos que produce la presencia del Almirante en Castilla: felicitacion que le dirigen los soberanos; su ida á la corte, y confirmacion de todos sus privilegios con otros nuevos.—Dispónese la tercera salida de Colon al Nuevo-Mundo.—Graves circunstancias la retrasan: inexactitud en los cargos que se dirigen por tal retraso á los españoles. Estado político de Europa en aquella época.—Acontecimientos de la isla Española: impopularidad del Almirante en ella: fundacion de Santo Domingo: viaje del Adelantado á la provincia de Jaragua: castigos en la Vega Real: establecimiento de puestos militares, y construccion de carabelas.—Insurreccion de Roldan y movimientos hostiles de los indios contra las fuerzas del gobierno: el Adelantado se pone en campaña y sujeta á los naturales.—Salida de Colon en su tercer viaje: rescata una presa que corsarios franceses habian tomado en las islas Canarias, y continuando por nuevos rumbos quiere atravesar la línea Equinoccial antes de arrumbar al Nuevo-Mundo.—Impresiones y contratiempos.—Arriba á Española una parte de su flota y se calman en parte los alborotos.—Sigue Colon sus descubrimientos: sitúa la isla de la *Trinidad*, entra en el *golfo de Pária*, y rescotando por sus costas interiores y esteriores, hace escala y da nombre á las islas *Asuncion* y *Concepcion* que hoy se llaman *Tobago* y *Granada*: toca en la *Margarita* y en *Cubagua*, y por la *Beata* vuelve á la Española para dar fondo y tomar tierra en las márgenes del *Ozema*, donde al presente se halla el puerto de Santo Domingo.

El tiempo, que rara vez se ceba constante en los sucesos, desmayó considerablemente por lo respectivo á las acriminaciones que en contra de Colon habian resonado en la corte, sin duda porque satisfechos de la impunidad los detractores de la fama de aquel grande hombre, abandonaron á mas interesados ó rencorosos corazones la continuacion de la obra que ellos habian tan ciegamente comenzado, y de la que tal vez se estaban á la sazon arrepintiendo.

Por lo dicho, sin duda, aconteció que tan luego como en la corte se tuvo noticia del arribo de Colon á la península, se apresuraron los Reyes Católicos á felicitarle por medio de la carta mas satisfactoria que de la gracia real pudiera apetecerse, suplicándole tambien en ella se apresurase á ir en persona con las nuevas de sus descubrimientos á la ciudad de Burgos, donde á la sazon sus Altezas se hallaban.



Nunca mas oportunas mercedes pudieran hacerse al mérito del Almirante que aquellas que le rehabilitaban para esponer sus agravios á la majestad de los monarcas, cuando tanto mezquinas pasiones habian mermado su buena reputacion con la importancia de sus empresas, y hasta cierto punto se habia tambien menoscabado el conjunto de sus atribuciones y privilegios. Asi fué que el Almirante no se descuidó en atravesar el camino que le separaba de Burgos, donde alcanzó por segunda vez la gloria de ser escuchado con religiosa veneracion por los mas ricos, poderosos é ilustrados príncipes de la época.

Fué aquel momento de completa rehabilitacion, y no hay exactitud en los que dicen que los Reyes Católicos recibieron con frialdad al Almirante; puesto que sin esperar el resultado de la sumaria informacion que Aguado habia hecho, no solo le felicitaron con protestas de agradecimiento, que los reales labios fingir no supieran, sino que le prodigaron todo género de satisfacciones, ya remunerándole de los perjuicios que se le causaran por impremeditadas ó mal aconsejadas determinaciones, ya dispensándole nuevas mercedes con la sincera promesa de ayudarle con todo el poder soberano en la tercera empresa de descubrimientos que Colon propuso, y fué aceptada sin vacilar por los monarcas.

Con efecto: sucedió en el primer caso que tan pronto como fueron espuestas al trono las fundadas quejas que se desprendian de la libertad concedida en general para descubrir por los mares de las Indias, se apresuraron á espedir la mas lata confirmacion de todas las capitulaciones hasta alli hechas con el Almirante, y de los privilegios concedidos, derogando todo aquello que conforme al espíritu de la voluntad real se hubiera mandado en contrario: se permitió al Almirante que nombrase una persona para representarle en todas las armadas ó buques sueltos que navegasen á las Indias, y se regularizaron los derechos del tanto que correspondia á Colon segun los capítulos de pasados contratos (1). Y por lo respectivo al acrecentamiento de favores, bien pueden considerarse como tales la confirmacion del título de Adelantado hecha á la persona de don Bartolomé Colon, puesto que á los monarcas no habia parecido bien la creacion de semejante título sin anteponer el real beneplácito: la autorizacion concedida al Almirante para fundar mayorazgo en su nombre con señaladas distinciones: el nombramiento de pages de la reina á favor de los hijos de Colon, don Hernando y don Diego, cuando sucedió la muerte del príncipe don Juan, y finalmente las contínuas disposiciones que se dieron para facilitar la vuelta del Almirante á la isla Española, cuando muchos y muy graves accidentes apenas hubieran dejado tiempo para escuchar mejores ventajas de mas favorecidos labios, á otros monarcas que tan interesados no estuvieran en la gloria y ventajas de aquel súbdito predilecto (2).

(1) Navarrete: *Coleccion diplomática*, tomo II. Cédulas 109, 112, 113 y 114.
(2) Idem. *Idem.* tomo II. Cédulas 122, 125, y otras.



Pero los sucesos de la época no favorecian gran cosa las intenciones de Colon, por lo cual, y por la constante enemiga que algunos pocos le conservaron, entre ellos el obispo Fonseca, cuya posicion no dejaba de interrumpir el despacho favorable de los negocios de Indias cuando favorecian al Almirante, se supuso muy gratuita ó exageradamente hasta por el mismo Colon una guerra obstinada contra su vuelta á la Española, á cuya supuesta guerra se atribuyeron sin exámen todos los inconvenientes que surgieron de la época, y que detuvieron con efecto el viaje por espacio de dos años.

Se estaba entonces inaugurando la incorporacion del reino de Nápoles á la corona de España, combatiendo con otra aquella usurpacion que los franceses habian hecho en lo mas escogido de la Italia, de donde resultó aquella série de brillantes hechos que tanto ilustraron las armas españolas bajo la conducta del gran capitan Gonzalo de Córdoba. Para arraigar el poder de las coronas de España en la famosa contienda, contratáronse á la vez los matrimonios del príncipe don Juan y princesa doña Juana, esta con el archiduque de Austria y aquel con la infanta doña Margarita hermana del mismo archiduque; y como si de ambos acontecimientos no se siguieran hartos obstáculos á otra empresa cualquiera, el rey de Navarra infundia serios temores á nuestras fronteras por la amistad que con el de Francia tenia, y el de Portugal tampoco inspiraba grandes seguridades no queriéndose adherir á la liga general que los Reyes Católicos habian propuesto contra la Francia.

Resultado natural del primer estremo habian de ser los amagos que inmediatamente se siguieron por las partes colindantes, de suerte que al Rosellon se hubieron de enviar numerosos refuerzos no solo de tropas, pero tambien de poderosa armada bajo la conducta del almirante don Fadrique Enriquez, y aun á veces el mismo rey D. Fernando se vió precisado á permanecer en Gerona como plaza tan inmediata á la frontera. Del segundo convenio tambien fueron graves las dificultades que se siguieron contra el proyectado viaje de Colon, puesto que una armada numerosa se aprestó en Laredo para conducir á Flandes á la princesa doña Juana y traer en cambio á la infanta doña Margarita, con lo cual no seria muy posible, por lo que era escaso el poder de la marina, concurrir al propio tiempo dignamente á tan variadas empresas, sin olvidar la conveniencia de mirar al Portugal que á la sazon se enorgullecia con el descubrimiento marítimo de las Indias Orientales. Si á todo lo dicho se agregan los cuidados sucesivos de la guerra de Nápoles, con las sumas que consumia de gentes y dinero, y la inesperada tanto como sentida muerte del príncipe don Juan, fácilmente se adivinarán las verdaderas causas que atrasaron el tercer viaje de Colon á la isla Española.

Entre tanto, y por lo que habia ponderado el Almirante la necesidad de mantenimientos y otras provisiones que los colonos estaban padeciendo, se despacharon sucesivamente algunas carabelas bien cargadas de lo mas preciso; y aunque alguno de los convoyes compuesto de cuatro buques tuvo la desdicha de

perecer en el Océano al furor de una tempestad, otros mas afortunados llegaron oportunos á la isla, en especial el postrero, bajo la conducta de Pedro Fernandez Coronel, que surgió en el nuevo puerto de Santo Domingo precisamente cuando mas necesario estaba siendo para las atenciones de los colonos y sobre todo para la seguridad de la isla, muy lastimosamente quebrantada por la tan larga ausencia del Almirante.

La estraña manera con que habia sorprendido á los moradores de Isabela el comisionado regio Juan Aguado, procediendo tan abiertamente contra el Almirante, no hay duda que fué ocasion bastante para desvirtuar el prestigio que hasta entonces Colon habia gozado: y como siempre el mérito y la envidia anduvieron tan cerca, cuando esta vió á aquel en desgracia se apresuró á hacer su oficio, tan pronto como vió fácil camino á sus proyectos.

Salió, como hemos dicho, el Almirante de la isla Española, dejando á su hermano D. Bartolomé como lugarteniente, encargado ante todo de la esplotacion de las recien descubiertas minas, para lo cual habia de edificar cerca de ellas sobre la costa del Sur otro mas cómodo aposento que el de Isabela, por lo que se habia averiguado ya sin réplica ser este harto nocivo para la salud de los españoles. Sin levantar mano, pues, comenzó el Adelantado su mision, dando fundamento sobre la márgen oriental del Ozema al puerto y ciudad de Santo Domingo; y despues que ya los trabajos podian continuarse favorables sin la indispensable asistencia de su persona, salió poderoso en gente y armas á recorrer las provincias de la isla, con ánimo de asentar el comercio entre conquistadores y naturales, y con la buena armonía asegurar tambien la recaudacion del ya impuesto tributo. Despues de detenerse algun tiempo en la Vega Real, haciendo efectivo el que á sus pueblos correspondia, resolvió penetrar en la provincia de Jaragua, gobernada por el cacique Behechio, cuñado de Caonabó, y en cuyo territorio aun no habian sentado su dominacion los soldados españoles. Si bien con muestras de guerra al principio, fué delicioso el recibimiento que en aquella provincia, la mas occidental de la isla, se hizo al Adelantado, con danzas combinadas de hermosas indianas, las mas gallardas que hasta entonces habian recreado en el simple estado de la naturaleza la vista avara de los españoles: abundancia de provisiones de las que el pais producia, pan de casaba, pescados y utias ó conejos, y sobre todo un aposentamiento en las chozas harto cómodo y halagado con los encantos del mas acendrado y tierno afecto.

Semejantes impresiones, tan lejos de la madre patria, hicieron en los españoles todo el efecto que pudieran apetecer gentes civilizadas en pueblos tan incultos: de suerte que el Adelantado no vaciló en repetir su paseo por aquella provincia, tan luego como el cacique Behechio le avisó que tenia ya dispuesto el tributo que habia de pagar en algodon y pan de casaba; pero antes se vió forzado á ejecutar rigorosos castigos en los pueblos de la Vega por premeditadas insurrecciones, á establecer una cadena de puestos militares desde Isabela á Santo Domingo, y á entretener la gente ociosa de la colonia, ya distribuida en los



C Mugica inv.º y litº Lit. de J J Martinez, Madrid.

ENTRADA DE COLON EN JARAGUA,

cuyos naturales le reciben amistosamente festejandole con danzas, y tributandole generosos cuanto el pais produce y puede contribuir a la comodidad y regalo del Adelantado y de su gente.

pueblos del interior para recuperar la salud, ó bien en la construccion de dos carabelas para el servicio y comunicacion de la isla.

Entre tanto, y como si no fueran bastantes los cuidados que amontonaban á veces sobre el gobierno de aquellas partes los amagos de varios caciques, no faltaban descontentos españoles que murmurando de la calidad de los Colones por lo que de estranjeros tenian, se esforzaban en desvirtuar todos sus actos tanto como suponian ya desvirtuada en Castilla la autoridad del Almirante. Algunos se propasaban á dudar de la legitimidad del título del Adelantado, asi como tambien del cargo de gobernador de la Isabela que D. Diego ejercia, y no faltó quien avanzase tanto en el camino de la murmuracion que aconsejase la retiracion de toda obediencia á arrogantes estranjeros, solo con el piadoso fin de abrogarse quien tal oconsejaba toda la autoridad que los tres hermanos se habian legalmente repartido. Era el díscolo promovedor del motin un cierto Francisco Roldan, hombre de baja esfera, á quien por sus buenas disposiciones habia levantado el Almirante desde su servicio doméstico á la vara de alcalde ordinario en la primera ciudad de la Española; y como el tal hubiese olvidado con la honradez los beneficios, supúsose harto autorizado para criticar primero, mas tarde para desobedecer, y al fin para rechazar con la fuerza de sus adeptos las disposiciones de sus jefes naturales, llegando á tanto su osadía que hasta se propasó á acometer las fortalezas erigidas en el centro de la isla, y últimamente declarado en abierta insurreccion, se dió importancia de poder á poder hasta con el mismo Adelantado.

Los escándalos y alborotos que entre los españoles andaban no podian pasar desapercibidos entre los indígenas, que ya otra vez por semejantes altercados habian tenido favorable coyuntura de acabar totalmente con sus dominadores, y ahora no estaban animados de diferentes intentos: asi fué que ó por el ejemplo ó por la persuasion de los españoles rebeldes casi todos los caciques de la Vega levantaron con sus fuerzas la obediencia al Adelantado: tras de estos siguieron los de las montañas de Ciguay, y toda la isla se hubiera puesto en conmocion á no haber coincidido entonces el arribo ya indicado de Pedro Hernandez Coronel, que procedente de España con dos carabelas y conveniente refuerzo de soldados, dió al Adelantado fuerza y prestigio con las nuevas de la gracia especial que gozaba en la corte el Almirante, á los dudosos contuvo en la obediencia la noticia de su pronta llegada, y al rebelde Roldan le dejó sin mas alientos que los de su delito para refugiarse en la provincia de Jaragua, á donde se hizo seguir de todos sus parciales con los halagüeños encantos de una vida licenciosa en el mas poético pais de aquellas regiones.

Dirigióse ante todo el Adelantado contra la insurreccion de los naturales, seguro de la mayor facilidad de someterlos por la astucia antes de recurrir á las armas, y como buen político procedió en la eleccion de campaña, puesto que con la sorpresa impensada de algunos caciques, y la persecucion activa de otros, evitó la destruccion del pais y el desconcierto de sus fuerzas que hubiera tocado sin

duda á comenzar la empresa por contrario modo. Con esta coincidió la tercera salida que de España hizo por mar el Almirante, comenzándola bajo mas felices auspicios y acabándola, por cierto, de una manera bien desdichada.

El dia 30 de mayo de 1498 salió con seis buques del puerto de San Lucar situado á la mitad de la costa que hay de Cádiz á Huelva, y tomando el rumbo á la isla de la Madera tocó en ella para refrescarse de agua y leña el dia 8 de junio, continuando despues su derrota por el O. de las Canarias. Al cruzar por enfrente de la Gomera el 19 de dicho mes, hubo de observar que un corsario francés huia de sus buques con dos presas españolas, y enviando contra los fugitivos tres de sus bastimentos, luego se le incorporaron trayendo rescatada una carabela, cuyos prisioneros españoles advirtiendo la caza, se levantaron contra sus opresores y les vencieron, salvándose por tal medio de la triste suerte de cautivos.



Al montar la isla del Fierro, que en los anteriores viajes del Almirante habia sido última escala del mundo conocido, despidió con rumbo directo á la Española tres de sus buques, los mas capaces para conducir abundancia de provisiones, y con los otros, siempre avaro de novedades en su carrera marítima, se propuso llegar hasta la línea equinoccial y tomar bajo de ella el rumbo á Occidente, suponiendo por lo que habia visto inclinarse al S. la parte mas occidental

de la isla de Cuba, que en aquel paralelo habia de encontrar las mas ricas en oro regiones del Oriente. Alimentaban su esperanza varias nociones que de historia natural y geografía le suministraban los antiguos autores, confirmados á la sazon por consejos y argumentos preciosos con que el célebre maestro Jaime Ferrer habia enriquecido sus cálculos, suponiendo por lo que en la costa de Africa se veia, que allí se encontrarian en mayor cantidad el oro y piedras preciosas, donde el reino vegetal recibiese del sol mayores impresiones, y los hombres fuesen mas negros.

En tal concepto, abandonando la Gomera el 21, pusiéronse en rumbo al S. las proas de la flota, y en tal direccion navegaron sudoesteando algun tanto para tocar en las islas de *Cabo Verde*, arribando á la mas meridional el dia 27. Alli se propuso el Almirante, aunque en vano, hacer algunas provisiones; pero al fin desistió por la escasez de la tierra, y dándose al mar de nuevo con los propios rumbos, descendió hasta los 8° Norte sobre los 28° de longitud occidental del Meridiano de Cadiz, en cuya situacion se encontraron los tres buques el dia 13 de julio, tan quebrantados y abatidos por el inmenso calor del sol, el Almirante y varios marineros enfermos, las provisiones podridas y hasta las junturas de los buques tan descompuestas, que nunca debió temerse con tanta razon en la mas completa calma tan sensible naufragio (1). En situacion de tamaño peligro se viró al O. suponiendo el Almirante entrar muy pronto por semejante rumbo, segun observaciones anteriores, en una region mas plácida y suave que separaba una línea divisoria de N. á S. á unos 5° al O. de las islas Azores: creyendo que pasada dicha línea la atmósfera se purificaba, la mar era mas diáfana y tranquila, las brisas mas frescas, favorables y aromosas, y hasta que los astros brillaban con otra luz mas poética que en las regiones del viejo mundo. Montaron, pues, los bajeles la línea imaginaria despues de ocho dias, puesto que repentinamente se levantaron las bochornosas calmas, soplaron gratísima y blandamente los vientos de Oriente, desaparecieron los miasmas sofocantes que encapotaban la atmósfera, y entrando la naturaleza toda en las condiciones que Colon habia imaginado, el sol dejó de abrasar, bien que brillase con toda su pureza, y la navegacion comenzó á ser tan grata como era necesario para refrescar en cierto modo los bastimentos, y dar nueva vida á las sofocadas tripulaciones.

Continuando en su propósito de colocarse bajo la línea equinoccial, bien deseaba el Almirante virar de nuevo al S. asi que hubo entrado en la plácida region de su fantasía; pero sus gentes iban harto trabajadas, los bajeles hacian mucha agua y las provisiones eran escasas, como que cuando se descubrió tierra el

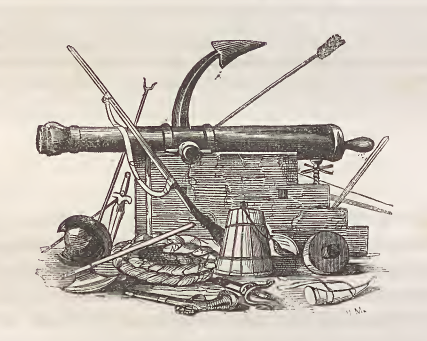
(1) Algunos autores dicen que descendió hasta los 5.° de latitud Norte; pero por las cartas de Navarrete se averigua que no llegaron los buques en su derrota al S. mas que á los 8.° con escasa diferencia. Además que de los propios autores que asientan aquella idea se aprende mas adelante que la flota viró al Occidente cuando estaba en el paralelo de Sierra Leona, conforme dice tambien el Almirante á los Reyes Católicos: con lo cual resulta que todavia faltaban algunos minutos para entrar en la latitud de los 8.° que nosotros aceptamos por mas verídica.

dia 31 de julio, cuya voz dió el primero un Alonso Perez, natural de Huelva, que era criado del Almirante, ya no quedaba en las tres carabelas mas que un barril de agua dulce. Hallábase la tierra descubierta sobre los 19° de latitud septentrional á 54° 42' de longitud al Occidente de Cádiz, y acercándose á ella por un cabo á que puso el Almirante de *la Galea*, y hoy es *cabo Galeota*, llamó á la isla, que tal era la tierra, de la *Trinidad*, no pudiendo surgir en ella hasta el siguiente dia 1.° de agosto, cinco leguas mas á Occidente en la costa meridional de dicha isla. El dia 2 continuó su reconocimiento siguiendo al Oeste hasta llegar á la punta que llamó Colon del *Arenal* y hoy se dice de *Icacos*; y cerca de ella se divisó una canoa con veinte y cinco indios armados de arcos, saetas y unos á manera de escudos que hasta entonces no se habian visto en las islas visitadas por los españoles. Tenian la tez mas blanca que los de la Española, y por consiguiente harto bien distinta de lo que Colon esperaba, segun las teorías de Jaime Ferrer, con lo cual se desvaneció en su mente la idea regular de la influencia del sol bajo el mismo paralelo por todas las longitudes, y comenzó á acariciar otra de mas trascendencia y que guardaba bastante relacion con la quimérica especie de la línea divisoria de N. á S. en el Océano. Creyó desde entonces que el mundo no era redondo, y sí como una pera, levantado visiblemente debajo del Ecuador hasta llegar á las regiones celestes, de manera que el vuelo de su fantasía le llegó á infundir la posibilidad de visitar el Paraiso Terrenal que nuestros primeros padres habitaron, segun la Sagrada Escritura. Semejante fantasía aumentó grandemente á manera que visitando toda la costa del *golfo de Pária* se encontraron en ella deliciosos naturales jardines, purísimos manantiales que endulzaban aquel tranquilo mar, verdes florestas de oloroso ambiente, bandas de pájaros de brillantes plumas, algunos tan grandes como gallinas, y sobre todo una raza mas pura y tratable que las anteriores, con los rostros simpáticos, los cuerpos bien formados, los cabellos blondos y sueltos, y en sus adornos láminas de oro y sartas de perlas que hasta entonces no se habian visto en el Nuevo-Mundo, de las que se enviaron en grande porcion esquisitas muestras á los monarcas españoles.

Despues de algunos dias de navegacion é investigaciones por la costa interior del golfo, cuando las provisiones europeas escaseaban y la salud del Almirante padecia grandemente hasta el estremo de casi perder la vista, dirigiéndose las proas al N. E. para abandonar aquel mar por canal opuesto al que habia servido de entrada, y sin ningun contratiempo, no obstante sus dificultades y peligros, se vieron de nuevo en alta mar el dia 13 de agosto con rumbo á Occidente para examinar la costa esterior de Pária que Colon suponia fuese una isla, sin advertir que por la vez primera habia tocado en los límites de un nuevo continente. En su tránsito á la isla española, á la cual arribó el 19, cincuenta leguas mas al Occidente del rio Ozema que iba buscando, bautizó con los nombres de *Boca del Dragon* á la que le dió salida del golfo, y *Asuncion* y *Concepcion* á las islas que hoy se dicen de *Tobago* y de *Granada*: tocó en *Margarita* y en *Cubagua*

donde rescató abundantes perlas, y finalmente, volvió desde la Española á la isla *Beata*, enfrente de la punta del mismo nombre.

Entre tanto habian arribado sin contratiempo á la nueva ciudad de la isla Española los tres bastimentos que el Almirante despidiera desde la del Fierro, y como su llegada avisase el cercano momento de la vuelta de Colon, el Adelantado, que ya habia sometido á su poder los rebelados naturales, suspendió la campaña contra Roldan en tanto que no gozase la dicha de abrazar otra vez á su hermano, dando asi lugar á la ejecucion de mas autorizadas disposiciones. Hallábase, pues, en la nueva colonia de Santo Domingo, cuando recibió mensaje directo del Almirante participándole su arribo á la isla, y el tránsito por donde trataba de llegar á la boca del Ozema; por cuya razon el Adelantado se hizo á la mar en uno de los recien llegados bastimentos; pero cuando apenas habia tendido al viento sus lonas encontró la flota de su hermano, y la escena mas tierna se siguió al plácido reconocimiento. El 30 de agosto de 1498 volvió á descender en tierra de la isla Española el Almirante, pálido, trabajado de la gota, y falto de la luz que tanto necesitaba para entrar de lleno en los cuidados que exigia de su autoridad la situacion lamentable en que se encontraba la Colonia.





CAPITULO XXI.

Restablecimiento de Colon y sus disposiciones para sosegar á los descontentos.--Hace á estos sobradas concesiones que en adelante influyen grandemente en los cargos que contra su persona y administracion se presentaron en la córte.-Condiciones especiales que causaban aquellos disturbios.-Fundamentos de la injusta crítica de autores nacionales, é injusticia de los estranjeros.--Disposiciones de los Reyes Católicos para aclarar la verdad de cuanto pasaba en la isla Española. Las que dieron para adelantar los descubrimientos.-Malos efectos que causan las primeras por la desorientada política que hubo de aconsejarlas.-Viaje de Alonso de Ojeda al Golfo de Pária y costas adyacentes.-Su arribo á la Española aumenta las vicisitudes de la isla.-Nuevas insurrecciones, y actividad desplegada por el Almirante para sofocarlas.-Llegada é intervencion del comendador Bobadilla en la isla Española.-Sus procedimientos contra el Almirante: encadena á este y á los dos hermanos D. Bartolomé y D. Diego, y juntos los envia á España en una carabela, bajo la custodia do Alonso de Vallejo.-Generosa conducta de este capitan y dignidad del Almirante en la travesía.-Llega á Cádiz la carabela, dase cuenta á los Reyes Católicos del estado en que se hallan los Colones, é indignados por tan descompuesto proceder, hácenlos poner en ámplia libertad, y con oportunas mercedes es recibido en la córte el Almirante.

Cuando llegó á noticia del Almirante el desconcierto en que estaban las cosas de la isla, por lo que súbditos alterosos la habian escandalizado con descompuestas insurrecciones, parece como que sus ánimos se reconcentraron para devolverle la salud que le era tan precisa, y no tardó en hallarse apto para tomar por sí mismo las riendas de los negocios, bien que sin bastante seguridad para llegar á la vindicacion de la justicia ultrajada, por las vias naturales del castigo, por lo que era problemática la fidelidad de los soldados que, sumisos ó disimulados, todavia quedaban á sus órdenes.

Por esto fueron conciliatorios todos sus procedimientos para que Roldan y sus secuaces volvieran á entrar en la senda de sus deberes, comenzando por estender un indulto que se publicó en la isla á favor de cuantos depusieran la injusta agresion que contra las leyes cometian, y continuando los tratos de amistosa

composicion, que en diferentes circunstancias no hubieran debido solicitarse mas que por las vias de la fuerza. Con todo: mas de un año duraron las contestaciones que de una ú otra banda se estuvieron cruzando, y aun al cabo de tanto tiempo, no obstante los refuerzos que en ocasiones recibió el Almirante, hubo este de conceder á los amotinados cuantos partidos exigieron, hasta la declaracion firmada de que habian procedido en todo y por todo como buenos, sin otra causa que el bien y servicio de la cosa pública; y con esto y la conservacion de la vara de alcalde en la persona de Francisco de Roldan, motor de aquellos desórdenes, y el repartimiento entre los díscolos, ya vueltos á la obediencia, de los terrenos mas feraces de la isla, y otra multitud de mercedes de las que solo es costumbre hacer á arrogantes conquistadores, pudo tras tiempo tan largo rehabilitarse en cierto modo la menguada autoridad de Colon, harto necesaria por cierto para atender con ella á nuevos y mas complicados desleales procederes.

Al entender los acontecimientos que en los anteriores, y mas particularmente en este tercer viaje de Colon, retrasaron visiblemente el curso de las investigaciones tras-atlánticas, cualquiera supone á primera vista que los españoles de aquella época eran soldados relajados de una potencia inculta, sin policía y sin leyes, estraños á toda idea de justicia; pero estudiando con detenido exámen y buen juicio la organizacion civil y mejor concierto que se dió á la nacion en tiempo de los Reyes Católicos, y teniendo cuidado de investigar las verdaderas causas de los trastornos que por entonces tenian lugar solamente en el Nuevo Mundo, se viene bien pronto en conocimiento exacto de la verdad, para desvanecer las hinchadas declamaciones de escritores propios y estraños, que siempre han tenido cuidado de exagerar el mal para dar mas interés y doblada autoridad á sus tendencias celosas, ó á sus pretensiones suversivas.

Sabido es, por lo que en otros lugares hemos consignado, que para la primera espedicion del Almirante hubo que echar mano en parte de hombres criminales, conmutándoles las penas á que se habian hecho acreedores por sus delitos, en la de concurrir á aquella aventura, tan recelada hasta por los mismos que en ella depositaron sus mas caros intereses. Tambien es fácil comprender cuántas ilusiones destruyeron en los aventureros los sucesos y enfermedades de los segundos espedicionarios, cuya voluntad espontánea limpiara en cierto modo la espedicion de alguna chusma que hubiera sido necesaria en diferente caso; y asi se viene en conocimiento de cómo, al emprender el tercer viaje, se reprodugeron ciertas órdenes parecidas á las que hubieron de circularse para la primera espedicion; como que sin ellas acaso no se hubiera encontrado la gente necesaria para la completa constitucion de la segunda colonia en Santo Domingo.

Con efecto: por cédula real espedida en Medina del Campo á 22 de junio de 1497, esto es, cuando se estaba disponiendo lo necesario para el tercer viaje, mandaron los Reyes Católicos *que todos é cualesquier personas varones é muchos nuestros súbditos é naturales que hobieren cometido fasta el dia de la publicacion desta nuestra Carta cualesquier muertes é feridas é otros cuales-*

quier delitos de cualquier natura é calidad que sean, escepto de heregía é Lesae Majestatis, *ó perduliones, ó traicion, ó aleve, ó muerte segura ó fecha con fuego, ó saeta, ó crimen de falsa moneda, ó de sodomia, ó hobieren sacado moneda, ó oro, ó plata, ó otras cosas por Nos vedadas, fuera de nuestros reinos, que fueren á servir en persona á la Isla Española é sirvieren en ella á sus propias costas, é sirvieren en las cosas quel dicho Almirante les dijere é mandare de nuestra parte, los que merecieren pena de muerte por dos años, é los que merecieren otra pena menor que no sea muerte, aunque sea perdimiento de miembro, por un año, sean perdonados de cualesquier crímenes é delitos.....* pragmática ó indulto que se reprodujo en distintos casos para otras espediciones, hasta que convencida la corte de los mezquinos resultados que producia, se reformaron con la intencion los delitos, y entonces quedaron los sucesos concretados á la política mas ó menos equitativa de los caudillos y gobernadores, por desdicha no siempre animados de los mas rectos intentos, gracias al brillo del oro que en abundancia pretendian, por lo que tiene de ambiciosa y egoista la condicion humana en todos los paises del mundo, sin distincion de gentes ni de naciones (1).

Concertado con los rebeldes el supremo gobernador de la Española, bien hubiera continuado sus esploraciones por las inmediatas costas al recien descubierto golfo de Pária, rico y privilegiado pais que el Almirante habia supuesto una de aquellas regiones mas abundosas de las tierras orientales; pero su estraña posicion durante las desavenencias le obligara á transigir con el envío á España de los descontentos que tal concertaron, en los únicos buques de que podia disponer para su mas privilegiado objeto: y como si la dilacion de este no fuera bastante causa para mortificacion de un hombre cuya gloria estaba cifrada en la rapidez de sus descubrimientos, todavia acudieron á desvirtuar sus ilusiones nuevos sucesos, que si parecen justificados ante la buena razon de una época de tres siglos y medio mas adelantada que aquella, pudieran en cierto modo censurarse ágriamente por la escasa meditacion y absolutas condiciones con que fueron preparados, bien que á calmar unos y otros pareceres acudan las malas y torcidas pasiones que en contra de Colon por sus émulos se agitaban en la córte.

El arribo á nuestra Península de aquellos soldados que por mas de un año se entretuvieran en la isla Española sin ley ni freno, no hay duda que habia de causar, como causó, muy desagradable sensacion en cuantos de las cosas de Indias se ocupaban: pues aunque, por el certificado de buenos que habian obtenido del Almirante, parecia regular que trataran de apartar con el silencio los resultados de una fiscal averiguacion, creyeron, mejor aconsejados, que su delito habia de ser manifiesto con el tiempo, y quisieron cohonestarlo con gravísimos cargos que propalaban contra la administracion de los Colones en las islas recien descubiertas.

(1) Navarrete. *Coleccion Diplomática*, fólios 203, 209 y 212; y en el *Suplemento* 1.º á dicha Coleccion Diplomática, fól. 3.º pár. 320, año 1501.

Acusaban primeramente al Almirante de visionario exagerado, cargo que los tiempos nada mas podian deshacer victoriosamente, y luego torciendo la mente á lo que la vista afirmaba, le tacharon de inhumano y cruel con los indios que cautivara para venderlos como bestias en los públicos mercados de España; y como á la par clamasen los tales detractores contra la aspereza del Adelantado y el poco decoro con que se mancillaban por el Almirante varias prerogativas á hijos-dalgo concedidas, asi como tambien contra cierto castigo poco digno de hombres cultos y humanos, que consistia en quitar toda ó parte de la racion á los que delinquian, tomó tanto peso en la pública opinion cuanto aquellos díscolos depusieron, por lo que participaban de harta verdad algunas de sus declaraciones, que en breve desde la aldea llegaron las quejas hasta la morada régia, para amargar con usura los dias mas tenebrosos del Almirante.

Ya se ha dicho que en su segundo viaje habia propuesto Colon la venta de algunos caribes en España, y se ha dicho tambien que los Reyes Católicos se abstuvieron de sancionar semejante propuesta hasta consultar sobre ella al mismo Almirante, á la par que lo hacian á varios teólogos de los mas razonables, entre los cuales se levantaron contrarios pareceres. Con tal motivo, y porque las hostilidades de los indios de la Vega Real y Cibao, habian proporcionado el trasporte de mas de trescientos prisioneros, que el Almirante condujo á su regreso, asi como de otros que se enviaron por consecuencia de sucesivas agresiones, sin mas resolucion, y creyéndolo ajustado á las leyes de la época, se procedió por los comisionados de Colon á la venta pública de aquellos miserables, de cuyo



proceder arbitrario se enojó muy particularmente la reina Isabel, y tomaron orígen los mas fundados cargos que se alegaron contra el Almirante.

No hay duda que á nuestra mente se agolpa la mas severa indignacion, si fortificándola con las leyes de la humanidad cerramos los ojos á las condiciones de la época, cuando se trata del tráfico inmoral de la raza humana; pero despues de dar descanso á la indignacion, y conveniente lugar al raciocinio, no convendremos en los severísimos cargos que por semejante inhumana arbitrariedad se han dirigido á Colon esclusivamente, cuando el tráfico de esclavos africanos, que hombres eran como los del Nuevo Mundo, estaba aprobado por las leyes civiles y sancionado por el uso constante en todas las naciones del viejo continente. En particular nos duele que un escritor español, el dicho Las Casas, dando pasto abundante á émulos y enemigos de nuestra gloria, se cebe largamente contra la inhumanidad de semejante medida, proponiendo á la par el envío de esclavos negros de las costas de Africa á la isla Española, para alivio y satisfaccion de aquellos naturales. ¡Admirable contraste y estraña aberracion de tan claro é ilustrado entendimiento! (1).

Por lo dicho, sin duda, fué ocasionada la venta que en el año de 94 habian ordenado los Reyes Católicos de cuantos indios condujo á España desde la Isabela, por órden del Almirante, el capitan Antonio de Torres, bien que en seguida se anulasen los tratos ya verificados hasta nuevas resoluciones (2), y andando los años posteriores, todavia se vió á los mismos humanísimos reyes autorizar en ciertos casos la esclavitud de aquellos infelices, y aun destinarlos en grandes porciones al servicio de las galeras, destino harto mas cruel entonces que la esclavitud menos humana (3).

Como quiera que sea, tales y tan abundantes quejas alzadas hasta el trono por conducto de los enemigos mas poderosos de Colon, produjeron los resultados que eran de esperar en los ánimos reales, de suerte que si la duda habia penetrado alguna vez en el privilegiado lugar del cariño, entonces fué sustituida tras la desconfianza por los rudos afectos del enojo: y los Reyes Católicos, instigados de contínuo por las declamaciones abultadas de los descontentos, que hasta en el propio palacio se atrevieron á insultar públicamente á los hijos del Almirante, procedieron inmediatamente por el camino de la justicia, bien que no escogiendo entre todos los mejores medios de obtenerla.

Entre otras providencias, y este fué un gran paso dado en el camino de los

(1) El P. Las Casas, á quien todos nuestros calumniadores han copiado ó estractado para disfamar nuestra administracion española en las posesiones ultramarinas, no pudo menos de sentir en sus últimos años el giro que habia dado á sus exageradas narraciones, y sin duda por esto previno á los PP. predicadores de San Gerónimo de Valladolid, en cuyo poder dejó los libros de su *Historia general de las Indias*, *que á ningun seglar*, *ni á los colegiales*, *diesen á leerla por tiempo de cuarenta años*, *y que pasado este término se pudiese imprimir*, *si convenia al bien de los indios y de España*. Véanse los dos primeros volúmenes de la propia obra, que se conservan en la Academia de la Historia.

(2) Navarrete, *Coleccion de viajes*. Introduccion al tomo I, nota de la pág. LXXXIII.

(3) Archivo general de Simancas, libro de la Cámara, núm. 5, año 1501.--Idem Registro general del Sello, libro correspondiente al mes de enero de 1496, cédula del dia 13.

descubrimientos que deseaban adelantarse, reprodujeron las concesiones hechas otra vez á ciertos capitanes para salir á descubrir en el hemisferio de Occidente, concesiones que se habian suspendido á ruegos de Colon cuando volvió de su segundo viaje, por lo que amenguaban sus derechos; y tomando alas de aqui los mas atrevidos pilotos y aventureros, inmediatamente se dispusieron á contratar con la corona las bases de los viajes que habian de hacer por la inmensidad del Océano. La magnitud de aquellos, hasta alli no bien apreciados, requeria sin duda mercedes y franquezas muy ámplias con que se mitigaran los temores é inconvenientes que ofrecian, tanto mas, cuanto que hasta entonces los resultados obtenidos por Colon no eran tan placenteros como todos esperaban por los ofrecimientos del Almirante. Los Reyes Católicos deseaban con marcado entusiasmo estender la fé de Jesucristo y prolongar el conocimiento de las ciencias naturales, por el que resultara del nuevo continente (1), y suponiendo que toda concesion y estímulo seria justo para promover y sustentar la aficion á la nueva carrera que se abria á la marina, dictaron repetidas providencias con que las ciencias náuticas se adelantaron considerablemente, y el comercio entró en mas ventajosas condiciones de las que hasta alli lo habian sustentado. Confirmáronse en primer lugar todas las pragmáticas anteriores que tendian á favorecer el aumento de nuestra marina, en particular las que mandaban que los estranjeros cambiantes en nuestros puertos, verificasen sus cambios por artículos españoles que no fuesen moneda, y que para los fletes se prefiriesen siempre los navíos españoles: se espidieron cédulas marcando premios á los que construyesen buques de cualquiera clase que no bajaran de seiscientas toneladas, aunque pasaran de mil (2): se suprimieron en el comercio con las Indias los derechos de almojarifazgo en todos los puertos de España, bien que en otro que el de Cádiz no se permitiese el desembarco de los objetos de aquellas partes venidos (3): se establecieron cónsules y factores españoles en todos los puertos estranjeros donde comerciaban nuestros buques sobre las aguas del Norte, con el objeto de que los beneficios de la contratacion quedaran en lo posible á favor de súbditos españoles (4): diéronse algunas providencias para coartar los abusos que se cometian en ocasiones por el tribunal de Indias en el embargo de naves y carabelas para las espediciones que al Nuevo Mundo se hacian por cuenta de la corona, prohibiendo en ocasiones semejantes estremos (5): y finalmente, las capitulaciones hechas con

(1) Tal se desprende de lo que el mismo Almirante dice á los monarcas en su carta sobre el tercer viaje, hablando de los inconvenientes que otras personas habian amontonado contra su empresa: *y vuestras Altezas me respondió con aquel corazon que se sabe en todo el mundo que tienen, y me dijo que no curase de nada de eso, porque su voluntad era de proseguir esta empresa, y sostenerla aunque no fuese sino piedras y peñas*, etc. Navarrete, *Coleccion de viajes*, tomo I.

(2) Ramirez, *Libro de pragmáticas*, fol 300. La promulgada en Alfaro á 10 de noviembre de 1495.

(3) Provisiones de los Reyes Católicos de 23 de abril y 6 de mayo de 1497, originales en el archivo del Excmo. Sr. duque de Veragua.

(4) Ramirez, *Libro de Pragmáticas*, fol. 293, 294 y 316.

(5) Navarrete, *Coleccion diplomática*, tomo III, fol. 497 y siguientes.

los aventureros que en las nuevas regiones habian de engolfarse, se pactaron de suerte que únicamente estos se obligaban á pechar el quinto de todos sus rescates y ganancias á los monarcas, quedando las otras partes á beneficio de los descubridores, con lo cual si hubo con efecto un despojo contrario á los particulares intereses de Colon, puesto que se le adelantaban en la esplotacion de un mundo por su ingenio descubierto, tambien es cierto que á mas larga vida que la de un hombre no hubiera sido posible alcanzar el término completo de aquellos descubrimientos, y que la buena política y la sana razon justifican semejantes concesiones; tanto mas cuanto que á todos los navegantes que sucesivamente partieran de España á descubrir con permiso de los monarcas, se les prohibia contratar ni rescatar género alguno en las tierras ya descubiertas por el Almirante hasta el año de 1495 (1).

Hasta aquí no pudieran con severa imparcialidad motejarse tan convenientes disposiciones, cuando por ellos es bien conocido el impulso dado á todas las ciencias náuticas, en especial las ventajas que se siguieron á la hidrografía, como que por causa de los muchos cayos, bancos y bajos que en las cossas del Nuevo-Mundo se advirtieron sucesivamente, así como por la conveniencia de situar las tierras que se descubrieran, se generalizó desde entonces el levantamiento de las cartas marítimas que abrazaban todos los estremos indicados, tomando en progresion ascendente las inmensas proporciones que hoy se conocen en esta ciencia, la cual debe considerarse como uno de los agentes auxiliares mas convenientes para el pilotage. Pero no todas las disposiciones que entonces se adoptaron para investigar la verdad de lo que pasaba en los disturbios de la isla Española fueron confirmados con el sello de la prudencia que tanto requerian: es verdad que las quejas habian sido muchas y los cargos hasta cierto punto verídicos; pero tambien es cierto que la maledicencia y la emulacion tuvieron gran parte en las acusaciones, y que á los prudentes acuerdos de los reyes está encomendada siempre la ilustracion de la justicia, por lo que esta se oscurece cuando aquellos no se meditan.

Los Reyes Católicos quisieron acudir, y con efecto acudieron, á la investigacion de lo que en la mencionada isla pasaba respecto á los hermanos Colones: el mismo Almirante habia solicitado repetidas veces la residencia de su administracion por persona competentemente autorizada, mas por su imparcialidad que por el régio nombramiento que llevase; y por satisfacer á unas y otras exigencias, bien que las mas dignas fuesen menos atendidas en las disposiciones adoptadas, nombraron los monarcas para su fiscal, con régias atribuciones, al comendador de Santiago Francisco de Bobadilla, oficial de la real casa: primero para que pasase á la isla Española á averiguar quién y cuáles personas se habian levantado contra la autoridad del Almirante, *prendiéndoles los cuerpos y secuestrándoles los bienes á los que resultaran culpantes*, con el

(1) Capitulaciones con Alonso de Ojeda, Cristóbal Guerra, Diego de Lepe y otros. Navarrete, tomo III.

ayuda y favor que en caso de necesidad habia de darle el mismo Almirante (1); despues se nombró formalmente al tal comendador Bobadilla *gobernador de las Indias*, título y cargo que solo á Colon era debido por las capitulaciones anteriores y posteriores á su descubrimiento (2): y como si se tratára ya de la deposicion del Almirante en el tal título, con todos se habla de los que residian en la Española, menos con la autoridad principal, á quien el real despacho debiera haberse dirigido: siendo esta circunstancia tanto mas elocuente, cuanto que en la propia cédula se dice: *é otrosi: es nuestra merced que si el dicho comendador Francisco de Bobadilla, entendiere ser cumplidero á nuestro servicio é ejecucion de la nuestra justicia, que cualesquier caballeros é otras personas de los que agora están é de aqui adelante estuvieren en las dichas islas y tierra firme, salgan dellas é que no entren ni estén en ellas, y que se vengan y presenten ante nos, que lo él pueda mandar de nuestra parte é los faga dellas salir: á los cuales, y á quien lo él mandare, Nos por la presente mandamos que luego*, sin sobre ello nos requerir ni consultar, ni esperar otra nuestra carta ni mandamiento, é sin interponer dello apelacion ni suplicacion *lo pongan en obra, segund que lo él digere é mandare, so las penas que les pusiere de nuestra parte, las cuales por la presente les ponemos é habemos por puestas, é le damos poder é facultad para las ejecutar en los que remisos é inobedientes fueren, y en sus bienes, etc.*: mas adelante se previene á este y á sus hermanos, así como á las demás personas que tuvieren cargo de *castillos, fortalezas, casas, navíos, armas, pertrechos, mantenimientos, caballos, ganados y otras cosas de SS. AA. en las Indias*, hagan entrega formal de todo al dicho comendador Bobadilla, bajo muy sério apercibimiento de penas al que en contrario obrare (3); y finalmente, se dió carta credencial para que Colon prestase oido y entera fé á cuanto el comendador le dijese de parte de SS. AA. (4).

Con armas menos templadas hubiera tenido bastante menor ambicion que la del comendador Bobadilla para hacerse árbitro absoluto de la contencion, atendiendo mas que á la justicia, á sus propios intereses; y en verdad que de rencorosa ojeriza, mas que de conveniente disposicion, pudiera tacharse la idea de nombrar á la vez en aquel asunto juez y sustituto en tan principales cargos á una misma persona, que en los que habian de asegurar su nuevo destino estaba interesada mas que los motivados enemigos del Almirante. Sin duda cuando así procedieron los Reyes Católicos, estaban ya decididos á dejar á Colon sin el gobierno de las Indias, ó confiaron demasiado en la fama de recta imparcialidad de que gozaba en la córte su nuevo lugarteniente; y en ambos casos aparece no meditado el acuerdo por lo que tenia de atentatorio contra adquiridos legítimos derechos, ó por lo que carecia de esperiencia en el conoci-

(1) Las Casas, *Historia de Indias*, lib. I, ms.—Navarrete, *Coleccion diplomática*, tomo II,—Irving. *Vida y viajes de Colon*, tomo III.

(2) Idem, id., id.

(3) Idem, id., id.

(4) Idem, id., id.

miento de las humanas ambiciones, como mas sensiblemente tendremos ocasion de probar en adelante.

Entretanto que asi se acordaba el desconcepto del hombre mas eminente que el siglo XV ha producido, algunos de sus amigos se apresuraban á competir, si no con su gloria, al menos con sus ventajas materiales por el camino de los descubrimientos. Fué el primero que obtuvo patente y favor para darse á la mar con cuatro navíos que apresté en el Puerto de Santa María, el intrépido Alonso de Ojeda, acompañado del famoso piloto Juan de la Cosa, los cuales por haber asistido, como otros varios de la tripulacion, á los primeros viajes del Almirante, se consideraban y eran con efecto muy suficientes para adelantar las investigaciones por las costas del recien descubierto continente. Gozaba el tal aventurero gran favor con D. Juan de Fonseca, y por lo tanto no le fué difícil alcanzar un traslado de la pintura ó carta marítima que Colon habia dibujado para manifestar su reconocimiento del golfo de Pária; suceso que á la sazon estaba causando muy gratas sensaciones entre los que ambicionaban riquezas, por las abundantes muestras de perlas que el Almirante habia enviado: y con tal auxilio y el del mencionado Juan de la Cosa, y algunos otros marineros hábiles que en la tercera espedicion de Colon se habian hallado, se hicieron á la mar los cuatro buques el dia 18 de mayo de 1499, con buen viento y mejor fortuna, por lo que de fama imperecedera habian de dar al no muy justamente celebrado Américo Vespucio, que allí tambien iba, y que con el tiempo se atribuyó toda la gloria de aquellos descubrimientos, dando su nombre al nuevo continente (1).

Nada hay de notable en la travesía de este viaje, que se hizo siguiendo la derrota que el Almirante habia marcado en su tercera investigacion por el Nuevo-Mundo, alcanzando la costa firme por las de Suriñan á los veinte y cuatro dias de una navegacion tan feliz como pocas veces se logra. En ella se advierte, por lo que de sí arrojan los diarios y relaciones que á la vista tenemos, así como por las cartas que de aquellas partes estamos consultando, que los tales navegantes descendieron hácia el S. escasamente algunos tres grados mas que el Almirante habia descendido en su tercer viaje, y que despues de indagar someramente, y con no muy exactos cálculos, segun las relaciones de Vespucio, á

(1) Américo Vespucio nació en Florencia el dia 9 de marzo de 1451, y fué educado bajo la direccion de un su tio religioso de la comunidad de San Marcos. Sin duda que entre sus estudios tuvieron privilegiado lugar las ciencias naturales y las matemáticas, bien que las primitivas ocupaciones de su vida en España por los años de 1494 ó 95, fueran únicamente la contratacion y el comercio en casa de su paisano Juanoto Berardi. Al aprestarse la armada de Alonso de Ojeda, ya habia hecho Vespucio mas sérios estudios en la navegacion, y con génio bastante para adelantar en la carrera, quiso formar parte del equipaje. Conocidos con detenimiento los derroteros que siguió la armada de Ojeda, y los descubrimientos que hicieron asi esta como la de Pinzon, etc., ya se deja conocer con cuánta injusticia se adjudicó el nombre del piloto florentin al nuevo continente, bien que los que tanta gloria le prodigaron lo hicieron ofuscados por las inverídicas relaciones que Vespucio publicó mas tarde. La nacion española, haciendo justicia al verdadero descubridor del Nuevo-Mundo, nunca en sus actos oficiales quiso denominar *América* á las posesiones que allí supo adquirirse: antes bien, siguiendo el lenguaje de Cristóbal Colon, las llamó en conjunto *Indias Occidentales;* pero este sistema ha sido ineficaz contra la maligna preocupacion ó la general ignorancia, las cuales, desoyendo las leyes de la equidad, continuaron ofuscadas por la senda del despojo que con tanta mengua se hizo al mas famoso entre todos los navegantes.

qué altura se hallaban aquellas tierras desconocidas, viraron hácia el N-O. siguiendo la costa por las bocas del *Esequibo* y *Orinoco*, tocando en la Trinidad, y adelantando su rumbo hasta introducirse en el golfo de Pária, para surgir en un puerto inmediato á la confluencia del rio *Guarapiche*. Allí recibieron, con algunos cambios de escasa importancia, abundantes pruebas del afecto de sus habitantes: y cuando la especulacion sustituyó al agradecimiento manifestado, volvieron á darse al mar los bastimentos, saliendo por las *bocas de Drago* con la propia fortuna que lo habia hecho el Almirante, y costeando hácia el O. hasta *Curiana* ó golfo de las Perlas, que comprende la costa de Cumaná y golfo de Cariaco por enfrente de la isla *Margarita*, la cual se entiende de E. á O. entre los 57°-35' y 58°-25' de longitud occidental del meridiano de Cádiz, por los 11° de latitud N.

En la citada isla Margarita saltó en tierra Ojeda con algunos de sus principales subalternos, y despues de reconocer una parte de ella, volvió á la mar con sus navíos hácia las costas del continente para recalar en el cabo de *Isleos*, que hoy se llama *Codera*, fondeando en la ensenada de *Corsarios*, á la que llamó *Aldea vencida*, por causa de cierto combate que tuvo con los indios de sus inmediaciones, en que le hirieron veinte de sus soldados con muerte de otro. Continuando los reconocimientos *de puerto en puerto*, segun declaracion que en el pleito del Almirante prestó cierto piloto que allí iba (1), arribaron á una ensenada no lejos de la *Vela de Coro*, donde se entretuvieron los espedicionarios por espacio de veinte dias, entre tanto que se restablecian con el necesario sosiego los heridos de la refriega anterior, y que á la par de algunos refrescos indispensables para continuar la navegacion, se tomaron varios productos de aquellas regiones, tales como perlas y algun oro de muy bajos quilates. Cuando levaron anclas en dicho puerto, fué para reconocer la isla de *Curazao* que estaba enfrente, proyectando de S-E. á N-O. sobre los 63° de longitud al Occidente de Cádiz, y no mucho mas allá de los 12° de latitud Norte. De ella inventó el célebre Vespucio una raza de gigantes que en realidad no existia, sin duda con objeto de dar con la novedad mayor crédito á sus viajes; y luego poniéndose las proas al O. tocaron los buques en la península de *San Roman*, que los navegantes creyeron fuese una isla, hasta que montando su cabo occidental, se introdujeron en el golfo de *Coquibaca*, que denominaron de *Venecia*, por causa de cierta poblacion que en su costa advirtieron fabricada sobre grandes estacas que afirmaban en el fondo del mar, y que para comunicarse de una á otra casa tenian que verificarlo á merced de las canoas abundantes que allí habia. Reconocido y esplorado el dicho golfo, que hoy da nombre á toda la república de *Venezuela*, hasta el interior de la gran laguna de *Maracaibo*, salieron otra vez á alta mar los bastimentos, adelantando por la derrota del O. y S-O. hasta el *Cabo de Vela*, último término de este primer viaje de Ojeda, por donde resulta que reconoció aquella armada en el nuevo continente una distancia de mas

(1) Un N. Morales que iba por piloto en una de las carabelas, y declaró largamente en dicho pleito.

de seiscientas leguas entre los 5º poco mas ó menos, y los 12º 21' de latitud Norte, por los 51º y 66º de longitud al Occidente de Cádiz (1).

A pesar de la considerable porcion de costas é islas adyacentes que reconocieron los buques de Ojeda, fué tan escaso el provecho material de esta espedicion que faltó muy poco para que en ella perdieran grandemente sus armadores. Díjose por los hombres principales de la misma que habian tendido su propósito al hacerla, mas que á la especulacion de interesados comerciantes, á la investigacion de intrépidos marineros; y no falta quien murmura de la frase como frágil remedo de las verdaderas intenciones que siempre habian animado al Almirante (2). Lo cierto es, que á pesar de la prohibicion consignada en la cédula ó permiso que se espidió á Ojeda para su viaje, respecto á no tocar en la isla Española sino en caso de urgente peligro, el famoso aventurero mandó poner el rumbo de sus buques hácia la costa meridional de dicha isla, y desembarcando en ella no lejos del puerto de Jacomel en la entrada oriental de la provincia de Jaragua, parece que con pretesto de carenar sus buques, se entretuvo en hacer larga provision de campeche ó brasil, como entonces se decia, cuyo comercio era harto lucrativo en las naciones del antiguo Continente. Pero cuando en tan deshonesta ocupacion se entretenia, atropellando con las reales prohibiciones los derechos de mas dignos propietarios, llegó la nueva de semejante invasion al Almirante, el cual envió para ahuyentar de allí á los raptores las fuerzas suficientes, bajo la conducta del mismo Roldan, con quien tan obstinadas desavenencias habia mantenido por mas de un año; y este caudillo, por lo que necesitaba justificarse de la antigua rebelion, lo hizo tan bien, que á pesar del partido que Ojeda supo hacerse entre algunos españoles de los que habitaban en la provincia de Jaragua, antiguos compañeros en la insurreccion de Roldan, á quienes dicen que propuso una espedicion á Santo Domingo contra la autoridad del Almirante, dió pronto cuenta de su cometido, obligando á los aventureros al reembarco para tomar el rumbo á las costas de España, tocando antes en Puerto-Rico, donde parece que cautivaron algunos indios, los cuales con las tripulaciones cansadas de los cuatro buques desembarcaron en Cádiz el dia 13 de junio del año de 1500 (3).

La presencia de Ojeda en la isla Española causó mas graves daños á Colon

(1) Como las relaciones de este viaje no dicen con precision el punto de la costa á que primero llegaron los buques en la de Suriñan, y en las cartas de Vespucio se exagera el descanso hácia la Equinoccial, no nos es fácil ni posible situar con exactitud los primeros términos de estas alturas.

(2) Navarrete tom. III, *Viajes menores.*

(3) El señor Navarrete opina que no pudo ser la conduccion en tan pequeños buques del exagerado número de indios que nuestros historiadores afirman haber traido Ojeda á España como cautivos, y duda con la misma razon que pudiera verificarse su venta en España segun se desprende de lo que Herrera dice en sus *Décadas*, cuando precisamente los Reyes Católicos acababan de decretar la libertad de los que se habian vendido por órden y envío del Almirante. Nosotros creemos muy bien la conduccion de algunos en las carabelas de Ojeda, porque tal se certifica por la naturaleza de aquellos viajes; y aunque respecto á la exactitud de la venta no nos aliente la propia confianza, todavía nos inclinamos á creer que hubiese intentado por lo que coincide el arribo y desembarco en Cádiz con la cédula real sobre la libertad de aquellos infelices, que se espidió en Sevilla á 20 de junio del propio año de 1500.

por la confusion que introdujo entre los españoles que en ella residian, que por los artículos de comercio que de sus producciones sacase; porque hallándose tan recientes los pasados disturbios, y mal contentos con el órden aquellos que al delito estaban avezados, sobraron las sujestiones de Ojeda para que en ocasiones vinieran á las manos unos con otros por discordar en lo de continuar el camino siempre blando de la subordinacion ó la espinosa senda de la inobediencia. En especial echó hondas raices entre los descontentos la idea esparcida por Ojeda de la desgracia positiva en que en la córte habia caido el Almirante, como que la salida de España de dicho aventurero coincidió precisamente con las disposiciones que se estaban tomando para residenciar á Colon de la manera que hemos dicho; y aunque por entonces los buenos oficios de Roldan lograron conjurar la plaga que amenazaba otra vez infestar aquellos distritos, no asi pudieron limpiar los miasmas que en la pestilencial atmósfera de la insurreccion quedaron rezagados. Para tomar cuerpo bastábales cualquier pretesto, y la pasion mas activa entre todas las que avasallan el corazon del hombre acudió bien pronto en auxilio de los malos procederes.

Refugio de la viuda de Caonabó fué la provincia de Jaragua, cuyo cacique era hermano de aquella desventurada mujer á quien en su viudez habia quedado para consolarla una hija de singular belleza. De esta se enamoraron no pocos de nuestros principales caballeros, contándose entre ellos un apuesto jóven llamado D. Hernando de Guevara, y el mismo Roldan que entonces estaba siendo el brazo derecho del Almirante. La competencia entre ambas personas debia ser trascedental, puesto que obteniendo el primero los favores de la doncella, contaba el segundo con su carácter indomable, con los recursos de su autoridad y con la seguridad de su fuerza. En tal concepto comenzó por querer apartar de Jaragua al apasionado Guevara por la vía de amistosos consejos, tomando pretesto de cierto destierro que le habia impuesto el Almirante: despues se siguieron las órdenes mas apremiantes, y cuando aquellos y estas fueron despreciadas con la inobediencia, procedió Roldan á la prision del caballero y de cuantos amigos ó criados le protegian en sus amorosos galanteos.

Era primo de Guevara, Adrian de Mujica, uno de los mas aficionados y contumaces compañeros que Roldan en su faccion habia tenido, el cual, contando entre los mal contentos gran partido, se puso al frente de una nueva insurreccion jurando vengarse de la autoridad del Alcalde mayor de la isla, por lo que el mismo Roldan habia enseñado á despreciar otras mas supremas, como si tratára de manifestar por semejante agresion contra su antiguo compañero, cuáles son los frutos verdaderos que se reservan á los traidores. Afortunadamente se hallaba á la sazon harto robusta la seguridad del Almirante, aun recurriendo á las armas para castigar á los revoltosos como que estando divididos por mitad sus anteriores enemigos, y á la par disminuido al número por los que á España se habian vuelto, contaba con sus fieles servidores para inclinar el peso de las fuerzas hácia el lado de la razon en la balanza de la justicia. Entonces fué cuando un ras-

go de accion, superior á cuantas ideas habia hecho concebir Colon en su vida pública, le caracterizó como caudillo en los sucesos de la guerra, puesto que sacudiendo aquel baño de condescendiente transaccion que en las ocasiones habia manifestado, cayó como un rayo sobre los conspiradores: se apoderó de Mujica y de sus parciales, haciéndole ahorcar del mástil de la bandera en el castillo de la Concepcion: persiguió con estremada actividad los dispersos que buscaban su refugio en las distantes florestas y deliciosos bosques de Jaragua, destacando al Adelantado con fuerza bastante para concluirlos, y finalmente revolviendo contra los indios morosos que en los disturbios buscaban pretestos para eludir el tributo de sus riquezas, regularizó las operaciones de la recaudacion, puso freno á los revoltosos, escarmentó á los delincuentes, dió principio á la cultura de los indígenas que en abundancia se convirtieron, adoptando con la religion de Jesucristo la decencia de sus huéspedes en la de vestir sus carnes, y finalmente se apresuró á recorrer toda la isla para distribuir convenientemente el respeto á la autoridad constituida, siquiera mientras llevaba á debido efecto la mas escrupulosa investigacion que pensaba hacer, respecto á las riquezas y beneficios que al tesoro real podrian producir las costas de Pária y sus islas adyacentes.

Tal era el estado halagüeño de la isla Española, cuando en ella sentó la planta el comendador Bobadilla el dia 23 de agosto del año 1500, para retroceder largamente en el camino del órden que al cabo por la fuerza se habia asegurado. Desde que los Reyes Católicos habian estendido y firmado sus despachos hasta la salida del comendador hubo de trascurrir mas de un año, como que por las dudas que pudieran abrigarse respecto á la inteligencia de otro navegante que Colon no fuera, parece se estuvo esperando el resultado de las espediciones que habian salido el año de 99 á investigar el mundo recien descubierto. Pero asi que Ojeda y otros volvieron á la península con los comprobantes de sus esploraciones, nada pudo detener los procederes que en la córte se juzgaban indispensables para restablecer el órden en la isla Española, y el comendador, con todos los aprestos suficientes, se dió á la vela á mediados de julio del último año correspondiente al siglo XV, con dos carabelas en que llevaba 25 soldados á manera de alabarderos, seis frailes, las tripulaciones de los buques, y gran cantidad de indios que por la reciente cédula real volvian en libertad á sus respectivas tierras.

Los mas inmediatos procederes de Bobadilla, asi que desembarcó en el puerto de Santo Domingo, fueron tales como eran de esperar en persona que llevaba un despacho Real para hacerse dueño de cuanto le rodeaba, sin pararse en la investigacion de los pasados disturbios mas que para asegurar su gobierno con las parciales deposiciones de los enemigos del Almirante, á quienes alentó grandemente en la senda de la calumnia. Para esto tomó pretesto de la sentencia de muerte fulminada contra algunos rebeldes que todavía se hallaban presos en el castillo de Santo Domingo, cuya inmediata libertad pidió con fuero de supremo juez al hermano de Colon, D. Diego, que como en la Isa-

bela, estaba siendo gobernador de la nueva villa; y por lo que este se negó á proceder sin acuerdo del Almirante, dió el comendador pública cuenta de todas las cartas y patentes reales que traia, y por lo tanto, apartándose completamente del carácter de fiscal, se proclamó gobernador único y absoluto de la isla, mandándose entregar todos los castillos, naves, almacenes, rentas y autoridad correspondientes á la Corona, y lo que fué mas punible, tomando posesion de la casa del Almirante con todos sus bienes y enseres, sin respeto á una propiedad sagrada, de que para contentar á la chusma y hacerse prosélitos, satisfizo á todos los quejosos cuantos sueldos se les adeudaban, sin reparar en que el pago correspondiese á Colon ó á la real hacienda. Tambien en mengua de esta y sin preceder consejo que proclamase conveniente el acuerdo, solo por contentar á los ambiciosos y tener largo partido, concedió ámplias facultades á todos los españoles para rescatar ó sacar oro de las minas cuanto quisiesen ó pudiesen, sin mas carga que la de una undécima parte para el tesoro real, en vez de una tercera mas la décima que antes adeudaba este metal, objeto inmediato de tan atentatorios procederes.

Llegaron las nuevas de todo lo dicho al fuerte de la Concepcion en la Vega Real, donde aun se entretenia el Almirante, y tan pronto como ellas le fueron comunicadas, hubo de suponer que aquello no tuviese mas autoridad que la de algun atrevido usurpador con tendencias hostiles hácia su persona. Púsose, pues, en camino para conjurar con todo su prestigio el nuevo mal que amenazaba la colonia; pero al llegar á Bonao le fueron comunicadas por un alcalde ordinario copias legales de las régias provisiones, y entonces ya no le quedó mas recurso



que el sentimiento, por la exagerada ingratitud con que se recompensaban sus desvelos. Con todo, aun quiso escribir á Bobadilla, representándole la improcedencia de sus disposiciones, en todo atentatorias al bien de la isla: por cuya carta, suponiendo el comendador una desleal resistencia, mandó cargar de grillos y echar en estrecha prision á D. Diego por si queria ayudar á su hermano para resistirle: envió al Almirante las patentes originales de su ruina, y una órden para que se le presentase inmediatamente, y con esto y con la inmediata sumision que sin pérdida de tiempo prestó á la nueva autoridad el Adelantado que en el distrito de Jaragua se hallaba garantizando con su presencia la pública tranquilidad, bien pronto los tres hermanos se vieron cargados de hierro dentro de una carabela que los condujo á España, con mengua del nombre español que tan grande escándalo toleraba. Es verdad que á la feroz ambicion de un Bobadilla se opuso la generosa bondad de Alonso de Vallejo, honrado oficial á cuyo cargo se puso la seguridad de los ultrajados personages, el cual tan pronto como se vió en alta mar quiso quitar los hierros á los tres hermanos, interpretando sin duda el enojo que el usado rigor habia de causar á los Reyes Católicos, harto agenos por cierto de que tan violentamente y de tan mala manera se interpretáran sus mal meditados acuerdos; pero el Almirante no quiso consentir en el alivio que se le proponia, prefiriendo llegar obediente y sumiso á la voluntad de los soberanos en la propia forma que su lugarteniente le enviaba; y aun despues de estar en libertad quiso tener presentes los grillos de su desdicha, ordenando á la hora de su muerte que en su propia sepultura se encerrasen, como si quisiera llevar mas allá de la vida el recuerdo de cuanto son inconstantes y perecederas las grandezas humanas (1).

Tras de un viaje muy breve alcanzó la carabela conductora la bahía de Cádiz, y las nuevas de su arribo causaron un cambio total en la opinion pública respecto á la que se tenia en la administracion del Almirante. Los mismos que le acusaban en su prosperidad no pudieron contener la indignacion de sus pechos al verle tratado de una manera tan contraria á su largos merecimientos: y la murmuracion, cundiendo con la rapidez de los malos sucesos, llegó bien pronto hasta el régio alcázar de Granada donde á la sazon se hallaban los Reyes Católicos. Entretanto los prisioneros fueron desembarcados y puestos bajo la custodia del corregidor de Cádiz, no sin haber antes permitido al Almirante que escribiese sus agravios á la córte, y como este, siempre digno en su porte, ignorase hasta qué punto la calumnia habria minado los cimientos de su reputacion en el ánimo de los monarcas, se abstuvo de comunicar directamente con ellos, y únicamente envió una larga y sentida carta á la señora doña Juana de la Torre; que por haber sido nodriza del príncipe D. Juan, era muy justamente querida de la Reina.

(1) Don Hernando Colon. *Historia del Almirante.*

No era menos digno aquel documento que la persona que lo habia escrito: su estilo fué el del Evangelio, humilde siempre, pero siempre elocuente y persuasivo. Quejábase de la injusticia de los hombres, murmuraba de su suerte adversa, pero á la par comprendia y acataba la integridad de la justicia. *Si mi queja del mundo es nueva*, decia, *su uso de maltratar es de muy antiguo...* y luego, refiriéndose á los procederes de Bobadilla, apuntaba una saludable verdad que nunca debiera olvidarse por quien tiene mano y cargo de custodiar la integridad de la justicia. *Yo he sido muy mucho agraviado en que se haya enviado pesquisidor sobre mi, que sepa que si la pesquisa que él enviare fuere muy grave, que él quedará en el gobierno* (1).

Los monarcas á cuyos oidos llegó el testo de la carta antes que los cargos remitidos por Bobadilla, comprendieron perfectamente los que contra su precipitado acuerdo resultaban en aquel sentido escrito; pero el daño estaba ya hecho, y su enmienda, por lo tanto urgentísima, fué lo único á que se dedicaron sin pérdida de tiempo. Enviaron despachos á Cádiz para que con la libertad se diesen todos los respetos y consideraciones que se debian á los ilustres cautivos: libráronles con mano pródiga largas cantidades para que se ataviasen con toda la ostentacion que á su rango convenia: hicieron público el agravio que habian recibido con los procederes injustos de Bobadilla, cuya deposicion quedó desde entonces decretada, y con abundantes consuelos y promesas escribieron á Colon que sin pérdida de tiempo pasase á la córte, para recibir en los reales brazos una parte de la satisfaccion que sus agravios



(1) Navarrete. Coleccion de viajes, tomo I.

estaban reclamando. Cuando el Almirante se halló en presencia de los Reyes Católicos, fueron las lágrimas y los sollozos de una y otra parte de los mas elocuentes discursos que en la régia morada resonaron, que no de otra suerte pudiera manifestar el magnánimo corazon de Isabel los tiernos sentimientos que los agravios hechos á aquel hombre eminente le inspiraban. Colon por su parte, al ver tan generosos afectos no pudo resistir á la mezcla de gozo y placer que le embargó la voz y humedeció el semblante, privándole con el sonido de la articulacion de las palabras: era ya anciano y estaba verificándose en sus afectos aquella reaccion que tras del vigor de la juventud y de la entereza de la virilidad nos devuelve la interrumpida sensibilidad para acercarnos á la infancia cuando un solo paso nos separa del sepulcro. El rey Don Fernando, á vista de tan tierno espectáculo tomó el aspecto de la bondad para proveer en justicia; y aunque de los propósitos que allí hizo dejó con el tiempo de cumplir alguno, es indudable que todas sus órdenes inmediatas se dirigieron á la rehabilitacion del Almirante.



CAPITULO XXII.

Tendencias de los estrangeros á beneficiar en su pró las regiones del Nuevo-Mundo, y medidas tomadas por los Reyes Católicos para adelantar los descubrimientos.—Viaje de Sebastian Caboto y descubrimiento de *Terranova*, de Virginia y otros puntos de la América del N.—Sale de Lisboa nueva espedicion á las propias aguas: reconoce la isla de Terranova, entra en el *golfo de San Lorenzo:* da nombre á la *tierra del Labrador:* hace escala en las islas de *Button*, y deteniéndose á reconocer someramente la *gran bahia de Hudson*, regresa al puerto de donde habia salido.—Viaje de Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra: sus resultados abundantes en las riquezas adquiridas por el descubrimiento del criadero de las perlas.—Sale de Saltes Vicente Yañez Pinzon, y atravesando al S-O. la línea Equinoccial descubre el primero la América del Sur por los 8° de aquellas latitudes: toca en el cabo de San Agustin, toma posesion de las nuevas tierras por la corona de Castilla, y virando al hemisferio del N. reconoce el desagüe del rio Meary, en cuyas cercanías sostiene un combate desdichado: visita el rio de las *Amazonas:* cautiva algunos indios y entra al fin en el golfo de Pária. Vuelve su rumbo á la Española, toca en la isla Samuet ó Isabela, y perdiendo dos de sus buques en los bajos de Babueca, regresa á España con muy grandes adelantos en los conocimientos de la geografía, y dando á la historia natural nuevos estudios.—Viaja Diego de Lepe por las mismas aguas que Pinzon habia surcado.—Movimientos de los portugueses contra los tratados.—Arriba casualmente al cabo de San Agustin Pedro Alvarez Cabral y toma posesion para su monarca de aquellas tierras que ya Pinzon y Lepe habian visitado.—Espedicion de Rodrigo de Bastidas al *Golfo de Darien* y hasta mas allá del *cabo de San Blas* sobre diez leguas, dirigida por el celebrado piloto Juan de la Cosa: sus descubrimientos y resultados.—Observaciones respecto á la *broma*, y desastroso fin de los bastimentos.—Hace Ojeda su segundo viaje; pero se le rebelan sus compañeros y le entregan preso en la isla Española.—Prepárase Pinzon igualmente á una nueva espedicion que no verifica.—Resultado total de los viajes al concluirse el siglo XV.

Mientras que tenian lugar los agravios hechos á Colon por conducto del comendador Bobadilla, y antes y despues de la triste llegada de aquel á nuestra península, se habia creido necesario proveer con larga mano en las cédulas y permisos de descubrimientos, no tan solo para deslumbrar con las riquezas de un Nuevo-Mundo á las demas naciones del antiguo Continente, ni para encontrar el paso que entonces dió en buscarse en las costas Orientales de las Indias para llegar á la especería, primitivo objeto de aquellos viajes, sino mas bien con ánimo de adelantar en la toma de posesion de aquellos paises por la corona de Castilla, á fin de que otros monarcas no dejáran rezagados, como pretendian, en la adjudicacion de los nuevos paises, á los que con mejores derechos podian proclamarse sus únicos señores.

Habian con efecto, salido ya de Inglaterra, por el puerto de Bristol el año de 1497, y á favor de las nuevas que en toda Europa se habian derramado de los descubrimientos de Colon, algunos aventureros en cuatro buques mandados por un Sebastian Caboto, intrépido marinero que poseido de las observa-

ciones del Almirante respecto á la posible circumbalacion del globo terráqueo, puso como aquel las proas de sus navíos al N–O. seguro de alcanzar por aquella vía las costas orientales, no obstante la distancia considerable que separaba su derrota de la que habian seguido los primeros descubridores. Despues de navegar con feliz suceso, bien que sin el consuelo de ver tierra en muchos dias, el 24 de junio se le puso delante la de Terranova, frente al cabo de *Buenaventura;* y como observase en sus mares una prodigiosa abundancia de *bacallaos,* la dió este nombre, que mas adelante habia de atraer sobre ella la concurréncia de las provincias y armadas mas comerciales del Océano. Reconocida la nueva tierra y tomados en ella los refrescos consiguientes, montaron los buques el dicho cabo de Buenaventura, y continuando por la costa algunos grados con rumbo al S. O. fondeó en la bahía de *Chesapeak,* en la provincia de *Virginia,* por los 56° de latitud N., y faltándole las provisiones indispensables para continuar visitando aquellas tierras incultas, tuvo que volverse á Inglaterra con ánimo de aprestar mayor escuadra para esplorar detenidamente su descubrimiento. Es verdad que los preparativos que entonces se hicieron por Enrique VII para la guerra de Escocia contuvieron por algun tiempo los progresos de la Gran Bretaña en la posesion de la parte que al cabo se apropió en la reparticion del Nuevo-Mundo; pero tampoco debe dudarse que en mejores circunstancias la córte de España hubiera tenido mucho que temer por sus legítimas adquisiciones, y que á la penetracion de los Reyes Católicos cuadraba no descuidar la estension de su dominio en aquellos paises que el antiguo continente debia esclusivamente al valor y pericia de los marineros españoles (1).

Tambien se ofrecian percances que temer en los mares mas meridionales, respecto al famoso descubrimiento que por entonces acababa de hacer por la corona de Portugal, realizando los ensueños del célebre infante Don Enrique, el intrépido Vasco de Gama. Doblado el cabo de Buena Esperanza despues de los infinitos esfuerzos y no menores gastos que para conseguirlo se habian hecho, el mencionado marino dió á conocer prácticamente el suspirado paso para las Indias Orientales, de las que trajo abundantes noticias y muy convenientes muestras respecto al comercio de la especería: y como si la ambicion de la córte portuguesa no estuviera satisfecha menos que con el esclusivo trato de las regiones de Oriente, despachó con rumbo á los mares del Norte á otro de sus mas inteligentes marinos, Gaspar de Cortereal, que partiendo de Lisboa con dos carabelas en los primeros dias del año 1500 y alcanzando la propia latitud en que habia proyectado su rumbo Sebastian Caboto, llegó por las mismas aguas á la isla de Terranova, dando nombre de la *Concepcion* á la bahía, que hoy la conserva, y subiendo desde allí hasta los 60° retrocedió por causa del escesivo frio hasta el *Golfo de San Lorenzo*, dando nombre *de Tierra del Labrador* á la que está al N. sobre los 50°, por lo que la creyó benigna para

(1) No olvidemos que la nacion española dió carta de naturaleza á Cristóbal Colon, y que todos sus descubrimientos se hicieron con la proteccion y ayuda de nuestros monarcas y de nuestros marineros.

el cultivo. Durante su permanencia é investigacion por aquellas costas hubo de hacer escala en las islas de *Button*, tocando en el cabo *Chidley*, y divisando la gran bahía de *Hudson*, á la que denominó estrecho de *Anian*, de dos hermanos compañeros en su navegacion que asi se llamaban; y suponiendo que aquel estrecho daba paso, segun pretendia, á las Indias del Oriente, bien que no tuviese el suficiente ánimo para atravesarlo, sin duda por falta de provisiones, regresó á su patria con feliz nueva para aumentar los quilates de su reputacion, dar pábulo á la desconfianza de los monarcas españoles, y causar su ignorada desdicha y la de un su hermano en otras dos espediciones que habiendo salido de Portugal sucesivamente por aquellos rumbos, nunca mas volvieron á parecer ni siquiera en fragmentos por tierras ni mares (1).

Con semejantes sucesos coincidieron las esperanzas ó mejor magníficas realidades de espléndidas riquezas á la sazon llegadas á España en otra espedicion que tras la de Alonso de Ojeda habia partido para el Nuevo-Mundo, regresando al puerto de Bayona en Galicia, algunos dias antes que aquel, tan cargada de perlas *como pudiera de paja*, segun la frase de un historiador coetáneo (2); de suerte que si la estension de la monarquía no hubiera sido bastante aliciente para que los Reyes Católicos disputáran á palmos la posesion de las tierras que se estaban descubriendo, la esplotacion de sus naturales tributos seria causa sobrada para prodigar á manos llenas las licencias de descubrir á particulares lo que las rentas existentes de la corona no hubieran podido adelantar en muchos años.

Fué Pedro Alonso Niño piloto de la carabela de su nombre que habia ido con el Almirante en su primera espedicion el armador de aquella, bien que Cristóbal Guerra se atribuyese la fama dando su nombre á la espedicion por lo que de fondos para su apresto le habia facilitado un su hermano llamado Luis, que era mercader acaudalado. Salieron de la Barra de Saltes en una carabela los dos aventureros, sin mas compañía que la de treinta y tres hombres; y aunque por seguir con corta diferencia las mismas aguas que Ojeda hasta el golfo de Pária, cosa alguna adelantaron en los descubrimientos cosmográficos que entonces se estaban haciendo, no hay duda que su espedicion se tuvo y fué con efecto la mas lucrativa que en muchos años se hizo al Nuevo Continente, respecto á que habiendo esplotado algunos dias antes que Ojeda la costa de Curiana y el criadero de las perlas, sobre la isla Margarita, tuvo proporcion de hacerse con gran caudal de tan precioso objeto á costa de muy mezquinas retribuciones; de suerte que cuando los buques de Ojeda llegaron á Cádiz en junio de 1500, fué negativa la fama que alcanzaron por el resultado del descubrimiento que hicieran en la parte material de sus especulaciones. Con todo, su aproximacion á la Equinoccial mas que otro alguno hasta entonces se habia acercado, influ-

(1) Froster, *Historia de los descubrimientos y viajes al Norte.*
(2) Pedro Mártir. *Epistolas.*

yó grandemente en el sucesivo proceder de las espediciones que se siguieron, tomando entre todas la primacía la del célebre marinero Vicente Yañez Pinzon, fiel compañero é innegable favorecedor en la primera espedicion del Almirante.

Con la conveniente licencia dispuso el piloto de Palos una armada de cuatro buques, todos útiles y bien provistos para el largo viaje que intentaba, y tenia contratado reservadamente con el obispo Fonseca desde el año de 1495, y dándose á la mar en los primeros dias de diciembre de 1499, desde el propio puerto que absorto habia contemplado á Colon y los suyos cuando la primera espedicion de las tres carabelas, puso el rumbo al S. O. despues de pasadas las islas de Cabo Verde. Siguiéndolo por mas de quinientas leguas, no obstante haber perdido de vista la estrella polar, por lo que esperaban en vano encontrar en el polo del Sur una guia semejante, bien que aun fuese desconocida la constelacion de la Cruz, que en el hemisferio meridional sustituye á aquella, alcanzó con su vista impaciente la tierra del Atlántico Equinoccial sobre los 8° de latitud en el dicho hemisferio; y habiendo llegado á un cabo que llamó de *Santa María de la Consolacion*, y hoy se dice de *San Agustin*, se procuró en él las convenientes noticias, que no pudo adquirir por la ferocidad de sus naturales incomunicables á todo trato. Con todo; para dar á su desembarco toda la formalidad que se requeria, tomó en la mano una bandera, y postrándose en tierra delante de una cruz que mandó erigir sobre la playa, con la fé del respectivo escribano, tomó posesion por la corona de Castilla de aquellas tierras que hoy constituyen el famoso imperio del Brasil, desde el estremo mas oriental de la América del Sur hasta el gran rio de las Amazonas (1).

Verificada la ceremonia y recogidos á sus buques respectivos los que á tierra habian bajado, no sin hacer aguada, se volvieron á tender las lonas al viento que favorable á los designios de Pinzon, soplaba del S-E. para conducirle ventajosamente por la costa que se estiende desde el cabo de San Agustin hácia el N-O. Antes de llegar á la línea Equinoccial, visitó el desagüe del rio Meary, y habiendo enviado á sus riberas algunos botes con gente de guerra para reconocerlas y tomar lenguas respecto al continente que admiraba, no tardaron en verse por entre la espesura sobre una colina inmediata multitud de indios provistos de mazas, flechas y otras armas semejantes: un soldado español que hubo de adelantarse para no infundir temor, con pacíficos procederes les arrojó un cascabel en muestra de amigables rescates: pero al bajarse á coger una barilla dorada que los indios le arrojaron á su vez, cargó sobre él tal multitud de aquellos para maltratarle, que solo al inmediato auxilio de sus compañeros debió el no ser víctima de aquellos salvages. En virtud de semejante alevosía, hicieron las espadas y picas el oficio de las razones que se habian despreciado; pero fué tanta la multitud y tal la fiereza de los indios, que sin reparar en las mortales heridas de los que yacian tendidos, ni en las diferentes condiciones de la pelea,

(1) Navarrete, *Viajes menores*, tomo III.



Lit. de J. J. Martinez Madrid.

LAS NAVES ESPAÑOLAS

mandadas por Vicente Iañez Pinzon entran en el rio de las Amazonas. (Año 1500)



arrollaron á los españoles, tomáronles una barca de las que en la playa habia, y á duras penas dieron lugar á que los otros, con pérdida de algunos soldados, se refugiasen á las carabelas.

Vueltas al viento las velas, tardaron poco en gustar dulces las aguas sobre que aquellas flotaban, por lo que el esperto marino que gobernaba la flota la hizo virar al S-O. entrándose por el ya citado rio de las Amazonas, y estimando su boca en mas de treinta leguas de ancho por entre la costa septentrional de la isla de *Marago* y la opuesta del continente. Reconocidas las islas que alli abundan y cautivadas en ellas treinta y seis personas, atravesaron la línea los espedicionarios hasta recobrar la estrella del Norte; y guiando por el rumbo de la costa por mas de trescientas leguas, entraron á hacer sus rescates en el golfo de Pária, bien que en escasa porcion por lo que hallaron recelosos á los naturales, y ellos no muy satisfechos de la anterior refriega; de suerte que saliendo por las bocas de Dragos, arribaron á la isla Española el dia 23 de junio de 1500, con la obligatoria necesidad que tenian de reparar sus buques y refrescar sus provisiones. Hechos los convenientes reparos para regresar á la península, se hicieron al mar por entre la isla Española y la de Cuba, y habiendo tocado en la Isabela, á que los indios llamaban Samuet ó Saometo, ya conocida de Vicente Yañez desde el primer viaje que por aquellas aguas habia hecho con el Almirante, tuvo la mala dicha de correr un temporal que dió al traste con dos de sus buques en los bajos de *Babueca*. Trasbordada la gente de aquellos á los dos restantes y puestas las proas al Oriente, alcanzaron las costas españolas el último dia de setiembre del año 1500, para desembarcar en el propio puerto de Palos con harta menos gente

de la que habian llevado, bien que en los diez meses de aquella singular espedicion, la primera que en el hemisferio de Occidente atravesó la línea Equinoccial, hubiesen adelantado por mas de 200 leguas los conocimientos geográficos del Nuevo Mundo, dando á las artes las mejores nociones de sus adelantos con un riquísimo reino en que el palo de tinte abundaba en bosques dilatados, del que trajo para muestra hasta tres mil libras: arrancando al reino mineral algunas piedras que se calificaron de muy finos topacios, y estendiendo los conocimientos del reino animal con el hallazgo y conducion á España de la familia de las *zarigüeyas*, estraño animal con el cuerpo y hocico de zorro, las ancas y pies traseros de jimia, los delanteros parecidos á los del hombre, las orejas de lechuza y debajo del vientre otro esterior en forma de talego, donde esconde sus hijuelos despues de haberlos dado á luz, sacándolos solo para mamar, hasta que por sí mismos se saben procurar el necesario alimento (1).

Lo mismo que á Ojeda habian seguido Guerra y Niño, con algunas ventajas en lo de las riquezas del Nuevo Mundo, imitó á Pinzon el piloto Diego de Lepe, dándose al mar con dos naves un mes despues que aquel lo habia hecho. Como Pinzon pasó la Equinoccial y alcanzó por el S-O. el cabo de San Agustin, á que él dió nombre de *Rostro hermoso*; pero en vez de torcer inmediatamente por la costa que proyectaba al N-O. de aquel continente, lo verificó por el lado del S.; y doblando dicho cabo, reconoció algunas leguas mas de las que su predecesor habia visto. El arrojo del nuevo nauta le hubiera conducido por el hemisferio del Sur á mas larga distancia; pero perdidas todas las señales celestes porque la navegacion hasta entonces se habia guiado, y faltos de las provisiones necesarias para esponerse á una investigacion que ofrecia larguísimas costas y menores recursos de los que la pequeña flota llevaba, viraron en redondo para dirigirse á montar el cabo, y seguir, sin saberlo, con los propios percances y por los mismos puertos, la derrota de Vicente Yañez Pinzon, hasta su vuelta á España, que se verificó con muy escasa diferencia en el tiempo y en los resultados comerciales, asi como fué parecida en lo de la pérdida de gente por la variedad de clima y por los combates con los indios.

Como se vé por lo dicho respecto á los anteriores viajes, están fuera de toda discusion los derechos de primacía que autorizaban la dominacion española en aquellas partes ya descubiertas del nuevo continente; pero como las leyes de la razon y del derecho se atropellan con frecuencia por los arranques de la oportunidad ó por la elocuencia de los cañones, no se descuidaron los ingleses por el Norte en preparar sus conquistas, á par que invadiendo los portugueses en el hemisferio occidental del Sur una parte de su territorio, comenzaron á tener en poco la fé de los tratados, y solo pensaron como aquellos en echar las semillas de su dominacion, por medio del trato abierto con los naturales.

Promovió semejantes escándalos en la parte del Sur una imprevista circuns-

(1) Oviedo, *Historia natural de las Indias Occidentales.*

tancia, si ya no fué maliciosa por lo que atropellaba los acuerdos de Tordesillas y los breves del Papa, respecto á la línea divisoria que imaginariamente se habia trazado de polo á polo á una distancia de trescientas leguas mas al Occidente de las islas Canarias. El reciente descubrimiento del camino para las costas del Oriente dió lugar á que el rey D. Manuel de Portugal armase una escuadra poderosa de trece naves, que bajo las órdenes de Pedro Alvarez Cabral, fuese con solemne embajada á los príncipes de aquella tierra, mas que para sentar la armonía de monarcas aliados, para combinar los tratos de interesados comerciantes. Dados al viento los bajeles con rumbo al S. desde Lisboa el dia 9 de marzo de 1500, quiso el mencionado capitan inclinarse sobre el Occidente con objeto de evitar las frecuentes calmas de las aguas de Guinea; y habiendo corrido por aquellos rumbos harto mas de lo que la necesidad aconsejaba y los tratados permitian, pasó la línea Equinoccial, y sobre la latitud de los 10° S. echó de ver por la proa cierta tierra de la que ninguno de la armada tenia noticias. Animado por tan estraña novedad en una época en que semejantes descubrimientos estaban haciendo la gloria principal de los navegantes, arribó algunas leguas mas hácia el austro del cabo de San Agustin, ya reconocido por nuestros espedicionarios; y tomando el propio rumbo que habia seguido Diego de Lepe, por lo que mas se acomodaba á la índole de su viaje, reconoció toda la costa que proyecta hácia el S-O. hasta llegar á un puerto que por su comodidad y buena disposicion tomó entonces, y aun hoy conserva el nombre de *Puerto Seguro*, sobre los 16° de latitud al austro. La sencilla bondad de los naturales, con quienes trató en cambios de poca monta, y la frondosidad de la tierra, asi como ciertas noticias vagas de oro con que se alimentó la fantasía atropellando las realidades, hicieron á Cabral concebir el proyecto de adjudicar á su rey aquella tierra; proyecto que si á un súbdito puede disculparse por el amor de su príncipe y la grandeza de su patria, no puede tolerarse siquiera al monarca justo que tenga en algo las leyes del derecho y las condiciones del decoro.

Tomóse, pues, solemne posesion por los portugueses de aquellas lejanas tierras el dia 22 de abril, esto es, tres meses y dos dias despues que los buques de Pinzon habian tocado en aquel continente, y aun hubiera procedido Cabral á su ocupacion y colonizacion formal, si las mayores ventajas de su primitiva empresa no fueran tan palpables, por lo que tuvo que abandonar la nueva tierra; pero como llevase en sus bajeles hasta veinte delincuentes condenados al destierro, por si pudieran servir de algo en los casos estremos, hizo con previsora política desembarcar á dos de aquellos para abandonarlos entre los indios, á fin de que se familiarizaran con el conocimiento de la lengua y costumbres de aquel pais, y pudieran servir de intérpretes á las sucesivas espediciones.

Semejante proceder habia usado Sebastian Caboto en su incursion por las tierras del Norte, puesto que á la tripulacion de sus buques pertenecerian, sin duda, ciertos ingleses que Ojeda hallara en su primer viaje por las inmediaciones de Coquibacoa: de donde resultó que los Reyes Católicos, celosos de su poder

y de la concesion que el Papa les habia dado para enseñorearse de cuantas islas y tierra firme se descubriesen en las partes de Occidente, no entrando ni en sus cálculos ni en las condiciones de su fuerza, la sustentacion de sus derechos por el camino de la guerra, creyeron en el gran recurso, que pusieron en práctica, de espedir títulos de gobernadores de las respectivas tierras, á todos aquellos que se diesen á la conquista y colonizacion de las del Nuevo Mundo, cuidando siempre de aumentar las franquezas á los que sentasen su poder en las costas y provincias aun no descubiertas en anteriores viajes.

Primer resultado de semejantes disposiciones, fué, sin duda, el famoso viaje que *para descubrir nuevas tierras*, segun los artículos de la capitulacion, emprendió por octubre de 1500, el escribano de Sevilla Rodrigo de Bastidas, con dos bageles de mediano porte, en que se dió á la mar desde el puerto de Cádiz. Sin tomar como Ojeda y Niño el camino de Pária, ni como Pinzon y Lepe tratar de atravesar el Equinoccio, corrió hácia las islas de los caribes, y descubriendo una á que llamó *Isla Verde*, entre la de Guadalupe y el continente, se entró en el golfo de Venezuela, reconoció despues las tierras al Sur, y al Oeste de Coquibacoa montó el cabo de la Vela, que hasta alli habia sido el término de los viajes por la parte del Septentrion en lo correspondiente á la tierra firme. Con rumbo siempre al S-O., avanzó mas que Ojeda y Niño sobre ciento y cincuenta leguas, hasta que corriendo por las costas de *Santa Marta*, y atravesando las bocas del gran *rio de la Magdalena* dió vista á los puertos de la *Galera de Zamba* y de *Cartagena*, marcó en su diario las islas de *Barú* y de *San Bernardo*, descubrió igualmente la *Fuerte* y la *Tortuguilla*, tocó en el puerto de *Cispata*, reconoció el rio *Sinú*, y entró por último en el golfo de *Darien* montando la punta de *Caribana*. Despues de recorrido todo aquel profundo seno que se interna hácia el Mediodia como unas veinte leguas, volvióse á la costa esterior del continente doblando el cabo *Tiburon*, que sirve de límite Occidental al mencionado golfo; y siguiendo el rumbo al N-O. hasta el cabo de *San Blas*, todavía continuó hácia el Poniente obra de diez leguas que hay desde dicho cabo al puerto de *Escribanos*, que está á la altura de 10° N. y 72° 50' al Occidente, donde puso fin á sus investigaciones.

Asi en los progresos de tan larga navegacion, como en los tratos y cambios que en ella se hicieron, fué constante la buena dicha que guió á los aventureros, tanto por la bondad de su capitan Bastidas, cuanto por la industria y conocimientos marineros que adornaban á su piloto el célebre Juan de la Cosa; asi fué que no faltaron al rescate de oro y perlas los indios de todos los puertos en que ambos buques hicieron escala, ni menos los marciales aprestos de la guerra perturbaron la recíproca armonía de los cambios.

Con todo; por lo que tiene de inconstante la fortuna, reservaba á aquella espedicion el resultado mas infeliz que nunca pudiera preveerse, como que taladrada la tablazon de los buques en toda su obra viva por la terrible *broma*, especie de gusano de mar cuya abundancia se hace notar particularmente bajo la

zona tórrida, comenzaron aquellos á hacer agua en tanta abundancia, que poco les faltó para irse á pique. Los cuidados, sin embargo, que semejante percance introdujo en las tripulaciones para animarlas al trabajo constante en el desagüe de los bastimentos, permitieron que á duras penas pudiera llegar la espedicion á la isleta del *Contramaestre*, no lejos mas de una legua de la isla Española; y despues de haber carenado alli los buques, siempre observantes de las órdenes que les prevenian no tocar en tierras descubiertas por el Almirante, se volvieron á la mar con propósito de regresar á España. Sucesivos temporales arrojaron de arribada en distintos puertos de la citada isla Española aquellos desdichados bastimentos, hasta que hallándose en el llamado *Puerto Príncipe*, que entonces se decia de Jaragua, tan trabajados por los temporales y tan estropeados por la broma, se fueron al fondo con la mayor parte de sus adquisiciones, bien que todos los hombres se salvasen con alguna, la mas ligera parte de sus cargamentos, de los cuales quemaron en la playa los que no pudieron conducir á Santo Domingo, y con todas las noticias de las tierras, puertos, rios, ensenadas, cabos é islas que en aquel viaje se habian descubierto.



El segundo viaje de Alonso de Ojeda fué casi en todo igual al anterior, bien que los resultados variasen hasta cierto punto, por la deslealtad de sus compañeros y súbditos que le entregaron preso en la isla Española, despues de haber vagado por las costas y puertos ya conocidos, y de haber pretendido en vano colonizar en las tierras cercanas al cabo de la Vela, donde se habian encontrado

con un español á quien Bastidas habia dejado para que comunicara frecuentemente con los indios, cuya bondad garantizaba su existencia. Tambien habian contratado los Reyes Católicos con Vicente Yañez Pinzon, un segundo viaje á las tierras del Sud para colonizarlas, adelantando los aprestos que ya se estaban haciendo con igual intencion en la córte de Lisboa; pero como los resultados de semejantes acuerdos ó capitulaciones se habian observado hasta entonces poco dignos de la cordura con que debia procederse en tan árduas empresas, puesto que por acusaciones calumniosas ó verídicas de ocultaciones en lo de los géneros del Nuevo Mundo, se habia procedido judicialmente contra Niño, contra Ojeda, y hasta contra el bondadoso y desdichado Bastidas en la isla Española, ó no creyó conveniente el referido Pinzon esponerse sin bastante autoridad á los cargos y desdichas que las sugestiones envidiosas de la ambicion sustentaban, ó sus negocios no le permitieron volver á tomar sobre su responsabilidad la de fundar en tan remotas tierras una nueva poblacion con génios díscolos y poseidos de muy encontrados intereses. Lo cierto es que hasta la cuarta y última empresa de Colon, nada mas pudo adelantarse respecto á descubrimientos que aquello que ya estaba hecho, cuyos resultados, halagando el espíritu osado de tantos aventureros, la justa ambicion de nuestros monarcas, las pretensiones menos justificadas de los demas reyes de Europa y la filosófica meditacion de los hombres científicos, pusieron de manifiesto á todos por una distancia de 28° de N. á S., entre los 12° de latitud septentrional y los 16 idem austral, inclinándose asimismo de Levante á Poniente sobre 36°, entre los 37 y 73 del meridiano de Cádiz, una porcion de costa de mas de 800 leguas, sin contar la que en los mares del Norte se estaba á la par descubriendo por los navegantes ingleses. Semejante resultado, debido á la pericia y constante osadía de los marinos de España y Portugal, fuera de lo que á la inmensa gloria de Colon corresponde, no hay duda que hace del último año del siglo xv una época tan brillante como no es fácil hallar otra en los anales del mundo, ni en el apogeo de las naciones, por lo que á sus especiales circunstancias debieron las ciencias exactas, combinadas con la de la navegacion, el engrandecimiento ulterior del comercio, el arte de la construccion naval, el sistema de la guerra marítima, limitada hasta entonces á una táctica mezquina, y finalmente, por el vasto campo que se abrió en tierra y en mar á las imponderables hazañas de nuestros ascendientes.



CAPITULO XXIII.

Nombramiento de D. Fr. Nicolás de Obando para gobernador de la isla Española.-Aprestos de su espedicion.-Sale al mar el dia 13 de febrero de 1502 con soberana jurisdiccion sobre todos los gobernadores do cuantos paises se fueran colonizando.-Temores de un naufragio, y escaso pero sensible resultado de una fuerte tormenta.-Proposiciones del Almirante sobre su cuarto y último viaje en busca del estrecho que le condujera á las regiones de Oriente: son aceptadas, y se procede inmediatamente á la espedicion que se dió al mar el dia 9 de mayo.-Socorre la plaza de Arcilla, toca en las Canarias, y haciendo escala en las islas de *Mantinino* y Dominica llega á la altura del puerto de Santo Domingo.-Gestiones de Colon para entrar en el puerto: negativa de Obando y razones en que esta se fundaba.-Señales de próxima tempestad avisadas por Colon se desprecian por quiméricas; pero saliendo al mar de regreso para España la flota de Obando con Bobadilla y los acusadores de Colon, se desata el huracan anunciado y todos perecen.-Fortuna que corrieron los buques del Almirante: su derrota: reconocimiento de la isla *Guanaja* y toma de posesion en el cabo de *Honduras*.-Frecuentes tempestades hasta el *cabo de Gracias á Dios*: visita la espedicion la *costa de Mosquitos*, sufre un funesto desastre en el Puerto de Blewfiel, y fondea en San Juan de Nicaragua.-Reconocimiento de *Costa Rica*.-Continúa la espedicion en busca del estrecho hasta el puerto de Escribanos, y por no haberlo hallado retrocede por las mismas aguas surcadas hasta *Veraguas*.-Fundacion de la colonia para esplotar las riquezas del territorio y continuar por tierra los descubrimientos: opónense los naturales: calamidades que surgen de la colonizacion, y hazaña especial de Pedro Ledesma.-Se abandona en tierra una carabela y las otras parten do aquellas aguas con rumbo á la isla Española.-Tempestades y peligros por el mal estado de las carabelas.-Aportan á la *caleta de Santa Gloria*, y salvándose equipages y provisiones se sumergen los bastimentos.

Fue, como se ha dicho, uno de los primeros acuerdos tomados por los Reyes Católicos en desagravio del Almirante, la deposicion de Bobadilla por lo que en el desempeño de su comision se habia escedido á las verdaderas intenciones de los monarcas; pero lejos de nombrar, como parecia justo, al propio Almirante para el encargo de que se le habia desposeido con tanta ignominia, pesáronse en la balanza de la buena política los consejos de la prudencia, y á fin de evitar nuevos escándalos y posibles venganzas, con muy suaves palabras y largas promesas se detuvo á aquel en Castilla por término de dos años, proveyendo el gobierno de la Española en la persona de Fr. Nicolás de Obando, comendador de Lares en la órden de Alcántara, el cual por su justificada integridad y amor á la justicia, asi como por su alta capacidad, esquisita prudencia y sóbrias condiciones, se juzgó á propósito para tomar las riendas del gobierno de aquellas posesiones, en donde los disturbios del tiempo de Colon y la pésima administracion de Bobadilla habian trastornado todos los lazos de la buena disciplina.

Cuantos buques venian de Santo Domingo, denunciaban, con efecto, torpes abusos y manifiestos agravios, en tanto que la administracion de Bobadilla no dejó de sentirse en la isla Española; y si bien es cierto que á pesar de haber disminuido la parte de derechos que debian pagar á la corona los que esplotasen las minas, las rentas habian rendido tan grandes productos como no se habian logrado jamás en tiempo del Almirante, no es verdad menos positiva que semejantes ventajas se debieron á las arbitrarias medidas del gobernador, por cuyas órdenes, contrarias en todo á los deseos de los monarcas, se estableció la esclavitud regularizada de los indígenas, repartidos como bestias para el trabajo entre todos los españoles.

Con todo: estaba ya espirando el año de 1501, y todavía se continuaba la permanencia de Obando en España, no tanto por la dificultad natural de los inmensos aprestos que se hacian para proveer la armada que habia de conducirle, la mayor que hasta entonces se dispusiera á engolfarse en el Océano, sino por los meditados acuerdos que, en virtud de los descubrimientos mas recientes, se vieron precisados á tomar los Reyes Católicos.

La considerable estension de tierra firme que desde Lepe hasta Bastidas se habia adjudicado á la monarquía española, y la conveniencia reconocida de poblarla con colonias importadas desde el viejo continente, de las que reconocieran el señorío de nuestros reyes, como igualmente la multitud de islas que en el mar de las Antillas se habia reconocido de grande utilidad para el comercio, todas fueron causas bastantes para que al decretar el envío de una persona con plenos poderes para el gobierno de la Española, se procurase tambien subordinar los demas gobiernos que por aquel hemisferio se establecieran en adelante, ya que los malos ejemplos de sucesivas espediciones, en que las rivalidades sofocaron todas las garantías del primordial objeto, que era la colonizacion, habian acreditado la necesidad de someter á la accion de un poder superior todos los atributos de los demas poderes.

Al mismo tiempo se entendia en las reparaciones materiales que al Almirante se debian, con tanta mas razon, cuanto que cediendo á otra persona los cargos que á él y nada mas pertenecian de derecho, segun el contenido de anteriores capitulaciones, convenia á los monarcas desplegar en todo lo demas concerniente á su persona tal celo, que mitigase la accion arbitraria de sus disposiciones. Dióse, pues, comision al nuevo gobernador de la Española, para tomar residencia á Bobadilla de todos los actos de poder ejercidos desde el momento de su arribo á Santo Domingo: sobre todo se le ordenó que tan pronto como llegase á su destino procurara indemnizar al Almirante en la persona de Alonso Sanchez de Carbajal que llevaba sus poderes, de cuantas cantidades y demas objetos le habia despojado Bobadilla, satisfaciéndose de los bienes de éste cualesquiera otros que á Colon se hubiesen enagenado ó consumido, y de las rentas del pais la parte que en el oro y demas objetos le tocasen antes y despues, segun las capitulaciones que sirvieran de base para el primer descubrimiento.

Con tales prevenciones y otras que tocaban directamente al sin número de restricciones con que se hizo, menos provechoso de lo que pudiera haber sido por cerca de trescientos años, el comercio de nuestras posesiones trasatlánticas, se embarcó por fin Obando con régia comitiva de guardas, escuderos y criados, en la armada de treinta buques que le aguardaba en el puerto de Cádiz, de los cuales eran cinco naves de mas de ciento y cincuenta toneladas, y los otros carabelas de mucho menor porte; conduciendo entre todos sobre dos mil personas, en que se contaban oficiales y artífices de todos los oficios, y algunas familias enteras, para echar los cimientos al mejor régimen de la colonia. Puestas al viento las velas de todos aquellos buques desde la bahía de Cádiz, el dia 13 de febrero de 1502, á vista de la multitud que se agolpaba en el muelle con distintas afecciones, comenzaron los buques á navegar prósperamente con rumbo á las Canarias; pero cuando apenas habian avanzado algunas millas, sobrevino contra ellos tan recia tormenta, que en breve se vieron forzados, para no perecer, á echar al mar la mayor parte de sus enseres, cuyos restos, derramados poco á poco en las playas inmediatas al puerto de la partida, hicieron correr la nueva de que toda la armada se habia perdido. Semejante noticia, propagada con la celeridad que es comun á los malos sucesos, consternó de un modo lastimoso á cuantos habia interesados en el feliz viaje de aquellos buques: en particular los Reyes Católicos que tanto se habian esmerado en su apresto, negaron su presencia por mas de ocho dias á cuantas personas quisieron hablarles, por lo que les afectaba la desdicha de tantas víctimas; pero en seguida se rectificaron aquellas especies con mas seguras noticias, por las que resultaba que solo un buque habia perecido, y con él hasta el número de 120 personas; los otros pudieron reponerse ya unidos de nuevo en la isla de la Gomera, desde donde, engolfándose en el Océano, llegaron el dia 15 de abril al término de su viaje, sin mas peligros ni contratiempos.

No estaba ocioso entre tanto el Almirante, que sin embargo veia escapársele de las manos todos los honores que por su industria habia adquirido muy justamente. Su ambicion se apartaba de los bienes perecederos, y siempre constante en su propósito de la circumbalacion de nuestro globo, se propuso otra vez ponerse al frente de los descubrimientos, con mas altas tendencias que los que hasta alli le habian seguido. Los descubrimientos de Pinzon y Lepe en el hemisferio del Sur, y por el Norte los de Niño y Bastidas, asi como las noticias que se tenian de los viajes que sobre los sesenta grados de latitud septentrional habian practicado Caboto y los Cortereales, le infundian alguna vez las sospechas de que uese todo aquello un nuevo continente muy distinto del que hasta alli habian habitado las razas civilizadas, bien que permaneciendo mas apegado á las sagradas doctrinas, volvia con frecuencia á su ilusion de que habian descubierto las costas mas orientales del mundo conocido. En ambos casos le aconsejaba la razon ciertas teorías que estaban muy distantes de ser verdaderas; pero él las aceptaba con todo el fuego de su rica imaginacion, y por consecuencia de ellas hubo de

37

proponer á los Reyes Católicos, que en su complacencia se esmeraban, las condiciones preliminares para su cuarto viaje.

Si las Indias por industria del Almirante descubiertas, no eran acaso las mismas que los portugueses habian hallado doblando el cabo de Buena Esperanza, todavía se figuraba que por algun estrecho de aquellas se habia de comunicar con las regiones del Oriente; y en tal caso, recordando su costeo meridional de la isla de Cuba, á que él, de acuerdo con todos los individuos de los buques que mandaba, habia dado el nombre de Tierra firme, y teniendo á la vista las noticias del viaje de Bastidas por las costas occidentales del continente hasta el istmo de Panamá, las cuales se prolongan paralelas á Santo Domingo, Jamáica y Cuba, daba por seguro que doblándose las de esta hácia el Sur, como lo habia observado en el término de sus investigaciones, irian acercándose á las de Bastidas, mas al Oeste del puerto de Escribanos, para formar el estrecho de comunicacion entre ambos mundos: hipótesis que confirmaban en su mente la direccion y la violencia que habia observado en las corrientes de aquellos mares. Pero si al contrario resultaba mas verdadera su favorita suposicion de haber llegado á los últimos límites del mar en las regiones orientales, entonces, dando como natural la rusticidad de los habitantes de aquellas costas, por lo que se apartaban de la civilizacion con sus esclusivas tendencias de sencillos pescadores, tambien apreciaba grandemente las condiciones de aquel estrecho ó golfo que sin duda le conduciria hasta las bocas del Ganges (1).

Espuso, pues, su doctrina en la córte, y aunque algunos parciales de Fonseca trataron de desacreditar su empresa antes de comenzarla, hablando de la falta de fondos y del esceso de los gastos que aquellos viajes producian no siendo por cuenta de particulares, los Reyes que veian los resultados que á Portugal rendian sus espediciones, aceptaron gustosos los capítulos, creyendo con justicia que, en cualquiera de los dos casos ó suposiciones, ningun otro marinero que Colon habia de ser tan diestro en facilitar el trato y comunicacion que con el Oriente se deseaba. Diéronle, pues, con nuevas concesiones y con la ratificacion de todos sus anteriores privilegios, transmisibles á sus descendientes, cuantos recursos necesitó para el apresto de su armada, que esta vez se compuso de cuatro carabelas de escaso porte, y tripuladas nada mas que por ciento y cincuenta personas, entre ellas el adelantado D. Bartolomé, y D. Fernando Colon, el hijo natural del Almirante, que á la sazon contaba trece años. A su otro hijo D. Diego dejó encomendados sus negocios en la córte con duplicadas copias legales de todos sus privilegios, para el caso de una posible desgracia: hizo donacion de cierta parte de sus rentas al comun de Génova para alivio de los derechos del trigo y otros

(1) Tales son los cálculos que se desprenden de la carta escrita por Colon en Jamáica con fecha 7 de julio de 1503 y dirigida á los Reyes Católicos, con noticias circunstanciadas de sus trabajos é investigaciones, donde se lee: "Tambien dicen que la mar boxa á *Ciguare*, y de allí á diez jornadas es el rio de *Gangues*." Navarrete, *Coleccion Viages*, tomo I.

artículos en favor de los pobres de su patria (1), y con tales cargos cumplidos, se dió á la mar del puerto de Cádiz en el año de 1502, el dia 9 de mayo.

En vez de dirigir el rumbo como otras veces á las Canarias, por la que era costumbre de reponer las provisiones gastadas en tan corta travesía, se tomó la derrota de las costas de Africa para dar socorro á la plaza portuguesa de Arcilla, que á la sazon tenian allí bloqueada con marcial empeño las fuerzas marítimas del rey de Marruecos. Por fortuna, cuando la flota de Colon dió vista á las playas africanas ya las galeras moriscas surcaban fugitivas las aguas del Océano, de suerte que á nuestros buques no les cupo otra gloria que la de emprender su persecucion, bien que lejana, para aumentar en lo posible la ignominia de que ya aquellas iban cubiertas.

Sobre la altura á que se encuentra la ciudad morisca que dió nombre al famoso imperio de las playas africanas, torció Colon de sus buques el rumbo lo bastante para colocarse en la derrota de las Canarias, á las cuales arribó para hacer aguada y provision de leña, saliendo otra vez al mar el dia 25 de dicho mes de mayo con tan próspero viento de los constantes, que sin mudar una vela llegó á la isla de *Mantinino* (2), en las de los caribes, el dia 15 del siguiente junio. Despues de solazarse en ella tres dias sus gentes, y volver á tomar leña como en las Canarias, desde la parte occidental de Mantinino subió la flota á la Dominica, separada de aquella unas diez leguas (3), y luego, abandonando por conocidas las Antillas menores, navegó por la costa del Sur de Puerto-Rico hasta la entrada del puerto de Santo Domingo en la Isla Española.

Cuando se vió el Almirante tan cerca del parage donde habia recibido los mayores agravios de sus enemigos, quiso ostentarse otra vez restablecido en el libre ejercicio de sus acciones, bien que no con el poder inmenso que en ante-

(1) Procurando guiar nuestra publicacion mas especialmente con documentos inéditos, hemos equivocado las reflexiones relativas á la verdadera patria de Colon, por haber sido apócrifa la copia que poseiamos de su testamento. Consultado despues este con mejor criterio, nos hemos convencido de que Colon fué verdaderamente natural de la propia ciudad de Génova, segun lo afirma en dicho su testamento presentado en autos del pleito que se siguió mas adelante sobre la sucesion de su casa, en una de cuyas cláusulas dice asi: "Iten: mando al dicho D. Diego, mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho mayorazgo (instituyólo el Almirante por facultad real concedida á 3 de abril de 1597), que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linage que tenga alli casa é mujer, é le ordene renta con que pueda vivir honestamento, como persona tan llegada á nuestro linage, y haga pie y raiz en la dicha ciudad como natural della, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, PUES QUE DELLA SALI Y EN ELLA NACI. Con esta declaracion tan clara y concluyente, creemos que quedarán para lo succsivo desvirtuados cuantos argumentos se han escrito para probar por distintas vias la misma verdad ú otra en contrario.

(2) El señor Navarrete en su Coleccion de Viajes supone fuese dicha isla la que hoy se llama de Santa Lucía, y Wasinthon Irving cree que era la Martinica. Las condiciones con que la describo don Hernando Colon que iba en el viaje convienen mejor con la opinion del señor Irving, y por la situacion respectiva de ambas con la Dominica, de que tambien se trata, parece mas ajustada la opinion del señor Irving. La cuestion, sin embargo, es de poca monta, y por lo mismo no creemos conveniente analizarla con mas detenimiento.

(3) La distancia de Santa Lucia á Dominica es harto mayor que la de Martinica á la misma Dominica: como que la Martinica está en el medio de las dos, y por sus mayores condiciones avistándola, como era forzoso, no pasaria desapercibida por los que en las otras, mas insignificantes, hacian escala. Tambien conviene advertir que siendo la Martinica muy alta y pudiéndose divisar desde quince leguas á la mar, necesariamente seria la primera á que se dirigieran los buques.

riores ocasiones allí habia ejercido. Tomó por pretesto el cambio de un buque poco velero y de escasas seguridades, y en tal concepto envió á tierra un bote con la nueva de su aproximacion para suplicar á Obando que le diese franca entrada; pero asi el nuevo gobernador de la isla como el mismo Colon tenian reales instrucciones en contrario, y el permiso fué negado con sobrado escándalo de los que tal desaire entendieron, bien que por culpa de quien asi trataba de quebrantar los reales mandatos, por lo que la vanidad ó la ostentacion frívola de merecidas consideraciones suele cerrar las puertas del entendimiento.

Por mas que no gustase á Colon la negativa, que al cabo en tierras propias se le hacia, no vaciló en conformarse con el cumplimiento de lo mandado; pero como á la sazon estuviese para darse á la vela de regreso á España la considerable escuadra que habia conducido Obando, y en el cielo observase el famoso marino intachables señales de próxima tormenta, todavia volvió á entrar en el puerto de Santo Domingo el bote mensagero á suplicar que no saliesen al mar los buques hasta que pasada la tempestad evitaran un posible naufragio. El tiempo estaba sereno, el cielo despejado, y la profecia de Colon se tuvo por una quimera: es verdad que contribuian á su descrédito de una parte los deseos que la gente de mar tenia de volver á España, y de otra la voluntad con que apresuraba el nuevo gobernador el envío de Bobadilla con todos los delincuentes que habian tomado parte en las insurrecciones y trastornos de la isla en el tiempo que la gobernara el Almirante.

A par que los buques de Colon siguieron su ruta cercanos á la costa de la isla Española, siempre recelosos del anunciado peligro, diéronse á la mar los de la grande armada, tan confiados en las apariencias de su feliz regreso como si dispusieran á su gusto de los elementos; pero cuando apenas se habian apartado del puerto algunas millas los azotó el huracan repentino, con tal furia que en su mayor parte perecieron entre las ondas, siendo muy pocos los que destrozados ó inútiles pudieron alcanzar su salvacion en el mismo puerto de Santo Domingo. Una sola carabela, acaso la mas débil de la flota, corrió la tormenta con felicidad, y aportó segura á las playas de España, lo cual se tuvo por milagro respecto de venir en ella el interventor enviado por Colon para el rescate y conduccion de sus bienes y caudales. Todos los que á la corona pertenecian se hundieron en la profundidad de aquel mar proceloso, que á la par dió triste é ignorada sepultura á Bobadilla, á Roldan y á todos los que, por tan culpables medios como referidos quedan, habian dispuesto la ruina del Almirante: de suerte que á no haber perecido allí gran número de inocentes, bien podria atestiguarse con aquel desastre la indeclinable justicia de la Providencia.

Entre tanto los buques de Colon tambien sentian los efectos de aquel violento huracan, cuyo bramido repetidas veces les anunciaba la mas funesta desgracia. La carabela capitana se sostuvo á la capa cercana á la costa; pero las otras, sin el necesario conocimiento de la misma, y por temor de estrellarse contra alguna roca ó de abrirse en algun banco desconocido, se engolfaron en alta mar, donde



la rudeza de la tempestad no las permitió permanecer juntas. En mas de una ocasion se auguró en cada una el naufragio de las otras, y el mismo Colon llegó á suponer tambien que se habrian perdido todas; pues tal era la violencia del huracan que imposible parecia el que ninguna en alta mar se salvase. Pero despues de varios dias que sin rumbo cierto corrian á merced de los vientos y de las olas, serenada la tormenta y llenas de averías se juntaron las cuatro en el *Puerto Hermoso* al Occidente de Santo Domingo, donde hoy se dice la grande *ensenada de Ocoa*, y despues de repararse allí en lo posible, volvieron á la mar para entrar de arribo en el puerto Jaquemel, donde permanecieron hasta el dia 14 de julio guarecidas de otra tormenta menos peligrosa que se siguió á la primera.

Reparadas ya las averías que en tanto peligro habian puesto los bajeles, se hicieron á la mar con rumbo al O 1|4 S. O. para tocar el 16 de julio en los *cayos de Morante*, donde se entretuvieron en hacer aguada profundizando la arena para obtenerla, despues de cuya operacion, volviendo á hincharse las lonas, navegaron algunas millas á Occidente hasta que, cesando las brisas y quedando los buques á merced de las corrientes, fueron conducidos por la derrota del N-O. hasta el grupo de isletas que en el S. de Cuba habia llamado Colon en su segundo viaje los Jardines de la Reina.

Tan pronto como permitieron los vientos navegar otra vez se entregó al mar la flotilla virando con direccion al S. O., con lo cual, tras de algunos dias de na-

vegacion, arribó á una isla pequeña, bien que levantada y tan galana en vejetacion como cumplia á la vista de los ansiosos navegantes. Por los robustos pinos que en ella se elevaban con preferencia sobre todos los demas arbustos, quiso darla semejante nombre el Almirante; pero sea que ya lo tuviese otra, ó bien que á los sucesivos poseedores no les pareciese mal el que los naturales le daban, conservó siempre el de *Guanaja* con que aun hoy se distingue, sobre los 16° de latitud N. y no lejos de los 80° de longitud al Occidente de nuestro meridiano. Allí desembarcó el Adelantado con algunas fuerzas para tomar lenguas de los naturales, que sin miedo ni admiracion al ver á los europeos entraron con ellos en suave trato, manifestándoles por señas las riquezas en que abundaban ciertos paises al Occidente, de donde acababa de llegar una muy grande canoa provista de armas tales como espadas de madera con guarniciones de piedra, cortantes hachas de cobre, y algunas bagatelas como campanillas del propio metal, vasos de mármol y de barro etc., con lo cual se confirmaron las noticias de los isleños respecto á las regiones mas cultas y abundantes que en el O. existian.

Con todo, y á pesar de las instancias que hicieron al Almirante varios de la comitiva, como era su primitivo objeto encontrar por las inmediaciones del golfo de Pária el estrecho que buscaba para llegar á las Indias del Oriente, volviose á la mar decidido á alcanzar las costas de cierta tierra que al S. divisaba, para tomar con ellas su propia direccion hácia el Oriente, seguro de que le conduciria su fortuna al paso que buscaba. Llegó, con efecto, tras de corta navegacion al cabo de *Honduras*, al que entonces llamó de *Caxinas* por cierta fruta que en él abundaba, y otra vez el Adelantado salió á tierra para adquirir noticias el dia 14 de agosto y oir misa sobre la playa: ceremonia á que asistieron en su mayor parte todas las tripulaciones de los cuatro bastimentos. El 17, algunas millas mas al Oriente del cabo de Honduras, volvió á tierra el Adelantado con mucha gente de guerra en marcial ordenanza: y tremolando las banderas de Castilla al son de las cajas y trompetas pregoneras de la ceremonia, se verificó la toma de posesion con todas las formalidades que eran consiguientes al acto.

Tras de ella, y habiendo recibido con algunas noticias sobre el territorio, varias provisiones de los naturales, ya reembarcadas las gentes se dieron al mar los bajeles, con vientos contrarios, para seguir el rumbo que Colon se habia propuesto. Con todo; el Almirante no quiso destruir por semejante causa su propósito, antes bien, bordeando la costa hácia el Oriente, y sufriendo la mas terrible y constante tempestad que hasta entonces habia visto, alcanzó el *Cabo de Gracias á Dios* el dia 14 de setiembre, tan cansado y aburrido de la fortuna, como si nuevo en el oficio jamás hubiera esperimentado el mas ligero contratiempo. Es verdad que los padecimientos de aquella travesía no pudieron compararse con los que naturalmente se desprenden de una tormenta cualquiera por peligrosa que sea, puesto que alli, fatigados los marineros, apocados los hombres de guerra, desorientados los pilotos sobre una costa desconocida, y horadados los bajeles por la influencia de la terrible broma, perdidos los botes en dos de ellos, resentida la

arboladura, y faltos, en fin, de toda esperanza, al impulso de un temporal que con muy cortos intervalos habia soplado furioso y constante por espacio de dos meses, ni las fuerzas humanas tenian poder bastante para hacer frente á los trabajos sucesivos de semejante situacion, ni el espíritu era capaz de permanecer enaltecido, por mas que le alentase la mas grande de las empresas. Luego sobre el Almirante pesaba el grave cargo de haber comprometido en aquella, contra la propia voluntad, á su hermano el Adelantado, y sentia á la vez los peligros donde habia lanzado á su hijo D. Fernando en la temprana edad de 13 años: de suerte que todo el temple de su ánimo no bastaba para sustentar la flaqueza de su cuerpo, ni los temores de cuantos se habian entregado á sus vastos conocimientos.

Por fin, doblando el cabo de Gracias á Dios, que tal lo nombró Colon porque en su altura descansaron las tempestades, viraron al S. los buques para seguir por toda su estension, la que hoy se llama *costa de Mosquitos*; pero como á las sesenta leguas, poco mas ó menos, hubieran entrado en un puerto, el de *Blewfiel*, para reponerse algun tanto de los pasados trabajos y hacer aguada y leña, se entraron los botes por el curso de cierto rio que alli desemboca, y al regreso, levantándose repentinamente el mar causó tan grande conmocion en su choque con las aguas de dicho rio, cual fué bastante para sepultar en sus mezcladas ondas uno de los botes con todos los infelices marineros que lo tripulaban. Colon puso á aquella siniestra vertiente *rio del Desastre*, y se apresuró á avandonar el puerto de tal desdicha para fondear el dia 25 en el de *San Juan de Nicaragua*, donde se trató largamente con los naturales, en tanto que se repararon los buques y se refrescaron las provisiones.

Tomando de aquellas tierras algunos indios para intérpretes, se introdujo la flota por la que se llama *Costa Rica*, en cuyos puertos, haciendo escala siempre que las circunstancias lo aconsejaban, tuvieron ocasion los aventureros de observar la pureza del oro que sus natúrales usaban por adorno, y á sus informaciones debieron tambien las noticias de que en aquellas tierras era artículo de estremada abundancia. Cuando las tendencias de la primera espedicion tenian por objeto principal el hallazgo de riquezas, cualquiera que fuese el pais en que se encontrasen, sin duda que las muestras adquiridas en la Costa Rica hubieran parecido mas que suficientes para colonizar en ella y esplorarla con especial detenimiento; pero como en el caso que referimos predominaba la idea de buscar un paso á las tierras que habian hallado los portugueses viajando al Oriente, Colon no se entretuvo gran cosa por entonces en los rescates, y siempre animado en su propósito continuó reconociendo por el rumbo oriental hasta el puerto de Escribanos, ya visitado por Bastidas. Sea que entre los marineros de sus tripulaciones hubiese algunos que en la espedicion de Bastidas asistieran, ó bien que antes de salir de Cádiz el propio Colon hubiera adquirido exactos conocimientos de los parages en que aquel tocara, lo cierto es que se abandonó el propósito de hallar el estrecho apetecido, y tomando distinto rumbo con la imaginacion del Almirante los buques que mandaba, retrocedieron por las aguas que habian seguido.

Era entre los puertos visitados al navegar la costa el de *Puerto-Belo* que mas habia llenado los deseos de aquellos aventureros, por lo que sus condiciones se sujetaban á la conveniencia de un espacioso á par que seguro anclage: por cuya razon, abandonando el hallazgo del estrecho, volvieron los buques con direccion al Occidente hasta alcanzar dicho puerto el dia 5 de diciembre. Pero en el tránsito anterior habian adquirido noticias de inmensas riquezas derramadas por la naturaleza en tierra de Veraguas, todavía mas al Oeste, y por lo que convenia á Colon justificar las condiciones de aquella empresa, volvió al mar el dia 6 con ánimo de situarse en parage mas conveniente y cercano á la esplotacion del terreno. Pero las tormentas que tanto le habian trabajado en aquella espedicion volvieron á dar cuenta de su terrible influencia bajo los trópicos, y por nueve dias corrieron en alta mar los bajeles la mas furiosa que hasta entonces habian sufrido; tal, que dándose por perdidos marineros, soldados y pilotos, repetidas veces se confesaron públicamente y en alta voz para reconciliarse con la divina misericordia, cuyos efectos aguardaban de un momento á otro. Por fortuna, tras de nueve dias de angustias y zozobras cesó en parte aquella que en tantos peligros les pusiera, y juntos de nuevo los buques lograron tres dias de reposo anclados en un canal de la costa; pero tan luego como volvieron al mar se reprodugeron los vientos encontrados, que levantando las olas de su natural asiento, sin duda los hubieran sepultado á no prestarles grato refugio otro puerto mal seguro en que estuvieron anclados desde el 25 de diciembre de aquel desdichado año, que por fortuna concluia, hasta el 3 de enero del año siguiente, entreteniéndose mas bien que en los cambios y esploraciones especulativas, en la carena de una carabela á que los embates de las fortunas anteriores habian completamente desguazado, y en la reposicion de algunos víveres. Finalmente: el dicho dia 3 de enero, volvieron á la mar los cuatro bastimentos, y despues de acercarse á reconocer el rio de Veraguas y otro que corre á corta distancia por el Oriente, entraron las carabelas en el segundo á que llamaron de Belen, despues de un mes pasado para atravesar la insignificante distancia de treinta leguas que á la sazon las separaba de Puerto-Belo.

Dados ya los aventureros á reconocer la rica provincia en que al cabo habian sentado la planta tras de tan largas fatigas y singulares peligros, no tardó la acalorada fantasía del Almirante en acariciar en su mente tan erróneas ideas como las que se habia forjado en el costeo de la isla de Cuba. Cansado de buscar en vano el estrecho apetecido para las Indias del Oriente, y llegando á la parte en que los navegantes españoles habian marcado el límite de sus descubrimientos, renunció al hallazgo del paso, seguro de que habia perdido el tiempo inútilmente en semejante objeto; y como coincidieran con sus nuevos cálculos las riquezas del pais en que descansaba, y las nuevas que del interior adquiria, desde luego se ratificó en que del mundo conocido habia hallado los términos orientales: que de la costa rica distaba muy pocas jornadas el Gange, y por lo tanto, que no mas lejos se hallarian las opulentas regiones de la especeria asi como

la cultura y esplendor de que trataban las antiguas geografías y los posteriores viajeros.

Tan erradas convicciones que acariciaba en la mente con todo el entusiasmo de su acalorada fantasía, le hicieron revolver estraños cálculos respecto á la forma y magnitud del globo terráqueo, suponiendo una descripcion geográfica mas cabal y exacta que cuantas hasta entonces se habian combinado: atrevida suposicion y levantada exigencia que los reconocimientos posteriores destruyeron por su base, para humillacion oportuna de la humana sabiduría. Dió por sentado desde luego que la mole de nuestro globo no tenia tanto diámetro como se suponia, acortando cada grado de la línea equinoccial á cincuenta y seis millas y dos tercios, y rebajando por consiguiente la longitud en 20° (1); y apresurando la idea de establecer la comunicacion mas directa con aquellas tierras, de las que pensaba adjudicar una parte muy estensa á la corona de Castilla, desde luego mandó echar en tierra todas las gentes innecesarias al servicio de los bajeles, con ánimo de fundar una colonia segun habia procedido en la isla Española, y tener una base de operaciones en las que suponia que habrian de hacerse, hasta alcanzar las ricas provincias descritas por Marco Polo en los límites del Oriente.

A la vista de semejante invasion, por mas que la rusticidad del estado salvage no permitiera alcanzar á los naturales su verdadera tendencia, no dejaron de alarmarse con propósito de rechazarla: que al cabo la propia defensa es una condicion inseparable del hombre en cualquiera estado de civilizacion que se encuentre, y la agresion de los aventureros españoles no podia ser mas evidente, aun á la vista ó inteligencia del mas exagerado idiotismo. Así, unas veces por la astucia y otras por su fuerza y el descuido de nuestras gentes, todavía en mas de una ocasion derramaron furiosos la sangre española: en particular se apoderaron de un bote que subia por el rio de Veraguas bien guarnecido de soldados y marineros, y sin poderlo evitar los soldados que sobre la ribera por su número insignificante huyeran de la pelea, dieron muerte los indios á cuantos españoles hubieron á las manos, precisamente en ocasion en que las carabelas estaban ancladas fuera de la barra, y la escasez de aguas que el rio conducia no daba lugar á que aquellas la atravesáran.

Unicamente una de dichas carabelas se habia quedado dentro para el servicio de la colonia; pero en nada podia aliviar la situacion de esta, puesto que con las otras, y por consiguiente con la alta mar, se hallaba incomunicada, y sus gentes eran las mismas que corrian en tierra tantos peligros sin poderlos comunicar al Almirante.

Para averiguar el estado de la colonia fuera enviado el bote que los indios

(1) Carta de Colon desde Jamáica, dirigida á los Reyes Católicos con fecha 7 de julio de 1503, y estampada en el tomo primero de la *Coleccion de Viajes* del señor Navarrete.

sorprendieron asesinando á todos los que en él iban, incluso un Diego Tristan, que era capitan de una carabela: y como no volviese á la armada dicho bote ni otro alguno en muchos dias, supusieron con buen juicio cuantos se hallaban embarcados que algun trabajo le habria sucedido, llegando todos á temer por la suerte del Adelantado y los que con él se hallaban en tierra. La situacion, pues, no podia ser mas angustiosa ni mas urgente: Colon, sosteniéndose en la playa sobre una costa de barlovento, espuesto á que la mas ligera alteracion de los elementos en que combatia lo estrellase con sus tres buques: la barra intransitable no solo por la falta de fondo que entonces tenia, sino por la furiosa resaca que causaba la confluencia de las aguas, y las tres carabelas sin mas bote que uno para el comun servicio, donde tantos y tan peligrosos se iban haciendo de dia en dia indispensables para la seguridad absoluta de los espedicionarios, no era posible humanamente averiguar si la prudencia permitia dejar allí aquellas gentes que en tierra se hallaban, y por otra parte las provisiones se consumian y la urgencia de reponerlas se aumentaba diariamente.

En tal estado las cosas le ocurrió á un valiente piloto de Sevilla llamado Pedro Ledesma, esponerse á luchar con las olas y corrientes para cruzar la barra á nado, siempre que el bote lo echase donde se comenzaba el peligro; y aunque la prueba era arriesgada, como otro recurso no habia, dió su consentimiento el Almirante, y tras muy porfiada lucha con los contrarios obstáculos, cogió la tierra el intrépido nauta, en medio del espanto y alegría á que sucesivamente se entregaron los infelices colonos.

No eran nuevas semejantes hazañas entre los soldados y marineros españoles de aquella época. Los peligros ordinarios á que los hombres estaban espuestos de contínuo, durante la dilatada y sangrienta lucha sostenida contra los sectarios de Mahoma en los campos de la Península, habian dado á las edades, que por entonces estaban cambiando de fisonomía, cierto carácter de indiferencia hácia la propia conservacion, que no dejaba lugar á medir la magnitud de los peligros; y los hombres entraban en ellos en las ocasiones con tanta serenidad como si tales peligros no existieran. Con todo, el arrojo no por eso fué menos digno de loa cuando á grandes remedios conducia, y Ledesma se hizo con el suyo muy digno en aquella ocasion del aprecio y cariño de sus agradecidos compañeros.

Hallábanse recogidos los españoles en un escampado cerca de la ribera, dentro de una especie de baluarte improvisado, para resistir los ataques de los indios, que aun en menos franco paraje hubieran sido muy temibles: habíase hecho dicho baluarte sirviendo de base principal el bote de la carabela que dentro del rio permanecia, y además las vasijas, cajones y otros objetos bastante seguros contra las armas naturales de sus enemigos; y para que estos no se aproximasen sin grave daño en sus personas, dejáronse abiertas dos pequeñas troneras entre los útiles que componian la fortificacion, y en ellas se coloca-

ron dos falconetes (1), mirando á la parte por donde únicamente se podian recelar las agresiones.

El arribo de Ledesma calmó los afanes con que habian luchado tras largo tiempo, ignorantes de la existencia de las carabelas con la catástrofe pasada que siempre recordaban espantados, y temerosos de quedar allí abandonados á mas largas desventuras: así se lo manifestaron al osado piloto para que lo comunicase al Almirante, añadiendo que si de allí no los sacaba, se embarcarian en la carabela cuando las crecientes del rio lo permitiesen, y se entregarian en su mortal desesperacion á la inclemencia de los mares; que cuando la desesperacion precede á los acuerdos, siempre son lastimosos los efectos de la práctica. Por fortuna oyó Colon sus ruegos cuando tras de afanes muy semejantes á los de su ida á tierra, volvió á la armada Ledesma; y entonces echando al mar el bote de la fortificacion, y desarmada y absolutamente descargada de cuanto tenia la carabela, se fabricó en muy corto tiempo una balsa para el reembarco de cuantos hombres y efectos se hallaban en tierra. Merced



á esta operacion, no sin grandes peligros egecutada, todo volvió á la armada sin riesgo de ser interceptado por los indios, á escepcion del casco de la carabela que, varado en la orilla y todo roido de la broma, quedó inservible á merced de aquellos, y Colon dejó para mejores dias la esploracion de un terreno que habia de dar nombre y título desde él, hasta sus mas remotos descendientes. Tales eran sus propósitos: sin embargo, la desdicha que tan hermanada corre con los grandes ingenios, lo tenia dispuesto de otra forma; y el Almirante no pudo preveer, al darse á la vela con rumbo otra vez al

(1) Eran los falconetes unas piezas de artillería á manera de culebrinas, y el calibre de sus balas de dos libras y media. *(Vocabulario militar.)*

Oriente, que se apartaba de aquella tierra de sus ilusiones para no volver jamás á pisarla.

La derrota marcada por el Almirante al tiempo de darse á la mar, para volver á la Isla Española, alarmó á sus gentes, que en el pésimo estado de las carabelas no juzgaban prudente arriesgar nuevas investigaciones. Colon, sin embargo, guardó la mas profunda reserva respecto al verdadero objeto de sus operaciones, como de costumbre tenia, para no dar pretesto ni ocasion á que se anticipasen los resultados entre murmuraciones insolentes de gente mal satisfecha, y contra el torrente de cuantos le advertian, corrió toda la costa hasta la entrada del golfo de Darien, y desde allí viró directamente á la Española, despues de haber abandonado en Puerto Belo uno de sus tres buques por hacer mas agua de la que podia achicarse, recogiendo en los otros dos toda su gente, provisiones y aparejos. Sus observaciones por aquellas aguas le habian comunicado cierta esperiencia en la hidrografía á ellas correspondiente, que no podian alcanzar los talentos vulgares de sus inferiores; bien que entregados estos con ciega confianza á la direccion de aquel, tampoco se cansarian mucho en marcar por sí mismos lo que al cuidado esclusivo de Colon se reservaba. Por lo mismo tomó su derrota hasta mas lejos de la *Punta de Mosquitos*, y aun así, queriendo arribar cuando menos al Occidente de la provincia de Jaragua, fué á parar por las corrientes y vientos del Este, nada menos que á las islas de *Caimanes chicos*, desde las cuales siguiendo el propio rumbo ancló el dia 10 de mayo á diez leguas de tierra, entre las que al Sur de Cuba se conocian ya con el nombre de Jardines.

Seis dias permaneció Colon con su mermada flota en aquellas aguas fondeado, y en el primero de ellos se levantó un temporal tan recio que, segun él propio afirma, parecia como que el mundo iba á disolverse (1). Mucho tuvieron que trabajar las tripulaciones para salvarse de tantos peligros: los buques estaban tan agujereados *como un panal de miel*, y durante la última borrasca se habian abordado ambos con tal violencia, que la popa de uno y la proa de otro se destrozáran completamente (2). En tal estado, sin auxilio ni provisiones, no teniendo ni bombas ni brazos bastantes para desaguar los buques de la mucha que hacian, lejos de todo trato que con indios no fuese, y en la urgente necesidad de salvarse, volvieron al mar con rumbo á la Española, que al cabo por los contrarios vientos y opuestas corrientes no pudieron alcanzar, y tuvieron que contentarse con el puerto de la *Caleta de D. Cristóbal*, á que el Almirante, con menos consideraciones á su persona que los que mas modernamente lo bautizaron, llamó de *Santa Gloria*, en la costa septentrional de la isla de Jamáica.

Tan pronto como dejaron de navegar los buques ya fondeados en el refe–

(1) Navarrete; *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º—Irving: *Vida y viajes de Colon* tomo 3.º
(2). Idem, idem.

rido puerto el dia 23 de junio, comenzaron á sumergirse, por cuya circunstancia, y para conservar en lo posible lugar propio donde recogerse, dispuso el Almirante que se encalláran á un tiro de ballesta de la orilla, y fabricando sobre sus cubiertas algunos camarotes contra la intemperie, en tanto que algun socorro acudia por los medios que proyectaba, permaneció en semejante estado fuera de la tierra con sus gentes recogidas y encastilladas contra cualesquiera malicia de los indios. Asi evitaba á la par todos los motivos que con el trato frecuente engendrar se pudieran entre los españoles y los isleños, como la esperiencia lo habia demostrado en otras tierras y ocasiones, calculando su previsora política los inmensos é irremediables males que pudieran seguirse de imprudentes hostilidades en el estado crítico en que todos se encontraban.



CAPITULO XXIV.

Triste situacion de los espedicionarios en Jamáica.—Diego Mendez: su amistad con el Almirante y empresas difíciles que por ella acomete.—Espedicion al interior de la isla y cambios pactados en ella.—Atrevido proyecto de Colon para facilitarse socorros de la isla Española en la Jamáica, y arriesgada resolucion de Diego Mendez para realizarlo.—Armase una canoa para hacer la travesía proyectada, y con Diego Mendez y otro soldado se entrega al mar con rumbo al estremo oriental de la Jamáica.—Agresion de los isleños por la costa septentrional de la isla: peligro que corren los nautas de la canoa y su anticipada vuelta al puerto de Santa Gloria.—Armase como la primera otra canoa, y las dos convenientemente tripuladas por españoles é isleños se dan á la vela, y tras de infinitos peligros arriban á la isla Española.—Preséntanse los nautas á Ovando que les ofrece enviar prontos socorros á sus compañeros; pero la situacion política de la isla Española retrasa el cumplimiento de tan justa promesa.—Carácter de Ovando, y vindicacion de los ultrajes que á sus intenciones se han hecho por autores apasionados.—Triste estado de miseria á que se ven reducidos los náufragos de la Jamáica, y alteraciones que por causa de aquel se levantaron.—Los hermanos Diego y Francisco de Porras se colocan al frente de una insurreccion que pone en grave riesgo la vida del Almirante.—Desmanes de los sublevados por el interior de la isla, y peligros á que los leales quedaron espuestos.—Industria de Colon para procurarse provisiones de los isleños.—Escasos socorros recibidos de la isla Española.—Nuevas agresiones de los rebeldes, y batalla que les da el Adelantado.—Quedan sometidos á la autoridad de Colon, y llegando al fin á Jamáica los necesarios bastimentos, todos participan del comun beneficio trasladándose á la isla Española.—Ultimo regreso de Colon á España.

La situacion de aquella armada en la Jamáica no podia ser mas precaria ni triste de lo que realmente estaba siendo. Su distancia á toda comunicacion con las gentes civilizadas no bajaba de cuarenta leguas, y estas por un golfo tan abundante en contrarias corrientes y vientos procelosos entre aquella isla y la Española, que en su navegacion se vieran en hartos trabajos á veces muy esperimentados pilotos. Las dos carabelas del Almirante que habian logrado salvarse de las costas del nuevo continente, ya inútiles y encalladas sobre las aguas del puerto de Santa Gloria, mal podrian servir para otro viaje, siquiera no fuese mas que de una centésima distancia. Las provisiones escasas ó podridas amenazaban tambien á los tristes espedicionarios con todos los horrores de un hambre irremediable; y el único recurso del trato con los indios, sobre parecer ineficaz por las dificultades con que llegarian á acostumbrarse á sus frugales y escasos alimentos los europeos, tampoco daba seguridades de bastar con-

tra la variable condicion que en todos los paises descubiertos se observaba entre sus naturales.

Por otra parte, los descubrimientos que hasta entonces se habian practicado por otros aventureros en las costas de Tierra firme, despues que Colon enseñára el camino al golfo de Pária, cerraban toda esperanza el arribo á Jamáica de ningun bajel que pudiera salvar los despojos de aquella desdichada empresa, por lo muy al Oriente que estaba el objeto mas lucrativo de las especulaciones mercantes: de suerte que allí desterrados de todo trato humano y en tan miserables condiciones, fácil es considerar los recelos y pesares que atormentarian á los súbditos de Colon, y el grave cargo que pesaria sobre la conciencia de este, al ver tanta gente, por su inocente culpa, condenada á no volver jamás á la vida social de la civilizacion, á no ser por medio de algun milagroso accidente.

Sobre el amor con que agradecia el Almirante á cuantos de sus trabajos participaban, el interés con que á su gloria contribuian, tenia singular privilegio en sus afecciones personales cierto Diego Mendez que le sirviera de capitan alguna vez en su propia carabela, bien que al salir de España no llevára en la armada mayor categoría que la de escudero. Era este jóven en quien el esfuerzo y la razon se aunaban con los procederes, adelantándose á lo que sus años permitian, bien que simpatizasen con los pocos que contaba el arriesgado carácter de sus naturales empresas, que siempre eran verdes entre la madurez del consejo. Y en verdad que de semejante amistad, que creció con el tiempo tan íntima cual es permitido entre humanos afectos, nunca tuvo que arrepentirse el Almirante, como en otras ocasiones lo habia hecho mal de su grado: antes parece como que la de Diego Mendez se encargó de justificar por sí sola todos los cargos dirigidos por escritores parciales al carácter español, por lo que habian obrado contra Colon otros falsos amigos ú obligados ingratos, de esos que las malas semillas de la ambicion hacen brotar tan numerosos por todas las naciones del universo.

Las simpatías y servicios de Diego Mendez, que ya en el establecimiento de Veraguas se habian valuado en muy alto precio, por lo que en difíciles ocasiones sirvieran á la seguridad de la colonia, comenzaron en Jamáica á llevar consigo la mayor trascendencia que pudiera desearse, en las azarosas circunstancias porque los españoles estaban atravesando. Veia el honrado jóven la ansiedad de su venerable amigo, por lo que á sus gentes iban faltando las provisiones, y por lo que recelaba de la veleidad de los naturales, tanto mas si recordaba que en su primera investigacion y costeo de aquella isla le habian salido á esperar en son de guerra con mas belicoso aparato que los otros isleños: sabia á la par cuantos temores cercaban al Almirante por la posibilidad de un rompimiento si se comenzaban los tratos sin bastante juicio, y adivinaba la poca fé que tenia en el natural arrogante de los soldados españoles, de los que el mas ligero agravio hecho á los indígenas podia agravar la situacion ya dema-

siado lamentable en que los espedicionarios se encontraban. Y como á la par adivinase cuánto eran urgentes las provisiones de la isla por las escasas que existian de las importadas en los anegados buques, lleno de esperanzas y sobrado de valor se ofreció á penetrar en lo interior de la isla sin mas compañía que la de dos compañeros armados, la cual llevó no tanto para atender á la defensa de su persona, cuanto para ayudarle en la conduccion de las ropas y bagatelas con que se habian de concertar los cambios.

La espedicion de Diego Mendez y su completo paseo por toda la isla no pudo ser de mas efecto para mitigar los cuidados de Colon, y satisfacer las famélicas necesidades de sus compañeros. A costa de insignificantes retribuciones no solo condujo á la playa de Santa Gloria por la primera vez numerosos indios cargados de frutas, pescados, utias y pan de casaba en grandes porciones, sino que dejando en tierra como receptores á los dos compañeros que habia llevado, y enviando de la espedicion á otros dos ó tres á diversos lugares, dejó contratada la diaria asistencia de ciertas poblaciones á las necesidades de los españoles, en cuanto lo permitiesen las producciones del pais y la natural indolencia de los indios, no acostumbrados al trabajo hasta entonces.

Pero semejantes contratos, si en cierta manera tranquilizaban los ánimos respecto á las posibilidades que antes amenazaban la vida de los aventureros por medio de una agonía desastrosa y prolongada, no así satisfacian la íntima necesidad que preocupaba todos los deseos. Faltaba la libre comunicacion, la facultad de obrar siempre por el impulso de inolvidables afecciones, á que era difícil renunciar no obstante la mayor imposibilidad que se ofrecia para recuperarlas; y el Almirante, que ansiaba mas que la suya propia la suspirada salvacion de sus queridos compañeros, concibió entonces la mas atrevida empresa que pueden acariciar fuerzas humanas. En uno de los arranques lucidos que tanto caracterizaron en vida su imaginacion deslumbradora, creyó posible la travesía en una canoa del ancho golfo que separa la Jamáica de la isla Española; y aunque tan árdua comision no era posible encomendarla á la buena fé de los indios, porque seguramente no la ejecutarian, bien supuso que entre los marineros de su desecha armada no faltaria alguno de levantado corazon que á desempeñarla se arriesgase. El Almirante con la penetracion que le era familiar acertó esta vez la no menos atrevida concepcion de las que hasta entonces habian trabajado su entendimiento, porque conocia cuán dadas á lo maravilloso en los casos de valor eran las gentes que le acompañaban. Con todo, la hazaña que iba á proponer no todos se alcanzarian dispuestos á acometerla, y aunque se acordaba del arrojo con que en la barra de Veraguas se habia sobrepuesto al furor de las ondas el intrépido Ledesma, todavía vacilaba en hacer su nueva proposicion, temeroso de quedar desairado, y con la verdad aprendida, para su mayor tormento, de que tenia que renunciar á todo humano socorro.

En tal combate de dudas y esperanzas se acordó tambien del mal efecto que

necesariamente habia de hacer en los mas tímidos de sus súbditos aquella idea de vida ó de muerte, si por acaso fuese absolutamente desechada; y asi quiso, antes de proceder á su pública manifestacion, hablar en secreto al amigo de quien mas alto concepto en los casos de valor tenia formado. Llamó, pues, á Diego Mendez dentro de su camarote, y con el ánimo encendido, bien que con los ojos arrasados en lágrimas por lo que al amor y amistad se debia en semejante peligro, le dijo tales razones cuales fueron bastantes para manifestar el proyecto concebido, é inclinar indirectamente á Mendez á que fuese él quien lo practicase; pero este, bien fuese por los inconvenientes que la empresa llevaba consigo, ó porque quisiera reprender la poca franqueza que usaba el Almirante, respondió asegurando que aquella era mas que difícil, imposible. Nada replicó Colon, teniendo en cuenta que el silencio en ocasiones es mas elocuente que los discursos mas estudiados, pero miró fija y cariñosamente á su amigo, el cual no pudiendo contener los afectos de su alma generosa, se apresuró con la aceptacion de la empresa á calmar los cuidados del Almirante.

Con todo: la promesa envolvia en sí la condicion de que antes se manifestase el proyecto á todos los españoles, á fin de evitar ciertas murmuraciones que ya corrian contra la preferencia que en los peligros concedia á Diego Mendez el Almirante: pero como verificada en pública asistencia la hazañosa proposicion ninguno la aceptase, entonces el valeroso escudero dirigió á Colon la palabra en alta voz diciendo: *Señor: una vida tengo no mas, yo la quiero aventurar por servicio de vuestra Señoría y por el bien de todos los que aqui están, porque tengo esperanza en Dios nuestro Señor que vista la intencion con que yo lo hago me librará como otras muchas veces lo ha hecho.* Oido lo cual se levantó de su asiento el Almirante, y abrazando y besando con visibles muestras de tierna gratitud á su generoso amigo, *Bien sabia yo*, le dijo para honrarle en presencia de todos, *que no habia aquí ninguno que osase tomar esta empresa sino vos: esperanza tengo en Dios nuestro Señor saldreis della con vitoria como de las otras que habeis emprendido* (1).

Desde aquel momento solemne en que se acababa de echar el sello á uno de los mas arriesgados sucesos que ilustran las glorias de nuestros marineros, no se detuvieron ni un solo momento los preparativos, y asi en pocos dias se armó una tosca canoa de los isleños provista, como nunca lo habia estado, de su mástil correspondiente y de una quilla postiza: entráronse en ella los mantenimientos necesarios para seis indios y otro marinero español que se animó al suceso, y sin otra compañía ni mas temor se entregaron al mar aquellos intrépidos navegantes, con asombro de los presentes, y para eterna admiracion de las mas remotas generaciones.

(1) Relacion que del cuarto viaje del Almirante hizo en las cláusulas de su testamento el mismo Diego Mendez y cuyo testimonio se conserva en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Veraguas.



C. Mugica inv.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez. Madrid

DIEGO MENDEZ

se atreve á hacer en una canoa la peligrosa travesia desde la **isla Española** á la **Jamaica**, *empresa á que nadie se determinaba y* **Colon** *le abraza enagenado de contento.*

Antes de engolfarse en la alta mar aquel frágil bastimento que al tronco horadado de un solo árbol era debido, hubo de buscar su mas fácil direccion



por el estremo oriental de la Jamáica; pero antes de llegar á él lo acometieron en el tránsito multitud de canoas llenas de salvajes de que milagrosamente pudo escapar, despues de haber tenido á Mendez en tierra prisionero y aun sentenciado á muerte por aquellos bárbaros, que no despreciaban ocasion oportuna de sacrificar á sus instintos destructores cuantas víctimas alcanzaban sin el riesgo de la pelea. En tal situacion, y por lo arriesgado que seria permanecer entre tan azarosos peligros, cuando el viento soplaba enteramente contrario al rumbo de la travesía, volvióse la canoa prósperamente al puerto de Santa Gloria: y entonces, ya mas animados los españoles con el ejemplo de Diego Mendez, se armó otra canoa mas que tambien habia de atravesar el tormentoso canal, y tripulándose ambas con algunos soldados y marineros blancos, bien que conservando para bogar los indios necesarios, salieron del puerto escoltados por otras muchas que, á cargo del Adelantado, les habian de dar proteccion hasta la punta oriental de la Jamáica.

Fuera de los peligros consiguientes á tan singular viaje, fueron grandes los trabajos que pasaron las tripulaciones, en especial por falta de agua en el rigor del estío, que tal era la estacion en que del año de 1503 se hallaban entonces. Al fin, tras de cinco dias mortales, bien que en la isla de *Navasa* hubieran tomado nuevos ánimos para alcanzar la Española, atracaron aquellos miserables botes á tierra en el cabo Tiburon, que entonces se llamaba de *San*

Miguel, en el estremo occidental de dicha isla: y conducidos desde allí con refrescos de provisiones y agua por la costa del Sur, llegaron los arriesgados nautas hasta la ensenada de Azua ó *Azoa*, abandonando allí el mar para dar cuenta de su mision al comendador Ovando, que á la sazon se hallaba ocupado en la provincia de Jaragua, en cierta guerra harto sangrienta que traia con los desdichados indios de la Española.

Pasando nuevos trabajos llegó Mendez hasta la citada provincia que atrás se habia dejado por falta de las noticias que mas tarde hubo adquirido; pero al fin llegó hasta la presencia del gobernador Ovando, que grandemente afectado socorrió en sus necesidades á los recien llegados españoles, tributándoles halagüeñas palabras de respeto y admiracion, y dándoles las mayores seguridades respecto al inmediato envio de los buques necesarios para trasportar á los náufragos de la Jamáica. Desgraciadamente el gobernador estaba imposibilitado de cumplir su propósito, por muy rectas que fuesen su intenciones, y de aquí tomaron lugar maliciosos y parciales para sospechar y sostener que el retardo en el cumplimiento de su promesa fué debido, mas que á la absoluta falta de bastimentos, capaces para toda la gente que estaba con Colon, á las siniestras miras con que proyectaba la muerte de este el gobernador de la Española, para deshacerse de un poderoso rival que con el tiempo pudiera reemplazarle, con sobrados derechos, en el cargo que desempeñaba.

Ni el espíritu de la época, ni los antecedentes de Ovando, ni la inmensa trascendencia del suceso autorizan á ruines censores para sostener la posibilidad ni siquiera de la concepcion de tamaño atentado. Ovando, que en la córte previsora y altamente acreditada, y eminentemente católica y religiosa de la reina Isabel, habia sido uno de los doce elegidos para dirigir la educacion del infante primogénito, y despues enviado á hacer justicia en las revueltas de aquella isla, cuando por la temprana muerte del príncipe don Juan ya no eran indispensables sus consejos en la córte que le engrandecia, no pudiera esperar que nunca tales pensamientos se le achacáran, con mas particularidad por envidiosos estrangeros, tomando cuerpo en las exageradas esclamaciones del P. Las Casas. Esto suponiendo que fuese nada mas que la persona de Colon la que se hallase abandonada en una isla desierta, ó únicamente por salvages habitada: pero cuando en semejante desgracia estaban envueltos sobre cien individuos inocentes, ¿seria posible que el justificado gobernador quisiera cargar su conciencia con tantas muertes á su infame ambicion debidas, en aquella época en que la religion era todavía la política militante, y en que las repugnantes prácticas de la inquisicion se reverenciaban por sus tendencias como inspiradas por el mismo cielo?

Hácense cargo, los que tal idea sembraron, de los muchos y muy crueles castigos que precisamente entonces estaba ejecutando en los pobres indios de la Española; y no adivinan que justamente este severo y merecido cargo le justifica respecto del absurdo inventado para dudar de su estremada concien-

cia; porque habiéndose tratado ya formalmente de la conversion de los isleños, y adoptando la violencia cuando los argumentos de la caridad evangélica se despreciaban, se juzgaban como casos de religion las rebeldías; y se procedia con los contumaces de la propia manera que en España con los judíos ó con los árabes falsamente convertidos.

Es verdad que en mas de ocho meses ningun consuelo se envió por Ovando á los desterrados de Jamáica, y que tardaron mas de un año los buques que fueron á sacarlos de su angustioso estado; pero tambien es cierto que la guerra susténtada por entonces en la Española absorvia todos los cuidados del gobernador: que no tenia mas bastimentos disponibles que alguna carabela de escaso porte destinada al servicio de la isla, y que por mas de un año, para desdicha de aquellos y mengua de la honra de Ovando, no llegó allí de España armada alguna. En tal estado hizo el gobernador lo que pudo, y no menos de lo que otro hubiera hecho en semejante caso: primero esperó la llegada de algunos buques que fueran capaces de recoger aquella gente: despues, cuando á los fugaces consuelos de la esperanza sustituyeron los violentos achaques de la impaciencia, envió la pequeña carabela de que podia disponer, con algunas provisiones é infinitos consuelos, previniéndola, no obstante, que no se acercase á los de Jamáica para evitar que algunos quisieran embarcarse donde todos no cabian; y por último, cuando la llegada de navíos españoles facilitó la completa salvacion de los náufragos, no vaciló un solo momento en animar con toda su proteccion á los enviados del Almirante para que fletasen uno de aquellos, y partiese en compañía de otro provisto y sustentado por su cuenta (1).

Tal fué la verdadera conducta del gobernador general de nuestras posesiones ultramarinas, por mas que con razones bastardas se la haya querido dar otra interpretacion demasiado torcida, que no cumple ni ha cumplido en semejante escala á la que entonces, mas que en otro tiempo, se decia justamente proverbial honradez castellana. Veamos entre tanto cuáles eran las zozobras á que por el irremediable retardo del socorro apetecido quedó espuesto Colon duranto su permanencia en Jamáica.

El viaje de Diego Mendez por el interior de la isla hubiera en cierto modo asegurado la subsistencia material de los españoles, si la gula que á estos dominaba, estuviera en armonía con la sobriedad de los isleños: pero como las necesidades de aquellos eran muy superiores á los productos regulares de

(1) Con harta razon nos lamentamos de la injusta parcialidad con que en nuestras cosas se introducen los autores estrangeros, siempre desfigurando los sucesos, y siempre tomando de los encontrados antecedentes aquellos que mas pueden aminorar nuestra fama. Grande prueba nos ofrece de esta verdad el celebrado historiador Washington Irving, que siendo de los mas verídicos entre nuestros émulos, acepta y sustenta los cargos tan sorprendentes dirigidos á Ovando en la cuestion presente, y no porque le faltáran justificantes para rechazarlos como cumple á la sagrada mision de la historia. Irving, que tanto copió del P. Las Casas, vió sin embargo para la composicion de su libro el testamento de Diego Mendez, á que algunas veces se refiere: y este testigo que siempre fué celoso defensor de los blasones del Almirante, al tratar el pasage en cuestion, dice: *Y esto acabado, vine de pié á tierra de Santo Domingo que era setenta leguas de allí, y estube esperando que viniesen naos de Castilla que habia mas de un año que no habian venido.*

la indolencia de estos, pronto comenzaron á escasear las provisiones, cuya menor abundancia hacia mayores las exigencias de los indios respecto á los diges con que las retribuian los españoles.

Sin duda el hambre entre todas las calamidades de la vida es la que mas pronto abate la constancia de la virtud, por lo que quita de fuerzas al espíritu, y por ella se acometen á veces tales y tan desastrosos delitos, como no fuera fácil presumir que nunca tuvieran lugar en la imaginacion, á no estar inspirados por la grande exigencia de la vida material del individuo. Por eso las leyes suavizan hasta cierto punto la gravedad de aquellos en la imposicion de las penas respectivas, cuando una prueba segura justifica la urgente necesidad que indujo á cometerlos, y por eso la verdadera filosofía debe ensañarse menos con los miserables que á semejantes estremos se ven conducidos por su condicion social, ó lo que es harto mas sensible, por alguna imprevista desgracia.

En el último de ambos casos se contaban los infelices náufragos de la Jamáica algunos meses despues de la partida de Diego Mendez, cuando la escasez de los alimentos, y su calidad bien distinta de la que á las provisiones europeas era comun, habian sembrado el apocamiento, las enfermedades y la consternacion consiguiente entre los habitantes de los anegados bajeles. El año de 1503 se habia terminado, y á pesar de los muchos meses transcurridos despues que la canoa de Mendez habia partido para la Española, ningun socorro, ninguna esperanza siquiera habia llegado al puerto de Santa Gloria: y entretanto el abatimiento se hacia general, las enfermedades crecian, y, aunque pocos, algunos españoles habian sucumbido ya bajo el peso de su desdicha. Por su parte el Almirante no podia, como otras veces, prodigar sus consuelos á los que tanto sufrian física y moralmente, porque sensible mas que todos á la propia y agena desgracia, trabajado con los años su cuerpo y con los contratiempos su espíritu, se hallaba postrado en el lecho del dolor pagando el tributo debido á la irritada naturaleza. En tan angustiosa situacion acababa de entrar el año 1504, cuando creciendo con el pesar las murmuraciones, y alimentándose con estas proyectos quiméricos, se multiplicaron violentamente las desdichas por los mismos que trataban de remediarlas.

La paciencia no es virtud comun á todos los hombres, mucho menos cuando las facultades se amenguan y crecen los trabajos; y como eran mas de un centenar los pareceres que en la ocasion se emitian respecto á la posibilidad de un inmediato socorro, los mas impacientes, que fueron los menos numerosos, quisieron poner decidido término á su situacion, y en son de exigencia se decidieron á esplicar su proyecto al Almirante. Iba por gefe de la sedicion cierto Francisco de Porras, á quien Colon, por recomendaciones de familia, habia dado la capitanía de una carabela, y hecho escribano y contador principal de la armada á un hermano del Francisco llamado Diego; de suerte que siendo los dos los que daban calor á la rebeldía, y siendo esta por causas tan

urgentes, injustamente puede acriminarse á la multitud con los negros colores que la dan las pasiones de bastardos argumentos.

Era el 2 de enero cuando en confuso tropel fué invadida la cámara de popa del anegado buque en que tenia su vivienda el Almirante, en cuyo cuarto entrando altanero el Francisco de los dos hermanos, dijo al postrado anciano que era la voluntad general poner término á la angustiosa situacion de los náufragos, para lo cual habian creido que convenia darse al mar en canoas indianas para atravesar el golfo que media entre las islas Jamáica y Española. Semejante proposicion sobresaltó al Almirante, que harto mas inteligente que aquellos desviados espíritus, conocia cuantos peligros iban á correr si á ella accedia, tantos mas cuanto que eran muchos los enfermos á quienes semejante viaje privaria de la vida; así fué que se negó con buenos modos á tan incauta solicitud dando inmediato lugar, sin embargo, á que ella tomase el carácter de ejecutiva inobediencia, no sin mediar amenazas y murmuraciones, que con mengua y baldon de los ingratos Porras, pusieron en peligro la seguridad personal del Almirante. Afortunadamente superó el número de los leales al de los díscolos ó tímidos y desconfiados: y bien que por evitar mayores desgracias no se acariciasen las armas para volver al órden y obediencia que se olvidaban, permitiendo á los amotinados consumar su proyecto, Colon sintiendo el suceso recibió entonces una prueba indeleble de la grande estima en que por los mas y mejores era tenida su persona.

De este modo se apartaron del riesgo comun hasta cuarenta y ocho entre oficiales, soldados y marineros, que juzgando mas cercana su vuelta al mundo de donde habian salido animosos, iban á aumentar los peligros de todo, multiplicando con su imprudente conducta los azares de la falsa posicion en que insurrectos y leales por su mala estrella se habian colocado. Con efecto: despues de tomar de los naturales hasta diez canoas entre las mejores, y armádolas como pudieron, bogaron en ellas por la costa septentrional de la Jamáica hasta su punta del Oriente; pero tanto en esta navegacion como en la que por dos veces intentaron en la travesía del golfo, se rebelaron los vientos y la mar contra su obstinada osadía, y al cabo, desesperados de alcanzar el término de sus trabajos por los medios que habian ideado, se hallaron de nuevo en la tierra hospitalaria que deseaban abandonar entregados á sí mismos: fuera de la ley que antes les daba el derecho de obtener un socorro muy posible: apartados de la comunidad del Almirante, á quien tan osadamente habian ofendido, y aborrecidos sobre todo y con justa causa de los mas pacientes, de quienes con tan malos procederes se habian emancipado, rompiendo los lazos de la comun desdicha.



Discurriendo por el territorio de la isla, cuando ya los indios comenzaban á rehusar su asistencia de provisiones al puerto de Santa Gloria, aumentaron con exigentes desmanes la enemiga que entre españoles y naturales comenzaba á levantarse; de suerte que á los pocos dias los partidarios de Colon se vie-

ron privados absolutamente de todo recurso, y á no ser por la estension de los conocimientos astronómicos que el Almirante poseia, sin duda que aquella hubiera sido la última desdicha que á los hambrientos náufragos trabajára para acabarlos.

Cuando ya ni esperanzas quedaban de obtener provisiones por la vía pacífica de los cambios ó rescates, y tan peligrosa hubiera sido la entrada de la tierra en que merodeaban los insurrectos, despachó Colon á varios intérpretes para que citáran á todos los caciques á fin de comunicarles solemnemente una mision que le habia sido confiada de parte del cielo. Los indios no tenian siquiera remotas ideas de nuestra religion, mas que las vagas nociones que las ceremonias de los españoles les inspiraban; pero en cambio profesaban, como todos los pueblos del mundo, la idea de una causa primitiva, y la reverenciaban á su manera entre ridículas supersticiones. Por esto no fué difícil que su natural timidez les obligara á acudir sumisos al llamamiento, por lo que suponian pertenecer nuestras gentes á una raza maravillosa, y entonces descendió á la playa el Almirante bien acompañado de sus fieles amigos, á fin de dar feliz cabo al proyecto concebido para volver á su devocion y socorro á los crédulos isleños.

Eran las primeras horas de una noche serena, en que brillando la luna con toda la pureza de una atmósfera despejada y limpia, daba mayor espresion á la inspirada fisonomía de Colon, y cierta belleza al acto que lo hacia mas simpático y misterioso, como que alguno de los españoles entre los mas adictos al Almirante, creyó por momentos, en su arrebato religioso, que era este, con efecto, un emisario del cielo. Rodeado se hallaba el astrónomo experto de los mas principales gefes de la isla, cuando comenzó su razonamiento por manifestar la ofensa que recibia la divinidad por la falta de los indios en el cumplimiento de sus anteriores tratos; y aunque la elocuencia forzada y escasamente comprendida del inspirado orador, no era bastante para convencer á semejantes hombres de la superioridad celestial que Colon se atribuia, viéronse, no obstante, entre los asomos del respeto y la veneracion algunas muestras de sincero arrepentimiento. Entonces el Almirante dió á sus palabras distinto giro del que hasta allí habian tomado: se superó á sí mismo en las gesticulaciones, y tomando el carácter de Semi-Dios, anunció por órden del Todo-Poderoso visibles muestras de la ira del cielo, contra los que en adelante pudieran negarle sus recursos. De repente comenzó á declinar la luz de la luna bajo un negro velo que se interpuso entre dicho astro y la tierra, hasta que se hizo total el eclipse con que el Almirante habia contado de antemano, y la playa y las florestas siniestramente oscurecidas comenzaron á resonar con los llantos y alaridos de aquellos miserables isleños. Todos se arrojaron á las plantas de Colon, cuyo ropaje tocaban en muestra de reverencia, y con palabras y señas ofrecian su contribucion cuotidiana, á par que suplicaban la intervencion del Almirante para calmar las iras del cielo. Para dar lugar á la estincion

del previsto eclipse, dijo Colon á los caciques que se retiraria á conferenciar con la divinidad para desenojarla: y asi que todas las señales celestes concurrieron á la próxima claridad de la luna, volvió á la playa á ser nuncio benéfico del perdon que la infinita bondad del Ser Supremo les habia concedido.



Así obtenida la seguridad del sustento necesario para las gentes que á Colon eran fieles, aconteció inmediatamente otra novedad, que vino á mejorar en gran manera la situacion moral que tanto como la física atormentaba. Despues de tantos meses que ninguna comunicacion tenian los pobres desterrados con gentes civilizadas, y cuando se creia en Jamáica el naufragio de Diego Mendez y sus arriesgados acompañantes, se divisó en alta mar una vela, mensagera fiel de lisongeras esperanzas. Era con efecto la pequeña carabela de la isla Española, que dando nuevas del feliz viaje de la canoa de Mendez, venia para asegurar la llegada de inmediato socorro; y aunque el portador de tan apetecido mensaje, cumpliendo estrictamente con las instrucciones superiores, no permitió con los bajeles del Almirante otra comunicacion que la presencia de su bote, y este á distancia conveniente, renació de tal suerte con la seguridad del socorro, la natural animacion, harto perdida entre los náufragos, que hasta los mas enfermos se mejoraron instantáneamente, merced á la desaparicion de la causa moral que tanto sostenia los padecimientos físicos.

Semejante novedad, tan merecida como deseada por los que en la buena senda de la resignada lealtad se sustentaban, no dejó de provocar un conflicto de inmensos resultados, que pudieran haber sido mayores y mas lastimosos, si la confianza que presta una causa justa y noble no hubiera tambien prestado valor contra la fuerza y la osadía. Fué el caso que la llegada de la carabela no tardó en ser sabida de los sublevados, que al mando de los Por-

ras discurrian por la isla, puesto que el propio Almirante les envió mensage, para que reconociendo las faltas cometidas volviesen á su obediencia; para mejor captarse los ánimos ya desengañados de los contumaces, les remitió con la embajada algunas provisiones de las pocas que la carabela de Santo Domingo habia dejado; pero estos quisieron ser partícipes del ofrecido socorro tan arrogantes y altaneros, que poco menos pretendian que el ser en las contiendas habidas declarados los mejores. Colon, cuyo natural bondadoso siempre le hacia tener abiertos los brazos á la piedad, no creyó prudente, sin embargo, tolerar tan bajas humillaciones, y los amotinados por su parte tampoco se descuidaron en exigir por la fuerza una calificacion que el derecho y las buenas prácticas repugnaban concederles. Apercibiéronse, pues, á dar á los bajeles una brusca acometida, y enseñorearse de ellos para mejorarse, cargando sobre los Colones toda la culpa de los sucesos; cuyo proyecto criminal entendido por el Almirante, se pudo destruir en una batalla campal que á los amotinados dió con feliz suceso don Bartolomé Colon el dia 17 de mayo de 1504 (1), no lejos del puerto en que estaban anegados los bajeles. En ella perecieron algunos de los adversarios mas poderosos: los dos hermanos Porras quedaron heridos y prisioneros, lo mismo que aquel intrépido Ledesma que tan grande servicio habia prestado en la colonia de Veraguas, y finalmente los demás volvieron á la obediencia, firmando una declaracion de su delito, y en ella prometiendo, bajo los mas sagrados juramentos, no atentar nunca mas á la honra y buena fama del Almirante. Con tan justo desenlace y la conveniente providencia de Colon respecto á la incomunicacion de los malos con los buenos, sustentando á los primeros en tierra bajo las órdenes de un oficial de toda su confianza, volvieron las cosas á la calma normal que jamás debieran haber perdido, esperando en tan feliz estado el arribo de los ansiados buques, que no tardaron desde entonces mucho tiempo en aparecer sobre las costas de Jamáica.

Con efecto: despues de un año que habia pasado desde el postrer convoy de provisiones enviado desde España á Santo Domingo, llegó por fin otro compuesto de algunas naves de alto bordo, bien provistas de todos los géneros mas necesarios en la isla, y varias carabelas de las que se usaban como bastimento sútil en aquellas espediciones. Los emisarios de Colon no desperdiciaron un instante en reclamar para su señor toda la proteccion que le era debida, y merced á la que el gobernador Ovando les dispensó, se vieron en posesion inmediata de dos de aquellos buques por los medios y condiciones que ya dejamos referidos.

(1) Algunos autores ponen esta batalla en el dia 19 de mayo; pero en una relacion del suceso que escribió Diego de Porras, con los nombres de todas las tripulaciones de los cuatro buques de aquella poco dichosa armada, dice: *Juan Sanchez, piloto mayor de la Armada: falleció á 17 de mayo de 1504*: y constando por otra parte que á dicho Juan Sanchez dió muerte el Adelantado en la batalla referida, se viene en conocimiento del verdadero dia en que tuvo lugar aquella. Véase Navarrete: *Coleccion de Viajes*, tomo I. Las Casas, *Historia de Indias*, lib. II. Colon: *Historia del Almirante*, cap. 107. Irving: *Vida y viajes de Colon*, tomo III, etc.

Su arribo á Jamáica, que se verificó en los dias medios del mes de junio, causó un entusiasmo tal como seria imposible que la pluma describiera: se dirigieron oraciones al Altísimo en accion de gracias: se besaron los pisos de los buques como si del cielo hubiesen bajado, y mas de un rostro de los recien venidos tuvo que enjugarse de las abundantes lágrimas con que al acariciarlos cariñosamente los habian humedecido los pobres desterrados. Por fin, todo fué alegría, animacion, ternura y entusiasmo; en particular el Almirante, sobre cuya conciencia pesaba la suerte de todos aquellos infelices, no se cansaba de dar infinitas gracias á Dios por un socorro del que alguna vez habia ya desconfiado.

Las calamidades y padecimientos allí sufridos durante tan largo período, no eran seguramente gratos recuerdos que aconsejáran la permanencia en el puerto de Santa Gloria, por lo cual se tomaron las convenientes disposiciones para el embarque: de suerte que, acomodados en ambos buques todos los que con mas ó menos lealtad se habian conducido en los pasados disturbios, se hicieron á la vela el dia 28 de junio para trasladarse llenos de gozo y ventura á la isla Española. Unicamente á los dos hermanos Porras pudo amargar en cierto modo el resultado favorable obtenido por los mensageros de Colon, considerando que por él se acrecentaba la gravedad de su delito, el cual iban purgando á la sazon entre cadenas aherrojados.

No sin trabajosos temporales, que en toda aquella malhadada espedicion fueron tan comunes, pudieron los dos bajeles aportar al Occidente de la isla Española, desde cuyas partes, despues de enviar por tierra el respectivo mensage al Gobernador, se entregaron de nuevo á las lonas para ser conducidos por las costas meridionales hasta la bahía de Santo Domingo. Allí saltó en tierra Colon, viejo, pobre y abatido por la fortuna; pero con mas simpatías de las que le habian acompañado en su última despedida. Sobre todo ostentaba en su porte, con la dignidad del que triunfa de la maledicencia, la modestia de los honrados corazones; de suerte que los rencores injustos se disiparon ante la bondad de tan eminente carácter, y los mismos que en su elevacion se habian atrevido á injuriarle, cuando le vieron abatido no pudieron menos de compadecerle y tributarle todo género de respetos. El gobernador le aposentó en su casa con la mayor deferencia y amistad, complaciéndole en todo aquello que estuvo á sus alcances; bien que entremetiéndose en cuestiones de competencia judicial, le despojase con buenos modos del derecho que asistia á Colon en los procedimientos contra los Porras. Pero esta circunstancia no fué causa bastante para destruir la armonía, y con ella se despidió de nuevo y por la última vez de su vida el célebre Almirante de aquellas regiones en que estaba asentado el pedestal de su gloria imperecedera.

Descubiertas por sus científicas meditaciones las numerosas islas orientales de regiones desconocidas: abiertas las de un vasto y Nuevo Continente á la comunicacion de las naciones europeas: rotas las cadenas del Atlántico que

ceñian desde uno á otro polo los límites puestos hasta Colon á la investigacion de los navegantes: echados los cimientos al dominio español en el hemisferio de Occidente, y puestos en el camino de su fama tantos y tan aventajados marinos como sucesivamente glorificaron su nombre en el vasto mar de los ulteriores descubrimientos, nada quedaba por hacer al Almirante para eternizar su memoria con ventajas sobre la de tantos héroes como en su carrera le fueron sucediendo, y parece como que el fallo irrevocable de la Providencia así lo comprendiera, cuando dispuso que nunca mas la persona de Colon volviera á esponerse sobre las terribles ondas del Océano despues de su regreso á la nacion española que por hijo predilecto lo adoptára.

Dado al mar en los dos bajeles que en la Jamáica le habian rescatado, contrarios elementos volvieron á acosarle hasta el estremo de desarbolarse uno de aquellos; pero trasbordados al que mas útil estaba todos los individuos, cuya presencia en España era urgente, siguió este su rumbo hácia el Oriente, en tanto que el otro se volvia al puerto de Santo Domingo, y entró en la bahía de San Lúcar de Barrameda el dia 7 de noviembre, despues de luchar todavía por dos meses menos cinco dias con las encrespadas ondas del Atlántico.



CAPITULO XXV.

Ida de Colon á Sevilla despues de su llegada al puerto de San Lúcar.—Comunicaciones con la córte por medio de su hijo para volver al goce de sus derechos.—Evasivas del rey don Fernando y muerte de la reina Isabel que dificulta el logro de la justicia en aquella contienda.—Trasládase Colon á la córte donde nada consigue y al cabo enferma en Valladolid: sus disposiciones.—Va el Adelantado al encuentro de la reina doña Juana, en demanda de justicia para el Almirante, pero cuando está cercana la reparacion fallece don Cristóbal y las pretensiones se trasladan al nombre de su hijo primogénito.—Benéficas disposiciones del testamento de Colon.—Invenciones falsas de autores estrangeros en mengua de su buena fama, y aclaraciones para destruirlas.—Juicio crítico acerca del descubrimiento de las Indias Occidentales respecto de la industria y conocimientos que el Almirante desplegó en aquella empresa.—Carácter de Colon durante el curso de los sucesos relatados.—Destino sucesivo de los restos del Almirante segun los acontecimientos que han tenido lugar hasta la conclusion del siglo XVIII.—Ceremonial de su traslacion á la Isla de Cuba donde se custodian actualmente.—Sucesion del Almirante: alteracion de sus rentas, títulos y preeminencias, y como llegaron á poder de la casa que en el dia los posee.—Fin de la vida y viajes del Almirante.

Desde el puerto de San Lúcar, donde volvió á pisar Colon su patria adoptiva, tan lastimado por los contratiempos de su fortuna, como trabajado por los achaques de los años, se hizo conducir á Sevilla, emporio á la sazon del trato con las Indias por su industria descubiertas, y residencia del tribunal particular á que de derecho se debian las cuentas circunstanciadas de los sucesos y ganancias, que hubieran tenido lugar en aquellas remotas y escasamente conocidas regiones. No eran muchas las que habia de rendir el famoso Almirante procedentes de su postrero y mas desdichado viaje: pues si bien el reconocimiento interior de la provincia de Veraguas le habia prometido muy abundante cosecha de preciosos metales, no es menos cierto que aleccionado con los recientes sucesos de la Española, ó quizá porque difiriese para mejores circunstancias la esplotacion de tales riquezas, escasamente tomó las necesarias muestras para acreditar la bondad de su último descubrimiento (1).

(1) En la carta que desde Jamáica escribió Colon á los Reyes Católicos, se confirma cuanto vamos diciendo con varios de sus párrafos. Tratando de la abundancia del oro recien descubierto, dice..... *yo vide en esta tierra de Veraguas mayor señal de oro en dos dias primeros, que en la Española en cuatro años.....* y mas adelante,

Con todo: la concurrencia del comercio en Sevilla era tal á la sazon, como no se conoció mayor en mas aventajados tiempos; y por lo mismo no faltaba en dicha ciudad ninguna de cuantas circunstancias hacen grata la vida, así por la suavidad del clima en la próxima estacion del rigoroso invierno que se acercaba, como por la abundancia de recursos indispensables contra las agudas dolencias de que el Almirante se veia acometido: influyendo á la par las simpatías con que contaba en dicha ciudad, por la frecuente permanencia que en ella habia hecho cuando los preparativos de sus respectivas espediciones.

Como era de suponer, fué su primer cuidado participar á la córte el arribo que acababa de hacer á la playa de San Lúcar y su traslacion á Sevilla, entablando desde luego por medio de su hijo don Diego, que como paje de la reina se entretenia cerca de SS. AA., la conveniente restitucion de aquellas preeminencias, dignidades y rentas á ellas anejas, de que tan importuna como desconsideradamente se le habia despojado. Pero tocó su desdicha el inmediato inconveniente de la postracion en que yacia la reina, su mas decidida protectora, que sensible á los repetidos golpes con que el cielo se esforzaba en acrisolar sus virtudes, lloraba en el lecho de sus últimos dolores la pasada muerte de su hijo primogénito, la mas reciente de su hija doña Isabel y de su nieto y sucesor el príncipe don Miguel de Portugal, y las desdichas ya conocidas de su otra hija doña Juana. En tan lastimoso estado escasamente se la podia hablar de negocios, y aunque en alguno de sus regulares momentos pudo saber la vuelta de Colon y los trabajos y peligros que le habian rodeado, así como la exageradamente rigurosa administracion de Ovando en la Española, no alcanzó á su moribundo poder el remedio de los desafueros de este, ni la inmediata restitucion de cuanto pedia y le era debido al Almirante, puesto que la muerte atajó sus nobles intenciones en Medina del Campo á 26 de noviembre de aquel año calamitoso y desdichado.

Cuando supo Colon tan siniestro suceso, desconfió hasta cierto punto del éxito mas regular de sus motivadas exigencias; y ya que no pudo por sí mismo darlas el conveniente calor ante la consideracion del rey don Fernando, hizo partir de su lado á su hermano don Bartolomé y á su hijo natural, para que con don Diego y los otros parciales que ya tenian mano de sus negocios, neutralizasen en la régia determinacion los malos informes de sus detractores y enemigos declarados.

Desconfiaba con razon, el Almirante, de alcanzar la satisfaccion que era debida á la eminencia de sus merecimientos, y á la excelsitud de sus derechos: y no porque unos y otros fueran capaces de aniquilar las franquezas de la corona, sino mas bien porque conociendo la suspicacia del mo-

justificando la sana política de sus procederes, se espresa de este modo: *El oro que tiene el Quibian de Veraguas y los otros de la comarca, bien que segun informacion el sea mucho, no me paresció bien ni servicio de vuestras Altezas de se lo tomar por via de robo: la buena órden evitará escándalo y mala fama, y hará que todo ello venga al Tesoro que no quede un grano.*

narca aragonés, y la calculadora frialdad de sus acuerdos y especulaciones, comprendia cuanto habian de trabajar sus celos el acrecentamiento de un poder que cada dia era mayor por los descubrimientos de quien lo ejercia, en virtud de legales capitulaciones, y lo que las riquezas forzadas que acumulaba Ovando para regalo de la corona habian de mermar la régia voluntad, cuando tratára de inclinarse á la administracion de la justicia. Por esto, con el tiempo limitó Colon sus reclamaciones á las que juzgaba indispensables al reparo de su honra; y aunque á veces el rico ingenio que descubriera un Nuevo Mundo cuajado de oro, se vió pobre, sin mas que su crédito para satisfacer sus necesidades, todavía se olvidaba de las rentas que por los beneficios de la isla Española le eran debidas, y no satisfechas con la puntualidad indispensable, para acordarse nada mas que de la recuperacion de su dignidad en el gobierno de la mencionada isla.

Cuando la estacion mejoró en el siguiente año de 1505, y por gracia muy especial le fué otorgada á Colon licencia de la corona para cabalgar en mula, se presentó en la córte de Fernando V, residente en Avila, ya entrado el mes de mayo, con propósito de gestionar en debida forma y personalmente lo que á sus memoriales se rehusaba; pero tampoco alcanzó mayor gracia quien con la escasa que poseia, hartos celos inspiraba, y cansado de haber consumido cerca de un año en la córte sin esperanza de obtener por ningun medio la justicia que apetecia, cayó al fin postrado en el lecho de miserias, de donde estaba decretado que nunca mas habia de levantarse.

Sucedió tan lastimoso caso en Valladolid, á donde el rey don Fernando se habia trasladado, precisamente en ocasion de aparecer sobre la impura atmósfera que rodeaba el cansado génio, el iris de sus mas bellas esperanzas. Era la llegada á España por el puerto de la Coruña de la reina doña Juana, conocida vulgarmente por *la loca,* merced al profundo amor con que amenguó su razon en holocausto á su esposo el archiduque don Felipe: cuyos monarcas, por las mercedes con que debian inaugurar su reinado, ó mejor por que conocieran la dósis de justicia que asistia á Colon en una carta que con su felicitacion les dirigiera por conducto del Adelantado, despacharon á este con muy favorables promesas y mejor fundadas esperanzas.

Desgraciadamente las que tal vez hubieran contenido el curso destructor de los padecimientos que acabaron con el Almirante, siquiera destruyendo el venenoso influjo que operaba en el cuerpo físico la causa moral de todos sus afanes, llegaron con el Adelantado cuando el famoso don Cristóbal Colon habia ya desaparecido de sobre la faz de la tierra. Desdicha irreparable fué que ni el tiempo ni el curso regular de la naturaleza pueden mitigar en el ánimo de quien la contempla, cuando ella se refiere, no al conquistador que conduce la desolacion en la muchedumbre de sus huestes, ni al sábio que adelanta las ciencias vertiendo en torrentes de luz las producciones de su retirado estudio, sino al hombre supremo que abarca en su historia con la táctica sublime del

capitan la prudencia del caudillo, la ciencia del sábio, la antorcha del filósofo, las primacias del invento, y por consecuencia de sus prácticos descubrimientos, estiende el comercio, ensancha las dimensiones del globo, fertiliza las tierras incultas, da nueva vida á numerosas generaciones, cambia razas enteras, perfecciona los conocimientos físicos de las leyes del mundo, y estiende la luz del evangelio por todas las partes habitables de la tierra: que tan grandes y aun mayores fueron las consecuencias que produjo el suceso que llenó de luminosa fama al héroe de los descubrimientos.



Murió con efecto Colon en Valladolid el dia 20 de mayo de 1506 años, cuando los suyos rayaban en los setenta, despues de poner la mano en sus postreras disposiciones con tan grave acuerdo como era de esperar de tan recta y señalada conciencia. Ordenó su testamento primero estableciendo con rigorosa escala los trámites de la sucesion consiguiente á sus títulos y rentas, ordenando como indispensable circunstancia que aquella persona que sobre la tierra representase sus gloriosos timbres, no pusiera en la firma respectiva otro nombre ni mas palabra que *El Almirante*: con cuya elocuente cláusula dió á conocer muy fundadamente en cuánto sabia distinguir las causas verdaderas del engrandecimiento de su fama, suponiendo que ningun otro título, por honroso que fuese, tendria tanto valor como aquel mas modesto en que sus mejores invenciones estaban simbolizadas. Despues, apartando la mente de la cumbre de su gloria para descender á las mundanas perecederas atenciones, señaló con pró-

diga conciencia crecidas rentas á sus parientes y amigos: ordenó el pago de insignificantes cantidades para hasta entonces ignoradas personas que en sus dias de tribulaciones le habian socorrido: mandó distribuir abundantes limosnas, y descargando de su alma el peso de mundanos estravíos, dotó convenientemente á doña Beatriz Enriquez, madre de su hijo natural don Fernando, y recomendó ambas personas á la consideracion mas especial de su primogénito don Diego.

Todavía con lo dicho no estaban llenas las circunstancias que debian esperarse de tan señalada persona en el último instante de su vida. Los hombres eminentes, al entrar en la comun jurisdiccion, destellan sus actos de tal modo que no pueden desapercibirse por ninguna persona medianamente orientada en los sucesos del mundo; y sin duda el mas ligero de sus descuidos aparece como una mancha enorme en el blason de sus procederes. Colon tendria presente esta máxima juiciosa, porque á su penetracion se escapaba difícilmente ninguna de aquellas que tuvieran un fundamento moral de conocida trascendencia, y no era ignorante tampoco de la gloria imperecedera con que habia de eternizar cuanto estuviera ligado á su ilustre nombre. En tal concepto comprendió que no pudiera ser reputado por buen ciudadano en la agena patria quien de la propia se olvidase, y á ilustrarla acudió con su nombre despues de dotarla con una parte de sus bienes temporales.

Ya en 1502, cuando se apercibia para su último viaje, escribiera al banco de San Jorge en Génova para que recibiese en adelante la décima de sus rentas, con obligacion de entregarla á la universidad ó corporacion municipal de la ciudad para que en igual suma rebajase los derechos establecidos sobre el trigo, vino y demás artículos de mas necesario consumo. Tambien quisieron sustentar autores de nota que en particular documento, impracticable entonces, dispuso el Almirante la ereccion y sustentacion en la propia ciudad de Génova de un hospital destinado al alivio de los pobres: pero aunque ningun valor merece la noticia por lo bastardo de su orígen, está tan justificada la invencion con la piadosa aficion manifestada hácia su patria por el Almirante, que indudablemente nos causa grande sentimiento no poderla dar por verdadera.

Colon fué un hombre tan celoso de sus derechos como respetuoso guardador de las agenas preeminencias: y el estraño codicilo á que nos referimos, sobre contar en su forma y práctica un orígen harto mas moderno que la época del Almirante, desvirtua grandemente la rectitud de tan noble personaje, y hasta cierto punto justificaria las sinrazones que en sus preeminencias se cometieron antes y despues de su muerte (1).

(1) El abate Andrés y los señores Tiraboschi y Bosi, autores bien reputados del siglo XVIII, dieron á conocer en sus obras respectivas el primero de *Cartas familiares*, el segundo de *Historia literaria de Italia*, y el último de la *Vida de Colon*, cierto devocionario hallado en la biblioteca particular de la casa de Corsini en Roma, por los años de 1785, el cual se supone regalado á Colon por el Papa Alejandro VI. En sus forros ó cubiertas de pergamino se lee un á manera de codicilo militar de los que se conocieron y sancionaron en España por la autoridad real en favor de los militares que muriesen *ab-intestato*, ya entrada la época del señor don Felipe V, esto es: dos si-

Mas razonables sus últimas disposiciones en lo que á la fama de su patria pudiera contribuir directamente, ordenó que se edificase en la ciudad de Génova una casa que habia de habitarse por una persona de su familia y apellido, casada y con renta bastante para sustentar decorosamente el blason de su linage, de suerte que nunca faltase allí quien recordára á la posteridad la gloria personificada de sus extraordinarias empresas: con lo cual y con el espíritu levantado á la morada eterna, dejó su cuerpo la vida de las tribulaciones, para entrar en la esfera de la fama que jamás habia de abandonarle, por cuanto á sus hechos era debido.

Al terminar la brillante narracion de los acontecimientos que sustentaron el principio del engrandecimiento con que se distinguió entre todas las europeas la nacion española al comenzarse la centuria décima sesta, no cumpliríamos como dignos historiadores si dejáramos de examinar filosóficamente cuanto concierne á la habilidad de la empresa que puso en evidencia, para asombro de los sábios, la existencia de un mundo cuyo conocimiento estaba envuelto en las sombras del mas profundo misterio. Entrando, pues, en el exámen de las circunstancias que concurrieron á facilitar el primer viaje del Almirante, prescindiremos, por no repetirnos, de los fundamentos en que estribó aquel dentro de la imaginacion fantástica que con tal vehemencia los acariciaba; y aun cuando por la decision con que se plegaba Colon á las doctrinas é indicaciones mas oscuras, no aceptemos, como pudiera aceptarse, la inspiracion de un ente

glos despues de la muerte del Almirante: y por dicho codicilo, cuya letra quiere parecerse á la que hacia Colon en sus escritos, bien que el apócrifo inventor equivocára el modelo lo bastante para que la luz del tiempo descubriera su falso origen, se ordena la institucion y sustentacion del hospital mencionado, y para mengua de quien tan ridícula ficcion quiso autorizar con la ignorancia y escaso criterio de sucesivos escritores, vertió tambien la absurda especie ó manda que hace el navegante ilustre del almirantazgo de las Indias á favor de la república de San Jorge, *deficienteque linea mea masculina in Admiralato meo Indiarum et annexis justa privilegia dicti Regis in successorem declaro et substituo eamdem Rempúblicam S. Georgei.....* como si á la buena penetracion del Almirante pudiera ocultársele que los títulos y dignidades que tienen el carácter de un gobierno dado, no pueden ser transmisibles fuera de la jurisdiccion real á que los dominios de dicho gobierno pertenecen, y mucho menos por un súbdito que al efecto no habia obtenido, ni aun siquiera solicitado el beneplácito de su monarca, legítimo dueño de cuanto en la manda iba enunciado. Si hubiéramos de pararnos á refutar la posibilidad de semejante codicilo, sin duda tendriamos argumentos sobrados para confundir su origen con datos incontestables, bien que adelantando muy poco á cuanto en la propia cuestion espuso con sábio criterio el señor don Martin Fernandez de Navarrete en la Coleccion diplomática de la de Viajes, tomo II, pág. 305, á la cual remitimos á los que mas detenidamente deseen ilustrar este asunto; bastándonos á nosotros el apoyo del buen sentido que nunca abandonó al Almirante, y mas que todo á la imposibilidad de que se hiciera por tan respetable persona un documento que amenguaba la real autoridad, sin contar la circunstancia de que no fué conocido ni puesto en práctica legal hasta dos siglos mas tarde. De sentir es que el señor Washington Irving, cuya *Vida y viajes de Colon* tan justa fama le ha conquistado, se empeñe en sustentar en su cuarto tomo por medio de una inoportuna ilustracion tan conocida falsedad, sin mas motivo ni razon que la de haberla aceptado con poco exámen en el tomo I, olvidando por semejante proceder lo que se debe á la verdad, indispensable siempre en los trabajos históricos; y que es de hombres el equivocarse como es de sábios el confesar sus equivocaciones cuando mejores pruebas las patentizan: cuya máxima sustentada por las justas consideraciones de la equidad, fué mejor apreciada inmediatamente por el mencionado señor Navarrete, que al encabezar el tomo III de su Coleccion de Viajes españoles con el prólogo de costumbre, dice: *pero nuestra franqueza y amor á la verdad nos obligan á retractarnos de nuestras opiniones erradas, cuando á la luz de nuevos documentos conocemos el estravío á que nos conducia el mismo respeto á la autoridad de aquellos primeros historiadores, ó la ciega confianza en el dictámen ageno.* Quizá si el entendido escritor anglo-americano hubiera alcanzado dicho tomo III, que no conoció hasta despues de publicada su obra, habria copiado tan noble modelo, y con él se hubiera evitado los gravísimos cargos que en esta y otras cuestiones ha de hacer á su parcialidad la rectitud de la historia.

sobrenatural para dar cima á las profecías de la Iglesia, no hay duda que se habrá de conceder una superioridad en las ideas y una grandeza de espíritu tales como concurren pocas veces en un propio sugeto para adelantar tan larga distancia en el camino de las investigaciones.

Colon, como dice un moderno escritor de nuestra patria, *tenia un alma superior á la edad en que vivia. Para él estaba guardada la grande empresa de atravesar aquella mar que habia dado nacimiento á tantas fábulas, y de descifrar el misterio de su siglo* (1). El señor Robertson, por el contrario, en su Historia de América observa: que si la habilidad del famoso Almirante no hubiera existido, no por eso el continente tras-atlántico hubiera quedado oculto á las investigaciones europeas al terminarse el siglo XV; cuya opinion, sobradamente ligera por mas que verídica parezca, se apoya con especialidad en el casual arribo que hizo la armada portuguesa, mandada por Alvarez Cabral, en el puerto Seguro del continente americano; como si fuera probable que tan considerable armada se engolfára tanto por los mares de Occidente, á no estar ya reconocidos sus misterios y descubiertas las fábulas con que antes de atravesarlos Colon se hacian fantásticos y temibles. Al Almirante, pues, se debe el descubrimiento con todo el mérito de sus observaciones; y si alguna parte de mérito pudiera deslindarse del que corresponde al génio de la empresa combinada con las meditaciones mas profundas, sin duda que corresponderia de derecho á los españoles que con sus recursos y con sus personas entraron en ella, sin miedo en el corazon, antes con tanto valor y tanta abnegacion como escasamente sucede.

Las meditaciones del Almirante, siempre profundas, y su espíritu emprendedor fueran bastantes para dar cima á una empresa tan difícil, si las preocupaciones de sus contemporáneos no hubieran puesto á prueba su constancia, que es la virtud que mas resalta en el transcurso de su vida. Con efecto: otro hombre menos consecuente ó mas bilioso hubiera desistido de su pasion favorita ante la inmensidad de obstáculos é injurias con que aquella le regalaba cada dia; pero, como dice Cladera, *para él estaba guardada la grande empresa de atravesar el Océano:* y nunca con mayor verdad hombre alguno pudiera aplicarse como el Almirante aquellas palabras del cínico filósofo que decia: *yo soy pobre, errante, sin patria, sin asilo, obligado á no cuidar sino del dia; pero opongo el valor á la fortuna, la naturaleza á las leyes y la razon á las pasiones* (2).

Los celos y la ambicion le crearon émulos, como siempre ha sucedido á todos los hombres privilegiados: desgraciadamente un rey poderoso tuvo la flaqueza de no conformar al principio con las observaciones teóricas del Almirante, y de recelar del poder inmenso que se adquiria con la realizacion práctica de las

(1) Cladera. Investigaciones históricas.
(2) Plutarco. *Vidas de Varones célebres.*

mismas: por lo cual no faltaron sinsabores á Colon, que vió crecer por semejante causa el número de sus émulos. En los palacios son los monarcas el espejo donde reflejan las acciones de los cortesanos, porque todos suelen buscar el mejor modo de imitar á sus señores para agradarles, y únicamente así puede esplicarse la enemiga que profesaron constantes á Colon ciertos personajes ilustres de la córte de Fernando V, lo mismo que se esplica cómo varios discípulos de Platon afectaban ser cargados de espalda por parecerse á su maestro (1).

Es verdad que en cierto modo no faltan severos cargos que hacer á Colon en el curso de sus viajes y en la administracion de su gobierno; cargos que si bien quedan borrados con los procederes de sucesivos gobernadores, no por eso dejan de patentizar la condicion humana donde los hechos mas sublimes tan solo revelaban la existencia maravillosa de la providencia. Ni de otro modo pudiera comprenderse al hombre, que manchando sus infinitas virtudes con algunos defectos, pues de otro modo la historia se convertiria en panegírico, y daria lugar á la aplicacion exacta de la severa reprension con que el mas profundo de nuestros críticos ha censurado á los parciales historiadores (2).

La esclavitud de los indios sublevados, aun despues de las órdenes contrarias de la reina Isabel, y la inhumanidad de los castigos impuestos á los españoles inobedientes ó sediciosos, privándoles del sustento necesario, son pruebas inequívocas de que no estaba exento de defectos quien tantas virtudes poseia; y así nos complacemos en declararlo, no solo para que el héroe aparezca hombre ante la razon de los lectores, si no tambien para justificar en cierto modo las parcialidades que en su contra se pronunciaron así en la córte como en los propios dominios que estaban sometidos á su gobierno. Tambien concurrió sin duda á enagenar algunas voluntades el carácter ejecutivo de don Bartolomé Colon, en cuanto estuvo sustituyendo al Almirante, ó mejor cuando los dos se pusieron en armas contra los rebeldes. Este era hasta cierto punto conciliador y enemigo de los estremos violentos para con los españoles que tan útiles habian sido y estaban siendo á su gloria: aquel, menos capaz de concebir grandes proyectos, era el alma de la ejecucion, y con ánimo levantado y soberbia voluntad sabia destruir cuantos estorbos se creáran contra el logro de sus empresas. Colocados ambos á semejante altura por las facultades que el Almirante habia declinado en su hermano, y puestos enfrente de un pais cuya conquista fácil en sus principios comenzaba á levantar inmensos obstáculos, parecia como que simbolizaban á los griegos capitanes Ifícrates y Timoteo, prudente y frio calculador el uno, severo y activo el otro, y los dos en la ejecucion siempre constantes y atrevidos.

(1) Anacarsis. *Viajes por Grecia.*

(2) A fé (decia D. Quijote) que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, si no como debian ser, y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, si no como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. (Cervantes. Parte segunda, cap. III.)

A tales dotes forzosamente habian de acompañar algunos desafueros, y no faltan memorias coetáneas con que tachar en ciertos casos la conducta del Almirante; pero si ella se compara con los acreditados gobernadores que tomaron despues á su cargo la administracion de los paises descubiertos, se comprenderá fácilmente que todos eran menos dignos que Colon en semejante cargo, y que mas que á sus desmanes se debió á la suspicacia del rey el término infeliz de su carrera. Hacemos esta manifestacion como las anteriores en fuerza de la verdad que debemos al buen criterio y á la sana razon de la mas cierta historia: que no de otro modo pudiera concebirla Ciceron definiéndola el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la escuela de la vida, y de la antigüedad mensagera (1). Por esto hemos consignado con severa imparcialidad los lunares que en cierto modo mancillan la buena opinion de los personages que han figurado en el término principal del gran cuadro que hemos hecho; bien que ellos no pueden autorizar el descrédito ó la infamia con que apasionados autores los ofuscan, porque siendo aquellos únicamente el espejo fiel de la verdad, nos ofrecen harto que agradecer en el terreno de las comparaciones, por lo que tiene de injusto y naturalmente torcido el corazon humano al entrar en el campo de las naturales ambiciones.

No quedaria satisfecha la general aficion ni el interés que inspira la gloria de Colon á quien sus hechos estudia si, abandonando su cadáver en el caliente lecho de la agonía, no diéramos cuenta de los sucesos que le tocaron aun mas allá de la tumba. Además: que siendo Colon el primero y mas glorioso almirante entre todos aquellos cuyas biografías han de abrillantar las páginas de nuestra historia, fuera imperdonable mision no seguirle respetuosos hasta la morada de su eterno descanso.

Entre las mandas piadosas que habia hecho en su testamento una ordenaba que, cuando sus rentas lo permitieran, se fabricase y sustentase una capilla en la Vega Real de la isla Española donde reposase su cadáver y se hiciesen sufragios por su alma: pero como esto no pudo tener lugar inmediatamente, por el estado especial de abandono en que se hallaban las rentas y privilegios del Almirante á la hora de su muerte, fué depositado dicho cadáver primero en el monasterio de San Francisco de Valladolid, despues trasladado al de Cartujos de Las Cuevas en Sevilla por los años de 1513, y finalmente, en 1536 fué conducido á la isla Española, y colocado en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, en union con el de su hijo don Diego Colon que tambien habia muerto en Montalvan diez años antes.

Cuando por el desenfreno de una potencia belicosa se midieron las armas europeas en todos los confines de nuestro continente por los últimos años del siglo XVIII, ya entrado el de 95, y tras de algunos encuentros desdichados en que nos cupo lo peor fortuna, se ajustó la paz entre España y la república fran-

(1) Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, magistra vitæ, nuncia vetustatis. *De Orat. lib. II.*

cesa, firmándose el tratado en Basilea, donde se hallaban reunidos los respectivos plenipotenciarios. Las ventajas que por entonces obtuvieran los franceses, y algunas concesiones que por su parte nos hicieron en el nuevo hemisferio, dieron lugar á que por el artículo IX del dicho tratado de paz, les cediéramos todas nuestras posesiones de la isla de Santo Domingo, aquellas donde primero que nacion alguna habian sentado la planta y arraigado sus nombres, su religion, sus leyes y sus fortunas, los primeros descubridores nuestros ascendientes, y donde reposaban en paz las cenizas del mas famoso entre todos los almirantes del mundo.

Para dar cumplimiento al tratado se hallaba á la sazon fondeada en el rio y puerto de Santo Domingo una escuadra española que obedecia las órdenes del teniente general de nuestra real armada don Gabriel de Aristizabal; y este digno español, que por sus buenas prendas supo comprender cuanto se debe á la memoria de los hombres ilustres, se apresuró á manifestar al hasta entonces gobernador de Santo Domingo, el mariscal de campo don Joaquin García, cuanto era conveniente no perder con las posesiones de nuestro fundamento en aquellas regiones, las cenizas del hombre estraordinario que las habia descubierto. Semejante observacion, como era de esperar, resonó muy fuertemente en la patriótica inteligencia del gobernador García, con tanta mas razon, cuanto que á la vez gestionaba la misma conservacion de tan ilustre ascendiente el que á la sazon poseia con los títulos del almirantazgo de Indias y ducado de Veraguas, la gloria hereditaria del famoso Almirante: y comunicando las órdenes oportunas y obtenido el beneplácito eclesiástico de la superior autoridad religiosa de aquellas nuestras posesiones, se dispuso la ceremonia de la exhumacion del cadáver que reposaba en la capilla de Santo Domingo hacia ya muy cerca de doscientos y sesenta años.

Verificóse la ceremonia, con solemne pompa y muy notable concurso, el dia 20 de diciembre de 1795, oficiando de pontifical el Rmo. D. Fr. Fernando Portillo y Torres, Arzobispo de Cuba, cuya metrópoli era entonces Santo Domingo; y por ella se hallaron en una bóveda que estaba sobre el presbiterio al lado del Evangelio, pared principal y peana del Altar mayor, ciertas planchas de plomo como de tercia de largo, que atestiguaban la pasada existencia de una caja de dicho metal y pedazos de huesos de canillas y otras varias partes de algun difunto: todo lo cual se recogió en una salvilla, así como la tierra adjunta á los mencionados despojos. Así reunido cuanto á las cenizas del Almirante correspondia, se introdujo con sagrado respeto en otra caja de plomo allí preparada, de una vara en cuadro y una tercia de altura, dorada por fuera y con su llave respectiva; la cual separó dichos restos fúnebres de la pública atencion, y fué entregada en manos del arzobispo, en tanto que la caja ya cargada del glorioso polvo, se colocó en un decente ataud forrado de terciopelo negro con guarniciones y flecos de oro.

Al siguiente dia 21 se repitieron con mayor pompa y no menos concurren-

cia los oficios fúnebres de la iglesia, en presencia de las ilustres cenizas que en su lujoso ataud sobre un decente túmulo se ostentaban; y á las cuatro de la tarde volviendo á la catedral los señores del Real Acuerdo, con el Rmo. señor Arzobispo, el general de Marina Aristizabal, el Cabildo, los Beneficiados



de la ciudad y las comunidades religiosas de todas las órdenes allí existentes, se procedió en solemne cortejo á la traslacion de aquellos restos gloriosos al buque en que habian de atravesar otra vez el, por ellos en vida tan frecuentado, piélago de las Antillas. Tomaron el fúnebre ataud á la puerta de la iglesia los señores mariscal de campo don Antonio Barba, comandante de ingenieros, brigadieres don Joaquin Cabrera, de las milicias y don Antonio Canzi, teniente de rey de la plaza, y coronel del regimiento de Cantabria don Gáspar de Casasola; los cuales, alternando con otros gefes militares de su misma graduacion, le condujeron hasta fuera de la Puerta de Tierra, seguidos de un numeroso piquete con bandera enlutada y de todas las autoridades y corporaciones civiles, locales, religiosas y militares que á la sazon existian en la plaza de Santo Domingo.

Ya fuera de la Puerta de Tierra, y no lejos del puerto donde todos los buques de la armada, con insignias de luto, saludaban con quince cañonazos cada uno al famoso Almirante, se paró el cortejo para despedir con los cánticos de la iglesia aquellos despojos de tanta gloria: y entre tanto el Rmo. Arzobispo hizo formal entrega de la llave del ataud al general de marina Aristi-

zabal, quien depositó el precioso vaso en el bergantin de guerra *El Descubridor* dándose á la vela para trasbordarlo, en la ensenada de Ocoa al navío *San Lorenzo* que lo condujo á la Habana.

Las comunicaciones que por mas avanzado conducto se dirigieron desde Santo Domingo á las primeras autoridades de la isla de Cuba, dieron bastante lugar para que la recepcion en el puerto de la Habana fuese tan digna como la despedida lo habia sido en la hasta entonces metrópoli de aquellas islas: de suerte que, cuando el navío San Lorenzo dió fondo en la bahía de la Habana, ya numerosas bandas de falúas bien tripuladas y con banderas de luto formaban calle desde el anclaje de dicho buque hasta el muelle, distinguiéndose entre todas por sus adornos y equipaje la que habia de recibir el ataud que tales funciones provocaba. En ella se trasladó al recien llegado navío el comandante general de Marina, con todos los oficiales del Estado Mayor de la Armada y el escribano de guerra de Marina que habia de certificar debidamente la ceremonia de entrega, la cual tuvo lugar inmediatamente en el nombrado navío, cuyo comandante don Tomás de Ugarte hizo con toda solemnidad al dicho comandante general de Marina, depositando en sus manos la llave y caja que encerraban los fragmentos mas dignos de la veneracion de aquellas comarcas.

Vueltos á tierra los que de tan digno depósito eran conductores, fueron recibidos en el muelle con religiosa veneracion y marcial continente por todas las corporaciones de la isla presididas por el capitan general, el Ilmo. obispo diocesano, cada uno en su jurisdiccion respectiva, disponiendo tras de los honores consiguientes, la solemne procesion del cortejo hasta la Iglesia catedral de la Habana, por en medio de las tropas tendidas de antemano en el tránsito, y de la muchedumbre que en las calles y en el templo se agrupó á contemplar los antecedentes mas preciosos de la historia de su cultura.

Tambien en dicha santa Iglesia se repitieron las honras y exequias que habian tenido lugar en la de Santo Domingo, oficiando de patriarcal, y pronunciando la correspondiente fúnebre oracion el Ilmo. señor Obispo diocesano: despues de lo cual se dió conveniente descanso á las inmortales cenizas en una de las paredes del altar mayor, al lado del evangelio, bajo un monumento erigido allí para su perpétua memoria. Forma el dicho monumento una lápida, harto mezquina sin embargo, pero mas que bastante para perpetuar la gloria del héroe que encierra.

En ella se advierte el retrato del Almirante sobre la parte superior, y mas abajo con caracteres dorados esculpida la siguiente inscripcion:

¡Oh restos é imágen del Grande Colon!
Mil siglos durad guardados en la urna,
y en la remembranza de nuestra nacion.

Allí descansa, con efecto, el génio de la navegacion, tan admirado en su

reposo como lo habia sido durante su gloriosa vida; que no han de tenerse en cuenta para amenguar la satisfaccion de sus triunfos las parciales querellas ni los desaires pasageros que su presencia borraba instantáneamente, como las levantadas olas borran el surco del rápido bastimento. Allí le veneran las generaciones que al presente van pasando, como las anteriores le veneraron en la catedral de Santo Domingo, y allí, ó donde quiera que los acontecimientos conduzcan sus preciosos restos, aunque desaparezca del mundo conocido, su memoria será bendecida, y su génio celebrado hasta la estincion de la especie humana, porque solo así podrá estinguirse la radiante aureola de gloria que circunda su famoso nombre.

De la propia manera que los anteriores detalles han de interesar forzosamente á quien con marcada aficion haya seguido las huellas históricas del Almirante, asi interesará el conocimiento de cuanto sucedió respecto á sus títulos y privilegios: y aunque de sus descendientes alguna vez por incidencia tendrá que ocuparse la *Historia de la Marina Española,* no será tanto que sirva para aclarar lo bastante cuanto debe saberse en la importante materia que estamos anunciando.

Ya se ha visto como á la muerte de Colon sus privilegios y títulos, si no controvertibles por ningun concepto respecto al espíritu de las capitulaciones, estaban siendo orígen de indigestas cuestiones que acibararon la vida y apresuraron la muerte del famoso Almirante. Su heredero don Diego, tan pronto como dió suficiente lugar al sentimiento de tan señalada pérdida, entabló la continuacion de las pretensiones justísimas de su padre; pero aunque el receloso monarca firmó sin pérdida de tiempo la trasmision y pago riguroso de todas las rentas y beneficios que al Almirante correspondian en favor de don Diego, no asi fué espontáneo en la confirmacion é investidura de los títulos y gobiernos del almirantazgo y vireinato: de suerte que el jóven heredero, tomando antes el beneplácito del rey y la proteccion de las leyes del reino, entabló la demanda judicial contra la corona, y de sus resultas siguió y ganó en los tribunales el litigio, sin que el rey pudiera entonces escusarse por mas tiempo de darle, como lo hizo, la gobernacion de la isla Española en los propios términos que Ovando la estaba ejerciendo. Es verdad que en la real cédula se escusaba el título de virey á quien tan de derecho le tocaba; pero no es menos cierto que sometiéndose la magestad real á una providencia que repugnaba, pero que estaba fundada en las leyes de la justicia, dió una prueba solemne de integridad y respeto, que realza grandemente la moral administracion de su famosa época.

Desde 1510, en que tuvo lugar la ida de don Diego Colon á Santo Domingo, hasta 1520 ninguna alteracion sufrió en sus atribuciones, por mas que la calumnia se cebase en él como en su padre se habia cebado: antes bien, aunque sin la real sancion, se titulaba *Virey* como apetecia, y por último obtuvo justicia del emperador Cárlos V, que le confirmó de lleno en los privilegios del

primer Almirante. Con todo, algunos años despues tuvo que venir á la córte para sincerarse de ciertos cargos harto graves que se le hicieron, y habiendo muerto, como se ha dicho, al comenzarse el de 1526, en la villa de Montalban á seis leguas de Toledo, quedó por sucesor y universal heredero su hijo mayor don Luis, que entonces tenia seis años, bajo la tútela de la vireina viuda doña María, sobrina del duque de Alva.

Al investir el emperador al nuevo Almirante de los cargos y títulos que sus ascendientes poseyeron, por consejos de gobierno fundados en la estension que diariamente adquirian nuestras posesiones del Nuevo-Mundo, se negó á darle el título de virey ya de antes tan litigado; y aunque entablado nuevo litigio, pudo alcanzar que en 1538 se le nombrase *Capitan General* de la isla Española, fueron tales las restricciones que se le pusieron, y tan grandes los dispendios del título, que por medio de árbitros se dirimió la cuestion, renunciando don Luis los títulos de capitan general y virey, por los de duque de Veraguas y marqués de la Jamáica con que hoy se conocen sus herederos. Respecto á sus derechos sobre la décima parte de todos los productos de aquellas tierras tambien se contentó con renunciarlos por una pension anual y fija de mil doblones de oro; pero habiendo fallecido poco tiempo despues, gozó escasamente de las mencionadas permutas, que comenzó á disfrutar un sobrino suyo llamado don Diego, hijo de Cristóbal su hermano, que tambien habia fallecido.

La union del nuevo sucesor con una hija de don Luis cortó las tendencias que se advertian entre ambos á disputarse la herencia; pero en cambio fué estéril, y al morir sin sucesion dicho don Diego por los años de 1578, se promovió, entre todos los que eran ó se consideraban ser de la familia de Colon, un pleito tan ruidoso como hasta entonces no se viera en la curia española. Sin embargo: las disposiciones del Almirante estaban muy claras respecto á los derechos de sucesion, puesto que prevenian la entrada de los varones en línea transversal con preferencia á las hembras en línea recta: de suerte que, habiéndose desestimado cuantas pruebas se ofrecieron por los pretendientes, muchos de ellos italianos, que fundaron el catálogo de orígenes en que se oscurecieron por algun tiempo el linage y la patria verdadera del Almirante, se adjudicó la herencia á don Nuño Yelves de Portugal, como único varon que existia con mas derecho por la línea femenina, declarada que fué en absoluta estincion la masculina, respecto á ser nieto lejítimo de doña Isabel Colon, hija tercera de don Diego Colon, el segundo Almirante, y hermana por lo tanto de don Luis, el que dejára por heredero á su sobrino don Diego: la cual doña Isabel habia casado en su tiempo con don Jorge de Portugal, conde de Yelves, y no lejano pariente de la casa de Braganza.

Hízose dicha justicia en el segundo año del siglo XVII, desde cuya fecha hasta hoy sin ninguna interrupcion ni controversia han disfrutado los títulos y privilegios del famoso Almirante los sucesores directos por la línea masculina,

no interrumpida, de la mencionada casa, habiendo dado á sus timbres el lustre correspondiente para honra de su posteridad y gran consuelo de las cenizas que tan religiosamente se conservan en la catedral de la Habana.

De corazones generosos será el deseo vehemente de que en la propia forma procedan los futuros descendientes, ya que por la inmensidad del suceso que motiva la gloria de su alcurnia, no sea posible que puedan imitar jamás los hechos maravillosos del que ha echado los cimientos á tan distinguida rama de la aristocrácia española.



CAPITULO XXVI.

Operaciones diplomáticas y militares desde el principio de esta Historia hasta la segunda época del reinado de Fernando V en los estados de Castilla.—Armada que conduce á Africa al último rey moro de Granada.—Sucesos de Italia: Sale una grande armada de Cartagena al mando del Gran Capitan: operaciones y campañas sobre los mares de Nápoles y Francia.—Armamentos de Laredo para conducir á Flandes á la infanta doña Juana: sucesos de esta espedicion hasta su vuelta.—Aprestos contra las islas independientes del Atlántico, y conquista de las Canarias.—Primera espedicion contra las costas de Africa: toma de Melilla.—Insurreccion de los moros del reino de Granada, y parte desdichada que contra ellos tomó alguna fuerza de la Marina española.—Segunda guerra de Italia: dispónense nuevos armamentos: sus capitanes y almirantes: operaciones en que se emplean: accion inimitable de la Marina española sobre el cerco de Tarento: presas que hacen nuestros cruceros durante aquellas campañas.—Acontecimientos navales sobre las aguas españolas: socorro de Salsas: combate enfrente del cabo de Gata.—Segundo armamento que desde Laredo conduce á Flandes á la archiduquesa doña Juana.—Nuevas agresiones contra Africa: ataque y conquista de Mazalquivir: verdadero carácter de estas empresas.—Acontecimientos políticos del reino de Castilla por causa de la muerte de doña Isabel I.—Disturbios domésticos en la real familia, y disposiciones poco meditadas del rey don Fernando para evitarlos.—Paces con Francia por medio del impolítico enlace del monarca aragones con doña Germana de Foix.—Preparativos de don Fernando para ir á Nápoles: armada que se apresta en Barcelona: sucesos del viaje: arribo á Nápoles: entretenimientos políticos del Rey Católico en aquellos estados.—Dispónese el regreso á España: vistas en Saona de Fernando V y Luis XII: vuelve al mar la régia espedicion y llega á Valencia.—Ordenada dispersion de la armada.—Vuelta del rey don Fernando á Castilla.

La mas alta gloria de que puede blasonar la Marina española en el primer período de esta historia, esto es, en los ocho últimos años del siglo XV y durante el primer tercio del XVI, sin duda es la que alcanzaron sus mas ilustres hijos en los famosos descubrimientos que por entonces verificaron. Primeros á abrir el camino de la investigacion en las vecinas tierras por las costas africanas y sus islas adyacentes desde muy largos tiempos, faltó poco para que se rezagáran en su propio camino; merced á los disturbios que asolaron estos reinos durante el fatal reinado de Enrique IV, y á la actividad marinera que se desarrolló con la ciencia del infante don Enrique de Portugal en el vecino reino. Pero tan pronto como la conquista de Granada puso término á las cuestiones de sangre y esterminio que se ventilaban en nuestro suelo desde ocho

siglos atrás, y el génio de la navegacion vino á brillar en la córte de los Reyes Católicos, riesgo ni temor alguno bastó á sofocar los impulsos maravillosos de nuestros navegantes, y los españoles nos pusimos al frente y en primera línea de los mas famosos descubridores.

Por lo que hasta el presente hemos escrito en los capítulos anteriores, verdad tan clásica no es fácil que halle oposicion, ni siquiera por parte de la argucia mas refinada; pero aun así no es aquello bastante para terminar la brillante historia de nuestros viajes y descubrimientos marítimos; porque si hasta la muerte de Colon fueron tales como no podrán repetirse jamás por la singularidad de sus circunstancias, los que mas adelante se practicaron tienen tan alta importancia como los primeros en el comercio del mundo, y de su historia, por lo tanto, habremos de ocuparnos con la escrupulosa atencion que les es debida.

Con todo: la muerte de la reina Isabel, la venida á España del nuevo monarca don Felipe el hermoso, y la partida á Nápoles del católico don Fernando, hubieron de paralizar, con la accion de los viajes, el espíritu que por ellos agitaba los ánimos régios: y aunque no fué larga la interrupcion de aquellos por lo que tardó poco la muerte de don Felipe en atajar las discordias civiles que á fermentar comenzaban en estos reinos, bien será tomar alientos en la suspension que proporcionaron aquellas cosas, para no dejar en olvido los sucesos de distintos géneros á que concurrió la Marina española durante los postreros años de la gloriosa Isabel, y para dar tambien á las sucesivas narraciones el nuevo carácter que por sus verdaderas tendencias les corresponde.

Volviendo, pues, al año de 1492, principio y fundamento de la historia que vamos escribiendo, conviene saber: que no satisfechos los Reyes Católicos con haber lanzado la morisma á la otra parte del Estrecho, se decidieron á tremolar sus pendones reales sobre las propias tierras de donde aquellas gentes habian venido á nuestro suelo, cambiando los sucesos de como en tiempos de don Rodrigo habian pasado. Al efecto dieron cargo á don Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitan, y este á un Lorenzo de Padilla, regidor de Alcalá y jurado de Antequera, para reconocer la disposicion de los puertos y villas fronterizas en las citadas costas de Africa.

A favorecer el desempeño de tan árdua empresa contribuyó en los principios del siguiente año la partida del último rey moro de Granada á las tierras que trataban de reconocerse. Cuéntase que el desdichado príncipe solicitó aquella ida lejos de la patria querida, donde tantos dulcísimos recuerdos le ponian delante su presente desventura, y no falta quien opina que fué forzada dicha emigracion por la buena traza de don Gutierre de Cárdenas (1). Pero como quiera que á nosotros no sea forzoso aclarar los misterios de aquel suceso, nos con-

(1) Padilla. *Crónica de Felipe I*, cap. VI.

cretamos á presentarlo, por la parte que en él tomaron algunos bastimentos de nuestras fuerzas navales.

La órden para la espedicion fué comunicada al conde de Tendilla, entonces capitan general del reino de Granada, el cual hizo poner en órden de navegar tres navíos en el puerto de Almería, á saber: una nave gruesa y dos bergantines, y á su calor partió tambien del mismo puerto una fusta en que navegaba el comisionado para practicar el sigiloso reconocimiento (1).



Pero aunque el encargo desempeñó á satisfaccion el dicho Lorenzo de Padilla, entrándose solo y disfrazado por el reino de Tremecen, que visitó mas de un año, los sucesos que inmediatamente se verificaron en Italia, vinieron á estorbar el atrevido proyecto de los monarcas de España (2).

Cuestionábanse antiguos derechos sobre el reino de Nápoles entre Fernando que lo poseia, y el rey de Francia Cárlos VIII, que alegaba títulos bastantes en su concepto para conquistarlo: llegóse á esto la enemiga que contra el dicho rey don Fernando de Nápoles concibió el duque de Milan, Luis Esforcia, el cual no solamente atizó con sus palabras el fuego de la ambicion que devoraba los pensamientos de Cárlos VIII, sino que se ofreció con su estado á fa-

(1) *Coleccion de documentos de Marina* ms. en el Depósito hidrográfico.

(2) Todo lo dicho respecto á la comision encargada á don Alonso de Aguilar, y desempeñada por Lorenzo de Padilla, consta en una *Crónica del rey don Felipe I, llamado el hermoso*, que se conserva ms., en la biblioteca del Escorial, y dada á luz en el tomo octavo de la *Coleccion de documentos inéditos* de los señores Salva y Baranda.

vorecerle en la conquista. Tan pronto como esta se resolvió por el frances, y á fin de divertir á los Reyes Católicos para que no se la estorbáran, envió el rey Cárlos sus embajadores á nuestra córte con la mas amplia y espontánea cesion del condado de Rolleson que sus gentes tenian (1): y aunque al tiempo de verificarse la entrega de sus fortalezas, parece que contrarias órdenes mandaban ganar tiempo á los gobernadores que las tenian, sin dar cumplimiento á la concordia antes de asegurar la neutralidad de los Reyes Católicos en la cuestion principal que iba á ventilarse, habia sido tanta la prisa y tan buena la maña de nuestros soldados bajo la conducta de don Enrique Enriquez, hijo del conde de Alba de Liste, que cuando quiso recordar el francés la inconveniencia de sus precipitados acuerdos, ya se habian posesionado de Perpiñan y señoreaban todo el condado (2).

En tan crítica situacion, y cuando la tormenta estaba próxima á descargar los furores de la guerra sobre el disputado reino de Nápoles, acudió el monarca italiano á don Fernando el Católico, suplicándole que por sus cosas mirase: y aunque el de Aragon en los principios no quiso intervenir directamente, por no romper la concordia asentada con los franceses sus vecinos, tampoco llevaba á bien el acrecentamiento que habria de tener el poder de Cárlos VIII, si del codiciado reino al fin se hacia dueño. Por esto, y porque el rey de Nápoles estaba casado con hermana suya, y además era su primo, envió el Rey Católico á suplicar al de Francia que se abstuviese de la agresion premeditada, torciendo los ánimos de la guerra á mas suaves concordias: el francés que ya se habia fijado en la posesion legítima de un nuevo reino, llevó adelante sus armas por el de Nápoles, y con esto, despejándose en todas partes los inmediatos deberes, los Reyes Católicos pusieron mano en los negocios de la guerra, y aceptaron inmediatamente la que fueron obligados á hacer á franceses en los estraños dominios de la Italia.

Grandes fueron los aprestos y movimientos que se hicieron por nuestras provincias con ocasion de la próxima guerra, porque los jóvenes paladines españoles que á las distantes y enfermizas regiones del Nuevo-Mundo no quisieron concurrir en busca de inciertas aventuras, vieron abrirse mas digno palenque al ejercicio de sus armas victoriosas, y adivinaron con justicia un campo mas seguro, y sobre todo mas digno de sus hazañas. Pero si la gloria que en las batallas se adquiere vino á mecerse brillante sobre la atmósfera que respiraban á la sazon nuestros ilustres ascendientes, tambien podemos asegurar que de la que en Italia adquirimos, parte indeclinable el mas cierto principio de nuestra sucesiva decadencia en la poblacion, en la agricultura, en el comercio, y por lo tanto, y como consecuencia indispensable, en las bases fundamentales sobre que naturalmente se apoya la mejor constitucion de una respetable Marina. Afortu-

(1) Mariana. *Historia de España*, lib. XXVI. cap. IV.
(2) Padilla. *Crónica de Felipe I*, ms.

nadamente el afan de los descubrimientos que en Occidente se verificaban entonces, dió calor á la construccion de naves y á la perseverancia en el oficio de la navegacion, abriendo nuevos estímulos al comercio de nuestra patria, y por lo tanto hubo de sostenerse y aun acrecentarse el poder de la Marina española durante una centuria, hasta que por los pasos cuyo conocimiento no es de este lugar, llegó al estado de postracion mas absoluta que pudiera imaginarse.

Reuniéronse en Cartagena las fuerzas que habian de marchar á Italia, bajo la conducta del *Gran Capitan* Gonzalo Fernandez de Córdoba, y en el puerto de aquella plaza se juntaron asimismo hasta sesenta buques de todos portes para recibirlas á su bordo, cuando se estaba al principio de los 1495 años.

De aquella armada tan numerosa, como de largos tiempos otra no se viera sobre la costa del Mediterráneo, no todos los buques eran españoles, porque si bien para resistir el corso de los argelinos y mas bárbaros de las opuestas tierras, se habian alimentado frecuentemente las atarazanas de Barcelona, Sevilla y otras, no es menos cierto que los recientes sucesos habian hecho descuidar la construccion de galeras para fijarse en la de bastimentos superiores y de vela con destino á la navegacion de las Indias, y que andando los tiempos llegóse á olvidar el régimen y ordenanzas que tenian las dichas armadas de galeras antes y despues tan famosas, viéndose al fin los reyes de España precisados á tomar á sueldo las de otras naciones para acudir en las ocasiones á sus necesidades mas urgentes (1).

(1) No sabemos hasta qué punto podremos dar crédito á las palabras que en su *Crónica de Omiche Barbarroja* escrita en el año de 1540, y dedicada al marqués de Astorga, dejó consignados Francisco Lopez de Gomara, las cuales son estas: —*Este fué el comienzo de los males que nuestra España ha recibido de cosarios desde que este Omiche Barbarroja comenzó á navegar por nuestras mares robando y destruyendo nuestras tierras: demas de ser Omiche Barbarroja animoso y valiente tobo la fortuna por suya en hallar como halló la costa de la mar de España sin galeras, por que á la sazon habian deshecho catalanes sus galeras y armada que era señora de nuestra mar y tenia segura toda la costa de España y de las islas della sugetas de los cosarios que habia en Africa. Desarmáronse estas galeras por mandado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel y persuasion de frailes que les encargaron las conciencias por que tenian galeras, diciendo que Dios no tenia mas de un infierno para todo el mundo, y que ellos querian tener muchos pues cada galera era un infierno. Tanta fué la obediencia que los catalanes tuvieron á sus reyes, que aunque tenian guerra con ginoveses enemigos viejos, y aunque hacian y temian el daño que despues acá se les ha por esto seguido, cumplieron luego el mandamiento; y tan bueno fué el consejo de aquellos frailes, que ha sido causa de cuantas guerras y robos han hecho cosarios en estos reinos*, etc. (Academia de la Historia: un tomo en fólio ms.)—Al márgen de estas líneas hay tres notas de otra del siglo XVIII, y por su contenido parece que quien las puso, harto enemigo de frailes, daba crédito á la especie, censurándola con durisimas palabras. Nosotros que conocemos el carácter y la prevision de los Reyes Católicos, y que poseemos mas de un documento en que Fernando V llega á revelarse contra las determinaciones del Papa, siempre que en lo mas mínimo puedan perjudicar sus derechos é inmunidades, ó la seguridad de sus reinos, tenemos por falsa ó exagerada la causa á que Gomara atribuye nuestra falta absoluta de galeras en los tiempos enunciados. Además, en los papeles del archivo de Barcelona que he visto, referentes á tan glorioso reinado, tampoco he hallado órden alguna que prescribiera el desarme de las galeras catalanas. De todos modos la falta de galeras es positiva cuando todavía gobernaba estos reinos el cardenal Cisneros; pues en cédula real, firmada de su mano y dirigida á don Juan de Silva, asistente de Sevilla, dice:.... *Nos vos encargamos que luego vos informeis y sepais la verdad que órden se tenia en el sostener de las galeras cuando las habia en las atarazanas desa cibda..... y que personas y oficiales habia obligados al servicio de las dichas galeras y atarazanas, y que ordenanzas tienen dello, y que oficiales hay agora de la suso dicho, y en que se emplean..... y asi mismo envieis acá un comitre de los dichos oficiales bien instruto é informado para que le mandemos oir cerca dello..... y esto combiene que se haga con mucho recabdo y diligencia por que cumple mucho saberlo, por lo que se ha de proveher no solamente ahi pero en otras partes destos reinos contra los moros y turcos que procuran de las ofender: y*

Ya entrada la primavera del dicho año 1495, se hizo á la vela la armada cuyo mando superior llevaba el almirante de Aragon don Galceran de Requesens, con órdenes espresas de operar cuando hubiese desembarcado el ejército, segun las instrucciones que tuviera por conveniente comunicarle el rey don Fernando de Nápoles; pero como una tormenta hubiese separado los bajeles, haciendo de toda la armada dos porciones, la mas afortunada bajo la direccion del almirante llegó algunos dias antes que Gonzalo á la Sicilia, teniendo ocasion de entrar inmediatamente en operaciones de guerra, de acuerdo con el rey despojado, sobre las aguas de Calabria. Aunque algo lejano el recuerdo, no se habia olvidado el que por aquellos mares dejáran las armadas de Aragon en las famosas contiendas de los Alonsos y de los Jaimes: y fué sin duda por esto por lo que la fortuna no quiso volver la espalda á nuestros marinos, cuando estrechada la plaza de Reggio, se debió su pronta conquista á las acertadas operaciones con que en sus aguas se presentaron.

Entretanto, por la banda del Norte se estaba formando la mas peligrosa tormenta que amenazaba dar en tierra con todo el poder de los franceses conquistadores; puesto que coaligados con el rey don Fernando el emperador de Alemania y la república de Venecia, escasamente las tropas de Cárlos VIII, que apenas subian de ocho mil hombres, hubieran podido resistir á las de cualquiera de dichos potentados. Convencido el monarca francés de tan clara verdad, tomó sin perder tiempo todas las disposiciones para asegurarse contra la liga en el corazon de su reino: y aunque al retirarse del de Nápoles, dejó con la mitad de su gente capitanes de gran nota que le conservaran su reciente conquista, fácil le fué preveer que sin otros recursos, bien poco tardaria en acabar en Italia el efímero poder de los franceses. En semejante seguridad trató de sacar algun partido ventajoso del paseo militar que habia dado; pero no tuvo acierto en la eleccion de las ventajas pretendidas, por indecorosas á la buena moral, y los resultados tambien fueron desdichados para su propósito. Con efecto: tomando de los templos sagrados, de los museos reales y de los edificios públicos cuanto de mas bello habian producido las nobles artes, lo hizo cargar en algunas naves francesas que por allí sostenian sus comunicacio-

tambien nos informad si en tiempo antiguo ayudaban en las armadas con las galeras algunos navios ó otra manera de fustas. (Depósito hidrográfico: *Coleccion diplomática de Simancas.*) Y consta de igual manera la falta de dichos bastimentos propios en los tiempos sucesivos hasta muy pocos años antes de la batalla de Lepanto, no solamente por los estados de nuestras fuerzas navales que se desprenden del exámen detenido de los archivos, sino tambien por lo que dice la citada *Crónica de Barbarroja* en el lugar copiado, y por lo que manifestaba el mas famoso marqués de Santa Cruz á la magestad de Felipe II desde Lisboa el año de 1580, en un memorial de sus servicios que dice: *Y asi mismo servi á V. M. en dar luz y descubrir con efecto el poder armar galeras en los reinos de V. M., que esto tenian oscurecido los Ginoveses, y hecho entender á S. M. imperial, que ellos y no otros podian armar galeras, de que resultó tener ellos siempre el golpe y fuerza de las galeras que le servian á su sueldo siendo de Ginoveses, de que se seguia sustentar galeras que, en cualquiera ocasion que les conviniese, podian dejar el servicio de S. M., y ir contra él no siendo vasallos.* (Academia de la Historia. Mss. sueltos). Pero de todo lo dicho, si algo se desprende en el concepto nuestro, es: que por los tiempos de los Reyes Católicos, despues de la conquista de Granada, se perdió la costumbre de fabricar ningun género de buques por cuenta de la corona, salvo en muy especiales casos, y que precipitó la estincion de las galeras el afan de construir esclusivamente buques de vela que pudieran servir á la vez para la guerra y para el comercio de las Indias.

nes marítimas, mandándolas navegar con la rica presa á los puertos del Mediodia de la Francia; pero otra flotilla que por allí andaba de vizcainos y genoveses, dió sobre la escuadra francesa con ímpetu bastante para rendirla y despojarla de tan precioso cargamento (1).

El dia 24 de mayo del año ya dicho, aportó Gonzalo de Córdoba á Mecina con los buques que habian podido mantenerse en su conserva, é inmediatamente el dia 26 se trasladó á la península italiana por el puerto de Reggio, donde al cabo de algunos dias se reunió toda la armada que de Cartagena saliera. Durante las campañas terrestres que tanta fama dieron al valor de nuestros soldados y á las dotes superiores de su inmejorable caudillo, las fuerzas de mar desembarazadas de todos aquellos bastimentos que eran puramente de trasporte, se ocuparon ya unidas ó separadas, en alianza con genovesas ó por sí solas, en las diversas operaciones que requeria el espíritu de aquella guerra. Sobre las aguas de Calabria, y corriendo por las costas de los Estados Pontificios hasta la gran cordillera de los Alpes, evitaron frecuentes desembarcos y piraterías de franceses que por allí se divertian en corso. Otras veces no respetando los aprestos de mayores fuerzas, invadieron las playas de Francia por las costas de Tolon y de Marsella, y en mas de una ocasion hicieron rico botin en algunas bien tripuladas naves mercantes, de las que salian ó entraban en los indicados puertos. Los soldados que habian asistido á la bandera ó reclutamiento en España, como entonces no habia distincion alguna entre los cuerpos de mar y tierra, sirvieron indistintamente y segun las ocasiones de la empresa, ya embarcados ó ya en el cuerpo grueso de las operaciones terrestres; y el famoso Pedro Navarro, que tan señaladas pruebas dió de su ingenio militar en difíciles cercos, tampoco dejó nada que desear como capitan de un bergantin cruzando en corso por aquellos mares (2).

El Almirante Requesens proveia con tino especial á las necesidades de la guerra, el arreglo de sus navales operaciones; y así fué que tras el desastre de Senimara, se le vió con toda la armada española concurrir al puerto de Mecina, para tomar á su bordo al rey Fernando y á las gentes que con él se habian salvado de la rota. Con el monarca y los suyos se presentó la armada en el puerto de Nápoles que los franceses poseian: y entre el ánimo que infundió la presencia de tantos buques, y las acertadas operaciones del desembarque, fué tan espontánea la reaccion en la ciudad á favor de su rey

(1) Prescott. *Historia de los Reyes Católicos.*

(2) Entre los documentos que nos sirven de guia para comprobar lo que vamos diciendo, hay varios que se refieren á casos muy especiales, y por minuciosos fuera inoportuno hacer mención de todos. Citaremos, no obstante, el que tiene relacion con Pedro Navarro, por la importancia del sugeto, cuya noticia trae en su *Crónica de don Felipe I*, capítulo VIII, el ya citado Lorenzo de Padilla, y dice así: *A la sazon avisado el rey Fernando de Nápoles del bien sucedido, acordó de enviar á Gonzalo Fernandez quince mil ducados para pagar su gente en una fusta por mar: y sucedió que un soldado español ya dicho que se llamaba Pedro Navarro, andaba cosario con un bergantin con ciertos soldados españoles, y como vió esta fusta fuese para ella, y embistióla y entróla por fuerza él y sus soldados, y avisado como la moneda que traia, era para Gonzalo Fernandez, fuese con ella la vuelta de Calabria, y llevó los dineros á Gonzalo Fernandez.*

don Fernando, que en breve la guarnicion francesa tuvo que reducirse á la conservacion del castillo, de donde tardó escaso tiempo en ser tambien arrojada (1).

Finalmente: cuando el Gran Capitan se vió desembarazado de la guerra de Nápoles por la total espulsion de los franceses que habian entrado con Cárlos VIII en aquellas tierras, juntó los restos de su ejército, y con ellos en la propia armada que le habia conducido en 1495, regresó á España en 1498, no sin haber antes corrido por las costas de Tunez y Argel con grave perjuicio de los moros que en sus aguas encontraron (2).

Mientras que todo lo dicho ocupaba una porcion tan considerable de nuestras fuerzas navales en las aguas de Sicilia, numerosos armamentos se aprestaron asímismo en distintos puertos de la península para guardar sus costas y acudir al par á otras empresas no menos importantes. Como consecuencia natural de la cuestion que sobre el reino de Nápoles se ventilaba, las fronteras de nuestro territorio se vieron inmediatamente acometidas por numerosas huestes de una y otra banda; y tanto para proteger las plazas fuertes que en ellas poseiamos con todo género de socorros, cuanto para hacer frente á los corsarios franceses que pudieran intentar el saqueo de las costas, durante el transcurso de aquella, siempre se entretuvieron sobre las aguas del Rosellon y en las de Vizcaya, numerosas flotas, cuyo valor y buena direccion hicieron menos sensibles los trances agresivos de la guerra (3).

Ni la que se sustentó en las regiones de Italia y sobre las faldas de los Pirineos, fué causa ya bastante á estorbar otras espediciones y conquistas que se verificaron en su época, en especial la que hizo á Flandes la armada española, conduciendo á la infanta doña Juana para desposarse con el archiduque de Austria don Felipe, y las que salieron de los puertos de Andalucía, para dar cima á la total conquista de las islas Canarias, con la dominacion de la todavía entonces independiente Tenerife, y para fijar los pendones de la cruz sobre las fronterizas costas de Africa.

Reunióse la primera con régio aparato y gallardo equipage en el puerto de Laredo, ya entrado el año de 1496, por órden de ambos monarcas espedida en Tortosa con la data del 18 de enero (4). En ella se embarcaron los grandes y señores principales que debian acompañar á Flandes á la archiduquesa, tanto para guardar de franceses su persona en la navegacion, como para servirla en el nuevo estado que á tomar iba: y si hubiéramos de dar crédito á los historiadores coetáneos y á cuantos mas modernos de aquel viaje trataron, diriamos que concurrieran á la espedicion hasta quince ó veinte mil hombres de guerra, bien que mejores datos nos obliguen

(1) Zurita: *Anales de Aragon*. Quintana: *Españoles célebres*. Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*.
(2) Padilla: *Crónica de Felipe I*, ms.
(3) Prescott. *Historia de los Reyes Católicos*. Oviedo *Quinquagenas y batallas*, ms.
(4) Archivo general de Simancas. Negociado de Estado.

á bajar tan crecido número al mas razonable de dos mil y quinientos (1).

Púsose en órden la flota bajo las del Almirante de Castilla nombrado para

(1) Respetando, sin embargo, la autoridad de cuantos en el referir esta espedicion nos han precedido, no podemos menos de suspender el crédito, antes de darlo entero á la reunion y embarque de tan superiores fuerzas. Pedro Mártir de Angleria, que pudo ver el armamento, dice que eran ciento y diez las naves y diez mil los hombres que en ellas fueron. (Mártir: Opús. Epist. Epist. 168.) El cura de los Palacios, tambien coetáneo, hace subir aquellas á ciento y treinta, y á veinticinco mil el número de hombres que condujeron. *(Reyes Católicos.* ms.) Don Lorenzo de Padilla, dice que eran *ciento y veinte navíos de alto bordo y quince mil hombres. (Crónica del rey D. Felipe I,* ms.) Hernando Pulgar en su *crónica* no dá numero ni á los buques ni á las gentes, y lo mismo hace en su *Historia general* el P. Juan de Mariana. Ferreras sigue el computo del cura de los Palacios, y desde entonces acá todos varian entre los veinte y los treinta mil hombres, lo mismo que entre los ciento diez y los ciento treinta bastimentos. Nosotros poseemos copia de la cédula que los Reyes Católicos espidieron en Tortosa á 18 de enero de 1496, y en ella se marcan muy detalladamente las condiciones de aquel armamento en la forma siguiente:

El armada que con ayuda de nuestro Señor é de su gloriosa madre, tenemos acordado mandar proveher en buen hora, para el viaje de la señora archiduquesa nuestra fija, es el siguiente:

	HOMBRES.
Dos carracas alterosas de castillos de cada mil toneles, cada una con quinientos hombres.	1000
Dos naos de á quinientos toneles con.	500
Dos naos de á cuatrocientos toneles con.	400
Seis naos de á trescientos toneles con.	900
Cuatro naos de á doscientos toneles con.	400
Cuatro carabelas rasas equipadas de remos con.	300
VEINTE navíos en todos con	3500

sin contar en la tripulacion los criados é sirvientes de la casa de la señora archiduquesa nuestra fija, é repartiendo los tres mil é quinientos hombres susodichos segund y en la forma que tenemos acordado, la cual es la siguiente:

Pilotos, maestres, marineros y demas personas de mar.	1000
El señor Almirante don Fadrique Henriquez con trecientos escuderos, con los caballeros é continos de su casa, cient espingarderos, é cincuenta ballesteros.	450
El señor marqués de Astorga, ciento é cincuenta escuderos, cincuenta espingarderos, y cincuenta ballesteros.	250
El conde de Luna, cien escuderos, cincuenta espingarderos y cincuenta ballesteros.	200
El conde de Alba de Liste cincuenta escuderos, cincuenta espingarderos y cincuenta ballesteros	150
De Castilla la Vieja (Peones.).	400
De las Asturias de Santillana.	300
De Trasmiera	200
De Vizcaya.	550
En todo.	3500 hombres, etc.»

Si á los anteriores detalles hubiéramos de atenernos con esclusion de otros, fijado en muy escaso número quedaria el armamento para la espedicion de la infanta á los estados del archiduque; pero como en la propia cédula se hace mencion de las provisiones que habian de llevarse, y estas son tantas que no fuera posible conducir en tan corto número de buques, habremos de suponer que á la armada real se agregó crecido golpe de bastimentos de trasporte, cuya multitud dió lugar á las exageraciones de los citados historiadores. Ni otra cosa podia ser cuando en Italia se estaba entreteniendo con trabajo escaso número de gentes de guerra, sin que para enviar refuerzos se pudieran aprontar estos con la celeridad y abundancia que convenia: cuando al mismo tiempo se sostenian en ambos mares numerosos bajeles que cruzaban en defensa de los propias costas contra moros y franceses, y cuando absorvian muy principalmente la atencion las espediciones que por entonces se estaban practicando á las regiones recien descubiertas en el Océano Atlántico, y la conquista de la isla de Tenerife, verificada á la sazon por las armas españolas bajo la conducta de Alonso de Lugo. Con semejantes aclaraciones, deduciendo consecuencias harto razonables, nos parece ajustado á la cédula real el verdadero número de soldados que fueron á Flandes con doña Juana, y no muy inferior el total de hombres al que nos dice Pedro Mártir de Angleria, teniendo en cuenta que aceptamos los ciento y diez buques de que el mismo Pedro Mártir nos habla, bien que los noventa fuesen de trasporte, y que por lo tanto subiesen á diez mil hombres con corta diferencia las tripulaciones de la armada entre soldados y marineros.

dirigir aquel viaje con toda la autoridad que á su objeto convenia, y á los 22 dias de agosto, zarpó del puerto de Laredo con viento favorable y claros horizontes que auguraban una jornada segura y tranquila.



Tales fueron, con efecto las dos primeras singladuras, siguiendo en esto conformes cuantas relaciones de aquel viaje se escribieron; pero á la tercera, dia de San Bartolomé, tuvieron larga fortuna que duró mas de ocho horas, durante las cuales padecieron harto la princesa y cuantos en los azares de la mar no estaban curtidos. Por dicha de todos, al entrar por el canal de la Mancha volvió á serenarse el tiempo, y á su favor el Almirante despidió siete navíos ligeros como para flanquear las costas de la Bretaña, en la cual tras de corto combate, tomaron dos naves francesas antes de volver á juntarse con el grueso de la armada. Pero cuando ya mas segura de su feliz arribo se contaba la espedicion sobre las costas de los Paises-Bajos, vientos contrarios y récios la obligaron á recogerse en Portland del vecino reino de Inglaterra, no sin pérdida de un navío vizcaino que se fué á pique por haberse abordado con una de las grandes carracas que en la nota anterior hemos citado.

Refrescadas las provisiones y pasados los cumplimientos que en dicho puerto se hicieron á tan régia comitiva, diéronse al mar otra vez los bajeles con rumbo al continente; y aunque por el peligro de los bancos que en aquellos mares abundan, la princesa trasbordó á una nave vizcaina, mas fácil de arribar que la grande carraca en que habia hecho el viaje, y la otra de las dos encalló no lejos de la costa con notables averías, al fin toda la armada dió

fondo sin mas contratiempo en el puerto de Middelburg, á los ocho dias de setiembre y diez y siete que se contaban pasados desde su salida de Laredo (1).

En el mencionado puerto se entretuvieron los buques en tanto que la infanta, acompañada de todos los grandes y caballeros que en la armada habian ido, fué recibida y festejada en Amberes por la brillante córte del Archiduque: y sin duda hubiera vuelto á España, así como estuvo pronta á embarcarse la infanta doña Margarita de Austria, que por esposa del príncipe don Juan venia, si el invierno anticipándose crudo y borrascoso con sucesivos temporales, no hubiera estorbado la ocasion hasta ya bien entrado el año siguiente. Al fin, serenados los horizontes y calmados los vientos, diéronse á la vela todos los buques de la flota, harto escasa de gente por la que la malicia de la estacion les habia muerto, y á los primeros de marzo, tras de nuevas tormentas y muy sérios temores, tocaron las playas de Santander á los siete meses de ausencia, con marcada alegría de las tripulaciones y no poco consuelo de cuantos la esperaban (2).

De distinta condicion fueron los aprestos navales que á la vez se hicieran en los puertos meridionales de España, bien que unos y otros, por las circunstancias de la guerra con franceses, estuvieran igualmente apercibidos para hacer frente á los azares de un combate.

Tiempo hacia ya que cedida á la corona de Castilla por bula pontificia y acuerdos de los monarcas español y portugués la libre conquista y posesion de las islas Canarias, se entretenian en ellas algunas tropas de aventureros, sujetando á los naturales en homenage á la nacion Ibera. Pero en los tiempos á que nos referimos, esto es: por los años de 1494, todavía conservaba su ruda independencia la isla de Tenerife, y el que á la sazon gobernaba como capitan general en la Gran Canaria y la Palma, recien conquistada, Alonso de Lugo, vino á tratar con sus amigos de la península para que le ayudasen en el equipo del armamento y fuerzas convenientes á tan útil empresa, ya que la fidelidad no arraigada aun entre los isleños de las que estaban sometidas, tenia en constante ocupacion á los soldados que se entretenian en su guarda.

Cambiadas las garantías de costumbre en semejantes contratos, y llegada la mas oportuna estacion para la empresa, estuvieron prontos para darse al mar sobre mil hombres de infantería con ciento y veinte caballos á la gineta, todos los cuales con las armas, víveres y municiones bastantes para el tiempo calculado en la conquista, se hicieron á la vela en quince bergantines bien tripulados de gente de mar, y con algunas lombardas y otros cañones (3).

(1) Padilla: *Crónica del rey D. Felipe I.*

(2) Padilla en su *Crónica de don Felipe* dice, que fué el arribo á los últimos de mayo; pero es error manifiesto segun las datas mas autorizadas. Tambien dice que la armada dió fondo en el puerto de Laredo, y en esto tambien es inverídico.

(3) *Relacion de la conquista de la isla de Tenerife, que es una de las Afortunadas, y demora entre los 27° y los 28° al norte de la Linea.* Esta relacion es original, y la poseo ms. de letra del siglo XVI, sin nombre de autor.



C. Mugica inv.º y lit.º Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

EL GRAN CAPITAN, GONZALO DE CORDOVA

toma por asalto el castillo de Sn. José, en la isla de **Cefalonia** y hacese celebre **Martin Gomez** entrando el primero por la brecha seguido de su compañía cuya bandera plantó en el muro (Año [illegible])

No hay para que entrar en detalles respecto á los sucesos y hechos de armas que tuvieron lugar en los diversos encuentros y choques tenidos con los naturales de Tenerife, en cuyas playas desembarcó la espedicion el dia 20 de abril, bastando al propósito saber, que los buques sirvieron oportunamente para mantener la comunicacion de los conquistadores con la península y con las islas sometidas, y que sus servicios alguna vez fueron causa de que la conquista se abandonase por la pérdida total de los que estaban acometiéndola, que al fin tardaron dos años en dar cabo á ella tras muchos y muy peligrosos sucesos (1).

Poco tiempo se hubo pasado cuando un incidente casual dió lugar á que se pusiesen en las costas de Africa los fundamentos de la dominacion que aun hoy tenemos en aquellas partes. Corrian los años de 1496, cuando un moro llamado Mebile, de los que con el rey de Granada se habian partido al otro lado del Estrecho, sea por el mal trato que allí recibiera de los suyos, ó por mayor aficion á la patria en que naciera, se vino á España y se presentó en la casa del duque de Medina-Sidonia. Tan pronto como tuvo ocasion de hablar con el ilustre vástago de Guzman el Bueno, le informó de cómo era fácil la conquista de una ciudad por nombre *Melilla,* asentada del reino de Fez en los postreros límites, cuya ciudad, por haberse movido contra su rey y señor natural, habia sido por la fuerza despojada y deshecha. Comunicado el negocio con los Reyes Católicos que tantos deseos tenian de sentar la planta en aquellas partes, dieron patente al duque para que emprendiese la conquista; pero este, para mejor informarse de la verdad del moro, envió en una fusta y con todo secreto pesquisidor que le informase exactamente, y no tardó mucho el maestro Ramiro Lopez de Madrid, famoso artillero de la época, en regresar de su comision con las mas halagüeñas esperanzas de buen suceso.

Desde aquel momento nada fué necesario á la empresa que no se hiciera sin pérdida de tiempo por cuenta del duque: gentes, armas, caballos, provisiones y buques, todo se puso en movimiento con tal empeño, que al cabo de los treinta y cinco dias primeros de la vuelta de maestro Ramiro, estuvieron prontos á darse al mar en diez carabelas y siete naves hasta tres mil peones y doscientas lanzas con un gran tren de artillería (2).

La travesía fué en estremo rápida y bonancible, habiendo salido de Gibraltar la espedicion el dia 5 de setiembre al rayar la aurora; y tomado tierra en la playa africana á la propia hora del dia siguiente: el desembarco se verificó sin contratiempo, y lo mismo la toma de la plaza que estaba completamente abandonada, si bien no tardaron las armas en hacer su oficio contra muy crecidas huestes de sarracenos, que el rey de Fez envió con ánimo de estorbar aquella empresa. Por ventura nuestros ballesteros y la caballería con

(1) *Relacion de la conquista de Tenerife* ms.—Montero: *Historia militar de las islas Canarias.*—Viera: *Historia de las islas Canarias*, tomo II, p. 199.

(2) Depósito hidrográfico. *Coleccion de documentos importantes de Marina ms.*

algunas lombardas se encargaron de responder dignamente á la agresion, y todos los esfuerzos de los mahometanos no dieron otro resultado que la mayor y mas segura fortificacion de aquella conquista.

Terminadas las obras necesarias á la defensa, y provista la plaza de víveres y municiones, el duque con toda la armada y la gente que le sobró de la guarnicion allí dejada, zarpó del puerto de Melilla, y con tan próspera navegacion como en la ida tuviera, arribó á Gibraltar, desde donde pasó en persona á la córte á dar á los Reyes Católicos la cuenta exacta del suceso: y estos agradecidos le pagaron treinta y dos mil ducados que habia gastado en la espedicion, y para relevo de la gente del duque mandaron partir en los propios buques desde el puerto de Málaga á Manuel de Venavides, caballero de Baeza, con el cargo de gobernador, acompañado de cien lanzas y quinientos peones, los cien dellos espingarderos (1).

Hasta aquí la prosperidad habia sostenido los hechos en que se entretenian las fuerzas marítimas de España. De una parte los triunfos en Italia alcanzados por nuestras gentes, daban al espíritu marcial de la nacion nuevo precio en la consideracion de las demás potencias. El descubrimiento de un vasto hemisferio, cuyos límites no se hallaban, tambien concurrió con universal admiracion á hacer que se respetára mas y mas por todo el mundo nuestra importancia política, y los enlaces verificados á la sazon con las principales ramas de los monarcas de Europa, acabaron de confirmar el poder de los Reyes Católicos tan grande como ningun príncipe, despues de la antigüedad, lo habia alcanzado.

Fuera sacrílega la idea de atribuir á tan afortunados príncipes el deseo de ceñirse los primeros en los modernos tiempos la corona del universal imperio; porque el estado político de las naciones europeas que á los últimos del siglo XV figuraban en primera línea, no daba lugar á semejantes sueños; pero está fuera de toda duda, si en cuenta se tiene el órden de los enlaces, que entonces se comprendió por ellos la posibilidad de hacer de la península un solo reino, cuyas recientes adquisiciones en desconocidas tierras de Oriente y Occidente, y las que en Africa pudieran verificarse, lo colocáran en muy suprema altura, á que no osáran mirar sin profundo respeto todas las demás naciones del continente.

Pero la mano sublime de la Providencia marcó la destruccion de aquellas vías, por donde á tan alto grado de esplendor pretendió llegar la casa real de España, y las muertes sucesivas del príncipe don Juan, de la infanta doña Isabel y de su hijo el infante don Miguel, en cuyas sienes debian descansar con el tiempo unidas las diademas de Castilla, Aragon, Portugal y Navarra, pusieron fin á los sueños dorados y á las esperanzas que hicieran concebir las mas hábiles combinaciones.

(1) Padilla. *Crónica del rey don Felipe I*, ms.

Tales y tantos contratiempos hicieron levantar la mano de toda empresa que necesitára alguna tranquilidad para meditarse. El mismo Colon, cuando mas cercano veia y enseñaba el término de sus afanes y propósitos, se encontró detenido en la córte de Castilla harto mas tiempo del que su impaciencia toleraba (1); solo tras del reposo moral que las recientes muertes habian hecho indispensable á los Reyes Católicos, pudieron estos volver la consideracion á los sucesos políticos del Estado.

Afortunadamente la guerra de Italia permitió algun desahogo con las paces concertadas entre las naciones contendientes; y aunque los cálculos de la ambicion tardaron poco tiempo en volver á ocupar nuestras armas y las francesas en aquellas regiones, todavía las treguas se dilataron lo bastante para torcer las providencias respectivas á nuevos armamentos marítimos por la vía de mas naturales ocupaciones.

Con efecto: ya recobrado del poder mahometano todo el territorio de España con la célebre conquista de Granada, preocupó los ánimos de los mas consumados políticos del reino la idea de uniformar el pensamiento entre todos los súbditos de ambas coronas: y aunque el principio político que entonces servia de norma y pretesto á todos los acuerdos, era el principio inviolable de la religion católica, y por lo tanto nada tenia de estraño en que se tratára de arraigar con absoluto dominio en todas las conciencias españolas, los medios puestos en juego para alcanzar el triunfo de las sagradas doctrinas sobre la supersticion y las creencias de muchos siglos, abundaron en parcialidades é injurias que no tardaron en hacerse visibles por conducto de muy sangrientos resultados.

Habíase ya acordado la total espulsion de los judíos, con harto quebranto de nuestra riqueza y de la industria que alimentaban, y no estaba influyendo poco en la retiracion de trabajos y caudales el establecimiento de la Inquisicion, tambien por entonces inventada. Pero, en medio de todo, los pactos de Granada permitian el libre culto de su religion á los sectarios de Mahoma, y atentar contra las condiciones acordadas legalmente por otras vías que las de la persuasion, no podia considerarse mas que como un delito de Estado, cuyo castigo se habia de hacer sentir con todo el rigor que merece el perjurio.

A pesar de lo dicho, las preocupaciones exageradas no pudieron resistir al deseo de adelantar en algunos dias lo que pacíficamente era obra de muchos años; y por una aberracion del entendimiento sucedió, que el mas esquisito talento de la monarquía española se encargó de sellar, con sus estraviados procederes, los acuerdos de la mas reprensible intolerancia.

Por mas que de españoles nos preciemos, y aunque considerando los tiempos y las cosas, no dejemos de reconocer la sabiduría del cardenal Cisneros en

(1) Navarrete. *Coleccion diplomática*. Véase tambien lo dicho en el capítulo 20 del presente libro de esta historia.

todos sus acuerdos políticos, tampoco podremos menos de lamentar la fatal obstinacion que le aconsejó su conciencia de introducir las sublimes palabras del evangelio en el entendimiento de los pacíficos moros granadinos por la puerta fatal de las violencias, con el único objeto de acabar mas pronto la conversion verdadera en que con tanto afan se estaba trabajando. Naturalmente semejante conducta, en desacuerdo con todas las reglas de la equidad y de la justicia, produjo el levantamiento espontáneo y hasta cierto punto justo de todos los verdaderos mahometanos: y las armas de la cruz que habian callado en la península durante ocho años consecutivos, volvieron á retumbar por las montañas de Andalucía con gran derramamiento de sangre harto preciosa (1).

Cuando en semejante contienda se ocuparon las huestes castellanas bajo la conducta de acreditados caudillos, y á veces á las órdenes inmediatas de los propios monarcas, tuvieron estos necesidad de dictar algunas providencias para que la Marina de guerra tomára activa parte en la lucha: no tan solo con el político objeto de hacer cara á los inconvenientes que de las partes de Africa pudieran venirnos, sino tambien para entrar en el camino de la sumision al pueblo de Castil de Ferro, que siendo puerto de mar se contaba entre los rebelados. Espidiéronse, con efecto, las órdenes oportunas al alcaide de Málaga don Iñigo Manrique, para que aparejase cuantos buques le fuese posible reunir, y embarcase en ellos toda la gente de la comarca; poniéndose inme-



(1) Pulgar: *Crónica de los reyes don Fernando y doña Isabel.*—Bernaldez: *Reyes Católicos.*—Padilla: *Crónica de don Felipe I.*—Mariana: *Historia general de España.*—Prescott: *Historia de los Reyes Católicos*, etc.

diatamente con tales fuerzas sobre el puerto de Castil de Ferro hasta el estremo de tomarlo por el poder de las armas: y el alcaide, á cuya meritoria actividad habian ocurrido los Reyes Católicos para el trance mas conveniente de aquella nueva y desesperada guerra, se dió tan buena traza, que en pocos dias se entregó á la mar con siete navíos de todos portes, y en ellos hasta dos mil y setecientos soldados, los cuales echó en las playas de dicho puerto el dia 11 de diciembre del año 1499 (1).

No estaban desapercibidos los rebeldes cuando la armada embarcó sus bateles para poner en tierra las gentes de guerra que conducia, por mas que su aparente inaccion durante el desembarco augurase los resultados mas felices; antes al contrario, cuando los moros creyeron llegado el momento de la lucha, en la mitad de aquella operacion se arrojaron con ímpetu rabioso contra los cristianos, de tal manera y con tales bríos que les maltrataron grandemente, matando á muchos, y obligando á los vivos á que se recogieran á las naves sin ánimos para intentar un segundo desembarco (2).

Cuando los Reyes Católicos entendieron el suceso de Castil de Ferro y otros no mas favorables que por las Alpujarras de Granada se habian repetido, creyeron necesario dar á la cuestion toda la importancia que en realidad tenia; y para afrontarla con cuanta pujanza y ventajosas condiciones el caso reclamaba, espidieron sin pérdida de tiempo una ley, por la cual mandaron asistir en son de guerra á todos los hombres de la Andalucía que tuviesen edad desde quince años hasta sesenta, con las armas á punto de combate, y provisiones bastantes para quince dias de campaña. Tambien proveyeron que de los lugares de la marina se aparejasen los navíos, y fustas y otras naves que en ellas hubiera para guardar las costas de agresiones mahometanas, y al mismo tiempo que sobre la vega de Granada se juntaron hasta diez y siete mil y quinientos caballos y mas de noventa mil peones, (que nadie fué perezoso en acudir al llamamiento, por lo que el triunfo á todos los españoles interesaba), cruzaron por delante de aquella costa divididos ó juntos sobre treinta y cinco bastimentos, entre dos naves gruesas, tres galeras de genoveses, diez y siete bergantines, cinco fustas y otros de diferentes portes y armamentos (3).

Puesta la mano con tanto ahinco en aquellas revueltas, no tardaron en sofocarse por el terror de las armas que sin compasion se esgrimieron: y aunque todavía por mucho tiempo las cenizas de aquel incendio brotaron algunas chispas peligrosas que pusieron en eminente riesgo la existencia política de España, durante casi todo el siglo XVI que se estaba comenzando, es indudable que á la actividad desplegada entonces por los Reyes Católicos se debió la com-

(1) *Libro de las alteraciones de Granada* ms.

(2) Padilla: *Crónica de Felipe I*, ms.

(2) Depósito hidrográfico: *Colecciones ms.—Libro de las alteraciones de Granada*, *id.*—Padilla: *Crónica de don Felipe I*. Este autor marca detalladamente las gentes con que asistió á la empresa cada caballero de los que obligados estaban, y la que cada demarcacion puso en campaña, de donde resulta exacta y verdaderamente el número arriba escrito, y se borran los escrúpulos de los que en nuestros tiempos lo creen exagerado.

pleta fortuna con que, en las ocasiones sucesivas, se puso inmediato término á semejantes alteraciones.

La importancia que dió á la monarquía la segura pacificacion de los moros levantados, adquirió dobles proporciones por lo que en mas remotos paises estaba sucediendo. Cárlos VIII de Francia habia pasado á mejor vida, y su heredero Luis XII, apenas tomó en la diestra mano el cetro de su vasta monarquía, se dió con solemne pompa y levantados pensamientos los títulos de duque de Milan y rey de Nápoles. Si esta manifestacion pública y solemne hubiera sido escasa para enterar de sus designios á las naciones interesadas en la tranquilidad de los Estados que con ella se amenazaban, los preparativos y alardes de guerra que sobre la marcha dispuso, y las negociaciones inmediatamente entabladas con los potentados mas débiles ó menos puros de la desdichada Italia, serian sobradas para hacer entender la segura é irrevocable voluntad del monarca francés, apoyada mas que en la justicia de una pretension razonable, en los acontecimientos que á la sazon entretenian y gastaban las fuerzas que pudieran estorbarla.

El emperador Maximiliano, por ejemplo, estaba sosteniendo una guerra dispendiosa contra los suizos: el rey don Fernando el Católico harto tenia que hacer para arreglar los disturbios de Andalucía, y del duque de Saboya estaba asegurada la neutralidad por la conveniencia de algunos tratados (1). El papa Alejandro VI entraba de buena gana en los propósitos de Luis XII en cambio de inmorales concesiones: la república de Venecia no se desdeñó tampoco de aliarse con franceses, ambicionando algun aumento en su territorio, y los otros soberanos de aquella tierra sucumbieron en los acuerdos al temor de la tormenta que amenazaba, y que pudiera muy bien descargar sobre sus estados, si trataban por ventura de hacer causa comun con la justicia.

El rey Luis, seguro por todas las vías de alcanzar en poco término el logro de sus deseos, se precipitó como un torrente por las llanuras de los pueblos lombardos, y conforme habia previsto en sus ensueños de engrandecimiento, se vió en poco tiempo Señor de Milan, y no muy apartado de alcanzar la corona de Nápoles.

Pero entre sus pretensiones y la realidad existia el fantasma de las pasadas derrotas sufridas en Italia por las tropas de Cárlos VIII, tanto mas sensible, cuanto que el rey don Fernando el Católico, en medio de los disturbios que le ocupaban en el corazon de Andalucía, no dejaba de observar con ceño adusto las pretensiones de su rival y competidor respecto al reino de Nápoles.

Quizá hubiera deseado el monarca español que los manifiestos de sus embajadores causáran en el ánimo de Luis XII la mas completa renuncia á la proyectada conquista, en tanto que el desventurado rey de Nápoles, volviendo la vista en ademan de súplica á todos sus poderosos amigos, no recibió de ningu-

(1) *Cuerpo universal diplomático.*

no el mas pequeño consuelo. Pero el francés perseveró siempre firme y resuelto á justificar con la posesion del territorio la adjudicacion de los títulos que en su coronacion habia tomado, y entonces se torció el camino á muy diversas combinaciones, alimentadas en el terreno de la justicia por el mas imprudente paso que el rey don Fadrique de Nápoles hubiera podido dar en el falso estado de su natural azoramiento.

Seguro de las tendencias ambiciosas con que se sostenia en todas las naciones europeas la idea de su despojo, hubo de recordar en hora fatal la enemiga que el Gran Turco tenia con venecianos por medio de una guerra abierta, en que las armas de aquel llevaban la mejor parte; y como si pudiera hallar proteccion generosa en la mala fé del descreyente que tanto ambicionaba echar su poder en las tierras del cristianismo, para subyugarlas al dominio oriental de los sultanes, no vaciló un instante en solicitar su ayuda por medio de pública embajada (1).

La política de los tiempos en que tanta sangre se habia derramado por el triunfo de la religion de Jesucristo, no pudo sufrir tamaño insulto lanzado á la faz de la Europa católica, con harto peligro de todas las naciones; y por lo tanto el rey de Aragon, por mas que sintiese los padecimientos de un su sobrino, como lo era don Fadrique, recordó los derechos que le asistian á la corona de Nápoles por el de conquista, que en tiempos pasados habian ganado los soldados aragoneses, é inmediatamente pactó con el frances el mejor acomodo, dividiéndose entre ambos aquel territorio por iguales partes, á fin, decian los tratados, de prevenir y alejar los inconvenientes de la guerra (2). Hechas y aprobadas las proposiciones entre Fernando V y Luis XII, no fué difícil obtener la sancion del papa, y así los aprestos que en ambas potencias se verificaban con disimulados propósitos se hicieron públicos, y el éxito de la cuestion se encomendó definitivamente á la fortuna de las armas.

Prevenidos los Reyes Católicos desde el momento en que Luis XII se posesionara de Milan sin prévio aviso, habian ordenado un fuerte armamento en Málaga para marchar en ayuda de la república de Venecia, á la cual con harto peligro de la cristiandad, acababa de quitar el turco Bayaceto la isla y fortaleza de San Jorge de Cefalonia sobre el golfo de Lepanto: cuya armada bien provista de gentes y municiones bajo la conducta del Gran Capitan, llevaba el doble objeto de hacer frente á las armas francesas en el reino de Nápoles, antes de que se hubiera acordado la particion de aquel reino.

Entendieron en el apresto de la dicha armada el obispo de Córdova D. Juan de Fonseca, el tesorero Morales y el secretario Fernando de Zafra,

(1) Giannone: *Istoria di Napoli.*—Muratori: *Annali d' Italia.*—Daru: *Histoire de Venise.*—Zurita: *Historia del rey don Hernando.*

(2) *Cuerpo Universal Diplomático.* Ratificacion del tratado entre España y Francia, fecha en Granada á 11 de noviembre de 1500.

los cuales, tras de pocos meses de asíduos trabajos y estremada rapidez, tuvieron juntas y prontas para darse á la vela en el de mayo, cuatro grandes carracas, veinte y siete naves gruesas, veinte y cinco carabelas, cuatro galeras y cinco fustas, en todas sesenta y cinco embarcaciones tripuladas convenientemente con sus dotaciones marineras, mas cuatro mil infantes y seiscientos *hombres de armas* (1), bajo las órdenes de muy famosos capitanes, tales como D. Diego Lopez de Mendoza, D. Alonso de Silva, Pedro de Paz, Gonzalo Pizarro y Diego García de Paredes (2).

Hechas las muestras y alardes de la gente de guerra, embarcados los trenes, depositadas las provisiones y á punto de navegar los bastimentos, se dió al mar el Gran Capitan con aquellas fuerzas navales y terrestres el dia 27 de mayo, haciendo poner las proas con rumbo al Oriente y ánimos de no torcerlo hasta la isla de Sicilia; pero las calmas y vientos contrarios le llevaron algunas cuartas sobre el Norte, y por falta de agua se vió forzado á tocar en Mallorca y en Cerdeña, antes de dar fondo en el puerto de Mecina. A este arribó la escuadra el dia 18 de julio, y allí acudieron de refuerzo al Gran Capitan hasta dos mil soldados españoles, de los que se entretenian á sueldo en aquellas partes, y algunos bageles de la marina siciliana, que entraron de buena gana en las inmediatas operaciones.

Recogidas de nuevo las fuerzas, y refrescadas las provisiones zarpó la armada del puerto de Mecina el dia 27 de setiembre, y dirigió su rumbo á la Morea por las aguas del Faro, hasta arribar á la isla de Corfú, que entonces poseian venecianos en la desembocadura del Adriático. La presentacion de tan numeroso armamento en aquella isla hubo de salvarla entonces de la agresion que contra ella disponian las galeras de Bayaceto; pero en cambio se dirigieron contra Nápoles de Romanía, ya entrado el mes de noviembre; y como á los 7 de octubre se trasladára nuestra armada á la isla de Zacinto, una de las que componen el archipiélago *de las siete islas*, y en ella se reunieron con nuestras fuerzas sobre cincuenta galeras de venecianos y dos grandes carracas de franceses, los turcos tuvieron por mas conveniente á su seguridad abandonar el asedio comenzado, é irse á recoger con su armada, durante el cercano invierno, nada menos que á los puertos del mar Egeo.

Tales habian sido hasta allí las operaciones de aquellas fuerzas numerosas, sin que el rumor de las armas y el humo de los cañones hubiesen acariciado aun las pretensiones de nuestros gallardos aventureros. En tal estado, y por la impaciencia de venir á las manos con enemigos poderosos, segun eran los deseos de todos los hombres de guerra que de España habian salido á las órdenes de Gonzalo, tratóse en pleno consejo de la empresa mas conveniente para

(1) Equivale la frase á los actuales coraceros ó caballería de línea.

(2) Depósito hidrográfico: *Coleccion Diplomática de Simancas.*—Padilla: *Crónica de Felipe I.*—Mariana: *Historia general de España.*—Prescott: *Historia de los Reyes Católicos, etc.*

dar gusto á las mas bélicas exigencias; y aunque los pareceres fuesen distintos respecto á la empresa, como todos convenian en la necesidad de pelear, se acordó de acometer el puerto y fortaleza de San Jorge en la isla Cefalonia, que, como antes se ha dicho, habia sido recien tomada por los turcos á venecianos.

Trasladáronse, pues, las fuerzas combinadas á la citada isla de Cefalonia, que boja sobre ciento y cincuenta millas en la situacion que antes hemos indicado, y tiene al O. uno de los mejores puertos que se conocen. Allí desembarcaron las gentes de guerra sin oposicion de los guardadores, que eran escasos, y sin perder tiempo, se formalizó el sitio de su mejor fortaleza denominada de San Jorge, situada sobre la cima de una roca, cuya fortaleza estaba guarnecida por cuatrocientos turcos dispuestos á perecer antes que entregarla á las cristianos.

Ni el aspecto de la imponente armada, ni las récias acometidas del ejército, ni la fama bien adquirida de nuestro caudillo, ni los estragos de la artillería, ni los ruinosos efectos de las minas, dirigidas con notable acierto por el famoso Pedro Navarro, ni la dificultad de obtener socorros, cuando la armada de los turcos se habia ido á invernar no lejos de Constantinopla, fueron causas para amenguar los ánimos admirables de los defensores de San Jorge. Por otra parte, el ejército cristiano se mermaba con las bajas ocurridas en los combates parciales; la crudeza de la estacion tambien causaba infinitas pérdidas en los sitiadores, obligados á permanecer á la intemperie, y la falta de provisiones acudió tambien al campo de Gonzalo para aumentar los horrores de la difícil situacion que ya se iban haciendo intolerables.

Si el Sultan Bayaceto, con mas confianza en los defensores de Cefalonia, hubiera recogido á invernar sus galeras en el golfo de Lepanto, conforme tenia por costumbre, y desde allí hubiera intentado durante el sitio algunas empresas contra sus enemigos, tal vez el valor de aquel puñado de sus vasallos hubiera sido recompensado con los honores del triunfo contra tan crecidas fuerzas; pero el temor ó la falta de provision le aconsejó su retirada hasta cerca del Bósforo de Trácia, y en tal situacion no le fué posible otra cosa durante aquel terrible invierno, que abandonar á sus propios recursos á aquellos heróicos soldados, dignos de mas brillante fortuna que la que obtuvieron pereciendo llenos de gloria.

Con efecto: los hazares de aquel desdichado sitio acrecentaban cada dia los peligros que corrian las fuerzas sitiadoras, cuyos caudillos en vano procuraban quebrantar la intrépida osadía y estremada constancia de los sitiados. Las pérdidas que diariamente se padecian por el frio y el hambre, llegaron hasta á poner en duda la seguridad del ejército, y la inmensa aureola de gloria bélica que circundaba la frente del Gran Capitan, corria peligro de eclipsarse ante un puñado de valientes. En semejante estremo, y aun cuando por la artillería no se habia alcanzado todo el efecto deseado, el almirante veneciano y Gonza-



PEDRO NAVARRO.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA · SEVILLA

lo de Córdoba, de acuerdo con sus mas valerosos subalternos, resolvieron la acometida del castillo por medio de un asalto á muerte ó á vida.

Asestados los cañones contra una brecha de escasa abertura, puestas en órden las compañías, y tomadas las convenientes escalas, españoles y venecianos treparon con indomable arrojo por la peña viva en que el castillo estaba cimentado; pero aunque la acometida fué terrible, y la carnicería debia de tenerse por muy cierta en el caso estremo de la última resistencia, los turcos no desmintieron su valor en la ocasion, puesto que, con ánimo encendido y esfuerzo heróico, respondieron al asalto con todo género de mortíferas oposiciones. La lluvia de balas que de sus arcabuces y cañones salian, alternaron en la defensa con multitud de saetas, aceite y pez hirbiendo y todo género de proyectiles; y cuando algun cañonazo de las baterías sitiadoras acrecentaba el peligro, derribando algun lienzo de la muralla, los cadáveres hacinados de los mas valientes, servian de parapeto á los menos afortunados en perder la vida con tanta gloria.

Al cabo la obstinada intencion de los mas, llevada á sangre y fuego sin volver la vista para mirar á los que en el asalto perecian, llegó á penetrar sedienta de esterminio en la terrible plaza tan bien defendida. Un capitan español, llamado Martin Gomez, fué el primero que penetró en el castillo: y aun-



que su heróico arrojo le costó una herida peligrosa, tuvo la gloria de ver tremolar la primera sobre las almenas de San Jorge la modesta bandera de su

compañía. A su ejemplo venecianos y españoles se disputaron el honor de avanzar por la brecha, y escalar la muralla, y tras de fieros choques y trances terribles en los postreros instantes de la defensa esterior, la plaza principal de la fortaleza sirvió inmediatamente de palenque á la mas desesperada lucha que se vió dentro de castillo asaltado y entrado por la fuerza.

Por último: cuando ya no quedaban con vida mas de cincuenta turcos heridos y arrollados, todavía trataron de venderse caros, encerrados en un torreon de la fortaleza; pero el Gran Capitan, comprendiendo que para tomarlos á la desesperada, habia de sacrificar á su despecho mayor número, hizo suspender la acometida, y les concedió de buen grado dignas proposiciones de rendimiento. Con esto volvió á la república de Venecia aquella isla que poco tiempo atrás habia perdido, la cual distinguirá en sus anales, con letras de sangre, el dia de la vigilia de Navidad del año de 1500. A la victoria siguieron las recompensas de parte de la socorrida república: muchos y muy ricos presentes del senado se distribuyeron entre los soldados españoles, y el nombre del Gran Capitan fué inscrito en el gran libro de oro de los ciudadanos de Venecia (1).

Tan pronto como se dió cabo á la empresa de Cefalonia, recogiéronse á los navíos las gentes de guerra y gran porcion de hombres de mar que habian concurrido al sitio de San Jorge; y porque la falta de provisiones era grande, y la necesidad de repararse muy urgente, las galeras venecianas se entraron triunfantes por el Adriático, y la armada del Gran Capitan dió la vuelta á la isla de Sicilia. En la travesía, por la crudeza de la estacion y los grandes temporales que reinaban, corrieron las naves varia fortuna; pero tras de algunos peligros y no pocas penalidades arribó la mayor parte en conserva con el Gran Capitan al puerto de Siracusa, al E. de la isla, no lejos de cabo Pájaro, y en pocos dias se halló de nuevo en aquellas costas reunida toda la armada.

Allí aguardaba Gonzalo la vuelta del buen tiempo para continuar sus operaciones sobre la embocadura de Lepanto, en el archipiélago de las siete islas, cuando llegó á sus manos la real provision que le ponia al corriente de las negociaciones acabadas con Luis XII por lo respectivo al reino de Nápoles, y le encargaba que tomára posesion, en nombre de Fernando V, de la Pulla y la Calabria. No hay para que detenernos en consideraciones acerca del mal efecto que produjo en su ánimo semejante repartimiento: baste saber, que con sagaz penetracion auguró el próximo rompimiento de tan insostenible alianza, y que por los respetos que debia á la magestad, cuyo súbdito era, y porque los franceses ya avanzaban, sujetando las provincias que en la presa les tocáran, apercibió sus gentes para concurrir al cumplimiento de lo que se le mandaba, no sin escribir antes al rey don Fadrique, como leal caballero, renunciando

(1) *Crónica del Gran Capitan.*—Bernaldez: *Reyes Católicos.*—Padilla: *Crónica de Felipe I.*—Giovio: *Vitæ illustri Virorum.*—Bembo: *Historia veneciana.*—Zurita: *Historia del rey don Hernando.*—Mariana: *Historia de España.*—Quintana: *Españoles célebres.*—Guicciardini: *Istoria d'Italia*, etc.

cuantos honores y distinciones sus pasados servicios le habian merecido.

Fué conductor del generoso despacho el comendador Ayala, que en la armada desempeñaba muy altos cargos, y á la par llevó la mision de esponer en Nápoles á los emisarios del partido francés las condiciones del tratado del repartimiento, por si acaso en la reparticion se ofreciera algun obstáculo. Zarpó, pues, de la isla de Sicilia la vuelta de Nápoles, en cuyo puerto entró con dos galeras muy bien provistas y engalanadas, y una de las carracas mayores que servian en el armamento; y aunque algunas diferencias se suscitaron por la ambicion de falsos componedores, todavía le fué fácil al comendador hacer entrar por la senda de lo justo á los que de ella se apartaban, y con equitativas ratificaciones de los reales acuerdos, volver á dar grata cuenta de su comision al famoso caudillo que se la habia encomendado (1)

Con esto se dispuso la travesía de la armada con todo el ejército desde el puerto de Siracusa á desembarcar en la península italiana, sobre las playas de la Calabria, por el puerto de Tropea; é inmediatamente se dió comienzo á la conquista de las provincias correspondientes á la corona de Fernando V. Pero aunque en tal campaña apenas se dejó oir de los mas cercanos el ruido de las armas, las fuerzas marítimas se mantuvieron por aquellas aguas, siempre atentas á los movimientos, operaciones y órdenes del Gran Capitan, hasta que el rompimiento, ya previsto con franceses, las condujeron á mas activas operaciones.

Sin embargo, las que se verificaron para tomar posesion de la parte adjudicada á los españoles, prestaron á nuestra marina ocasion bastante para enaltecer su reputacion, con un hecho de los que pocas veces pueden imitarse. Hallaron resistencia las tropas de Gonzalo, cuando al morado pendon de Castilla se mandaron abrir las puertas de la antigua ciudad de Tarento, porque con ella guardaba su gobernador la persona del príncipe don Fernando, hijo del rey don Fadrique, y tambien el último baluarte que ya quedaba á la independencia de aquel desventurado reino.

Enclavada la dicha ciudad sobre la márgen del Mediterráneo, en la estremidad S. de la península italiana, enfrente de la isla de Sicilia, forma con su terreno una á manera de península y no isla completa, por cierto itsmo que separa las dos grandes balsas que contiene, una á la vista de alta mar, y otra que se introduce algunas millas por la tierra adentro á espaldas de la plaza. Contra las murallas reforzadas de la fortificacion que mira á su puerto natural, donde nuestra armada se hallaba fondeada, conoció el Gran Capitan que hubieran sido de escaso efecto cuantos cañonazos disparasen las naves españolas; pero en los reconocimientos practicados sobre la ciudad, tuvo lugar de advertir cuánto habian confiado los tracistas de la fortificacion en la natural defensa del lago que forma su puerto del interior, al que ningun buque puede entrar

(1) Padilla: *Crónica del rey don Felipe I.*—Mariana: *Historia de España.*—*Crónica del Gran Capitan*, etc.

sin permiso de la plaza, y desde luego encaminó el pensamiento á dirigir sus ataques navales por la parte mas flaca.

Quizá en el acto de concebir una idea tan absurda aparentemente, se dejó conocer la osadía del capitan valeroso, mezclada con la ignorancia del marino inesperto; pero Gonzalo, cuya grandeza solamente fué capaz de inventar semejante propósito, habló á los marinos que le obedecian, de pasar al lago algunos buques de los de menos porte, sacándolos de un mar á otro por el istmo ya dicho, y como la época favorecia todo suceso levantado, por difícil que fuera, aquellos hombres estraordinarios se atrevieron á ejecutar el absurdo pensamiento, y veinte carabelas armadas en guerra con refuerzo de artillería, y arboladas para navegar en el nuevo surgidero, atravesaron con asombro de los espectadores aquella lengua de tierra fuera del alcance de la plaza, no sin trabajos extraordinarios y á fuerza de grandes cuñas y rodillos improvisados con los mástiles de respeto de toda la armada (1).



Cuando los sitiados vieron llenos de pavor y admiracion vencido el hasta entonces insuperable fundamento de su fortaleza, entraron en justas capitulaciones con el admirable caudillo, y la plaza en poco tiempo fué ocupada por las fuerzas españolas. El príncipe, á quien en los capítulos de la rendicion de Tarento se concediera libertad para marchar á Francia á reunirse con su padre que allí habia sido llevado por órden de Luis XII, fué detenido en su camino

(1) Paulo Giovio: *Vita Magni Gonsalvi.*—*Crónica del Gran Capitan.*

por distintas órdenes del Rey Católico, y en calidad de prisionero trasladado á España en un navío de los de la armada, que se encargó, con semejante conduccion, de poner el sello á la primera y única mancha que empaña la vida pública del ínclito Gonzalo (1).

Mientras tenian lugar tan marcados sucesos sobre la plaza de Tarento, recibió nuevas el Gran Capitan de como los franceses invadian las tierras que en la reparticion del reino de Nápoles se habian adjudicado al rey de España. Daban pretesto para tal agresion, suponiendo que entraban en territorio de su pertenencia, y disculpaban la cándida conviccion con el silencio, que tal vez con estudiada malicia de parte de Luis XII, se habia guardado en los pactos por lo concerniente á las provincias Capitinata y Basilicata, que en realidad iban adjuntas á la Calabria y á la Pulla.

Para hacer frente á los progresos de la agresion, el Gran Capitan movió sus fuerzas del lugar recientemente rendido á la obediencia española; alguno de sus destacamentos tuvo ocasion de llegar á las manos con franceses; el mismo Gonzalo verificó ataques y sorpresas con justos fundamentos, y con esto se dió cuenta por los caudillos de ambos ejércitos á los monarcas respectivos, y quedaron definitivamente rotas las hostilidades entre Francia y España.

Así que el estado de las cosas de Italia llegó á noticia de los Reyes Católicos, trataron de apercibirse fuertemente contra las ambiciosas tendencias de Cárlos XII, y al efecto espidieron las órdenes convenientes para reforzar el ejército del Gran Capitan, por medio de nuevas armadas que se reunieron sucesivamente en el puerto de Málaga.

Tambien autorizaron y socorrieron con dineros á Gonzalo por conducto del célebre diplomático D. Juan Manuel, para que tomase á sueldo hasta dos mil alemanes, en cuya conduccion desde el puerto de Ancona se entretuvieron á las órdenes del capitan de mar Micer Malferit, catalan, ocho naves de la armada española.

No fueron, sin embargo, á Italia los socorros prevenidos, tan pronto como á la suerte de las armas españolas eran necesarios; pero el Gran Capitan suplió con su pericia y sublime estrategia la falta de fuerzas que tenia, hasta que estas fueron desembarcando en aquellas tierras bajo la conducta de muy dignos capitanes. En primer lugar arribó una escuadra compuesta de algunas galeras, que obedecian las órdenes marineras de Bernardo de Villamarin, á quien el rey D. Fernando el Católico habia nombrado su almirante. Siguió á dicha escuadra la segunda de quince naos de todos portes, al cargo de Manuel de Benavides, en la cual pasó á Italia, con otros soldados no menos célebres, el famoso capitan Antonio de Leyva; y finalmente, llegó por los propios rumbos

(1) En el *Album del Ejército, tomo I* he esplanado, con mas detenimiento y mejor oportunidad, las causas en que se funda este juicio recto é imparcial, no obstante el afan con que se esmeraron en justificar el proceder inaudito del Gran Capitan casi todos los autores que de él se ocuparon.

á las aguas de Calabria con el resto de las fuerzas marítimas destinadas á aquella empresa, Luis Portocarrero, señor de la Palma.

Ya echados en tierra los soldados, que no bajaban de cinco mil entre peones y ginetes, y por la necesidad que habia de limpiar aquellos mares de los corsarios turcos, y en especial de franceses, que en grande abundancia los infestaban para incomunicar nuestro ejército de operaciones, las fuerzas navales de España que allí concurrieron, volvieron á practicar semejantes movimientos, á aquellos en que se habian entretenido durante la guerra contra Cárlos VIII. Combates parciales, reencuentros y presas dieron por resultado la captura de ciento veinte y ocho velas, que en el término de trece meses se tomaron sobre aquellas aguas á turcos y franceses, acabando de facilitar la libre comunicacion á las tropas españolas, no solamente las inolvidables victorias del Gran Capitan, alcanzadas rápidamente sobre sus enemigos, siempre aventajados en el número, sino por la naval que obtuvo antes de combatir el capitan de mar Manuel de Lezcano en la bahía de Otranto.

Embarazaban las costas de la Pulla con talas y presas cuatro galeras y dos fustas de Francia, que bajo las órdenes de un Perijuan ó Pedro Juan, provenzal de nacion y San Juanista de Rodas, cruzando por allí habian conseguido con varios sucesos, poner en grande escasez de provisiones el campo de Gonzalo. Lezcano, que sobre las propias aguas se entretenia de órden superior con otras tantas galeras como su contrario, bien que inferior en lo de las fustas, pues ninguna llevaba en su escuadrilla, resolvió acometer á sus enemigos en decisiva funcion al abordage; y para que la victoria no fuera dudosa, inmediatamente del ataque, reforzó de remeros los bancos de sus galeras, y tomó á bordo sobre quinientos soldados mas de los que ordinariamente guarnecian sus bastimentos.

Así provisto y aparejado para el trance de la batalla que pretendia, navegó Lezcano la vuelta de Brindez, donde supo que su contrario, temeroso de la pelea y con sobrada confianza en la neutralidad de venecianos que guarnecian la plaza de Otranto, se entró fugitivo en su puerto; pero semejante resolucion no fué bastante para que el cabo español cejára en su propósito, porque escasamente le hubiera importado lo mismo para llevarlo á cabo segun lo habia dispuesto, pelear nada mas que con sus enemigos los franceses, que pelear juntamente con franceses y venecianos. Así fué que hallando sobre la embocadura del puerto una nave y una carabela, combatió con ambas y las tomó en pocos momentos; y cuando se disponia á seguir su intento de conducir á igual destino la armada del Sanjuanista, supo que este, con sobrado temor y escasa honra, habia salvado de sus buques lo mas posible y los habia echado á pique con su artillería y sus repuestos, en la noche del trece de marzo y año de 1503 que iba corriendo.

Entendido el suceso por los corsarios enemigos, y subida de punto la reputaciou de Lezcano y demás cabos de los cruceros españoles, fueron escaseando

las fuerzas navales de franceses por aquellas costas, dejando así libre la comunicacion á nuestro ejército para el tránsito de refuerzos y provisiones, y por esto y por la necesidad de aumentar el campo del Gran Capitan para las brillantes operaciones que inmediatamente se siguieron, la escuadra de Lezcano puso en tierra los refuerzos que habia recibido para acometer á Perijuan, y continuó flotando en aquellas aguas al nivel de los otros armamentos que por allí se entretenian (1).

Tambien á los 10 de abril aportaron á Manfredonia los buques que de órden del Gran Capitan habian ido por refuerzos de Alemania, conduciendo hasta dos mil y quinientos hombres bien provistos de armas y aparejados para la guerra, los cuales fueron gran parte para alcanzar los efectos con que el ínclito Gonzalo habia de poner á la obediencia del Rey Católico en breve tiempo todo el reino de Nápoles, que con tanto teson se disputaba.

Ganada por el ejército aquella famosa batalla de la Ceriñola, donde el esfuerzo castellano en su mayor ahogo y desmayo hizo ver á franceses cuanto se levantaba en las ocasiones de la guerra, y comenzadas á declarar abiertamente por España muchas de las plazas italianas, que á los capitanes de Luis XII rendian tributo, tuvieron órden todas las fuerzas navales de juntarse bajo el mando del almirante aragonés Villamarin, que las gentes de Portocarrero habia conducido desde Málaga, para navegar en buen órden de formal armamento hasta ponerse sobre la entrada del puerto de Nápoles. Cuando llegó á las aguas de su destino, ya el Gran Capitan habia paseado en triunfo las calles de aquella metrópoli; pero aunque todavía la armada fué de mucho efecto para el cerco y rendicion de los castillos que aun se sostenian por los franceses en dicha ciudad, no pudo permanecer allí largo tiempo, á causa de otra mas poderosa que cargó sobre la nuestra, procedente de los puertos de Francia, y que la hizo retirar al mas seguro puerto de la isla de Ischia en el mismo golfo de Nápoles. Vanos fueron, sin embargo de la superioridad, los recursos desplegados por la armada francesa para acometer en dicho puerto á la española. El almirante Villamarin procedió con notable acierto en la defensa de sus bageles, secundado por el valor y la pericia de nuestros soldados y marineros, estos en su mayor parte catalanes y aragoneses, y protegido por algunas tropas del cargo del marqués del Vasto; con lo cual, y por los acontecimientos sucesivos, las fuerzas enemigas se vieron obligadas á retirarse sin haber alcanzado la mas ligera ventaja.

Ya entrado el mes de junio, y harto mejoradas por los sucesos las armas españolas, en particular que muchos principales señores de Italia se aficiona-

(1) *Estracto de servicios marítimos del siglo XVI:* ms. Esta funcion refieren tambien de paso algunos historiadores de las cosas de aquellos tiempos: los españoles convienen todos en el nombre del caudillo de Rodas que se entretenia á sueldo en las galeras de Francia, llamado Perijuan, al que sin duda, Pedro Juan debia llamarse. Prescott, sin bastante exámen, por ser trivial el asunto, adultera el nombre, y le dice Mr. Prejan, con intento de afrancesarlo.

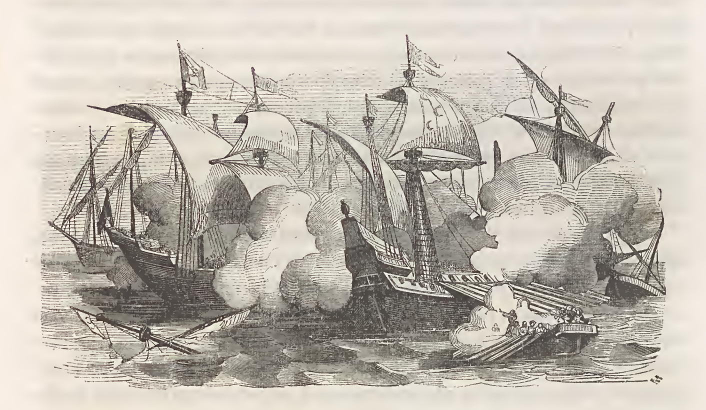
ban al servicio del Rey Católico, trató Gonzalo de apoderarse de la importante plaza de Gaeta, que franceses defendian con ventajosa ayuda de su posicion topográfica. Asentada por el N-O. de Nápoles á 12 leguas de dicha capital sobre la tierra de Labor en la falda de una colina que el mar baña casi toda, tiene una estrecha comunicacion con la tierra, la cual sus defensores tenian bien fortificada, lo mismo que la citada colina. Para semejante empresa, sin duda las fuerzas navales debian ser de gran efecto, y con ellas el almirante Villamarin acudió á las inmediaciones de aquellas aguas; pero la armada francesa, nuevamente reforzada, estaba muy superior y segura de alcanzar victoria en un trance decisivo, y la nuestra, aunque crecida tambien con seis galeras que de Barcelona condujo á la empresa el despues tan famoso virey D. Ramon de Cardona, no pudo hacer mas que entretenerse en corso por las cercanías de aquellas aguas, donde interceptó algunas provisiones llevadas de Francia en descuidados bastimentos.

Ni era posible á la sazon que mayores refuerzos marítimos se enviasen de España á la armada que en las costas de Italia se entretenia; porque estando tan vecinos los enemigos de nuestras propias marinas, y siendo estas tan dilatadas y combatidas de moros y franceses en ambos mares, escasamente se podian cubrir con ventajas tan exigentes necesidades. En especial que el rey de Francia, por desquitarse en cierto modo de los descalabros en las partes de Nápoles sufridos por sus gentes, habia acometido por tierra y mar nuestras fronteras del Rosellon con riguroso y estrechísimo sitio sobre Salsas. Pero el rey D. Fernando acudió al cerco con grandes fuerzas, mandadas primero por el duque de Alba, y despues no lejos de su propia persona; y con esto y con gruesa armada que se apercibió en Cataluña bajo las órdenes del general Estopiñan, no tuvieron ánimo bastante las fuerzas francesas para seguir el asedio y hacer frente á nuestos ejércitos de mar y tierra, y con numerosas bajas repasaron los puertos por donde en territorio de España se habian introducido (1).

Tambien en tanto que las atenciones de la citada guerra ocupaban las fuerzas marítimas sobre las partes á los Pirineos cercanas, creyeron los moros de la opuesta márgen del Mediterráneo que en las playas meridionales de la Península podrian acometer impunes sus acostumbradas piraterías. Juntaron con efecto, hasta diez y nueve fustas de las que por allí constantes cruzaban en corso, y con ellas reunidas practicaron algunos desembarcos y robos en las costas de Valencia, Alicante, Cartagena y Granada. Pero cuando mas seguros se creyeron en la continuacion de sus empresas, hasta allí protegidas por la impunidad con que contáran, los armadores andaluces no se descuidaron en ofrecer bien provistos sus bastimentos al que entonces era general por mar de

(1) Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos.*—Bernaldez: *Reyes Católicos.*—Padilla: *Crónica del rey don Felipe.*—Mariana: *Historia general de España*, etc.

la costa de Granada, Martin Hernandez Galindo, el cual yendo en busca de los enemigos con tres naves y cinco bergantines, les dió caza é hizo presentar batalla no lejos del cabo de Gata, donde los cañoneó á su placer tomando algunas y echando á pique las mas de las fustas que montaban, sin que de todas pudiera salvarse ninguna.



Alternaban con estos sucesos, los mas importantes que en Italia tenian ocasion, particularmente cuando tras de la toma de Nápoles por nuestras fuerzas, el rey de Francia envió grandes socorros á su lugarteniente, y el Gran Capitan dispuso aquella ilustre campaña del Garellano, que echó definitivamente el sello á su inmensa reputacion de sublimado caudillo, y aseguró á la corona de Aragon la completa conquista de aquel reino.

Las treguas asentadas y las alianzas y pactos acordados mas tarde entre nuestro Fernando V y Luis XII de Francia, cuyas garantías se consolidaron por medio de doña Germana de Foix, que tomó posesion del tálamo real tras de la muerte de Isabel I, permitieron á nuestros soldados de Italia volver gozosos á la madre patria, bien que sin intencion de dar al espíritu muelle calma en que mecerse, ni descanso al cuerpo, sobradamente acostumbrado á las fatigas de la guerra.

Bastimentos y hombres de armas se ocuparon tras de su regreso en el armamento aprestado en Laredo para conducir á Flandes por segunda vez á la desdichada princesa Doña Juana, el cual se dió al mar á los últimos de mayo del año que ya se contaba mil quinientos y cuatro, y arribó con feliz suceso á su destino por el puerto de Blankemberghe el dia que de su navegacion era noveno. Pero semejante espedicion, cuya trascendencia por entonces no fué mas allá de las naturales afecciones de la real familia, por su escasa impor-

tancia no puede ocuparnos en detalles que á nada conducen, cuando por otra parte, distintos y mas considerables aprestos iban á dar á nuestra Marina honrosa ocupacion sobre las playas africanas.

La ocasion que de humildes principios se remontó á los mas altos cálculos de una política meditada y trascendental, tuvo orígen en los ofrecimientos que cierto mahometano de infame condicion hizo al conde de Tendilla, para entregarle por dineros la insignificante fortaleza de Tedeliz, asentada entre Argel y Bugia. Bien hubiera querido el conde dar comienzo á la empresa sin mas recursos que los que en su gobierno del reino de Granada aparejar podia; pero el real beneplácito era una circunstancia indispensable; y habiéndolo solicitado, dando cuenta de los ofrecimientos del miserable africano, hubo de considerarse el negocio de muy distinta manera en los consejos de la córte, tratados con especialidad por la esquisita penetracion del Rey Católico y la sublimada política del Cardenal Cisneros.

El puerto ofrecido en venta á las armas cristianas carecia de toda condicion que pudiera hacerlo apreciable como punto estratégico ni comercial para las operaciones ó tratos que hubieran de seguirse. Débil en su fortaleza, con estrecho surgidero para buques de alto bordo, sin los recursos inmediatos á la necesaria manutencion de sus guardadores, y únicamente ventajoso á los ataques que le dieran los naturales de aquella comarca, su conquista no podia ser urgente ni su conservacion mas que gravosa á los verdaderos intereses de España.

Mas ventajas, aunque mayores dificultades ofrecia la posesion del antiguo *Portus Magnus* de Tholomeo, cuyo equivalente es *Mazalquivir* en arábigo. En su conquista, asi como en la de Orán y sus costas y puertos adyacentes, se fijó inmediatamente la régia atencion alimentada por el cardenal su consejero; y como si fuera contrario á la sustentacion de la monarquía el reposo de las armas que en Italia y en las fronteras españolas se habian esgrimido con notable ardimiento y afortunado suceso, procedióse incontinenti á organizar la espedicion naval y desembarco que habia de llevar á las costas de Africa la pujanza belicosa de los monarcas de España.

No á frívolos deseos de ensanchar el territorio de la monarquía se deben atribuir los inmensos gastos que desde entonces se comenzaron á prodigar en beneficio de las conquistas intentadas sobre las costas de Africa; ni la errada opinion de ambiciosas tendencias hácia el dominio universal, que autores sin recto juicio atribuyen á Fernando V, tiene mas seguro fundamento. La conquista del reino de Nápoles en vida de su señor natural, por mas que presente el carácter de una usurpacion arbitraria, no hay duda que está justificada en la historia filosófica, no tanto por antiguos innegables derechos que á la casa de Aragon asistian, sino por las airadas sucesivas agresiones de Cárlos VIII y Luis XII contra la existencia política de aquel reino independiente; y cuando en su posesion se interesaba nada menos que la prepotencia superior de una

monarquía tan digna como la nuestra en aquellos tiempos, y al propio tiempo no quedarian muy seguras con la vecindad de franceses nuestras posesiones de Sicilia, el rey D. Fernando obró como gran político echando su espada en la balanza del repartimiento, para adjudicarse por el derecho de la fuerza toda la parte que se disputaba.

Ni otra cosa pudiera justamente decirse, en vista de los procederes que se siguieron por parte de la diplomácia española, despues que la pericia del Gran Capitan y el valor de nuestros soldados acabaron sobre las márgenes del Garellano la mas famosa campaña que desde Julio César se habia practicado. Génova, Pisa, Florencia y muchos caballeros y señores de Milan, que entonces estaban por Luis XII, se ofrecieron á la obediencia del Rey de Aragon, que si quisiera admitir su espontánea dependencia, sin duda hubiera adjudicado á perpétua posesion aquellos estados; pero la fuerza de sus derechos en nada quiso que se mezclase con las ventajas de la victoria, mas que para conservar lo mas justamente ganado; y cada uno de los duques ó señores que á la magestad de Fernando V por vasallos se ofrecieran, obtuvo la sancion de su independencia garantida por las invencibles armas de nuestros capitanes mas soberbios.

Pero no debia mirarse con los mismos ojos la conquista y posesion de las costas fronterizas de donde tantas calamidades habian salido contra la nacion española. Los corsarios moros, siempre diligentes y nunca compasivos, tenian aniquilado nuestro comercio con las partes de Levante, y no menos el de cabotage, que se hacia por todas las aguas del Mediterráneo. Las poblaciones cercanas al mar en las playas españolas estaban siendo frecuente cebo de su inhumana rapiña, multitud de infelices cristianos gemian cautivos y cargados de hierro en las mazmorras de aquellos ímpios, por causa de los desembarcos y sorpresas que á mansalva cometian, y en tanto que semejantes desafueros no se cortasen de raiz, en vano era esperar el progreso de nuestra poblacion que sin duda habia de amenguar, particularmente en aquellas marinas, con el aniquilamiento de la navegacion y del comercio.

Sin duda la reciente conquista de Nápoles por la estension de sus costas, la seguridad de sus puertos y la fuerza, aunque escasa, de su marina, eran una nueva garantía para acometer las empresas africanas: pues aparte de las ventajas que en un caso de persecucion activa pudiera proporcionar á nuestros buques, ofrecia la mayor que todas de contener á los turcos de Europa con la vecindad permanente de las armadas españolas que en sus aguas flotaban, evitando por semejante reparo la proteccion que pudiera dar á sus hermanos los de Africa.

Con tales condiciones, pues, se dió calor á la empresa de Mazalquivir, preludio conveniente de las que en aquella costa habian de seguirse algunos años adelante; y para llevarla á cabo con éxito ventajoso, se aprestaron en Málaga seis galeras y diez y siete carabelas, las cuales, además de sus ordinarias tri-

pulaciones y gentes de mar, que iban á cargo de D. Ramon de Cardona, condujeron un ejército de cuatro mil veteranos, soldados viejos de las pasadas conquistas, y otros mil escuderos de las guardas del rey y de los que gozaban sueldos y acostamientos en el reino de Granada. Caudillo militar de la empresa era don Diego Fernadez de Córdoba, alcaide de los donceles.

Hechos los alardes, pasadas las muestras y bien aparejados los buques, ordenóse la navegacion en marcha pareada, como entonces era costumbre al entrar ó salir de los puertos, bogando al frente de la armada la galera capitana, en que iban arreglando el plan de las operaciones ambos generales de mar y tierra.

Sucedió la salida de Málaga á los 29 dias agosto de 1505; (1) pero los vientos soplaron récios y contrarios durante algunos dias, y los buques tuvieron necesidad de recogerse al puerto de Almería con harta ventaja de la empresa; porque entendida ó sospechada la agresion por los moros, se habian amontonado en numerosas huestes sobre la playa amenazada, y solo la detencion por los contrarios temporales devolviéndoles la confianza perdida, dió lugar á que cuando la espedicion aportó á Mazalquivir se hubieran ya aquellos dispersado.

Echados al mar los botes y con ellos en tierra las tropas del ejército, se comenzó el asedio de la plaza con buenos auspicios, porque á los primeros disparos una bala de cañon llevó la cabeza al alcaide que dirigia su defensa, y con esto y con el aprieto que se estrechaba mas cada dia, bastaron cuatro para hacer entrar á los moros en concierto de entrega, y dar en prenda segura á los cristianos aquella importante llave de sus posteriores agresiones. La precipitacion de la conquista fué tanto mas importante, cuanto que ya los vigías destacados en el Cerro Alto, habian dado aviso de la muchedumbre morisca que en son de guerra acudia á favorecer á los cercados; pero la noche se anticipó al socorro no entendido por estos, y las exigencias imperiosas de nuestro caudillo dieron por resultado la toma de posesion antes que el nuevo dia se comenzase, con lo cual hubo sobrado tiempo para guarnecer bien la plaza, proveerla de provisiones y artillería y verificar el reembarque de las fuerzas escedentes, harto mas pronto que los socorros pudieran llegar á donde los cristianos habian puesto su campo (2).

(1) En el *Depósito hidrográfico* he visto y hecho copiar ciertas instrucciones que se dieron por el almirante D. Henrique Henriquez á una armada de galeras que contra las playas de Portugal se aprestára; y tanto por la forma de la navegacion que en ellas se previene, cuanto por los antecedentes que de la espedicion enviada contra Mazalquivir poseo, tomados en la Biblioteca Nacional de varios códices mss., resulta indudable que tal era el órden de navegar mas comun en aquellos tiempos, fuera de los casos de batalla. Cuando la embocadura de un puerto no permitia que entráran á la par dos buques, lo verificaban estos en ala alternada, ó sea siguiendo el de la izquierda por la popa las aguas de su respectivo de la derecha, y así sucesivamente todas las parejas. (Depósito Hidrográfico. *Coleccion Diplomática de Simancas.)*

(2) Padilla en su *Crónica del rey don Felipe I* dice: que fué el alcaide de Mazalquivir quien se ofreció á entregar su plaza á los cristianos, cuyas proposiciones hizo por conducto de cierto armador de Almería llamado Lope de Sosa; pero segun lo que dice Mariana en su *Historia general*, y lo que se desprende de la *Historia de Africa*, escrita por Marmol, no fué sino el alcaide de Tedeliz quien tuvo tratos con el conde de Tendilla por medio del citado armador Lope de Sosa.

No hay duda que á la vuelta de la armada con tan próspero suceso, la accion simultánea del rey y el cardenal se hubiera hecho sentir inmediatamente por el camino que se habia comenzado; pero los sucesos políticos de Castilla estorbaron los propósitos, y en poco estuvo el que, lejos de tomar la ofensiva nos viéramos, por divididos y flacos, incapaces de repeler las agresiones á que en semejante estado hubiéramos quedado muy espuestos.

Con efecto, la llegada á estos reinos del Archiduque D. Felipe para tomar posesion por la reina su muger, de la corona de Castilla, las parcialidades que en pró y en contra de sus derechos estuvieron á punto de levantarse, y las despóticas inclinaciones á que venia dispuesto, tanto por educacion y temperamento, cuanto por menguados oficios de súbditos españoles, dispusieron de tal modo los ánimos á un rompimiento, que nunca mas posible se vió desde entonces hasta Cárlos II la desmembracion de las provincias de España, y bien podemos asegurar sin notable escrúpulo, en vista del aspecto que las cosas iban tomando algunos dias antes de la muerte de Felipe, que sin esta, sin duda, se hubiera adelantado trece años al de su rompimiento la insurreccion de las Comunidades de Castilla.

Las discordias con que el jóven monarca afligió los afectos paternales del rey D. Fernando, y la amargura que derramaron en el corazon de este las defecciones de todos los grandes, mal contentos con el sistema de represion en que el brillante reinado anterior los habia puesto, le obligaron á partir menospreciado á los dominios de su corona, abandonando cuanto no pertenecia á su tierra aragonesa. Pero como la conquista del reino de Nápoles se habia hecho mas que con tropas de sus estados naturales, con las armas de Castilla, bajo la conducta de un caudillo tambien castellano, Fernando entró en recelos, injustos por cierto, de que aquella joya pasára á las contrarias manos, y para asegurar lo que harto seguro estaba, amenguó con mezquinos tratos la superioridad que tenia sobre su rival el rey de Francia; contrajo el impolítico matrimonio con doña Germana, para enagenarse las voluntades que aun le quedaban en Castilla por el recuerdo de la grande Isabel, y finalmente, mandó aprestar una armada en Barcelona, mas que para tomar la investidura de su nuevo reino, con ánimo de reformar al Gran Capitan los poderes que por su gracia tenia, y hacerle separar receloso del teatro de su gloria.

Fué comisionado para el armamento, que en las atarazanas de Barcelona se habia mandado disponer, el ya nombrado D. Ramon de Cardona, súbdito fiel y acreditado capitan en mar y tierra de la corona de Aragon, que en las flotas de Castilla se habia entretenido con afortunados sucesos, en tanto que su rey y señor natural no se vió precisado á abandonar estos reinos. No era nuevo en el rey D. Fernando el pensamiento de acudir á las partes de Nápoles para coronarse monarca de aquel reino y hacerse reconocer como tal por los demás estados; de suerte que por sus deseos y por la falta de galeras que se iba notando de dia en dia en las marinas de Levante, correspondientes á nuestra

península, ya habia ordenado que en las mencionadas atarazanas de Barcelona se fabricasen nueve de aquellos bastimentos, bien provistos y aderezados de cuantos útiles fueran necesarios á su gobierno y lucimiento, como de armada régia.

Puestas en la obra las manos de aquellos oficiales y operarios, que tantas pruebas tenian dadas de su pericia y disposiciones para la clase de construccion naval, en que á la sazon se les empleaba, y dirigidos é inspeccionados respectivamente los trabajos por el que habia de mandar la armada, como quien ha de llevar la responsabilidad marinera del tránsito, así como tambien por los concelleres y demás municipales de Barcelona, por el decoro que al buen nombre de tan antigua fábrica convenia, bastaron pocos meses para que los nuevos bastimentos estuvieran en disposicion de recibir su bautismo y botarse al agua con las debidas formalidades, cuya ceremonia tuvo lugar por el mes de diciembre de 1505, á la vista y entre las aclamaciones de la mas entusiasta



muchedumbre, (1) la cual no volvió á solazarse nunca mas con tan halagüeña perspectiva, pues aquella fué la postrera vez que armada real de galeras salió de las atarazanas de Barcelona.

(1) En el armario XIII, señalado de letra G, del *Archivo del Maestre Racional de Cataluña*, existe un libro en fólio grande, que trata esclusivamente de este armamento. En él hay preciosas noticias, que hemos visto relativas á las mas curiosas particularidades de cada galera, las cuales no damos aquí por reservarlas con otras muchas para el capítulo que en lugar oportuno hemos de dedicar por entero á este género de bastimentos. Con todo, copiaremos aquí los nombres que á las dichas nueve galeras se pusieron en el acto ceremonioso á que aludimos, así como los correspondientes á los capitanes que de ellas se hicieron cargo, en la forma siguiente: Galera Real, *San Juan Bautista* y *San Juan Evangelista*, su capitan D. Ramon de Cardona, que lo fué al mismo tiempo de las tres sucesivas, á saber: la denominada *San Severo* y *Santa Eulalia*, la *San Pedro* y *San Gerónimo*, y la *San Francisco* y *Santa Elena*. Galera *Santa María del Rosario* y *Santa Elisabet*, su capitan Mossen Miguel Sarriera. Galera *San Cristóbal y San Agustin*, su capitan, Mossen Fernando Sarriera. Galera *San Onofre y Santa Magdalena*, alias *La Mezquita*, su capitan, Mossen Francisco Zapila. Galera *San Jorge y San Jaime*, su capitan, Mossen Gerardo de Oms. Galera *San Miguel y Santa Bárbara*, su capitan Mossen Juan Pujades.

Ya que flotaron en la mar y estuvieron á punto aderezadas y bastecidas convenientemente para la jornada que emprender debian, tuvieron ocasion de compararse muy aventajadas con las demás galeras que surcaban las aguas del Mediterráneo, puesto que de las mejores allí concurrieron cuatro pertenecientes al reino de Sicilia, bajo la conducta de su capitan Tristan Dolz, y todas juntas, con algunas naves de las dos coronas y varios buques sútiles, se apercibieron para recibir á su bordo la régia comitiva; dándose á la vela del puerto de Barcelona, con rumbo á las aguas de Francia, el dia 4 de setiembre del año 1506 ya mencionado.

Puestos en franquía todos los buques de la espedicion navegaron con tiempo sereno y vientos favorables durante los tres primeros dias; pero al cuarto peligrosas tormentas se levantaron con encono, y tras de muchas fatigas fué dado al general de la flota tomar con toda junta en buen órden, y á los veinte dias de navegacion, el puerto de Génova, donde ya noticioso de la partida real, el gran Gonzalo de Córdoba, estaba esperando ansioso el momento de besar la mano á su querido monarca.

Desde allí, aumentada la flota con tres galeras de Nápoles que el Gran Capitan habia hecho concurrir á los honores de su dueño, volvió á salir al mar tomando la vía de Gaeta: pero de nuevo contrarios elementos la obligaron á refugiarse en la bahía de Portofino, donde el curso de los acontecimientos que en España se verificaban, hizo llegar á vista del rey la nueva escrita de la muerte del archiduque don Felipe. Leyó don Fernando con tan inesperado suceso, las súplicas que por su vuelta á Castilla le hacia, en nombre de todos los estados del reino, el cardenal Cisneros; pero como tan recientes estaban los agravios, y tan segura la posesion de la corona que ya habia poseido, no creyó digno á su reputacion volver como novicio á solazarse en la venganza, y continuó su derrota á Nápoles, bien que haciendo escala en Gaeta, donde permaneció hasta fin de octubre desde el dia 19 que á dicho puerto habia arribado.

La justa y merecida reputacion que los Reyes Católicos habian alcanzado por todas las naciones del mundo, hizo que el deseo de agasajar á nuestro Fernando V facilitase al deleite las mas suntuosas fiestas que en régio recibimiento jamás se habian hecho; pasadas las cuales el nuevo rey de Nápoles se ocupó en arreglar los asuntos del pais, conforme á los usos de su larga administracion en los estados que por natural herencia y soberano consorcio le habian tocado, con arreglo á los últimos tratos que por razon de su nuevo impolítico enlace habia convenido con el rey de Francia.

Arregladas en córtes generales las diferencias y parcialidades que existian en el pais, por causa de la índole especial á que perteneciera la pasada guerra, y acordados los subsidios que por vía de tributo legal habian de satisfacer al tesoro real los beneficios y rentas de la monarquía, sin olvidar lo concerniente á los demás estremos de la organizacion civil, con arreglo á las nuevas

condiciones en que el reino de Nápoles tenia que entrar por la posicion política de su nuevo monarca, dispuso este la partida de regreso á la península ibérica, bien persuadido que las ambiciones y desconcierto de los grandes de Castilla habrian hecho ya todo el daño necesario en el corazon del reino, para que su presencia fuera generalmente deseada.

El dia 4 de junio de 1507 fué el señalado para que la armada real se diese á la vela, tomando la vanguardia las galeras de Nápoles y algunos bergantines españoles, con objeto de despejar el tránsito de todo género de inconvenientes. Empavesados los buques y hechas las salvas correspondientes en naves y castillos, salió con efecto al mar la escuadra, poniendo las proas con direccion á Génova, puerto donde el rey Fernando se entretuvo algunos dias esperando al Gran Capitan que se habia quedado en Nápoles, dando la última mano á las obligaciones que por su cargo allí habia contraido. Al fin reunido el famoso Gonzalo á la régia armada se trasladó esta al puerto de Saona donde el rey de Francia habia concertado vistas con el Católico, y en dicho puerto, por lo tanto, tuvo lugar la mas gallarda ceremonia que durante aquella espedicion se habia visto (1).

Por lo pronto y antes que las galeras de Aragon embocáran la entrada del puerto, salieron de gran gala y empavesadas todas las naves francesas que á Luis XII asistian, con los marineros tendidos por las vergas, las banderas de ambas naciones tremolando interpoladas en todos los mástiles, y sobre los alcázares, trompetas, clarines y otros instrumentos de la época concertando muy gratas armonías. La armada de Fernando no menos provista de lujosos atavíos, se engalanó en la propia forma con los colores adoptivos de cada reino, sobresaliendo entre todos los marineros y soldados de Aragon por sus ropas escaqueadas de encarnado y amarillo con grandes escudos sobre el pecho, y en ellos las armas reales de su monarca. Las galeras de España cubrieron sus bandas y alfombraron sus cubiertas con riquísimos paños de grana, interpolados con otros amarillos y régios escudos en la propia forma que los anteriores, y lo mismo hicieron las de Nápoles y Sicilia, adoptando los colores de Aragon, sin abandonar los suyos, por la dependencia en que estaban del rey don Fernando.

(1) El cura de los Palacios en su crónica ms. se entretiene largamente en referir los pormenores de aquellas vistas. (Bernaldez: *Reyes Católicos.)* Padilla, por el contrario, cuando tan aficionado se muestra á las descripciones de justas y torneos, apenas habla de este suceso mas que lo indispensable para consignarlo. *(Crónica del rey don Felipe I.)* Guicciardini al referir este pasage memorable de la historia de Italia, lo que mas hace es admirar la mútua confianza de ambos reyes que así se entregaban el uno al otro sin recelar traicion ni felonía, cuando acababan de ser enemigos tan encarnizados. *(Istoria d'Italia.)* Todos los demás autores de la época, y los que mas adelante esprimieron el jugo de sus narraciones de aquella, se han entretenido mas ó menos en dar vida y colorido á las entrevistas reales y sus fiestas en Saona. (Giovio: *Vitæ Illust. Virorum.*—Giannone: *Istoria di Napoli.*—Summonte: *Istoria ibd.*—Caribay: *Compendio histórico.*—*Crónica del Gran-Capitan.*—Saint-Gelais: *Histoire de Louis XII.*—*Memoires de Bayard.*—Buonaccorsi: *Diario etc.)* Pero el que mas sobresale por la elegancia de su estilo y por el colorido de sus narraciones en lo de fiestas y pasatiempos novelescos, es el cronista francés D'Anton, el cual al tratar de lo que nos ocupa, no deja nada que desear ni siquiera en los detalles mas minuciosos. *(Histoire de Louis XII.)*

Cuando se dieron vista y establecieron comunicacion ambas armadas, el ruido de la artillería, con sus salvas y honores bélicos, hubo de ahogar los acentos concertados de las músicas militares, bien que en unos y otros bastimentos, interpolados inmediatamente en señal de amistosa y leal confianza, continuaron los músicos dando vida y animacion á las inspiraciones sublimes de los mas célebres compositores. Al entrar en el puerto, los vítores y aclamaciones de la numerosa concurrencia que sobre la playa estaba absorta con el espectáculo, acabaron de comunicar al acto todo el interés de que era digno, y aquella mezcla de voces é instrumentos, confundida entre el ruido de los cañones que en son de paz y amistad se disparaban, acabó por imprimir en el lugar del entusiasmo los afectos de las alianzas sobre el campo guerrero de las conquistas.



Cuando ambas armadas dieron fondo en buena ordenanza dentro del puerto de Saona, todos los bateles de las naves y galeras, armados y vestidos para la régia ceremonia, flotaron empavesados para acompañar, como guardia de honor, á la real *faluca* en que los monarcas salieron á tierra; y cuando esto se verificó, sobre la playa en que del rey Luis aguardaban los mejores caballeros de su campo, reproduciéndose las salvas y armonías, ambas armadas saludaron de nuevo y con mas entusiasmo la estrecha alianza que se estaba verificando entre dos monarcas, cuyas armas se habian chocado en fiera pelea algunos meses antes, con grande admiracion y temor de muy poderosos estados.

Ni fueron menos las fiestas y regocijos, que á peticion de Luis se habian

preparado en la villa que tanto esplendor estaba en aquella ocasion sustentando. Saraos, juegos caballerescos de la época, banquetes y festines de todos géneros se sucedieron, interpolados con la comun alegría que en todos los semblantes reflejaba, y reyes y grandes caudillos, subalternos y soldados, maestres y marineros, todos chocaron sus copas, como otras veces habian chocado sus aceros: todos se comunicaron y admiraron mútuamente sus hazañas respectivas, y todos, en fin, disfrutaron gozosos de aquellas fiestas, en que no se verificó el mas ligero desacuerdo.

El Gran Capitan, cuyo nombre era asombro y respeto de sus mas levantados competidores, fué agasajado largamente por todos los capitanes famosos que rodeaban la córte de Luis XII, á muchos de los cuales habia derrotado en marciales encuentros; llegando á tan alto precio las deferencias que allí á su persona se tuvieron, que á ruegos del rey francés alcanzó el alto honor de sentarse á la mesa real con dos monarcas, que entonces eran los mas poderosos de Europa, y recibir de manos de Luis XII una magnífica cadena de oro, que dicho rey llevaba sobre el pecho para mayor ostentacion de su distinguida persona.

Por mas que á condicion de valientes se atribuya la mútua consideracion de encarnizados contrarios y aunque en la historia de los hombres numerosos ejemplos hayan probado en todos tiempos la cruel ferocidad de la especie humana, que no ha bastado á modificar la mas esquisita cultura, todavía nos place sacar del suceso referido halagüeñas consecuencias en pró de la muchedumbre siempre dispuesta á recibir las inspiraciones de aquellas personas á quienes la Providencia ha designado para dirigirla por el tortuoso sendero de las pasiones de la vida. Ni otra cosa pudiera acudir el pensamiento, contemplando el espectáculo sublime que queda referido, el cual viene á corroborar el principio absoluto de la influencia intelectual sobre las masas, y á echar en la balanza de la razon nuevos cargos contra aquellos magnates y poderosos que tienen el deber de modificar, con su ejemplo y autoridad, los instintos destructores de cuantos se nutren con su doctrina ó con sus hechos.

Despues que con las públicas manifestaciones del regocijo comunicado á todos los súbditos de las dos coronas, se cambiaron, bien asegurados de parte á parte, los reservados acuerdos de la diplomácia, dando comienzo en las conferencias particulares, á que únicamente asistieron el cardenal de Amboise y el legado pontificio, á la famosa liga de Cambray, de tan infelices resultados para los intereses de Italia, ambas armadas volvieron á recoger sus gentes respectivas para volverse á sus naturales estados.

Los de Castilla estaban llamando con afanosa precipitacion al Rey Católico, y como este viera ya harto sazonado el propósito de su política, relativa á nuestra corona, no sin calcular que la demasiada detencion pudiera dar lugar á revueltas no muy lejanas, y siempre peligrosas, se apresuró á embarcarse en medio de las mismas ceremonias é iguales manifestaciones de amistad y res-

peto que á su arribo habia recibido, saliendo sobradamente satisfecho de aquel puerto de Saona, donde habia desembarcado el dia 28 de junio del año á que nos vamos refiriendo.

Marcando el Almirante real la derrota á las costas españolas, bien que en varias ocasiones contrarios vientos hubieran estorbado los progresos de la navegacion, conforme á los sucesos estaban siendo necesarios, llegó por fin la armada á Valencia el dia 20 de julio, en cuyo puerto, despues de echar en tierra la régia comitiva y de recibir las órdenes convenientes, se deshizo en diversas escuadras, conforme á la procedencia de cada una de las que habian formado el real armamento. El rey don Fernando entre tanto permaneció en Valencia arreglando los futuros movimientos, en razon de las manifestaciones que de Castilla se le comunicaban; y despues que estas fueron bastantes para asegurar el éxito de su presencia, partió la vía de Castilla con acompañamiento conveniente, no sin haber puesto la mano en el necesario arreglo de las cosas de Aragon, para las eventualidades á que pudiera conducirle la índole de su nuevo viaje.



HISTORIA DE LA MARINA REAL ESPAÑOLA.

LIBRO SEGUNDO.

TOMA DE POSESION DEL NUEVO-HEMISFERIO.—DESCUBRIMIENTO DE LA MAR DEL SUR, Y CIRCUMBALACION DEL GLOBO TERRÁQUEO.

CAPITULO PRIMERO.

Estado de los reinos de Castilla á la vuelta de Nápoles de Fernando V.—Primeros pensamientos sobre colonizar las tierras descubiertas en el Nuevo-Mundo.—Viaje de Vicente Yañez Pinzon y Juan Diaz de Solís á la costa de Honduras; reconocimiento de la provincia de Yucatan, y regreso á España.—Síntomas agresivos contra las posesiones portuguesas.—Conferencias marítimas en la córte de Burgos.—Nombramiento é instrucciones de *Piloto Mayor* de estos reinos á favor de Américo Vespucio.—Reformas introducidas en la ciencia del pilotage.—Nuevo viaje de Vicente Yañez Pinzon y Juan Diaz de Solís, que descienden por la costa oriental de la América del Sur hasta los 40.°—Desavenencias y regreso.—Castigos y recompensas.



La vuelta de Fernando el Católico á los estados de Castilla, que por la menor edad de su nieto el príncipe don Cárlos iba á gobernar, no estuvo tan sembrada de flores como tenia derecho á esperar un monarca poderoso, en cuya mano estaba la única salvacion del pais contra los bandos y parcialidades que comenzaban á trabajarlo.

El duque de Nájera, el marqués de Priego y algunos otros mas afectos á

un nuevo órden de cosas en la pública administracion, se manifestaron hostiles á la magestad del anciano rey, tratando de resucitar los desafueros que el poder feudal habia sostenido en otros tiempos. Por fortuna, don Fernando regresó á España lleno de sentimientos generosos, y no le fué difícil, perdonando á los mas su pasada defeccion, hacer irresistible su poder contra los súbditos rebeldes, hasta someterlos á su autoridad tan completamente y mas que el decoro de la corona hubiera exigido. No sin justicia se le acusó de cruel en las resoluciones tomadas contra súbditos de gran valía; en especial que alguno de ellos era pariente muy cercano del gran Gonzalo de Córdoba, y que este habia interpuesto sus recomendaciones en favor del delincuente; pero no hay duda de que el rey procedió dentro de los límites de la justicia, por mas que se encerrase en los mas contrarios al agradecimiento, como de costumbre tenia, y de que, merced á sus marciales aprestos, pudo torcer sin tardanza la mente á la administracion de los reinos que la Providencia otra vez le encomendaba (1).

Robustecida la real autoridad á favor de la base fundada entonces para los ejércitos permanentes (2), comenzó de nuevo don Fernando á poner su mano en las cosas de las Indias. Desde la muerte de Colon habian sucedido tales cosas en la esfera de la política, que difícilmente los negocios del Nuevo-Mundo pudieran ocupar la atencion de los reyes, y sí únicamente correr á cargo de los oficiales de la contratacion, envueltos en la anarquía que necesariamente existe donde no hay una mano poderosa y represiva, capaz de ahogar en su orígen los desafueros, y dar impulso uniforme á los trabajos y procederes. Si las navegaciones no se habian paralizado completamente en la travesía del Atlántico, á lo menos se hacian sin mas órden ni concierto que el que la osadía aconsejaba ó la parcialidad permitia; y entre tanto, ni las rentas de la corona se beneficiaban conforme á derecho, ni el sistema fundamental de la navegacion adelantaba un paso en su régimen y organizacion, ni, lo que era mas trascendental, se ponia medio alguno para asegurar la dominacion legal y justificada de los españoles en las nuevas tierras descubiertas.

La muy dilatada isla de Cuba, que hasta allí era tenida por una considerable porcion de la tierra firme: la deliciosa Puerto-Rico cuya frondosa armonía y delicado conjunto, tan gratas sensaciones habian causado á sus primeros descubridores: la hospitalaria Jamáica, donde el mejor admirante encontrára tan felices disposiciones para recibir los fundamentos de la cultura Europea: aquellas otras porciones de las Antillas y Lucayas en que tan gratas esperanzas debia fundar el espíritu de investigacion que se estaba desarrollando, y finalmente: toda la parte del Nuevo-Mundo que en ambos hemisferios brindaba á la nacion española muy pingües rentas y magníficas especulaciones, todo se habia descu-

(1) Bernaldez. *Reyes Católicos* ms. *Zurita: Anales de Aragon: Crónica del Gran Capitan.* Pedro Mártir: *Opus. Epist.: epist.* 363. Gomez: *De Rebus Gestis.* etc.

(2) Oviedo: *Quinquagenas y batallas* ms.—*Album del Ejército.* Tomo I.

bierto á la atrevida invasion de nuestros aventureros, y sin embargo, todo habia vuelto al estado natural de su independencia primitiva, y de su ignorancia absoluta, por la falta de régimen y concierto que hasta allí se habia seguido en los viajes ya hechos y en las colonizaciones proyectadas.

Unicamente la isla Española, por el carácter de metrópoli que habia adquirido sobre las demás tierras de aquellas regiones, continuaba siendo el punto de apoyo, de escala ó de partida de nuestros buques, y el centro comun designado ya en anteriores instrucciones para recibir el tributo y obediencia de los demás paises que se fueran sujetando al dominio de España. De ella por consiguiente, debian darse al mar las espediciones destinadas á colonizar en las tierras vecinas, y á su gobernador deberian sujetarse todos los demás gobernadores ó caudillos que en el Nuevo-Mundo se fueran estableciendo. Pero la indolencia de los ya acomodados por una parte: las dificultades surgidas por otra de las alteraciones y torcida administracion de la isla, y sobre todo, la falta de prudencia que por lo general habia caracterizado á los capitanes encargados de tales empresas, cuando por escasas fuerzas no era posible separar la integridad y la buena política para dar cabida á la usurpacion y á la violencia, causáran en el propósito de la dominacion moral tan contrarios efectos, que con dificultad pudiera vanagloriarse el rey D. Fernando de poseer en las recien descubiertas regiones mas dominio que el que ejercian sus gobernadores en el litoral de la isla Española.

Es verdad que, algun tiempo antes de su partida al reino de Nápoles, trataba ya de colonizar en la isla de San Juan de Puerto-Rico, ademas de los esfuerzos que con el ayuda de Colon se habian hecho para alcanzar iguales resultados en las tierras de Veraguas. Pero el piloto y capitan Vicente Yañez Pinzon, á quien el rey nombraba gobernador de la fortaleza que en dicha isla habia de levantarse, (1) no quiso cambiar por la quietud del gobierno que se le brindaba, su natural inclinacion á los viajes y aventuras de los descubridores; y mientras en Castilla escandalizaban con sus desavenencias el rey Católico y su yerno D. Felipe, partió dicho capitan en compañía del muy entendido piloto Juan Diaz de Solís, con propósito de adelantar largamente los descubrimientos del primer Almirante (2).

Salida de España la espedicion, descendió á la latitud de los 16° Norte y sobre los 80° de longitud al occidente de Cádiz, comenzó sus esploraciones por las islas de los Guanajos, entrando á poco tiempo en el golfo de Honduras. Reconocido este, y verificados en sus costas varios cambios y rescates, embocaron los célebres marinos el llamado golfo *Dulce*, suponiendo que por él encontrarian el estrecho buscado por Colon, para comunicar con otro mar desconocido; pero desengañados oportunamente por la inutilidad de sus esploraciones, torcie-

(1) Archivo de Indias en Sevilla: *Real cédula de 24 de marzo de 1505.*
(2) Navarrete: *Viages menores*, tomo III.

ron su rumbo al N. siguiendo la costa oriental de *Yucatan,* parte de cuya provincia reconocieron y situaron con toda la exactitud que á sus cálculos y observaciones pudo alcanzarse (1).

Durante el corto reinado de D. Felipe, tambien hubo de pensarse en las cosas del Nuevo-Mundo; pero la administracion de entonces quiso acometer el negocio con menos prevision, ó con muy levantados pensamientos. Con efecto: los antecedentes que mas descuellan respecto á las Indias firmados por el monarca austriaco, no iban encaminados á la organizacion de las partes descubiertas donde el sol se pone seis horas despues que en nuestra península, sino mas bien tendian á atropellar los derechos adquiridos por los portugueses hácia las tierras del Oriente, puesto que ordenaban el apresto de una armada que deberia llevar las nuevas insignias españolas á las provincias de *Malaca* y *Especeria* (2). Si esta órden no tenia por base una absoluta ignorancia de los tratados y capitulaciones que existian entre los reyes de España y Portugal, sancionados por bulas pontificias, tampoco puede considerarse mas que como una agresion directa contra la nacion vecina, quizá con el estudiado propósito de venir á las manos y hacer de toda la península un solo reino.

En apoyo de la paz universal acudió la muerte, cortando la invisible carrera de aquel ilustre príncipe, vástago belicoso de Cárlos el Temerario, y orígen inmediato de otro Cárlos no menos guerrero. La vuelta del Rey Católico destruyó por consiguiente los planes de su yerno, por lo que estaba interesado aun en la conservacion de la paz con un monarca á su casa unido por los estrechos vínculos del matrimonio con hija de Fernando, y la nueva administracion, torciendo los procederes á mas legales acuerdos, se fijó definitivamente en el sistema de colonizacion, que apenas se habia ensayado con éxito bien lastimoso.

Para combinar el nuevo proyecto con antecedentes seguros, á fin de ordenar la distribucion de fuerzas, caudillos y misioneros, el rey D. Fernando llamó á sí á los hombres mas famosos que en el arte de la navegacion y en el conocimiento de las tierras occidentales existian en España. Residia á la sazon la córte en Burgos; y por mandamiento de cédula real espedida á los 26 de noviembre de 1507 (3), allí acudieron Solís, Pinzon, La Cosa y Vespucio con un Fr. Diego Magdaleno y el prior de Santo Tomás de Avila, todos hombres harto esperimentados en las respectivas ciencias sobre que el rey queria consultarles.

No hay duda que la conferencia debió ser animada, por las diversas cuestiones que en ella habian de ventilarse; pues reuniéndose tan hábiles maestros con monarca de tanta esperiencia, era forzoso poner la mano en cuantos inconvenientes hasta entonces se habian observado en la navegacion y trato de las

(1) Idem. idem. *Robertson: Historia de América.* Tomo I. Prescott: *Historia de los Reyes Católicos.* Tomo IV, etc.

(2) Archivo general en Simancas: *Libros de la Cámara, desde 1506 á 1523,* núm. 12, fól. 90, etc.

(3) Navarrete: *Coleccion de Viajes.* Tomo III.

Indias. Entre los mas considerables se contaba el atraso científico en que se agitaba el vulgo de nuestros pilotos; pues aunque de inmemoriales tiempos existia en Cádiz un colegio destinado esclusivamente á su enseñanza, quizá porque el arte de la navegacion no llegó á ser de general interés para los españoles hasta el descubrimiento de las Indias, el número de sus alumnos no habia sido bastante en la crítica ocasion para dotar cuantos buques hubieron de entretenerse en aquella carrera.



De tan grave falta nació naturalmente la indispensable habilitacion de marineros mas ó menos prácticos para navegar en calidad de pilotos; pero como estos no poseyeran de la ciencia nociones bastantes para marcar con precision en sus diarios las derrotas que seguian, ni menos para situar con exactitud los inconvenientes que en sus viajes encontraban, por mas que á su pericia é inteligencia pudiera confiarse la direccion de un buque en tan dilatada travesía, no solo la ciencia hidrográfica adelantaba escasamente en beneficio de los navegantes sucesivos, sino que la mas ligera alteracion consignada en los rumbos era bastante para engañar, con fatales resultados, á otros menos peritos en el arte práctico de la marineria.

Para destruir tan peligrosas consecuencias, hubo de acordarse en el científico y especial congreso la creacion del título de *Piloto mayor* con residencia y cátedra abierta en la contratacion de Sevilla, á cuya casa deberian acudir en adelante, para ser examinados, cuantos pretendieran llevar á su cargo la conduccion de cualquier bastimento de los que para las Indias se despachaban. A cargo de dicho piloto mayor deberia estar en todos tiempos la revision de las cartas marítimas que hubieran de servir de guia á los sucesivos navegantes, así

como la correccion de todas las demás que se quisieran dar á la estampa, y el arreglo de los diarios de navegacion, que forzosamente se habian de escribir durante las travesías de ida y vuelta al Nuevo-Mundo, con obligacion de presentarlos á su regreso. Y como quiera que no era fácil, ni menos conveniente renunciar á la comunicacion con las colonias tras-atlánticas, en tanto durase la enseñanza de los nuevos pilotos, en la cédula real é instrucciones al piloto mayor, que al cabo no se espidieron hasta el año siguiente de 1508 á favor de Américo Vespucio, se consignaba el permiso de continuar ejerciendo aquel oficio á los mas hábiles de los prácticos que hasta entonces habian hecho la carrera de ida y vuelta á las Indias de Occidente (1).

Así ordenada con sólidos principios la base intelectual de las modernas navegaciones, tratóse inmediatamente por la junta la cuestion mas importante de la colonizacion de las nuevas tierras, puesto que las partes descubiertas eran en conjunto de tal estension, que difícilmente pudieran de otra manera verificarse. Puestos en órden los razonamientos, y aceptados por el monarca los mas dignos, se acordó primeramente poblar toda la parte de tierra firme que se estiende desde Paria al Occidente doblando el Norte hasta mayor latitud del golfo de Honduras; y siempre constantes en el propósito de encontrar un estrecho ó comunicacion con el mar de las Indias orientales, tambien se convinieron por su parte Pinzon y Solís en armar dos carabelas, con ánimo resuelto de correrse por el hemisferio del Sur lo bastante hasta encontrar el paso apetecido.

Por mas que el estado rentístico de la corona no estuviera muy sobrante para entrar en empresas que exigian cuantiosos gastos, la flotilla de aquellos dos marinos se aprontó con toda la rapidez que debia esperarse, por la alta reputacion que ambos gozaban en su oficio. Las dos carabelas convenidas estuvieron prontas con sus provisiones y aprestos, así como con sus correspondientes equipages, antes de terminarse la primera mitad del siguiente año de 1508; como que á los 29 de junio se dieron á la mar desde el puerto de San Lúcar, comandadas por los citados Pinzon y Solís, en calidad de capitanes, y dirigidas por Pedro de Ledesma, á quien se encomendó en un todo la responsabilidad del pilotage.

Desde las aguas de Andalucía avanzó la espedicion al S-O. lo bastante para tocar en las islas de Cabo Verde, que fueron otra vez reconocidas por aquellos aventureros; desde allí, despues de hacer aguada, cruzaron el cabo de San Agustin, y luego dilatándose al S. por la costa del Nuevo-Mundo, llegaron con asombro hasta los 40° del hemisferio austral, satisfechos de las mayores ideas que pudieron formarse de la inmensa estension de aquel continente, por mas que no lo estuvieran de su mas predilecto propósito, el de hallar un paso de comunicacion con las provincias del Oriente.

En diversas playas de aquella dilatada costa descendieron á tierra los capi-

(1) Archivo general de Simancas: *Real título de Piloto mayor con estensas facultades á favor de Vespucio.*

tanes con su escribano respectivo, para tomar posesion formal de las tierras descubiertas en nombre y por comision de la corona de Castilla. Quizá si la buena armonía con que se dieran al mar los hombres principales de aquella espedicion hubiese continuado, habria sido mayor la estancia de nuestras gentes en aquellas tierras; pero la desavenencia procuró introducir su maléfico influjo entre ambos caudillos, y la vuelta de la espedicion á los puertos de Castilla se resolvió, como el único medio de poner coto á las graves discordias que se estaban desarrollando entre los equipages de ambos bastimentos.

Cuando ya espiraba el mes de octubre del año 1509, arribaron, con efecto, á España sobre el puerto gaditano, y tanto por las informaciones judiciales, que en el tránsito se habian hecho entre ambos caudillos, cuanto por las que se continuaron en la Península despues de su arribo, resultando gran cantidad de cargos contra Solís, por lo correspondiente á las pasadas alteraciones, fué enviado preso á la cárcel de córte, mientras que á su compañero Pinzon se le ratificaban las concesiones que en 1505 obtuviera sobre la isla de San Juan de Puerto Rico (1).

Pero no fueron tales los resultados definitivos que fijaron la suerte futura de ambos capitanes; puesto que aclarada la sin razon que se cometia con el primero, al cabo se le puso en plena libertad, remunerándole con treinta y cuatro mil maravedís de merced por el tiempo de su prision y pleito (2), mas la plaza de piloto mayor que obtuvo por muerte de Vespucio al comenzarse el año de 1512 (3). Pinzon por su parte calculó que habian de surgir muy graves dificultades en la toma de posesion del gobierno que por dos veces se le habia señalado, puesto que á su regreso del Sur de América se habia verificado ya la colonizacion de la isla de Puerto Rico; y á su posesion y regimiento el conquistador tenia adquiridos indestructibles derechos. Con todo, si hemos de dar crédito á las sucesivas reclamaciones, parece como que en pró de su justicia el Vicente Yañez hubo de arribar y echar en aquella isla algunos ganados; y es notorio que por los años de 1516 existian á su favor cuatro cartas de merced, espedidas por SS. AA. en confirmacion del gobierno de la mencionada isla, las

(1) Herrera: *Décadas de Indias, libro VI, cap. 17.*—Navarrete: *Coleccion de Viajes, tomo III, seccion primera.*

(2) Muñoz (don Juan Bautista): *Estractos del Archivo general de Indias.*

(3) No se tiene noticia de la cédula principal del nombramiento, que sin duda debió espedirse inmediatamente de la muerte de Vespucio, ocurrida el dia 22 de febrero de 1512; pero en cambio tenemos á la vista otra de 28 dia marzo del propio año, por la cual del sueldo y gratificaciones de Solís, como piloto mayor, se consignan diez mil maravedís á favor de la viuda de dicho Vespucio. Con esto quedan tambien desvanecidas todas las dudas y controversias que han existido respecto á la verdadera fecha de la muerte de Vespucio, la cual consta en la segunda parte de una certificacion espedida por el señor don José de la Higuera y Lara, archivero que fué del de Indias en Sevilla, cuyo contenido es el siguiente.» En el propio cuaderno al fólio 64 está la partida que sigue: *Que pagó en 24 de Hebrero de 1512 años á Manuel Cataño, canónigo en la Santa Iglesia de esta ciudad de Sevilla, como albacea é testamentario de Amérigo Vespuche, piloto mayor de S. A., ya difunto, 10.937 mrs. é medio quel dicho Amérigo Vespuche hobo de haber del salario que de S. A. tenia en cada un año, desde 1.° dia del mes de enero de este dicho año, hasta 22 dias deste dicho mes de Hebrero que falleció el dicho Amérigo, á razon de 75,000 mrs. por año.* (Navarrete: *Coleccion de viajes, tomo III, documentos de Américo Vespucio).*

cuales poseia un Martin García de Salazar, á quien el Yañez Pinzon las habia cedido con todos sus derechos (1).

De todos modos, aquel viaje practicado en busca del paso á la Especería no dió otros resultados que las mencionadas disensiones y algunos conocimientos mas estensos á la geografía é hidrografía; pero como el principal acuerdo de la conferencia habia girado sobre la colonizacion de las tierras ya descubiertas, para asegurar con su conquista y posesion las que se fueran descubriendo en adelante, habremos de retroceder hasta el principio de la conquista de la isla de Puerto-Rico, que fué la primera que se sometió por las armas á la obediencia del gobernador general de la Española.

(1) Todo lo dicho consta en una cédula real enviada al consejo con fecha 26 de noviembre de 1516, para que se haga justicia al mencionado Martin García de Salazar, en cuanto le corresponde de derecho. (Archivo general de Simancas: *Libros generales de cédulas, núm. 12.*)



CAPITULO II.

Conquista y colonizacion de la isla de Puerto-Rico, á que nombraban *Boriquen* los naturales, y el primer almirante llamó de *San Juan*, en su segundo viaje.—Situacion de la isla, y primeras noticias que de su conveniencia y fertilidad se tuvieron en la Española.—El capitan Juan Ponce de Leon pasa á reconocerla.—Cordial recibimiento que los indígenas hacen á los españoles.—Abundantes muestras de oro deciden allí la colonizacion.—Vuélvese Ponce á la Española.—Diferencias que se promueven respecto á la gobernacion de San Juan, por la llegada de don Diego Colon á Santo Domingo.—Real confirmacion á favor de Ponce como gobernador de la mencionada isla.—Primeros pasos de su administracion.—Poblaciones de *Caparra*, *Sotomayor* y *San German*.—Ideas sobre el principio de particion de los indios, emitidas en España en un consejo de teólogos.—Ponce de Leon verifica en San Juan el repartimiento.—Fatales resultados de semejante medida.—Primera agresion de los indios contra españoles: incendio del pueblo de Sotomayor, y muerte del caballero de este nombre.—Puestos en armas los soldados de Ponce hacen guerra á los naturales.—Sométese la isla al dominio de España hasta nuestros dias.

La corta distancia de mar que separaba de la Española á la isla de Boriquen, á que el primer almirante habia dado nombre de San Juan, fué causa de que en su poblacion y colonizacion se pensase mas pronto que en la de otras de mayor importancia; porque comunicándose recíprocamente los habitantes indígenas de una y otra parte, bien que con el peligro consiguiente á la calidad de caníbales que á los de Boriquen era natural, hubo lugar de aprender en la Española, por repetidas nuevas, la fertilidad y hermoso clima de aquella, y mas que todo, la abundancia de oro que se cogia en sus rios y vertientes.

Las primeras noticias comunicadas á los españoles recibió el capitan Juan Ponce de Leon, el cual por haber asistido con honra en la guerra de la provincia de Higuey, que en la administracion de Ovando habia tenido comienzo y cabo, quedara por cabeza y lugarteniente del gobernador en la mencionada provincia. La situacion oriental que ocupa en la isla era, con efecto, la mas á

propósito y menos distante para tener nuevas de la que solia verse cuando los horizontes estaban claros, y aun llegó el caso de que al terminarse la guerra de Higuey, algunos de los indios sublevados tuviesen oportunidad y modo seguro de refugiarse á la dicha isla de Boriquen.

Cuando el citado lugarteniente se persuadió de las ventajas que á su hacienda y fama podia reportar el reconocimiento de la isla en cuestion, comunicó á Ovando, con las nuevas recibidas, los deseos de ir en persona á examinarla; y como semejante proposicion no solo se adaptaba al espíritu de la época, pero tambien á los deseos de ensanchar el poderío real de España que constaba en las mas recientes instrucciones, obtuvo Ponce de Leon, además del permiso pedido, los recursos necesarios para la manutencion de la empresa, y una carabela bastante capaz en que hacer la travesía.

El año de 1508 era ya bien entrado cuando Ponce de Leon, con autoridad bastante, se embarcó acompañado de algunos cien hombres españoles y varios indios de los que en la vecina isla habian estado: y como la travesía es harto moderada, puesto que á veinte leguas no llega, pocas horas bastaron despues de poner al Oriente la proa del buque, para que la espedicion sentase la planta en la tierra vírgen de la que hoy es Puerto-Rico.

Por mas que la fácil comunicacion de los naturales con los indios de la Española, y la hospitalidad concedida en San Juan á varios fugitivos de aquella, pudieran ser causa bastante para que no fueran nuestras gentes bien recibidas, los Boriquennos, que tal vez recordaban la escala hecha en su pais sin estrépito ni ruido por las gentes del primer almirante, sin embargo de su natural condicion, fiera y belicosa por la maldita raza de caribes á que pertenecian, no se mostraron esta vez contrarios, ni siquiera recelosos al desembarco de los espedicionarios. Antes bien, esmerándose en satisfacer los deseos de aquellos huéspedes, cuyas formas y vestiduras nunca de admirar acababan, mostráronse tan complacidos de su trato y arribo, que el principal caudillo de los indios, cuyo nombre era Agüeynabá, no solamente hospedó en su choza ó bohio al capitan de los españoles, dándole cuantos refrescos y provisiones á la mano tenia, pero tambien con las mayores muestras de alegría y consideracion, hubo de cambiar su nombre con el de Juan Ponce de Leon, y luego le acompañó por todos los confines y parages de la isla que mas se prestaban á la satisfaccion de nuestras gentes.

La hermosa vegetacion de la isla, sus frondosos valles y vistosas colinas y la abundancia de rios que la fertilizan, hubieran sido harto aliciente para que en ella arraigara su poder la corona de Castilla; fuera de que su situacion geográfica al Este de la Española y la comodidad de sus puertos mas principales la daban doble aprecio en el concepto de marineros y pilotos, por lo respectivo á la mayor seguridad de la comunicacion de las nuevas posesiones tras-atlánticas con el viejo continente.

Mas cuando todo lo dicho no bastara para que el capitan Ponce de Leon tu-

viese deseos de colonizar en la nueva tierra, cuyo gobernador seria segun la costumbre que introduciéndose estaba, el reconocimiento practicado en compañía del cacique Agüeynabá, ofreciendo á la investigacion y codicia de nuestras gentes los mas felices resultados, acabó de resolver el dominio de la isla.

En efecto: marchando desde la punta occidental, que era donde el citado cacique tenia su residencia, en la direccion del Norte, reconoció Juan Ponce toda la tierra cercana á la costa septentrional de aquella isla, y en ella encontró no solamente cómodo puerto para gran número de bageles (1) sino que tambien fué informado y certificado con muestras irrecusables, de dos rios entre cuyas arenas se arrastraban grandes porciones de oro. Llamábanles los naturales á uno rio Manatuabon y al otro Cebuco, y de ambos el capitan Ponce de Leon hizo sacar algunos granos del precioso metal, que si bien no deslumbraron los ojos de la codicia por el valor de sus quilates, pues no eran de lo fino, despertaron sin embargo los deseos de acaudalar crecidas cantidades, por la abundancia con que á la simple vista se mostraban y á las manos se ofrecian sin exigir grande trabajo (2).

Sucedia esto en sazon que la justicia del primer almirante, sustentada dignamente por su hijo D. Diego en la córte y ante los tribunales de España, acababa de triunfar de la política recelosa del Rey Católico en la cuestion de derecho, relativa al mando y gobierno de las tierras descubiertas en el nuevo hemisferio. Con tal motivo fué repuesto en la dignidad de almirante y gobernador, que no virey de las Indias, el ilustre vástago del genio de las investigaciones: y D. Diego Colon, con nuevas cartas y patentes bastantes, llegó á tomar mano de su cometido en la isla Española precisamente cuando Juan Ponce, bajo los mas pacíficos auspicios, estaba señoreando los ánimos de los indios de Boriquen, cuyo dominio y sujecion pretendia por las vías cordiales de la franca amistad, mas bien que por los precipitados consejos de la ciencia bélica, que era la mas privilegiada política de colonizacion entre el vulgo de los soldados españoles (3).

Cuando ya no quedaba que hacer en Boriquen otra cosa que los procedimientos concernientes á la organizacion de la isla, con arreglo á las formas y costumbres sancionadas por el sistema de conquista, el capitan que allí habia ido por cabeza de los españoles dispuso su regreso á Santo Domingo, para informar al gobernador general de cuanto en la nueva isla habia visto con prue-

(1) Cuando los españoles vieron por la primera vez el puerto de San Juan, en cuyas playas está hoy asentada la ciudad que es cabeza de toda la isla, se formaron de sus circunstancias una idea harto mas ventajosa de la que en justicia se merecen; pues si bien es verdad que la estension del puerto era grande en apariencia, queda, sin embargo, tan reducida tratándose de buques mayores, que sin grave error pudiera tomar el nombre de estrecho la que á primera vista parece una estensa bahía, cuya entrada exige contínuas enfilaciones y gran cuidado para no barar en los cantiles de que abunda con esceso.

(2) Oviedo: *Historia general y natural de las Indias; parte primera.*—Herrera: *Historia de las Indias occidentales: decada I.*

(3) Navarrete: *Coleccion de viajes*: tomo III.—Robertson: *Historia de América*: tomo I.

bas de su bondad y conveniencia. Al efecto refrescó su bastimento, y con una parte de los españoles que le habian acompañado, bien que dejando á los mas entre los indios y bajo la salvaguardia del cacique mas pacífico de San Juan, dió la vela con rumbo á la Española, donde sentó de nuevo la planta cuando otra vez la administracion de los Colones acababa de establecerse.

Las nuevas que de la isla de San Juan se habian tenido en España antes de la partida de D. Diego á Santo Domingo, despertaron las ambiciones, siempre exigentes, de parciales y favoritos; y por estas, antes de conocer bien á fondo la importancia de la dicha isla, sino era por las anteriores negociaciones y asientos hechos con Vicente Yañez Pinzon y por los informes del primer almirante, el rey hubo de conceder licencia para ir á poblar en ella á un don Cristóbal de Sotomayor, hijo de la condesa de Camiñá, y el nuevo almirante estendió sus poderes hasta conceder aquel gobierno á un caballero llamado Juan Seron, que era natural de Ecija.

Por mas que semejante acuerdo lastimara gravemente los derechos adquiridos ya por el capitan Ponce, todavía haciéndose cargo de los poderes que á D. Diego Colon autorizaban, se sometió tranquilo al superior mandato en tal disposicion, que ni reparo tuvo en ir á avecindarse en la propia isla de San Juan sujeto al nuevo gobierno. Pero Ovando, así que llegó á España, no se descuidó en esponer el agravio que se habia hecho á las bellas circunstancias de su antiguo lugarteniente; y aunque ya habia comenzado á funcionar la nueva autoridad de Seron, con arreglo á las instrucciones del almirante D. Diego, una provision del Rey Católico repuso nuevamente al capitan Ponce de Leon en el gobierno de la isla de Boriquen, con prohibicion absoluta de que otro alguno pudiera contrariar su soberana voluntad, aunque por el gobernador general de la Española estuviese nombrado.

Cuando recibió la real patente el capitan Juan Ponce no se descuidó en hacerse reconocer de nuevo como gefe superior del establecimiento; y para que los resentimientos y rivalidades no atrajesen sobre los españoles los efectos de las civiles discordias, con que tanto se perjudicaba el sistema de colonizacion en otras partes, fué una de sus primeras medidas de buen gobierno, por lo que los hechos administrativos le autorizaban sin duda, enviar á España, bajo custodia á su antecesor Seron y al alguacil mayor de la isla Miguel Diaz, gran parcial de aquel, con cuya medida la autoridad de Ponce no hay duda que se habia robustecido tanto como era conveniente para dar impulso á la colonizacion cuyos cimientos se estaban echando.

Tales fueron los preliminares de la dominacion española en la preciosa antilla de Puerto-Rico; los cuales despojados de los afectos personales que en sus principios pudieran fácilmente haber provocado los conflictos que en otras partes se verificaban, no hay duda que fueron tan pacíficos y halagüeños como convenian á la mas pronta cultura y mejor prosperidad de la isla. Pero el sistema de colonizacion ventilado y discutido en España por entendidas cor-

poraciones, no pudo descartarse de los vicios consiguientes á la época y á las instituciones existentes. Los reyes, en particular doña Isabel, habian condenado en repetidas cédulas la práctica inhumana de la esclavitud y repartimiento de los indios: el mismo D. Fernando, cuyo natural mas propenso á la ambicion disentia en ocasiones de las suaves tendencias de su consorte, habia sustentado los mismos principios en favor de aquellas razas, y los cargos mas fuertes que á los sucesivos gobernadores se habian hecho, giráran siempre en el terreno de la humanidad sobre el mal tratamiento que durante cada administracion se habia dado á los indígenas de las nuevas posesiones.

Pero en contra de todos los argumentos de buena moral y equitativa justicia con que hasta allí se estuvieran entreteniendo las mas rectas teorías, acudió la esperiencia, maestra de la vida, á poner de manifiesto la habitual pereza de aquellas razas, cuyas necesidades estaban reducidas al diario alimento, flojo y parco cuanto era consiguiente á una vida muelle y reposada: y como para beneficiar las minas de oro, cuya esplotacion y provecho era el sosten de nuestro dominio en el nuevo hemisferio, no hubiera bastado la mayor parte de nuestra poblacion trasladada á aquellas regiones, ó era forzoso abandonar por humanidad tanta riqueza que á España ofrecia un manantial de prosperidades, y al comercio del mundo y á la civilizacion infinitas ventajas, ó de lo contrario, y esto era lo mas lógico, atender al trabajo de las minas con los brazos útiles del pais, subordinados á la inteligencia de sus dominadores.

Para armonizar con el temor de Dios semejante principio de universal conveniencia, hubo de tratarse el negocio hasta por las leyes de la teología, poniendo á cuestion la idea mas importante de si eran ó no razas humanas aque-



llas que motivaban semejantes conferencias, y si á su existencia habia el

Criador unido el alma inmortal con que el hombre se distingue de los demás seres vivientes. Por absurda que parezca en nuestros tiempos la proposicion, es evidente que estaba fundada en un gran principio de disciplina, subordinado á las sagradas historias; porque, no conociéndose á la sazon las verdades mas importantes de las ciencias naturales, ni estando aun regidas por descubrimientos bastantes las condiciones locales del globo terráqueo, dudábase, con grandes visos de justicia, de la unidad de la especie, teniendo en cuenta la primitiva reparticion del mundo, despues de la confusion de Babel, y la mencion que de sus partes se hace en las sagradas escrituras.

Como era de esperar, en semejantes conferencias prevaleció siempre la razon, iluminada por superior espíritu: pero aunque la sana filosofía acogió la idea salvadora de la inmortalidad del alma que animaba á cada uno de los indios, no pudo menos de girar sobre las bases del esclusivismo religioso que entonces imperaba: y tomando pretesto de la conversion de aquellas razas al catolicismo, no solamente confirmó el pensamiento, siempre justo, de subordinarlas al trabajo impuesto por Dios á la especie tras del pecado original, sino que tambien autorizó el repartimiento de los indios entre los colonos españoles, como único sistema capaz de acostumbrarlos al trabajo.

Indudablemente el acuerdo fué de infinita inconveniencia bien que de muy escasa justicia, pues por él se descentralizaba la accion del gobierno protector y equitativo, cuando mas necesario era á aquellos infelices, y á los parciales sentimientos de dureza ó de liberalidad, segun la educacion ó los instintos de cada colono, se sujetaba su existencia. Quizá se pensó que en el interes de los propietarios entraba por mucho el buen trato de los indios, porque á la conservacion de ellos iban unidos los mayores productos del trabajo. Pero en tal caso se olvidaron completamente en la córte y en las conferencias las leyes de la avaricia, suponiendo que el afan de atesorar en poco tiempo no habia de sobreponerse á las ventajas de una renta capaz y permanente.

Como quiera que sea, al partir el segundo almirante desde la Península para tomar posesion de su cargo, llevó del Rey Católico la órden de proceder á los repartimientos, con arreglo á la calidad y categoría de sus subordinados (1); pero al mismo tiempo le fueron comunicadas muy rígidas instrucciones, relativas á la humanidad con que deberian ser tratados é instruidos los indios por todos aquellos á quienes cupiesen en depósito, como por *naborias* ó criados, que no esclavos: y á fin de que en los trabajos no se les hostigase para cubrir con creces los impuestos de las rentas reales, fueron estas rebajadas muy notablemente por el rey en lo tocante al primer año (2).

(1) «A los oficiales y alcaides proveidos por el rey, cien indios á cada uno; al caballero que llevase su muger, ochenta; al escudero casado, sesenta; al labrador casado, treinta; y que si hecho el repartimiento sobrasen indios se repartiesen á prorata, y si faltasen, se quitasen de la misma manera.» (Herrera: *Historia de las Indias Occidentales*. Década I, libro VII).

(2) «Mandó el rey al almirante que tuviese mucha cuenta con la doctrina de los indios, poniendo en cada pueblo un sacerdote que entendiese en ello, y no consintiese que hiciesen sus idolatrías y ritos, sino que viviesen

A pesar de semejantes alivios, es la verdad que en el fondo se alteraban completamente las condiciones vitales de los indios, los cuales, cualesquiera que fuesen los efectos de una civilizacion basada en el trabajo, no podian menos de lamentar la dura suerte á que estaban reducidos por la voluntad de los españoles, y en seguida pensar en los medios mas fáciles de sustraerse á la vida social que se les estaba imponiendo.

En efecto: ya por el espíritu de la colonizacion, y mas naturalmente por los hábitos regulares de las gentes de la Península, el capitan Juan Ponce de Leon habia dado comienzo á la fábrica de una villa, con algunas casas de piedra, á corta distancia del puerto grande de que se ha hecho mencion en anteriores páginas, sobre la costa del Norte, á la cual villa dió por nombre *Caparra;* pero aunque el arte de fabricar no podia ser á los indios muy conocido, puesto que sus bohios escasamente tenian semejanza alguna con las casas de tapias de los españoles, por aquella ocupacion comenzaron los indios á sentir todo el peso de la esclavitud, que gradualmente se acrecentó, á manera que la idea de las comodidades europeas se fué desenvolviendo en los deseos de nuestras gentes, y quizá en la misma faena vieron facilitarse á sus malos instintos la consumacion del vituperable delito que estaban proyectando.

Era ya mediado el año de 1510 cuando los españoles se dieron á fabricar una segunda poblacion, llamada primero *Sotomayor*, y despues *San German*, sobre la misma costa del Norte: y ya certificado, al parecer, de su seguridad, y confirmado en el asiento conveniente de su residencia, hubo de ordenar Ponce de Leon el repartimiento de los indios en la forma y manera que estaba mandado por las mas recientes instrucciones del rey don Fernando.

Semejante medida, por mas que se tratára de gentes de tan escaso raciocinio, difícilmente pudiera acometerse sin notable riesgo de contradiccion por parte de los indios, en particular cuando la autoridad de señores que prodigaba á los particulares españoles habia de ir acompañada de las mas intolerables exigencias. Así fué que, si hemos de creer lo que en este particular refieren los primitivos historiadores, desde el instante de la reparticion, y sin esperar á sus efectos, se convino por los indígenas de la isla la total destruccion de sus dominadores, aprovechando las ocasiones en que estos se entretuviesen dispersos en el beneficio de las minas y en otras grangerías y tratos, agenos de todo recelo (1). Quizá no sucedió la agresion por parte de los indios antes de enten-

como cristianos, lo cual se procurase de ir introduciendo poco á poco con mucha maña sin escandalizarlos. Que pusiese cuidado en que fuesen bien tratados, sin que nadie les hiciese ningun agravio, y se mirase en que sus caciques no los molestasen. Que se hiciese diligencia para que viviesen en poblaciones, y cada uno tuviese aparte su muger, hijos, casa y heredad, y tuviesen sus concejos, con sus regidores y oficiales, los cuales pusiesen los mismos caciques, y que los concejos tuviesen sus propios, y los caciques la jurisdiccion, para reducirlos á buen gobierno y policía.... Y que se tratasen los indios que andaban en las minas con moderado trabajo: y porque se entendia que morian muchos de los indios, mandó el rey que el primer año no pagasen mas de *medio castellano* de tributo, porque tanto menos sus dueños los trabajasen.» (Herrera: *Historia de las Indias Occidentales*. Década I, libro VII, cap. VIII).

(1) Oviedo en su *Historia natural y general de las Indias*, y mas particularmente Herrera en sus *Décadas* suponen que desde el punto de la reparticion, y por lo tanto, antes de sentir los efectos del trabajo, se concerta-

der los efectos del trabajo que se les imponia; pero es lo cierto que en nada pensaban los españoles menos que en semejante novedad, cuando unidos en poderosa hueste hasta cuatro mil de aquellos naturales, ayudados de la autoridad de sus caciques, acometieron á los vecinos del pueblo de San German en una terrible noche, y dieron por las vías de las armas á nuestras gentes sangriento aviso de lo que en lo sucesivo deberian recelarse.

A la primera acometida de los indios sucumbieron españoles muy cerca de cien hombres, contándose entre las víctimas al caballero D. Cristobal de Sotomayor y no pocos de su comitiva: porque no á las armas apelaron únicamente los indígenas para deshacerse de sus huéspedes, sino que tambien con teas incendiarias pusieron fuego al pueblo de San German, donde se consumió cuanto pertenecia á los acometidos españoles. De estos muy pocos lograron retirarse á la villa de Caparra, donde residia Juan Ponce de Leon con otro centenar de castellanos; los cuales, tomando acta de la ofensa, y poniéndose en armas contra los isleños, acometieron la empresa de la conquista por los derechos de la guerra.

La que tuvo lugar durante algun tiempo fué sangrienta, como requeria en aquellos tiempos de escasa humanidad el agravio inferido á nuestras armas. No hubo recurso de estas que no se activara en contra de las huestes agresoras para someterlas á las leyes de la dominacion forzosa, ya que en el terreno de la buena amistad la habian rechazado, y de aquí nacieron nuevos cargos y terribles acusaciones contra la nacion española, porque en forzosa, pero buena lid, hubo de reparar la muerte de sus ilustres hijos (1).

ron entre sí los indios en que cada cacique tuviese cargo, por cierto tiempo, de matar los castellanos que pudiese haber en su comarca. Esta especie de contra-repartimiento no la creo natural, así organizada, teniendo en cuenta la escasa razon de aquellos indios para concertarse: si bien no hay duda ninguna de que por un instinto natural se alzaron espontáneamente y á la vez contra sus dominadores, los cuales por atender á la propia defensa, dieron en poco tiempo buena cuenta de aquellos desdichados.

(1) No me parece conveniente en este lugar ocuparme de todos los escritores estranjeros que mas ó menos directa, pero siempre maliciosamente, se ocupan del establecimiento de los españoles en el otro hemisferio, pintándolo con los mas negros colores de desolacion y esterminio. Tan solo por la autoridad de que goza su autor, y por el esclusivo objeto del libro, me haré cargo de lo que dice el ilustre William Robertson tratando de la conquista de San Juan en el libro III. «Puerto-Rico fué sometido al gobierno español en pocos años: sus naturales reducidos á la esclavitud, fueron tratados con el mismo rigor imprudente que los de la Española, y la raza de los primeros habitantes, consumida por los sufrimientos y fatigas, desapareció enteramente.» Semejante modo de manejar la historia no me parece digno del acreditado escritor que lo usa, tanto menos cuanto que las fuentes que cita en apoyo de su aserto, dan otro giro á la cuestion muy distinto del que toma en la pluma del doctor Robertson. En Herrera, por ejemplo, de que se hace cargo, ya que no en Oviedo, hubiera encontrado hartos justificantes de la conducta española en San Juan de Puerto-Rico, todos ellos conformes con la relacion del presente capítulo; y es necesario advertir que el dicho cronista Antonio de Herrera tuvo para la confeccion de sus decadas, no solamente cuantas obras hasta su tiempo se habian escrito en pro y en contra de la administracion española en el Nuevo Mundo, pero tambien los documentos originales que en nuestros dias han servido al sábio Navarrete para dar á la estampa su apreciable *Coleccion de Viajes*. Por lo que hace á la completa estincion de la primitiva raza en las posesiones españolas, no anduvo muy acertado el célebre autor de la *Historia de Cárlos V:* puesto que algunos años despues de su muerte, ocurrida en el de 1793, cuando el famoso baron de Humbotd dió á luz sus observaciones hechas en el Nuevo Mundo, todavía, como hoy sucede, existian en las islas, lo mismo que en el continente, grandes porciones de *indígenas*, denominacion aplicable nada mas que á los primitivos habitantes de un pais cualquiera. Por lo demas, no hubiera sobrado en el libro III de la *Historia de América*, al hacerse cargo su autor del *imprudente rigor* con que fueron tratados los naturales de Puerto-Rico, alguna ligera indicacion de las causas que convirtieron á nuestras gentes, de amigos leales que eran, en sangrientos enemigos. Entonces no se hubiera

Para bien de la humanidad, los sucesos de la guerra, aunque varios, no se manifestaron dudosos: y así fué que el gobernador de San Juan no tardó en someter á la fuerza de su autoridad las diferentes tríbus de aquellos salvages, estinguiendo para siempre sus instintos caribes, y dando á la corona de España, á trueque de la sangre vertida, una de las mas bellas posesiones que todavía poseemos en el Nuevo-Mundo.

condenado por el juicio público el imprudente rigor de los españoles contra aquellos que en buena paz los acometieron traidoramente, cuando mas descuidaban en la recíproca armonía de indígenas y colonos, dando á las llamas el pueblo de su residencia y á la parca ochenta y cinco víctimas de leales españoles.





CAPITULO III.

Principio de la colonizacion en la Tierra firme.—Ojeda y Nicuesa capitulan con el rey D. Fernando, y se reparten una gran porcion de la costa descubierta por el primer almirante.—Espedicion de Juan de Esquivel á la isla Jamáica contra las concesiones de los anteriores.—Arribo de Ojeda al continente; primeros pasos de su administracion, y desastrosos resultados: muerte de Juan de la Cosa.—Arribo de Nicuesa y socorros que presta á Ojeda.—Sangriento combate de *Turbaco*.—Sepáranse de nuevo Ojeda y Nicuesa.—Las gentes del primero en el golfo de Darien fundan la villa y fortaleza de *San Sebastian*.—Nuevas agresiones de los indios.—Celada contra Ojeda, de que cae herido.—Va á Santo Domingo por refuerzos.—Sus trabajos.—Su muerte.—Desdichada espedicion de Nicuesa por la costa de Veragua.—Naufragios y peligros.—Ensayo de nueva poblacion.—Abandónase esta y se reunen los españoles de Castilla del Oro en el golfo de Darien con los de Nueva Andalucía.—Vasco Nuñez de Balboa.—Su ascenso al gobierno del Darien.—Rechaza las justas pretensiones de Nicuesa.—Embárcase este para la Española.—Desgraciado viaje: su muerte.—Carácter de Vasco Nuñez.—Cargos y descargos de su conducta relativa á la legaligad de su administracion.—Indicaciones acerca de los resultados que de ella se obtuvieron.

Al mismo tiempo que se estaba verificando la conquista y colonizacion de la isla de Puerto-Rico tuvo lugar el proyecto de echar los cimientos mas firmes en los dominios del Nuevo-Continente, por medio de las capitulaciones acordadas entre la corona por una parte, y por otra Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda.

Por consecuencia de las que se pactaron firmándose á los 8 dias del mes de agosto y año de 1508, hubo de tocar al primero de ambos contratadores el gobierno de toda la parte de Tierra firme comprendida desde el *cabo de Gracias á Dios*, mirando al Sur y luego al Levante, hasta la mitad del golfo de Uraba ó Darien, cuya tierra se habia de llamar en adelante la *Nueva Andalucía*; y al segundo cupo todo el pais restante, siguiendo la propia costa en la direccion del S.-E. hasta el *cabo de la Vela*, teniendo encargo de llamar de órden del rey á la citada porcion *Castilla del Oro.*

Por mas que altas razones de importancia y equitativos principios de administracion justificáran el acuerdo real, por lo que se oponia el buen sentido á la idea de que á una sola persona pudiera encomendarse la gobernacion ge-

neral de tantos y tan distantes territorios, el nuevo almirante no pudo ver con indiferencia que así se adjudicasen á ambiciosos y aventureros los paises en que su padre tanta gloria como trabajos habia alcanzado. En especial le dolia que así dispusiese la corona de la tierra de Veragua, comprendida en la demarcacion de Diego de Nicuesa, lo mismo que de la isla Jamáica cedida á los dos capitanes, y de estos acordada á Nicuesa por la mayor proximidad á las tierras de su gobierno.

Por semejante causa, y porque á los espedicionarios no se permitió completar en España sus respectivos armamentos, y sí unicamente en la isla Española, no fué difícil á D. Diego Colon interrumpir la salida de los bastimentos el tiempo necesario para disponer á su voluntad una nueva espedicion, de donde tuvo orígen la mas pronta colonizacion de la Jamáica.

En efecto: prevenian á Nicuesa y Ojeda las concesiones reales que desde Castilla únicamente cada uno pudiese llevar doscientos hombres, pero seiscientos desde la Española, en la cual precisamente habian de fletar los bastimentos que necesitaran para el pasage. Con esto el almirante echó sobre su responsabilidad la detencion de la empresa, mientras que, tratando con Juan de Esquivel, aparejó hasta setenta hombres de guerra, los cuales partieron de Santo Domingo para la Jamáica en los postreros dias de noviembre del año 1509.

Así que los españoles sentaron la planta en la mencionada isla, comenzaron á levantar poblacion cercana al mismo puerto donde Colon se habia entretetenido con sus náufragos bageles. Los indios, al entender el estado á que sus nuevos huéspedes trataban de reducirlos, se huyeron por las escabrosidades de la isla; pero á los españoles no costó gran trabajo reducirlos á su obediencia tras de muy corta campaña, porque aun aquellos no habian olvidado la idea de la divinidad que concibieran cuando el primer almirante, forzado por la mas crítica situacion, la inventára en un eclipse.

Conseguido por Esquivel el resultado conveniente, no se descuidó en proveer lo necesario al repartimiento de los indios. A las nuevas de lo ejecutado no tardaron en apercibirse familias enteras para ir á colonizar aquella nueva porcion de la conquista tras-atlántica; y aunque en la isla Jamáica no se hallaron, como en las otras, grandes criaderos de oro, por la bondad de su tierra y la industria de los naturales se benefició tanto, que fué de las mas ricas de aquellas posesiones, y de las mas útiles para proveer al comercio de hamacas, camisas, velámen y todo género de telas de algodon, del cual allí se cogia sobrada cosecha.

Tal fué el medio por donde á la autoridad de Nicuesa se despojó de aquella isla, cuando tan claros estaban sus derechos á la colonizacion y gobierno de ella, por los que el rey don Fernando le habia otorgado antes de que la espedicion saliera de Castilla. Quizá no faltarian al aventurero hartos deseos de reparar sus intereses por medio de algun desafuero parecido, contra la jurisdiccion del jóven almirante; al menos Ojeda, cuando supo en la Española

que Juan de Esquivel se apercibia para ir á Jamáica, le amenazó de muerte; pero lo cierto es que la conquista se verificó en los términos referidos, sin que las otras partes interesadas, y al parecer ofendidas, tuvieran jamás ocasion de retribuirse, por lo que les sucedió en adelante.

En efecto; tras de infinitos inconvenientes, amontonados por el gobernador general de la Española contra la salida de Ojeda y Nicuesa, lograron ambos al cabo organizar sus espediciones respectivas, saliendo á la mar el primero el dia 10 de noviembre, con dos naves y dos bergantines en que llevaba trescientos hombres de desembarco, y el segundo el dia 22 con cinco buques mayores, otros dos bergantines y hasta el respetable número de setecientos hombres y seis caballos, todos en el mejor estado de armamento y equipo, como quien á la levantada empresa se dirigia de someter á su dominio nada menos que un nuevo y dilatadísimo continente.

Tras de cinco dias de navegacion desde el puerto de Santo Domingo arribó la espedicion de Ojeda al puerto que denominó de Cartagena, situado en 71° de longitud al Occidente de Cádiz, y en 10° de latitud Norte sobre la costa septentrional de aquella parte de la tierra-firme, que está frontera por el Sur al cabo Tiburon de la isla Española. Hubieran sido los primeros acuerdos del célebre caudillo español descender á tierra con pacíficas intenciones, y de ello hubo de tratar con los naturales, por conducto de los intérpretes, tambien indios, que á su lado llevaba; pero las gentes de aquellas partes estaban harto ensoberbecidas con el buen resultado de su pasada resistencia, y con voces y fieras amenazas persuadieron á los españoles de que su dominio en el nuevo continente no echaria raices estables, mientras no se regára con torrentes de sangre.

El carácter belicoso de Alonso de Ojeda no era muy á propósito para tolerar injurias y contradicciones, cuando tan á la mano tenia, para hacerse entender á su voluntad, los poderosos argumentos de las armas; pero todavía quiso esta vez tributar el mayor respeto á las órdenes reales, que impedian las vias de hecho hasta apurar todos los recursos conciliatorios, y solo despues de ver menospreciado y ofendido el requerimiento formal de sumision que hizo á los indios por sí y á nombre de la corona de Castilla, fué cuando resolvió poner en tierra sus gentes de guerra para pelear con aquellos rebeldes, no sin tomar aun formal testimonio por ante escribano y testigos bastantes de que á tal determinacion se veia obligado sin posible remedio.

Hubiéralo tenido, sin embargo, el famoso capitan, á guiarse por los consejos que le dió su amigo Juan de la Cosa, el cual iba allí por piloto de la espedicion. Decia á Ojeda, que pues la esperiencia en anteriores viajes habia demostrado ser mas fáciles al trato los indios del golfo de Urabá, de allí no distante, mejor seria enderezar los bajeles y empezar por allí la conquista, antes de arriesgarse á un combate con gente fiera y obstinada, cuyas armas llevaban ponzoña; pero Ojeda, que nunca ante el peligro habia dudado en acometerlo,

resolvió definitivamente ponerse en tierra con cien hombres durante las sombras de la noche, y dar sobre los indios impetuoso, para hacerles sentir en la primera acometida todo el poder de las armas castellanas.

Hízose con efecto, el desembarco, yendo por capitanes ambos amigos, Ojeda y Cosa, y antes de amanecer cayeron nuestras gentes sobre un pueblo inmediato llamado Calamar, donde hicieron en los indios una cruel carnicería. Algunos trataron de salvarse reunidos, defendiendo la entrada de cierta casa en que estaban refugiados; pero tan pronto como una de sus saetas envenenadas puso fin á la vida de uno de los soldados de Ojeda, este terminó la lucha precipitándose contra aquellos desventurados, los cuales se vieron devorados por las llamas á que fué entregada en el momento su débil fortaleza.



A vista de la sangre derramada y de los estragos causados por el fuego, el carácter de Ojeda, fiero por educacion y vengativo por instinto, no pudo ya contentarse con lo hecho para comenzar la conquista de aquel territorio. Indudablemente, si á la prudencia se hubieran subordinado los procederes inmediatos, el terrible asalto de Calamar hubiera puesto término á la pelea hasta que se verificasen nuevas provocaciones: quizá los indios en tal caso acometidos del pánico terror que necesariamente habia de inspirarles el suceso, se hubieran guardado de provocar otra vez las iras de los españoles: y entonces la civilizacion del continente tendria mas suaves fundamentos que los que se echaron en lo sucesivo; pero Ojeda, sino era muy susceptible á los consejos de la razon, tampoco se sometia á los deberes de la prudencia, y por lo tanto,

ardiendo en ira y queriendo, nuevo Calígula, estinguir de un solo golpe toda la raza de sus contrarios, se adelantó por la tierra adentro, llevando á sangre y fuego cuanto encontraba, hasta llegar á otro pueblo llamado *Turbaco*, cuatro leguas distante de la costa, en el cual dió á sus gentes el conveniente descanso, con ánimo de regresar á los bageles cargado de despojos y mas de sesenta cautivos, de los que pensaba beneficiarse, vendiéndolos en las posesiones ya cultivadas por españoles.

El cansancio de la lucha, la comodidad del pueblo y la huida total de sus vecinos, ó tal vez la ciega confianza que inspira un reciente triunfo, todas fueron causas bastantes para que las gentes de Ojeda, y aun los mismos caudillos se derramáran indiscretos por la tierra, dando recreo á la vista y descanso al cuerpo, sin guardia ni union que los reservase contra un inesperado percance. Pero los indios, que entre tanto no dormian, al ver el abandono de sus perseguidores, revolvieron contra ellos con admirable cautela, y teniendo ocasion de acometerlos parcialmente, se desquitaron del pasado agravio tan completamente, que únicamente á Ojeda por su agilidad é intrepidez, y á otro soldado de los criados de Juan de la Cosa fué dado huir de la general matanza. Todos perecieron asaeteados cruelmente, incluso el famoso piloto compañero de Ojeda, mientras este, huyendo despavorido por barrancos y malezas, logró alcanzar la costa, donde ya los bateles de sus buques, convenientemente armados y tripulados, lo buscaban con la mayor impaciencia, recelosos de la catástrofe que habia sucedido.

Difícilmente otra mas crítica situacion pudiera crear la desdicha para amargar la existencia del valeroso Ojeda. El que en la córte de los Reyes Católicos habia provocado con honra y buena dicha mil ruidosos desafíos; aquel que en mas de un encuentro habia hecho temblar á sus adversarios, con la destreza de su cuerpo y el esfuerzo de su brazo, pudiendo vanagloriarse de que nunca gota de sangre, por enemigo golpe, habia de sí vertido, ahora en irregular combate derrotadas y muertas sus gentes, perdidos sus amigos, fugitivo por malos terrenos y acribillado de saetas en su armadura y rodela, con mas de trescientas señales, estaba siendo socorrido por algunos marineros, que ni podian retribuirle de la considerable pérdida sufrida, ni darle militar ayuda para vengar poderosamente la sangre derramada de sus infelices compañeros.

Pero quiso de repente la fortuna mudar la decoracion de su desdicha en tan mísero espectáculo, cuando al verificarse con lástima de todos, una barca llegó donde Ojeda estaba, á anunciar el próximo arribo de Nicuesa al puerto de Cartagena. Semejante novedad, que mas parecia providencial socorro, llenó de ánimo todos los corazones afligidos, bien que no dejase de inspirar á Ojeda nuevos recelos, por algunas diferencias que con Nicuesa habia tenido en la isla Española. Pero el nuevo caballero tenia dadas hartas pruebas de su nobleza, para que sin grande injusticia pudiera dudarse de los honrados senti-

mientos que le animaban, y esta vez los certificó, recibiendo con los brazos abiertos y el corazon enternecido á su desdichado compañero.

Así que dió fondo en el puerto de Cartagena la mas poderosa armada de aquella empresa, y su caudillo se hubo enterado del suceso de Turbaco y de la muerte lastimosa de los soldados de Ojeda, apercibió en buena ordenanza puestos en tierra hasta cuatrocientos hombres y los caballos que llevaba, y con ellos, en compañía del mismo Ojeda, marchó camino del pueblo que habia sido teatro de la reciente catástrofe. En el terreno de la pelea, llorando sobre los despojos de tantas víctimas, la nueva espedicion hubo de hallar el cadáver de Juan de la Cosa, hecho un herizo de saetas y tan hinchado por el veneno de estas, que difícilmente pudo reconocerse. Estaba atado á un árbol, y de modo que sin duda habia sido muerto despues de rendido, en cuya seguridad, encendiéndose los deseos de vengar tamaño ultraje, Ojeda y Nicuesa apresuraron su llegada al pueblo de Turbaco, cuyos naturales reposaban en la seguridad de haber estinguido á toda la raza de sus invasores.

La vista de los indios tras del espectáculo de sus víctimas, llenó de fiereza á los soldados españoles, de suerte que, dada la señal de acometer, todos los ímpetus de la ira fueron escasos para satisfacer sus deseos de venganza. Ni las tropas de enemigos que huian, ni los pelotones que en las cabañas esperaban con imponente aspecto la acometida de sus contrarios, ni siquiera los ancianos y niños lo mismo que las mugeres, pudieron librarse del ímpetu feroz de los soldados españoles. Donde los peones no podian llegar por el peso de sus armas, lograban los caballos detener á los fugitivos; y allí el acero y los arcabuces segaban airados cuanto en pié podia sostenerse. Si la ponzoña de las flechas disparadas desde cubierto refugio, amenazaba la vida de los que pretendieran asaltar aquellos débiles reductos, las teas incendiarias se encargaban de abrir nuevos flancos á nuestros ballesteros, ó las llamas, consumiendo á la vez bohios y hombres, ponian fin á la soñada defensa.

En fin, nada contuvo el ardor bélico de aquellas gentes profundamente lastimadas con el suceso anterior, y por lo mismo, toda la fiereza desplegada en aquella terrible acometida, obtuvo la mas completa sancion de los que entonces la entendieron, y tuvieron cuenta con los derechos de la religion, de las leyes sangrientas de la guerra: sin duda alguna, en nuestros tiempos la mas sana filosofía condenará el suceso por el encarnizamiento de los españoles en la matanza de sus enemigos; pero cuando la razon se acerca á la época y recuerda la guerra perpétua de nueve siglos, alimentada en la Península por el fanatismo de un principio religioso, que era el entusiasmo político de entonces; cuando se considera que los ministros de Dios, lo mismo que los seglares, vestian la cota de malla y empuñaban las armas para derramar la sangre del género humano, porque á los ojos del verdadero Dios mayor mérito tenian los que mas infieles mataban; de obcecados espíritus ó de parcial emulacion fuera condenar el terrible encono con que á la par se castigaban por los soldados

de Nicuesa la muerte de sus hermanos y la infidelidad de aquellos idólatras ó descreyentes.

Despues de la batalla, recogidas las haces y vueltos á los buques, resolvieron ambos gobernadores abandonar aquel desdichado distrito para ir á buscar mas hospitalario acomodo cada uno en los límites de su respectivo gobierno. Ojeda, con su gente tan mermada, se acordó entonces del consejo de su difunto amigo y célebre piloto Juan de la Cosa, por lo que dándose al mar con rumbo al S.-O. penetró dentro del golfo de Darien en demanda de su rio que no pudo encontrar tras investigaciones esquisitas. Al desembarcar de nuevo en la tierra-firme, iguales síntomas de bélico aparato hubo de entender de parte de los naturales, pero levantarse otra vez de allí por semejante causa hubiera equivalido á una renuncia tácita de la colonizacion proyectada, y el pasado escarmiento no era bastante poderoso en el ánimo de Ojeda para aconsejarle semejante cobardía.

Desembarcados pues, con las gentes, todos los útiles necesarios á la vida y al trabajo, sobre unos cerros que dominaban el territorio inmediato y protegian el puerto, dió trazas el famoso capitan para levantar una poblacion española con casas de paja y una fortaleza de muy gruesos tablones; y cuando esto se hubo verificado, para entrar de lleno en el trato indispensable con los indígenas y en la esploracion de la tierra, á fin de subordinarla á la corona de Castilla, Ojeda puso en armas á los mas útiles y arrojados de sus compañeros, con los cuales, no sin dejar en la fortaleza y pueblo que llamó de *San Sebastian*, guarnicion competente, quiso adelantarse hácia el interior del pais, donde nuevos percances le estaban reservados.

Con efecto, salidos los españoles en buena ordenanza por las mas cómodas y despejadas vias que pudieran conducirlos, tardaron poco en verse acometidos por una muchedumbre de indios que llenaba con sus flechas el espacio; algunas de estas con sútiles envenenadas puntas privaron de la vida á varios de nuestros soldados; y aunque los arcabuces no dejaron de hacer terrible efecto entre aquellas gentes belicosas, todavía los españoles tuvieron que renunciar por entonces á la esploracion del pais, retirándose á la fortaleza donde mayores trabajos les aguardaban.

Los indios, siempre constantes en su instintiva independencia, y cada dia mejorados por mayor número, avanzaron siempre estrechando el lugar de los españoles, y estos por su parte, reducidos á sus propios recursos, con harta escasez de provisiones y sin ánimos para desprenderse de la gente indispensable para tripular un buque, á fin de pedir socorros á la isla Española, diariamente se veian precisados á hacer salidas y rebatos por las cercanías, ni mas ni menos que como se verificaba en la Península durante las guerras contra moros, teniendo que sostener á veces muy peligrosos combates para adquirir algunas yerbas y otros frutos del pais, que no siempre dejaban de producir la muerte á los que con ellas se alimentaban.

En tan crítico y lastimoso estado, cuando tantos peligros amagaban diariamente la existencia de aquella infeliz colonia, un navío de que era capitan cierto Bernardino de Talavera, vecino de Yáquimo, arribó á Cartagena con buena cantidad de provisiones que desembarcó y condujo su tripulacion á la fortaleza. En poco estuvo que el socorro no bastára para calmar el ansia de aquellas pobres gentes, puesto que mermadas y recelosas de un porvenir terrible pidieron á voz en grito el regreso á la Española. Ojeda sin embargo, en fuerza de halagos unas veces y pródigo otras de amenazas, logró acallar los deseos y fortificar los espíritus, muy ageno de que á su persona estaban reservados los primeros motivos de arrepentimiento.

Mientras por medio de asaltos y correrías tuviera necesidad la colonia de acopiar bastimentos en las tierras inmediatas á la fortaleza, los indios mas aficionados á la lucha, se habian contentado siempre con esperar la acometida; pero cuando observaron que los españoles, por el refresco recibido, escaseaban las agresiones, su osadía se estendió al estremo de cambiar los papeles, convirtiendo á los indígenas en osados provocadores. Como era natural, la impetuosidad de Ojeda, difícilmente podia contenerse nunca á vista de tamaños insultos, y las mas veces era el primero que espada en mano se echaba al campo corriendo mas de lo que prudencia aconsejaba, con terrible escarmiento de sus feroces enemigos. Al cabo de tanto ejercicio, y porque el instinto de la guerra era natural á los habitantes de aquella comarca, no tardaron estos en juntar á su valor la ciencia de la estrategia, cuyos principios están basados en la práctica constante; de suerte que habiendo llegado á entender que Ojeda era el mas animoso y arriesgado entre todos los nuestros, y suponiendo que su muerte empeoraria moralmente el estado de la colonia, trataron de armarle una celada, la cual tuvo lugar de la manera siguiente.

A corta distancia de la fortaleza detrás de unos arbustos bastante levantados para esconderlos, situáronse cuatro indios de los mas flecheros de la comarca, con las armas á punto y segura la retirada; otros de los mas atrevidos se acercaron á la fortaleza con insultos y amenazas bastantes para irritar la susceptibilidad biliosa del gefe de los españoles; y este, que siempre era el primero en tales casos, no se hizo esperar mucho tiempo en campo abierto, persiguiendo con espada en mano á sus enemigos hasta que, disparando certeros los de la celada dieron un flechazo al valeroso capitan que le atravesó de parte á parte un muslo, y á la tierra la primera sangre que se vertia de aquel cuerpo, hasta entonces invulnerable.

Al entender el suceso de su caudillo todos los soldados españoles que seguian á Ojeda se apresuraron á recogerlo, y sin perder momento lo retiraron al castillo con justo recelo de perderlo, por la ponzoña de las flechas que aquellos bárbaros disparaban; pero el intrépido capitan que deseaba conservar su vida para vengar el ultraje, mandó que inmediatamente le aplicasen á las heridas

dos hierros ardiendo, sufriendo la terrible operacion con un valor sobrenatural, puesto que no exhaló la mas pequeña queja.



Cuando estuvo restablecido, para calmar las quejas de los soldados á quienes la herida de Ojeda habia afectado profundamente, se resolvió este á pasar á Santo Domingo en la nave de Talavera, con ánimo de volver á Cartagena con provisiones y refuerzos bastantes para que se verificase la conquista de aquella tierra; pero no quiso la suerte que se verificase por su mano, puesto que nuevas contrariedades le hicieron desembarcar en la isla de Cuba, aun no colonizada por nuestras gentes, teniendo que abandonar el navío lo mismo que la tripulacion por el mal estado en que iba, y despues de atravesar con amorosa proteccion de sus naturales hácia el Oriente para acercarse á la Española, pobre, abatido y prisionero de los suyos, tuvo que valerse del socorro de una canoa que le brindaron los isleños para pedir socorro á Juan de Esquivel, quien, como se ha dicho, gobernaba con fortuna en la Jamáica.

Cuando Pedro de Ordaz, que fué el mensajero de Ojeda, dió á Esquivel cuenta de la desdicha que padecia sumiso el que en otro tiempo le amenazára soberbio, á fuer de honrado, envió sin perder tiempo, una carabela para recogerlo, así como á todos los otros españoles que en Cuba le estaban tiranizando, y ya por semejante medio, puesto en su jurisdiccion, cuando pudo lo hizo conducir á la Española, para que si le era posible, llevase adelante su proyecto. Los cargos y acusaciones con que trataron de justificar sus malos procederes en Cuba las gentes de Talavera, inhabilitaron á Ojeda de continuar

en el gobierno de la nueva Andalucia, donde por su lugar-teniente habia dejado al despues tan célebre Francisco Pizarro; y aunque algunos años andados, la mas completa vindicacion de su conducta produjo del Rey Católico nuevas patentes y provisiones en favor de Ojeda, este al fin no alcanzó sus ventajas por haberle alcanzado la muerte en la isla Española, cuando el año de 1515 estaba espirando.

No fué mas afortunada la espedicion de Nicuesa para tomar posesion y formar establecimientos regulares en el Nuevo Continente. La fantasía habia designado como la mas rica del mundo la provincia de Veraguas, y en busca de la confluencia del rio que llevaba el propio nombre se dirigia la espedicion, cuando las sombras de la noche, y quizá alguna malicia de parte de un Lope de Olano, hizo que las fuerzas se dividieran con especial peligro de Nicuesa y de los que iban en su carabela. A semejante contratiempo siguiéronse tantas calamidades, que en poco estuvo la existencia de aquellas gentes; porque habiendo perdido primero el buque, que dió á través en un rio, y despues viéndose echados con la barca que les habia quedado en una isla desierta, creyéndola una porcion de la tierra-firme, tuvieron á grande milagro su vuelta al mundo, flacos, hambrientos y mermados tanto que escasamente, ya reunidos de nuevo todos á no larga distancia del rio de Veraguas, pudieran contarse cien hombres de los setecientos que Nicuesa habia sacado de la isla Española.

Despues de restablecidos en lo posible con la asistencia mútua, ensayaron una poblacion en el *Nombre de Dios*, allí donde Lope de Olano se habia desembarcado con la mayor fuerza; mas la pobreza del terreno, la fiereza de los indios, siempre agresivos, y la insalubridad del clima, les obligó á levantarse de allí saliendo por tierra, camino del Darien, por si en mas cómodo lugar podian establecerse. Semejante acuerdo habian tenido con anterioridad los que en Cartagena pretendieran colonizar con Ojeda, los cuales, partido este á Santo Domingo, se corrieron asímismo á la banda de Poniente, y no sin peligros y trabajos llegaron á colonizar en la costa que está mas entrada en el golfo.

La ausencia de Ojeda y la escasa autoridad que Pizarro tenia aun por sus antecedentes entre los españoles, coincidiendo con el arribo al Darien de cierto navío conductor de provisiones y refuerzos para aquellas gentes, dió lugar á que un Vasco Nuñez de Balboa que allí iba, natural de Jerez de Badajoz, y procedente de Santo Domingo, se hiciera cargo del gobierno de la colonia, con esclusion de todo adjunto que pudiera mezclarse en las atribuciones de su nuevo cometido. Criábase el tal Vasco Nuñez desde sus primeros años entre el estruendo de la guerra, tan propenso siempre á las empresas mas difíciles y tan primero en acometerlas, que su carácter se habia acostumbrado á no retroceder en el peligro ni á desistir por las dificultades.

Embarcado en la espedicion que fuera con Ovando á la Española, habia servido con honra y voluntad algunos cargos de la administracion que á su



VASCO NUÑEZ DE BALBOA
(Descubridor del Mar del Sur)



cuidado se habian puesto: de donde resultó que al habilitarse la nave con que el Bachiller Enciso pretendiera reforzar y socorrer á las gentes de Ojeda, su persona, gozando de bastante autoridad, se contára entre las mas competentes y capaces de hacer frente á los riesgos que pudieran ocasionarse. No tuvo tan buena dicha el citado buque que dejara de perderse en la costa inmediata al golfo, con la mayor parte de las provisiones que llevaba, de donde resultaron en el equipage tan vehementes deseos de regresar á las islas en cierto bergantin que tenian, que sin la firmeza y persuasiva de Balboa, aquella empresa sin duda se hubiera desbaratado. Por fortuna, así Enciso como todos los súbditos de la espedicion, escucharon gustosos los consejos de Vasco, por el nuevo aliento que les infundia; y merced á él que les ofreció guiarlos al Darien, llegaron al teatro de su gloria futura, donde con los otros españoles que ya allí se entretenian, recibió nuevos brios y animacion la moribunda colonia.

Hay quien supone que al hacerse cargo de esta Vasco Nuñez, obraba en virtud de provisiones que le habian sido otorgadas por los jueces de la ya regular audiencia de Santo Domingo, los cuales por alcalde mayor le habian mandado (1); pero es mas corriente la opinion de que á su persuasiva entre los colonos, debió su elevacion á la primera dignidad del establecimiento, y por ella la envidiable fama de que goza por su descubrimiento mas importante (2). Sea de esto lo que quiera no se puede disputar á sus buenas disposiciones una actividad especial y una constancia indomable á que se debió en gran manera el suceso que echó los cimientos á la inmortalidad que se ha conquistado.

Cuando llegó Nicuesa al Darien hubo de intentar la recuperacion que le tocaba del gobierno; mas como la ambicion de mandar, una véz complacida, difícilmente se abandona, Vasco Nuñez halló trazas de deshacerse de tan competente rival, embarcándolo en un bergantin con la necesaria tripulacion que lo condujese á España. La calumnia que siempre se ceba en los mas poderosos, le acusó entonces de haber conspirado á sabiendas contra la vida de Nicuesa, puesto que del bergantin que á este conducia nada mas pudo saberse: algunos digeron que iba mal tripulado, sin gobierno bastante y calafateado con *ferro groso* (3): pero si se atiende á la índole de Vasco Nuñez, y se considera tambien cuanto se ceba la envidia en los protegidos de la dicha, bien

(1) Archivo de Indias en Sevilla: *Relacion de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de tierra-firme ó Castilla del Oro, escrita por el adelantado Pascual de Andagoya.*

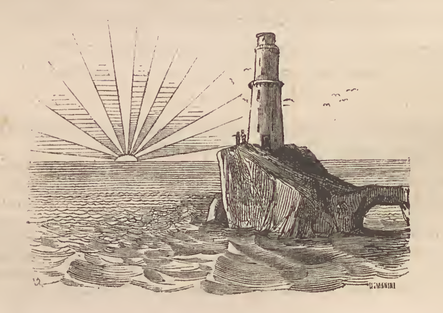
(2) Está sustentada esta opinion por una carta que escribió á la Magestad un Rodrigo de Colmenares que fué á socorrer á Nicuesa cuando se hallaba perdido en las cercanías de Veraguas. (Archivo de Indias, en Sevilla: *Patronato Real: legajo 6.°*

(3) *Ferro ó fierro* es cierto instrumento de que hacen uso los calafates para introducir las estopas en las costuras de los buques. (*Diccionario marítimo español.*) Andagoya, que es el primero que dice lo del *ferro groso*, citando la autoridad de un calafate á quien él lo oyera, sin duda quiere significar que el tal instrumento, á que tambien llaman *estrete* los inteligentes, era mas grueso de lo conveniente, y que en vez de unir las costuras por medio de la estopa y la brea, sirvió para desconcertar las piezas esteriores del buque y echarlo á pique.

podremos apartar de la mente semejantes cargos, no en la razon fundados, y dar por cierto que el buque en que iba Nicuesa se perdió por efecto natural de los percances que en la mar son tan comunes.

De todos modos es lo cierto que á la gobernacion de Vasco Nuñez, á su arrojo actividad y pericia, y aunque se diga, á su buena fortuna, se debió el crédito que nuestras gentes comenzaron á cobrar entre los indios de aquellas regiones, tan fieros y terribles primero, como subyugados y sometidos despues á la intrepidez de semejante caudillo. Cuando este comunicó á la magestad el mas famoso resultado de sus esploraciones, hubo de acusar de ineptos á Ojeda y Nicuesa, dando por supuesto que, ya considerados como gefes supremos al celo de sus súbditos, querian deber los progresos de la colonizacion y los descubrimientos, mas bien que á sus propios trabajos (1). Quizá en el cargo iba envuelta la justificacion de su osadía en proclamarse gefe de la colonia; mas aunque tal se aperciba, es indudable que ninguno por aquellas partes en su clase duró tanto como Vasco Nuñez, hasta dar por resultado el conocimiento palpable de la existencia del *grande Océano Occidental* en la manera que se dirá mas adelante.

(1) «Hago saber á Vuestra muy R. A. que amos á dos gobernadores, ansí Diego de Nicuesa como Alonso de Ojeda, dieron muy mala cuenta de sí por su culpa, que ellos fueron cabsa de su perdicion por no saberse valer; porque despues que á estas partes pasan, toman tanta presuncion y fantasía en sus pensamientos, que les paresce ser señores de la tierra y desde la cama han de mandar la tierra y gobernar lo que es menester; y ellos ansí lo ficieron, y de que acá se hallaron, creyeron que no habia mas que hacer que darse á buen vicio; y la calidad de la tierra es tal, que si el que toviese cargo de gobernarla se duerme, cuando quiere despertar no puede, porque es tierra que el que la regiese la pase é la rodee muchas veces, y como la tierra sea muy trabajosa de andar, á cabsa de los muchos rios y ciénegas de grandes anegadizos y sierras donde muere mucha gente del grand trabajo que se rescibe, hacensele de mal ir á recibir malas noches y pasar trabajos, porque cada es menester ponerse mas á la muerte mil veces, y por esta cabsa quiérense descargar con algunas que nos se les dá mucho que se haga bien que mal, como Diego de Nicuesa ha hecho, por donde fué cabsa de se perder ansí el uno como el otro....» (Archivo de Indias en Sevilla: *Descripciones y poblaciones: legajo* 7. En carta de Vasco Nuñez desde Santa María del Darien á 20 de enero de 1513.)



CAPITULO IV.

Conquista y colonizacion de la isla de Cuba.—Viaje alrededor de ella, para cerciorarse de que era isla, cuando todavía gobernaba Ovando en la Española.—Situacion que ocupa aquella en el archipiélago de las Antillas.—Pacíficas condiciones de los naturales, y buen recibimiento que tienen los españoles.—Regresa la espedicion esploradora á Santo Domingo.—Procedimientos para colonizar á Cuba, bajo el gobierno de don Diego Colon.—Apréstase armada conveniente á las órdenes de Diego de Velazquez, primer gobernador de la isla.—Asiento que hacen los españoles en la punta oriental de Cuba.—Guerra con los indios.—Prision y justicia de Atuey su intruso caudillo.—Reconocimiento interior y pacificacion de la isla.—Fundacion de la villa de *Nuestra Señora de la Asuncion de Baracoa*.—Bautismo de los indios por el P. Las-Casas.—Division territorial de la isla de Cuba.—El gobernador Velazquez adelanta la colonizacion al interior y por las costas de Sur y Norte.—Fúndanse sucesivamente las villas de *Trinidad, Santiago, Bayamo, Príncipe, Sancti-Spiritus, San Juan de los Remedios* y *San Cristóbal de la Habana*.—Traslacion de esta última villa al puerto y paraje donde actualmente existe.

Antes de dar á conocer los sucesos por donde llegó Vasco Nuñez de Balboa á tener conocimiento, descubrir y tomar posesion del grande Océano Occidental, llamado primero *Mar del Sur*, y despues *Océano Pacífico*, vamos á ver como se verificó la conquista y establecimiento de los españoles en la mas preciosa, estensa y productiva de las Antillas, la isla de Cuba, con el marcado objeto de fijar nuestros derechos á la posesion que aun allí conservamos, y abandonar á la historia de los hechos, los que mas tarde tuvieron lugar, por atender á su conservacion, progreso y defensa.

Tratando el segundo viaje del almirante don Cristóbal, ya se ha dicho como la impaciencia de los marineros, la falta de mantenimientos en los buques, los achaques que en su salud padecia el mas famoso de los descubridores, y sobre todo, la ofuscada inteligencia de todos los equipages, dieron por seguro y certificaron ser la isla de Cuba, á que primero se habia nombrado *Juana*, en obsequio del príncipe don Juan, y despues dió en llamarse *Fernandina* por complacer al Rey Católico, una vasta porcion de tierra firme, que corriendo de Oriente á Occidente por una larga estension de costa al Sur de la tierra, dobla-

ba despues hácia el Austro, para incorporarse con la provincia de Yucatan, la cual aun no estaba descubierta, ni de ella se tenian las mas remotas nociones.

Tan pronto como estuvo libre de guerras y contradicciones la administracion de Ovando en la Española, pero no mucho antes de terminarse, esto es, por los años de 1508, en fuerza de las constantes nuevas que de la isla de Cuba recibia y de alguna órden terminante de la córte, se decidió á enviar una espedicion para reconocerla, con tanto mas motivo, cuanto que varios de los indios, que con sus canoas la frecuentaban, habian asegurado ser propiamente una isla, no obstante la opinion absoluta de los compañeros del almirante. Para dar cabo á la proyectada empresa con todo el tino que á ella convenia, hubo de echarse mano con acertada provision de un Sebastian de Ocampo, que era de los primeros descubridores de aquellas partes. A su cargo puso el gobernador Ovando dos navíos con la tripulacion y guarnicion competentes, y bien bastecidos se dieron al mar desde el puerto de Santo Domingo, y en llegando al cabo de San Nicolás, el mas occidental de la isla Española, enderezaron su rumbo al N.-N.-O., para comenzar el costeo de Cuba desde punta Maysí, por la parte del Norte.

Está enclavada esta isla á la entrada del golfo de Méjico entre los 67° 43' 59'', y los 78° 43' 43'' de longitud occidental meridiano de Cádiz, y de latitud dentro del trópico de Cáncer al Norte de la Equinoccial, entre los 21° 47' 43'' á que corresponde el muelle de Guanaja, sobre el cabo de Cruz, y los 23° 12' 15'' en que se halla situada la punta de Icacos.

Reconociendo con la mayor escrupulosidad cuantos puertos y ensenadas hay en toda la estension septentrional de la isla, hasta donde al presente está la Habana, siguieron los buques de Ocampo, nó sin peligro de encallar algunas veces y estrellarse otras por la suciedad de la costa, de donde resultaron algunas averías en la obra viva, que fué necesario recorrer en cómodo puerto. Las ventajas que ofreció á primera vista el de la Habana, aconsejó su arribo, que verificaron los buques, carenándose allí sin pérdida de tiempo, por cuya circunstancia y por la de haberse encontrado en las inmediaciones sobre la tierra cierto manantial de un betun á propósito para sustituir la pez indispensable, fué denominado aquel por nuestras gentes el *Puerto de Carenas*.

Atendidas que fueron las necesidades materiales de los bastimentos para su seguridad y mas cómoda navegacion, dispuso Ocampo darse al mar nuevamente, corriendo la costa en la propia direccion que hasta entónces habia seguido, sin perdonar el exámen de los puertos y ensenadas que á su paso advertia, teniendo cuidado de situarlos en su diario ó derrotero con la posible exactitud que el estado de la náutica permitia, así como tambien los bajos, escollos, bancos y arrecifes de que la mencionada costa es tan abundante.

Tras de algunas singladuras, pero sin detenerse en ningun otro fondeadero, alcanzaron los navíos el cabo de San Antonio, término occidental de la isla,

y al cual, contando las sinuosidades de la costa, hubieron de calcularse desde punta Maysí sobre trescientas leguas de distancia. El encargo de la espedicion no podia vacilar ante la completa variacion de rumbo que en aquel lugar tenia que verificarse, puesto que siendo su principal objeto el total reconocimiento de la tierra de Cuba, forzosamente habia de seguir su costeo; así pues montaron los navíos el mencionado cabo, y con las proas al Oriente volvieron por la costa del Sur de la isla, verificando con igual escrupulosidad sus investigaciones, haciendo escala en la mayor parte de sus puertos y surgideros, hasta el de Xagua, donde tan franco recibimiento tuvieron de los naturales, los primeros descubridores que en su segundo viaje habian acompañado al Almirante.

Con harto fundamento habia discurrido Sebastian de Ocampo al contar con la espléndida hospitalidad de los cubanos en aquella deliciosa mansion de la isla, porque estos no habian mudado de carácter, como solia advertirse en los indios de otros territorios, y por el muy bondadoso que los distinguia, se encontraron dispuestos á socorrer con pródiga abundancia las necesidades de nuestros espedicionarios. Brindados al reposo, tras de tan largo viaje, cuya mision necesariamente habia de producirles, como les produjo, infinitos peligros y no pocos trabajos, se holgaron los españoles de tomar tierra entre tan buenas gentes, cuyo aspecto siempre risueño y complaciente, les aseguró desde un principio la mas deliciosa y fraternal compañía.



Todos los recelos que de otros lugares pudieran haber llevado en su mente los españoles, por la veleidosa condicion de los indios, se desvanecieron all

por natural consecuencia de lo que el suceso estaba un dia y otro manifestando. A manera que el tiempo discurria, se ofrecia mas esmerado el cuidado de los isleños para satisfacer todas las necesidades de nuestras gentes, sin que la mas ligera accion, un gesto siquiera, hubieran revelado el menor síntoma de cansancio ó fastidio. Concretados á complacerse indígenas y españoles, estos se guardaban de tomar nada que no les fuera dado por sus hospitalarios servidores, á quienes en cambio de su franco proceder, retribuian con objetos europeos de los mas vistosos por sus colores, que eran los que mas apetecian, comunicando á la par con ellos, ya enseñándoles algunas de nuestras costumbres y distracciones, ó bien tomando de su territorio, clima, poblacion y producciones las mas exactas noticias. Los indios por su parte retribuian siempre con usura el mas pequeño favor recibido de nuestras gentes, á las cuales, mientras allí permanecieron, no dejaron de llevar en abundancia muy saludables provisiones, en especial, perdices, algo menores que las de España, y lizas de que tenian cantidad asombrosa.

Quizá si los aprestos hechos por Ocampo hubieran sido ya con tendencias de colonizar, aunque á tanto no se estendian las instrucciones que llevaba, la poblacion de la isla de Cuba hubiera tenido grato principio en aquella deliciosa correspondencia, evitándose acaso por el agradecimiento mútuo las escenas de sangre que despues se verificaron. Pero ni la mente de la espedicion era tal, ni sus precisas atenciones iban cubiertas para semejante empresa, por cuya razon indígenas y españoles se dispusieron á la separacion con igual sentimiento manifestado de una y otra parte, y porque Ocampo diera las órdenes convenientes para continuar la esploracion, y regresar al puerto de Santo Domingo.

Los reconocimientos practicados desde el puerto de Xagua hasta punta Maysí por el Sur de Cuba, no fueron ni con mucho tan escrupulosos como hasta el propio puerto lo habian sido, navegando por la parte del Norte, y luego tambien por el Austro desde el cabo de San Antonio; y esto consistia en que Ocampo para simplificar sus observaciones, no pudo menos de tener en cuenta el reconocimiento que de dicha porcion de la isla habia hecho ya en compañía del primer Almirante. Por esto y porque todavía para arribar á Santo Domingo desde Xagua, tenia que atravesar un espacio de trescientas leguas próximamente, forzó de vela cuanto su comision le permitia, y á los ocho meses de comenzada terminó su comision cuando el año de 1508 estaba espirando.

La estremada facilidad que ofreció á la consideracion la conquista de Cuba, cuando para colonizar á Puerto-Rico, Jamáica y la tierra-firme se acababan de emplear cuantiosos recursos, fué causa de que se descuidase, bien que no olvidada por el comendador Ovando aquella empresa, cuya realizacion aplazada por las circunstancias, hubo de alcanzarlas tan difíciles, que en breve cayó en el mas completo abandono por el cambio que tuvo lugar en el gobierno y administracion de la isla Española.

Semejante olvido, sin embargo, no podia ser permanente, pues además

de las gratas noticias que de aquella preciosa antilla diera Ocampo á Santo Domingo, su posicion avanzada hácia el continente, cuyo conocimiento se estaba patentizando con muy próximas ventajas, la hacian digna de la pública consideracion por mas de un concepto. Así lo creyó el gobernador general de las Indias don Diego Colon, cuando en el año de 1511 decidió formalmente la ocupacion de Cuba en los propios términos que se habia verificado la de las demás colonias de aquel hemisferio. Para realizarla, segun sus pensamientos, tuvo el buen acierto de escoger entre cuantos hombres de pró le obedecian, á un Diego de Velazquez, natural de Cuellar y vecino antiguo de la Española, en cuya esplotacion procediendo con sábia economía y recomendable prudencia, habia atesorado muy grandes capitales. Merced á estos y á la buena reputacion de justo y legal que en la isla gozaba, así que obtuvo de don Diego el título de adelantado de la Fernandina, fuéle en estremo fácil reclutar para la empresa hasta trescientos aventureros de todas condiciones, gente hábil y arriesgada, tan dispuesta al trabajo de la colonizacion como abonada para la guerra: y cuando estuvo á punto todo lo concerniente á la empresa, ya entrado el mes de noviembre, comunicadas las instrucciones, metodizada la futura administracion, repartidos los cargos, provisto el gobierno espiritual y prontos los bastimentos, se dió al mar la espedicion en cuatro buques de mediano porte desde el puerto de Jaragua, en cuyas tierras inmediatas estaba siendo de muchos años la habitual residencia de Velazquez.

Tras de corta travesía, con viento favorable y tranquilo mar, llegaron cerca de punta Maysí los espedicionarios, y torciendo el rumbo por la costa del Sur de la isla, arribaron en seguida á un puerto capaz que se llamó de las Palmas por las que allí se levantaban. A ser únicamente recibidas por los naturales de Cuba nuestras gentes, es probable que ningun acontecimiento lastimoso hubiera manchado las primeras páginas de la civilizacion de aquella preciosa isla; pero á ella se habia refugiado con muchos súbditos cierto cacique llamado *Atuey* de las partes mas occidentales de la isla Española, el cual mendigo vergonzante primero, y déspota señor despues por la buena traza que se dió en dominar á los sencillos isleños de la provincia de Maysí, tuvo ascendiente bastante para ponerlos en armas contra los españoles, tan pronto como supo su próximo arribo.

Todos los isleños de la punta oriental de Cuba, obedientes á las funestas inspiraciones de aquel huesped funesto, salieron contrarios á los españoles tan pronto como estos desembarcaron; pero su índole completamente agena á los enconos de la guerra, los hizo huir á la primera acometida de los invasores, y el cacique y sus compatriotas hallándose por esta causa reducidos á muy escasas fuerzas, tuvieron que refugiarse á los bosques de la isla tan abundantes á la sazon en aquel estremo.

La espontánea sumision de los naturales que en grandes porciones acudian á ponerse en manos de Velazquez, y las noticias que daban de los huéspedes

fugitivos, no como viles delatores, sino por la simplicidad y pureza de sus costumbres, facilitaron á nuestras gentes en escaso tiempo la estincion de aquellos rebeldes; porque acosados y perseguidos en todas direcciones así como iban cayendo prisioneros, eran forzados á recibir el agua del bautismo de mano del P. Las-Casas que allí comenzó con eficacia su carrera eclesiástica, y luego repartidos en calidad de criados, que no esclavos, por mas que tal digan émulos ó envidiosos, para echar los cimientos á la cultura de la tierra en que los españoles habian sentado la planta.

Tenia Velazquez muy particular empeño en haber á cuenta aquel cacique, por cuyo consejo y mala inclinacion se habian levantado en son de guerra los indios cubanos; porque habiendo de avanzar los españoles por el interior de la isla para reconocer con fundamento cuál lugar convendria mejor á la primera poblacion que se fundase, temia con harta razon que aquel rebelde sembrase la alarma sucesivamente de una en otra provincia, y que la conquista que su autoridad pretendia por el camino de la paz y del concierto, hubiera precision de conseguirla por la fuerza de las armas. Para conseguir su intento no hubo consejo prudente que no admitiese, ni probable combinacion que no ordenase, de suerte, que por muchos meses los españoles se entretuvieron por las escabrosidades de aquel distrito, pasando infinitos trabajos y fatigas, hasta que al cabo lograron la prision del cacique, satisfaciendo á su seguridad en las operaciones sucesivas y la justicia indeclinable que representaba el adelantado.

Con numerosa escolta y bien ligado de brazos el soberbio prisionero, fué presentado á Velazquez, el cual hubo de recibirle con el marcial continente y justiciero porte que la formalidad de la empresa requeria. Quizá en la mente del caudillo español estaba ya sancionada la muerte del cacique, esto concediendo mucho á los que de cruel y sanguinario acusaron por un momento de estricta justicia á Diego Velazquez; pero cualquiera que fuese el destino reservado á semejante prisionero, es la verdad que al tratar de su conversion al cristianismo, como con todos los demás rebeldes se habia hecho, rechazó altamente las prácticas de la religion y proclamó fuertemente que nada queria de un Dios que era el Dios de sus opresores.

Semejante blasfemia en aquellos tiempos de fanatismo religioso, en que el tribunal de la Inquisicion estaba sancionado y puesto en práctica por los teólogos mas eminentes, hubiera sido causa harto legal para que los españoles condenaran á la hoguera al cacique que la repetia; de suerte que Velazquez, y con él cuantos intervenian en los asuntos de la justicia, no vacilaron en decretarlo así por la salvacion de sus conciencias. Pero todavía, suponiendo que el espíritu celestial habia de iluminar á aquel fiero caudillo en el último instante de su vida, los consuelos de nuestra religion acudieron en su socorro. Entonces fué cuando dispuesto ya al terrible sacrificio, y siendo exhortado por el religioso que le asistia, hubo de preguntar si en la morada eterna que se prometia á los



Urrabieta inv.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

RECIBEN EL BAUTISMO

por mano del P. Las Casas, varios indios prisioneros en la isla de Cuba (Año 1511.)

justos era posible que se salvasen tambien las gentes europeas; al contestarle afirmativamente, con el valor del estoicismo esclamó: dad fuego á la leña que prefiero la muerte, á comparecer en el cielo, siquiera por no ver allí gente de vuestra raza.



Con esto, la terrible mano de la justicia hizo su oficio, y los gritos desgarradores del desdichado Atuey se confundieron con el crugir de los tizones y con los himnos de misericordia entonados por los ministros de Dios, que sancionaron el acto.

El bárbaro espectáculo de suplicio levantado contra el rebelde cacique hubiera sido tanto menos necesario en la isla de Cuba, cuanto mas espontánea estaba siendo la sumision de los naturales. Por esto no hemos de ser nosotros quienes á fuer de parciales ó panegiristas aplaudamos el suceso contra las tendencias de estricta justicia y constante humanidad que guia nuestra pluma. Lamentamos como los que mas todo lo que sea ó haya sido derramar sangre, porque consideramos la guerra el peor azote que puede enviar la Providencia contra la existencia de las sociedades; pero descartando de nuestro razonamiento las declamaciones exageradas, y teniendo cuidado de parangonar los sucesos con sus épocas respectivas, la mas natural filosofía sirve de pauta á nuestros juicios, y por el que del castigo de Atuey se desprende no podemos hallar otra cosa en él, que no sea un sacrificio impuesto por la sociedad cristiana á las preocupaciones, ó mas bien, á los errores que la ofuscaban en aquellos tiempos.

Por lo demás, el carácter de Velazquez no podia estar mas en armonía con los deseos de la córte, aun cuando hubiera sido bajo la sombra apacible y protectora de Isabel I; así fué que en la época de su gobierno que duró todo lo que su vida, hasta el año de 1524, españoles é indígenas guardaron la mas perfecta correspondencia, sin tiranías de aquellos, ni rebeliones de estos, porque el trabajo, lo mismo que la superioridad concedida á la inteligencia, se organizó con arreglo á las condiciones mas indispensables, á la prosperidad metódica de la isla, teniendo muy en cuenta, para no caer en ellos los vicios de que se habian resentido en sus principios todas las demás colonias.

Por mas que los deseos del adelantado se estendieran desde muy al principio de la espedicion, nada menos que al completo dominio de toda la isla, su prudencia hubo de aconsejarle constante no avanzar un paso hácia Occidente, mientras no quedara fundada la mas completa seguridad de la colonia en la posesion absoluta de las partes mas orientales. En tal concepto, y á fin de dar comienzo al mas privilegiado objeto de su empresa, se corrió por la costa del Norte algunas muy pocas leguas hasta la ensenada de *Baracoa*, en cuyas riberas, cuando ya habia comenzado el año de 1512, fundó con el nombre de *Nuestra Señora de la Asuncion*, la primera villa á estilo de España que se conoció en aquel territorio.

Cuando ya estuvo muy adelantada la construccion de la villa, la cual sirvió de capital á los habitantes de la isla por algun tiempo, salieron de ella para adelantar la colonizacion algunas fuerzas mandadas por Pánfilo de Narvaez; y porque Velazquez no tenia en la prudencia de este las mayores seguridades, le adhirió al licenciado en cánones Bartolomé de las Casas, despues célebre obispo de Chiapa en el Nuevo-Continente, con objeto de no dar al dominio de las armas todo el imperio que le concedian otros gobernadores menos escrupulosos. Estraña al interés de esta obra seria la relacion circunstanciada de cuanto sucedió á los espedicionarios en aquella romería: bastará manifestar que el arribo del Almirante primero, el de Ocampo más tarde, y la travesía de Ojeda y los suyos por una estension considerable del interior de la isla, siempre en amistosa correspondencia, facilitaron grandemente el trato con Narvaez y Las-Casas, los cuales se apresuraron mas que á disponer como conquistadores de aquellos indígenas, á orientarlos en el camino de la fé, administrando á los mas el sacramento del bautismo que recibian con visibles muestras de entusiasmo.

Inquiriendo en lo respectivo á la administracion y gobierno de la isla, hallaron que los indios la tenian subdividida en distritos ó provincias, de las cuales aprendieron hasta nueve con la nomenclatura siguiente: *Baracoa, Bayaquitiri, Macaca, Bayamo, Camagüey, Jagua, Cueyba, Habana* y *Haniguanica;* estando regida cada una de ellas por su correspondiente cacique, sin que ninguno tuviera el mando supremo sobre todos. Habia abundancia de pueblos irregulares cuyas casas formadas groseramente de madera y paja, ó bien de

pencas de guano, escasamente ofrecian á los europeos mas comodidad que la indispensable para no vivir en campo raso, puesto que sus muebles y utensilios estaban harto lejos de satisfacer las mas pequeñas necesidades. Por lo que



hace á la poblacion de la isla en general, á pesar de su estension y feracidad, todos los autores convienen en que no pasaba de doscientas mil personas (1).

Cuando por consecuencia de las investigaciones mas escrupulosas practicadas por Casas y Narvaez, los españoles se convencieron de que para realizar la colonizacion no habia inconvenientes de ningun género, Velazquez que veia ya entrado el tercer año de su gobierno (1514) sin haber adelantado en lo de la colonizacion tanto como convenia, resolvió la fundacion de cinco villas repartidas convenientemente por toda la estension de la isla; dos de ellas sobre la costa del Sur para la mas fácil comunicacion de unas con otras en los casos de guerra, y para hacer mas permanente el tráfico con las demás posesiones de aquel hemisferio.

Llamáronse *Trinidad* y *Santiago* las dos que se fundaron en la parte del Sur; la primera á muy larga distancia de Punta Maysí y no lejos de Xagua sobre los 73° 49' de longitud occidental, y la segunda en los propios límites de las tierras de Baracoa donde al presente se halla asentada la ciudad de *Santiago de Cuba*. De las otras tres tomó asiento la poblacion de Bayamo sobre el interior á los 70° 22' esto es: á la quinta parte de la estension de la isla, contada

(1) Las-Casas; *Relacion de los sucesos de las Indias.*—Oviedo (Gonzalo de) *Historia natural y general de las Indias.*—Herrera; *Década I.*—Valdés; *Historia de la isla de Cuba.*—Robertson; *Historia de América.*—Prescott; *Conquista de Mégico.* etc.

desde su punta oriental: la del *Príncipe* á los 71° 27' en la propia direccion y la de *Sancti-Spíritus* algunas decenas de leguas mas adelante.

La fundacion de las citadas villas por el interior y en la costa del Sur de la isla no podia considerarse bastante por unas gentes que, además de la esplotacion de las tierras que dominaba, siempre se sentia con ánimos para emprender nuevas aventuras y descubrimientos. Luego que las noticias llevadas por Ocampo á la isla Española referentes á la grande estension de la costa septentrional de Cuba, y los informes que habia dado con respecto á la bondad de algunos puertos de aquella banda, en especial del de Carenas, tambien aconsejaban poner á su devocion cuanto hácia el Norte pudiera utilizarse en beneficio de los españoles. Por esto, así como Velazquez se movió de Baracoa para dar impulso al dominio de toda la isla, echó los cimientos de su poder sobre aquella parte de costa que aun se conservaba independiente, edificando la villa de *San Juan de los Remedios* en la longitud occidental de 76° 21' del meridiano de Cádiz; y avanzando despues al Occidente, bien que inclinado sin intencion á la costa austral, por las sinuosidades de la isla, erigió por último y como definitiva capital la villa de *San Cristóbal de la Habana,* no lejos de Batabanó y enfrente de la isla de Pinos, á los 76° 6' de longitud Occidente. Inauguróse la poblacion de San Cristóbal el dia 25 de julio del año de 1515, y por lo tanto nada hay de particular en que allí se asentára, cuando todavía no se pensaba siquiera en descubrir y conquistar las tierras de la Nueva España. Pero andando los tiempos variaron las circunstancias completamente, y de una parte la absoluta direccion de los negocios que estaba encomendada al arbitrio de Velazquez, algunos síntomas de insalubridad que se advertian en la poblacion por otra, y en conjunto las nuevas que se adelantaron con el descubrimiento de la Florida y las espediciones por el golfo de Méjico, todo aconsejó la traslacion de la capital al puerto de Carenas, donde se echaron definitivamente los cimientos á la magnífica ciudad de la Habana, que hoy poseemos como digna metrópoli de la preciosa isla de Cuba.



CAPITULO V.

Situacion especial de Vasco Nuñez de Balboa en el gobierno de la colonia del Darien.—Mensages á Castilla, y á la isla Española.—Comiénzase la conquista de las tierras comarcanas.—Primera espedicion á *Coybá:* los naturales fugitivos destruyen el entusiasmo de la espedicion que regresa á Santa María.—Van dos bergantines de *Nombre de Dios* á recoger los soldados de Nicuesa.—Encuentro de Juan Alonso, y noticias que por ellos se tienen de la tierra.—Segunda espedicion á Coybá y prision del cacique *Careta.*—Vuelta al Darien con los prisioneros.—Pactos y alianzas entre Careta y Vasco Nuñez.—Tercera espedicion á Coybá y entrada por las tierras del cacique *Ponce.*—Amistades asentadas con otro cacique llamado *Comagre.*—Van los españoles á las tierras del dicho cacique, y hallan señales de superior cultura.—Palacio de Comagre.—Presentes que reciben los españoles del hijo mayor de este cacique.—Repártese el oro entre los españoles; quejas y disputas que del repartimiento resultan.—Interviene el hijo de Comagre y dando noticias de otras regiones donde aquel metal abundaba, indica la existencia de un nuevo mar señalando al S.-O.—Entusiasmo de Vasco Nuñez.—Regreso al Darien.—Disposiciones que se toman para la nueva empresa y socorros pedidos á la Española.—Fundamento de algunos cargos contra la reputacion de Vasco Nuñez, y consideraciones importantes.

Así la elevacion de Balboa al supremo cargo de gobernador de la colonia, como los compromisos que habia echado sobre su responsabilidad para no defraudar las esperanzas que habia hecho concebir al vulgo de la espedicion, respecto de un porvenir en aquellas partes cómodo y lisonjero, desarrollaron en él, hasta entonces, oscuro caudillo, tales deseos de justificar la posicion conquistada, que á todo trance, y por las mas afanosas combinaciones, se dispuso á facilitar la dominacion de las razas indígenas, á fin de esplotar en adelante el pais donde tantas y tan preciosas riquezas debian hallarse, segun los cándidos vaticinios del primer almirante.

Grandes esfuerzos eran necesarios á Balboa para afirmarse en el rango á que por la voluntad general de la espedicion habia ascendido; pues cargo era el de gobernador ó adelantado en aquellas partes que no menos que con la magestad se estipulaba, y de por medio estaban alarmando contrarios á los progresos de Vasco Nuñez, el fin desventurado de Nicuesa y la existencia de

Alonso de Ojeda con tan legales derechos á la rehabilitacion de su pasado cargo.

De su parte la córte tambien seguia dando al establecimiento en el Darien toda la importancia que hasta entonces habia tenido, de suerte que todo hacia prever una exoneracion mas ó menos lejana, contraria al animoso caudillo; el cual, en consideracion á sus oscuros antecedentes, tampoco se consideraba muy seguro, y por lo mismo queria ganar en la posicion conquistada por las vias de sucesivos hechos, todo el caudal de autoridad que faltaba á su persona.

Para arraigar los cimientos de su gobierno, con visos de autoridad, tuvo cuidado ante todas cosas de regularizar la poblacion de *Santa María*, repartiendo los oficios de su regimiento en personas de alguna valía, bien que relevando al bachiller Enciso de todo cargo por lo que la mayor autoridad que recientemente habia gozado pudiera hacerle sombra: y cuando tuvo así dispuesto y acabado todo lo concerniente á la organizacion de la colonia, y merced á algunas correrías practicadas por las tierras mas inmediatas, le fué fácil poner coto á los desmanes de los indios, disponiéndoles con mayor facilidad al yugo que les preparaba, tuvo acuerdo de enviar por socorros de gente y provisiones á la isla Española, y al mismo tiempo con visos de autoridad y protestas de súbdito humilde, por un su compañero en el regimiento de la colonia, llamado Zamudio, envió al rey don Fernando completa relacion de lo ocurrido, abrillantando la manifestacion de los hechos con el barniz de la exageracion, como quien desea obtener la sancion y confirmacion de todos sus actos.

Así dispuestas las cosas mas urgentes y para tener que ofrecer á los piés del trono repetidas muestras de idoneidad, con el objeto de no ser relevado en el cargo que ejercia, el infatigable Vasco Nuñez, ya desembarazado de envidias y parcialidades, dió comienzo á la conquista de aquel pais, comenzando por las tierras mas inmediatas al rio del Darien cuyas márgenes ocupaba la colonia. Las felices disposiciones del caudillo y no pequeña parte de la buena fortuna que hasta entonces le ayudaba, habian cambiado muy á placer el aspecto de las cosas en aquellas regiones, cuyos moradores, tan bravos y agresivos en los años pasados del gobierno de Ojeda y Nicuesa, se hallaban al presente tímidos y recelosos procurando con presentes y consejos la ausencia de los españoles que antes habian intentado por la fuerza de sus armas y la muchedumbre de sus huestes.

Con semejante propósito y á pretesto de llevar provisiones á la colonia, apenas pasaba un solo dia sin que los indios, con las mas halagüeñas noticias, llegaran á Santa María con propósito de despertar la codicia de nuestras gentes. Ya se presentaba un indígena con pequeñas láminas del precioso metal, ponderando la abundancia que de él habia en regiones apartadas á larga distancia, ya por distinto rumbo señalaban pobladísimas tierras con una cultura superior á la que ellos disfrutaban. Como es de suponer, cuando el pensamien-

to cardinal de aquellas espediciones se dirigia al descubrimiento de infinitas riquezas, los españoles oian con mayor placer todo lo que mas propension tenia á la esplotacion de abundantes minas, y sobre este tema los indios nombraban con predileccion cierto distrito ó provincia denominada por ellos Coybá hácia las partes del N.-O.

Para inquirir prácticamente los grados de verdad que tales nuevas tenian, Vasco Nuñez hizo aprestar hasta cien hombres entre los mas animosos para que le acompañaran; y acometiendo la empresa el primero con todo el arrojo y actividad que su especial posicion requeria, salió del distrito natural á que se habia concretado, allanando dificultades y afrontando peligros de tanta consideracion, que á otro hombre no menos valiente hubieran arredrado en diferentes circunstancias.

Sea que el aparato bélico de nuestras gentes hubiese difundido el mas pánico terror entre todos los indios comarcanos al tránsito de aquellas, ó bien que las acertadas precauciones de Vasco Nuñez hubieran puesto coto en sucesivos encuentros á las demasías de estos, fué lo cierto, que por una distancia de mas de veinte leguas, los espedicionarios no pudieron haber á la mano persona viviente que les guiase por aquellas asperezas, y sino fuera porque multitud de chozas recien desamparadas, indicaban la existencia de un pueblo numeroso, los españoles hubieran supuesto con fundamentos de razon que habian atravesado por un vasto territorio contrario á la existencia de los hombres. En tal situacion Vasco Nuñez se persuadió de que tamaña empresa requeria una constancia superior á los aprestos que habia hecho, puesto que la esploracion del pais necesitaba continuarse hasta alcanzar en sus encrespados bericuetos y escondrijos á los fugitivos naturales; por lo tanto, sin consultar mas voluntad que su prudencia, ni oir otros consejos que los de su pericia, regresó á Santa María para ocuparse de los nuevos preparativos, mientras sus soldados descansaban de los recientes trabajos.

Mucho importaba ante todas cosas el aumento de fuerzas en la colonia, si las operaciones habian de llevar en su principio aquel sello de seguridad que siempre es fiel garantía de la próspera fortuna. En vano los refuerzos solicitados á la isla Española se estaban aguardando cada dia; pues sea porque la autoridad de Balboa no estuviese sancionada por el almirante don Diego, ó bien que los cuidados de la isla no permitiesen atender á tantas partes como de su gobierno supremo inmediatamente dependian, la colonia del Darien permaneció largos tiempos reducida á sus propias fuerzas, si no es que de ella hubiéramos de eliminar los refuerzos que recibió de algunos españoles que en las partes de Veraguas habia dejado Nicuesa.

Teníanse de ellos noticias bastantes allí en Santa María; y si hasta entonces Vasco Nuñez no se habia resuelto á llamarlos en su ayuda, quizás seria por alcanzar mayor autoridad antes que parciales del antiguo gobernador trataran de usurpársela. Sin embargo: hay quien supone que al entender las inmensas

dificultades que presentaba la colonizacion y dominacion total de aquellas partes, el intrépido caudillo quiso renunciar los poderes que de sus compañeros recibiera para gobernarlos, haciendo diligencias en demanda de Nicuesa; pero esto no parece verosímil si echamos una ojeada al carácter de Balboa, prudente en el consejo, firme en la resolucion, y arriesgado en el suceso lo bastante para no concretarse por necesidad á superiores mandatos.

De cualquier modo que esto fuese, no cabe duda en que antes de acometer por segunda vez la esploracion interior de aquel territorio, Vasco Nuñez aprestó y despachó dos bergantines la via del Norte hasta la débil colonia de Nombre de Dios, donde halló, con efecto, los restos de las tropas de Nicuesa tan trabajados de las privaciones, y tan espuestos á los contínuos ataques de los naturales, que el arribo de aquellos buques fué considerado como el indulto recibido en las oscuras prisiones del mas horrible cautiverio.

Porque eran de escaso porte los bergantines, y además iban completamente guarnecidos y tripulados para hacer frente con ventajas á todas las contingencias de la empresa, no fué posible que en ellos pudiera embarcarse mas que una mitad de la gente abandonada en el Nombre de Dios, á donde hicieron otro viaje los bastimentos para recoger la parte; de suerte, que ya terminada la operacion, se halló la colonia con un refuerzo de cien hombres, y Vasco Nuñez en disposicion mas ventajosa para comenzar las operaciones proyectadas.

Cuando de la primera espedicion á Nombre de Dios, regresaban la costa abajo los dos bergantines de Santa María, hubieron de recalar en cierta ensenada de la provincia de Coybá, que era donde los naturales de las cercanías de la poblacion española indicaban la existencia de oro en grandes criaderos y abuntantísimas porciones. Tal vez por curiosidad ó para proveer á cualquiera de las necesidades de los buques, hubieron de saltar en tierra algunos marineros, los cuales tan pronto como dejaron los bateles vieron correr hácia sí dos hombres completamente desnudos y los cuerpos pintados de encarnado al uso de la tierra, pero que por sus largas barbas, ademanes y palabras, harto demostraban ser españoles. Así que se dió larga salida á los efectos de la admiracion y sorpresa que en las gentes de los bergantines hubo de causar semejante aparicion, cruzáronse entre unos y otros las palabras necesarias para averiguar la procedencia de aquellos desterrados, y por lo que de sus bocas se escuchó vino á resultar que ambos eran compañeros de la primitiva espedicion de Nicuesa.

Contaron, en efecto, que al navegar por aquella parte, y deseando evitar cierto castigo que por leves faltas se les impusiera en la armada, se entraron la tierra adentro resueltos á correr todos los percances que á la desdichada condicion iban unidos; que llegando á un pueblo de indios, el principal de aquella provincia, á cuyo señor ó cacique decian Careta, fueron recibidos y agasajados por este con visibles muestras de bondad, por la que resolvieron quedar

en su compañía: que por ciertas palabras cruzadas entre ambos, los dos compañeros pusieron mano á la espada, y riñendo, el mas diestro, valiente ó afortunado, que se decia Juan Alonso, hirió gravemente al otro á la vista del cacique; de donde este tomó tan singular afecto al vencedor, que le hubo de nombrar á su manera por caudillo de las gentes de aquella comarca para hacer guerra á otros señores y grandes potentados sus vecinos: que despues de restablecido el que en la lid habia llevado lo peor, se reconciliaran de nuevo ambos españoles, dándose con igual autoridad á los negocios del cacique Careta que en estremo los distinguia: y finalmente, que por lo que en su larga permanencia allí habian observado, estaban seguros de que la provincia de Coybá era rica de oro tanto como la fama decia, y su conquista harto fácil, siempre que Vasco Nuñez ú otro capitan esforzado tratára de acometerla, con ayuda de sus personas.

A fin de que el negocio pudiera facilitarse sin grande apercibimiento de Careta, concertaron entre todos los españoles que tan singular encuentro habian tenido, que uno de los dos desterrados se entrase en los bergantines para ir á dar cuenta á Vasco Nuñez de cuanto sabia, en tànto que el otro con su ascendiente, procuraba ir disponiendo favorable á los españoles el ánimo del cacique.

No se descuidó por su parte el intrépido Balboa así que entendió la novedad por el arribo de los bergantines, y la relacion del recien llegado, con tanto mas motivo cuanto que otro intérprete mas fiel no podia encontrar para llevar á cabo sus meditadas empresas. Así fué que, ya reforzada la colonia, puso en armas todas la gentes disponibles, hasta ciento y treinta hombres bien provistos de víveres y municiones, y con ellos, sin miramiento á los pasados trabajos, ni á las dificultades del terreno que él vencia el primero á pié y cargado como los demás, para dar ejemplos de fortaleza, tomó de nuevo el camino de Coybá, cuyo cacique mejor preparado que en la pasada ocasion, se decidió á esperarle sin apartarse de su natural residencia.

Pocas jornadas fueron bastantes para que los españoles, con tanta prudencia dirigidos, llegaran hasta la propia morada de Careta, el cual por mas que afectara recibirlos con tranquilidad, por la confianza que Juan Alonso le habia inspirado, no pudo, sin embargo, disimular el recelo que tenia de ver tantos y tan bien pertrechados españoles. Las exigencias de Vasco Nuñez, que harto conocia lo que por el cacique pasaba, redujéronse por entonces á convenir una franca amistad, que Careta aceptó con visibles muestras de poca confianza, y á suplicar para sus soldados algunas provisiones; pero el que la amistad concedió con embozada retractacion, no pudo violentar su voluntad en la segunda peticion, la cual negó bajo frívolos pretestos.

Porque el español Juan Alonso asistió á la conferencia y en buen castellano podia sin dificultad hablar en presencia de su señor sin ser entendido, aconsejó á Vasco Nuñez, que, cualesquiera que fuesen sus determinaciones ulteriores,

se diera entonces por satisfecho de la respuesta y se retirase, lo cual hizo como prudente que era el caudillo español, alejándose de allí con todas sus gentes; pero en la inmediata noche, cuando la confianza sustentaba el mas apacible sueño de los naturales, revolvió Vasco Nuñez contra el pueblo poniéndolo á saco, y al cacique con varios de sus deudos y parientes en estrecha prision hasta conducirlo á la villa donde estaba asentada nuestra colonia.

Si el objeto de Balboa al proceder por semejantes vías era asegurarse la voluntad del cacique, cuando volviera á encontrarse en el absoluto dominio de su territorio, no hay duda que los hechos posteriores acudieron bien pronto á justificar el pasado suceso, puesto que al verificarse la libertad de Careta hízose este tan amigo de Vasco Nuñez, que hasta de sus hijas concedió la mas hermosa al intrépido conquistador, y de sus tierras hizo sembrar las mas fértiles y productivas para atender á la manutencion de los soldados españoles.

Por tal camino se verificó la primera concordia que tuvo lugar en las partes del Nuevo-Continente entre indios y castellanos, pues hasta allí nunca se habia verificado mayor trato que el tan pasagero de los rescates, y estos siempre acompañados de los mas disolventes recelos. La importancia del asiento pactado con Careta, no podia ser mas palpable, si se atiende á las infinitas ventajas que de él se desprendian naturalmente. En primer lugar no hubiera sido muy fácil que á nuestras gentes, en el caso de tener que abrirse comunicacion con las armas, siempre que á la esploracion del territorio caminasen, quedase toda la fortaleza necesaria para tomar mano del cultivo y aprovechamiento de los campos para satisfacer una parte de sus necesidades, que no todas, pues por la índole especial de los aventureros que á tales empresas concurrian, y por el espíritu esencialmente guerrero de la época, ya se sabe cuanto el manejo constante de las armas embargaria las manos de aquellos para las labores de la vida. Por otra parte no dejaba de considerar Vasco Nuñez cuánto podria influir en la completa destruccion de sus proyectos, el mas pequeño descalabro con que la fortuna le persiguiese, puesto que reducido á sí mismo, y asentado el pedestal de su reputacion sobre tan frágiles fundamentos, rodeado por todas partes de elementos tan contrarios á su prosperidad como fáciles á su ruina, el mas insignificante baiben de la suerte bastaria para sujetarle á la triste condicion que sus antecesores habian tocado.

La amistad con el cacique de Coybá, por el contrario, facilitaba á los españoles inmensas garantías para arraigar su planta en las nuevas posesiones y adelantar en los descubrimientos; porque no solo con ella se estendia á una vasta distancia la porcion de territorio que en la mayor seguridad podian esplorar nuestras gentes para sus miras ulteriores, sino que habiendo solicitado Careta su alianza para hacer guerra á otros caciques comarcanos, el pequeño ejército español entraba, por la union de aquellos amigos, en las condiciones bélicas de la tierra, sin abandonar las mas decisivas de la táctica europea: y al paso, por el ascendiente natural de nuestras armas; se colocaba en la mas ven-

tajosa posicion para desechar ó admitir nuevas amistades, y hacerse árbitro absoluto de los destinos de aquellas gentes.

Este y no otro debió considerarse en todos tiempos el resultado de la conducta, hasta cierto punto violenta, que Vasco Nuñez observára trás de su primera entrevista con el cacique Careta: y aunque algunos autores, tomando orígen de las exageradas, por mas que á veces justas declamaciones del P. Las-Casas, se afanen en tachar de poco noble la acometida y prision del mencionado cacique, nosotros que miramos la cuestion en su verdadero terreno, considerando la falta de consecuencia que era comun en las amistades de los indios, cuando no se lograban por algun hecho de armas, y teniendo en cuenta además la necesidad que á Vasco Nuñez acosaba de arraigar su existencia en aquellas regiones para justificar la improvisada elevacion de su categoría, no encontramos en los procederes otra maldad que no sea la indispensable necesidad del conquistador, con la mas esquisita prudencia del caudillo.

Aunando ambas cualidades volvió Vasco Nuñez á la provincia de Coybá seguido de ochenta hombres bien provistos y mejor armados, con los cuales y con las gentes de guerra que aprontó el cacique Careta contra sus enemigos comarcanos, se apercibieron á hacerla unos y otros de los aliados con la mayor armonía y entusiasmo. Para satisfacer los deseos de Careta comenzaron por las tierras del N.-O. donde residia cierto cacique grande enemigo de aquel, llamado Ponca; pero este que hubo de entender á tiempo la grande tormenta que amenazaba su vida, recogió todas las gentes de su comarca y con ellas se entró por las mas impracticables asperezas: de suerte que la espedicion se redujo á robar y talar la tierra, con arreglo al derecho terrible de la guerra. En especial los españoles tomaron en las chozas de los indios grandes porciones de oro y otras joyas especiales de su adorno y servicio, con que se retribuyeron en parte de los trabajos que en la espedicion habian sufrido.

Crecia por semejantes medios la fama de nuestras gentes, hasta el punto de que los mas poderosos caciques, entre los enemigos de Careta, solicitaban la paz y amistad que hasta entonces habian rechazado con orgullo. No lejos de la provincia de Coybá, siguiendo la costa de la mar por el Norte, y entre los señores mas vecinos, contábase cierto cacique llamado Comagre, que gobernaba un distrito de su propio nombre. Era su autoridad respetada por aquellas partes en virtud de la fuerza que poseia y de la prudencia con que gobernaba: sus tierras se aproximaban mas que las otras vistas á la cultura de las naciones de aquel continente mas bien organizadas, y sus riquezas tambien eran superiores á las de los otros caciques sus vecinos.

Quizá por estas circunstancias, mas inteligente para discurrir ó menos animoso para esponerse á los trances de una guerra desigual, donde otras ventajas no alcanzaria que la muerte de algunos contrarios, se apresuró á brindar con la oliva á los que en son de guerra se aprestaban para invadir su territorio. Repetidas embajadas llegaron á la estancia de Vasco Nuñez, todas con pro-

posiciones las mas amistosas, por las cuales el ilustre caudillo de los españoles se apresuró á reconciliar las rivalidades que de largo tiempo existian entre Comagre y Careta, y á satisfaccion de ambos resolvió una espedicion con sus gentes de paz á la residencia del primero.

La corta distancia que separaba ambos distritos facilitó la brevedad del tránsito, y Vasco Nuñez con sus ochenta compañeros no hizo en su vida jornada que mas halagase su ambicion, ni que mayores ventajas le augurase. En efecto: al entender Comagre la proximidad y camino de nuestras gentes, salió presuroso á recibirlas con todo el aparato de su autoridad, y rodeado de sus mugeres, hijos y parientes, que no eran pocos. Pasadas las ceremonias de la primera entrevista, y cambiadas las seguridades de paz y amistad entre ambas partes, por la interpretacion de Juan Alonso y su compañero que allí iban, caminaron de nuevo la vuelta del pueblo principal, enclavado en el centro de una deliciosa campiña á orillas del mar y al pié de una sierra bastante elevada.

Ni la frondosidad del sitio, ni el aspecto risueño de su situacion, causaron en los españoles la sorpresa que en aquella parte les estaba reservada: la hermosa vejetacion de las islas y el pintoresco pais que habian atravesado en el Nuevo-Mundo les relevaban de dar pábulo á sus sensaciones; pero de repente se ofreció á su vista el palacio de Comagre, obra sublime de arquitectura y regularidad que no habian pensado hallar jamás en aquellas regiones. Cimentado sobre muy gruesos pilares, y cercado de un muro de piedra, ocupaba una estension de trescientos piés de largo por ciento y veinte de ancho: su elevacion no era tal como convenia á semejantes edificios en Europa; pero tampoco dejaba de facilitar al interior todo el desahogo y la ventilacion convenientes á su objeto.

El cuerpo alto estaba cubierto de madera entretegida y perfectamente labrada á manera de zaquizami ó artesonado, pero tan primorosamente y con tanto gusto, que en su contemplacion hubo de estasiarse la curiosidad de los españoles. Cuando entraron á examinar el interior, su admiracion creció de punto observando la regularidad de los cuartos ó apartamentos: porque además de que todos y cada uno de los que en el palacio habitaban tenian aparte su cámara respectiva, vieron una de grandes dimensiones dispuesta en forma de despensa, donde estaban acopiadas cantidad de provisiones, así como en cierta bodega subterránea varios caldos como nuestros vinos, sacados del jugo del maiz, y otras producciones espirituosas de la tierra. Pero todavía no era aquello lo que mas admiracion habia de causar á los españoles, tan poco preparados para recibir tan estrañas sensaciones: un espectáculo quedaba aun por ofrecerse á su vista, que á pesar de lo que tenia de repugnante, no dejaba de inspirar el mas profundo respeto. Era el panteon de los caciques predecesores de Comagre, donde se hallaban depositadas por su órden genealógico, las momias disecadas al fuego de aquellos cadáveres. Al entrar desprevenidas nuestras gentes se llegaron las preocupaciones de la infancia que nunca se olvidan, al fanatismo de

la religion para embargar sus ánimos; pero en apoyo del decoro acudió la razon, y los españoles contemplaron escrita con la guadaña de la muerte la historia de aquella raza de soberanos que se remontaba algunos siglos, segun la multitud de cadáveres que allí estaban depositados, pendientes de unos cordones de algodon, y engalanados con mantas pintadas y joyas de gran precio.



Cuando se hubo terminado la visita que con el beneplácito de Comagre hicieron los españoles por el edificio, el hijo mayor del cacique, mozo de airoso porte, y simpática conversacion, acudió á los caudillos de nuestras gentes Vasco Nuñez y Rodrigo Enriquez de Colmenares, para que le siguiesen á la estancia mayor del palacio donde pensaba servirlos y agasajarlos á su manera. Al efecto presentóles en tosca, pero rica vajilla de oro, de los mas esquisitos manjares y sabrosas bebidas que allí conservaba, y luego por via de regalo les entregó hasta setenta esclavos y muchas piezas de oro ricas en valor y en hechura tanto que montaron hasta cuatro mil pesos de aquel tiempo (1).

Por la legalidad que debian á su posicion de gefes y á su conciencia de hombres honrados, ambos capitanes apartaron del oro la quinta parte que al rey pertenecia segun capitulaciones, y el resto procedieron á repartirlo entre todos los que á la empresa de aquella provincia acudieran, en presencia del hijo de Comagre y de algunos otros indios, para manifestar la fraternidad que

(1) Igual á una cantidad quintuple de nuestros dias, por causa del menor valor á que el oro se ha ido reduciendo.

entre los españoles se usaba. Por desdicha del fingido alarde no tardó la codicia en introducir alguna diferencia entre los interesados, faltando poco para que las armas arguyeran donde las razones no eran bastantes. Al entender el suceso y la discordia el hijo de Careta habló irritado á los españoles diciendo semejantes palabras: *Si por tan vil materia os injuriais, tened las manos y la lengua, y no turbeis la paz de nuestros pueblos; que yo os indicaré donde podreis hallar mucho mas del que vuestra miserable codicia necesite para quedar satisfecha* (1). Y diciendo y haciendo salió con Vasco Nuñez al campo y le señaló hácia las partes del S.-O. donde existian grandes provincias salpicadas del precioso metal, con reyes y ejércitos muy poderosos.

Grande era el entusiasmo de Vasco Nuñez al entender las palabras del indio que tales noticias le comunicaba. Su mente avara de conquistas y riquezas, se revolvia inquieta discurriendo los medios mas hábiles de que podria valerse para subyugar sin invencibles peligros tan portentosos tesoros, cuando otra nueva mas importante que las anteriores acabó de echar los cimientos á la gloria que su destino le reservaba en aquellas empresas. En efecto: el hijo de Comagre recordaba la presencia y aspecto magestuoso de nuestros buques en aquellas costas, y para orientar mejor á Vasco Nuñez hubo de significarle que en la citada direccion habia un ancho y dilatadísimo mar donde tambien se mecian poderosas flotas impulsadas por el viento que llenaba sus velas. Sin duda el indio que tanto bien estaba indicando á nuestros aventureros, habia caminado en largas peregrinaciones por el vasto imperio del Perú, puesto que tenia conocimiento de las balsas con que por su mar se navegaba á vela y á remo; pero á bien que presente estaba á la conferencia el intrépido Francisco Pizarro que habia de patentizar con el tiempo la verdad de aquellas nuevas.

Entendidas que fueron por Vasco Nuñez y ratificadas por el hijo del cacique, los españoles se consumian en deseos de correr á patentizarlas con su presencia en las mas apartadas regiones de las que se habian indicado. Pero Vasco Nuñez, cuya prudencia atendia á las mas simples minuciosidades, hubo de entender así mismo, por informes repetidos, que las gentes de aquellas partes usaban de un aparato bélico harto mas respetable que el de las provincias sometidas: que su disciplina y organizacion las hacia superiores á sus enemigos y que para acometerlas en su territorio con probabilidades de un éxito regular, necesitaba por lo menos diez tantos mas de los soldados que llevaba.

Con semejantes nuevas apresuró el caudillo español su regreso al Darien, no sin recibir antes de los hijos del cacique Comagre las mayores seguridades y ofrecimientos de acompañarle en la empresa contra peruanos, lo mismo que en la del descubrimiento del otro Océano. Al entrar en la villa de Santa María las satisfacciones de Vasco Nuñez se aumentaron, porque una carabela bien abastecida de provisiones habia arribado á la colonia durante su ausencia; y

(1) Oviedo: *Historia natural y general de las Indias.*—Herrera: *Décadas etc.*

aunque aquellas no fueran bastantes para proveer á satisfacion todas las necesidades que allí se padecian; las promesas que de la isla Española condugera dicho buque habian reanimado el espíritu de los colonos y sembrado en el ánimo de su caudillo las mas lisongeras esperanzas.

Dábaselas en efecto, el almirante don Diego Colon de enviarle grandes refuerzos tan pronto como arribase de Castilla alguna flota: disponiéndolos en buques bastante capaces para conducir abundante porcion de provisiones y demás efectos necesarios á la seguridad de la colonia; pero la urgencia que exigia la investigacion del mar incógnito no permitia tolerar el natural retardo de su realizacion, y por lo tanto el impaciente Vasco Nuñez hizo regresar la carabela á la Española, despues de sufrir en el Darien una terrible tempestad, que deshizo en pocos minutos todos los sembrados de las tierras allí beneficiadas por los españoles.

Para mas inclinar la voluntad del almirante al envío de rápidos socorros, le mandó decir Vasco Nuñez cuantas noticias habia recibido durante su permanencia en Comagre, remitiéndole por cebo hasta trescientos marcos de oro, y manifestándole, con estudiada estrategia, la no cierta noticia de que se habia visto forzado á matar nada menos de treinta caciques, y que estaba dispuesto á seguir matando cuantos alcanzase para mejor tenerlos á raya, pues habia ocasiones en que no podia resistirlos.

Así queria el ilustre descubridor apresurar el suceso por el cual tanta fama le han concedido con harta justicia las sucesivas generaciones. Por medio de la exageracion en lo de muertes y crueldades estaba seguro de que los religiosos de Santo Domingo recien establecidos en la Española, como centro de gobierno espiritual y moral, influirian eficazmente en el ánimo de Colon para que con el refuerzo pedido pusiese término á las calamidades de la conquista de la Tierrafirme. Pero ignoraba que el tiempo, usurpando á la verdad sus derechos y prerogativas, habia de fundar graves cargos, apoderándose de aquella ficcion hasta cierto punto conveniente, y que ellos habian de ser parte muy activa para dar ciertos visos de justicia á las calumnias con que tan frecuentes atentan escritores apasionados ó venales, á la bien merecida celebridad de los primeros descubridores.

CAPITULO VI.

Situacion de la Colonia cuando se tuvo noticia de la mar del Sur.—Espediciones al interior.—Ventajas de la de Vasco Nuñez, defraudadas al terminarla.—Muévese de nuevo en busca de Colmenares por el rio Grande.—Alcanzados algunos aumentos retíranse ambos capitanes á Santa María, dejando en las partes del interior un destacamento.—Mala suerte de este, y terribles proyectos de los indios contra la Colonia.—Resolucion de Vasco Nuñez para destruir la conjuracion, y castigo de los caciques.—Discordias intestinas en Santa María.—Proyecta Balboa una prudente retirada á la isla Española; pero no se la permiten sus súbditos.—Feliz estratagema para robustecer su autoridad en medio de muy peligrosos desórdenes.—Fortificada su autoridad, recibe Vasco Nuñez algunos refuerzos y ciertos despachos que dieron mayor importancia á su persona.—Contrarias noticias de Castilla, estimulan la empresa del gran descubrimiento de la mar del Sur, al cual, sin esperar nuevas garantías, se apercibe Vasco Nuñez con todo el arrojo de un héroe.

Con la salida de los nuevos procuradores á Castilla terminaron los sucesos de la Tierra-firme correspondientes al año de 1511, y con el siguiente de 1512 se comenzó un nuevo período de trabajos y fatigas, de zozobras y calamidades, que en mas de una ocasion estuvieron á punto de destruir cuanto en la conquista y esplotacion de aquellas partes se habia adelantado.

De las faltas que la colonia padecia en lo de provisiones, tuvo comienzo la série de disgustos y peligros que hubo de pasar aquel puñado de españoles, por mas que el descrédito recayese, como de ordinario acontece, sobre envidias y parcialidades que la mejor fortuna de los sucesos hubiera estinguido completamente.

En efecto: el envio de mensages á Castilla y la solicitud de socorros á la Española no pudieron ser parte para acallar completamente las necesidades mas perentorias; porque aunque en el despacho de los buques que de Santo Domingo pudieran ir al Darien se pusieran por el gobernador general de las islas y tierras de Occidente la mayor diligencia y cuidado, todavía era de su-

poner que los apetecidos socorros tardarian mas tiempo que el necesario para dar en tierra con toda la colonia, si vejetando en la mas completa inaccion permaneciera abandonada á sus propios recursos.

En tal estado, y para evitar que el hambre y la inaccion causaran en las gentes el estrago que era de temer, Vasco Nuñez se apresuró á entretener su pensamiento en nuevas empresas, necesariamente menores en importancia que aquella de poner en evidencia el reconocimiento de la mar del Sur, cuya existencia tan positivamente se le habia anunciado. Al efecto, de sus gentes de guerra hizo dos pelotones; no sin proveer antes convenientemente á la seguridad de la villa durante la ausencia del grueso de las fuerzas; y tomando para sí el primero compuesto de ciento y diez hombres, y dando el segundo de cincuenta á aquel capitan Colmenares que á lo de Comagre habia asistido, corriéronse ambos pelotones en ciertos bergantines y canoas la tierra adelante, uno por el rio de Darien y el otro por el rio Grande, en demanda de las posesiones de cierto cacique Dabayba que por allí residia con fama de poseer grandes tesoros.

La fama de invencibles que los españoles se habian conquistado en la Tierra-firme desde que la prudencia de Vasco Nuñez llevaba la direccion de los negocios, no permitió que el buscado cacique se detuviera en sus dominios, á no ser que humilde se resignara á entrar en la obediencia pacífica de sus terribles invasores; de suerte que, por no acomodar semejante idea á sus instintos de independencia, y mas que todo acaso, por sostenerse en la amistad del cacique del Darien llamado Cemaco, que en territorio de Dabayba se hallaba recogido desde el establecimiento de sus molestos huéspedes, se retiró con todos los suyos á la aspereza y fragosidad de los montes, donde hubo de calcular que los españoles no penetrarian.

Pequeños hubieran sido los estorbos para aquellos aventureros, si el objeto que los conducia tuvieran que buscarlo donde los indios estuviesen, que la sed del oro, y la satisfaccion del hambre son muy poderosos alicientes, aun para hombres menos acostumbrados á tan difíciles empresas. Pero Vasco Nuñez y Colmenares, cada uno por la via que siguiera, hallaron respectivamente en abandonados pueblos tanto acopio de provisiones, y de oro tan grandes cantidades, que desde luego se resignaron á dejar las armas en la inaccion, mientras que los deseos de su codicia se satisfacian abundantemente.

En especial Vasco Nuñez, á las pocas leguas andadas de su espedicion, halló en las abandonadas tierras de los indios, venados, puercos y otras reses con que atender á la manutencion de sus soldados; y registrando con esmerada escrupulosidad las chozas principales de los fugitivos, tomó en ellas, además de algunos arcos y flechas de las que para combatir usaban, tal cantidad de oro en joyas y láminas, que no bajaba de siete mil castellanos. Pero aunque contento con su presa el caudillo español dió la vuelta hácia el mar, con ánimo de asegurar aquella en el depósito especial de la colonia, fué tan récia tem-

pestad la que se levantó en el golfo de Urabá así que la espedicion desembocó en el rio, que en poco estuvo el que no perecieran los hombres y los buques. Por fortuna el buen gobierno de los bergantines hizo frente con ventajas á la tempestad hasta dominarla; mas ciertas canoas en que iban las presas se hundieron entre las agitadas olas del mar, y el fruto de la espedicion quedó por lo tanto reducido á negativos resultados.

Así defraudados los trabajos de Vasco Nuñez, viéndose trás de ellos tan necesitado de bastimentos como hasta entonces habia estado, desistió de volver á la poblacion de Santa María antes de acometer nuevas empresas que le remuneraran del tiempo perdido en su escursion primera. Para esto enderezó las proas de sus bergantines contra la apacible corriente del rio Grande, por donde Colmenares habia subido, y trás de algunas leguas navegadas arribó á una tierra cuyo cacique, llamado Turiú, tenia bien asistidas de amistad y provisiones á las gentes de Colmenares.

Tomadas las mas indispensables de las de boca para satisfacer la necesidad de sus compañeros, y puestos de acuerdo ambos caudillos, subieron todas las fuerzas la tierra adentro donde se entretuvieron con varia fortuna, bien que siempre mejorados en las ocasiones de guerra que los indios provocaron; hasta que cansados los ánimos, y ansioso Vasco Nuñez de saber si algunas nuevas de la Española ó de Castilla levantaban su autoridad con el aumento de las necesarias fuerzas, para acometer el descubrimiento de la mar del Sur, que era su idea favorita, dió la vuelta al Darien con todos los hombres de guerra que le acompañaban lo mismo que á Colmenares, sin otra escepcion que la de algunos treinta y por cabo cierto Bartolomé Hurtado, los cuales quedaron de guarnicion en un pueblo de los indios llamado Abenamechey con objeto de sostener la tierra ya vista á devocion de los españoles.

Para fortuna de la mayor parte aquellos infelices en cierta espedicion sufrieron una acometida de los naturales que les privó de veinte hombres por la muerte que en ella recibieron; por cuya razon y entendiendo Hurtado las fuerzas que se reunian de muchos caciques, y los planes que se fraguaban para acometer y destruir sin duda alguna la colonia de Santa María en el descuido de la noche, se retiró al Darien con los pocos que le quedaron, y dió cuenta á Vasco Nuñez de todo cuanto por sus buenas confidencias habia aprendido. Dícese que el caudillo español no hubo de dar bastante crédito al aviso de Hurtado, tomándolo como disculpa de su forzosa retirada; pero una india manceba que aquel tenia á su servicio, se encargó de certificar el peligro de los españoles que supo por un su hermano, el cual habido y puesto á tormento confesó muy detalladamente todos los planes inventados por los caciques para dar fin de Vasco Nuñez y de todos los que con él estaban.

Certificado así el caudillo español de aquello mismo que al principio habia juzgado ser invencion de la cobardía, ya no pudo menos de reconcentrar sus talentos para salvar una situacion que tanto peligro ofrecia. Difícil hubiera sido

prevenirlo con la fortificacion de la colonia; porque además de requerir esto mayor tiempo que el que los cuidados ofrecian, ni los útiles que á la mano habia se prestaban suficientes para una fortificacion regular, ni el encono y la muchedumbre conducida por tanto número de caciques se hubiera estrellado contra los frágiles muros de un momento. En tal caso Vasco Nuñez optó por el partido que mas ventajas pudiera ofrecerle en tan críticas circunstancias, que fué el de mostrarse intrépido invasor, en vez de concretarse á la mas bien organizada defensa.

Consejo fué este como de prudente capitan que bien sabe cuantas ventajas en la guerra lleva siempre el que acomete, y á él por lo tanto correspondieron los resultados: porque habiendo salido en dos porciones iguales de á sesenta hombres cada una, los mas apuestos de la colonia, capitaneados respectivamente por Vasco Nuñez la primera, y por Rodrigo Enriquez de Colmenares la otra, cayeron con la velocidad del rayo, aquel sobre las provisiones, y este sobre los conjurados, de modo que nada se salvó de cuantos aprestos tenian hechos para la terrible empresa. Para poner coto á nuevos proyectos, el gefe principal de los españoles hizo ahorcar en público y á vista del mayor número de los prisioneros á los principales caudillos de los indios, con tan oportuna eficacia, que nunca mas los que quedaron volvieron á tener ánimos para acometer nuevas traiciones durante la gobernacion de Vasco Nuñez; y este harto satisfecho de lo sucedido y por ello seguro de su tranquilidad en la colonia, dió la vuelta á Santa María del Darien con su gente cargada de despojos, y embarazada de esclavos.

Así pacificadas las comarcas de la colonia, y puesta en tributo gran cantidad de brazos indios, cuyos trabajos, por españoles dirigidos, ofrecian dar á la labranza de aquellas tierras muy grande incremento, fácil hubiera sido á Vasco Nuñez esperar la llegada de los socorros pedidos para acometer la grande empresa de su vida; pero en contra de sus mejores planes un sordo rumor se levantaba en son de amenaza contra la existencia de la colonia, por los mismos que mas debieran concurrir á sostenerla, y en poco estuvo que la separacion premeditada de Vasco Nuñez diese en tierra con todo lo que hasta allí se habia adelantado.

Como á la justicia se debia, acostumbraba el famoso capitan á distinguir entre sus inferiores aquellos cuya conducta y buenas partes mas se aventajaban del vulgo de la colonia; y con ellos en el trato y las particiones guardaba siempre deferencias que al cabo llegaron á servir de incentivo á las menos útiles con propósito de perjudicarle. La esperiencia habia enseñado á Vasco Nuñez todas las dificultades de la situacion que se estaba creando en Santa María, porque calculaba muy bien que si daba lugar á que las discordias intestinas tomasen cuerpo de sublevacion estando al frente su persona, aunque los socorros de nuevas gentes viniesen en su ayuda, las parcialidades habian de introducirse en estos, por lo que siempre se verifica, y el mal entonces seria

irremediable. Para sofocar en su orígen tamaña desventura supuso con razonable prudencia que nada mas eficaz seria que apartarse de las discordias, dejando en libertad de obrar á su antojo á todos y cada uno de los que en Santa María estaban á sus órdenes. Para conseguirlo hubo de pensar en una espedicion á la isla Española, so pretesto de activar el envio de los socorros tan esperados, procurando, por supuesto, llevar consigo aquellos de los privilegiados que le eran mas queridos. Así durante su ausencia estallarian las pasiones aguijoneadas por la ambicion que nunca duerme, y volviendo al Darien Vasco Nuñez cuando la guerra civil ardiese en la colonia, el prestigio de su persona, no gastado aun, seria mayor y los alborotadores volverian, por voluntad ó por la fuerza de los mas al camino de la obediencia.

Es evidente que el pensamiento del caudillo español estaba en la categoría de los mas útiles para robustecer en el Darien el principio de su autoridad que en peligro tan inminente oscilaba; pero la realizacion era de todo punto imposible, porque en medio de las envidias y rencores no habia uno solo entre los españoles de la colonia que no fundase la seguridad de su vida, mas que en los efectos del valor inherente á todos y cada uno, en la proverbial prudencia y felices disposiciones de Balboa. Así cuando entendieron el proyecto de ausentarse Vasco Nuñez, fué general el clamoreo contra su viaje, por lo que se vió forzado á tomar nuevas precauciones para conjurar la anarquía que, no embargante prestigio, estaba amenazando de muerte la ruina del establecimiento.

La oposicion de los españoles á la partida de Vasco Nuñez no impidió que se enviase á la córte tercer mensage, pasando como de costumbre por la isla Española, para dar cuenta al almirante don Diego de lo que en la Tierra-firme se iba adelantando. Al efecto y porque en el estado de autoridad que Vasco Nuñez tenia, todos los mejores oficios en pró de su persona los consideraba escasos para autorizarlo con la magestad del rey, quiso que la embajada fuese conducida por persona bastante amiga; y con Juan de Caycedo, veedor que habia sido de la armada de Nicuesa, partió en un bergantin medianamente provisto y aparejado el capitan Rodrigo de Colmenares, quien sin embargo llegado á Castilla, no correspondió á la confianza que en él Vasco Nuñez habia puesto.

Pero dejando por anticipada la narracion de los resultados que tuvo la ida de Colmenares á Castilla, bien será considerar los sucesos de la colonia tan pronto como el bergantin mensagero desapareció de la vista del establecimiento. La situacion espinosa en que Balboa se encontraba habiendo sucumbido, bien que con visos de voluntad, al tumulto contra su partida, habia en cierto modo desvirtuado su autoridad lo bastante para que contra ella se considerasen en posicion de sublevarse siempre y cuando les acomodara, aquellos que le estaban menos obligados, lo que al cabo se verificó hasta con peligro de la vida. Por suerte del gobernador la justicia que á su parte existia triunfó una y otra

vez de los revoltosos, pero al cabo estos ganaron en osadía lo que en fuerzas les faltaba, al paso que la tibieza de los afectos á Vasco Nuñez se hacia menos temible para los agresores, y daba mayores cuidados al gobernador que así declinar á la inaccion veia las voluntades de los suyos.

En tal estado el mejor espediente era tomar una resolucion que envolviera en su ruina los intereses de sus parciales, por lo que los rebeldes se gozarian en perjudicarlos; y como en poder de Vasco Nuñez existian sin repartir sobre diez mil castellanos de oro, cuya distribucion todos anhelaban, fingió salir á caza el prudente gobernador seguro de que en su meditada ausencia se le habian de afirmar con creces algunas voluntades. En efecto, tan pronto como la ida de Vasco Nuñez cundió entre los que espiaban de su persona el mas ligero descuido, los mas atrevidos de la sedicion, capitaneados por cierto Alonso Perez, y un bachiller llamado Corral, se precipitaron en el aposento de Balboa, y estrageron los diez mil castellanos de oro, cuya particion era de todos deseada.



El cebo de la general codicia brillaba demasiado para que ninguno de los de la colonia dejara de presentarse á tomar su parte respectiva; así lo deseára Vasco Nuñez al tiempo de abandonar el depósito, y los resultados correspondieron bien pronto á sus esperanzas; porque corriendo por cuenta de los menos dignos la distribucion del oro, y teniendo estos mas cuidado de sí que de los mas meritorios contra cuyas ventajas se habian revelado, no tardaron los favorecidos de Balboa en exigir por la fuerza lo que á sus méritos la parcialidad negaba; y tomando la voz y nombre de Vasco Nuñez, acometieron á los defrau-

dadores rindiéndolos en breve rato, buscaron al gobernador cuya autoridad reclamaban á voces dentro y fuera de la villa, y encontrado que fué pusieron á su disposicion los rebeldes que él tuvo á buen recaudo; y celosos de lo suyo mas que de la moralidad que invocaban, se ofrecieron á Vasco Nuñez tan de veras que desde entonces pudo considerarse ya seguro en el gobierno que desempeñaba, y con toda la conveniente autoridad para sofocar los motines y parcialidades y hacer que su persona y condicion fuesen de todos respetadas.

Para fortificar la autoridad de Vasco Nuñez, y precipitar el descubrimiento que le estaba reservado, llegaron al puerto de Santa María del Darien dos carabelas con provisiones y en ellas hasta ciento y cincuenta soldados de refuerzo, bajo la conducta del capitan Cristobal Serrano. Y como si esto no bastara aun para el mantenimiento del órden por lo que de faccioso tenia la eleccion de Vasco Nuñez para el gobierno de aquellas tierras, parece que, con el parabien de los sucesos prósperos que Balboa habia alcanzado, recibió del tesorero general de la isla Española N. de Pasamonte, cierto despacho ó provision de capitan general de la Tierra-firme, para cuya espendicion se supuso en la época que el tal tesorero estaba autorizado por el rey Católico, á fin de coartar en cuanto fuera posible la jurisdiccion del almirante don Diego (1).

Todo lo dicho no hubiera bastado, sin embargo, para que Vasco Nuñez con tan pequeño refuerzo se precipitara á acometer empresas muy superiores á las que humanamente se reputaban como posibles; pero á darle ánimos bastantes acudió cierta carta que de España le enviaba Zamudio su primer mensagero, el cual, revelándole las intrigas que contra su autoridad se levantaban en la córte por el bachiller Enciso y otros parciales de Nicuesa, le participaba á la vez que el rey habia tomado en consideracion las acusaciones oidas y por ellas ordenado que se procediera en justicia con arreglo á derecho.

Por mas que los hechos de Vasco Nuñez hasta entonces hubieran sido bastantes á borrar los malos antecedentes de su procedencia en el gobierno, la conciencia hubo de acusarle como hombre que era de justificados principios; pero lejos de abatirse ó revelarse contra la real autoridad conforme otro menos corazonado capitan hubiera hecho, Balboa tomó á su cargo los resultados del descubrimiento de la mar del Sur con la poca gente que tenia, á pesar de

(1) Herrera: *Historia de las Indias Occidentales. Década I: libro IX.* Para los que sepan, por lo que de la historia se desprende, cuanto trabajo costaba al rey don Fernando depositar el gobierno general de las Indias en la sola persona de don Diego Colon, no ha de ser estraño el saber que, de resultas de tan justa confirmacion de adquiridos derechos, creó la audiencia de Santo Domingo además de la autoridad de residencia temporal que habia concedido á los frailes que allí fueron de la propia órden: y con respecto á las atribuciones de Pasamonte, bien será advertir que entre este y don Diego existia mortal enemiga, sosteniéndose el primero en la isla Española tan solo en fuerza de la independiente jurisdiccion que le tenía concedida su real protector don Fernando. Tal consta de varios documentos autorizados que en los archivos de la corona compulsó el sábio don Martin Fernandez de Navarrete, y se hallan en su *Coleccion de Viajes;* de todo lo cual resulta muy posible la voz que en el Darien corrió entonces de que los despachos enviados á Vasco Nuñez por Pasamonte estaban dados con bastante facultad, sustentada por la enemiga que el rey tenia contra el almirante.

que, segun todos los informes tomados de los indios amigos, era aquella empresa nada holgada para mil hombres por lo menos. Con semejante resolucion de suyo tan levantada, pensó destruir los cargos de la pasada usurpacion del gobierno si Dios le favorecia, puesto que de ella tan grandes beneficios á la humanidad y tantos estados á la corona habian de reportarse. Ignoraba, desdichado, que lográndose á medida de su voluntad los deseos que tenia, nada mas que su mayor proeza habia de facilitar la desventura que le estaba reservada en adelante; que tal es la condicion inherente á los hombres por el torcedor de la envidia que de contínuo los devora. Mas sin tener cuenta de su porvenir y solo pensando en salvar su posicion presente, mandó hacer provisiones de boca y guerra tantas como cargarse pudieran entre todos los soldados: entresacó de estos los mejores y en número bastante con arreglo á los que allí habia para atender á la espedicion, sin abandonar la colonia, tomó algunos perros de presa, con que en aquellas partes se servian como de combatientes muy poderosos los españoles, apercibió hasta mil indios de servicio para intérpretes, guias, y bagages, que otros allí no se usaban, y distribuyó en grande cantidad á la gente de guerra que habia de seguirle, rodelas, espadas, ballestas y escopetas.

Tantos y tales fueron los acontecimientos que prepararon al comercio del viejo continente, á las ciencias naturales, al dominio de la corona española y á la gloria de Vasco Nuñez de Balboa, el mas portentoso descubrimiento que vieron los siglos, si se esceptua el que fué resultado del primer viaje del Almirante don Cristobal.



CAPITULO VII.

Inconvenientes que se amontonan contra el descubrimiento de la Mar del Sur y constancia de Vasco Nuñez para vencerlos.—Hace alarde de la gente de guerra que ha de acompañarle: su número, y carácter especial de los soldados.—Dáse al mar la espedicion con rumbo á las tierras de Careta.—Nuevas alianzas con indios, por la notable prudencia de Vasco Nuñez.—Sumision y ayuda que presta á los españoles el cacique Ponca.—Comiénzase la marcha por muy ásperas sierras en demanda del nuevo Océano.—Trabajos y fatigas que sufren los espedicionarios con heróica constancia.—Dia 25 de setiembre de 1513: Descubrimiento de la Mar del Sur.—Ceremonias y entusiasmo de nuestras gentes á vista de tan sublime espectáculo.—Para descender á tomar posesion de aquel vasto piélago, nuevas dificultades se amontonan que las armas de la espedicion ventilan con buena fortuna.—Acantonamiento en el pueblo indiano de Chiapes, de donde parten varios esploradores en demanda de fácil camino para llegar á la vecina playa.—Afortunado suceso del capitan Alonso Martin de don Benito, y su vuelta al pueblo de Chiapes.—Parte de nuevo toda la espedicion española y desciende á la playa.—Dia 29 de setiembre: Toma de posesion por Vasco Nuñez del Grande Océano Occidental á favor de la corona de Castilla.—Nueva espedicion por el mar descubierto: entrada en el golfo de *San Miguel*: tempestades, naufragio y peligros.—Vuélvese Vasco Nuñez á la Tierra firme: combate de nuevo con los indios de aquellas partes, y vencidos los agrega á su amistad y alianza.—Noticias que adquiere respecto á la estension del Grande Océano.—Ideas sobre la existencia del imperio del *Perú*; y exageradas ponderaciones de inmensas riquezas.—Entusiasmo de Vasco Nuñez, y efectos ulteriores.

Muchos y muy poderosos obstáculos se habian opuesto al asiento de los españoles en el Nuevo-Continente, y la constancia de Vasco Nuñez en poco estuvo para que en sus proyectos cejase, ante la inmensidad de aquellos que de dia en dia se amontonaban. La mas terca oposicion de parte de los indios: las discordias entre los suyos: la escabrosidad de las tierras por donde la existencia del nuevo Océano se le indicaba, todo esto era mas que sobrado para que otra voluntad menos dura desistiera de una empresa, cuyas probabilidades por otra parte no dejaban de estar envueltas entre la sombra del mas profundo misterio.

En efecto: los libros que en la mente del mas famoso almirante habian

creado el pensamiento de penetrar las regiones occidentales del ya conocido Océano, revelaban á lo mas la existencia de algunas islas hasta entonces no frecuentadas por los viajeros modernos; que ni la profecía de Séneca, ni las revelaciones de Platon, ni otras tantas relaciones mas ó menos exactas que, como restos de una remota cultura, se destacaban en el pensamiento para avergonzar la escasa sabiduría de un siglo que comenzaba á bullir con nuevo ímpetu en el mundo de la filosofía y de las ciencias, pudieran inducir á ninguno de los mas aventajados á creer que mas allá de la valla de tierra donde el intrépido Colon habia sentado la planta, suponiendo hollar las regiones mas orientales del viejo continente, habrian de encontrarse otro mar y otras distancias no menos dilatadas que las anteriores, para llegar á las tierras de que el famoso Marco Polo habia escrito con tan animados colores y tan incitativas circunstancias.

Tal vez imaginaciones atrevidas, habiendo observado la falta de cultura que en las tierras ya vistas se advertia, ó porque los mas fantásticos sueños de encantos y de riquezas, de palacios de oro y de puentes de jaspe no se habian ofrecido á la vista inmediatamente de su llegada al Nuevo-Mundo, juzgaban que la porcion de tierra-firme ya sometida á su exámen, no era otra cosa que una inmensa barrera por la naturaleza levantada contra las ambiciones de piratas y aventureros en defensa de aquellos deliciosos paises de donde al Occidente de Europa se conducian todas las preciosidades inventadas por el lujo oriental para centralizar en su territorio el mas brillante comercio del mundo. Por consecuencia de semejante idea creian que, atravesada aquella lengua de tierra por conducto de un canal ó estrecho de corta valia y escasos límites, el pais de la especería y de los aromas, con sus magníficos alcázares y dorados chapiteles, con todos los encantos referidos por el viajero de Venecia, se ofreceria á la vista ávida de sensaciones, brindando á la mente cómodo descanso para resbalar muellemente por la senda de la vida, y castigando la mezquina codicia de los aventureros con tan inmensas riquezas, que jamás pudieran considerarse sin nuevas y variadas sensaciones.

Así, y no de otro modo, en virtud de las noticias comunicadas hasta entonces por los mas autorizados geógrafos, se comprendia las existencias de aquellas tríbus feroces y salvages que con tanto valor y tan sigular obstinacion se oponian al tránsito de nuestras gentes. Así y no de otro modo lo hubo de comprender el génio de los descubrimientos hechos en aquellas partes, puesto que al dejar, estenuado de fatiga, el camino de la existencia material, el famoso almirante que tan larga vida se habia conquistado en el templo de la gloria, cerrára los ojos al mundo en la seguridad de haber abordado los límites orientales del viejo continente. Y así, y no de otro modo, repetimos, debieron comprenderlo los hombres mas eminentes en el conocimiento de las condiciones de nuestro globo, siquiera porque á la estension de la tierra por las regiones asiáticas y mas allá del Ganges, se daba infinitamente mayor número de

grados del que en realidad se averiguó tener segun los descubrimientos posteriores.

Pero Vasco Nuñez habia oido de boca de los indios varias noticias contestes relativas á la existencia de otro mar de longitud desconocida; y aunque las ilusiones de la mente alimentadas con la mal comprendida lengua de aquellos indígenas, hubieran bastado en distinto caso para autorizar los efectos de la duda, como á su posicion especial convenia dar nuevo empuje para destruir los cargos propalados en su descrédito ante la magestad de Fernando V, la aventura era el mejor de los sucesos que pudieran acudir en su ayuda y la realidad de la existencia del nuevo mar fué aceptada por Vasco en tal disposicion, que antes de averiguarla prácticamente ya habia dado á la córte con el mayor entusiasmo las mas gratas seguridades de su feliz descubrimiento (1).

Gustando anticipados los placeres de la inmortalidad, resbalaba Vasco Nuñez por la senda de su vida, apresurando lo necesario para tomar la vía de la gloria. Al efecto hizo público y marcial alarde de sus gentes de guerra, y en él, sino advirtió el lustre de la empresa por la nombradía de nobles caballeros que hubieron de acometerla, tampoco auguró mal de su porvenir al mirar la ruda condicion de los soldados que mandaba. Estaban curtidos por el ardiente sol de los trópicos no menos que por la dureza de los trabajos que en aquellas tierras habian pasado, tan poco afectos á la conservacion, y tan olvidados de toda comodidad, que las nuevas fatigas de una empresa cualquiera no podian considerarse mas que como descanso de la mente por las variadas sensaciones que se fueran sucediendo. Allí consideró, mas que la fama de los capitanes, el valor de los soldados: mas que la ostentacion de los penachos y divisas de cada compañía, el temple de las armas y la constancia de hierro de cuantos le acompañaban. Acostumbrados al hambre y á las fatigas de la guerra, durmiendo sobre el campo y en las malezas, alimentándose de raices ó frutas desconocidas, si el cuerpo tenian flaco, el corazon se habia crecido, y bien calculó Vasco Nuñez que la muchedumbre del número seria convenientemente sustituida por el mas alto espíritu de los menos. Así, aunque en la muestra tomada antes de la empresa no halló mas que ciento y noventa hombres de guerra disponibles para acometerla, encomendando el suceso á la buena suerte de su administracion y á la prudente resolucion de sus procederes, fijó el dia primero de setiembre de 1513, para dar comienzo á la espedicion de la manera que vamos refiriendo.

Aparejados se hallaban convenientemente once buques, á saber: un bergantin y diez grandes canoas indianas con mucha provision de víveres, municiones y armas, en el puerto de Santa María, y en ellos se embarcaron los ciento noventa españoles y hasta mil indios de carga; y como la empresa era arriesgada por las penosas tierras que habian de atravesarse pobladas de na-

(1) Archivo de Indias en Sevilla. *Descripcion y poblacion*, legajo número 7.

turales belicosos y contrarios á los españoles, Vasco Nuñez habló á sus gentes con el lenguage de la prudencia, sin amenguar los quilates del valor, recomendándoles la mas rígida disciplina, y dándoles para su ayuda conveniente cantidad de perros bravos que la esperiencia habia demostrado ser de gran efecto en las ocasiones de la guerra.

Para mejor facilitar la empresa habia dispuesto el famoso caudillo comenzarla por las tierras amigas, renovando las anteriores alianzas, y cimentando otras nuevas que le asegurarian en cualquier evento la mas fácil comunicacion con su colonia. Así fué que, dado al mar aquel singular armamento con rumbo á la costa de las tierras de Careta, cuya hija tenia Vasco Nuñez en servicio de manceba, desembarcó en ellas con singular demostracion de los naturales, recibiendo allí todo género de agasajos y gran cantidad de nuevas provisiones. Despues, por los pasados sucesos, y la eficaz cooperacion de los indios amigos, tambien vino á concierto con los españoles aquel cacique Ponca que en la anterior espedicion de Vasco Nuñez se habia escondido en las asperezas de la tierra; de donde resultó que, obrando como cuerdo capitan, se halló el de la empresa bien seguro de la retaguardia, y por lo tanto, con mejores ánimos para continuar derecho al objeto principal de sus operaciones.

Trás de los mútuos afectos y recíprocos cambios que se verificaron entre los nuevos contratantes, el cacique Ponca facilitó á Vasco Nuñez cantidad de guias para comenzar aquellas sobre las partes del Sur, desde el distrito de su cargo. La escabrosidad de las sierras que se ofrecieron al paso, comenzado que fué el movimiento, hubiera debilitado los ánimos mas robustos si el caudillo de los españoles, marchando al frente de los trabajos y peligros, cargado como sus compañeros, sóbrio en los alimentos y pobre en el trage, no inspirase sobrados alientos aun á los menos animosos: que de mucho sirve el ejemplo del gefe en las operaciones de importancia. Mas las enormes dificultades que embarazaban la empresa pantanos en los vallos, torrentes despeñados de las cumbres, y sobre todo aquella impenetrable cadena de montañas que forman el Istmo de Panamá sirviendo como de barrera á la comunicacion de ambos Océanos, no fueron bastantes á torcer la voluntad de hierro de Vasco Nuñez, que en lo mas íntimo de su resolucion habia grabado como en diamante la indeclinable empresa que estaba acometiendo.

Algunas veces, sorprendiendo la noche á los espedicionarios en el fondo de algun valle pantañoso con agua hasta la rodilla, los piés enclavados en tierra anegadiza, sin la mas remota comunicacion con gentes ni poblaciones, veíanse forzados á hacer frente á tan angustiosa situacion sin dar un paso, hasta que la luz de otro dia llegaba en su ayuda para guiarles á mayores trabajos. Otras, no menos acosados por la naturaleza, cuando trás de largas fatigas se consideraban venciendo la mas pendiente montaña de cuantas habian subido, nuevos repechos sofocaban su espíritu y enflaquecian sus cansados piés, dando lugar á que la boca hiciera el oficio de las manos para ser conductora de las

armas, en tanto que aquellas prestaban á la seguridad del cuerpo toda la fuerza y el equilibrio que en vano las piernas hubieran intentado. Y como si tantos y tan desconsoladores peligros no bastáran á destruir por su base la entereza de aquella aventura, cuando la igualdad del terreno permitia algun reposo, enjambres de indios acudian con sus flechas y ponzoñas ansiosos de acabar la vida de los que así se atrevian á turbar la monotonía de su existencia salvage.

Pero este era el mas llevadero de todos los trabajos que en aquella peregrinacion se esperimentaba, puesto que al valor natural de nuestras gentes se unia el desesperado impulso de sus desdichas, y el empuje de sus armas secundada por la braveza de los perros, cuya ferocidad con los indios pudiera compararse sin notable diferencia á la de las panteras en el desierto, en breve destruian los bélicos inconvenientes que amontonaban á la empresa otros hombres de raza menos culta y harto mas desventajosa para los sucesos de la guerra.

Los que tuvieron lugar en el tránsito, no solamente no frustraron el gran pensamiento de Vasco Nuñez, sino que mas bien lo robustecieron grandemente: porque el crédito, que siempre arrastra la victoria como esclavo, hizo en las ocasiones que los caciques mas poderosos y crueles enemigos de nuestras gentes, despues de batidos y arrollados con pérdidas considerables, acudiesen á reconocer la superioridad de aquellos terribles huéspedes, cuyo aliento era el bramido de la tempestad, y cuyas manos manejaban todas las iras del cielo.

Con semejante resultado no solamente el caudillo español hacia poderosa y estable su reputacion en las tierras que atrás dejaba, teniendo así la mas completa seguridad en el improbable caso de una retirada, y familiarizando á los indios con la dominacion de los reyes de Castilla en su territorio, objeto privilegiado de la colonizacion, sino que disponiendo á su voluntad de las personas y de los bienes de aquellos indígenas, podia sin trabajo utilizar los servicios de todos para el de guias y conductores de la espedicion, y reunir á la vez por vía de ofrendas ó tributos que los caciques pagaban, grande porcion de láminas de oro, que en todo caso acudirian á justificar los infinitos trabajos de la empresa.

Tambien las ventajas de nuestras armas sobre los indios del territorio que se pisaba, facilitaron en ocasiones á Balboa la comunicacion amistosa con los que mas adelante se apercibian á impedir el tránsito por el camino de las armas. Algunos, á pesar de los presentes y embajadas, quisieron ensayar la resistencia, lo cual á veces no sentaba mal á Vasco Nuñez; porque en tales casos, obrando las armas con todos los rigores de la guerra, los resultados siempre justificaban la invulnerable superioridad de nuestros soldados, y el miedo confirmaba amistades que la voluntad, siempre inconstante entre los indios, hubiera deshecho fácilmente.

Marchando con tantos inconvenientes y tan cortas ventajas trás de veinte y cinco dias de afan y trabajos infinitos, se vieron próximos á dominar la mas alta cumbre que en el Istmo se levanta. Desde su cima habia de patentizarse un

nuevo misterio de los naturales conocimientos, porque el mundo respecto de las ciencias siempre se halla en la edad de su infancia por mucho que adelante; y cuando tal anunciaron los indios que la espedicion guiaban, mandó Vasco Nuñez hacer alto á su pequeño ejército, porque ningun hombre antes que él era digno de presenciar el sublime espectáculo que á sus ojos iba á desarrollarse.

Con la espada desnuda en la diestra mano y el estandarte de la empresa en la izquierda, rápido se levantó el afortunado caudillo hasta la cresta de aquella barrera, que trazas tenia de ser impenetrable. Al tender la vista por el nuevo horizonte que se presentaba, un vasto mar, cuyos límites se perdian en lontananza, acudió á satisfacer la feliz investigacion del afortunado aventurero, el cual lleno de gratitud cayó de rodillas ante el Dios de la creacion, y despues de tributar los debidos respetos á la Providencia que así levantaba su nombre al templo de la inmortalidad, se recreó contemplando el famoso descubrimiento que á coronar venia sus mas lisonjeras esperanzas.



La bondad del suceso no precipitó el entusiasmo de Vasco Nuñez para llevar la noticia á sus compañeros: antes bien agolpándose á su inflamado espíritu todas las consideraciones que el espectáculo inspiraba, allí permaneció dominando el grande mar de Occidente como el águila que se cierne altiva sobre las mas plácidas regiones de su imperio.

Y en verdad que razones sobradas justificaban el éxtasis del caudillo español cuando media con ávido afan la estension de aquel numeroso piélago. Hasta el instante mismo de su descubrimiento cuantos cálculos se habian he-

cho: cuantas teorías se habian consignado relativas á las Indias de Occidente, giraban constantes sobre falsos principios, porque nadie habia llegado á pensar ni siquiera un instante, que las vastas regiones que al dominio español se estaban sometiendo mas allá del Atlántico, pudieran formar unidas un mundo ignorado hasta entonces de las mas remotas generaciones. Los frecuentes discursos del primer almirante, acreditados por el éxito de sus empresas, habian hecho conocer la redondez de la tierra, y la posibilidad de circunnavegarla, desterrando las absurdas preocupaciones de los que ni siquiera, como ya hemos repetido, podian obtentar los mas superficiales rudimentos de ningun sistema cosmográfico; pero el mismo Colon vivió y murió en la falsa seguridad de haber arribado en sus esploraciones á las costas mas orientales del viejo continente, y ante la creencia absoluta del génio de las ciencias ninguna otra opinion dejaria de ser aventurada y sin crédito alguno, hasta que nuevos y mas vastos descubrimientos concurrieran á justificarla. El que acababa de hacer Vasco Nuñez venia á tomar mano de las ciencias naturales para impulsarlas en el camino de la verdad, hasta entonces oculto entre las sombras de la ignoranrancia. Por el espectáculo del nuevo mar y por las noticias que de su estension infinita le dieron contestes los indios, ninguna duda pudo quedar respecto á la realidad de un Nuevo-Mundo, que estaban hollando nuestros intrépidos aventureros, ni menos por lo concerniente á la mayor longitud del globo terráqueo.

Cuando ya dentro del pecho de Vasco Nuñez no cupo el entusiasmo que le inspiraba la vista, retrocedió al punto donde su pequeño ejército le aguardaba con notable impaciencia; y sin otra voz que la de seguir el camino de la cúspide hasta llegar todos sus compañeros donde él tanto gozado habia, se remontó de nuevo á la cima de aquella montaña bienhechora, y estendiendo la mano hácia el Sur mostró á todos la grande y famosa hazaña que habian acabado trás de infinitos peligros y con tan heróica constancia. Describir el entusiasmo que brilló como una manga de fuego en todos los semblantes españoles, obra seria superior á cuanto los humanos talentos alcanzan, que hay escenas en la vida del hombre cuyo efecto se siente pero no tiene esplicacion posible. Bastará decir que mas de un rostro quemado por el sol y arrugado por los trabajos, donde jamás el rocío del alma que sale por los ojos habia refrescado la idea de un pesar intenso, se vió surcado la primera vez por las lágrimas del entusiasmo: y que aquellos hombres adustos, avezados con la muerte, y que por estar imbuidos en las falsas teorías de la supersticion eran irreconciliables enemigos de los indígenas, abrazaron á estos con el mayor cariño y les tributaron todo género de satisfacciones por la tan inmensa que de sus informes y buenos oficios estaban recibiendo.

Trás de la conveniente espansion en tan alhagüeña perspectiva, volvióse á poner la espedicion en buena ordenanza para descender en la direccion que la playa ofrecia á sus próximos dominadores; y como todavía la distancia era

mucha y la pasada fatiga no escasa, el caudillo de los españoles marcó la jornada en demanda de cierta poblacion cercana, cuyos habitantes gobernados por un cacique nombrado Chiapes, al entender la proximidad de nuestras gentes se pusieron en armas como todos los del tránsito habian hecho, y confiados en el número superior de sus gentes, salieron á dar batalla á Vasco Nuñez con impetuoso arranque y descompuestos alaridos, sin método ni ordenanza. Antes de hacer uso de las ballestas y mosquetes el capitan español amonestó á los agresores para que por amigo le recibieran lo mismo que á sus subordinados; Pero la obstinacion fué mas poderosa que el raciocinio, y los trámites de la guerra siguieron su curso ordinario con notable desventaja de los indios.

Para bien de la humanidad esta vez no se ensañaron como por costumbre solian los soldados españoles, porque el objeto de Vasco Nuñez en aquel suceso era, con pequeños castigos y los informes de los indios que de mas atrás le acompañaban, asegurarse la amistad de los pueblos al nuevo mar vecinos. Quizá entró por mucho en la suavidad de nuestras gentes el descubrimiento que acababa de verificarse: lo cierto es que con algunos prisioneros á quienes se dieron con la libertad deslumbradores presentes, tales como espejuelos, vidríos, cascabeles y otros objetos de la propia monta, el cacique no tardó en venir espontáneamente á la presencia de Vasco Nuñez con la mas cordial amistad y un tributo en láminas de oro, que no bajaba de seiscientos y cincuenta pesos.

Cuando todas las seguridades de la amistad se habian cambiado recíprocas para no temer nada de parte alguna, el intrépido aventurero español que la empresa conducia, se holgó de repartir con sus compañeros la gloria que allí se iba conquistando; que de esforzados corazones fué siempre la generosidad, y el de Vasco Nuñez lo era tanto como se advierte de sus levantados pensamientos. Por recompensa de sus fatigas y de la constancia con que habia llevado á cabo el descubrimiento hecho, creyó bastante la de ser el primero de los hombres del viejo mundo á cuya vista se ofreciera el sublime espectáculo de un mar hasta entonces ignorado de la mas sábia cultura.

Bien sabia que, conforme á la práctica constante, y á la que en semejantes empresas se consideraba de absoluta precision, era necesario tomar posesion formal de aquel vasto elemento, para que con justos y legales derechos se considerase por todas las naciones del mundo subordinado á la corona de Castilla; pero en el estado especial de los descubrimientos, cuando otro pueblo que el español no se habia lanzado aun á disputarnos los derechos del nuevo hemisferio, porque las concesiones pontificias los habian sancionado, y el rayo de la escomunion amenazaba terrible á los que tratáran de obrar usurpadores, fácil era diferir la ceremonia algunos dias en tanto que á los mas esforzados capitanes de los que á Vasco Nuñez obedecian, concedia este el estímulo de disputarse la gloria de ser cada cual el primero á entrar gozoso en el nuevo mar, marchando en distintas direcciones con propósito de averiguar la mas fácil vía

por donde pudiera descender á cómoda playa todo el grueso de las fuerzas.

Con el indicado propósito salieron, convenientemente escoltados cada uno por doce hombres de guerra, los capitanes Francisco Pizarro, Juan de Escaray y Alonso Martin de don Benito, siendo á este último, que caminó mas bien aconsejado de los guias, al que estaba reservada la fortuna que entre los tres se disputaban. En efecto: despues de dos dias de penosa marcha, muy semejante á la que habian llevado hasta allí los espedicionarios, bien que por entonces descendiendo en la misma proporcion que antes subieran, el dicho capitan Alonso llegó con sus soldados á una ancha playa, donde la vista no alcanzaba la orilla del mar á menos distancia de media legua. En seco, no obstante, y á la altura en que se hallaban, vieron dos canoas, y cuando se entretenian contemplándolas, advirtieron que la marea subia con tan prodigiosa creciente, que en breve tiempo ambas canoas flotaron á merced de las ondas. Cuando el capitan de aquella partida vió el suceso, interpretando los deseos de Vasco Nuñez, y dando á su reputacion cómodo lugar en la historia de los hechos mas notables, se entró en una de las dos canoas y en voz alta requirió á los suyos para que en todo tiempo certificasen como él habia sido el primer español que se embarcára en aquel Océano. A su imitacion y por ser dos los buques, uno de los soldados nombrados Blas de Atienza procedió en la misma forma, descendiendo ambos nautas á tierra pocos minutos despues de consumada su hazaña, para regresar al pueblo de Chiapes, y hacer á Vasco Nuñez circunstanciada relacion de su afortunado viaje.

No esperaba otra cosa el afortunado caudillo de la espedicion para ir á formalizar el acto mas solemne que hasta allí se habia visto, despues del desembarco de Colon en la isla de Guanahaní, que fué la primera que se prestó á sus descubrimientos. Acompañado de ochenta soldados españoles, los mas insensibles á las fatigas de tan penosa jornada y de numeroso séquito de chiapeses con su cacique á la cabeza, descendió Vasco Nuñez á la orilla del mar por el camino que Alonso Martin habia aprendido, y despues de formar su gente en buena ordenanza con las espadas y picas, presentadas, las ballestas tendidas, las horquillas de los arcabuces clavadas en la arena, las mechas ardiendo y las banderas desplegadas al viento, todo á manera de bélica ceremonia conforme á los usos militares de la época, se entró el animoso caudillo por el Grande Océano hasta que el agua le permitió sostenerse, y con elocuente aspecto, continente grave y sonora voz, proclamó señores de la *Mar del Sur* á los reyes de Castilla y de Leon conforme á derecho, ofreciendo defender aquella posesion con la razon y con las armas de cuantos rebeldes ó usurpadores tratáran de invadirla.

El escribano real que para tales casos iba á punto en las espediciones de alguna importancia tomó acta y dió fé de lo que el gefe de la empresa habia proclamado, despues de lo cual soltando al viento las armonías marciales de los clarines y atambores, confundidas con el rudo estampido de los arcabuces

que se dispararon para dar mas valor al simulacro de guerra con que se amenazaba á los que pretendieran en adelante disputar la formal posesion de aquel



Océano, embarcáronse todos los de la comitiva en varias canoas allí dispuestas por los de Chiapes, con objeto de pasar un rio de allí cercano, é ir á sancionar la dominacion española en el pueblo no distante del cacique que gobernaba aquella comarca. Como era costumbre de aquellos naturales, los nuevos indígenas salieron al paso de nuestras gentes en son de guerra, lanzando dardos y denuestos con grande algazara; pero en pocos momentos una nueva victoria coronó los esfuerzos de la inteligencia sobre el mayor número, y el cacique de aquellos infelices, por nombre dicho Cocura, entró en la amistad de Vasco Nuñez y en el dominio de la corona de España.

Para completar el éxito de la empresa con todos los requisitos correspondientes á la que se estaba acometiendo, quiso el gefe de la espedicion llevar á cabo una por mar embarcado en las canoas de que se servian los naturales. En vano los mas prácticos de estos quisieron disuadirle por los peligros y tormentas que en la estacion solian padecerse por aquella costa: la vista de un golfo inmediato que de la tierra se descubria, animó el espíritu siempre acometidor de Vasco Nuñez, y en nueve canoas bien dispuestas se embarcaron con él los ochenta soldados que llevaba, mas el cacique de Chiapes y algunos indios remeros.

Con próspero suceso durante las primeras horas de la navegacion penetró aquella estraña flotilla por el golfo á que se dirigian las investigaciones de Vas-

co Nuñez, al cual, denominó de *San Miguel* conforme á los usos mas admitidos en conmemoracion del dia, que era el 29 de setiembre. Por él resbalaban suavemente las canoas contemplando sus tripulaciones con grato entusiasmo el resultado de su conquista, cuando aturbonados los horizontes comenzó á levantarse un viento frescachon que en poco tiempo tomó todo el caris de la tempestad mas peligrosa. La mas escéptica serenidad no pudo mostrarse insensible al duro trance de un naufragio al parecer inevitable, cuando en la ruina de la flota se envolvia la perpétua ignorancia del importante descubrimiento que acababa de hacerse con la existencia de aquel Océano. Por fortuna la mano airada que movia los aquilones plantó una isleta en el golfo para alivio de los náufragos, y en ella se salvó la flota con grandes averías en los bastimentos, bien que sin pérdida ninguna de las personas embarcadas.

Cuando el mar recobró su natural concierto y con raices de los árboles el instinto de los indios dió por resultado la mas conveniente carena de sus canoas, volviéronse á embarcar los espedicionarios con ánimo resuelto de penetrar en las tierras menos dispuestas á la amistad de los españoles, á fin de castigar con preferencia á sus naturales para escarmiento de todos y mayor seguridad de la dominacion de aquellas partes. Al llegar á tierra en lo mas recogido del golfo no se hicieron esperar mucho tiempo los sucesos de la guerra, puesto que grande número de indios bien armados y no poco resueltos acudió á la playa llenando el aire con sus alaridos y el espacio con sus flechas. Encomendada la cuestion á los argumentos de la lucha, Vasco Nuñez que vió desfallecido el ánimo de sus gentes, acomodó en la vanguardia algunos pocos españoles que se sostenian mas briosos en medio del infortunio; estos mas que por la fuerza del número por la influencia de su buena ordenanza, no tardaron en dar la mejor cuenta de su cometido, poniendo en precipitada fuga á las enormes masas de sus incautos agresores.

Despues de la persecucion y matanza que eran consiguientes en semejantes casos para afirmar por las vías del terror las consecuencias de la victoria, los tratos mas amistosos sustituyeron al rigor de las armas, y los españoles tuvieron ocasion de recibir en su campamento á aquellos de sus mas rudos enemigos que, depuestas las armas con el furor de los primeros ímpetus, acudian á confirmar los pactos de su amistad cargados de riquísimos presentes. Aunque la mayor parte de estos consistian en grandes cantidades de oro, todavía no fué el precioso metal su mejor aliciente, puesto que contra toda esperanza concurrieron al tributo muchos indios cargados de hostiones de magníficas perlas, tan grandes como las mejores que en Europa se habian visto.

A vista de tan precioso don no pudo Vasco Nuñez prescindir de entrar en esplicaciones con el mas autorizado de los indios presentes acerca de las condiciones de todos los objetos que le rodeaban, y entonces fué cuando del rudo lenguage de aquellos infelices aprendió la vasta estension del Grande Océano de Occidente, los magníficos criaderos de perlas que en una isla cercana ha-

bia, y sobre todo la existencia del rico imperio del Perú, cuyo célebre conquistador el capitan Francisco Pizarro que presente se hallaba, no perdió una sola palabra de cuantas allí se digeron, dando calor con ellas al pensamiento en que se habia de cimentar el gran pedestal de su fama.

El héroe de la empresa al entender tan preciosas noticias tuvo un momento de arrebato que le impulsaba á evidenciarlas sin pérdida de tiempo; pero no eran los recursos presentes los que convenian para acometer tan estrañas aventuras, y por lo tanto se vió forzado á desistir por entonces de ponerlos en práctica. Bastante habia hecho Vasco Nuñez con el descubrimiento del nuevo mar para conquistarse entre los hombres célebres un lugar privilegiado. Tampoco Colon habia llevado á cabo su propósito tan completamente como hubiera deseado; y no por esto su nombre apareció en el templo de la inmortalidad menos circundado de gloria. Todavía era inmensa la distancia que mediaba entre lo conocido y la perfectibilidad de los descubrimientos: y cuando una multitud de héroes se agitaba corriendo del uno al otro hemisferio en pos de alguna aventura donde satisfacer la sublimidad de su entusiasmo, era preciso que los grandes sucesos se repartieran con justa mesura para llenar todas las exigencias de la época; para hacer que el génio brillase en los distintos corazones que de él se estaban á la sazon alimentando.

Por esto quizá la mano invisible del destino atajó con nuevos argumentos los levantados proyectos de Vasco Nuñez, el cual considerándose todavía sin bastante autoridad para obrar por sus inspiraciones en mayor escala, y no descontento de lo sucedido, resolvió decididamente su vuelta á la colonia del Darien, con ánimo de dar cuenta al rey de su descubrimiento, y obteniendo por ella la confirmacion apetecida del cargo que en la Tierra-firme, desempeñaba, hacer los convenientes aprestos para acometer poderoso lo que hasta allí no habia obrado.



CAPITULO VIII.

Regresa Vasco Nuñez al Darien por desusadas veredas.—Alianzas que establece con los nuevos caciques que visita y felices resultados que de ellas se desprenden.—Distribucion de las riquezas ganadas durante la empresa.—Envia Vasco Nuñez circunstanciada cuenta al rey de lo descubierto, y por la fama del suceso se apercibe una muy lucida espedicion para ir al Darien, bajo el cargo de Pedrarias Dávila, nombrado capitan general de la Tierra-firme.—Instrucciones que este recibe, y oficiales que le acompañan.—Sucesos que entretanto se verifican en el Darien bajo la direccion de Vasco Nuñez.—Dada al mar la espedicion desde el puerto de Sanlúcar, tiene que volver de arribada con pérdida de dos buques.—Vuelve á dar la vela, hace escala en las islas de los caribes y tras de varia fortuna entra en el golfo de Urabá, y Pedrarias envia á Vasco Nuñez mensaje de su arribo.—Singular entrevista del enviado con Vasco Nuñez.—Recíbese la espedicion en la colonia con grande acatamiento.—Primeros pasos de la administracion del Pedrarias: residencia tomada á Vasco Nuñez.—Fatales consecuencias de la nueva gobernacion, y calamidades que acaban con los recien llegados al Nuevo Continente.—Las tropelías cometidas con los caciques amigos enagenan sus voluntades, de donde resultan guerras, trabajos y muertes en abundancia.—Reconciliacion aparente entre Pedrarias y Vasco Nuñez.—Vá este á poblar á Acla y por el rio de las Balsas facilita la construccion de algunos buques en el Grande Océano.—Espediciones á las islas de las Perlas.—Rumores que corren sobre el relevo del Pedrarias y mensage que Vasco Nuñez envia á la Tierra-firme.—Los enemigos del famoso descubridor trabajan en el ánimo de Pedrarias para desacreditarle.—Traidores procederes del capitan general: nuevo proceso contra Vasco Nuñez.—Su afrentosa muerte.—Consideraciones generales.

Para asegurar su mas fácil posesion del grande Océano siempre que á sus playas orientales hubiesen de volver nuestras gentes, tuvo especial cuidado el prudente caudillo que aquella empresa dirigia de tributar á los indios comarcanos antes de abandonar su territorio las mas afectuosas demostraciones, y los mas deslumbrantes regalos. Su prodigalidad, sin embargo, no fué desastrosa para los intereses de los españoles; pues en cambio de sus bagatelas siempre recibian de los indios tan considerables porciones de láminas y perlas, que en poco tiempo llegó á juntar Vasco Nuñez la cantidad, entonces asombrosa, de cuarenta mil pesos de oro.

Ordenado el regreso á la antigua colonia del Darien, no quiso Balboa continuarlo por el mismo camino que habia llevado á la banda de Occidente, por-

que su principal política tenia por objeto asegurarse la amistad de todos los naturales de la tierra para tenerla segura y fácil á su disposicion en todas direcciones, y por lo tanto supuso justamente de absoluta necesidad transitarla por nuevas vias y señoríos de los que aun se ostentaban con su natural ferocidad é independencia.

Las dificultades infinitas que trataron de oponerse á su marcha, las batallas que tūvo que sostener, y las alianzas que, como de costumbre tenia, fué cimentando sobre muy brillantes y económicas victorias, justificaron sucesivamente la oportunidad con que Vasco Nuñez habia resuelto la novedad de las veredas, pues fueron tantos los territorios que holló con provecho de su investigacion y esplotacion: tantas las alianzas ó mejor sumisiones de caudillos poderosos que puso bajo el imperio de su autoridad, siempre blanda y benéfica con los sometidos, que de algunos de estos en ocasiones dadas, hasta hizo justicias y escarmientos á peticion de otros muchos y con aplauso general de todos, por los males que causaban á sus comarcanos, cuando en armas se contemplaban mas poderosos: y en poco tiempo pudo vanagloriarse con razonable exactitud de tener asegurada toda aquella porcion de la Tierra-firme que cae en los límites y comarcas del Istmo.

En efecto: la mayor prueba que ofrecen las historias en corroboracion de tan lisongeros resultados y en apoyo del buen nombre de Vasco Nuñez, es la seguridad con que el afortunado caudillo dejaba en los pueblos del tránsito á aquellos de sus soldados que por las fatigas enfermaban ó por el cansancio desfallecian. Entregados en grande ó pequeño número á la buena fé de los indios, nunca se verificó que por estos fuesen maltratados los hombres de aquella terrible raza de dominadores que á los principios de la conquista eran siempre mal recibidos: de donde se desprende no tan solo la confianza que inspiraba el gefe de nuestras gentes, sino tambien la prudencia y el respeto que este habia llegado á arraigar en los ánimos todos de sus subordinados, pues jamás disturbio ni queja llegó de parte alguna á oidos de Vasco Nuñez en tanto que duró la venturosa época de su gobierno.

Con tan buenos sucesos llegó por fin al Darien la espedicion el dia que se contaba 19 de enero de 1514 años; y tanto los que en la colonia habian permanecido como los que á la empresa habian marchado, recibieron con la entrevista tan íntimas satisfacciones, que grande trabajo costára el espresarlas. Y era porque los primeros estaban deslumbrados mas que por las riquezas que sus compañeros conducian, por las nuevas que estos les daban de lo ocurrido, con la seguridad de encontrar aquellas mucho mayores: y los segundos porque al entrar en Santa María hallaron notablemente crecida y bien provisionada la colonia, merced á dos navíos que allí estaban procedentes de la isla Española por encargo y mandado de don Diego el almirante.

Cuando al entusiasmo se hubo dado larga espansion, y á las riquezas adquiridas el destino mas justo, apartando para la corona el quinto, segun orde-

nanzas vigentes, y repartiendo el resto entre todos los españoles que en la Tierra-firme se hallaban presentes, sin distincion entre los que habian asistido á la espedicion, los que en la colonia permanecieran y los que de la isla Española de llegar acababan, Vasco Nuñez que así se captaba voluntades como enemigos deshacia, se apresuró á dar cuenta al rey del éxito de su empresa. Al efecto escribió con el mayor respeto una carta llena de los mas minuciosos detalles, en la cual ponderaba con mas interés la vasta estension del nuevo mar del Sur, y la abundancia de oro y perlas que ofrecian á una esplotacion ordenada los grandes criaderos de aquellas regiones.

Para apoyar la mision con los argumentos de la conviccion, por lo que en su contenido habia obrado como parte muy activa, envió Vasco Nuñez ante la magestad del rey don Fernando á un su muy amigo llamado Pedro de Arbolancha, el cual partiendo de la colonia á los principios de marzo llegó á Castilla en ocasion que se estaba disponiendo una poderosa armada para ir á la empresa del descubrimiento de la mar del Sur, arribando al Darien con los mil hombres que Vasco Nuñez habia antes solicitado. Cuando en la córte se entendieron los nuevos sucesos, de cuya relacion era portador Arbolancha, fué estraordinario el regocijo que embargó todos los ánimos, muchas las envidias y no pocas las ambiciones que se dispertaron.

La empresa, con efecto, habia sido de los mas brillantes resultados que pudieran esperarse: y como los parciales de Nicuesa y Enciso no dejaban un momento de activar sus reclamaciones en contra de Vasco Nuñez, resaltaban á la sazon con los exagerados informes de los detractores, las humildes letras del descubridor afortunado. Lo que mas llamaba la atencion de los que en el negocio entendian como jueces, era la circunstancia que Balboa consignaba en su carta al rey dirigida, de no haber perdido un solo hombre muerto y muy pocos heridos en tan vasta y peligrosa empresa, la cual contrastaba notablemente con la mala fortuna de Ojeda y la desdicha de Nicuesa, que tantas víctimas habian hecho por su imprudente conducta en el escaso tiempo de sus respectivos gobiernos.

Cuando otras razones no bastáran para autorizar el gobierno de Vasco Nuñez, estas eran en el concepto público mas que suficientes para que á la sazon no se le enviara superior donde tanto habia obrado y tan superiores ventajas prometia; pero cuando llegó el mensage á Castilla no solamente el gobierno de la Tierra-firme estaba encomendado á un Pedrarias Dávila, cortesano de grandes servicios, y sobrino de la marquesa de Moya; aquella grande señora tan amiga de la reina Isabel, sino que por las reclamaciones de Enciso y otros partidarios del infeliz Nicuesa, ya existian en poder del Pedrarias las órdenes mas estrechas para residenciar el gobierno y hacer patente la conducta de Vasco Nuñez; y el rey, á pesar de las nuevas letras y de los presentes recibidos, con la seguridad de las buenas circunstancias que poseia el acusado, tuvo la fatal condescendencia de acceder á las nuevas instancias de parciales y en-

vidiosos para que la sumaria informacion se llevase á efecto, con menoscabo previsto de los reales intereses, y mengua del mejor vasallo. Achaque era de la suspicacia del rey católico proceder por semejantes vías con los vasallos que algun servicio de tan alta importancia le prestaban; y por aquel en ocasiones vióse espuesto á perder las adquisiciones de mayor valía, sobre todo en el nuevo hemisferio, donde el desconcierto que se introdujera en la isla Española en años pasados, por los desdenes que se hicieron al primer almirante para dar calor á los desmanes de Bobadilla, no fué parte para que el rey escarmentara en la esperiencia propia, como se verá rápidamente en los acontecimientos sucesivos, que se debieron á la impolítica órden de tomar humillante residencia á Vasco Nuñez de Balboa.

Mientras que los efectos del mensage enviado á la magestad de Fernando V no se hacian sentir por conducto del regreso que debia verificar aquel Pedro de Arbolancha tan especial amigo de Vasco Nuñez, este siempre inclinado á confirmar con las obras sus levantados pensamientos, dando cimientos seguros á la posesion del mar que habia descubierto, tuvo cuidado de enviar y presidir nuevas espediciones, tanto para facilitar el conocimiento de la tierra midiendo las varias distancias que por diferentes vías separaban ambos Océanos, cuanto para seguir la obra de la civilizacion de los naturales, tan rigurosamente comenzada con los argumentos de las armas y seguida por la seguridad de las alianzas y los rescates.

Indudablemente los resultados correspondieron con creces al objeto del afortunado caudillo; pues no solo aquellos caciques ya sometidos al trato prudente y amistoso de sus dominadores, perseveraron en las alianzas pactadas, ofreciendo siempre nuevos tributos á la especulacion europea, sino que muchos de los rebeldes y contumaces se dieron tambien á partido por los ejemplos de seguridad que hubieron de advertir, mejor por el camino de la correspondencia mútua que por los sucesos de las armas. Sin embargo: no siempre la fortuna mostró risueño el rostro á las operaciones de Vasco Nuñez; pues en una de las que practicó subiendo por las aguas del rio Grande desde la villa de Santa María, la mejor provision de buques y armas no fué bastante para que los indios del interior, mas feroces y en mayor número que cuantos hasta entonces habian combatido, pelearan contrarios á nuestras gentes con tan próspera fortuna que las obligaran á retirarse con varios heridos, entre cuyo número hubo de contarse por dos partes el digno caudillo de los españoles.

Otro que Vasco Nuñez al verse maltratado por aquellos salvajes, cuya inferioridad moral tan manifiesta estaba, hubiera pretendido revolver sobre ellos en mejor ordenanza, seguro del triunfo, con el ayuda de la estrategia superior que pudiera dictarle la superior inteligencia: pero el famoso descubridor al entender las dificultades de la empresa no pretendió vencerlas con el rigor de las armas: antes bien sin hacer de sus heridas mas caso que el indispensable para curarlas, dió la vuelta á la colonia de Santa María, y en

ella se entregó con el mayor esmero á los trabajos del campo, seguro de las ventajas inmensas que habian de reportar sus productos á las combinaciones ulteriores.

Mientras esto se obraba en la colonizacion y conquista de aquel pedazo de la Tierra-firme donde mas vecindad tienen sin comunicacion los dos Océanos, en España se daba color al grande armamento con que la corona por la mano de Pedrarias pretendia asegurar la nueva conquista de Vasco Nuñez. Numerosos aprestos provisiones y armas de todos géneros se amontonaron por los oficiales de la contratacion que en el negocio debieron ocuparse, y por lo respectivo al personal nunca mas lucido ni mejor se habia visto, para pasar al mundo recien descubierto. La alta reputacion de noble y caballero que por su cuna y crianza en los reales alcázares gozaba el Pedrarias, fué parte para que á la empresa se allegáran personas de gran valía en armas y pergaminos: de suerte que si la órden del rey no tuviera limitado el número de los espedicionarios á la cantidad de mil y doscientos, las diez y siete naves aprestadas en Sanlúcar no habrian bastado á contener siquiera la mitad de la gente. Con todo: aun á pesar de los reales acuerdos, el general de la espedicion no pudo escusarse de crecer el número á mil y quinientos aventureros, de los cuales eran muchos caballeros que poco antes se habian aderezado lujosamente para otra jornada bien distinta, cuando el rey don Fernando puso los ojos en el Gran Capitan con ánimo vacilante de volverle á Italia, en cuyo gobierno le sucedió antes de que se diese á la mar, el distinguido virey don Ramon de Cardona.

Para que el establecimiento de la Tierra-firme tuviera en su abono todos los requisitos convenientes á su alta importancia, el rey proveyó cuantos oficios juzgó necesarios á la colonia, y aun algunos mas de los que fueran convenientes. En primer lugar, y como cosa que tanto importaba á los morales procederes de los indios que habian de civilizarse, proveyóse la alta dignidad, entonces creada, de obispo del Darien, en la respetable persona de Fr. Juan de Quevedo, religioso franciscano de buenas letras y virtud acreditada, al cual, para el mejor desempeño de su ministerio espiritual, acompañaron otros hermanos de la propia órden y varios clérigos seglares. Luego, atendiendo á la importante regularidad de la hacienda real, nombráronse igualmente las personas que habian de entender en ella, por tesorero á Alonso de la Puente: Diego Marqués, contador: por factor á Juan de Fabira, y por veedor al tan famoso historiógrafo y naturalista, que en la cámara del príncipe don Juan habia asistido y tan reputado estaba en la córte, Gonzalo Fernandez de Oviedo (1). Fi-

(1) Mucho me han servido para la órden y confeccion de estos trabajos las importantes obras que produjo el buen ingenio y elegante pluma de este personage distinguido. En especial sus *Quinquagenas y Batallas* donde tan claras noticias consignó de los varones españoles que mas fama obtuvieron en armas ó letras, cuya obra se halla MS. en la Biblioteca Nacional de esta córte, y su *Historia General y Natural de las Indias Occidentales* depositada tambien inédita la mayor cantidad en la *Academia de la Historia*. Para ensalzamiento de nuestras glorias y honra de nuestra literatura, el entendido, laborioso y erudito académico Sr. don José Amador de los Rios se está ocupando en la actualidad de la publicacion de dicha historia, tan ilustrada con sus importantes anotaciones que

nalmente: dióse el cargo de segundo cabo de Pedrarias á Juan de Ayora, hermano de aquel famoso capitan Gonzalo del propio apellido, al cual debió la guerra muy levantadas hazañas, y la táctica de infantería muy útiles adelantos. Tambien se proveyeron algunos oficios para el regimiento municipal de la villa de Santa María la antigua del Darien, y así arreglada la parte personal de la empresa, no menos que la material se habia provisto, dióse al mar la flota desde el puerto de Sanlúcar el dia 12 de abril de 1514.

Prósperos fueron el medio y el cabo de la navegacion mas que el comienzo lo habia sido; porque tan pronto como al viento tendieron las lonas los quince bageles que componian la armada, un fuerte vendabal las hirió de través dando al traste con dos de aquellos, y obligando á los otros á alijarse para hacer frente con mejor éxito á tan desdichada fortuna. Para bien de la empresa no tardaron las naves en volver al puerto, guareciéndose tras de la barra de Sanlúcar de la tormenta mientras furiosa amenazaba; pero así que el peligro desapareció y el tiempo brindó sereno, volviéronse al mar los aventureros para cruzarlo felizmente siempre con vientos favorables. En las islas de los caribes hicieron escala para tomar agua que los naturales de la Dominica defendieron con sus flechas; y despues de dar allí al descanso de la navegacion algunos dias, siguióse aquella hasta la Tierra-firme, de la cual fondearon primero en el puerto de Santa María.

De infeliz augurio fueron los primeros sucesos de Pedrarias en el nuevo continente, no indignos del resultado que tuvo la espedicion cuando en la colonia de Santa María llegó á asentarse; porque habiendo salido á tierra los castellanos con pacíficas intenciones de refrescarse, los naturales, despidiendo abundancia de flechas, dieron muerte á dos con sus ponzoñas, y de este agravio queriendo el Pedrarias satisfacerse, arremetió con furia cuanto á su frente se puso, matando y cautivando gran cantidad de indios sin distincion de sexo ni edades. Cuando volvió á los buques con su presa, se dió al mar otra vez con ánimo de tocar en el puerto de Cartagena; pero contrarias corrientes estorbaron su propósito, que estaria fundado quizá en un espíritu mezquino de inoportunas venganzas contra los naturales, por los tristes sucesos de Ojeda en aquella parte, y con esto entró la armada por el golfo de Urabá á los últimos

nada dejará que desear á la investigacion mas escrupulosa. A corroborar esta opinion, que no es menos que de todos los hombres entendidos, acude victoriosa la *Primera parte de la Historia*, ya salida de la estampa, en cuyos primeros pliegos se lee del Sr. de Amador el mas digno trabajo que puede hacerse en semejantes materias, por su elegante estilo, pura diccion y castizo lenguage. Contiénese en él una relacion de la vida y escritos de Fernandez de Oviedo, en cuya lectura y la del cuerpo de la obra perdiéndose la mente en exactas comparaciones, no acierta á separar lo que al primitivo autor ó á su comentador corresponde: que en nada se diferencian los elegantes rasgos del primero del recto juicio, fino gusto y buen decir del segundo: de semejante paridad, tan consoladora en la presente decadencia de nuestra literatura, resultan uno de otro tan digno ambos autores, que la posteridad, ya que emulaciones y parcialidades á la generacion actual no lo permitan, se ha de confundir en la resolucion del problema que de hoy propone el buen gusto á saber: si Oviedo con la autoridad de sus años y el justo crédito de sus escritos es ocasion justificada de la reputacion que el Sr. de Amador alcanzará comentándolos, ó si la fama de estos se multiplica por medio de la sublime interpretacion que les está dando el ilustrado académico que los publica.



dias del mes de junio, y allí dió fondo mientras á Vasco Nuñez iba mensagero competente por el Pedrarias enviado, para que se apercibiera en toda forma al mas respetuoso recibimiento.

Ocupado se hallaba Vasco Nuñez en las faenas del campo como el mas humilde de sus inferiores, vestido de zaragüelles y calzado de alpargatas sin otra pompa ni adorno, como quien el estado de las cosas sabia apreciar en su verdadero punto, cuando á su presencia llegó el mensagero de Pedrarias, del cual entendida la mision que allí le conducia, abandonó sus labores: llamó á concejo al regimiento de la colonia: participó en pública asamblea la novedad que ocurria, y con prudente inspiracion dió sus órdenes para que la gente de guerra saliese en buena ordenanza á ponerse á la disposicion del nuevo capitan general, bien que sin armas en señal de humildoso acatamiento, ó quizá para estorbar interpretaciones siniestras.

Cuando la entrevista se verificó, tanto el Pedrarias como los demas nobles y soldados de su comitiva, nó pudieron menos de loar la conducta franca, leal y generosa de Vasco Nuñez, la cual contrastando admirablemente con los malos informes que del famoso descubridor habian sembrado sus émulos en la córte, dió á la calumnia el mas solemne mentis que pudiera inventarse para despejar los nublados del recelo que á Pedrarias acosaban. Por desdicha de Balboa ni siquiera esto fué bastante para evitar la ruina que le estaba marcada en lo mejor de su carrera; porque no solo el carácter del nuevo capitan general se avenia muy mal con las glorias agenas, por los escasos límites de su espíritu donde la bastarda pasion de la envidia campeaba en mayor abundancia, sino que en el campo recien llegado al Darien venian con el bachiller Enciso algunos otros de sus mas encarnizados enemigos, y las gestiones de estos con los torcidos sentimientos de aquel, necesariamente habian de causar muy contrarios efectos á la bien merecida y no alcanzada felicidad de Vasco Nuñez.

Para aumentar los elementos contrarios que á facilitar concurrian su desdicha, no sirvieron de escasa parte las ideas exageradas que inventara la codicia por lo respectivo á las riquezas de aquellas tieras. Castellano habia que al ver ciertas redes cogidas á los naturales y enviadas á España con los primeros mensages de Vasco Nuñez, supuso y publicó que con ellas se recogia el oro de la profundidad de los mares como de las arenas de los rios y de la superficie de las montañas: suposicion absurda que solo una ambicion desmedida pudiera alimentar en las regiones de la mas estúpida ignorancia, pero que con el tiempo sirvió grandemente para aumentar las tribulaciones que á Vasco trabajaron.

En efecto: en vez de atender como digno gobernador al establecimiento mas cómodo y pronto de sus gentes como la calidad de aquellas partes requeria, el Pedrarias comenzó, como ambicioso, á inquirir si eran verdaderas las riquezas que Vasco Nuñez habia anunciado. Para responder satisfactoriamente á semejante investigacion á persona mas justa y de mejores intentos, harto

habia con los resultados obtenidos por el primer caudillo en sus espediciones pasadas; pero como quiera que en ellas tantos y tan penosos trabajos habian pasado nuestras gentes, y las que Pedrarias llevara al Darien suponian que el el oro nacia y se encontraba como en Castilla la yerba, el nuevo gobernador dió á su perversidad comienzo, publicando que eran exageradas invenciones las noticias de Vasco Nuñez, y que por el engaño inferido á la magestad se habia hecho acreedor á la mas escrupulosa residencia, con su correspondiente castigo.

Novedad tan contraria á los merecimientos de aquel famoso capitan como á la prosperidad de la colonia, todos cuantos en el Darien se entretenian de antemano sintieron mucho por los siniestros resultados que auguraba: y el recelo en efecto no era injusto, pues desenvolviéndose las malas pasiones, se multiplicaron los cargos contra Vasco Nuñez, renaciendo la muerte de Nicuesa como uno de los mas graves que sustentaban los rencores comprimidos hasta allí malamente del bachiller Enciso; y en poco estuvo que ofuscada la ley por las disposiciones calumniosas y por la autoridad interesada, cayera ya entonces con la cuchilla de los criminales sobre la cabeza inocente de Balboa. Por fortuna no tuvo la malicia en aquella ocasion bastante fuerza para destruir de un solo golpe la reputacion mejor fundada, y el Pedrarias hubo de contentarse con imponer á Vasco Nuñez una fuerte suma de oro por via de multa, relevándole de todo cargo por lo tocante á la muerte casual del capitan Diego de Nicuesa.

De escasa importancia fuera el anterior relato, si tan enlazado no estuviese con dos puntos cardinales de la historía que vamos escribiendo, que tales deben considerarse la vida de Vasco Nuñez por la influencia que su descubrimiento tuvo en la prosperidad sucesiva de la marina española, y el establecimiento de nuestros soldados en el Darien, de donde resultó el dominio absoluto de la mar del Sur, á nuestra grandeza sujeto durante un período considerable. Sin embargo, en poco estuvo que entonces se perdiera cuanto por Vasco Nuñez se habia obrado en la Tierra-firme, pues en tanto que el Pedrarias se entretenia en residenciar torpe y maliciosamente la conducta de su predecesor, las provisiones existentes en la villa se consumieron, gastáronse tambien las que de la navegacion sobraron á la armada, y nadie se cuidó de que la tierra produjese las indispensables siquiera para atender á una necesidad que cada dia debiera esperarse. Con esto, apoderándose de la colonia una hambre voraz que nada pudiera satisfacer porque nada habia en ella, cayeron exánimes los mas de los recien llegados incluso el mismo Pedrarias. En vano para cortar el mal esparciendo la poblacion por los lugares limítrofes, quiso ordenar el nuevo caudillo la distribucion de fuerzas en partidas regulares, pues cuando en tal pensó ya la calentura trabajaba su mente y los ánimos de sus súbditos se vieron en breve harto flacos para acometer empresa de ningun género de trabajos.

En semejante estado, reducida la colonia á sus propios recursos, la miseria avanzó con pasos de gigante derramando por todas partes la desolacion mas completa. Ni los brocados, ni las sedas, ni el oro labrado de los mas acomodados caballeros de España conducidos al nuevo hemisferio, eran partes para lograr en cambio el mas corto alimento de quien por ventura lo tenia. Algunas veces, como bestias salvages se vieron soldados de gran prez reducidos á pacer las yerbas del campo, cual si fueran manjar delicioso, y no pocas, donde el remedio de su angustia buscaban desfallecidos, encontraban con una planta ponzoñosa el mas infeliz término de tanta desventura. Con esto en el corto es-



pacio de un mes pasaron de setecientas personas las que de hambre perecieron, y en semejante conflicto, así que el Pedrarias pudo tomar mano de su gobierno, dió licencia y navíos á los que los desearon para volverse á España ó ir á despojarse de su pobreza en la vecina isla de Cuba. Para que nada faltara á la mas completa desdicha de la colonia, algunas partidas que se enviaron al interior de la tierra fueron rotas ó trabajadas lastimosamente, porque los capitanes, mas belicosos que prudentes, injuriaron sin respeto ni consideracion á los naturales; y estos puestos en armas y favorecidos por la multitud, lograron sobre los nuestros muy crecidas ventajas. Hasta el mismo Vasco Nuñez tuvo que sufrir alguna vez los rigores de la comun desdicha, por lo que altaneros ánimos le habian enagenado la fina amistad de sus fieles aliados, de manera

que nunca mas crítica situacion hubo de alcanzar establecimiento español de cuántos asentaron en el Nuevo-Mundo.

Si tal estado se hubiera hecho sentir poco tiempo mas, la colonizacion de la Tierra-firme esta vez hubiera logrado el mismo fin que en los tiempos de Ojeda y Nicuesa; pero la Providencia habia marcado el período mas poderoso de la nacion española, y no era posible que retrocediera el progreso de sus hijos en las prodigiosas conquistas que en aquellas partes les estaban reservadas. Por esto sin duda, como remedio de tanta desdicha, llegaron á las manos del gobernador, con algunos socorros de Castilla, ciertas cartas reales, y en una de ellas el título de *Adelantado de la Mar del Sur*, á favor de Vasco Nuñez, en justa recompensa de sus magníficos servicios.

Justa aunque tardía fué la reparacion, porque no habiéndose provisto sino despues de la residencia, la enemistad estaba ya arraigada entre ambos gobernadores, y el daño pasado por la torcida administracion del Pedraria no tenia posible remedio. Con todo: los colonos españoles la recibieron como don enviado del cielo, y aprovechando el obispo tan feliz coyuntura, por la aficion que habia cobrado á Vasco Nuñez, interpuso su valimento con el capitan general para que ambos entraran por las vías de una sincera reconciliacion que tanto convenia á la prosperidad de la colonia. Si en la que entonces se asentó de una y otra parte no hubo toda la lealtad que pudiera apetecerse, por lo menos alcanzó todas las señales de tal por las bases en que hubo de fundarse, que no menos orígen tomaron en su apoyo que los estrechos vínculos de la sangre, dando el Pedrarias á Vasco Nuñez su hija mayor en matrimonio.

Celebradas las amistades con públicos regocijos por su verdadera influencia, se dispuso inmediatamente la partida de Vasco Nuñez á proveer en lo de su adelantamiento, á fin de que lo mas pronto posible pudiera entenderse en la navegacion de la mar descubierta por su industria y constancia. Para conseguir tan útil resultado salió Vasco Nuñez en algunos buques con hasta ochenta hombres de comitiva, la costa abajo, á poblar en la villa de Acla, de sospechoso puerto por las encontradas corrientes; pero vecina á un caudaloso rio que en el grande Océano desemboca, y al cual *rio de las Balsas* llamaron los castellanos. No lejos de sus márgenes se entendió en el corte de las maderas mas útiles y bastantes para la fábrica de dos bergantines, habiéndose provisto en el Darien de los útiles necesarios tales como clavazon, jarcias, velámen y todo género de aparejos: y aunque la empresa no dejó de ofrecer algunos inconvenientes en tanto que duró la construccion de los buques, al cabo el hombre á cuya entereza se debiera el descubrimiento del nuevo mar, tuvo la ventura de que á su nueva constancia se abriese en él tambien el primer tráfico por el conducto de los dos mencionados bergantines.

Entrado habia ya el año de 1517 cuando salieron al agua dichos buques, con las formalidades que la práctica de astilleros tenia establecida: lo cual verificado, se embarcó de los soldados y gentes de mar que Vasco Nuñez consigo

tenia la mayor porcion, y sin levantar mano tendieron las velas y navegaron con próspero suceso hasta tomar puerto en aquella isla mayor de donde en tiempos pasados se habian adquirido tantas perlas.

Por aquellas partes se entretenia Vasco Nuñez con su nueva flota tributando á la corona nuevos é importantes servicios, mientras la calumnia, que nunca reposa, amontonaba contra la mas acrisolada lealtad sus terribles efectos, fundándolos en una trivial, pero bastante acusacion cuando la suspicacia y la envidia moraban juntas, siempre discurriendo los medios de ensañarse contra el verdadero mérito, á lo menos con apariencias de justicia. Sucedió en efecto que cierto oficial de los que al lado de Vasco Nuñez servian nombrado Andrés Garabito, cuando de Acla partiera el Adelantado á poner sus bergantines en la mar del Sur, escribió al Pedrarias diciendo que la partida de Balboa iba dispuesta para no mas volver á su obediencia, segun así por las obras y palabras lo habia entendido.

Por infundada que la acusacion estuviera en la mente del oficial que la hizo, sentido de Vasco por justas reprensiones que habian mediado, no dejó de hallar acogida en los pasados rencores y envidias constantes del Pedrarias, el cual nunca á su yerno supo perdonar la alta reputacion que por sus famosos hechos se habia conquistado. Disimuló esta vez sin embargo, bien porque con pruebas bastantes no contase para satisfacer su amor propio, ó porque todavía los sucesos que algunos meses despues ocurrieron en Castilla, no le tuviesen asegurada la impunidad que siempre buscan los malvados en su abono. Pero cuando supo que por la muerte del rey don Fernando seguida de la del famoso cardenal gobernador de España fray Francisco Jimenez de Cisneros, la nueva administracion dispusiera su relevo con la persona del caballero cordobés Lope de Sosa que mandaba en las Canarias, su cólera comprimida creció de punto, y fuera de los bordes fué á estrellarse contra el objeto de su mayor envidia. Para justificar sus perversos procederes tuvo ocasion de la manera siguiente.

La fama del relevo por la calidad de la persona que habia de sustituir al Pedrarias, y mucho mas por el cargo que tenia en el gobierno de las islas Canarias, llegó á todos los confines de la Tierra-firme con anticipacion sobrada, y por ella no fué difícil que Vasco Nuñez la entendiera en aquellas islas donde á la sazon se entretenia con sus nuevos bergantines. Los lazos que al capitan general, su suegro, le unian, teniendo su fundamento en pecho generoso no pudieron menos de sentirse con la nueva, por la cual, y para entender en ella con toda la exactitud y el interés que el caso requeria, entrando por mucho en el consejo el porvenir de aquella empresa que mandaba, tuvo reunion de los mas principales en la casa que moraba, durante cierta noche tempestuosa que presagiaba su próxima ruina. Como principal fundamento de los sucesivos procederes, salió de ella la opinion unánime de que al Darien se enviase mensagero que supiera si el nuevo gobernador era venido, para

darle cuenta en nombre de Vasco Nuñez de lo que allí se obraba; y en caso contrario suplicar al Pedrarias que proveyese al Adelantado de ciertos artículos indispensables para continuar las esploraciones que por aquel mar pensaba ir haciendo. *Con esto*, dijo Vasco Nuñez, *de partir habemos á nuestro viaje, del cual espero en Dios que nos ha de suceder lo que tanto deseamos.* Cuando tales palabras el Adelantado estaba diciendo, acertó á llover, y el centinela que debajo de la cámara de aquel vigilaba, al recogerse del agua las oyó é interpretó á su manera, juzgando que por estas se patentizaba la emancipacion de los bergantines con Vasco Nuñez y cuantos le seguian, del dominio y gobierno de Pedrarias.

Aunque la malicia del soldado no fué pública porque, taimado, receló de comunicar á todos lo que su torpe suspicacia le habia mentido, no faltaron parciales y amigos que llegaron á entender de sus lábios el engaño en que cayera: en especial se apoderó de él con vengativo afan el tesorero Alonso de la Puente, que por pasadas rencillas estaba deseoso de hacer daño á Vasco Nuñez, y ya se deja pensar cuan poco tardaria por lo mismo en dar cuenta abultada de lo ocurrido á su gefe natural el Pedrarias.

Oficioso seria detenerse á esplicar como en iras se desató el capitan general de la Tierra-firme cuando un pretesto aunque vago, tan legal se le ofrecia para acusar de traidor al hombre cuyo mérito no podia sufrir humanamente. Sus palabras y sus acciones en presencia de los delatores no dejaron el mas leve recelo á estos de que pudiera alejarse el momento de la venganza, por mas que, como de ruin corazon que era, á veces se templara con los calmantes del disimulo para mejor traer á su mano sin desconfianza á Vasco Nuñez. La blandura de que se valió, sin embargo, no era necesaria. El héroe del descubrimiento de la Mar del Sur tenia corazon y su conciencia estaba limpia, y estas circunstancias, que hacen de hierro por fuertes y seguros los procederes, le hubieran hecho arrostrar su desdicha tranquilo, como si le destinaran para nuevos y mas señalados favores de la Providencia.

Al recibir las órdenes del Pedrarias para acudir á la villa de Acla, sin vacilar un instante regresó Vasco Nuñez al continente desde las islas cercanas en que ocupado se hallaba. En ellas, sin embargo, contaba á su disposicion sobre trescientos hombres decididos á seguirle, con cuatro bergantines y un espacioso mar por donde la venganza de sus enemigos jamás hubiera podido alcanzarle. Cuando llegó cercano de Acla ya el capitan Francisco Pizarro acudia hácia él con escolta bastante para prenderle en nombre de la justicia, á la cual se sometió sin murmurar el Adelantado con toda la seguridad de espíritu que infunde la inocencia. El desdichado no sabia que Pedrarias estaba resuelto *á despacharle*, como siniestramente habia dicho al licenciado Espinosa, al ordenarle que procediese en las actuaciones con todos los rigores que al crímen son debidos.

Porque los méritos ordinarios del nuevo proceso no eran suficientes ni si-



Urrabieta invº y litº

Lit. de J.J. Martinez, Madrid.

OYE UN SOLDADO LA CONFERENCIA

que **Nuñez de Balboa** tenia con algunos de los suyos: llega á noticia de **Pedrarias** y la malicia de este halla ocasion para perder á **Nuñez**.



PEDRO MENENDEZ DE AVILES

quiera para detener á Vasco en prisiones, volvióse á resucitar el cargo infundado de la muerte de Nicuesa con los agravios de Enciso: proceder ilegal que respiraba sangrientas pasiones mas bien que recta justicia, por cuanto ya en la residencia primitiva se habian ventilado con la mas completa absolucion aquellos cargos. Con todo: en esta sirvieron de principal fundamento al proceso contra Vasco Nuñez actuado, y por ellos el intérprete de la ley declaró que el Adelantado habia incurrido en bastante delito para que pena de muerte se le impusiera; pero como la injusticia de la sentencia clamaba mas alta que las torcidas pasiones y que los torpes mandatos del Pedrarias, el licenciado Espinosa á renglon seguido continuó su sentencia diciendo: que no obstante lo espuesto, como los servicios de Vasco Nuñez eran y habian sido tan grandes, se le perdonaban por ellos sus faltas, con apercibimiento bastante para que de otras semejantes se abstuviese.

Los perversos deseos que Pedrarias alimentaba contra su yerno, no le permitieron tolerar la indulgencia del alcalde mayor con la sentencia de Balboa; contra las leyes de la autoridad lo mismo que contra las de la naturaleza, pues al cabo hija suya era la muger del desdichado, rechazó con indignacion la segunda parte de aquella conclusion jurídica; y aunque Espinosa le dijo que no pondria otra sin órden espresa y terminante, el Pedrarias no vaciló un momento en firmarla para que la muerte de Vasco Nuñez bajo su responsabilidad se ejecutase. *Si pecó muera por ello*, fué la sancion pronunciada al entender el supuesto delito de su víctima, y de tan cruel decreto nada fué ya bastante para librar á aquella de un fin desastroso é inmediato.

En efecto: consternada se hallaba la colonia en uno de los postreros dias del año de 1517, cuando el pregonero con lúgubre voz y siniestro estilo, anunció á los castellanos la sentencia que iba á ejecutarse. Los mas encarnizados contrarios de Vasco Nuñez escondian el terror de que estaban poseidos sus semblantes, entre los pliegues del remordimiento: que nunca los malvados pueden gozar tranquilos los efectos de su perversidad, por causa de la conciencia, supremo juez que los acusa. Los que indiferentes se habian sostenido hasta entonces á la fortuna próspera ó adversa del famoso descubridor, mas de una lágrima desprendieron de sus ojos al entender la verdad terrible que estaba pasando; y aquellos que mas aficionados le habian sido en las ocasiones de su mando, siempre suave y bondadoso, repetidas veces acariciaron las armas con ánimo bastante para esgrimirlas en pró de Vasco Nuñez, proclamando y defendiendo su inocencia; pero desgraciadamente eran estos los menos, porque la mayor porcion, entretenida en las islas de la mar del Sur, ignoraba el suceso, ó si lo sabia, no viéndolo, difícilmente pudiera afectarse para esponerse á una resolucion peligrosa.

Con esto el camino de la injusticia quedó espedito para obrar por él los verdaderos criminales con toda impunidad, y Vasco Nuñez entre las garras de sus verdugos salió de la casa que le sirviera de cárcel, ligados los brazos y rodea-

do de picas y arcabuces, á sufrir con la mayor resignacion el martirio que la envidia suele imponer á los verdaderos héroes.

«*Esta es la justicia*, dijo á voz en grito el pregonero, *que manda hacer el rey nuestro señor, y Pedrarias, su lugar-teniente, en su nombre, á este hombre, por traidor y usurpador de las tierras sujetas á la real corona.—Es mentira*, replicó Vasco Nuñez, lleno de noble indignacion, *y falsedad que se me levanta: y por el paso en que voy juro y protesto que nunca por el pensamiento me pasó tal cosa, ni pensé que de mí tal se imaginara: antes fué siempre mi deseo de servir al rey como fiel vasallo, y aumentarle su señorío con todo mi poder y fuerzas.*

Escaso desahogo fué aquel para el terrible trance en que el desdichado Vasco Nuñez se veia: su protesta tan justa y verdadera, como infame y calumniosa era la acusacion, solo sirvió para aumentar la vergüenza de los calumniadores y las lágrimas de los circunstantes. Pero ni una sombra de piedad cruzó siquiera por la mente del Pedrarias que ansioso esperaba el momento de ver rodar por el suelo la cabeza de Vasco Nuñez, y por lo tanto la fúnebre comitiva continuando consternada su camino, tardó bien poco en llegar el lugar del sacrificio.

Arrepentido y reconciliado de sus culpas como hombre, pero seguro de su



inocencia y tranquilo como vasallo leal que habia sido en todos tiempos, Vasco Nuñez ante la cuchilla del verdugo alzó sereno la cabeza mostrando la faz

sin rubor para mayor baldon de sus contrarios; y luego apoyándola resignado sobre el sangriento aparato en que habia de troncharse, miró compasivo al verdugo como perdonándole y mandando que hiciera su oficio. Un momento despues la sangre inundaba aquella misma tierra que Vasco Nuñez habia ilustrado con su nombre, y la terrible comitiva, recogiendo un cadáver en dos pedazos, se retiró silenciosa y espantada del lugar de la catástrofe.

Cuando se considera el desdichado fin de aquel hombre á cuya prudencia y constancia sin egemplo, debia tan reciente la corona de Castilla una de sus mejores posesiones, por las ventajas que el descubrimiento del nuevo mar habia de proporcionarla: cuando el pensamiento retrocede y en la morada de la agonía va á contemplar los últimos instantes de aquel otro génio superior, príncipe de los descubrimientos, el gran Cristobal Colon, señor de un Nuevo Hemisferio, á quien la fortuna tratara con mas rigor cuanto mas sublimes eran sus hechos, casi la mente se aparta del camino que á la gloria conduce, y contenta busca la oscuridad, ya que no la perfidia, para alcanzar próspera y sosegada fortuna.

En efecto: la historia de los individuos mas que la de las naciones, ofrece á la meditacion hartos egemplos de tan contraria y antiracional peripecia, ni consecuencia legítima de una vida de trabajos, ni justa recompensa á la virtud debida. ¿Cuáles fueron sino los males en que la Providencia pudiera fundarse para perseguir tan cruelmente á los héroes de que nos vamos ocupando? Que el Gran Capitan, génio de la guerra y rayo asolador de una nacion incauta, se viese humillado por la fortuna á los últimos de su vida, ya se comprende sin trabajo, porque el Dios de la humanidad no puede proteger constante á los héroes de las batallas. Pero cuando se trata del génio de las ciencias, de la causa primitiva de la civilizacion que derrama la luz en bárbaras y dilatadísimas naciones, la filosofía no encuentra recursos para justificar tan ilegítimas consecuencias.

Por fortuna hay un mas allá que remunera constante las desgracias de la vida, y Vasco Nuñez lo mismo que Colon, y con ellos tantos otros á quienes la humanidad debió infinitos bienes en cambio de terribles agravios, puede esclamar con Jesucristo: *mi reino no es de este mundo*, porque en el templo de la inmortalidad su nombre está grabado con gloria imperecedera.

CAPITULO IX.

Estado de nuestras posesiones tras-atlánticas despues de la muerte de Vasco Nuñez de Balboa.—Descubrimiento de la península de la Florida, é influencia que tuvo en las sucesivas espediciones al Nuevo Continente.—La que hizo Hernandez de Córdova á la Costa de Yucatan: monta el *cabo Catoche*, se interna en el *Seno Megicano* hasta *Campeche*, y con pérdida de mucha gente y maltratado con el resto regresa á la isla de Cuba.—Espedicion de Juan de Grijalva: sus reconocimientos y progresos en mayor escala que los anteriores.—Da nombre de *Nueva España* á la península austral de la entrada del Seno, y costeando este por la parte interior llega hasta el vasto imperio de los Aztecas con los cuales comienza honrosos tratos.—Despide una carabela á la isla de Cuba para dar cuenta al gobernador de lo que estaba obrando.—Velazquez dispone mayor armada para la conquista de aquellos territorios.—Vuelta de Grijalva á la isla de Cuba y mal recibimiento que en ella se le hace.—Vacila el gobernador en la eleccion de cabo para la nueva espedicion.—Eleccion de Hernan Cortés.—Nacimiento, vida y prendas de este caudillo hasta su salida del puerto de Santiago.—Aprestos y armamentos.—El gobernador llega á recelar de la fidelidad de su lugar teniente y trata de relevarlo.—Cortés se apercibe del suceso y se da al mar secretamente.—Causas que justifican su conducta.—Recalando en los demas puertos de la isla hasta el cabo de San Antonio, se entretiene en nuevos reclutamientos.—Fuerzas definitivas con que se dispone á abandonar la isla.—Naves: marineros: soldados: caballos: artillería y municiones.—Precauciones defensivas contra el sistema de guerra de los indios de Nueva España.

Por las vias que hemos señalado marchaban protegiéndose recíprocamente los adelantos de las ciencias exactas y naturales, y el sistema de colonizacion, establecido con previsora política por los Reyes Católicos, para llegar un dia al cabo de la verdad que en el conocimiento de aquellas regiones, monarcas y súbditos estaban con afan apeteciendo.

Mucho se habia adelantado en ambas materias desde que la isla Española se constituyera como centro de operaciones, de donde partian con mayor seguridad que si de España salieran los mas aventurados armamentos. Del continente una considerable porcion estaba ya abierta al tráfico y esplotacion de nuestros navegantes y aventureros: las islas de mas aventajadas circunstancias se habian colonizado tambien con resultados prodigiosos y favorables á la dominacion española y á la cultura europea en el hemisferio occidental, y el reciente descubrimiento de la Mar del Sur acababa de patentizar la existencia

de un Nuevo Mundo, no frecuentado aun por las generaciones anteriores, en vez de descubrir como se habia creido á los principios el suspirado paso á la especería, sin atravesar los límites que á portugueses se habian señalado por la autoridad del Sumo Pontífice.

Tan grande y portentosa novedad, por mas que corroborara los cálculos inventados primero por el gran Colon, y luego seguidos con religiosa veneracion por cuantos en pos de los primeros resultados se dieron en discurrir con matemática exactitud en el terreno de las ciencias exactas, no pudieron menos de hacer que los hechos se detuvieran en su carrera indagatoria, por lo que merecia en justicia la posesion y dominio de tantos y tan vastos territorios. Así fué que, sin renunciar por esto á buscar el estrecho que se deseaba para seguir el grandioso y atrevido proyecto de la circunnavegacion del globo, las colonias que mas desarrolladas caminaban al impulso de una administracion recta y protegida de la naturaleza, no se descuidaron en activar el principio de los descubrimientos, con ayuda de los buques que de Santo Domingo llegaban á su servicio, y á veces de los que en sus informes astilleros se habian construido.

En efecto: apenas de la isla de Boriquen ó de San Juan se habia posesionado el capitan Ponce de Leon en la forma que se ha dicho, y cuando ya la rebelion de los naturales por su impolítico repartimiento se habia dominado por el camino de la fuerza, hubo de armar dicho caudillo algunos buques con los cuales tras de corta y feliz travesía tuvo la buena fortuna de arribar á varios puertos de la Florida, que por sus condiciones topográficas incompletamente averiguadas, supuso á los principios que era una isla. Pero no tardó el espíritu de investigacion tras de nuevos reconocimientos de asegurarse en el verdadero conocimiento de aquella tierra, con la completa seguridad de que no era menos de una península del Nuevo Continente; de donde creciendo la estension de este, se aumentaron las ideas, harto exageradas ya, que de su grandeza se tenian, y el deseo de reconocerlo por partes, y bajo un sistema uniforme llegó á sofocar, á lo menos entre los que en las partes de los descubrimientos occidentales estaban avecindados, todo espíritu que no fuera de conquista sobre las posesiones de la Tierra firme.

Los rápidos progresos que entre tanto habia hecho la preciosa isla de Cuba ó Fernandina, bajo la prudente y pacífica equitativa administracion de su primer gobernador Diego de Velazquez, la habian puesto en el rango de las mas aventajadas en todos conceptos; de suerte que concurriendo en los consejos de su gobernador, con el poder de la prosperidad el discurso de la inteligencia, no fué dificil calcular que, pues la Florida estaba enlazada con la Tierra-firme por su estremo N. O., aquel brazo de mar que por el Occidente se internaba teniendo por límites al N. la misma península que Ponce descubriera, y al S. la dilatada costa de *Yucatan* no reconocida aun por los españoles, pudiera ser muy bien el paso que se buscaba para comunicar con el

grande Océano, y en tal caso la posesion de sus costas tendrian una importancia suma para las empresas ulteriores.

En tan útil conviccion perseverando el gobernador de la Fernandina, se apercibió á prestar nuevos servicios á la corona de España, para lo cual se ofrecia ventajosamente la abundancia de aventureros y de gentes emprendedoras que, con próspera fortuna, se hallaba entretenida en su colonia. Dispuso pues, la primera espedicion compuesta de tres buques y mandada por cierto hidalgo, Hernandez de Córdoba, en Cuba avecindado, la cual partiendo de la Habana el dia 8 de febrero de 1517 con rumbo á las islas Bahamas, viró oportunamente, quizá por contrarios vientos, los cuales la llevaron de arribada no lejos del *cabo Catoche*, que es el estremo N. E. de la península que limita la parte S. del seno mejicano.

Por mas que los efectos inmediatos de la espedicion fueran desdichados á los hombres que la componian, no hay duda que sirvieron grandemente á las investigaciones generales que sobre la Tierra-firme se estaban praticando; pues á la vez que el espíritu belicoso de los naturales diezmaba las filas de nuestros soldados, estos en sus incursiones y á costa de su sangre tuvieron ocasion de observar una raza mas instruida y regularizada en la guerra, así como mas política en su trage, y un pais mejór cultivado y con abundantes muestras de muy antigua y mayor civilizacion, en sorprendentes edificios simbolizada.

Con tan importantes novedades volvió á darse al mar la flotilla de Córdoba desde el puerto de *Campeche*, donde habia llegado, con rumbo al de la Habana de donde saliera; y al desembarcar en él con una mitad de su gente, pues la otra habia perecido en formales encuentros con los indios sustentados, dió cuenta á Velazquez de cuanto sus ojos admiraran y su inteligencia comprendiera respecto de la tierra por él visitada, patentizando sus narraciones con inequívocas muestras de piezas de oro labrado, trages, penachos de plumas y otras curiosidades que en su espedicion habia recogido, y exhalando despues el último aliento de su vida por las heridas que tan portentosa investigacion le habia costado.

Menores sacrificios hubieran sido mas que bastante para que Velazquez no se descuidara en sacar de aquellas nuevas todo el partido que su poder alcanzara: de suerte que, sin perder mas tiempo que el indispensable para disponer la empresa, hizo armar cuatro bergantines con tripulacion bastante y gente de guerra bien apercibida y pertrechada, en especial de armas de fuego: todo lo cual puso á cargo de su sobrino Juan de Grijalva, que se hizo á la vela del propio puerto que el anterior el dia 1.º de mayo de 1518.

Con vientos favorables fué fácil á la espedicion atravesar por la costa septentrional de Cuba con rumbo al O. toda la distancia que media entre el antiguo puerto de Carenas y el cabo occidental de la isla; pero al montarlo no pudieron los buques resistir bastante á un viento frescachon que los hirió de la

banda del Norte, y por él tuvieron que correr al S. algunas leguas hasta la isla de Cosumel, situada á los 19° 22′ 20° 35′ de latitud N. no lejos de la costa de Yucatan por el Oriente. Aquí se conservaron algunos dias para refrescarse de aguada y esperar que el tiempo mejorase, y despues volviendo al mar alcanzaron la costa de Tierra-firme, por bastantes leguas mas al Ecuador, que Hernandez de Córdoba habia frecuentado.

Siguiendo el rumbo hácia el Septentrion que marca la costa oriental de aquella península, Grijalva hizo navegar sus cuatro buques bien apercibidos para recalar en los puertos y ensenadas que hallaba á su paso, y poner en tierra sus soldados, siempre que la ocasion se ofrecia oportuna. Vanos fueron todos los esfuerzos de los indios, para impedir el desembarco de nuestras gentes, porque las terribles detonaciones de los arcabuces unidos á algunos cañonazos disparados de los buques, y los efectos mas terribles aun de las balas, aterrorizaban y dispersaban casi siempre á los indígenas mas belicosos. Con todo: algunas veces crecieron los apuros de nuestras gentes, hasta el punto de verse obligadas á emprender muy precipitados reembarques; pero esto no fué bastante causa para que Grijalva dejara de costear toda la península, internándose en el golfo muchísimo mas que su antecesor lo habia hecho, y que despues de haber confirmado con mas deslumbrantes objetos cuanto Córdoba habia dicho relativo á una antigua y superior civilizacion: de haber dado á aquella península por ciertas semejanzas de varios objetos con algunos de la nuestra, el nombre de *Nueva-España*, y haber avanzado hasta el promontorio de la provincia de Panuco, despues de abierto trato y comunicacion, el primero de los europeos, con la famosa raza de los *Aztecas*, regresó á la isla de Cuba tras de seis meses de ausencia, no menos trabajado por los cuidados de tan especial viaje, que rico de sensaciones, abundante de magníficos presentes, de los cuales algunos habia ya enviado á Diego de Velazquez en una carabela despachada con Pedro de Alvarado, famoso capitan de su comitiva, y sobre todo animado con un caudal de esperanzas deslumbradoras, por lo que supuso, no sin caudal de justicia, aunque con harta equivocacion, que á su esperiencia se encomendaria la conquista de aquellos riquísimos y dilatados territorios.

No tuvo sin embargo, á su arribo á Cuba, aquellos parabienes que del gobernador pensaba haber recibido; porque Velazquez, temeroso primero de algun mal suceso, é indignado despues por la voluntaria tardanza de Grijalva habia enviado ya mensage en su busca, y sobre todo no tomó á bien que habiéndose asentado franco trato entre la espedicion y los naturales de tan ricas y cultas posesiones, no hubiese puesto mano en el asiento de una colonia, convenientemente prevenida, que en lo de adelante asegurase la conquista de tantas y tan estrañas riquezas. Antes, al contrario de las esperanzas que Grijalva tanto habia acariciado á su regreso, supo con el mayor sentimiento que el gobernador, su tio, desentendiéndose de los derechos adquiridos, y solo

atento al mas pronto beneficio de la corona que servia, tenia ya dispuesta mayor armada para cometer definitivamente la aconquista de aquellas regiones, y que para despacharla no esperaba ya otra cosa que la investidura y autorizacion de la empresa, reclamada á la audiencia de Santo Domingo, para que tuviese mas digno carácter, y la eleccion de la persona mas conveniente que hubiera de ponerse al frente de la espedicion; pues este era punto en que el gobernador se hallaba vacilante, no tanto por la abundancia de empeños y proposiciones que tomaban mano en suplicar tan alta honra y lucrativo puesto, cuando por las esquisitas partes que necesariamente habia de tener reconocidas el capitan á cuya prudencia y valor se encomendase.

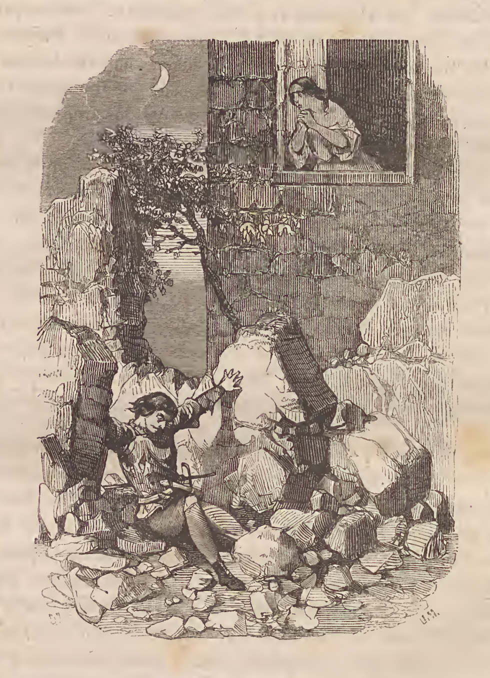
Para llenar la primera condicion que deseaba el gobernador de la Fernandina, esto es, autoridad bastante para dirigir el reconocimiento y conquista de la Nueva España, la indicacion del objeto bastaba, pues tan encaminado iba á la idea promordial que sustentaba la política española en aquellas partes: de suerte que, la congregacion de los P.P. Gerónimos recien llegados á Santo Domingo con ámplias facultades sobre el gobierno temporal de aquel hemisferio, no tuvo dificultad en acceder á la demanda de Diego de Velazquez, dejando á sus conocimientos, prudencia y cuidado así los preparativos, como la sustentacion, refuerzos y demas accidentes de la empresa.

De la segunda cuestion, que era la del mando superior de la espedicion, difícilmente otras garantías pudieran aventurarse que aquellas que en la observacion y el cálculo sin responsabilidad estuvieran fundadas: que no antes de esperimentados los caudillos se puede juzgar de sus partes para emplearlos en árduas empresas, y los capitanes y aventureros que á la corona de Castilla servian bajo la conducta del gobernador de la Fernandina, no estaban probados mas que como soldados valerosos; y aunque alguno de cabo prudente hubiese dado noticias en las ocasiones, estas habian sido en tan reducida escala que por ellos fuera difícil en estremo aventurarse para fijar la magnitud de la nueva empresa á la calidad ya conocida de personas determinadas.

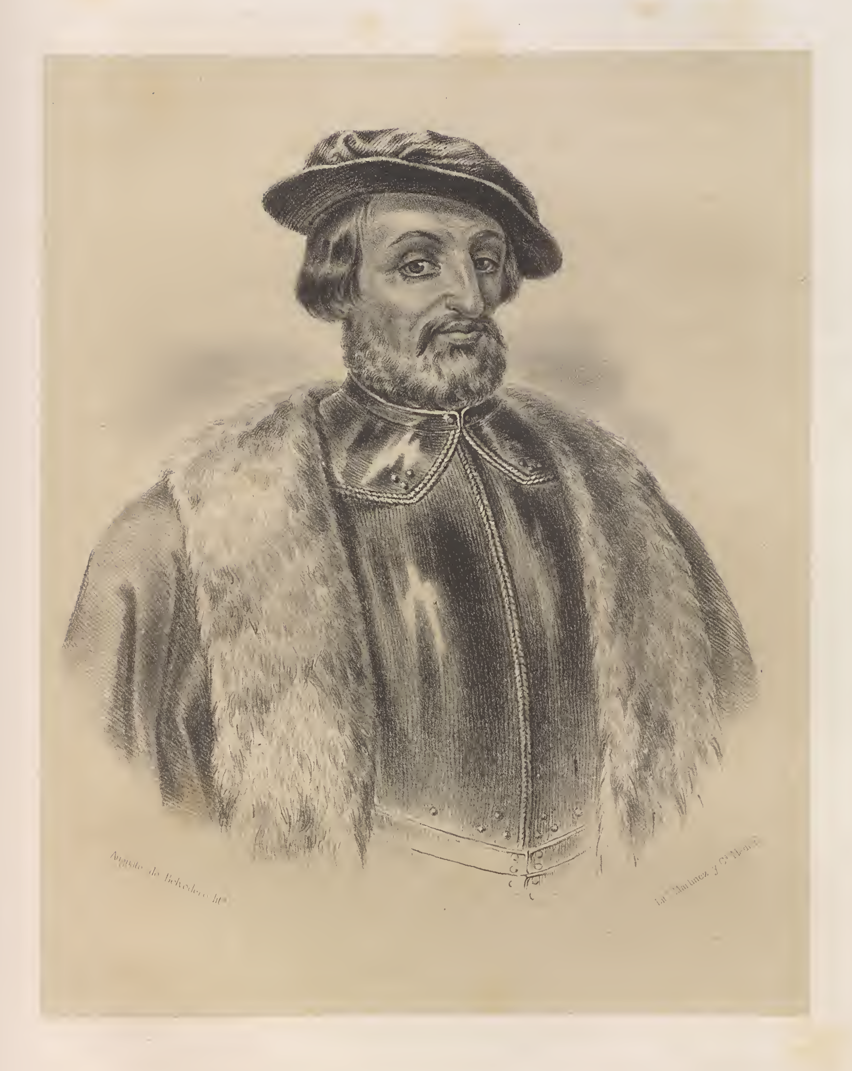
Sin embargo: parece como que el gobernador Diego de Velazquez se habia entretenido con el mayor esmero y por largo tiempo, en estudiar el carácter y circunstancias especiales de sus subordinados para elegir entre todos al mas digno de cuantos pudieran haberse puesto al frente de aquella empresa, á fin de llevarla á cabo con los mas deslumbrantes resultados, hasta por las vias superiores del heroismo. Pero á juzgar por los cambiantes y alteraciones que hubo en la dicha eleccion apenas se quiso dar comienzo á la conquista de la Nueva España, no hay duda que aquella fué tan casual como acertada, y que lo mismo que correspondió digna y prodigiosamente á los deseos de todos los pechos hidalgos, pues envidiosos y calumniadores no faltaron para dar sombra á las altas hazañas del héroe de la empresa, y condenarlo en sus últimos dias á las injurias de la desgracia, pudo muy bien, por el

contrario, frustrar el propósito si en los precedentes de la persona y en el cuidado de la eleccion se hubiera fundado.

Era el famoso Hernan Cortés hombre entrado en los treinta y tres años de su vida, como que á ella viniera de nobles padres en la villa de Medellin en 1485. La débil constitucion que aparentaba el héroe en su juventud ó quizá los desemgaños que en la carrera de las armas habia tocado su padre Martin Cortés y Monroy, que era Capitan de infantería, aunque honrado, de muy cortos intereses, indujeron á este á que su hijo se desviase de aquella senda para que en otra mas científica se desarrollasen ventajosamente sus buenas facultades intelectuales: de suerte que el jóven estudiante cursó en la universidad de Salamanca bien que únicamente dos años, porque á la razon se agitaba la vuelta del Gran Capitan á Italia, en cuya compañía corrian á alistarse los espíritus mas ardientes sedientos de gloria, y Hernán Cortés no habia nacido para la monotonía del bufete ni mucho menos para la austera soledad del claustro.



Concurrió con la segunda empresa del gran Gonzalo de Córdoba la ida pri-



HERNAN CORTÉS.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

mera del comendador Ovando á la Española; y porque tantas y tan misteriosas aventuras se referian en la península de aquellas regiones recien descubiertas, vacilando el deseo de hacerse pronto notable entre las circunstancias de cada espedicion, el héroe de Méjico se decidió al cabo por la que mas le aproximaba al camino de su gloria. Su carácter demasiado precoz, como de espíritu que está abrasado en el ardiente fuego de las pasiones mas activas, no le permitió entonces llevar á cabo su propósito, porque amando entre las sombras del misterio á una noble dama con quien comunicaba furtivamente, tuvo la mala dicha de dar en tierra con una pared que se veia precisado á escalar todas las noches, saliendo en la de su desdicha asaz mal parado, y con absoluta imposibilidad de ponerse en camino durante algun tiempo.

Dos años hubieron de transcurrir antes que Hernan Cortés alcanzase con su ida al Nuevo Mundo los deseos que alimentaba, los cuales vió cumplidos trasladándose á la isla Española en una flotilla que fué allá con provisiones tras la muerte de la reina doña Isabel en el año de 1504. A su arrribo el comendador recibió al aventurero con las mayores muestras de su alta proteccion, bien que no permitiéndole tomar parte, como manifestaba desear, en las empresas bélicas, y sí halagándole con la libre donacion de tierras, indios y hacienda con que beneficiarse, y además, por las letras que habia cursado, nombrándole escribano público de la colonia, oficio que á la sazon era harto lucrativo en aquellas partes.

Mas ¡qué aliciente pudiera tener la vida curial ó agrícola para el noble corazon que mas levantadas y honoríficas carreras habia desechado! Hernan Cortés no alzaba menos su pensamiento que hasta el templo de la inmortalidad, y para escribir en él su nombre no eran aquellas vias las que podian ofrecerle mejores resultados. Todas sus tendencias, todos sus hábitos se revelaban contra la quietud de los cargos concejales. Era galanteador de oficio: pendenciero siempre que alguna causa noble se ponia á cuestion de armas: franco de carácter, alegre y decidor, y simpático por escelencia. Hasta cierto punto cuando la investigacion de los hombres conocedores se fijaba en su índole esterior, ninguno alcanzaba del análisis otros resultados que los de la frivolidad animada con una imaginacion viva; pero en su fondo existian los grandes pensamientos del hombre superior que sino habian asomado todavía á la práctica de su vida, era porque la que hasta entonces llevara se habia negado á todo género de arranques sublimes. La constante vivacidad de su espíritu, y sus frecuentes egercicios en lances de honor, á que nunca daba mas satisfaccion que por la lengua de su espada, habian vigorizado su cuerpo, ya desarrollado, y tan gallardo y esbelto que estaba reclamando la entalladura de las armas para competir con los mas apuestos.

Tal era Hernan Cortés en la edad característica del hombre, cuando todas sus facultades han adquirido la fuerza física y moral del completo desarrollo tras de veinte y seis años de vida, que no mas ni menos contaba cuando Diego

de Velazquez se apercibió y dió al mar en el conveniente armamento que se dispuso para la toma de posesion y colonizacion de la preciosa isla de Cuba. En aquella armada, pues, fué nuestro héroe, tan impetuoso como el mas aventajado en las pocas ocasiones de guerra que ya en territorio de la isla se ofrecieron. Pero como estas no fueron mas que como pasageros relámpagos en aquellas partes, merced al político sistema puesto en práctica por su prudente gobernador, todavía Hernan Cortés volvió á reducirse á la condicion de escribano y labrador, y algunas veces alcalde, bien que ya bautizado con la categoría de valiente capitan por los hechos de mérito especial que en las dichas ocasiones habia obrado.

Por resentimientos de distinguidas doncellas y damas honradas que lo habian sido hasta conocerle, se vió reducido á estrechas prisiones, que siempre acababa por escalar con su destreza. Una vez lleno de osadía y cuando mas su vida pudiera haber peligrado en manos de la justicia, solo y armado de punta en blanco, se fué hasta la morada del gobernador á exigirle satisfaccion sangrienta de la persecucion que se le hacia. Velazquez en los primeros ímpetus quiso obrar como autoridad; pero la accion arrojada no menos que honrosa de su enemigo tocó los resortes de su espíritu generoso y caballeresco, y por todo castigo le dió los brazos, la mas cordial amistad, y el lecho de su uso para que descansara de sus trabajos. Con esto y con unirse en matrimonio á la mas justamente ofendida víctima de su amor, y que mas tierna y generosa le amaba sin hiel en su desdicha, se terminaron las fatigas de una vida airada, sustituyéndolas con la muelle calma de la vida campestre, en la cual Hernan Cortés supo hacer grata la existencia de cuantos le rodeaban, y adquirió caudal bastante para entrar con el tiempo ventajosamente en la empresa que mas gloria habia de reportar á su nombre.

Cuando por los informes de Hernandez de Córdoba y el mensage de Juan de Grijalva, se decidió Velazquez á enviar mayor espedicion sobre las recien descubiertas costas del seno Mejicano, Cortés, como otros muchos, hizo sus proposiciones para conducirla, ofreciéndolas siempre mejores que cuantos en los deseos le habian precedido. Quizá la esperanza de mayores lucros, ó la mejor opinion que Velazquez se formara del caudillo fueron causa, que no solamente empeños y recomendaciones, como autores afirman, para que la eleccion recayera en Hernan Cortés entre todos los pretendientes. Entonces con generoso desprendimiento se deshizo de cuanto poseia para contribuir á la compra y armamento de los necesarios buques hasta seis y al enganche de los voluntarios hasta trescientos. Lo que no alcanzaron sus ahorros lo suplió el empeño de sus tierras; y cuando todo lo hubo agotado hasta su crédito, empleó el de sus amigos para que nada faltase de cuanto á su persona tocaba poner, en virtud de lo prometido á Diego de Velazquez.

En tanto que los aprestos de la espedicion que entonces traia ocupados los ánimos en toda la isla, se hacian con el mayor esmero y rapidez posibles, el

gobernador estendió claras y terminantes las instrucciones por donde Hernan Cortés habia de regirse. A los émulos y envidiosos de nuestras glorias, enemigos del nombre español, escritores estrangeros, pudieran servir aquellas de victoriosa contestacion contra sus calumniosas declamaciones.

En efecto; prevenia Velazquez á su lugar teniente y capitan general de la empresa, que usara con los indios el mas humano y apacible trato, cuidando en especial de su conversion por las vias de los alhagos y los argumentos del raciocinio, acomodado á su inteligencia por conducto de los intérpretes. Tratábase en las mismas de los cambios y rescates, y envueltas en muy suaves espresiones, algo se traslucia de la obediencia que los indígenas deberian prestar á los soberanos de España; pero ni una sola palabra se consignó en aquellas relativa á esclavitud, ni mucho menos se dijo nada que á la crueldad de las armas conviniera. El uso de estas habia de ser una consecuencia legítima de los procederes de los indios en su recepcion y trato que hicieron á los españoles; y esto no pudiera condenarse legítimamente, mucho menos tratándose de aquella época, porque seria querer cegar los ojos de la inteligencia con las declamaciones de una moderna civilizacion, que nuestros mas encarnizados detractores no han sabido respetar siquiera en los cultos tiempos que vamos atravesando.

Ordenadas moralmente las cosas, en los aprestos materiales se entendia con toda premura cuando cierto bufon de que Velazquez se servia, queriendo aventurar vagas especies por jugar con la primera condicion del honor que es la buena fé, porque sin duda el miserable no la comprendia, predijo á su amo que Cortés con el tiempo habia de faltar á los pactos de la empresa. Quizá el gobernador no dió á la insolente advertencia mas importancia que la que merecia por la ruindad de su orígen; pero sobre ella comenzó á labrar la idea de pasadas enemistades, y receloso mas de lo que á su autoridad conviniera, se decidió al fin á mudar de cabo en aquella empresa. Los secretarios que habian de entender en las nuevas provisiones no fueron tan fieles que dejaran de participar á Cortés el riesgo que corria: y como este habia empleado sobre sus haberes presentes y futuros todo su crédito y el de sus amigos, viendo su ruina inminente si relevar se dejaba, con el mayor secreto se dió al mar á medio hacer los preparativos, pero bastante autorizado con las gentes que contaba á sus órdenes para reclutar otras muchas en las demás poblaciones de la isla donde sucesivamente se fué presentando en la direccion del Occidente.

Al fin, despues de algunos riesgos y contradicciones que pudo satisfacer por las vias de su creciente poderío, fuele fácil aumentar su flota hasta el número de once naves, de las cuales montaba Cortés la mayor que era de porte de cien toneladas: otras tres tenia ochenta y el resto se componia de carabelas y bergantines de buque mas moderado: y por lo respectivo á fuerza personal con que acometer la empresa pasó muestra en el cabo de San Anton á ciento y diez hombres de mar y quinientos cincuenta soldados, de ellos los treinta y

dos ballesteros y trece arcabuceros. Caballos fueron diez y ocho si escasos en el número, abundantes en los efectos de la guerra por el terror que á los indios inspiraban. Tambien se unieron á la espedicion como intérpretes, en la apariencia, pero mas bien de objetos de confianza á los nuevos pueblos que se visitaran, sobre doscientos indígenas de la isla de Cuba y varias mugeres: y de material de artillería embarcáronse diez lombardas ó piezas de grueso calibre, cuatro falconetes y bastante cantidad de municiones.

Con esto y con la prudente precaucion que inspiraron á Cortés las nociones que Grijalva y su antecesor habian dado sobre las armas ofensivas y defensivas de los indios de nueva España, mandando que en vez de corazas llevasen entretelados de algodon los jubones, nada faltó para que la espedicion abandonase al cabo la isla, seguida de aquella brillante aureola de gloria que la prudencia del caudillo no menos que su valor se supo conquistar en la prodigiosa conquista del grande imperio mejicano.



CAPITULO X.

Dase al mar la flota de Hernan Cortés desde el cabo de San Antonio de la isla de Cuba.—Contrarios accidentes del viaje, y su arribo á Cozumel.—La arribada á esta isla facilita á la empresa considerables ventajas: conquista de la isla é introduccion del Cristianismo: franca amistad entre naturales y españoles: llegada de Gerónimo de Aguilar del territorio vecino.—Vuelve al mar la flota y arriba á Yucatan: costeo de esta península hasta introducirse en el seno mejicano.—Arribada á la embocadura del rio de *Tabasco*.—Hostilidades de los naturales contra nuestros bateles: reñido combate de estos con las canoas indianas: armas de los enemigos: su trage y manera da combatir.—Desembarcan los españoles, y entran en la ciudad del propio nombre que el rio, tras de obstinada pelea.—Sangrienta batalla de Tabasco: sus resultados en general.—Consideraciones filosóficas contrarias á las vanas declamaciones del P. Las Casas y sus continuadores.—Efectos morales de la victoria alcanzada por Hernan Cortés en aquella provincia.—Tributo de los caciques á nuestras gentes.—Doña Marina.—Introdúcese el cristianismo y son derribados los ídolos sustituyéndolos con imágenes de la Vírgen.—Prácticas y ceremonias religiosas: su influencia en la conversion de los indígenas.—Seguridades mútuas.—Reembarco de los españoles.

El dia 18 de febrero de 1519 fué el señalado para que la flota partiese del cabo de San Antonio de la isla de Cuba, con rumbo directo á la costa de Yucatan como objeto primitivo de la empresa; pero contrarios vientos que del Norte soplaron con fuerza causaron á esta los mismos efectos que la de Grijalva habia padecido, y la isla de Cozumel sirvió de escala y comienzo ventajoso á la famosa conquista de la Nueva España.

A no dudar, si Cortés hubiera podido calcular las ventajas que semejante arribada habia de proporcionarle, antes de pensar en poner las proas á la Tierra-firme se habria esmerado en dirigir sus naves á la mencionada isla; porque habiendo en ella logrado la conversion de sus naturales, no sin emplear para ello el rigor de las armas, en marcial combate cruzadas con las flechas y mazas de los indígenas, hasta dispersar sus numerosas huestes y derribar sus fantásticos ídolos, hubo de alcanzar á la vez gratas nuevas de ciertos españoles que en la frontera costa de Yucatan se hallaban perdidos de algunos años antes, y el mas singular consejo de estrechar entre sus brazos al único

de aquellos infelices que pudo sobrevivir á sus penas y desventuras.

Por mas que la humanidad se interesara en primer término por la salvacion de aquella víctima del infortunio, políticamente considerado el suceso, tuvo una importancia de harta consideracion para los adelantos que debian alcanzarse en la conquista; pues hallándose enterado el recien venido que era un cierto Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija, de todos los usos civiles, militares y religiosos de las gentes del Nuevo Continente, sus nociones sirvieron de fundamento á la esquisita prudencia de Cortés para guiarse en las ocasiones de mayor riesgo.

No tardaron en llegar estas mas tiempo que el que la espedicion se entretuvo en la isla de Cozumel, fortificando los progresos de las doctrinas recientemente allí sembradas, y dando pábulo á las amistades convenidas entre sus naturales y los españoles. Al cabo el dia 4 de marzo abandonó la espedicion aquella tierra hospitalaria y costeando la de Yucatan con rumbo al N.-E., consiguió en breve montar el cabo Catoche é internarse con próspera fortuna por la boca del Seno-Mejicano.

Cortés iba animado de las mas lisonjeras esperanzas respecto á la cordialidad que esperaba obtener de los habitantes de aquellas costas, en que ya Grijalva habia comerciado; pues aunque á este y á su antecesor Hernandez de Córdoba, no habia escaseado las ocasiones de la guerra, al cabo las inteligencias llegaron á convenirse con señales inequívocas de recíproca armonía, y los cambios y rescates se habian hecho con beneplácito de forasteros y naturales. En tal concepto, al llegar á la confluencia de cierto rio dicho de Tabasco, sobre cuyas márgenes, á corta distancia de la mar, existia una poderosa ciudad de indios, y al cual Grijalva habia puesto su nombre, el capitan general de la empresa ansioso de sentar la planta en la tierra de sus bélicas ilusiones, mandó dar fondo á la boca del rio y echando al agua los botes se disponia á ir de paz cuando una multitud de indios con gestos y alaridos amenazadores y en guerra mejor armados, que cuantos hasta entonces habian peleado con nuestras gentes, hubieron de advertirle el peligro que corria de ir á tierra si con fuerza bastante no lo practicaba. Entonces Cortés hizo guarnecer de soldados sus botes hasta que mas no cabian, y en ellos, bogando hácia tierra, tuvo que sostener en la mar un terrible combate con infinidad de canoas bien tripuladas de indios guerreros, de suerte que llegó á padecer hartos trabajos hasta conseguir la victoria merced á los arcabuces, matando á muchos enemigos, echando á pique gran porcion de sus frágiles buques, y dispersando á todos tras de algunas horas de muy terrible combate.

Aunque la táctica en aquella sazon desplegada por las indígenas no alcanzaba un grado tal de perfeccion que pudiera hacerse temible á los españoles, ni sus armas eran bastantes á competir siquiera pareadas con las de nuestras gentes, con la mayor cultura destreza y regular ordenanza que en aquella funcion desplegaron, no se ocultó á Hernan Cortés los mayores peligros que

habia de atravesar antes de que los mas convenientes progresos le proporcionasen una absoluta seguridad en el éxito de la conquista. En efecto, los indios que á la mar se habian lanzado sobre débiles canoas, para contrarrestar la invasion de su territorio, lo hicieron ante todo con una decision importante, y su obstinacion en la pelea acreditó bastante que el amor de la independencia y la conservacion íntegra de su territorio, tenian en sus corazones sobrada influencia para no ceder ante los estragos nunca vistos allí que nuestras armas de fuego les causaban.

Las canoas no como en otras ocasiones acometieron á nuestros bateles confundidas y apelotonadas, sino alineadas cuanto el cauce del rio permitia y tendidos en buena ordenanza. El aspecto de aquellos feroces combatientes tampoco daba á los nuestros la seguridad de la victoria con que en otras empresas habian contado; porque vestidos sus cuerpos de pintadas mantas y forrados sus pechos y espaldas con algodonados arneses, ostentando en sus cabezas levantados penachos de brillante plumage, blandiendo en sus manos terribles mazas de récios árboles, con pedernales en ellas incrustados, y arrojando dardos y flechas con una agilidad portentosa, la misma que desplegaron constantes en el manejo de sus canoas y en los abordages que á veces intentaron sobre nuestros bateles, aunque á mas no se atendiera que á la infinita muchedumbre con que á cada momento se reforzaba de su parte la lucha, hubiera sido causa sobrada para que los ánimos vacilaran y la victoria fuera indecisa.



La que por mar alcanzó la singular armada de los españoles, no fué bastante para que nuevos gritos y feroces alaridos dejaran de anunciar á Hernan

Cortés, que todavía quedaba mucho que hacer antes que pudieran considerarse echados en parte segura los fundamentos de aquella conquista. Quizá porque á las tendencias de su política se oponia el rudo choque de las armas, mejor hubiera querido separarse de aquel distrito para ir á otro en que los habitantes le recibieran menos belicosos, pues la prudente economía de la sangre era la privilegiada tendencia de nuestro héroe, siquiera en vista no fuese mas que de la poca gente que llevaba. Pero contra su retirada de aquel punto, donde una próxima ventaja podia justificar la segunda acometida, gritaba la reputacion de nuestras armas, y acaso el éxito definitivo de la empresa. «Si se ha de pelear, hubo de discurrir Hernan Cortés, peleemos donde ya nos conocen, que el éxito Dios cuidará de que se incline venturoso á nuestra banda. Luego, que bien podemos temer semejante recibimiento donde quiera que lleguemos, y siempre será mejor seguir la empresa por donde la hemos comenzado con una victoria.»

Hecha tan prudente resolucion, al dia siguiente dispuso Cortés el desembarco de su ejército; pero aunque los indios no se arrojaron á las canoas como en el anterior combate, defendieron á palmos su terreno desde las márgenes del rio, hasta la próxima ciudad, la cual abandonada totalmente por los indígenas, fué ocupada por nuestras gentes, la primera de cuantas por su construccion y edificios, atestiguaron en el Nuevo-Mundo la pasada existencia de mas superiores y cultos habitantes. En efecto: no lejos de allí, el investigador espíritu de muy recientes tiempos, ha descubierto los restos grandiosos de la maravillosa ciudad de Palenque, cuyas ruinas monumentales han servido de grande estudio á infinitas corporaciones, abriendo vasto campo á la mas alta filosofía de la historia, para cuando alguna nueva revelacion, salida como esta, de las entrañas de la tierra, ponga de manifiesto la verdad de tan portentosos descubrimientos.

El completo silencio que reinaba en torno de la ciudad de Tabasco, luego que los españoles estuvieron de ella posesionados, hizo sospechar al general que alguna empresa estratégica estaban combinando los naturales, para alcanzar la total ruina de sus molestos huéspedes. Para despejar en lo posible la difícil situacion que ocupaba Hernan Cortés, hizo salir bien apercibidos algunos destacamentos esploradores, los cuales tras de alguna escaramuza, volvieron á informarle como todas las gentes de aquella provincia se hallaban en armas, resueltas á dar batalla decisiva á nuestros soldados hasta conseguir su esterminio.

La gravedad de semejante noticia, hizo discurrir á Cortés los mejores medios de afrontar el suceso con éxito venturoso, y por lo que á su prudente consejo, mas que á la esperiencia debia, calculando razonablemente que siempre, en los asuntos de la guerra, el agresor reune de su parte toda la influencia moral, que no se puede conseguir sin poderosas ventajas en la defensiva, se determinó á salir á campaña con su pequeño ejército, hasta dar impetuoso



C. Mugica inv.º y lit.º Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

HERNAN CORTES

al frente de unos cuantos caballeros, en lo mas critico de la batalla de Tabasco, decide á fabor suyo la victoria.

sobre las robustas haces de sus infinitos contrarios. Para mejor disponer en favor de sus armas el resultado de la batalla, ordenó en tres porciones las diversas armas de que sus fuerzas se componian, pues para que nada faltase á la funcion, hiciera desembarcar la artillería de sus naves: y dando este encargo á un soldado que en Italia la habia servido con aprovechamiento, por nombre Francisco Mesa, y la infantería en once compañías, ordenada con sus respectivos capitanes, bajo el mando en gefe de Diego de Ordaz, reservó para sí la direccion de la caballería, teniendo cuidado, en el comienzo de la batalla, de ir á coger por retaguardia los escuadrones enemigos.

Terrible fué el empuje de los indios en sus repetidos ataques sobre la línea de los españoles. Ordenada su muchedumbre en imponentes masas de á ocho mil hombres cada una, su espíritu apenas cedia ante los terribles estragos que en ellas causaban los cañones: antes por el contrario, llegó el caso de que se confundieran en la pelea indígenas y españoles, en tal disposicion, que ni las lombardas ni los arcabuces podian usarse, sin peligro de matar indistintamente á unos y á otros, amigos y contrarios.

Hallándose en tal estado la pelea, fácil es considerar cuanto era el peligro en que estaban los españoles, pues al menor desman que en cualquier flanco hubiese por desmayo ó indispensable rotura, aquellas terribles y poderosas masas, hubieran dado fin en muy cortos momentos, de tan pequeño ejército. Pero de pronto los mas crueles alaridos y una nube de polvo que ocultaba los rayos del sol, se hicieron sentir por la espalda de los indios, y á través de algunos claros que la luz permitia, las relucientes corazas de los caballeros y sus largas espadas, devorando cuanto á su paso se oponia, brillaron como un meteoro consolador en las tinieblas de la duda. Desde este momento varió completamente el aspecto de la batalla: los indios, que supusieron un ser compacto é indivisible á cada ginete con su caballo respectivo, no pudieron sufrir ni el ímpetu ni la vista de semejantes mónstruos; de suerte que dándose á la fuga en todas direcciones, facilitaron de nuevo su interrumpido fuego á los cañones, y á la infantería dieron lugar para que volviera á hacer uso conveniente de sus arcabuces, no estando mas ociosas las picas ni las ballestas.

La caballería absteniéndose de herir al ver la completa dispersion de aquellas imponentes masas, corrió en todas direcciones dando á los peones infinidad de prisioneros, los cuales, mas heridos en la imaginacion que en sus cuerpos, se escondian los rostros horrorizados, y como á espíritus del averno, que manejaban los truenos, relámpagos y rayos de la tempestad, llegaron á rendirse sin mas oposicion á nuestras gentes.

Esta fué, dice el padre Las-Casas, *la primera predicacion del Evangelio por Cortés, en Nueva-España;* y tan sangriento sarcasmo, dando pié á los enemigos del nombre español, para aumentar los cargos y recriminaciones, fué causa primitiva de cuantos hasta el dia no han cesado de dirigirse á nuestra ad-

ministracion en aquellos territorios. Insensato el fraile suponia que las doctrinas mansísimas de la religion podian bastar sin anteriores escarmientos, para sembrar el Evangelio entre aquellas naciones ateas ó paganas, y mal curado de su orígen francés, siempre agresivo á los españoles, condenaba todos nuestros hechos de armas, como si entre las naciones civilizadas no se conocieran ya los oficios de la guerra, ó como si los indios, que siempre fueron agresores, se entretuvieran en disparar á nuestras gentes, flechas de cera derretida. ¿Ignoraba, por ventura, que allí donde al tráfico se abrian las puertas á los españoles, sin alardes guerreros callaban siempre los argumentos de las armas, ó pretendia condenar á la perpétua ignorancia de su estado salvaje é independiente, el ascético ministro, á tantos millares de almas, cuya conversion estaba reclamando el Dios de las misericordias á quien invocaba únicamente el buen padre, para acriminar nuestra conducta?

Hernan Cortés, cuya sábia política y rectos procederes, han proclamado todos, hasta los enemigos de su nombre, antes de entrar en formal campaña habia requerido de paz á los indios de Tabasco, como en Cozumel hiciera. Sus pacíficas y repetidas intimaciones fueron contestadas con una nube de flechas: de suerte que, siguiendo el principio mas conveniente, para no herir la susceptibilidad del P. Las-Casas, y de sus apologistas continuadores, debiera haberse alejado de aquellas tierras, donde la presencia de los españoles, era un obstáculo á la continuacion de la idolatría, de los sacrificios humanos y de los mas bárbaros y salvajes procederes.

No procedió así el heróico caudillo de los españoles: retado en campo raso en una época esencialmente guerrera y religiosa, admitió el desafío, porque otra cosa hubiera sido manchar los blasones de la corona, entonces mas poderosa que en el mundo ceñia monarca; y ordenando su pequeño ejército de quinientos hombres, contra cuarenta mil, es decir: teniendo cada español ochenta indios en su contra, segun los datos de aquellos autores que mas rebajan el número de los indígenas combatientes, se arrojó á la empresa mas aventurada que hombre alguno habia acometido. La buena combinacion de sus dotes marciales, mejor que el influjo de nuestras armas, puso en sus manos la victoria cuando el éxito era mas dudoso; pero así que el derramamiento de sangre no era indispensable, dejó de verterla, y cuando la retencion de los prisioneros no pudiera servir mas que como un alarde de lujo, tambien dió á todos libertad para dejar de ser conquistador y hacerse su director y su amigo. Quién semejante conducta tacha de cruel con inaudito sarcasmo, no fué digno ni del manto de religioso que vestia ni del nombre de español que por acaso llevaba: y los que dando importancia á las vagas declamaciones del Obispo de Chiapa, siguen las vias de la recriminacion, ó son embozados enemigos que á siniestros fines conspiran, ó escritores ignorantes que en un libro y no mas, han bebido toda su ciencia.

Cuando por la superioridad moral de nuestros soldados y la generosa con-

ducta del gefe que los gobernaba, los principales caudillos enemigos tuvieron rendida la voluntad, tanto como conquistada su fortaleza, enviaron al ente sobrenatural de las armas invasoras, ciertos mensageros vestidos de negro, que era señal de sumision ó vencimiento. Cortés recibió la embajada y con-



testó á su espíritu por conducto de los intérpretes, despidiendo á aquellos con grandes presentes, bien que con cierta dignidad que obligaba, por especial mandato, á que los mas altos caciques vinieran á su presencia. No tardaron estos en llegar con escelente comitiva á los reales del héroe vencedor; y despues de cruzados de una y otra banda los cumplimientos mas estraordinarios, acabaron por manifestar los caciques que deseaban la paz, por su culpa desechada, y en prueba de ella, se verificaron con la mayor armonía, públicos cambios y general mercado de toda clase de producciones indígenas.

Para asegurar las amistades allí cimentadas, recibió Hernan Cortés de los caudillos vencidos hasta veinte doncellas, tributo codiciado por moros y gentiles; pero contrario entre las naciones cultas á los vínculos de la naturaleza. Con todo; por lo que la influencia de la muger suaviza las costumbres mas feroces de los pueblos, aquel presente fué aceptado por el gefe de los españoles con tan buena fortuna, que una de las doncellas, bautizada inmediatamente con el nombre de doña Marina, sirvió de mucha parte despues, para llevar adelante nuestras armas la conquista del grande imperio de Méjico.

Así que nada quedó por hacer en las mútuas manifestaciones de sincera amistad, Hernan Cortés, atento siempre al principal objeto de la mision impuesta por la época á los españoles, y ansioso de pasar adelante en sus investigaciones, porque deseaba conocer por propia esperiencia aquella poderosa nacion de los Aztecas de que Grijalva habia hablado, se esmeró, ayudado de los capellanes de la empresa, en alumbrar con los divinos rayos de la religion Cristiana, los entendimientos ofuscados de aquellos pueblos infelices. No era la ocasion oportuna para que los indígenas dejaran de convencerse con los argumentos de sus conquistadores, pues si alguna vez la duda ó la supersticion se oponian á la completa destruccion del paganismo, nuestro héroe se encargaba de llevar á cabo su cometido, derribando intrépido los ídolos de los altares á la vista espantada de sus adoradores. Por este medio trataba de probar á la escasa inteligencia de los tabascanos, cuan poco eran semejantes divinidades que así permitian su destruccion sin desatar todas las furias de los elementos que representaban en contra de sus profanadores: pero si tal prueba se aceptase constantemente como buena, la religion de los católicos, herida igualmente en sus imágenes y en sus mas altos misterios medio siglo despues, sobre las márgenes del Rhin, y en las costas de Holanda al impulso desolador de los sectarios de Lutero, ¿cuánto detrimento no hubiera padecido, con escándalo de la fé y descrédito visible de sus mas reconocidas verdades?

Por suerte de las mas sanas doctrinas esta vez en Tabasco fué completa la impresion que pudo causar la indolente conformidad de aquellos ídolos estravagantes: de manera que viendo Cortés así dispuestos los ánimos para entrar por la senda de la verdadera religion, erigió altares á la Vírgen en los propios templos del paganismo, como en nuestras conquistas peninsulares se acostumbraba durante las guerras contra moros: practicó algunas grandes ceremonias, tales como misas cantadas y procesiones, con asistencia de los indios que arrobados y enternecidos escuchaban con pasmosa veneracion los cánticos de la Iglesia Cristiana y finalmente, confiado en que sus oficios habian triunfado ya en pro del evangelio, se despidió de aquella nacion con las mas sentidas protestas de eterna amistad, y vuelto á sus naves se dispuso para dar la vela con rumbo á las costas que se columbraban mas remotas al Occidente.

Por poco que se dilate la consideracion á la vista de los sucesos que quedan referidos, no puede menos de crear en la mente las mas lisonjeras esperanzas para los ultériores resultados; en virtud de las brillantes prendas con que Hernan Cortés comenzaba á manifestarse en la heróica empresa que iba acometiendo.

Sus prudentes manifestaciones á los indios de Tabasco antes de romper en franca guerra con ellos por sus tendencias agresivas: la firmeza de su carácter cuando hubo que sustituir á los sentimientos de la generosidad los aprestos de la guerra: su valor en las ocasiones de la sangrienta pelea que al cabo no se pudo evitar entre los españoles y tabascanos; y sobre todo su

clemencia en la victoria, y sus inmediatos oficios para aprovecharla en pró de los intereses de España, tomando por base la propaganda de la religion como el lazo mas fuerte que identifica y atrae unas con otras las naciones mas distantes y opuestas en carácter y costumbres, hubieran en todos tiempos descubierto sin mas pruebas al génio donde la administracion gubernativa únicamente habia puesto un hombre.

Hernan Cortés acababa de echar los cimientos al gran pedestal de su gloria; pero tan robustos que ni el anatema con que hoy amenaza á la humanidad guerreros y conquistadores será capaz de destruirlo, por lo que aquellas circunstancias que en él sobresalian fueron unidas al gran principio de cultura y universal civilizacion que aquellas partes estaban reclamando, para entrar de lleno en la comunion de la gran familia humana.





D. SANCHO DÁVILA.

CAPITULO XI.

Sale la espedicion del rio de Tabasco, costea el golfo de Méjico y dá fondo en las inmediaciones de Zempoala.—Imperio de los Aztecas: sus leyes militares y su policía: su cultura y su organizacion: su carácter y sus creencias.—Administracion imperial de Motezuma: elementos que los españoles encontraron en el pais para combatirla.—Principios de colonizacion en la costa de Méjico: ereccion de la Villa Rica de la Vera-Cruz.—Cortés renuncia sus poderes en el ayuntamiento de la nueva poblacion y es reelegido como caudillo de la empresa.—Embajadas y negociaciones.—Niégase Cortés á abandonar el territorio conforme lo pretendia Motezuma.—Prudencia del caudillo español en los pactos y alianzas.—Descontento en el campo de Cortés: murmuraciones y complots: son descubiertos y castigados con prudente moderacion los revoltosos.—DESTRUCCION DE LA ARMADA.—Mensaje enviado á España para solicitar la investidura del cargo que ejercia por medio de reales patentes.—Resolucion definitiva de la conquista del imperio.

CORTÉS salió con su flota del *rio de Grijalva*, el dia 16 de abril, domingo de ramos del año 1519 del nacimiento de Jesucristo, y arribó á donde al presente se encuentra la moderna *Vera-Cruz*, el viernes Santo del propio sublime aniversario.

Oficioso fuera seguir en todos sus hechos aquella valerosa espedicion, porque nos apartariamos grandemente del objeto primordial de nuestra obra, y necesarios serian estensos volúmenes para consignarlos con toda la dignidad y elocuencia que su dilatada fama requiere.

La conquista de Méjico con todos sus episodios y accidentes es uno de los acontecimientos mas grandes del mundo, y por eso las elocuentes plumas de los Bernal Diaz y Pedro Martir, de los Gomaras y Herreras: del portentoso Solís y del cultísimo, bien que apasionado Prescott, se han ocupado de ella para dar fama á sus nombres, mas que con la elegancia del estilo con la inspiracion de tan portentosos sucesos: y por esto tambien, aunque otras razones no militaran en abono de la conveniente economía que nos imponemos al tratar de dicha conquista, nos veriamos forzados á callar, porque contrario proceder no acudiera forzado del asunto en descrédito de nuestros trabajos.

El insigne Cortés, hasta allí considerado nada mas que como un aventurero atrevido y afortunado, sale de la esfera comun de los hombres, tan pronto como sienta la planta en los límites del imperio mejicano, y se remonta circundado de gloria hasta el templo de los héroes. No eran ya incultas masas de seres degradados sin política ni disciplina, sin fuerza ni organizacion, sin razon ni inteligencia, las que habian de oponerse en lo sucesivo á los soberbios planes de una fabulosa conquista. El pais de los Aztecas, lleno de una cultura superior á la de todas las naciones del Nuevo Continente, era un pais organizado con todas las condiciones de las mas antiguas repúblicas ó de las mas recientes monarquías. En lo político tenia sus emperadores y sus reyes, tribunales de justicia, jueces de categorías variadas, y todo aquello que constituye una administracion recta y sólida, cimentada sobre las leyes del mas escrupuloso derecho.

En lo religioso, rindiendo culto al mas antiguo paganismo, ostentaba sus templos con distintas divinidades simbolizadas por ídolos repugnantes, que por serlo no eran menos reverenciados de aquellos pueblos de gentiles: y en esta parte acaso, era en donde mas se advertia frágil la civilizacion de los antiguos mejicanos, que tributando el mas profundo respeto á ciertas reminiscencias de la primitiva sociedad de los egipcios, de donde quizás eran oriundos, así perfumaban sus dioses con la mirra y el incienso de Jerusalen, como con las exhalaciones humanas de sangre inocente sacrificada en los altares impuros de tan falsas divinidades. Por lo demás el sacerdocio tambien estaba considerado como el brazo mas poderoso de la sociedad, saliendo de su seno en las ocasiones algunos monarcas, entre otros el mismo Motezuma, y á sus reglas y preceptos subordinado el conjunto, tenia sus leyes especiales de las que se derivaba la continencia de los monges, la reclusion de las vírgenes, y hasta el fuego sagrado del mas famoso templo de los paganos.

No menos prevenidos y amaestrados en la guerra, su arte primitivo, de que se habian servido, procedentes del Norte como nuestros Scitas, para señorear la tierra en que moraban, la ley de la subordinacion, principio fundamental de los ejércitos mas poderosos, estaba allí cultivada con todo el esmero que se usa en los tiempos que vamos alcanzando. Su espíritu de conquista, constantemente ejercitado contra las tribus fronterizas, tenia en perpétua escuela á muy esperimentados caudillos, que ya que al atraso de sus armas no debieran las mas ligeras nociones de una táctica conveniente para resistir la agresion de los españoles, por lo menos estaban con las leyes de la natural estrategia tan familiarizados, que en ocasiones á su espíritu y marcialidad debieron muy notables ventajas. Además, los guerreros de aquellas marciales naciones, alcanzaban á su favor una circunstancia que los hacia terribles en la acometida, y era la del fanatismo religioso á que sus impulsos obedecian con un ímpetu estraordinario. Dados al culto de sus idolatrías por medio de sacrificios humanos, los cautivos se ofrecian en holocausto al dios de la

guerra, y tanto mayores consideraban los favores de aquella divinidad en las futuras campañas, cuanto mas crecia en los altares el número de las víctimas. El fanatismo de los mejicanos en este caso rayaba tan alto, que cuando su mala fortuna no les proporcionaba cantidad de prisioneros suficiente á su propósito, tenian á dicha hacerse matar en compensacion de sus escasos merecimientos; de manera, que por semejante desprecio de la existencia propia, y por el afan de hacer cautivos y no muertos en el campo de batalla, ya se deja conocer con cuanto valor se lanzarian en los escuadrones de sus contrarios.

Todavía para mayor dificultad de la conquista, el grande imperio de Motezuma abundaba en otros medios de defensa no menos poderosos que la religion y la guerra. Las ciencias, las artes y la agricultura cultivadas allí con esmero por todas las clases de la sociedad, hacian del pueblo invadido, no una raza de idiotas que á la superioridad sucumbe de la inteligencia despues de la primera defensa, sino un todo compacto y animoso que á una derrota responde amontonando los mayores esfuerzos aunados del pensamiento y de la materia: al *ultimatun* de una conquista inevitable, con el sacrificio espontáneo de los mas caros objetos y hasta de las vidas, en el altar santo de la patria y en las aras de su moribunda independencia.

En grandes almanaques de piedra tenian escrita, por mano de entendidos astrónomos, la revolucion de los tiempos, el acompasado transcurso de las edades, y la revelacion de un futuro misterioso: en los *areitos*, compuestos por los mas hábiles poetas, estaban consignadas las glorias de sus guerreros, la historia de sus mayores y la alcurnia de sus reyes: y no faltaban á par diestros pintores que daban al lienzo con suficiente verdad, aquellos hechos que de la frágil memoria pudieran borrarse. En los templos de sus dioses, revelaban algunas nociones de la arquitectura piramidal de los egipcios, y en la permanente lumbrera de su culto, no se echaba de menos el sagrado fuego que las vírgenes alimentaban en el famoso templo de Vesta. Los palacios de sus reyes grandes y fastuosos, ricamente tapizados con primorosos tejidos de algodon y plumas preciosas y sembrados de oro y pedrería, daban á la magestad toda la importancia que tiene en las naciones civilizadas del viejo continente, y en conjunto, cuanto constituia la vida moral, material y recreativa de aquellas naciones en los tiempos de su conquista, harto daba á conocer que para conseguirla, mayores aprestos eran necesarios que aquellos con que Hernan Cortés podia contar en los momentos de arrojarse á ella.

Tal vez el ilustre caudillo de los españoles, antes de resolver tan alta cuestion, hubo de vacilar entre la gloria que ofrecia y las dificultades que presentaba: alguna vez quizá dió al aspecto de sus guerreros mayor importancia de la que en realidad tenia, por el producto de su ya probado valor y por el mejor temple de sus armas: acaso, mas confiado con las victorias de Cozumel y de Tabasco, supuso que en el terreno que pisaba, los naturales

escasamente podrian hacer alarde de una pujanza superior á la que los de aquellas otras poblaciones ya vencidas habian ostentado en la lucha: sobre todo, confiaria indudablemente en el mágico efecto de las armas de fuego, que en moderada cantidad conducia, porque á su estampido siempre los indios manifestaron un terror de buen agüero para los hábiles conquistadores, que de él supieron aprovecharse en las ocasiones con particular oportunidad y muy señaladas ventajas.

Con todo: si el descontento de la tiranía, á la cual se habia dado con escesiva confianza en su poder Motezuma, no tuviese enagenadas en gran parte las voluntades de los reyes tributarios del grande imperio; si la unidad nacional de otras no muy lejanas épocas, reinase en el suelo mejicano á la entrada de los españoles en aquella parte del Nuevo-Mundo, á no dudar, Hernan Cortés hubiera tenido que renunciar con tiempo á su proyecto, ó en la mas heróica y desesperada aventura hubiera perecido con todos los suyos. Pero no menos político que guerrero, su prudencia supo contrabalancear con tino especial, las contras y las ventajas de la empresa que acometia, comenzando por asegurarse la confianza de una poderosa provincia, antes de ponerse en abierta contradiccion con el emperador de todas aquellas comarcas: y cuando se creyó asegurado por lo menos sobre el terreno que pisaba, ni la imperiosa misiva de Motezuma, para que abandonara el pais, ni la importancia que los amigos neutrales de aquel territorio daban á las fuerzas bélicas del irritado soberano, ni los inconvenientes que por su órden regular se habian de ofrecer á la colonizacion de aquella tierra, donde la cultura del nuevo hemisferio tenia hondas raices, fueron causas bastantes para que el insigne Cortés, buscando acomodado sitio para los buques y la poblacion, dejara de correrse algunas millas al Norte; y echando en tierra los víveres y utensilios de mas perentoria necesidad, diese órden de comenzar la fábrica de la villa española, con todas las formalidades que el uso habia prescrito en la fundacion de semejantes colonias.

Si hemos de dar crédito á las manifestaciones judiciarias que mas tarde espusieron en ruidoso pleito los mas allegados amigos del gobernador de la isla de Cuba, cuya intempestiva susceptibilidad habia burlado Hernan Cortés con su repentino viaje, no eran tales las facultades de la espedicion española en el golfo de Méjico, que autorizasen al gefe para sentar en las nuevas regiones los fundamentos de su dominio. Semejante restriccion, á primera vista arguye poca fijeza en el carácter de Velazquez, puesto que si los mas acreditados autores no se han equivocado en sus relaciones, no hay duda que el regreso de Grijalva á la isla de Cuba, sin haber colonizado en Tabasco, sirvió de motivo á la desgracia en que vino á caer del gobernador su tio. Como quiera que fuese, Hernan Cortés, astuto mas bien que escrupuloso, pero en la forma poniendo freno á la murmuracion de sus émulos, tan pronto como resolvió la ereccion de una villa española en tierra de Méjico, tuvo cuida-

do especial de nombrar su municipalidad en toda forma, y ante ella, dando por acabados sus poderes, declaró solemne y públicamente, que su mision estaba concluida, y que para resolver en adelante cuanto con las armas hubiera de obrarse, al regimiento de la nueva poblacion y no á otro cuerpo ni á individuo alguno, tocaba designar persona entre cuantas de la espedicion formaban parte.

Por muchas que fueran las ambiciones que se alimentasen entre aquella porcion de atrevidos aventureros, y por grandes las envidias que á trabajar comenzaban los ánimos menos puros, es evidente que la autoridad hasta allí alcanzada por Hernan Cortés ningun otro la poseia, y que sus cualidades de caudillo, tampoco era fácil encontrarlas reunidas en persona de inferiores merecimientos. A esto pues, debió aquel su reeleccion de capitan general de la empresa, mas que á la circunstancia de ser hechura del famoso caudillo, por el ayuntamiento de *La Vera-Cruz*, con universal aplauso; quedando por lo tanto autorizado para resolver por sí y ante sí en los casos de la guerra y en los preparativos de la conquista.

Como si el estado del pais que dominarse pretendia por las armas de Castilla, no fuera de harta consideracion para dar que hacer al mas levantado espíritu, todavía Hernan Cortés tuvo que hacer frente á nuevas y mas peligrosas complicaciones, que pudieran muy bien haber dado en tierra con todos sus proyectos. Por mas que todos los ilustres soldados de su compañía, de españoles se preciaran con noble orgullo, acreditando su proverbial valor, ya que no con el temerario arrojo de lanzarse voluntarios á la empresa en que estaban, á lo menos con el nombre ilustre de la nacion á que pertenecian, no faltaron allí envidiosos, que no cobardes, los cuales para desautorizar al caudillo, quisieron propagar en el campo la idea de la imposibilidad con que á luchar se aventuraban. Semejante especie, sin embargo, hizo poca mella en ánimos españoles, que resueltos aquellos pocos á inmortalizar sus hechos, aumentaban su valor á la vez que las dificultades adquirian mayores proporciones; pero los que contrarios al caudillo se agitaban en el campo de Hernan Cortés, resueltos á derribar con un golpe decisivo, sino honroso, toda la fábrica del mas grande edificio que en el Nuevo-Mundo se estaba inaugurando, asociaron sus hidalgas personas con la baja traicion, y catequizando á muchos de los incautos, mas que recelosos, trataron de tomar la escuadra y volverse con ella á la isla de Cuba.

Mucho pesó á Hernan Cortés tamaño atentado, descubierto por la fidelidad del mayor número; porque siendo no escaso el que en la desleál accion comprometido estaba, conforme á las listas que á las manos hubo, no podia sustentar la disciplina con la impunidad, ni menos con el castigo esponerse á quedar harto flaco para la empresa. En semejante conflicto, el mayor en que verse puede prudente capitan, fingió no tener mas que vagas é inciertas noticias de la conspiracion, y contentándose con hacer justicia de muy pocos,

dió á todos sin distincion de parcialidades, las gracias mas espresivas por sus buenos oficios y constante lealtad, con tan singular fortuna, que de los traidores los mas, arrepentidos ó avergonzados, sirvieron con honra y adhesion en todos los sucesos posteriores.

Aunque atajado en su orígen el curso de la ignominia que sobre el nombre de Hernan Cortés habian querido derramar émulos embozados, no quedó el ánimo superior tan satisfecho que dejara de resentirse alguna vez, receloso de que pudieran volver á tomar cuerpo los anteriores desmanes; y en su anhelo constante de salvar todos los escollos donde fuera fácil que zozobrase la nave de su fortuna, miraba de reojo la permanencia de la escuadra á la vista, suponiendo que no cesarian las conspiraciones ó siquiera el temor, muestras que con tan poderoso elemento de impunidad ó de salvacion pudiera contarse. Bien hubiera ordenado para remover tamaño obstáculo, el alejamiento de los buques con motivo autorizado en la apariencia; pero esto no podia hacerse sin el conveniente equipage, cuyo número de personas habia de serle indispensable en las operaciones de la guerra: de suerte que, resultando mas crecido el nuevo daño, que aquel que conjurarse pretendia, el ilustre capitan desistió del remedio, y acarició con mayor entusiasmo el que en la práctica habia de ser por sí solo tan glorioso como toda la conquista de un imperio.

La total destruccion de la escuadra, fué el mas eficaz remedio que podia oponerse contra la idea de retroceder ante los infinitos obstáculos de la conquista; y Cortés, con todo el ánimo que requiere tan osada resolucion, trató de llevarla á cabo con el sigilo indispensable, para que la vacilante constancia de sus inferiores no acabara de perderse, al entender la próxima consumacion de tan estraordinario pensamiento. Primeramente, influyendo con brillante éxito en el ánimo de los maestres y pilotos de las naves, consiguió, por lo que de hazañosa tenia la aventura, ganar sus ánimos completamente, despues de cuya operacion, no fué difícil estender por el campo la terrible noticia de que las naves estaban completamente destruidas por la broma, y que éra ya llegado el caso de salvar sus enseres, para echarlas á pique sin pérdida de tiempo. Cuando entre el vulgo de los soldados se derramó semejante nueva, consternados midieron la distancia que los separaba de toda comunicacion con gentes que pudieran socorrerlos en un trance desdichado; y recelando entonces mas que nunca del éxito de las operaciones ya publicadas contra la capital del imperio mejicano, casi estuvieron dispuestos á sublevarse en masa contra su caudillo, y los mas osados gritaron por la carena de los navíos á fin de tener, decian, en un desdichado evento, fácil y segura la retirada.

«Y qué, les dijo Cortés, al oir el clamoreo de aquellas turbas preocupadas. ¿Será posible que tales sean los ánimos de hombres tan valientes, cuyas vidas tantas veces se espusieron con abnegacion á la mágica voz de *Santiago y cierra España?* Los que se atreven á pensar en la conquista de un vasto impe-

rio ¿serán capaces de no acometerla por tener cerrado el camino de la fuga? ¡Miserables! al que sea tan cobarde que á ella haya de apelar en las ocasiones de algun peligro, yo le relevo de acudir á la empresa: todavía hay un bergantin capaz de sustentarse mucho tiempo sobre las aguas, y en él doy paso franco y bastantes provisiones á cuantos á Cuba quieran volverse. Yo con los que voluntariamente quieran seguirme ofrezco no volver atrás un paso en tanto que estas ricas y dilatadas naciones nos reconozcan por sus señores soberanos y rindan tributo á los monarcas de España.»

Al terminar su razonamiento el valeroso capitan tuvo la dicha de ser victoreado espontáneamente por todo el concurso, y algunos momentos despues, la bahía de La Vera-Cruz, ofrecia á la historia el mas sublime espectáculo que pudiera imaginarse.



Desde la playa hasta el parage donde la escuadra se hallaba anclada numerosos bateles y gran cantidad de canoas se entretenian en conducir á tierra toda la jarcia, velamen, arboladura, artillería, municiones y utensilios que contenian las naves para su servicio, sin dejar los clavos y tablazon que de las mismas pudieran aprovecharse en lo sucesivo. Verificada esta operacion que entretuvo largas horas á soldados y marineros, se procedió inmediatamente á la destruccion de los buques por medio del barreno; y era de ver como á medida que se mermaba el número sobre las olas por la mayor

cantidad de los que se sumergian el entusiasmo de los circunstantes, que eran todos, sin faltar uno, de cuantos españoles en aquella empresa estaban inscritos, crecia en tanto grado que el aire se llenaba con las aclamaciones y arranques de su entusiasmo.

Al fin se dió cabo á tan heróico designio : y el nombre de Hernan Cortés muy superior en la hazaña al de aquellos héroes de la antigüedad, que la fama celebra en Africa y en Grecia y no indigno de la competencia con el mas famoso almirante de la Marina de Aragon el célebre Reger de Lauria, fué saludado por la muchedumbre con los mas estrepitosos aplausos perdidos entre las salvas de los arcabuces y entre los armoniosos acentos de las marciales trompetas.

Tal fué el comienzo de aquella série brillante de triunfos que condujo las armas españolas hasta el corazon del imperio azteca, para arrancarlo de su base y añadirlo como la joya entonces mas brillante de la corona de Castilla. Escasamente los soldados ni aun el mismo capitan obrando tan aventurada resolucion pudieran imaginarse la magnitud de la empresa inaugurada en tan solemnes momentos; pues aunque Hernan Cortés en la policía y buen porte de aquellas razas advirtió desde luego la superior cultura que en ellas influia, haciéndolas mas respetables que cuantas hasta allí se habian tratado en el Nuevo-Mundo, todavía por su prudencia y singular fortuna habia logrado estorbar los azares de la guerra no podia conocer cuan peligrosa habia de ser la que tan osado acometia.

Con todo : la señal habia sonado desde el momento en que aquellos forasteros, sin autorizacion del grande emperador que los rechazaba de su territorio, se habian resuelto á conquistar por la fuerza el trato y comunicacion que de paz se les negaba. ¿Seria tal vez el destino de Hernan Cortés, que por semejante empresa le llamaba á ocupar en el templo de la inmortalidad el lugar que reservado le tenia ó quizá que una vaga y misteriosa prediccion, enlazada con las creencias religiosas de aquellos pueblos, debia entonces realizarse?

Cualesquiera que fuesen los arcanos de la Providencia, no hay duda que entonces se manifestaron desenvueltos y limpios de las sombras del misterio. Así lo creyó Hernan Cortés, al proceder con toda la libertad que sus acuerdos respiraban, y así pudo hacerlo comprender á todos cuantos á su suerte estaban unidos por los estrechos vínculos del irrevocable destino. En tal caso, y como quien dispone á su voluntad del porvenir, no vaciló en suplicar de la real corona de España, el beneplácito de la empresa, emancipándose completamente de la autoridad superior de la isla de Cuba, á que en realidad deberia permanecer afecto ya que no subordinado. Cuando tal hubo resuelto despachó aquel bastimento que salvado se habia de la comun sentencia, bajo la direccion de su amigo el piloto Anton de Alaminos, el cual navegando con próspero suceso hasta la barra de Sanlúcar, vino, portador á España

de las felices nuevas de aquel territorio y de muchos y muy ricos presentes en planchas de oro, telas preciosas, magnífica pedrería y objetos labrados en las propias materias con todas las muestras de un gusto superior y arte esmerado.

Así que en España se tuvo noticia de tan brillantes descubrimientos, fué considerable el entusiasmo que se desarrolló por las cosas del Nuevo-Mundo: tanto que la empresa de Cortés hubiera recibido en la ejecucion muy considerable impulso si mas importante objeto al parecer no hubiera embargado á la sazon el pensamiento del jóven monarca Cárlos I. Pero cuando mas necesarios se hacian los acuerdos de la corona y la espontaneidad libre y desembarazosa de los españoles, aquel corria en pró de la brillante carrera de sus glorias militares simbolizadas en la diadema del imperio germánico, que iba á ceñirse en las sienes, y estos mal avenidos con el yugo de administradores advenedizos daban comienzo á la guerra de las Comunidades, donde tan desastroso fin alcanzaron los derechos de nuestras mas veneradas instituciones.

Con esto la embajada por el famoso caudillo de Méjico remitida no sirvió mas que de fundamento á nuevas y mas poderosas ambiciones que con el tiempo habian de acibarar sus triunfos, tanto mas cuanto que á la par muy sentidas quejas y graves acusaciones de parte de Diego Velazquez, se recibieron tambien en la córte: pero esto lejos de amenguar los quilates sublimó los de la empresa por Cortés acometida, puesto que reducido á sus escasas fuerzas en tan remotos paises y sin la mas leve esperanza de amigo socorro resolvió definitivamente el principio de sus operaciones.



CAPITULO XII.

Prosperidad de Cortés.—Alianza de Zempoala.—Embajadas que el caudillo rechaza para lograr sus planes políticos.—Partida para Tlascala.—Acuerdo del Senado tlascaltense contra la entrada de los españoles.—Nuevos triunfos.—Temores de Motezuma y deslumbradoras ofertas que Cortés desecha.—Entrada de Cortés en Méjico y recibimiento que le hace el emperador.—Alojamiento de los españoles.—Mútuos recelos de Cortés y Motezuma.—Gran proyecto de aquel aprobado por sus capitanes y puesto por obra.—Prision de Motezuma y de algunos nobles.—Temores fanáticos del emperador.—Deidad de los aztecas.—Procedencia de sus razas.—Atrevida proposicion de Cortés.—Renuncia Motezuma á su imperio en favor del rey de Castilla.—Cortés, señor de los dominios mejicanos, erige una capilla y construye dos bergantines.—Imprudencia del piloto Alaminos.—Proyectos de Velazquez.—Flota mandada por Pánfilo de Narvaez.—Preparativos hostiles.—Enojo de Cortés.—Requeridores presos por el gobernador de la Villa-Rica.—Marcha de Cortés contra Narvaez.—Ataque, alarma y combate.—Herida y rendicion de Narvaez.—Triunfo de Cortés que reparte oro entre todos los contendientes.

Tan pronto como el caudillo español dió comienzo á los preparativos de su viaje los acontecimientos comenzaron á sonreirle como si la Providencia se hubiera puesto de su parte.

En efecto: á escasa distancia de la recien levantada Villa-Rica de la Vera-Cruz se hallaba ya reducida mas á su dominio que á su amistad la gran ciudad de *Zempoala*, cuyos moradores reconociendo el culto de la verdadera religion por los políticos oficios de Cortés y consintiendo contra la voluntad del emperador azteca la permanencia en su territorio de los españoles, á quienes de grado ó por fuerza tributaban en abundancia todo género de recursos y atenciones, habian hecho sobrada causa para que en su dia el tirano les tomase estrecha cuenta con todo el rigor de sus sangrientos tribunales. Así, conociendo los de Zempoala la falsa posicion en que colocado se habian respecto de su señor, tuvieron por mas cómodo ofrecerse á Cortés por aliados contra la capital suponiendo con prematura confianza que tan bizarros huéspedes habian de salvarlos del terrible castigo á que se habian hecho acreedores.

De buen agüero para los españoles era, en verdad, esta division entre la

propia raza que nadie tan hábilmente como Hernan Cortés supo esplotar y tener siempre viva en beneficio de muy calculadas operaciones. Por ella creció instantáneamente la fama de aquel poderoso caudillo entre todos los pueblos que de Motezuma estaban agraviados, y en muy corto tiempo repetidas embajadas de otros señores no menos convenientes por la amistad y adhesion de sus fuerzas, llenaron la residencia de nuestro héroe esponiendo los agravios que del emperador habian recibido y los deseos de tomar con las armas todo género de satisfacciones en concurrencia con los españoles.

Por mas que halagasen grandemente á Cortés tan espontáneas manifestaciones fortificando mas y mas su ya tomada resolucion de llevar sus armas hasta la ciudad de Méjico, todavía por no engañarse en la eleccion de los medios falseando su conveniente política, agradeció, pero no aceptó los grandes refuerzos que á su hueste se brindaban; primero porque preferia verificar su entrada en el palacio de Motezuma mejor que con las violencias de la guerra por las vias de la concordia; y segundo porque su prudencia no alcanzaba muy útil entregarse en manos de mas lisongeras que robustas alianzas. Así, para conciliar con el sustento de las enemistades su doble política de proteccion y neutralidad hábilmente combinada, hizo ver que por entonces no necesitaba mayores fuerzas que las propias, autorizando sin embargo la incorporacion en su ejército de algunos centenares de indígenas los mas nobles de los pueblos agraviados, y gran porcion de indios ordinarios que así servian para llevar en hombros las provisiones y equipo de la espedicion, arrastrando la artillería, como para aumentar el número de los combatientes las ocasiones mas precisas de la guerra.

Al cabo puesto en órden cuanto á la empresa convenia, partió Hernan Cortés de la Villa-Rica, no sin dejar en su recinto bastante guarnicion para guardarla y alimentar á la vez las recientes amistades de las provincias inmediatas que contra el gran Motezuma se habian declarado. Y porque en la mas cómoda de las vias que á Méjico guiaban existia la república independiente de Tlascala, pueblo crecido y belicoso, irreconciliable enemigo del imperio, á sus posesiones se dirigieron nuestras gentes, para contar un aliado mas firme y poderoso que los anteriores en los momentos de descubrirse francamente las hostilidades.

No calculaba imprudente el caudillo español, contando con la inmediata amistad de los tlascaltecas tratándose de humillar á las fuerzas imperiales; pero como en su hueste iban interpoladas algunas porciones de aquellas, y las embajadas de Motezuma al mismo tiempo eran recibidas en el campo de Cortés con distinciones impropias de enemigos declarados, los valientes hijos de la república deliberaron entre sí antes de admitir en su seno á tan estraños y misteriosos huéspedes, y el acuerdo del Senado fué tal que la entrada de los españoles en Tlascala tuvo que encomendarse á los argumentos de las armas.

Terribles fueron los esfuerzos que aquella república independiente amon-

tonó contra los invasores. Batallas campales, bruscas acometidas, sorpresas nocturnas, y hasta embozadas traiciones, todo se puso en juego para esterminar aquel puñado de aventureros que así profanaban su territorio como si no fuera el de una nacion respetable; pero aunque alguna vez en poco estuvo que el nombre de Hernan Cortés pereciese allí para siempre envuelto con los de sus compañeros en la desdicha de una derrota mas completa, la suerte de las armas, con mayor destreza manejadas y muy superiores, se declaró constante en pró de los españoles que al cabo entraron en la capital de la república con todos los honores del triunfo, venerados por su moderacion en la victoria, admirados por sus mas fuertes competidores ya convertidos en amigos entusiastas, y victoreados de todo corazon por las masas populares, que en el heroismo de los nuestros creian ver la superioridad de unos seres inmortales cuya amistad y proteccion habian de servirles para su prosperidad y para completo esterminio de los mejicanos.

A los inauditos esfuerzos que hicieron nuestras gentes para vencer en tan poderosa lucha á los terribles guerreros de Tlascala, se siguió tan merecida fama que por ellos sin duda la conquista del grande imperio se hubiera concluido sin mas derramamiento de sangre, si nuevas é inesperadas complicaciones no hubieran concurrido á deshacer todos los fundamentos de tan estraordinario acontecimiento. En efecto: Motezuma que nunca con lo mas escogido y numeroso de sus legiones habia logrado ventaja alguna sobre sus fuertes adversarios, no podia atribuir á naturales causas las victorias de los españoles cuyo escaso número le era conocido, así por las rápidas comunicaciones de sus correos como por las pinturas que ciertos embajadores habian hecho en lienzos preparados con el traslado mas escrupuloso de nuestro campo; en tal concepto y suponiendo justamente agitado por una vaga y misteriosa tradicion del imperio, que si daba lugar á que la guerra entre españoles y mejicanos se encendiese seria inevitable su ruina, trató de ganar con nuevos presentes y muy brillantes ofertas la voluntad de Hernan Cortés para que se volviese á la costa. Pero el héroe de la conquista tan favorecido de la fortuna viendo en el mensaje un acto de humillacion que daba á su autoridad y posicion muy subidos quilates, no solo desechó las proposiciones como incompatibles con la alta mision que de su rey decia haber recibido, sino que con el rigor de las armas desenvuelto en mayor grado que nunca hasta allí lo habia hecho, castigó las inícuas tramas que contra la existencia de todo el ejército se habian dispuesto por órden espresa de Motezuma en una célebre ciudad de su imperio, y sin dar ocasion á la insolencia tan contraria al espíritu de aquella espedicion, tomó de hoy ya amigos tlascaltecas considerables, bien que no exagerado número en su compañía, y con su pequeña hueste, bien á punto de combate, salvó las empinadas montañas que le separaban del gran valle, cuya decisiva y completa posesion estaba siendo el punto culminante de todas sus combinaciones.

Cuando Motezuma entendió la invariable determinaci on de los españoles ya puestos en movimiento hácia el corazon de su imperio, se apresuró á conceder de grado lo que por fuerza le hubiera costado inmediatamente la corona. Autores hay que dan crédito á nuevas traiciones por el emperador fraguadas para evitar á todo trance la entrada en Méjico de los españoles; pero bien que ellas fuesen fantasmas de la desconfianza ó que el cálculo superior de Cortés supiera evitarlas, aquella se verificó con la mayor ostentacion y fausto que podrán recordarse jamás en la historia del Nuevo-Mundo.

El emperador, muy acompañado de guardias, nobles y criados, y conducido en hombros de los mayores dignatarios dentro de una litera que deslumbraba con el fulgor de sus adornos de piedras y colores, salió al encuentro de la hueste española que señoreaba la calzada principal del magnífico lago sobre que estaba entonces fundada la capital de aquel famoso imperio, y antes de que los nuestros pisaran sus calles descendió de los ilustres hombros que lo conducian pisando sobre riquísimas alfombras de plumas y oro que sus esclavos tendian para que no se profanasen las regias plantas al contacto de la inmunda tierra. Jamás mayor ostentacion de grandeza se hizo en las naciones orientales, ni mayor tributo de respeto se rindió á monarca alguno en civilizados paises, que el que tuvieron ocasion de observar en aquella encantada entrevista los asombrados españoles.



Hernan Cortés por corresponder á la urbanidad de tan grande potentado tambien se apeó de su caballo, no tan venerado de sus gentes como lo era

Motezuma del pueblo á donde las semillas de la civilizacion europea iban á plantarse. Al acercarse al emperador azteca, con toda la franqueza del soldado español, bien que sin mas objeto que el de manifestar su afecto hácia tan soberana persona, trató de abrazarlo; pero su osadía la advirtieron dos vigorosos magnates que admirados de la profanacion contuvieron bruscamente al caudillo de los españoles impidiendo aquella falta de respeto.

Pasados los trámites de aquella singular ceremonia volvió la comitiva á emprender la marcha interrumpida constantemente por la muchedumbre que no eran bastantes á contener todas las canoas que flotaban por el lago como una ambulante poblacion, ni menos las estrechas márgenes de la calzada. Algunas veces el mismo Hernan Cortés con su admirada y temida escolta de hombres de armas tuvo necesidad de hacer alarde de su fuerza para abrir camino á la comitiva, la cual pudo llegar al fin hasta el palacio del emperador, al compás de los marciales instrumentos de nuestros guerreros, cuyas armonías eran muy particularmente admiradas y con entusiasmo oidas por aquella numerosa poblacion que nunca tan deliciosas las habia escuchado.

Pasado ya el conjunto de tan ceremonioso é importante suceso, los españoles marcharon al magnífico alojamiento que de antemano se les dispusiera libre de toda comunicacion, no lejos del palacio de Motezuma y tan bien situado para precaverse contra toda brusca intentona, que no parecia sino que el mismo Hernan Cortés lo habia escogido entre los muchos é importantes edificios que en aquella magnífica ciudad se levantaban. Algunos torreones que de los ángulos del cuartel se destacaban sirvieron ventajosamente para la colocacion de los cañones con la doble circunstancia de defender las entradas del alojamiento y enfilar las principales calles que en su plaza de armas desembocaban: de manera que así prevista la seguridad personal de los españoles, bien asistidos de todo servicio, con provisiones abundantes, y nadando en regalos de inmenso valor conquistados por su industria, mas que con el rigor de las armas con la prudencia de su buen comportamiento, solo faltaba que algun suceso estraordinario los convirtiera de huéspedes en señores; y por si tal ocasion se venia á las manos no se descuidó Cortés en conservar á sus inmediaciones el fuerte cuerpo de auxiliares tlascaltecas no obstante el ódio mortal que en Méjico se les profesaba.

El hecho indispensable para despejar tan anómala posicion no podia retardarse porque en verdad nada era mas contrario al pensamiento cardinal de la espedicion, que aquella aparente armonía con que se estaban engañando recíprocamente Hernan Cortés y Motezuma. Verdaderamente si la cuestion era de conquista bien poco ó nada se habia adelantado de parte de los españoles apesar de su entrada en la capital del imperio; pues habiéndose esta verificado de paz y con una inferioridad muy visible de todas partes, ni la autoridad del monarca azteca se habia desvirtuado por la visita de los estrangeros para cimentar su descrédito con la division inmediata de los súbditos, ni la permanencia

de los españoles en Méjico habia hecho otro efecto que el de fijar todos los cuidados de los mas fieles á la autoridad imperial, sobre una ciudad que ya por sí contaba sobrados elementos de accion contra tan corto puñado de estrangeros en el no difícil caso de venir á un rompimiento.

Pero si Cortés no podia resignarse á vivir en la inaccion, mucho menos estaba en el caso de retirarse de la ciudad cuya conquista apetecia; porque de hacerlo pondria de manifiesto su impotencia, veríase abandonado de sus mas fieles aliados, y aquellas provincias cuya desobediencia al imperio habia fomentado, serian á no dudar las mas contrarias en todo género de hostilidades, siquiera en desagravio de sus culpas anteriores. Además: que hallándose en desacuerdo con el gobernador de la isla de Cuba: no autorizado por la audiencia superior de la Española, y grandemente comprometido con el gobierno supremo de la nacion, segun el mensage enviado, ó tenia que esponerse á los contínuos azares de una vida errante y trabajosa en el caso arriesgado de abandonar la capital del imperio hasta recibir de Castilla refuerzos y poderes bastantes para continuar al frente de la empresa, ó someterse sumiso á la agraviada autoridad de Diego Velazquez, viniendo á confesarse arrepentido de su anterior desobediencia.

Pesadas las infinitas contrariedades de ambas determinaciones y hallándose muy bien templado el ánimo de Cortés para mas levantados pensamientos, resolvió la ejecucion de otro que ofrecia multiplicados peligros: aventurado en estremo; pero digno de celebrarse, aunque no fuera mas que por su concepcion, entre los mas heróicos que hombre alguno pudiera haber discurrido. Llamó á consejo á sus mas valientes capitanes y estos quedaron asombrados cuando oyeron que se trataba nada menos que de reducir á prision al gran Motezuma á vista de una poblacion fanática de cincuenta mil vecinos y en el centro mismo del imperio.

Sin embargo: aunque ofuscados algunos de aquellos bravos militares al principio de la conferencia por la magnitud de la proposicion, en breve se adhirieron gustosos á los peligros que pudieran correrse al llevar á cabo una accion tan heróica, para la cual no faltaron inmediatos pretestos en el reciente proceder de un lejano cacique, atribuyéndole por los españoles con estudiada afectacion, á desleal connivencia de Motezuma que á todo trance trataba de libertarse de huéspedes tan molestos.

Fué el caso que allá en el distrito de la Villa-Rica el dicho cacique provocó la venganza del gobernador español por la muerte causada con engañosos afectos, á uno de sus inmediatos subordinados; pero como al ponerse en armas el lugar-teniente de Cortés para castigar el delito, aquel magnate del imperio se presentase de guerra con hueste numerosa en la campal contienda, aunque vencedores los españoles con terrible destrozo de sus contrarios, no pudieron evitar con la de otros seis compañeros la gloriosa muerte de su gefe.

De este suceso tomando pretesto Cortés se introdujo en el palacio de Motezuma bien armado y asistido de algunos pocos de sus mas valientes servidores, y acompañado de sus intérpretes, con propósito de conferenciar con el emperador en una audiencia privada que de antemano le habia pedido. La escasez de concurrentes de la parte de Motezuma facilitó la operacion arriesgadísima de los españoles, comenzando Cortés por esponer ante todo el agravio recibido, manifestando despues las noticias que de la régia participacion en el delito se le habian asegurado, y pidiendo finalmente en menos templado tono que el cacique viniese á descargarse de su infamia á la capital y que entre tanto como prenda de satisfaccion el mismo emperador se trasladase arrestado al cuartel de los españoles. El hecho de la traslacion debia aparecer á los ojos de los mejicanos como un acto voluntario prestándose á tal creencia la circunstancia de ser dicho cuartel uno de los palacios en que acostumbraba á residir Motezuma.



Cuando el emperador oyó tan insultante intimacion estuvo á punto de llamar á sus magnates y romper resuelta y francamente con sus opresores: pero estos le amenazaron blandiendo sus espadas, y ofreciéndole enterrarlas en su pecho á la mas leve resistencia, y el desdichado monarca que por su propio nombre y por sus tradiciones fundamentales se creyó sujeto á la influencia de un destino irrevocable, humilló lo bastante la magestad de su posicion para resignarse al sacrificio mas grande que jamás pudiera imponérsele por ningun poder del mundo. Al verle trasladar algunos de sus mas leales servido-

res entre las espadas de nuestra infantería, bien que conducido en su régia litera y acompañado de su casa y familia, quisieron poner en armas á la poblacion para libertar á la ilustre víctima, pero Motezuma cumpliendo religiosamente la palabra que á la violencia habia empeñado, repitió que iba por su gusto á morar entre los españoles, y algunos dias despues los espantados aztecas vieron arder algunas hogueras delante del alojamiento de los españoles, y consumirse en ellas entre terribles dolores á los que fueron causa inmediata de las muertes de Villa-Rica.

Mientras duró el suplicio de aquellos delincuentes, Motezuma estuvo en un departamento de donde sin ser visto ni oido de sus súbditos pudiera presenciarlo; y porque las últimas declaraciones arrancadas á la desesperacion de las víctimas le denunciaban en efecto como reo de complicidad en las tramas de la costa, urdidas contra los guardadores, Hernan Cortés mandó que le pusieran unos grillos en los piés por via de castigo en tanto que se ejecutaba en público el del desventurado cacique y hasta otros treinta de sus servidores.

La humillacion del monarca azteca no podia ser mas degradante: Cortés habia destruido su potencia moral y un solo paso era ya bastante para que la soberanía del imperio pasara por sus manos al dominio del rey de Castilla. Sin embargo, mayores contrariedades habian de oponerse á la empresa conforme los tiempos fueran andando y á par que aquella mas espedita facilitara las vias de la conquista. Aun entonces no faltaron ilustres dignatarios y señores de los mas principales del imperio que tomaran á su cargo la venganza de todos los ultrages inferidos á la magestad esclavizada y á la humillada nacion de los aztecas; pero cuando las órdenes de Motezuma no fueron bastantes para sofocar en su orígen el incendio que pudiera propagar una mano atrevida, la ejecutiva política de Cortés se hizo sentir con reprimidora accion sobre los insurrectos, y las cárceles de Méjico se vieron en poco tiempo ocupadas por lo mas escogido de su nobleza.

A vista de tan imponente superioridad el emperador de los aztecas no vaciló en reconocer el instante llegado para el cumplimiento de venerandas profecías. Detengámonos un momento á considerar el orígen de aquella nacion conforme á la autoridad de sus mas respetadas tradiciones, por mas que entre estas y el principio mas probable de la poblacion del Nuevo-Mundo se echa de ver una discordancia que únicamente podrá destruirse deslindando con singular escrupulosidad los caractéres de cada una de sus circunstancias fundamentales; á saber: la remota procedencia de tríbus asiáticas por las regiones del N. E. introducidas y los viages hechos por algunos normandos en el siglo X á las regiones del Norte de América, que no falta quien los lleva hasta el pais de la Florida.

No habia un solo azteca que no reconociera por principio de su existencia á cierta deidad que hasta aquellas tierras habia conducido por ásperas sendas á un pueblo crecido de inferior orígen. La tal divinidad aunque parti-

cipaba de las formas humanas, era sin embargo de mas hermosa presencia, con larga y compuesta cabellera, crecida barba y muy agradables facciones, distinguiéndose sobre todo en su superior inteligencia. Dominando á la muchedumbre conforme á las inspiraciones de su esclusivo antojo, hubo de echar entre la raza azteca, que tal era el pueblo errante, los cimientos de una superior cultura con sus leyes y método de vida, muy semejantes á las prácticas de los antiguos imperios. Dió nociones de disciplina civil al conjunto, instituyendo levantadas categorías y caudillos principales para evitar la anarquía de la ignorancia y el desenfreno de la independencia; y cuando nada faltaba para constituir completamente á aquel pueblo de salvajes en organizada nacion, se alejó de ellos por la inmensidad del Atlántico en una gran canoa, no sin exigir el tributo de la obediencia á un gefe superior que nombró de entre los mismos aztecas, al cual ofreció volver algun dia para recobrar la autoridad que en calidad de reintegro le otorgaba.

Para comprender con mas abundancia de antecedentes la definicion de aquella historia misteriosa, conviene ante todo esponer que los habitantes del grande imperio de Méjico en el tiempo de la conquista, no eran los primitivos poseedores del terreno. Antes que ellos, diferentes razas de vida vagabunda lo habian señoreado sucesivamente hasta que en el siglo X los aztecas procedentes del Norte fundaron su residencia central sobre el gran lago de *Tenochtitlan*, cuyo nombre le dieron en memoria de su divinidad que así se nombraba, y desde allí se derramaron conquistadores hasta apoderarse de toda la comarca que en el tiempo de la conquista fundaba el vasto imperio de Motezuma.

Ahora bien: sin afirmar proposiciones que son muy discutibles, y únicamente concretándonos á las pruebas que hemos espuesto en el libro primero de esta obra, al tratar en su capítulo noveno de la poblacion del Nuevo-Mundo, la tradicion entre los aztecas conservada, así como los símbolos mas característicos de su cultura inducen á fortificar la creencia de que aquellas razas eran procedentes de otras conquistadoras del Egipto que en los tiempos de Sesostris ó mas adelante quizá, se estendieron hasta el N.-E. del Viejo Mundo comunicándose por tierras de Bering con el otro continente. Y por lo relativo á la deidad cuya vuelta era el torcedor constante de los monarcas mejicanos, ¿quién no echa de ver en la singular esposicion de sus formas y circunstancias personales, así como en su espíritu guerrero y conquistador y en su desaparicion por el Atlántico hácia las partes de Oriente, al atrevido Scita de la edad media que al ver en tan vastas regiones tanta facilidad de fanática sumision y respeto y un porvenir de monarca, vuelve á la tierra natal en busca de algunos recursos mas poderosos para asegurar su maravillosa conquista?

La escritura simbólica y geroglífica que los conquistadores del siglo XVI encontraron entre los aztecas, así como su gusto oriental en los monumentos y ceremonias civiles y religiosas no dejan duda alguna de la unidad que exis-

tia entre estas gentes y las egipcias de una época anterior á la venida del Dios vivo; pero al mismo tiempo, y si hemos de dar crédito á cuantos autores se entretuvieron en averiguar los orígenes del Nuevo-Mundo, en el propio territorio se hallaron algunos rastros de la cristiana religion, entre otros la señal de la cruz, y no pocas reticencias de la constitucion de los normandos.

Como quiera que fuese, es evidente que existia la tradicion de la deidad que habia de volver desde las partes del Oriente á recobrar la soberanía de su imperio, y no es menos cierto que por las vagas noticias que en Méjico se tenian del arribo de nuestros aventureros á la Tierra-firme del hemisferio Occidental, desde los tiempos del primer almirante, el fanatismo habia fingido entre el vulgo los mas estraños accidentes de cometas, incendios y apariciones que en la mente del emperador se habian aumentado en gran manera por lo que mas directamente se rozaban con la terminacion de su inmenso poderío.

En tanto que Motezuma pudo suponer realizable el alejamiento ó estincion de los invasores, no perdonó medio alguno, por reprobado y duro que fuese, á fin de conseguir el sustentamiento de su autoridad y del imperio, siquiera mientras en sus manos estuviese; pero cuando vió que los españoles eran invencibles, á lo menos de sus numerosas huestes, que á su arbitrio la tempestad bramaba y los rayos destruian, y que penetrando hasta los arcanos del misterio, no habia trama por muy oculta que no descubriesen, ni conjuracion que no castigasen hasta en su propia inviolable persona, entonces todas sus fuerzas le abandonaron, y estuvo pronto á inmolarse á la supersticion en las aras del mas penoso sacrificio.

Hernan Cortés con su esquisita prudencia vió llegado el caso de exigir de Motezuma la renuncia de su imperio en favor del monarca de Castilla; y así se lo manifestó sin escrúpulo ni cumplimiento alguno en una conferencia privada. La réplica á tamaña violacion de las leyes de la hospitalidad, autorizada únicamente por las condiciones de la conquista, hubiera sido infructuosa hallándose el emperador á merced de los españoles. Además que la creencia tradicional estaba viva en su memoria, y viéndose perdido sin posible remedio, quiso hallar en la resignacion voluntaria la virtud que faltaba á sus mas interesadas inclinaciones.

Los grandes señores y altos dignatarios del imperio fueron convocados y reunidos en el palacio que los españoles ocupaban; y mientras estos bien apercibidos contra cualquier violencia, estaban guardando las avenidas en fuertes destacamentos útilmente distribuidos, y al pié de los cañones, el grande emperador de los aztecas con todos sus nobles y vasallos se hizo solemne y públicamente súbdito y tributario del magnífico *Tenochtitlan*, cuya deidad reconocia en la persona del rey de España. Así por las vias de la supersticion vino al dominio de los españoles el famoso imperio de Méjico, dando la habilidad tales apariencias de justicia á la adquisicion que difícilmente pudieran combatirse por la rivalidad mas refinada.

Constituido en absoluto señor de aquellos vastos dominios el caudillo de los españoles, ninguna cosa faltaba para la mas completa adquisicion del imperio, que el aumento de sus fuerzas, á fin de sustentar en lo sucesivo la subordinacion del pais, sobradamente poblado para que pudieran descansar en su seguridad tan escasos guardadores. Es verdad que mientras pudo disponer de las voluntades en los primeros momentos de la régia sumision, no se descuidó en mejorar su posicion en la capital del territorio conquistado, consiguiendo entre otras la autorizacion de poder celebrar el culto de la Iglesia Católica en una capilla erigida al efecto sobre el mejor templo de los idólatras, y la no menos importante de que con los brazos del pais y bajo la direccion de nuestros constructores se fabricaran dos bergantines de mediano porte para dominar el lago. La ceremonia de botarlos al agua se verificó entre el ruido de la artillería, los acordes de los marciales instrumentos y el entusiasta clamoreo de los indios que al ver flotar sobre las aguas del lago aquellos mónstruos alados sin mas accion que la de su propio impulso, no pudieron menos de afirmarse en la creencia de la divinidad que presidia el espíritu de los españoles.

Aprovechaba Hernan Cortés tan halagüeña perspectiva para enviar con su prestigio fuertes destacamentos que recorrieran las provincias, á fin de que con su presencia se hiciera mayor la popularidad de los españoles, y no hubiera obstáculos á la recoleccion de los tributos reales. Los aztecas por su parte no dejaron de corresponder dignamente á la nueva administracion, como si ningun cambio se hubiera verificado en las condiciones del imperio: y así resbalando los dias en la mas perfecta tranquilidad, el famoso conquistador se apercibia para destruir por su base el culto de las falsas deidades, sustituyéndolas con todo el esplendor y la pureza de la cristiana religion, cuando muy fatales complicaciones le envolvieron en una série inmensa de cuidados que muy sangrientos conflictos habian de costarle.

Cuando desde el puerto de la Villa-Rica habia despachado para la magestad española el mensage de sus operaciones, previno Cortés al piloto Alaminos que era el comisionado, y muy buen amigo del conquistador, que por ningun concepto arribase á puerto alguno de la isla de Cuba, á fin de evitar los malos oficios que con las nuevas de sus adelantos habia de interponer en su contra el gobernador Diego Velazquez. Pero sea que los tiempos apurasen sobre el archipiélago, ó bien que impulsado por algunos resortes del corazon humano, y esto parece mas cierto, lo descompusiese con los deseos de la ostentacion, el dicho piloto, procurando hacerlo á larga distancia de la capital, no dejó de arribar sobre la parte occidental de la isla, con lo cual el ya declarado enemigo de Cortés tuvo ocasion de aprender con los progresos de este, las vias mas fáciles para contrariarlos en adelante.

Su mas inmediata providencia fué la detencion del bergantin en que iba el mensage; pero Alaminos á poco de satisfacer su amor propio llegó á com-

prender todo el compromiso de la imprudencia cometida, y cuando las órdenes de Velazquez quisieron ejecutarse ya la quilla de su pequeño buque surcaba en alta mar las ondas del Atlántico, con tal feliz suceso que en breve tiempo desembarcó el piloto sobre la playa de Sanlúcar.

Con todo: la imprudencia cometida no podia menos de arrastrar consigo muy funestos efectos, y el primero á sentirla fué el mismo piloto que tan incautamente en su delicada mision se habia conducido; pues aunque ni en la isla ni durante la navegacion las providencias de Velazquez pudieron darle caza, el gobernador no se descuidó en mover sus recursos é influencias contra el mensage de Hernan Cortés, y sus parciales de la península hallaron breves trazas de poner á buen recaudo y bajo la jurisdiccion de un comiso así el buque como los efectos que el piloto á su cargo traia sin escluir los del propio monarca.

Los asuntos de España por la reciente introduccion de la nueva dinastía y las ambiciones del jóven soberano, apenas corrian entonces con la regularidad de una mediana administracion, y aunque el piloto, ayudado de los amigos y parientes de Hernan Cortés, no descuidó sus reclamaciones en pró de la causa que representaba, se adelantó la partida del famoso Carlos V recien alzado al sólio imperial de Alemania, y la contienda medio dirimida, dejó en pié fundamentos sobrados para que á las parcialidades contrarias no faltasen en lo sucesivo elementos de oposicion, y á la empresa de Cortés sobrasen estorbos que pudieran muy fácilmente haberla destruido.

Las brillantes nuevas que ya se tenian en Cuba del imperio de los aztecas desde los anteriores viajes, confirmadas al presente con las narraciones del mensagero de Cortés en el puerto de su recalada, ensancharon grandemente los enojos del gobernador Velazquez con tanto mas motivo cuanto que en el arsenal de la avaricia estaban fabricados. De otra parte los colonos y aventureros de la isla deslumbrados con la noticia de tantas riquezas como de las nuevas tierras se contaban, no esquivaron los peligros de una marcial campaña á la invitacion de su gefe: ni los hombres acaudalados negaron sus intereses para invertirlos en el armamento y provision de una flota considerable que tan pingües ganancias debia de traerles. Con esto fué fácil á Velazquez poner sobre la mar hasta diez y ocho buques de crecido porte con nueve cientos hombres de guerra, ochenta caballos, un considerable tren de artillería que no bajaba de veinte piezas de grueso calibre, y muy bien provisto parque de respeto.

Capitan de la empresa era cierto Pánfilo de Narvaez, soldado de nota entre los favorecidos del gobernador de la isla de Cuba, pero en quien tenian mejor acomodo los impulsos del valor que los acuerdos de la prudencia: era irascible, muy precipitado y no poco presuntuoso, creciendo en su cabeza la vanidad con el nuevo cargo, tanto que como otro César adelantaba en su mente la idea de la victoria en los propios términos que aquel famoso guerrero la

comunicaba al Senado romano antes de vestirse la púrpura del imperio.

Sin duda no eran estas cualidades muy ventajosas tratándose de combatir al caudillo de Méjico, en cuya mente los esfuerzos del valor era la última de sus combinaciones, pues antes del golpe decisivo de la fuerza esprimia con éxito prodigioso todo el espíritu de la mas refinada prudencia. En fin la nueva espedicion de Cuba apareció sobre las aguas cercanas á la Villa-Rica el dia 23 de abril de 1520: algunos individuos de ella sentaron la planta en tierra para acudir en son de mensageros cerca de la persona del gobernador de la fortaleza allí levantada, y todas las fuerzas á punto de guerra se apercibieron en breve para reclamar con la superioridad del número la mejor condicion que por ningun otro concepto pudiera otorgárseles.

La aparicion de los nuevos huéspedes, así como el desacuerdo que inmediatamente se manifestó entre estos y los que el castillo de la Vera-Cruz guarnecian, llegó por conducto de los indios de Zempoala, testigos presenciales de tan funesto percance, á conocimiento de Motezuma antes que Hernan Cortés tuviese la mas ligera noticia: y no fué poca la sorpresa de los mejicanos al entender que aquel puñado de estrangeros cuya soberanía acataban no eran mas que unos piratas perseguidos por mayores fuerzas del poderoso monarca de las regiones orientales, en cuyo nombre se habian apoderado del imperio.

Semejante novedad esparcida imprudentemente por el mismo Narvaez en aquel vasto territorio no pudo menos de sacudir el letargo en que los aztecas estaban, disponiendo sus ánimos en contra de unos y otros españoles, cuya total destruccion esperaban mas que con el esfuerzo y recursos del pais, por medio del desacierto que entre los invasores reinaba; pero no fué el disimulo la virtud que habia de embozar los proyectos disolventes de los mejicanos: impacientes por sacudir el yugo de sus dominadores, comenzaron á manifestarse insolentes, y llegó el caso estremo de que el prisionero emperador exigiese con desusada altanería la mas pronta desocupacion de su territorio metrópoli con la ausencia inmediata y el reembarque de nuestras gentes. Hernan Cortés cuando oyó la inesperada intimacion, quiso disimular el enojo que por ella recibió tratando de vencer á su contrario venciéndose antes á sí mismo; y como quien está convencido de la justicia del precepto lo aceptó con la mayor resignacion, lamentando únicamente la imposibilidad en que estaba por la falta de los buques necesarios á su marcha. Espúsolo así á Motezuma, y tratando de ganar tiempo aceptó de buena gana los brazos que el destronado emperador le ofreció de sus súbditos para la construccion de los navíos en las playas de la Villa-Rica, y en las instrucciones que dió á los maestros tuvo gran cuidado de prevenir que adelantasen en la construccion todo lo menos posible, aparentando sin embargo con los indios auxiliares el mas asíduo y rápido trabajo.

Conjurada por este medio la tempestad que comenzaba á agitarse en el

punto cardinal de sus proyectos, torció la mente á los mayores cuidados que la presencia de Narvaez con tan poderoso ejército le ofrecia. Por fortuna el gobernador de la Villa-Rica portándose con arrojo y prudencia muy de la escuela del conquistador, supo apoderarse de ciertos requeridores que el fantástico lugar-teniente de Velazquez le enviara con levantadas amenazas, y cargados sobre los hombros de indios conductores los envió con buena escolta hasta la ciudad de Méjico. Cortés por evitar el escándalo de los mejicanos y conservar el prestigio de los españoles, los hizo desatar antes que en la capital entrasen, verificándolo por su planta como la escolta que los conducia, y luego tratándoles con la mayor amistad y prodigándoles todo género de atenciones supo despacharlos tan obligados, que sin duda fueron las armas mejor templadas que habia de esgrimir algunos dias despues contra las fuerzas de su poderoso enemigo.

Obtenidos tan felices resultados sobre los mensajeros no retardó un instante sus operaciones para dar cabo feliz á la grande obra comenzada, á fin de afirmar su autoridad vacilante, y asegurar con un golpe aventurado y peligroso, pero en estremo decisivo, todo el fruto de sus pasados trabajos. Al efecto comunicó sus órdenes á los cabos españoles que por el pais se hallaban derramados, para que inmediatamente se le reunieran con sus gentes, y dejando en el palacio de Méjico respetable guarnicion para conservarlo durante su ausencia, se puso al fin en campaña resuelto á caer sobre las tropas de Narvaez con una tercera parte escasa de fuerza de la que aquel tenia para contrarestarle.

La rapidez de los movimientos del famoso capitan llegaron á noticia de Narvaez por conducto de los indios de Zempoala donde á la sazon se entretenia con su hueste dispuesto á salir al encuentro de Cortés tan pronto como su aproximacion se lo permitiera; pero confiado en la superioridad material que poseia nunca quiso creer que aquel le hubiese de atacar en sus propios cuarteles, y así mientras permaneció en ellos lo hizo con toda la seguridad del que se mantiene con grande ejército y bien apercibido de escuchas en el impenetrable recinto de una plaza fuerte.

Hernan Cortés entre tanto avanzaba á marchas forzadas, bien que alguna vez tuviera que detenerse indispensablemente para dar necesario respiro á sus intrépidos subordinados. Al pasar por la ciudad de Tlascala, quiso reforzar su escuadron de infantería con algunos centenares de indios armados de muy largas picas para resistir al choque de la caballería; pero como estos no iban ahora contra los mejicanos y sí contra otros guerreros de la especie de sus terribles vencedores, comenzaron por la desercion á dar muestras de su descontento, y el prudente caudillo al advertirlo en sus principios puso término al mal licenciándolos á todos y fiando el suceso al solo recurso de sus leales veteranos.

Tras de pasmosos trabajos y rápida fatiga consiguió al cabo Hernan Cor-

tés entrar en los límites de Zempoala, de suerte que muy corto camino y un ancho arroyo eran los únicos obstáculos que le quedaban para en la propia ciudad hallarse tras de escaso tiempo. Cuando tal situacion ocupaba, escasamente el sol acababa de esconderse, de suerte que aun con los últimos crepúsculos de la luz pudiera haberse mezclado en un sangriento combate con tanta mayor probabilidad de buen éxito, cuanto menos posible creia Narvaez la aproximacion de su enemigo. Pero el tiempo estaba de tormenta: el arroyo llevaba muy rápida y crecida corriente y su paso con la luz que pudiera descubrirse á los de Zempoala necesariamente habia de costar mucha fatiga y no escaso tiempo. Resguardándose pues del temporal cuanto fué posible dejó Cortés que las sombras de la noche cubrieran su arrojo; pero cuando estas no permitian que la vista humana distinguiera los objetos sino al pálido fulgor de los relámpagos que á la tormenta precedian, el bravo capitan arengó á sus valientes, y ordenándolos con distribucion oportuna, no sin tener por sus confidencias la mas completa noticia de la disposicion que en los cuarteles contrarios habia, pasó rápido el arroyo sin otra pérdida que la de dos soldados envueltos en la corriente, y mas veloz que el pensamiento se precipitó dentro de la ciudad, atacando las teocalis donde Narvaez tenia situados sus escuadrones y artillería.

La alarma cundida por un centinela que pudo escaparse de dos con que las tropas de Hernan Cortés habian tropezado antes de entrar en la poblacion, hizo que no estuviesen los enemigos tan desapercibidos como convenia para llevar á cabo sin grande esposicion de los agresores su vencimiento; así fué que la lucha se agravó mas de lo que la ocasion permitia y el resultado estuvo vacilante por mucho tiempo.

A la conducta de uno de sus mas bizarros capitanes encomendara de antemano Cortés el ataque y rendicion de Pánfilo de Narvaez, escandalizándose infundadamente algunos autores porque al darle dicho caudillo las instrucciones á su subalterno le previno que vivo ó muerto habia de entregárselo. Otro peloton, debia apoderarse del cuartel de artillería, mientras sirviendo de reserva al grueso de las fuerzas Hernan Cortés con lo mas escogido de su pequeño ejército habia de acudir donde flaquease la batalla. El ataque fué desesperado y no menor la resistencia. Por fortuna de los agresores una nube de cocuyos acudió á participar de la refriega, y los de Narvaez apenas familiarizados con la luz de aquellos insectos creyeron divisar las mechas encendidas de un sin número de enemigos, y á la influencia de su fantasía cedieron mas temerosos que á la realidad de los peligros del combate.

La guardia de la artillería arrollada á los primeros ímpetus cedió los cañones en daño de sus amigos. La invocacion de *Santa María* lastimosamente exhalada por boca de Narvaez en lo mas récio de la pelea hizo conocer á la muchedumbre la triste suerte de aquel gefe, herido en un ojo y rendido á sus adversarios. Con esto el combate se fué disminuyendo, y en la nueva aurora

se apresuró á alumbrar la mas importante victoria que el gran conquistador de Méjico alcanzó sobre el teatro de sus hazañas. El mayor cuerpo de la caballería enemiga no llegó á tomar parte en la pelea. Destacada de Zempoala en observacion de las tropas de Cortés se desorientó del verdadero camino que este traia, y cuando al dia siguiente supo el resultado de la pelea, entró gustoso á servir bajo las órdenes de caudillo tan afortunado.

Para ganar con el rendimiento de las armas las voluntades de tan superiores fuerzas, Hernan Cortés hizo que se devolvieran á los vencidos todos los despojos que se les tomaron en la pelea. Tambien repartió por iguales partes entre vencedores y vencidos gran caudal de oro que algunos suponen era de las cajas de Narvaez, lo cual provocó murmuraciones que al cabo supo calmar con su prudencia. Con esto y con la desmembracion de las fuerzas encomendando las menos adictas al cuidado de muy afectos y esperimentados capitanes dió lugar á los necesarios preparativos para regresar á la capital de Motezuma, donde nuevos cuidados estaban reclamando su presencia.



CAPITULO XIII.

Disposiciones de Hernan Cortés para asegurar la posesion de sus conquistas.—Nuevas que recibe de una sublevacion en Méjico.—Pónese Cortés al frente de respetable ejército, y marcha rápidamente á la capital de los aztecas.—Siniestros presagios de futuros trabajos y alegria que manifiestan los españoles de Méjico al entender la llegada de sus libertadores.—Entrevista de Cortés y Alvarado, en la cual refiere este el motivo de la insurreccion de los mejicanos con todos sus accidentes.—Cortés reprende á su lugar-teniente, y suponiendo sumisos á los mejicanos con su presencia en poco estuvo que no perdiese entre estos un fuerte destacamento de españoles.—Rotas las hostilidades ya descubiertamente entre estos y los mejicanos, se ensangrientan cada dia las calles y plazas con nuevos ataques.—Política de Cortés con Motezuma para repeler muy peligrosos asaltos.—El emperador de los aztecas es herido por los suyos, y muere tres dias despues entre los soldados españoles.—La muerte de Motezuma decide el abandono de Méjico, que al fin resuelve Cortés seguro de no poder sostenerse en aquel sangriento recinto.—Desastrosa retirada de nuestras gentes por el valor de los enemigos, y pérdida considerable que allí sufrieron los conquistadores.—Obstínanse los mejicanos, siempre reforzados, en la persecucion de Cortés.—Famosa victoria de Otumba, y entrada triunfal de los españoles en Tlascala.—Nuevos preparativos para ganar á Méjico.—Defecciones y refuerzos.—Envia Cortés embajada al rey de España y se dispone para marchar sobre Méjico; pero por la dificultad de dominar el gran lago inventa la construccion y conduccion de trece bergantines, contra todas las leyes de la posibilidad y de la historia.—Invéntase en el campo español una fábrica de pólvora con que se provee todo el ejército.—Organizacion que este recibe por medio de regular ordenanza, y fuerza de que se componia.—Marchan á Tezcuco las fuerzas y se rinde esta ciudad sin oposicion á los conquistadores.—Admirable conduccion de los bergantines á los canales de Tezcuco.—Abrese la campaña contra las poblaciones inmediatas, pero una horrible traicion suspende los adelantos de la empresa.—Castigo de Villafaña y del general tlascalteca.—Sosegada la rebelion bótanse al agua los bergantines y con la guarnicion respectiva se hacen señores del gran lago de Méjico.

Antes de conducir sus nuevos batallones á la Venecia del Nuevo-Mundo, como algunos dieron en llamar á la ciudad de Méjico, hubiera deseado Cortés arreglar los asuntos generales del pais de una manera correspondiente á la grande importancia que acababa de tomar su posicion con la recien alcanzada victoria. Al efecto habia decretado la fundacion de otra colonia española, no lejos de cierta poblacion denominada Coatzacoalco, á la cual habia de marchar Diego de Ordaz, con doscientos hombres: otro destacamento de igual fuerza tenia órdenes de entretenerse en la conquista de Panuco, considerable provincia del golfo de Méjico, unas setenta leguas distante por el Norte de la Villa-

Rica; y finalmente, cierto veedor de la armada llamado Caballero, con otros doscientos hombres, fué comisionado al puerto donde estaba fondeada la escuadra de Narvaez, para sacar de ella todos los enseres y útiles indispensables á la navegacion, desmantelándola de suerte que no pudiera servir á los planes de los descontentos que en ella quisieran ausentarse de aquel territorio.

Tales habian sido las principales providencias, cuando cierto correo enviado al gefe de las fuerzas españolas que en la capital del imperio custodiaban á Motezuma, volvió presuroso á participar á Cortés la sublevacion de los naturales, y la urgente necesidad de muy poderoso socorro, sino se habian de perder cuantos españoles con la posesion de dicha capital en Méjico habian quedado. En tan críticas circunstancias Cortés reconcentró de nuevo sus fuerzas, y aumentándolas con otras de los caciques sus confederados, que ya miraba como súbditos, marchó rápidamente á salvar la distancia que le separaba del peligro de sus compañeros, y en breves dias dió vista al gran Valle de Méjico, con el poderoso ejército que á sus órdenes tenia, que no era menos que de mil y doscientos españoles entre ellos noventa hombres de armas bien montados, y hasta seis mil entre zempoaleses y tlascaltecas, mas una porcion considerable de indios mas inferiores para conducir las provisiones de boca y guerra, y arrastrar la artillería.

Al descender de la mesa central para entrar en la jurisdiccion del Valle, tuvo Cortés ocasion de observar con harta pena de su corazon, la magnitud del daño que se habia obrado contra sus miras de conquistador, en la reciente sublevacion de los mejicanos. Los numerosos habitantes de aquellas comarcas del tránsito, lejos de salir como en la primera jornada habia sucedido, á brindar con sus flores y frutos á los superiores mensageros del gran Dios Tenochtitlan, se ocultaban ahora de las miradas de los españoles; y si algunos acudian á los reales de Hernan Cortés con algunas muy cortas provisiones, lo hacian forzados por la superioridad del ejército; pero donde mas particularmente desmayaron los ánimos fué al entrar en la capital del imperio. Aquella calzada y aquellos canales de la poblacion en la primera visita tan concurridos de una muchedumbre entusiasmada y curiosa, infundian pavor ahora con su absoluta soledad y misterioso silencio. Los acompasados movimientos de la infantería, el agudo sonar de clarines y atambores y el golpear de las herraduras sobre el solitario pavimento de tan dilatada ciudad, contrastaban admirablemente formando un eco monótono y duro, de siniestro presagio para los que mejores armonías recordaban, y de no muy halagüeñas impresiones para los que entraban la primera vez en la metrópoli de los aztecas. Unos y otros con ideas vagas, pero terribles de supersticiosa inspiracion, atravesaron consternados aquel vasto panteon de la vida, como si penetraran en la fúnebre ciudad de los Califas.

De repente tan siniestro silencio fué interrumpido por un eco de muerte

entonces halagüeño á los españoles: era el ronco estampido de los cañones que la guarnicion de Méjico tenia, los cuales saludaban el momento de su libertad por la llegada de Cortés con su imponente ejército.

Tan pronto como penetraron las fuerzas en el palacio de su alojamiento, el gran conquistador con áspero tono, bien que embozado en prudente templanza, requirió á su lugar-teniente para que le esplicase las causas del estado en que las cosas se encontraban. Alvarado no vaciló un instante en esponer sus descargos para la mayor justificacion de su conducta, y por estos pudo aprender Cortés la verdad de los sucesos siguientes.

Las malas disposiciones que se desarrollaran en el proceder de los indios, al tener noticia de la desavenencia que existia entre sus huéspedes y los recien desembarcados españoles, tomaron un incremento de alta consideracion tan pronto como Hernan Cortés abandonó la capital para correr á la victoriosa escena de Zempoala; de suerte que sin ocultarse la enemiga ni siquiera en el proceder de los mas humildes indígenas, parece que las plazas y las calles, no menos que los asquerosos templos de las sangrientas deidades, servian de focos públicos de insurreccion, donde contra la guarnicion española se urdian los mas alevosos y destructores planes.

Era el mas consecuente el de acometerla, bien fuese en su propio cuartel ó mejor hallándose diseminada, y para hacerlo trataron de aprovechar las ventajas del disimulo en la reunion de las fuerzas, señalando para la sangrienta ejecucion cierto dia de gran fiesta nacional entre los mejicanos, la cual facilitaba en gran manera la concurrencia. En especial toda la nobleza azteca habia de reunirse dentro del recinto de una especie de plaza cercada, correspondiente al mejor de sus adoratorios, y es fama que esta vez fué tal la afluencia de caciques y poderosos, que no bajó la reunion de seiscientas personas de alta categoría. La chusma se contaba por millares, y parece que una señal convenida habia de reconcentrarla no lejos del indicado adoratorio para secundar la acometida dispuesta por sus gefes.

El capitan Alvarado, en quien Cortés habia puesto los ojos y depositado su confianza para gobernar en Méjico durante su ausencia, era hombre de buen temple y no de torpe consejo; pero el número de sus años no alcanzaba todavía á los profundos acuerdos de la propia razon, y al entender los proyectos de los revoltosos tomó por modelo del castigo, el que en semejante caso habia usado Cortés dentro del recinto de Cholula.

Enterado pues de cuantos accidentes debian preceder al sangriento drama que se preparaba, hizo como que nada sabia, disimulando sobre todo con el emperador y con su servidumbre; pero como quien se apercibe por mera prudencia contra los naturales desórdenes de toda grande reunion, montó convenientemente la artillería, reforzó las guardias avanzadas y ordenó que ninguno de sus súbditos abandonase las armas ni aun para los actos mas familiares de la vida. Con esto reunió á todos los subalternos que le obedecian, y

despues de corta conferencia quedó resuelto el castigo de la conjuracion de la manera mas impolítica que podia decretarse.

Llegada la hora de la mayor concurrencia en el templo dedicado á la gran fiesta nacional, algunos de los soldados españoles, como llevados de la curiosidad y poseidos del regocijo comun, se interpolaron en el gran patio de la nobleza con los principales caciques y señores del imperio: otros menos amigos de la confusion permanecieron casualmente á la entrada, y algun numeroso peloton quedó como á la ventura en las cercanias, fingiendo respecto de la muchedumbre gozosa la mas completa indiferencia. Los indígenas al contemplar entre sus grupos algunas de las víctimas que pretendian ofrecer en holocausto á su terrible deidad bélica, otras derramadas por la poblacion y todos al parecer en el mas completo abandono, celebraron anticipado el triunfo que esperaban tan cercano contra sus opresores; pero cuando mas se gozaban en sus sangrientos planes, una señal convenida de Alvarado se anticipó con el propio ó mayor rigor á los que en su mente hervian, y todos aquellos soldados que dispersos andaban, acometieron súbitamente al gran concurso de aquellos señores, sembrando en sus azoradas masas la mas espantosa desolacion y el esterminio mas completo.

En vano grandes pelotones de los nobles aztecas se dirigieron á ganar la salida de aquel funesto santuario: sus puertas estaban ocupadas por fuertes destacamentos de españoles, que en breve á su alrededor levantaron grandes parapetos de cadáveres, y si otros por mejor consejo pretendian salvar la muralla de aquel sangriento circo, mas descubiertos á la puntería de los arcabuces, caian en breve anegados en la sangre propia, que instantáneamente iba á aumentar el gran charco en que se anegaban las nobles víctimas. En fin: de los seiscientos ó mas señores que en el recinto de la catástrofe se entretenian al sonar la hora terrible de la matanza, no pudo escapar ni uno solo: y esta circunstancia es tanto mas horrorosa cuanto mas corto era el número de los españoles que hicieron tan horrible carnicería. Al ver Alvarado que ya sobre los restos humeantes de tantas víctimas ni un solo hombre quedaba con vida, se retiró en buena ordenanza á su palacio, cuidando de arrollar en el tránsito que era corto, cuanto vieron sus ojos y alcanzaron sus armas: con lo cual puso coto á la proyectada insurreccion de los nobles aztecas, que en pocos momentos dejó de existir al furor de un puñado de hienas, las cuales en aquella ocasion se condujeron con mas bárbaros instintos que los fanáticos actores de *Saint Barthelemi* ó de las *Vísperas Sicilianas*.

Dejando á parte las consideraciones que del suceso se desprenden, tanto por la criminalidad de la ejecucion cuanto por la inconveniencia del hecho, pues nada tenian de comun las circunstancias de Méjico con las de Cholula, tan solo descargaremos la memoria de los sangrientos españoles de los instintos de avaricia á que algunos autores atribuyen el rigor de la matanza, fundando tan menguado é injusto aserto en la abundancia de los despojos reco-

gidós de alhajas y adornos de gran valor, por la ostentacion que en sus trajes lucian las nobles víctimas con motivo de la gran festividad que se celebraba. La enemiga que existia de parte de los mandarines del imperio contra los españoles despues de la llegada de Narvaez al territorio azteca, era una verdad incuestionable; y por lo que hace á la conspiracion, cuando otras muchas autoridades mas imparciales que la de Alvarado no existieran, el mismo suceso que tan respetables consecuencias debia producir y produjo, basta para que la razon se avenga conforme con una causa superior que la avaricia. Por fortuna eran ya los españoles soberanos del rico imperio de Méjico, y de los anteriores repartos sobradas prendas tenian de un halagüeño porvenir, no cimentado en tan repugnantes violencias é injustificables atrocidades.

Escasamente habian podido ganar los españoles la entrada del palacio en que moraban, cuando las masas populares de Méjico, ansiosas de vengar la sangre de su nobleza, se precipitaron como levantadas olas sobre la frágil hueste que Alvarado conducia. Sus gritos semejaban al ronco bramido de los huracanes, y su amago sofocante daba indicios de poner fin á una catástrofe con otra por lo menos tan desastrosa y de mas terribles consecuencias que la del recinto de las idolatrías. Ni los mortíferos golpes de las espadas, ni el eco atronador de los cañones, ni las brechas sangrientas que la metralla abria en las furiosas columnas del pueblo, bastaban á contener el ímpetu asolador de aquella muchedumbre. Como lobos hambrientos asaltaron las paredes que servian de muralla al cuartel de nuestras gentes, y los que lograron penetrar en su recinto pusieron fuego por diversos puntos á aquel pertrechado baluarte de la conquista. Otros, no menos avisados y con muy militares disposiciones, fueron en demanda de los dos bergantines que sobre el lago flotaban para facilitar una retirada segura en el caso de tenerse que abandonar voluntariamente la metrópoli. Estaban á la sazon á la orilla del lago sin fuerzas que los defendieran en tan súbita acometida, y sin que los españoles pudieran remediarlo fueron en breves instantes consumidos por el mas voraz incendio.

En tan desesperado estremo faltó poco para que la superioridad de la inteligencia sucumbiera, como en el saco de Roma, por los bárbaros del Norte, á la muchedumbre de las masas que en la muerte buscaban su mayor trofeo, con tal de utilizarla en la destruccion de sus opresores. Por fortuna Alvarado se acordó de que poseia una alta prenda de seguridad contra los terribles ataques de tantos enemigos, y á vista del degradado emperador que ordenó la suspension del ataque, aquellos miserables, tan aventajados en la lid, se retiraron espantados de sí mismos por haber incurrido en el desagrado de su débil monarca. Desde entonces las hostilidades se concretaron á un riguroso bloqueo: los mercados públicos se suspendieron, las comunicaciones se cortaron, y algunos dias mas de aislamiento hubieran sido hartos para que Alvarado y los suyos hubieran sucumbido entre los horrores del hambre, ó en las terribles aras de los humanos sacrificios.

Tal fué en sustancia la relacion que Alvarado hizo á Hernan Cortés de lo ocurrido durante su gobierno, y por ella concluyó pidiendo el arresto de su



persona para satisfaccion del precipitado rigor, y ver si al propio tiempo templaba tan notable humillacion la indomable altivez de los ofendidos mejicanos. Pero Cortés no vino en lo del arresto, si bien tachó de imprudente á su capitan, ya porque de los bárbaros esperaria escaso efecto con la satisfaccion del castigo, ó porque no juzgase digna la accion de tan duras manifestaciones. Quizá supuso que el refuerzo de su persona y ejército haria que la ciudad se redujese á racional concierto, tomando en sentido favorable el profundo silencio que siguió reinando tras de su entrada en la residencia de Motezuma, la cual tuvo lugar el dia de San Juan, 24 de junio de 1520; pero cuando en la mañana siguiente quiso traer á la verdad de la investigacion lo que como probable suceso alimentaban los deseos, en poco estuvo que el destacamento enviado bajo la conducta de Diego Ordaz, cayera íntegro en manos de los cautelosos enemigos.

Con esto decididamente declaradas las hostilidades de una y otra parte, así se repitieron las salidas de Hernan Cortés con el mayor número de sus fuerzas por las calles de la ciudad, como los asaltos de los mejicanos en abundantes masas contra el palacio de los españoles; y tan pronto las teas incendiarias se cebaban en los edificios de la poblacion, aplicadas por nuestras gentes, como consumian los puestos menos defendidos donde la destreza se guardaba de la muchedumbre. Aguzadas las armas de la actividad en el ar-

senal del entendimiento, tan pronto en el cuartel de los españoles se fabricaban máquinas movibles contra la obstinada rebeldía de los mejicanos, como estos convertian en poderosas y ofensivas fortalezas los mas levantados adoratorios de sus inmundas divinidades; pero superando el rigor del ódio mútuo á los productos de la inteligencia, lo mismo sucumbian en el fragor de la pelea las torres movibles de Hernan Cortés, como se desmoronaban hasta su base los castillos mejor defendidos de los mejicanos.

Alguna vez en lo mas riguroso de un asalto llevado á cabo por los insurrectos, con gran peligro de nuestras gentes, tuvo que echarse mano, como último recurso, de la presencia de Motezuma, adornado con todas las insignias imperiales; pero aunque el poder de la veneracion en el primer momento dió respiro á sus poseedores, en breve recobraron su lugar los afectos del rencor, envueltos en la inspiracion del mas profundo desprecio. Entonces el mismo soberano, antes tan venerado de la muchedumbre, sirvió de blanco certero á las iras populares, y todo el esmero que los españoles emplearon en su defensa, no bastó para que una piedra que hirió su coronada sien, le postrase inmediatamente en el lecho de sus últimos dolores. Tres dias despues la muerte de Motezuma fué el resultado de sus postreros alardes de autoridad, y los españoles, que con tan considerable pérdida se consideraron desalojados de sus mas formidables trincheras, resolvieron decididamente el abandono de la ciudad imperial que tan duros trabajos les costaba.

Resolvióse de noche la salida, tanto por proveer á la mayor seguridad con la cautela, cuanto por la falsa creencia en que estaban los españoles de que durante la ausencia del sol no tenian costumbre de pelear sus contrarios. Para facilitar el paso de las calles anegadas se fabricó un puente portátil con resistencia bastante para el paso de la artillería y caballos, y á fin de que la confianza no acrecentase los peligros, se dispuso el ejército en tropas regulares compuesto de sus tres porciones de ordenanzas, vanguardia, batalla y retaguardia.

Los primeros pasos del ejército no hallaron inconveniente alguno: el puente sirvió con buen éxito sobre el primer canal, y todo aseguraba una pronta y segura retirada; pero de repente las orillas de la calzada se cuajaron de canoas llenas de indios, y las calles fueron interceptadas por una multitud de guerreros, que llenaban el espacio con sus voces y el tránsito con sus flechas, piedras y todo género de armas arrojadizas. En grande aprieto se vieron nuestras gentes cuando mas seguras se contaban: el puente fué tomado por los indios y dado al fuego inmediatamente cuando todavía faltaba que salvar uno de los pasos mas difíciles, y todo el grueso de la retaguardia quedó interceptado y en poder de los enemigos. Toda la diligencia de Cortés ayudada por los esfuerzos de sus mejores capitanes fué apenas bastante para salir á firme terreno tras de muy obstinada y sangrienta lucha; pero ni aquella ni estos pudieron estorbar la muerte de doscientos españoles y mas de mil tlascaltecas de

los aliados con nuestros guerreros, la pérdida de cuarenta caballos, la de la artillería que hubo necesidad de arrojar al lago para que no estorbase la marcha, y la completa dispersion de los rehenes, indios de suposicion que de garantía servian para la conservacion del ejército.

La continuacion de la marcha por espacio de muchas leguas fué una série contínua de acciones peligrosas y de obstáculos considerables: los mejicanos animados por las ventajas obtenidas contra sus fugitivos huéspedes, no cedieron en la persecucion un solo instante; y aunque siempre era el número de sus muertos en las campales refriegas harto y aun sobrado para ceder en el empeño, los refuerzos eran mayores, y la obstinacion irresistible de esterminar á los españoles. Para conseguirlo adelantaron por desusadas veredas algunas jornadas á sus enemigos, y en el gran llano de Otumba se dispusieron á dar la batalla mas decisiva. Al divisarlos Hernan Cortés arengó á los suyos y disponiéndolos en buena formacion de batalla con los arcabuceros en mangas tendidas por el frente y la caballería á los costados, arremetió á las numerosas huestes enemigas con tal ímpetu que en breve fueron de mas efecto que los arcabuces, las picas y las espadas. *Los españoles*, segun la espresion de su mas culto historiador, *no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe* (1); pero la muchedumbre agoviaba á los mas activos y era imposible esterminar por el vigor de las armas tanto número de contrarios. En tal conflicto, cuando ya los brazos estaban cansados de luchar y las espadas fatigadas de herir, siendo inminente el peligro que por instantes amagaba á los españoles, su valeroso caudillo llegó á entender de los aliados que si lograba tomar el estandarte imperial que ondeaba orgulloso en el centro de las masas enemigas, la victoria se declararia inmediatamente de nuestro lado, y aunque el empeño era difícil por los infinitos pelotones que lo custodiaban, siendo el último camino del vencimiento, lo prefirió el consejo de la desesperacion contra todas las probabilidades de la fortuna.

Hernan Cortés reunió á sus órdenes toda la fuerza montada que en el campo existia, y al propio tiempo que una carga simultánea de la infantería dió entretenimiento á la línea contraria, rápido como el viento penetró por un costado de esta, y atropellando con los caballos y derribando con las lanzas cuanto á su empeño se oponia, pudo, á merced de heróicos esfuerzos, llegar hasta el objeto de tan desesperada acometida.

Sobre unas andas de esquisitas labores y ricamente adornadas de oro, seda y plumage alzaban nobles señores á la distinguida persona que como capitan general gobernaba las numerosas huestes del imperio, en nombre del recien elegido soberano; y como mayor seguridad no pudiera alcanzar el estandarte en manos del propio caudillo, se afirmaba, simbolizando todo el prestigio de su autoridad, y la fuerza absoluta y principal de su ejército. Cuando Hernan

(1) Solís: *Conquista de Méjico*, libro IV, capítulo XX.



C. Mugica inv.º y lit.º — Lit. de J. J. Martinez Madrid.

EN LA BATALLA DE OTUMBA

*acomete y derriba **Hernan Cortes** al General de los mejicanos que llevaba el estandarte del Imperio; se apodera de aquella insignia un soldado español, la presenta á su heroico caudillo y al verla en sus manos los indios huyen cediendo a **Cortes** el campo y la victoria (Año 1520)*

Cortés, arrollando como un torrente, todo lo que á su paso sirviera de estorbo, se vió en presencia del caudillo, le acometió resueltamente y con un bote de lanza lo arrojó mal herido á largo trecho de las andas. Entonces un soldado de su comitiva cuyo nombre era Juan de Salamanca, se bajó del caballo, y tomando la imperial divisa fué á depositarla en las manos del héroe que por tierra la habia derribado. El caudillo español hiriendo los hijares de su corcel, y corriendo á media brida toda la línea enemiga en señal de vencimiento, tanto desbarató aquellas masas numerosas con la ostentacion de su triunfo que nada bastó á impedir la mas completa dispersion y la matanza mas horrorosa. Por millares y no en escaso número se calcularon las muertes del ejército mejicano, porque la intencion de los vencedores era esterminarlo para que nunca mas pudiera darles celos: y en seguida, ya desembarazado el camino, tomaron la via de Tlascala, donde fueron por los naturales recibidos con todo género de satisfacciones, como cumplia á tan poderosos y constantes aliados.

Por mas que despues de aquella famosa batalla de Otumba, la mayor y mas sangrienta de cuantas se dieron en las partes del Nuevo Continente, quedase mucho que hacer aun al famoso conquistador para tomar nueva y definitiva posesion del imperio de Méjico, es evidente que por ella se facilitaron en gran manera las operaciones sucesivas y que de su éxito mientras fué dudoso, estuvo pendiente la gloria del héroe que tan digno se habia hecho hasta allí de la inmortalidad que la historia le ha legado.

En efecto: aun despues de tan señaladas ventajas, ni el espíritu tuvo descanso en la prevencion, ni las armas en la parte ejecutiva; pues muchas y muy apartadas provincias que por las vias de la independencia habian lanzado su grito de esterminio á los invasores, fué necesario someterlas al rigor de las armas: algunas traiciones de mal encubiertos enemigos se desbarataron tambien al impulso de la sangrienta ejecucion de tan duros remedios; y para que nada faltase á los cuidados del conquistador, la mayor parte de los soldados españoles vencidos con Narvaez en Zempoala exigió con osada altanería y por ella obtuvo su regreso á Cuba, prefiriendo la ignominia de su alteracion á la gloria que brindaban las hazañas cuya proximidad era evidente, coronadas por el mas brillante suceso.

Por ventura, al mismo tiempo que tan desdichadamente se desmembraba el ejército, quedando casi reducido á la fama de su caudillo y de los pocos que aun existian de sus primeros camaradas, quiso el destino que nuevos refuerzos cubriesen en las filas españolas los grandes claros que aquellos dejaban, viniendo hasta la residencia de Cortés procedentes unos de ciertas espediciones que á la provincia de Panuco habia enviado el gobernador de la isla de Cuba, constante en su propósito de despojar á su famoso desertor de aquella conquista, y otros de algun buque que casualmente en las costas inmediatas á la Villa-Rica habia tocado haciendo rescates con los indígenas.

Cuando Hernan Cortés volvió á contemplarse bastante reforzado para mover sus armas, comenzó á fuer de prudente capitan por organizar el sistema de sus futuras operaciones; las cuales, como producto inmediato de sus altos pensamientos, ordenó en forma de carta que con nueva embajada hubo de despachar para el monarca de Castilla, satisfecho de la real aprobacion que le anticipaba su buen talento. Cumplida esta consideracion, que mas que todas las protestas habló en favor de la lealtad del caudillo, dió manos á la obra con todo el tino que sabia desplegar en las difíciles empresas, concibiendo sobre todos el mas atrevido pensamiento de los que en las modernas historias se refieren.

La gran laguna de Méjico era un estorbo al parecer insuperable para la conquista, porque hallándose los indios harto despiertos con ocasion de los pasados combates, conocian por esperiencias recientes cuan fácil defensa les ofrecian los diques abiertos y la rotura de los puentes, para estorbar el tránsito y anegar las calzadas. La desastrosa retirada que Hernan Cortés habia hecho de Méjico le embargaba el pensamiento en el discurso de los mas hábiles medios para evitar semejantes catástrofes: y como si todos los medios, por grandes y atrevidos que fuesen, estuviesen subordinados á su voluntad, discurrió no menos que la construccion de trece bergantines en parage seguro para dominar oportunamente la laguna, resistiendo con ventajas positivas á la gran muchedumbre de canoas que en sus aguas flotaban con infinito perjuicio de los conquistadores.

Por mas que á primera vista el pensamiento de dicha construccion no aparezca fuera de los límites trazados al racional discurso, es indudable que en las circunstancias de que estaba rodeado entonces el gran conquistador, parecia de todo punto irrealizable. En los bordes de la laguna, por causa de la inmediata vecindad y absoluto dominio de los ejércitos contrarios, hubiera sido vana locura pensar en el establecimiento de los necesarios astilleros. Las maderas por otra parte no estaban tampoco á la mano, y para la conduccion y aprovechamiento de las jarcias, velámen, clavazon y todos los útiles de las naves sumergidas, tampoco habia medios hábiles de facilitar el tránsito. En la jurisdiccion de la república de Tlascala podia únicamente contarse con la seguridad indispensable á los trabajadores, al corte de maderas y al beneficio de las resinas para hacer la brea necesaria; pero en tal caso el punto mas cercano y seguro donde situar los nuevos astilleros, estaba nada menos que quince leguas lejos de la laguna, y la conduccion de los buques por tierra á tan larga distancia, únicamente podia caber en el dominio ideal de las mas vagas ilusiones.

Hernan Cortés sin embargo, acometió la idea con toda la fuerza de voluntad que era natural á su carácter; y consultándola con cierto maestro de obras que en su ejército habia, de nombre Martin Lopez, hombre de mucha habilidad en el arte de la construccion naval, se dió comienzo á los trabajos que

se pusieron en planta en los montes de Tlascala, á la distancia espresada de la ciudad de Tezcuco, que era por donde se propusiera Cortés desde luego comenzar la conquista, para llevar por sus canales los nuevos buques á la gran laguna de Méjico. La actividad que en tan estraña empresa desplegaron así los soldados españoles que del oficio de arsenales entendian alguna cosa, como los tlascaltecas auxiliares, fué tanta que en breve tiempo todas las piezas de los buques estuvieron á punto de formar el todo que se deseaba. Numerosas partidas de indios tamanes ó de carga, salvaron repetidas veces la distancia de Vera-Cruz á Tlascala, para llevar de un punto á otro los útiles que se conservaban de las naves sumergidas, inclusos nueve cañones de los buques recien arribados á aquellas partes, y con esto, aunque no terminada la obra por completo, se vió Cortés en breve tiempo desembarazado de las mas urgentes atenciones y en disposicion de emplear sus fuerzas contra la famosa capital de los aztecas.

En alguna ocasion húbose de temer la falta de pólvora para el uso de la artillería, y aun tambien para los arcabuceros; pero el artillero Meser se encargó de proporcionarla fabricándola por sí mismo, buena y abundante, y al efecto escaló como Diego de Ordaz algunos meses antes, el gran volcan de Popocatepec, donde se proveyó de los efectos combustibles, cuya adquisicion mas dificultades hubiera podido costar en aquellas tierras.

No descuidaba Hernan Cortés entre tanto los preparativos militares para marchar contra los habitantes de Tezcuco, y al efecto dió forma de tropas regulares á las fuerzas tlascaltecas que la república puso á sus órdenes para asistir á la conquista de Méjico, haciendo pregonar entre ellas lo mismo que entre los españoles, ciertas ordenanzas de buen gobierno para que con la muchedumbre no peligrase la organizacion ni se quebrantara la disciplina. Hizo tambien que á los mas fieles aliados se diesen por los cabos españoles algunas nociones regulares del manejo de la pica; y cuando todo estuvo en órden hizo alarde militar de sus fuerzas y halló que tenia á sus órdenes quinientos y cuarenta infantes, cuarenta caballos y las ya dichas nueve piezas de artillería. De auxiliares tlascaltecas contáronse por entonces hasta diez mil hombres, no mal organizados, fuera de doble número que el senado tenia dispuesto para cuando llegara el caso de la conduccion de los bergantines; pero la muchedumbre era muy superior en los acantonamientos de choluleses y otros amigos y aliados de Hernan Cortés, cuyo número no bajaba de cuarenta mil hombres.

Con tan poderosos recursos, bien diferentes por cierto de aquellos con que se habia obrado la primera conquista, pero no mayores entonces de los que en realidad eran necesarios, moviéronse los españoles la vuelta de Tezcuco, el dia que se contaba penúltimo de aquel año 1520. Apercibidas iban las haces no menos que dispuestas las armas para entrar en marcial contienda; porque los naturales de dicha ciudad eran aliados de los de Méjico, y la pose-

sion apetecida por Cortés para facilitar la obra de introducir en el gran lago los bergantines, parece como que debia conquistarse nada menos que tras de muy sangrientos asaltos; pero quiso la buena estrella del famoso conquistador que los preparativos del encono se deshiciesen por los efectos del miedo al acercarse la ocasion, y con esto el rey de Tezcuco abandonó las traiciones á otras que las suyas mas hábiles manos, y los españoles dueños por engaño siniestro de la ciudad, sin disparar arcabuz ó ballesta, ni desnudar espada, se hicieron árbitros de la poblacion, cuya policía y gobierno renovaron, encomendándolo á gente leal y suave, alzando pendones por un nuevo rey que se presentaba sumiso á entrar como aliado en el servicio de nuestros intereses, abandonando absolutamente la causa de Méjico, y poniendo todas sus fuerzas al lado de los conquistadores.

Vencida esta dificultad dióse ante todo manos á la obra de ensanchar los canales que desde la ciudad de Tezcuco conducian al lago, los cuales habian de adquirir latitud y profundidad bastantes para que por ellos pudiesen deslizarse los bergantines. El nuevo rey prestó á los trabajos no menos de siete mil de sus súbditos sobre los muchos que como auxiliares tuvieron entrada en el ejército: y á la oportuna direccion de nuestros tracistas, y á las asíduas tareas de aquellos indígenas, se debió en poco tiempo la conclusion de la obra que debia poner el sello á la seguridad de la futura conquista.

Entre tanto, los ingenieros que en la construccion de los buques se entretenian allá en los montes de Tlascala, comunicaron á Hernan Cortés la plácida nueva de hallarse terminados sus mas importantes trabajos, y prontos á descender con ellos al nuevo arsenal donde los bergantines debian armarse. Cuando el héroe de Méjico entendió el ansiado caso, apresuró sus instrucciones para que sin pérdida de tiempo vinieran aquellas prodigiosas máquinas á introducirse en las operaciones, teniendo cuidado de destacar sobre el tránsito fuertes pelotones de soldados españoles con algunos millares de indios de guerra á fin de hacer frente con ventajas á cualquiera intentona que los de Méjico aventurasen.

Era ya entrado el mes de marzo de 1521, cuando salieron de sus astilleros los trece bergantines conducidos en hombros de ocho mil indios de carga, entre todos los cuales se repartieron cuidadosamente la tablazon, jarcias, herraje y demas adherentes de la improvisada flota: otros dos mil indígenas de la propia calidad, marchaban de respeto para alternar en el trabajo de la conduccion que no era escaso, y además otra considerable cantidad llevaba mano de los víveres necesarios para el sustento de toda la comitiva. La república de Tlascala, para proveer á la seguridad del convoy, puso en armas hasta diez y ocho mil hombres de guerra, los cuales terminada su primitiva mision deberian incorporarse en el ejército de la conquista: y con esto y con los refuerzos de españoles y naturales que Hernan Cortés destacara para mayor seguridad de la jornada, tomó aquella procesion el mas imponente y sin-

gular aspecto que jamás en conocidas historias se haya leido, por no haberse visto nunca en cuanto de la redondez del globo se habia inspeccionado por los hombres.

«Iban delante, dice el sublime Solís, los arcos y las hondas con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagaje, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia, con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra; los cuales si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos entre aquellas ondas que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino. ¡Admirable invencion de Cortés que se vió entonces practicada! y al referirse como sucedió parece soñada la verdad ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.»

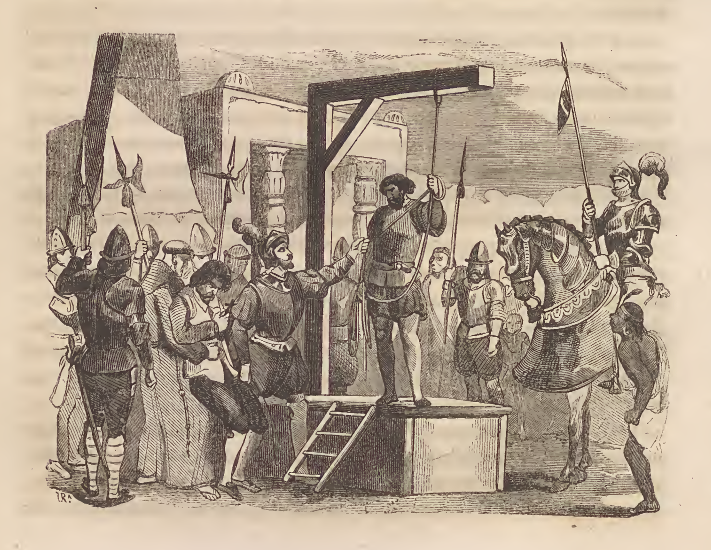
Cruzando enemigas tierras, marchó el naval convoy la vuelta de Tezcuco, á donde al cabo arribó sin impedimento ni funcion de guerra, bien que apiñadas tropas de mejicanos, rehusando siempre la ocasion de pelear, se hubiesen dejado ver repetidas veces sobre los mas altos vericuetos de aquellas ásperas montañas. Hernan Cortés con su crecido campo de españoles y auxiliares, quiso honrar el suceso recibiendo á la comitiva con todos los honores del triunfo: y era de ver como las armas de las tinieblas destellaban fuera de sus naturales elementos, celebrando en muy grande cantidad el mas alto prodigio que los campeones de la civilizacion europea hasta entonces habian obrado.

A prevencion se habia dispuesto para la última mano de obra de los buques un espacioso astillero sobre las cercanías de los canales de Tezcuco, y en él se pusieron las quillas para proceder sin detencion alguna á su mas rápido armamento. Entretanto por no estar ociosas las armas, y porque eran muy vastos los cuidados de aquella guerra, el bravo é inteligente general que la dirigia tomó sus disposiciones para asegurar el éxito, gastando las fuerzas y quitando los recursos á sus espantados, pero tenaces enemigos. Sobre todo puso su mayor empeño en irse apoderando sucesivamente de todos los lugares y puestos avanzados que pudieran facilitarle la comunicacion con la capital de aquel desdichado imperio, procurando tener espeditas las grandes calzadas que á ella conducian; pero aunque siempre el resultado final de las operaciones y acometidas redundaba en notable beneficio de la empresa, todavía por lo que de azares tiene la guerra, hubo ocasiones fatales en que la seguridad del ejército y hasta la vida del mismo Hernan Cortés se vieron en grave riesgo de perderse.

En esto sucedió mas notable avería que todas las que hasta allí se habian esperimentado; porque siendo vencida por el apocamiento de algunos la lealtad de muchos, hubo necesidad de acudir á los rigores del castigo para tener á raya la subordinacion de todos. Espíritus mezquinos asombrados, mas

que con los contratiempos anteriores, á vista de los bélicos aparatos de tan notable empresa, juzgáronla imposible con desmayado y cobarde ánimo, por no conocer otra medida para comparar los resultados futuros que los míseros quilates de su miedo. Para evadirse de ella trataron de abandonar el ejército dirigiéndose hácia las playas de la Vera-Cruz, para de allí trasladarse á la isla de Cuba, y hacer ante Diego Velazquez ostentacion de lealtad con lo que únicamente era producto de su infamia; pero aunque escasos estorbos se opusieron á la ejecucion por lo tocante á la fuga proyectada del campamento, tocaban el inconveniente de caer en las manos del gobernador de la Vera-Cruz, que al verlos tratar de flete en su jurisdiccion para dirigirse á la isla sin documento autorizado, por fuerza habria de detenerlos como sospechosos hasta saber la verdad del objeto de su viaje. En tal conflicto trataron de facilitar las vias de su infamia por la senda de un nuevo y mas considerable crímen, el cual propuso para eterna ignominia de su nombre cierto Antonio de Villafaña que llevaba la voz principal entre los traidores, y no menos consistia aquel que en el asesinato de Hernan Cortés y la eleccion de mas apocado general que dispusiese inmediatamente la vergonzosa retirada por los conjurados tan apetecida.

Con el prudente objeto, que siempre la cobardía fué prudente, de no dar á la connivencia lugar de arrepentirse, dióse á la firma de los que en la traicion se afiliaban una relacion nominal cuyo valor se deja considerar por sí solo en tales casos; pero no faltó avergonzado rebelde que propusiese su fama ya



envilecida á los remordimientos prematuros de una traicion aun no ejecutada, y con esto Hernan Cortés fue por completo sabedor del inícuo proyecto, cuyo principal autor, convicto y confeso de su perversidad, fué brevemente juzgado y puesto en una horca para escarmiento de traidores. La lista de sus cómplices que en las manos del general habia caido, fué cuidadosamente ocultada, publicándose que el Villafaña la habia destruido, comiéndosela en los momentos de prenderle; con lo cual quedó reprimida la sedicion, el delito castigado, reconocidos y cuidadosos los cómplices, y el ejército tan completo como si percance alguno no hubiese amenazado su existencia.

El desenlace de aquella inconveniente conjuracion fué tanto mas importante para la seguridad de la empresa, cuanto que con ella hubo de coincidir la amotinada separacion de una muchedumbre respetable de las fuerzas tlascaltecas; pero Cortés que á todo acudia, no menos ayudado de su valor que protegido por los admirables acuerdos de su prudencia, destacó grandes pelotones en demanda de los fugitivos y con la reduccion de estos y la muerte de sú caudillo, que era entre todos el mas caracterizado de la amiga república, se vió otra vez en disposicion de continuar el curso de sus interrumpidas operaciones, doblemente mejorado con algunos refuerzos de soldados españoles, armas y municiones que la audiencia de Santo Domingo con poderes reales autorizada, le habia enviado para la empresa.

Mientras tales cosas se obraban de parte de la autoridad principal de aquellas gentes, los bergantines adelantaron en su construccion lo bastante para entrar en la laguna por los canales de Tezcuco, ya anchos y profundos suficientemente con arreglo á las dimensiones de los mencionados buques. La ceremonia de botarlos al agua se verificó con toda la ostentacion y aparato de que era digna tamaña novedad, con todo el ejército sobre las armas, sonando las trompetas, clarines y tambores de los españoles á par de las bocinas y demás instrumentos bélicos de los aliados, los sacerdotes vestidos de ceremonia derramando las bendiciones del cielo sobre aquellas poderosas máquinas, los estandartes al viento tendidos, y todos los aparatos de la europea marcialidad puestos en accion para dar la mayor importancia á tan prodigioso acontecimiento.

En seguida pasó muestra Hernan Cortés á las tropas españolas, y hallando que tenia á su servicio nada menos de ciento y noventa y cuatro soldados entre arcabuces y ballestas, quinientos y ochenta armados de lanzas y espadas con rodela y ochenta y seis de á caballo, en todo nueve cientos hombres, dió á la guarnicion de cada buque veinte y cinco con un capitan, mas doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería, porque á mas no alcanzaba el número de las que habia en el ejército, que eran diez y ocho, las tres de hierro gruesas y las quince restantes falconetes de bronce.

Flotando ya en el agua los trece bergantines con banderas y gallardetes desplegados, entraron á tomar posesion las gentes destinadas á cada uno con

todas las formalidades, que si se hicieran cargo de igual número de plazas de guerra. A estilo de las mas constantes fórmulas cada buque fué bautizado con su nombre, no sin haberse inaugurado la ceremonia por esa religiosa inspiracion de una misa de Espíritu Santo: despues del cual tomando cada capitan el estandarte particular de cada buque en la mano, y alzándolo una, dos y tres veces por la corona de España, prestaron pleito homenage en forma de derecho como si se tratara de la alcaidia formal de terrestres fortalezas. Despues volvieron á sonar los acordes de los instrumentos militares, mezclados con el bronco estampido de las salvas que hicieron los cañones: y terminada la inauguracion de los buques con un abundante rancho dispuesto por partes y categorías, quedaron aquellos del todo hábiles para comenzar en su natural servicio bajo la conducta de sus respectivos capitanes, que fueron: Pedro de Barba, García de Holguin, Juan Portillo, Juan Rodriguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Miguel Diaz de Anz, Francisco Rodriguez Magariño, Cristóbal Flores, Antonio de Carabajal, Gerónimo Ruiz de la Mota, Pedro Briones, Rodrigo Morejon y Antonio Sotelo.



CAPITULO XIV.

Division de las fuerzas de Hernan Cortés para dar la primera acometida por las tres calzadas principales.—Efectos del ataque simultáneo que priva á los mejicanos del agua potable.—Embárcase Cortés por general de los trece bergantines y gana con ellos una isla fortificada en medio del lago.—Aprestos de los enemigos contra nuestra flota y combate naval á la vista de Méjico.—Hernan Cortés con la armada de su mando ayuda las operaciones de sus capitanes encargados de acometer las calzadas.—Estréchase el sitio de la ciudad con gran número de canoas amigas y se hace division de los bergantines en tres escuadras.—Ardides de los sitiados contra las disposiciones de Cortés por los efectos del hambre.—Singular celada que se hace á dos bergantines españoles, é inminente peligro en que se vieron.—Nuestra marina, por los propios medios, castiga la arrogancia de los mejicanos.—Proposiciones de paz se envian al sitiado emperador, que son rechazadas por religiosas influencias.—Nuevas disposiciones de agresion contra la ciudad.—Acometen las fuerzas españolas, y por cansancio en el ataque y precipitacion en la retirada, padecen una rota de gran consideracion en la que Hernan Cortés herido, estuvo á punto de perder la vida.—Oráculos de los mejicanos que infunden terror en las naciones aliadas, y constancia y serenidad de Cortés para aprovecharse de su descrédito.—Resuélvese el ataque definitivo de la ciudad, la cual acometida por tres puntos distintos sucumbe al empeño de nuestras armas.—Los enemigos fortificados en su último recinto al estremo oriental de la poblacion aceptan proposiciones de paz con ánimo de proporcionar la fuga á su soberano; pero Hernan Cortés apercibido acomete de nuevo por tierra y agua y en la gran batalla naval que se sostiene contra una multitud de canoas mejicanas, dá en manos de Garcia de Holguin el régio fugitivo.—Dia 13 de agosto de 1521.—Rendicion y completa posesion del grande imperio de los aztecas.—Consideraciones importantes sobre la influencia de nuestra marina militar en tan sublime acontecimiento.

Cuando los mas activos agentes de la conquista descendieron por los canales de Tezcuco á la gran laguna de Méjico, Hernan Cortés no se quiso hacer esperar de los enemigos mas tiempo que el necesario para llegar á sus puestos, haciendo grato y portentoso alarde del poder naval que acababa de adquirir, y con el cual pensaba muy razonablemente ser esclusivo señor de la ciudad que por tanto tiempo se habia resistido al aspecto amenazador de sus marciales y numerosas huestes.

Para hacer la primera acometida con todo el órden conveniente á faccion de tanta importancia, procuró dominar simultáneamente las tres principales calzadas que á su vista se ofrecian, dividiendo en otras tantas porciones todas las fuerzas de su ejército, y encomendando cada una de aquellas á cabo superior de acreditado porte. A Pedro de Alvarado dió comision de tomar la cal-

zada de Tacuba con ciento y cincuenta infantes y treinta caballos españoles, dos piezas de artillería y sobre treinta mil indios auxiliares: la de Cuyoacan fué encomendada al maestre de campo Cristóbal de Olid, con casi igual número de gente y pertrechos de guerra y la calzada de Iztapalapa se puso al cuidado de Gonzalo de Sandoval, que igualmente llevaba bajo su gobierno otros ciento y cincuenta infantes y veinte y cuatro caballos españoles, mas toda la gente de guerra que para aquella habian prestado las provincias de Chales Guajo-cingo y Cholula, que de cuarenta mil hombres no bajaba.

Por mas que el ejército mejicano en considerable número de hombres resueltos á perecer por la independencia de su patria, se hallase muy apercibido contra el movimiento de sus invasores, la fortuna coronó en aquella primera jornada los esfuerzos de nuestras armas. Sobre todo Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado, acometiendo y dispersando á muy poderosas huestes que en las tierras de Chapultepec se presentaron defensivas, lograron destruir en breve tiempo los conductos que de agua surtian á la numerosa poblacion que en Méjico moraba: de suerte que los sitiados para no carecer de tan indispensable alimento se vieron forzados desde entonces á ocupar grandes pelotones de gente y canoas, para adquirir la que bajaba en riachuelos de los montes comarcanos.

Hernan Cortés, atento como el mas prudente caudillo á todos los accidentes de aquel alarde, tomó bajo su cargo la conducta de los bergantines para presentarse con ellos al frente de Méjico y enseñorearse magestuosamente del lago. Al efecto hizo tiempo bastante para que los cabos principales de las facciones despedidas pudieran llegar al término de su empeño respectivo; y cuando el cálculo mas regular dió por resultado el espacio conveniente, hizo la señal de bogar en buen órden á todos los buques, los cuales se desplegaron en ala, azotando aquellas aguas que nunca mayores bastimentos que las frágiles canoas del pais habian sustentado en son de guerra.

Con las proas de frente á la orgullosa capital se empavesaron los trece bergantines, cruzando por delante de sus azoteas, cuya muchedumbre sirviendo de estímulo á los españoles, coronó con sus gritos y amenazas, que no dejaban de revelar la estraña admiracion de los mejicanos, el efecto que Cortés se habia propuesto alcanzar con aquella jornada. Pero cuando á las exigencias de la vanidad iban á seguirse los acuerdos de la conveniencia, torciendo las proas con rumbo á Iztapalapa, donde Gonzalo de Sandobal pudiera muy bien hallarse empeñado con desventaja contra la multitud de canoas indias que en sus calles de agua se revolvian, descubrióse por la armada española una isleta ó monte de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las ondas del lago, cuya eminencia estaba coronada por un castillo de notable capacidad bien poblado de enemigos, cuyos gritos y amenazas no pudieron menos de picar violentamente el orgullo de los españoles.

Las ideas de superioridad con que Hernan Cortés y los suyos se recrea-

ban, dominando como señores la laguna no les hubieran consentido el desaire de pasar inactivos por donde á sangriento combate se les estaba provocando: de suerte que habiendo llamado á consejo dentro del bergantin almirante á todos los capitánes de los demas que sus órdenes obedecian, todos de comun parecer acordaron que saliese á tierra cabo principal con suficiente número de arcabuces y ballestería, para castigar la insolencia con que un puñado de enemigos se atrevia á insultar la régia insignia que sobre la popa de nuestra capitana mostraba ondeantes las armas españolas.

Pusiéronse en tierra con efecto hasta ciento y cincuenta españoles, de cuyo mando se encargó Hernan Cortés personalmente; y porque la subida á la eminencia era trabajosa y no escaso el número de los defensores de la isla, ordenó la acometida por tres distintas sendas que en breve tiempo vencieron aquellos entusiasmados agresores. Estrechada la multitud de mejicanos sobre las defensas del último recinto, escasamente le era posible revolverse siquiera para hacer de sus armas el uso indispensable; por cuyo motivo no menos que por la decisiva acometida de nuestras gentes, los alardes guerreros de la ferocidad se trocaron en lamentos de vencidos á quienes perdonó las vidas Hernan Cortés, mas por el crecido número de que constaban, que por la conveniencia de una política conciliadora que á la sazon ya no cabia entre mejicanos y españoles.

Cuando ya nada quedaba por hacer en aquella isla, para satisfacer con el vencimiento de los enemigos el orgullo de los españoles, volviéronse estos á los bergantines haciendo alarde de su reciente victoria; pero los habitantes de la capital á cuyos ojos pasara la sangrienta escena, no se conformaron con ser mudos testigos del suceso; y cuando otra vez el rumbo de Iztapalapa comenzaron á seguir los bergantines, grandes porciones de canoas se vieron en el lago cubiertas de guerreros, que venian á toda boga ansiosas de tomar satisfaccion de la rota sufrida por sus hermanos. El primer peloton tripulado por lo mas florido de la ciudad no constaba menos que de quinientas canoas; pero tras de este siguieron poniéndose en franquía tantas, que á juicio de los presenciales testigos que refirieron la funcion, no era menos de cuatro mil el número total de las que acudieron en son de guerra *como anegando la laguna* (1).

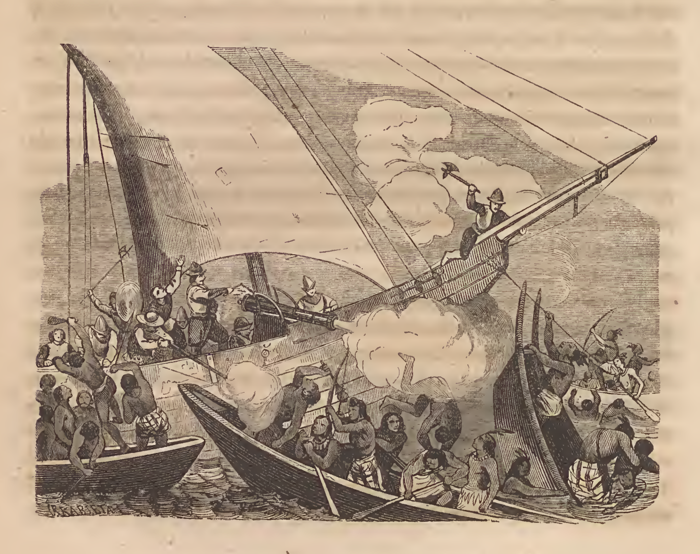
Por mas que fuese muy considerable la superioridad que sobre tan frágiles bastimentos tuviesen los bergantines españoles, no cabe duda de que tan crecido número como era el de los enemigos, requeria no menos cuidado que valor de nuestra parte, para salir airosos del suceso. Así la primera providencia de Hernan Cortés tuvo por objeto dilatar cuanto fuese posible la línea de combate, y para que de mas notable efecto sirviera el uso de la ar-

(1) *Cartas de Hernan Cortés:* archivo de Indias en Sevilla.—Bernal Diaz del Castillo: *Relacion de la conquista.*—Solís: *Historia de la conquista de Méjico* etc.

tillería, dió al frente de su armada la forma de una media luna, adelantando las alas con los mas escogidos bastimentos.

El dia estaba en calma, de suerte que todo el efecto de las evoluciones era debido al trabajo de los remeros, que con potentes brazos se apercibieron nuevamente á dar el rostro á la batalla; pero como si en pro de la conquista acudiesen los elementos, levantóse de pronto un viento fresco de la parte de tierra que impulsando rápidamente por la popa á nuestros buques, desembarazó oportunamente aquella cantidad de bogadores para que en el uso de las armas pudieran servir de mas efecto durante la pelea.

Dióse principio á la funcion con la elocuencia de los cañones secundada por los arcabuces que á conveniente distancia disparadas las infernales bocas causaron notable estrago entre la muchedumbre que tan seguro blanco presentaba; pero como para atemorizar por semejantes vias á tantos enemigos hubiera sido forzoso gastar mas municiones y tiempo que la ocasion hubiera consentido, Hernan Cortés hizo desplegar todo el trapo de sus bergantines y bogar á la vez con toda la fuerza de los remeros, de donde resultó que cerrando á distancia de abordaje con las canoas enemigas, arrollaron por delante de sí cuanto se opuso al ímpetu de su choque. Las proas de nuestros buques deshacian en pedazos cuanto tocaban, echando á pique gran cantidad de las mas bien aparejadas canoas: el viento tambien peleaba contra los enemigos, pues por darles en los ojos con el humo de la artillería, los obligaba á proejar para en algun modo defenderse: de suerte que despues de ha-



berse declarado inferiores aquellas quinientas canoas de señores principales que en la vanguardia se pusieron, costó poco trabajo deshacer á las demás llevándolas por delante fugitivas hasta encerrarlas escarmentadas á cañonazos dentro de los mismos canales de donde tan animosas habian salido algunas horas antes. Con esto y con haber disparado algunos tiros á la ciudad para hacer ostentacion marcial del triunfo conseguido, quedó corroborada con el suceso la superioridad de nuestras armas y por consiguiente el dominio de los españoles en la laguna que hasta allí tantos cuidados ofreciera al pensamiento cardinal de la conquista.

No fué menos importante que la primera por sus consecuencias, la segunda faccion que acometió Hernan Cortés con su improvisada flota, antes de acudir como lo habia pensado al socorro de los españoles encargados de la ocupacion de Iztapalapa. Despues del combate naval sostenido á la vista de Méjico, regresó en la propia tarde con sus bergantines la vuelta de Tezcuco, á la boca de cuyos canales ancló entrada la noche mas para dar á la vanidad espansion con el constante recuerdo de la victoria conseguida, que el descanso conveniente á las fatigas del cuerpo. Era el ánimo del caudillo tan pronto como el alba rayase precursora de nuevo dia, tender al viento las lonas en demanda de Sandobal, por el cuidadoso empeño en que lo consideraba; pero tan luego como la claridad del crepúsculo dió visible cuerpo á los mas cercanos objetos, viéronse desde las gatas de los buques numerosas canoas que á todo correr bogaban la vuelta de Cuyoacan, por donde Cristóbal de Olid tenia encargo de tomar puestos en el propio recinto de la ciudad de Méjico.

Ansioso de emplear con justificada oportunidad las ventajas de sus buques, donde mas evidente amenazase el peligro, levó anclas con la mayor precipitacion la armada española conducida por Hernan Cortés, al socorro de la acometida calzada: y fué de tanto efecto su presencia sobre la de Cuyoacan, que sin ella todos los esfuerzos del maestre de campo español, hubiéranse estrellado contra los simultáneos ataques que por agua y por tierra los defensores del paso iban multiplicando por momentos. Por fortuna estaba muy reciente el destrozo que los bergantines habian causado la funcion anterior en las canoas enemigas, y las que protegian la defensa de la calzada, presenciales testigos de la pasada rota, no teniendo ánimo para aguardar otra vez el terrible choque de nuestros buques, presurosas abandonaron los puestos que ocupaban. A favor de su ausencia, los soldados de Cristóbal de Olid pudieron con menos peligro cegar los fosos y acequias por donde la necesidad á pasar les obligaba, y con los bruscos ataques de sus arcabuceros en tierra y los acertados disparos que desde el lago los bergantines enviaban á los defensores, no tardó en desalojar de todas las posiciones avanzadas á los enemigos; y facilitando los obstáculos del terreno, llegar hasta las propias calles de la capital, en cuyas avenidas se logró el apetecido efecto de tomar cuarteles.

No era menos urgente el socorro de los bergantines en la parte de Iztapalapa con tanta razon considerada por Hernan Cortés desde el principio de aquellas operaciones. Gonzalo de Sandobal, siguiendo los preceptos que de su primer caudillo recibiera, acometió impávido con sus gentes la faccion, resuelto á penetrar como Olid en las mismas calles de Méjico; mas como el terreno era mas circundado de agua y los puentes levadizos era mayor número, los estorbos se multiplicaban á la par que los recursos navales de los indios crecian por momentos para ofender á mansalva desde las canoas por los costados del ejército. Para hacer mas crítica la situacion de los agresores fué su propio valor de grande efecto; porque fiados en él cegaron algunos fosos con faginas y otros útiles que á la mano llevaron, pero sin advertir algunas celadas de canoas que acechaban la ocasion, se vieron acometidos por el frente, estrechados por los lados y cortados por la retaguardia, vuelta á facilitar la circulacion del agua por los fosos obstruidos de tal manera que á no haber sido entonces cuando la oportunidad condujo el socorro poderoso de los bergantines, irremisiblemente Sandobal y todos los suyos hubieran sucumbido en lo mas avanzado de la empresa.

Tan pronto como se rehicieron las fuerzas de Iztapalapa conveniente y mas cautamente que hasta entonces habian obrado, torció la flota española su rumbo á Tacuba, cuya faccion, como se ha dicho, estaba encomendada á Pedro de Alvarado. Los primeros pasos de este capitan habian sido en estremo ventajosos; porque hallando desamparada la poblacion y apenas defendido el paso de la calzada, fuéle fácil cegar fosos, prevenir trincheras, tomar aventajados puestos y hasta penetrar en algunas calles importantes de Méjico, donde tuvo sin embargo que lamentar, por resultado de la agresion, nada menos que la muerte de ocho soldados españoles. La presencia de los buques en el empeño de Tacuba alcanzó todo el efecto que pudiera desearse: las canoas que embarazaban los costados de nuestras gentes fueron rotas y dispersas sin pérdida de tiempo; y los reparos y trincheras en que se mejoraban los indios defensores, destruidos y tomados á viva fuerza.

No eran sin embargo semejantes ventajas las que á Hernan Cortés convenian en el estado que tenian los negocios del sitio: porque hallándose todavía fuertes en número y no desprovistos del necesario sustento los habitantes de la capital, aquel acometer de cada dia para abandonar inmediatamente todo el terreno conquistado, no podia menos de fatigar nuestra gente con igual ó mayor pérdida á veces que la esperimentada en las ocasiones por los contrarios. Para mejorarse en fuerzas y posicion discurrió la necesidad de cerrar el paso á todo género de provisiones, primera atencion que allí debiera haberse obrado, porque aun cuando en los almacenes públicos y en los depósitos particulares de la ciudad hubiese grandes repuestos, es evidente que la muchedumbre de los defensores, no menos de doscientos mil hombres, y el no escaso número de los otros habitantes de Méjico, habrian de

consumir en pocos dias cuanto á la diaria necesidad se alcanzase.

Ni el sistema de circunvalacion adoptado hasta allí desde que los bergantines flotaban en la laguna podia ser de efecto para evitar el diario refresco de provisiones que los mejicanos hacian á favor de sus canoas, pues aquellos habian marchado siempre unidos de una á otra calzada de las acometidas por los españoles, y nada era mas fácil que la introduccion de numerosos convoyes por un punto, en tanto que nuestra flota se entretenia en operaciones inconvenientes por el estremo opuesto; tanto mas cuanto que las fuerzas terrestres no podian servir de ningun efecto contra este género de escursiones puramente navales.

En tal estado considerado el negocio con todo el cuidado que la ocasion requeria mandó Hernan Cortés que cesase todo género de asaltos y rebatos; mejoró el sistema de bloqueo destacando fuertes divisiones á algunas importantes avenidas que se hallaban descubiértas, y por último dió en el discurso de contrarestar el oficio de las canoas mejicanas reuniendo de las ciudades amigas cuantas pudo sobre la laguna y distribuyéndolas en conveniente cantidad á las órdenes de indios inteligentes, entre los tres puntos principales que comunicaban con las calzadas que nuestras gentes tenian en su guarda. Con semejante arbitrio, no despreciable por la abundancia que se reunió de dichos bastimentos, no hay duda que ya los mejicanos tenian que arrostrar graves compromisos para continuar en su sistema forzado de aprovisionarse por la laguna; pero Hernan Cortés todavía cegó con mayores inconvenientes la necesidad de los sitiados repartiendo así mismo sus trece buques en tres pelotones de suerte que cada uno de estos tuviese mano de la guarda y constante proteccion de las flotas aliadas.

Tocaron en el reparto cuatro buques á Pedro de Alvarado: á Gonzalo de Sandoval cupo igual número, y los cinco restantes se fueron á incorporar con las fuerzas del maestre de campo Cristóbal de Olid, bajo la conducta del caudillo principal de aquellas operaciones. Con esto los ataques que se acometieron en los dias sucesivos fueron siempre seguros por la proteccion de los costados: y como al propio tiempo el constante vigilar por las avenidas obstruia los socorros cayendo muchos convoyes en poder de nuestros buques, dentro de muy poco tiempo ya se dejaron sentir los efectos del nuevo régimen, por lo que los sitiados hubieron de hacer discurso de la necesidad inventando los mas particulares ardides de que se pudo hacer uso en navales ocasiones.

En especial fijaron los mejicanos toda su atencion en el modo que tendrian mas fácil de ejecutar para destruir nuestros bergantines, comenzando por fabricar treinta grandes piraguas reforzadas en su obra muerta con grandes tablones que al propio tiempo servian á la fortaleza del buque y de parapeto á las tripulaciones. En ayuda de sus proyectos habian de servir ciertos carrizales ó bosques de cañas palustres que en los bajos de la laguna se criaban, tan densas y compactas que por algunas partes llegaban á ser impenetrables á los ojos no menos que á la incursion de nuestros bastimentos.

Con semejantes auxilios tenian propósito los mejicanos de preparar una celada á algunos de nuestros bergantines, y al efecto emboscaron sus piraguas con notable cuidado en una de aquellas malezas que al paso se ofrecia por donde los socorros de la ciudad solian intentarse. En seguida y como si fuera efecto inocente de la necesidad lo que era prevenida ficcion de la malicia, cruzaron á corta distancia de los bergantines que á Gonzalo de Sandobal asistian, cuatro ó seis canoas cargadas de bastimentos. Al divisarlas los cabos españoles destacaron en su persecucion dos de aquellos; y entonces los enemigos fingiendo la retirada con rumbo á la citada maleza, empeñaron en su persecucion á nuestros bergantines lo bastante para que el ímpetu de sus remos los echase sobre un erizo de gruesas estacas que á prevencion habian clavado los indios en el fondo de la laguna.

El embarazo que los buques españoles esperimentaron en aquella ocasion fué tal que en poco estuvo que no se perdieran: sobre todo se vieron imposibilitados de todo movimiento, y entonces las piraguas ocultas en el inmediato carrizal salieron de golpe y con tal decision acometieron á nuestros bastimentos, que por algun tiempo llegó á faltar en el corazon de los españoles la confianza de que sus obras debian garantizarles.

Para salir de tan desesperada situacion nuestros soldados redoblaron sus golpes con acertado fruto mientras que algunos nadadores, aventurándose á morir por salvar ambos buques, descendieron al agua resueltos á remover los estorbos que su movimiento impedian; lo cual hubieron de conseguir des-



pues de largos esfuerzos y no pocos descalabros. Es verdad que así que se vieron en flete los dos bergantines, jugaron su artillería y arcabuces con notable castigo de las enemigas piraguas, muchas de las cuales tuvieron su fin en aquella ocasion no muy lejano de su arrogante principio; pero no es menos cierto que el combate fué de muy sensible resultado para los españoles, no solamente por el descrédito que lleva consigo la imprevision del sorprendido, sino por las desgracias ocurridas en aquel desdichado y singular encuentro. En particular se lamentó la muerte del capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se valiera la salvacion de los buques, y la que mas adelante tambien sufrió por sus heridas el otro capitan Pedro de Barba.

Para satisfacer el agravio allí recibido con peligroso descrédito de nuestros buques, los mismos enemigos facilitaron indiscreta ocasion por suponer que el propio ardid despues de advertido podria conducir á los españoles á otro percance como el que de pasar acababan. Súpolo así Hernan Cortés y en venganza de las pérdidas sufridas, ya que no fuese en vindicacion de nuestra preponderancia en el lago, armó contra-celada fingiendo volver al lazo en que los dos primeros bergantines habian caido. Los enemigos aguardaban con sus piraguas bien fortificadas y guarnecidas, teniéndolas ocultas entre el mismo bosque que á la sorpresa anterior habia servido, cuando un bergantin acercándose á las malezas del cañaveral fingió huir por haberlas descubierto. Cuando los mejicanos vieron declarada la fuga de aquel bastimento, salieron arrogantes á toda fuerza de remo, persuadidos de alcanzarlo y destruirlo con la muchedumbre de sus piraguas y canoas que al efecto se amontonaron; pero el bergantin corrió hácia otro bosque no muy lejos de la celada de los enemigos y estos cebados en la caza fueron á dar sin consideracion en manos de otros seis bergantines que, lanzándose precipitadamente fuera de su escondite, jugaron su artillería y las demas armas, con tal destreza y estremado vigor, que en pocos momentos quedó deshecha la armada contraria y muertos en gran número los belicosos indios que la guarnecian.

La nueva de aquella rota puso en gran consternacion á los habitantes de Méjico; porque siendo muy grande su número y escasas las provisiones acopiadas para su manutencion, la destruccion de sus buques y la preponderancia de los nuestros en el lago interceptando todo género de socorros, no podian menos de aparecer como las causas mas activas de su próxima reduccion y miseria. Desertábanse algunos de los menos sufridores ó quizá de los mas advertidos, que la ganancia sucesiva de nuestras gentes no podia ocultarse á la razon menos previsora; y por este medio llegaron á noticia de Cortés los conflictos que dentro de la ciudad se estaban ya comenzando á padecer hasta por los primeros mandarines.

Para dar descanso á los horrores de las armas sin abandonar la terminacion de su indeclinable proyecto, el caudillo de los españoles envió solemne embajada al emperador Guatimozin, inclinando sus ánimos á un acomodo

razonable. Proponíale en ella la conservacion de su autoridad imperial con todos sus honores y preeminencias, y la conservacion del imperio en la propia forma que hasta allí se habia regido, sin mas novedad que la de reconocer por superior soberano al rey de Castilla y rendir tributo de vasallage del mismo modo que en la primera entrada de Cortés en vida de Motezuma se habia acordado.

Si hemos de dar crédito á los rumores que entre los conquistadores circularon entonces, no cabe duda de que la embajada fué recibida con muy singulares muestras de próspero resultado. Ni otra cosa debiera suceder con arreglo á los argumentos de la buena razon, si se tiene en cuenta el estremo á que los hechos habian llegado; que al cabo la constancia de los españoles en el asedio era invulnerable, el empuje de sus armas irresistible, grande el número de los indios confederados, y absoluto el poder de estrechar el sitio lo necesario y algo mas para esterminar de hambre á los defensores. Dícese que Guatimozin celebrando consejo entre los mas altos dignatarios de su córte, se vió inclinado á los pacíficos tratos que se le proponian, animado por la unánime opinion de sus magnates y consejeros; pero contra la pública conveniencia se levantó de repente una idea superior, que por hallarse fuera del dominio de los hechos materiales, habia de ser bastante fuerte para destruir en un solo momento las mas pacíficas disposiciones.

El fantasma de la religion, que siempre se muestra á los ojos fanáticos de la ignorancia con cierto carácter de esclusivismo ciego que á la razon obstruye sus discursos, vino en apoyo de la desesperada defensa que los mejicanos estaban haciendo para destruir por su base todo género de acomodo. No se ocultaba á los impuros sacerdotes de los sangrientos ídolos de Méjico, la influencia que otra religion mas suave habia de ejercer sobre los ánimos abatidos de sus compatriotas cuando sucumbieran; ni podian echar en olvido los multiplicados ejemplos de la conversion que se habia obrado entre una multitud de los mas poderosos señores de las naciones con Hernan Cortés confederadas. En tal concepto, y porque siempre ciertas creencias se benefician en pró de los doctores encargados de sustentarlas, aquellos impíos al entender la proximidad de la rendicion, se echaron á recorrer la ciudad invocando la ira de sus dioses contra las opiniones sustentadas en el consejo; y el fanático monarca, lo mismo que sus consejeros, escuchando la voz de un falso celo contra la conveniencia patente de la propia conservacion, no solamente despidió la embajada con protestas de continuar la resistencia, sino que prohibió con severas penas el que en adelante persona alguna se atreviera á discurrir en ningun género de acomodo.

El desagrado que por semejante respuesta recibió Hernan Cortés, no puede espresarse mejor que con los acuerdos que inmediatamente se siguieron. Antes de que el ánimo diera lugar á la reflexion, comunicó sus órdenes para una acometida general, marchando los pelotones por las tres calzadas que

respectivamente estaban ocupando. Para facilitar el avance contra los fosos y parapetos que en aquellas entradas tenian dispuestos los mejicanos, se prolongaron en buena ordenanza paralelos á las calzadas los bergantines españoles ayudados de gran cantidad de canoas amigas: y llegada la hora del avance todos comenzaron la marcha dirigiéndola en persona Hernan Cortés por el camino de Cuyoacan, con las tropas que el maestre de campo Cristóbal de Olid tenia á sus órdenes.

Durante las primeras horas del ataque no pudo ser mas satisfactorio el resultado del que dieron nuestras gentes; pero al cabo las que á Hernan Cortés seguian dieron en un gran foso de estraordinarias dimensiones y tan fortificado de la banda opuesta, que contra sus reparos hubo necesidad de amontoñar por el frente de la calzada algunas piezas de artillería, al propio tiempo que los bergantines los barrian de costado. Con semejantes recursos la defensa no podia prolongarse, y los mejicanos que el paso defendian en breves momentos lo abandonaron, dando lugar á que los buques hicieran el oficio de puentes flotantes, trasladando el ejército de una á otra orilla.

Conseguida esta operacion, dícese por unos y se niega por otros, que Hernan Cortés dió encargo á cierto cabo subalterno para que mientras el avance se seguia, amontonase sobre aquel obstáculo todos los útiles necesarios para cegarlo á fin de facilitar el regreso de las tropas sin correr los percances de una precipitacion inesperada; pero que el encargado de la operacion, mas atento á la gloria de la acometida que á la posibilidad del retroceso, se mezcló inconsiderado en la funcion de armas que avanzando se seguia, persuadido de que la vuelta podria hacerse con toda comodidad y descanso. Para desdicha de los españoles, no tardó en declararse la necesidad de recogerse á sus cuarteles primitivos, dando por bien castigados á los fugitivos mejicanos; pero estos al ver que nuestras gentes retrocedian, acudieron concitados por la *bocina sagrada* del dios de la guerra en su seguimiento, con empeño encarnizado tanto, que en cortos momentos la táctica de una retirada metódica y sostenida, hubo de convertirse en el mas sangriento combate de arma blanca.

Atento Hernan Cortés á la mayor seguridad de sus fuerzas, y quizá persuadido de la facilidad que debia tenerse en el paso del foso, ordenó que las naciones amigas se doblaran á la retaguardia ganando sin pérdida de tiempo la orilla opuesta, mientras con los españoles contenia el ataque de la muchedumbre mejicana que por instantes se iba multiplicando; pero sea que la órden se interpretara como medida de disimulada fuga, ó que la novedad de hallar el tránsito dificultoso embargara los ánimos con el pavor de la cobardía, fué lo cierto que el desórden y la precipitacion desconcertaron los batallones de nuestros aliados: que los españoles mal protegidos por estos y oprimidos por el número de los contrarios, tampoco guardaron toda la ordenanza conveniente; y que al cabo la funcion declarándose contraria á los sitiado-

res, dió en tierra con Hernan Cortés muerto su caballo y herida su persona: puso término á la vida de mas de mil hombres de las naciones amigas: nos privó de hasta cuarenta soldados que perecieron en la refriega, y lo que fué mas horrible aun: puso en manos de los enemigos sobre sesenta hombres mas de los españoles, con algunos cabos de nota, los cuales en la propia noche fueron sacrificados inhumanamente en holocausto á los impuros ídolos, en medio de la mas fiera alegría de los sangrientos mejicanos.



Por grande que fuera el sentimiento que produjo en Cortés aquella derrota intempestiva, fué mayor la grandeza de alma que tuvo no solamente para disimularla con semblante risueño y ostentacion de triunfo, pero tambien para hacer frente á las difíciles y muy peligrosas circunstancias que por ella se siguieron. Estaba sin duda llamado Hernan Cortés á esprimir en aquella funcion todo el jugo de sus marciales circunstancias, dominando con faz serena y atrevidos acuerdos todos los sucesos por grandes y peligrosos que contra la mayor firmeza se presentaran.

Entre los mas notables por la dificultad que contra las preocupaciones vulgares hay de encontrar remedio, fué sin duda ninguna el recurso á que Guatimozin acudió para mejorar los términos hábiles de su defensa, aprovechando su reciente victoria. En primer lugar: con el objeto de sustraer de la amistad de nuestras gentes á ciertas poblaciones numerosas que en la duda fluc-

tuaban, hizo distribuir por toda la comarca con particular atencion todas las cabezas de los españoles sacrificados bárbaramente en los altares de sus ídolos. El presente, con efecto, no podia ser de mas importancia para certificar entre los dudosos la victoria conseguida por los mejicanos; pero aun esto no hubiera sido bastante para inclinar los ánimos indiferentes en pró de una causa muy dudosa, porque para ciertos caciques, la enfermedad de que el imperio estaba acometido solamente podia hallar término favorable con la completa estincion de todos los españoles.

El nombre de Hernan Cortés, en particular, era por sí solo bastante inconveniente contra la independencia que estaba espirando; pero como Guatimozin así lo comprendiese, tuvó gran cuidado de hacer válida la voz de que aquel caudillo habia sido incluso en el número de las víctimas: y como todavía esto no podia ser bastante contra la constancia de los confederados, puesto que de la realidad les cercioraba su propia vista, con todas las ceremonias de sus abominables ritos hicieron creer los sacerdotes á la muchedumbre que sus dioses les habian revelado para dentro el término improrogable de ocho dias, la total estincion no solamente de los españoles sino tambien la de todos los indios que de su amistad no se apartaran.

Gran prestigio debia alcanzar la voz del sacerdocio entre aquellas gentes cuando el pavor que se difundió entre nuestros confederados nos privó casi en la totalidad de las fuerzas que nos asistian. Hasta los mismos tlascaltecas, irreconciliables enemigos de Méjico, se dieron á la desercion con la propia fé en la terrible profecia como si hubiera salido de sus mas autorizadas deidades: de suerte que Cortés se vió en poco tiempo desamparado y reducido á la única fuerza de los españoles, y su peligro hubiera sido inminente si la mayor serenidad no hubiera acudido á dictar sus órdenes para rehacer su desolado campo.

Como mas fundado espediente suplicó á los que huian que á conveniente distancia de su autoridad se resignaran á esperar el plazo marcado para la total ruina que por órden de los dioses debia obrarse: y como en apoyo de su demanda acudieron algunos nobles y principales caudillos de los propios indios que por conviccion ó por decoro no se atrevieran á desertar de la conquista, no fué difícil que el cumplimiento del oráculo se aguardase por los mas en la propia forma y tiempo que se les habia suplicado. Como no podia menos de suceder llegó con el noveno dia el descrédito de las predicciones, y entonces, volviendo á sus cuarteles del sitio todos los confederados y muchos mas que comenzaron á dudar del influjo divino que tenian sus ídolos, se vió Hernan Cortés en conveniente situacion para estrechar mas y mas las avenidas de la ciudad y hasta para tomar puestos que ya no debian abandonarse dentro de la propia plaza.

Como mas importante centro de ulteriores ataques contra el cuerpo fuerte de la ciudad se decidió el general español á ocupar el gran mercado de Tlate-

luco, plaza de grandes dimensiones y con un adoratorio cercano que podia servir con provecho á la fortificacion y seguridad de los nuevos cuarteles. La operacion no dejaba de ofrecer inconvenientes, tanto mayores cuanto que sobre los fosos y cortaduras naturales de las calles del tránsito, los mejicanos habian conseguido á fuerza de trabajos inmensos, levantar una muralla á cada paso, y las ventanas y azoteas de los edificios, mas que casas particulares, semejaban erizadas fortalezas.

Con todo: hechas las prevenciones necesarias en órden al ataque, y no menos á la conduccion de víveres con que entretenerse dentro de la ciudad que de todo carecia, rompieron la marcha las fuerzas agresoras en la propia forma de tres columnas que hasta entonces habian acostumbrado; y á fin de que por la retaguardia no pudieran quedar obstáculos que en un percance imposibilitaran ó siquiera hiciesen difícil la rehabilitacion de las fuerzas, los bergantines con la correspondiente dotacion de amigas canoas, se encargaron de contener todos los movimientos agresivos de las contrarias, y las compañías de batidores que delante de los ejércitos iban, tuvieron especial encargo de ocupar ó destruir los mas levantados edificios.

Marchando simultáneamente á un centro comun los tres cuerpos de ejército por distintas vias, fué el primero que tuvo la gloria de apoderarse del gran mercado de Tlateluco aquel que obedecia inmediatamente á Pedro de Alvarado; el cual entró por la plaza atropellando y destruyendo á cañonazos y cuchilladas cuanto á su paso se oponia. Poco tiempo despues desembocó Hernan Cortés con las fuerzas del maestre de campo; y finalmente concurrió Gonzalo de Sandoval que por atender á la destruccion de los enemigos que de las fuerzas anteriores huian hubo de alcanzar en su tránsito mayores dificultades.

El terror que infundió en los sitiados la inmediata vecindad de los españoles crecia en estremo de punto á par de los deseos que tenian de salvar á su soberano; por esto para conseguirlo con bastantes apariencias de facilidad habian elegido como último baluarte de su defensa cierto ángulo de la ciudad que en su mayor parte estaba bañado por la laguna, y en una ensenada que formaban las alteraciones del terreno habian amontonado tantas canoas como en ella cupieron.

Pensaban defenderse con estremado valor en tanto que los fingidos tratos de la paz no permitiesen la fuga de Guatimozin y al efecto coronaron las avenidas de su morada con una multitud de guerreros, y no rechazaron las proposiciones pacíficas que todavía quiso enviarles Hernan Cortés, por mas que llevaran el desesperado propósito de defenderse hasta que el rey se salvase ó todos hubieran perecido. De nuestra parte, por el contrario, nada podia ser mas inconveniente que la fuga del emperador, cuya prision anhelaba sobre todo el gefe de la conquista; y con objeto de asegurarle por el lago no menos que por tierra, hizo que todos los bergantines se reuniesen á operar bajo una

esclusiva direccion, la cual habia de tener por objeto predilecto la vigilancia de aquella ensenada donde las canoas contrarias estaban recogidas. Fué el gobierno de las cosas navales encomendado á Sandoval por Hernan Cortés que de su prudencia y valor hacia muy particular deferencia; y cuando este objeto privilegiado quedó atendido volvieron las embajadas á cruzarse con arreglo de una paz en que los mejicanos no habian pensado como resultado indispensable de la falsa posicion á que estaban reducidos, sino como honroso pretesto para aprovechar una ocasion de burlar la vigilancia de nuestras gentes.

Con esto amaneció el dia 13 de agosto de 1521; dia memorable y grande en los fastos de aquella empresa; y cuando los emisarios del gran conquistador se disponian para tratar en el acomodo que al parecer se tenia para la rendicion de los sitiados, precipitados avisos de los buques sembraron la alarma en los cuarteles y á Cortés ya no quedó mas tiempo que el de prevenir las armas en descargo del engaño con que por algunos dias se le habia entretenido.

En efecto: razonada al parecer la ocasion de la fuga, los mejicanos habian elejido los primeros albores de aquel dia para poner en salvo la persona de su emperador, á costa del poder de todos sus recursos navales. Para conseguirlo habíase embarcado Guatimozin con toda su familia y servidumbre en siete piraguas de las mejor dispuestas que pudieron hallarse en toda la comarca, las cuales deslizándose de entre la multitud de las canoas en tanto que estas peleaban desesperadas con los bergantines, habian de conducir á terreno seguro su privilegiado cargamento.

Dada la señal salieron de la ensenada las canoas en respetable número y con tal atrevimiento, que llegaron hasta abordar los bergantines sin cuidarse de las muchas que la artillería echaba al fondo. Gonzalo de Sandoval, dándose las mejores trazas en la pelea como si siempre en cosas de mar hubiese entendido de oficio, ordenaba las maniobras y disponia las cargas con tanto tino, que solo en fuerza de ser tantas no dió inmediatamente cuenta segura de todas las canoas. Tenia la seguridad del objeto privilegiado ó mas bien esclusivo de aquella batalla, y sin descanso entre el fragor de las armas buscaba con especial cuidado el buque imperial cuya rendicion se deseaba; pero sus esfuerzos hubieran sido infructuosos á no ayudarle la esquisita sagacidad de que estaba dotado. A favor de esta, divisó á larga distancia algunos bastimentos que de la accion general, parecia como que sin pretensiones trataban de zafarse, y desde luego tuvo gran cuenta con ellas sin perderlas de vista para espiar todos sus movimientos. Puestos en franquía los mencionados buques que eran hasta siete piraguas de las mejores que los indios poseian, forzaron de remo con tal precipitacion que se vió manifiesta su fuga, por cuya razon el apercibido capitan de los bergantines ordenó que el de Garcia de Holguin corriese á dar caza, suponiendo con sobrada razon que en los fugitivos buques debia ir la imperial comitiva, por cuya razon previno al su-

balterno que al hacer uso de las armas procurara que fuesen mayores los efectos del temor que la realidad del estrago.

Alentóse la boga con tanto esfuerzo en el bergantin cazador que en breve tiempo logró ponerse por las proas de las piraguas, y entonces orzando sobre la banda con ánimo de arribar á la mas lucida, detuvo los ímpetus de su agresion por las señales de respeto y obediencia que inmediatamente en aquellas se levantaron, á fin de que el régio convoy no recibiese de los españoles el mas ligero daño.

Trasbordado al bergantin el emperador con todos los suyos, volvióse Holguin al cuerpo fuerte de la armada que todavía se conservaba peleando con las canoas enemigas, cuyas tripulaciones, haciendo alarde de otra mas civilizada lealtad que la que su estado de cultura permitia, persistian ensañadas dando la vida con gusto en la lucha por asegurar la libertad de su monarca. Conocido el empeño, hizo Sandoval que la prision del emperador cundiese rápida por toda la línea de combate, y el efecto de la noticia fué tan eficaz que pocos momentos bastaran para que las armas de la tenacidad quedaran embotadas en las manifestaciones no escondidas del sentimiento.

Con esto el lago no volvió á sentir sobre sus aguas mas estragos que los muy considerables de aquel dia; la armada tomó puerto en la propia ensenada de donde las canoas enemigas habian salido en son de guerra, y Hernan Cortés con la régia prenda en rehenes de su seguridad tuvo ocasion de apoderarse por completo y sin mas resistencia de aquella parte de la ciudad, que habia servido de baluarte al famoso imperio de los aztecas.

La conquista de Méjico en cuyos detalles nos habremos detenido por ventura algo mas de lo que á las condiciones cumple de esta historia, no solamente ejerció una influencia decisiva en los destinos del Nuevo-Mundo, sino que en ella brilló sobre todas las naciones el génio naval de la española. La arrogancia de aquel puñado de aventureros que da barreno á sus buques para hacer virtud de la necesidad y acometer osados una empresa muy superior á toda admiracion, se queda largamente rezagada cuando se compara con el atrevido proyecto de fabricar una nueva armada de trece buques y hacerla navegar por tierra en una porcion considerable de leguas á través de numerosos ejércitos contrarios.

Inventados por hombres de guerra en astilleros bien remotos de su elemento natural; botados al agua en caprichosos y forzados diques, y dados al uso de la navegacion sobre ondas de agua dulce donde jamás buque de quilla se habia mecido, ni verga ni entena habia desplegado al viento sus velas, fueron de tanto efecto como si los mejores cálculos geométricos se hubieran empleado en su construccion y como si sus tripulaciones jamás se hubiesen dedicado á otro oficio.

La série contínua de los servicios que prestaron en las ocasiones que se ofrecieron durante el sitio de la ciudad, referida queda lo bastante para ser

admirada por las mas remotas generaciones. Sin aquellos buques mucho hubiera tenido que discurrir el inmenso génio que dirigió los sucesos de la empresa, porque ni el paso de las calzadas ni la estrechez del sitio hubiera podido conseguirse sin aquellos elementos, que de una parte barrian los obstáculos opuestos á la marcha de nuestras tropas, y de otra estorbaban por el lago todo socorro de provisiones. La fuga de Guatimozin, sin la oportuna concurrencia de aquellas máquinas navales, indudablemente se hubiera verificado en las piraguas que al efecto habian prevenido los indios; y como el objeto de la pública veneracion quedaba en plena libertad de continuar la guerra en campo abierto, tal vez recibiendo constantes refuerzos, y además todos los defensores de la ciudad hubieran podido salvarse por el propio arbitrio de las canoas, quizá no seria estraño el caso de que los conquistadores se vieran nuevamente bloqueados dentro de sus propios cuarteles en el centro mismo de su gloria; y que al cabo cualquiera alteracion en el veleidoso carácter de los confederados, conjurase sobre aquel puñado de estrangeros todas las fuerzas del territorio que mas ó menos directamente se comunicaban con el imperio. En suma: á los trece famosos bergantines que constituyeron la armada del lago se debió muy considerable parte de la gloria alcanzada por Hernan Cortés, y por lo tanto la *Historia de la Marina Española* no puede menos de hacer ostentacion entre sus mas brillantes páginas, de las que pertenecen á la gran conquista de Méjico.



CAPITULO XV.

Influencia que tuvo en las espediciones sucesivas el descubrimiento del Grande Oceéano.—El rey Católico piensa con formalidad en el hallazgo de un estrecho que dé paso á sus flotas para el nuevo mar de Occidente.—Capitulaciones con el piloto Juan Diaz de Solís y armada que con este da la vela.—Esplora la espedicion el hemisferio austral por las costas del Nuevo-Mundo hasta los 35° 2' de latitud.—Formal toma de posesion que se hace de aquellas tierras por la corona de Castilla.—Animado Solís á vista de una espaciosa obra que se divisa en el continente entra por el rio de la Plata: surge en frente de la isla de Martin Garcia y saltando en la ribera al Sur del rio, le engañan los naturales dando en una celada donde pierde la vida con varios de sus compañeros.—Eleccion de nuevo gefe de la espedicion y acuerdo de volver á España.—Al desembocar el rio se pierde una carabela con toda su gente; las otras dos se dirigen al Oriente y sin mas contratiempo arriban á nuestras costas en los primeros dias de setiembre de 1516.—Dáse cuenta del suceso á la córte.—Estado especial de la monarquía que impidió por entonces la continuacion de la empresa.

A par que la osadía de nuestros aventureros y la ciencia investigadora de nuestros navegantes fueron patentizando la realidad de nuevas tierras y dilatadas regiones en el hemisferio occidental del globo terráqueo, no solamente el espíritu conquistador de la época inficionó los ánimos del deseo de arrojarse á empresas de notables peligros por veredas desusadas que nunca la civilizacion del viejo mundo habia conocido; sino que haciendo virtud de la curiosidad, é imprescindible el objeto de la competencia con una nacion vecina que acababa de manifestar el camino marítimo de la Especería, decidió á los españoles á inventar nuevos y deslumbrantes proyectos que por difíciles tenian de incentivo lo que de seguridad les faltaba.

No hay para que detenernos á fijar la consideracion sobre la importancia que cada dia iba tomando superiores dimensiones en el antiguo continente, respecto de las cosas del Nuevo-Mundo. El establecimiento de nuestras gentes en el Darien: sus investigaciones y maravillosos resultados por la tierra adentro; la gran conquista de Méjico y las noticias que del riquísimo impe-

rio del Perú se habian ya logrado sobre las costas S.-O. del Istmo, con sucesos que de suyo hablan muy alto para que de nuestra débil voz abandone la oficiosidad de desvirtuarlos, que es lo único que conseguiria si ensalzarlos pretendiese.

Entre todos, el descubrimiento de la mar del Sur no podia menos de cambiar por sí solo las mas altas condiciones de aquellas empresas; porque si hasta entonces todo el afan de la corona de Castilla se habia plegado con mayor esmero al interesado propósito de ensanchar sobre un vasto territorio los límites de su dominio, la hazaña de Vasco Nuñez, que afortunada vino á justificar los mas altos presentimientos del grande almirante D. Cristóbal, hizo prescindir al cabo de las tendencias esclusivas para dar á la ciencia especulativa de interés general, el correspondiente lugar entre los proyectos privilegiados.

Todos los acuerdos anteriores de la magestad, algunos invasores de agenas prerogativas, quedaron desautorizados tan pronto como del otro continente se tuvo la importante nueva de haberse descubierto el grande Occéano. El rey Católico que en un arranque de su ambicion habia tratado con Juan Diaz de Solís, para llevar sus flotas á la provincia de Maloca por el cabo de Buena Esperanza torciendo al Oriente, retrocedió en su proyecto como si de generoso hiciera alarde tan pronto como tuvo noticia del gran suceso de Nuñez de Balboa; porque hallándose dueño del nuevo mar no le seria difícil armar en él improvisados bajeles, y luego tampoco habia para que dudar de la existencia de algun estrecho que diera cómodo paso á las armadas españolas.

Prevalecia sobre todas esta última opinion con tanto mayor fundamento, cuanto que estaba apoyada en los primitivos y mas juiciosos cálculos del primer Almirante: como que él mismo en su postrer viaje se habia internado por el golfo de Darien suponiéndole el deseado estrecho, no muy desorientado respecto al cálculo de estar por aquella parte mas vecino el otro Occéano que buscaba. Pero como la esperiencia mas reciente habia puesto en evidencia la realidad del Istmo sin angostura ni canal que por allí facilitase los deseos de nuestros investigadores, y por otra parte todo lo descubierto hácia el Polo del Norte desde la línea equinoccial, se revelaba constante sin dar alimento á los deseos de la empresa apetecida, no menos el monarca español que los mas hábiles pilotos cuyas inspiraciones náuticas recibia, se inclinaron con singular acierto sobre la parte austral como si adivinasen por sobrenatural inspiracion el brillante éxito que el tiempo reservaba por aquellas partes á sus mas constantes deseos.

Para llevar á cabo el proyecto capitulóse el dia 24 de noviembre de 1514, entre el rey D. Fernando por una parte y el piloto Juan Diaz de Solís por la otra, una espedicion compuesta de tres carabelas, la cual partiendo de nuestras costas deberia ir á descubrir por las espaldas de Castilla del Oro y de

allí adelante, no desechando las ventajas de los rescates para mayor estímulo de las partes interesadas, las cuales se habian de distribuir las ganancias en tres porciones, una para el rey, otra para el mencionado Solís, cabeza de la espedicion, y la tercera para los equipages y aventureros de la armada. Nombróse un factor y un escribano-contador por la corona, y en la real instruccion dada al caudillo de la espedicion se le decia que si Castilla del Oro fuese isla y se hallase abertura ó estrecho para ir al otro mar, tuviese especial cuidado de levantar cartas ó diseños de cuanto reconociese, enviando inmediatamente sus observaciones á la isla de Cuba.

Pronto se hubiera dado al mar la nueva flota si un percance imprevisto no hubiese privado á Solís de uno de sus buques que por vararlo para recorrer su obra viva se abrió y quedó inútil enteramente. Por desdicha era el mayor de los tres aprestados, de suerte que, á favor de un empréstito, se vió en la imprescindible necesidad de adquirir otra carabela de las mismas proporciones que la inutilizada que era de sesenta toneles, y de treinta cada una de las otras: y porque el rey daba toda la prisa que podia á la salida de la espedicion Solís multiplicó sus esfuerzos y en breve tiempo quedaron satisfechos los deseos del monarca.

El dia 8 de octubre de 1515, á los once meses de firmadas las capitulaciones primitivas salieron bien provistas y mejor aparejadas las tres carabelas que á Solís obedecian, desde el puerto de Lepe con rumbo á Santa Cruz de Tenerife. A no dudar, mucho debió discurrirse respecto á la mas conveniente direccion de la empresa, desde que se inventó hasta el momento crítico en que dió la vela, puesto que siendo su principal objeto, segun el contenido de las capitulaciones, ir á descubrir por las espaldas de Castilla del Oro y de allí adelante, así que Solís se vió en franquicia mas allá de las islas Canarias, dirigió su derrota hácia las costas del Brasil, las cuales reconoció prolijamente desde el *Cabo de San Roque* y de *San Agustin*, hasta el *Rio Janeiro;* situando todos los puntos principales en sus respectivas latitudes. Ni en los autores primitivos que de las cosas de las Indias trataron con singular prolijidad ni en los documentos que están ayudando á sostener la novedad y exactitud de nuestros trabajos, hemos hallado rastro de otros pactos que no fuesen los ya mencionados, para la realizacion de la presente empresa: mas como ella se apartó tanto del verdadero rumbo trazado á sus investigaciones, casi es indudable que la variacion se hizo con acuerdo de la magestad, suponiendo, como anteriormente hemos dicho, la existencia de la comunicacion que se apetecia con el grande Occéano, mas hácia el Sur que todas las partes hasta entonces descubiertas por las armadas españolas.

Como quiera que sea, aparece lo mas cierto que Solís no solamente cortó la línea equinoccial introduciéndose muchos grados dentro del hemisferio austral para llegar al Rio Janeiro, sino que todavía desde allí continuó poniendo las proas al S.-O. sin acordarse para nada de las apartadas regiones don-

de quedaban asentadas las tierras del Darien, que eran á las que se llamaba Castilla del Oro.

Con el indicado rumbo aportó en la isla que hoy se llama de *Santa Catalina*, y entonces no sabemos porqué coincidencia la denominó *isla de la Plata*, situándola nuestras cartas 27.° 37' de latitud Sur, y longitud 42.° 22' al Oeste de Cádiz: al fondeadero en que surgió puso nombre de *bahía de los Perdidos*, desde la cual levando anclas salió al mar otra vez la espedicion siempre corriendo en opuesta derrota del Ecuador hasta las *islas de los Lobos*, situadas á los 35.° 2' de latitud S. 48.° 27' 45'' de longitud al Occidente.

La distancia cruzada por la espedicion en aquel hemisferio y la absoluta independencia de que gozaban los naturales de las tierras frecuentadas hasta allí por nuestros aventureros, inspiraron á Solís, por lujo de autoridad sin duda, tomar posesion formal de lo descubierto en nombre y provecho de la corona de España. Al efecto entró con sus carabelas dentro de un puerto de la isla de *San Sebastian*, al cual denominó de *Nuestra Señora de la Candelaria*, por la festividad del dia en que lo hizo, y con todo el aparato de armas y demas ceremonias que en tales casos tenian uso saltó en tierra, que paseó en son de guerra como si de ella se hubiese apoderado por fuerza de armas tras de una lucha sangrienta. Las banderas de Castilla tremolaron por el viento, que mansamente murmuraba los ecos de aquella ceremonia, y el escribano real como autoridad irrecusable en tales procederes dió fé y testimonio legal y bastante para sustentar como derechos sucesivos, lo que únicamente pudiera considerarse en nuestros tiempos como una funcion pasagera del momento.

A no larga distancia de la isla en que se entretenian á la sazon los buques españoles estaba la Tierra-firme enseñando por el frente de aquella situacion una obra ó ensenada de considerable anchura que á Solís pareció conveniente reconocer por si acaso tenia algo que ver con la existencia del paso al otro mar, que era el objeto privilegiado de aquella empresa. No era la voz de mando en semejante espedicion la pauta á que se ceñian los procederes; porque Solís, aunque con autoridad bastante para mandar, preferia consultar sus pensamientos con todos y cada uno de sus compañeros de fortuna. Así antes de dar la vela para arribar al continente obtuvo la aprobacion de aquellos, y entonces arrumbando hácia el O. alcanzó aquella abertura tan espaciosa que obtuvo por esto y la calidad de sus aguas el nombre de *mar Dulce*. Era, con efecto la confluencia del *rio de la Plata*, tan ancho en su desembocadura que bien autorizaba la calificacion de mar que la novedad de sus estrañas dimensiones le habia acomodado.

Solís escogió sobre la entrada de dicho rio cómodo surgidero para dos de sus carabelas; y con la tercera la mas pequeña que era latina, y muy á propósito para hacer reconocimientos interiores, se introdujo por el rio hasta tocar en una isla mediana que situó en 34° y 40'. Divisábase desde allí la mas cerca-



Urrabieta invº y litº.   Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

TOMA SOLÍS POSESION DE LA ISLA DE Sⁿ. SEBASTIAN,

por la corona de Castilla, solemnizando el acto con todo el aparato de las armas, que al descubrimiento de aquella tierra concurrieron. (Año 1515.)

na ribera del gran rio cuya latitud admiraban nuestros navegantes, y sobre ella una multitud de indios de paz que al paso de la carabela los llamaban á tierra con todo género de halagos y ofrecimientos. Tales manifestaciones hechas á hombres privados ya hacia algunos meses de todo trato que el suyo no fuese, animaron á Solís para ir á tierra con algunos soldados de los de mas nota. Dispuesto al efecto el batel de su buque entróse en él acompañado de los dos oficiales que la corona habia nombrado, á saber: el factor Marquina y el escribano contador Alarcon mas seis hombres de guerra y la dotacion conveniente de remeros, los cuales empujando el bote á la ribera del Sur de dicho rio, enfrente de la mencionada isla llamada entonces de *Martin García*, pusieron en tierra á su primer caudillo bien acompañado de la dicha comitiva.



Traidores los indios como por instinto solian, incitaron á nuestros aventureros para que se internasen, cebando su descuido con regalos de alguna valía; pero cuando ya se consideraron seguros de los mónstruos marineros que en el rio quedaban anclados, que tales solian parecer en el Nuevo hemisferio nuestras naves, desemboscaron gran muchedumbre de flecheros que ocultos tenian, y dando súbitamente y con todo el furor de la rabia sobre Solís y sus compañeros, se apoderaron de ellos, les cortaron las cabezas, los piés y las manos, y todo lo demás de cada cuerpo sirvió de suculento manjar á aquellos salvages, los cuales dieron con el suceso motivo bastante para que allí y donde

quiera que la venganza pudo ofrecerse, las armas de la civilizacion se cebaran despues incansables en el esterminio de aquella maldita raza de antropóagos.

Alguno de los soldados que por fortuna pudo librarse de la cruel ejecucion llegó fugitivo al batel donde los marineros estaban ya impacientes por la tardanza de sus cabos; y al entender lo sucedido de miedo embargado el pensamiento, bien que animado el vigor de sus brazos, bogaron con doble fuerza hasta atracar á la carabela, donde los lamentos y desconsuelo se hicieron generales. Levadas las anclas partió aquella en demanda de las otras que no lejos se entretenian, y cuando todas se comunicaron en poco estuvo que el total de los equipages no se precipitase de nuevo á la playa en venganza de las víctimas, tan horrible como traidoramente sacrificadas al apetito de aquellos seres inmundos, indignos de todo humano sentimiento; pero al cabo la razon no vió fácil el remedio por los desesperados acuerdos que se discurrian, y los desconsolados aventureros despues de dar el mando de la espedicion á cierto piloto real, cuñado de Solís, llamado Francisco de Torres, se convinieron en abandonar la empresa y regresar á España á dar cuenta del suceso, y recibir nuevas instrucciones del rey y los refuerzos convenientes para no ir tan á la ventura caso de continuarse el ansiado descubrimiento.

Como si la fatalidad tuviera interés en cebarse iracunda en la desdichada espedicion, al desembocar el rio á que en memoria de lo ocurrido dieron el nombre de Solís, una de las carabelas de menos porte tocó en unos bajos abriéndose instantáneamente, y el buque y el equipage fueron envueltos en la corriente para perderse en la inmensidad del Occéano.

Con esto nada quedó por hacer que no fuese apartar la vista de aquellos sitios tan tristemente memorables, y dando al viento las lonas y á la salvacion los deseos, el dia 4 de setiembre de 1516 sentaron la planta en las playas españolas las trabajadas tripulaciones de aquella flota, comunicándose inmediatamente su llegada á los gobernadores del reino. Las nuevas de lo sucedido durante la espedicion tuvieron entonces poco eco en España porque los ánimos estaban preocupados con otro suceso de mas alta trascendencia. El rey D. Fernando de Aragon, V. de Castilla, habia pasado á mejor vida cerrando los ojos á la luz de su fama en Madrigalejo, aldea de Estremadura no lejos de Trujillo, el dia 23 de enero de aquel mismo año. En su testamento lo propio que en el de la reina doña Isabel, estaba consignada la adjudicacion del reino á favor de doña Juana; pero el príncipe D. Cárlos que á la sazon se hallaba en sus estados de Flandes, tan pronto como supo la muerte del monarca su abuelo se tituló á sí mismo rey de España, y esto no dejó de preocupar hasta cierto punto los ánimos en los dominios de ambas coronas.

La cuestion de regencia encomendada por mitad entre los cardenales Cisneros y Adriano, tambien provocó algunas desazones que la mal contenta nobleza de Castilla quiso beneficiar en pró de sus tendencias á la conservacion ó

renacimiento de los desafueros feudales, pero el cardenal Cisneros se adelantó á crear otro poder hasta allí poco temido por vilipendiado, y aunque mas tarde pudo inclinar la balanza de la política social con la guerra de las Comunidades, no hay duda que por entonces hizo la novedad todo el efecto que á la civilizacion convenia, y que las circunstancias del momento reclamaban.

Coincidió con todo lo indicado el sitio que el destronado rey de Navarra quiso poner á la plaza de San Juan de Pie del Puerto, y la entrada que otros cuerpos de sus tropas por franceses protegidas hicieron en nuestras provincias septentrionales: de suerte que tantas detenciones unidas al escaso efecto ó mas bien al negativo resultado que produgera la empresa de Solís con su muerte, hizo levantar la mano de la continuacion hasta mejores tiempos que á pesar de todo no estaban muy lejanos.



CAPITULO XVI.

Nuevos preparativos en demanda del paso á la mar de Occidente.—HERNANDO DE MAGALLANES.—Su biografía.—Causas que motivaron su venida á España.—Proposiciones á la córte para probar la pertenencia de las islas Molucas, á nuestras posesiones tras-atlánticas.—Inconvenientes que el estado de los negocios públicos ofrece á la realizacion del proyecto.—Conferencias con el cardenal Cisneros, y proteccion que este célebre personage dispensa á los proyectistas.—La venida del rey don Cárlos á España apresura los aprestos del viaje.—Honores concedidos á Magallanes y Rui Falero.—Trastornos de este en su razon y sustitúyele el piloto Juan Serrano.—Apréstanse los buques para salir al mar.—Su número y porte.—Tripulaciones que llevan y distribucion de capitanes y pilotos.—JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.—La nave VICTORIA.

ENTRADO se habia en la cronología de los tiempos el año de 1517 cuando por segunda y mas certera vez se aparejó armada conveniente con que descubrir el anhelado estrecho que desembocado en el vasto Occéano de Occidente habia de enseñar el camino para las regiones orientales de la Especería.

A fin de lograr tan portentoso resultado contribuyeron grandemente los famosos hechos que los portugueses estaban obrando en la India, acreditando su poder con las hazañas de los esclarecidos capitanes Francisco de Almeyda y Alfonso de Alburquerque. Uno de los que se distinguieron bajo sus órdenes fué Fernando de Magallanes (1), apellido ya acostumbrado á darse á estimar y aun á obtener mandos de buques y escuadras portuguesas, pagando los que lo

(1) Porque no es fácil mejorar las noticias que de este célebre navegante se conservan, tomamos para nuestra obra las que constan en el muy apreciable libro que de órden del rey don Cárlos III se publicó en Madrid, á los últimos dias de su vida, con el titulo de *Relacion del último viaje al Estrecho de Magallanes.... y estracto de todos los anteriores, etc.*

llevaron tan alta honra con lograr en Asia y Africa sobre el lecho del honor gloriosas tumbas.

El dicho Fernando, destinado por la Providencia para realizar el gran plan de Colon, se habia criado en servicio de la reina doña Leonor y despues pasó al del rey don Manuel: fué á la India en 1505 con su primer virey don Francisco de Almeyda, y una de las acciones que le empezaron á grangear mas crédito y honra fué el acierto con que por muchos dias contuvo hasta que la socorriesen, á cierta tripulacion de una nao que yendo de Conchi á Portugal habia naufragado en los bajos de Padua. El motivo de quedarse en aquellas partes fué mucho mas noble, pues instándole el capitan á que se salvase en una embarcacion menor, como rehusase salvar al mismo tiempo á cierto amigo de Magallanes que no era hombre de cuenta, el célebre descubridor prefirió quedarse mas bien á perecer en su compañía, que cometer la vileza de abandonarlo.

Cuando tuvo lugar la primera espedicion contra Malaca se halló Magallanes en ella á las órdenes de Diego Lopez: iba tambien cierto piloto español llamado Juan Serrano, del cual se habia hecho aficionado; y como en uno de los diarios peligros que en aquella conquista se corrieron, tuviese ocasion Magallanes de salvar la vida á dicho piloto, degeneró en amistad la aficion y, el cariño duró tanto como las vidas de ambos. En aquellas operaciones tocó al mencionado su amigo ir al frente de una espedicion en descubrimiento de las Molucas. Los capitanes encargados de la empresa debian ser tres subordinados á Serrano, cuyas aventajadas prendas le garantizaban en tales ocasiones, y Magallanes tuvo la honra de ser uno de los que tan buena cuenta dieron de su cometido. No sabemos si por enemistad ó por descuido, el gran Alburquerque que tanto distinguia á los hombres de valor, no hizo mérito jamás de los servicios distinguidos de Magallanes: lo cierto es que este continuó siempre mejorándolos con los ímpetus de su valor, recibiendo algunas heridas y dando á las huestes portuguesas alta gloria con sus hechos y no pocos recursos con su osadía.

Con la fama de sus servicios fué á Lisboa Magallanes con la modesta pretension de que por toda recompensa se le mejorase en medio cruzado al mes su salario ó moradia; pero el rey D. Manuel tan declarado protector del mérito, quizá recibiera de antemano las inspiraciones de la enemistad, y lejos de atender á los ruegos de súbdito que tanto valia, le hizo volver á Azamor para ser residenciada su conducta acerca de la mala version que se le atribuia en la presa y destino de ciertas dos mil cabezas de ganado que en un rebato habia quitado á los moros. Obedeciendo á los mandatos del rey no tardó mucho tiempo en regresar á Lisboa con las pruebas mas claras de su inocencia y buen comportamiento; mas á pesar de todo, no pudo alcanzar que sus pretensiones fuesen mas atendidas, sufriendo por el contrario el sonrojo de ver premiados sin mérito alguno á otros individuos que alegaran abulta-





HERNANDO DE MAGALLANES.

dos servicios en ciertas acciones importantes de que Magallanes habia sido dignísimo gefe.

Cuando la razon se agita agraviada dentro de los límites reservados al talento, no hay duda que sus determinaciones, por violentas que sean, llevan constantes un fondo de justicia que la mas áspera é inflexible censura no puede motejar victoriosamente. ¿Cuál sino en tales circunstancias seria el consuelo reservado á la virtud perseguida, al amor propio ultrajado ó al honor escarnecido? De almas ruines y cobardes ha sido en todos tiempos el tolerar en silencio tamañas injurias, y no de otro modo pudiera esplicarse como el gran cardenal Cisneros dispensó favorable acogida al intrépido navegante que bajo su amparo se puso desnaturalizándose jurídicamente de la patria que el ser le diera, así como hicieron mas tarde el emperador Cárlos V; con el duque de Borbon, y Francisco I con el famoso Pedro Navarro. Hijos espúreos de sus naciones respectivas, que el rencor ó la envidia arrojó del suelo natal, para ver despues mas lozano en estrañas regiones los frutos de su ingenio.

El año de 1517 corria cuando Magallanes se presentó en Castilla acompañado de cierto hidalgo portugués llamado Rui Falero y de otros pilotos de la propia nacion, todos los cuales abandonando el servicio de la ingrata madre que así los repudiaba, trataron de mejorar los derechos españoles, probando con ingeniosos argumentos mas que con indestructibles razones, que las islas de las Especerías, de que trataban de apoderarse sus compatriotas, se internaban tanto al Oriente que entraban en la demarcacion de los dominios españoles, como ellos pondrian de manifiesto, buscando hasta encontrarlo el paso navegable que habia de conducir nuestras armadas á aquellas partes por la mar del Sur, realizando con este suceso la mas famosa teoría del primer almirante.

Para justificar el empeño con que movió sus gestiones en el tribunal de Indias primero y luego ante la regencia española, el intrépido Magallanes contaba ante todas cosas con su práctica marinera y con sus observaciones geográficas, que por los antecedentes de su inquieta vida no podian menos de apreciarse en gran manera. Apoyaba además los argumentos con que pretendia agregar á la corona de España el monopolio del mas lucrativo comercio del mundo, con ciertas cartas que su especial amigo Juan Serrano le habia remitido desde las Molucas, cuyo descubridor y colonizador era, afirmando que distaban aquellas islas mas de seiscientas leguas por el Oriente de Malaca y por lo tanto que no podian menos de hallarse mucho mas cercanas á las posesiones españolas de Occidente siguiendo estrictamente el proyecto de la circunnavegacion del globo terráqueo que Cristóbal Colon habia lanzado al mundo para asombro y perfeccion de la cosmografía.

Difíciles continuaban siendo á la sazon las circunstancias del pais, por cuanto el nuevo rey se agitaba aun fuera de España en demanda de la coro-

na del imperio, y no eran los regentes tan árbitros de los negocios públicos que pudieran disponerlos por sí evadiendo la gran responsabilidad que pesaba sobre este por lo que se entrometia en un litigio cuyas probabilidades se inclinaban desde luego muy á favor de los portugueses. Por otra parte no abogaba gran cosa en pró de los nuevos proyectistas el éxito infeliz de las espediciones anteriores: y aunque esto nada supusiera tratándose de patentizar superiores cálculos que habian de ofrecer al mundo de las ciencias y de la especulacion abundantes ventajas, las multiplicadas glorias que los españoles habian obrado, y la novedad que al mismo tiempo entretenia los ánimos fijos en la gran conquista de Méjico, de que entonces se comenzaban á tener las primeras noticias, parece como que embotaba la accion y retrahia los pensamientos de todo aquello que no estuviera mas claro que la luz para lanzarse á mas complicadas empresas.

No era el cardenal Cisneros de aquellos hombres que vacilan ante las dificultades que siempre se amontonan contra la novedad; y mas siendo esta de la trascendencia que aquella tenia. Las palabras del famoso Magallanes derramaron en su esquisita inteligencia todo el espíritu de verdad que encerraban, y á la manera de la reina Isabel aceptó de nuevo las teorías del gran Colon reproducidas por el hábil cosmógrafo lusitano, y obligó á este con largos ofrecimientos y honrosas atenciones para que perseverase constante en la córte de España.

La inmediata venida del rey D. Cárlos I, facilitó la ejecucion del proyecto apoyado muy particularmente por aquellas personas que como el célebre cardenal lo habian comprendido. Magallanes y Falero tuvieron una entrevista con el jóven monarca: la certeza de sus teorías halló eco en el animoso corazon del rey Cárlos, y apesar de las acusaciones y calumnias que la córte de Portugal lanzaba incansable contra aquellos dos de sus hijos cuyos méritos no habia querido reconocer en tiempo hábil, ambos navegantes obtuvieron con la sancion de su proyecto los fondos necesarios para prepararlo, y además fueron nombrados capitanes y honrados para mayor estímulo con el hábito noble de la órden de Santiago.

Para que nada faltase á la empresa, preparándola con toda la ostentacion de recursos que eran necesarios á tan dilatada navegacion, el tesoro del rey dió fondos abundantes y las órdenes convenientes para que en Sevilla se armasen y proveyesen cinco carabelas de las de mayor porte, poniéndolas cuando estuviesen prontas á disposicion absoluta de los famosos proyectistas. Pero con el acopio de cartas é instrumentos náuticos no menos que el enganche voluntario de la gente y la fortaleza de los buques con todo su aparato de víveres, armas, pertrechos, almacen de respeto y provisiones requirieron largo tiempo y cuidados esquisitos, la empresa tardó nada menos de dos años en los preparativos, hasta muy entrada la segunda mitad del de 1512.



CARLOS V. EMPERADOR

Mientras que los preparativos de la espedicion se activaban con presencia de las partes interesadas, en especial de Magallanes que de propósito ó á



la ventura llegó á casarse por aquel tiempo con una hija de Diego Barbosa, pariente suyo y alcalde de las Atarazanas, en que los buques se prevenian, Ruy Falero entregado al estudio de su oficio con toda la fé del que pretende sobresalir en lo mas complicado de las ciencias exactas, tuvo la desdicha de perder una parte considerable de la razon flaqueando la cabeza por el esceso del estudio. Su desvarío privó desde luego á la empresa de uno de los hombres mas hábiles con que habia contado Magallanes; pero en cambio á la fama universal de su proyecto acudió á subsanar tan considerable pérdida aquel Juan Serrano, tan amigo del célebre descubridor desde que en Malaca le salvara la vida.

Consideró semejante refuerzo Magallanes como si del cielo bajara, no por los quilates de su habilidad que eran muchos, sino por la estremada necesidad que tenia de hombres de gran corazon para arrostrar con seguridad los peligros infinitos que en sí llevaba la empresa. Conocia muy á fondo el carácter de aquel antiguo compañero, y por otra parte su amistad cimentada en la deuda de la vida le garantizaba de tener en Serrano otro hombre decidido por la empresa, tanto como si tratara de su misma persona.

Al terminarse el mes de julio del año 1519 los oficiales de la contrata-

cion de Sevilla dieron cuenta al rey de haberse terminado los trabajos y acopios necesarios para la espedicion de Magallanes, refiriéndose á igual aviso que de las Atarazanas y del propio navegante habian recibido.

En efecto, con todo el esmero debido al objeto especial de la empresa, estaban listos y aparejados los cinco buques que se habian decretado en las primeras negociaciones, á saber: la nao *Trinidad*, de ciento y treinta toneladas: la *San Antonio*, de igual porte: la *Concepcion*, que no pasaba de noventa, lo mismo que la cuarta y mas famosa denominada *(Victoria)*, y finalmente la *Santiago*, cuyo porte descendia á sesenta toneladas.

Para tripular los cinco buques hubiéronse de reunir hasta doscientos treinta y siete hombres, número á la sazon asombroso si se atiende á la calidad de la empresa que era puramente científica, y á que al mismo tiempo tan grande lucro estaban ofreciendo á la especulacion y á la ventura, los establecimientos centrales de la Tierra-firme y el vasto imperio de Méjico.

Pronta la escuadra, y nombrado piloto mayor Juan Serrano con reales poderes, montó Magallanes la nave *Trinidad*, acompañado del piloto portugues Estéban Gomez, á quien el gobierno español habia estendido así mismo título real para desempeñar aquel cargo. Contramaestre de la nave nombróse por Magallanes á Francisco de Alvo y de los otros oficios se encargaron en el mencionado buque hasta sesenta hombres de tropa y marinería.

Tomó, bastante autorizado, el mando de la nave *San Antonio*, el capitan Juan de Cartagena, llevando por pilotos á los ya esperimentados en la carrera de Indias, Andres de San Martin y Juan Rodriguez de Mafra, con mas cincuenta y cinco hombres dedicados á las faenas de las clases inferiores, salvo los que de ellos iban destinados al servicio de la guerra.

Del tercer navío que era la *Concepcion*, iba por capitan Gaspar de Quesada: en él ejercia el oficio de maestre nuestro inmortal vizcaino Juan Sebastian de Elcano, que abrazando la empresa de Magallanes con toda la fé de que su valeroso corazon era capaz, tanto como el primero, por lo que á su penetracion se alcanzaba la verdad y á su espíritu se acomodaban los peligros, apenas le quedaba inconveniente de realizarla por sí mismo como lo ejecutó, cuando todos los oficiales superiores hubiesen faltado. Además de los susodichos capitan y maestre, llevaba la *Concepcion* á Juan Lopez de Caraballo, portugues, con título de piloto real, y de tripulacion y guarnicion un total de cuarenta y cuatro personas.

El cuarto buque designado para la empresa de circunnavegacion era la famosa Victoria, veneranda nave que las generaciones debieran admirar depositada en uno de nuestros mejores departamentos marítimos, pero que la curiosa emulacion llora perdida entre las sombras de la ignorancia y el descuido de los hombres. Bien quisiéramos reproducir aquí siquiera una traza de sus verdaderas dimensiones; que justo tributo de respeto fuera inmortalizar en la estampa copia tan envidiable ya que el original se ha perdido; mas su fa-

ma por reciente no fué ensalzada cuando la voluntad pudiera haber hecho imperecedero el conocimiento que ignoramos, y cuando otros hombres fijaron admirados su vista en el gran suceso de tan precioso buque ni cierta memoria siquiera pudo hallarse del último destino de sus restos. En vano desde entonces en obras didácticas se esmeraron celosos buriles para transmitir á la posteridad tan glorioso recuerdo: la verdad no podia estar en la mente de remotos artistas por mucho que fuera su deseo de acertar, y los modelos que nos han legado se apartan de la época lo mismo por las condiciones de la construccion, que por la capacidad y arboladura de la verdadera nave Victoria. Iba por capitan de la Victoria un Luis de Mendoza, por piloto real Vasco Gallego, y el todo de la tripulacion ascendia á cuarenta y cinco hombres.

Finalmente: en la última y menos capaz de las embarcaciones que se aprestaron para aquella singular espedicion, se acomodó el piloto mayor de la armada Juan Serrano, sin otro capitan ni mas director de la parte náutica que su propia persona. Para tripular su buque, por nombre *Santiago*, acomodó en él los treinta y un individuos restantes de los doscientos treinta y siete que formaban el total de los espedicionarios: y con estos y los buques á punto de levar anclas quedó resuelto el viaje para el primer dia de agosto del año de 1519.



CAPITULO XVII.

Contratiempos de los conquistadores.—Oposicion del Tribunal de Indias contra Magallanes.—Sancion favorable del monarca.—Nuevos proyectos de discordia contra el capitan general.—Despacho real limitando el número de portugueses que habia de ir en la espedicion.—Resolucion de Magallanes despreciando las hablillas y agravios sufridos.—Recibe Magallanes el estandarte real de manos del asistente de Sevilla.—Provision de los buques.—Salida de Sevilla el 10 de agosto de 1519.—Sábia determinacion de Magallanes.—Su testamento.—Derrota que habia de seguir la espedicion.—Conflicto.

Achaque fue de toda empresa superior, en nuestro suelo concebida ó siquiera propuesta, encontrar para su realizacion tan grandes obstáculos, que solo á fuerza de la constancia mas decidida pudiera alcanzar su término, patentizando la clara injusticia de sus émulos y opositores. En especial las que se refirieron al descubrimiento y toma de posesion de las regiones tras-atlánticas, estaban condenadas á sufrir todo género de contradicciones; y no parece sino que el Tribunal de Indias, creado bajo la entendida administracion de los Reyes Católicos, y confiado á muy justificados y reconocidos talentos, se esmeraba en dar á su existencia un carácter de odiosidad, contra toda tendencia de manifiestas ventajas que lo desconceptuaba igualmente entre los hombres mas eminentes de la época.

Viéronse con efecto, las injusticias al gran Colon inferidas, harto mas por rencorosa malicia que por estúpida ignorancia que algunos suponen: faltóle tambien el apoyo en que debia sostenerse, á Vasco Nuñez de Balboa, cuando mayores resultados acababan de producir sus trabajosas esploraciones, y en poco estuvo asimismo que la grande empresa de Hernan Cortés fracasara en

sus principios, usurpando á la corona de España la mas gloriosa joya de las que se conquistaron por nuestros heróicos aventureros en las regiones del Nuevo-Mundo.

A tan singulares obstáculos contribuyó siempre mal dirigido ó mejor interesado por personales tendencias aquel tribunal respetable en que los monarcas, sobradamente confiados en la buena fé de sus mejores servidores, habian delegado sus mas ámplias facultades por todo lo concerniente al objeto de su instituto: y como es de suponer, por mas que al buen sentido tan rara verdad se oponga, Magallanes no podia eximirse de pasar por los mismos trámites que sus mas ilustres predecesores en cualquier grande pensamiento, porque á estos y no á los sucesos mezquinos y vulgares, estaba reservada con especialidad la siniestra oposicion de tan especiales funcionarios.

En el presente caso, sin embargo, se advierte un motivo poderoso, que sino justifica, por lo menos disculpa la torcida intencion con que los oficiales superiores del Tribunal de Indias procedieron. El rey de Portugal estaba sentido de que á uno de sus mejores servidores debiera España el pensamiento que se agitaba en mengua de intereses muy importantes de su corona, y no perdonaba medio ni accion para destruirlo, valiéndose al efecto de propalar contra Magallanes por todo género de medios los mas detestables informes. Los ministros españoles de los negocios de Indias viéronse acometidos por un enjambre de detractores, que sino ganaron su integridad por el soborno, lograron á lo menos torcer sus opiniones por medio de la calumnia, y semejante resultado era á la sazon tanto mas inconveniente para los proyectos de Magallanes, cuanto que resaltaba á la faz de los timoratos ó mal creyentes el trágico y reciente fin de Juan Diaz de Solís cuando navegaba en demanda de una empresa igual en un todo á la de Magallanes.

Por fortuna de la alta gloria que en aquella época singular alcanzamos, y no para mengua de las ciencias naturales, el ilustre portugues habia obtenido ya para su proyecto la sancion del monarca; y esta circunstancia que era la principal en semejantes casos, porque la real voluntad no tenia límites mas que en la razon y en el convencimiento, fué el escudo invulnerable donde se pararon todos los golpes que por envidias y torpes amaños se dispararon contra la mas importante entre todas las empresas que la universal cultura estaba reclamando por momentos.

Magallanes habia obtenido, efectivamente, en la córte española tan altas distinciones como á pocos estrangeros se concedian sino despues de muy distinguidos servicios; y no era fácil suponer que el rey que le habia condecorado con el hábito de Santiago y asentádole además la plaza de capitan de mar en las contadurias del sueldo vacilara en sus acuerdos posteriores tratándose de sostener en su lugar al proyectista que tan magníficas ventajas habia ofrecido con su espedicion no menos á los intereses de la corona que al desarrollo y á la prosperidad del comercio.

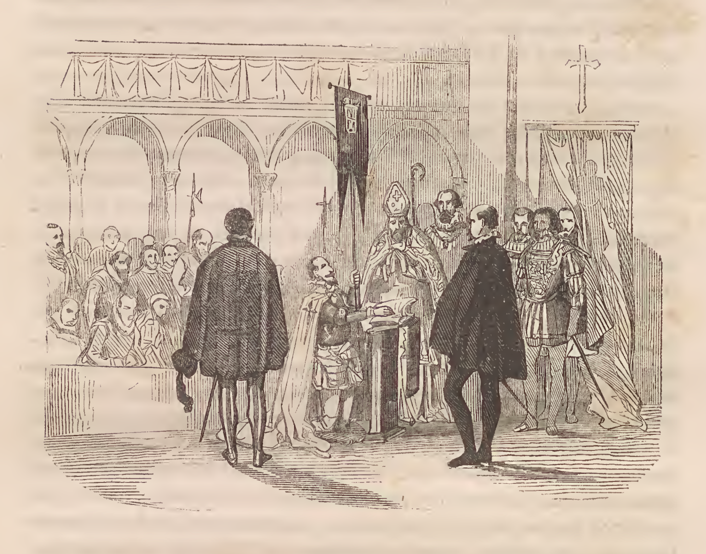
Mas no era solo en las regiones del poder donde las malas influencias se agitaban contrarias al ilustre proyectista. A par que los favores reales se multiplicaban no ya únicamente en pró de Magallanes, pero tambien de todos los arrojados navegantes que á los peligros de tan nueva espedicion se esponian voluntarios, en las mas insignificantes circunstancias los preparativos de la empresa relativas se agarraban los oficiales de la contratacion para dificultar la realizacion de tan grande pensamiento. Primero quisieron introducir la discordia entre Falero y Magallanes sobre cual deberia llevar el estandarte real como capitan general de la empresa, cuya cuestion apenas nacida espiró por la falta de razon de que inmediatamente comenzó á dar muestras inequívocas en sus conversaciones y procederes el compañero de Magallanes; pero cuando por semejante imprevista circunstancia se nombró por adjunta persona de dicho capitan general al veedor Juan de Cartagena, todavía la empresa estuvo á pique de malograrse porque traidores oficios quisieron lograr del demente Falero que no entregase á Magallanes cierto método de su invencion para observar la longitud del Este-Oeste con los regimientos correspondientes segun entre ellos estaba capitulado.

Orillada esta dificultad que era de gran poder en la resolucion del viaje acudió á sustentar los malos oficios de embozados enemigos cierto despacho real en que por injustos recelos de la córte se prohibia que fuese en la espedicion mayor número de portugueses que el de cinco; esto por instigacion de otros parciales que habian propalado la mala especie de que siendo Magallanes natural de aquella nacion, pudiera suceder que por un acto de escesivo nacionalismo procurara alguna vez ceder á la corona de Portugal lo que para el rey de Castilla se fuese trabajando. Por mas que la proposicion fuese absurda en el fondo y en la forma, pues aquella era cuestion de inteligencia mas que de fuerza, no hay duda que en la córte de España se creyó peligrosa la abundancia de portugueses en la empresa, y Magallanes á duras penas logró que entre parientes y criados le permitieran acrecentar el número hasta diez y seis personas escogidas.

Los emisarios del rey de Portugal, constantes promovedores de tales obstáculos, no se descuidaban á la vez en manejar los contrarios oficios con que se habian propuesto devolver á su pais los servicios de Magallanes. Así, al propio tiempo que por secretas investigaciones, lograban contra la marcha desembarazada de la espedicion repetidos accidentes, hablaban á su compatriota ponderándole mayores dificultades para en adelante. Para mejor disuadirle, afeaban altamente la escasa consideracion con que le trataban los oficiales españoles que mas debieran protegerle; y sacando partido de la verdad tan siniestramente advertida, llegaron á quererle persuadir que órdenes secretas de la córte española le depondrian del mando tan luego como su proyecto en alta mar hubiera producido algunas ventajas, á fin de adjudicar esclusivamente toda la gloria de la empresa á los marineros españoles.

Si Magallanes no hubiera resuelto decididamente servir con síncera lealtad y franco desempeño los intereses de la nacion española, á no dudar tantas y tan poderosas instigaciones hubieran al cabo hecho vacilar su constancia; pero contra el agravio, estremado por mezquino que el rey D. Manuel le habia hecho no habia manejos bastantes á vencerle, y la espedicion se apresuró de parte de Magallanes tanto como si nada en su contra hubiera trabajado la falsa política de enemigos y parciales.

Cuando todo se hallaba ya dispuesto en Sevilla para comenzar el viaje, descendiendo por el Guadalquivir en demanda de la mar á que habian de entregarse con palpable fé los espedicionarios, el capitan general de la empresa fué requerido de parte de S. M. para que acudiese á recibir el estandarte real de manos del asistente de Sevilla, que lo era á la sazon el noble caballero Sancho Martinez de Leiva.



La ceremonia debia verificarse y se verificó, efectivamente, en la iglesia de Santa María de la Victoria de Triana, donde un numeroso concurso vió tomar á Magallanes el signo real de su autoridad, y levantándolo en alto con la espada desnuda en la diestra mano, prestar formal juramento y pleito homenage, segun fuero y costumbre de Castilla, de que haria el viaje con toda fidelidad como buen vasallo de los reyes de España. Seguidamente y por su órden de categorías, en la armada prestaron igual juramento á Magalla-

nes los capitanes y oficiales que á partir se disponian, ofreciéndole además, bajo el propio empeño, de seguir los rumbos y derrota que el dicho capitan general les marcase, obedeciéndole en todo como si al mismo rey en persona sirviesen, cuyo juramento y pleito homenage presenció y aceptó igualmente en nombre de la Magestad real, el asistente de Sevilla que estaba presidiendo aquel acto solemne.

Recogidos á los buques cuantos útiles y provisiones bastaron para darse al mar, todos con arreglo á lo que por repetidas cédulas se habia mandado á los oficiales de la contratacion, y en tanto que la gente se completaba hasta el número concedido á las instrucciones interiores, Magallanes se entretuvo aprovechadamente en formar su plan de señales de dia y de noche, objeto preferente en la navegacion, que entonces distaba mucho de la perfeccion que hoy alcanza, no sin notable deservicio de la disciplina y buen gobierno de las escuadras; pero cuando á los aprestos materiales se unieron ya completas las prevenciones de la inteligencia, una descarga general anunció el momento solemne de levar las anclas y dar impulso á los remos y viento á las lonas para alejarse del puente del Guadalquivir, en cuyas cercanías las cinco naves de la espedicion se habian provisto y aparejado hasta entonces.

Sucedió la partida de la armada de Sevilla un miércoles por la mañana que se contaba 10 de agosto de 1519; y durante el tránsito, las frondosas riberas de aquel rio caudaloso se vieron constantemente coronadas por los habitantes de San Juan de Alfarache, Coria y otras poblaciones comarcanas, los cuales entusiasmados por la fama de la nueva empresa que aquella espedicion iba á acometer, victoreaban al paso á los equipages, llenando el aire de preces y bendiciones que en conjunto fueron á caer favorables sobre los mas dignos.

En el puerto de San Lúcar fondearon de nuevo los buques que á Magallanes obedecian, porque todavía para el completo de las provisiones faltaban algunas que en aquellas partes habian de tomarse, y que los oficiales de la casa de la contratacion procuraron dificultar constantes en sus miras hostiles á Magallanes por la innoble instigacion de los emisarios portugueses. Esto produjo bastante retraso en la salida definitiva al mar, que todos los interesados buenamente deseaban ansiosos, viéndose obligados en ocasiones distintas los capitanes de los buques, y aun el mismo Magallanes á subir nuevamente en sus botes y esquifes por el rio hasta Sevilla, para orillar y vencer nuevas dificultades que á porfía se amontonaban sobre la empresa. La voluntad invariable del insigne portugués frustró siempre los siniestros manejos de la envidia: y tanto creció á proporcion su celo en servicio de los intereses españoles, que entonces fué cuando escribió un memorial razonado y muy distinto, declarando al rey las alturas y situacion de las islas de la Especería, y de las costas y cabos principales que caian en la demarcacion de la corona de Castilla, para que si llegaba á fallecer durante el viaje, no pudiese alegar el rey de Portugal que caian dentro de su término, ya poniendo á su arbitrio las derrotas

y situacion de las costas, ya acortando los golfos con la seguridad de que nadie lo comprendiese por la buena traza de sus pilotos y delineadores de cartas, sobre lo cual aseguraba Magallanes que ninguna persona como él conocia los manejos con que se ejecutaban tales arterías (1).

Cumplido este deber de su nueva sumision tambien se ocupó de su testa-

(1) No tan solo por la buena fé que resalta en la declaracion de Magallanes, sino tambien por lo que conviene á los conocimientos geográficos de la época, queremos reproducir aquí el documento citado. Dice así.

«Muy poderoso Señor.—Porque podria ser que el Rey de Portugal quisiese en algun tiempo decir que las islas de Maluco están dentro de su demarcacion, y podria mandar enviar las derrotas de las costas, y acortar los golfos de la mar sin que nadie que lo entendiese, ansí como yo lo entiendo y sé como se podria hacer, quise por servicio de V. A. dejarle declarado las alturas de las tierras y cabos principales, y las alturas en que están ansí de latitud como de longitud: y con esto será V. A. avisado para que si subcediendo lo dicho yo fuere fallecido, tenga sabido la verdad.»

«Item.—La isla de Sant Anton, que es una de las del cabo Verde en la costa de Guinea, donde se hizo la particion destos reinos con lo de Portugal, está la dicha isla á los 22 grados al Oriente de la línea de la reparticion.»

«Item.—Esta la dicha isla, conviene á saber, la punta del Occidente á diez y siete grados de latitud.»

«Item.—El cabo de Sant Agustin, que es en la tierra del Brasil en la demarcacion de Portugal, á ocho grados de latitud, y á veinte de longitud en la línea de la reparticion.»

«Item.—El cabo de Santa María, que es la misma tierra del Brasil de Portugal, está en treinta y cinco grados de latitud y á seis grados y cuarto de longitud de la dicha isla.»

«Item.—El cabo de Buena Esperanza con el cabo de Santa María, se corre Leste Oeste, y está el cabo de Buena Esperanza en treinta y cinco grados de latitud, y á sesenta y cinco grados de longitud al oriente de la línea.»

«Item.—El dicho cabo de Buena Esperanza está en derrota con Malaca Les-Nordeste, Ocs-Sudueste, y hay mil seiscientas leguas de camino del dicho cabo de Buena Esperanza al puerto de Malaca.»

«Item.—El dicho puerto de Malaca está al Norte de equinoccial un grado, y hay della á la otra línea de la demarcacion, que está á Oriente, diez y siete grados y medio.»

«Item.—Las islas de Maluco son cinco, conviene á saber: las tres que están mas allegadas á la segunda línea de la demarcacion que están todas Norte Sur á dos grados y medio de longitud, y la isla de enmedio está debajo del equinoccial.»

«Item.—Las otras dos islas están de la manera de las dos primeras que es Norte Sur, y á cuatro grados al Oriente de la segunda línea; conviene á saber, dos al Norte del equinoccial, y dos al Sur del equinoccial asentadas por los pilotos portugueses que las descubrieron.»

«Y esta membranza que á V. A. doy mande muy bien guardar, que ya podrá venir tiempo que sea necesaria, y excusará diferencias; y esto digo con sana conciencia, no teniendo respeto á otra cosa sino á decir verdad.» (Archivo de Indias en Sevilla.—*Papeles de Maluco:* legajo I.)

La gloria que reputó á la nacion española el descubrimiento famoso del estrecho que dió paso á la primera flota del antiguo mundo que navegó por el grande Occéano Occidental, hubo de despertar la emulacion de portugueses contraria á Magallanes, no menos por su hecho insigne, que por el empeño con que se distinguió decidido á servir en toda puridad los intereses del rey de España tan luego como se ajustó en su servicio. Por consecuencia casi todos los historiadores portugueses y hasta el inmortal Camoens en sus *Lusiadas* tratan de poco leal á Magallanes por los efectos que obró en pró y gloria de otra nacion que la suya.

«Aoo longo desta costa que tereis
irá buscando á parte mais remota
ó Magalhâes, no feito con verdade
portuguéz, por ém naò na lealdade.»

(Cam. canto 10.—octava 140.)

Pero tanto valdria en tal caso como observa muy juiciosamente el Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, tomo IV de la *Coleccion de viajes*, tachar la fama invulnerable de Guzman el Bueno por su estrañamiento de España, cuando cayó en la desgracia del rey D. Alfonso, y los servicios que prestó á Aben Jucef, rey de marruecos. Tanto aquel generoso y leal servidor como el insigne lusitano cuya buena fama defendemos, se desnaturalizaron conforme de derecho de sus naciones respectivas. Pero aunque esta circunstancia pudiera relevarles legal y moralmente de todo compromiso nacional para sus procederes ulteriores, todavía, por lo que uno y otro tuvieron de grandes, se reservaron el derecho de no ir contra su patria natural en cuanto pudiera ofrecerse á sus nuevos amos y señores. Así Guzman el Bueno prometió su espada y lealtad al rey moro cuya hospitalidad recibiera, «menos para ir contra el rey de Castilla ó cualquiera otro príncipe cristiano.» (Quintana: *Vidas de españoles célebres*, tomo I,) y en las capitulaciones hechas entre el rey D. Cárlos I y Magallanes, se dice que los tales descubrimientos se han de hacer sin ir ni tocar en cosa que al rey de Portugal pertenezca. (Archivo de Indias en Sevilla, legajo 1.º de *Relaciones y Descripciones.*—Navarrete: *Coleccion de Viajes*, tomo IV, pág. LXXII y 117.)

mento, en el cual hubo de mejorar algun establecimiento piadoso del pais á que habia venido á naturalizarse, por todo lo cual hízose cada vez mas digno de nuestra gratitud, á par que acrecentó las iras que ya rebosaban contra su persona y su nombre en la córte portuguesa, hasta el estremo de intentar por la fuerza lo que la persuasion y la intriga no habian logrado.

En efecto: si hemos de dar crédito á lo que en su *Viage al rededor del mundo*, escribió el caballero Antonio de Pigafeta, gentil-hombre de Vicencia que en la espedicion de Magallanes asistió en clase de sobresaliente, y fué de los pocos que regresaron con él en la nave *Victoria*, parece como que el rey de Portugal ordenó el armamento y rápida salida al mar de dos escuadras, cada una harto mas poderosa en fuerza y número que la que á Magallanes obedecia. Segun el mismo autor, debia apostarse una de ellas en el cabo de Santa María del Brasil sobre el rio de la Plata, conocido aun entonces por *Rio Grande*, y la otra en el cabo de Buena Esperanza; pero aunque en la altura de aquel punto navegó la espedicion española, ningun tropiezo de semejante índole tuvo en aquellas partes. Quizá seria cierto el envio de una armada de observacion por la derrota del cabo de Buena Esperanza á fin de estorbar cualquiera invasion de los términos señalados en las pasadas particiones y de aquí la exageracion tomaria pié para inventar la improvocable circunstancia de la primera escuadra, que hubiera sido en tal caso una infraccion manifiesta de los tratados de repartimiento convenidos entre ambas naciones de la Península. De todos modos, fuese ó no cierta la anterior noticia, así como la consignada por el propio autor de que el gobierno portugués ordenó á su gobernador en el cabo de Buena Esperanza, que despachase al Moluco seis naves contra Magallanes para en el caso de que por allí apareciese, no cabe duda de que la cuestion del paso á la mar del Sur, preocupaba los ánimos poco mas ó menos tanto como la enemiga que á Magallanes, su proyectista, habia declarado la córte portuguesa.

El último trabajo que ocupó la mente de Magallanes en nuestro territorio, siquiera no fuese mas que para darle la última mano despues que entre él y Ruy Falero lo habian combinado con arreglo á su ciencia y pericia náutica, fué la derrota que habian de seguir todos los buques en su ya próximo viage. Sobre esta consignó Magallanes las instrucciones respectivas para todos los capitanes y pilotos de la armada, las cuales revisadas y testimoniadas por los oficiales de la contratacion de Sevilla, se entregaron en diversos ejemplares á cada uno de los que mas cuenta habian de tener con sus buques respectivos.

Es evidente que la prevencion en semejante caso tan necesaria se habia llenado con aquella formalidad, la mas indispensable en las cosas de mar cuando se amontonan varios navíos para concurrir á un mismo objeto; porque los accidentes de un combate, los percances de un temporal y hasta el mas ó menos andar de cada buque, pueden estraviar alguno ó algunos de la comitiva,

y en tal caso de poco servirian al capitan ni al piloto, su valor ni su pericia ni sus mejores dotes, para enmendar un rumbo ó marcar una derrota de la cual no pudiera formarse la idea mas remota para la reserva de los acuerdos superiores.

Con todo: aun á pesar de aquella precaucion, ella misma por un ligero olvido vino á causar como adelante diremos serios disgustos y graves disensiones que produgeron en la flota motines y parcialidades de un desenlace sangriento. Fué tal vez esceso de la confianza que en su propia autoridad llegó á tener el ilustre marino portugués que iba encargado de la empresa, pues habiendo prevenido otras circunstancias de poca monta, descuidó el consignar en las instrucciones un artículo adicional para variar dentro del círculo legal, las disposiciones escritas de rumbos etc., siempre que las circunstancias lo exigiesen, sin mas consulta ni otra consideracion que su voluntad aconsejada por la esperiencia y práctica de su oficio y por la autoridad de la categoría que allí representaba.

En aquel caso semejante omision, porque tal vez la idea deberia sobreentenderse como anexa al cargo, y como superabundancia viciosa se suprimiera, produjo un conflicto en la armada que por poco destruye el objeto á que se dirigia, lo cual no sucedió en virtud de la presencia de ánimo de Magallanes, y de la lealtad del mayor número de sus súbditos que en la razon se pusieron; pero si de algo sirven las lecciones del jurado para los acuerdos sucesivos, es evidente que semejante leccion debe aprovecharla la historia, siquiera para evitar otros males mas trascendentales que suelen acontecer por iguales ó parecidas causas, entre los que podemos contar con lágrimas de sangre el mas funesto, la desgracia harto sabida de la malograda *Armada Invencible.*



CAPITULO XVIII.

Salida de la espedicion el 20 de setiembre.—Arribada á Santa Cruz de Tenerife.—Provisiones.—Dan la vela los buques el 2 de octubre y obstáculos que encuentran en la direccion marcada.—Instrucciones mal dadas.—Atrevimiento de Cartagena y reprension de Magallanes.—Falta de respeto del mismo, astucia del capitan general y prision del veedor.—Da el mando de la nao *San Antonio* al contador Coca.—Demanda de la costa del Brasil.—Nuevas observaciones.—Busca del Estrecho.—Peligros á que se hallan espuestas las naves.—Nuevos disturbios promovidos por los díscolos y por el preso Cartagena.—Disposiciones acertadas de Magallanes sobre los víveres.—Oposicion de las tripulaciones.—Razones del gefe de la espedicion, que convencen á los soldados.—Resolucion de residir en el puerto de San Julian.

Un mes y diez dias nada menos hubo de necesitar Magallanes despues de bajar á San Lúcar desde la ribera de Sevilla, para acabar de vencer todas las dificultades que por momentos se amontonaban contra la realizacion de su empresa. Al fin el dia 20 de setiembre, cuando apenas los rayos del sol abrillantaban las ondas del mar con sus zonas de fuego, saliendo perezosamente de aquel piélago inconmensurable, dió las velas al viento la espedicion recibiéndolo del N. para navegar con rumbo al S.-O. en demanda de las islas Canarias.

Con tiempo vario, y hallándose en mas de una ocasion obligado á cambiar los rumbos por la contrariedad de los vientos, pudo al fin la espedicion arribar al puerto de Santa Cruz de Tenerife el dia 26 del propio setiembre, y en él se proveyó de carne, agua y leña en bastante cantidad para reponer cuanto de estas provisiones se habia consumido en aquella primera jornada. El dia 29, para recibir cierta carabela que conducia pez para la espedicion, se trasladó esta al puerto de *Montaña Roja*, en la propia isla de Tenerife, y finalmente al comenzarse el mes de octubre se halló por completo despachada

y pronta á darse al mar, para seguir la importante mision á que iba destinada (1).

Leváronse pues las anclas el dia 2 por la tarde, y cuando ya la noche era entrada zarparon del puerto y se pusieron en franquía los cinco buques de la espedicion, navegando al S.-O. hasta el medio dia siguiente, que observando Magallanes las alturas se estensó en los 27.° de latitud N., y porque así conviniera á sus cálculos y proyectos de mejor viage, hizo virar las proas hasta marcar el rumbo al S. y S. 1/4 S.-O. con ánimo sin duda de cortar la línea equinoccial por semejantes latitudes.

Con arreglo á las instrucciones confeccionadas de antemano por el mismo Magallanes, y posteriormente sancionadas y repartidas en forma de ordenanza por los oficiales de la casa de la Contratacion á todos los capitanes y pilotos de los buques, parece que semejante cambio de direccion no deberia verificarse hasta navegar por la altura de los 24.° al norte de la línea, y en esto estuvo la imprevision del general cuando dictó ó escribió dichas instrucciones, y no menos del tribunal de Sevilla al aprobarlas, pues uno y otro debieron dejar á las necesidades ó ventajas del momento la porcion mas considerable por lo tocante á atribuciones. No se hizo sin embargo tal cosa, y

(1) En la *Relacion del último viaje al estrecho de Magallanes*, publicado de órden de S. M. en 1788 (parte II, página 187), se trastornan todas las fechas anteriores, no sabemos con cual objeto, pues semejante alteracion á nada conduce. El que dirigió los apreciables trabajos de dicho libro se apoya en la autoridad de Pigafeta, y en el diario de cierto portugués, compañero de Duarte Barbosa, cuyo nombre se ignora. Para mejor asentar sus datos contradice á Oviedo suponiendo que sin bastante juicio hubo de confundirlas y trastornarlas, y porque seria aventurado por lo menos en contra de su autoridad no hacer mencion del cronista Herrera, lo cita igualmente diciendo que sigue la opinion del anónimo portugués y del italiano Pigafeta. Tenemos á la vista los testos que se citan, y con el tomo primero de Herrera en la mano podemos asegurar que este autor no está conforme con semejante data: antes por el contrario dice: *Salió, pues, esta armada de Sevilla á diez dias de agosto de este año* (1519) *y la primera tierra que tomaron fué la isla de Tenerife en las Canarias, á donde estuvieron algunos dias* (no dice cuantos) *tomando carne, agua y leña, y lo demas que habian menester. Fueron á otro puerto de la misma isla.... y partieron á dos de octubre ya de noche etc.* El compilador del libro primeramente citado tambien trastorna esta fecha, diciendo que abandonaron la isla de Tenerife el dia 3 de octubre. Si las respetables autoridades de Oviedo y Herrera no bastan para justificar la exactitud de las fechas que hemos consignado en esta obra, no se podrá decir lo mismo de la profunda investigacion y sano juicio que en todas sus publicaciones ha empleado el sábio señor don Martin Fernandez Navarrete, el cual habiendo registrado con escrupuloso detenimiento el diario de Francisco de Alba, contramaestre que fué de la nao Trinidad, que tuvo la dicha de regresar á nuestra patria con Elcano en la Victoria; así como vió y examinó tambien todos los libros y papeles que sobre aquella espedicion se escribieron en ocasiones, inclusa la relacion del mismo Pigafeta, á quien cita, aceptó y consignó en su cuarto tomo de *Viages* las propias fechas que aquí se admiten como buenas. No podemos suponer que contra tan graves autoridades, que se apoyan en los documentos mas auténticos pueda servir el anónimo de un portugués que no se sabe quien fuese, ni tampoco el escaso crédito que merecen los escritos de Pigafeta estractados en italiano para darlos á la estampa por el colector Juan Bautista Ramusio, en su *Discorso sopra el viaggio fato dagli Spagnuoli in torno al mondo.* Las fábulas y exageraciones que ha introducido en sus escritos el tal Pigafeta, tratándose de tierras lejanas desautorizan no poco todo cuanto ha dicho en ellos, como que al hacerse cargo de su relacion cierto oficial de la marina inglesa que escribió el primero, el viaje del comandante Byron, (*A voyage round the World in His Majesty's ship the Dolphin comandad by the Commodore Byron.—London: MDCCLXVII.*) dice: *Pero el escritor de este viaje ha mezclado, en la descripcion que hace de él circunstancias no menos fabulosas que absurdas* (circonstances that are equally fabulous and absurd:) y así es la verdad, pues á su pluma se debieron primero las famosas invenciones de los gigantes de quince pies de estatura, cuya existencia supuso en las tierras del Estrecho. Por lo demas tambien se sabe que Pigafeta escribió su relacion despues de su regreso, y por lo tanto bien pudiera ser que la memoria le fuese infiel en punto á las datas. De todos modos creemos que el distinguido oficial de la marina española y conocido literato que ordenó el libro titulado *Relacion del último viaje al Estrecho de Magallanes*, hubiera debido tener mejor acierto, para asentar las fechas respectivas en la eleccion de los autores.

puesta de frente la ocasion de aprovechar una corriente ó seguir ventajosamente á un largo por las comodidades que proporcionase la direccion del viento, el general de la empresa tuvo que ver, sino desobedecidas, á lo menos contrariadas sus primeras disposiciones, dando fundamento este percance á desavenencias y rencillas muy siniestras por lo que con el tiempo habian de desarrollarse.

En efecto: ya hemos dicho que por conjunto persona de Magallanes y en sustitucion de Ruy Falero, habia sido nombrado el veedor Francisco de Cartagena, que á la vez iba por capitan en propiedad de la nave San Antonio. Cuando por señales de bandera llegó á entender el cambio de rumbo por Magallanes ordenado, subió al alcázar de su navío y usando de la vocina se atre-



vió á manifestar de viva voz que: pues las instrucciones escritas marcaban las alturas en que se habian de verificar aquellos cambios, y por otra parte su carácter de igualdad en las atribuciones, le daba derecho á exigir la participacion consiguiente en los acuerdos imprevistos, le prevenia que en el primer caso ninguna alteracion debia obrarse sin el consejo y aprobacion de todos los capitanes y pilotos de la armada y en el segundo que se abstuviese de proveer cosa por necesaria que fuese sin su noticia y asentimiento.

Aun cuando mas no tengamos en cuenta para estimar la gravedad del suceso, que las dificultades de la empresa que se acometia, y la necesidad de

orillar para su realizacion cuantos inconvenientes pudieran oponerse, bien se deja conocer cuanto se equivocaron los oficiales reales y hasta el propio monarca, al nombrar conjunta persona que pudiera entorpecer con sus vanas pretensiones la marcha progresiva de la espedicion y su mejor éxito. La unidad del mando en todas aquellas empresas que dependen de una rigurosa disciplina y de la ciega obediencia, no ha sido puesta jamás en tela de juicio por persona que en algo tenga la bondad práctica de los sucesos; y en la ocasion presente, cuando se habian de aventurar reconocimientos peligrosos y pasos arriesgados por mares absolutamente desconocidos, nadie duda que la intervencion pretendida no sin fuerza de derecho por el veedor Cartagena, de resolver en cuanto pudiera ser útil á los adelantos de aquella espedicion, no podia dejar de ser mas que peligrosa disolvente, y como tal muy bastante para inutilizar en su resultado final, todos los esfuerzos del insigne Magallanes.

Para bien del descubrimiento que hizo tan gloriosa aquella espedicion, el gefe superior de ella revestido de su autoridad y con toda la fuerza de su carácter reprendió ásperamente á su atrevido interpelante, y previno tanto á este como á los otros capitanes y pilotos de los buques, que en adelante sin mas advertencias ni consultas siguiesen el rumbo de sus señales, de dia por el cambio de banderas con arreglo á las instrucciones convenidas y de noche por el número y situacion de los faroles.

Mal curado hubo de quedar Juan de Cartagena con la repulsa que recibió por toda respuesta á la reclamacion intempestiva de sus atribuciones y derechos: con todo, falto de medios sin duda para hacer frente con mayor ahinco á la absoluta voluntad de Magallanes, disimuló cuanto supo su despecho, mas no tanto que en la primera ocasion no lo manifestase con todos los síntomas de la venganza que se proyectaba en su cabeza. Marchando la espedicion con propósito de acercarse á las costas del Brasil, pasó por entre el cabo Verde y sus islas, navegando quince dias con buen tiempo hasta el paralelo de Sierra Leona que está en la costa de Guinea, pero siempre inclinándose hácia el O. lo bastante para ganar terreno hácia aquellas partes donde el rumbo deberia marcarse á su debido tiempo despues de rebasada la línea. Antes que esto se verificase esperimentaron los espedicionarios nada menos de veinte dias de calmas y luego vientos contrarios, tormentas fuertes y aguaceros abundantes, de suerte que los progresos de la navegacion fueron escasos en tanto que navegaron por el hemisferio del Norte.

En una de aquellas noches en que la calma mas absoluta tenia en completa inaccion á los cinco buques sobre la costa de Guinea, envió Cartagena á saludar á Magallanes segun mandamiento real y costumbre de los navegantes, por conducto de un marinero de los aventajados de su nave, diciendo: *Dios os salve, señor capitan y maestre, é buena compañía.* Por mas que en el hecho quedase cumplida por Cartagena aquella muestra de sumision que el dere-

cho de autoridad requeria, es evidente que en lo de llamar á Magallanes *señor capitan y maestre* se inferia una ofensa de desprecio bien fácil de saltar á la mente sin pérdida de tiempo ni contrarias prevenciones, puesto que capitanes y maestres, simplemente dicho, lo eran todos y cada uno de los que á su cargo llevaban una nave. En tal concepto y dándose por ofendido Magallanes, envió á decir á Cartagena que en lo sucesivo no le saludase de aquel modo, sino llamándole *capitan general* conforme á las letras reales de su autoridad convenia; pero el altanero español que se habia propuesto participar de la autoridad suprema en la espedicion, con arreglo á la investidura de conjunta persona de Magallanes que el rey le habia otorgado, le envió á responder, que pues, por agraviado se tenia, habiéndole mandado el saludo por el mejor marinero de su buque, quizá otro dia le saludaria por conducto de un paje, ó no le saludaria, que fué justamente lo que hizo en los tres dias primeros siguientes á este altercado.

No cumplia al levantado corazon de Magallanes semejante desprecio, porque si lo hubiera tolerado en los principios de la espedicion el mas alto desprecio hubiera caido sobre su autoridad y persona con la seguridad de fracasar en cuantas situaciones arriesgadas se aventurase para llevar adelante la realizacion de su proyecto. En tan crítico lance, y para moderar los espíritus desorganizadores por medio de un golpe de mano que le asegurase el respeto y sumision de los mas, en uno de aquellos dias de calma mandó Magallanes ir á su bordo á todos los capitanes y pilotos de la espedicion como para proponerles algunas dificultades que se le ofrecian en punto á la derrota. Abierta la discusion fueron progresivamente acalorándose los ánimos díscolos, sobresaliendo entre todos por su altanera presuncion el veedor Cartagena, á quien Magallanes hubo de reprender ágriamente, recordando á propósito la cuestion del saludo que era el punto de partida de las mas peligrosas disensiones que allí se estaban desarrollando con tanto perjuicio de la empresa. Como herido de un rayo el veedor al sentirse rebajado en su presumida paridad de derechos, hubo de repetir alterado y descompuesto cuanto en la pasada disidencia habia manifestado por tercera persona; y entonces Magallanes que á tal punto queria conducir la discusion para salvar su autoridad en adelante de nuevos desacatos, puso la mano en el arrogante Cartagena, ordenándole que se diese á prision con ayuda y favor de los circunstantes que atónitos por la audacia no se atrevieron á contrariar la disposicion de tan arrojado caudillo.

Todavía Cartagena, apelando á un sentimiento de nacionalidad mal entendido supuso que podria verificarse instantáneamente un cambio total en la situacion que se habia creado, y al efecto apeló á la magestad real pidiendo favor en su nombre contra Magallanes á quien al propio tiempo quiso reducir á prision; pero los circunstantes dieron oido y favor á la verdadera autoridad, porque el deber y la subordinacion estaban á mayor altura que las mezquinas afecciones de un españolismo falso, y el veedor quedó prisionero de Magalla-

nes en la nave *Trinidad*, metido de piés en un cepo que se llevaba de órden para todo género de delincuentes.

El mando de la nave *San Antonio*, que era del cargo de Cartagena, lo dió Magallanes al contador Antonio de Coca; pero aunque para mayor seguridad del prisionero hubiera deseado llevarlo á la vista en la *Trinidad*, fueron tantos los ruegos y súplicas que se emplearon de parte de los otros capitanes para que á cargo de un español se pusiese al delincuente, que el capitan general vino en conceder su custodia al tesorero Luis de Mendoza que al propio tiempo iba en la espedicion por capitan de la famosa nave *Victoria:* pero con la condicion de que para obtener semejante confianza hiciese pleito homenaje y diese palabra formal de devolver el prisionero á la principal autoridad de la espedicion, siempre que por voluntad ó conveniencia le fuese reclamado.

Por mas que con semejantes procederes pudiera continuarse el curso de la navegacion por entonces sin otro contratiempo, no hay duda que fué aquel un nuevo estímulo que habian de aprovechar en las ocasiones los díscolos y descontentos, con harto peligro de la seguridad individual y de los adelantos de la empresa. Sin embargo, calmadas las pasiones á lo menos en la apariencia, Magallanes continuó su derrota hasta ponerse á la vista del cabo San Agustin, el cual le demoraba como veinte y siete leguas distante al S. O. el dia 29 de noviembre.

Ya en demanda de la costa del Brasil torciéronse los rumbos desde aquellas aguas poniendo las proas al S. S. O. hasta el dia 4 de diciembre, y luego al S. O. 1|4 al S., O. S. O. y S. O. hasta el dia 8 en que se avistó dicha costa que era de playas planas en la latitud austral de 19° y 59'.

Corriendo la costa harto aproximadas las naves, hasta el punto de ponerse en peligro evidente, embocaron el dia 13 de diciembre por el desagüe del *Rio Janeiro*, pues aunque aquellas partes habian sido ya escrupulosamente reconocidas por Pinzon, Solís y algunos otros navegantes, todavía gustaba Magallanes de persuadirse por sí mismo de la inexistencia allí del estrecho que buscaba. Fondeada la espedicion en el puerto que llamaron de *Santa Lucía*, no muy adentro del rio, se entretuvo en refrescarse de agua y provisiones, utilizando la caza de aves que allí hicieron en abundancia no menos que las frutas y otros artículos de que les proveyeron los naturales. Para dar á la ciencia algun resultado tras de ya tan larga travesía, el piloto Andrés de San Martin se entretuvo en dicho puerto el dia 17 de dicho mes en observar una longitud por conjuncion de Júpiter con la Luna, operacion que resultó imposible por la inexactitud de las tablas de Zacuta y el almanaque de Juan de Monte Regio; pero al dia siguiente observó la latitud austral de 23.° y 45'.

Sin duda porque algunas alteraciones asomaban entre el equipage de la nave *San Antonio*, cuyo primitivo capitan habia sido el veedor Cartagena, Magallanes proveyó aquel cargo, que antes diera á Antonio de Coca, en la persona

de su sobrino Alvaro de la Mezquita ; y con esto y con las nuevas precauciones que requeria la magnitud de la empresa acometida salieron al mar nuevamente los buques el dia 27 de diciembre, siguiendo el reconocimiento de la costa en la direccion del O. S. O. hasta la que denominó *bahía de los Reyes*. Aquí se detuvo hasta el primer dia del siguiente año (1520) y luego con las propias tendencias que en todos los pasos anteriores subieron por el hemisferio del Sur hasta los 35° de latitud, en cuya altura á 10 de enero reconocieron el *cabo de Santa María*, y se pusieron en demanda del *rio de la Plata*.

Con ánimo de reconocer las partes interiores de aquel rio por lo que pudiera facilitar el esclarecimiento de la verdad que iban indagando nuestros navegantes, el capitan general de la empresa se trasbordó á la nave *San Antonio* y con ella ganando terreno sobre el O, corrió á la opuesta ribera de aquel caudaloso rio midiendo la distancia admirable que media entre ambas orillas, la cual no es menor de veinte leguas en las cercanías de su confluencia con el Océano, y esta operacion que ratificó la opinion existente ya de que no era aquella embocadura por donde habia de hallarse el estrecho apetecido, entretuvo á la espedicion desde el dia 10 de enero que fué cuando montó el cabo de Santa María hasta el 7 de febrero que le demoraba el cabo de San Anton al S., distancia aproximada de veinte y siete leguas.

Ni los vientos contrarios y furiosos temporales que esperimentó la espedicion durante su viaje hasta aquellas latitudes, ni la continuacion de peligros que por una costa jamás frecuentada de naves europeas se ofrecian á cada paso en virtud de los bajos y escollos en que á veces llegaron á tocar nuestros buques, ni la idea mas desconsoladora aun de la falta que pudiera ocurrir de provisiones cuando mas empeñados estuviesen por un golfo cuyos límites no se alcanzaran, sirvieron de correctivo á la empeñada voluntad de Magallanes á todo trance resuelto á llevar á cabo la esploracion hasta las mas altas regiones polares de aquel hemisferio.

En vano cuando algun contratiempo de los muchos que padeció la espedicion amagaba la existencia ó seguridad de alguno de sus buques, los mas autorizados entre cuantos hombres de mar allí iban le esponian respetuosamente la conveniencia supuesta por el temor ó la desconfianza de abandonar la empresa. El hombre que habia adivinado su gloria con la realizacion del descubrimiento apetecido no quiso ceder ante los consejos, y siempre luchando con peligros imponderables siguió intrépido ganando terreno la costa arriba, hasta el puerto de San Julian que está situado nada menos que en latitud austral de 49.° 30′.

Durante la travesía que hubo de verificarse con efecto entre los mayores peligros, casi todas las naves se vieron espuestas á varar, por la proximidad á que Magallanes queria que se navegase de la tierra: en especial el dia 13 de febrero la *Victoria* dió tantas tocadas navegando la vuelta del norte hácia el *rio Colorado* sobre los 39.° 11′ que á gran dicha pudo contar su flote en medio de

un espantoso temporal con que el cielo descargaba á porfía sobre los espedicionarios, relámpagos, truenos, rayos y agua.

Con todo, á través de la dicha con que se logró la espedicion en todos sus pasos, no eran los peligros físicos de la mar y el viento los que en mayores conflictos habian de poner á Magallanes, porque los díscolos iban mal curados de las pasadas discordias, y el cautivo Juan de Cartagena no se descuidaba en minar los afectos con sentidos, pero inmotivados discursos, que sin embargo arrastraban en pos de sí las voluntades. De los primeros que en la lealtad declinaron hubo de ser ciertamente el capítan Luis de Mendoza, á cuyo cargo iba el preso; puesto que antes de que la espedicion llegase á la altura del puerto *Deseado*, que entonces se denominó por aquellas gentes *bahía de los Trabajos*, Magallanes lo estrajo de dicha custodia, y lo entregó en la nave *Concepcion* al no mas leal capitan Gaspar de Quesada.

Muy enagenadas debian ir ya entonces las voluntades que hasta allí se habian mostrado sumisas á la autoridad del gefe principal de la empresa; pero faltaba un pretesto justificativo para romper decididamente los lazos de la subordinacion, porque sin este, aunque el motin de los mas contra Magallanes saliera airoso, no podria justificarse ante la Magestad, no dando cabo á la empresa, de cuyo inventor privaban con la insurreccion á nuestra patria. El motivo, sin embargo no haria esperarse mucho tiempo. El mes de marzo tocaba á su término, cuando la espedicion arribó al puerto de San Julian, un sábado que era víspera de la fiesta solemne de los Ramos, y se contaba del dicho mes el dia 31. La abundancia de los temporales que sin interrupcion habian trabajado á aquellos navegantes y la proximidad del invierno que iba á suceder en el hemisferio del Sur, precisamente cuando aquí se abrian los frutos á la sazon de la consoladora primavera, hicieron pensar muy formalmente á Magallanes en la conservacion de la escuadra que llevaba á sus órdenes; y para que nunca de temerario pudieran acusarle los que de su constancia murmuraban, quiso rendir tributo á una costumbre racional de los primeros navegantes del viejo mundo, absteniéndose como ellos de navegar en tanto que la mala estacion no hubiese pasado.

Nunca con mas fundamento pudiera haberse tomado precaucion marinera de este género. La espedicion se hallaba flotando sobre un mar enteramente nuevo para los navegantes europeos: ni eran conocidas las condiciones de la costa que se iba reconociendo, ni menos podia piloto alguno marcar para vencerlas ó evitarlas la direccion de las corrientes, las influencias del clima ni los bajos y escollos donde pudiera con fundamento temerse un naufragio. La precaucion era tanto mas motivada, cuanto que perdida la estrella del Norte en aquel hemisferio, y no bastante asegurados aun nuestros pilotos en la constelacion que allí la sustituye como guia de los navegantes, tan peligrosa debia parecer la proximidad de la tierra por los inconvenientes enunciados, cuanto la necesidad de engolfarse para evitar corrientes ó escollos, ó á impulsos

de alguna tempestad, por la causa mas importante que dejamos espuesta. Aquí pues, fué donde mas quilates de su bondad descubrió la asentada reputacion de Magallanes.

La resolucion en su esencia no pudo disgustar á los españoles que en mayor cantidad formaban los equipages de aquellos bastimentos; pero cuando la habilidad se apodera de las masas siquiera no sea con los mejores fines, todo lo útil declina, y los mas buenos acuerdos suelen servir de estímulo á los peores resultados; tal sucedió, efectivamente en la ocasion á que nos vamos refiriendo. Así que Magallanes se convenció prácticamente de las ventajas que aquel puerto ofrecia sobre cualquier otro de los reconocidos en sus inmediaciones, para establecer su invernadero, lo comunicó así á todos los capitanes de los buques, no solo para que trataran de acomodar sus oficios á la nueva acordada del gefe, sino tambien para que moderasen el gasto supérfluo de su gente respectiva, aprovechándose de los alimentos que el pais ofrecia para reservar á las ocasiones perentorias los víveres procedentes de Europa, que mas fácilmente podian resistir á la accion del tiempo.

El precepto no podia ser mas racional ni de otra manera que muy útil y prudente debiera considerarse: que predilecto sistema de todo buen capitan ha de ser en las navegaciones de éxito desconocido y aun en las mas corrientes, prevenir los sucesos que puedan sobrevenir, y ante todo reservar para ellos el conveniente sustento de sus inferiores. Mas como las voluntades de los mas iban dominadas por el espíritu desorganizador de las pasadas rencillas, la gente de los cinco buques, con cierto baño de respeto que sentaba muy mal entre las tendencias subversivas que se iban descubriendo, rogó á Magallanes que alargase las raciones ó se volviese atrás en su camino, puesto que ninguna esperanza quedaba de hallar el cabo ó estrecho cuyo descubrimiento se anhelaba. El pais era frio, la tierra estéril y los ánimos estaban apocados mas que por la accion de los peligros, por el espíritu desorganizador que entre los cabos superiores de la empresa se habia desarrollado.

No se ocultaban á Magallanes los orígenes de semejante peticion que era general, bien que sumisa en todo el armamento, y por lo tanto se dispuso á destruirla por el mismo camino de suavidad que el motin habia tomado. Habló á los mas razonables y menos pervertidos ponderando las glorias de la nacion española por la constancia de sus hijos adquirida en las recientes y harto mas peligrosas navegaciones. Dió largas esperanzas é hizo deslumbrantes promesas á los mas codiciosos, habló de honor y lealtad á los menos pervertidos; probó que aquella bahía era abundante en mucho y sabroso pescado, así como la tierra inmediata brindaba caza en grandes porciones: designó los parages donde la espedicion podia surtirse de leña tanta como conviniera, para neutralizar los efectos de la fria estacion que se estaba comenzando, y finalmente hizo ver que con una prudente economía que nada tuviese de miserable, todavía en las despensas de los buques habia galleta y vino con tanta canti-

dad, que difícilmente ambos recursos, las cosas principales de la vida, podrian faltarles durante la jornada.

Vacilantes los ánimos, mal aconsejados, pero no maliciosos, no tardaron mucho tiempo en entrar por la senda de la razon, sobradamente convencidos de la que asistia á Magallanes: y entonces, este que sabia dominar los afectos por la oportunidad, mejor que por la fuerza, dió á su aspecto toda la energía que necesitaba para ponerse encima de las tendencias enemigas de los parciales de Cartagena, y con voz imponente y firme espresion concluyó su discurso diciendo que estaba pronto á luchar y perecer, antes que dejar de cumplir al rey de España lo que le habia prometido.

Por mas que en las últimas palabras del lusitano piloto, se manifestase con hábil destreza un pensamiento que siempre ha dado resultados favorables cuando la fuerza material lo apoya, es evidente que en aquella ocasion no podian ser las amenazas los mas elocuentes correctivos, tratándose de dominar á una mayoría notable de españoles con solo la voluntad del gefe principal de la espedicion, ayudado á lo mas por alguna treintena de aventureros que aun por su condicion de estrangeros no podian ser partidarios acérrimos de la continuacion del viaje en busca del estrecho, no hallándose interesados ni por patriotismo ni por inclinacion natural, en las glorias y ventajas que aquel pudiera reportar á la nacion española; pero Magallanes habia tocado el resorte del honor en el pecho de nuestras gentes, y este sentimiento á que nunca se apela en vano cuando con españoles se trata, produjo entonces todo el efecto que pudiera desearse. Los soldados, no menos que los marineros de nuestro pais, se conformaron sin mas réplica con la voluntad del caudillo que los conducia, y únicamente aquellos á quienes agravios personales quedaban que vengar ó torcidas pasiones les convenia satisfacer para dar pasto á ruines inclinaciones, de las que se alimentan en todos los paises del mundo, si bajaron sumisos la cabeza ante la obediencia general, no renunciaron á sus ocultas maquinaciones, resueltos á apoderarse del mando de la espedicion por medio de un golpe á mano airada. Magallanes por su parte no se descuidó en prevenir lo conveniente contra la enemiga de sus émulos, que no le era desconocida: y así aparejadas las voluntades, y apercibidos los recelos, se ordenó lo necesario para la residencia en el puerto de San Julian, que al fin quedó definitivamente resuelta y organizada.

CAPITULO XIX.

Festividad de los Ramos.—Negativa de Quesada y Mendoza.—Atentado de Cartagena y Quesada contra la nave *San Antonio*.—Muerte del maestre Elorriaga.—Nuevos capitanes de las tres naves insubordinadas.—Mensaje traidor dirigido á Magallanes.—Decision de este contra los amotinados.—Mendoza muere asesinado en su buque por Espinosa.—Arrojo de Duarte Barbosa y su triunfo.—Temores de Cartagena y Quesada.—Causa y sentencia contra estos.—Salida de la nave *Santiago* para buscar el estrecho.—Su naufragio.—Permanencia en el puerto de San Julian.—Da á la vela la espedicion.

Cuando la envidia se apodera del corazon para derramar por todas sus fibras el veneno con que se amasan sus siniestras inclinaciones, difícilmente sucumbe al empuje de un golpe indeciso que nada mas produce que algun ligero contratiempo. El corazon del envidioso jamás en el mal se satisface hasta que destruye cuanto le estorba, y el que en su bastardo pecho sustentaba el veedor Cartagena tenia tanta hiel que á su aliento se infestaban cuantos tenian por su destino la mala ventura de estar en comunicacion con aquel miserable prisionero.

En vano la habilidad, el carácter, y las razones de Magallanes habian desconcertado el motin de un dia para dar cumplimiento á la resolucion mas acertada que hubo de tomar durante su viaje. La tea de la discordia habia quedado encendida, á pesar del triunfo alcanzado por la razon contra las sugestiones de siniestro orígen, y el incendio mas ó menos pronto habia de propagarse por los combustibles amontonados en la aventura para devorarlo todo, siempre que nuevas combinaciones de la justicia y la razon aunadas con la parte mas sana de la firme lealtad, no se apresuraran de nuevo á destruirlo.

Veinte y cuatro horas no habian pasado aun de que el murmullo anterior se habia deshecho, cuando nuevas complicaciones acudieron á trastornar el órden

que debia reinar en toda aquella espedicion para alcanzar por mejores vias el triunfo de su resolucion aventurada. Los descontentos tomaron la ocasion de la festividad de los Ramos, que como buen cristiano quiso Magallanes celebrar en tierra acompañado de todos los equipajes de los cinco bastimentos: era el dia 1.° de abril correspondiente al segundo año de la espedicion, bien que todavía uno de la salida de España no se habia concluido, y ya la mala semilla estaba inquieta porque sus frutos no habian emponzoñado el alma de la empresa. Así pues, para que mas adelante no pudiera parar la buena dicha de Magallanes, en vano invitó este á todos los capitanes, oficiales y pilotos para que en su compañía bajaran á tierra donde se diria una misa en honra y gloria del Dios Hombre, yendo despues á la nave del mismo capitan general donde se tenia dispuesta una comida para todos. Alvaro de la Mezquita y Antonio de Coca con la gente respectiva de sus naves no faltaron á la misa, como obedientes y leales que eran al gefe de la empresa; pero Gaspar de Quesada pretestó la necesidad de velar por el preso que tenia á su cargo, y á Luis de Mendoza no le faltaron disculpas que le dispensasen de acudir á la ceremonia religiosa, facilitando así la ejecucion de la trama que contra Magallanes, de acuerdo y por instigacion de Cartagena, estaban urdiendo.

Para no demorar el golpe ni un dia mas, en la propia noche que se siguió al domingo de Ramos, entráronse en un bote de la nave *Concepcion,* Cartagena y Quesada seguidos de treinta hombres armados á punto de guerra, y altaneros atracaron á la *San Antonio* donde requirieron á la tripulacion que entregase en calidad de preso á su capitan Alvaro de la Mezquita: funesto ejemplo de insubordinacion que comenzaba por sembrar la inmoralidad mas desastrosa donde se trataba nada menos que de establecer el imperio de la razon y la justicia. Para mas obligar á los requeridos con el apoyo de varios argumentos que allí pudieran tomarse por convincentes razones, manifestaron los agresores que ya tenian de su parte, y era verdad, la *Concepcion* y la *Victoria;* y luego tocando los resortes de las malas pasiones entraron á ponderar el despotismo de Magallanes, la inseguridad del viaje que iban haciendo, la falta de provisiones que ya comenzaba á sentirse, el mal clima en que se iban entrando, y finalmente la absoluta necesidad de emanciparse de una autoridad que no siendo española, podia tirar á perderlos por envidias y rencores de torpe nacionalismo.

Para contestar á tan calumniosos argumentos tomó la voz como súbdito fiel y leal compañero el maestre de la nave Juan de Elorriaga, el cual encarándose con Gaspar de Quesada habló en estos términos: «Requieroos de parte de Dios é del rey D. Carlos que vos vais á vuestra nao, porque no es este tiempo de andar como hombres armados por las naos, y tambien vos requiero que solteis nuestro capitan.» Porque es de advertir que mientras los argumentos tenian el carácter de templanza con que los gefes del motin querian autorizarles, los amotinados se habian entrado amistosamente en la nave, y luego con mas

abierta franqueza se apoderaron del capitan y de los principales puntos para inutilizar la resistencia.

No era Quesada de esos hombres en quienes la réplica sana y vigorosa despierta los sentimientos de la conviccion, ni el caso crítico de aquella insurreccion podia dar largas á la polémica. Así echando mano á un puñal que en el cinto llevaba y apostrofando de loco al maestre, quien de traidor blasonaba, le hirió hasta cuatro veces, bien que ninguna de muerte porque así lo quiso la buena ventura; y con esto trastornada la gente de la nave *San Antonio*, preso su capitan, y tan mal parado su maestre, el silencio sustituyó á la lealtad, y los mas osados apoderados de dicha nave fueron reconocidos los mejores en la contienda.

Con semejante proceder rotos ya los lazos de la subordinacion, á mayores atentados se habian de aventurar los que tan mala senda habian emprendido. Al efécto se hizo Quesada capitan de la nave *San Antonio*, al propio tiempo que el veedor Cartagena tomó á su cargo la *Concepcion*, y Mendoza continuó en posesion de la *Victoria*, todas tres en manifiesta rebelion contra el capitan general de la flota.

Con intencion de hacer frente á los sucesos que inmediatamente deberian sobrevenir tan pronto como Magallanes tuviese conocimiento de lo ocurrido, acordaron los gefes de la insurreccion de enviarle sumiso mensaje, sino bastante para engañarle, á lo menos muy capaz de comprometerle si menos cauto hubiera obrado. Con él le ponian en conocimiento del poder que ya tenian con el apresamiento de la nave *San Antonio*, que es el sistema de los traidores querer autorizar con la fuerza lo que de razon les falta: y luego, esponiendo sus pareceres respecto de la espedicion y lo que á los derechos de cada uno tocaba, dijeron que el haberse puesto en armas para emitir su opinion y reclamar la accion del voto de los mas, era únicamente á fin de no ser atropellados por la autoridad como hasta entonces lo habian sido; pero que si Magallanes se ponia en lo que era de razon y quisiera avenirse á lo que cumpliere al mejor servicio de S. M. conforme ellos lo entendian, no solamente depondrian las armas sino que sumisos le acrecentarian los honores con todo género de tratamientos y públicas manifestaciones.

Si no era esta una celada que se preparaba para llevar á término completo la mas torpe alevosía, Magallanes por lo menos hubo de presumirlo y así quiso corresponder por los mismos medios á la malicia de sus contrarios; pero aunque les envió á decir por los mensageros primitivos que acudiesen todos los capitanes y pilotos á su nave, aquellos temieron que contra ellos se convirtiese la celada dispuesta, y de nuevo persistieron en que la junta deberia tenerse en la nave *San Antonio*.

Puestas en tal estado las cosas no pareció á Magallanes prudente ni decoroso á su categoría tolerar por mas tiempo la traicion que en un momento pudiera mas bien trasmitirse hasta al propio buque que él montaba; pero de los

alardes de su fuerza no esperaba resultado favorable, porque además de contar en la parte material alguna menos que sus enemigos, no echaba en olvido la repugnancia natural que habia de causar á todos, pelear unos contra otros los soldados de la espedicion, en especial siendo casi todos hijos de una misma patria. En semejante conflicto la astucia bien conducida era el último y mas útil de los resortes, y Magallanes al tocarlo lo hizo con tanta destreza que por él alcanzó tan completo triunfo como nunca en tal caso hubiera podido conseguir por la fuerza de las armas.

El primer paso que dió Magallanes para facilitar mejor sus acuerdos fué detener amarrado á su nave el batel de la *San Antonio* que en aquellos tratos andaba; no tanto por la disminucion que aquellos marineros habian de causar en los amotinados, cuanto por tener como suspensas las negociaciones sin cerrar la puerta á las esperanzas de los que de buena fé las consideraban. Dado este paso, que no dejaba de ser aventurado por los recelos que habia entre los caudillos de la rebelion, armó Magallanes el esquife de la *Trinidad*, y á su bordo envió seis soldados escogidos entre los mas valientes y leales, bajo las órdenes del alguacil Gonzalo Gomez de Espinosa: llevaban todos sus armas ocultas, y para el tesorero Mendoza una carta de Magallanes la cual habia de ser el pretesto por donde deberia comenzarse la siniestra accion preparada contra los rebeldes.



Así que atracó el esquife á la nave *Victoria* entraron en esta Espinosa y los seis soldados que con él iban, sin que de la parte contraria pudieran recelar





C. Mugica invº y litº

Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

APODERADO EL REBELDE MENDOZA

de la nao **Victoria**, una de las que componian la Armada de Magallanes, entra un comisionado de este en aquel buque, y de una puñalada quita la vida al traidor en el acto de leer una carta que acababa de entregarle.

contratiempo alguno de tan escaso número de gente en las apariencias desarmada; pero cuando mas engolfado en la lectura de la carta se hallaba el tesorero mofándose del contenido por la insistencia de Magallanes para que la junta general tuviese lugar en su buque, el alguacil le dió una diestra puñalada en la garganta y otra cuchillada un soldado en la cabeza de que murió Mendoza instantáneamente.

A protejer el hecho salió á todo remo de la nave capitana el batel de la *San Antonio*, guarnecido por quince hombres de guerra á las órdenes de Duarte Barbosa los cuales se entraron espada en mano dentro de la *Victoria* para aumentar el terror de que la tripulacion se hallaba poseida: de suerte que, sin mas choque ni defensa, todos reconocieron la autoridad de Magallanes, en cuyo nombre comenzaron desde entonces otra vez á regirse todas sus operaciones y movimientos.

Cuando Cartagena y Quesada llegaron á entender el suceso de la *Victoria* y el desdichado fin de su cómplice Mendoza, comenzaron á temer por su seguridad personal, y desde luego trataron de salir al mar en sus respectivas naves, con ánimos de volverse á España; pero Magallanes habia previsto el intento antes de que cruzase por la mente de aquellos, y con toda la ventaja moral y material que habia adquirido no vacilando ya en acometer una accion, seguro de su triunfo, hubo de colocarse con las tres naves que le obedecian sobre la embocadura del puerto.

Semejante disposición no pudo menos de aumentar grandemente la angustiosa situacion de los amotinados. Quesada para disminuir su delito trató de soltar á Alvaro de la Mezquita y enviarlo como mensajero á Magallanes para concertar una capitulacion razonable; mas el prisionero, seguro de la ventajosa situacion de Magallanes no quiso aventurarse á ser portador de semejante misiva, y con esto cada parte volvió á buscar en los acuerdos de la astucia los medios que las vias legales no proporcionaban.

Los rebeldes, siempre consecuentes en el propósito de huir, levaron dos anclas de cada nave de tres con que se hallaban surgidas; pero cuando así estaban á pique la *San Antonio* garró en la noche del 4 y yendo á abordar con la capitana, esta comenzó á disparar algunos tiros é inmediatamente echó una parte de su gente en aquella. Cuando la tripulacion de la nave *San Antonio* se halló mal despierta, mezclada con sus enemigos, depuso su traicion ante la buena fortuna de sus vencedores, haciendo lo mismo la gente de la *Concepcion*, que atónita no pudo menos de atribuir á la falta de justicia la buena ventura de Magallanes.

Por mucha que sea la magnanimidad en los grandes corazones siempre hay un principio de propia conservacion que aconseja el castigo del delito en los casos de reincidencia, porque en todas las jurisprudencias del mundo es evidente el principio de que la impunidad alienta el crímen. Así pues, Magallanes despues de cumplir sus deberes venciendo como general no se descuidó en

atender al desagravio de la justicia; y obrando en ella hizo prender á Quesada y al contador Antonio de Coca con otros hombres sobresalientes que en el motin se habian interesado: esto en la nave *San Antonio*, á la cual mandó conducir así mismo al motor de tantos disturbios que lo era Juan de Cartagena, de cuya causa y sentencia se encargó Magallanes por sí mismo, con harto conocimiento de causa para hacerse intérprete y ejecutor de la ley en el mas lato sentido.

Para desagravio de la autoridad y escarmiento de traidores comenzó por hacer bajar á tierra el cuerpo de Luis de Mendoza, del cual mandó hacer cuartos que se pusieron á la pública espectativa. Despues fué degollado tambien con pregones de traidor el capitan Gaspar de Quesada, y como el otro descuartizado, y á fin de evitar en adelante nuevos disturbios por causa de la autoridad no queriendo incluir en la nota de traidor á quien solamente sus pretendidos derechos defendia Magallanes, pronunció sentencia contra Juan de Cartagena de dejarlo desterrado en aquellos paises cuando del puerto se ausentase la armada. En el destierro deberia acompañarle el clérigo Pero Sanchez de Reina, cuyas instigaciones habian sido gran parte para que las gentes se movieran contra Magallanes en los pasados disturbios. A todos los demas delincuentes perdonó por su insignificancia fundado en que nunca mas las alteraciones se reproducirian habiendo desaparecido el pretesto que las alimentaba.

Puestas en órden las cosas de aquella armada para continuar en el puerto de San Julian hasta la conclusion del invierno, bien hubiera gustado á Magallanes el no alterar en lo mas mínimo su primitivo propósito relativo á la seguridad de todos sus buques; pero saliendo al paso de sus inclinaciones el raciocinio, calculó como prudente que la absoluta inaccion pudiera muy bien crear nuevos conflictos y que era forzoso distraer los ánimos ociosos para que otras atenciones los apartasen de la perniciosa senda que con peligro habian seguido. Al efecto, y para alcanzar el objeto secundario sin variar en su esencia el primitivo propósito, ordenó que la nave *Santiago* mandada por el capitan Juan Serrano se diese á la mar para descubrir á longo de la costa en la direccion austral cierto número de leguas, con la prevencion que si en la distancia señalada no encontrase algun estrecho como se deseaba para facilitar el paso á la mar del Sur, se volviese inmediatamente á dar cuenta detallada del desempeño de su cometido.

Entrado habia ya el mes de mayo cuando Serrano comenzó á dar cumplimiento á las prescripciones del capitan general de la empresa. Al efecto salió al mar, y sin detenerse sobre las bahías y ensenadas que hallaba mas tiempo del necesario para averiguar que no eran el paso apetecido, continuó siempre navegando la costa arriba en la direccion del Austro hasta dar en un rio caudaloso que su desagüe no tenia menos de una legua de ancho. Estaba dicho rio como á veinte leguas del puerto de San Julian, y en él se decidió á entrar el capitan Serrano con su nave por la hermosa vegetacion que sus orillas le brindaban.

Despues de detenerse en dicho rio, á que dió nombre de *Santa Cruz*, por espacio de seis dias, durante los cuales fué mucha y buena la pesca que de él sacaron los marineros, en especial de lobos marinos, volvió al mar la nave, llevando otra vez la proa mirando al S. E.: mas de repente la estacion, cruda en aquellas regiones cuando aquí templada, dió soberbia al mar por la impetuosidad de los vientos, y la nave *Santiago*, luchando con la tempestad, despues de roto el velámen, tronzados los mástiles, y perdido el timon, fué á estrellarse en la costa tres leguas al Sur del mencionado rio.

Para bien de la humanidad toda la gente se salvó del naufragio escepto un negro, esclavo del capitan Serrano que se ahogó; pero aunque á gran dicha debió tenerse la salvacion de aquellos hombres que no eran menos de treinta y siete, fueron tantos los trabajos que padecieron antes de llegar por tierras inhabitadas hasta el puerto de San Julian, trepando riscos, rompiendo enrramadas y atravesando peligrosos rios, en especial el de Santa Cruz que en mas de una ocasion, blasfemos, renegaron de su ventura, porque para mayores pruebas les habia salvado la vida.

Cuando Magallanes entendió la mala ventura que justificaba sus contrariados acuerdos de permanecer en aquella bahía, sintió como era natural la pérdida del buque y se apresuró á socorrer á los náufragos con ropas y provisiones distribuyéndolos despues en las otras naves, de una de las cuales, la *Concepcion*, dió el mando á Juan Serrano. Y como por los mismos fuese informado de que seria fácil robar al mar la mayor parte de los efectos pertenecientes á la *Santiago*, dispuso una espedicion, con tan feliz éxito, que al cabo nada se abandonó del naufragio mas que el casco de la nave.

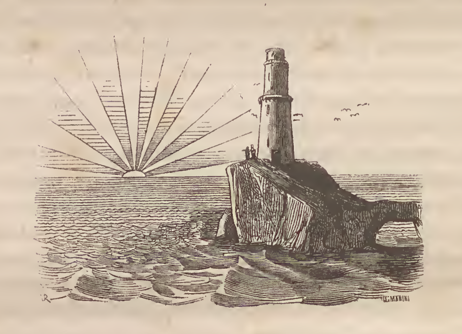
Todavía despues de acudir á tan importante servicio y otros no menos útiles para la seguridad de la armada, se entretuvieron los espedicionarios en el puerto de San-Julian por espacio de tres meses. Durante ellos fué su primer cuidado poner las naves á monte para carenarlas; y á fin de que la obra se hiciese con toda comodidad, fabricaron en tierra una casa de piedra que sirvió de albergue á los trabajadores y al mismo tiempo de herrería.

Para saber á punto fijo las verdaderas circunstancias del pais en que se hallaban, tambien quiso Magallanes que sus gentes lo reconocieran, en especial desde que al puerto habian llegado algunos indios de colosal estatura, vestidos de pieles y armados de arcos y flechas con puntas de pedernales muy agudas, á los cuales por la deformidad de sus pies distinguieron desde entonces los españoles con el nombre de *patagones*. Con el propósito indicado, se introdujeron por el pais varias espediciones de corto número de hombres; pero aunque en todo el terreno que lograron examinar, no hallaron señal de vivienda ni poblacion, se vieron á veces acometidos por otros salvages parecidos á los que en el puerto habian estado, y aun en cierta ocasion pereció en un encuentro cierto soldado cuyo nombre era Diego Barrasa.

Así mismo, para mejor llenar el objeto inmediato de la espedicion, el cos-

mógrafo Andrés de San Martin practicó en tierra varias observaciones de longitud y latitud, arreglándose estrictamente al método que para el caso habia dado en Sevilla el bachiller Ruy Falero, practicándose la última de aquellas el dia 24 de agosto, que se observó en tierra la latitud Sur de 49.° y 18'.

Con esto y con las disposiciones tomadas para el buen gobierno de la armada en las esploraciones sucesivas, quedó terminada la residencia de los españoles en el puerto de San Julian, y á punto los buques para dar la vela, yendo mandadas respectivamente la nave *San Antonio* por Alvaro de la Mezquita; la *Concepcion* por Juan Serrano, y la *Victoria* por Duarte Barbosa, sin que en la *Trinidad* se hubiese hecho alteracion alguna.



CAPITULO XX.

Preparativos de marcha.—Echan en tierra á Cartagena y á Sanchez de Reina.—Abandona la espedicion la bahía de San Julian.—Peligros por los temporales.—Decision de Magallanes.—Se interna por un cauce buscando refugio.—Orden general que da el gefe de la espedicion para manifestar su determinacion de buscar el estrecho.—Vuelven al mar los buques el 18 de octubre.—Se avista el 21 el cabo de las Vírgenes.—Se descubre una gran bahía.—Alegría de Magallanes.—Embocan las naves *San Antonio* y *Concepcion*.—Peligros que corrieron.—Regreso.—El capitan de la primera nave asegura que el sitio recorrido es el soñado estrecho.—Conferencia general.—Oposicion del portugues Esteban Gomez.—Bando contra el que se opusiera á las determinaciones de Magallanes.—Emboca la espedicion el estrecho.—Pérdida de la nave *San Antonio*.—Determinacion del piloto Gomez; lealtad que encuentra en el escribano Guerra y su castigo.—Acusaciones contra Magallanes.—Este las vence, saliendo victorioso.—Triunfo de la espedicion.—Fama eterna del descubridor del estrecho.

Antes de abandonar el puerto de San Julian los espedicionarios españoles, se vió precisado su famoso caudillo á cumplir el mas penoso deber entre todos los que hasta allí se habia impuesto para alcanzar el mejor resultado de sus esploraciones. En efecto: la sentencia de dejar en aquella tierra inhabitada y peligrosa á los dos infelices que harto lo eran con su delito, fué necesario cumplirla; que arriesgado hubiera sido el perdon cuando la confianza no duraba mucho mas que la duda y el temor entre el vulgo de los espedicionarios, y una sola palabra de Cartagena en ciertas comprometidas situaciones, hubiera sido mas que suficiente para volver las cosas al mas peligroso estado de insurreccion que habian tenido.

Ordenó, pues, Magallanes, que se echasen en tierra al desventurado veedor ya citado, y al mísero sacerdote Pero Sanchez de Reina, dejándoles taleguitos de vizcochos y sendas botellas de vino, cuya operacion se practicó no sin bañarse en lágrimas de verdadera compasion algunos rostros de marineros y soldados. Lo que pasaba en la mente de los desterrados difícil ó imposible fuera querer adivinarlo, que por lo desconsolado de su situacion no faltaron entonces y despues comentadores que atribuyeron mayor crueldad á Magallanes haciendo cumplir la pronunciada sentencia, que si como á los dos

capitanes rebeldes hubiese mandado degollarlos. Mas el espíritu de la sentencia, mejor entendida que las vanas declamaciones de la parcialidad, era tal como se ponia en práctica, y hubiera sido crueldad ó indolencia seguir en el primer caso los sentimientos de sangre que hacian la piedad de los mas, ó en el estremo opuesto preparar en el terreno de la insubordinacion nuevos delitos que al fin hubiesen de producir mayor número de víctimas.



Obrando, pues Magallanes, dentro del círculo trazado á lo justo, vió, como se ha dicho, poner en tierra á los dos motores de las turbaciones pasadas, y tranquilo en su conciencia ordenó al punto la salida del puerto á los cuatro buques que á sus órdenes llevaba; que justo es que la sociedad arroje de su seno las partes emponzoñadas que contra ella conspiran, sin atentar contra la obra de Dios que siempre debiera estar á cubierto de la justicia de los hombres.

Dado al mar en el propio dia 24 de agosto abandonó la bahía de San Julian, tomando con escasa diferencia los propios rumbos que en su pasada espedicion habia seguido Juan Serrano: pero todavía la estacion se resentia de la crudeza de los temporales, y en poco estuvo que al impulso de ellos no naufragara toda la armada en las inmediaciones del mismo rio de Santa Cruz, donde la nave *Santiago* se habia perdido.

Para mejorarse contra la intemperie y averiguar mas detenidamente las condiciones de tan ancho rio, resolvióse Magallanes á internarse por su cauce hasta dar fondo en parte segura, no á larga distancia de su confluencia con el ancho Occéano; y merced á esta prevencion, nuevas calamidades pudo evitar

la flota, porque el tiempo levantado y crudo amenazaba con una segura catástrofe cuanto en la mar se engolfara.

Durante la residencia, que no fué corta en aquel nuevo refugio, bien quiso Magallanes apartar, con el trabajo, de la inquieta mente de sus súbditos todo género de tendencias opuestas á la índole de la espedicion y á su mas conveniente desempeño. Al efecto hubo de ordenar frecuentes incursiones en el pais, con el pretesto de acopiar leña y hacer aguada: fomentó con su ejemplo el ansia de pescar en mayor cantidad de la que al consumo y necesidades de la gente convenia, y no desperdició ocasion oportuna que se presentase para hacer observaciones astronómicas que tanto suspendian entonces por la curiosidad y por el adelanto de las ciencias exactas los ánimos de los navegantes. Pero todo lo dicho no bastó para que nuevos, bien que muy sordos murmullos, comenzaran de nuevo á destruir la confianza de los espedicionarios, cuyos gefes mas autorizados, ya que no otra cosa, desearon saber hasta cuando deberia insistirse en la idea de buscarse el estrecho apetecido, en el triste caso de que su descubrimiento no se verificase tan pronto como todos deseaban.

Mucho importaba, á no dudar, la salvacion de tantas vidas como en aquella empresa se aventuraban, mas por la inutilidad de las averiguaciones anteriores y por la enemiga que contra la presente se habia desarrollado antes de comenzarse, no era de menos interés para la reputacion del capitan su terminacion, cualquiera que ella resultase. Así, pues, con el objeto de cerrar las puertas á toda idea de retroceso, y suponiendo que mas allá no podria llegar dentro de la region polar antártica, de lo que Colon habia subido en las partes del Norte, antes de abandonar el rio de Santa Cruz, comunicó á todas las naves una á manera de órden general, manifestando: que la espedicion si antes no hallase fácil paso á la mar del Sur, correria en la direccion austral hasta la latitud de 75.º; y que por lo respectivo á los casos de tormenta y averías, estaba resuelto á no retroceder hasta tanto que por dos veces, lo menos, no hubiesen desarbolado todas sus naves: en cuyo caso, siempre fiel á los intereses que él defendia de la corona española, cuyos derechos á la posesion del Maluco habia espuesto con tanta evidencia, queria que se torciesen las proas hácia las partes del Oriente; y á rumbos del E. y E. N. E., por la via del cabo de Buena Esperanza, bien que pasando de este lo mas lejos posible, era su objeto arribar á la isla de San Lorenzo, para medir los grados de longitud oriental, y probar como los territorios que dentro de aquellas partes caian, se acercaban al occidente del Nuevo-Mundo lo bastante para declararlos comprendidos en la jurisdiccion del rey de España, segun la bula de reparticion del papa Alejandro VI.

Al entender tan decisiva resolucion, nadie fué osado á contrariarla; que aunque el temor se hubiese apoderado de algunos ánimos mezquinos por la novedad de introducirse en una region polar, no frecuentada jamás por huma-

nas gentes, todavía un resto de pundonor en los menos animosos y el recuerdo de los recientes castigos en los mas osados, bastaron á contener en los límites de la subordinacion á recelosos y descontentos.

Volvió pues, al mar la espedicion el dia 18 de octubre; pero bajo la influencia de contrarios vientos hubo de bordear por espacio de dos dias, hasta que tomándolos en popa el tercero, se vió el dia 21 sobre el cabo que dominaron los navegantes, *de las Vírgenes* en latitud de 52.° 20.' Como era de esperar, la novedad fijó muy especialmente toda la atencion de Magallanes, que en tales casos solia ordenar los reconocimientos mas escrupulosos; y esta vez su curiosidad subió de punto cuando al aproximarse á la costa observó que trás de una larga punta de arena, habia una grande abra ó bahía que por lo menos manifestaba ser de cinco leguas de ancho.

Por mas que en el corazon del hombre se manifieste siempre clara la verdad cuando sin saberlo llega al término de sus afanes, esta vez el caudillo de la espedicion ó no supuso tan cercana su dicha ó venció por el temor del recelo la espansion de su entusiasmo. Lo cierto es que Magallanes, que al frente de su vista tenia el colmo de su gloria imperecedera, se abstuvo de embocar inmediatamente el estrecho, y únicamente dió órden para que entraran á ver si lo era, á las naves *San Antonio* y *Concepcion*, las cuales á los cinco dias de un prolijo reconocimiento, y no mas tiempo, deberian regresar á las aguas de la entrada, sobre el cabo de las Vírgenes, donde el resto de la espedicion quedaria esperándolas.

Tan pronto como las quillas españolas surcaron las aguas del estrecho que hasta entonces se habian mantenido vírgenes de toda concurrencia que la de sus peces no fuese, parece como que sacudiendo el letargo en que yacian, quisieron rebelarse contra sus primeros y mas fuertes dominadores; puesto que soplando furiosos los vientos, y encrespándose el mar entre densa espuma que al cielo se alzaba, en poco estuvo durante aquella noche del 24 la completa destruccion de las cuatro naves, que constituian la mas famosa espedicion de cuantas se atrevieron á ceñir por toda su estension, el globo terráqueo.

A pesar de las instrucciones que Magallanes diera relativas al tiempo, era ya entrado el mes de noviembre cuando los dos buques destacados de la espedicion á esplorar el estrecho, regresaron á dar cuenta de su cometido. El capitan y el piloto de la nave *Concepcion*, deseando no aventurar palabra alguna que los hechos posteriores pudieran desmentir, ó quizá menos creyentes en lo que tanto apetecian, informaron á Magallanes de que durante su escrupuloso exámen nada mas habian observado que algunos golfos con altísimas riberas; pero los de la *San Antonio*, poseidos del entusiasmo que inspira la verdad, desde luego se decidieron á creer y afirmar, que aquel brazo de mar era un estrecho, puesto que por él se habian entrado sin dejar de navegar á la parte occidental en tres dias seguidos, y no vieran en todo trazas ni

señales de encontrar su término en la tierra que á una y otra parte se divisaba.

No estaba lejos Magallanes de participar de la opinion mas entusiasta entre ambos informes; porque alimentándose su esperanza mas lisongera con el empeño de encontrar aquel paso apetecido, donde quiera que las circunstancias topográficas del pais indicaban la posibilidad de que existiese, allí concurria con la mayor aficion ansioso y casi convencido de encontrarlo. Por esto, para mejor cerciorarse, y eligiendo para la nueva comision á los que mas se acercaban á sus creencias, dispuso que otra vez la nave *San Antonio* se internase en demanda de mejores pruebas de la verdad que tan próxima estaba á ponerse en evidencia, hasta para los mas desconfiados.

Partió, con efecto, la mencionada nave, otra vez bordeando por el estrecho, hasta ponerse á cincuenta leguas de la embocadura, donde el resto de la armada quedaba ansiosa esperando el resultado de sus nuevas esploraciones; pero como de estas hasta la distancia ya dicha no resultase otra cosa que la prolongacion del brazo de mar por donde navegaba, siempre con marcadas tendencias á desembocar en otra parte muy distinta de las que hasta allí se habian visto por los navegantes, el capitan de la *San Antonio*, que lo era Alvaro de la Mezquita, tuvo por conveniente volver á certificar lo ya dicho en sus anteriores informes, con mejores pruebas que las que hasta allí se habian presentado.

Resuelto Magallanes á acometer la árdua empresa de trasponer el estrecho, quiso antes oir el parecer de los oficiales de la flota, no como precepto de autoridad, porque esta queria que residiese íntegra en su persona, sino como consejo que pudiera ilustrarles en los ulteriores acuerdos. Los sucesos que hasta allí se habian obrado: la firmeza del capitan general: sus buenas disposiciones en los riesgos mas inminentes, y sobre todo el entusiasmo que siempre se apodera de los pechos españoles, apenas divisan la posibilidad de un acontecimiento heróico en que puedan tomar parte, habian cambiado completamente la faz de la espedicion en lo tocante á creencias y resoluciones. Es verdad que en apoyo de Magallanes hablaban muy alto los castigos de San Julian, y que no era de menos efecto la ausencia de los primeros y mas caracterizados perturbadores del órden; pero no hay duda que el entusiasmo tuvo una parte muy notable en los votos de aquel consejo, puesto que capitanes y pilotos, con una resolucion que mas revelaban los ojos que decian las palabras, aclamaron unánimes el pensamiento de Magallanes, como el único que debia seguirse en el ventajoso caso que la fortuna les estaba ofreciendo.

Pero todavía quiso la ventura de aquel famoso caudillo que una sola opinion discorde en un todo de las otras, obrase en los ánimos apocados aquel contraste que ofrecen en las operaciones arriesgadas el amor de la gloria y el temor de los peligros. Afortunadamente esta vez no fué español quien hubo

de levantar el cisma contra la heróica empresa que se iba aventurando; mas era su fama de inteligente piloto y prudente marinero tan reputado entre el vulgo de la espedicion, que todo el esfuerzo de Magallanes con su resolucion no pudo evitar el contrario efecto moral que obró en los ánimos de la mayor parte el malhadado consejo.

Diólo para mengua de su nombre el piloto Estéban Gomez, portugues de nacion, y grande autoridad en las cuestiones de la ciencia náutica, el cual preguntado que fué por Magallanes sobre si seria ó no conveniente afrontar ya los peligros que el estrecho ofreciera, dijo: que pues se habia hallado ya el estrecho, que era el objeto principal del viaje, bien seria volver á Castilla por la línea mas corta, á fin de tomar mayor armada y mas cantidad de provisiones, pues con las pocas que llevaban y con el escaso número de naves que iban, nada era mas fácil que el dejar ignorada de nuevo la verdad de aquel descubrimiento, si por desdicha alguna tormenta, ó falta de provisiones, ponia á todos los equipages de las cuatro naves en los brazos de la muerte.

Si Magallanes hubiera previsto el mal efecto que habian de producir entre los espedicionarios las palabras del piloto portugués, indudablemente hubiéralas ahorrado evitando el consejo; pero el paso estaba dado ya, y las consecuencias hubo esta vez que afrontarlas de la propia suerte y con igual valor que lo habia hecho en otras ocasiones de no menos compromiso. Por fortuna el entusiasmo que en todos los ánimos habia producido y estaba produciendo el estrecho á la vista, pudo sofocar al pronto la mala impresion que necesariamente habia de causar el voto de Estéban Gomez, siquiera por el crédito que entre todos gozaba de gran piloto y esperto marinero; pero al cabo los resultados no se hicieron esperar mucho tiempo, puesto que algunos dias despues los argumentos del temor privaron á la espedicion de la nave *San Antonio* por los trámites que iremos esplicando.

Con el marcado objeto de dar mayor autoridad á la resolucion de internarse por el estrecho y á fin de sofocar en su orígen las murmuraciones á que pudieran dar lugar las contrarias opiniones, en especial aquellas que pudieran apoyarse en la posibilidad de la falta de víveres, el capitan general de la espedicion que estaba ya resuelto de un modo indeclinable á llevarla á cabo contra el torrente de todos los peligros, hizo cundir la voz en todos los buques de que antes se comerian los cueros de baca con que estaban forradas las entenas, que dejar de cumplir cuanto al emperador se habia prometido: y para que mejor todo el mundo se subordinase á esta idea, hizo pregonar un bando imponiendo pena de la vida á quien se ocupase en comentar torcidamente las consecuencias del viaje.

Así afirmada la obediencia, ya que no convencidas las voluntades, embocó Magallanes el estrecho que llamó de *Todos Santos* y despues tomó su nombre muy justamente, reconociendo con minuciosa proligidad la bahía por

donde ya las naves esploradoras habian navegado. Tras de corta navegacion dió con la que hoy se dice *angostura de la Esperanza*, y penetrando inmediatamente en la grande abra donde aquella desemboca, no tardó en arrimarse por entre el cabo de *San Gregorio* y la punta oriental de la isla de *San Isidro*, á la angostura de *San Simon*, que traspuso sin pérdida de tiempo. Pasados la punta de *Nuestra Señora de Gracia* y el cabo de la isla denominado de *San Vicente*, ofreciéronse á la vista distintos rumbos que tomar por la diversidad de brazos de mar que forman con la tierra firme las varias islas que allí se levantan en medio del estrecho.

Para no equivocarse ni perder tiempo, quiso Magallanes reconocer á la vez cual era el verdadero paso al otro Occéano, y al efecto comisionó á la nave *San Antonio*, para que torciendo al S.-O., procurase indagar á donde conducian las aguas que se apartaban hácia aquellos rumbos, con órden espresa de regresar dentro de tercero dia. Mas como el resto de la espedicion en vez de permanecer allí donde la nave *San Antonio* se habia apartado, continuase avanzando en sus esploraciones todo un dia, hasta surgir en una pequeña ensenada, donde se entretuvo en hacer provision abundante de pescado, agua y leña muy olorosa, cuando la nave destacada quiso dar cuenta de su mision no halló á las otras, ni siquiera despues de buscarlas por aquellas inmediaciones con el mas escrupuloso reconocimiento.

Menor motivo hubiera bastado en aquellas circunstancias para que aquel buque dejara de pertenecer á la armada, pues aunque la aficion que su capitan Alvaro de la Mezquita tenia á Magallanes era bien conocida de todos, estaba muy reciente el informe del piloto Estéban Gomez, que precisamente lo era de dicha nave *San Antonio*, y no desperdició la ocasion para volver á murmurar contra la empresa. Los marineros españoles en aquella ocasion cumplieron con los deberes que les estaban impuestos hasta un estremo capaz de justificar su posterior conducta, pues aun despues de no encontrar la armada donde la habian dejado suscribieron á buscarla con verdadero ahinco, disparando cañonazos y haciendo ahumadas para ser vistos ú oidos; pero aunque tal obraron, y por otra parte Magallanes despachó de las otras tres á la *Victoria* en busca de la perdida, nada pudieron saber unas de otras hasta que el éxito completo de la espedicion llegó á coronar la constancia de los mas afortunados.

Cuando el equipage de la *San Antonio* hubo perdido las esperanzas de encontrar por aquellas partes á sus compañeros de espedicion, pretendió su capitan continuar la esploracion avanzando en demanda de la salida del estrecho, suponiendo que si los otros buques no habian perecido, sobre aquellos cabos habria de encontrarlos; pero las raices de la duda habian producido frutos de temor que entónces se manifestaron en sazon para agriar las disposiciones mejor combinadas de Alvaro de la Mezquita. El piloto Estéban Gomez aferrado en su ya espuesta opinion de regresar á España en busca de mayor

armada, hizo entonces ostentacion pública de su voto en son de exigencia, no sin contar de antemano con la adhesion del escribano Gerónimo Guerra y de



una parte notable del equipage, de suerte que al hablar el capitan de seguir por los rumbos indicados, fué herido y preso por sus opositores; y habiéndose nombrado capitan de la nave al escribano, volviéronse á España, donde arribaron al puerto de las Muelas de Sevilla el dia 6 de mayo de 1521, para dar, en descargo de su proceder, los mas siniestros informes que contra Magallanes pudieran inventarse.

Si la sana razon ha de acudir esta vez como siempre en apoyo de los acuerdos de la crítica, es evidente que á Magallanes debe echarse la mayor parte de la culpa que resulta en él apartamiento de aquella nave; porque ademas de las instrucciones preventivas que para los casos no previstos deben darse á todo buque que se aparta del cuerpo fuerte de una armada cualquiera, en el caso á que nos referimos ó las tres naves restantes no debieran haberse movido del punto en que la *San Antonio* hubo de separarse, ó el capitan general si no queria perder tiempo debiera haber señalado por latitudes dadas un punto de reunion que no pudiera equivocarse. Es verdad que la falta de conocimiento del mar por donde iba la flota dificultaba no poco semejantes combinaciones; pero no es menos cierto que para semejantes dudas pueden

esponerse las prevenciones condicionales, fijando distancias invariables en un rumbo dado, ó cabos presupuestos para los casos en que la direccion de la costa varíe completamente.

Regresado que hubo la nave *Victoria* despues de practicadas las mas minuciosas diligencias en busca de la *San Antonio* fueron muy críticos los compromisos que á la posicion especial de Magallanes se suscitaron. Apenas entre los espedicionarios habia persona que pudiera dudar de que el estravío de dicho buque era efecto de la falta de prevision del gefe de la empresa; y como por otra parte todo evento contrario en comision de alto empeño despierta con la supersticion los temores del vulgo ignorante ó malicioso, la disminucion de la flota con una de sus cuatro naves, unida á las murmuraciones que el voto de Estéban Gomez traia comprimidos, dió por resultado, como era de esperar, el mayor descaro á los descontentos para hacer públicas sus quejas, con manifiesto peligro de la subordinacion, que en aquel caso era el todo de la empresa.

No como otras veces en esta era fácil restablecer el respeto á los acuerdos superiores por las amenazas ó el castigo; que al cabo, no hay medio que no se gaste ó desvirtue cuando su repeticion no ha bastado para arrancar de raiz los males que se combaten. Asi lo hubo de conocer Magallanes si á sus procederes hemos de atenernos; pues sabiendo que las murmuraciones crecian y que toda su autoridad habia dado en tierra moralmente, en vez de poner en ejecucion todo el rigor de los anteriores bandos contra la escandalosa murmuracion de los suyos, se apresuró á buscar en los acuerdos de un nuevo consejo la seguridad que ya no podia inspirarle su voluntad absoluta.

En efecto: ya convencido de que el hallazgo de la nave *San Antonio* era imposible, á lo mênos en aquellos mares, levó anclas del surgidero en que estaba con las tres restantes; y continuando á vueltas del S. S. E. luego al S. O. y despues al N. O., todo con arreglo á las frecuentes variaciones que ofrece la continuacion del estrecho, volvió á surgir casi en la propia latitud, bien que á muy larga distancia de donde habia estado al ancla esperando la nave estraviada, y aquí fué donde Magallanes se vió precisado á contemporizar con sus alterados subalternos pidiendoles sus votos, no como el capitan que consulta reservando la accion de la autoridad á su persona, sino como el amigo que reprende á los suyos por la falta de franqueza que tienen para aconsejarle lo mas bueno (1).

(1) En poder del historiador portugues Juan de Barros existió un libro ó diario de navegacion que llevaba para su servicio el astrónomo de aquella espedicion Andrés de San Martin, y en él se hallaba registrada la consulta de Magallanes y la respuesta del dicho astrónomo en los términos siguientes:

«Yo Fernando de Magallanes, caballero de la órden de Santiago y capitan general de esta armada que S. M. envia al descubrimiento de la Especería etc. Hago saber á vos Duarte Barbosa, capitan de la nao *Victoria* y á los pilotos maestres y contramaestres de ella como yo tengo entendido que á todos os parece cosa grave estar yo determinado de ir adelante, por pareceros que el tiempo es poco para hacer este viaje en que vamos. Y por cuanto yo soy hombre que nunca deseché el parecer y consejo de ninguno, ante todas mis cosas son practicadas y comu-

Por contrarias que hubieran sido las opiniones al parecer de Magallanes, no hubiera dejado el hábil marino de encontrar razones bastantes con que paliar la contrariedad y seguir intrépido por las vias de su proyecto; pero la

nicadas generalmente con todos, sin que persona alguna sea afrentada de mí, y por causa de lo que aconteció en el puerto de San Julian sobre la muerte de Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada, y destierro de Juan de Cartagena y Pero Sanchez de Reina, clérigo, vosotros con temor dejais de decirme y aconsejar todo aquello que os parece que es servicio de S. M., bien y seguridad de dicha armada y no me lo teneis dicho y aconsejado: errais al servicio del emperador rey nuestro señor, é is contra el juramento y pleito homenage que me teneis hecho: por lo cual os mando de parte de dicho señor, y de la mia ruego y encomiendo, que todo aquello que sentís que conviene á nuestra jornada, así de ir adelante como de volvernos, me deis vuestros pareceres por escrito, cada uno de por sí, declarando las cosas y razones porque debemos ir adelante ó volvernos, no teniendo respeto á cosa alguna porque dejeis de decir la verdad; con las cuales razones y pareceres diré el mio, y determinacion para tomar conclusion en lo que hemos de hacer. Hecho en el canal de Todos los Santos enfrente del *rio del Isleo* en cuarta feria veinte y uno de noviembre en cincuenta y tres grados, de mil quinientos y veinte años. Por mandado del capitan general Fernando de Magallanes.—Leon de Espelece. Fué notificado por Martin Mendez, escribano de dicha nao en quinta feria veinte y dos dias de noviembre de mil quinientos y veinte años.—A cuya dicha órden yo Andres de San Martin di y respondí mi parecer que era del tenor siguiente: Muy magnífico Señor: vista la órden de vuesa merced que quinta feria veinte y dos de noviembre de mil quinientos y veinte me fué notificada por Martin Mendez, escribano de esta nao de S. M. llamada *Victoria*, por la cual en efecto mánda que dé mi parecer acerca de lo que siento que conviene á esta presente jornada, así de ir adelante como volver, con las razones que para uno y para lo otro nos movieren, como mas largo en dicha órden se contiene, digo: que aunque yo desde que por este canal de Todos los Santos, donde ahora estamos, ni por los otros que por los dos estrechos que adentro están, que vá en la vuelta del Este y Esnordeste haya camino para poder navegar á Maluco, esto no hace ni deshace al caso para que no se haya de saber todo lo que se pudiere alcanzar, sirviéndonos los tiempos, en cuanto estamos en el corazon del verano. Y parece que vuesa merced debe ir adelante por él ahora, en cuanto tenemos la flor del verano en la mano; y con lo que se halle ó descubra hasta mediados del mes de enero primero que vendrá de mil quinientos y veinte y un años, vuesa merced haga fundamento de volver en vuelta de España, porque de allí adelante los dias menguan ya de golpe, y por razon de los temporales han de ser mas pesados que los de ahora. Y cuando ahora que tenemos los dias de diez y siete horas, y mas lo que hay de alvorada y despues del sol puesto, tuvimos los tiempos tan tempestuosos y tan mudables, mucho mas se espera que sean cuando los dias fueren descendiendo de quince para doce horas, y mucho mas en el invierno como ya en el pasado tenemos visto. Y que vuesa merced sea desembocado de los estrechos afuera para todo el mes de enero, y si pudiera en este tiempo, tomáda el agua y leña que basta, ir de punto en blanco en vuelta de la bahía de Cádiz, ó puerto de San Lúcar de Barrameda donde partimos. Y hacer fundamento de ir mas en la altura del polo austral de la que ahora estamos ó tenemos, como vuesa merced lo dió en instruccion á los capitanes en el rio de la Cruz, no me parece que lo podrá hacer por la terribilidad y tempestuosidad de los tiempos; porque cuando en esta que ahora tenemos se camina con tanto trabajo y riesgo, ¿qué será siendo en sesenta y setenta y cinco grados, y mas adelante, como vuesa merced dice que habia de ir á demandar Maluco en la vuelta del Este, Esuordeste, doblando el cabo de Buena Esperanza ó lejos de él? Por esta vez no me parece, así por que cuando alla fuéremos seria ya invierno, como vuesa merced sabe mejor, como porque la gente está flaca y desfallecida de sus fuerzas: y aunque al presente tienen mantenimientos que basten para sustentarse, no son tantos y tales que sean para cobrar nuevas fuerzas, ni para comportar demasiado trabajo, sin que lo sientan mucho en el ser de sus personas, y tambien veo de los que caen enfermos que tarde combalecen. Y aunque vuesa merced tenga buenas naos y bien aparejadas (alabado sea Dios) todavía faltan amarras y especialmente á esta nao *Victoria*, y ademas de eso la gente es flaca y desfallecida, y los mantenimientos no bastantes para ir por la sobredicha via al Maluco, y de allí volver á España. Tambien me parece que vuesa merced no debe caminar por estas costas de noche, así por la seguridad de las naos, como porque la gente tenga lugar de reposar algun poco; pues teniendo de luz clara diez y nueve horas, que mande surgir por cuatro ó cinco horas que quedan de noche; porque parece cosa concorde á razon surgir por cuatro ó cinco horas que quedan de la noche, para dar (como digo) reposo á la gente, y no tempestear con las naos y aparejos. Y lo mas principal por guardarnos de algun revés, que la fortuna contraria podrá traer, de que Dios nos libre. Porque cuando en las cosas vistas y ojeadas suelen acaecer, no es mucho temerlos en lo que aun no es bien visto, ni sabido, ni bien ojeado, sino que haga surgir antes de una hora de sol, que dos leguas de camino adelante y sobre noche. Yo tengo dicho lo que siento, y lo que alcanzo por cumplir con Dios y con vuesa merced, y con lo que me parece servicio de S. M. y bien de la armada: vuesa merced haga lo que le parezca y Dios le encamine, el cual plazca de prosperarle vida y estado, como él desea.»

Nada mejor que este documento puede manifestar el verdadero estado en que iban los ánimos de la armada, por la persona autorizada que lo suscribia, y así no hemos dudado un instante en copiarlo en este lugar, para la mejor ilustracion de los sucesos de la empresa.

fortuna quiso que la mayor parte de los votos opinara á favor de la completa esploracion del estrecho, algunos consintiendo la busca del Maluco en el nuevo mar cuando por él se navegase, y con esto ya únicamente tuvo que hacer frente á destruir algunos escrúpulos de menor monta, que se ofrecian á la mente de varios de aquellos cuyo parecer se habia consultado.

Para vencer tan cortas dificultades se esmeró Magallanes en esprimir todo el jugo de su elocuencia en muy convincentes argumentos que por escrito hizo circular en las naves; y el resultado de este proceder fué tan ventajoso que á poco tiempo todos los aventureros de la espedicion abordaron gustosos la empresa que tanto pocas horas antes estaban recelando. Así fué que al darse la órden para levar anclas y hacerse á la mar desde el surgidero en que se entretenian, fué tal el contento y tan espansiva la voluntad que apenas quedó lombarda ni arcabuz que no se disparase en señal de alegría.

Escasas fueron ya las dificultades que se ofrecieron á la flota antes de dar cabo á su propósito de alcanzar el *Grande Occéano de Occidente*, porque rebasando en su primer empuje, al dar la vela de nuevo, las islas que hoy llevan los ilustres nombres de *Carlos III* y *Ulloa*, siguieron por un canal ancho y despejado, término de cinco dias hasta el veinte y siete de noviembre en que su fortuna les hizo montar hácia el Norte el cabo á que pusieron *Victoria*, y es el que pone fin á la navegacion del estrecho sobre los 52.° 20' de latitud S. y 69.° 4' al Occidente de Cádiz.

Con esto quedó evidenciada la existencia del paso á la mar del Sur, que de algunos años atras estaba siendo tan suspirado, en especial por los españoles de cuya pertenencia era el nuevo Occéano por Vasco Nuñez descubierto. Era este el tercer paso asombroso de los que en aquellas empresas se iban dando, y por él no pudo menos de alcanzar eterna fama el intrépido Magallanes, lo mismo que el gran Colon la habia obtenido por su invencion de las tierras occidentales tras del Occéano Atlántico, y el malogrado Vasco Nuñez por su afortunado viaje á la costa oriental del otro mar, allende del Nuevo Mundo. Faltaba nada mas, para que la verdad de la geografía adquiriese un sistema positivo, fundado en la seguridad práctica de las grandes razones matemáticas espuestas por el génio de la navegacion ante los Reyes Católicos, cuando resolvió dar comienzo á aquellos viajes, faltaba, decimos, la realizacion de la segunda parte concerniente al proyecto de Magallanes, esto es: su arribo por el nuevo mar á las islas de la Especeria, cuya posesion ansiaba dar á la corona de España. De los individuos que iban en la espedicion, incluso el astrónomo Andres de San Martin muy pocos eran los que creian que por allí se encontrase el tránsito á las regiones de Oriente, como Magallanes proclamaba; algunos querian que, aun conseguido el desemboque del estrecho por la parte occidental, se volviese la flota á España con la nueva de lo descubierto, porque insistian en la creencia de ser impracticable la circunnavegacion del globo terráqueo. Magallanes no escaso de talentos náuticos y geográficos, y

con tanta fuerza de voluntad como el gran Colon, tuvo necesidad de volver á dejarse oir de los suyos sobre *cabo Victoria,* mas para obligarlos á engolfarse en el Nuevo Occéano que para darles el pláceme del descubrimiento, cuyo objeto hizo servir como base de sus razonamientos; y fueron tan elocuentes sus palabras, tan pura su alegría y tan convincente su entusiasmo, que al fin las oposiciones cedieron su campo á la justicia, y la navegacion del Grande Occéano de Occidente quedó resuelta y comenzada á la par, la primera vez desde las playas del Nuevo Mundo, el mismo dia 27 de noviembre del año 1521.



CAPITULO XXI.

Continua la espedicion su viaje por el mar de Occidente.—Penalidades y privaciones de los navegantes.—Constancia y serenidad de Magallanes.—Descubrimiento de las islas de *San Pablo*, de los *Tiburones* ó *Desventuradas*, y de las *Velas latinas* ó de los *Ladrones*.—Carácter y osadía de los habitantes de estas últimas.—Nuevas islas descubiertas, llamadas *Yunagan y Suluan*, á las cuales denominó Magallanes *de San Lázaro*: latitud y longitud á que se encuentran.—Toca la espedicion en la *Seilani* y aporta á la *Mazaba* ó *Mazaguá*.—Buena acogida del rey de esta isla, y auxilios que dá á Magallanes.—Consideraciones sobre la influencia y utilidad de las lenguas.—Acompaña el rey á la espedicion hasta la isla de *Zebú*.—Arribo de la espedicion á la isla de *Zebú*.—Alianza con el rey de esta, quien se convierte al Cristianismo.—Obsequios hechos á Magallanes.—Establece este una factoría de comercio en *Zebú*: sus disposiciones sobre gobierno de la isla, siendo esto causa de guerra de los reyes comarcanos contra el Almirante, quien sale á combatirlos.—Combate en Mactan.—Muerte de Magallanes, del capitan Rabelo y otros castellanos.—Juicio crítico del mérito de Magallanes.—Reembarque de los españoles que so salvaron del combate y vuelven á las naos.—Reclaman los espedicionarios el cuerpo de su malogrado general, y se niegan á entregarlo los Reyes coligados en Mactan.

A tres naves solamente estaba reducida la escuadra del intrépido Magallanes, cuando este, saliendo del estrecho que conserva su inmortal y glorioso nombre, penetró triunfante en el vasto Occéano que por tanto tiempo habia sido objeto de costosas, constantes y porfiadas investigaciones. El nombre de Mar del Sur dado á tan inmenso piélago por Balboa, quien tan solo tenia entonces conocimiento de la corta porcion que baña las orillas meridionales del istmo de Darien, así como el de Occéano pacífico adoptado por los españoles que navegaban en los mares tranquilos del Perú y de Chile, son designaciones demasiado restringuidas para la mas vasta reunion de aguas que se encuentra en la superficie del globo terráqueo.

Luego que Magallanes se vió fuera del Estrecho, que, segun su cálculo, tenia cien leguas de boca á boca, procuró apartarse de aquella region fria, y desde el cabo Fermoso, haciendo en 29 de noviembre rumbo al N.-O., en la mañana del 1.° de diciembre se hallaba en la latitud S. de 48.°, cuando descubrió dos pedazos de tierra que se estendian N.-S., y calculó que distaban de él unas veinte leguas. Dirigióse el siguiente dia al N.-N.-E. hasta la latitud 43.° 15.', y en los dias 3 y 4 al N.-O. hasta la de 45.° 30'. Omitimos

espresar aquí otros pormenores del derrotero que seguia la espedicion, viniendo á decir que el 18 hizo rumbos al N. 1/4 N.-O., hasta la latitud de 33.° 30.'; rumbos por los cuales pasó entre la isla de Juan Fernandez de tierra y la costa de Chile; que el 21, en latitud S. 30.° 40.', se hallaba entre dicha isla y las de San Felix, sin haberlas visto; que desde allí siguió rumbos diversos, y el 29, en latitud 26.° 20.' navegó al O. y N.-O., hasta el dia 31. Al paso que el viento era favorable, la mar seguia gruesa, y la navegacion era muy penosa por la escasez de víveres, comiendo la gente la racion contada por onzas, bebiendo agua corrompida, y guisando con agua salada la escasa porcion de arroz que se suministraba. Tantas contrariedades, tan graves y duraderas privaciones no le desalentaron ni por un momento, antes bien siguió impávido su derrotero, y en 24 de enero de 1521, hallándose en latitud de 16.° 15.', descubrió una isla cubierta de arboleda, enteramente desierta, la cual sondó sin hallar fondo, y la denominó de *San Pablo*. Desde ella prosiguió diferentes rumbos, hasta que el 4 de febrero, en latitud de 10.° 40.' halló otra tambien despoblada, que distaba 9.° de la anterior y fué denominada de los *Tiburones*, por los muchos que allí pescaron; pero á causa de no encontrar en ninguna de ambas ni gente, ni víveres, ni recurso de ninguna especie, las apellidó tambien con mucha propiedad *Desventuradas* (1). De admirar es que en tan larga travesía por un mar que despues se ha encontrado cubierto de islas bien pobladas, no viese nuestro Almirante mas de dos, y aun estas desiertas enteramente. Dúdase que hayan sido visitadas de nuevo por los europeos desde el dia que fueron descubiertas por la vez primera. Siguió el rumbo de N.-O., y con él cortó la equinoccial el dia 12 al 13 de febrero (por los 147.° 40.' de longitud O. de Cádiz). Variándolo desde el 15, en distintas direcciones, el 1.° de marzo al O. y conservando los 15.° de latitud, el 6 vió tierra á la cual se dirigió y encontró dos pequeñas islas; observó que la una estaba á la latitud de 12.° 40.', y la otra mas de 13.°, separadas por un brazo de mar ocho leguas. Entre ellas hizo rumbo del S.-O., y pasando por el N. de la primera, columbró una multitud de velillas que rápidamente se acercaban. Aquellas veloces canoas que la espedicion tenia á la vista, semejantes á una bandada de gaviotas, parecia que volaban rasando la superficie de las aguas; se gobernaban haciendo de la popa proa y á la inversa cuando se queria, y sus velas, de tupida y fina estera de palma, eran de forma triangular. Esto dió motivo para denominar á entrambas porciones de tierra *Islas de las velas latinas*, y tambien *de los Ladrones*, á causa de que sus naturales iban con frecuencia á bordo de nuestras naves á hurtar cuanto podian. Estas islas son las mismas que hoy se conocen con el nombre de *Marianas*. Reducíase el alimento de aquellos indios á cocos, ñames

(1) En la carta construida por el Gefe de escuadra de la Real armada, D. José de Espinosa, y publicada en Lóndres en 1812, la isla de San Pablo está por 127.° 15.' de longitud O. de Cádiz y la de los Tiburones por 136.° 30.' del mismo meridiano.

y algun arroz. Tan reducidas eran sus canoas que la mayor de ellas apenas pudiera llevar diez hombres: mas fueron tantas las que llegaron á las naos, que á bordo de estas no cabia la gente que llevaban, siendo preciso que Magallanes mandase echar fuera aquella nube de insulares, y hacer uso al intento de la fuerza, porque á salirse resistian; en tal manera que encolerizados por la espulsion volvieron con la multitud de sus canoas, resueltos á invadir las naos, y descargando contra estas una nube de piedras y de palos, forzoso fué dispararles la artillería, que dió muerte á muchos de ellos. Ni aun esto les contuvo; pues como gente bárbara, estúpida y feroz, en quienes el cebo de la codicia era superior al temor de la pérdida de la vida, con ceguedad volvian á agolparse á las naves españolas, ansiosos de trocar ó robar lo que habia en ellas. Llegó en fin su audacia á tanto, que desamarraron el esquife de la Capitana, que iba por la popa, y se lo llevaron á tierra, sin que á bordo se echase de menos por de pronto. Notada la falta, á fin de repararla envió Magallanes dos bateles con 90 hombres armados, á un lugar, al pié de una sierra, adonde habian llevado el esquife; pero los indios subiéndose á la altura dispararon desde ella piedras, con tal destreza y abundancia que los castellanos hubieron de apelar al fuego de sus arcabuces, y poniendo á los indios en precipitada fuga entraron en el lugar, se apoderaron de los víveres que en él hallaron, le incendiaron, y dieron muerte á todos aquellos que menos ágiles ó mas perezosos que los demas quedaron rezagados. No desconocieron los indios aunque salvages, que aquel castigo provenia del robo del esquife, y asi es que echándolo al mar pudieron los nuestros recobrarlo. Conseguido esto ordenó Magallanes que se hiciese aguada, que la gente se retirase á las naos, y que los víveres recogidos se repartiesen entre todos, lo cual alivió y refrigeró á su gente, cuya mayor parte aquejada del hambre estaba enferma.

Prosiguiendo la espedicion su viaje en 9 de marzo, el 16 vieron y se dirigieron á una isla hácia el N.-O., con muchos bajos, y tomando el bordo del Sur, llegaron á otra pequeña donde fondearon y columbraron unas canoas que huyeron al querer acercarse nuestras naves. La primera de estas islas se llama *Yunagan;* la segunda *Suluan,* en latitud N. 9.° 40.', habiendo 189.° de longitud (1) de la línea meridiana hasta estas primeras islas del archipiélago, que nombraron de *San Lázaro,* y son parte de las hoy llamadas Filipinas; de

(1) *En el diario ó derrotero del viaje de Magallanes desde el cabo de San Agustin en el Brasil, hasta el regreso á España de la nao Victoria, escrito por Francisco Albo* (Arch. de Ind. en Sevilla, leg. 1.°, *papeles del Maluco* desde 1519 á 1547), *se encuentran los párrafos siguientes, relativos al mes de Marzo de 1521.*

«A los 16 del dicho vimos tierra y fuimos á ella al N.-O., y vimos que salia la tierra al N., y habia en ella muchos bajos, y tomamos otro bordo del Sur, y fuimos á dar en otra isla pequeña...... y esta isla se llama Suluan y la primera se llama Yunagan...... y esta isla está en 9.° y dos tercios de la parte del N., y están en longitud de la línea meridiana 189.°, hasta estas primeras islas del archipiélago de San Lázaro.»

«Item: del estrecho de Todos Santos y cabo Fermoso hasta las dichas islas, habrá de longitud 106 grados 30 minutos, el cual estrecho está con las dichas islas en derrota deste camino al oes noroeste lessueste, vais á dar en ellas justamente, y de aquí fuimos á nuestro camino describiendo todavía.»

modo que desde el estrecho de Todos los Santos y cabo Fermoso hasta ellas, habrá 106.° 30.' de longitud. En la travesía desde el mismo estrecho hasta las dos citadas islas, fallecieron once individuos de las tres naos.

Partiendo de las Yunagan y Suluan, la espedicion hizo vela al O., y yendo á dar en la isla denominada *de la Gada*, donde no encontró habitantes, allí se proveyó de agua y leña. Continuaba su navegacion hácia el O., cuando despues de haber tocado en otra isla llamada *Seilani*, que encontró habitada, sufrió un violento temporal y con él fué á dar á la islilla de *Mazaba* ó *Mazaguá*, que se encuentra en latitud N. 9.° 40.', donde fondearon cerca de una poblacion pequeña. Aquella reducida tierra, como si fuere un grande estado, se hallaba sujeta al dominio y gobierno de un rey, quien al punto que llegaron nuestras naves despachó una canoa con diez hombres, á enterarse de la gente que iba en ellas y saber lo que buscaba.

Iba en la espedicion un indio esclavo, natural de las islas Molucas, segun unos, y de Sumatra segun otros, el cual compró Magallanes cuando estuvo en la India al servicio del rey de Portugal, y á quien ya convertido al cristianismo puso el nombre de Enrique, y en España enseñó la lengua castellana. Este isleño, despejado y ladino al mismo tiempo, sabia el idioma malayo, y sirvió de intérprete á su amo y á los españoles en las islas de la India, por cuanto desde Malaca á las que hoy se llaman Filipinas, malaya era la lengua que se hablaba ó entendia. Por medio del mismo esclavo se esplicó Magallanes con el rey de Mazaguá, á cuyos enviados respondió: «que él y su gente eran vasallos del rey de Castilla, y con el mazaguano querian hacer paz y contratar las mercancías que llevaba; rogándole, en fin, que si habia víveres se los diese, pues al contado se los pagaria.» Contestó el soberano de Mazaguá que no los habia para tanta gente; pero que partiria con ella lo que él tenia: y muy luego llevaron á los buques cuatro puercos, tres cabras y una porcion de arroz. Era aquel dia de Pascua de Resurreccion, 31 de marzo de 1521; por lo cual, mandando Magallanes que toda su gente desembarcase para oir misa, dispuso al efecto una capilla é hizo poner en la cumbre de un cerro una gran cruz, inspirado de la religiosa idea de que si algun dia aportasen allí otras naves, encontrasen y admirasen en aquella isla un testimonio de que la habian visitado ya cristianos. Era natural que el primer navegante que por inmensos é insondables mares daba la vuelta al mundo, adquiriese noticias convenientes al objeto de su viaje, donde quiera que aportaba y encontraba habitantes con quienes pudiera hablar y entenderse. Así es que interrogado por conducto del intérprete el monarca isleño, y algunos de sus vasallos, desde el cerro donde la cruz fué colocada, indicaron y mostraron á Magallanes tres islas al Oeste-sudoeste, diciendo que en ellas habia oro abundante, esplicando el modo de adquirirlo, y añadiendo que se encontraban pedacitos de tan precioso metal, del tamaño de garbanzos y lentejas. Cumplia al corazon generoso y á la mente previsora de Magallanes dispensar algun obsequio al

rey que tan propicio se mostraba, y le hizo algunos regalos que apreció en gran manera. Preguntóle si habia algun pais adonde pudiera desde luego dirigirse, y proveerse de los víveres que tanto necesitaba; á lo cual le contestó satisfactoriamente, haciéndole saber que á veinte leguas de allí se encontraba una gran isla, y en ella un rey pariente suyo, que le daria cuanto necesitara y le pidiese. Y como si esto no bastara, habiéndole rogado nuestro Almirante que le diese pilotos que hasta el punto indicado le guiasen, él mismo se ofreció á ir en persona. Aceptó gustoso Magallanes tan generosa oferta, y despues de haber hecho otros presentes al rey, se embarcó este con algunos indios, y acompañó á la espedicion.

Contemplando la benévola acogida que el monarca insular dispensó á unos estrangeros enteramente estraños y desconocidos, cuyos designios é intenciones pudieran inspirarle recelos y desconfianza al verlos acercarse á su reino con formidable aparato, nunca visto de aquellos naturales, preciso es admirar el mágico poder y la influencia de la palabra y el lenguaje, particularmente entre gentes que profesan ó que saben un mismo idioma, por cuyo medio se entiende el hombre, hasta con aquellos semejantes suyos muy distintos en usos, en costumbres y en estado de cultura. Así, donde menos lo esperara, encuentra muchas veces hospitalidad, simpatías y cordial afecto, urbanidad y beneficios, alivio y consuelo en los conflictos, en lugar de hostilidad y daño, de falacia y perfidia. La conducta hospitalaria, generosa y laudable, digna de un buen monarca, que Magallanes encontró en el de Mazaguá, debíase, tal vez, mas que á los caracteres y la disposicion de los corazones, á la facilidad con que ambos pudieron comunicarse, esplicarse y entenderse por el órgano del intérprete. Ciertamente que si el esclavo Enrique hubiese sabido el idioma de los habitantes de las islas de los Ladrones, como sabia el malayo, mejor recibidos hubieran sido nuestros navegantes, por cuanto se hubiera hecho conocer hábilmente á los salvages insulares las intenciones pacíficas de sus desconocidos huéspedes, y los bienes ó los males que hacerles pudieran estos.

El marino esperto y previsor que acometiere la peligrosa y árdua empresa de surcar la inmensidad del Occéano, buscando en apartadas regiones ignoradas y desconocidas tierras, si posible fuera, llevar debiera consigo hombres versados en todas lenguas, que le sirvieran de intérpretes, de recurso y provecho en sus viajes y descubrimientos. Las lenguas han dotado al hombre de la facultad de sacar del caos su pensamiento, y de comunicarle á otros hombres por medio de la voz; sin lenguaje estaria reducido á la condicion de los animales, y solo seguiria los impulsos desordenados de sus ideas. Cada ser dotado de la facultad de sentir, ha recibido además la de manifestar en lo esterior lo que siente, por voces y movimientos instintivos. Esclamaciones y ademanes fueron los primeros recursos que el hombre encontró en sí mismo, para hacerse comprender de sus semejantes;

pero la naturaleza eminentemente perfectible, de su organizacion intelectual, le hizo al punto insuficientes los recursos de semejante lenguaje. A la criatura dotada de razon, al miembro de la sociedad era preciso un modo de comunicacion, á la vez mas exacto y estenso. El hombre tuvo entonces que escoger entre los diferentes instrumentos que encontraba, en el estado de rudimentos, en el lenguaje natural; tuvo que escoger, repetimos, el que sirviera mas fácilmente y mejor al trato íntimo que era la necesidad de la humanidad y entre todos los medios de espresion, no tardó en reconocer en los acentos de la voz el que reunia mas completamente las condiciones necesarias. En la voz se encontraba, pues, él instrumento mas favorable, el instrumento esencial de la esplicacion del hombre en las condiciones normales de su ser.

Ya hemos visto como por medio del lenguaje entre el rey de Mazaguá y el esclavo de Magallanes, se adquirió este la amistad, el aprecio y los auxilios de aquel. Por el mismo medio, y por el órgano del mismo intérprete, veremos en otra parte convertirse al cristianismo todo un pueblo con su monarca.

Saliendo la espedicion de Mazaguá se dirigió al N., y costeando O. al N.-O. la isla de Seilani hasta los 10.°, vieron tres islotes; se dirigieron al O. cosa de diez leguas, donde hallaron dos isletas, y por último, como doce leguas hasta el 10.° 20.', al Sudoeste cuarto sur, embocaron un canal entre dos islas estensas, de las cuales una se llama Mactan y la otra *Subú ó Zebú.* Desde la embocadura fueron al O. por medio canal hasta la villa Zebú, y en frente de ella fondearon.

La isla de Zebú con la de Mazaguá y Suluan, corren del E. 1|4 S.-E. á O. 1|4 N.-O.; y entre Zebú y Seilani vieron una tierra muy alta, denominada *Baibay;* donde segun noticias que les dieron habia mucho oro y comestibles, y era tan estensa que se ignoraba su término. Digéronles tambien que hácia la parte del S. del rumbo que siguieron de Mazaguá, Seilani y Zebú, habia muchos bajos peligrosos, y así es que no quiso pasar por allí una canoa que les dirigia.

Apenas arribaron á Zebú cuando vieron salir de la poblacion mas de dos mil hombres armados de lanzas y paveses. Por primera vez veian aquellos isleños naves tan grandes, capaces de contener miles de hombres, de transportar á millares quintales de peso, y de resistir en fin á la accion y la violencia de dos elementos enfurecidos y poderosos. Mirándolas desde la playa con espanto, no podian comprender el mecanismo y la formidable pujanza de aquellas colosales máquinas, y menos todavía la causa y el objeto de su presencia en aquellas aguas jamás surcadas por buques mayores que sus listas y frágiles canoas. Para calmar su espanto y sus recelos, saltó muy luego en tierra el rey de Mazaguá, y cual nuncio de paz aseguró al de Zebú, su primo, que aquellos estrangeros eran gente amiga, y que traian muchas y ricas mercan-

cías para traficar; pidiendo, en fin, que mostrándose aliado y generoso, dispusiera que las naos fuesen socorridas prontamente, proveyéndolas de víveres. El relato y la mediacion del bondadoso soberano de Mazaguá, bastó para que el de Zebú enviase sin dilacion á decir á Magallanes, que ante todas cosas queria que asentase con él paces; mensage á que el almirante de las naos contestó manifestando lo grata y satisfactoria que le era la alianza propuesta, á que accedia. «Mi costumbre, pues, replicó el zebuano al ver el allanamiento, cuando hago paces con gente estraña, es la de sangrarse en los pechos los dos personages mas distinguidos, y que uno de ellos beba la sangre del otro.»—«Está bien, respondió Magallanes;» y aguardando á la mañana siguiente al rey en la nao, para realizar aquella singular ceremonia, envió á decirle que en cuanto á su buena voluntad daba las paces ya por hechas.

El hábil y político aliado del pueblo de Zebú, quiso luego solemnizar aquel acto con una demostracion capaz á un tiempo de asombrar á aquellos indios, de lisongear su vanidad, y aumentar el entusiasmo que en ellos se advertia. El horrísono estampido de la artillería de las naves españolas con triple salva en señal de júbilo, retumbó por la isla haciendo estremecer las rústicas moradas de los zebuanos, y causando en ellos tal novedad y espanto, que si antes de asentadas las paces se hubiesen hecho los disparos, no habria dentro de la poblacion hombre alguno que no huyera atónito y despavorido. Recobrados muy luego del susto y del asombro aquellos insulares, llevaron á las desprovistas naves crecido número de gallinas, puercos y cabras, y gran cantidad de arroz, mijo, cocos, ñames y diversas frutas; todo lo cual cambiaban por sonoros cascabeles, trasparentes cuentas de vidrio, y algunos otros dijes y juguetes de abalorio, á cuya vista demostraban aquellos sencillos indios alegría estraordinaria y ansia inesplicable por adquirir tales objetos. Tanto como esto es evidente que por un efecto de la ignorancia y falta de conocimientos acerca del valor, la importancia y utilidad de las cosas, lo que brilla por primera vez á los ojos del hombre rudo, produce en su imaginacion inesplicable sorpresa, le causa una ilusion que le alucina, y le induce á codiciar y apreciar aquello mismo que en sí es nada; hasta que poseyéndolo y llegando á conocer su verdadero mérito y valor, desaparece la falsa idea que le fascina; al error y la ilusion sucede entonces el desengaño, y por fin la indiferencia.

Al quinto dia de su estancia en aquel puerto, cuando ya su gente se hallaba convalecida y animada con la abundancia de comestibles frescos, mandó Magallanes construir en tierra una casa de piedra, en forma de capilla, donde se celebrase luego misa. Levantado el edificio con admirable presteza, desembarcó el célebre portugués, seguido de soldados y marineros, y marchando en órden á la nueva iglesia, concurrieron tambien á ella, movidos de curiosidad mas bien que de veneracion, el rey de Zebú, la reina, y su hijo,

con la gente mas distinguida del pueblo: y como el oficio divino era para aquellos insulares un espectáculo singular y hasta maravilloso, por la solemnidad, el ceremonial y el misterio con que se celebraba, estuvieron muy atentos á la misa, y sin distraerse ni un momento oyeron el sermon que el sacerdote por el órgano del esclavo intérprete les dirigió, declarando y esplicándoles la fé católica; en tales términos que entendiendo cuanto se les dijo, unánimes esclamaron que querian ser cristianos. A esta conversion portentosa, semejante á las que obró en los antiguos gentiles la irresistible y persuasiva palabra del apóstol Pablo, siguió en el acto el bautismo, haciéndole estensivo, á todos los de aquella poblacion, á cuyos corazones parecia que por un impulso eléctrico, aun mas que por inspiracion del cielo, se habia comunicado la hermosa y pura luz del Evangelio. El rey, su familia y mas de mil doscientos de sus indios, fueron los convertidos y bautizados. Justo parecia que allí, donde la doctrina del crucificado acababa de hacer repentinamente tantos prosélitos de la religion cristiana, se erigiera además del templo un monumento que ostentara á la vista de los convertidos el signo de la redencion del hombre. Con esta idea hizo Magallanes plantar una gran cruz delante de la nueva iglesia.

Concluido aquellas solemnidades religiosas, con sumo placer cogió el rey de la mano á su ilustre huésped, y acompañado tambien de algunos oficiales de este, los mas distinguidos de cuantos le rodeaban, á todos juntos los llevó á su alcázar. Era el palacio del zebuano semejante á una vastísima choza. Allí, al uso del pais, hizo servirles un espléndido banquete, en que les dió á comer pan, llamado sagú, sazonadas aves y delicadas frutas, y un vino que les era tan desconocido como poco grato al paladar; licor que destila la palmera indiana por unas cortaduras hechas al intento en su erguido tronco y sus airosos tallos. Componíase el sagú de la caña de unos árboles semejantes á las palmeras, cortado á pedacitos, machacados y fritos con aceite.

Reconocida alguna parte de la isla de Zebú, parecióle á Magallanes que por su situacion y fértil suelo, favorecida por la naturaleza, era rica en oro, gengibre y otras producciones indígenas, de grande estima; así como á propósito para centralizar en ella el tráfico y comercio con las islas comarcanas. Llevado de esta idea determinó establecer allí una factoría; y teniendo en consideracion que aquel rey era cristiano, amigo de los españoles, vasallo en fin de la Corona de Castilla, dispuso además que fuese reconocido y acatado como superior por los otros monarcas sus vecinos: paso atrevido, temerario é impolítico, sin duda, para el cual se requeria una conquista prévia del pais, mayores fuerzas disponibles por de pronto, y esperanza de otras de refuerzos.

Habia en la isla de Zebú diversos reyezuelos que con frecuencia se hacian guerra. Proponíase Magallanes subordinarlos al que consideraba sujeto á sus inspiraciones y obediencia, evitando así las disensiones que solia haber

entre ellos, y acaso formar por último de aquella isla una sola monarquía, que fuese en adelante tributaria ó feudo de la España. Previno, pues, á aquellos régulos, que fuesen á reconocer al rey cristiano. Dos de ellos solamente obedecieron y otros tantos despreciaron su mandato. Esta repulsa hirió en tal manera su orgullo y su amor propio, que aprestando sin tardanza dos bateles armados, partió á media noche, invadió el pais de uno de los reyes disidentes, é incendiando una poblacion se retiró con gran acopio de víveres. Semejante hostilidad fué como un grito de guerra en toda la comarca. El soberano de Mactan juntó mas de seis mil indios, resuelto á entrar en campaña y defenderse en union con otros régulos. Decian estos que si bien estaban prontos á reconocer y obedecer al rey de Castilla, de modo alguno al de Zebú, á quien tenian por igual, y bajo ningun concepto superior á ellos. En vano insistió el célebre Almirante en que prestaran homenage á su protegido y ensalzado monarca; en vano envió un mensage al rey de Mactan amenazando con quemar la poblacion en que tenia su córte, si inmediatamente no prestaba obediencia al rey cristiano. A la amenaza y arrogancia de uno, respondió la insolencia y la jactancia de otro, cual si esto fuese un reto. Preciso era prescindir ya de palabras y hacer uso de la fuerza. Mandó apron-tar Magallanes tres bateles con sesenta hombres, únicos que pudo escoger para esta empresa entre su gente, porque los demas aun se hallaban en estado de convalecencia, á causa del hambre que habian padecido en el grande Occéano pacífico: por otra parte consideraba aquel número bastante para pelear con armas de fuego, contra una multitud de indios que no las conocian todavía.

Tal era la resolucion y el estado de cosas, cuando el rey de Zebú tuvo aviso de que los dos que le habian obedecido, y el otro cuyo pueblo fué quemado, estaban ya en Mactan haciendo con su rey causa comun. Al dar noticia de esto á Magallanes, le aconsejó prudentemente que desistiera de su intento, esponiéndole el peligro á que ciegamente se arrojaba. Al génio altivo, al probado valor y al carácter firme del que impávido habia arrostrado los mayores peligros y triunfado hasta de la furia de los elementos, en su larga y asombrosa navegacion por inmensos y desconocidos mares, no era fácil disuadir de su propósito, haciendo que cediera á consejos y advertencias; ni siquiera que titubease por un solo momento. Inútil fué por tanto que el capitan Juan Serrano, en el acto de partir, fuera tambien de dictámen que su gefe abandonara el pensamiento de aquella jornada, ofreciendo á su consideracion lo inútil que seria, aun en el supuesto caso de que saliese de ella victorioso; el riesgo de ser tomadas, las naves, estando malparadas y quedando con poca gente para su defensa: la contingencia, en fin, de que el mismo Almirante pereciese en la demanda, por lo cual, ya que no variase de resolucion, al menos nombrase y enviase en su lugar otro caudillo. Perdida toda esperanza de reducirle á la razon en aquel trance, el rey cristiano quiso acompañarle tambien con mil indios, y en esto únicamente convino Magalla-

nes, bien que con espresa condicion de que no participase del peligro en la pelea. Tal era la persuacion en que estaba de que sus valientes castellanos, aunque en corto número, bastaban para vencer á sus contrarios.

Embarcados con presteza unos y otros, los indios en canoas, Magallanes y su gente en los bateles, á remo y vela dejaron la playa de Zebú, y dos horas antes de amanecer llegaron á Mactan. La bajamar y las restingas y peñas de la playa, impedian que los bateles se acercasen á la villa; por lo cual, dejando en ellos cinco hombres que los custodiasen, desembarcó el célebre marino con los cincuenta y cinco restantes, ya de dia, y marchando á la poblacion sin detenerse la encontró abandonada y pegó fuego á las casas. Ardia Mactan levantando sus llamas y humaredas, como si pidiera justicia al cielo y venganza á sus fugitivos moradores, cuando por un lado del infeliz pueblo apareció un numeroso batallon de indios, y al punto fué acometido por los castellanos trabándose la pelea. Mientras esto pasaba asomó otro cuerpo de indígenas por distinta parte, y atacando impetuosamente con sus flechas, piedras y lanzas, obligó á los invasores á dividir en dos trozos su gente, bien que sin buen éxito, porque tantos fueron los enemigos que cargaron, aunque sin táctica ni concierto, que cediendo al número volvieron á juntarse las huestes españolas. Gran parte del dia pelearon con obstinado empeño y estraordinario valor, hasta que consumidas la pólvora y las saetas, arcabuces y ballestas quedaron en descanso, y los soldados sin defensa. Al punto advirtieron los indios la desventaja de sus contrarios, pues ni estos les disparaban ni se acercaban mucho, por lo cual cobraron ánimo y avanzaron, poniendo en tan grande apuro y conflicto á los valerosos castellanos, que Magallanes juzgó prudente retirarse con buen órden, en tanto que el bautizado rey, al frente de los suyos, miraba aquella escena sin moverse. Como espesa y negra nube que amenaza bramando, se rompe de improviso, y descargando impetuosa el rayo y el granizo de que está preñada, hiende la altiva encina y tala lozanas vides; así la apiñada muchedumbre de los indios, desplegándose cayó rápida y furiosa sobre el escaso número de sus contrarios, arrojando sobre ellos gran cantidad de lanzas y otros proyectiles; cuando he que una pedrada derriba á Magallanes la celada y le aturde; le hiere otra en una pierna, le hace vacilar, cae tendido en tierra, y atravesado á lanzadas espira al punto, quedando su genta atónita y consternada. A esta catástrofe, acaecida en 27 de noviembre de 1521, siguió en el acto la muerte de Cristóbal Rabelo, capitan que era entonces de la nao Victoria, y de otros seis heróicos castellanos.

Así pereció víctima de su temeridad aquel gran capitan, aquel grande hombre á quien su estraordinario génio y su valor eminente, reservaban la gloria de acometer y llevar á cabo las mas grandes empresas. Magallanes poseia hasta el mas alto grado el talento de mandar. Refiere Herrera que aunque de corta estatura sabia tomar un grande predominio sobre los demas hombres, y que estaba dotado de mucha energía, la cual manifestó como se ha

visto en los peligros de toda clase que le rodearon y que venció atrevidamente.—La disposicion rebelde de sus oficiales, que tenia raices en una antipatía nacional, semejante á un contagio cuando no se comunica á ciertos hombres de vida arreglada, exentos de vicios y desórdenes, jamás trascendió á las tripulaciones de sus naves, y así es que los marineros miraban generalmente á su Almirante con aquella deferencia y adhesion implícita que se concede á un ser naturalmente superior á los demas. Con rigor se condujo y obró en algunas circunstancias, pero tambien es cierto que supo grangearse las voluntades de los suyos, en tal manera que á su favor se declararon y sostuvieron su autoridad, no solamente los que iban con él en la nave Capitana, sino tambien gran parte de la perteneciente á las demas de su escuadra. La navegacion que él habia dirigido dejaba muy lejos cuantas le habian precedido en los distintos mares. Tal era el arrojo, la sabiduría de sus planes, y la manera con que supo ejecutarlos.

A la bizarra y envidiable pluma de un ilustre y sabio escritor, contemporáneo y compatricio nuestro, honra y gloria de nuestra literatura, estaba reservado trazar en pocos, pero sublimes y elocuentes rasgos, la biografía de Fernando de Magallanes. «Adornado, dice (1), de grandes virtudes, mostró su valor y constancia en todas las adversidades, su honra y pundonor contra las seducciones cortesanas; su lealtad y exactitud en el cumplimiento de sus tratados y obligaciones; su prudencia y moderacion para oir siempre con estimacion el dictámen ageno; su arrojo é intrepidez (que acaso rayó en temeridad) en las batallas y combates; su severidad con los malvados; su indulgencia con los seducidos é incautos; su resignacion en las privaciones, igualándose en ellas con el último marinero; su instruccion en la náutica y en la geografía (2) al concebir un plan discretamente combinado para el descubrimiento del Estrecho, y completamente desempeñado, venciendo para ello

(1) DON MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE. *Coleccion de viajes y descubrimientos etc.*, tom. IV.

(2) Aquí se hace por el Sr. Navarrete una cita, referente á una nota muy oportuna y erudita que inserta en el tomo mencionado, entre las PRUEBAS, ILUSTRACIONES Y DOCUMENTOS QUE JUSTIFICAN LA BIOGRAFIA DE MAGALLANES, y dice así: «Algunos escritores bibliógrafos, como D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana*, D. Andres Gonzalez de Barcia en sus adiciones al *Epitome de la Biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica* de Antonio Leon Pinelo, y Diego de Barbosa en su *Biblioteca Lusitana*, colocan á Magallanes entre los escritores náuticos, y para ello hacen mencion de las *Efemérides ó diario de su navegacion.* (*Derrotero* le llama Barbosa,) que conservaba ms. el cosmógrafo de la casa de la Contratacion de Sevilla, Antonio Moreno. El último cita además la órden que dió Magallanes el dia 21 de noviembre de 1520, en el canal de Todos los Santos, á los capitanes, pilotos, maestres y contramaestres de su armada, para que le aconsejasen francamente cuanto creyeren conveniente al servicio del rey, seguridad de la armada y buen éxito de la espedicion, cuyo documento publicó Baros, y se halla en la página 45 de este tomo. Esta clase de escritos no parecen propios para ocupar lugar en una biblioteca literaria ó científica, y por esta razon solo daremos noticia de otra obra atribuida á Magallanes y desconocida de aquellos bibliógrafos, que á principios del año 1793 encontramos entre los ms. de la biblioteca de San Isidro el Real de Madrid, con este título:

«*Descripcion de los reinos, costas, puertos é islas que hay en el mar de la India oriental, desde el cabo de Buena Esperanza hasta la China: de los usos y costumbres de sus naturales: su gobierno, religion, comercio y navegacion, y de los frutos y efectos que producen aquellas vastas regiones, con otras noticias muy curiosas: compuesto por Fernando Magallanes, piloto portugués que lo vió y anduvo todo.* El original con muchas correcciones al márgen y entre renglones de letra mas moderna, se halla en el códice en folio, número 29 de los ms. de

los obstáculos que presentaba la naturaleza, las contradicciones é intrigas de los poderosos y de las pasiones turbulentas de los hombres. Si se halló el Estrecho ó el paso de la comunicacion de los dos mares; si se dió la primera vuelta al mundo, con asombro de sus coetáneos; si por este medio se surcaron nuevos mares, se descubrieron islas y tierras desconocidas hasta entonces, facilitándose el comercio y el trato, la civilizacion y la cultura de sus habitantes; si las ciencias hallaron nuevos objetos para estender la esfera de los conocimientos humanos, todo se debió á Magallanes. Solo fué desgraciado en no haber participado, por su temprana muerte, de los premios y honores de su monarca, del aplauso y celebridad de sus coetáneos, como los pocos compañeros que lograron concluir tan noble y arriesgada empresa. Ni aun su familia gozó de semejantes satisfacciones, pues habiendo muerto su hijo en 1521, su muger en 1522, y su suegro (el comendador Barbosa, que le heredó) en 1525, fué la corta herencia de sus derechos por la capitulacion de sus créditos y haberes devengados, objeto de pleitos y contestaciones con la Real hacienda, por los que presumieron despues tener el derecho de heredarle (1). Su nombre sin embargo, celebrado por nuestros historiadores y poetas, irá siempre unido al del Estrecho que descubrió con tan admirable valor y constancia, conservando así su memoria en los fastos de la geografía y de la navegacion.»

dicha biblioteca, sin espresion de año: comprende 61 fojas en 4.º mayor, de letra del siglo XVI, muy ceñida y el papel apergaminado, ó medio vitela, algo maltratado. La copia que se sacó entonces existe ahora en el Depósito Hidrográfico.

«Sin embargo de espresarse en la portada ó frontispicio de la obra, que su autor Fernando de Magallanes *vió y anduvo todo* lo que comprende la *Descripcion*, hay poderosos motivos para dudarlo. 1.º Porque mientras estuvo al servicio de Portugal jamás llegó á las Molucas, y en su memorable espedicion murió antes de llegar á ellas. Si hubiera residido allí y conocido su situacion bajo la equinoccial ó en sus cercanías, no habria ido á buscarlas como lo hizo, á los 14.º de latitud septentrional. 2.º Porque leyendo esta obra cuidadosamente se nota que muchas de sus descripciones se formaron por noticias ó informes agenos, como se espresa en las de Bijanagar, Otisa, reino de Berma, China, Lequeos, y en otras. 3.º Porque algunos paises que describe fueron tomados ó conquistados por los portugueses años despues que Magallanes regresó de la India á Lisboa, como Ceilan en 1517, Barbará en 1519; siendo tambien de notar que diciendo *no tenia mucha informacion* de los paises de la China que menciona, nada habla de Macaco, que despues llamaron Canton, donde los portugueses no se establecieron hasta el año 1518 á 1519, segun Martinez de la Puente en su *Comp. de las Historias de la Ind. orient.*, (lib. 3, cap. 15, pág. 196 y sig.) Lo que de la variedad de estas observaciones puede deducirse, es que aunque Magallanes sea el autor primitivo de esta *Descripcion*, ha sido posteriormente interpolada y añadida con varias noticias de otros viageros y navegantes.»

(1) En otra nota bajo el número XVIII, de las citadas *Pruebas*, dice tambien el Sr. Navarrete lo siguiente. «Muerto Magallanes en 1521, su hijo en el mismo año, su muger en 1522, y su suegro (que le heredó) en 1525, demandaron los hijos de este, Jaime Barbosa y otros hermanos suyos, como herederos inmediatos, las mercedes que les correspondian en cumplimiento de la capitulacion hecha por Magallanes con el emperador (véase núm. III del Apéndice, pág. 116,) y sobre varios géneros, hacienda y sueldos de aquel capitan general, que aun no se habian cobrado; así como los devengados por sus primos Duarte de Barbosa, Juan de Silva y Martin de Magallanes, que fueron en la armada, y sobre los de Enrique y Jorge, esclavos que Magallanes llevó por lenguas ó intérpretes, Hubo sobre esta demanda pleito con el fiscal de S. M. el licenciado Prado; y el Consejo real enmendando en revista la sentencia de 17 de abril de 1525, declaró que siguiesen dichas mercedes en los herederos. Apoyado en este auto, y con presentacion de otros documentos ante el mismo tribunal, pretendia años despues Lorenzo de Magallanes, vecino de Jerez de la Frontera y nieto de un primo-hermano de Fernando de Magallanes, se le declarase tal heredero, como pariente mas cercano; y en el año 1567 seguia el pleito por pobre por no tener ningunos bienes. Así consta de los documentos existentes en el archivo de Indias de Sevilla.»

En la funesta jornada de Mactan hubieran perecido todos los españoles que allí sobrevivian á la pérdida de su gefe, á no ser socorridos por el rey de Zebú. Aunque solo asistió al combate para ser espectador y testigo de la catástrofe, se determinó á salvar los cuarenta y ocho castellanos que irremisiblemente iban á ser sacrificados á la implacable saña del vencedor, y protegiendo su retirada pudieron reembarcarse y volver á las naos, donde sus compañeros les aguardaban cuidadosos é impacientes; pero al júbilo que les causó la llegada de los vencidos en Mactan, sucedió muy luego el sobresalto, advirtiendo que faltaba entre ellos el amado caudillo, ante el cual despreciaron los peligros, en cuya presencia resistieron el hambre, y en quien fundaban sus glorias y esperanzas. El dolor manifestado en los semblantes de los tristes fugitivos, y el llanto asomando á sus ojos, espresaron bastante lo que las lenguas embargadas no podian esplicar de pronto. Interrumpida de sollozos hicieron al fin la patética relacion del trágico suceso. Todo fué entonces llanto y desconsuelo, todo luto y desesperacion á bordo de las invictas naves españolas. En medio de tan dolorosa escena acordaron unánimes pedir que se les entregara el cuerpo de su malogrado General; y al punto hicieron tan piadosa demanda por conducto del rey de Zebú, prometiendo dar la cantidad de mercaderías que por aquel rescate se exigiera: demanda á que se negaron resueltamente los reyes coligados en Mactan, manifestando la decision de conservar los restos mortales de su ilustre víctima, como un monumento que atestiguara el triunfo y la victoria que habian alcanzado.



CAPITULO XXI.

Nombramiento de Duarte Barbosa en reemplazo de Magallanes.—Mensage del rey de Zebú ofreciendo un convite á los espedicionarios.—Acéptalo Barbosa: dictámen de Juan Serrano en contra, y resolucion del almirante.—Juicio acerca de las intenciones y proyectos del rey de Zebú.—Desembarco de los españoles para asistir al convite, y recibimiento que les hace el zebuano.—Asesinato de los convidados escepto uno de ellos.—Juan Serrano prisionero.—Conflicto de los españoles queriendo y no pudiendo salvarle.—Se hace la espedicion á la vela.—Muerte dada á Serrano por los indios.

Dando treguas al dolor que oprimia los corazones, la consternada gente de las naos hubo de pensar muy luego en la eleccion de Capitan general que reemplazara al malogrado Magallanes, de quien la fama iba á ocuparse, difundiendo por medio de la historia la relacion de sus ínclitas hazañas, y el profundo sentimiento de su temprana muerte.

El nombramiento de que se trataba era urgente, cuanto difícil sino imposible de llenar el gran vacío que en la navegacion dejaba entonces la pérdida del gran marino, cuya gloriosa carrera terminó en Mactan trágicamente. Esta idea bastaba para que aquellos navegantes meditaran detenidamente su voto, hasta que por último, segun Herrera, eligieron á Duarte de Barbosa, primo de Magallanes; segun otros (1), al piloto mayor de la armada, Juan Serrano. Discordes los historiadores acerca de esto, algunos de ellos aseguran que recayó la eleccion en ambos marinos mancomunadamente (2); lo cual admite duda, pues fuera á nuestro juicio desatino en tan graves circunstancias entregar el mando á dos personas de consuno, cuando de aquí nacer pudieran rivalidades, competencias y altercados que comprometieran el éxito de la espedicion, el gobierno de las naves, y el órden y la disciplina de las tripulaciones. Al mismo tiempo nombraron capitan de la Victoria al portugués Luis Alfonso, que era á la sazon sobresaliente de la Trinidad.

(1) Maxim. Transilv. pág. 271.—Oviedo, Hist. gen. de Indias: part. 2, lib. 20, cap. 1.º
(2) Gomara, *Hist. de Indias*, cap. 93.—Pigafeta, lib. 2, pág. 126.

Mientras esto pasaba en la armada espedicionaria, se presentó en la Capitana un mensagero del rey de Zebú, invitándoles á que fuesen á tierra, donde aquel monarca les tenia preparado un convite, y deseaba entregarles una joya de gran precio que ofreció á Magallanes para el rey de Castilla, como en feudo y señal de vasallage. No titubeó Duarte Barbosa en aceptar la invitacion á fuer de caballero, en quien la cortesía y la honradez castellana no daban entrada á la sospecha de traicion ó bastardía; pero el capitan Serrano que en la reciente y funesta jornada de Mactan tenia una leccion que le enseñaba á ser cauto y prudente, espuso que le parecia temeridad ir á recibir la joya, cuya entrega era causa ó pretesto del convite; cuando de una parte al mismo rey era fácil enviarla, y de otra peligroso desamparar las naves despues de una derrota, al paso que acertado detenerse á examinar si el ofrecido obsequio conducia á una celada. A esta réplica oportuna, que otro tomara por consejo sábio y provechoso, contestó el nuevo almirante que su resolucion era invariable; añadiendo, como si quisiere zaherir al piloto mayor, que dejaba en libertad á todos para seguirle espontáneamente cuantos quisieren, y que si Juan Serrano por miedo pensara no ir á tierra, en buen hora lo hiciese sin reparo.

A mengua tuviera de su honra, el varon de ánimo esforzado, sostener cuestiones que á la nota de cobarde le espusieran. La prudencia cedió el puesto al indiscreto alarde de valor. Juan Serrano fué el primero que saltó en



el batel, cortando en tal manera el diálogo trabado con Barbosa; pero si la reprensible seguridad y confianza de este se fundaba en la conversion del ze-

buano al cristianismo, por cierto que habia de pagar bien cara su necia credulidad y su amor propio.

Juramento de neófitos suele ser deleznable como el vidrio, y quien fia sin criterio ni reserva en recientes convertidos se espone comunmente á la falacia y la perfidia. Desde los tiempos de Juliano hemos visto repetirse los ejemplos de apostasía, porque no las luces de la fé, y sí la conveniencia individual, es lo que induce á ciertos hombres á mudar de religion en la apariencia. Así el emperador romano cedió para su conversion, aun mas que á la violencia de Constancio, á sus miras ambiciosas, aspirando al trono de los Césares, y aguardando la ocasion de volver públicamente á la religion del imperio, como única que hubo abrazado libremente y en público practicado. Así tambien Enrique IV, á consecuencia de su primera conversion, que no fué verdaderamente obra de la gracia sino efecto de las tres palabras *misa, muerte ó Bastilla,* cuando escapado ya se vió fuera del Louvre, continuó profesando las primeras creencias en que se habia criado desde niño. Cuéntanos la Historia gran número de conversiones verdaderas de Saulos; mas tambien hace mencion de apostasías de no pocos Julianos y de Enriques, uno de estos el VIII de Inglaterra. De converso hasta apóstata hay solo un paso, y otro no mas de apóstata á perverso, como el mundo lo ha visto en un Juliano.

El cálculo y la conveniencia, junto con el temor por la presencia y aparato de la armada á la vista de Zebú, fué á nuestro juicio lo que indujo á convertirse aquel monarca al cristianismo, mostrándose propicio á nuestra gente para encubrir siniestros fines. Transformado al fin de aliado en un traidor, jamás pudiera atenuar su horrendo crímen el verse amenazado por los otros cuatro reyes, que al parecer juraron darle muerte y destruir su pueblo, sino accedia al proyecto de esterminar á los que habia en las naos, y reducirlas á cenizas ó apresarlas.

Otra, segun varios autores (1), fué la causa de que el perjuro rey cometiera la inaudita felonía de que vamos á ocuparnos. El esclavo Enrique se habia hallado en la funesta rota de Mactan, y allí recibió algunas heridas, que aunque leves le tenian postrado en cama. Sus servicios como intérprete, lo mismo en tierra que á bordo, eran esencialmente precisos, para entenderse zebuanos y españoles. De aquí la ligereza con que Barbosa, deseando darle de alta, juzgó que exageraba su dolencia, y le trató con tiranía. Nada parco en epítetos injuriosos, llamóle *perro* en voz alta; echóle en rostro que si bien su amo y señor ya no existia, no por eso dejaba de ser siervo, amenazándole además con que seria azotado sino dejaba el lecho en que yacía. Ni aun siendo esclavo el hombre es insensible á las injurias, por mas que resignado nos parezca en el estado de humillante servidumbre, y de ello diera ejemplo harto

(1) Oviedo, segunda parte, lib. 20.—Maxim. Transilv. *Relacion de como y por quien y en que tiempo fueron descubiertas y halladas las islas Molucas.* §. 13. (Documento que se halla en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia).

terrible el vil malayo. Mintiendo en el semblante con aparente calma y humildad la cólera en que ardia el corazon, taimado y silencioso juró vengar la afrenta recibida, meditando sagazmente la ocasion de ejecutarlo. Presentándosele en breve la de avistarse con el rey de Zebú, la aprovechó para malquitarle con los españoles, suponiendo y diciéndole que estaban dominados de insaciable avaricia, y poseidos de doblez y mala fé, en tal manera, que despues de vencer al reyezuelo de Mactan, tenian resuelto sorprender al de Zebú, ocupar su pais, prenderle y llevársele cautivo; todo lo cual le revelaba aconsejándole que no perdiese tiempo en precaverse, y que usando de traicion contra traidores acabase con sus pérfidos aliados. Prescindamos de las observaciones que acerca de la mas ó menos exactitud de estos hechos pudieran ofrecerse, atendida la variedad con que diferentes historiadores los refieren (1), cuando todos están acordes en lo sustancial y positivo, cual es la deslealtad y la barbárie del monarca zebuano.

Haciendo este secretamente paz y alianza estrecha con el de Mactan, en union con los demas acordó y juró el degüello de la gente de la armada, y de hacerse en el acto dueño de ella á todo trance. Parecia que los cuatro régulos coligados de antemano se habian propuesto que aquel sangriento é infernal pacto sirviera, no tan solo á su anhelada venganza por la jornada de Mactan, sino tambien de sacrificio espiatorio al de Zebú, como causante que era de ella, en fuerza de los auxilios que diera á los cristianos, y la alianza

(1) Barros atribuye esclusivamente la traicion del rey de Zebú á que los reyes enemigos convinieron en hacer paz entre sí, con tal que el de Zebú trabajase por matar á todos los cristianos. Herrera solo dice que el suceso del convite fué *á instancia de los otros cuatro reyes que le habian amenazado* (al de Zebú), *que si no mataba á los castellanos y les tomaba las naves, destruirian su tierra y le matarian.* Pero es muy digno de atencion que otros escritores no menos juiciosos y beneméritos, refieran como cierto el hecho del esclavo; uno de ellos, Maximiliano Transilvano dice en el §. 13 de la relacion escrita, de que hemos hecho mencion en otra página: «viéndose pues el esclavo de Magallanes reprendido del capitan Juan Serrano con tanta aspereza, concibió en sí grandísimo ódio contra los nuestros, segun despues por la obra pareció, y disimulada su malquerencia y ódio concebido, se levantó de la cama y hizo lo que el capitan Juan Serrano le mandaba. Pues como despues desto pasasen algunos dias, viendo el esclavo oportunidad para ello, y queriéndose vengar del capitan Juan Serrano y de los de su compañía, habló con el rey de Subuth, y díjole que supiese que aquellos españoles era gente de insaciable avaricia, y que le hacia saber que habian dicho que despues que hobiesen vencido al rey de Mauthan, se habian de alzar contra el mismo rey de Subuth, y que tenían concertado de lo prender y llevar captivo consigo en sus naos: por ende que le parecia que para se salvar de la traicion que contra él los españoles tenian armada, no habia mejor remedio que anticiparse á hacer contra ellos lo que ellos tenian acordado de hacer contra él.» Sigue á esto el relato de lo demas acerca del crédito que dió al esclavo el rey de Zebú, su confederacion con los otros reyes y el trágico suceso del convite. Lo mismo vienen á referir con poca diferencia Pigafeta, Gomara y Oviedo; y Juan Sebastian de Elcano, contestando al interrogatorio que judicialmente le hizo el Alcalde de Leguizamo, sobre varios sucesos de la espedicion, cuando en la nao Victoria regresó á Sevilla, confirma lo mismo que dichos historiadores, aunque en muy breve relato. La contradiccion está únicamente en que Transilvano atribuye á Juan Serrano el mal trato dado al esclavo intérprete, y los demas, como Elcano en su declaracion, á Duarte de Barbosa, que habiendo sucedido á Magallanes, mandaba la espedicion. Tales son los datos en que nos hemos fundado para esta parte de la Historia; pues aunque es verdad que en el interrogatorio de que hemos hecho referencia, y que en otro lugar insertaremos, nada dicen los demas testigos acerca de la deslealtad del esclavo Enrique; y aunque es cierto tambien que en la lista de los asesinados en Zebú, aparece, como uno de ellos, el nombre del lenguaraz, nada de esto basta para desvanecer la acusacion levantada contra el mismo, por cuanto pudo muy bien ser desleal é ignorar sin embargo la traicion meditada por el rey bárbaro de Zebú, y ser este cruel con él y comprenderle en el número de las víctimas, sin tomar en cuenta el servicio que con la delacion creyera hacerle, tan solo por ser aquel esclavo un auxiliar de los cristianos.

que con ellos habia hecho: asi es que al mismo rey encomendaron la ejecucion de lo pactado.

Ni la horrenda celada en que perecieron los nobles hijos de Gonzalo Lara, conocidos en la historia por los siete infantes; ni el degüello de los ilustres Abencerrages, convocados traidoramente en el patio de los leones de la Alhambra, y entregados sin defensa á la cuchilla de sus pérfidos y vengativos rivales, los bárbaros Zegríes; ninguno de estos trágicos sucesos ofreciera á la imaginacion del lector escenas tan horrendas como el simulado convite del pérfido monarca zebuano.

Lejos se hallaban los incautos navegantes de pensar en que la muerte amenazaba muy de cerca sus cabezas, cuando poseidos de hidalguía y buena fé dejaron parte de ellos en custodia de las naos, desembarcando festivos los demas en la ominosa playa de Zebú. Allí salió á su encuentro el alevoso rey con unos cuantos de los suyos, teniendo muchos de ellos emboscados; y haciendo demostraciones de amistad y cordial afecto, estremadas cuanto falsas, les condujo como en triunfo á un espeso y vasto palmeral, á cuya sombra se hallaba preparado con cautela el funesto banquete, que habia de convertir aquel lugar en altar del sacrificio. Sentados estaban ya á la mesa los desprevenidos convidados, cuando sobre ellos arrojóse de improviso multitud de indios armados y furiosos, y sin dar tiempo á las víctimas para defenderse ni siquiera incorporarse, todos fueron degollados al momento, transformándose en un charco de sangre la verde alfombra de aquel suelo. Solo Juan Serrano se salvó de la horrenda carnicería: dicha momentánea que pudo atribuirse, no á la circunstancia de estar bien quisto con los indios, como algunos lo suponen, y sí á la idea de presentarle los asesinos como un trofeo de la catástrofe. Los que hallándose á bordo de las naos ténian, digámoslo así, la feliz suerte de existir para saber y poder contar el trágico suceso, observaron á breve rato que los zebuanos, en tumulto, derribaban y destrozaban la cruz que pocos dias antes se plantó en la playa, en frente de la iglesia, y que luego conducian arrastrando los cadáveres de sus víctimas á la orilla del mar, y que al agua los echaban, alzando espantosa gritería y algazara. Al punto comprendieron con horror lo que habia pasado, persuadiéndose de que estaban espuestos á perder la vida como sus desdichados compañeros; y aunque heridos y enfermos muchos de ellos, sobreponiéndose todos al espanto y el terror, aprestaron la artillería y prepararon los arcabuces, empuñaron las espadas y ballestas, y armados y prevenidos se exhortaron mútuamente á defenderse con valor, y á morir con gloria antes que rendirse á las turbas de los indios asesinos.

Al ir á levar anclas y hacer vela, sin dejar su actitud imponente ni apartar la vista de Zebú, notaron allí nuevo tumulto, y muy luego se presentó á sus llorosos ojos otro espectáculo sorprendente y lastimero. Vieron que la multitud desenfrenada traia maniatado y desnudo al capitan Juan Serrano, quien

puesto al frente de las naves á tal distancia que con claridad podian oirle, esforzando la voz cuanto le era permitido en medio del conflicto en que se hallaba, les contó el degüello de todos los compañeros que habian ido al convite, añadiendo que los indios ofrecian dejarle vivo y que á las naos volviese ileso, mediante la entrega de dos piezas de artillería que exigian por rescate; gracia que del bárbaro rey habia con sus ruegos alcanzado. No es dado á la lengua ni á la pluma espresar la dolorosa impresion que hiciera tal escena en los españoles de las naos, ni cual su indecision al oir aquel relato. Si terrible era la idea de abandonar al cautivo en poder de los bárbaros zebuanos, peligroso el acceder á lo que el cautivo mismo les pedia, temerosos de otro ardid para prenderlos y entregarlos todos al cuchillo. ¡Tremenda alternativa! Luchando el corazon entre el deseo vehemente de salvar á uno, y el convencimiento de que el uno y todos perecieran si segunda vez fiasen de alevosos, la piedad quedó vencida y la víctima á merced de los verdugos. Desde las naos, haciendo vela para alejarse del horroroso lugar de la matanza, los que huian de la muerte pudieron ver aun como los fieros indios se llevaban á Serrano, y oyendo luego horrible gritería comprendieron que con ella celebraban ya el degüello de aquel desventurado. Asi ascendió á treinta y cinco el número de muertos en las dos memorables cuanto infaustas jornadas de Mactan y de Zebú (1).

(1) MUERTOS CON MAGALLANES EN 27 DE ABRIL.

Capitan general	Fernando Magallanes.
Entonces capitan de la nao Victoria.	Cristóval Rabelo.
Marinero	Francisco Espinosa.
Grumete	Anton Gallego
Sobresaliente, hombre de armas	Juan de Torres.
Criado de Juan de Cartagena	Rodrigo Nieto.
Criado del Alguacil Gonzalo Espinosa.	Pedro Gomez.
Sobresaliente, que aunque salió herido de la pelea de Mactan murió en 29 de abril.	Anton de Escobar.

EN EL CONVITE EN 1.º DE MAYO.

Capitan de la nao Trinidad.	Duarte Barbosa.
Idem de la nao Concepcion.	Juan Serrano.
Idem de la nao Victoria.	Luis Alfonso de Gois.
Piloto de S. M.	Andres de San Martin.
Escribano.	Sancho de Heredia.
Idem	Leon de Ezpeleta.
Clérigo.	Pedro de Valderrama.
Tonelero	Francisco Martin.
Calafate.	Simon de la Rochela.
Despensero.	Cristóbal Rodriguez.
Sobresaliente, hombre de armas.	Francisco de Madrid.
Idem, criado de Luis de Mendoza.	Hernando de Aguilar.
Lombardero de la Trinidad.	Guillermo Feneri ó Tanagui.
Marinero	Anton Rodriguez.
Idem	Juan Sigura.
Idem	Franciseo Picora.
Idem	Francisco Martin.
Grumete	Anton de Goa.

La pérdida del capitan Juan Serrano debia considerarse de suma importancia, atendido su carácter y las recomendables y singulares prendas que le distinguian. Marino esperto, hombre de esclarecido valor; leal, prudente, pundonoroso, de buen juicio y consejo, su presencia y sus servicios en la armada eran sin duda de grande utilidad y conveniencia. Recordemos sino sus sabias y oportunas observaciones á los gefes de la espedicion, en circunstancias las mas graves y críticas. Si por fortuna de los espedicionarios hubiesen sido atendidos y apreciados cual merecian, por Magallanes y por Barbosa, los dictámenes que les dió y las razones que tan cuerdamente espuso al tratar el uno de hacer guerra á los régulos coligados, y al aceptar el otro con sobrada ligereza el convite del perverso rey, en verdad que no hubiesen acaecido las funestas cuanto memorables catástrofes de Mactan y de Zebú, que tanto y tan de cerca amenazaron la pérdida completa de la Armada: pues si bien se salvó esta por de pronto, á pesar de aquellos trágicos sucesos, tambien es cierto que la gran mengua de gente por la pérdida de treinta y cinco individuos en tan infaustas jornadas, trajo consigo otra pérdida harto sensible, cual fué la de la nao Concepcion, como despues veremos; quedando reducidas á dos las tres que componian la espedicion, y esta en inminente peligro de ser aniquilada ó malograrse enteramente.

Triste prueba nos ofrecen estos hechos, de que la vanidad, el orgullo y amor propio, hacen que el hombre desatienda en casos graves los consejos mas sábios y prudentes. Entonces, sin norte ó freno en sus pasiones, se convierte en autor de sus males y su ruina, en víctima de su propia desgracia, arrastrando con ella muchas veces á los mismos que quisieran y procuran evitarla.

Idem	Rodrigo de Hurrira.
Sobresaliente.	Pedro Herrero.
Idem	Hartiga.
Idem	Juan de Silva, portugués.
Criado de Magallanes.	Nuño.
Idem, lenguaráz.	Henrique, de Maláca.
Idem	Piti Juan, francés.
Idem	Francisco de la Mezquita.
Entenado de Juan Serrano.	Francisco.

En los mismos términos consta la lista precedente de una relacion que se halla en el Archivo general de Indias de Sevilla, entre los papeles llevados de Simancas, legajo 1.º



Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

INCENDIAN LA NAO CONCEPCION

en un puerto de las Molucas, los compañeros del malogrado cuanto celebre Magallanes, no teniendo ya gente bastante para tripular los tres buques de la Armada.

CAPITULO XXIII.

Se hace á la vela la armada desde Zebú, y vá á la isla de *Bohol.*—Queman los españoles la nao Concepcion, no teniendo gente para la tripulacion de las tres.—Nombran General de la armada á Juan Carvallo.—Arribo á *Quipit, Cuayagan, Puluan,* y *Saocao,* donde hacen los españoles varios cambios y se proveen de víveres.—Aportan en *Borneo.*—Mensage del rey de esta isla á los españoles; muestras recíprocas de amistad y confianza.—Hostilidad del rey de Borneo.—Apresamiento de dos de sus naves por la armada española, cogiendo prisionero al hijo del rey de Luzon, á quien pone en libertad Juan Carvallo.—Rescate de dos hombres de la espedicion, quedando tres de la misma en poder del rey de Borneo.—Destitucion de Juan Carvallo del cargo de Capitan mayor, reemplazándole Gonzalo Gomez de Espinosa.—Apresa la armada un buque indio con crecido número de personas.—Paz y alianza con Tuan Mahamud, señor de la isla de Puluan, prisionero de los españoles.—Prosigue la armada su viaje, y despues de algunos sucesos avista las Molucas.—Demostraciones de júbilo de los españoles.

Haciéndose á la mar las tres naos en primero de mayo, perdieron de vista el pais de ominosa memoria en que tantos y tan dignos españoles acababan de ser víctimas de su temeridad, y de la alevosía y barbárie de los indios. Con rumbo al S-O. hasta los 9.° 45.' se hallaron entre el cabo de Zebú y la isla llamada de *Bohol,* que está á los 9.° 30.', y en ella surgió la armada.

No teniendo gente para las maniobras de las tres naos, acordaron los espedicionarios quemar la mas vieja y averiada. Parecia que la adversa estrella del benemérito cuanto malogrado Juan Serrano alcanzaba á la nave que con tanto honor y acierto habia gobernado, pues cupo la suerte de ser quemada á la Concepcion, y pasando á las otras dos la jarcia, los pertrechos y el armamento de ella, fué entregada á las llamas. Hecho esto eligieron los españoles por General á Juan Caraballo, ó *Carvallo,* portugués, que era piloto de la Concepcion, y para capitan de la Victoria á Gonzalo Gomez de Espinosa, alguacil de la Trinidad. Partió luego la armada de Bohol para *Quipit ó Quepindo,* isla situada en la costa N-O. de la de *Mindanao,* al rumbo de S-O., y fué á surgir en frente de un rio y de la morada del rey de aquella isla, dejando á la parte de afuera del N-O. dos isletas que están en 8.° 30.' Mediante paces

que hicieron con los naturales, tuvieron noticia los espedicionarios de que aquella isla abundaba en oro, gengibre y canela, mas no pudieron abastecer las naos de lo necesario para la manutencion, pues aunque el monarca de Quepindo pasó á ellas y prometió dar víveres con largueza, no habia arroz, que era el principal y mas saludable alimento del marinero, y esto les obligó á ir á buscarlo en otra parte.

Saliendo de Quepindo, isla muy larga de E. á O, y que desde el cabo de su nombre á las primeras islas distará ciento doce leguas de navegacion, se dirigió la armada al O-S-O. S-O. y O. hasta hallar otra tierra muy poco poblada, llamada *Cuagayan*, y en su puerto fondearon por la parte del N. Allí supieron el punto en que se hallaba la isla de *Puluan ó Paraguá*, situada en 9º y 20' de latitud septentrional, siendo tan abundante en arroz que á ella solian ir navíos de otras partes á cargar de tan precioso fruto.

Recalando en Puluan hizo nuestra gente alianza con el cacique, quien siguiendo su costumbre en tales casos se hirió levemente en el pecho con la punta de un cuchillo, y teñida en sangre la llevó á su lengua, viéndose precisados los capitanes de las naos á hacer lo mismo.

Entre las diversiones de aquellos naturales llamaron la atencion de los españoles las riñas ó combates de gallos, en que el dueño del que vence gana el premio de la apuesta, siendo lo mas notable el estar prohibido á los puluanos el comer tales aves, lo cual observaban supersticiosamente.

Dirigióse la espedicion al O-N.-O. hasta encontrar el cabo de dicha isla, y costeándola al N-1|4-N-E. fueron á dar en *Saocao*, pueblo de moros con quienes hicieron paces; de allí á otro de Cafres, á los cuales dieron algunos retazos de lienzo, cuchillos, tijeras, cuentas de vidrio y otras bujerías, en cambio de gran porcion de arroz, y de puercos, gallinas y cabras, de que abastecieron bien las naves.

Corre N-E-S-O. la costa de la isla Puluan, se encuentra el cabo de N.-E. en latitud de 9.º 20', y del S-O. 8.º 20', y dando hasta este cabo la vuelta al S-O. hallaron una isla y muchos bajos en aquel camino y á lo largo de Puluan. Desde esta partieron para *Borneo*, llevando consigo un práctico moro, el cual, en fuerza de promesas, les reveló que hasta el punto mas cercano de la isla mediaban diez leguas, y treinta hasta la ciudad. Componíase entonces de cien individuos el total de la gente de las naos, yendo cincuenta de ellos en cada una, bien que ya sanos y robustos, y al oir lo anunciado por el moro manifestaron gran contento, prometiéndose que en Borneo tendrian noticia de las islas Molucas, objeto de su largo y trabajoso viaje. Haciendo rumbo al S-O. costearon la isla que está en igual situacion en el cabo de Puluan, y en el término de ella hallaron otra inmediata con un bajo al E, en 7.º 30': mudaron la derrota al O. hasta quince leguas, y se dirigieron al S-O. costeando la isla de Borneo, próximos á tierra, á causa de los muchos bajos que hay afuera, y siempre con la sonda en la mano, por lo mala y peligrosa que es aquella costa. Asi pudieron llegar á la

barra de la bahía de Borneo (1). Por ella entraron con bateles por delante; pero al cabo de una legua, hallando poco fondo, volvieron atras y surgieron á tres de distancia de la ciudad, el dia 8 de julio de 1521. A breve rato se oscureció la admósfera, y sobrevino una recia tempestad que espuso á zozobrar la armada.

Al siguiente dia de su arribo á Borneo vieron acercarse tres *cañamices* ó embarcaciones del pais, con proas doradas, figurando cabezas de serpientes. El estruendo y la algaravía que de lejos se notaba, el confuso ruido de trompetas, atabales y otros instrumentos con que la gente de aquellos buques hacia una música mas disonante que armoniosa, anunciaba que conducian algun distinguido personage. Iba en efecto un venerable anciano, secretario del rey de la isla, el cual, como nuncio ó mensagero de su señor, apenas llegó á las naos fué recibido á bordo de la Capitana, acompañado de algunos de sus moros, en tanto que la artillería le hacia salva, cuyo estruendo se confundia con el incesante son de la música moruna. El régio mensagero abrazó al general de la armada haciendo demostraciones de satisfaccion alegría y confianza, cual si fuesen antiguos conocidos, y consecutivamente hicieron otro tanto los que componian su comitiva. Quisieron saber que navios eran aquellos y con que objeto habian ido, á lo cual les contestó Carvallo que eran del rey de Castilla, vasallos suyos la gente que iba en ellos, y el cargamento de mercancías españolas, compuestas de granas, paños, sedas de diferentes colores, y otras cosas que trocarian con varias de las que se hallaran en Borneo. Satisfecha con esto la curiosidad del mensagero, mandó este entregar al Almirante, de parte y en nombre de su rey, una porcion de *Betele*, y otra de *Areca*, fruto que envuelto en la hoja de aquella yerba ó en la de *Coca*, mascan los orientales casi de contínuo; y además gran cantidad de víveres, como gallinas, cabras, cañas dulces, y vino de arroz, que los naturales llaman *Arach* (2). En justa retribucion enviaron los españoles por su parte al rey de Borneo una capa de terciopelo carmesí, un sillon guarnecido de terciopelo azul, una vasija de cristal con su tapa, cinco cuadernillos de papel, y otros presentes para la reina, cosas todas para ellos tan estrañas y desconocidas como admirables, y por tanto apreciadas en Borneo. No contentos con esto repartieron otros presentes entre el secretario y los suyos.

La alegría del rey fué tanta al oir la relacion que le hizo su mensagero, de lo que habia pasado en las naos, que al punto mandó rogasen al capitan que le enviase dos de aquellos hombres, pues queria verlos, y Carvallo satisfaciendo su deseo envióle ocho el dia 15, en forma de embajada, siendo uno de ellos Gonzalo Gomez de Espinosa, capitan de la Victoria. Aun no habian llegado á la ciudad cuando salieron á recibirlos por mandato del rey mas de

(1) *Diario ó derrotero del Viaje de Magallanes desde el cabo de S. Agustin en el Brasil, hasta el regreso á España de la nao Victoria, escrito por Francisco Alvo.* (Arch. de Ind. en Sevilla, leg. 1.º *papeles del Maluco* desde 1519 á 1547.)

(2) Pigafeta, página 362 vuelta.

dos mil hombres armados de arcos, flechas, cerbatanas, paveses, alfanges tan largos como espadas castellanas, y corazas de conchas de tortuga, vestidos todos de ricas telas de seda. Llevaban en un monstruoso elefante un castillo de



madera en que iban cinco ó seis hombres armados, los cuales, saliendo de él al punto que llegaron los castellanos, hicieron que Gomez de Espinosa entrase en el moviente edificio, y asi fué conducido al real palacio. Apeándose allí le introdujeron en la real cámara, donde el rey, habiendo un tabique intermedio, habló á su secretario por una cerbatana metida en un agujero, y de este modo contestó el embajador español á cuanto quiso saber el monarca de Borneo (1). Mientras esto pasaba se escaparon de la nao Victoria dos marineros hermanos, Juan y Mateo Griego, y se pasaron á los moros de la isla.

Despedido luego Espinosa, el dia 16 volvió á los suyos bien despachado, llevándole hasta la orilla del mar sobre el mismo elefante en que habia ido, y con algunos regalos que consistian en dos piezas de damasco de la China para él, y una para cada uno de los otros castellanos que le acompañaron. De vuelta á la Capitana refirió á Carvallo cuanto habia visto, y le aconsejó que teniendo en consideracion lo grande que era la poblacion de donde venia, se apartasen de ella, hasta conocer mejor aquella gente y sus intenciones; consejo que el capitan mayor siguió prudentemente.

Semejante á la antigua reina del Adriático la ciudad de Borneo, capital de

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.º cap. 9.º

la isla de su nombre, cual otra Venecia está fundada en las aguas, con la diferencia de que las casas, que llegarian á veinte mil, son de madera. Sus habitantes, reputados por el pueblo mas culto que hasta entonces habian descubierto nuestros marinos, unos eran gentiles y otros mahometanos. No creian en la inmortalidad del alma: se casaban con tantas mugeres cuantas podian mantener: escribian, en vez de papel, en cortezas interiores de árboles: su alimento consistia principalmente en pan de arroz y en caza y pesca, de que abunda la isla. Produce esta además gran cantidad de azúcar, canela, alcanfor y gengibre, que truecan por azogue para medicinas. Cria tambien muchos puercos, cabras y camellos. El rey era el primero que se ponia delante en las batallas: no salia sino á caza y á campaña: su muger y sus hijos son los únicos que le hablan; los demas por medio de cerbatana. Cerca de otra isla contigua pescaron los españoles, entre otras ostras de enorme magnitud, una cuya carne aseguraron pesar mas de una arroba. No debe ser menor el marisco que produzca perlas tan grandes como las que adornaban los pendientes del rey de Borneo (1), y que llamaron la atencion de cuantos los vieron.

Aguardaban los nuestros impacientes en 29 de julio cinco hombres que tres dias antes habian enviado á la ciudad, á traer cera en cambio de algunas mercancías, con la cual se supliese la falta de pez y brea que necesitaban para recorrer las naos, cuando vieron cargar sobre ellos tres juncos (2), buques los mayores que se usan en aquella isla; y estando en la creencia de que iban cargados de mercancía no tardaron en conocer su error, pues muy luego descubrieron mas de ciento cincuenta cañamices, que desde el puerto se encaminaban igualmente á las naos, por lo cual nuestra gente levó anclas á toda priesa haciendo vela. Tan pronta maniobra amedrentó á los juncos, de manera que huyendo de las naos y viéndose alcanzar por ellas, los desampararon metiendo su gente en los bateles. Dos de ellos fueron apresados, y al punto se retiraron otros muchos que del puerto habian salido. Al tercer dia de este suceso, no habiendo vuelto los cinco castellanos, atacaron las naos á un junco, que apesar de su defensa fué apresado. Iba en él un hijo del rey de Luzon, isla muy estensa; y tanto aquel personage como mas de cien hom-

(1) Transilvan: pág. 351.—Oviedo, hist., cap. 1.º

(2) El Padre Fray Juan Gonzalez de Mendoza, en la *Historia de las cosas mas notables de la China*, lib 3, capítulo 21, edic. de 1586, describe asi los juncos: «A los navíos mayores, que son para navegar lejos, llaman *juncos*, y cuando se hacen de intento para cosas de guerra, los hacen grandes con castillos altos en popa y proa, al modo de los que traen las naos de levante y las de los portugueses que van á la India. Hay destos tanto número que puede un general de la mar juntar en cuatro dias mas de seiscientos. Los que comunmente usan para cargar son casi desta mesma hechura y grandeza, y no hay otra diferencia sino ser mas bajos de popa y proa.» El Padre San Roman dice lo mismo en su *Hist. gen. de la India*, lib. 2, cap. 12.—Añade Pigafeta en su relacion, lib. 3, página 151, que los fondos ú obras vivas de los juncos están construidos bastante bien hasta dos palmos de las obras muertas, con chillas ó tablas largas y delgadas, unidas por maniquetas, ó clavillas de madera: que la parte superior está fabricada de muy gruesas cañas, con vuelo á la parte esterior como para formar contrapeso ó balanza: que hacen los palos de la misma clase de cañas gruesas y fuertes, y las velas de tela de algodon; y que conducen ó transportan tanta carga como nuestros navíos.

bres, cinco mugeres y un niño de dos meses, quedaron prisioneros; pero al dia siguiente determinó Juan Carvallo por si solo, como capitan mayor, poner en libertad al distinguido cautivo y á su gente, para recuperar los cinco castellanos; soltura que se consideró impulsada del deseo y la esperanza de rescatar el mismo Carvallo á su hijo, que era uno de los retenidos en Borneo. Esto dió ocasion á que la gente de las naos desaprobara la conducta de su gefe, y que aun llegara á suponer que habia mediado la codicia exigiendo para sí grandes regalos. El hijo del régulo de Luzon juró segun su ley enviar los castellanos ausentes, dejando en rehenes ocho moros principales y dos mugeres, y con él envió Carvallo á decir al rey de Borneo que echaria á pique cuantos juncos hallara, si en breve no volvian los cinco hombres que en su poder tenia. En el junco apresado con los moros se encontraron muchas armas, víveres, y telas de seda y algodon.

Al cabo de dos dias volvieron dos hombres de los cinco cautivados, quedando en Borneo los tres restantes, que eran Domingo de Barrutia, marinero, y entonces escribano de la Trinidad, Gonzalo Hernando, soldado, y el hijo de Juan Carvallo. Perdidas ya las esperanzas del regreso de estos, y apresados algunos juncos sin provecho, determinaron nuestros navegantes hacer vela en demanda de algun puerto donde pudieran reparar las naos.

Costearon pues la isla, con buen tiempo, á principios de agosto; desandaron camino por donde habian ido, y varando la Capitana, durante un dia y una noche dió tantos y tales golpes que estuvo á pique de naufragio. En tal conflicto sobrevino aun de noche un temporal que aumentó el peligro, hasta que al ser de dia, subiendo la marea, flotó la Trinidad y salió de aquel terrible bajo. Seguian las naos su viaje el 15, cuando dieron con un junco que desamparado inmediatamente por los indios fué apresado. Llevaba mas de treinta mil cocos, y distribuidos entre la gente de ambas naves sirvieron de escelente refresco. En aquella costa encontraron una ensenada, y en ella se detuvieron treinta y siete dias, dando pendol á las naos, y sufriendo no pocas penalidades, hasta el punto de tener que andar descalza la gente por el monte, haciendo leña, porque en tan larga navegacion habian quedado enteramente sin calzado. Aun se hallaban en aquel puerto, cuando se determinaron á procesar al portugués Juan Carvallo, á causa de que infringia las Reales Instrucciones; y acordando por último deponerle del empleo de capitan mayor, le volvieron al ejercicio de primer piloto, eligiendo en su lugar por gefe de la armada á Gonzalo Gomez de Espinosa, y por capitan de la nao Victoria á Juan Sebastian de Elcano, el mismo que salió de Sevilla de maestre de la nao Concepcion; quedando de maestre Juan Bautista de Poncevera (1), y de contador de la armada Martin Mendez.

Continuando su derrota, al dia siguiente, cerca ya de una isla que nom-

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.º cap. 10. pág. 16.

braron *Trinidad* (1) apresaron un junco, que en vano quiso defenderse, y en él hallaron al señor de la isla de *Puluan ó Paraguá*, llamado Tuan Maamud, tributario del rey de Borneo, á su hermano Guantail, á su hijo, de edad de diez y ocho años, y ochenta y ocho hombres que los acompañaban en aquel viaje, volviendo de la ciudad de Borneo á la isla Puluan, donde tenian su residencia. Retenia los prisioneros nuestra gente en desquite de la infiel conducta del rey de Borneo con la armada; pero no olvidando al mismo tiempo la buena acogida que tuvo la espedicion en Puluan, propusieron al cautivo señor de esta que hiciese amistad y alianza con el soberano de Castilla, y que en recompensa le darian libertad y carta de seguro, con la cual pudiera navegar libremente, sin que fuera en adelante hostilizado por ninguna de las naves españolas; bien que además bajo pacto de que habia de proveerles de víveres, pagados en dinero ó á cambio de mercancías. Gustoso y agradecido convino Tuan Maamud en todo lo propuesto, prometiendo que dentro de ocho dias daria bastimentos, llevándolos de una ciudad que estaba en la ribera, á la cual se acercó luego la armada.

Pasaba esto en 1.° de octubre de 1521; dia en que los españoles tomando un crucifijo en las manos juraron guardar paces con Tuan Maamud, y este y su hermano é hijo, repitieron el solemne juramento, á su modo, poniéndose el dedo índice en la boca y luego en la cabeza. Allí se detuvo la armada hasta el 7, y allí recibió del señor de la isla cuatrocientas medidas de arroz, veinte cabras, otros tantos puercos, ciento cincuenta gallinas, y una carta para el emperador y rey de España. A consecuencia, le fueron restituidos el junco, y unas lombardetas de bronce, que se hallaron comprendidas en la presa, habiendo espuesto Tuan serle necesarias para defenderse de los cafres. Diéronle además algunas ropas de seda, paño, etc., quedando por último en libertad los ochenta y ocho hombres que se hallaban cautivos todavía. En las conferencias que mediaron sirvió de intérprete un moro que entendia algo el castellano (2), y que fué tomado en la isla del rey de Luzon.

Hiciéronse nuevamente á la vela nuestras naves, y pasando entre el cabo de las islas de Borneo y Puluan, fueron á parar á la de Cuagayan, y de allí, continuando la misma derrota, á buscar la de Quipit por el lado del S. Hallábanse entre las dos últimas islas citadas, cuando vieron otra llamada *Soló ó Sooloo*, hoy Joló, en altura de 6.°, donde les dieron noticia de que abundaba en preciosas y gruesas perlas, tanto que el rey de aquella isla poseia una tan gorda como un huevo de gallina (3).

Noticias semejantes tuvieron, con respecto á la abundancia de perlas, al arribar despues á otra isla llamada *Jagima*, situada en 6.° 50.', que corre con

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.° cap. 10. pág. 16.

(2) Consta del *Estracto hecho por D. J. B. Muñoz, de las paces hechas por los castellanos con los reyes ó señores de las islas de Maluco:* Documento que se conserva original en el Archivo de Indias, en Sevilla.

(3) *Diario ó derrotero del Viaje de Magallanes, etc.,* citado ya en otra página.

Soló N-E. 1|4 E., S-O. 1|4 O., en frente del cabo de Quipit, que está en 7.° 15.' y corre con Puluan E-S-E., O-N-O. En aquel punto descubrieron un junco, cuya gente armada de alfanges y paveses provocaba á los nuestros á que se acercasen. No pudieron hacerlo las naos á causa de las calmas, saltaron treinta españoles en cada uno de los dos bateles, abordaron al junco, dieron muerte á veinte moros, y prendieron treinta (1): mas por desgracia murieron dos hombres de los nuestros, resultando además varios heridos. Preguntado el piloto del junco por las islas *de los Malucos* ó *Molucas*, se hizo el desentendido, hasta que los otros moros prisioneros lo declararon (2): entonces confesó que sabia el rumbo, y gobernó hácia la isla *Sangui*, que era su patria, con ánimo sin duda de escaparse. Costeó la armada por la parte del Sur la isla de Quipit al E. 1|4 S-E., hasta unos islotes, encontrando á lo largo de la costa muchas poblaciones abundantes en gengibre y canela superior, de que hicieron alguna compra: continuó al E-N-E. hasta ver un golfo, luego á S-E. hasta avistar una isla grande, y siguieron al cabo del E. de la isla de Quipit, donde encontraron una gran poblacion, en que se cogia oro en un rio caudaloso. Hállase situado aquel cabo en 191.° 30.' de longitud (3).

Dejando la isla de Quipit y siguiendo el rumbo del S-E. vieron una isla llamada *Sibuco*, y otra despues al S-S-E. denominada *Virano Batolaque* (4). Costeándola sobrevino una borrasca que aguantó la armada á palo seco. Continuó la navegacion y vieron sucesivamente dos islas llamada la una *Candicar*, y la otra *Sarangani*, en la cual surgieron. Están ambas en 4.° 40.'; el cabo S. en 6.°, el de Virano Batolaque en 5.°, y el de Quipit corre con Caudicar N-N-O., S-S-E., sin tocar en ningun cabo (5).

Apenas habian fondeado cuando pasó á bordo de la Capitana un personage que iba en un parao, y enterado de que nuestra gente se dirigia á las Molucas, ofrecióles un piloto que los guiara. Aceptada la propuesta presentó uno de su comitiva, el cual, mediante una cantidad considerable que pidió y recibió adelantada bajo pretesto de dejarla á su muger, entró en la nao, y al punto se descubrió que era hermano del otro piloto moro que ya llevaban. Habiendo hablado á solas con él y se metió luego en un parao con intento de escaparse: fueron en su seguimiento algunos españoles y no tardaron en volverle á bordo asido de los cabellos. Esto fué bastante para que huyeran los demas paraos que habia al rededor de las naos, pero á breve rato salieron infinitos contra ellas, cuando iban ya á la vela, y disparándoles la artillería algunos tiros se arredraron y contuvieron (6). Encamináronse las naos de Sa-

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.° cap. 10. pág. 16.
(2) *Diario ó derrotero del Viaje de Magallanes, etc.*
(3) *Diario ó derrotero del Viaje de Magallanes, etc.*
(4) Idem.
(5) Idem.
(6) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.° cap. 10. pág. 16.

rangani al S. 1|4 S-E., hasta llegar en frente de la isla *Sanguin* ó *Sangui*, la cual está en 3.° 40.', habiendo entre ella y la anterior muchas isletas que quedan á la parte del O.

Iban en el alcázar los dos hermanos pilotos, con grillos, y un muchacho hijo de uno de ellos, para que dirigiesen la derrota; cuando he que navegando, y adelantando poco á causa de la calma, cercanos ya á una isla que costeaban, á media noche se arrojaron al agua ambos moros con el mozuelo, y aunque trabados con los grillos se escaparon á nado. Al siguiente dia se acercaron algunos paraos á las naos, y por ellas se supo que los pilotos se hallaban presos, y que el muchacho, á quien el padre llevaba nadando sobre las espaldas, se habia ahogado por no haber podido sostenerse.

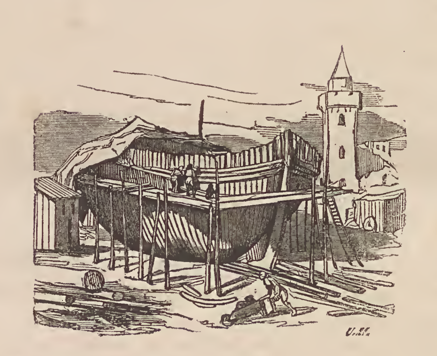
Desconsolada quedó nuestra gente por la falta de aquellos guias; pero un mozo de los apresados en el junco, convaleciente ya de las heridas que sacó de la refriega, manifestó que habia estado en las Molucas, añadiendo que estas se hallaban á cien leguas de distancia, y que él los guiaria. Con esta confianza prosiguió la espedicion su derrota pasando á la vista de las islas de *Siam, Paginsara*, y las isletas *Suar* y *Mean*. Desde esta se dirigió al S-S-E. con poca vela, y á la mañana siguiente, tercer dia del rumbo que el piloto moro dispuso, en 8 de noviembre, á los dos años y noventa dias de viaje, avistaron cuatro islas que el mahometano reconoció ser las Molucas.

Solo el júbilo que enagenó los corazones de los piadosos Cruzados, cuando por término de sus inesplicables penalidades, despues de los estragos del hambre, la sed y la peste en las playas y desiertos de la ardiente Palestina, llegaron á la vista de la santa ciudad del Rey Profeta; solo aquel júbilo, repetimos, fuera comparable con el que inundó los corazones de nuestros heróicos navegantes, al avistar desde el inmenso Océano oriental las suspiradas islas en cuya busca habian arrostrado peligros inminentes, padecido grandes trabajos y tolerado privaciones sin cuento. ¡Oh númen inmortal de la Epopeya; cantor divino de la *Jerusalen libertada!* Digna seria de tu sublime génio y de tu augusta pluma la interesante escena que á la dulce poesía, á esta hermosa hija del cielo presentaba la actitud de los marinos españoles, contemplando las Molucas desde los alcázares de las triunfantes naos españolas. De hinojos sobre cubierta, con las manos levantadas hácia el empíreo, con los ojos anegados en lágrimas de gozo, dando gracias al Dios del universo y prorumpiendo en fervientes vivas al soberano de dos mundos, parecian á los peregrinantes hijos de Israel entonando el cántico de gratitud al Señor de los ejércitos, despues del paso del Mar rojo. Clarines y atambores hicieron resonar de concierto sus marciales tonos por los aires, y el estampido del cañon repitiendo el trueno en lontananza por la vasta estension de las aguas, parecia que iba presuroso hácia Occidente anunciando á España el arribo de sus naos á las ricas islas de la Especeria.

Surgieron luego en Tidor junto á la poblacion, por ser muy acantilado el fondo; la artillería saludó al rey de la isla, y este envió en el mismo dia dos pa-

ges suyos á saber quienes eran aquellos huéspedes y enterarse del objeto de su arribo.

Desde que la armada salió de Zebú hasta su llegada á las Molucas, fallecieron cinco individuos, sin contar los tres que en Borneo se quedaron.



CAPITULO XXIV.

Visita Almanzor rey de Tidor ó Tidore, á las naos españolas, acompañado de su hijo.—Obséquiale el capitan mayor de la armada.—Generosidad de Almanzor, y manifestaciones de aprecio á los españoles.—Juramento recíproco del mismo rey y de Gonzalo Gomez Espinosa, haciendo pacto de amistad y alianza.—Presentacion de los señores de las islas de Ternate, Gilolo, Maquian y Baquian, declarándose aliados y tributarios del rey de España.—Avería en la nao Trinidad.—Acuerdan los espedicionarios que Juan Sebastian de Elcano venga á España con la nao Victoria, trayendo las cartas y presentes de los reyes molucanos.—Descripcion geográfica de las Molucas, en particular de las islas de Ternate, Tidor, Motil, Baquian y Gilolo.—Leyes, usos, costumbres, trages, carácter y otras particularidades de aquellos naturales.—Nociones sobre la historia natural de las Molucas.

LLAMÁBASE *Almanzor* el rey de Tidor. Prévio mensage de atencion, el dia 9 fué en persona á las naos, en un parao suntuoso, sentado debajo de un rico dosel de seda, y vestido de una magnífica túnica de punto, recamada de oro, ceñida de un paño blanco, cuyas puntas descendian hasta el suelo, y en la cabeza un hermoso velo de luciente seda en forma de una mitra. Acompañábale en pié su hijo, con un cetro en la mano, y á cada lado un personage que en cajitas de oro le servia la hoja del *betele*. Saludó á los marineros que estaban ocupados con las boyas, dándoles la bienvenida, y entrando en la nao Capitana, junto á la cual salieron á su encuentro algunos castellanos en bateles, no pudo disimular la admiracion y sorpresa que le causaban el aparato de las naos y el grave aspecto de los europeos.

Habia dispuesta en la cámara de popa una rica silla, en que habiéndose acomodado el monarca recien llegado, le hicieron todos el debido acatamiento á la usanza de Castilla. Declaró á los españoles por amigos suyos, y el capitan mayor le presentó en nombre del Emperador y Rey de España un sillon de terciopelo carmesí, un ropage de terciopelo amarillo, un sayon de tela de oro falso, cuatro varas de escarlata, una pieza de damasco amarillo, otra de lienzo, una tohalla labrada de seda y oro, dos copas de vidrio, seis sartas

de cuentas de lo mismo, tres espejos, seis tigeras y seis peines. Dió tambien al hijo una gorra, un espejo y dos cuchillos; y otras cosas semejantes á los principales de su comitiva que con él entraron en la nao. Observando Almanzor esta largueza, rogó á los españoles que la moderasen. Tal era la importancia que daba al valor de aquellas cosas, cuando cualquiera personage europeo las tuviera en poco ó acaso las mirara con desprecio. La cortesía, la urbanidad y la cordura, además del acatamiento y la consideracion que se debia al señor de aquel pais, exigian que el capitan mayor se mostrase con él respetuoso y prudente. Pidióle pues licencia de parte del Emperador para entrar en su isla y negociar en ella, y Almanzor accediendo gustoso añadió que autorizaba á nuestra gente para dar muerte á cualquiera de sus vasallos que la hostilizara ó enojase. Fijó la atencion en el estandarte con las armas reales, y aun mas en el retrato de Cárlos V: quiso ver la moneda española y que le enterasen de su peso y su valor; y luego, preciándose de astrólogo, aseguró que hacia tiempo que esperaba y deseaba la venida de los españoles, por cuanto se la habian vaticinado sus sueños, confirmándolo sus observaciones de la luna; y que siendo, en fin, el objeto de sus huéspedes el tráfico de especería, á su antojo la tomasen en buen hora (1). Dicho esto se quitó la mitra, abrazó al capitan mayor y á los demas, y se volvió á Tidor.

Al pagar los nuestros la visita al generoso Almanzor, le pidieron el cargamento de clavo para las naos, y entonces, al fijar el precio de esta mercancía, supieron que una porcion correspondiente á cuatro quintales, equivalia entre los de la isla á la insignificante suma de dos ducados. Pasaron algunos dias sin dar el cargamento prometido; novedad que hubo de motivar recelos á los castellanos, por lo cual dispusieron y anunciaron su partida. Esta resolucion causó tal estrañeza al rey, que apenas lo supo pasó otra vez á la Capitana, donde despues de asegurar á Gomez de Espinosa que deseaba su permanencia allí, y que podian contar con su alianza, declaró que habia enviado á decir á las otras islas que llevase clavo quien quisiese, porque nadie lo haria sin licencia suya; jurando por último que era su intento cargar las naos de clavo, para que asi pudiesen partir los españoles satisfechos y contentos (2).

Consecutivamente fueron dos moros á tierra, y á breve rato volvieron á las naos trayendo un bulto que apenas podia conducirlo uno de ellos con ambas manos, pero cubierto con ricos paños de seda, de modo que los castellanos no pudieron ver lo que encerraba, aunque presumian ser el Alcoran. Presentándosele á Almanzor, puso este las manos en él, las llevó despues á su cabeza y al pecho, y terminada esta ceremonia volvieron el bulto á tierra los mismos que le llevaron. El capitan mayor hizo tambien su juramento ante

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.º cap. 11. pág. 17: y *Estracto hecho por D. J. B. Muñoz, de las paces hechas por los castellanos con los reyes ó señores de las islas de Maluco.*

(2) Herrera. Dec 3.ª lib. 1.º cap. 11. pág. 17.

una imágen de la Vírgen, y asi quedó pactado que Almanzor seria siempre amigo y aliado de los reyes de Castilla, y que daria cuantas especias produ-



cia su isla, cuando á ella fuesen castellanos, bajo cierto precio convenido, pagándolas en lienzo, paños y sedas. Solemnizóse aun mas el contrato, entregando los nuestros treinta moros que llevaban cautivos en las naos, y este rasgo de generosidad tan espontánea, colmó de satisfaccion y alegria al monarca de Tidor.

En tan plausible estado se hallaban las relaciones de amistad y concordia entre los españoles y Almanzor, cuando en la córte de este se presentó Corala, señor de *Ternate* ó *Terrenate* y sobrino de aquel monarca, ofreciéndose por amigo y vasallo del de Castilla. A esta presentacion siguió la de *Luzuf*, rey de *Gilolo*, y amigo de Almanzor, á cuyo ruego acudieron tambien los reyes de *Maquian* y *Bachian*, ó Baquian, ofreciéndose igualmente por amigos y tributarios del Emperador y rey Cárlos V. Con todos ellos se asentaron paces durante los meses de noviembre y diciembre. Estaba el de Baquian muy desavenido con los portugueses: habia muerto á algunos de ellos, por lo cual, holgándose mucho con el arribo de los españoles, consideró de suma conveniencia la amistad del rey de España, bajo la idea de que con un aliado tan poderoso podria hacer guerra al de Portugal, y alcanzar sobre este una victoria (1).

Cargadas las naos en breve, Almanzor, Corala y Luzuf, entregaron á Go-

(1) Documento.

mez de Espinosa cartas auténticas, patentes de sumision y vasallage al Emperador y rey, rogándole además el primero que le auxiliase con tropas castellanas para vengar la muerte de su padre, á quien sus enemigos habian dado muerte, arrojando al mar el cadáver (1): pidióle al mismo tiempo que le enviase quien le enseñara la religion cristiana, y le instruyese en los usos y costumbres de Castilla. A continuacion dispuso que sus gentes pusiesen á bordo de la Capitana muchos papagayos encarnados y blancos; como tambien dos de aquellas aves cuyo magestuoso y magnífico plumage ostenta las maravillas, la belleza y los primores de la ornitologia, embelesando al filósofo naturalista, y á todo hombre observador: tal es el ave de rara hermosura llamada *Mamuco*, cuya casta es casi peculiar de las Molucas, y que se conoce vulgarmente con el nombre de *ave del Paraiso;* nombre que parece definirla suficientemente. Añadió á tan singulares presentes una porcion de esquisita miel, producto de unas avejas propias del pais, tan pequeñas que las llaman moscas, y otras muchas cosas estrañas, con algunos mancebos de las islas, de los mas gallardos, para llevarlos á Castilla.

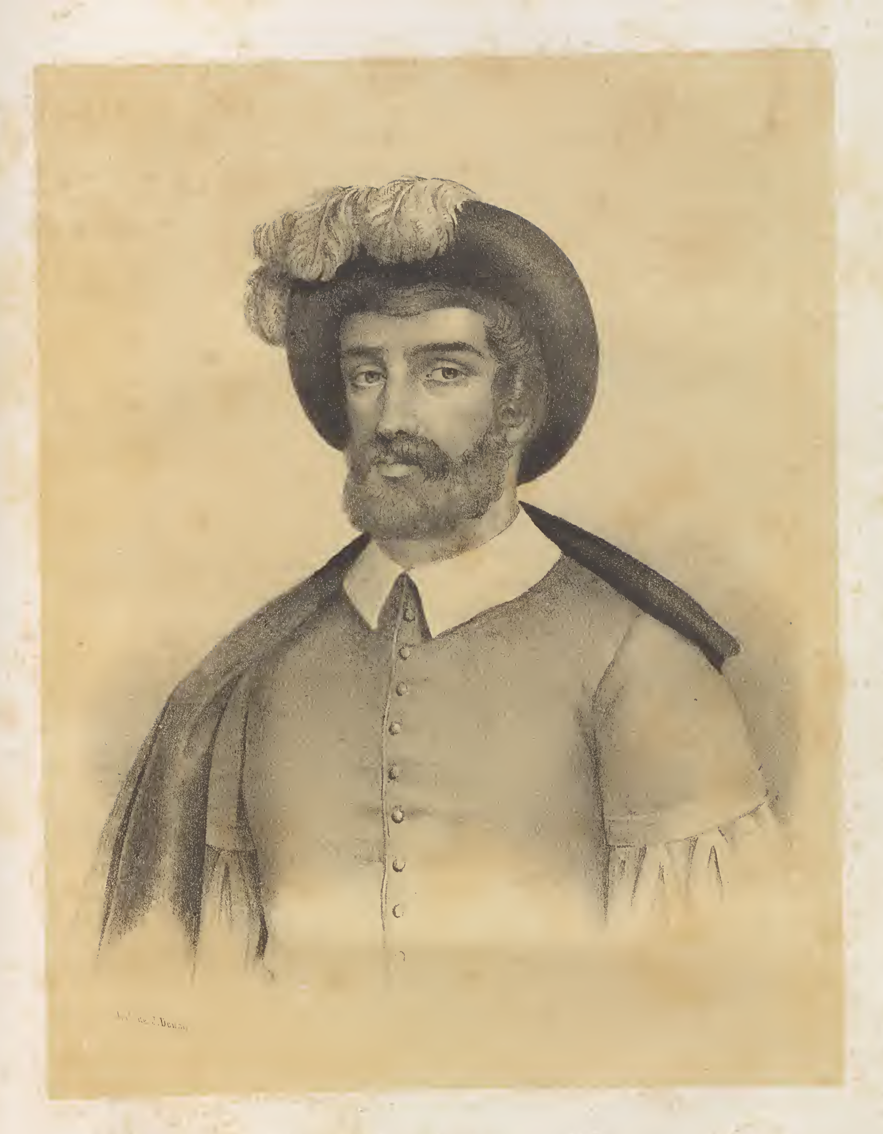
Empavesadas luego las naos, izadas las vergas, y despedidos los españoles del rey Almanzor y de su gente, se notó que la Trinidad, que era la Capitana, hacia agua por la quilla, y á fin de tomársela fué preciso descargar (2). Ocho dias sin descanso trabajaron nuestros navegantes para remediar la avería, sin poder conseguirlo, porque cada dia hacia mas agua la nao. Determinaron pues darla de quilla para carenarla; operacion que requeria detenerse allí tres meses.

Mandaba la Victoria un español honra y gloria de su patria, natural de Guetaria, provincia de Vizcaya, sino de ilustre alcurnia á lo menos de honrada y decente familia, hombre que en la infancia dejó ya traslucir un génio meditador, un juicio prematuro, y en la mocedad el arrojo para las empresas, intrepidez y valor, serenidad en el peligro, resolucion y firmeza en cuanto se proponia ó proyectaba. Era este español Juan Sebastian de Elcano (3), de quien hemos hecho ya mencion en varias partes de esta historia. Atendida la demora que causaba á la navegacion el mal estado de la nao Trinidad, acordaron los espedicionarios que Elcano partiese, pues, con la de su mando para España por la via de la India que hacian los portugueses, llevando las cartas y presentes de los reyes Molucanos; y en cuanto á la Trinidad determinaron tambien que tan pronto como estuviese carenada tomase la vuelta de Panamá, donde podria descargar y pasar la carga al mar del norte, trasportando asi la especería hasta

(1) Pigafeta: edicion de París, pág. 187.

(2) Herrera. Dec. 3.ª lib. 1.º cap. 11.

(3) Algunos historiadores le apellidan *del Cano*, habiendo separado, sin que sepamos porqué la silaba *el* de la palabra Elcano y agregándola como artículo á la preposicion *de*. Asi ha sido alterado el verdadero apellido de nuestro célebre marino. En documentos auténticos que se conservan en el *Depósito de trabajos hidrográficos*, se encuentra consignado el verdadero apellido de *Elcano*, haciendo referencia del mismo Juan Sebastian, y apoyados en este testimonio lo estampamos del mismo modo en nuestra Historia.



JUAN SEBASTIAN EL CANO.



Castilla. Hizo pues vela para su destino la nao Victoria, y la Trinidad se quedó carenando.

El memorable arribo de nuestra armada á las Molucas ó islas de los Malucos, y su estancia en ellas, nos ha conducido á ofrecer aqui oportunamente á nuestros lectores una ligera descripcion que les dé cierta idea de la geografía, los usos y costumbres de aquellos habitantes, y la importancia de aquellas tierras.

Árdua empresa seria detenerse á describir el gran número de islas de que se compone el archipiélago oriental. Los geógrafos le dividen en cinco partes, dando el primer lugar á un grupo que comprende trece islas principales, y gran número de otras de menor estension (1). De ellas citaremos las mas importantes.

El nombre de Molucas que en lengua del pais se pronuncia *Moloc*, significando primacía, se deriva de *Maluco*, término arábigo que quiere decir *El Reino*, y en cualquiera de estos dos sentidos parece que la palabra Molucas ó Malucas, lleva en sí una idea de escelencia y distincion. Cinco son las islas preferentes, no ocupando mas de veinte y cinco leguas de estension, todas á la vista unas de otras. Estan casi enteramente situadas bajo la línea del ecuador, porque la mas septentrional solo se halla á medio grado del lado del norte, y la mas meridional á un grado del de mediodia. Hácia poniente se encuentra la isla de Gilolo, que en verdad debiera dar su nombre al grupo, por ser la mayor de aquellas tierras (2). Otras muchas, situadas á poca distancia están comprendidas tambien bajo el nombre de Molucas; pero las mas célebres, por las especias que producen, tienen los nombres de Ternate, Tidor, Motir ó Motil y Maquian.

La figura de estas islas es casi redonda, sin darse mas de ocho leguas de circunferencia á la mayor, estando separadas unas de otras por brazos de mar, y por algunas otras islas mucho menores, la mayor parte desiertas. El acceso es peligroso por la multitud de bancos de arena y escollos de que están rodeadas, pero sin embargo, se hallan algunas radas donde pueden fondear los navios. El territorio es en general tan seco y esponjoso, que no obstante la abundancia de las lluvias, los arroyos que caen de las montañas no llegan hasta el mar. Están demasiado cubiertas de yerbas y malezas, que se mantienen en un verdor contínuo, y el aire es insalubre particularmente para los estrangeros. Es endémica de las cinco islas una enfermedad llamada *Berber*, que hace hinchar todo el cuerpo y debilita los miembros; pero los habitantes usan un preservativo, que tienen por remedio cierto cuando se aplica á tiempo, y es el vino de las Filipinas, tomado con el clavo y gengibre, y tambien el agrio de limon.

Ternate tiene unas ocho leguas de circunferencia, su terreno es elevado y el agua de los pozos muy dulce. Es digna de atencion por su alto pico volcánico,

(1) Malte-Brun, y Balbi en sus tratados de Geografía.
(2) Balbi, *Abrege de geographie.*

parecido á un cono ó pilon de azúcar. Esta montaña se descubre en medio de la isla, á una altura de mas de legua y media, cubierta de palmeras y otros árboles, en cuya cumbre se halla una profunda caverna, que parece llega al fondo de la montaña, y cuya boca es anchísima, con un espacio en forma de suelo, compuesto de piedra y de tierra movediza. Es un volcan de estraordinaria naturaleza, donde brota una fuente, cuya agua nadie se ha atrevido á probar, y asi es que se ignora si es dulce, agria ó amarga. Un español, llamado Gabriel Rebelo, tuvo la curiosidad de medir con cuerdas la profundidad de la caverna, y vió que era de quinientas brazas. Se halla esta isla en latitud de un grado. Su capital que tiene tambien el nombre de Ternate, lo es del reino mas antiguo de toda la parte oriental de la Malasia, y sus reyes en los siglos XIV y XV dominaron casi todas las islas del vasto archipiélago de las Molucas. Tiene la ciudad cerca de 5000 habitantes, y es hermosa y bien construida, en forma de anfiteatro, á la orilla del mar. El suelo se eleva rápidamente, de modo que avanzando el hombre pocas millas al interior se encuentra á una altura muy considerable, y puede gozar del aire mas puro de las montañas, asi como de una temperatura casi igual á la de las regiones templadas de Europa.

La isla de *Tidor* es menor que la precedente, pero mejor poblada é igualmente admirable por su elevado pico volcánico, en la estremidad meridional, á cuyo pié está la capital del nombre de la isla, que en lengua antigua del pais significa fertilidad y hermosura. La ciudad tiene cerca de 5000 habitantes. Su rey ó sultan es hoy dia vasallo de los holandeses.

Aun menor que la de Tidor, la isla de Motir ó Motil regida tambien por un sultan, se halla situada en la equinoccial, y en longitud de 19° 30′, formando un estrecho con la de Tidor, por medio del cual estan separadas ambas islas. Sus habitantes ejercen el oficio de alfareros, y proveen de sus vasijas á las islas comarcanas.

Las tres islas de Ternate Tidor y Motil corren N.-S.

Constituye la isla de Baquian ó Bachian otro reino particular, bien que ha llegado á decaer por la pereza de sus habitantes. Está situada á los 15′ S. es una de las mayores del grupo de las Molucas; asciende á unos 4000 el número de sus habitantes, la gobierna un sultan ó régulo, y la capital tiene el nombre de la isla. Corre con Ternate E-N-E. O-S-O. lo mismo que la isla de Latalata menor que las citadas, y que se halla en latitud de 1.° 15′.

En las navegaciones no se atreven los prácticos á seguir aquellos arrumbamientos, en la persuasion de que hay en ellos muchos bajos, siendo esto la causa de que fuesen las naos por otra via costeando dichas islas.

La mayor de todas las Molucas, en la cual no estuvo la espedicion, es *Gilolo*. Se estiende á 2.° al N., y á 1.° al S. del Ecuador. Tiene mas de ocho leguas de largo, pero su anchura es muy desigual. Divídese en tres grandes partes que forman como otras tantas ramas, la una al N., que se llama *Costa de moro*, otra al E., hácia el pais de *los Papous*, y la tercera al S.

La parte occidental de la isla hace frente á todas las Molucas que distan de ella unas ocho leguas. Los ternateses la dan el nombre de *Halamahera*, que significa tierra firme, porque durante mucho tiempo han ignorado que fuese isla. La parte central está gobernada por muchos caciques ó sultanes independientes. Gilolo en la parte media; Bitjolia en la sometida al sultan de Ternate y Galela en la que depende del sultan de Tidor, parecen ser los lugares mas notables. En otro tiempo tuvieron los españoles muchas fortalezas en esta isla.

Las leyes son groseras y bárbaras: permiten la pluralidad de mugeres, sin número determinado y sin ninguna regla para el buen órden de los casamientos. No obstante, la primera muger del rey ó sultan se distingue con el nombre de Putríz, y sus hijos son tenidos por mas nobles que los de las otras mugeres. Su derecho á la sucesion jamás se vé perturbado por los hijos de otra madre. Las leyes condenan el robo, pero perdonan el adulterio. Tienen funcionarios públicos, obligados á pasearse al amanecer por las calles tocando un timbal para despertar á las personas.

Los hombres de la clase distinguida usan turbantes de diferentes colores, adornados de plumas, y á veces de piedras preciosas. El del rey ó sultan, que se distingue de los otros, es una especie de mitra que le sirve de corona. El vestido comun un justillo ó chupa, que llaman *Chenines*, y unos calzones anchos de damasco azul, encarnado, verde ó morado. Llevan tambien capas cortas de la misma tela. Las mugeres de alta clase se cuidan mucho el cabello, que dejan suelto ó que recogen en nudos, entrelazados de flores, plumas y garzotas. Sus vestidos son á la moda turca ó persa. Llevan brazaletes, pendientes y collares de diamantes y rubíes, y grandes vueltas de perlas. Adquieren las telas de seda de todas las partes de la India, èn trueque de clavo y de pimienta.

Los demas isleños van vestidos ligeramente, á causa del calor del clima, no llevando la mayor parte mas que el *badjou*, justillo de tela de algodon, muy ancho, abierto por delante, que les llega hasta las rodillas, y unos calzones de la misma tela. No usan sombrero, capa, medias ni zapatos. Cúbrense la cabeza con lo que llaman *boulan*, que es una banda de lienzo encarnado ó blanco, ó de otra tela de seda, y á veces con una simple cofia blanca. Aunque la mayor parte van descalzos, los personages usan sandalias de palo que llaman *cheripous*, y que tienen un botoncillo redondo, pasado entre los dos primeros dedos del pié; pero no les es permitido presentarse con ellos delante del rey. El vestido de las mugeres del comun consiste en un pedazo de tela de algodon con que se cubren el cuerpo desde la cintura hasta abajo, sin que tengan reparo en llevar los pechos descubiertos. Las de cierta clase aparentan en este punto algo mas de modestia, y se ponen un pañuelo, bien que de gasa tan fina y clara, que lejos de ocultar nada á la vista, se complacen en lucir las formas en sus danzas, que ejecutan con mucho donaire y habilidad, siendo apa-

sionadas á esta diversion, que les facilita la ocasion de ser vistas, porque casi nunca se presentan en las calles. No hay pais en el mundo donde las mugeres usen de mas artificio para seducir á los hombres, realzando sus atractivos con el vestido, los ademanes y bailes lascivos. En general son de rostro agradable, afables, atentas y halagüeñas: tienen un cuidado particular de sus dientes, que son ó blancos ó de un negro reluciente, y siempre limpios en estremo.

Los hombres son algo morenos, ó mas bien de color amarillento, atezado. Tienen el cabello laso, y muchos se le perfuman con aceites olorosos. La mayor parte tienen ojos grandes y el pelo de las cejas muy largo: son robustos, incansables en la guerra y en el mar, aunque perezosos para cualquiera otro ejercicio. Viven mucho tiempo, pero encanecen muy temprano. Son afables y oficiosos para con los estrangeros, familiarizándose con facilidad, al paso que importunos por sus peticiones y exigencias contínuas; interesados en el comercio, sospechosos, engañosos, y finalmente ingratos. Las mugeres son las que trabajan, mientras los hombres pasan una vida ociosa. Pocos son los que quieren aplicarse á las artes ó á las ciencias; cuando tienen lo necesario no buscan lo supérfluo, pareciéndoles cosa muy ridícula ver á los europeos tomarse tantos trabajos, padecer tantas fatigas, y esponerse á tantos riesgos para satisfacer comunmente una quimera, cual es la de su ambición. Se observa no obstante una diferencia en Ternate. Allí es cada uno el arquitecto de su casa, el sastre de sus vestidos, el constructor de su canoa hecha de un tronco grueso de árbol, y el cazador y pescador de lo necesario para su alimento.

Las casas se componen de ramas de sagú ó de bambús, hendidas ó rajadas, siendo muy pocas las de madera. Cúbrenlas con hojas de cocotero unidas ó con otras semejantes: las ventanas son de cañas, y de noche no cierran las puertas, porque teniendo poco que perder, temen poco ó nada á los ladrones. Uno ó dos pedazos de estera les sirven de mesas, bancos y sillas, y comunmente de cama. Los mas distinguidos tienen por lecho una especie de camapé con un colchoncillo. Las hojas del Pisang les sirven á un tiempo de manteles, servilletas y platos. Redúcese su espetera á unas malas cuchillas, y unas cuantas ollas y cucharas de porcelana, aunque muchos de ellos usan en vez de estas cáscaras de nuez de coco ó de bambú. Una hacha mohosa para cortar madera, unas redes para pescar, algunos instrumentos para preparar el sagú, á esto se reduce todo su menaje.

Añadamos ahora algunas propiedades de las islas Molucas en lo relativo al dominio de la historia natural, empezando por el clavillo de especia que constituye su principal riqueza, y que no se cria en otra parte del mundo. Queriendo Argensola averiguar los principios del clavillo, supone que los chinos han sido los primeros que conocieron su precio. Estos pueblos, dice, llevados de la escelencia de su olor, cargaron sus juncos de aquella especia para trans-

portarla á los golfos de Persia y Arabia; pero no añade cosa alguna que pueda señalar el tiempo de este descubrimiento. Plinio ha conocido el árbol de clavo, y habla de él como de una especie de pimienta larga que llama *Cariophillum*. Los españoles lo llamaban antiguamente *girofa*, y despues clavo, á causa de su figura. Los habitantes de las Molucas dan al árbol el nombre de *Siger*, y al fruto el de *Chimque* ó *Chamque*.

El árbol del clavo se parece mucho al laurel en el tamaño y forma de las hojas, pero la copa es mas frondosa, las hojas algo mas angostas, y la corteza parecida á la del olivo. El sabor del clavo se halla tambien en las hojas, y aun en la madera. Las ramas, que son en gran número, echan en los cogollos abundancia prodigiosa de flores, en racimos ó ramilletes como la yedra, el espino y el enebro, y cada una produce un clavo. Son primero blancas, se vuelven verdes, y por último encarnadas y duras. Entonces son el verdadero clavo, tomando al secarse otro color, pardo amarillento: maduran desde el mes de agosto hasta principio de enero. A poco tiempo de cogido se pone de un negro de humo. Para cogerlo se ata un cordel á la rama, la cual se sacude de este modo. Los clavos que quedan en el árbol, y que se llaman madres, permanecen en él hasta el año siguiente, y son los mejores, como mas fuertes y granados. No se planta el clavo: los que caen al suelo brotan y se reproducen, haciéndoles crecer las frecuentes lluvias, en tal manera que al octavo año dan ya fruto. Duran cien años los árboles, y al rededor de ellos no se cria yerba ni verdura alguna, porque atraen hácia sí todo el jugo de la tierra, efecto de su naturaleza en estremo cálida.

Producen las Molucas admirable cantidad y variedad de plantas aromáticas, en particular almástiga, sándalo, y aloes; como tambien naranjas, limones y cocos. La naturaleza y la industria suplen allí la falta de trigo y arroz. Machacan los habitantes el palo de un árbol muy parecido á la palma silvestre, que dá una especie de harina muy blanca de que hacen pan; este árbol ó planta, que es el sagú, de que en otra parte hemos hablado, se levanta hasta quince ó veinte piés, y echa ramas muy parecidas á la palma. Su fruta que es redonda, y muy semejante á la del ciprés, contiene una especie de hilos, que causan inflamacion si tocan á la carne. El nipa y el cocotero son dos árboles de que tambien sacan los habitantes mucha utilidad; en especial del segundo, que les dá á un mismo tiempo vino, aceite, cuerdas, y vigas para sus edificios.

Las islas de Ternate, Tidor, Motir, Baquian y Maquian, mas que las otras contiguas, dan canela y gengibre en abundancia, como tambien nuez moscada. El árbol que cria la canela, conocido generalmente con el nombre de cinamomo, es muy parecido al granado de España, prospera en los terrenos áridos y secos, y se desarrolla formando varas muy largas sin dar fruto alguno. La canela es la misma corteza del árbol, que en fuerza del ardiente sol de aquel clima se desprende del tronco.

El árbol que da la nuez moscada es muy erguido, y sus pomposas ramas se estienden como las del nogal. La flor, llamada *macio* ó *macia*, es bellísima. La nuez moscada nace como nuestras nueces, cubierta de dos cáscaras, la una semejante á un vaso belloso, que tiene en lo interior un forro en forma de red, y la otra dura y leñosa como las nueces y avellanas de Europa, conteniendo dentro de sí la nuez moscada.

Hay dos clases de gengibres; una que se siembra y que dá mejor fruto, y otra que nace y se cria silvestre. La mata es semejante á la del azafran, y su raiz constituye el gengibre.

Se hallan en estas islas grandes culebras que tienen mas de veinte piés de largo y un grueso proporcionado, y andan arrastrando con mucha lentitud, pero nunca se ha notado que sean venenosas. Los cocodrilos son diferentes de los de otras regiones en cuanto á la voracidad; dañosos en tierra solamente, y en el mar tan cobardes y torpes que se dejan coger fácilmente.

Críanse en aquellas islas unos animalillos llamados *cuzos*, especie de conejos que se encaraman en los árboles y se alimentan de frutas. Tienen el pelo espeso, crespo y áspero, de color entre pardo y rojo, ojos redondos y vivos, patas pequeñas, cola larga y hermosa, con la cual se agarran á las ramas, y quedando colgados alcanzan con mas facilidad las frutas. Exhalan un olor fétido.

Los papagayos se juntan en bandadas, los hay de distintos colores, y forman una mezcla admirable; son menores que los de las Indias occidentales, y aprenden á hablar con mas facilidad y claridad; pero entre la mucha variedad de preciosas aves que se encuentran en las Molucas, ninguna iguala en hermosura al *mamuco* ó *manucodiata* conocido vulgarmente por *ave del paraiso*. Bajo este bello nombre se busca y aprecia como uno de los mas delicados adornos del tocado de las damas, cuando está disecada. Deslumbran los matices de su rico y variado plumage, su airosa figura, su delicado y lindo penacho, y su soltura y ligereza, revoloteando sin cesar con inciertos giros, inquieta y fugaz como la leve y nacarada mariposa, de rama en rama y de uno á otro árbol. Aliméntase del rocío, el perfume y el néctar de las flores. Tal es en esta parte la opinion de algunos viajeros de época en que á semejantes cuentos populares no se oponia ningun conocimiento en Historia natural (1).

(1) Juzgamos conveniente la siguiente nota del señor Navarrete, inserta al pié de la página 84 del tomo IV de la Coleccion de los viajes y descubrimientos etc., en la cual se espresa de este modo. «Debe haber varias clases de manucodiatas ó pájaros del Paraiso, porque Herrera en el lugar citado dice que tienen las piernas del largo de un palmo, y que no tienen alas, y nosotros hemos visto en Madrid en 1831 tres de estos famosos pájaros traidos de Manila, á donde los habian llevado de la isla de Terrenate; dos de ellos eran del todo iguales, con el pico del largo de una pulgada, la cabeza chica, el cuerpo desde la punta del pico era de siete pulgadas de largo, y hasta el estremo de la cola de trece; y tenian alas y no piernas ni piés. La cabeza hasta los ojos era de pluma negra afelpada; desde alli, lo restante de la cabeza y parte superior del cuello de color amarillo, que mas abajo degeneraba en dorado, y la parte inferior del mismo cuello de verde hermoso, las alas y la cola de color de café algo claro: debajo de las alas le salian del cuerpo plumas amarillas y blancas; las amarillas eran las de arriba de nueve á diez pulgadas de largo, y las blancas las de abajo del largo de media vara, cuyas plumas cubrian por todas partes la cola del

pájaro, y formaban un hermoso plumero, semejante á los que suelen usarse en los sombreros: en lugar de piernas á eada pájaro le salian de la rabadilla dos plumas que á las cuatro ó cineo pulgadas ya no tenian pelos, y continuaban eomo dos cordones que parecian euerdas de guitarra de color de café, como las alas y la eola, y algo mas largos que las plumas blancas. El tereer pájaro se diferenciaba de los dos espresados en ser rojas y poco mas largas que su cola todas las plumas que le salian de debajo de las alas, y en que de la rabadilla, en lugar de los cordones de los otros, le salian á este dos eintas negras del largo de 25 pulgadas, del ancho de una línea y del grueso de un papel, pero bastante fuertes y cuyo ancho era curvo en forma de media caña. Se dice que los hay de todos eolores, y que eon aquellos eordones ó eintas se agarran á la rama de un árbol cuando quieren.»



CAPITULO XXV.

Emprende Juan Sebastian de Elcano su viaje de vuelta á España desde las Molucas.—Toca en varias islas antes de llegar á la de Timor.—Algunas particularidades de esta isla, adonde se fugan dos individuos de la tripulacion.—Prosigue su viaje y pretenden algunos de los españoles arribar á Mozambique, á lo cual se oponen otros y es desatendida la pretension.—Convoca Elcano á consejo de su gente y se delibera ir á las islas de Cabo-Verde.—Surge la nao en el puerto de Santiago, donde es bien recibida; pero intenta despues el gobernador de aquella isla que se rindan los españoles, y hácense estos á la vela para España, quedando prisioneros doce de ellos en Santiago.—Avistan el cabo de San Vicente en 4 de Setiembre de 1522, y el 6 llegan á Sanlúcar de Barrameda.—Gracias y mercedes que el emperador Cárlos V hizo á Elcano y sus compañeros.

Alejémonos ya de las Molucas para seguir en su navegacion de Oriente á Occidente á la nao Victoria, gobernada por su insigne capitan Juan Sebastian de Elcano, á quien parece que estaba reservada la inmarcesible gloria de salvar las reliquias de la escuadra de Magallanes, para legar á la Historia de la navegacion el relato de aquella espedicion asombrosa.

Hizo vela saliendo de Tidor el dia 21 de diciembre de 1521, entre el estruendo de las salvas de artillería de ambas naos, en demostracion de despedida una de otra, llevando á bordo la Victoria sesenta individuos inclusos trece indios naturales de aquellas islas. Fué á la de Mare, donde se proveyeron de leña: de allí partió el mismo dia al S-S-O, en vuelta de Motir, dirigióse luego por el mismo rumbo á Maquian, y de esta isla se puso en derrota, gobernando hácia el S-O., y corriendo por otras varias hasta la de Latalata. De esta al S-O 1|4 O, hasta la de *Lumutola*, y la de *Sulan* al O, en las cuales hay muchos bajos, y tomando la vuelta del S, hácia la llamada *Buró*, enmedio de estas tres halló la de *Tenado* (1), y el 29, al E. de la de Buró, se encontró en latitud de 3° 51' directamente con la isla de *Amboa*. Tuvieron bonanza el 30, y el 31 se hallaban con esta última isla á distancia de unas doce leguas.

(1) Las latitudes de estas islas son: Lumutola 1° 45', S. Tenado 2° 30'. Buró 3° 00'.

Estando en 1.° de enero de 1522 en latitud de 4° 45', y el dos en 5° 30, la derrota fué al S-O. Desde el 3 hizo varios rumbos, hasta el 8, que se encontró en los 8° 7'; vió unas islas que corrian de Oriente á Occidente, y embocó entre dos de ellas llamadas *La Maluco y Aliquira,* en cuyo medio hay dos isletas, que aunque pequeñas estaban habitadas. Corren todas aquellas islas de E 1/4 N-E., al O 1/4 S-O unas cincuenta leguas, que anduvo la nave con tiempo tempestuoso de la parte del S., y habiendo costeado aquellas tierras surgió en la última llamada *Malua*, situada en 8° 20' S. En ella encontraron *Pimienta larga* y *redonda.* Críase la primera en una planta que parecida á la yedra se abraza á los árboles, el fruto está pegado al tronco, y la hoja es semejante á la del moral. Se diferencia poco de la otra la planta de la redonda, pero el fruto forma espiga como el maiz, y abunda tanto en aquellos campos que están llenos de estas plantas.

Salió la nao Victoria de Malua el 26, y dirigiéndose al S. el 27 avistó la isla de *Timor*, distante de la otra cinco leguas, y á cuyo lado norte hay un tramo de costa que corre de E. á O., y tendrá diez leguas de camino. Surgió enfrente del pueblo de *Mambay*, junto á un puerto llamado *Baturara*, donde envió el capitan Elcano al caballero Antonio Pigafeta á comprar víveres. Quisieron los indios aprovecharse de la necesidad en que veian á los castellanos, y exigiendo unos precios exhorbitantes, el capitan de la nao hubo de castigar la usura reteniendo á bordo los principales isleños. En su mano estuvo escarmentarlos rigorosamente, pero mostrándose mas clemente que severo, con la libertad les dió tambien varias mercancías de valor correspondiente al de los comestibles, cuando en pago de estos solicitaban ya el rescate.

La isla de Timor es grande, con muchas poblaciones, abunda en sándalo blanco de superior calidad, y en gengibre, encontrándose tambien oro en sus entrañas. Advirtieron nuestros navegantes que allí habia muchos enfermos de bubas (1) ó *lue venérea,* que aquellos habitantes llaman *mal de Portugal*, y en cada pais se distingue con el epíteto de la nacion de quien piensan haberla recibido, acusándose de este modo las unas á las otras. Suscitóse en la isla una pendencia entre algunos de la nave (2), esponiendo esto á que se malograse la espedicion, como hubiera sucedido, á no mediar la prudencia y el esfuerzo del capitan, que supo imponer y castigar á los motores sin inspirar recelo á los cómplices. Esto no obstante se fugaron y quedaron en tierra dos individuos, el uno grumete, llamado Martin de Ayamonte, y el otro Bartolomé de Saldaña, hombre de armas, y page que habia sido del capitan Luis de Mendoza (3).

Aumentado ya en Timor el cargamento de la nao con sándalo blanco y mas

(1) Herrera dec. 3.ª, lib. 4.°, cap. 1.°, pág. 110.

(2) Herrera idem.

(3) Consta de la relacion de las personas que fallecieron en la armada en todo el viaje, y se halla en el Archivo general de Indias, en Sevilla entre los papeles procedentes del de Simancas, legajo 1.°

porcion de canela, el dia 5 de febrero se observó la latitud de 9° 24' S. El 8 salieron de Mambay, se vieron en latitud S. 9° 10', estando en la cabeza del O. de la isla de Timor, y el 9 en la de 9° 35', hallándose en el cabo mas foráneo de toda la isla, de donde vá huyendo la costa á SO. y al S. El 10 observaron 9° 28, y el cabo de toda la isla que daba al S. El 11 gobernaron por aquel gran golfo entre el O. y el S., para evitar el encuentro de portugueses, apartándose de la isla de Sumatra, de Pepú, Bengala, Calicut, Goa, Ormuz, y de toda la costa de la India mayor. Navegaron muchos dias con tiempos borrascosos, hasta que en 18 de marzo, dirigiéndose al O. 1/4 S-O., en latitud de 37° 35, descubrieron una isla muy alta; fueron á ella para surgir, y no pudiendo tomarla, amainaron y estuvieron al reparo hasta la mañana. Siendo el viento O. hicieron otro bordo de la vuelta del N., y el 19 estaban E-O. con la isla que se halla en 38° de la parte del S., y parecia deshabitada, por cuanto en ella no se advertia arbolado alguno en la estension de unas seis leguas. Esta isla, segun observaciones posteriores, es la llamada hoy de Amsterdan, que se halla por aquella latitud y á los 84° de longitud E. de Cádiz (1).

A la vista de ella se dirigieron el dia 20 al N-N-O., y aguantando temporales, con distintos rumbos el 8 de mayo volvieron á ver tierra, distando ocho leguas del rio del Infante, y unas ciento sesenta al O. del cabo de Buena Esperanza. Acercáronse el 9 á tierra, y fondearon en la costa, que era muy brava, hasta el dia siguiente en que el viento saltó al O-S-O. Haciendo entonces vela, prolongaron la costa en busca de algun puerto donde fondear y hacerse de refrescos, porque la mayor parte de la gente estaba enferma; mas no hallando sitio proporcionado al intento, tomaron la vuelta de fuera para franquearse, y á lo largo de la costa divisaron muchos humos. La tierra de donde estos salian era pelada, sin arboleda alguna, y en la altura de 33.° Al llegar aquí alzaron algunos la voz, manifestando cierto empeño de recalar en Mozambique (2), puerto de los portugueses, situado en la costa oriental de Africa. De esta manifestacion nacieron dos bandos, dividiéndose las opiniones acaloradamente.

Parecido á la brújula, que donde quiera que se la coloque, cualquiera que sea su posicion siempre se inclina y señala al Norte, así el hombre donde quiera que se encuentra, en cualquiera parte adonde vaya ó se le lleve, cualquiera que sea su posicion ó su fortuna, siempre vuelve la vista hácia su patria cuanto mas se aparta de ella. El salvage americano á quien se sacara de sus agrestes selvas y fuese conducido á un pais culto que le proporcionara gozar de los recreos y beneficios de la civilizacion, allí mismo su mente fuera inseparable del suelo patrio, fundando sus comodidades en la

(1) Véase la carta construida por el gefe de escuadra de la Real Armada don José de Espinosa.

(2) *Diario ó derrotero del viaje de Magallanes*, etc., escrito por Francisco Albo, piloto de la nao Victoria. Documento que se insertará en el apéndice de este tomo.

rústica cabaña, sus glorias en la deleznable canoa, el arco y las flechas de caña indiana, y las delicias del banquete en sus cocos y plátanos.

Hasta el mas culto europeo que dominado de la sórdida codicia se arroja al frágil pino, y reta el furor de los elementos yendo á buscar fortuna en las regiones del globo mas lejanas de su pais natal, sin haber saciado todavía su ambicion fija de contínuo el pensamiento en su patria, vuelve hácia ella los ojos, y desea verla y acabar allí sus dias. Tal es el instinto de la patria, ese instinto que suele ocasionar al hombre la enfermedad devoradora conocida con el nombre de *nostalgia;* instinto poderoso é irresistible que impulsó á la mayor parte de los castellanos á bordo de la nao Victoria á oponerse al arribo á Mozambique. Clamaron, pues, que preferian morir á dejar de gobernar directamente para España: la voz del entúsiasmo, la voz del amor patrio acalló el grito levantado por el deseo de unos dias de descanso, y á la resolucion de los unos se adhirieron los otros fácilmente. El objeto del voto de todos aquellos navegantes no era ya el hallazgo de las Molucas, ni tampoco el de adquirir riquezas; era, sí, el pronto regreso á la madre patria, y á esto dedicaban todos sus fogosos corazones.

Continuaron el 11 de mayo la navegacion en latitud de 32° 51', hallándose á unas diez leguas á la mar enfrente del rio Infante, y el 18 á distancia de ocho del Cabo de Buena Esperanza, con mucho viento, y sin poder adelantar por efecto de las corrientes. Apesar de esto avanzaron en los dias inmediatos, y el 22, hallándose ocho leguas al S. del cabo Rojo, tomaron distintos rumbos, dirigiéronse despues al N-E; y habiendo cortado la equinoccial del 7 al 8 de junio por los 3° 40' de longitud occidental de Cádiz, en 1.° de julio navegaron diez leguas al N-N-E. Hallándose ya á unas doce de Cabo Verde y siete de la tierra mas próxima, convocó el capitan á la gente para escuchar su parecer sobre ir á las islas de aquel cabo, ó á tierra firme á hacer víveres, de que tenian gran necesidad, pues en mucho tiempo no habian comido mas que arroz, y por mayoría de votos se deliberó ir á las islas. Tomaron pues el rumbo para la de *Santiago*, y el 8, en 14° 47', la tenian á la vista al NO. Surgieron en ella el 9, en el puerto de *Rivéyra-Grande* (Rio Grande), capital de la isla, donde fueron bien recibidos y les dieron cuantos víveres quisieron. La isla de Santiago, que es la mayor y mas fértil de todas las de Cabo Verde, tiene figura triangular y cerca de sesenta leguas de circunferencia. Aunque erizada de rocas y cerros; sus valles producen no solo maiz, sino tambien árboles hermosos y fructíferos, copiñas, tamarindos, cocos, guayabas, naranjas y limones, plátanos, cañas dulces, y otros frutos esquisitos. Allí quedaron sorprendidos nuestros navegantes al notar que se contaba un dia menos de los que ellos juzgaban por sus cálculos, segun su cuenta y la de los isleños. Tenian por 9 de julio lo que en todos los calendarios de Europa era 10 del mismo mes, de modo que ellos creian estar en miércoles, cuando era jueves. Esta circunstancia, tan fácil de esplicar, confundió despues algun tanto á los sábios contempo-

ráneos, y dió lugar á mas de una teoría sin fundamento alguno (1).

En la noche del 13 de julio, segun el calendario, y no el 12 segun el diario derrotero de Albo, se hicieron á la vela por miedo del mal tiempo, y al otro dia por la mañana enviaron el batel á tierra para tomar mas arroz, de que tenian necesidad, y estuvieron volteando de un bordo y otro hasta su vuelta (2).

Hacia la nao mucha agua; habian fallecido en el viaje algunos marineros; eran pocos los que quedaban para el trabajo de achicarla, y los mas estaban enfermos: querian comprar pan, carne, y algunos negros para ayudar al manejo de la bomba, y por nó tener dinero, se propusieron pagarlo todo en clavo. Con tal objeto llevaron á tierra el dia 15 tres quintales de aquella especia en un batel, con trece hombres al mando del contador Martin Mendez.

Sabido es que las islas de Cabo-Verde pertenecian, como actualmente, á los portugueses. El gobernador de la de Santiago supo que nuestra nao venia cargada de especería, comercio que estaba prohibido á los estranjeros bajo graves penas por el rey de Portugal, y fundado en esta misma prohibicion puso presa á la gente del batel. La tardanza de su regreso á la nao dió motivo á que los de esta se dirigiesen al puerto, en cuya entrada salió á su encuentro una barca, intimándoles la rendicion; pero reclamando contra este acto de violencia Juan Sebastian de Elcano, é insistiendo en que le fuesen restituidos el batel y su gente, en tanto que los de la barca iban á consultar al gobernador tuvo fundado recelo de que con todos los suyos le detuviesen ó apresaran, y haciéndose á la mar con fuerza de vela, en que trabajaron enfermos y sanos, se dirigió á las costas de España. Así quedaron prisioneros doce de los trece que fueron en el batel y habian saltado en tierra, pues solo uno de ellos pudo volver con el mismo barco á la nao (3).

(1) Algunos historiadores, y entre ellos Francisco Lopez de Gomara, atribuyeron aquella diferencia de fecha á errado cómputo del piloto de la Victoria, quien incurriera acaso en el descuido de contar el bisiesto: pero el célebre historiador de las Indias, José de Acosta, discurriendo con mas exactitud esplicó algunos años despues la verdadera causa, diciendo: *Que los que navegan de Occidente á Oriente van siempre ganando dia, porque el sol les va saliendo mas presto; y que á los que navegan de Levante á Poniente acontece al revés; porque van siempre perdiendo dia, y atrasando por salir el sol mas tarde; de tal manera que cuando en Castilla es medio dia, amanece en el Perú, y cuando amanece acá, es allá media noche; y habiendo hecho los portugueses su navegacion de Poniente á Oriente, y los castellanos de Oriente á Poniente, cuando se han llegado á juntar, que es en las Filipinas y Macan, los unos han ganado doce horas de delantera, y los otros las han perdido; y asi á un mismo punto hallan la diferencia de veinte y cuatro horas, que es dia entero, y por eso forzosamente estan los unos en tres de mayo cuando los otros cuentan á dos: y la diversidad de los Meridianos hace la diversa cuenta de los dias: y como los que van navegando á Oriente ó á Poniente, van mudando Meridianos, sin sentirlo, y por otra van prosiguiendo en la misma cuenta en que se hallan cuando salen, es necesario que cuando hayan dado vuelta entera al mundo, se hallen con yerro de un dia entero.*

No fué el capitan Juan Sebastian de Elcano ni su piloto Francisco de Albo los únicos que incurrieron en aquel error, pues lo mismo sucedió posteriormente á otros varios marinos que hicieron viajes semejantes, uno de ellos el comandante Biron, que de órden del Almirantazgo de Inglaterra hizo la navegacion al rededor del mundo, haciéndose á la vela en 1764, es decir, 245 años despues que Magallanes.

(2) *Diario ó derrotero del Viaje de Magallanes*, etc, escrito por Francisco Albo.

(3) Fueron los prisioneros:

Martin Mendez, contador de la nao.
Pedro Tolosa, despensero.

En el mal estado que es de inferir continuó el capitan de la Victoria su viaje, con inesplicable desconsuelo y trabajo. El 4 de agosto en latitud 29° 13' demoraba el pico de las Azores al N-N-E., y la isla de Hierro al E. 1|4 SE. Tomando diferentes rumbos, pasó el 15 entre las islas de Fayal y de Flores; el 1.° de setiembre de 1552 estaba en 37° 14', calculando que el cabo de San Vicente distaba ochenta y una leguas, y el 4 por la mañana le avistaron al N-E. Hicieron rumbo al E-S-E. para separarse de él, y el dia 6 llegaron á Sanlúcar de Barrameda, á los tres años menos catorce dias de su salida del mismo puerto, habiendo andado segun su cuenta catorce mil leguas (1).

Así acabó el primer viaje que se habia hecho por mar al rededor del mundo: así terminó la empresa mas árdua y peligrosa que por mar se habia ejecutado, y que habia de eternizar y hacer ilustre el nombre de Magallanes, haciendo partícipes de su fama á cuantos en ella le acompañaron (2).

Ricarte de Normandia, carpintero.
Roldan de Argote, bombardero.
Maestre Pedro.
Juan Martin.
Simon de Burgos.
Felipe de Rodas, }
Gomez Hernandez, } Marineros.
Socracio Alonso. }
Pedro Chindurza, grumete.
Basquito Gallego, page.

Así consta de varios documentos.

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 4.° cap. 1.°

(2) Regresaron con la nao Victoria á Sanlúcar de Barrameda los individuos siguientes:

Capitan.	Juan Sebastian de El ano.
Piloto.	Francisco Albo.
Maestre.	Miguel Rodas.
Contramaestre. .	Juan de Acurio.
Merino	Martin de Iudicibus.
Barbero.	Hernando de Bustamante.
Condestable. . .	Aires.
Marineros. . .	Diego Gallego. Nicolás de Nápoles. Miguel Sanchez de Rodas. Francisco Rodriguez. Juan Rodriguez de Huelva. Anton Hernandez Colmenero.
Grumetes. . .	Juan de Arratia. Juan de Santander. Vasco Gomez Gallego.
Page.	Juan de Zubileta.
Sobresaliente. . .	Antonio Lombardo.

Así consta de la relacion de la gente que falleció y volvió en la nao Victoria desde que la armada salió de Sevilla en 1519 hasta 1522; la cual se halla en el Archivo general de Indias en Sevilla, legajo número 1|15, titulado: «Armadas de la guarda de las Indias, etc.»

Segun Oviedo, segunda parte, lib. 20, cap. 2. pag. 13, Antonio Lombardo, debe ser Antonio Pigafeta, á quien llamarian Lombardo, por ser natural de Lombardía.—Es tambien digno de advertirse que en los *Apuntes de los gastos que causó la descarga de la nao Victoria, y noticia de la especeria que trajo de su viaje*, los cuales se hallan en los Estractos de la coleccion de D. J. B. Muñoz, citados ya en otra parte, se notan los nombres de los individuos espresados, y entre ellos *Antonio de Plegafetis*, añadiendo á continuacion *(será Pigafeta.)* Esto dá tambien motivo á inferir lo que dice Oviedo, de modo que Pigafeta, Plegafetis y Lombardo, son una misma personas.

Desfigurados por el hambre, las enfermedades, y los inesplicables trabajos que habian padecido en su larga y peligrosa navegacion, espectros mas bien que hombres parecian los diez y ocho españoles que felizmente arribaron á Sanlúcar con su insigne capitan Juan Sebastian de Elcano. Al siguiente dia 8 llegaron á Sevilla, y haciendo salva en señal de regocijo la nao que con razon podia apellidarse la Victoria, pues mas feliz que sus cuatro compañeras era la única de las cinco que volvia al punto de donde habian partido, con el tronar de los cañones se confundian el popular aplauso y los alegres vivas del gentío, que presuroso acudió al puerto á recibir y admirar á los nuevos argonautas, «dignos, como decia Oviedo, de mas eterna memoria que aquellos que con Jason navegaron á la isla de Colcos en demanda del vellocino de oro.»

Como piadosos peregrinos que al pisar la Tierra santa se encaminan humildes y reverentes á la veneranda Sion á cumplir su pio voto, así nuestros dichosos navegantes, descalzos y en procesion, rodeados de inmenso pueblo, fueron en derechura á la catedral, á dar gracias al Omnipotente por haberles restituido al seno de la madre patria.



Voló á la córte la noticia del arribo de la nao Victoria, y al punto se mandó que el capitan Elcano y las personas de mas cuenta que habian llegado en la nao, pasasen allá, suministrándoles antes cuanto fuese necesario para vestirse y para el viaje, todo á espensas del real erario. Apenas llegaron,

De la dotacion de la nao Victoria faltaban á su llegada á Sanlúcar veinte y nueve individuos, á saber: quince que fallecieron, dos que huyeron de á bordo en la isla de Timor, y doce que quedaron en la de Santiago, una de las de Cabo-Verde. Fallecieron tambien varios de los trece indios de Tidore que conducian en la nao.

cuando fueron recibidos por el Emperador, rey de España, con sumo agrado y bondad, demostrándoles el alto aprecio que sus servicios merecian, con distincion al ilustre capitan, á quien el augusto monarca elogió y consideró como al primer hombre que habia dado vuelta al mundo, por la misma carrera que sigue el sol, girando de Occidente á Oriente. La régia munificencia se estendió entre otras mercedes al señalamiento de quinientos ducados de juro por vida, y concediéndole además por blason ó divisa un globo terrestre con este lema: PRIMUS ME CIRCUNDEDISTE.—*Tú el primero me rodeaste.* Colmó tambien de honores y gracias al contador Martin Mendez, y al maestre Miguel de Rodas, á quien el mismo rey armó caballero. Hizo, en fin, merced á la gente de la tripulacion de la cuarta parte de la veintena que al emperador correspondia de la rica carga de la nao, que consistia en quinientos treinta y tres quintales de clavo, alguna cantidad de canela, sándalo y nuez moscada.

La Victoria fué sacada á la playa, y por mucho tiempo conservada como un monumento del viaje mas asombroso que jamas se hubo hecho hasta entonces.

Los pilotos tuvieron órden de enviar sus diarios ó derroteros á la córte de España, y los marineros fueron interrogados uno por uno acerca de lo que les habia acontecido durante el viaje (1). Con el auxilio de estos datos se escribió, por mandato del emperador Cárlos V, una historia circunstanciada de la espedicion, pero el manuscrito de esta obra hubo de ser aniquilado por las llamas en 1527, segun Ramusio, cuando el asalto y saqueo de Roma, donde se conservaba. El mundo hubiera ignorado para siempre los pormenores de la portentosa y extraordinaria espedicion de Magallanes, á no ser por la ya citada relacion de Antonio Pigafeta, por el diario derrotero y el interrogatorio de que hemos hecho referencia.

Era Pigafeta un observador discreto y sagaz, bien que sumamente crédulo. Su relacion presta un grande interés á la pintura que hace de los insulares del mar del Sur, ignorados hasta entonces de los europeos. Debémosle tambien los primeros vocabularios de las lenguas habladas entre los pueblos que visitó. Los relativos á las islas Filipinas y las Molucas son útiles todavía; y el cuidado y la exactitud de sus definiciones han sido confirmados por todos los viajeros que le han seguido. Oportuno y curioso es observar que antes de su época se habia introducido ya la salutacion árabe en las islas Filipinas, y que posteriormente tomó Shaskpeare el demonio *Setebos* del vocabulario del lenguaje de los patagones (2), compuesto por el mismo Pigafeta.

---

(1) *Diario ó derrotero del viaje de Magallanes*, etc, escrito por Francisco Albo.

(2) —his art is such power,
It would control my dam's god, Setebos.—
The Tempest, act. I, sc. II.



C. Mugica dibº y litº

Lit. de J. J. Martinez. Madrid

SEBASTIAN DE ELCANO,

el gran navegante español, el que hizo el primer viage al rededor del Mundo, se presenta con sus compañeros al emperador Carlos V, y de la regia mano recibe el premio de aquella singular hazaña.

CAPITULO XXVI.

Segunda visita del rey de Gilolo á los españoles que quedaron en Tidor con la nao Trinidad.—Obsequios que le hacen y auxilios que le dan los españoles contra sus vasallos rebeldes.—Establecimiento de una factoría española en Tidor.—Hácese la nao Trinidad á la vela para España.—Acuerdan en alta mar los españoles hacer su viaje dando la vuelta por Panamá.—Peligros de naufragio á causa de una tormenta.—Conflicto en que se encuentran por enfermedades y otras causas.—Arribo á una isla desconocida y casi desierta.—Fuga de cuatro hombres de la nao, á la cual regresa uno de ellos.—Encuentro de un buque cuya gente les dá noticia del establecimiento de los portugueses en Ternate.—Por medio del mismo buque pide Gomez Espinosa auxilio á los portugueses para proseguir su viaje.—Arriban á Benaconorà los españoles, y quedan prisioneros de los portugueses.—Atentados cometidos por estos.—Son conducidos los españoles prisioneros á la isla de Banda-Neira, á la de Java y Malaca, y de aquí á Cochin.—Llevan desde este punto á Lisboa á Gonzalo Gomez Espinosa y á dos de sus compañeros de infortunio; enciérranlos á su llegada en la cárcel pública, y por último quedan libres y vuelven á España.—Reflexiones acerca del viaje de Magallanes, de los descubrimientos hechos por los españoles, y de los beneficios que produjeron á la navegacion, al comercio, las artes y la civilizacion.

Volvamos ya la vista hácia la nao Trinidad, que al partir para España la Victoria se quedó en Tidor carenando. Ocupada se hallaba en esta operacion la gente de la averiada capitana, cuando en ella se presentó el rey de Gilolo, y renovando el pleito homenage que hizo al rey de España, manifestó vivos deseos de ver la nao y enterarse ocularmente del modo de pelear los españoles. Al punto se armaron estos á la voz de Gomez Espinosa, y queriendo complacerle hicieron algunas evoluciones. Satisfecho y contento de esta condescendencia el monarca isleño, rogó al capitan que le diese dos piezas de artillería, un bombardero y dos individuos mas, como auxilio para ir á castigar algunos súbditos que se le habian revelado. Socorrióle Espinosa, no sin las precauciones que el caso requeria, y habiéndose prestado los indios de Tidor en todo lo posible á la carena de la nao, cuando esta se hallaba ya aprestada regresaron á ella los que habian acompañado como auxiliares al rey de Gilolo (1).

Preveyó el capitan de la Trinidad que algun dia podian arribar á las Molucas otras naves españolas, y por tanto hizo levantar en Tidor una casa, y es-

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 4.º cap. 2 pág. 111.

estableciendo en ella una factoría real, allí fueron depositadas las mercancías destinadas para el tráfico del cambio, la artillería de la nao Concepcion, que fué quemada, y de la Santiago que naufragó, como tambien varios aparejos de á bordo y una parte que sobraba del cargamento de la misma Trinidad. Hecho esto, confió Gomez de Espinosa la custodia de aquellos efectos y la direccion de la factoría al despensero Juan de Campos de Escribano, quedando además con este el sobresaliente Luis del Molino, los criados Alonso de Cota, Genovés y Diego Arias, y el maestre Pedro, lombardero; á quienes recomendó que adquiriesen noticias y datos en todo lo relativo á las tierras comarcanas, y al tráfico y relaciones de las unas con las otras.

Reducida de este modo á cincuenta personas la dotacion de la nao que habia sido capitana, y á unos novecientos quintales de clavo su cargamento, prévia despedida afectuosa y cordial del rey de Tidor (1) y de los suyos, levó anclas é hizo vela en 6 de abril de 1522. Cuarenta leguas habia navegado, cuando entraron en el golfo de *Zamafo*, al S-S-O. de la isla de Montay ó Morotay, una de las que componian los estados del rey de Tidore. A ella se dirigió la nao, y allí fueron amistosamente recibidos y provistos por dinero de cuanto necesitaban y pidieron. Siguieron luego su navegacion, y estando en alta mar, convocó el capitan á consejo para deliberar acerca de la derrota que habian de seguir. Oidos los pareceres, calcularon que Panamá distaba dos mil leguas nada mas de las Molucas, bajo cuyo concepto, si los tiempos les favorecian, aquel viaje seria el mas corto y fácil que hacer pudieran. Tomaron pues el bordo del N., apartando su derrota de la parte de Levante á causa de vientos contrarios; y habiendo encontrado en los 20° una de las islas de los Ladrones ó Marianas (2), y acudido muchos bárbaros á la nao, á bordo de ella recibieron un hombre de aquella gente, y sin variar de direccion continuaron su viaje por espacio de cuatro meses, hasta encontrarse en el 42° de latitud boreal (3), donde se vieron por espacio de cinco dias combatidos por un temporal tan fuerte. Esto les obligó á cortar el castillo de proa, les rompió el de popa, tronzó el mastelero mayor por dos partes, rifó despedazando lo mayor del velamen, y se vieron en fin á pique de perderse, hasta que el tiempo cedió algun tanto. Parecia que este conflicto era como el preliminar de la azarosa carrera que el cielo les preparaba, y cuyo término habia de ser el cautiverio. Empezó á enfermar la gente, tomando las dolencias del carácter que no era fácil calificarlas, ni aplicar acertado remedio; y presumiendo por último que la causa del mal eran lombrices, hicieron una especie de autopsia del primer hombre que murió, y no encontrándole mas de una (4) quedaron subsistentes las dudas y el desconsuelo.

(1) Herrera. Dec. 3.ª lib. 4.° cap. 2. pág. 111.
(2) Oviedo, segunda parte, lib. 20. pág. 35 vuelta.
(3) Herrera. Dec. 3.ª lib. 4.° cap. 2. pág. 111.
(4) Idem, idem.

Tan aflictiva era la situacion de aquellos navegantes, dignos de mejor suerte, cuando sin tener bonanza, ya desesperados, se encaminaron á la isla de donde era el salvage que iba á bordo, y no pudiendo tomarla, con imponderable trabajo llegaron á otra, distante de aquella veinte leguas. Por de pronto echaron en tierra al insular, y en breve volvió acompañado de otros dos, cargados de cañas dulces y otros frutos, todo lo cual se repartió á los enfermos, que por desgracia eran la mayor parte de la gente. Reconocida la tierra por dos castellanos que el capitan mandó al intento, vieron que era una isla pequeña, seca, poco feraz, no pasando sus habitantes de cuarenta. A pesar de esto saltó el capitan en tierra, registró un peñascal, y en él descubrió un pozo, de donde llenaron quince toneles de buen agua. Esto pasaba á fines de agosto de 1522, cuando se fugaron cuatro hombres (1) de la nao, sin que conste el motivo que á tan estraño paso les condujo. Atribuirse puede á los contínuos trabajos que padecian aquellos navegantes, entre los cuales habria algunos, bien que pocos, á quienes no fuese dado tener la resignacion y constancia que infunde al hombre el vehemente deseo de volver al pais natal, haciéndole superior á la desgracia. Mas débiles y menos reflexivos que los demas, aquellos desventurados prefirieron tal vez quedarse en un pais enteramente desconocido, á seguir su penosísima navegacion, creyendo que asi terminarian sus trabajos y prolongarian el término de su vida: sin duda no consideraron que se esponian á perderla entregándose á merced de gente salvage y brutal, como lo eran los habitantes de la isla adonde se fueron. Concurre á favor de esta opinion la atendible circunstancia de que Gonzalo Gomez de Espinosa hizo pregonar en tierra el perdon de los cuatro desertores, y á pesar de esto uno solo se presentó y volvió á la nao (2). Ignórase el verdadero nombre de aquella isla aunque parece llamarse *Mao* (3) y ser la mas cercana al N. de la de *Botaha* (4) una de las tituladas de los Ladrones; ambas las mas próximas á la equinoccial, situadas en 12° y 13° y que corren N. S.

Cuarenta y cinco dias tardaron en andar las trescientas leguas que se cuentan desde las Molucas hasta la isla que hemos indicado con el nombre de Mao, y en aquel transcurso de tiempo murieron no pocos de la tripulacion. Proseguian su viage y acababan de surgir cerca de la isla de Doy, cuando pasó por aquel punto un buque, cuyos navegantes conocieron á la nao, é interrogados por la gente de esta declararon que á los quince dias de haber salido la Trinidad del puerto de Tidor, habian arribado portugueses á la isla de Ternate, con varias naves, capitaneadas por Antonio de Brito, y que allí estaban levantando una fortaleza, cuya primera piedra habia puesto por su mano el mismo capitan, quien la denominó

(1) Así consta en la relacion de la gente que murió desde el año 1522 en la nao Trinidad, hasta setiembre de 1525, y que se halla en el Archivo general de Indias en Sevilla, legajo 1.° de los papeles procedentes del de Simancas.
(2) Oviedo, segunda parte, lib. 20, fólio 35 vuelto.
(3) Relacion citada en la nota.
(4) Oviedo, segunda parte, lib. 20, fólio 35 vuelto.

de *San Juan*, en conmemoracion del dia 24 de junio en que la obra dió principio. Rogóles Gomez de Espinosa que llevasen á Ternate un hombre, cuyo pasage les pagaría, y habiendo condescendido fué con ellos Bartolomé Sanchez, escribano de la Trinidad, á quien el capitan de ésta entregó una carta para el de los portugueses, pidiéndole en nombre del emperador que le enviase algun auxilio para evitar la pérdida de la nao, y que pudiera volver á Tidor, atendido el mal estado de la tripulacion, pues muchos se hallaban enfermos, y habiendo muerto gran parte de la gente no tenian la precisa para el servicio. En vano esperó Gomez Espinosa el socorro pedido, y asi es que temiendo perder la nao contra la costa, pues fondeada con solo un ancla pequeña no podia echar otra por falta de gente, la suspendió al fin, y haciendo vela fué á surgir al puerto de *Benaconora*, donde apenas habia arribado se presentaron en un esquife Simon Abreo, y Duarte Rager, escribano de la factoría del rey de Portugal, acompañados de otra gente, y muy luego llegaron una fusta (1) y una carabela, en que iban de capitanes don García Manrique y Gaspar Gallo. Entraron todos en la nao Trinidad seguidos de pilotos, marineros y soldados, y en el acto dió Simon de Abreo á Gonzalo Gomez una carta, en que Antonio de Brito contestaba á la que llevó Bartolomé Sanchez, quien se hallaba detenido en Tidor. Reducíase el escrito á decir á Espinosa, con fecha de 21 de octubre, que aquella gente iba para conducir la nao sin detencion alguna. Consecutivamente, en cumplimiento de un mandamiento que ambos capitanes llevaban de Antonio Brito, se apoderaron de todos los mapas, astrolabios, cuadrantes y derroteros, y lo demas que los españoles tenian para su navegacion.

Entre sanos y enfermos no pasaban de diez y siete los que habia en la nao. Gobernándola los portugueses con gente suya, hicieron vela, y pasando por el estrecho que forman las islas de Ternate y Tidor, fueron á dar fondo en el puerto de *Talangomi*. Desde él, con la gente sana de la escasa tripulacion de la Trinidad, llevaron á Gonzalo Gomez de Espinosa á la fortaleza recien construida en Ternate, y al dia siguiente trasladaron á un hospital los enfermos. Contra la violencia no quedaba al capitan de la nao española mas recurso que prorumpir en sentidas y fundadas quejas: protestó enérgicamente sobre el despojo de lo que era del emperador, en sus propios dominios, pues tales consideraba aquellas islas, y contra este rasgo de lealtad, se alegó por los agresores el cumplimiento de las instrucciones que su rey y señor les habia dado. El estandarte Real de Castilla, que la noble diestra del ilustre Magallanes desplegó con gloria, señoreándose por ambos Océanos, se vió profanado pasando alevosamente á la plebeya mano de otro portugués, poco digno de empuñarle: aquella nao veneranda, en que el navegante mas intrépido y esperto pasó atrevido el peligroso estrecho que descubrió y á que habia de dar su inmortal nombre, cayó indefensa en poder de otro navegante de escasa fama en los fastos de la Marina: y Antonio Brito, semejante á los cobardes

(1) Embarcacion de vela latina, con uno ó dos palos, para carga.



que se apoderan á mansalva de los trofeos de los héroes inermes ó ya muertos, para mancharlos ó deshonrarlos, hizo ridícula y baja ostentacion de unos despojos arrancados del modo mas inícuo. Así es como los insulares de las Molucas, al mismo tiempo que aprendian á conocer á los europeos, presenciaban el espectáculo odioso de sus fratricidas animosidades. La impudencia llegó á tanto, que empeñándose el capitan de la Trinidad en que le librasen testimonio de lo que iba en ella, para dar cuenta de todo á su gobierno, se le contestó que si insistía en su demanda le colgarían de una entena.

Gonzalo Gomez de Espinosa halló presos y con grillos en la fortaleza de Ternate á Juan de Campos, Diego Arias, y Alonso Genovés que estaba enfermo. Eran tres de los que habian quedado en la isla de Tidor, encargados de la factoría y las mercancías, y por ellos supo el capitan español que los portugueses habian destruido aquel establecimiento, confiscándolo todo, inclusos los aparejos de las naos, y apoderándose, en fin, hasta de los créditos ó reconocimientos del clavo que tenian pagado y se les habia de entregar al tiempo de la cosecha. Notando Gomez de Espinosa la falta de Luis del Molino y del maestre Pedro, dos de los cinco que dejó en la factoría, le informaron que el segundo habia muerto, y que el primero andaba fugitivo, por lo cual pidió y obtuvo un seguro para que pudiera presentarse: le llamó, fiado en el salvo conducto que le fué otorgado, mas en el acto de presentarse le pusieron grillos y le encerraron en el Fuerte.

Tan inaudita arbitrariedad, tan punible conducta no admitia disculpa bajo ningun concepto, antes bien aparecia la mas contraria al derecho de gentes, por cuanto el emperador Cárlos V habia prevenido en las instrucciones dadas á la armada de Magallanes, que no se tocase en cosa alguna de la demarcacion del rey de Portugal (1); y esto se observó tan religiosamente, que si en Tidor se fundó por Gomez y Espinosa la factoría española, fué en razon de que ningun establecimiento se habia fijado anteriormente, ni en nombre del soberano de Portugal ni en el de ningun otro monarca europeo. Además, el reconocimiento de vasallage por los reyes molucanos al emperador fué sin disputa el mas libre y espontáneo. Aun hay otra razon mas poderosa para condenar la conducta de los portugueses, y es, que calculándose dos mil leguas de distancia desde las Molucas hasta Panamá, y aun suponiendo que esas mismas leguas fuesen de 17 y 1|2 al grado, siempre resultará que aquellas islas estaban sobre 31 y 1|2 dentro de la demarcacion de Castilla, segun la bula pontificia de que se ha hecho referencia en la página 201.

(1) La *Capitulacion y asiento que SS. MM. mandaron tomar con Magallanes y Falero sobre el descubrimiento de las islas de la Especería.* (Docum. que se conserva en el Arch. de Ind. en Sevilla, leg. 4.° de relaciones y descripciones) dice en el párrafo 3.° «El cual descubrimiento habeis de hacer con tanto que no descubrais ni hagais cosa »en la demarcacion é límites del serenísimo rey de Portugal, mi muy caro y amado tio é hermano, ni en perjuicio »suyo, salvo dentro de los límites de nuestra demarcacion.»

Tan adversa se mostró la fortuna á la gente de la nao Capitana con posterioridad á la muerte de Magallanes, que desde su estancia en Tidor hasta su arribada al puerto de Benaconora fallecieron treinta y dos individuos de ella; entre estos el piloto Juan Lopez Carballo, en 14 de febrero de 1522. La pérdida total ascendió pues á treinta y cinco hombres, contando en este número los tres que como desertores quedaron en la isla de Mao, una de las llamadas de los Ladrones.

Convertida en cárcel de los beneméritos compañeros del ilustre Magallanes la fortaleza que el portugués Antonio de Brito levantó en Ternate, en ella permanecieron encerrados unos cuatro meses los veinte y un individuos procedentes de la nao, hasta que á últimos de febrero de 1523 (1), el mismo Brito les dió pasage para la India, remitiéndolos á una de las islas de Banda, á distancia de cien leguas (2) de Ternate; escepto el carpintero maestre Antonio, y el calafate Antonio Basazaval, cuyos servicios dijo serle necesarios (3). Iba en un junco, con tres castellanos mas, el escribano de la factoría Juan de Campos, y jamás se ha sabido el paradero de ellos ni de aquel buque (4).

El grupo de las islas de Banda, se compone de diez islas, todas mas ó menos insalubres y espuestas á frecuentes y terribles terremotos. La mayor, *Banda-Neira*, adonde llevaron los deportados, es muy hermosa y produce nuez moscada dos veces al año, y hasta tres en algunos. Allí permanecieron tambien unos cuatro meses nuestros desventurados navegantes, y de allí los condujeron á Java, isla grande que hoy forma el núcleo de las posesiones holandesas en la Occeanía, siendo al mismo tiempo el pais mas poblado y floreciente de aquella parte del mundo. Costeando la isla fueron á parar á una ciudad nombrada *Agrazué* (5), cuya poblacion ascendia á treinta mil vecinos moros, y hacia gran comercio, en particular de porcelana, sedas y otros géneros de la China, de Borneo y de otras muchas partes. Trasladáronlos de Agrazué á *Maláca*, ciudad á la estremidad de la Península y en el estrecho á que dá su nombre, en otro tiempo muy mercantil y fuerte, pero actualmente muy decaida bajo todos conceptos. En aquella ciudad, distante doscientas leguas del punto de donde habian partido para ella, se hallaba de gobernador Jorge de Alburquerque. Unos cinco meses estuvieron en Maláca, y allí murieron cuatro castellanos á fines de 1524; de modo, que en esta fecha, á contar desde su prision en Ternate, llevaban ya mas de dos años de penoso cautiverio. Quedándose allí los portugueses con An-

(1) Consta de la Relacion de la gente que murió en la nao Trinidad citada en otra página de este tomo.

(2) Herrera, dec. 3, lib. 4.°, cap. 2, pág. 112.

(3) Consta de las *Declaraciones que dieron en Valladolid Gonzalo Gomez de Espinosa, Ginés de Mafra y Leon Pancaldo, sobre los acontecimientos de la Nao Trinidad en las Molucas.* (Arch. de Ind. en Sevilla, leg. 1.° papeles del Maluco de 1519 á 1547).

(4) Idem, idem.

(5) *Declaraciones que dieron en Valladolid, Gonzalo Gomez Espinosa, etc.*, citadas en otra nota, y Herrera dec. 3.ª, lib. 4.°, cap. 2, pág. 112.

ton Moreno, bajo pretesto de ser esclavo de una hermana de Alburquerque, segun decian, los embarcaron para la India, en cuya travesía tardaron veinte y cinco dias hasta *Ceilan*, distante trescientas leguas, y de allí cien mas hasta *Cochin*, adonde llegaron, escepto Bartolomé Sanchez y otros dos que iban en un junco. Sin duda hubieron de naufragar estos tres desventurados, por cuanto nada mas se supo de ellos, lo mismo que sucedió con Juan de Campos y sus tres compañeros castellanos.

Poco antes de su llegada á Cochin habian salido para Lisboa las naos portuguesas; por cuya causa, y la de hallarse el gobernador ausente en Ormuz, tenian que esperar un año el pasage en una de las primeras que saldrian para Portugal cargadas de especería.

Tal era su situacion, cuando á los diez meses de su estancia en Cochin, perdidas ya las esperanzas de alcanzar licencia para embarcarse, huyeron el maestre de la nao Trinidad, Bautista Poncero, y el marinero Leon Pancaldo, ocultándose en la nao portuguesa Santa Catalina, que los dejó en Mozambique, donde los prendieron y embarcaron en la de Diego de Melo, para enviarlos consignados al gobernador de la India. El tiempo contrario impidió la salida, y habiéndoles permitido bajar á tierra, al cabo de algunos dias murió Poncero y Leon se escondió en la nao de Francisco Perero, que iba á hacerse á la vela para Portugal. Oculto estuvo allí hasta que á cien leguas de Mozambique fué descubierto, y apenas llegó á Lisboa le encerraron en la cárcel, en que permaneció algunos dias, y por último fué puesto en libertad (1). Situada la ciudad de Cochin en una hermosa ribera, era, digámoslo asi, en aquel tiempo el empório de los portugueses en la India, donde tenian una poderosa armada de mas de trescientas velas entre naos, galeones, galeras y fustas, con que atendian á la conservacion de sus posesiones en aquella parte del Asia. Habian convertido ya al cristianismo á muchos naturales del pais, en tal manera que á veces solian salir en las procesiones mil quinientas mugeres vestidas de telas blancas muy delgadas (2). Entre las particularidades que se cuentan de Cochin relativas á aquella época, se hace mencion de cuatro elefantes que tenian los portugueses, y cuyo trabajo valía mas que el de mil hombres, siendo al mismo tiempo tan entendidos aquellos formidables cuadrúpedos, que solo les faltaba hablar, y cada uno de ellos era gobernado por un *Naire* ú hombre noble de la India (3).

En aquel tiempo arribó á ella Vasco de Gama con el cargo de virey, y habiéndole pedido licencia los castellanos para embarcarse en las primeras naos que salian para Portugal, nególes la demanda, por lo cual desesperaron ya del regreso á su amada patria. En reemplazo de Gama, que falleció á los veinte dias de

(1) *Declaraciones que dieron en Valladolid, etc.*, citadas en varias notas anteriores.
(2) Herrera, Déc. 3.ª, lib. 4.º, cap. 2, pág 112.
(3) Idem.

su llegada á Cochin, fué nombrado don Enrique de Meneses, á la sazon gobernador de Goa; mas no por esto mejoró la suerte de los cautivos castellanos, antes bien tuvieron que aguardar un año todavía, en cuyo tiempo dos de ellos fueron víctimas de la muerte. En el lamentable estado en que Gonzalo Gomez de Espinosa se veía, creyendo ciertamente aliviar su suerte y la de sus compañeros de desgracia, hizo pleito homenage, sin que por esto viera satisfechos sus deseos como se prometía. Reiteró sus solicitudes dirigidas al gobernador don Enrique de Meneses, quien á fuerza de instancias, pasado mucho tiempo, y habiendo llegado á Cochin la plausible noticia de que el rey de Portugal habia contraido matrimonio con la princesa doña Catalina, hermana del invencible Cárlos V, se dió licencia por aquel gobernador al capitan de la Trinidad, al marinero Ginés de Mafra, y al lombardero Hans, para pasar á Lisboa.

Embarcáronse, pues, en las naos portuguesas que estaban á punto de partir, y apenas llegaron á la capital de la antigua Lusitania cuando fueron encerrados en la cárcel pública llamada el Limonero. Allí murió á poco tiempo el lombardero Hans: los otros dos permanecieron presos cerca de siete meses, y por último, á instancias del emperador, los pusieron en libertad, y vinieron á España, bien que á Gonzalo Gomez le soltaron veinte y siete dias antes que á Mafra, porque suponiendo que este era piloto, quisieron apoderarse, como lo hicieron, de una caja que tenia en su poder con unos libros derroteros, y otros dos que habia escrito el piloto Antonio de San Martin, siendo desoidas cuantas reclamaciones hizo para que le fuesen devueltos.

De cuanto queda dicho se deduce que fueron ocho los que murieron de la gente de la nao Trinidad, desde que esta salió de Ternate; que no se supo nunca el paradero de siete; que dos quedaron en las Molucas, y cuatro llegaron á España, siendo de advertir que de estos últimos era uno el licenciado Morales (1), clérigo, quien tuvo igualmente la fortuna de arribar á Lisboa, donde tambien estuvo preso algun tiempo, lo mismo que Gonzalo Gomez Espinosa, y Ginés de Mafra.

Los pormenores que acabamos de dar en este capítulo y en los precedentes, desde que empezamos á hablar del viage de Magallanes, ofrecen una idea, aunque imperfecta, de lo que era el arte de navegar en la época que siguió á la de Colon. Los naufragios eran frecuentes, y á menudo se pagaba con la pérdida de un gran número de hombres el descubrimiento, cuando mas, de doscientas ó trescientas leguas de costas. Los progresos de los españoles en las márgenes del Nuevo-mundo, pueden considerare rápidos si se aprecian segun el ardor y la perseverancia que tanto se necesitó para realizarlos; pero muy lentos en verdad si se comparan con lo que hubiera podido hacerse en una época en que la ciencia

(1) De un documento que se halla en el Archivo general de Indias, de Sevilla, legajo número 1.°, titulado *Maluco*, etc. número 24, consta que el espresado Morales llegó tambien á Lisboa, donde estuvo preso como queda referido.

naval se hallára perfeccionada. La direccion dada á esa misma ciencia por el gran navegante lusitano, fué tan hábil como audaz y confiado era su genio; la rutina de los marinos ordinarios jamás contuvo el impulso de sus atrevidos pensamientos. El descubrimiento del estrecho de su nombre se considera por todas las naciones europeas como una ventaja comun, ó mejor diremos universal, por cuanto todos los navegantes tenian igual derecho á él. Asi es que los esfuerzos que la Corona de España hizo en diferentes tiempos para escluir á los estrangeros, solo se redujeron á escesivos gastos y pérdida de tiempo, cuya inutilidad reconoció por último. Los ingleses tantearon este rumbo con tanta mas audacia, cuanto á los peligros del estrecho, que el ejemplo de Magallanes les habia enseñado á vencer, se agregaban las oposiciones que les amenazaban por parte de los españoles. Despues del célebre descubridor, los primeros que pasaron felizmente al mar del Sur fueron Francisco Drake y Juan Winter, en 1577, Tomás Candich en 1586, y Andrés Merrick en 1589.

En el nuevo continente fueron impulsados los españoles á los descubrimientos y las conquistas por una série de hombres heróicos, cuyos vastos designios y cuyo valor indomable estaban perfectamente de acuerdo con la grandeza del teatro en que se esponian á las miradas del mundo. Llamaron asi la atencion universal sobre los principios del comercio y las artes relativas á la navegacion, y el descubrimiento del mar del Sur ó del Océano Pacífico, debido naturalmente al ardor con que se arrojaban siempre antes que todos á la parte de Occidente, estimuló á las demas naciones europeas, ofreciendo desde luego grandes ventajas y estraordinario fomento á la perseverancia de los navegantes.

Emulo bastardo, poseido de deshonrosa animosidad, sería quien negase ó desconociese que el progreso rápido de la navegacion, y los descubrimientos geográficos del siglo XVI, se vieron favorecidos por los esfuerzos de los españoles: al mismo tiempo que fuera tambien malicia ó torpeza suma, desconocer que á ese mismo progreso contribuyó, y no poco, la lucha de españoles contra portugueses, y el teson con que se disputaron despues la gloria de los descubrimientos y la posesion de lo descubierto.

Cuanto mas se detiene el observador á contemplar el arrojo y el valor de Magallanes y sus compañeros, al acometer y llevar á cabo su árdua empresa, tanto mas asombro le causa, atendido el estado en que se hallaba el arte de navegar y la ciencia naútica en aquella época. Con naves de imperfecta construccion como lo eran las de aquel tiempo (1); deduciendo del rumbo que habia seguido la nave,

(1) El coste de las naos que emprendieron la primera circumnavegacion del globo, bastará por sí solo para dar una idea dé su poca importancia, y de lo muy aventurado y temerario que se juzgára hoy dia arrojarse con otras semejantes á emprender igual viage, á pesar del estado de perfeccion en quo ahora se halla el arte de navegar, nada comparable con lo que era en aquella época. Fíjese si no la atencion en las siguientes partidas, que se hallan en la *Relacion del coste que tuvo la Armada de Magallanes.* (Arch. de Ind. de Sevilla, papeles del Maluco, leg. 1.º de 1519 á 1574).

y de la latitud observada, el conocimiento del punto del globo en que la nave misma se encontraba, observando la latitud con el astrolabio ó con un cuadrante de madera, imperfecto, y por consecuencia muy falible; regulando á ojo lo que andaba la nave, porque no era conocido todavía, ni lo fué hasta un siglo despues, el uso de la corredera; pasando por ignoradas y remotas naciones, del suave clima de la zona templada, á los ardores de la tórrida, y de ésta á los hielos de la glacial; ignorando, en fin, que navegando de Occidente á Oriente se gana un dia, asi como pierden otro los que gobiernan de Oriente á Occidente; con tan menguados recursos, con tan notable falta de conocimientos, efecto natural de la época, en medio de la oscuridad y confusion en que entonces se encontraba la hidrografía, despreciando el hambre, retando hasta el furor de los elementos, burlándose, digámoslo asi, de las enfermedades y de la muerte, se ideó, emprendió y ejecutó la primera vuelta al globo; el viage portentoso que abrió nueva senda al comercio, que impulsó la prosperidad de las naciones cultas de Europa, y contribuyó, en fin, poderosamente á la civilizacion universal. De este modo la navegacion, como dice un sabio geógrafo (1), hizo que cesára el reposo plebeyo y contrario á los destinos del género humano. Un navío reunió las partes del mundo mas lejanas unas de otras; ciudades, naciones enteras se trasplantan ya á otros climas; en medio de los pacíficos salvajes se levanta el tumulto de la civilizacion; un movimiento universal se apodera de los pueblos, y el hombre sin saberlo se ve impelido á la conquista del globo.

NAOS Y APAREJOS.	*Maravedís.*
Doscientos veinte y ocho mil setecientos y cincuenta maravedís, que son costo la nao nombrada La Concepcion, que es de porte de noventa toneles, la cual con sus aparejos y batel, costó lo dicho, segun mas largamente paresce por el libro de la Armada.	228,750
Trescientos mil maravedís quo son costo la nao Victoria, que será de porte de ochenta y cinco tonoles, la cual con sus aparejos y batel, costó lo dicho, segun mas largamente parescerá por el dicho libro.	300,000
Trescientos treinta mil maravedís que costó la nao nombrada Santo Antonio, que es de porte de ciento y veinte toneles, la cual con sus aparejos y batel, costó lo dicho, segun mas largamente parescerá por el dicho libro.	330,000
Doscientos setenta mil maravedís que costó la nao nombrada La Trinidad, que es de porte do ciento y diez toneles, la cual con sus aparejos y batel, costó lo dicho, segun mas largamente paresce por el dicho libro. .	270,000
Ciento ochenta y siete mil y quinientos maravedís, que costó la nao Santiago, que es de porte de setenta y cinco toneles, la cual, con sus aparejos y batel, costó lo dicho, segun mas largamente paresce por el dicho libro.	187,500

Aquí se vé que la nave mayor de las cinco, la llamada Santo Antonio, importó 9,705 rs. y 30 mrs., y la menor, que era la Santiago, 5,514 rs. y 24 mrs.

De modo, que aun suponiendo que en razon del valor ó importancia quo en aquellos tiempos se daba á la moneda, comparado con el de los presentes, equivalieso cada maravedí á diez veces tanto como hoy dia, siempro resultará que la nao de mas importancia, valía 97,050 rs., siendo así que un mediano bergantin cuesta en el dia muchos miles de pesos fuertes.

(1) Malte-Brun. *Geografía universal.* Tomo 1.°, lib. 47. *Influencia de la navegacion.*

CAPITULO XXVII.

Necesidad y conveniencia de una reseña histórica de los descubrimientos hechos por los portugueses, hasta la época en que se hizo la primera circumnavegacion alrededor del globo.—Reseña histórica.

Antes de entrar en la relacion de las espediciones que por parte de nuestra Marina fueron consiguientes á la empresa con que el nunca bien ponderado Magallanes trazó á la navegacion el camino de las Indias desde Occidente á Oriente, consideramos necesaria y oportuna una reseña histórica de los descubrimientos hechos por los portugueses, hasta aquel tiempo, atendiendo á que en los memorables viages que hicieron nuestros célebres marinos, arribaron estos unas veces y otras fueron llevados á las costas de Africa, y de la parte de Asia que hoy llamamos Oceanía, donde los portugueses tenian posesiones; de lo cual pudieran ofrecerse dudas, no tan solo acerca de quiénes fueron los autores de los descubrimientos marítimos y continentales, en aquellos mismos puntos del globo, sino tambien en cuanto á las fechas del tiempo en que se hicieron (1).

La vasta estension del Africa y los calores de la zona tórrida inclinaban á creer á la mayor parte de los antiguos que era imposible la navegacion alrededor de aquella parte del antiguo mundo conocido. El comercio entre la Europa y la India habia seguido constantemente los dos caminos del Eufrates y de Alejandría. Los acontecimientos condujeron á una revolucion, que con el descubri-

(1) Sabido es que con posterioridad á la época de los descubrimientos á que hacemos referencia, hubo un tiempo en que incorporándose Portugal á España, formaron estos reinos una sola monarquía por espacio de cerca de un siglo, constituyendo tambien una sola marina la de ambas naciones, inclusas las posesiones y colonias de los portugueses en Africa, América, Asia y las Molucas; y esto es otra de las razones que nos han impulsado á presentar á nuestros lectores la indicada reseña histórica. Al hacerla seguimos muy acordes la relacion que sobre este punto hace el sábio Malte-Brun en su *Geografía universal*.

miento del Nuevo-Mundo concurrió á mudar la faz de la Europa, y á fijar en el Occidente la residencia del trono de la civilizacion moderna.

Cuando los portugueses hubieron arrojado ya de su pais á los moros, persiguieron hasta las costas de Africa á tales enemigos del nombre cristiano, y queriendo esterminar su religion, se procuró mas que todo apoderarse de sus riquezas. Cada nueva victoria llevó consigo una nueva espedicion, y entonces vióse acudir á Portugal todos aquellos que estaban animados de la aficion á las empresas, todos los que se hallaban atormentados de la necesidad de la gloria. Al lado de italianos y castellanos se vieron flamencos y alemanes rivalizar en audacia con los portugueses, y un caballero dinamarqués llamado Balarte hizo admirar su valor, asi como Martin Behaim su ciencia: hasta las damas de Lisboa concurrieron á inflamar aquel entusiasmo universal, negando su mano al que no habia dado pruebas de esclarecido valor en las playas africanas (1). Por último, la brújula, invencion de orígen incierto (2), habia permitido á los marinos dejar las costas y recorrer osados la alta mar: pero principalmente á los triunfos alcanzados delante de Ceuta, y á la laudable curiosidad del Infante don Enrique de Portugal, la geografia es deudora del nuevo impulso dado á la navegacion alrededor del Africa, del descubrimiento de los paises que se estienden desde el Cabo Bojador hasta el de Guardafuí, y finalmente del conocimiento mas exacto del Indostan y de las regiones meridionales del Asia desde Ceilan hasta la nueva Guinea, regiones envueltas antes en las tinieblas de la fábula.

Entre los motivos que el príncipe Enrique tuvo, contar se debe acaso los informes que algunos judíos y árabes le dieron del interior de aquel pais, de los *Azenaghis*, que habitaban al otro lado del pais de los negros, y de las minas de oro de la Guinea (3). El Cabo Bojador habia sido hasta entonces el término ordinario de las navegaciones, temiendo cada cual los espantosos riesgos que la tradicion hacia temer á cuantos le dobláran, hasta que Gilianez ó Gil Yañez lo ejecutó en 1433, despues de muchas tentativas inútiles. En tanto las tempestades y las borrascas que por largo tiempo retardaron aquella empresa, habian impelido en 1417 á *Juan Gonzalez Zarco*, y á *Tristan Vaz*, hácia la isla de Porto-Santo y la de Madera, que probablemente habia sido ya visitada mas de una vez, sin que por eso fuese conocida de los navegantes (4). Aquella tierra elevada pareció en un principio á los portugueses que solo era una espesa niebla en lontananza. En las inmensas selvas de Madera fundaron su primera colonia: el Infante envió á ella habitantes y animales domésticos; hizo plantar allí cañas de azúcar de Sicilia, como tambien vides de Chipre, y establecer artefactos de serraduría, á

(1) Gebaner, *Hist. de Portugal*, pág. 166.
(2) Azuni. *Disertation sur la Boussole*, seg. edicion, París, 1809.
(3) Década primeira de Asia, de *Joao da Barros*, Lisbóa, 1628, tomo I, pág 5.
(4) Alcaforado. *Relacion del descubrimiento de la isla de Madera*, ms. de 1421.

fin de que la madre patria pudiese aprovechar las ricas maderas que se habian salvado de los estragos del fuego encendido por los mismos descubridores de la isla (1). Hácia el tiempo en que se dobló el Cabo Bojador, descubrieron otros portugueses las Azores, que al parecer conocieron antes que ellos los árabes. *Gonzalo Velho Cabral* arribó á la isla de Santa María en 1432; las demás fueron encontradas poco á poco, y su descubrimiento no fué completo hasta el 1450. Se las tuvo al principio por las Antillas, ó islas delante de las Indias de Marco-Polo.

Reina mucha obscuridad en el descubrimiento de las islas Azores, sin que aun se sepa nada de positivo sobre el descubrimiento de las de Flores y la Graciosa (2), pero hay conformidad en representar estas islas como absolutamente deshabitadas antes de la llegada de los portugueses, y aun se supone que ni siquiera un cuadrúpedo se encontró en ellas. La estátua ecuestre que se dice haber sido encontrada por los primeros colonos en la isla de Corvo, y que segun unos indicaba con el dedo hácia el Oeste, ó segun otros hacia seña á los viageros para volver atrás, nos ha parecido igualmente la prueba de un descubrimiento auténtico.

Mientras se hacian los indicados continuaba la guerra con los moros ó árabes al otro lado del Cabo de Bojador. En 1442 vió Lisboa con asombro los primeros esclavos negros, con sus cabellos crespos y del todo diferentes de los prisioneros de guerra moros, que no eran mas que atezados. Se los habian dado los mahometanos en rescate de algunos compatriotas suyos que cayeron en poder de los portugueses; porque antes del establecimiento de la Compañía creada para el tráfico de esclavos y establecida en la isla de Arguin, descubierta en 1452, y aun antes de que el oro de la Guinea hubiese puesto á los portugueses en estado de comprar los negros, los desdichados africanos eran diariamente arrebatados por la fuerza. En 1445 arribaron los portugueses al Senegal (3), y allí encontraron los primeros negros paganos. Las islas de Cabo-Verde habian sido descubiertas en 1450 por Antonio Nolí, genovés al servicio de Portugal. Pocos años despues Pedro de Cintra tocó en la primera costa de Guinea, dió á una montaña el nombre de Sierra-Leona, y de allí se dirigió al Sur hasta el Cabo Mesurado, en 1462. Ya la costa de Africa, replegándose hácia el Este, parecia abrir á los infatigables emisarios del príncipe Enrique el camino de la India; y ya este príncipe, tan útil á su pais y á la geografía, podia lisonjearse de ver coronados sus nobles proyectos, cuando la muerte le arrebató en 1463. Pero el espíritu y el genio de aquel grande hombre no cesó de admirar á los portugueses.

Trazado estaba ya el camino: para llegar al objeto bastaba una constancia comun; pero el estado imperfecto de la navegacion fué lo único que retardó los

(1) Navigazioni di *Alvizo da cada Mosto*, en Ramusio, tomo I, pág. 106.
(2) Cordeyro. *Hist. insulana.* Freire. *Vida do infante Enrique*, pág. 318-359, Lisboa, 1758.
(3) Marmol, descrip. de l'Afrique, tomo III, pág. 43.

progresos de los descubrimientos. Aunque la compañía privilegiada, que tenia esclusivamente el permiso para ir á las costas de Guinéa pagando 200,000 reis al año, se viese obligada á llevar los descubrimientos á quinientas millas mas al S. en el espacio de cinco años, los portugueses no alcanzaron al Cabo de Buena-Esperanza, hasta cincuenta y tres años despues de haber doblado el Cabo Bojador en 1486; circunstancia tanto mas digna de atencion, cuanto impugna completamente la opinion de los que miran como un hecho histórico la vuelta al Africa por los Fenicios. ¿Y cómo pudieran creer hombres sensatos, que una galera fenicia hubiese ejecutado en tres años lo que en medio siglo no han podido llevar á cabo navegantes atrevidos, en fuertes navíos y auxiliados de la brújula? Pero continuemos la relacion de los descubrimientos efectivos.

La compañía privilegiada no podia hacer el comercio en Arguin ó en el Cabo Verde, y sí únicamente en las costas desconocidas al S. de Sierra-Leona, reservándose el rey de Portugal el derecho esclusivo de comprar allí el marfil á muy bajo precio (1). Unos navegantes, cuyos nombres están olvidados, descubrieron en 1472 las islas de Santo Tomás, del Príncipe y de Annobon, situadas bajo la línea, de las cuales la primera se hizo en breve famosa por el cultivo de la caña del azúcar. Habiéndose refugiado á Portugal muchos judíos españoles, fueron desterrados á la misma isla, cuyo suelo cultivaron esclavos negros (2), mucho tiempo antes del descubrimiento de la América. La construccion del fuerte de la Mina en la Costa-de-Oro, descubierta en 1471 por Juan de Santarén y Pedro Escobar, facilitó mas y mas el progreso de los conocimientos en la Guinéa. A poco tiempo encontró Diego Cam el rio del Zairo, en el reino de Congo, del cual se embarcaron muchos habitantes voluntariamente para Portugal, ignorando aquellos desdichados africanos que los estrangeros á quienes concedian hospitalidad iban á tomar posesion de su patria plantando en ella una cruz y levantando un pilar con una inscripcion portuguesa; monumento de piedra, por el cual se dió al rio Zairo el nombre de *Rio Pedrao*. En la misma época descubrió Alfonso de Aveiro el Benin, y trajo de él la semilla del pimiento y la guindilla á Lisboa, cuya planta se conocia mucho tiempo antes. Los mercaderes italianos sacaban la guindilla del norte de Africa, adonde las carabanas la llevaban de Guinéa atravesando el pais de los Mandingos y los desiertos de Sahara.

Ignorándose en Italia el pais que producia esta especia se le dió el nombre de grana *del Paraiso*, y los portugueses la llevaron despues en gran cantidad al puerto de Amberes, pero á causa de hallarse estancado ó monopolizado por el gobierno de Portugal el tráfico de especería, se generalizó muy poco el uso del pimenton durante largo tiempo (3).

(1) Mil quinientos *reis* el quintal. Barros, tomo I, pág. 33.
(2) Barros, déc. 1.ª pág. 33, v.
(3) *Vandelli, sobre algunas produzoes das conquistas.*

Los primeros que arribaron al Benin supieron por los habitantes de él que á 250 millas al Este de su pais residía un príncipe cristiano que adoraba la cruz, y creyeron por esto haber encontrado en Africa el reino del *preste Juan* que buscaban mucho habia, y acerca del cual se han recogido y comparado las oscuras tradiciones de los autores de la edad media.



El Benin y el Congo dieron desde luego una direccion inesperada al tráfico de negros que hacian los portugueses. Los que antes del año 1434 habian hecho profesion de arrebatar á los negros y los moros, á lo largo de las costas y en las islas, para ir á venderlos á Portugal, donde era un artículo muy lucrativo, comenzaron á traficar con su detestada presa en el mismo Africa. Conducian sus cautivos ya directamente al fuerte de la Mina, ya á la isla de Santo Tomás, de donde los trasladaban inmediatamente al fuerte, y allí los cambiaban por oro que los mercaderes negros ó moros llevaban del interior de su pais. Por último, el rey Juan II prohibió enteramente este tráfico, que hacia caer anualmente miles de negros en manos de los infieles (1).

Bartolomé Diaz alcanzó en 1486 la estremidad meridional, á que dió el nombre de *Cabo de las Tormentas*; pero el genio del rey Juan II vió allí el Cabo de *Buena Esperanza*, y muy luego no se dudó ya de la posibilidad de dar la vuelta al Africa por mar.

(1) Barros, tomo I, pág. 41, v.

Antes que Diaz llevase á Lisboa la noticia de su descubrimiento, el rey Juan II habia enviado dos monges á Jerusalen, á fin de que los peregrinos que allí acudian de todos los paises cristianos, le diesen noticias y datos acerca del preste Juan, que vivia en Africa; pero esta diputacion nada consiguió porque los enviados no comprendian el árabe. A consecuencia fueron despachados á Alejandría Pedro Covilham y Alfonso de Paira, para adquirir allí nociones de aquel príncipe cristiano, como tambien acerca de la India. Llegaron hasta el Cairo, donde se agregaron á unos mercaderes moros de Fez y Tremecen, que pasaban á Aden, y yendo á Suez allí se embarcó Covilham, y visitó á Goa, Calicut y otras muchas ciudades mercantiles de las Indias, como tambien las minas de oro de Sofála en Africa. Volvió por Aden al Cairo, á fin de aguardar allí á su compañero Paira, quien por desgracia murió en Abisinia, adonde habia ido por tierra; pero antes que las relaciones de Covilham llegasen á Lisboa, dos judíos portugueses que habian estado mucho tiempo en Ormuz y Calicut, dieron al rey muy buenos informes y noticias de las Indias y de todos los reinos que de ellas dependian. Segun su relacion y el conocimiento que se habia adquirido de un mar que se estendia al Mediodia de Africa, fué enviado *Vasco de Gama* en 1497 á la investigacion de las Indias por aquella vía, llevando ademas la mision de ajustar con el preste Juan una alianza, para proteger el comercio de aquellas regiones contra los moros y los árabes que eran allí muy poderosos. Navegó Gama á lo largo de las costas orientales de Africa, y llevando el mismo viage las numerosas escuadras portuguesas que le siguieron, por primera vez se ostentaron á la vista de los europeos todas las partes de la costa que antes eran conocidas solamente de los árabes. La *mar Tenebrosa* al otro lado de Sofála, que habia parecido inaccesible á los árabes (1), fué recorrida en todas direcciones. Despues de haber doblado el Cabo de Buena Esperanza, visitó Gama una parte de la costa de Cafrería, á la cual denominó pais de *Natividad*, por haber hecho en tal dia su descubrimiento; y aunque no llegó á Sofála, á poco tiempo se tuvieron relaciones de ella por Pedro de Rhaja, quien hizo construir allí un fuerte, en 1506. Sofála, conocido entre los árabes bajo el nombre de *Pais del oro*, pertenecia al gran reino de *Monomotapa*, asi llamado del nombre de su soberano. Los reinos de *Quitevo, Sedanda, Chicova* y *Butua*, dependientes del Monomotapa, fueron muy luego visitados con cuidado despues que los portugueses comenzaron á navegar en el gran rio de Zambezo, y hubieron construido en sus márgenes los fuertes de *Sena* y de *Tate*. Tenian allí siempre, lo mismo que en Bucati y en Nacapa, misiones y factorías para comprar oro á los cafres que vivian en las cercanías de las minas (2). Partió de Sofála y de Mozambique en 1573 un ejército mandado por los portugueses Vareto y Homen, y despues de haber sufrido muchos trabajos y dado frecuentes

(1) Historia de Egipto, por Marais.
(2) Barros, tomo 1.°, pág. 192.—Couto, Décadas nonas, tomo 3.°, pág. 541.



C. Legrand dibº y litº Lit. de J. J. Martinez. Madrid

PEDRO ALVAREZ CABRAL

navegante portugues, arriba á una tierra desconocida de la America meridional, y toma posesion de aquel pais, que se denominó **Brasil**, creyendose su primer descubridor, aunque lo era el español Vicente Yañez Pinzon. (Año 1500).

ataques, penetró hasta las minas de Manica y de Butua, pero fué imposible á los portugueses establecerse en aquellos desiertos. Tanta era la dificultad de separar el oro de la arena lavándolo, que un jornalero trabajaba mucho tiempo para sacar apenas cinco granos. No sabian los cafres buscar las venas de oro en lo interior de la tierra, y asi es que los registros que hacian se cegaban diariamente. Ademas, no queriendo hacer partícipes del tráfico del oro á los estrangeros, les negaban los víveres y les armaban emboscadas.

Sin haber tocado Gama en Sofála, descubrió á Mozambique, donde creyó poder encontrar pilotos para las Indias, bien que en vano. Arribó en 1497 á la isla de Mombaza, y aquí esperimentaron los portugueses una sorpresa agradable. Una ciudad de Africa les presentó casas regularmente construidas, y costumbres de un pueblo culto: era una colonia árabe. Visitaron consecutivamente el reino de Melinda, donde reinaba el lujo y florecía el comercio, y donde Gama vió por primera vez banianos ó comerciantes indios. Allí le dieron pilotos para guiarle en su viage.

Las escuadras que le siguieron, y que todos los años se enviaban de Lisboa á las Indias, acabaron el descubrimiento del Africa oriental hasta el mar Rojo. Acerca de esto conservó Faria y Souza un registro que abraza ciento cuarenta años (1). Despues de haber sido arrojado *Pedro Alvarez Cabral* por una tempestad á una tierra desconocida, que apellidó *tierra de Santa Cruz*, y que es el Brasil, llegó en 1500 á Quiloa, capital de un reino árabe muy poderoso en la costa de Zanguebar, que poseyó por mucho tiempo á Mombaza, Melindo, las Islas Comores y muchos puertos en Madagascar. Alburquerque el Grande descubrió en 1503 la isla de Zanzibar en la inmediacion de Mombaza, é impuso á su soberano un tributo anual. Poco tardaron en ser sometidos á semejantes contribuciones otros Estados árabes, llegando á exigirse hasta quinientos *mitigales* por año á la república de Brava. De todos aquellos Estados negros sacaba el rey de Portugal una renta considerable, y el oro del Africa se invertía principalmente en pagar las mercancías de los indios que los portugueses no podian satisfacer con los productos y las remesas de la Europa. El rumor que se habia esparcido de que producia especias finas Madagascar, ó la isla de *San Lorenzo*, como se llamaba entonces, porque Lorenzo Almeida habia arribado á ella, empeñó á *Tristan de Acuña* á reconocerla detenidamente en 1506; pero no encontró en ella mas que gengibre, negros feroces, y algunos árabes esparcidos á lo largo de las costas, donde tenian establecimientos cuya importancia y seguridad dependian de sus colonias de Africa. Por aquel tiempo arribaron otros navegantes portugueses á la costa de Ajan, nombre bajo el cual comprendian los árabes todos los paises entre el rio Quilimanci y el cabo Guardafuí. Hacía entonces la ciudad de Magadoxo un comercio importantísimo; sus

(1) De 1500 y 1640. *Lobo*, Viaje primero, 280.

habitantes habian descubierto el pais de Sofála, y estendido sus relaciones á lo largo de aquella costa. Concurrian á Magadoxo los mercaderes de Aden y de Cambaya, que iban á cambiar allí las mercaderías de la India por oro y marfil. Habiendo conseguido Alburquerque espulsar á los árabes de Aden en 1513, quedó espedito á los portugueses el mar Rojo, con lo cual adquirieron un conocimiento exacto de los puertos y paises de aquellas costas, asi como de su navegacion lenta y peligrosa. Conocian ya la Abisinia desde 1487, por medio de la embajada que allí habian enviado, y tambien por otras vías, pero no aparecieron en las costas de aquel reino hasta el año 1520, época en que *Lopez Segueira* fué con una escuadra, y *Francisco Alvarez* dió á conocer el pais por la relacion de su embajada.

Asi es como fueron enteramente conocidas las costas de la inmensa península de Africa. Echemos ahora una ojeada sobre los viajes de los portugueses en Asia.

Por desgracia en esta parte hemos perdido una de las fuentes principales, cual es la Geografía de Asia por Barros, la mas completa de todas las de aquel siglo (1); pero Ramusio nos ha conservado otras dos que contienen escelentes noticias relativas al Asia meridional desde el mar Rojo hasta el Japon. El autor de la una es Eduardo Barbosa, quien recopiló allí todo lo que habia observado por sí mismo, y lo que habia sabido por otros. Parece que su obra dejó de imprimirse en Portugal, y aun era tan poco conocida que apenas la cita Faria y Souza en una noticia muy estensa de los principales autores portugueses que han escrito sobre el Asia y otros paises lejanos. La traduccion que Ramusio ha dado de ella es, segun un manuscrito, muy defectuosa. Barbosa acompañó á Magallanes en su viage alrededor del mundo, y es el mismo que murió asesinado en el convite dado en Zebú (2). Nos es desconocido el nombre del autor de la segunda Geografía (3), bien que habia leido á Barbosa, pues en el mismo órden dispone la relacion de los paises de que habla. Promete una descripcion particular y circunstanciada de las Molucas; pero esta parte de su obra se ha perdido enteramente.

Con estos datos presentaremos el cuadro de los progresos sucesivos de los portugueses en las Indias, indicaremos los reinos que florecian entonces, y diremos cuáles son los servicios que aquellos europeos han hecho á la geografía, completando nuestros conocimientos sobre el Asia.

Arribó Vasco de Gama en 1498 á Calicut, capital de los estados del Zamorín en la costa de Malabar, y no tardaron sus compañeros en esparcirse por Cochin, Cranganore y otros puertos marítimos donde se comerciaba en pimienta ó especerías finas. Los árabes y los viageros de la edad media habian dado á co-

(1) Couto, Década 1.ª, pág. 313.

(2) Es el Duarte Barbosa que por muerte de Magallanes fué nombrado en su reemplazo, aunque en su libro se llama Odoardo y otros le denominan Eduardo.

(3) Sommario di tuti li regni, città è popoli orientali. *Ramusio*, tomo I, pág. 349 á 363.

nocer aisladamente algunos parages de la costa de Malabar ó de otras regiones de la India. Las primeras relaciones de los portugueses representaron á los paises y aun á los pueblos menos considerables, segun su posicion y su importancia verdadera, y en lugar de los fragmentos que hasta entonces se habian tenido acerca de la India, se pudo formar en fin un cuadro general. Barbosa y Barros han hecho ya mencion de los reinos situados entre los cabos Dilli y Comorin, tales como los de *Calicut, Cranganore, Cochin, Coulan y Travancore*, asi como muchos estaditos de los Nadíres, entre ellos *Porca y Chetúa*. Ambos autores describen tambien muy circunstanciadamente los usos del Malabar, la division por castas y todo lo que distingue á los indios de las otras naciones.

No tardaron los portugueses en llegar á las montañas de Ghates, de donde salen todos los rios considerables que riegan la costa de Coromandel, y á poco de su arribo se estendieron por todo lo largo de la costa occidental hasta el golfo de Cambaya, y penetraron en el reino de *Kanora*, que toca en el Malabar, siendo entonces su capital Onor, ciudad mercantil que existe todavia. Batical y Mángalora fueron desde aquel tiempo ciudades célebres. El rio Aliga formaba en las cercanías de los Ankedivos el límite septentrional del pais de Kánora, y allí comenzaba el *Dekhan*, Estado muy poderoso entonces, que se estendia hasta la costa de Coromandel (1), y que estaba dividido en muchos reinos, nombrados por escritores modernos *Visapur, Berar, Golconda y Kandeijch*. En 1510 conquistó Alburquerque en el Dekhau la ciudad de *Goa*, despues tan célebre, centro de la dominacion de los portugueses en las Indias. Dabol, Chaul y otras ciudades marítimas se vieron tambien forzadas á someterse al vencedor. Separaba el rio de Bainganga el Dekhau del reino de *Cambaya*, que comprendia muchas ciudades mercantiles muy florecientes, tales como Daman, Barotche y Surate, teniendo tambien en su dependencia la isla de Salcette, cuyas pagodas abiertas en las peñas, los ídolos jigantescos, y las otras antigüedades, llaman todavia la admiracion de los viageros (2). Al llegar los portugueses al Gudjerate construyeron en la isla de *Diu*, célebre por la riqueza de su templo, una fortaleza y una ciudad que hizo un vastísimo comercio con la Arabia, la Persia y los paises contiguos (3). Al Norte, en las montañas, habitaban los indomables *rasbustas*.

A fuerza de armas intentaron los príncipes mahometanos de aquellos estados alejar de sus costas á los portugueses, quienes contrajeron relaciones de amistad con muchos reinos hindus de lo interior, y no tardó en serles sumamente útil la alianza con el de *Bisnayar*, Estado que tenia el nombre de su capital, hoy dia destruida, y que contaba los rajáhs de Canara entre sus vasallos. Esten-

(1) Faria y Souza, I, pág. 57.
(2) Couto, tomo III, pág. 80.
(3) Barbosa, pág. 329.

diáse su dominacion hasta la costa de Coromandel. Barbosa dá á este reino el nombre de *Narsinga*, diciendo que al Norte del rio Aliga estaba limitado por el Dekhal, y que dominaba en el Tanjaour y el Trabancore, en cuyo reino parece que Barros comprende todas las provincias meridionales de la península á esta parte del Ganges.

Hasta que hubieron descubierto los portugueses á Malaca y las islas de las especierías no comenzaron á concurrir á la costa de Coromandel. En 1518 llegaron al Bengala capitaneados por Juan de Silveira, y hácia el mismo tiempo dió el rey Manuel órden de ocuparse en el descubrimiento del sepulcro de Santo Tomás en Meliapour. Ninguno de los historiadores portugueses hace mencion de los antiguos reinos ó provincias actuales de Marana, Tanjaour y Karnatic, pero sí de un gran número de ciudades, de las cuales existen todavia Tutucoryn, Negapatam, Tanquebar, Pondichery, Paliacate y Masulipatam. La costa de Coromandel estaba provista de arroz del Malabar, y en ella era muy comun el no llover, lo que ocasionaba una carestía tan horrible que los padres vendian á sus hijos por dos ó tres monedillas de plata llamadas fanams, y aquellos desdichados eran trasladados inmediatamente como esclavos á otros parages del Indostan (1). En la parte septentrional de la costa de Coromandel estaba el reino de *Orixa*, hoy provincia del Indostan inglés, y en él se encontraban tambien muchas ciudades de comercio muy florecientes, cuya mayor parte existe todavia. Cuando Juan de Silveira llegó al puerto de Chitagong, ó Chatigam, en el *Bengala*, fué recibido allá muy friamente, y supo muy poco acerca de aquel jardin de la India, con cuyos puertos tenia relaciones Chitagong, y en tiempo del arribo de los portugueses se espedia allí para la Persia un gran número de eunucos que se vendian á ciento y doscientos ducados. Fabricábase en el Bengala finísimas telas de algodon, y se traficaba tambien en azúcar molida, gengibre y seda, pero desde la llegada de los portugueses disminuyó rápidamente el comercio de Chitagong, á causa de que los árabes no podian despachar ya con seguridad los productos de Bengala, á Malaca y á Cambaya.

En breve fueron visitadas las islas contiguas de la India por los portugueses; *Francisco de Almeida* construyó un fuerte en los *Ankedibos*, á fin de interceptar las naves moriscas que allí se reunian, desde que los portugueses se habian apoderado de Cochin y de Calicut, y que la costa de Malabar estaba plagada de corsarios cristianos (2). En 1512 fué arrojado Simon de Andrade á las *Maldivas*, que muy luego se hicieron famosas por sus cocos, y que eran ya concurridas, pues los árabes iban allá á por jarcia que se fabricaba con fibras de coco, y los kauris, ó conchitas que suplian la monedilla en Bengala y en Siam, siendo tan abundante que los portugueses estraian anualmente dos ó tres mil quin-

(1) Barbosa, tomo III, pág. 197.
(2) Barros, tomo I, pág. 165.

tales de estos marisquillos y los llevaban á Guinéa, al Congo y á Benin (1). Habian visitado ya á *Ceylan* desde 1506, y Almeida trató de arrojar de allí á los moros, quienes llevaban la canela á Aden y á Ormuz, y hacian de aquella isla lugar de refresco á sus naves, cargadas de especierías procedentes de Malaca y las Molucas, yendo de tránsito á los golfos de Persia y de Arabia (2). Los portugueses enseñaron á los isleños el uso de armas de fuego, y la construccion de cañones y otras armas. La fortaleza que levantaron en *Colombo*, residencia del rey de los Chingalais, fué su primer establecimiento en aquella isla, y á poco tiempo se vieron todos los reyes comarcanos obligados á pagarles un tributo en canela, anillos guarnecidos de perlas y rubíes, y además en elefantes (3). Hallábase dividida entonces aquella isla en nueve reinos, y en el centro estaba el de Candy.

La esperanza de encontrar en Malaca ó en las islas vecinas la patria de las especierías, atrajo allí en 1509 á Lopez Sequeira, pero ningun establecimiento se fijó hasta el 1511, despues de la toma de Malaca por Alburquerque. Habia sido esta ciudad construida unos doscientos cincuenta años antes en el sitio de la de Singapur, famosa en otro tiempo por su comercio; era la capital de un reino particular que se habia separado del de Siam; su puerto el mejor mercado para las mercancías de la China y la especería; de modo que allí acudían negociantes de la Arabia y la Persia, en naves del Malabar, de Bengala, Siama



(1) Barros, tomo III, pág. 69.
(2) Id., tomo I, pág. 203.
(3) Couto, tomo I, pág. 310.

Java, la China, las Molucas y Filipinas. La conquista de esta ciudad hizo á los portugueses dueños del comercio de especias, y les abrió todo el archipiélago indiano, asi como la península al otro lado del Ganges. Encontraron el reino de Siam, compuesto de otros nueve, cuyos nombres nos ha conservado Barros: su capital se llamaba Judia, y sus puertos mas concurridos por los estrangeros, eran Tenaserin y Queda (1). El rey de Pegú, el mas poderoso entre sus vecinos, tenia ya el título de Señor del Elefante blanco, y Martaban era el punto mas mercantil de Pegú. Ademas de las otras mercancías de las Indias, se encontraba allí goma laca, porcelana y aromas (2). Los otros reinos de aquella península, como los de *Birman*, *Aracan*, *Ava*, *Camboja*, *Ciampa* y la *Cochinchina*, hasta entonces ignorados de los europeos, salieron de la oscuridad á medida que los portugueses llevaron adelante sus correrías victoriosas. Aquellos infatigables conquistadores penetraron en la China en 1516. *Fernando Perez*, partiendo de Malaca, arribó á Canton, ó mas exactamente á la isla de Taman, lejana tres millas de aquella ciudad. Tanta era la desconfianza que los chinos tenian ya de los estrangeros, que no les permitían la entrada en su pais por tierra, y les obligaban á depositar sus mercancías en la isla de Taman antes de poder llevarlas á Canton, ni tampoco quisieron conceder á los portugueses la libertad de pasearse en la ciudad. Quedaron aquellos huéspedes sorprendidos de la estension inmensa de la China, que segun ellos se prolongaba 31° hácia el N. Los mapas hechos en aquel imperio, y que entonces llegaron á Portugal, dieron un conocimiento de la gran muralla que separa la China de la Tartaria (3). A su llegada estaba compuesto aquel imperio de quince reinos diversos, á quienes Barros da los nombres siguientes: *Cantam*, *Foquiem*, *Chequeam*, *Xamton*, *Nanquii* y *Quincii*, que estaban á lo largo del mar; y mas lejos los de *Quichen*, *Junna*, *Quancii*, *Sujuam*, *Fucuan*, *Cansii*, *Xiansi*, *Honan* y *Sancii:* nombres de los cuales muy pocos se parecen á los de las provincias actuales. Encerraba la China 244 ciudades de primer órden, y la imprenta, que acababa de nacer en Europa, estaba allí ya en uso hacia muchos años. Llegó hasta Peking un embajador, pero no le dió audiencia el emperador, porque las autoridades de Canton anunciaron los portugueses en la corte como unos espías que iban á examinar el pais, y en verdad no se equivocaban, pues la conquista de Malaca daba á los mandarines fundados motivos para temer una afrenta semejante con respecto á la China. Obligado el embajador á regresar á Canton, murió allí en la cárcel, como tambien los de su comitiva. El ódio de los chinos contra los portugueses era todavia tan grande en 1542, que en las puertas de Canton aun se leían estas palabras escritas en letras de oro: «No se

(1) Barbosa, pág. 32.
(3) Barros, tomo III, pág. 62.
(1) Id., tomo I, pág. 43.

» permite entrar aquí ni se tolera á los hombres que tienen barba larga y ojos » grandes (1). »

Empezaron los navegantes portugueses en 1511 á recorrer todo el archipiélago oriental de las Indias, y desde su primer viage fué examinada Sumatra con mas exactitud de lo que habia sido hasta entonces. Barros da los nombres de veintinueve reinos malayos que existían en aquella isla, sin contar los que, situados en las montañas del interior, ninguna relacion tenian con los portugueses, quienes sacaban de allí las mismas mercancías que hoy la hacen importante para el comercio, como son el estaño, la pimienta, la madera de zándalo y el alcanfor, cuya droga era mucho mejor que en la China, donde se daba bajo este nombre una especie de composicion. Llegaron en 1513 á Borneo (2), pero esta gran isla permaneció menos conocida que las otras, y solo pudo decirse de ella entonces que producía tambien alcanfor. Concurrieron mucho á Java desde 1513, aunque Barros dice que no fué visitada la costa meridional, cuyos habitantes tenian poca relacion con los del Norte.

El inmenso número de islas situadas al S-E. del Asia, habia asombrado al Tito-Livio de los portugueses, quien vió allí ya *la quinta parte del mundo* (3), que llamamos Oceanía. *Couto*, su continuador, comprende todas las islas al otro lado de Java y de Borneo bajo cinco grupos diferentes. Al primero pertenecen las Molucas, ó Ternate, Motir, Tidor, Maquian y Baquian, descubiertas por los chinos, á quienes los árabes las arrebataron, y de las cuales se apoderaron los portugueses mandados por Antonio Abreu. Dábase el nombre de Molucas, ó islas de *las especerías*, á un número mayor de islas, pero pertenecia esclusivamente á las cinco que acabamos de citar, porque producían el clavo y la nuez moscada (4). El segundo archipiélago comprendia Gilolo, Mortay y otras muchas islas habitadas por salvages, asi como la de Celebes ó Macasar, de que García Enriquez quiso hacer el exámen en 1525, porque era famosa por sus minas de oro, pero los habitantes le impidieron saltar en tierra (5). El tercer grupo contenia la gran isla de Mindanao, la de Soloó y muchas de las Filipinas meridionales, entre ellas Mascate. Conocia menos Barros las que estaban al N., quizás porque pertenecian á los españoles. Hace mencion, no obstante, de la de Luzon en la época del año 1511; componíase el cuarto archipiélago de las islas de Banda, Amboina, y otras muchas muy pequeñas en su cercanía. Las dos mayores fueron descubiertas en 1511 por Antonio Abreu. Prosperaba en Banda el árbol de la nuez moscada, y Amboina por sí sola, daba al año dos mil quintales de clavo.

(1) Couto, décadas, tomo I, pág. 539.
(2) *Galvan*, discoveries of the world in the Earl of Oxford's collection of voyages and travels, tomo II, pág. 586.
(3) Barros, tomo I, pág. 147.
(4) Sprengel, Hist. de los descubrimientos, párrafo 33.
(5) Barros, tomo III, pág. 252.

Concurrieron poco los portugueses al quinto archipiélago, porque los habitantes, pobres y feroces, huian de todo trato con los estrangeros; eran tan negros como los cáfres de Africa, no conocian ningun metal, y para taladrar la madera, usaban dientes de pescado; llamábanse *papous*, que quiere decir negros, aunque habia entre ellos algunos individuos de color blanco que no podian tolerar la claridad del dia. Estas particularidades solo pueden convenir á la Nueva-Guinea y á las islas contiguas, habitadas aun hoy dia por pueblos en todo semejantes, y por esto se ha dado en los mapas á la costa de N-E. de la Nueva-Guinea el nombre de tierra de los papous. Aunque estas regiones eran el término de los descubrimientos de los portugueses hácia el E. presumieron que habia otras islas mas allá, y supusieron que debian estar situadas á lo largo de una gran tierra meridional que se estendia hasta el estrecho de Magallanes (1).

Apesar de los obstáculos que impedian á los portugueses visitar la China, recorrieron la mar que baña sus costas, y siendo Perez el primero que llegó á Canton, fué tambien el primero que descubrió en 1518 las islas de Lieou Khieou, ricas en oro, y cuyos habitantes navegaban hasta Malaca (2). Tratando Antonio de Mota de penetrar en la China en 1542, apesar de las prohibiciones, fué arrojado por una tempestad á las costas del Japon, llamadas Nipongi por sus habitantes, quienes eran mas blancos que los chinos, aunque tenian, como ellos, ojos pequeños y muy poca barba. Recibieron, no obstante, á los estrangeros de una manera muy amistosa, y pagaron sus mercancías en dinero (3). Este descubrimiento fué inmediatamente continuado con afan, particularmente por los jesuitas, que apresurándose á seguir á los mercaderes, establecieron allí misiones, propagaron por todas partes la religion cristiana, publicaron muchas descripciones del pais; é hicieron imprimír la historia de sus progresos.

Tales fueron los resultados del proyecto formado por el príncipe Enrique porque el espíritu de este grande hombre, animando á los Gamas y Alburquerques, los habia conducido de las estremidades occidentales de la Europa hasta los parages en que el inmenso Océano oriental parece haber despedazado en mil islas la vasta mole del Asia. Nada habia podido detenerlos: ni la estension de las costas áridas y salvages que habia sido preciso recorrer, ni el ejemplo espantoso de mas de una escuadra naufragada. Habian pasado aquel terrible promontorio donde la musa de Camoens vió el genio del Océano desde lo alto de un trono de nubes, sacudir enfurecido su flamígero cetro, que sublevaba las olas y desencadenaba las tempestades; habian dispersado aquellos numerosos ejércitos de árabes belicosos, defendiendo contra un puñado de estrangeros su fé, sus tesoros y sus vidas, acaudillados por príncipes ilustres y valientes capitanes. Todo

(1) Barros, tomo III, pág. 254. Couto, pág. 190.
(2) Id., id., pág. 50.
(3) Couto, tomo III, pág. 159.

habia cedido al valor de una pequeña nacion europea: todas las costas del Asia y del Africa enviaban sus tributos á Lisboa. Pero la temeridad del rey Sebastian cansó, en fin, á la fortuna, y la potencia portuguesa encontró su sepulcro en las sangrientas llanuras de *Alcazar-Quivir*, ó *Alcazar-El-Kivir* (1). Desfalleciendo sucesivamente el Portugal vió decaer su magnífico imperio en Asia y en Africa, reduciéndose, por último, á unas cuantas factorías. La sed del oro, que habia inspirado á los gefes de las colonias portuguesas una conducta tiránica, la sublevacion de las naciones orientales, los ataques de los holandeses, las discordias intestinas, todo concurrió á hacer inútiles los prodigios de valor con que el gran Castro y algunos otros portugueses, procuraron defender las conquistas de Asia. Otra nacion heredó sus descubrimientos; pero los nuevos datos que la paciencia bátava nos ha facilitado sobre aquellas regiones, pertenecen enteramente á la geografía moderna.

(1) Dióse esta batalla en 1578.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

APÉNDICE.

Noticia geográfica de las islas, ciudades marítimas y cabos principales de que se hace mencion en este tomo.

Antillas (1). Entre los dos continentes de América se estiende en arco de círculo una cadena de islas á que se ha dado el nombre insignificante de Antillas (2), y el inexacto de *Indias occidentales*, pero que la razon y la gratitud debian apellidar *Archipiélago Colombiano*. La estremidad meridional de este se une al cabo de Paria en la América del Sur; así como la septentrional se enlaza á la Florida por las islas Bahamas, correspondiendo la punta occidental de Cuba, en cierto modo, á la parte mas saliente de Yucatan. Las Antillas dependen, pues, por dos razones, del continente de la América septentrional.

Se dividen estas islas en *Antillas mayores y menores*. Las mayores son: *Cuba*, *la Jamaica*, *Santo Domingo*, y *Puerto Rico*. Españoles, ingleses y franceses, dan sentidos muy diversos á las denominaciones de islas de Barlovento é islas de Sotavento, pero la acepcion de estos términos de marina depende de la posicion del buque y de la derrota que se propone seguir el navegante.

La parte de mar que se encuentra entre las Antillas, la América meridional, la costa de Mosquitos, Costa-Rica y Darien, se llama hoy dia *Mar de los Caribes*. Este mar, uno de los mas concurridos del globo, nos presenta muchos fenómenos dignos de atencion. El primero es aquel movimiento de las aguas conocido bajo el nombre de corriente del golfo, que se debe considerar como efecto del movimiento suave, pero universal, de toda la mole de aguas del Océano, impelidas por la gran corriente ecuatorial de Este á Oeste, y puesta

(1) Bien merecen estas islas, atendida su importancia, bajo todos conceptos, y por el papel que representan en esta Historia, que se haga de ellas la interesante descripcion geográfica que presentamos al lector, enteramente igual con la que hacen de aquel archipiélago los mas célebres geógrafos del siglo actual, Malte-Brun y Balbi.

(2) Tradiciones verdaderas ó fabulosas dicen que cuando España fué conquistada por los árabes, habian ido muchos cristianos á refugiarse á una isla donde construyeron siete poblaciones, y á la cual denominó el vulgo, *de las Siete Ciudades*, al paso que los sábios la llamaban *Antillia*; nombre que Colon aplicó modestamente á las islas que visitó el primero; porque cuando los españoles descubrieron el Nuevo-Mundo, hicieron, aunque en vano, muchas investigaciones para encontrar aquellas siete ciudades. Acaso aquel cuento debia su orígen á las descripciones inexactas de aquellas famosas estátuas que fueron colocadas en las islas Azores, y de las cuales hablan Ibn-al-Ouardi, Edrisi y otros escritores árabes. El mapa que Picigano hizo en 1367, presenta el diseño de una estátua colocada en las orillas de Antillia, y que levantando una mano jigantesca indica á los navegantes el peligro que correrían de ir mas lejos.

entre las aberturas de la cadena de las Antillas menores, contra el continente americano. Este movimiento uniforme no impide que las aguas del Océano, desde las islas Canarias hasta la embocadura de Orinoco, gocen de una perfecta tranquilidad, tanto que una canoa podria atravesar sin peligro este espacio, al cual han dado los españoles la denominacion de *golfo ó mar de las Damas*. La suavidad de este movimiento tiene sin embargo tal empuje, que acelera la marcha de los buques cuando navegan desde las Canarias á la América meridional; así como hace casi imposible la travesía en línea recta de Cartagena á Cumaná, ó de Trinidad á Cayena. El nuevo continente, partiendo del istmo de Panamá hasta la parte septentrional de Méjico, forma un dique que contiene el movimiento del mar hácia Occidente. Desde Veragua se vé forzada la corriente á mudar de direccion para seguir la del Norte y arreglarse á todas las sinuosidades de las costas de Mosquitos, Costa-Rica, Campeche y Tabasco. Las aguas que entran en el golfo de Méjico por la abertura que se encuentra entre Yucatan y la isla de Cuba, despues de formar un gran remolino entre Veracruz y la Luisiana, vuelven á entrar en el Océano por el canal de Bahama; forman allí lo que los marinos llaman propiamente *corriente del golfo*, que es como un torrente de aguas cálidas, saliendo del golfo de la Florida con gran velocidad, y se alejan insensiblemente de las costas de la América septentrional siguiendo una direccion diagonal. Cuando las naves viniendo de Europa en direccion de esta costa no están seguras de la longitud en que se encuentran, pueden orientarse desde que entran en el golfo, cuya posicion ha sido determinada exactamente por Franklin, Williams y Pownall. Desde el 41 paralelo, se dirije al Este aquella larga corriente de aguas cálidas, disminuyendo progresivamente su temperatura y celeridad, á proporcion que aumenta su anchura. Antes de llegar á las mas occidentales de las Azores, se divide en dos brazos, de los cuales, á lo menos en ciertas épocas del año, la una se dirije hácia Islandia y Noruega, y la otra á las islas Canarias y las costas Oeste del Africa. Este remolino del Océano Atlántico esplica el por qué, á pesar de los vientos monzones, los troncos del *cedrella odorata* son arrastrados desde las costas de América á las de Tenerife.

La tranquilidad habitual del mar de los Caribes se vé turbada á veces por huracanes y ventarrones que, estendiéndose por en medio de las estrechas embocaduras de la cadena de las Antillas, adquieren una intensidad estraordinaria. En tiempos normales, son allí tan trasparentes las aguas que pueden distinguirse los corales y los peces á una profundidad de sesenta brazas; los buques parece que se ciernen en el aire; una especie de vértigo se apodera del viagero, cuya vista penetra por el fluido cristalino en medio de los jardines submarinos, donde los mariscos y dorados peces brillan entre la espesura de las ovas y los bosques de hacinadas algas.

El canal intermedio entre Yucatan y la isla de Cuba, presenta por ambos lados el fenómeno de manantiales de agua dulce brotando del seno de la onda amarga. Ya hemos descrito el de la costa de Yucatan: los otros estan enfrente, en la costa occidental de Cuba, al sudoeste del puerto de Batabano, en la bahía de Xagua, á dos ó tres millas marinas próximamente de tierra, y brotan con tanta fuerza, que es sumamente peligroso para las embarcaciones el acercarse á estos sitios, á causa de las oleadas tan elevadas que se chocan y encrespan con el movimiento de las olas. Los buques costeros van alguna vez á hacer aguada en medio del mar, siendo mas dulce el agua cuanto mayor la profundidad donde se coje.

Todas las Antillas, con poca diferencia, gozan del mismo clima. Durante la sequía, que generalmente empieza con enero y concluye á fines de mayo, el calor del dia sería intolerable á no ser por las frecuentes ventolinas, que son mas intensas á medida que los rayos del sol cobran fuerza. Las lluvias, que allí caracterizan el verano, caen á torrentes, siendo verdaderos diluvios que hinchan los rios en un momento, é inundan las llanuras. El aire húmedo enmohece todos los metales susceptibles de oxidarse, y la humedad es tan contínua bajo aquel clima ardoroso, que en cierto modo obliga al hombre á vivir en un baño de vapores, contribuyendo no poco á hacer la mansion en el pais desagradable, malsana, y aun peligrosa para el europeo, en la parte baja de estas islas. El aflojamiento consiguiente de las fibras, turba é interrumpe la actividad de las funciones vitales, y ocasiona tarde ó temprano una atonia general.

La falta constante de electricidad contribuye á hacer desaparecer los colores frescos y animados que caracterizan al europeo. Los miasmas que se desprenden de las aguas estancadas del mar y los fangares hediondos, llegan á ser, en particular para los naturales de los paises frios, el gérmen de la terrible enfermedad conocida con el nombre de *fiebre amarilla*. La naturaleza misma ha indicado un gran preservativo, cual es el de ir á respirar aires mas frescos en las vertientes ó laderas de las montañas. La zona tórrida, donde las calenturas pútridas amenazan á la existencia del europeo, se estiende desde la orilla del mar hasta el nivel de 1,400 pies; allí empieza la zona templada, donde el ter-

mómetro de Reaumur no señala mas que de 15° á 18° á la mitad del dia, donde se crian las mejores hortalizas, y donde abunda la *chinchona caribea*. Esta zona termina á 2,800 pies mas arriba, donde el termómetro se detiene á los 14°; las nieblas, levantadas de las partes bajas, se acumulan en las montañas, y la lluvia llega á ser habitual. Tal es la zona frígida de las Antillas.

No se hallan en aquellas islas otros mamíferos silvestres que los de corto tamaño; tales como diversas clases de murciélagos, siendo muy comunes los lagartos, escorpiones y serpientes. Asi como las Antillas menores, la Martinica y Santa Lucía son las únicas que crian verdaderas víboras y escorpiones venenosos. El voraz caiman vive en las aguas muertas, y á veces los negros mismos no pueden sustraerse á su mortífero diente. Los papagayos y los colibrís embellecen las selvas, y las aves acuáticas, en numerosas bandadas, animan aquellas deliciosas playas. Allí se admira el diminuto y lindísimo pájaro-mosca, llamado tambien *zumbador*, á causa del susurro que hace con el contínuo movimiento de sus alas, saltando inquieto de rama en rama, chupando con su afilado pico el jugo y la esencia de la flor del limonero y el naranjo, y manteniéndose de cuando en cuando suspenso en los aires, encima de los floridos campeches, como embriagado por el perfume de las mismas flores, y desapareciendo de repente como un relámpago, para volver muy luego á saborear de nuevo el delicioso aroma, y ostentar con incesantes vuelos su magnífico plumage en que brillan los mas ricos matices de púrpura y oro, de azul y de esmeralda.

Los asombrosos vejetales que hemos admirado en las otras partes del globo situadas entre los trópicos, igualan aquí en altura y en belleza á sus hermanos del nuevo continente. El bananero, que débil en un principio busca el apoyo de un árbol contiguo, llega á constituir por sí solo con el transcurso del tiempo una espesura; el tronco hueco del algodonero silvestre proporciona una canoa capaz de contener 100 hombres; una hoja de la palmera de abanico basta para preservar á ocho personas de la lluvia ó del sol, y el sahagú mece su verdeante copa en una columna que se eleva algunas veces hasta la altura de 230 pies. Los plantíos estan cercados de hileras de árboles de Campeche y de Brasil: El airoso tamarindero, apreciable por su cáscara ácida, el palo de hierro, el cedro, y una especie de *cordia* designada en las islas inglesas con el nombre de *Olmo de España*, son muy apreciados para las obras de carpintería duraderas y resistentes. Los naranjos, los limoneros, las higueras y los granados, que rodean las casas, embalsaman el aire con su perfume delicioso, al paso que brindan con su esquisito fruto. La manzana, el melocoton, la uva, y generalmente las mejores frutas de Europa, no maduran sino en los terrenos montañosos, en tanto que los llanos, donde nada modera la accion del sol, se llenan de producciones indígenas, como el anacardio (1), la zapota (2), la zapotilla (3), la pera pérsica (4) y el mamey (5), además de otros muchos frutos orientales, como son la manzana de rosa (6), la guayaba (7), la manga (8) y algunas especies de espondias y ananas.

En el esmalte de las estensas sabanas se distingue el *serpidium* de Virginia, el *ocymum americanum*, el *cleome* de cinco hojas y el *turnera pumicea*. A lo largo de los ribazos, la modesta sensitiva se oculta bajo el césped, entre los *sida*, los *dianthea*, los ruelia, sombreados por el elegante arbusto de América, ó por todas clases de acacias, sobre todo la de Farnesio, interesante por sus delicadas hojas, y por el aroma de sus florecillas de color amarillo, dispuestas en forma de bucles. En las vertientes de los solitarios desiertos, los cactos ofrecen á la vista sus troncos disformes, erizados de manojos de espinas, en tanto que las enormes trepadoras y pomposas vides (9) adornan los peñascos contiguos al Océano, asi como en los bosques las numerosas familias de enredaderas (10), cuyas ramas sarmentosas se enlazan con la copa de los árboles, forman vistosas cúpulas de flores y galerías de follage.

Entre los demas vegetales, los mas curiosos son los helechos arborescentes; aquí, como en toda la zòna tórrida, son plantas de mucha duracion y adquieren un desarrollo estraor-

(1) Anacardium occidentale.
(2) Achras mammosa.
(3) Achras sapótilla.
(4) Laurus persea.
(5) Mammœa americana.
(6) Eugenia jambos.
(7) Psidium pyriferum.
(8) Volkameria aculeata.
(9) Cocoloba uvifera.
(10) Concolvulus dolichos. grenadilla, raiana, bignonia, etc.

dinario. El *polypodium arboreum* en particular, tiene un tronco de mas de veinte pies de altura, coronado de hojas largas, dentadas, que le asemejan á la palmera.

La batata y la patata, que son indígenas, constituyen el principal alimento de los negros. El Africa ha hecho á las Indias occidentales el regalo del casabe, y de los guisantes de Angola. Pero el cultivo de las plantas y los frutos que alimentan el lujo y las fábricas de Europa, absorben esclusivamente la atencion del colono de las Antillas; y á no ser por los inmensos cargamentos de trigo que llegan del Canadá y de los Estados-Unidos de América, la carestía afligiría con harta frecuencia estas magníficas regiones.

El gran tráfico de las Indias occidentales es el azúcar. Hará unos veinte años que la caña de Otaiti ha sido importada á las Antillas, y da un jugo mas abundante que la caña ordinaria, ó criolla. Un plantío de cañas, en el mes de noviembre, época de su florescencia, ofrece una de las perspectivas mas embelesadoras que la pluma puede describir ó el pincel bosquejar. La altura de los tallos, que varía desde tres á ocho pies y aun mas, caracteriza la diferencia de suelo y de cultivo. Al tiempo de la madurez el campo despliega una estensa y dorada alfombra, que los rayos del sol matizan con anchas franjas de un hermoso púrpura. Los cogollos de los tallos son de un verde negruzco; pero á medida que se secan, bien por la madurez, ó por un efecto de los grandes calores, el color se muda en amarillo rojo; hojas anchas y estrechas cuelgan de las puntas de los tallos, pareciendo que se apartan para dejar que brote una varilla plateada, cuya longitud es de dos á seis pies, y en su remate se mece suavemente un penacho blanco, cuyos plumeros terminan con una franja delicada del mas tierno color de lila. Un plantío de cañas ardiendo, presenta, al contrario, los horrores mas vistosos que pudieran ofrecerse á la imaginacion del pintor ó del poeta. No hay incendio que cause mas espanto; no hay llamas mas rápidas; imposible es formarse una idea de la velocidad y la furia con que el fuego devora y se propaga. Desde el momento en que se nota el incendio de un plantío, el caracol de alarma, haciendo resonar sus repetidos y roncos toques, difunde con sus ecos á lo lejos el sobresalto por toda la comarca. El sonido confuso de los caracoles que responden á la llamada de otro, la agitacion de los negros en medio de las llamas, sus pantomimas espresivas, sus afanes, la tumultuosa y ruidosa impaciencia de los blancos, las manadas de caballos y de mulas que corren azorados en el fondo del cuadro; el movimiento, el desórden y la confusion que reina por todas partes, los torbellinos de humo, la marcha rápida de las llamas, el chisporroteo y el crujido de las cañas que se consumen ardiendo como teas, todo forma un conjunto de escenas á un tiempo horrorosas y sublimes.

El arbusto que suministra el algodon encuentra siempre en estas islas el terreno cálido y pedregoso que apetece. En unas partes el árbol del café recompensa los cuidados del cultivador á los tres años, en otras á los cinco ó seis; algunas veces escasamente da una libra de café, en otras produce hasta tres ó cuatro.

Empecemos nuestra topografía por la mayor y mas occidental de estas islas. Teniendo la de *Cuba* unas 185 leguas legales de longitud, y una latitud que varía de 7 á 28, se acerca en estension á la Gran-Bretaña. Su poblacion en 1821 era de 630,980 almas, de las cuales 290,021 eran blancos, 115,691 libres de color y 225,268 esclavos. En 1823, se componia aquella de cerca de 700,000 individuos, á saber: 317,000 blancos, 127,000 libres de color y 256,000 esclavos.

Una cadena de montañas atraviesa la isla de Este á Oeste; pero las tierras contiguas al mar son por lo general bajas é inundadas en las estaciones lluviosas. Esta magnífica isla goza la opinion de tener el mejor sol de todas las Antillas; su clima es ardoroso y seco, pero mas templado que el de Santo Domingo, merced á las lluvias y á los vientos Norte y Este que le refrescan. Esceptúanse algunos valles situados al Mediodia, tostados por la reverberacion de las rocas. Los antiguos historiadores ensalzaban el oro fino de esta isla, y una tradicion asegura que los cañones del fuerte El Morro, han sido construidos de cobre indígena. Una mina, esplotada en nuestros dias en los alrededores de Santiago de Cuba, ha suministrado plata grís, iman, malaquitas sedosas, y cristales de roca de color de topacio. Pero la riqueza de la isla se funda hoy dia en sus escelentes y numerosos ingenios, que esportan de dos á cinco millones de arrobas de azúcar la mas fina. Abunda tambien en casabe, maiz, anís, algodon, cacao, café y tabaco preferible al de toda la América. Allí se encuentran todos los árboles y vegetales de las Antillas, especialmente la hermosa palmera real. La isla proporciona á los astilleros de España magníficas maderas de construccion. Hace medio siglo que unos emigrados de la Florida llevaron allí las abejas, y en el dia se esporta una cantidad considerable de la mejor cera blanca. Entre los frutos, el de mas nombradía es la anana. No se halla en toda la isla ninguna fiera ni animal venenoso. Sus primeros habitantes eran pacíficos, tímidos, y no conocian la abominable costumbre de comer carne humana; odiaban el robo y la lujuria; hoy dia sus colonos son los mas industriosos y activos de las islas españolas. El agasajo y la hospitalidad de los habitantes del campo, obli-

ga al viagero á sentarse con ellos á la mesa, y siempre tiene en la casa una estancia reservada.

La Habana, gran ciudad, muy fuerte y poblada, en la costa septentrional de la isla de Cuba, es la capital de esta y constituye *uno de los mas hermosos puertos del mundo.* «Vista desde la entrada del puerto, dice M. Galibert, la Habana presenta una de las perspectivas mas risueñas y vistosas de que puede gozarse en el litoral de la América equinoccial. Sus alrededores, sin tener la magestad salvage de las costas del Brasil, reunen á la elegancia de la naturaleza cultivada de nuestros climas, el vigor orgánico que caracteriza las producciones de la zona tórrida. Los fuertes que coronan las rocas al Este del puerto, su fondeadero rodeado de lugares y en el cual se despliegan los colores de los pabellones de diversas naciones; los capiteles piramidales de un gran número de campanarios, confundiéndose ya con la copa penachuda de la palmera real, ya con la arboladura de los buques; el variado verdor de los jardines interiores y los techos rojizos de las casas, todo este conjunto, iluminado por un hermoso sol, forma el espectáculo mas halagüeño que uno pudiera imaginarse. El interior de la isla, sin embargo, no corresponde al primer golpe de vista. Esceptuando la *Aduana*, la *Casa de Correos*, el *Palacio del capitan general*, la *Fábrica de cigarros*, y algunos edificios de la nobleza, las demás casas son bajas, y aunque construidas con solidez, están obstruidas por fardos, cajones y toneles. En sus calles, estrechas y mal empedradas, se respira siempre el mal olor del tasajo; por ellas no transitan mas que mozos de cordel y esclavos cargados, carretas, *volantes*, ó sean carruages de los agentes de negocios y calesas, ó *quitrines*, que en su marcha rápida salpican de fango al pasagero, y levantan nuves de polvo. En el puerto, en los malecones y en la ciudad, todo es vida y movimiento, pero sin aquel lujo esmerado, sin aquel gusto esquisito que se encuentra en la mayor parte de las ciudades mercantiles de Europa. En cambio por las noches sus deliciosas alamedas se ven pobladas de paseantes de ambos sexos, cuyo trage y finura puede competir con la de nuestros mas apuestos elegantes.»

La *Plaza de Armas*, que es la principal de la Habana, circuida por el palacio del capitan general, y la casa de la Intendencia, está decorada de estátuas, jarrones, flores, plantas indígenas y exóticas, dividida por lindas alamedas enarenadas, rodeadas de asientos de piedra con respaldos de hierro, y muy iluminada de noche. Enfrente del palacio hay una capilla fundada en conmemoracion de la primera misa que al descubrirse la isla se celebró en aquel mismo sitio, á la sombra de una corpulenta ceiva, que hace pocos años aun existia. Las fortificaciones, que hacen de la Habana una de las plazas mas respetables del mundo, merecen particular mencion por su importancia, su solidez y las grandes sumas invertidas en su construccion. *El Morro*, que juntamente con el *Fuerte de la Punta* defiende la entrada del puerto, necesita una guarnicion de ochocientos hombres; la *Cabaña*, que requiere dos mil, es una magnífica ciudadela con estensas casamatas; el *Fuerte* situado al Este de la Cabaña, los castillos de *Atarés* y del *Príncipe*, y la batería de *Santa Clara*, son las demás fortificaciones de alguna importancia. Tambien merece citarse el arsenal, uno de los primeros establecimientos de esta clase que posee la América. En él se construyen magníficos buques que, segun la opinion de Mr. de Humboldt, son mas caros que los que salen de los astilleros de Europa, bien que tienen sobre estos la ventaja de una larga duracion, por la calidad especial de la madera de los trópicos. Desde 1778 hasta 1827, ha suministrado este arsenal á la Marina militar de España, veintidos fragatas, siete paquebotes, nueve bergantines, catorce goletas y cuarenta y nueve buques menores.

La Habana posee muchos institutos científicos y literarios, que perfeccionando las facultades intelectuales del hombre, contribuyen á encaminarle rápidamente á un estado mas perfecto de civilizacion, y que distinguen ventajosamente á esta ciudad de otras muchas grandes capitales de la América antes española. Es, sin contradiccion, una de las ciudades mas ricas y pobladas del Nuevo-Mundo; su ventajosa situacion, la seguridad y estension de su puerto, la variedad y abundancia de los productos que de ella se esportan, el aumento sucesivo de su poblacion, la prudencia y la sagacidad de sus comerciantes, la dan una ventaja inmensa sobre las demas plazas sus rivales. Su poblacion, tanto en la verdadera ciudad como en sus arrabales, ascendia en 1827 á 112,203 almas; en cuyo número se contaban 22,830 esclavos. En la misma época se apreciaba el producto anual de sus importaciones en 240 millones de reales, y el de sus esportaciones en 200. El tráfico de su puerto igualaba ó mas bien sobrepujaba al de Bristol, Nantes, Burdeos, Amberes, Riga, Odesa, Oporto, Boston, Filadelfia y Baltimore, ciudades marítimas justamente famosas por el gran número de buques que á ella concurren, y en las cuales el valor de la importacion y esportacion es menor que en la Habana. Describamos ahora ligeramente las poblaciones mas notables de la isla de Cuba, segun su actual division administrativa.

En la parte occidental. *Regla y Guanabacoa*: situadas en la parte meridional y

oriental del hermoso fondeadero que forma el puerto de la Habana; las colinas que se alzan entre estos dos pueblos, estan rodeadas de hermosas quintas adonde se retiran las personas pudientes de la ciudad, mientras el vómito negro ejerce en ella sus estragos con terrible frecuencia, y en estos sitios se han fundado muchas casas de baños de abundantes aguas minerales. *Madruga*, poblacion notable por sus baños minerales, muy concurridos y famosos en la isla. *Puerto-Mariel* y *Bahía-Honda*, mucho mas pequeñas, pero de gran importancia por sus magníficos puertos. *Matanzas*, situado en un pais pintoresco, aunque pantanoso, al Este de la Habana. Desde la apertura de su puerto en 1793, y desde que se allanaron los inconvenientes que se oponian al desarrollo del comercio, Matanzas ha llegado á ser la segunda ciudad mercantil de la isla; tambien debemos nombrar la *Isla de Pinos*, á causa de su grande estension, y por haberse fundado allí la colonia de la Reina Amalia.

La isla de la *Jamáica* es por su estension la tercera del Archipiélago. La industria inglesa la ha elevado á la categoría de las mas florecientes, y sin embargo jamás igualó á la fértil Santo Domingo. El aire de la parte baja es en general súmamente cálido y poco favorable á la constitucion física de los europeos. El azúcar es la principal riqueza de esta isla, aunque tambien se cultiva y coje mucho café. Su caoba es de escelente calidad. *Kingston* es la capital, poblada de 30,000 habitantes. A corta distancia de *Kingston* se encuentra *Santiago de la Vega*, hoy dia *Spanishtown*, la antigua capital en tiempo de los españoles, y residencia todavia del gobierno y de los tribunales: cuenta 6,000 almas.

Haiti, que Cristobal Colon tituló *Española* en 1492, debe llamar la atencion por ser la primera que rompió sus cadenas y obligó al orgullo europeo á reconocer que los negros y mulatos, tanto como los blancos que los desprecian, son dignos de gozar de todos los beneficios de la civilizacion. *La Española* fué una conquista importante para la España, por la abundancia del oro que se encontraba en sus terrenos de aluviones. Pacíficos poseedores los españoles de una isla desierta, la repoblaron de esclavos arrancados del suelo africano, á principios del siglo XVI. Estaba reservado á estos vengar un dia á los que les habian precedido en aquella tierra convertida en mansion de miseria y de lágrimas, desde la llegada de los europeos. La venganza fué terrible, y los franceses, que durante el siglo XVII habian fundado una colonia en Santo Domingo, fueron las víctimas tanto ó mas que los españoles, á consecuencia de las escenas revolucionarias que comenzaron en 1791. *Santo Domingo*, capital de la antigua colonia española, hoy dia del departamento del Sudoeste, ha esperimentado una despoblacion considerable; contenia 25,000 almas, y en el dia no pasa de 12,000. Está considerada como la mas antigua ciudad europea de América. Bartolomé Colon la fundó en 1496 en la orilla izquierda del Ozoma, y la denominó *Nueva Isabela*. Era magnífica, rica y populosa en tiempo de Cárlos V; y aunque haya perdido asombrosamente de su esplendor, siempre será célebre por haber sido el sitio donde los conquistadores de Méjico, el Perú y Chile, formaron sus vastos proyectos y encontraron los medios de ejecutarlos.

Santiago de los Caballeros ó *Santiago y la Vega*, son las dos principales ciudades del interior, donde el viagero puede caminar dias enteros por medio de magníficas praderas sin encontrar otras señales de poblacion que las cabañas de los pastores. Cerca de la *Vega* se encuentran, en medio de las selvas, las ruinas de la *Concepcion de la Vega*, que ha sido la ciudad mas floreciente de la isla, hasta que en 1564 fué arruinada por un terremoto y abandonada por sus habitantes.

La capital de la isla de Haiti es *Puerto-Republicano*, en otro tiempo *Puerto-Príncipe*. Está situada en un terreno bajo y pantanoso, hácia la estremidad Sudoeste de una bahía, en la parte occidental de la isla. El palacio del presidente, en la Plaza de Armas, es el único edificio admirable de esta ciudad. Sus calles, sin empedrar, son anchas y muy rectas. Es de grande importancia por la actividad de su comercio, calculándose en mas de ocho millones de reales los derechos que se cobran en su puerto. La poblacion ha multiplicado desde la emancipacion de Haiti, ascendiendo hoy dia hasta 31,000 almas.

Situada al Este de la precedente la isla de *Puerto-Rico*, presenta la continuacion de la gran cadena de las Antillas. Fué reconocida, como hemos dicho, en 1493, por Cristobal Colon. Es acaso la mas bella de las colonias españolas, y como el Archipiélago de que constituye parte, brilla por el lujo de su vegetacion, la variedad de sus campiñas, la hermosura de sus flores y la abundancia y diversidad de sus producciones. Está dividida de Este á Oeste, como la Jamáica, por una cordillera de altos montes cubiertos de selvas. Los del interior hermoseados de vistosísimas cascadas, encierran valles muy saludables, pero en los llanos bajos de la parte septentrional, el aire es nocivo en algunas localidades, y durante la estacion lluviosa, porque el norte de la isla es húmedo y está sujeto á aquellas lluvias periódicas que caracterizan el clima de las Antillas, y á veces á terribles huracanes. El suelo de esta parte está ondulado y se vé cubierto de hermosas dehesas; en él prospera todo género de cultivo, y los numerosos rios que le riegan jamás ven su álveo seco. Al

contrario, en el Mediodia las lluvias son muy raras, bien que se encuentra el agua á unas sesenta varas de la superficie del suelo, y asi es que la caña de azúcar se cria allí en abundancia, apesar de la sequedad del aire. El oro, cuya abundancia indujo en un principio á los españoles á establecerse allí, ha llegado á ser muy raro en Puerto-Rico; pero en el dia posee riquezas mas positivas, porque la isla produce buena madera de construccion, gengibre, azúcar, café, algodon, tabaco, arroz, maiz, limones, naranjas, etc. Esta frescura, esta humedad, fuentes de la fertilidad de Puerto-Rico, son debidas á las selvas que ocupan todavia la mayor parte de su superficie, y que atraen la lluvia, impidiendo la evaporacion. En resúmen, esta isla es la mas sana de todas las Antillas, y así es que la mortandad no es mayor que en nuestras regiones europeas. *San Juan de Puerto-Rico*, capital de la isla, está situada en una islilla de la costa septentrional, unida á la gran tierra por una calzada, y formando un escelente puerto. Se ha exagerado su poblacion suponiendo que llega á 30,000 almas, siendo asi que, segun el coronel Córdova, no pasa de 14,000 sin la guarnicion (1). La poblacion de toda la isla, que comprende varios pueblos, se supone ser de cerca de 400,000 individuos, y las rentas de unos dos millones de reales. A cinco leguas del Cabo Piñeiro, en la punta oriental de la isla, se descubren las alturas verdeantes y muy fragosas de la isla de *Boriquen*, deshabitada; así como las islas *Culebra, Crabe*, y las del *Paso-Mayor y Menor*, que son parte del *Grupo de las Vírgenes*.

Hagamos preceder á la descripcion de las Antillas menores la de las islas *Bahamas* ó *Lucayas*. Estiéndense estas en el Sudeste de la Florida, de que están separadas por una corriente de mar ancha y rápida, que se llama *Golfo de la Florida, ó nuevo canal de Bahama*. El canal viejo las separa de la isla de Cuba. Hay quinientas de ellas, algunas de las cuales no son mas que peñascos, y particularmente doce son grandes y fértiles, cuyo suelo en nada se diferencia del de la Carolina. La poblacion no escede de 12,000 almas. Se esporta de estas islas algun añil y algodon, y muchas frutas, en particular limones, naranjas, ananas y bananas, como tambien conchas de tortuga, ámbar gris, madera de caoba y palo campeche y brasil. Pertenecen estas islas á los ingleses y forman un gobierno particular, organizado segun las formas representativas. *Nasau* en la isla *Nueva-Providencia*, donde reside el gobernador, es una ciudad de cerca de 7,000 almas. El gobierno de las Bahamas ó Lucayas, se compone de cerca de seiscientos cincuenta islotes. Las islas principales despues de Providencia son: *Gran Bahama*, casi desierta apesar de su gran estension; y la *Gran San Salvador*, que desde la destruccion de los indígenas no ha tenido habitantes permanentes hasta despues de 1783. Los ingleses, que la miran como idéntica con la isla *Guanahani* de Colon, han dado el nombre de *Columbia* á una casa de campo cerca de Port-howe, donde suponen que desembarcó aquel navegante.

Las islas *Turcas* y *Caicos*, en la desembocadura de Santo Domingo, son tambien posesiones inglesas y dependen del gobierno de las Lucayas. Forman dos grupos, poblados cada uno de 1,200 á 1,500 habitantes. «El grupo de las Turcas, dice Balbi (2), es atendible por la opinion de algunos sábios, que consideran una de estas islas como idéntica á la isla *Guanahani* de Colon. En tal concepto este archipiélago representa un papel muy importante en los anales de los descubrimientos geográficos, porque es *la primera tierra descubierta por aquel gran marino* en su navegacion memorable. Los sábios, sin embargo, no están acordes acerca de la designacion de la isla, que el navegante italiano llamó *San Salvador* y los naturales llamaban *Guanahani*. El ilustrado comentador de los viages de Colon, el señor Navarrete, dice que es la mas septentrional de las *Islas Turcas*, llamada la *Gran Salina* ó el *gran Turco*, y sostiene su opinion con admirable talento y razones muy plausibles. Humboldt es tambien de su opinion; pero Herrera, Caterby, Juan Ferrer, el contra-almirante Rossel, y un geógrafo justamente célebre por su vasta erudicion, Mr. Eiriés, sostiene por el contrario, que la *Gran San Salvador*, debe considerarse como idéntica á la *Guanahani* de Colon. Así, pues, este importante problema de la geografía histórica dista mucho de estar completamente resuelto, como parece estarlo en los tratados de geografía y en los diccionarios geográficos.»

Anegada, Virgin, Gorda y *Tórtola*, son las principales islas que los ingleses poseen en el archipielaguito *de las Vírgenes*, al Este de Puerto-Rico. El suelo es poco fértil, pero de alguna importancia por el tráfico de contrabando. En 1788 no pasaba su poblacion de 1,200 habitantes blancos, con 9,000 negros. En el dia ha aumentado la de los primeros y disminuido la de los segundos.

Siendo los dinamarqueses los últimos que entraron en la carrera del comercio, despues

(1) Memoria sobre todos los ramos de la administracion de la isla de Puerto Rico, por el coronel de infantería don Pedro Tomás de Córdova. Madrid, 1838.

(2) Abrégé de Géographie, redigé sur un nouveau plan.

de los españoles, los franceses, ingleses y holandeses, encontraron el Nuevo-Mundo repartido ya entre las demás potencias, y solo á fuerza de vencer dificultades llegaron á ser partícipes de aquel rico botin, aunque en muy corta porcion; pero nada han descuidado para dar á sus débiles posesiones todo el valor de que podian ser susceptibles. La isla de *Santo Tomás*, y aun tambien la de *Santa Cruz*, son verdaderamente puntos de comercio. La superficie de ellas y los islotes de su dependencia, no escede de treinta leguas cuadradas, ni su poblacion de 40,000 almas, y sin embargo rinde á Dinamarca una renta de mas de millon y medio de reales al año, segun la estadística de Mr. Thaarup.—*Cristianstadt*, ciudad de 5,000 almas, cerca de la punta oriental de la isla de Santa Cruz, es la capital de aquellas posesiones dinamarquesas.

La *Barbuda* y la *Antigoa*, con las demás posesiones inglesas de que haremos tambien mencion, forman la cadena oriental de las Antillas. Antigoa, tiene una forma circular y unas cinco leguas de estension en todas direcciones. Contiene mas de 32,000 almas, la mayor parte esclavos. La Barbuda abunda en ganado mayor y en variedad de frutos. Produce tambien algodon, pimienta, tabaco y cañas de azúcar, lo mismo que la isla de San Cristóbal.

La *Guadalupe* se compone de dos islas separadas por un brazo de mar estrecho; la una, la mas oriental, llamada *Tierra-grande*, tiene de largo unas diez leguas y seis de ancho. La otra, denominada *Tierra-baja*, tiene once leguas de largo y cinco de ancho. Al Este se halla la islita *Deseada*, y al Sudeste la *Marigalante*, que despues de la Martinica y la Guadalupe es la mas importante de las Antillas francesas, aunque solo tiene de largo unas tres leguas y unas dos de ancho.

La *Domínica*, situada entre la Guadalupe y la Martinica, tiene un suelo flojo, mas á propósito para el cultivo del café que del azúcar.

Antes de las guerras de 1750 y 1756 la *Martinica* era la principal isla francesa, por cuanto allí se acumulaban todas las mercaderías de Europa y de las Indias; pero la pérdida de la Luisiana y el Canadá, y la prosperidad creciente de Santo Domingo, han hecho decaer á la Martinica, cuya poblacion parece ser hoy dia de 110,000 almas.

La *Barbuda*, que tendrá unas cinco leguas de largo y dos y media de ancho, es la mas oriental de las Antillas. Cuando los ingleses desembarcaron en ella por primera vez en 1625 la juzgaron como la mas salvage, la mas triste y miserable que hasta entonces habian visto, y los árboles eran tan corpulentos y la madera tan dura, que con suma dificultad se desmontó el suelo necesario para el cultivo de los colonos. Por una perseverancia invencible han convertido estos aquella isla en una posesion floreciente, siendo el algodon, el añil y el tabaco su principal riqueza, y aunque su estension no pasa de doce leguas cuadradas de superficie, la poblacion escede de 90,000 habitantes, la mayor parte esclavos. La capital es *Bridgetown*, el puerto de las Antillas mas cerca del antiguo continente. La isla de *Tabago*, de unas ocho leguas de largo y tres de ancho, tiene la ventaja de no estar en la línea del curso ordinario de los huracanes. La de la *Trinidad*, está situada entre la de Tabago y el continente de la América española, de que está separada por el golfo de Paria. Tiene unas veinticuatro leguas de longitud de Sudoeste á Nordeste, y unas quince de latitud en direccion opuesta. Entre los muchos frutos de que abunda se cuenta el azúcar, el café, el tabaco, el añil y el algodon. Su poblacion asciende á mas de 40,000 almas. Entre muchas curiosidades naturales, contiene un lago, ó mas bien un pantano lleno de betun-asfalto.

Curazao, una de las islas importantes de los holandeses en el Archipiélago colombiano, tiene catorce leguas de longitud sobre cuatro de ancho; es árida, y dependiente de las lluvias por tener poco agua, de modo que parece estar condenada á una esterilidad completa, vendiéndose á peso de oro la escasa agua que se saca de un solo pozo. La industria holandesa hace prosperar allí en un suelo movedizo y peñascoso, tabaco y azúcar en gran cantidad. Las salinas dan un producto considerable; pero el estado floreciente de la isla se debe al comercio de contrabando, pues el valor de sus productos no escede de dos millones de reales. La capital, del nombre de la isla, que es una de las posesiones holandesas, llama la atencion por la belleza y seguridad de su puerto. Su poblacion asciende á cerca de 8,000 almas.

El archipiélago que acabamos de recorrer, sin hacer mencion de varias islas de menos importancia, es uno de los principales teatros de la industria y del comercio de los europeos. Las riquezas que han sacado de él la Holanda, la Francia, la Inglaterra y aun la España, han contribuido á la prosperidad de las metrópolis mas que todo el oro, toda la plata y todos los diamantes del continente americano: pero todas estas riquezas, hasta en estos últimos tiempos, han costado caras á la humanidad y la moral pública, pues han sido adquiridas con la sangre y las lágrimas de millones de séres humanos, reducidos á un estado contrario á los principios del derecho natural y á los de la religion cristiana.

Terminaremos el cuadro del Archipiélago colombiano, con un bosquejo de los grandes espectáculos que en él ostenta la naturaleza.

«Contemplemos una mañana de las Antillas en la estacion de los grandes rocíos, y para gozar de ella mas completamente escojamos el momento en que el sol, apareciendo en todo su esplendor en un cielo puro y sereno, dora con sus primeros rayos la cumbre de los montes, las anchas hojas de los bananeros y las frondosas copas de los naranjos. Bajo la sútil gasa de luz tendida con delicadeza, semejante á un aéreo velo, todos los diversos follages parecen tegidos de la seda mas fina y transparente; las gotas imperceptibles del rocío retenidas en ellos, son como otras tantas perlas que el sol se complace en iluminar de mil cambiantes visos, y en el centro de cada grupo de hojas relumbra el insecto que nada en aquellas gotas de agua. No es menos embelesadora la maravillosa perspectiva que presentan las praderas; toda la superficie de la tierra parece una llanura de cristal y de diamantes. Con frecuencia, cuando los rayos del sol han desvanecido las nieblas que cubrian el vasto espejo del Océano, una ilusion óptica hace que parezcan dobles las olas y las orillas. Unas veces creeria ver el observador un estenso lecho de arena en el sitio donde se estendia el mar; otras las canoas lejanas parece que se pierden en un vapor inflamado, ó sostenidas encima del Océano flotan en un mar aéreo al mismo tiempo que uno ve reflejarse fielmente su imágen. Estos efectos de espejismo y transparencia son frecuentes en los climas ecuatoriales. La suave temperatura de la mañana permite al amante de la naturaleza admirar las hermosas perspectivas de este Archipiélago. Algunas montañas peladas y amontonadas unas sobre otras, dominan por su elevacion toda esta escena inferior, y á sus pies se estienden otras mas bajas, cubiertas de espesas selvas. Las colinas forman el tercer escalon de este magestuoso anfiteatro, y desde sus cimas, hasta las orillas del mar, se ven cubiertas de árboles y arbustos de la mas noble y hermosa estructura. A cada paso se encuentran molinos, ingenios, plantíos y habitaciones, abriéndose paso entre las ramas, ó bien se les ve sepultados en los sombras de la selva. Las llanuras presentan igualmente perspectivas nuevas y variadas. Para formarse el hombre una idea completa, reuna en su imaginacion todos aquellos árboles y arbustos cuya magnífica vegetacion constituye el adorno de nuestros jardines botánicos; agréguese las palmeras, los cocoteros, los plataneros, el tamarindero, el naranjo y algunos otros árboles, viendo mecerse en medio los airosos manojos del bambú; figúrese entre todos sus tallos y troncos las variedades caprichosas del espino de Jerusalen, los frondosos matorrales de adelfas y rosas de Africa, el vivo escarlata de los *cordia* ó sebestos, especie de endrinos, los cenadores de jazmines y parras de Granada, los delicados ramilletes de lilas, las hojas sedosas y argentinas de la postlandia; júntese á todo esto la magnificencia variada de los cañaverales, ostentando la púrpura de sus flores ó el verde esmalte de sus hojas; las casas de los colonos, las chozas de los negros, los almacenes, los talleres, y á lo lejos, la bahía cubierta de un bosque de arboladuras. El Océano mismo presenta allí frecuentemente por las mañanas un aspecto singular por donde quiera que uno mire. Ninguna brisa arruga su inmensa superficie, siendo de una transparencia tan asombrosa, que el hombre se olvida casi de que le están interceptados los rayos visuales, pues distingue las rocas y la arena á una profundidad inmensa, y creyendo poder asir con la mano los corales y los musgos que tapizan las unas, contaría sin trabajo los moluscos y testáceos que descansan en la otra.

»¿Pero qué repentina turbacion agita esa multitud de aves y de cuadrúpedos, que como desesperados buscan un asilo? Esos siniestros presentimientos nos anuncian la proximidad del huracan. La atmósfera adquiere una densidad intolerable, el termómetro sube estraordinariamente, la oscuridad aumenta mas y mas, el viento amaina enteramente y la naturaleza entera parece sumergida en el silencio. Interrúmpese este por los redobles sordos de los lejanos y retumbantes truenos; abre la escena una multitud de relámpagos que se multiplican sucesivamente; los vientos desencadenados alzan su poderosa voz; respóndeles el mar con el mugido de sus olas, y los bosques, las selvas, los cañaverales, los plataneros y las palmeras, añaden tambien sus murmullos y silbidos plañitivos. La lluvia cae á torrentes; los torrentes se precipitan con estruendo desde los montes y las colinas; los rios se hinchan gradualmente, y las aguas acumuladas rebosan, salen de su álveo é inundan las llanuras. En breve no es aquello ya un combate de vientos enfurecidos, no ya la mar mugiente que conmueve la tierra: no; es el desórden de todos los elementos que se confunden y destruyen mútuamente La llama se junta con las aguas, y el equilibrio de la atmósfera, aquel lazo general de la naturaleza, ya no existe. Todo retrocede al antiguo caos. ¡Oh! ¡qué escenas alumbrará el sol de la mañana! Los árboles desarraigados y las casas echadas por tierra, cubren á lo lejos toda la comarca. El propietario se estravía anhelante por encontrar lo que resta de sus campos. Por donde quiera que se tienda la vista yacen los cadáveres de los animales domésticos, confundidos con los de las aves selváticas. Hasta los

peces han sido arrancados de sus húmedos retiros, y el hombre retrocede con espanto cuando los encuentra lejos de sus moradas, magullados y estrujados contra los escombros (1).»

Azores (Archipiélago de las), al Oeste de Africa, compuesto de nueve islas bajo el dominio portugués, y cuyas ciudades principales son: *Angra*, en la isla de *Terceira* ó Tercera, ciudad muy mercantil, capital de todo el Archipiélago y silla episcopal, con cerca de 13,000 habitantes, una academia militar y otros establecimientos literarios. En sus cercanías descuella el Monte Brasil, que á poca costa podría ser una de las plazas mas fuertes del mundo.— *Ponta Delgada*, en la isla de San Miguel; ciudad la mas mercantil, industriosa y rica de todo el Archipiélago; muy bien construida, con algunos edificios lindísimos; su puerto es malo, y su poblacion parece ascender á 16,000 habitantes. *Ribeira Grande*, en la misma isla, muy floreciente, con 12,000 habitantes. *Horta*, en la isla de *Fayal*; su puerto es el mejor de todo el Archipiélago, y el mas concurrido despues del de Ponta Delgada y de Angra; cuenta ya cerca de 10,000 habitantes. *Lages*, en la isla de Pico, muy pequeña, pero notable por su volcan. Las islas de *San Jorge*, *Graciosa*, *Santa María*, *Hores* y *Corvo*, no ofrecen ninguna poblacion notable.

Boriquen (isla de), una de las Antillas, pág. 679.

Borneo. Al Norte de Java y al Sudeste de las islas Filipinas, se estiende la mas considerable de todas las islas conocidas, despues de la Nueva Holanda, la cual se denomina Borneo. Puede tener 250 leguas de largo, sobre una anchura de 32 á 172, siendo de unas 140 bajo el ecuador. Esta gran anchura ha impedido á los europeos penetrar en las partes centrales; la insalubridad del aire les ha alejado de las costas, y asi la geografía de Borneo permanece muy incompleta todavia. Aunque situada bajo la línea equinoccial, no esperimenta calores escesivos. Los aires de mar, los de las montañas, y desde noviembre hasta mayo lluvias contínuas, refrescan allí la atmósfera; el termómetro apenas baja de 28 grados centígrados, y rara vez sube á mas de 35.

El suelo de Borneo produce mucho arroz, *betel* ó *betele*, y todas clases de árboles frutales y frutos de las Indias. Las selvas contienen árboles de altura prodigiosa; algunos suministran escelentes maderas de construccion, otros dan las gomas llamadas *sangre-dragon* y *sandaraca*. La produccion mas conocida y mas preciosa de todas es el alcanfor.

Se encuentran en esta gran isla las mayores especies de monos, entre ellos el orang-utang, que se asemeja todavía mas al hombre por su aspecto, sus maneras y ademanes: tigres, elefantes, dos especies de rinocerontes, el bicornio y el unicornio. Los cocodrilos y las serpientes son muy numerosos. Las especies de aves son innumerables, y la mayor parte muy diferentes de los de Europa; entre ellas diversas especies de papagayos. Los enjambres de abejas son tan numerosos, que la cera es un artículo muy considerable de esportacion. Los gusanos de seda son indígenas del pais.

La isla está dividida en varios reinos, y la poblacion total parece ser de tres á cuatro millones de individuos (2). Muchas naciones europeas han intentado, y en varios tiempos, establecerse en las costas de Borneo, y los invasores han sido constantemente espulsados ó degollados por los indígenas.

Brasil. «El imperio portugués en América, dice Malte-Brun, debe en cierto modo su existencia á un error de geografía. Cuando los portugueses hicieron su primer desembarco en el Brasil, la corte de España, que miraba con razon á Vicente Pinzon y Américo Vespucio como verdaderos autores del descubrimiento de aquel pais, reclamó enérgicamente contra la invasion de un continente en que creia tener el derecho de primer descubrimiento. Trató el Papa de conciliar ambas partes trazando la famosa *línea de demarcacion* á 100 *leguas* del Oeste de las islas del Cabo-Verde, línea que no puede alcanzar á la *verdadera* posicion del Brasil, cualquiera que sea la escala que se adopte para calcular las leguas, bien se suponga ver leguas castellanas de 26 al grado, bien leguas marinas de 20, ó portuguesas, en fin, de 17. Pero el cosmógrafo don Pedro Nuñez y el hidrógrafo Tejeira, llevaron en sus cartas el Brasil muy al Este, el uno en 22 grados, y el otro en 12 á 13. Mediante este error enorme, y quizás algo voluntario, los portugueses hacian entrar en su hemisferio una parte cualquiera del Brasil. Sin embargo, descontentos de la decision pontificia, se aprovecharon de un momento favorable para arrancar á la España concesiones mas estensas. El tratado de Tordesillas, firmado en 7 de junio de 1594, trazó la línea de demarcacion definitiva á 370 leguas al Oeste de la isla mas occidental de Cabo-Verde, pero igualmente sin fijar el valor de la legua, porque los diplomáticos han sido en todo tiempo muy hábiles para embrollarlo todo en materia de geografía. Si se trata de leguas castellanas, la línea no alcanza

(1) Malte-Brun. Géographie universelle, tomo VI, pág. 571.
(2) Véase con respecto á Borneo la pág. 620 y 621 de este tomo.

al verdadero meridiano de Bahía; si se entiende por leguas marinas, llega hasta el de Rio Janeiro; y por último, en la suposicion mas favorable de que se adopten las leguas portuguesas, la línea corresponde con corta diferencia al meridiano de San Pablo, pero no alcanza, ni acercándose un grado siquiera, al de Para, ó la embocadura de la Amazona (1).

»Así los españoles acusaban con razon á los portugueses de haber invadido, en perfecta paz, el inmenso territorio de la Amazona y una gran parte del Paraguay, con desprecio de los tratados mas solemnes. Finalmente, estas adquisiciones ilegítimas fueron confirmadas al Portugal por el tratado de 1778, mediante el cual exigió España la fijacion de un límite positivo, proponiéndose que en adelante no se violase impúnemente. En vez de respetar aquel límite, los portugueses se establecieron en el territorio neutro del lado de Merin, invadieron siete lugares de los Guaranis, cuya poblacion pasa de 12,000 habitantes, entre los rios Uruguay é Iguacu, y atravesando por el territorio de los payaguas han construido los fuertes de Nueva-Coimbra y de Alburquerque, en el territorio de los Chiquitos. Posteriormente las turbulencias de la América española les han suministrado ocasion favorable para estenderse.»

La longitud occidental del Brasil es entre 37° y 75°; y la latitud entre 4° boreal y 33° austral. Entre el gran número de rios que riegan y fertilizan el vasto territorio de este imperio, veinte son los mayores, y cinco de estos los principales á saber: el de las *Amazonas* ó Marañon, que es el mayor del mundo, el *Tocantin*, el *San Francisco* y el *de la Plata*, el cual es tan ancho que parece mas bien un brazo de mar que un rio. Todos desaguan en el Océano Atlántico, y muchos aumentan estraordinariamente su caudal con rios tributarios, cuyo curso iguala al de los mayores rios de Europa, escepto el Volga.

La capital es Rio-Janeiro, en la provincia de su nombre, silla episcopal, grande y hermosa ciudad, fundada en una estensa bahía que forma uno de los mas hermosos puertos de la América. Los numerosos institutos literarios, el colegio militar y la actividad de la imprenta periódica, así como su industria, la hacen superior bajo todos conceptos á todas las ciudades del imperio. Por su comercio no tiene rival en toda la América del Sur; es hoy dia una de las primeras plazas de comercio del mundo.

La vasta estension del Brasil indica bastante que el clima y el órden de las estaciones no pueden ser por todas partes los mismos. La humedad contínua que reina en las orillas pantanosas del rio de las Amazonas, hace allí los calores menos intensos. Las tempestades son tan peligrosas en aquel rio como en alta mar. Subiendo por el Madeira, el Xingu, el Tocantin y el San Francisco, se encuentran llanuras elevadas ó montes, y el clima ofrece allí mas frescura. La costa marítima desde Para hasta Olinda, parece gozar de un clima análogo al de la Guayana, pero algo menos húmedo. El viento del Norte reina con algunas interrupciones durante la estacion seca, y entonces las colinas solo presentan un suelo abrasado, en que toda la vegetacion está moribunda, ó al menos desfalleciente. En aquella estacion las noches son muy frias. Todo el resto del año el calor estremado del clima se tempera por los vientos refrescantes del mar, y la naturaleza está en contínua actividad.

La enumeracion de las producciones del Brasil comienza necesariamente por el diamante. La corteza que envuelve estas piedras preciosas es una tierra ferruginosa, mezclada de guijarros aglutinados, y se les encuentra generalmente descubiertos en el álveo de los rios y á lo largo de sus márgenes. Hay además minas de diamantes en el rio de Tivigi, que riega el llano de Corritiva, en el territorio de Cuyaba. Los topacios del Brasil son de muchas variedades. Todo el territorio central desde las cercanías de San Pablo y de Villarica hasta las orillas del rio de Itenes, parece encerrar minas de oro; pero la principal esplotacion de este rico metal en filones, es la de *Gongo-Soco*, á diez jornadas de Rio Janeiro; la cual ha sido concedida á una compañía inglesa. Semejante al Africa central, este reino del oro y de los diamantes, carece de sal, y la carestía de esta sustancia necesaria, impide á los habitantes salar las carnes de las innumerables reses vacunas y de otros animales que matan para aprovechar las pieles, y que quedan abandonadas para pasto de las fieras, porque la sal necesaria para la salazon valdria tres veces mas que la carne.

La altura imponente de los árboles, la abundancia de su follage, la cantidad innumerable de flores de que estan cargados, los colores vivos y variados de éstas, las plantas trepadoras, y las formas singulares de las parásitas, dan á la vegetacion del Brasil un carácter particular. En esta region se encuentran aquellas selvas vírgenes y casi impenetrables que prosperan bajo la influencia de un calor intenso, de lluvias dia-

«(1) *Memorias sobre la línea divisoria*, etc. Ms. acompañado de un mapa, presentado al gobierno español por su »ministro el señor Lastarria.»

rias y de grandes inundaciones. Algunos de aquellos árboles llegan á la altura estraordinaria de 36 varas; pero, estan espuestos á mil peligros: sus raices, poco profundas, se estienden á lo lejos en la superficie de la tierra; cada ventarron que conmueve sus fuertes ramas los derriba, y para mayor desgracia, los que caen derriban de paso otros muchos. El palo de tinte del Brasil es bien conocido en todas partes de Europa, asi como su utilidad. Las frutas son tan variadas y esquisitas como en los mejores paises de la América meridional. El cultivo del azúcar, del café, del algodon, del tabaco y del añil, ha tomado un incremento considerable. Los plantíos de árboles de cacao forman bosques inmensos en la provincia de Para. La flora del Brasil septentrional se asemeja mucho á la de la Guayana. La mayor parte de los cuadrúpedos del Perú, de la Guayana y del Paraguay, se encuentran tambien en el Brasil. Las aves de este imperio son quizás las que mas se distinguen por la viveza de los colores de que la naturaleza ha revestido su plumage, entre ellas los colibrís ó pájaros moscas, cuya variedad y abundancia son infinitas. Los bosques estan poblados de mas de diez especies de abejas, las unas alojadas en el suelo, las otras en los árboles, la mayor parte enemigas de la vida social, y muchas de ellas elaboran miel aromática.

Cabo de Buena-Esperanza. Está situado en la estremidad del Africa austral.

Cabo de Buena-Esperanza (Ciudad del). Situada en el Cabo de su nombre, posesion inglesa; es residencia del gobernador general. Está situada al pie de las montañas de la Mesa y del Leon, en el fondo de la bahía de la Mesa, en el Atlántico, y á corta distancia de la bahía Falsa en el Océano austral. Es uno de los puertos mas importantes del globo, bajo los puntos de vista militar y comercial, pues el Cabo es la plaza mas fuerte del Africa y la arribada ordinaria de los navíos que van al Asia ó que vienen de ella. En 1834 su poblacion ascendia á cerca de 20,000 habitantes, de que una tercera parte se componia de esclavos libertos durante aquel año. En sus cercanías, notables por los bellos caminos y lindas casas de campo, donde se retiran los habitantes mas ricos durante los grandes calores, se encuentran: Constantia, gran pueblo, notable por la bondad de sus vinos; y Simonsstadt en la bahía Falsa, pequeña ciudad, importante por sus buenos astilleros.

Cabo-Verde (Archipiélago de). Se compone de diez islas principales en el Océano atlántico, en el Africa portuguesa, á saber: *Santiago*, que es la mayor; *Villa de Praya*, con 1,200 habitantes y un puerto, residencia del gobernador general del Archipiélago y de las posesiones portuguesas en la Senegambia; *Ribera Grande*, silla episcopal, aunque miserable sitio, que solo cuenta 200 habitantes. *San Antao*, isla la mas poblada de todo el Archipiélago, notable ademas por su elevado pico; *Villa-de-Nosa Senhora-do-Rosario*, con cerca de 6,000 habitantes, capital de la isla. *Togo*, admirable por su volcan, es la tercera isla en cuanto á poblacion. *San Nicolao*, muy despoblado; *Ribera Brava*, con un puerto y 3,600 habitantes, capital de la isla. Las demas islas principales, son: *San Vicente*, hermoso puerto, *Boa-Vista*, *Maió y Sal*, importantes por sus salinas. Esta última y *Santa Lucía*, están desiertas; Brava ó San Juan de Brava, que nada tiene de particular.

Castilla del Oro. Los primeros españoles que visitaron las costas, desde el Orinoco hasta el Istmo, las designaron habitualmente con el nombre general de *Tierra-Firme*, y Fernando el Católico impuso á la parte occidental el nombre de *Castilla del Oro* (1). Perdióse esta última denominacion, y á proporcion que el resto del continente fué descubierto, debió parecer impropia la primera, que si bien ha subsistido largo tiempo, ha quedado circunscrita á un reducido gobierno que comprendia las provincias de Veraguas, Panamá y Darien, pareciendo que ni siquiera correspondia completamente á la estension de *Castilla del Oro*. El uso vicioso de los geógrafos mantuvo la Tierra-Firme en su estension primitiva, y en esta division imaginaria comprendió la capitanía general de *Caracas* ó de *Venezuela*, de que dependia, la Guyana española, y el *Nuevo reino de Granada*, que abrazó el de *Quito*, de modo que en el dia no se conoce ya ningun territorio con tal denominacion de *Castilla del Oro*.

Costa-Rica (Estado de). A este pais, hoy comprendido en la república de Guatemala, ó del Centro, por otro nombre, se le dió el epíteto de Rica, suponiendo que en aquella costa habia muchas minas; su posicion ha dado motivo para decir despues que semejante denominacion era una ironía; sus soberbias maderas de construccion, sus ricos pastos y sus vistosos paises, espresan bastante la intencion de los que la dieron aquel nombre. La capital del Estado de Costa-Rica se llama *Villanueva de San José*; tiene hermosas calles, regadas por arroyos y fuentes; es silla episcopal, y su poblacion tiene cerca de 20,000 habitantes. Aun es de mayor importancia *Cartago*, otra de las ciudades de Costa-Rica, en otro tiempo la mas floreciente de todas ellas, y que segun Malte-Brun tiene 26,000 almas.

Cuba (isla de). Véase Antillas, pág. 673.

(1) *Oviedo*: Historia de las Indias, tomo I, pág. 9 y 10.

Darien (Istmo de). Se halla situado entre Porto-Bello y Panamá, donde se juntan las dos Américas.

Dominica (isla). Una de las **Antillas**, pág. 676.

Española (isla). Idem, idem. pág. 678.

Estrecho de Magallanes. Ha perdido su importancia desde que el descubrimiento del *Cabo de Hornos* abrió á los navegantes una entrada mas fácil al Océano pacífico. Ya hemos visto que el célebre lusitano le descubrió y pasó en 1519; desde entonces la mayor parte de los antiguos circunnavegantes del mundo, han tenido ocasion de ejercitar allí su paciencia y su valor. Numerosas corrientes y muchas sinuosidades hacen dificilísima la navegacion del estrecho. La longitud es de 126 leguas, segun reconocimientos posteriores al descubrimiento por Magallanes, y la anchura varía desde once á menos de dos leguas. Al Este estrechan el canal dos gargantas de rocas muy escarpadas, que parecen calcáreas. En el centro se presenta una vasta playa en que está situado el *Puerto del Hambre*, en que los españoles fundaron la colonia llamada *Ciudad-Real de Felipe*, cuyos colonos murieron de hambre, á causa de imprevision, pues lejos de merecer aquel puerto tan espantoso nombre, abunda su comarca en aves y plantas fructíferas. El Rio-Gallegos y otros acarrean al mar ó hácia el estrecho árboles muy corpulentos. La marea, dice el capitan King, sube en aquel rio á 46 pies de altura, y la corriente es muy rápida. La costa que guarnece al Nordeste la salida occidental del estrecho, ha sido reconocida por los españoles y han observado que en lugar de formar parte del continente, constituye un nuevo archipiélago muy considerable. Mas al Norte está el de Toledo ó de la *Santísima Trinidad*, llamado tambien Archipiélago de la *Madre de Dios*, de que es parte la grande isla de este nombre, que tiene 18 leguas de largo y 11 de ancho. En la isla de San Martin tenian los españoles un puerto y algunas factorías en muchos puntos de la costa occidental. Poco es lo que se sabe de este archipiélago, el cual es peñascoso, montañoso y de un aspecto desagradable. Está separado del continente por el Canal de la Concepcion, á cuya orilla van á terminar de pronto los Andes, cuyas laderas se cubren allí de enormes ventisqueros.

Filipinas. Al Norte de Borneo se encuentra el gran Archipiélago de las *Islas Filipinas*, descubiertas en 1521 por Magallanes, quien las denominó *Archipiélago de San Lázaro*; denominacion que conservaron hasta que se les dió la que ahora tienen, cuando los españoles se establecieron en ellas en 1560, bajo el reinado de Felipe II. Las cordilleras de montes que atraviesan aquellas islas en todas direcciones, y que parece se pierden en las nubes, sin que haya sido medida la altura de ninguno de ellos, estan llenos de volcanes que difunden con frecuencia el espanto y la muerte. En las islas Filipinas se encuentran minas de oro, plata, mercurio, hierro, cobre y plomo, como tambien canteras de mármol y talco. El terreno está cortado por innumerables torrentes, grandes rios y muchas gargantas, como todos los archipiélagos montuosos, pero se encuentran pocas tierras firmes; y asi es que en las sequías, aquel suelo cenagoso y esponjoso, se resquebraja por todas partes. Los terremotos hacen allí estragos los mas espantosos: los aguaceros mas violentos inundan aquellas islas, y los huracanes son frecuentes. En la parte del Oeste reinan las lluvias desde primeros de junio hasta principios de setiembre, y aquella temporada es la de los vientos de Oeste y los vendavales que sublevan y enfurecen los aires; las tierras se inundan y las campiñas se transforman en grandes lagos. Entonces reina en la parte del Este y del Norte el buen tiempo; pero durante el mes de octubre y los meses siguientes, soplan los vientos del Norte á lo largo de las costas con la misma furia, acompañados de la misma abundancia de lluvias, á que son tambien consiguientes las inundaciones, de suerte que cuando el tiempo es seco en un territorio, en otro es muy lluvioso: pero esta misma humedad hace que las Filipinas sean tan fértiles. Las praderas, las campiñas, hasta los montes gozan casi todo el año de un verdor y una frescura perpétua. Los árboles jamás se ven deshojados; las campiñas están casi siempre esmaltadas de flores, y comunmente un mismo árbol tiene á un tiempo flores y fruto. En aquel suelo privilegiado por la naturaleza prevalecen todas las plantas que en Europa son de uso comun, escepto la patata. El tabaco, el betel, el azafran, la nuez moscada, el café, el coco y la caña de azúcar son muy comunes.

Mindanao posee el canelero. En cuanto á los *árboles frutales*, todos los de Europa dan allí poco fruto, y la mayor parte de ellos ninguno. El naranjo y el limonero le dan abundante y esquisito. Entre los vegetales indígenas se distingue el algodonero, el bambú, el ananas ó piña de Indias, el pimentero, muchas especies de bananeros y el manguero, que produce las mangas mas esquisitas y gordas del mundo. Abunda en maderas de ebanistería y de tinte, y cria gran número de árboles gomíferos y de resinas de barniz.

En los bosques se crian muchos jabalíes, ciervos, gamos, monos y gatos diversos: hay tambien muchas serpientes, siendo las mas notables la piton *(coluber javanicus)*, llamada por los indígenas *ular-sawa*, es decir, oso de los arrozales, porque en ellos vive habitualmente; la boa, y la culebra látigo *(coluber flagelliformis)*. Los cocodrilos y caimanes

plagan los rios. La especie mas comun de los peces es el llamado *dalap*, siendo tan abundante durante la estacion de las lluvias, que parece que el mar, los lagos y los rios del mundo entero se han hecho tributarios de aquellas islas, pues no hay agua donde no se encuentre. Los gusanos de seda se crian allí naturalmente, y los habitantes tienen diez cosechas de seda al año. En cambio de todo esto hay plagas de mosquitos sumamente molestos, y de hormigas blancas que devoran en una noche cuanto contiene un almacen. Las aves de las Filipinas son las mismas que las de Java, y en mucho número; entre ellas se distinguen una que por su canto llaman *colo-colo*, el calao, que pone en la arena huevos muy apetecidos, y una especie de ruiseñor llamado por los naturales *birahikombang*, tan canoro que le atribuyen lenguaje y canto semejante al del hombre.

Ademas de los españoles y otros estrangeros, se pueden dividir los habitantes de las Filipinas en tres clases muy distintas: los negros, los malayos, que los españoles llamamos indios aclimatados, y los mestizos ó criollos. Los primeros, hoy dia poco numerosos y muy tímidos, viven en los bosques, huyendo siempre de la civilizacion que les rodea y los estrecha por todas partes. Son generalmente perezosos, y su religion parece haber sido imaginada por el temor y la servidumbre, pues ofrecen sacrificios á una multitud de genios maléficos, que, segun ellos dicen, causan todos cuantos males les aquejan.

Los malayos de las Filipinas, ó indios, son sumamente agradecidos al buen trato, cuanto sensibles á la injusticia y al desprecio, vanidosos, aficionados á la caza, la equitacion y los demás ejercicios corporales, pero muy disipadores, al paso que valerosos, activos, industriosos, y muy mañosos para todo: tienen un oido muy fino, mucha aficion á la música y la pintura, pero poca inclinacion á los estudios sérios. Son comunmente pequeños, pero fuertes y robustos, diferenciándose solamente en sus facciones de los demas malayos, en que su cutis es mas blanco y la nariz mas saliente.

Los mestizos ó criollos, descendientes de los europeos y de los indígenas ó indios, participan de unos y otros: tienen genio mercantil; pero lo que mas predomina en su carácter es el orgullo y la vanidad. El dinero que ganan lo malgastan en fiestas de pólvora y otros regocijos.

Aunque nada positivo se sabe de la poblacion de estas islas, se cree que el número de individuos sometidos hoy dia á la dominacion española asciende á 2.530,000, y el de los Estados independientes á 2.000,000; bajo cuyo cálculo asciende la poblacion total de las Filipinas á mas de 4.500,000 almas.

La industria fabril abraza pocos artículos. Con los filamentos de la planta del ananas fabrican aquellos habitantes la tela llamada *piña*, y tambien *nipis*, tejido admirable por su figura y duracion, bordado con mucho arte y primor por los indígenas, que hacen de ella pañuelos y otras prendas de un precio muy subido, y muy estimadas en Europa. Fabrican tambien sombreros de paja, famosos por su finura, telas de algodon de diferentes clases, lonas y tapices de seda que constituyen parte del vestido de las mujeres. Los artículos de comercio que en Manila se importan de Europa y los Estados-Unidos se calculan en mas de sesenta millones al año, pero los de esportacion no esceden de 12.

Las principales islas de este archipiélago yendo de Norte á Sur, son Luzon, Mindoro, Palauan ó Paluan, Masbate, Panay, Samar, Negros, Zebú, Bohol, Leyte y Mindanao, divididas por el gobierno español en 27 distritos ó corregimientos.

Una raza feroz ocupa las costas, dedicándose á la agricultura, al comercio y la piratería. Sus principales tribus son los *tagales* en la isla de Luzon, y los bisayas en las islas centrales.

Luzon, la mayor de las islas Filipinas, está cortada por dos golfos; el de *Cavite*, ó de Manila al Oeste, y el de *Lampon* al Este. Los rios mas considerables son: el *Tagayo* ó *Cagayan*, que corre derecho al Norte; el *Ana* y el *Pasig*, que va del Oeste al Este, atravesando el lago Bay.

La parte de Luzon independiente está ocupada por diferentes poblaciones regidas por diversos caudillos: algunas son muy feroces y enteramente salvages. *Manila*, que es la capital de la isla y de todas las Filipinas, se halla situada á poca distancia de la embocadura del Pasig, en lo interior de la vasta y hermosa bahía á que dá su nombre. La actividad y el movimiento contínuo de las embarcaciones que van de la una á la otra orilla, la multitud de naves mercantes que estan fondeadas en la rada, todo respira poder y riqueza. El soberbio rio que corre por enmedio de la ciudad, la divide en dos partes, pudiendo llamarse la una ciudad militar, y la otra ciudad mercantil. En esta última, mucho mas estensa que la otra, reside el capitan general. En la militar los edificios son mayores, mas sólidos, y generalmente todas las casas mejor construidas que en la mercantil. Se comunican por medio de un soberbio puente de piedra que compite con los de París y que está mejor enlosado, asi como las calles contiguas, cuyo empedrado es mejor que el de las de la capital de Francia. Sus paseos son hermosos, sus calles rectas y muy anchas; muchos de sus templos riquísimamente decorados. Segun cálculo aproximado, su poblacion

asciende á 140,000 almas, siendo la ciudad mas poblada de toda la Oceanía.—*Cavite*, pueblo de unas 6,000 almas, es importante por sus hermosos astilleros, donde se construyen muchas naves; por su arsenal, sus grandes almacenes y su hermoso puerto, que puede considerarse el de Manila durante seis meses del año.

Mindoro, muy poco conocida todavia, está sometida á los españoles en la menor parte. En ella se encuentra *Calapan*, residencia del gobernador y corregidor; el resto está ocupado por poblaciones del todo independientes.

La larga isla de *Paluan*, llamada tambien *Paragoa*, y el grupo de las islas *Calamianas* ó de las Palmas, forman una cadena que se destaca entre la isla de Borneo y la de Mindoro. Una parte de los habitantes viven constantemente en el mar.

Masbate, entre Mindoro, Panay, Samar y Luzon, tiene unas ciento treinta leguas cuadradas de superficie, y se considera independiente.

Samar es una de las mayores del archipiélago, y en ella se encuentra *Cabalunga*, residencia del gobernador.

Panay, tambien una de las mayores islas, está dividida en tres distritos, cuyas cabezas son las ciudades de *Antigua*, *Iloilo* y *Capis*, componiendo aquellos distritos un total de cuarenta y seis pueblos, entre ellos *Molo* y *Xaro*, á quienes Rienzi considera los mas civilizados de las Filipinas.

Las islas de *Leyte*, Zebú y Negros, forman tres distritos, fértiles, pero poco poblados. *Zebú*, la segunda ciudad de las Filipinas, es silla episcopal, y su poblacion de unos 3,000 habitantes. El arrabal de Pariran está habitado por chinos en general muy ricos, porque todo el comercio está en sus manos. Entre Zebú y Luzon se encuentra la islita de *Mactan*, conocida tambien por *Maetan*, tristemente célebre por haber acaecido en ella la muerte del gran navegante Magallanes.

La segunda isla de las Filipinas, en magnitud é importancia, es la de Mindanao, la mas meridional de todas. Tendrá unas 220 leguas de circuito, pero muy poco terreno propio para el cultivo, pues por todos lados se ven golfos y penínsulas. A cada paso se encuentra en ella un arroyo ó una fuente. La cruzan mas de veinte rios navegables. Abunda en canela, aunque muy inferior á la de Ceilan. Está dividida la isla en dos partes, la independiente y la sometida á los españoles. La primera que se encuentra al Sur, está gobernada por reyes ó sultanes, siendo sus pantanos y selvas una barrera formidable contra las espediciones de los españoles. Tiene unos 12,000 habitantes. Los indígenas de esta isla se distinguen segun los dialectos en tres tribus: los *lutas*, los *subanis* y los *negros*. Todos son mahometanos. El sultan de Mindanao es el príncipe mas poderoso de la isla, en la cual hay muchos sultanillos independientes. Cuando los de Mindanao no estan en guerra entre sí, se dan por placer á la piratería, llevando en sus buques un cañoncito y setenta á ochenta hombres de tripulacion.

La parte sometida á España está dividida en tres distritos cuyas principales poblaciones son *Misamis*, en la bahía de Panquil; *Dapitan*, en la costa septentrional; *Caraga* ó Caragua en la de Nordeste, y *Zamboanga* al Sudoeste, residencia del gobernador, defendida por una fortaleza.

Al sudoeste de Mindanao, en una longitud de sesenta leguas y una anchura de catorce á diez y ocho, se estiende el archipiélago de *Soulou*, *Holó* ó *Joló*, que comprende ciento cincuenta y dos islas pobladas de 200,000 habitantes, y está dividido en cuatro grupos, de los cuales cada uno tiene la denominacion de la isla principal que encierra. Estos grupos son: el de *Basilan*, compuesto de treinta y cuatro islas; el de *Joló* de cincuenta y siete; el de *Tawi-Tawi*, de treinta y cinco y el de *Cagayan* que comprende seis. Casi todas estas islas son montuosas, con muchos bosques, y atravesadas por numerosos arroyos. Los naturales de aquellos pueblos son belicosos, pérfidos, sanguinarios y dados á la piratería. Profesan la religion de Mahoma, pero con la mayor indiferencia. Su gobierno es feudal, y la dignidad de sultan hereditaria de varon en varon. El sultan de Joló ha sostenido guerras casi contínuas contra los españoles de las Filipinas, hasta que en 1851, gracias á la energía de nuestro gobierno, á las acertadas disposiciones del marqués de la Solana, capitan general de Filipinas, y al valor de nuestros marinos y soldados, aquel sultan se declaró súbdito y tributario de la España, reconociendo la soberanía de Isabel II.

La isla de Joló se enriquece todavia con la pesca de las perlas, que se hace á fines de los monzones de Oeste. Reina entonces durante algun tiempo una calma perfecta, estando la mar tan tranquila que la vista penetra allí á una profundidad de cuarenta á cincuenta pies. Los naturales de Joló son escelentes buzos, y no se les escapa nada de cuanto puede alcanzar su vista. *Bowan* ó *Bewan*, capital de Joló, situada al Nordoeste de la isla, es el centro del comercio de las islas antiguas. Tiene 6,000 habitantes, décima parte de la poblacion total de la isla. Añadiremos en conclusion que Bewan está bien fortificada, y que el sultan de Joló pudiera poner en campaña 40,000 hombres.

Guadalupe (isla.) Véase Antillas; pág. 680.
Guanahani (isla.) Id. pág. 679.
Haiti (isla.) Id. pág. 678.
Isabela (isla.) Id. pág. 678.
Ladrones (isla de los.) Véase *Marianas*.
Lucayas (islas.) Véase pág. 679.
Mactan. Véase pág. 687.

Marianas (islas.) Navegando al Nordeste de las islas de *Palaos* ó *Pelew*, se encuentran las Marianas, cadena de diez y siete ó diez y ocho islas, pertenecientes á la monarquía española; de las cuales únicamente siete son notables, á saber: *Guam*, *Zarpana*, ó *Santa Ana*, *Tinian*, *Seipan* ó *San José*, *Anatajan*, *Pagon* ó *Pagan* y *Agrigan*.

Fueron descubiertas en 1521 por el célebre navegante Magallanes, que las denominó *Islas de los Ladrones*, á causa de la inclinacion de sus habitantes al robo, y su habilidad para ejecutarlo. Dióse á ellas sin embargo el nombre de *Marianas*, en honor de Ana de Austria, madre de Cárlos II, que envió allí misioneros. Pocos son los indígenas que allí quedan. En el color, lenguaje, costumbres y gobierno, tenian una gran semejanza con los *tagales* de las islas Filipinas. Se distinguian por su humanidad despues de la victoria y por la exactitud en el cumplimiento de su palabra. Eran muy dispuestos para las artes, muy aficionados al trabajo y miraban con horror el homicidio. Creyéndose los únicos pueblos de la tierra, é ignorando su orígen, suponian que el primer hombre habia sido formado de un pedrusco de la islilla *Fauna*. No tenian dioses ni sacerdotes.

Sus navecillas llamadas *pros* ó *proas*, han sido consideradas como unos modelos de arquitectura naval; Pigafetta y Anson notaron la escelente construccion de ellas en épocas muy distantes. Son canoas que tienen un costado convexo y el otro plano: un balancin las mantiene en equilibrio: navegan veinte millas por hora aun teniendo viento de costado. Uniendo dos buques iguales por su costado plano, muchos insulares del gran Océano han formado buques que el hábil marino Sidney Smith juzgó dignos de ser imitados é introducidos en la marina europea.

Matanzas. Véase pág. 678.

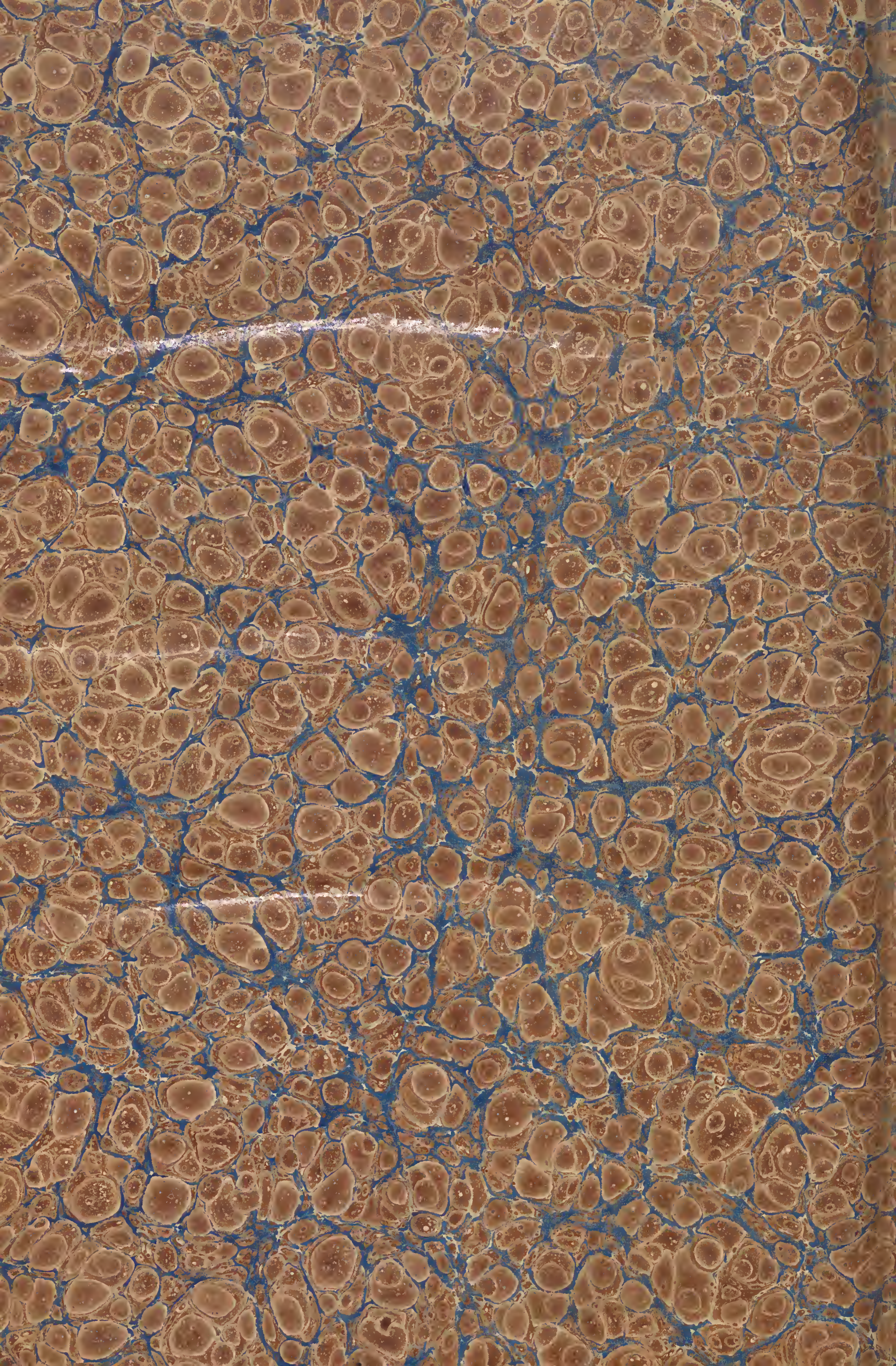
Porto-bello. En el istmo de Darien, ciudad menos populosa que importante por la hermosura de su puerto; es poco grata á causa de su clima deletéreo, por el cual se le ha dado el epíteto de *sepultura de los europeos*. El gobierno colombiano, ó sea la república de Nueva-Granada á que en el dia pertenece, ha disminuido su insalubridad haciendo talar y reducir á cultivo una parte de los bosques que se estendian hasta sus puertas. Su poblacion no escedia pocos años hace de 1,122 habitantes.

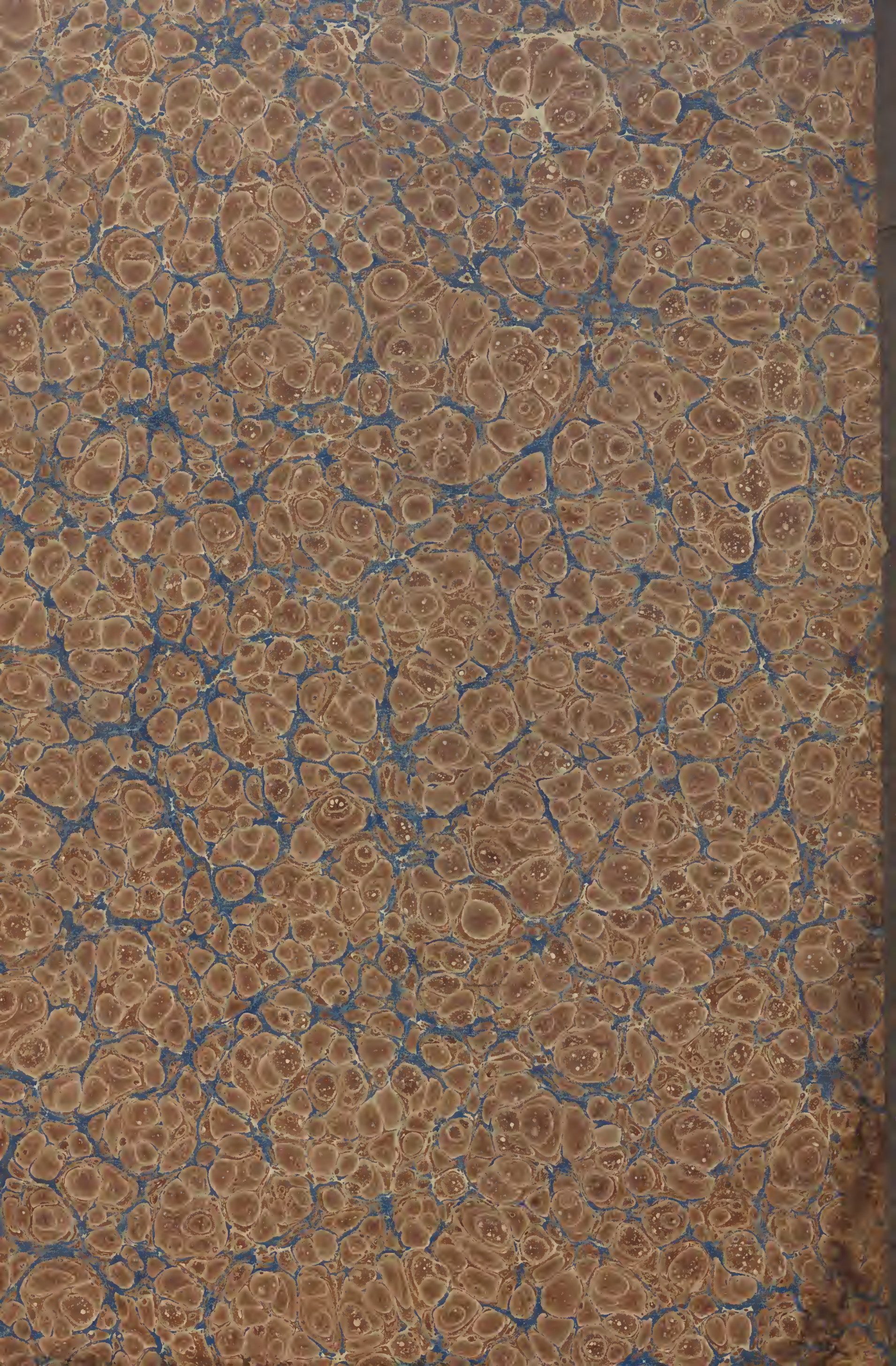
Puerto-príncipe. Véase pág. 678.
Puerto-rico. Id. pág. 678.
Santo Domingo. Id. pág. 678.
San Salvador. Id. pág. 679.
Santiago. Id. pág. 678.
Trinidad. Id. pág. 680.

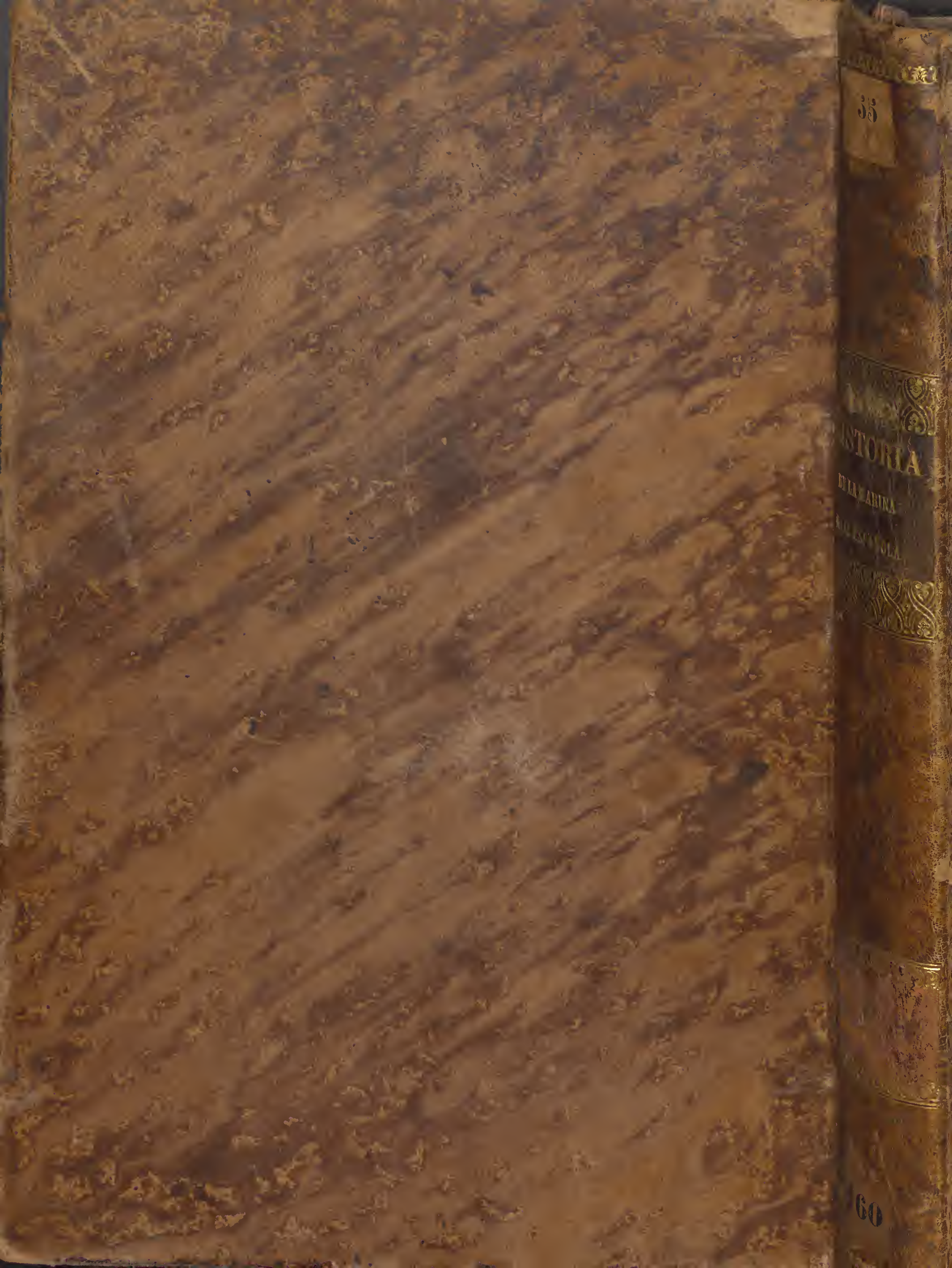
Veracruz. Hermosa ciudad, situada en el golfo de Méjico, en la Confederacion mejicana, á la orilla del mar, en la costa de Occidente, centro del rico comercio que hace Méjico con Europa, bien que nada debe á los favores de la naturaleza. Las rocas madréporas de que está construida, han sido sacadas del fondo del mar. La única agua potable que tiene se recoje en cisternas; el clima es cálido y nocivo; áridos arenales rodean la ciudad al Norte, mientras se ve estenderse al Sur pantanos mal desaguados. El puerto, poco seguro y de entrada difícil, está protegido por el fuerte de *San Juan de Ulua*, construido en un islote peñascoso á fuerza de inmensas sumas. Se calcula su poblacion en 16,000 habitantes. Por dos veces ha mudado de sitio esta ciudad, y otras tantas ha devorado la fiebre amarilla á sus habitantes. Rica y populosa cuando Méjico estaba sujeto á España, hoy dia solo ofrece el aspecto de una ciudad decaida. Sus calles, casi despobladas, son anchas, llanas y cortadas en ángulos rectos, y sus casas bajas, casi todas de un piso y con terrados, donde por la noche se respira un aire fresco.

Virgenes (islas de las.) Véase pág. 679.
Zebú (isla de.) Id. pág. 687.








35
STORIA
MARINA